Andrés Trapiello

Fractal

del Salón de pasos perdidos

Alianza *voces*

Andrés Trapiello

Fractal

del Salón de pasos perdidos.

Una novela en marcha

Con un epílogo inédito del autor

Alianza editorial

Índice*

Libro 1
(1987-1993)

El gato encerrado / Locuras sin fundamento / El tejado de vidrio / Las nubes por dentro / Los caballeros del punto fijo / Las cosas más extrañas / Una caña que piensa

Libro 2
(1994-2000)

Los hemisferios de Magdeburgo / Do fuir / Las inclemencias del tiempo / El fanal hialino / Siete moderno / El jardín de la pólvora / La cosa en sí

Libro 3
(2001-2006)

La manía / Troppo vero / Apenas sensitivo / Miseria y compañía / Seré duda / Sólo hechos

Epílogo
(2024)

El paisaje infinito

Créditos

---

* Los aforismos han sido incluidos sin conservar su emplazamiento original. La secuencia espacio-temporal no siempre ha podido conservarse. El conjunto sigue siendo una ficción.

«Por doquiera que el hombre vaya
lleva consigo su novela».

Fortunata y Jacinta, 1, 3, iii

Libro 1

¿Cuántas páginas ya de este diario?
Todo empezó cuando un día
me miré en un espejo y no vi a nadie.

Prólogo

ESTA mañana tenía el Rastro esa grandeza de los días de invierno. Apenas había amanecido y ya estaban desplegándose los primeros puestos. Todas las cosas que iban extendiendo sobre la acera parecían oxidadas, chatarra, latón viejo; hasta los libros tenían algo de escombros.

El cielo, empañado de frío, no se sabía todavía si iba a ser azul o gris, y desde Mira el Río se veían allá abajo, uno aquí, otro más allá, los vivacs encendidos. Son fuegos que meten en calderos de zinc o en bidones que cortan por la mitad y en los que hacen unos agujeros para que las llamas respiren. A veces queman una cómoda entera, con cajones y todo, o la pata de una consola que recuerda el cuello de un cisne. Alrededor hay siempre gitanos vestidos de punta en negro, muy elegantes, que parecen duques. El aire entonces se llena de un olor pestilente a barniz quemado o, por el contrario, huele a pino y a resma de papel, que se mezcla con el olorcillo a pan reciente que sale de dos tahonas que están casi juntas.

Luego X y yo, un poco cansados de hacer el zapador, hemos ido a tomar un café a uno de esos baruchos del Rastro que tienen en el escaparate tripas atadas a unos palos y cazuelas con callos fríos. Buscar libros hay que hacerlo en ayunas, como los verdugos.

El dueño no estaba. Nos ha servido una señora gorda que hacía bromas picantes con un buhonero que llevaba puesto un flamante anorak de slalom, de color rojo.

Le digo a X que estoy corrigiendo un diario.

—Esta vez va en serio.

—¿Lo publicarás?

—Si alguien me lo pide, sí. ¿Por qué no?

—¿Citas a la gente por su nombre?

—Casi nunca. No me atrevo.

—¿Por qué?

—No me gusta presumir de amigos. Me gustan poco los diarios que parecen el Gotha.

—¿No darás la impresión de misántropo?

—No quisiera. Yo no soy un misántropo. Me gusta la gente, tengo

curiosidad por sus vidas, me enternecen a veces, me irritan otras. A un misántropo la humanidad le importa poco. A mí no. Creo en la vida. Si no, no me levantaría a las siete y media todos los domingos para venir al Rastro.

Más tarde, en casa, rumio lo que me ha dicho X; tiene razón, pero no puedo hacer otra cosa. Pienso con cierta nostalgia en mis amigos, a los que de verdad admiro y quiero. Tendrían que tener un lugar en estas páginas. Pues no. No me encuentro con fuerzas para escribir: «Me he encontrado con Fulano, magnífico novelista...», «He estado en el estudio de Mengano. Sus cuadros, comparables a Morandi, a De Pisis, a Corot, a Lega...». Quizá el lector, si viera frecuentadas estas páginas por gente conocida, pensaría: «Menudo tío». Por otra parte, a mí me ocurre como a estas madrugadas domingueras.

Prefiero, con gente que no conozco —y a los lectores no les conoce uno—, prefiero ser como ese cielo madrugador: que no sabemos si será azul o gris. Ese secreto. Ese misterio.

Hace unos días me presentaron a la marquesa de V. Luego me contaron que todos los días baja, en bata y con los chichos puestos, a pasear a sus dos perros, tan viejos como ella. Los hijos la suplican.

—Mamá, hazlo por nosotros. No bajes con esas pintas.

—Mirad —les dice ella—. Los que me conocen saben quién soy y no les importa. Y los que no me conocen, qué me importan a mí.

EL día primero del año tiene en Las Viñas algo de plácida rutina. No hay nada que delate una noche de excesos ni esa alegría rabiosa, espumeante y un tanto epiléptica de las nocheviejas.

Las nocheviejas solo tienen de aceptable el nombre: la noche de San Silvestre. Me dan ganas de abandonar todo proyecto y empezar una novela, con sombras románticas, cuyo título sea ese: *La noche de San Silvestre*. Es imposible pararse en un escaparate y no sucumbir a un libro con ese título.

En una novela así podría ocurrir de todo. Yo normalmente todos los años nuevos tomo esta determinación: escribir una novela. Luego las cosas vuelven a sus fueros y la novela se queda sin escribir. Alimentarse de ilusiones llena la cabeza y deja limpias las venas, por donde la sangre discurre con despreocupación.

Miro por la ventana. Todavía no ha amanecido y el cielo tiene un color tizón. Por lo demás se adivina en los montes un vago resplandor azul, a cuya luz los árboles, el camino, una casa a lo lejos, parecen bordados con hilaza tosca, como algunos tapices del Renacimiento.

Hace tanto frío en la casa que voy a escarbar un poco en el fuego de la noche anterior y apenas si descubro tres o cuatro brasas, tres o cuatro broches fríos entre la ceniza helada.

Me gustaría escribir una novela. Siempre que se me ocurre una idea tan original, las ansias me sobrevienen de repente. Es decir, me gustaría ponerme a escribirla esta misma mañana y tenerla lista para la hora de comer. La tarde la dedicaría a hacer algún retoque de estilo, algunos detalles, cosa de poco. A la hora de la cena la tendría lista para el editor. El día de año nuevo me pone, en este aspecto, más apetente que nunca. De modo que sí. Voy a escribir ahora mismo una novela. Tampoco una obra maestra. Hasta cuando se sueña conviene ser modestos.

Mi novela transcurre en la noche de San Silvestre, y principia en una estación vacía. El ferrocarril tiene mucha tradición literaria a las espaldas. Por otra parte, esta novela mía se vendería en los kioscos de estación. Hay que pensar en todo. La diferencia entre un novelista y un poeta es esa: el poeta presume de no pensar en nada. El novelista no deja nunca un cabo suelto. En fin.

Un hombre toma el tren en una ciudad pequeña de Inglaterra.

¿Por qué Inglaterra? En Inglaterra, o en cualquier otro sitio lejos de aquí, las cosas suceden más fácilmente.

En cada vagón apenas viajan tres o cuatro personas. Muchos compartimentos están vacíos, pero con la luz encendida. Una mujer de edad indeterminada mira con desinterés por la ventanilla. Le ha tendido al revisor el billete sin ni siquiera levantar la cabeza. Al poco rato, de una de esas miserables, silenciosas y desiertas estaciones, sube un hombre. Es un tipo vulgar. Con paso de can recorre todo el tren. El vagón va vacío y él regresa para colarse en el compartimento donde viaja esta mujer. Se sienta frente a ella, saca tabaco y le ofrece un cigarrillo... Por una de esas fatalidades que hacen posibles las novelas y las obras de arte, la mujer acepta. A los diez minutos, hablan ya animadamente. Según ella cree entender, el hombre va a reunirse con una amiga. Todo muy inconcreto. A la media hora ella le hace una rara proposición: que la acompañe esa noche y se haga pasar por su esposo. Escribo esposo y no marido porque hay que dar la impresión de que se trata de una novela traducida. Trabajarán los dos: ella de doncella y él de mayordomo o camarero.

Ella acude a Madness Castle, en el condado de Essex, contratada esa noche para servir la cena de fin de año a los condes de X, un viejo matrimonio sin hijos. La envían de una agencia de Londres. El hombre, después de titubear, acepta. Al fin y al cabo, el plan de su amiga pasaba por cena con simulacro de felicidad conyugal, etcétera. Todo bastante triste. Sin demasiadas explicaciones. Las explicaciones solo les sirven a los críticos, que las necesitan para saber por qué van a hablar mal de una obra.

Lo malo de las novelas no es ni siquiera terminarlas. Lo peor es lo de en medio. En esta novela mía puedo hacer que esa extraña pareja asesine a los condes de X, les roben y se fuguen a Escocia. Que quien asesine sea el desconocido que subió al tren. O mejor: en realidad la mujer del tren es la misma condesa de X, una solterona ciclónica y arruinada, que se dedica a viajar por Inglaterra buscando hombres que llevarse a su casa. Lo que haga con ellos allí es cosa de poca monta, lo mismo que los viole que los haga jabón. Al arte esos detalles le preocupan poco. ¡Qué sé yo!

Me temo que la novela no estará lista para el mediodía. Me alegro. Si la hubiera terminado, me habría estropeado el paseo de la tarde porque tendría que quedarme a corregirla.

Perdiendo el tiempo de esta manera, se ha hecho de día. El año nuevo salió de entre las sombras como esas heroínas que empiezan el día asomando un pie deliciosamente pequeño y blanco de entre sábanas de raso. La escarcha lo cubría todo y los olivos tenían la quietud del invierno. Durante una media hora se dejaron escuchar los ruidos de siempre: un perro a lo lejos, algunos jilgueros y el escándalo

de un pavo que todas las mañanas merodea por el jardín. No sé cómo no se lo han comido todavía. Lo está pidiendo a gritos.

EN la masonería existe la expresión «pasos perdidos», referida a las reuniones que se realizan fuera de la logia. También me gustaría que estos cuadernos tuvieran esa acepción masónica de salir por ahí, a comisiones misteriosas.

YO creo que no voy a ser capaz de escribir *La noche de San Silvestre,* pero se me ha ocurrido otra novela esta mañana, untándome la tostada. Vi muy claro el argumento, como Baltazar en el muro de su palacio las palabras divinas.

Al mediodía tenía escritos cinco folios y habían empezado los primeros problemas.

He luchado a brazo partido, pero fue inútil. Tenía la historia bien amarrada, pero se me ha ido escurriendo entre los dedos como una gota de mercurio. Por la tarde, ya francamente atascado, me he levantado de mi silla, he cruzado el largo pasillo y me he untado de nuevo una tostada. Luego otra y otra, invocando a la inspiración.

En ese momento sonó la hora en el reloj de las Góngoras. No he sabido nunca si son las campanadas de un reloj o una campana que llama al coro. Las he contado: para dar la hora sobraban algunas; para llamar a vísperas eran pocas. Por otra parte sonaban con poca convicción.

Miré los tejados de Madrid. Al fondo el atardecer ensayaba una retirada digna, sin conseguirlo tampoco.

Después de comprobar la poco halagüeña marcha del mundo, he vuelto a mi mechinal comiéndome una manzana a mordiscos.

Tres folios más, pero ya con pocas ilusiones. He comprendido que el mundo lo mueven gentes como Bonaparte, pero el Código Napoleónico lo escribieron funcionarios como yo, escrupulosos y cumplidores.

El mejor momento del día, sin embargo, vino después, hace un rato, cuando les he hecho a mis hijos con esas ocho hojas una flotilla de avionetas que volaban de maravilla.

EL único defecto que yo les encuentro a las flores del campo es que no pueden ir de un lado a otro, como los vagabundos.

SI Cervantes viviese, el primer premio Cervantes se lo llevaría Lope de Vega.

LA cabalgata ha vuelto este año, Dios sabe por qué túnel, a los años cincuenta. Menos caballos, menos pajes, menos betún para el rey Baltasar.

Los pajes traían en las manos unas bengalas lamentables que escupían sin fuerza chispas y centellas moribundas a las puntas de los zapatos. En cuanto a Baltasar, se había embadurnado lo imprescindible. Se le veía la cara de un color mermelada de ciruela hasta las orejas. Las orejas, la nuca y el cuello permanecían blancos como la leche, lo mismo que sus peludas manos. Más que maquillarse, se había puesto una careta. Era un rey gordo, aunque no tanto como los cristales de las gafas que llevaba. G. lo había encontrado tan genuinamente africano que, entusiasmado, me arrastró hasta donde estaba en medio de una tribu de niños enloquecidos. G. andaba estos días preocupado con lo que le traerían o no los Reyes. Le he subido en brazos y cuando se encontró delante de Baltasar no se anduvo con rodeos: «¿Cómo va lo mío?», le gritó. El mago lo tranquilizó y le dio un beso en la frente. A G. se le iluminó entonces la cara por dentro, lo mismo que a Alejandro Sawa el día en que Verlaine le osculizó la calva. Si por él fuera tampoco se lavaría la frente en años. R., como ya no cree en los Reyes, miraba a su hermano, feliz de participar en un secreto de tanto valor estratégico para él, al tiempo que no perdía ocasión para dirigirse a nosotros con una mirada de inteligencia en la que buscaba que se leyese: «¡Criatura! ¡Mira que no darse cuenta todavía!». Hace un año era él el que se me subió a los brazos para hablarle a este mismo hombrón que pinta sus patillas con corcho quemado.

Siempre me ha maravillado la manera que tienen los niños de preservar el secreto de los Reyes Magos de los más pequeños. Entre los de la misma edad, no. Es el único secreto que en cierto modo saben guardar. Podrían revelarlo. No lo hacen. Quizá porque son conscientes, desde muy chicos, del paraíso del que han sido salvajemente expulsados. Quizá porque aún conservan un corazón grande, la esperanza de retornar a él.

Los Reyes de este año han sido también para ellos más pobres que los del año pasado.

Cuando la casa se quedó en silencio, sacamos los regalos de la hura donde permanecían ocultos. Después de ponérselos sobre unos zapatos poco relucientes, porque también son viejos como nuestras

gabardinas, fuimos a verles en sus camas. Dormían encogidos debajo de cinco mantas como en una de tantas historias de Reyes Magos, y su madre y yo compusimos, mientras les contemplábamos arrobados, una de esas estampas que hacen llorar en una película de Capra.

HE pasado cerca de una hora en la pecera del Círculo de Bellas Artes, de manera que he tenido tiempo más que de sobra para observar con detenimiento unas cuantas caras. No había mucha gente. La primera conclusión, un poco dramática, es de orden general: la mayor parte de los que estaban allí tenían aspiraciones artísticas. Se les notaba en las barbas y en los trajecillos baratos que llevaban.

Yo creo que no tener dinero no es un crimen, pero si no se tiene no hay por qué disimular. Vestían trajes de mal género, pobretones, pero llenos de diseño, porque el diseño suele ser como las especias: se abusa de ellas cuando se quiere camuflar una carne pasada o un pescado podrido. Vi a dos o tres, de unos treintaicinco años, que llevaban pajarita. La pajarita a esa edad es ridícula, como gastar tirantes o calzar sombrero. Algunos, en cambio, encuentran que echarse todo eso encima les vuelve muy interesantes y sofisticados. ¿Por qué desengañarlos? Para usar pajarita hay que escribir como Mann, si no es mejor no hacer el cretino imitando a este o al de más allá. Eso o esperar a tener los setenta años. A esa edad uno puede hacer lo que le dé la gana.

Yo estaba sentado en un rincón, solo, apoyado en mi paraguas. Entonces me vino a la memoria la foto de Machado en el café de las Salesas con el bastón entre las manos, y dejé mi paraguas con mucha discreción en la esquina. Conviene evitar los paralelismos, sobre todo en el apartado complementos. Luego seguí observando aquel cuadro moral. Seguramente teníamos todos cara de guardar en un cajón dos o tres libros de poemas y alguno, por la arrogancia con que pedía las consumiciones, incluso una novela.

En general se les veía que se encontraban muy a gusto en aquel lugar, como si estuvieran llevando a cabo el rito de ser artistas. Hemos visto tantas fotografías históricas, que hay que ser muy escéptico para no creer que estamos viviendo tiempos «históricos».

Yo creo que muchos de los que estaban en el Círculo a aquella hora, la una de la madrugada, eran gentes de provincia, ese tipo de profesores de instituto o pintores locales que vienen a Madrid a poner el trasero en la misma silla en que se sentó X, o a tomar una copa aquí, porque les han dicho que la *movida* pasa por este bar siniestro del Círculo. Tal vez esperan ver de lejos a alguien conocido, a alguien

célebre.

Todo esto lo saben los camareros, que le miran a uno con lástima. Hace veinte o veinticinco años llegó al Gijón por primera vez un amigo mío. Venía de Albacete y llevaba todavía pantalón corto. Quería ser escritor y había leído muchas crónicas de Ruano, de manera que se plantó en el Gijón y llamó a un camarero:

—¿Qué va a ser?

—Recado de escribir —le ordenó con indiferencia.

El camarero le echó una ojeada por encima de la bandeja, vio el género y respondió con sorna:

—¿Solo o con leche?

Yo a mi camarero le he debido de decepcionar, porque no he pedido más que una botella de agua mineral, y ni siquiera con gas. El camarero se ha vengado mirándome cada cinco minutos, recordándome de paso que me habían dado plantón. Cuando salí a la Gran Vía bajaban los coches de los cines y me juré no volver a este lugar: para la gente que lo frecuenta, tiene los techos muy altos.

AL tener estos días de buen tiempo el balcón abierto, oímos de vez en cuando a Miguel, el loco de la calle, un loco como los de antes, de esos a los que tiraban piedras los chicos y a los que las madres daban un trozo de pan, enternecidas de verle solo, enternecidas de ver que no se trataba de un hijo suyo.

Viene por aquí desde hace cinco años. Los locos, como los asesinos y los enamorados, vuelven siempre al lugar del crimen, al lugar donde fueron felices.

Miguel viene a estar con el panadero, un viejo que le deja quedarse en la panadería, siempre que no le estropee la parroquia, como él dice.

Es joven, no mayor de veinticinco años. Va sucio, con ropas de limosna y barba negra de días. Ha debido de ser muy guapo. Hay algo noble en sus ojos, que le brillan como dos tizones

Al andar cojea algo, secuela de alguna paliza o de la polio.

Este loco tiene dos maneras de ser: pacífico y agresivo, imprevisibles las dos.

Cuando está pacífico el panadero habla con él, según me ha dicho. Le pregunta sobre su vida pasada, de la que se acuerda vagamente. Parece ser que es huérfano y que estudió latín en algún seminario, porque de vez en cuando echa parrafadas en latín, sobre todo en los momentos en que desata su cólera. En esos momentos, el panadero dice que se pone imposible y le echa del establecimiento, «por atención al público».

Es entonces cuando le oímos. Pega unos gritos desgarradores, insulta al panadero, a Dios, a la Virgen. Esto me hace pensar a mí que haya tenido que ver con cosas de iglesia.

La gente le mira parada en la calle sin atreverse a mover un pelo, por temor a que la emprenda con uno.

Suele llevar algo liado a la cabeza, una manta, un pantalón, un saco, como hacen los carboneros. El otro día le vi con un velo de misa y tenía aspecto luciferino.

Según el panadero es un chico de buen corazón. A veces pasan dos semanas en que viene todas las tardes. Luego no se le ve en tres meses. Al panadero le llama papá. Llega y dice: «Papá, dame unos pantalones. Estos están viejos», o «Dame dinero, que no tengo». El viejo, si tiene unos pantalones raídos, se los da. Lo del dinero lo veo menos, porque este comerciante es un hombre que tiene ochenta años, se levanta todos los días a las cuatro de la mañana y no ha cerrado la tahona ni un solo día en sesentaicinco años.

Un día llegó el loco y le dijo: «Dame un abrigo. Paso mucho frío por las noches». El viejo se preocupó y le buscó un abrigo entre los parroquianos del barrio. «Estaba nuevo —me asegura—, nuevo, casi sin estrenar», pero el loco lo regaló al día siguiente a otro pobre más pobre que él. Para el panadero la suya es una gran obra de misericordia. En cambio la del loco no es más que una insensatez, un mal negocio, porque seguirá pasando frío.

El panadero ha tenido que avisar a la policía algunas tardes para que se lo lleven de allí, sobre todo tardes de tremolina, en las que el loco grita hasta reventarse las venas del cuello.

Entonces llega la policía y se lo lleva, lo meten en un psiquiátrico y aparece a los dos o tres días sin rencor, como un perro apedreado, con su cojera de marinero.

Ahora estaba gritando ahí fuera. Contra Dios, contra el mundo, contra estas líneas que a alguien beneficiarán menos a él.

LA sombra es el alma visible de las cosas.

A LOS artistas se los caza como a las alondras, con un espejo.

HACE diez o doce años conocí a un tipo con una salud quebradiza. No se alimentaba más que de tisanas y de caldos y se pasaba el día pulsándose la salud.

Cuando no andaba delicado del estómago, padecía unas cefalalgias que lo torturaban. Sucesivamente sufrió fiebres de origen reumático, punzadas y bascas, el bolo histérico, una infección seria del riñón y, por último, una faringitis de tipo nervioso y funcional que le quitó la voz, lo que le obligó a estar casi tres meses de baja sin poder dar clases, que era a lo que se dedicaba.

Se paseaba con un aire siniestro. Se le puso la cara de color de parafina y los huesos de las manos se le torcieron. Una temporada aturdió a todo el mundo con una enfermedad del hígado que aseguraba padecer. Le hicieron toda clase de análisis y no le encontraron nada.

Había estado casado, pero la mujer se enredó primero con un amigo y más tarde con uno que conoció en un festival de jazz. Vivía solo. Las mujeres, de las que hablaba a menudo, le huían todas, y eso le tenía condenado a un onanismo triste y sombrío o a encuentros mercenarios no menos tristes y sombríos.

Los amigos le decían:

—La vida que haces no es sana.

—Ya lo sé. Pero ¿qué queréis?

—¿Has probado el campo?

—No me gusta. El cambio de aguas me sienta como una patada.

—¿Por qué no haces ejercicio? ¿Por qué no vas a un gimnasio?

—Ya no. El deporte está bien si lo has hecho desde joven. Si no, cascas pronto.

Le perdí de vista y le he vuelto a ver el otro día, de lejos, cruzando la Gran Vía. Era otro. Había engordado, venía fumándose un puro de una cuarta y estaba nuevo. Tenía un color saludable, de haberse comido un solomillo de toro en el almuerzo.

Se lo he contado a M.:

—He visto a mengano.

—Imposible —me ha dicho—. Mengano se murió hace más de un año.

—Pues era él.

—Te habrás equivocado.

A mí me pareció enteramente él, pero se conoce que no.

Es casi seguro que de cada uno de nosotros hay dos. Uno que marcha arrastradamente y otro que fuma habanos. Uno con tendencia a la clorosis. El otro, parroquiano de lo etílico y las congestiones.

A mí me gustaría encontrarme con el que se está fumando mis cigarros, bebiéndose mi cupo de vino en esta vida y metido en orgías hasta el cuello.

MI lesión me ha tenido sujeto a la cama durante unos días. Los primeros en el campo, hace cinco meses. Recuerdo la primera noche de crisis aguda. Miraba el ventanuco casi conventual del dormitorio y confiaba en el paso del tiempo, es decir, en que el tiempo arrastrase el intenso dolor, como arrastra el viento un nublado. Esperaba ver en la aurora la desaparición del tiránico sufrimiento que me mantenía insomne, sin poder adoptar una postura en la que quedarme agazapado, insensible a todo, con la cobardía de las liebres. Pero la noche no pasaba. En el ventanuco estaba fijo un azul muy intenso, apenas aclarado por la luz lechosa de las estrellas. Se oía, entre las cañas, una sapa de San José, como la llamaba mi padre, un sapo que ahuecaba la flauta detrás del jardín. El dúo lo completaba el cárabo, a los lejos. La casa estaba en silencio. Solo el que espera la aurora sabe lo que esta tarda en llegar. En el menor cambio de tono en el cielo yo creía ver un heraldo. No había poesía ninguna en aquellas horas, sino solo sufrimiento y un acuciante deseo de que se hiciera de día y desapareciese aquel azul tan hermoso y se callaran los sapos y el cárabo, pero pronto volvería todo a sumirse en esa tristeza que es el dolor mientras todos duermen.

M. estaba a mi lado. Son sentimientos de orden diferente, pero tanto como el amor, el dolor nos descubre algo que desconocíamos, e igualmente valioso. En aquellos momentos hubiera deseado tener toda la salud y vigor posibles para ponerlos sobre sus hombros mientras dormía, agotada, crispada, arrancada sobre el vértice de mi crisis de su reposo, rendida por el sueño. Mientras ella dormía, es decir, mientras se hacía la ilusión de que arrebataría a aquella noche larguísima siquiera dos minutos, solo dos minutos oscuros, difíciles y recónditos, como las dos oscuras violetas que esconde una piedra (por no decir que sepulta), mientras dormía, hubiera querido posar mi mejilla en su espalda, respirar el perfume de su pelo y quién sabe, tal vez abandonarme a ese simulacro de sueño, de paz, de silencio que nos igualara a los dos.

Pero yo solo podía mirar hacia el ventanuco. Cuando por fin fue clareando, el día se quiso anunciar con el canto desacompasado y sonámbulo de unos pocos pájaros. Hubiera deseado levantarme, abrir la ventana, destrabar la falleba del balcón y entregarme al misterio de un día que comenzaba, a pesar de mi incomprensión. Pero el dolor me impedía cualquier cosa que no emanara de él o que no me condujera fatalmente a sus redes. Como el amor, el dolor responde a los mismos impulsos y pide de nosotros una sumisión de siervos. Habría querido repetir en silencio: te quiero. Pero de mis labios solo salían estas palabras, en esencia las mismas: sufro, sufro, no resisto el dolor.

Y de esa manera se cerraba la simetría de esas otras auroras, en las que felices, decimos: te quiero, te quiero con un amor infinito, mientras un dolor de despedida y de muerte empieza a desgarrar nuestro corazón.

ESCRIBIR con defectos propios, antes, o mejor, que con aciertos ajenos.

ALGÚN día, cuando hayan pasado los años y crecido mis hijos; cuando de nuevo esta casa recobre su silencio y los libros llenen todas sus paredes sin que nos digan nada; cuando no quedemos en el mundo más que tú y yo, entonces recordaremos con nostalgia este día hecho de casi nada. Este día que olvidaremos sin duda mañana mismo, porque no fue en absoluto extraordinario, sino parecido a un día como otro. Pero lleno de una dorada luz, de unos niños pequeños que gritan e interrumpen, de la ilusión de meter nuevos libros en casa, de las tareas corrientes como prepararles los baños o leerles un cuento. Lleno de ti y de mí, que nos pensamos aún llenos de tanta vida.

LA vida social da gases.

COMO a última hora de la tarde dejó de llover, salimos a dar un paseo hasta la iglesia. Nos calzamos nuestras botas de poceros y recurrimos a esas viejas gabardinas que después de una vida trabajosa en Madrid vienen a morir a esta casa como los elefantes.

Si uno reparte su vida entre dos casas, se encuentra con que muchas cosas se multiplican por dos, libros, cacharros de cocina, herramientas, sin contar todo lo que se va estropeando en una o se va volviendo viejo y termina en la otra sus días.

Si nos hubiésemos cruzado esta tarde con alguien más o menos civilizado que hubiera reparado en nuestro aspecto, se habría echado mano a la cartera y nos habría largado una limosna. Bien está. Como decía el elegante y pulcro Juan Ramón Jiménez: «He llegado a ser sucio. Y me parece bien».

ME gustaría levantarme cada mañana a las ocho, encerrarme en el gabinete de trabajo hasta las dos y, a mediodía, al levantarme para el

almuerzo, haber dejado sobre la mesa unos cuantos millones de pesetas. Y eso solo por las mañanas. Por las tardes, lo mismo. No es algo excepcional. Es lo que hacen todos los pintores abstractos, entran en su estudio y cuando salen se han pintado un par de cuadros de dos o tres metros cada uno que valen una fortuna. No veo cómo no los meten en la cárcel. Eso mismo hacen los monederos falsos, y la ley les persigue.

TENÍA un aviso de Correos para recoger una carta certificada a mi nombre. La empleada, una mujer delgada, con un color malo y que estaba todo el rato haciendo ruido con la nariz porque estaba constipada, me pidió el carnet de identidad. Se alegró mucho al comprobar que entre mi nombre y mi segundo apellido había un García que no figuraba en el impreso ni en la dirección del sobre, de manera que se negó a entregármelo. En cinco minutos me vi explicándole que era escritor, que todo el mundo me conocía por ese nombre y que el García había caído ya en los lejanos tiempos del colegio. Ella me escuchaba complacida, sorbiéndose ruidosamente una gota de moquita y moviendo con ostentación la cabeza a uno y otro lado, no tanto porque no pensara entregarme el certificado como porque era evidente que lo de escritor no se lo iba a creer. Jamás he visto una obstinación más satisfecha. Cuando muerto de vergüenza estaba ya a punto de darle los títulos de mis libros, el nombre de mi mujer y la edad de mis dos hijos, se encogió de hombros y me tiró el certificado encima del mostrador.

En dos minutos se habían congregado frente a la boca de la ventanilla tres o cuatro personas que contemplaban con mucho interés la escena y que en el fondo participaban del mismo escepticismo de la empleada. Pensar que me habían oído decir la petulancia de que era escritor me abochornó hasta lo indecible. Abochornado y furioso. Lo primero que pensé para mortificarme fue que si era escritor, ¿por qué no se me había ocurrido una razón más verosímil y brillante para ese maldito apellido? ¿Por qué no supe fingir mejor? Por otra parte, cuando uno asegura que es escritor, sorprende en la mirada de todos la incredulidad, la sorna y la lástima que les damos por no ser alguno de los tres únicos escritores que conocen por la televisión. Salí de Correos del brazo de la humillación. Solo para evitarme la escena habría sufrido ser incluso Antonio Gala, con bastón incluido. La carta era una multa de tráfico.

HOY han venido los titiriteros a Conde de Xiquena. Uno tocaba la trompeta, otro ponía a todo volumen una caja de ritmos y dos gitanillas iban recogiendo del suelo las monedas que habían granizado desde los balcones, y las juntaban en dos palanganitas de plástico de color amarillo. Sin saber por qué sí ni por qué no, he bajado las escaleras de cuatro en cuatro y me he plantado en la acera, como si no hubiese otra cosa en el mundo que eso.

La cabra, muy flaca, que seguramente estaba preñada, tenía el vientre hinchado, y se subía encima de un bote de hojalata mientras sonaba la música. Luego, con las pezuñas juntas, empezó a dar vueltas sobre la lata sin caerse y a mirarnos a todos con una resignación muy lamentable.

Los gitanos eran hombres viejos y hacían todo aquello sin entusiasmo, pero las gitanillas parecían felices, y sin venir a cuento se pusieron de pronto a bailar, improvisando una zambra para ellas mismas. Tenían los ojos negros, negros y brillantes, como dos azabaches, y una llevaba el pelo teñido de rubio con agua oxigenada, pero no le hacía feo. Llevaban unas faldas de percal muy gitanas, y unos anoraks astrosos de colores chillones y las dos unas botas de goma hasta la rodilla, dos o tres números mayores que los que precisaban sus piececitos, botas de un plástico brillante color amarillo unas y color rojo fuego las otras, desenterradas seguramente de un basurero.

Los coches pitaban cuando pasaban al lado y algunos las insultaban para que les dejaran pasar, porque estorbaban algo, pero no tanto como para que no pudiesen pasar. En esto empezó a llover un poco y las niñas levantaron la cara para recibir la lluvia en el rostro y se rieron al sentir las gotas frías en sus párpados azulados. Hacía un tiempo desapacible y, no sé por qué, me acordé de las lágrimas de Nietzsche cuando abrazaba al caballo azotado por el carretero en una calle de Turín. Me parecieron las risas de las gitanitas y las lágrimas de Nietzsche de una misma sustancia, y yo mismo me volví a casa sin saber si mi corazón estaba triste o alegre. Sé que agradecía haber vivido aquel momento, pero me espantó ver que no era capaz ni de llorar ni de reír.

AH, las bocas de metro, con cuánta delicadeza, con qué silenciosa alegría besan el cielo.

DECIMOS sinsabores, y son bien amargos.

ESTA mañana vi a un moro viejo de esos que llevan una chilaba raída y un fez de mojamé. Se estaba probando en uno de los puestos del Rastro una dentadura postiza de segunda mano o, si se quiere decir, de segunda boca. Se la metió en la suya, intentó acoplársela y, como no le sentaba bien, la dejó con mimo otra vez sobre la acera, que parecía la castañuela de un muerto. Al que la vendía no le pareció mal que el moro se la probase y luego no se la llevase, lo encontraba muy lógico, y solo dijo que sentía de veras que no fuera de su horma, porque «está como nueva». Esta escena es cuanto el Rastro me ha ofrecido esta mañana. Eso, al lado de primeras ediciones de este o del otro, no tiene precio.

EN las tardes de semiconvalecencia, a la espera de mi operación, imagino el crepúsculo de Las Viñas, esa hora virgiliana, leopardina, donde se mezclan los sonidos venidos de lejos: el ruido de un hacha que corta leña, ese perro que ladra, una apaciguada esquila, las voces lejanísimas de una mujer que llama a un niño para que acuda... Ese crepúsculo azulado, delicadamente borroso, apoyado en el cendal blanco. Es esa hora en que ya han vuelto los hombres de las tareas del campo. Se han lavado en un patio, se sientan y esperan a que esté lista la cena. Dentro de la casa se oye trajinar a las mujeres junto al fuego, y en el aire se mezcla el olor de pimentón y el azahar de los naranjos, al tiempo que titilan las primeras estrellas. Los hombres entonces no parecen ni mezquinos ni ruines y hablan de cosas sin importancia, con los perros echados a sus pies.

Alguna vez he encontrado en el campo a gentes de aspecto rudo, pero con el alma limpia, llenos sus ojos de ternura cuando miran un nido con crías o para ofrecerte un higo, avergonzándose de pronto de que sus manos estén sucias. Pero, aparte de eso, yo no he creído nunca en la bondad de los hombres del campo. Se les ve a la mayoría retorcidos y crueles, combinando venganzas terribles. El odio es algo que solo florece en la soledad, y en el campo no hay otra cosa que odio y soledad, y estos hombres pasan la mayoría del día solos en huertos apartados, en viñas lejanas, rumiando, maquinando, exigiendo que se les cambie la suerte. Pero a esa hora del crepúsculo, cansados por el trabajo, tienen todos una fatalidad que les vuelve nobles, de una raza superior, siquiera por una hora, seres con un destino más grande que su propia mezquindad...

En estos momentos de hospital quiero recordar los olivos color ratón y el camino polvoriento con los alcornoques altos y centenarios. Sabría pintar tan bien esos cuatro rincones de mi corazón, que me

bastaría cerrar los ojos para oír batirse en él las alas de una abubilla o el vuelo temperamental del rabilargo. Es bajar los párpados y escuchar los chillidos de las pequeñas golondrinas que juegan a equilibristas en el cable de la luz, donde terminaban posándose serias.

Siento el olor de la hierba recién cortada y de la tierra que acaban de regar. Y vivo todo esto en un instante, sin saber si soy yo quien lo siente.

Siempre he puesto buen cuidado en lo que escribo sobre el campo. A veces, por el solo placer de pronunciarlas, uno puede caer en la tentación de escribir palabras como azucena, prímula, vinca (las pálidas vincas de San Juan, las vincas que Proust admiró seguramente en Rousseau más que en la realidad), peonías, y creerse uno Proust o alguien exquisito, solo por eso. Los nombres no dan nada. Ni hablar de Budapest, Praga, Lisboa o Roma nos hace cosmopolitas, ni hablar de violetas nos vuelve superiores.

Basta. Estoy cansado. He creído oír ratas en el tejado. Es imposible en una clínica.

PENSEMOS en una casa, en una de esas viejas, algo destartaladas, grandes casas recostadas contra un jardín centenario. ¿No es fácil encontrar en ella correspondencias humanas? Pensemos en ese muro al que solo sostiene la misma yedra que ha minado sus cimientos, el color que puso en él la lluvia de cien años.

¿Si buscáramos la corporeidad de la melancolía, encontraríamos algo mejor? Una vieja casa es la expresión de todos los que la vivieron, de todos los que pasaron por ella y murieron en ella. En su silencio, en sus balcones cerrados, en los altos magnolios y en los viejos rosales, enfermos y descuidados, encontramos el espíritu que seremos un día.

La mitad de la vida la pasamos defendiéndonos de la imagen del padre, que nos persigue. La otra mitad, lamentándonos por no haber aceptado a tiempo que éramos solo eso que rechazábamos.

Miro esa casa ahora, que encuentro al azar, en un paseo por el barrio del Niño Jesús. Algún día seré como esa verja, invadida de zarzas. Como esos lirios que a pesar de la polución siguen creciendo al lado de las ortigas. Las ventanas faltas de pintura, los muros negros, la marquesina rota. Soy joven todavía: ¿qué puede perder uno por aceptarse así?

POR cierto: cuando es bueno, un aforismo es la punta de un *iceberg;*

cuando es malo no es nada.

ANTES lo digo, y antes tiene que morderse uno la lengua. Dios, o el partido socialista, aprieta, pero no ahoga, y esta mañana he tenido una llamada desde Sevilla.

X ha empezado a dar rodeos. Se notaba que no sabía cómo decírmelo. Está a mes y medio el congreso sobre Cernuda y la persona a la que había encargado hacer el catálogo, según me ha dicho, desapareció del mapa la semana pasada y le dejó colgado. Una tragedia.

X ha pasado un mal rato tratando de convencerme de que naturalmente había contado conmigo desde el principio. Estamos a mes y medio y todavía no me había dicho nada, pero he decidido creerle. X es amigo mío y la vida literaria está siempre montada, como la bisutería, sobre pequeñas mentiras. Nada demasiado grave.

Cuando llevábamos media hora hablando, daba la impresión de que era yo quien le había llamado para que me permitiera ocupar el puesto que ha dejado vacante el otro. Lo mismo: tampoco nada grave.

«Tenemos que hacer algo», me ha dicho. He comprendido que en ese tenemos se debían dividir las responsabilidades de la siguiente manera: yo el 90 por ciento y el 10 restante la universidad Menéndez Pelayo, que es la que va a organizar la farra. También me ha parecido razonable.

Al colgar el teléfono no he podido evitar hacerme un par de preguntas. Primera: ¿soy la persona indicada para hacerle a Cernuda un álbum?, y segunda: ¿a Cernuda le iba a gustar ese particular y el adelantado quinto centenario con que nos lo van a conmemorar? Para ninguna de estas dos preguntas tendría yo una respuesta terminante. No sé qué es lo que me ha dejado sobre el alma una pincelada más amarga: si no tener respuesta para estas preguntas elementales o la manera en que se ha desarrollado toda la conversación.

HEMOS llegado a Sevilla con lluvia, lo cual es una lástima, porque primavera, Sevilla y este tiempo no casan. Se me figura que es la venganza de Cernuda para con quienes hemos venido a remover sus huesos con este congreso y este álbum.

El álbum ha quedado normal, con fotos y artículos, unos mejores y otros peores, como pasa siempre. Nunca es lo que uno había pensado, pero contra eso ya está uno curado. El congreso, veremos. Hay muchos poetas, profesores, figuras notables y menos notables, que te

los encuentras a todas horas por Sevilla, en un bar, en un restorán, en un compás. Como con la mayoría ni siquiera tiene uno confianza, después de tropezártelos tres veces en dos horas terminamos todos saludándonos con un estúpido movimiento de cejas y una sonrisa forzada. Y todo el día lloviendo y todo el día metidos oyendo conferencias interesantísimas sobre las fricativas y labiales en los poetas de Andalucía oriental, y ponencias y mesas redondas muy amenas, o dando vueltas para sorprender a los mismos a los que hemos visto en las conferencias y las mesas redondas, que se pregunta uno por qué no asistirá más a menudo a actos de estos.

Ha habido incluso sus rifirrafes. Uno dijo que la homosexualidad era una enfermedad, algo patológico que Cernuda, si se hubiese puesto a ello, tal vez habría superado o corregido, sacrificándose un poco. Tiene gracia. El que dijo eso conoció a Cernuda en Londres y las malas lenguas dicen que fue su amante. Los homosexuales de la sala se pusieron muy nerviosos y uno, que estaba sentado al lado del que lo dijo, estuvo a punto de saltarle un ojo con el bolígrafo. A mí me ha gustado todo eso mucho, porque es lo que mañana llamarán los periódicos «una cultura viva, polémica». En el fondo es para lo que nos han contratado a todos, para hacer polémica, que es a la cultura lo que al arte culinario una de esas paellas que te sirven en un bar de carretera con arroz pasado, menudos de pollo, un trozo de chorizo grasiento y dos o tres gambas flácidas. Y los huesos de Cernuda removiéndose de espanto en su negra sepultura.

HE estado releyendo a Solana dos horas, para la edición de *La España negra*. Solana para mí es un clásico, como un museo de pueblo. Escribe tan mal que es imposible hacerlo mejor, todo lleno de mataduras como las mulas, y costurones, como los caballos de picar toros. No sé por qué los clásicos míos están todos desorganizados y poco motorizados, quizá porque recuerdo siempre a Unamuno cuando decía que la novela, y la vida es una novela, es organismo y no mecanismo.

Me gustan esos clásicos españoles, los azorines, d'orses, ramones, galdoses, barojas, riscos, cunqueiros, unamunos, machados, solanas, por lo que tienen de destartalado museo provincial. La mayor parte de ellos incluso hay que ir a buscarlos en ediciones desconchadas, que siguen al cuidado de ujieres tan viejos y descontentos de la vida como ellos mismos. Pero suelen ser siempre visitas provechosas, porque son visitas espaciadas en las que uno siempre espera encontrar poca cosa, para llevarse luego en las entretelas del alma pequeñas y grandes joyas secretas, de las que ni siquiera los salteadores del momento, los

cacos intelectuales del día, se han percatado aún.

En la visión que tienen del mundo estos clásicos de pueblo hay, además, una visión del presente sin tiempo, que es el único presente que nos incumbe, aquel que dentro de cien años arrancará a los lectores un: «Parece que está escrito hace un momento» y les hará sentir la primavera en los huesos. No son muchas las cosas que podemos decir nuevas. Viene uno a esta vida como un eco de los padres y como un eco damos tumbos por todas las peñas de la vida. A distinguir me paro las voces de los ecos, dijo Machado. Todos somos voz y somos eco. Pensar otra cosa es floritura. Así veo yo a esta tropa de escritores, museos y clásicos tal vez cerrados a causa de inacabables reformas o por falta de personal para su mantenimiento o por hundimiento de techumbre, pero en los que siempre podrá verse la luz de la pequeña bombilla de un celador, pues en los museos, en los clásicos y en los cementerios, milagros de la vida, siempre termina cayendo alguien, por pequeño que sea: ese incansable viajero de alma fatigada, ese lector aquejado de *spleen* o aquel al que la vida le borró su última sonrisa.

AL modo de Ramón: cuando una mariposa vuela, se traspapela en el aire.

HE pensado una cosa: voy a hacer la novela con Miguel el loco. He hablado con él por primera vez hoy en la panadería. Le escuchaba con atención, con ese respeto que nos produce la locura de verdad, no la extravagancia o la originalidad. El panadero, que despotrica mucho de él, se mostraba, sin embargo, orgulloso de poder enseñármelo en un día de calma chicha. En cierto modo es como su obra de caridad permanente.

Lo que decía Miguel eran cosas llenas de una gran ternura todas: «Hace un rato he visto una paloma muerta en la plaza de las Salesas». «Ayer la policía me llevó a la comisaría. Se portaron todos muy bien conmigo y el cabo Perales me llevó un café con leche». «Un día voy a ir a ver el mar». «Ahora tengo un amigo mío muy bueno que es de la parte de Guadalajara...». Cuando se despidió, le dijo al panadero: «Ahora me voy».

—¿Adónde? —pregunté yo.

—No sé. Si lo supiera, ya no iría.

Y soltó una carcajada, una carcajada de niño feliz y vi una boca en la que faltaban muchos dientes.

EL pie es una mano pensada por un académico.

SE murió la portera. Pobre mujer, era un monstruo. Cayó fulminada frente a la panadería de Cirilo a causa de una embolia pulmonar. Había vuelto del hospital hacía dos días. Nos hemos enterado hoy de ese último pormenor. Sabíamos que marchaba mal. Cirilo, conociéndole, estará orgulloso de que cosas tan graves e incumbentes de la vida del barrio ocurran a la puerta de su establecimiento.

Era una mujer con la que podría haberse escrito un relato solanesco. Era de corta estatura, gorda, sucia, desgreñada. La artritis y el reúma le habían arqueado las piernas y al andar se balanceaba como una oca vieja, con movimientos que le descoyuntaban la pelvis y las caderas. No tenía manos, sino unos dedos como sarmientos secos y torcidos, garfios terminados en unas uñas largas que tenía la fantasía de pintarse de un rojo vivo, como si las acabara de sacar de un hígado. La ha visto uno más veces en estos años que a la mayor parte de los seres que ama, amigos, hermanos, padres. Son las paradojas de la vida.

Hacía lo menos diez años que no trabajaba en esta casa, lo que consiguió tras una obra maestra de la intriga y la hipocresía.

El número siete de esta calle cuenta con pocos y buenos vecinos, en su mayor parte mujeres. Ocupa el primer piso una, a punto de jubilarse, que lleva viviendo aquí lo menos cincuenta años. El segundo, después de haber vivido en él una viuda, lo ocupa en la actualidad una de las dos chicas que durante unos años llenaron las escaleras de vagos espumeos ninfulescos. En el tercero, también desde hace cuarenta o cincuenta años, vivió nuestro buen vecino el secretario de la Audiencia, que murió; ahora viven allí su viuda, su hija y el marido de esta. Nosotros en el cuarto, en el quinto una mujer separada, también encantadora, y, alquilado en una buhardilla, un chico misterioso y muy moderno que sube cada semana con unas muchachas bellísimas, que contrastan mucho con él.

La portera vivía con sus dos hijos en un zaquizamí sin ventilación, llamado portería, que daba a un angosto patio de luces y a la escalera. Esta y el portal, estrecho y alargado, estaban a todas horas anegados no en el olor ya clásico de las berzas cocidas, sino en el menos piadoso y tolerable olor a cebolla, nauseabundo y picante.

La puerta de la portería era de esas partidas por la mitad, como en las cuadras de los caballos. La mitad inferior podía permanecer cerrada y la otra mitad abierta. Y así era como la tenía la mayor parte del día, ya que aquel habitáculo no contaba con otra ventilación ni luz

que la que le venía del portal. Se llegase a la hora que se llegase, la portería estaba abierta, y allí podía admirarse una escena de la vida porteril en toda su viveza. La nevera, uno o dos viejos sillones de escai y un sofá, en el que la mujer y su familia vivían permanentemente sentada frente a un televisor.

Sus hijos parecen buenos chicos. Uno andará ya por los treinta años. Está o estuvo metido como escolta de algún gerifalte ugetista, hecho que deslizó alguna vez con ocasión de que se cediera a las pretensiones laborales que tenía su madre.

Esta tenía una salud que le impedía subir escaleras, lo que, en una casa sin ascensor, es lo más apropiado para ejercer de portera. Sin embargo, no le daban la baja o ella no quería pedirla, por no perder el empleo que estaba impedida para desempeñar y no perder la vivienda, de todo punto insalubre. Así que tenía la escalera llena de inmundicias y su casa, de miseria. Barría y fregoteaba la escalera una vez al trimestre, cuando no dilataba aún más estos periodos de tiempo, aunque en realidad no puede decirse que la fregara, porque todo consistía en que uno de los hijos le subía al quinto piso un cubo de agua y lejía y desde allí, bajando, iba untando con una fregona los viejos y deslustrados peldaños y descansillos de madera. Hacia el piso cuarto el agua era una especie de chocolate pestilente que iba extendiendo con la misma fe que los pintores expresionistas, y cuando llegaba a la portería, llena de orgullo por el deber cumplido, guardaba el cubo durante otros tres meses.

Mientras ejercía de portera, su cometido era asomar su máscara por encima del portil siempre que aparecía alguien. Si este era uno de los vecinos, se volvía a sentar indiferente en su sofá y la mayor parte de las veces ni siquiera se molestaba en devolver los buenos días, si se le daban. Ahora, si el que aparecía era un desconocido, un cartero o un repartidor, se le iluminaba la cara y los ojos, saltones y enrojecidos por la vesania, brillaban con destellos de sadismo producidos por los muy sutiles placeres ligados a la importancia del cargo que ostentaba, y saltaba como un perro. ¿Adónde va usted?, gritaba una voz estridente. A menudo los forasteros se pegaban un buen susto, pues, sobre todo en verano, la puerta del cubil permanecía abierta, pero la luz estaba apagada, para paliar en lo posible el sofoco que debía sentirse allí dentro, de modo que ese ¿adónde va usted? les llegaba de lo más hondo de la espelunca. Lo normal es que se tomara todas las molestias para hacer desistir a la gente de la idea que trajera. No está, no hay nadie, han salido, no creo que vengan ya en toda la tarde... acompañadas de alguna otra información del tipo, son muy raros, ah, yo no tengo la menor idea de dónde pueden haber salido, hasta ahí

podíamos llegar, y otras frases por el estilo que solía despachar a todo el mundo. Si la visita persistía en subir, lo consideraba una derrota personal, una mancha en su historial, por lo que acababa saliendo de su cuchitril y gritando al forastero toda clase de insultos.

Cuando el amigo llegaba a tu casa, preguntaba: ¿vuestra portera está loca?

Muchos son los que pueden dar fe de que en este asunto tan serio no hay lugar para la novelería.

Los vecinos, sobre todo los más antiguos, decían tenerle un poco de pena, pero en realidad escondían bajo el penoso afecto el miedo cerval que sentían ante su presencia, ya que era una mujer avinagrada, chillona, colérica, de las llamadas de armas tomar.

A menudo hemos conspirado en la sombra, en reuniones clandestinas que tenían lugar en alguno de los pisos, para quitárnosla de encima, pero siempre sin éxito. Al final, aterrados, algunos se echaban atrás, temiendo de ella cualquier atropello, la dinamita, el incendio del inmueble, el crimen y la venganza, así que contábamos los días que faltaban para su jubilación.

Ayer, rememorando estampas de la vida de esa mujer, las vecinas más antiguas, en la escalera, recordaron cuando murió su marido. Había sido de la División Azul. El empleo lo obtuvo seguramente con esa carta de recomendación. En Santa Bárbara hay otro portero que fue igualmente de la División Azul. Le vemos aún algunos días por la calle. Durante años pensamos que era un viejo pederasta, por la manera en que iba vestido: chaquetas de terciopelo, camisas de cuellos espectaculares abiertas hasta el esternón, cadenas de oro, pulseras del mismo metal, zapatos de charol negro y un tocado que le pegaba los tufos, teñidos de negro y brillantes de pomada, al cogote. Pero no. Su vida no tenía nada que ver con las suposiciones. Era, más bien, todo lo contrario, un donjuán que había hecho enloquecer de amor a buena parte del inquilinato femenino de los años cuarenta y cincuenta. No ha de fiarse uno nunca de las apariencias, pero eso no quita para poder asegurar que nuestro barrio estuvo muy bien defendido durante unos años de la famosa conjura masónica y comunista. Cuando el portero de nuestra casa murió, tuvieron que extender su cadáver, por falta de espacio, sobre la mesa que había entre el sofá y el televisor. Le vistieron de domingo, con un traje nuevo, camisa y corbata, lo mismo que le pusieron los zapatos limpios. Los chicos eran unos niños. Por entonces tenían un gato. X, que contaba la historia, aún recordaba el momento en que bajó a darle el pésame a la mujer, cuando se encontró que el gato se había subido encima del muerto y le estaba lamiendo la cara. La portera pasó entonces de portera consorte a

regente interina de la espelunca durante tiempo indefinido.

Han sido casi veinte años de ver todos los días a una persona, pero lo extraño es que de ella no conocemos absolutamente nada. Quién era, cómo se apellidaba, cómo llegó a esta casa, cuál era su vida, si tenían o no otros parientes, nada. Se ha cerrado una novela, pero se diría que por la segunda página, y es seguro que desde más de un punto de vista, tenía su interés.

ESTA mañana, al subir a casa, me he cruzado en las escaleras con una de las vecinas del segundo. Llevan poco tiempo viviendo en la casa y se las ve poco también. Son dos. Tienen menos de treinta años, viven solas, son ricas, son guapas... Una es morena y la otra rubia. Van siempre muy costeadas, con ropa muy bonita, muy cara y muy moderna. Cada vez que me cruzo con alguna de las dos, me deja un poco desmarejado y a la deriva, como quedan esos esquifes al paso de un gran buque, dando tumbos en su estela, que ni sirven los remos ni nada para enderezarles otra vez, como no sea que se pase ese oleaje que se ha levantado.

Sé sus nombres, pero como sus nombres son tan corrientes como Ana y María, yo los confundo, de modo que nunca sé si la morena es María y la rubia es Ana, o al revés.

Al principio, por hacerme el simpático, saludaba con la mejor de mis sonrisas:

—Hola, María.

—Soy Ana.

Y yo notaba que para adentro decía: «Este es imbécil», con ese desprecio de las niñas bien para todo el que no conocen desde el jardín de infancia, de manera que ya no digo nada más que un hola, miro los peldaños y apresuro el paso, si es que vamos a encontrarnos, o lo retardo, si vamos en la misma dirección, para ahorrarme también el saludo.

Para distinguirlas me he fijado por otra parte en que la morena es muy delgada. La rubia es también delgada, pero tiene unas canónicas, admirables... He aquí un problema. Si escribe uno tetas, mal. Si dices pechos, peor. Senos ni se plantea, porque es de risa. En español hay palabras que no deberían existir, porque no hay manera de usarlas. En fin. El caso es que me fijo en esa parte del cuerpo, para ver así si retengo el nombre de cada una. Pero tampoco ha dado eso resultado ninguno y me equivoco también, sin contar con que yo creo que ellas se han dado cuenta ya de que las miro el escote con disimulo y deben de pensar que soy uno de esos vecinos sucios y viciosos, pero no

sospechan mi angustia, porque miro ahí con la esperanza de leer o adivinar su nombre como quien recurre a un ardid nemotécnico.

El caso es que hoy Ana o María me ha dejado flotando en la estela afrutada de su perfume, que es muy buenísimo, y si hubiera sabido adivinar o leer ella a su vez en la especie de gruñido mío que quería ser un «buenos días», habría descubierto un no sé qué que le deja a uno pensativo, es decir, que le deja a uno muy poco pensativo, porque son cosas esas en las que es mejor ni pensar.

M. TENÍA que ir a Londres para algo de su trabajo y yo la he acompañado. Las suyas suelen ser reuniones compuestas en su mayor parte por hombres, mucho mayores que ella, que viajan también acompañados de sus mujeres. Para estas se organizan visitas a los lugares pintorescos de cada una de las ciudades europeas donde tienen lugar esos cónclaves de ejecutivos internacionales. Mientras ellos trabajan, los organizadores las meten a ellas en un autobús y las traen y las llevan. Las distraen así. El año pasado fue una visita a las fábricas de cristal en Murano, otro año es un tour por las fábricas de queso en Basilea o por los talleres de encajes de Brujas o Malinas.

Algunas veces me he sumado yo también a alguna de esas excursiones, y como soy el único hombre entre tantas mujeres, veo yo que les causa a ellas gran pena y lástima, pues me miran como se le miraría a un chulo o a algo peor, a un pez rémora, a un impedido que no puede valerse por sí mismo, porque pudiendo ser como sus maridos y tener mis propias reuniones de negocios no soy más que como ellas, pero sin ser mujer, o sea, un gandul. Nos encontramos de año en año. Entonces me ven aparecer y noto yo la decepción en sus ojos; puedo leerles el pensamiento: «Pobre M., todavía sigue con este». Entre ellas, en cambio, se percibe una movilidad mayor, y a veces en vez de venir las legítimas, les acompañan las amantes, tan viejas como las legítimas y con los mismos cardados, aunque en ese caso todo el mundo procede con exquisita corrección y las acogen rápido en el seno de sus *parties* con pariguales derechos. Cuando eso ocurre observo cómo a las nuevas las antiguas les soplan al oído mi caso lamentable, poniéndolas al corriente de mi triste historia, lo cual me viene muy bien, porque me dejan en el último asiento del autobús y nadie me da conversación.

En este viaje a Londres, como ya lo conocemos todos más que de sobra, no hay ni visita a la Torre de Londres, ni cambio de guardia en Buckingham Palace, de manera que aprovechamos M. y yo para pasear a nuestro antojo todo el fin de semana.

Venir a Londres produce siempre gran alegría, porque piensa uno

que en el fondo es una suerte no haber nacido aquí. Yo no digo esto con desdén, sino de una manera natural, de la misma manera que a un enfermo tiene que producirle mucha tranquilidad saber que en una transfusión de sangre no le inyectarán una del grupo sanguíneo que no es el suyo.

Para mí, Londres no es más que un grupo sanguíneo diferente.

HEMOS estado el fin de semana en Las Viñas. Hacía mucho frío. Quemé en un montón mucha hojarasca del otoño y olía todo el campo a hierbas verdes, a niebla, a humo de hojas podridas.

Una hoja muerta sola no es nada. Una hoja muerta entre la población de hojas muertas es algo admirable de ver sobre la hierba pujante o en un montón ardiendo. Las hojas muertas arden con dificultad. Llevan sobre sí noches de lluvia, días de niebla y tardes de dura escarcha. Las hojas muertas al arder no hacen llama ni brasa, sino que dan la flor de un humo espeso y perfumado, porque arde su mismo corazón. De veras imaginaba así mi vida y me sentí por un momento hoja muerta entre la población de hojas muertas.

AL volver a casa he visto cómo metían a Miguel el loco en un coche de la policía. Cirilo estaba muy excitado porque había sido él el que había tenido que llamar al 092 y en el fondo eso le debía de parecer una pequeña traición. Miguel, en cambio, no quería entrar por las buenas, de manera que los policías trataban de obligarle a empujones. A todo esto los policías se habían puesto unos guantes de plástico, los muy cretinos, como hacen con los cadáveres y debe tal vez hacerse con los drogadictos... ¡pero no con los borrachos y los locos! Cirilo repetía una y otra vez que era mejor para él que le llevaran a un hospital, pero tampoco hablaba dirigiéndose a nadie en particular. Yo me puse a mirar la escena de cerca y advertí que antes de que partiera el coche patrulla con Miguel el loco dentro, Cirilo y él se han cruzado una de esas miradas insostenibles en las que hay rencor, desprecio, cansancio, fastidio, irritación, pero también una pena infinita, que es cuando al amor ya no se le puede llamar amor.

TENGO la sensación de estar hablando de un tiempo que no existe, en un país que nadie podrá reconocer. Si dentro de unos años algún curioso compara estos balances míos y los de cualquier anuario de periódico, descubrirá que uno se ha pasado la vida llevando una doble

contabilidad.

ME ha animado M. a que escriba una novela sobre los años de estudiante, militancias, vida en pensiones de mala muerte, amores locos de juventud... Es una idea venenosa con sabor a fresa. Yo creo que sería absurdo una novela así, porque guarda uno pocos recuerdos buenos de aquellos años, y del rencor en literatura no sale nada bueno nunca. He recordado incluso una greguería de Ramón: «Lo mejor del circo es que tiene caras cosmopolitas. No tendría interés un circo en que todos fueran de Valladolid».

ES posible que se empiece a rodar un documental sobre Gaya para la Tv, aprovechando la exposición que se le va a hacer en el Museo de Arte Contemporáneo. Esta tarde había quedado con la persona que se ocupará de ello. Estábamos citados en el pub de Santa Bárbara. A los cinco minutos de conversación comprendí que el único lenguaje común que teníamos era aquel del que ambos nos servíamos para pedir las cervezas y las patatas fritas y las aceitunas. Después de eso, todo estaba pronunciado en otro idioma. Un idioma del que conocíamos todas las palabras, pero cuyo sentido se nos escapaba.

Es cierto que a él le interesaba esa película sobre G., pero por razones digamos que extrañas a la pintura. Para él se trataba de un hombre del exilio, de izquierdas, casi desconocido, o sea, toda esa clase de valores que valen tan poco para enjuiciar una vida y una obra. Los mismos valores que G. jamás ha utilizado en beneficio propio, porque él es el primero en saber, puesto que lo padeció, que ni el exilio ni la guerra ni el ser de izquierdas (tampoco sus contrarios) le han garantizado a nadie nada. Me prometió que se rodaría en Méjico, Roma, París y Florencia, además de Murcia, Madrid y Valencia. Dos horas de película. Por una vez el mundo es justo y me hace muchísima ilusión trabajar en esto. Por RG., por M., que tuvo la idea, por mí mismo. Aunque es todo muy contradictorio, pues por otra parte tengo, tras las negociaciones, la sensación y fatiga de ese vendedor a domicilio que ha de convencer a un pobrete del paro de que la Enciclopedia Británica, pagada en 56 cómodas mensualidades, le sacará a él y a toda su prole de una lamentable situación financiera.

POR vez primera en este año han venido unos días de calor. Abrí los dos balcones de casa. Entró un perfume de primavera a través de una

celosía de geranios para despertar el deseo. Esta tarde se notaba ya que los días son más largos y se oían en el cielo chiar las primeras golondrinas. ¿Golondrinas o vencejos? Oír golondrinas en Madrid es una maravilla, porque se escuchan directamente en el corazón.

Me encontraba solo en casa. No estaban ni los niños ni M. Se fue haciendo de noche y yo, como me gusta hacer cuando puedo hacerlo, no quise encender la luz eléctrica, para mirar así las formas caprichosas de un tiempo más antiguo que mi tiempo, esa nostalgia, ese oscuro simbolismo que es mirar cómo se apaga todo.

Sentado en el sillón, con el balcón abierto, en la penumbra del crepúsculo, estaba atento a la vida que oía ir y venir calle arriba y abajo, novios que reían, el claxon extemporáneo de un coche, soldados que volvían a amargarse al cuartel, voces lejanas que lo mismo podían ser del loco Miguel o de algún discípulo suyo. Un eco de la luz roja del sol se había quedado en los tejados y el trozo de cielo que se ve desde esta casa se estaba poniendo azul profundo, de terciopelo muy tupidamente tejido.

Durante casi una hora, sentado en mi poltrona preferida, estuve mecido, con la nuca hacia atrás, por los ruidos de la calle y el de las olas de mis propios ensueños. Me acordé de M. y de los niños, de mis libros, de esta vida enterrada que llevo. Por una vez tuve la sensación de que la vida no me pesaba, que era alegre en medio de tanta sombra. Por una vez me alegré de que no sonara el teléfono. Por una vez sentí la plenitud del que se sabe acompañado por todas las soledades y todas las ausencias, como si soledades y ausencias trabajaran a favor de uno y no en su contra. Se me llenó el corazón de gratitud, como antes se me había llenado de golondrinas, y los ojos se llenaron también de lágrimas porque no encontré a quién darle las gracias por tanto orden, por el minúsculo universo mío, lleno de planetas muertos y fríos, y distantes estrellas, pequeñas, pero muy vivas. Y me sentí no centro de eso, sino todo, parte y todo de un sistema que marcha no como estos relojes de cuarzo, matemáticos y exactos, sino como aquellos abultados perucones de bolsillo que se vendían en las ferias, a los que había que dar cuerda cada dos horas y que de dos horas adelantaban un cuarto o lo atrasaban, según el tiempo fuera de lluvia o soleado, que en ellos actuaba el tiempo como sobre los reumáticos, y que incluso se paraban, y había que arrearles un estacazo sobre una mesa, y volvían a andar como viejas caballerías.

Cuando entraron M. y los niños creyeron la casa vacía y encendieron la luz. Fue un trallazo en los ojos. Todo, ensueños y armonía, se interrumpió, el viejo reloj se estremeció y a tropezones se puso a andar de nuevo, y la realidad me dolió en los ojos, como un

reúma íntimo, pero fue superior la alegría de tener alrededor todo ese caótico planetario mío, y les abracé y besé a todos con tan desusada violencia y alegría que en la mirada apicarada de M. pude leer un comprensivo: «¿Qué has hecho?», lo mismo que cuando se le mira a un niño y se le dice ¿qué has roto? para escuchar de él un admirable «yo no he hecho nada».

DEL acervo popular, del acierto popular: una mosquita muerta.

HAY que leer a los contemporáneos. Sí, de acuerdo: cincuenta años después. «Pero tú lees a Ramón Gaya». Por eso: porque lo suyo y lo de algunos pocos llega cincuenta años antes.

LOS únicos que llegan siempre a alguna parte de su agrado son los nómadas, los gitanos, los vagabundos, porque no van a ningún sitio en concreto, todos los lugares les parecen bien, quiere decirse, todos les parecen mejores que ninguno, mientras van hacia el nuevo y, claro, peor que los siguientes, cuando ya han llegado; de lo contrario echarían raíces. Son unos idealistas.

AL salir del Prado aún tenía tiempo de pasarme por Mirto, que es la librería de viejo más bonita de Madrid, y sin pensarlo mucho allá me llevaron mis pasos. Desde hace años uno no va a Mirto a mirar o comprar libros viejos, sino a charlar un rato con la librera, una de esas mujeres que uno habría querido conocer cuando eran jóvenes para enamorarse un poco de ellas. La librería está en un primer piso de una casa buena y principal y parece todo menos una librería de viejo, lo que la hace tan agradable y acogedora. Frente a las estanterías, pintadas de blanco al gusto de los arquitectos de los años cincuenta, tiene ocho o diez balcones desde los que se ve la entrada del Jardín Botánico, la estatua de Murillo, la entrada al Museo y los cuatro venerables magnolios de la glorieta. Es una librería que tiene además unos sofás para sentarse con las piernas cruzadas, una mesa baja donde poner el periódico y esa visión del aire de Madrid pintada en los acristalados ventanales llenos de geranios. Es también la única librería del mundo donde a la una les sirven a los distinguidos clientes que se encuentren en el establecimiento en ese momento una copita de jerez acompañada de unas patatas fritas como aperitivo, lo cual

está muy bien pensado, porque los efluvios de las comidas que preparan en el resto de los pisos y flotan en el aire al subir las escaleras le despiertan a uno las tripas y se las enjuagan en líquidos gástricos. Y así es, con el jerez y las patatas fritas, como empieza uno a departir con la librera de cómo va el mundo en general y del devenir de España en particular. Raramente de libros.

Por lo demás, el establecimiento casi siempre está vacío; están la librera, un mozo y la mujer de este, que hace funciones de recadera. Cuando hay clientes, uno o dos a lo sumo, suelen ser estos profesores extranjeros, conservadores de museos remotos o tímidos y adinerados bibliófilos de provincia. De vez en cuando aparece algún corredor de libros local, y se le ve tratar con timidez y apresuramiento de su negocio, como el subalterno que no encuentra la fórmula satisfactoria de comportarse con el superior y quiere salir corriendo de aquel paso.

Tampoco la librera es muy librera. La mayor parte de sus parroquianos, sobre todo los antiguos, la tratan de tú; en cambio al resto de los libreros de su gremio, que la conocen incluso de antes, jamás se les ocurriría apearla del usted y del doña, al que no obstante tendría derecho por su vieja licenciatura en Filosofía que obtuvo cuando las mujeres que iban a la universidad se contaban con los dedos de una mano. Recuerda un poco a la madre de *Qué verde era mi valle,* cosa rara, pues no ha tenido hijos. Hay un aire en ella que hace pensar en la Institución Libre de Enseñanza, algo que ya han perdido la mayoría de las mujeres: una tintura moral característica. Es desde luego una mujer emancipada desde hace cincuenta años, pero no ha perdido un átomo de una feminidad que no precisa apoyarse sin embargo en cosméticos ni confecciones. Al contrario, se ve de lejos que se ha educado en los principios severos e higiénicos del agua y del jabón administrados con regular frecuencia. La única coquetería que se permite es la de clavarse en el moño el lápiz con el que escribe, lo que le da cierto aspecto de japonesa, o la de lucir algunas joyas de familia, solventes y serias, lo que lleva su parecido al de una de aquellas damas isabelinas tan poco amigas de pamplinas y garatusas.

Cuántas horas ha pasado uno en aquellos sillones, hablando de esto y de lo otro, escuchándola contar historias del País Vasco cuando aún eran aquellas las provincias vascongadas, de su juventud, de la posguerra, de los escritores a los que conoció, de las gentes que pasaban por la librería, de tal o tal compra fabulosa, de tales y tales bibliotecas.

Cuando lo hace, habla de los libros sin codicia. Los ve venir con ilusión, pero los mira alejarse sin pena. Esto en un librero de viejo es cosa infrecuente, pues cuando vienen los libros raro es que no se

quejen ellos de haberlos comprado demasiado caros, y cuando tienen que soltarles las amarras, raro es que no lo hagan con pesar, como quien cierra un negocio ruinoso.

Mi admiración por ella proviene sin duda de que habiendo estado indecibles años en trato frecuente con el mercantilismo no se haya contagiado de ese espíritu un tanto miserable de la especulación, manteniendo intacto algo muy noble en ella, muy alto y serio.

A veces, en una distracción, aprovecho para mirar las estanterías, con la ilusión de pescar un volumen, pero ella al pronto me hace desistir, abandono mis pesquisas y continuamos nuestras pacíficas e improductivas divagaciones.

Al llegar, como hoy, la hora del almuerzo, espero a que cierre y despida a los empleados para acompañarla luego hasta el portal vecino donde vive.

Es el momento en que me pregunto por el manantial de un afecto que brota tan sin pensar y cuya corriente me lleva a ese amplio delta sobre el que la veo a ella alegre siempre, animosa, risueña, con sus muchos años, con esa cordialidad un poco cortante de las mujeres vascongadas, de una lealtad y fidelidad modeladas en granito, hospitalaria como una de esas abuelas que murieron antes de nacer nosotros y de cuya grandeza de espíritu se habla en la familia durante muchos y largos años, pese a no haber hecho nada que podríamos llamar extraordinario. Entonces es cuando uno comprende de verdad que la literatura no es más que una disciplina auxiliar de esa ciencia que los más solemnes han llamado vida.

CUANDO alguien dice «Marx llevaba razón» es tan exacto como cuando decimos «ya lo vaticinó Julio Verne».

FRENTE a la filosofía de los grandes sistemas, la filosofía del pobre: filosofía sin intermediarios ni comisionistas.

ES preferible que no te encuentren a que te encuentren en todas partes.

HOY, 30 de julio, en que me han rechazado el manuscrito de *El gato encerrado,* parece un buen día para empezar este otro cuaderno.

Hacía casi dos meses que no escribía una sola línea del diario. Se

me acabó el otro cuaderno y ni siquiera me tomé la molestia de bajar a la papelería a comprar uno nuevo. Es también de alambre. Como el anterior.

CADA noche, al pasar junto a la habitación de mis hijos, oigo un temblor de vilanos en el aire y el compás de los sueños. En ese momento por nada ni nadie me cambiaría. Ni la mejor de las novelas ni la más valiosa de las obras vale lo que valen esos breves momentos.

Cuando recuerdo tiempos difíciles, sin dinero, sin trabajo, pasando frío a todas horas, huyendo de las pensiones por las ventanas, durmiendo aquí y allá, juventudes de Madrid, años de Valladolid, eternidad de León, vendiendo cosas increíbles por las puertas de las casas para poder comer en bares no menos increíbles, incluso cuando recuerdo aquellos días, me parece que fueron los días alegres de otro que no fui yo, días que han quedado en esas vidas dormidas que contemplo por las noches, como queda en el cristal nuestro vaho, solo cuando el invierno es frío y pasan trenes sin detenerse, de tierras lejanas a lejanas tierras.

Atento escucho en la respiración de mis hijos la respiración del corazón del mundo, del corazón de Dios y de mi propio corazón, y aguardo. Y acepto esta vida fácil mía tan poco fácil, vaga, vagamente insatisfecha, consciente de que debe ser insatisfecha.

ALGO esta mañana me empujó a la terraza, sobre el jardín, antes de que saliera el sol y se oyese a los pájaros. Me deslicé de la cama, a tientas busqué las viejas pantuflas y sin hacer ruido salí de la habitación.

Me apremiaba el no sé qué que a veces llama a la puerta. Cerré la del dormitorio tras de mí, como el que piensa partir a tierras muy lejanas, y empecé a buscar cierta conciencia del Tiempo, como el físico se encierra frente a sus redomas mecánicas esperando abrirle al misterio una escotilla.

Me recibió el perfume de la noche, toda la miel y el rocío sobre los campos secos y las flores de los arriates, las horas densas y herméticas de la madrugada. Era un momento lo que buscaba. Sabía que si daba con ese momento, habría ganado muchos años, muchos años hacia adelante y hacia atrás. Me reuniría con el niño que fui y con el viejo que un día volverá a este instante, al pequeño fragmento de tiempo de esta mañana de agosto, aquí, a este lugar del que uno lo espera todo porque sigue siéndole desconocido.

De modo que me senté en la silla de lona y me puse en camino. No era el sol quien venia hacia mí, sino yo el que salía a su encuentro. Pero tampoco aspiraba a una reunión de ambos a medio camino. Nada de misticismos, de luz, de piedra y verbos transustanciados ni de toda esa jerga de los sacristanes de la poesía. Yo no buscaba más que estar, durar, permanecer en aquel puro momento, y conseguir así permanecer y durar hacia el pasado, hacia lo por venir.

Sentí algo de frío en los brazos y en la espalda. El rocío, que visita las rosas y las zarzas del camino, las ortigas azules y las hojas del limonero, ponía también en mí su mano, y lo sentí como un presagio, pues aquel breve tiritar tuvo sus ondas, como piedra en estanque, y el alma tiritó en el calosfrío de su mismo centro.

En unos pocos minutos conseguí que el pulso de las emociones y sensaciones latiera a la par que el pulso de las cosas que veía. O eso me pareció a mí, porque no quería envanecerme ni de emociones ni de sentimientos, tan solo estaba allí como un oyente de la naturaleza, como el alumno libre que uno siempre tiene la fantasía de ser. Miré los olivos colgados de su colina, el laurel, la parte de camino que a mí se me figura corre hasta el mar. Lo que he visto tantas veces y de lo que ignoro todo, pues es un paisaje que crece delante de mis ojos, como nos crece un hijo.

El parpadeo de las estrellas que le quedaban todavía al cielo se hizo más intenso, como también más oscuro se volvía el propio azul del cielo, porque también el azul del cielo se oscurece en cada amanecer. «Luminarias eternas de la noche», recordé, y se fueron apagando todas, como chapas que se tragara la boca de una inmensa rana.

No cantaban los pájaros. Se oyó el cacareo metálico de un gallo a lo lejos, pero fue un canto roto, abollado, inconveniente, como ese violinista que adelanta dos compases una entrada.

Luego no volvió a oírse nada. Sí, un cuclillo, y muy lejos, un cárabo. Pero el cuclillo y los cárabos los creó Dios para subrayar con esas líneas discontinuas suyas el silencio, a fin de que el silencio pueda oírse.

Sentado en aquel lugar privilegiado, como en el puente de un barco, miré la proa del jardín. Me decía: cada segundo es eslabón de la cadena de un ancla. Escucha este silencio. Gracias, cuco; gracias, cárabo pardo. A mis espaldas, me dije, saldrá el sol dentro de media hora, una a lo más. A mis espaldas hay tres sueños, en sus camas, ajenos a este instante, pero partes de él, como parte de la posesión y del amor es la espera, que no es aún ni posesión ni amor.

Y empezaron, de pronto, a acudir los átomos pequeños de ese instante que buscaba. Y se alegró tanto mi corazón que me dio miedo.

Miedo de despertar esos tres sueños y miedo, sobre todo, de atraer hacia mí la mala suerte. El momento feliz puede aborrecer este lugar, advertí, y dije: «Que venga un poco de tristeza, algo de la tristeza de los días, a compensar esa alegría, todo este júbilo». Pues antes aún del milagro, lo sabía ya excesivo, como si Lázaro muerto renunciara a ser resucitado, por comprender que su vida no podría estar jamás a la altura de ese prodigio que es volver intacto del reino de los muertos.

Pensé en León. En aquellas madrugadas. Mi padre, un perro en un cajón que había sido de botellas de sidra, y el olor de la pólvora. La memoria tiene siempre el membrete de las cosas insignificantes, que importan poco al mundo, pero sí a su estómago de anacoreta, pues con cañamones y altramuces la memoria vive cien años.

Al mirar las estrellas sobre el jardín, de pronto recordé. Son aquellas. Míralas tartalear sobre los campos de habas, hacerles guiños a las pomas del árbol, al rincón de la alfalfa. E igual que entonces me pareció que de entre los pies se levantaba una codorniz, y oía el estampido y luego advertía la bocanada azulenca en el cañón de la escopeta de mi padre, y la sangre caliente entre mis dedos era suave como un pétalo, porque nunca morían en el acto las codornices, sino algo después, generosas también, para enseñarme qué es la muerte y a qué late.

De modo que esto era el instante buscado. Una suma de instantes.

En eso empezaron las golondrinas y vencejos a salir de los nidos y a cantar otros pájaros. Poco a poco los ruidos, como flores, se iban abriendo. Una claridad rosa, el rosicler de los poetas, coronó el olivar de enfrente, y bajó por el monte, como yo me imagino que bajaría un carlista, con su capa escarlata y sus bordados de oro, el sol.

Oí ruido de esquilas y otra vez León vino conmigo, y los viejos mastines con carlancas al cuello.

Al entrar en la cocina para hacer el desayuno, me vino el admirable olor que tienen las cocinas de campo: a manzanilla seca, a leña y a pan sagrado.

En el vasar había un plato con ciruelas claudias. En algunas aún quedaban prendidas las hojas. Qué verdes todavía, cuánta Venecia aquí en esos frutos, cuantas mujeres con los ojos del color de las ciruelas claudias.

Luego pasé el día huraño, y aunque hablaba y me reía y jugaba con los niños, por dentro yo quería arropar aquel instante, como se arropan brasas en las frías cenizas.

LA solemnidad solo se puede perdonar en la pobreza. Pobres de

solemnidad.

EL olvido es un gas sutil.

UN bazar es siempre grande, El Gran Bazar.

EL tiempo trabaja para la verdad. Si quiere.

ME han rechazado por tercera vez el manuscrito de *El gato encerrado*.

La primera vez que a uno le rechazan un libro, si se es joven, con empuje y ganas de comerse el mundo, uno se siente Proust. La tercera, se ha perdido el apetito, y uno se siente un pobre diablo, un viejo que huele a viejo, aunque no hayas cumplido los cuarenta.

(Constato que en esta declaración pública del rechazo hay algo de exhibicionismo, lo cual me hace sospechar que en el fondo no he perdido del todo las esperanzas; es decir: que seguimos en la literatura, y no en la vida, y que lo de viejo que huele a viejo no pasa de ser retórica y cinismo; yo sé que nada de eso es grave, verdaderamente grave).

SUBÍAN al cuartel por la calle Barquillo, a última hora, tres reclutas de paisano antes del toque de retreta. Jóvenes de semblante atezado y embrutecido ya por el trabajo más duro, pero con la belleza de la juventud en la línea de la boca, en el brillo de los ojos, en la firmeza del cuello. Venían sin hablarse, no hostiles, pero tampoco amigos. Compañeros pero no camaradas. Subían lentamente, de la mano del tedio. Imagino lo que habrá sido esta tarde de paseo, errantes por Madrid, que no conocen, hastiados de dar vueltas y con los pies hinchados (llevaban las botas duras de su uniforme), con el dinero justo para haberse tomado un refresco, sin hablarse, sí, pero soltando de vez en cuando una risotada de paleto ante cualquier cosa que no comprenden para después sumirse en su silencio, en su incapacidad de verbalizar el mundo y de expresarlo.

Se me ha encogido el corazón al verlos, golpeado por su irreductible tristeza. La tristeza de sus bocas, la tristeza de sus ojos, la desoladora tristeza de unos cuerpos hechos para dormir hasta el amanecer en brazos de unas novias parecidas a ellos. Y entonces he

sentido al pasar a su lado que esta noche esos niños llorarán en silencio su hombría sobre la almohada y soñarán a su modo en el regreso, en sus lejanas tierras, tal vez en los tiernos abrazos de la amada. Y me enternece su patria hecha de lágrimas y sueños, es decir, ese lugar donde ya no hay palabras, sino un lecho en medio de la noche, como cama de liebre.

LO más hermoso de una mariposa, cuando la vemos volar, es que ni va ni viene.

LO que hace de la mariposa algo humano es que al volar parece que tropieza.

Y ALGO más: todas las mariposas no solo van perdidas, sino que, ay, supremo destino del hombre, vienen perdidas.

OTRA negativa. Cada día llega una. Le doy la noticia a M. y aunque trato de sonreír me da la impresión de que la cosa se queda en una mueca, como si el golpe hubiera sido en el bazo y no en otra parte. Luego entré en el cuarto de baño y me miré al espejo. Qué cara se me había puesto. Era para dar risa, como de lelo. No sabe uno cómo hacer para llevar con dignidad estas humillaciones. Muchos creen que es más difícil ganar que perder, pero no. La gente mira al ganador cuando se retira de la mesa sin que le quepa el dinero entre las manos. Lo miran con codicia, con envidia, incluso con satisfacción. El perdedor, en cambio, se sepulta en las sombras del fondo no solo sin dinero, sino sin miradas, sin palabras, sin pasiones. A la ausencia de miradas, de sentimientos, de palabras de apoyo se le llama lástima. Lo difícil es saber perder sin desesperación, sin compadecerse, sin dramatismo y, jugar, con esas malas cartas, la mejor partida de la noche, pues aunque uno a veces esté tentado de romper la baraja, ya lo decía Cervantes, nada como guardar las formas. Paciencia y barajar.

ESTA tarde, cuando llegó R. del colegio, vino a darme un beso y olía a goma de borrar y a peladuras de lápiz. Todo el olor del Líbano. En realidad olía a infancia. Hay un momento de la infancia en que los niños huelen a galletas María. Luego vienen esos cuatro o cinco años

en que huelen a madera de cedro y goma perfumada. Dejé durante un instante mi rostro pegado al suyo y entonces, sin decirle la razón de aquella efusión inesperada, aspiré tan intensa como prolongadamente aquel olor que me precipitaba en años perdidos, y recordé aquella aula de una escuela estatal donde el maestro redondeaba sus ingresos poniendo a veinte o treinta muchachos de entre siete y diez años a coser libros y encuadernarlos.

ALABA las fincas grandes; cultiva las pequeñas *(Geórgicas,* II, 397).

UN clásico sufre como un romántico, pero no lo dice.

EL aristócrata de los lectores es ese que lee a Plutarco, a Bayle, a La Bruyère, en fin a todos esos que ya no tienen amigos en los periódicos.

COMO siempre en invierno las madrugadas del Rastro son lo más hermoso de Madrid. El barrio vale poco, ya no tienen carácter ni las calles ni las casas. Queda, si acaso, un eco de otro siglo en las fogatas que algunos organizan como soldados de retaguardia y en el olorcillo de la tahona y la fábrica de churros. No se verá, sin embargo, una concentración mayor de ilusiones y sueños, del que vende porque sabe que vale muy poco lo que vende, y del que compra, porque cree que ha encontrado un tesoro debajo de los adoquines. Y qué hermosa frase oída al paso, entre dos buhoneros que comentaban lo arrastrada y lodosa que les ha venido a estas alturas la vida: «No tengo nada, y la mitad me sobra». Qué estoicismo tan español. Solo un pueblo que llega a sentir eso de verdad pudo haberse lanzado a la conquista de sus quimeras, desde don Quijote a los pobres figurantes de Galdós en pos de un destino de chupatintas o una localidad en el paraíso del Teatro Real.

Esa frase extraordinaria es exactamente lo contrario de otra de la que solo recuerdo que provenía de una obra calvinista: «Todo lo que no se da se pierde». La primera tiene el genio, es decir, el derroche de todo un pueblo; en la otra solo hay cálculo o escrúpulo de una pequeña y siniestra comunidad de prestamistas y comerciantes.

CUANDO leo un aforismo, me entran siempre ganas de hacerle el dúo.

EL que no se estremece cuando ve a uno de esos viejos que miran dentro de las papeleras públicas no sabe nada de sí mismo.

DIOS solo existe ya en las iglesias. Y solo si están cerradas y vacías.

EL corazón, si pudiera pensar, se pararía.

ESTABA escribiendo y vinieron los gitanos a Conde de Xiquena esquina con Piamonte.

Uno ha hablado ya algunas veces de los zíngaros, pero es que aquí no sucede otra cosa: el loco Miguel, que ha desaparecido, Cirilo el panadero, al que vemos de vez en cuando, con sus noventa años, con un saco de panes al hombro, los chaperos, los gitanos…

Plantaron un teclado electrónico con su caja de ritmos para hacer el pachán pachán, mientras un gitano viejo tocaba pasodobles famosos.

La calle se llenó de música y la gente se asomaba a los balcones para ver algo que ya ha visto, como yo mismo, cientos de veces. Algunos eran oficinistas y una vez satisfecha su curiosidad y comprobar que iban a tener que seguir con su tarea, se volvían a meter en sus despachos. Después de cada pieza otro gitano joven pasaba un platillo verde. Había quienes les tiraban desde los balcones unas piezas de níquel que rebotaban al caer y corrían rodando a meterse debajo de los coches. Entonces se le veía al gitano salir corriendo detrás de cada uno de esos zequíes fugitivos, y pararlos en seco con un zapatazo. Ni siquiera entonces se detenía a recogerlos, sino que salía despedido en otra dirección, persiguiendo todas las demás monedas compañeras que se empeñaban en meterse debajo de los coches, a las cuales paraba en seco de la misma expeditiva manera. En el segundo piso de la casa de enfrente dos secretarias, a las que el gitano joven había lanzado una mirada divertida y donjuanesca, le tiraron un puñado de duros, uno aquí y otro allá, solo para verle correr. No había en ello nada humillante, sino algo ritual, como una parada, para facilitar unos caracoleos entre machos y hembras jóvenes. Cuando el muchacho tuvo todas esas monedas controladas e inmovilizadas en tierra, las fue recogiendo tranquilamente, sin prisas, una a una, cimbreando la cintura; el viejo, mientras, ya estaba en el siguiente pasodoble.

Era una escena bonita. Mucho más bonita que lo que yo estaba escribiendo, y más viva. Es curioso. Por un momento pensé que los

tres gitanos darían cualquier cosa por ocupar mi lugar aquí arriba y que yo daría también cualquier cosa por estar ahí abajo pulsando los pistones de la trompeta y requebrando a las dos secretarias. Pero luego he visto que eso son literaturas; delante del hada madrina ni ellos dejarían de tocar la trompeta ni yo esta página que me ha costado ciento veinticinco pesetas, en monedas de cinco duros, no solo para verle correr, sino porque no lo tenía más junto.

LA vida es siempre papel mojado.

AYER pasamos a Elvas para hacer unas compras. Después de una ciudad como Badajoz, Elvas parece un pueblo extraordinariamente bonito y aparente.

Es seguro que hace cincuenta años Badajoz era un pueblo tan concertado como Elvas, pero lo han destruido de una manera alevosa. Para que una ciudad llegue a tener un cierto carácter hacen falta doscientos o trescientos años. Desde 1959 todo lo que en España era pobre lo sacrificaron al desarrollo. El desarrollo pasó, pero todo el encanto que había entonces en ciudades y en pueblos desapareció para siempre a manos de la especulación y de la usura. ¡Cómo debían de ser aquellos pueblos y ciudades, antes del estropicio, sin una sola oficina bancaria en sus plazas mayores, sin una sola casa de más de cuatro pisos, sin comercios esplendentes ni garajes foscos! ¡Cómo debieron de ser aquellos tiempos en los que los prestamistas tenían sus tiendas y guaridas fuera de las murallas de las ciudades, y no en su corazón!

Si los ecologistas tuvieran unos mínimos estéticos, como dicen tener unos mínimos éticos, dejarían de lado sus luchas contra tal o tal central nuclear, que al fin y al cabo podemos pasar la vida sin ver ni una, y exigirían la conservación de las ciudades, y harían todo lo posible para que a los bancos los persiguiera la ley, lo mismo que a cuantos les fabrican esos logotipos mironianos que además no significan nada, sino el triunfo de la mancha sobre sí mismos y sobre el entorno en el que los ponen.

Yo creo que este tono de casino de pueblo, desmedrado y empedernido, se le pone a uno en cuanto llevamos aquí, sin ver a nadie, dos semanas.

Fue el caso que llegamos a Elvas muy temprano.

Las tiendas estaban abriéndose, y llegaban los primeros forasteros a comprar, en su mayor parte de los pueblos de alrededor, campesinos

portugueses la mayoría, los hombres con sombreros negros y las mujeres con pañuelos al cuello. En verano no sucede así. En verano el pueblo se llena de españoles, a quienes compensa realizar viajes de trescientos kilómetros para ahorrarse quinientas pesetas mercando sábanas, toallas y cuberterías de acero inoxidable que podrían encontrar en cualquier bazar de España.

Resulta un espectáculo repulsivo ver a esos españoles, en general pobres o de medio pelo, relacionarse con quienes ellos suponen más pobres aún.

Estos españoles, cuando vienen aquí, a Elvas, no se conducen nunca como individuos, sino como nación, debido a su gran complejo de inferioridad, y así están convencidos de que siempre serán más como españoles que cualquier portugués que tengan delante, por más que ese portugués les aventaje en delicadeza, educación, gusto y, a menudo, también dinero. Cuánta distinción, cuánta nobleza en ese carácter apesarado, cuánto orgullo en el gesto obsequioso. Pues no. No se sabe por qué razón los españoles siguen creyendo que estos portugueses no son más que unas tribus de zíngaros que se quedaron en esas tierras cuando Felipe II «no quiso» Portugal.

Basta echar una ojeada a cualquier pueblo portugués para darse cuenta de que hay en ellos más nobleza, belleza y dignidad de la que aún resta en España.

Resulta insultante ser testigo de cómo los españoles se dirigen a todos los portugueses en español, sean dependientes, sean guardias urbanos, dando por supuesto que todos hablarán su preciosa lengua. Los mismos que en Hendaya se quedan mudos, cuando van a comprar una cajita de camembert, aquí vocean exigiendo que se les atienda con celeridad y les pongan una docena de bragas de algodón.

No piensan que las lenguas se parecen y hermanan, sino que el portugués es algo encontrado en una inclusa.

Y eso es lo que distanciará eternamente a estos dos pueblos: sus semejanzas.

Por lo demás Elvas es un pueblo lleno de rincones pintorescos y adecuados, fuentes con faunos y tritones, rejas de buena forja, portalones donde las sombras tentadoras y frescas se sepultan en silencio. Es bonita una ciudad con murallas, baluartes y fosos. Han tenido que defenderse de la zafiedad española, de esta raza maligna e infidente. A veces los políticos dicen: España y Portugal viven de espaldas, y es una lástima. No se crea. Es mejor así, y sería bueno que siguiera así otros cuatrocientos años, para que cuando no quede nada de España puedan los pocos españoles sensibles de entonces, si alguno sobrevive, pasarse a esta tierra. Todo lo que sea acercar a esos dos

pueblos es exponerse a que desaparezca el color de estas casas, la ceremonia de su lenguaje, la antigüedad y misterio de toda su tristeza, el orgullo de su pesadumbre, la fortuna de saberse hijos del único rey por el que valdría la penar combatir, don Sebastián.

Por eso resulta alentador el recelo portugués hacia España, porque eso quiere decir que tendremos Portugal para bastante tiempo.

La mayor parte de los intelectuales españoles, y de los portugueses, por contagio, tienen una teoría sobre Portugal, pero es absurdo tener una teoría, ni siquiera una idea, sobre aquello que se ama, pues el amor excluye toda clase de racionalización.

Puede hacerse, pero es algo postizo. Alguien puede enamorarse de una mujer, y decir luego que se ha enamorado porque era inteligente, alta, con ojos negros, pero lo cierto es que seguramente se había topado ya con muchas mujeres que reunían ese conjunto de virtudes, y que le dejaron indiferente. O al revés, quien diga, a mí me gustan las mujeres cariñosas, robustas y silenciosas, para terminar enamorándose de una mujer áspera, ríspida y cotorra.

HE aquí un hecho singular. Esta mañana mi hijo G. nos mostró un dibujo que acababa de hacer. Interrumpí mi tarea, tomé la hoja de papel y caí en grave meditación. G. estaba pendiente de mi veredicto y no decía nada. Por fin añadió: es una nave espacial. Yo asentí sin abrir la boca ni apartar los ojos del papel. Mi silencio debió de hacérsele insoportable, porque de manera súbita me preguntó si me gustaba. Le dije que mucho. Insistió y yo traté de tranquilizarlo diciéndole que mucho, mucho. Y cuando creía terminado el coloquio, él me puso sus dos manecitas de mazapán encima de la mía y añadió: ¿verdad que son mucho más bonitos que los que hacía antes?

No pedía tanto una confirmación como que le tranquilizara respecto de su historia, pues sin saberlo, se anunciaba en él la conciencia del pasado, del que nada quiere saber.

HOY se publica la primera crítica sobre *El gato encerrado*.

Es una de esas críticas hechas con buena intención, es decir, aviesas: habla de la voluntad de estilo.

Si alguien quiere molestarme alguna vez, solo tiene que decir que le gusta mucho mi estilo. Se dice de alguien que es un estilista, cuando no se puede decir nada mejor. Se dijo de Miró, de Jarnés, de Azorín, de Ruano. Lo mismo que prosista. Cuando empiezan a uno a llamarle un gran prosista, mala cosa.

El otro día me llamó un amigo y me dijo:

—Tu libro es demasiado amargo. Te fijas demasiado en cosas que no tienen valor. Vete a buscar las cosas que valen la pena.

Yo me mostré de acuerdo y le pedí que hiciera extensivo su valioso consejo a los *garimpeiros*. Habría que decirles: me parece que mueven ustedes demasiadas toneladas de tierra. Vayan directamente a la esmeralda.

Creo que tiene razón, y a partir de hoy voy a ponerme rayos x en la mirada y taladrar la realidad y las montañas, para ahorrar tiempo y dinero a mis amados lectores, que me estarán leyendo.

Por esa razón me he ido hoy con X a la exhumación de los restos de Azorín en la Sacramental de San Isidro. Sabía que ahí estaba la vida, por paradójico que pareciera.

No sé por qué razón se les ha ocurrido llevárselo a Monóvar, que es un pueblo de bereberes en el que no vivió nunca, desde que pudo salir de él. Le gustaba Madrid y París. Le habría hecho más ilusión que se lo hubieran llevado al Père Lachaise, entre los ilustres literatos que admiraba.

Como hacía muy buena mañana, se nos puso a los dos un humor excelente, yo no sé si porque el cielo estaba enteramente azul o porque nosotros éramos los vivos y no los exhumados.

En el cementerio esperaban algunas personas, media docena de periodistas de las secciones locales de los periódicos, las autoridades de Monóvar, el director de la casa Azorín y ni un solo escritor. Esto último nos puso de mejor humor todavía, porque sentimos sobre nuestras testas la inmensa responsabilidad de representar en ese momento a toda la literatura española, de aquí y de América, Angola y Filipinas.

El alcalde de Monóvar era enteramente azoriniano, licenciado Vidriera, con la piel transparente, los ojos claros y un peluquín que con el sudor y el calor progresivo de la mañana se le fue escorando a babor, como el que usaba Xavier Cugat, que al dirigir la orquesta se le desplazaba sobre las orejas. Quizá no fuera peluquín, pero tenía sus mismas virtudes. Se le afilaba la cara con el calor y en su fina nariz de punta se le fijó una gota de sudor que jamás caía, y quizá sudaba porque iba metido en un traje negro que le venía estrecho, lo mismo que el cuello de la camisa y la corbata negra. Quizá solo era la lividez de los ahorcados.

A X y a mí todo aquello nos producía la risa, pero él no se podía reír porque iba en representación del ministerio de Cultura. En realidad no iba en representación de nadie, porque es de Albacete. Él es un gran azoriniano, como otros son de Zafra, de manera que esta

mañana cuando quiso ir a la Sacramental de San Isidro por su cuenta no tenía coche, me telefoneó y me preguntó si yo lo tenía. Yo tampoco disponía del mío, de modo que habló con alguien del ministerio y le dijo, si me prestáis un coche y un mecánico para ir a desenterrar a Azorín, podrán decir que el ministerio de Cultura estaba presente, lo cual es una atención, y aunque en el ministerio de Cultura no sabían quién era Azorín, le dijeron que sí, me llamó de nuevo y nos pusimos en marcha. De ahí que no pudiésemos reírnos ninguno de los dos, por ser en cierto modo la autoridad competente, lo cual era al tiempo un inconveniente, porque la Literatura del mundo tenía puestos en nosotros sus ojos.

Los fotógrafos y los de la televisión regional de Alicante pisoteaban las tumbas de alrededor para poder hacer sus fotos y sus tomas, y largarse de allí cuanto antes. Se subían a las cruces y disparaban sus cámaras no se sabía a qué, porque al principio no se veía. Se daban empujones y si los primeros diez minutos hablaban en voz baja, terminaron haciéndolo a voces.

Dos o tres de la familia les pusieron mala cara, como si directamente les estuviesen pateando el hígado, hasta que uno de los mismos fotógrafos, lleno de cólera, les gritó en voz baja, ya sabéis, esos gritos de afónico que oye todo el mundo, les dijo, joder, un poco de respeto, hostias, que estamos en un cementerio.

Entonces los reporteros se quitaron de encima de las tumbas, un poco avergonzados de encontrarse tan carroñeros, pero al medio minuto estaban otra vez pisándole una oreja a un ángel o la P a toda una familia que se apellidaba Pérez.

En eso llegaron dos enterradores. Componían enteramente una estampa shakespeariana. Venían con pico, pala y alrededor del hombro una soga. Venían fumándose un farias. Para abrirse camino entre los periodistas, llegaron chistando, dijeron muy castizos, venga, apartarse, que venimos a trabajar. Luego dijeron que dónde era exactamente. Al hablar, el que hablaba, se pasaba el farias de un rincón a otro de la boca, sin tocarlo con las manos, como si fuese un trozo de palo. Estaban muy serios, pero en cuanto quitaron la lápida y empezaron a sacar difuntos, bien por los efluvios de los huesos, bien por el delirio que le adjunta a uno la vida, dejaron el carácter shakespeariano y terminaron como los hermanos Marx.

Les oíamos allá a lo hondo: ¿Hay que bajar más todavía?, decían, y resonaba su voz de ultratumba.

Había tres muertos encima del pobre don José. El de abajo de todos, el primero, era el maestro, luego le fueron poniendo encima a todo el mundo, a doña Julia en primer lugar, luego, encima de su

mujer, a la hermana de esta, y encima al sobrino de esta hermana, que se llamaba don Julio Rajal y que fue heredero de don José, y que, como se ve, ya ni era familia ni nada, como si hubiese pasado por allí. A este último lo habían enterrado hacía solo dos años y estaba entero, está como nuevo, fue lo que dijo uno de los enterradores, un tipo correoso y renegrido, con un bigote a lo Fígaro, pero a los otros los iban sacando a trozos.

El alcalde de Monóvar dijo que si a los demás les sacaban a trozos, le daba perfectamente igual, pero que a don José lo quería entero. Se armó una pequeña discusión a la boca misma de la tumba.

Alguien preguntó entonces dónde estaba el notario. Era el que tenía que dar fe de todo aquello, pero era el único que se había plantado como a veinte metros, descompuesto, con la cara de muy mal color, mirando para otra parte. Le vimos abrazado a un ciprés y con la cara vuelta al septentrión, para no marearse y amagando las acometidas del estómago que quería salírsele entre los dientes. Venga aquí, don Fulano, le llamaba el alcalde, en voz muy baja, aunque era voz baja de teatro, porque se le oía perfectamente. Venga, le decía. Pero el notario decía, no, no, aquí a la sombrita estoy tan a gusto. Dense prisa, firmo y me voy.

De la tumba seguían saliendo astillas de maderamen podrido, el brazo de un crucifijo, un asa de latón, un pedazo de sudario sucio, restos de raso y de guirnaldas fúnebres.

Por fin los enterradores dieron, desde las profundidades, la voz de alarma:

—¡Los de arriba! ¡Ya hemos llegado! ¿Lo quieren entero o a trozos, porque esto está muy malo? —insistió

—No lo toquen —gritó el alcalde de Monóvar—, no lo toquen.

Dio dos zancadas entre las tumbas y una vez más animó al notario a que se acercara para cumplir con su cometido de fedatario público.

—Nada, nada —se excusaba el fedatario— vaya usted, yo me quedo aquí. Parece como que me hubiera sentado mal el desayuno.

Los fotógrafos se abalanzaron sobre el agujero y metieron en él los cañones de sus cámaras. Todo el mundo estaba nervioso, como cuando el niño de San Ildefonso canta el gordo de navidad.

Cuando los fotógrafos comprendieron que quizá el derecho a ver los restos de Azorín correspondiera en primer lugar a los dos o tres familiares que había, se apartaron, pero no se hicieron a un lado por eso, sino porque ya habían tirado cada uno de ellos un carrete entero.

Se acercaron, pues, un sobrino del muerto y un par de señoras que se habían puesto un velo negro, y luego invitaron a que lo hiciese el alcalde de Monóvar. Este se puso más serio aún, se abotonó la

chaqueta negra, se ajustó la corbata negra, se puso un poco más pálido para la ocasión y un poco más transparente para la posteridad, y se asomó a la tumba. Se llevó una mano a la espalda no por respeto, sino para hacer contrapeso y poder asomarse un poco más. No le habría gustado que le dijeran que no había hecho todo lo humanamente posible.

Se inclinó tanto dentro de la fosa, que alguien pensó que se iba a caer, de modo que le echaron mano del brazo, lo que sirvió para que el alcalde entonces, sintiéndose seguro, metiera el cuerpo en el agujero medio metro más.

Estábamos todos pendientes de él. Estuvo mirando como veinte largos segundos. Al cabo de este tiempo, se volvió donde estaba el notario, juntó el índice y el pulgar, como quien da su aprobación al género, y dijo:

—Clavado, está clavado.

Se sacudió los hombros lleno de satisfacción y por tercera vez invitó al notario a que fuese a comprobarlo. Pero en esta ocasión solo se lo sugirió con un movimiento de cejas.

Entretanto X, que siendo muchacho había estado en su casa de la calle de Zorrilla cuando lo tenían todavía insepulto, también se asomó, y me dijo:

—Échale un vistazo; impresiona.

Me asomé, pues, yo también, para no ser menos. Era asombroso. Allí, a tres metros de profundidad estaba la calavera de Azorín mirándonos perpleja, calavera muerta que era idéntica a la calavera viva que había sido en los últimos veinte años de vida, en la foto de mi libro de texto, mirándome el día en el que el profesor de literatura entró y nos dijo, Azorín ha muerto. Pero no debió de morir del todo, porque allí estaba igual que aquel día de hace veinticinco años. Quizá mirara Azorín, testigo de la vida, el cielo azul que por encima de nuestras cabezas reía en aquella mañana de primavera, aturdido por el escándalo de los gorriones, quizá, cinéfilo empedernido, estaba asombrado de aquellas cámaras que lo tenían contra las oscuras raíces del ciprés, quizá, confuso de todo, no terminaba de hacerse una idea de todo aquello.

Fueron sacando a trozos sus pobres despojos, porque pese a la voluntad expresa del ayuntamiento de Monóvar y su corporación en pleno, presentes en el acto, don José estaba desmenuzado, como migas manchegas.

Llenaron con todo eso un cajón mortuorio.

Nada tan obsceno como el barniz que les ponen a los féretros. molestaba tal brillo en la mañana primaveral y discreta. Era un brillo

inconveniente de mueble bar.

Antes de que nos diéramos cuenta, los periodistas ya se habían ido. En el cementerio quedaba algún visitante de otras muertes que no terminaba de explicarse qué era todo aquel revuelo.

Fuimos saliendo. No teníamos prisa. El chófer de mi amigo nos esperaba a la salida. Cerca de la entrada pasamos por la casa del que debía de ser enterrador de aquel santo lugar. Había unos geranios reventones metidos en una vieja lata de escabeche y otros en una de aceite.

La brisilla de junio hizo temblar dos o tres paños blancos que habían puesto a secar allí, muy cerca de las tumbas, y estaban dos ventanas abiertas, con visillos de percal que la brisa hinchaba como velas del ponto latino, el mar de Azorín.

A un lado veía una pared de viejos nichos vacíos y abandonados. Una lagartija tomaba el sol en uno de ellos. Al oírnos llegar salió corriendo a esconderse debajo de unas piedras. El suelo era de tierra blanca, seca, polvorienta, y los cipreses altos estaban pletóricos de vida.

En la puerta del cementerio esperaba la banda municipal, con sus penachos y entorchados de acero inoxidable. No sé por qué razón había también cinco o seis gaiteros de plantilla junto al de la tuba, que siempre será el instrumento musical más respetado en cualquier formación musical.

Esperaban al alcalde de Madrid. X y yo cruzamos la calle y decidimos esperar a ver cómo se resolvía todo aquello, tumbados en la pradera de un jardín que hay frente a la capilla de la Sacramental, a cuyas puertas hacía antesala el viejo Azorín a que lo metieran allí, para rezar un responso por el eterno descanso de su alma. No sé de dónde habían sacado también un par de viejos maceros, que chorreaban sudor debajo de sus sombreros de terciopelo.

A un lado, como telón de fondo, se veían los chopos temblones del viejo Seminario y abajo el río Manzanares, con sus puentes de piedra y sus molondros.

Se estaba bien en aquel lugar. Era una mañana azoriniana. Mi amigo se había metido una hierba entre los labios y la mordisqueaba como uno de esos personajes que sacaba en *Antonio Azorín*. Tumbados allí sobre la hierba, parecíamos dos turistas ingleses que vinieran a observar de cerca las costumbres de un país de bárbaros.

De pronto avistamos a lo lejos la oscura comitiva de cinco o seis coches negros que subían a gran velocidad por la cuesta del Camino de la Ermita, precedidos por cuatro motoristas.

Era el alcalde. La banda se puso en posición de firmes y los gaiteros

se llevaron el chupón de la gaita a la boca e hincharon el odre. En cuanto el alcalde puso el pie en tierra, los del féretro lo levantaron del suelo con gracia y donaire, los maceros se echaron las mazas al hombro y la banda acometió con vehemencia y entusiasmo una música alegre.

A mí se me ocurrió entonces, de pronto, que podría escribir un artículo con todo eso, de modo que le dije a X:

—Quédate aquí, voy a enterarme qué música es esa.

HE estado trabajando un poco en el jardín. Hacía frío, pero era agradable incluso estercolar los rosales. Me he acordado de los cartujos. Alguien me comentó, o lo leí una vez, que cada uno de ellos tenía asignado un pequeño pedazo de tierra que labraban y que cada uno convertía en un jardín, del que cuidaban a diario. Mientras yo trabajaba en el mío iba pensando, en coloquio silencioso. Nada extraordinario, yo no pensaba en las risueñas insinuaciones de la brisa ni en que un día ya no veré las rosas de esos rosales, ni en los frescos racimos ni en los fúnebres ramos. Eran pensamientos de vuelo corto, como las codornices. Pensaba en mi vida en Madrid, hecha de cosas poco gloriosas, la alegría modesta de cobrar cincuenta mil pesetas por aquel artículo o la inarticulada tristeza de ver que uno se queda en tierra mientras nos imaginamos a los demás en rápidos jets y cruceros radiantes.

Era muy agradable estar trabajando y poder tener la cabeza en otra parte. Si yo consiguiera escribir y tener la cabeza en otra parte, sería un hombre feliz, porque querría decir eso que al fin había conseguido convertirme en un consumado novelista. Pero de momento eso solo me sobreviene cuando tapo la tierra con estiércol de oveja, meto el azadón con entusiasmo en los arriates, y oxigeno el porvenir.

Pensé incluso que el principio de san Benito por el que se rige cierta vida monástica era muy sabio al proclamar *ora et labora*, pues son cosas ambas que pueden hacerse al mismo tiempo. Incluso está pensada para que cuando se trabaje se pueda ofrecerle a Dios no solo el silencio, sino tales interminables y concurrentes soliloquios. Y como las ideas me iban y venían, se me ocurrió de pronto que un tonto contemporáneo no habría dicho jamás *ora et labora*, sino ora y/o trabaja, y eso me hizo sonreír para mis adentros, feliz de haber encontrado tal fruslería, porque contra lo que se piensa, a alguien como uno, que sigue en el mundo y está muy lejos de salvar su alma, los tontos contemporáneos pueden ponerle de muy buen humor sin saber por qué.

UN hombre griste.

EL yo siempre es el camino más largo.

AL llegar la noche me acerco al cuarto donde duermen. El sueño les ha tomado de repente. R. duerme siempre con una pierna fuera. El más pequeño ha cogido la manía de meter la cabeza en la parte de los pies, y colocar estos sobre la almohada. Tapo a uno, enderezo al otro, que suda como un pollo, y me tiendo en su cama un rato. Les oigo respirar. Huelo la carne feliz del pequeño, su pelo de gitano. Eso hago cada noche antes de retirarme a mi cuarto. Me quedo a su lado, no espero nada.

Al salir creo que debo darle las gracias a alguien, porque sería de un gran egoísmo tener algo tan hermoso para uno solo.

Me da igual que esto sea como el olor del césped recién cortado que decía no sé quién.

Quien ha sido alguna vez feliz, quien ha experimentado en algún momento la belleza, sabe que una y otra son invocaciones más o menos potentes a la muerte. El miedo a perder una y otra nos vuelve, dicen, temerosos, piadosos y sumisos para con el destino. Puede. Qué más da. Solo sé que esa escena con mis hijos en sus camas, con las manos sobre el embozo como pastas calientes de un horno, durará muy poco.

Se harán mayores pronto, olerán a hombres, me dará vergüenza llegar y besarles, les dará vergüenza de que lo haga. La infelicidad les volverá reservados, dormirán encogidos, ya no dormirán uno con la pierna suelta ni el otro meterá su cabeza entre las mantas.

Por todo ello, por ese instante, doy las gracias. Que Dios exista o no, ¿qué puede importarme? ¿Qué sabe nadie de ese instante en el que se les oye respirar y yo temo a la muerte y solo pido que eso dure un día más?

LA mayor parte de los sueños que tengo durante el descanso nocturno son de reestreno. En esto se aprecia lo pobre que soy.

YO tengo comprobado que cuando uno no pide más que lo que le den, siempre le dan a uno mucho menos de lo que pide.

TAMBIÉN yo, por desesperación, me lancé a la calle. Pero en mi caso no lo demandaba la sociedad. Ni siquiera tengo un editor que reclame la novela que estoy escribiendo.

Cuando abrí el portal miré a un lado y a otro, sin adivinar aún por cuál de los dos me decidiría. Quería también hacerme la ilusión de que era libre para ir a cualquier parte. Pero yo sabía que todo eso era un puro formulismo, porque siempre voy hacia el mismo sitio, por el mismo paseo de Recoletos, primero, y después, por el del Prado. Llego a la Cuesta de Moyano, revuelvo unos pocos libros viejos de los montones, y me vuelvo a casa con un par de volúmenes perfectamente inútiles. Podría hacer el mismo recorrido de tabernas, y entonces sería Bernardo Soares, llegaría algo borracho a casa, borracho de vinos quinados y moscateles, no mucho, lo suficiente para sentirme eufórico y ponerme a escribir todas esas cosas de los amaneceres, con el alma desgarrada, pero como acontecen los desgarros en persona que cumple a diario con un empleo como el de asentador contable, donde es preciso método y limpieza.

Mi contaduría son estos cuadernos, de eso no hay duda. Yo no declaro esto por presunción, como si quisiera darme importancia asegurando poseer un heterónimo. Hoy todo el mundo querría tener un heterónimo, como se tiene un perro de raza, porque es la moda, la gente hace teorías y a propósito de las personalidades ubicuas aliña suposiciones de especiada retórica. No. Yo a veces me siento también contable de esto mío, pero sigo siendo yo mismo. No tengo la suerte de creerme otro. Todas las contadurías tienen la virtud de ser la misma. Da igual ser el contable de una empresa de fletes con ultramar, floreciente y pimpante, que serlo de una pastelería. Los números se ponen todos de la misma manera, en columnas parecidas, los libros son siempre dos, uno con el Haber, otro con el Debe, y el contable, fuera de su trabajo, es ajeno a los mercados internacionales, a las oscilaciones, al humor de su patrón. Hace cada día su tarea, cierra los libros, y se despide. Entonces unos van a su casa, otros recorren las tabernas y otros, como yo, dicen, no puedo más, y creen una buena idea ir a una feria de libros viejos donde no les espera nada.

Así que tomé esa decisión un poco resignado. Hacía frío, pero circulaban por el aire alientos de primavera. O me lo parecía: diez grados, cuando ayer no se pasó de nueve.

En la esquina de Almirante con Conde de Xiquena había una mujer que preguntaba algo a un hombre. Llevaba este un mono blanco y la cara manchada de yeso. El mono era una prenda vieja, llena de espurreos, como los *drippings* de Pollock. El hombre en cambio era joven, uno de esos ejemplares que aún disfrutan exhibiendo sus brazos

y su pecho, endurecidos por el mucho ejercicio y una alimentación abundante. Es posible también que no se le hubiese pasado por la cabeza que una mujer como aquella, vestida de aquella manera, pudiera haberle detenido a él precisamente, y se ruborizó hasta la raíz del pelo. Tampoco sabía qué hacer con sus manos, fuertes y con las uñas sucias. Venía de comprar una botella de cerveza y llevaba debajo del brazo una barra de pan y un envoltorio, seguramente doscientos gramos de chorizo rojo con el que ranchearse el almuerzo de la mañana. Atendía las explicaciones de la mujer un tanto azorado, molesto de que hubieran irrumpido en su vida de ese modo inesperado e importuno. El hombre observaba a la mujer con incredulidad, se diría incluso que desconfiaba de su intención.

Al final terminó por darle unas explicaciones precipitadas que a juzgar por los gestos parecían confusas. Luego siguió su camino con enorme pesadumbre.

En cuanto se vio sola, la mujer miró con desánimo en dirección a donde le acababa de dirigir el obrero, como si no terminase de confiar en la información recibida. Si tuviera un poco de suerte, me dije entonces, esa mujer vendría hacia donde estoy yo y me preguntaría lo que le ha preguntado a ese peón. La vería de cerca, comprobaría si es tan guapa como parece desde aquí. Quizá podría formular una teoría de su vida. Pero no, no vendrá hacia aquí, preguntará al portero del nueve, que se encuentra más próximo a ella, y yo me quedaré sin hablar con nadie en todo el día.

La mujer buscaba con los ojos a quién inquirir de nuevo. Se la veía perdida. Reparó en el portero, desde luego, pero pasó junto a él sin atreverse a molestarle. Fue entonces cuando se cruzó conmigo. Me preguntó por la calle de Augusto Figueroa. Yo, que me disponía a ir en la dirección contraria, le dije que era una casualidad que yo me dirigiese hacia esa parte, porque podíamos acompañarnos. Yo creo que no le gustó la idea, frunció la boca en un rictus de desagrado y volvió a preguntar, de un modo premioso, si esa calle se encontraba lejos de donde estábamos. Solo cuando le dije que no pareció sentir un ligero alivio, aunque evitó tener que mirarme de frente.

Empezamos a bajar por Almirante en dirección a Barquillo. Era una mujer tanto o más alta que yo. Marchábamos uno al lado del otro sin decirnos nada. Yo procuraba caminar lo más despacio posible, no sé por qué, quizá porque siempre me han reprochado andar demasiado deprisa. Me iba diciendo: ha sido una mala idea. Tendrías que haberla dejado ir. Está furiosa por habérsele impuesto esto. También pensé: antes de llegar a Barquillo no hablará, y si no habla para entonces ya no dirá una sola palabra hasta que la dejes en su calle de Augusto

Figueroa.

Ocultaba sus ojos detrás de unas gafas de sol, pero era guapa. En realidad es posible que no lo fuera tanto, pero no resultaba fácil pasar a su lado y no mirarla. En primer lugar porque iba vestida muy elegante, a media mañana. Se la veía con una personalidad fuerte. El óvalo de su cara rayaba la perfección y tenía un color bonito de piel y una piel como de porcelana, blanca, sin ser lechosa, próxima al Ideal. ¿Cómo serán sus ojos?, me preguntaba. Quizá son pequeños e inexpresivos, me dije, porque uno, por la experiencia, sabe que es más fácil recorrer el camino de las decepciones que hacer de vuelta el de las ilusiones perdidas. Al llevar gafas de sol no pude ver sus ojos, pero sí observé su nariz, corta, fina, algo levantada y con una docena de pecas en ella, pecas irregulares y muy pequeñas todas, no de color encarnadura, sino tirando a tierras tostadas, un buen pellizco, como si alguien hubiera metido el pulgar, el índice y el corazón en el bote de las pecas y las hubiese espolvoreado sobre el bonito caballete nasal. Era delgada, tenía una boca grande y el pelo era negro, recogido con una cinta de terciopelo color vino, del mismo color que un jersey de cuello alto que llevaba. Era un poco como aquellas mujeres que sacaba en las películas Antonioni, aunque no tan petulante. Al preguntarme había hablado, y luego, cuando tuvo que oír mi explicación, dejó la boca un poco entreabierta, con la punta de la lengua señalando el labio superior, como si así, dejándola un poco separada, comprendiera mejor las explicaciones. Que era una mujer casada era cosa indubitable, porque pese a su delgadez tenía esas mórbidas curvas que solo adquieren las mujeres con las caricias continuadas de un hombre, unos hombros redondos, una cintura pequeña y esa clase de caderas clásicas llamadas de ánfora. Quizá tuviese treinta años, quizá algunos más, no muchos, uno o dos más.

Esperamos a que pasaran los coches para poder cruzar Barquillo, en silencio, un rosario interminable de coches. Entonces acertó a decir con cierto aire de preocupación:

—Aquel hombre quería mandarme al otro extremo. ¿Por qué lo haría? ¿Por qué la gente a veces tiene esa mala idea?

Yo le dije, para hacerme un poco el interesante, que a veces eso podía ocurrirles a los hombres tímidos con mujeres especialmente guapas, preferir decir lo primero que se les ocurre a admitir que no saben o que están equivocados. Quizá también, aventuré muy serio, el obrero no le perdonaba que le hubiera visto de aquel modo, sucio, con las manos y la cara manchadas de yeso, con una barra de pan y una botella de cerveza. Era un hombre joven, con los ojos almendrados y negros. Yo dije que me había fijado, desde mi portal, y que vi en su

mirada un vago deseo y que quizá por eso se había ruborizado

Me escuchaba en silencio, quizá pensara: ¿de dónde habrá salido?, por mí. Luego se echó a reír y me preguntó si era siempre así de novelero, y que cómo era posible que yo, que no estaba delante, hubiese captado cosas que ella, a dos pasos de él, no había visto por ninguna parte.

Cuando iba a responderle, me acordé de que tiendo por lo general a las explicaciones prolijas y complicadas, lo que sin duda asusta a cualquiera, de manera que admití, con una pequeña hipocresía a lo Beyle, poder estar equivocado. Eso sin duda, la pequeña derrota, pareció muy del agrado de la elegante. Se le había soltado un largo mechón de pelo, y para ver si seguían pasando los coches se lo apartó de la cara con ese movimiento lleno de gracia que poseen algunas mujeres, sacudiendo la cabeza hacia atrás y dejando que la mano desempeñara en toda la operación funciones de comparsa.

Puso el pie en la calzada, al cruzar, de una manera decidida. Reparé entonces en sus zapatos. Eran de ante, haciendo un bonito escote en el empeine, y sin tacón. No lo necesita, pensé, es una mujer alta. Eran unos zapatos muy bonitos, nuevos, esa clase de zapatos que solo pueden calzar unos pies sin durezas, acostumbrados a las sales de baño. Fue entonces cuando tuve la sospecha de que querría ir a Augusto Figueroa a una de las dos zapaterías que están allí, casi esquina con Hortaleza. Estas son dos tiendas donde se venden los muestrarios de los mejores zapateros y modistos de Europa, Stéphane Kelian, Farrutx, Dior, no sé, esos que salen en las revistas. Acuden a ellas las mujeres más elegantes y ricas de Madrid, jóvenes y viejas, solo por la fantasía y el placer de hacer unas pequeñas economías. Atraviesan la calle Barquillo, que es a Madrid lo que a Texas el río Pecos, y suben por este barrio en el que huele a apio y a pescado, pasan junto a los chaperos, los chulos, los camellos y los drogadictos que se caen como verdaderos guiñapos en la plaza de Chueca o frente al mercado de la calle Libertad, a solo dos pasos del chancro profesional. Cuando llegan a las zapaterías se meten en ellas apresuradamente. Vienen con la cara desencajada, pero su codicia es tanta que les compensa el espectáculo ahorrarse seis o siete mil pesetas, que en todo caso no necesitan para nada.

Yo sé todas esas cosas porque a veces, pasando por allí, las he visto, desde la calle, a través de los escaparates. A continuación representan con ilusión la comedia de la Cenicienta, tendiendo a las vendedoras, que permanecen en cuclillas delante de ellas, un pie y una pierna que se desliza entre sus manos como el cuello de un cisne o la cabeza de una serpiente. Hago entonces como que miro las muestras de los

expositores, pero al poco rato me entra el gran desasosiego de los degenerados, y yo, que me había detenido solo para estudiar a las mujeres cuando están entre mujeres, sin hombres delante que alteren sus conductas, tengo que salir huyendo de allí, por temor a que alguien me vea, como un culpable. Al ver sus zapatos de ante color miel, supuse que aquella mujer buscaba una de esas dos tiendas, porque no tenía el aspecto de venir buscando droga, como también se ha visto a veces. Fue un gran golpe. Le pregunté si venía por casualidad buscando unas zapaterías.

Se estremeció ligeramente, me miró sorprendida y me preguntó cómo era posible que lo supiese. Me encogí de hombros. Habría sido ridículo lucirse, y más delante de una mujer a la que no se conoce. Se quedó callada y no volvió a decir una sola palabra. Quizá pensara que le había tocado un hombre con las tuercas sueltas. Las calles están llenas de locos, y los locos no son todos iguales; unos son como Miguel, otros como esa mujer que grita sin cesar en la plaza de París; otros rebuscan infatigables en las papeleras, desde la salida del sol hasta la noche, y otros, como yo, tienen aspecto de ajedrecistas pobres, y dicen cosas que parecen lógicas, pero que precisamente son tan sutilmente desquiciadas que no tienen ninguna.

Llegamos a la zapatería y cuando me disponía a seguir unos pasos más, alcanzar la esquina, dar la vuelta a la manzana y tornar hacia donde había venido, ella, en la misma puerta, me preguntó:

—¿Tienes prisa?

Me lo estaba preguntando a mí, pero volví la cabeza, porque igual se lo estaba diciendo a alguien que estuviera detrás y que yo no hubiera visto.

—Bah.

—¿Te importa entonces decirme si me quedan bien? Los zapatos. Solo será un momento.

Me puse rojo. Me acordé del obrero. Él también se ruborizó. Mi aspecto no era mejor que el suyo. Entonces me dijo que solía equivocarse a menudo en sus compras, y que iba a haber venido con una amiga, que era quien le había dicho lo de estas zapaterías, pero que al final esta no había podido venir.

—Anda, entra —repitió—. Será un minuto.

Yo supe desde el primer momento que eso era una burda mentira, porque iba perfectamente vestida, con un gusto al que no se le podía reprochar nada, esa clase de gustos que vemos no dependen de nadie sino de la persona que lo lleva encima, sin una delación, sin un traspiés, desde la cinta de terciopelo rojo granate a sus zapatos de color miel, segura de su palmito, de sus luces, de su buena estrella.

Pasamos dentro. Yo, entre otras cosas, me dije, entraremos, se quitará las gafas de sol y podré verle los ojos. Si tiene unos ojos bonitos, sufriré un poco, pero daré las gracias a Dios de que haya soltado truchas en los ríos y puesto sobre la Tierra las peras moteadas y las jóvenes pecosas. No había en ese momento nadie, salvo dos dependientas, que me observaron de una manera rara. Quizá pensaran que yo era su amante. Su marido no creo, porque yo sabía que para marido de una mujer así me faltaba algo, y aun mucho. De modo que no terminaban de comprender cómo un hombre que llevaba en ese momento un pantalón con rodilleras abultadas, unos zapatos que daba pena mirarlos, un jersey con pelmazos de lana y un abrigo viejo, acompañaba a una mujer como aquella. Mientras las dependientas me estudiaban, me miré, incómodo y censurable, en uno de los espejos de la zapatería. Me pasé con disimulo la mano por el pelo, con la ilusión de poner algo de orden en mi cabeza, por dentro y por fuera. Se probó al menos siete pares. Antes de levantarse, para dar esos pasos de ensayo y mirarse los escarpines en el espejo oblicuo, ponía recta la pierna y echaba hacia atrás la cabeza, como si quisiera alargar la distancia entre sus ojos y sus zapatos, convencida de que, a mayor separación entre unos y otros, más objetividad. O sea, una teoría sufí. Entonces ladeaba un poco su largo cuello y aquel mechón que estaba suelto volvía a caerle sobre la cara, minucia que le quitaba dos o tres años, solo por cómo se deshacía de él, con aquel tic mitad estudiado mitad dejado al azar. O sea, una teoría kantiana. Había una gran diferencia entre la mujer taciturna que había venido a mi lado y aquella otra que de pronto, en sociedad, representaba un bonito papel de la comedia. Me preguntaba con un acento admirable, como si quisiera seducirme por completo con esa sola pregunta:

—¿Te gustan?

Ponía tanta ilusión en esas dos palabras, que yo me figuraba que lo que más podría agradarle era que le dijese que sí, de modo que la complací:

—Sí, son muy bonitos.

Bastaba eso, para que ella cambiara de expresión en un segundo, arrugase los labios y con voluptuosa arbitrariedad añadiese micifusa:

—No, no me sientan bien.

—No —admitía yo, creyendo que así dejaba a salvo algo—, son bonitos, pero la verdad, no te sientan bien.

Hubiera dicho tal cosa o la contraria.

Tenía unas piernas bonitas y largas, como las que salen en los anuncios de pantis. Ya digo que quizá no fuese una belleza objetiva, una de esas bellezas absolutas, pero tenía más que la belleza absoluta,

pues aun con las pequeñas incorrecciones (sus pies, por ejemplo, observé que eran grandes, de dedos largos y raros; sus manos también; y su boca; no su pecho, que en cambio era pequeño), con esas pequeñas tachas, digo, con todo el conjunto en el que no se desaprovechaba ni lo bueno ni lo malo, ni lo armonioso (su nariz, su frente, alta y limpia, su barbilla, incluso las piernas, si se miraban desde los tobillos hacia arriba) ni lo inarmónico, con todo eso junto, digo, conseguía ser esa mujer acostumbrada a sentir sobre ella el deseo al menos media docena de veces cada día.

Yo no quería mirarle las piernas, pero cada vez que se sentaba, después de haberse probado un par nuevo, la falda, de ante también, se le ceñía y se le subía casi hasta medio muslo. Pedía entonces mi opinión y yo procuraba mirar los zapatos, no sus piernas, pero si por casualidad me fijaba en ellas ponía de inmediato una cara inexpresiva del todo, como de científico que lleva veinte años observando con indiferencia y hastío por el microscopio cómo se aparean los virus, si es que se aparean.

—¿Estos están mejor, verdad? —me decía.

—Desde luego, sí, mejor.

—Qué lastima, porque tampoco me sientan bien.

—Es verdad —admitía yo—. No te sientan bien. Prueba con otros.

Las vendedoras, incansables y pacientes, iban dejando a su lado cajas y cajas desfondadas, exhaustas, con los papeles de Manila al descubierto, sutiles y poéticos.

Al fin encontró un par exclusivo, pero audaz:

—¿Te gustan estos?

Yo, que me había aprendido la lección, aventuré una opinión sincera.

—No están mal, pero no son bonitos —añadí con audacia.

—No. A mí me gustan —manifestó radiante, desmintiendo de paso aquello de que su gusto fuese errático y poco firme.

Hizo que se los envolvieran, pagó con una tarjeta oro y salimos de allí. Las vendedoras me echaron una última mirada en la que se adivinaba la lástima y el desdén, todo junto.

Preguntó dónde podría tomar un taxi. Parecía cansada de todo aquel juego. Allí, pues, acababa todo. Fue entonces cuando le pregunté si aún tenía tiempo de beber conmigo una cerveza, o una Coca-Cola o lo que quisiera, porque, ya embarcado, yo creo que eso era lo correcto, lo que había que hacer. Se tomó unos segundos para responder, luego dijo, por qué no, con la misma alegría con la que se había estado probando los zapatos, y me preguntó a dónde íbamos.

Yo no conozco muchos bares de mi barrio. En la plaza de Chueca

hay uno de lesbianas y enfrente otro de gays. El de las lesbianas es un local cerrado, como una barra americana, con desconchones en las paredes y una decoración deplorable; en cambio el de los gays es un bar tranquilo, con ventanales a la plaza y unos camareros muy finos y adamados que te traen, lo primero, una palmatoria con una vela que dejan encima de la mesa, para que veas cómo van cayendo gotas de cera como gotas de esperma y la selecta parroquia vaya haciéndose a la idea.

Por fortuna estos dos distinguidos lugares de alterne estaban aún cerrados y se me ocurrió decirle que un poco más allá estaba el pub de Santa Bárbara. No sabía qué era el pub de Santa Bárbara. Yo pensé entonces qué se podía hacer con una mujer que no había oído hablar en su vida de un lugar como ese, y al mismo tiempo pensé que yo era ya un viejo.

Caminábamos uno al lado del otro, pero no como al principio, aunque, todo hay que decirlo, yo iba incómodo, porque ese era mi barrio, y basta que una vez en la vida le surja a uno una historia como esa, para que se cruce uno con alguien conocido, con un amigo, no sé, con mi cuñado, que trabaja de juez en la Audiencia, con una amiga de M. que vive justamente encima, en fin. Por eso al poco rato ya estaba pensando que en realidad tendría que haber dicho, vamos directamente por ahí, a los desmontes, a un parque, al arrabal, al arroyo. Pero a mí esas cosas se me ocurren o antes de que suceda todo o después, durante el momento yo creo que nunca.

Ella estaba contenta. Comprar pone contentos a muchos. Andaba a mi lado muy bien. Me preguntó cómo me llamaba. Todavía no nos habíamos dicho el nombre. Nos reíamos por todo. Volvió a hablarme de los zapatos que acababa de comprarse. Temí que ese fuese a ser todo nuestro tema de conversación.

De pronto, al pasar por delante de la farmacia de Fernando VI me dijo, así, como si hubiera tenido una inspiración, o recordado algo súbitamente, que me esperase fuera un momento, que tenía que entrar. Es muy posible que si no me hubiese dicho eso yo hubiera entrado, porque resulta muy difícil, al menos al principio, que una mujer tan atractiva como ella no te arrastre en su estela, como los grandes buques hacen con las gabarras y las barquitas pequeñas.

Hice guardia en la puerta, con la bolsa de la zapatería. Apliqué mis dotes sherlockholmianas y me dije, va a comprar compresas o támpax. Por eso me ha hecho quedar fuera, porque es una ordinariez conocer a alguien y llevarle a comprar tampones, o que entre para que nos arrebate el secreto de nuestra vida. Salió al momento, pero no vi envoltorio ninguno. Seguramente se lo había echado al bolso y yo

confirmé que era, casi seguro, lo que había pensado.

Estábamos a dos pasos del pub y venían en el aire como avisos de que el invierno tocaba a su fin. Me dije, en el pub apenas hay luz, de modo que tendrá que quitarse las gafas y podré, al fin, verle los ojos.

Al caminar a mi lado se volvía de una manera muy especial, volviendo todo el cuerpo, pero sin dejar de andar en línea recta, como una perfecta dama de la corte que no quisiera desatender a su amante. Caminaba con eso que los novelistas del XIX llamaban gracia natural y gentileza. Yo iba pensando, a la vez que seguía la conversación, que en todo aquello no había ninguna casualidad y que probablemente, en los próximos quince minutos, tendríamos que abordar una cuestión complicada para todo el mundo, y que tendríamos que sacudir nuestras vidas con un pequeño cataclismo de impredecibles consecuencias.

Eso ella tenía que pensarlo también por fuerza, porque no es normal ir por la calle y que empiecen a suceder todas esas cosas encadenadas unas con las otras, a menos que estén rodando una película o un anuncio de agua de colonia o de desodorantes.

Cuando al fin nos vimos uno frente al otro, nos separaban dos cervezas y, sobre todo, una vida de la que el otro lo ignoraba todo. Yo pensaba, si al menos ahora se quitara las gafas, me resultaría más fácil leer su pequeña verdad, si la tiene. O su pequeña mentira. Para estas cosas la pequeña mentira y la pequeña verdad son también una misma cosa. ¿Hasta dónde me miente? ¿Hasta dónde no es ella la que está frente a mí, un desconocido, en un bar en el que jamás había estado antes? ¿A qué hora tendrá que huir mi bella Cenicienta?, pensaba sin dejar de reírme con las cosas que decía, sin dejar de beber, sin dejar de llamar al camarero:

—Por favor, tráiganos otra cerveza.

Con la segunda caña, le dije:

—¿No vas a quitarte las gafas? ¿No quieres que te vea los ojos?

Me dijo de una manera perfectamente deliciosa que prefería seguir con ellas, porque tenía un poco de conjuntivitis.

—Fue entonces por un colirio por lo que entraste en la farmacia —dije raudo, dispuesto a no desaprovechar la ocasión para lucir mi deductiva.

—Eso es —me dijo entonces—. Lo adivinas todo.

Le conté que vivía por allí, que aquel era mi barrio.

Ella no, ella vivía lejos, por Casaquemada.

Me fijaba en sus pecas, me fijaba también en sus manos. Las pecas daban ganas de tocarlas con el dedo para saber si eran de verdad.

Me preguntó a qué me dedicaba.

—O sea: ¿estudias o trabajas? —dijo ella con aires de enigma.

Yo a mi vez le dije también que si se daba cuenta de que estábamos ligando un poco con todo eso. Entonces ella se rió de buena gana, y yo me di cuenta de que quizá empezaba uno a pisar terrenos movedizos, y también me reí algo.

Volvió entonces a preguntarme qué hacía. Estuve a punto de confesarle que era escritor, pero por fortuna me detuve a tiempo, pese a llevar la segunda caña y estar casi ebrio. Eso, lo de decirle a alguien que uno escribe, es algo que por decencia no se le puede confesar ni a la familia de uno, de manera que dije que era físico, físico nuclear.

Fue lo primero que se me ocurrió, y se me ocurrió porque en la calle Argensola, que está al lado, vive un amigo mío que lo es, y porque pensé que a lo mejor la impresionaría.

Ese amigo me contó una vez una historia con un compañero de carrera, que iba por los bailes de los pueblos, recién terminados los estudios en Zaragoza. Le gustaban las mozas recias, de la tierra, las profundas. Las chicas le preguntaban en el baile a qué se dedicaba. Dijo una vez que era físico, pero no le comprendieron. Desde entonces dijo que se dedicaba al transporte con su padre y que quizá en uno o dos años tuviese su propio camión y que pensaba instalarse por su cuenta, lo cual abría expectativas interesantes para todos. Si como físico nuclear follaba una de cien veces, como camionero, en cambio, folló seis de diez.

A mi nueva amiga le hizo mucha gracia lo de físico nuclear y me preguntó detalles de mi trabajo.

Yo le dije que no trabajaba en España. Bueno, que en España algo, pero que sobre todo en Estrasburgo, en el acelerador de partículas de Ginebra. Lo dije con indiferencia, como quien se cree el dueño del átomo, para ver qué efecto le hacía.

A ella, en cambio, esos detalles no le interesaron lo más mínimo, al contrario, parecían aburrirla, de modo que busqué una fórmula que no falla nunca y que aprendí de un libro que nos obligaron a leer en el colegio, donde todos éramos pobres: *Cómo triunfar en los negocios:* pregúntale sobre ella, habla de su vida.

Me dije, esta es la parte interesante de la mañana. Al fin me contará algo que valga algo, aunque sea una falsificación. Yo luego escribiré de eso, y no habré perdido el día.

Pensaba todo esto, en la coartada del diario, no tanto por calvinismo, sino porque creo que tenía conciencia de no estar haciendo las cosas bien, quizá me remordiera algo, no sé, en algún rincón, mi vida, toda la pequeña verdad dejada en un rincón por la pequeña mentira, o al revés. Es muy difícil distinguir cuando las cosas

suceden en una penumbra, por dentro y por fuera, decir qué es la luz y qué la sombra.

Adoptó unos aires de gran modosa, se relamió el hocico, se encogió de hombros, hizo una mueca divertida y me confesó que ella no se dedicaba a nada en concreto, que tenía tres hijos. Lo de los hijos de ella me hizo pensar en los hijos míos. Me quedé serio unos segundos, pero logré rehacerme. Yo supe que declaraba eso en primer lugar para darme a entender que tenía marido y que no era una buscona. Me sacudí los pesares y pensé, ahora me va a decir que es la primera vez que le ocurre irse con un desconocido a tomarse unas cañas.

—Es la primera vez que se me ocurre decirle a un desconocido que me mire probarme unos zapatos.

Estoy seguro de que estuvo a punto de decir también que era la primera vez que se iba por ahí de juerga, pero me parece que se contuvo al darse cuenta de que no se le podía llamar juerga a tomarse dos cañas un día feriado, a las dos menos cuarto del mediodía.

Sonreí de una manera triste. A mí me pareció que tuvo que ser una sonrisa triste la que me salió, de cierta nostalgia, como si hubiéramos perdido todos los años de nuestra vida.

—A mí, en cambio, me sucedió una vez, hace mucho tiempo…

Nos íbamos quedando sin temas de conversación. Latía en el fondo de todo como un erotismo de libro, de revista de encuentros y contactos. Mi confesión le abrió la curiosidad. ¿De modo que ya me había sucedido una vez? ¿Era un pinta, un ligón?, me dijo.

Ensayé un gesto de soberano abatimiento, recordando a Bradomín para indicar: ¡no, por favor! ¡El pasado, la juventud, la desdicha, qué sé yo, todo lo que jamás ha de volver!

Ella no debió de comprender, y guardó silencio. Ya no teníamos nada de que hablar.

Todos estos encuentros tendrían que resolverse como las poluciones nocturnas, sin darse cuenta uno. Al día siguiente uno amanece húmedo, pero no recuerda nada.

Fue entonces cuando se quitó las gafas, sin previo aviso, como siguiendo un impulso imprevisto, lo mismo que al entrar en la farmacia. Aunque revistió el gesto de cierta solemnidad. Parecía que, dejando que viera sus ojos, tomaba una grave decisión que la encadenaría a deberes desconocidos. Levantó la barbilla y se aprestó a recibir con entereza el veredicto.

Eran dos ojos rasgados, hacia atrás, oblicuos, como los de los gatos, creo que eran negros y brillantes. Estaban marcados con una línea de *khol* que se prolongaba un poco hacia las sienes, pero poco. Eran bonitos, quizá lo más bonito de ella, estaban llenos de vida, llenos de

palabras intraducibles, de tristeza, de dulzura también, de vida, de un vago deseo. Debajo del derecho se había formado una mancha de color amarillento, como de limón podrido, y yo tuve que hacer un esfuerzo para que no se me notase la sorpresa de ver aquel ojo en medio de un hematoma.

Creo que no hubiese podido declarar más de sí misma si se hubiese quedado desnuda. No decía nada, no se movía, se diría que quería que la contemplase a placer, que la estudiase incluso.

—¿Te gustan mis ojos? —me preguntó al cabo de bastante rato.

—Sí, son preciosos.

Entonces volvió a ponerse las gafas.

Yo no me atrevía a preguntarle dónde ni cómo se había hecho aquello, porque ha visto uno ya tantas telenovelas que sabe uno de sobra que eso solo lo hacen los maridos, los amantes o los chulos, y que lo suelen hacer o porque ya no quieren a esas mujeres o porque están locos por ellas. Y que si uno pregunta, dos cosas: o te cuentan la verdad o te dicen que se cayeron por una escalera. En cualquiera de los casos, un drama.

Ella me adivinó los pensamientos y dijo:

—No es lo que puedas imaginarte.

Yo ya no me imaginaba nada. Llamó después al camarero y pidió que nos trajeran más de beber, luego preguntó por los servicios y desapareció.

Yo ya no sabía por dónde iba a salir todo aquello. Me encontraba un poco ridículo en cuanto me vi solo, en mi mesa. El bar estaba vacío porque la gente se había ido yendo a comer. Fue como si ya no tuviera que fingir nada. Si pudiera desdoblarme y verme desde aquella mesa, sería algo penoso. Son momentos en los que uno percibe todo el patetismo del flirteo, porque uno ha de mentir más de lo que es prudente para mantenerse dentro de los límites de la dignidad. Pensé que quizá aquella mujer no apareciese ya, que se fugaría por alguna puerta de servicio. Era improbable, porque yo tenía a mi lado su bolsa con los zapatos, pero podía suceder.

Una vez ocurrió. Había invitado a comer a una chica a la que no conocía apenas, pero a la hora de pagar no tenía dinero. Yo estaba abochornado. Al final no me quedó más remedio que confesarle la verdad. Ella me dijo, no te preocupes, subo a mi casa, que está a dos minutos, y bajo. Era una época en la que no había todavía cajeros automáticos. Tardó treintaicinco minutos. Fue saliendo la gente y el restaurante se quedó vacío. Los camareros me miraban de una manera significativa, como esperando que descubriera mis cartas. La chica al final volvió. Durante esa media hora había tenido que echar a un

parásito de su casa, porque en aquel tiempo ella era medio *hippy,* y por eso había tardado tanto. Pensé mucho durante aquella media hora yo también. En el pub me acordé de la otra también. Ahora podía ocurrir lo mismo, temí.

Vino el camarero antes de que ella saliese del cuarto de baño. Dejó las cervezas, esas patatas fritas que siempre ponen allí, un poco revenidas y rancias, y desapareció. Yo pensé que los camareros de estos bares tienen que ser testigos todos los días de historias como aquella, solo por observar la indiferencia con la que se dio la vuelta, él, sí, un verdadero científico, un auténtico físico nuclear.

Los cuartos de baño del pub Santa Barbara están defendidos por una cortina de gutapercha o de escai, abierta por la mitad, de modo que quienes salen de los retretes irrumpen en el local un poco como el primer actor que sale a recibir los aplausos del público.

La vi venir hacia la mesa que ocupábamos. Me sonrió, se abrazó la cintura mostrando indefensión, como haciéndome cómplice de algo, como si dijera: «Ya ves en el lío en que nos hemos metido. Veremos cómo salimos de él».

Era, en verdad, una mujer «como para cometer una locura», que decían los novelistas. Me puse triste, porque yo no era ya tan joven como ella, es decir, aprecié, antes que cosa alguna, que era una mujer joven todavía. Era la primera vez que la vi de frente, viniendo hacia a mí, como si nos conociéramos de hacía mucho. Se sentó y bebió un gran sorbo de la cerveza nueva. Me pareció que necesitaba tomar fuerzas para decirme lo que había estado meditando en el cuarto de baño.

Dijo:

—Me gustas.

No me esperaba nada así y miré hacia el camarero, temiendo que quizá lo hubiese oído.

—Tú también —dije yo, y empecé a saber que era mi pequeña mentira, porque me gustaba mucho más cuando no sabía que me gustaba, cuando ni siquiera podía esperar que yo le gustase. Es decir, que en la balanza de la consciencia mi pequeña verdad había puesto en evidencia mi pequeña mentira.

Entonces noté que empezaba a ponerme triste, solo porque aquel sí era una despedida.

—Vámonos a un hotel —me pidió a continuación.

Lo declaró como la cosa más natural del mundo. En un susurro; pareció soplármelo a la oreja, sin un titubeo, sin un remilgo, con naturalidad y, cosa extraña, con decencia, de una manera limpia.

Yo objeté que tendría que volver a casa por dinero, pero ella me

tranquilizó; daba lo mismo, lo tenía ella, como aquella vez que he contado.

Las historias, como se ve, son todas muy parecidas, variaciones sobre el mismo tema. Lo digo por lo del dinero.

Yo ya le estaba muy agradecido porque con aquellas tenía ya muchas cosas que contar en el diario, pero no quería que sucediera más. ¿Para qué? Todo lo que sucediera después sería como si no hubiese ocurrido, porque no lo podría declarar, y lo que no se puede contar, ¿qué sentido tiene que ocurra? Pensaba, eres una mujer muy guapa. Jamás me ha sucedido una cosa así. Antes te dije que me había ocurrido una vez, pero no, era mentira. Lo cierto es que jamás me ha sucedido nada parecido, porque estas cosas no suceden nunca. Lo dije porque soy novelero y tengo sentido del humor. A veces uno se inventa cosas de estas. La madre de una amiga, me contó esta, se metía en un armario cuando llegaba su marido. Este le ponía los cuernos a diario con toda mujer con la que se cruzaba. La mujer pensaba que si su marido no la encontraba en casa se intrigaría y sentiría la mordedura de los celos, pero el marido llegaba, veía que no estaba y decía, fenómeno, y volvía a salir a sus conquistas; ella le oía irse de nuevo, desesperada, sin poder salir de su escondite. Todo el mundo se inventa historias. ¿Pero cuando suceden? Cuando suceden, no puede creerlas nadie. Como se cuenta en *Una historia inmortal*: las cosas acaban sucediendo, y entonces parece que no hubieran ocurrido jamás, porque nadie las va a creer.

Pensé muchas cosas al mismo tiempo. Pensé que seguramente ella, que había dicho que jamás le había sucedido nada igual, era en realidad la que tenía experiencia en esa clase de aventuras. Lo del hotel lo había sugerido con gran aplomo. Seguramente había ido ya muchas veces a hoteles. ¿Qué pensarían los del hotel al vernos llegar sin equipaje? Pensé que me daría un poco de vergüenza. Todas esas cosas las pensé en un segundo, en mucho menos tiempo que lo que tardo ahora en describirlas. Me imaginé que la desnudaría. ¿Nos besaríamos antes? ¿Me dejaría besarla en los labios? Me entró entonces una duda, porque no sabía a ciencia cierta si el sida se pilla también por besarse en la boca, por la saliva y todo eso, pero, claro, después de que ella había dado ese paso, me parecía ridículo salir hablando del sida, de modo que el deseo se tiñó de inquietud, como cuando de chicos nos decían que por hacerse una paja morían inmolados no sé cuántos millones de neuronas, y si uno terminaba *cayendo,* como nos decían los curas, el placer que experimentaba uno llegaba torturado por el pánico de quedarse meningítico.

Fue solo un pensamiento fugaz, porque delante tenía sus labios que

se movían con la naturalidad del que solo tiene que moverlos para conseguir las cosas. De vez en cuando se los humedecía con un poco de cerveza. Tenía unos dientes muy bonitos también. Los de arriba muy iguales y blancos. Los de abajo en cambio los tenía todos un poco confusos, pero bonitos también y sanos, firmes en sus encías. Me sonreía y su nariz, la espolvoreada de pecas, aleteaba un poco.

Salimos a la calle. Eran las tres y algo. No había mucha gente. En la puerta del pub me preguntó si conocía algún hotel cerca que estuviera bien. Yo le dije que bien no sabía, pero que cerca estaba el Miguel Ángel. Entonces me dijo que prefería mejor otro, porque en ese hotel había ido mucho a un gimnasio y a la piscina, hacía dos años, con una amiga suya.

Entonces dije que el Palace.

Le pareció bien.

Al pasar por enfrente de la farmacia de Fernando VI recordé que esas cosas conviene hacerlas con preservativos. En las novelas nadie habla de esas cosas; allí las cosas suceden y nadie se ocupa de los pequeños detalles, de las transiciones. Entonces le dije que habría que pasarse por una farmacia, porque yo no acostumbraba a guardar condones en el bolsillo del abrigo.

Fue la única vez que se puso colorada. Las pecas de la nariz desaparecieron.

Entonces abrió el bolso y me mostró un paquetito envuelto en papel de farmacia.

De modo que era eso, pensé.

—Sabía que esto iba a ocurrir —dijo a modo de excusa. Y se puso más colorada aún.

A mí se me ocurrió un gran número de preguntas, pero eran justamente las que no se podían hacer, por qué estábamos a las tres de la tarde camino de un hotel, por qué íbamos a ir a un hotel, si volveríamos a vernos, es decir, me habría gustado preguntarle por la vida, pero tampoco a mí me quedaban muchas más frases ni ganas de luchar por ellas.

Me picaba la curiosidad también: ¿cómo terminará? ¿Cómo terminan estas historias? ¿Haremos el amor en silencio o recurriremos para poder hacerlo a las mentiras del «te quiero», sin las cuales no podría hacerse? ¿Después se vestirá delante de mí, se volverá de espaldas para ponerse el sujetador, o por el contrario se quedará un rato, hablando, contando todo lo que no ha querido contar de ella y de su vida?

Nos cruzábamos con todas las cosas familiares de mi vida diaria. La tienda de fruta, la pescadería, la farmacia; en cambio evité pasar por

mi propia calle. No me pareció bien. No porque pudiera cruzarme con algún vecino, sino por algo íntimo. Eran pasadas las tres, y Madrid parecía otra ciudad, yo mismo era otro, más viejo, más cansado, sin ilusiones apenas.

Ahora en cambio íbamos los dos en silencio, todas las risas del bar y el efecto espumoso de la cerveza habían desaparecido como por ensalmo y no quedaba nada. En realidad más que ir parecía que viniésemos, como si los dos quisiéramos desaparecer, cautivos sin embargo de nuestro propio azar.

Al llegar a Recoletos le dije:

—¿Cogemos un taxi?

—Mejor no.

Seguimos el camino que yo pensaba hacer solo tres horas antes, cuando iba a ir a la Cuesta de Moyano, por Recoletos, Correos, el Prado…

—¿Tú no quieres, verdad?

Se refería a lo del hotel.

—Sí —dije—; si quieres tú.

—No, yo no quiero.

Era lo mismo que cuando me preguntaba por unos zapatos que ya había determinado desechar.

—No era una buena idea —añadió al fin.

—Seguramente.

Entonces me preguntó por primera vez cosas que no había ni siquiera rozado. Me dijo, ¿estás casado? ¿Tienes hijos? Me preguntó también por ellos, cómo era ella, cómo eran ellos, si estaba enamorado, y no supe o no quise o no pude mentirla. La verdad nos puso aún más tristes a los dos.

Íbamos muy despacio, por el bulevar del centro. En los bancos no había más que viejos, que nos miraban con indiferencia, de los que comen a la una, de esos que aún llevan migas de pan en la rebeca de lana.

—¿Entonces por qué lo ibas a hacer?

—No sé.

—Te habrías arrepentido.

—No, eso no —respondí con galantería, convencido de lo contrario.

Volvimos a guardar silencio. Era como si los dos viviéramos una separación de años, una separación dolorosa pero inevitable, cada uno en su papel, como si en realidad yo fuese su marido y ella mi mujer. Me estremecí con la idea.

—Dios mío —dijo de pronto—. Es todo horrible. La vida es horrible. No lo soporto más.

Apenas me atrevía a mirarla. Llevaba una expresión de desolación y tristeza. Pensé, quizá se ponga a llorar, pero no parecía que fuese de esas mujeres que lloran. Tenía que haber preguntado, ¿qué es horrible? Pero tampoco me atreví, porque la respuesta tenía que ver, seguro, con la tumefacción del ojo.

Pasé mi brazo por su hombro. Caí en la cuenta de que era la primera vez que tenía un contacto físico con ella.

Me pareció más delgada de lo que creía. Se me clavaron en el brazo los huesos de sus hombros. Ella no hizo nada. Dejó que mi brazo siguiese allí como un yugo.

—¿De verdad que ya te había pasado una cosa así antes? ¿Terminó igual que esto?

—No, me lo inventé.

—¿De veras?

Sonrió un poco, pero no le gustó nada oír eso, como si esa pequeña gota viniera a colmar algo mucho más penoso, y mostró un rictus de dolor.

—¿Por qué los hombres mentís siempre?

No dije nada. Cuando me pareció que el brazo ya llevaba mucho tiempo en su hombro, lo bajé, y ella tampoco hizo el menor movimiento ni para evitarlo ni para acercarse.

Descubrió un taxi que venía por el paseo del Prado. Estábamos en la esquina con la carrera de San Jerónimo. Los dos veíamos el Palace. Eran ya las cuatro menos cuarto. El taxista encendió los faros, para advertirnos que nos había visto.

Había que esperar un poco más. Empezaba a estar alegre de nuevo y me sentí un poco mezquino, porque sabía que aquello terminaba. En realidad seguía sin saber a qué se refería con que la vida era horrible.

Entonces me dijo:

—Me habría gustado que hubiese pasado algo, no sé, pero tú no hubieras podido darme más de lo que me has dado.

—No te he dado nada.

—Estas tres horas.

—No es mucho, la verdad.

—Sí, pero tampoco hubieras podido darme más. A ti y a mí nos faltan las mismas cosas y esas no se encuentran en los hoteles. Yo jamás las encuentro en los hoteles.

Luego no era verdad que era la primera vez que le pasaba una cosa así.

Llegó el taxi y se metió en él. Se olvidaba la bolsa con los zapatos. La levanté y dije, eh, los zapatos. El taxi se paró en seco, lo alcancé en dos zancadas. Entonces ella abrió la puerta y al tiempo que tomaba la

bolsa, adelantó su cara y buscó mis labios para darme un beso de despedida. Nuestras gafas se chocaron y estuvieron a punto de caer, porque yo no creía que ella quisiera darme un beso de esa manera, y puse la mejilla. Se hizo una pequeña confusión. De no haber sido por ese detalle un poco cómico, el momento habría sido solemne, grave, de cierta monta. Tal como se resolvió no fue nada

Es curioso. Trato ahora de pensar a qué sabía. Me pareció que era un beso que quemaba y volví a sentir aquel perfume, siempre lo mismo, una fruta verde, un poco áspera y amarga. Me hizo también algo de daño, con el impulso, y uno de sus dientes levantó un poco la piel de mi labio. Si paso ahora la lengua por esa herida me sabe un poco a sal, como saben la sangre y las lágrimas.

Es lo más extraordinario que me ha sucedido en muchos años.

No creo que vuelva a ocurrirme nada parecido nunca jamás. Lo más extraño de todo es que ha ocurrido hace unas horas y ni siquiera logro recordar cómo era. Es decir, se me han borrado todas sus facciones. ¿No es muy extraño? Creo que daría cualquier cosa por recordarlas. Sé cómo era, sé cómo vestía, me acuerdo perfectamente de todo, puedo reproducir una a una las palabras que dijo, y sin embargo no soy capaz, si cierro los ojos, de representarme su retrato ni tampoco el timbre de su voz.

¿Dónde estará? ¿Qué habrá pensado de todo esto? En realidad ninguno de los dos pensaba ni hablaba del otro. Cada uno de nosotros pensaba todo el rato en sí mismo. ¿Cómo será su vida? Estará jugando con alguno de sus hijos. ¿Pensará en mí? Quizá piense en mí como pienso yo ahora en ella, sin saber por qué ocurren las cosas ni por qué no ocurren. ¿Le contará lo sucedido a alguien? Seguramente llamará a esa amiga que dijo que iba a venir con ella, pero no la creerá. ¿Sirve de algo contar las cosas que no han sucedido? ¿Sirve de algo que sucedan las cosas que no pueden contarse?

NATURALMENTE si un día descubriera en el Rastro o en un anticuario de pueblo, pongo por caso, el documento irrebatible según el cual quedase probado que Cervantes prevaricó y se apropió de dineros públicos, lo rompería en el acto, sin el menor titubeo, sin comunicárselo a nadie destruiría esa prueba. Lo mismo que aquella que hiciese irrebatible su condición de judío o de sodomita o de cualquier otra particularidad escandalosa, pues de no hacerlo así estaríamos condenados en los próximos dos siglos a tener que oír un gran número de tonterías, en detrimento de su obra. Preferible la situación equilibrada de ahora, en la que fuera del ámbito inane de los

académicos, no se habla ni siquiera de ella.

ME avergüenza confesar las ilusiones que uno pone en cosas pequeñas, como por ejemplo, en que tenga más o menos *succès* la novela cuando se publique.

Me digo: «Se publicará la novela y la reputarán una gran obra. Me invitarán a ir a las cajas de ahorro de los pueblos y de las provincias, y me pavonearé delante de las mujeres de los directores de las aulas de cultura de las cajas de ahorro, que están ya hartas de los maridos, y me será fácil hacerlas creer con tres frases de repertorio lo que no podría ni creerse; los artículos que envío a los periódicos no los echarán al cesto de los papeles ni les cambiarán el título porque siempre hay alguien cerca al que no le importa nada corregirte un poco para que te superes, ni me los cortarán, y cuando me encuentre con los otros novelistas del escalafón, bien en Madrid, bien haciendo las plazas de provincia, nos daremos sonoras palmadas en las espaldas y reiremos sonoramente, ja, ja, ja, al tiempo que nos comemos las almendritas saladas y nos bebemos el whisky del escogido club de los novelistas, y me dará mucho gusto ver cada semana si uno ha subido un puesto en esas listas de libros más vendidos que confeccionan libreros aviesos y periodistas rencorosos, y también ver que le llaman a uno los atentos señores del ministerio de Cultura para que vayas a una mesa redonda, no porque seas famoso, no, sino porque ellos también son muy cultos y solo les interesa propagar la cultura y hacer que las masas populares disfruten con tus novelas y también, en días alternos con lo tuyo, con unas obras de teatro inenarrables que nos cuestan a todos los españoles un congo». Imagino las entrevistas que me harán y las frases estupendas que diré, llenas de ingenio, repartiendo aquí y allá hisopazos y bendiciones, según vea yo. Y luego también piensa uno sin quererlo en ese lector que se deja las pestañas a la luz de una vela o en la bombilla del flexo absorto por las fantasías pobres de uno y todas esas quimeras y laberintos, de modo que también puede uno hacer con eso del lector anónimo un poco de literatura lacrimógena y sentimental y creerse y hacer creer a todos la solemnidad de que estamos en esta vida para alimentar la llama pura del Templo de la Literatura, y que no nos importa en absoluto ir a las cajas de ahorro, ni mirarles el escote a las señoras de las autoridades ni darse de palmadas con los amigotes literatos mientras se habla de lo que cada uno cobra por artículo o gala, sino que solo nos importa ese alma doliente, sacrificada, ese lector anónimo que le roba el tiempo al sueño para entregárnoslo a nosotros, recorriendo el camino para ello

de la desolación, la infamia y el dolor, que es lo que veo yo que dicen todos los novelistas que venden cien mil ejemplares.

A PESAR de que me dolían los huesos, salí a la calle a recoger un paquete de Correos. Llevaba más de tres horas mareando la perdiz de la novela, pero no sabía cómo salir de eso. Pensé que con el frío que hacía era posible que la gripe no se me pasara, pero que con un poco de suerte las ideas se me ordenarían y aclararían un poco.

Hacía muy bueno, frío, pero muy bueno. Yo salí atrincherado en chaqueta, bufanda, abrigo, camiseta, camisa, jersey… Hacía uno de esos soles de finales febrero que pican ya un poco la piel, el sol cuya sombra buscan los perros, como dice el refranero.

Me fijé en la gente. Se veía a mucho jubilado. Se conoce que después de todos estos días pasados, verdaderamente malos, los viejos se han lanzado decididos a tomar la ciudad. Todos llevábamos el aire de los convalecientes que salen al patio del sanatorio para tuberculosos. Andábamos despacio, arrastrando los pies, con una pinganilla en la punta de la nariz, deshielo de todas las enfermedades.

En Correos estaban de obras. Han quitado la puerta giratoria. ¿Qué les había hecho? A mí me gustaba mucho aquella puerta. En España consideran que cuando una cosa lleva cincuenta años, hay que cambiarla. Cada vez que pasaba por ella me acordaba del marqués de Vilanova, que se murió en una de ellas, en Sevilla, bloqueándola.

En la ventanilla de al lado de la mía había tres negros africanos y cada uno de ellos preguntaba por un giro que según ellos tenía que habérseles remitido a la lista de correos desde hacía una semana. Pero no. No les había llegado. Ellos no podían comprenderlo. Se les veía desolados. La empleada, una mujer obesa de cierta edad, trataba, al otro lado de la ventanilla, de consolarlos, pero como no le oían muy bien ni tampoco la entendían, se veía obligada a consolarlos a gritos. A todas luces era una de esas personas que creen que hablar más alto hace que nos acerquemos más a la lengua de la que no sabemos una sola palabra.

—No, no —gritaba—, no tenéis ni un giro. Ni tres ni uno. Ninguno. *Nin*, *nain*.

Había un empleado al lado que oyó lo de *nain*, e hizo el chiste. Mañanas, dijo sin visos de crueldad, solo por hacer el chistecito.

A la mujer también le dio la risa. Entonces los negros, que no entendían nada, pensaron que las risas significaban buenas noticias, como que de pronto hubiesen aparecido, y ellos también se rieron. Y vuelta a empezar.

—Mirad. Todos estos sí han recibido. ¿Veis? Giros, giros, pero vosotros no —y entonces les ponía delante de las narices un montón de resguardos, que hacía pasar vertiginosamente entre el índice y el pulgar, como si fuese un mazo de la baraja.

Luego me tocó el turno a mí. Me entregaron un gran paquete. No tenía la menor idea de lo que podía tratarse, y eso, súbitamente, me puso alegre. Incluso sentí esa ilusión. Lo abrí y era el catálogo de un desgraciado. Un catálogo que nos habrá costado a los contribuyentes cinco o seis millones de pesetas. Venían todas las fotos de los bocetos, que ese pícaro había hecho sobre el deporte, para un mural. Está realizado con ocasión de las olimpiadas. Calculé que cada uno de los ejemplares podría costar muy bien entre las cinco y las siete mil pesetas. Cuando salí busqué la primera papelera. Traté de meterlo en el agujero, pero no cabía. Me costó mucho doblarlo, porque tenía una buena encuadernación con buenos materiales y cartones. Forcejeé durante unos minutos. Al final era una cosa cómica, porque el catálogo se resistía a dejarse meter en la papelera, pero yo, que soy obstinado, no quería dar mi brazo a torcer y al final yo creo que la escena debía recordar a uno de esos locos que forcejean con una persona que se resiste a dejarse ahogar en una bañera.

EL canto sostenido del gallo y el alba son líneas paralelas que solo se cruzan en el horizonte.

A ALGUNOS les premian de viejos, cuando ya no pueden morder.

CUANDO se tienen prejuicios por la derecha y por la izquierda, no se llega a parte ninguna. A mí me gustaría no tener un fondo republicano ni reminiscencias de las luchas sociales, cuyo principio sagrado era: entre el poderoso y el débil, el débil; entre el patrono y el obrero, el obrero. Luego, uno conoce de cerca al obrero, y le produce la misma repulsión que el patrono, porque se les ve de la misma pasta, uno pobre y otro rico. Entre ellos no suele haber mucha diferencia, los dos van a los toros, los dos ven los mismos programas de la televisión, a los dos les gustan las mismas cosas, las mismas mujeres, las mismas morcillas y botillos, ninguno de los dos lee libros ni se cultiva ni va a oír un concierto. Cuando ven a un ratero robándole el bolso a una vieja, empiezan a gritar en medio de la calle pidiendo la reimplantación de la pena de muerte y el recrudecimiento de las

penas; por un bolso, por ejemplo, cadena perpetua, como mínimo; la radio de un coche, cinco años y diez si es reincidente; el robo de un coche, cortarle las manos al ladrón.

Los socialistas que conozco personalmente tienen todos cargos aquí y allá, en la administración del Estado, en el Ayuntamiento o en la Comunidad.

Su trabajo consiste en confeccionar por las mañanas unas listas de personas que por la tarde expurgan. Por la mañana escriben en un papel treinta o veinte nombres, y por la tarde los dejan en diez. Eso les proporciona un gran placer. Creen que el poder es eso, amasar y desmigar listas. El país, la nación, les da absolutamente igual. Cada dos días llaman a las personas seleccionadas y se van con ellos por ahí, a cargo de los presupuestos del Estado, a comer en restaurantes caros y a fumarse puros.

Algún día tendrán que prohibir que los políticos fumen puros, porque la política no pueden hacerla tipos tan satisfechos. La política no deberían hacerla ni los parias ni los burgueses amantes de la buena mesa, sino hombres austeros del talante de don Gumersindo de Azcárate y don Alberto Jiménez Fraud, que entendiesen la patria como un monasterio laico.

Yo no conozco a nadie con menos de cincuenta años, intelectual o empresario, que se declare de derechas. La mayoría aseguran ser de izquierdas, porque de otro modo no hay manera de entrar en esas listas.

Conozco también algunas personas de derechas.

En general me han parecido encantadoras, conocen el arte de la conversación, se preocupan de su aseo personal y han viajado aquí y allá, fuera del país. Todas ellas se han resignado a tener que oír que Franco, al que admiraban tanto, no era más que un miserable, y las cuestiones de la moral, por las que tanto protestaron, les han venido bien: sus hijas ya pueden abortar en España, y en cuanto a la pornografía seguramente ha metido algún aliciente en sus angostadas y tediosas coyundas, y miran vídeos porno de vez en cuando, por curiosidad, como dicen. Se supone que los demás lo hacen por vicio, por degeneración y *cochonnerie*. Sin embargo, al pensar en lo que representan tales personas, me entran verdaderas náuseas, esa doble moral, su adoración del dinero, su insensibilidad para todo lo que no sea una cuenta corriente y la simpatía que siguen teniendo por los curas, los obispos, los banqueros y los artistócratas babosos.

Si los programas de izquierdas pudieran llevarlos a cabo las personas de derechas, este país mejoraría, pero una afirmación como esta es suficiente para que piensen, las izquierdas y las derechas, que

uno es tonto de baba, como los aristócratas, pero sin título.

Cuando la gente de izquierdas se junta es porque quiere cambiar las cosas. Cuando se juntan las derechas, es para que sigan como estaban. Es decir, unos tienen todas las de ganar, y otros, las de perder, aunque lo normal es que quienes tienen las de ganar suelan perder casi siempre, y, por el contrario, los que tienen las de perder ganan la mayoría de las veces.

En fin. Esto, como se ve, es alta política de casino. Ya me he cansado por hoy. A morirse, y a otra cosa.

ME llamó por teléfono X, de Barcelona. Hacía un año que no me llamaba. Las llamadas de X tienen que ver siempre con cierto termómetro de aceptación social. Te llama mucho: buena señal, las cosas marchan bien. No te llama, malo. A mí, si es por eso, no me deben ir bien las cosas desde hace un año o más. Me dijo:

—Tengo que hacerte tres preguntas.

—Venga, echa —le respondí yo.

—¿Conduces? —me dijo—. ¿Tienes auto? ¿Me llevarías a Toledo?

Lo mejor es tener una cierta fama de loco, porque entonces te dejan hablar con la gente así, desaparecer durante un año y llamarte un buen día para pedirte algo, antes de saber si te han amputado un brazo, si has contraído el cólera, si te llega el dinero a final de mes. En fin, un poco de humanidad. Yo le dije que coche sí tenía pero que dentro de un mes no sabía dónde íbamos a estar todos, porque lo mismo podía estallar otra guerra o quizá contrajéramos el cólera o perdíamos un brazo o estábamos arruinados y había que vender el coche.

—Je, je, qué bromista —me dijo.

Oía su voz en el auricular como la de una comadreja, suponiendo que las comadrejas hablen y que yo haya oído alguna vez a alguna.

Ese hombre gana dinero, es académico de la lengua, no tiene hijos y podría pagarse un coche de punto para él solo.

Quizá por eso dijo inmediatamente:

—Yo he de pagar la gasolina, eh; la gasolina la he de pagar yo.

Entonces le dije que uno tenía todavía salero para invitarle a gasolina para ir Toledo, y quinientas pesetas, que es por lo que saldrá, más o menos, la juerga.

Se mostró de acuerdo, pero fue entonces cuando no tuvo más remedio que decirme que en ese caso me invitaba a almorzar en el Palace, y, oh maravilla de la previsión, hija de Cataluña, se le escapó decir: «Aunque en realidad la comida en el Palace es más».

Yo estaba ya tan enternecido por tratar a alguien así que me pasaba como cuando ve uno un espécimen raro, que es mucha más la curiosidad y admiración que produce que cualquier otro sentimiento, positivo o negativo.

Entonces le pregunté que si me decía eso para labrarse una leyenda de mísero, o por fantasía suya.

Je, je, repitió, y empezó esta vez a reírse como un lironcillo, una de esas risas ambiguas que no sabe uno si significan que les has puesto en evidencia o que en realidad te quieren hacer creer, después de lo inevitable, que todo era una broma. Y a los lirones, en cambio, sí les he visto reírse y más cosas.

Si no tuviera ese hombre que editarme la novela, creo que me conduciría con él con naturalidad, ateniéndome al sagrado principio de la igualdad: nadie es menos que nadie. Pero eso, igual que con los críticos, parece estarle vedado a un escritor, de modo que me molestaba pensar que era amable con él solo porque ha de ser mi editor.

Y lo curioso es que no me preguntó por la novela. Fue cosa extraña. En cambio yo cometí la torpeza de hacerlo. Debería habérmelo

callado, pero no. Tenía que llenar la conversación de algo y no se me ocurrió más que eso.

Le dije que estaba a punto de acabarla, pero él entonces cambió de conversación. Noté incluso que le molestaba que hubiera sacado ese tema, que debe de considerar embarazoso. Qué pequeño vejamen. Luego me lamenté: «¿Para qué dijiste nada?». El enojo también creo que podía proceder del hecho de que no está acostumbrado a que nadie, o yo al menos, le marquemos pautas para el despacho de negocios.

Yo no le he visto nunca a solas y con gente le he visto solo dos veces, no más de un minuto en cada ocasión.

La impresión que he sacado hoy por teléfono es que su sistema psicomotriz está menos desarrollado que el del resto de los humanos, quizá, pero eso solo debe de ser decoración, atrezo, porque luego es un tipo astuto, en combinación continua, moviendo los hilos de la literatura como un titerero. En cambio se ha labrado una leyenda de hombre torpe, maniático, indefenso, atolondrado, algo zangolotino, con sus continuos je, je, llámame perro, mientras le asesta a uno la combinación, la treta, en el descuido.

Yo espero que todo eso que me ha contado de irse a Toledo no sea más que una fantasía suya, y se le olvide.

Dentro de un mes. Y conmigo. ¿Donde no me llaman, qué querrán?

(…)

Ha vuelto a llamar. Ahora llama cada día para recordarme a diario lo de Toledo. ¿Para qué lo tendrán entonces en la editorial si se pasa todo el día hablando por teléfono de tonterías como esa, tejidas un poco con genialidades copiadas de los poetas franceses de hace setenta u ochenta años? Y esa es otra: si a uno le gustan los poetas de hace setenta años es un moderno. Si le gustan los poetas de hace noventa, un reaccionario y un tradicionalista. Yo ya he visto que si ese es loco, y tiene de orate lo que yo, será de los obsesivos, y me va a tocar llevarlo a Toledo. Estoy por darle el dinero y que se coja un taxi. Aunque esto lo digo aquí para crecerme un poco y masajearme el pundonor, porque luego, en el trato con él, no le digo nada de esto, y entonces eso me enfurece aún más, culpándole de esta pequeña hipocresía de la que únicamente soy yo el responsable, pues toda la ecuación se reduce a esto: ¿cómo decir sí sin ser servil, pues es más que dudoso que dijera sí si fuese libre para decir no? Es todo bien triste. Porque si no fuese una persona influyente ni tuviera que editar mi novela, creo que podría decirle algo de todo eso. Y entonces me sentiría su igual, y la igualdad nos haría más verdaderos por lo mismo que la verdad nos hace libres. Pero se conoce que nada de ello es

posible. Incluso si por una casualidad llegara ese hombre a sospechar este soliloquio mío abriría los ojos como quien no puede dar crédito a lo extraordinario, a lo anómalo, a mi enfermedad moral, por lo mismo que el fuerte es incapaz de comprender una debilidad y uno que no siente el vértigo, el vértigo de los demás. Todo esto para mí es vertiginoso, y arrastra hacia lo más profundo de mí cosas que le gustan a uno poco, en las que ni siquiera tengo derecho a hurgar, por dignidad. Quizá, cuando sea viejo y haya roto amarras con esto y con lo otro y con el sueño de alcanzar este puerto y aquel otro, entonces me sentiré libre para decir mis pequeñas verdades, lo que el corazón me dicta como verdad, lo sea o no. Entretanto, ¿qué puede uno hacer? Es bien poca cosa ser un empleado y tener que permanecer sentado todo el día en nuestro pupitre, frente a nuestro libro de asientos, bajo la mirada atenta del supervisor, que además es una persona amable. ¿Por qué no pensar que ese hombre ha tenido un arranque de amistad pura? ¿Por qué no imaginar que las cosas han de cambiar a partir de ahora y que en absoluto obra movido por el interés, por mínimo que sea? ¿Por qué no pensar que los niños los traen de París? Ya casi hasta tengo ganas de llevarlo yo, para ver cómo es de cerca, si me va a dar ternura o si descubro algo interesante y entonces me hago amigo íntimo suyo.

¿Tengo treintaisiete o treintaiocho años? De vez en cuando me asalta una pregunta así. Y vivo un segundo de pánico, como el que debieron de vivir los pasajeros del Titanic; un poco menor, quizá.

(…) Como no parecía que me fuera a quitar de encima fácilmente a X, tuve que llamar a S., que por lo menos lo conoce de la época de los novísimos y es de su edad, para que nos acompañe él. Así entre tres el viaje se nos hará a todos más tolerable. Si no, ¿de qué habríamos de hablar todo el rato? S. me dice que ahora, en cambio, le telefonea a él cada mañana para lo de la excursión a Toledo.

(…) Falta una semana para lo de Toledo y me llama X para repetirme que puesto que yo voy a ser tan amable poniendo a su disposición el auto, tendrá mucho gusto en invitarme a almorzar en el Palace. Yo le dije que si invitaba también a S., pero dijo que no, que a él no, porque no ponía ni el coche ni la gasolina. Se conoce que en la editorial, que es la que debe de pagarle estos almuerzos, le dan licencia para que invite a los escritores de uno en uno. Lo de citarnos de uno en uno debe de ser también una costumbre catalana.

Entonces me preguntó que qué iba a comer. ¿Cuándo?, le pregunté yo. Él me respondió que dentro de una semana. Yo pensaba que estaba de broma, que me lo decía serio, pero que en el fondo era un guasón. Pero no. Ya empiezo a conocer más a este hombre. Me dijo que como

no teníamos mucho tiempo, lo mejor era ir encargando la comida una semana antes para que nada más la tuviéramos en la mesa la despacháramos, recogiéramos a S. y partiéramos hacia Toledo.

Él paso a decirme que iba a comer un solomillo. Afortunadamente los teléfonos todavía no tienen una pantalla para que los interlocutores se vean. Yo me defendía, hombre, fulano, de aquí a una semana, no sé. Sí, sí, el solomillo lo ponen muy bien, yo te recomiendo el solomillo. Insistía tanto que al cabo de cinco minutos me rendí diciendo, venga, para mí solomillo también. Cuando yo creí zanjada la cuestión, me preguntó de súbito: ¿poco hecho, en su punto o muy hecho? Discutimos ese detalle, que no es grano de anís, por espacio de otros diez minutos, viendo las ventajas que el *saignant* tiene sobre el *bien fait*. Me obligó a darle también, después de otra hora de amena disputa, el primer plato y el postre. Yo pregunté si a continuación iba a telefonear al Palace y a hablar con el chef, pero me dijo que no. Entonces yo le dije que para qué habíamos estado haciendo todo eso, si era como un juego, como el veo veo, o el juego de vamos a imaginar. Pero no, de una manera muy seria me dijo que de ese modo ya lo teníamos pensado, de manera que cuando el chef nos tendiera la carta le diríamos, ah, no señor, cartitas a nosotros no, nosotros ya lo tenemos pensado, vamos a tomar…

Yo acabo de telefonear a S. para decirle que por favor nos acompañe también al almuerzo, que no se lo pierda, y que X va a correr con todos los gastos, tanto por la necesidad imperiosa de no apechugar yo solo con ese Gólgota como por ver la cara que se le pone a X cuando vea que también tiene que pagar la comida de S., que a tenor del volumen de su humanidad no será moco de pavo.

Empiezan, no sé cómo, a despertarse en mí preocupantes y hasta hoy ignotos instintos de sadismo. Unos ratos. Otros, en cambio, todo eso me cansa y me deprime aún más, por aquello de que, haga uno lo que haga, no hay escapatoria: todos los caminos llevan al Palace.

(…)

Por fin llegó el gran día. Hemos ido a Toledo esta tarde X, S. y yo. Lo más raro de todo es que yo no sé qué concluir. Yo creo que como estos días estoy también algo funebrista lo miro todo con inapetencia, sin tomar los frutos opimos que nos pone delante la vida, que diría un Píndaro.

Primero X me citó, como llevaba planeando desde hace un mes, en el restaurante del Palace. Yo llegaba con una bolsa de libros viejos, pero como no tenía confianza con él no se los enseñé, por nerviosismo, para acortar el tiempo, para que no me viera presumir tampoco.

La categoría de los restaurantes se mide, desde hace unos diez años,

en el tamaño de los platos, inversamente proporcional a las cantidades que suelen servir en ellos, y la extensión de las servilletas.

Me encontré con un X que se había puesto la suya, una hectárea de algodón blanco, prendida por una punta del pico del jersey y extendida todo a lo largo y ancho del abdomen, lo que le daba cierto aire de cirujano loco, con esos pelos largos y la cara chata, uno de esos profesores chiflados que hacen experimentos con monos en laboratorios plagados de retortas de las que sale un humo sulfuroso.

Desde el principio se vio que era imposible que sintonizáramos en nada, como sentar en una mesa a dos personas de planetas diferentes.

Ayer, de un modo imprevisto, fue el primer día veraniego del año, amaneció completamente azul, como las postales, y a mediodía apretaba el calor de firme, por encima de los treinta grados.

Dentro del restaurante hacía incluso calor, mucho calor, y entre eso, el solomillo a la pimienta que se metió entre pecho y espalda y la manera en que iba vestido, antes de los postres a X empezó a sudarle la cabeza, y las guedejas lacias comenzaron a destilar tenazmente, gota a gota, como los pinos resineros de las ardientes mesetas sorianas.

X iba vestido como los viejos conserjes del ministerio de Fomento: llevaba un traje gris marengo, un jersey de lana, de los de punto y con el cuello de pico, camisa blanca, una corbata color ala de mosca y una bufanda negra que no se quitó en toda la comida.

Al cabo de un rato acudió S. al que X convidó a un café, e incluso a un poco de leche, porque el café fue cortado.

Cuando salimos, se echó por encima de todo eso un abrigo de doble paño, azul marino, se puso un sombrero y no olvidó el paraguas.

El sombrero, de vuelo corto, era dos o tres tallas más pequeño que el grosor de su cabeza, con lo cual le daba un aire de vendedor de específicos en el Oeste americano. También de mormón, de los que van por las casas explicando la palabra de Dios.

S. le hizo notar entonces que con aquel calor y de aquella guisa se iba a morir de un síncope, pero X dijo que tenía miedo a los resfriados, lo cual nos sorprendió mucho a los dos, porque a esas horas, y con la digestión en combustión incontrolada, estaba sudoroso y apopléjico.

—En ese caso —dije yo—, adelante.

En el coche el gasto de la conversación lo hicieron sobre todo S. y el otro, yo me limitaba a conducir y a tomar nota. X tampoco consintió en quitarse allí dentro el abrigo ni el sombrero ni la bufanda, por lo cual yo opté por encender la calefacción. S. entonces preguntaba, oye, ¿no hace demasiado calor en este coche? X saltaba,

carraspeaba un poco para recordar que su aprensión tenía fundamento en un catarro mal curado y decía, no, no, para mí está muy bien.

Al llegar a Toledo estaba el hombre a punto de perecer como los animales de sangre fría en una olla hirviendo: sin darse cuenta.

Yo le dije, mira, creo que puedes dejar el paraguas, porque no solamente hace treintaicinco grados a la sombra, sino que está completamente despejado.

Se negó a ello, sin mirar ni siquiera al cielo.

Pudimos aparcar a duras penas en un lugar apartado, casi a media hora del centro.

Durante ese recorrido X nos llevó a uña de caballo, con su abrigo, su bufanda, su sombrero y un cielo que en Toledo era aún si cabe más rabiosamente azul, como de tarde de toros.

Él mismo debía de tener un aire totémico y racial, porque de pronto una punta de japoneses que desembarcaban de un autocar, en vez de hacerle fotografías a la Sinagoga del Tránsito, empezaron a disparar las cámaras sobre X. Este, asombrado, giraba sobre sí mismo, creyendo que había algo de sumo interés detrás de él, y no comprendió del todo aquellas doscientas o trescientas instantáneas que en menos de tres segundos cayeron sobre su persona como picotazos.

¿Es a mí?, decía nervioso; ¿es a mí? Estos japoneses, hay que ver, estos japoneses, je, je. Todo lo repetía dos veces, como si fuese un tic, un prurito del lenguaje.

Solo quería ver Santo Tomé, la Sinagoga y la casa de El Greco, lo demás, el callejeo, la catedral, el río, todo lo demás lo debía de encontrar él una gollería y no mostró el menor interés por asomarse un poco a la vida de la ciudad.

Vemos esto, insistía, y a las cinco estamos de nuevo en Madrid. Eran las cuatro y media y todavía no habíamos empezado la turné.

Le decíamos, mira qué callejón más bonito, qué geranios en la ventana, detrás de la reja, qué casa, cuánto carácter, qué sugestivo, y allá, aquella muchacha que lleva un botijo en la mano, parece una estampa de hace cien años. Él era incapaz no ya de ver, sino de mirar. Insistía en que tenía que estar de vuelta en Madrid a los veinte minutos.

Estábamos viendo Toledo a mucha más velocidad que los japoneses, cuando S. le preguntó por qué razón había que estar en Madrid tan pronto, si no hacía ni media hora que habíamos llegado.

Entonces nos confesó que a las cinco era la primera sesión de la Academia, y que por cada sesión dan unos puntos, y que él era ese año el que más puntos tenía.

Yo le dije si los puntos eran canjeables luego por algo. Me dijo, je,

je, siempre tan gracioso, tú, y que no, que los puntos solo le servían para poder votar en las admisiones de nuevos académicos y que como ahora había una elección a la vista él quería poder votar.

Le preguntamos quién iba a ser el próximo académico y nos dijo que uno de Valencia. S. torció un poco el morro, porque ese de Valencia se conoce que es amigo suyo, pero no deja de encontrar patético y cómico que alguien con cuarenta años y pajarita de lazo quiera meterse en la Academia. A mí en cambio me parece muy bien que se junten todos, los de la pajarita, los del sombrero, los de los tirantes, los de los complementos, con la ilusión además de que solo por llevar el pelo largo se parecen a Rimbaud.

Ahora, cuando transcribo las impresiones de la tarde, tiene el ánimo uno un poco turbio.

Me habría gustado que X no hubiese sido mi editor, porque de esa manera yo habría sabido si le llevaba a Toledo porque uno ha cedido y doblado un poco el espinazo o por, como me digo ahora, pasar el rato y tener algo que contar en este diario, donde nunca sucede nada. Alguien como X por fuerza tiene que darles color a unas páginas. Yo creo que X es un poco como Albacete, naturalmente salvando las distancias. Antes, en las comedias, cuando el autor veía que la trama languidecía en el tercer o cuarto acto, hacía decir a alguno: «Pues ahora viene uno que es de Albacete», y solo con escuchar el nombre de esa ciudad se venía abajo el patio de butacas de la felicidad y jolgorio. Con X suele pasar un poco lo mismo. En cualquier parte donde se esté, sobre todo entre poetas, languidece la tertulia, el fórum, alguien lo nombra, y al momento la llama de la conversación se aviva. En fin, que es difícil dilucidar esto.

Cuando tuvimos todos que admitir, una vez más, que estaba cada cual en sintonía diferente, S. y yo nos dedicamos a mirar Toledo a gusto. Por otro lado nosotros dos, cuando supimos que la razón de tanta premura era sentarse en el sillón de la Academia, le dijimos de modo terminante que nos negábamos, solo por esa razón, a marcharnos de un pueblo en el que se estaba tan bien, y que si quería, él siempre estaba a tiempo de coger un taxi.

Lo pensó, debió de hacer cálculos de lo que le costaría, y a regañadientes tomó la heroica decisión de perder dos puntos, al tiempo que nos arrancó el juramento de que le dejaríamos a las siete, en la segunda sesión, si bien los puntos que dan por la segunda sesión parece que son menos que los que dan en la primera.

En la calle de Santo Tomé estaban los árboles con unos verdes muy mozos, nuevos y briosos. La habían atravesado, de casa a casa, con cientos de guirnaldas y banderitas de papel, cadenetas y demás

labores de verbena, que se completaban con las banderas de trapo que tenían colgadas de los balcones. El rojo, el gualda y el azul del cielo reescribían un costumbrismo de lata de membrillo.

En la puerta de Santo Tomé había un mendigo con la pierna cortada por la mitad del muslo. Seguramente estaba en nómina del Ayuntamiento, o de la oficina de Turismo, para decorar y darle un aire romántico y sombrío a la iglesia.

En el jardín de la casa de El Greco los celindos estaban en flor y había dos o tres rosales rilkeanos, también florecidos.

Hace cien años Toledo debía de ser una ciudad con aires de misterio, solitaria, con una leyenda morisca y judaica. Ahora todo eso, con los autocares de los turistas pedorreando por las calles de la ciudad, se ha evaporado.

A las cinco los pobres y muy lacios tufos de nuestro amigo abrieron el caño, y la escena de los japoneses que le hacían retratos se volvió a producir en Santo Tomé con otros japoneses, aunque es posible que fuesen los mismos, que quisieran asegurar lo extraordinario de la instantánea y por temor a que las primeras tomas se hubiesen malogrado.

De vez en cuando S. se acercaba y me decía por lo bajo: esto tienes que sacarlo en el diario.

Yo movía la cabeza y asentía. X goteaba grasa por el pelo como los jamones colgados.

Los tres llevamos un diario. Ahora, yo creo que en lo que X escriba, S. y yo desapareceremos. Aparecerá Barrès, El Greco, Marañón, que era también académico, pero S. y yo no creo, por no estar muertos ni dar tampoco la talla.

Tenía Toledo ese color del oro y de la piedra polvorienta, como si a los alquimistas que tuvo esa ciudad se les hubiera estropeado el experimento a medio camino de convertir el plomo en oro. Y luego los cipreses con su color cartujo, dándoles a los jardinillos moros categoría y concepto de *jardín cerrado*, que es una de las grandes contribuciones arábigas a la civilización.

Pese a lo accidentado de la visita, la caminata fue agradable.

Una vez estuvo visto todo lo que X quería revistar a paso militar, fuimos al Paseo del Tránsito y nos pusimos a mirar el Tajo. La visión del río, majestuosa, nos hizo enmudecer. Se veían los reflejos en el agua verdosa y profunda y las riberas parecían estar esperando la venida de las ninfas. Los cipreses negros se clavaban en el agua sin fondo y el cielo se volvía un enigma en el que nadaban las solemnes carpas.

Yo pensé que a lo mejor alguno recitaría un par de versos de la

Égloga segunda, aquellos quizá: «Vosotros los del Tajo en su ribera / cantaréis la mi muerte cada día», o algún otro. Pero no.

Ninguno se atrevió a decir nada, tan majestuoso era el momento. Hasta X guardó silencio. Al principio, no oyéndole decir nada en todo ese tiempo, pensamos que estaría extasiado. Entonces sí, S., que es siempre un manchego abundante y generoso, echó al aire tres maravillosos versos de Garcilaso, no del Tajo, sino otros. Esto pinchó la honrilla de nuestro gentilhombre, quien como un resorte y voz de flauta respondió:

—Todo es brillo hoy la gran Toledo.

Me parece que dijo eso. Nada más. Nos miró. Nos miramos. Seguramente esperaba que reconociéramos la cita. «Todo es brillo hoy la gran Toledo», repitió, como en aquellos concursos radiofónicos, cuando le metían prisa, ansiosos de que el concursante cogiera la pista y ganase una batería de cocina. Repitió el verso al menos cuatro veces. S. y yo al principio pensamos que le había dado algo en el cerebro, porque tampoco él decía nada más que esas palabras. Seguramente no se sabía otras. Cuando vio que no podía hacer carrera de ninguno de los dos, nos informó que se trataba del arranque de *La Raquel,* conocida obra de García de la Huerta. Por decir algo, yo dije, ah, sí, como el que cae de pronto en algo muy evidente. Él dijo que era una cosa muy buena y que desde luego yo la habría leído. También le dije que sí, por supuesto, que era libro que tenía de cabecera desde hacía lo menos diez o doce años, y que lo encontraba muy bueno también y de muy provechosa lectura.

Después que lo cansamos un poco llevándolo por las callejuelas de Toledo, decidimos, antes de depositarle de nuevo en la Academia, de la que se acordaba de continuo, beber un refresco en el parador, con la esperanza también de hacerle perder la segunda sesión. Desde que tomamos esa decisión se puso muy contento, porque encontró un tema de conversación de su interés, comenzando a preguntarnos lo que íbamos a pedir, en cuanto llegásemos, muy preocupado por saber si en el parador tendrían agua mineral del tiempo, no fría, sino del tiempo. Lo del agua le recordó su catarro mal curado, de manera que empezó de nuevo a carraspear para indicar que tenía una garganta delicada, y como ninguno de nosotros le preguntó nada sobre ese respecto, nos informó por su cuenta de que había tenido una faringitis que se le complicó con una pulmonía, o algo parecido. Le preguntamos cuándo había sucedido eso, y nos informó que eso había ocurrido cuando tenía dos años.

S. y yo entonces nos intercambiamos una mirada significativa y de concepto también, de fácil interpretación.

Al llegar al parador buscamos un lugar adecuado, pero X nos entretuvo un cuarto de hora. Se sentaba, soplaba un poco de brisa, una brisa primaveral de las que resucitan a los muertos, esencial y templada, carraspeaba dando a entender que aquel céfiro sería mortal de necesidad para su pulmonía infantil, se levantaba y buscaba amparo en otro lugar. Por fin encontró uno de su agrado junto a una yedra. Se puso muy contento, porque no era enteramente sol, no era enteramente sombra, no hacía frío, no hacía calor.

—Aquí, aquí —exclamó, como quien ha encontrado un tesoro—, sentémonos junto a esta enredadera o parra.

Así dijo, enredadera o parra. Fue entonces cuando le dijimos: esa es la yedra de la que hablas tanto en tus poemas. Yo creo que acusó bien el golpe, con ese je, je, je que le sale, por lo que yo he visto, cuando las cosas por dentro no marchan del todo bien y tiene que tragar un poco de quina.

Cuando vino el camarero quise hacer yo la comanda por no dejarle a él ese cometido, pero fue imposible y empezó a explicarle al mozo la clase de agua que quería, lo cual le llevó cinco minutos, que si con gas, que con él, que de tal marca, que de la otra no tenía, y cuando eso ya lo había dilucidado y cuando el camarero se iba a escapar corriendo, aún lo retuvo un rato con lo de que la quería del tiempo, pero no del tiempo que hace en una bodega, no, y que dónde tenían el agua del tiempo, porque si estaba al sol, estaría caliente, y que en cambio hay bodegas que son peores que neveras, además en Toledo, al lado del Tajo, uy qué frío, ni hablar, dígame, dónde guardan aquí el agua.

El camarero nos miraba a nosotros dos. Por un momento leímos en sus ojos el deseo irreprimible de abrir la cabeza en dos a aquel cliente, para observar lo que había dentro. Entretanto S. y yo nos habíamos desentendido de la suerte que pudiera correr nuestro amigo en la maravillosa ciudad de Toledo, y nos entregábamos a la deleitosa visión de la ciudad que teníamos, por cierto, enfrente, en todo su esplendor, con esa tonalidad medio africana.

Terminamos de cualquier manera las zarzaparrillas y nos volvimos a Madrid.

En la vuelta hablaron sobre todo S. y X. Luego entré yo. Se habló de un libro de CR. Yo le dije que CR. me gustaba mucho, pero no el último libro. Discutimos todos de una manera un poco desagradable. Entonces le dije a X que si tanto le gustaba por qué hacía un mes no le había votado en la Academia con todos esos puntos que le dan, y sí en cambio había votado a un militar rastacueros que escribe versos. Fue una impertinencia por mi parte, lo reconozco. X ni siquiera soltó su je,

je. S. le echó un capote, pero no sirvió de nada ni contestó nada. Se hizo un silencio incómodo. Guardamos silencio todos. Solo se oía el ruido del motor. Yo creo que volvíamos a casa un poco desilusionados y con ganas de salir huyendo los tres cada uno en una dirección. X dijo entonces que Toledo, con Santiago de Compostela y Granada, eran las ciudades con más carácter de España. Le dije: ¿conoces Córdoba? Se conoce que no quería pasarle ya ni una. Me dijo que no. ¿Conoces Sevilla? Me dijo que tampoco. Entonces le pregunté que si conocía Ronda, y en Ronda tampoco había estado ni en La Guardia, ni en Arcos.

Al llegar a Madrid llevamos a S. a su casa y, luego fui a dejar a X en su Academia.

Fue este último un trayecto corto.

En la puerta me preguntó tres veces seguidas, nervioso, con impaciencia: ¿ha estado muy bien, verdad? Lo preguntaba, pero le habría gustado afirmarlo. No se podía engañar. Yo le dije, con tristeza por él y con tristeza por mí, que sí, que todo había salido muy bien.

Por cierto, no me preguntó ni una sola vez en todo el día por la novela que sabe que estoy a punto de terminar. Y eso me da muy mala, pero que muy mala espina.

La pregunta entonces para la novela de la vida es la siguiente: ¿por qué entonces este viaje anómalo, si no somos amigos? ¿Donde no me llaman, qué querrán?

LLEVO todo el día desasosegado e inquieto por la riña que he tenido con R. Llevaba el día advirtiéndole: ordena tu mesa. Nada. Hoy no he podido más. La tenía como uno de esos puestos del Rastro en los que llega la gente con un palito y escarba para saber lo que hay allí. De dos manotadas, dominado por la ira, le he tirado todo al suelo. El pobre R. me miraba atónito. Debía de pensar, mi padre se ha vuelto loco. Mis voces se oían en las riberas del Manzanares. Yo mismo, en ese momento, creí sentir el placer de la ira, y no contento con tirarle la mesa abajo, la emprendí luego con la estantería donde mete sus libros y cuentos como si fueran papelotes recogidos de las tablas de una feria. Cuando ya tenía media habitación desmontada, me he serenado algo, porque de pronto me di cuenta de lo excesivo de aquella representación. Me quedé con los brazos caídos, en silencio. R. me miraba sin decir nada, serio, muy serio, alcanzándole la gravedad de la situación no tanto por sí misma, como por el volumen de mis voces. G. en cambio, como más pequeño, y feliz de que por una vez la bronca no fuese destinada a él, apenas podía reprimir el entusiasmo y

a cada nuevo libro que volaba por los aires, exclamaba con ímpetu admirativo: ¡toma ya! Incluso en un momento ha querido sumarse a mi furia, echarme una manita y empezar él mismo a tirar las cosas de su hermano también al suelo, hasta que un rugido de su padre le hizo comprender que no estaba el horno para bollos. Se quedó paralizado y comprendió de golpe la gravedad de la situación. Fue cuando dio dos pasos y se puso junto a su hermano, resignado a correr y compartir su misma suerte, aunque por la mirada se veía que no estaba muy conforme en apencar con castigos por culpas ajenas.

Luego estuvimos todos más de cinco minutos sin decirnos nada, mirando el campo de batalla, sembrado de chicles sin envoltorio y envoltorios sin chicle, papeles de caramelos, palitos de chupachups sin chupachups, rotuladores sin capuchón desde hace cinco meses, secos, plastilinas cuya sola vista es repulsiva, pringosas o secas, dos plumas de un pavo real también sin pavo, las cintas de los videojuegos todas revueltas…

Entonces he visto que después del número tenía que ser yo mismo quien dijera algo, he buscado un tono reconciliador, pero persuasivo y de dolor: «R., comprende…», le dije.

Entonces R. ha roto a llorar. No podía más y han empezado a rodarle por la cara dos lagrimones como puños. Y en ese momento a su padre se le rompió el alma en dos pedazos, y se me desordenaron todos los sentimientos, se me vinieron al suelo mis defensas, mis iras, mi ordenación y entendimiento del mundo no fueron más que envoltorios tristes del caramelo de la autoridad, y los huesos del padre se quedaron sin padre, y este se quedó, blando y sin vertebración, como un amasijo de desdicha.

Quise entonces hacerle una caricia en el hombro, y me lo retiró. Se veía que no quería perdonarme aún aquel exceso, porque sabía que no era mi mano la que buscaba su hombro, sino mi mala conciencia.

«Comprende, R…», insistí. No comprendía. Bueno, sí comprendía perfectamente y por esa razón se negaba a que yo dijera nada.

Era la hora de irse al colegio y por las escaleras he tratado de convencerle de las razones de mi cólera. No me ha dicho nada, no me decía nada. Al final le he prometido que esta tarde ordenaremos los dos el cuarto, a medias. Quería ser su colega en el momento en que solo era su policía.

Al llegar a casa no he podido esperar a la tarde y lo he ordenado yo solo, limpiando no los papeles, sino mi maltrecha paternidad. Quiero que esta tarde, cuando llegue, se lo encuentre ordenado ya. Seguramente esto es educarle mal. Yo qué sé. Aquí quien tiene que aprender soy yo, no él. Lo que no le diré es que después de dejarles en

el colegio he venido llorando en el coche, no una llantina, no, desde luego, lagrimones como los suyos, que me enturbiaban las luces de los semáforos y me oprimían la garganta, todo roto por dentro, a punto de darme un golpe con otro coche y dejarles huérfanos.

SUBIÓ R. a verme a lo alto del olivar, desde el que se divisan en primer término unas tierras centeneras y a lo lejos la cordillera de Gredos, que en la distancia ha perdido toda dureza para convertirse en un paisaje japonés y azulado, impreso en papel de arroz. Estaba sentado yo debajo de una encina, mirándolo todo, y más cerca, en lo hondo de esas colinas toscanas nuestras, cinco o seis lagares desperdigados, las cuatro casas del Pago y un poco más allá, la iglesia, nuestra iglesia, con la campana rota.

Es una iglesia imponente, de un empaque objetivo. La mandó levantar un hombre rico en los años veinte. Ordenó construir, pegada a la iglesia, una casa para el cura. Esta casa tiene los cristales rotos y entran en las habitaciones los murciélagos y los vencejos.

—¿Qué haces aquí solo? —me preguntó mi hijo.

—Me gusta mirar todo esto.

Miró él también para descubrir qué es lo que me gustaba mirar a mí, lo que podía interesarme. Guardó un momento de silencio para ponerse a la altura de las circunstancias. Sabía que yo estaba meditando unos pensamientos muy graves. Se oían los pájaros, y un grillo, ¡en diciembre!

—¿Y para qué estás solo? ¿Luego escribes un artículo?

—A lo mejor.

—¿Y una poesía también?

—También una poesía, sí, quizá.

—Pues puedes hacer un artículo que empiece así: «Las montañas siguen siendo altas aunque estén lejos…».

Qué lástima. Luego por lo general se adocenan, pero en ese principio hay algo de Nietzsche, algo tan poético, sorpresivo e indiscutible.

Yo le dije que se fuera a jugar. Mentiría si dijera que se me saltaron las lágrimas. No por la frase, sino por mí. No. Pensaba en la frase de R. Es muy bonita. Parece estar hecha para mí en las actuales circunstancias. No sé cómo, pero veo una íntima y sensible unión entre ella y todo lo que me está sucediendo. ¡Si yo fuera grande aunque esté abatido, si fuese algo, aunque no fuese nada, si fuese novelista, aunque hubiese escrito una mala novela! Me habría gustado llorar, no sé por qué, para sentirme vivo. Pero estaba anocheciendo.

Anochece muy pronto. Y hacía frío. De lo del grillo no estoy muy seguro, porque cuando quise volver a oírlo, ya no cantaba.

Quizá empiece uno por ahí, por oír cosas raras en la cabeza. Son altas aunque estén lejos.

EN principio iba a escribir una reseña sobre el *Diario* de Gil de Biedma.

Lo he comprado y lo he empezado a leer, pero la reseña ya he dicho que no la haré.

Pasarse la vida siendo un experto en sextinas, cesuras y encabalgamientos y escribir luego «estoy curioso» o «estoy esclavo», «los hombres que nos cruzan a pie», es absurdo. A los poetas, decía JRJ, se les descubre siempre en la prosa.

Por esas y otras cosas yo creo que lo que llevo leído está leído con impaciencia y antipatía. Yo creo también que si el librito no viniese tan avalado socialmente yo no lo leería, como no lo leería nadie. Pero no, uno es carne del tiempo, de la publicidad, a uno también le deslumbran los destellos nocturnos como a los calamares.

Habla mucho de los filipinos a los que se ha llevado a la cama. ¿Para qué querría contar eso solo y por qué querría contarlo póstumamente? Se ve que quiere con ello escandalizar o exhibirse un poco; no es nada parecido a lo de Proust o a lo de Cernuda o a lo de tantos, que se han metido en ello, y han buceado en la naturaleza de su deseo, y con ello han escrito no solo páginas llenas de verdad, sino muy hermosas. Ahora, decir solo, me hice a tal filipino y a tal otro, los buscaba y me iba con ellos por ahí a joder un poco, eso es ridículo. Si no se tiene una razón oculta, como desazonar a la tía burguesa que se pone laca y a la que se tiene un odio secreto desde la infancia, el afán no se comprende. Por otro lado resulta tan irritante una persona que lo primero que hace es mirar el bulto de la cartera como aquella otra que lo primero que mira es el bulto de los pantalones.

Tengo la impresión de que se ha pasado de valorar el ser de comunión diaria a ser gay, y a uno ambas cosas le dejan indiferente.

Alguien puede darle un dólar a un niño de doce años para llevárselo a la cama, pero no creo que pueda venir luego a predicarnos con orgullo que se emociona oyendo *La Internacional*.

¿Por qué razón los comunistas y los progres no habrán dicho nada de estos diarios, de la moralidad burguesa y pervertida de su compañero de viaje y de lo de que pagaba un dólar a niños de doce años? Marx montó una Internacional Comunista porque en Inglaterra a los niños de doce años los explotaban en las minas, pero esta otra

explotación sexual la deben considerar nada, una filfa, de manera que se arregla todo con mirar hacia otra parte.

Yo creo que a la gente, que es más o menos modesta, la riqueza le deslumbra lo mismo que la inteligencia. Cuando ambos excesos se juntan, la gente reacciona con complejos y no se atreven a levantar la voz.

Por otro lado lo que da que pensar es que no se haya oído una sola voz disintiendo del estado general.

Al ver todo eso, uno, acomplejado de lo contrario, quizá un poco resentido, reacciona a la contra, esquivo e inamistoso, con impaciencia ante todos esos gestos de señorito, no menos repelentes por el hecho de que el señorito se supiera señorito y creyera que unas lágrimas oyendo *La Internacional* le daban derecho a encogerse de hombros.

«TODOS los libros —buenos y malos— son hermanos». Ósip Mandelstam. Como pensamiento es consolador, pero no es más que una frase, como cuando decimos que todos los hombres, buenos y malos, somos hermanos.

HOY, que entierran a María Zambrano, se publica en *Abc* un artículo de uno sobre ella. Se trata de un escrito inverosímil, un destilado del rencor y la infamia. Lo que lo convierte en algo enteramente increíble es que la persona que lo escribe conocía personalmente a la filósofa, la trató en Ginebra durante años, entraba a diario en su casa, bebió de su *whisky* y de su pensamiento, y hoy, aprovechando que el cuerpo aún no se había enfriado del todo, se asoma al agujero de la tumba para cantarle con la guitarra unas postrimerías: «Ahí te pudras».

Es uno de esos actos de que solo es capaz un hombre roído por la desgracia: «Cuanto había escrito o conversado sobre la palabra o la virtud de la palabra de nada le servía», nos dice de ella el hombre. «No supo nunca realmente cuál era el contenido del amor o de la muerte. Retablo ciego el suyo. Jamás entró, por terror, al fondo oscuro de la humana experiencia». Está muy bien morirse y que vengan los cuervos a escribir los epitafios.

Ese odio fiero e irracional tiene que tener una explicación, no es normal ir a los entierros para ver si los muertos están bien muertos.

Pero la vanidad es, como decía el clásico, la única sed que aumenta cuando se sacia. Se conoce que le debía demasiado; por lo que se ve en ese artículo le debía tanto, que no podía soportarlo, y de ahí su

desesperación, su sentimiento trágico. Muy español. Se lo escupe sobre el ataúd, antes de que terminen de echarle encima la última paletada, para que se vaya fresca.

Vino RG. a comer a casa. Lo había leído y nos preguntó si sabíamos quién era el sujeto; le contamos algo. RG. estaba mudo de espanto, como cuando se nos hace testigos de un incendio devastador, del que no habrán de quedar sino unas ruinas humeantes…

No comprendía la necesidad que ese hombre, a quien no conoce, tenía para soltar todo eso en público. Podría uno, nos dice RG., creerse eso que dice, pero ¿qué le empuja a salpicarnos con ello? ¿Qué clase de derecho cree que le asiste para hacernos participar a todos los demás con nuestro silencio en ese linchamiento, en ese ajuste de cuentas? Y hoy precisamente, cuando la entierran.

La cota superior de la maldad aliada a la soberbia, salpimentada con un poco de estupidez, es lo que revela el fondo del artículo. Alguien que acusa a otro de no conocer la muerte ni el amor es porque está convencido de que de esas materias tiene él cátedra en propiedad. Más aún; es como poner fielato: el que quiera conocer amor y muerte, sazonaditas de experiencia, que pase por mi humilde persona. Lo mismo que llamarla cobarde, por no haber sabido vivir. Él en cambio, con su sueldecito de la Unesco, viviendo en Suiza o en París, se debe de encontrar muy valiente, con grandes experiencias de naturaleza mística, creyendo que las micciones eyaculativas tienen ya mucho de vía purgativa. Hay en todo eso, tiene que haberlo, un gran dolor, pero un dolor anterior, que lo ha hecho enloquecer.

Quizá piensa también que sus palabras las estaba demandando la sociedad con rogativas. Por otro lado yo no creo que nadie se atreverá a contestarle, y nos hará a todos cómplices de su enfurecida y rabiosa vanidad. Eso confirma una vez más que el muerto interesaba poco. En cambio el vivo, sí. Quien se atreva a levantar la mano contra el vivo, es hombre sentenciado.

También se ve en el fondo del artículo una alegría grande, incontenible, que lucha por mantener soterrada en la hipocresía: muerta la maestra, es él quien está ya en primera fila para los homenajes, para brillar único, para ser el místico por antonomasia, el orgullo de ser el santo más humilde de toda la cristiandad. Cada vez que haya que hablar de la sustancia, de la palabra, de la experiencia, le avisarán a él, que irá al tablao con la bandurria de estos pasacalles. Y uno, que ya no quiere juzgar, que ya no quiere condenar a nadie, que no quiere perder su alegría para la vida, dice por lo bajo, como acompañamiento, olé morena.

LA realidad no está hecha de fronteras. El tiempo tampoco. Entendido como lo entienden Jünger, los relojeros y los matemáticos, el tiempo es una ecuación, una abstracción. Pero como lo sufren los hombres, como lo experimentan ellos, nada tiene de preciso. Ni siquiera en los cataclismos. Creo que es Gaya el que dice que las cosas siempre suceden un poco antes. Incluso un poco después.

Ese sentido de imprecisión poética lo da mejor el reloj de sol que el de arena. Hubo una moda según la cual el reloj de arena lo utilizaban los muy altos ejecutivos, o sea, aquellos para quienes el tiempo es oro, que calibraban la duración de sus conversaciones telefónicas teniendo delante un relojito de arena, cuantificando de ese modo lo que concedían a cada conversación.

El reloj de arena es un intento desesperado no solo de cuantificar el valor del tiempo, sino de ponerle tasa y cotas. La propia arena, dorada, se asemejaría mucho al polvo de oro que pesan los prestamistas y atesoran los banqueros.

El sol es algo que nadie puede atesorar. Es un don. Ni siquiera todos los países lo poseen ni todos los hombres ni durante todo el día. Es algo aún misterioso. Una de las leyendas de relojes de sol más hermosas es la que dice: «Solo marco las horas apacibles».

Creo que el único tiempo que existe es el de la bondad, el de la felicidad, el de la comprensión. Todo el resto termina sucumbiendo. El reloj de arena lo mide todo. ¿Y para qué? Para juzgarlo. Entre juzgar y comprender hay toda una diferencia, y una distancia, la que separa la poesía de la prosa.

En el reloj de arena el último grano es el último grano pasando por el gollete. En el del sol todo es impreciso. Es imposible que haya dejado de marcar la hora, cuando aún el sol no se ha acostado del todo, y aún después de hacerlo el día sigue existiendo, puesto que hay luz.

El hombre moderno se rige por el reloj de arena. El hombre primitivo, por el de sol. El de arena puede medir la noche, el de sol, únicamente las horas que el hombre, antiguamente, destinaba al trabajo. Los crepúsculos, de la tarde y de la mañana, y la noche, los entregaba al sueño o al amor, cosas que no se prestan a mediciones.

El reloj de arena, por el contrario, trata de igualar la noche y el día.

Alguien germánico como Jünger, de un país sombrío y luterano, es previsible que se decante por el reloj de arena. El hombre mediterráneo, es un hombre de relojes de sol. Griegos y latinos acuñaron frases memorables para que figurasen debajo de sus gnomones o vástagos.

El reloj de arena se pone en las manos de la Muerte, que se abre

paso con la guadaña. El de sol nos remite siempre a horas alegres, al aire libre, al tiempo en el que los cuerpos gozan de la vida.

ME ha llamado mi madre para decirme que se ha muerto mi tío César, el cura. Le había dado un infarto hacía tres o cuatro meses, pero hasta ayer mismo estaba convencido de que iba a vivir otros veinte o treinta años. Pobre hombre. Jamás se abatía por nada. Hasta el día en que le dio el infarto fumaba dos o tres cajetillas de bisontes. Todo él olía a ese tabaco, un olor que le había impregnado las sotanas, las manos, la piel. Tenía setentaiocho años. Se lo encontraron muerto esta mañana, en la cama, durmiendo beatíficamente. De lado, con las manos entre las rodillas, encogido como los chicos pequeños que tienen frío.

Era de lo más pintoresco que ha dado mi familia.

Había sido sargento provisional durante la guerra, que le sorprendió poco antes de cantar misa.

De esos años de la guerra yo conservo una carpeta suya con unos dibujos del frente.

Los dibujos no valen gran cosa, con estar hechos de modo concienzudo. Con los años llegaría a ser profesor de dibujo en el Seminario Diocesano. Los apuntes de aquellas campañas están hechos del natural y tienen todos algo de solanescos, con un vago sentimiento del paisaje y de las cosas que iba viendo a medida que las tropas avanzaban.

Yo me acuerdo alguna vez de esos apuntes, busco la carpeta, los miro un rato, y me ponen también vagamente triste. Veo en ellos el momento en que fueron hechos, la nostalgia del tiempo ido, la época gloriosa y atroz en la que fueron realizados. La mayoría tienen un temblor muy bonito y un cierto aire que, visto ahora, cincuenta años después, le ponen a uno eso, nostálgico con la peor de las nostalgias: la de lo que no hemos conocido.

Se ve que tenía facultades artísticas. No sé cómo tendría tiempo para hacerlo. Imagino las horas tediosas en la trinchera, o asomado sobre el paisaje.

En alguno se ve, en el horizonte, la línea de fuego, con grandes humaredas. «La aviación nacional bombardeando un monte de Santander», dice el pie de uno de ellos. A una parte de ese conjunto lo tituló «Apuntes del frente. Vistas del natural. Por César Trapiello (Santander-Asturias. 26 de julio-27 de octubre de 1937: II Año Triunfal)».

Cada una de las hojas lleva su leyenda, que es toda una geografía sentimental, y muy carlista: «Puerto de Mazuco. El autor

contemplando el teatro de la lucha desde su tienda de campaña (Asturias)»; o «Reinosa, el Ebro y la Constructora Naval vistos desde el Endino (1553 m)» o «El Monte Endino (1553 m). Primera posición tomada por el 6.º batallón de América» o «Una voladura hecha por los rojos…».

La mayor parte de los dibujos llevan al dorso el membrete de la «Fiscalía del Tribunal Militar de Euzkadi», papeles que debieron de requisar tras la toma de Bilbao.

Yo recuerdo de niño haberles oído hablar de la guerra a él, a mi padre y a otro hermano del cura, un maestro nacional que a pesar de ser de secano hizo la guerra en la Marina. Me sorprendía la memoria que tenían los tres para acordarse día por día de lo que hicieron esos tres años de guerra. No había pueblo, por pequeño y remoto que fuese, y en el que hubiesen estado, del que no se acordasen, así como el día en que lo hicieron y el año, y la compañía en la que servían en ese preciso momento.

Hablaban de la guerra sin entusiasmo ni enardecimiento bélico. Ninguno de los tres eran hombres violentos ni belicosos, desde un punto de vista militar. Mi padre aún era más beligerante, los otros, menos. Los tres, me parecía a mí, miraban la guerra como un trabajo que tuvieron que hacer, la ganaron y jamás volvieron a ocuparse de ella, aunque por ella quedaran marcados para siempre, al contrario de muchos de los que la ganaron o la perdieron, que no pudieron ya hablar de otra cosa en su vida. Ellos no, se acordaban de ella como el que echa la vista atrás y no comprende todavía cómo pudieron salir bien librados del paso.

Después de la guerra mi tío César se ordenó cura y lo mandaron al pueblo donde yo nací.

De esa época debe de ser una de las ideas más peregrinas y felices que tuvo en su vida, la de dibujar un tebeo que publicó en cinco cuadernillos, y que tituló *Aventuras de Tiburcio y Cogoll*o. De dónde le vino la idea es cosa que resulta un misterio, quién le metió en la cabeza que un cura podía dedicarse hacia 1939 o 1940 a dibujar aventuras, es inexplicable. Las dibujó, preparó su edición y las dio a la Imprenta Católica, que las metió en prensa y las puso sobre un papel pajizo y amarillento, de calidad ínfima. Son las peripecias de dos pobres hombres que salen un día de Rinconera, un pueblo que se parece mucho a Manzaneda de Torío, para recorrer el mundo. Les pasa de todo y están dibujados en clave Tintín. De hecho los dibujos recuerdan un poco los dibujos de Hergé. Un Hergé primitivo, local. Tengo la seguridad absoluta de que mi tío no había visto ni uno solo de esos tebeos belgas. De vez en cuando, para poner un freno moral a

las aventuras que se le remontaban a estadios peligrosos del frenesí, incluía sabias y convenientes décimas, como cuando los protagonistas estaban a punto de perecer ahogados en no sé qué procelosos mares océanos: «Cuando hay fe en la Providencia / y esa fe es firme y profunda, / una feliz contingencia, / aun contra toda apariencia / hará que esa fe no se hunda», recuerdo todavía de memoria.

Yo no sé tampoco de dónde sacaría dinero para editarse los cuentos. Él era pobre. Aquella empresa debió de comer todos sus ahorros y las economías de muchos años. Quiso venderlos en las dos o tres librerías y papelerías que había en León, pero el tebeo no tuvo éxito o lo tuvo muy escaso. Él lo regalaba a los antiguos compañeros del Seminario, a las visitas, en el hospicio, de modo que hoy, cuarenta años después de todo aquello es fácil encontrar, en los lugares más insospechados y en manos de las personas más curiosas, rastro de aquellos personajes, aventados por la provincia como vilanos.

Cuando llegó la Legión Cóndor a León conoció a unos alemanes que eran productores de cine. A estos los cuadernos dibujados les entusiasmaron, firmó un contrato con ellos y le prometieron que se haría una película con la vida de los dos trotamundos. Luego la guerra se complicó, los alemanes se marcharon y de aquello nadie volvió a hablar.

En Manzaneda vivía mi padre, y mi tío vivía con su madre y sus hermanos. Esta conoció a mi padre y se casó con él.

De esos años hay algunas fotografías suyas. Se le ve renegrido por el sol, delgado, con sus gafas redondas de concha y la teja, incluso con manteo. La cara la tenía de judío, con una gran nariz, frente despejada y labios carnosos y de color morado. El cura en aquellos pueblos tan católicos como eran los de León llegó a ser una autoridad, pero se conoce que él aspiraba a la capital, y cuando consiguió marchar a León, jamás volvió a poner un pie en un pueblo.

El primer destino que consiguió en León fue de capellán del Hospicio Viejo.

Este hospicio estaba fuera de las murallas, en la plaza de San Francisco, o sea, casi fuera del mundo.

Era un viejo caserón de mampuesto, fantasmal y sombrío, frente a un parque que en otoño se llenaba de hombres oscuros, modestos empleados de los ferrocarriles, ebanistas jubilados, sopistas, maestros depurados, azotados todos ellos por la hambruna y la desdicha. Iban allí a cazar caracoles. Se les veía mirar entre los setos, debajo de los árboles. Iban todos con un bote de hojalata, al que habían puesto un asa de alambre, y caracol que cazaban, lo metían allí. Iba cada cual a lo suyo, no se hablaban, cabizbajos, atentos, como en una pintura

surrealista, al rastro plateado del animal. Eran todos ellos la viva imagen de la desolación y el sufrimiento.

A ese hospicio se llevó mi tío a su madre, que cuidaba de él.

Alguno de mis recuerdos más vivos de la infancia eran las visitas que, los domingos por la tarde, le hacía mi madre, que iba a ver a la abuela y al tío cura.

Vivíamos justo en el extremo opuesto de la ciudad. Recuerdo que mi madre nos arreglaba a todos, nos ponía sandalias blancas y calcetines blancos, nos peinaba bien, rociaba nuestras cabezas con agua de colonia y nos llevaba, cruzando León de un extremo al otro, conduciéndonos como a reata, pues éramos cinco o seis chicos pequeños.

En la época de aquellas visitas mi abuela ya estaba muy enferma. Habían vaciado también el hospicio de hospicianos, que se habían llevado a otro hospicio nuevo, en la carretera de Carvajal de la Legua, de manera que podía decirse que mi tío y mi abuela eran los últimos resistentes de aquella ruina.

El Hospicio Viejo por fuera imponía, con aquel empaque de cárcel que tenía. Por dentro, daba miedo. Seguramente lo habían construido tomando por modelo el que saca Dickens en *Oliver Twist*. Tenía los suelos de madera, unas maderas negras y largas que al pisar sonaban con gemidos penosos de todos los fantasmas que vagaban en la oquedad del viejo caserón.

Nosotros pasábamos la tarde campando por aquellos pasillos, largos, anchos, vacíos, subíamos y bajábamos escaleras de madera, entrábamos en cuartos oscuros donde había amontonadas y polvorientas camas de hierro, con somieres llenos de óxido, entrábamos en los dormitorios abandonados y recorríamos hasta los últimos rincones de aquel lugar como si fuéramos a las Cruzadas, mientras los mayores bebían mistela y orujo con guindas en copas diminutas.

Allí dentro olía a sotana y a pobreza, a miseria y a laceración, olía también a hebras de tabaco, un olor deprimente y pegajoso, por lo mismo que a un hijo de la inclusa no se le va en muchos años un olor a pródigo semen de mancebía. No sé a qué olerá el semen rancio, pero allí dentro tenía todas las trazas de que olía un poco a eso.

Cuando se murió mi abuela, nos cosieron a todos en la manga de las chaquetas un brazalete negro y nos llevaron a verla. Estaba en el despacho de mi tío, metida en un cajón oscuro, vestida con el hábito de las terciarias de la orden de san Francisco. Dentro seguía oliendo a humedad y a colillas de unos ceniceros que nadie se había ocupado en vaciar. Mi tío estaba destrozado, llorando por los rincones. No sé en

qué momento había hecho un dibujo de ella muerta. Era un dibujo de líneas secas, muy como Solana también. Pero era su madre. Luego ese dibujo lo llevó a la Imprenta Católica, que le había impreso también aquellos tebeos, y mandó imprimir unos recordatorios, que se repartieron entre la familia y los que asistieron al duelo. A mí me levantó alguien en brazos para que me despidiera, y me acercaron para que la besara. Yo quedé espantado con aquel primer contacto con la muerte, se me quedó en los labios un helor de piedra y cera fría, algo que imponía. Entonces, no sé si para compensarme, alguien me dijo si quería llevarme como recuerdo algo de lo que veía en aquel cuarto. Se conoce que iban a desmontar aquellas habitaciones donde habían pasado los últimos años. Eran pobres, no tenían nada, se podría haber llevado uno un libro negro de teología, pero nada más, porque en aquella casa no había nada que llevarse. Sin embargo a mí me gustaba mucho una concha que utilizaba mi tío como cenicero, la venera de una vieira. Para mí aquella concha era expresión de todo lo que podía soñar, era a un tiempo la perspectiva del mar, que yo no había visto nunca, y a la vez promesa de infinitos peregrinajes por rutas aún más largas que las del Camino de Santiago.

Me metieron la concha en el bolsillo de la chaqueta. Luego un hermano, que la ambicionaba también, me acusó de haberla robado, pero lo cierto es que me la dieron. Olvidé a mi abuela muerta de inmediato. Creo que era un niño feliz. No tenía más que cinco o seis años. Lavé la concha de todas las maneras, pero las manchas de tabaco no se le iban con nada, y cuando comprendí que jamás sería una concha inmaculada mi entusiasmo y mi ilusión empezaron a decrecer.

Después de enterrar a mi abuela, se hizo un consejo de familia para buscar qué acomodo se le daba al tío César, que quedaba como si dijéramos huérfano también él, desamparado.

Ahora esto se entendería menos, pero entonces el sacerdocio era toda una institución, cuyas normas ni se improvisaban ni se saltaban a la torera. Los curas no vivían solos, pero tampoco juntos, a menos que se tratara de alguna residencia especial para ellos. No vivían solos porque no estaba bien visto, ni acompañados de otros, porque, supongo, eran lo bastante egoístas como para compartir con nadie nada. De modo que el ama del cura, normalmente la madre o una hermana soltera, era la que se ocupaba de asistirle a la vez que hacía de vigilante para que no pudiera meter a nadie de matute en la casa y flaquear ante la tentación.

Se acordó que viniera a nuestra casa. Aquello fue una fiesta. Creo que en ese momento nosotros ya éramos ocho o nueve hermanos y en casa no se andaba sobrado de cuartos, pero vino, se vació una de las

habitaciones, trajo con él su biblioteca y sus cosas y entró en casa alguien que un poco nos marcó a todos los hermanos.

Para empezar arrastró tras de sí toda la edición de sus *Aventuras de Tiburcio y Cogollo*. Ocupaban dos grandes cofres que subimos al desván. Desde entonces yo me hice entusiasta de aquellos cuentos que leía una y otra vez. Podía encerrarme en el cuarto de baño, el único lugar en el que puede estarse a salvo en una casa en la que viven once personas, me encerraba, digo, horas enteras a mirar y leer páginas que sabía de memoria.

La venida a nuestra casa coincidió con un apaciguamiento de sus fantasías, al que sin duda contribuyeron las comidas de mi madre, puntuales y bien sazonadas, de las que era gran partidario.

No era, sin embargo, como se dan casos, uno de esos curas lustrosos, con la piel lucia y las manos regordetas. No. Fue toda la vida un hombre delgado y enteco, de carnes acecinadas.

Las primeras semanas se cruzaron apuestas entre los hermanos para averiguar si llevaba o no pantalones. Una cosa así de sencilla nadie se atrevía a preguntársela, porque ya digo, la institución era una cosa seria y él imponía un gran respeto. Cuando le veíamos por la calle teníamos que correr a saludarle, nos daba a besar la mano y entonces, si acaso, buscaba en el bolsillo un caramelo que salía de allí siempre con algunas hebras de los condenados bisontes. No, no podíamos preguntarle si debajo de la sotana llevaba o no pantalones. De manera que nos tirábamos al suelo en plancha cuando pasaba a nuestro lado, como si jugáramos, y echábamos miradas dentro de la sotana, pero jamás logramos ver nada, y el cura jamás salía de su cuarto sin su sotana, ni siquiera cuando se levantaba por las mañanas.

Lo hacía todos los días a la misma hora, a las seis y quince minutos. Era también meticuloso con su aseo, al que dedicaba una hora, cuando todos en la casa dormían todavía.

La novedad más relevante de su llegada fue la biblioteca que traía con él. No era una gran biblioteca, quinientos o seiscientos libros, quizá mil, no más, así como unos cuantos tomos de *La Esfera* y algunas revistas mundanas del novecientos. Algunos eran suyos de cura, con tapas negras y cortes encarnados o dorados, misales y sermonarios, las obras de Balmes, de Donoso Cortés, de santo Tomás, pero la mayoría había pertenecido a un tío suyo, que había sido poeta modernista. De manera que por vía de la Iglesia entraron en casa los volúmenes de la Casa Calleja y Renacimiento y de Mundo Latino, libros de Rubén Darío, de Amado Nervo, de Azorín, de Marquina, de Aunós.

No era un hombre severo. Al contrario. Dio muestras a lo largo de su vida de una paciencia benemérita. Le robábamos los lápices, las

gomas de borrar, las cuartillas, le desordenábamos los libros y las colecciones de revistas, y jamás dio muestras de impaciencia. Nos gustaba mucho su habitación, en la que había metido su vieja cama de madera y su despacho, y nos gustaba porque no tenía nada que ver con lo que era nuestra vida hasta entonces. Cuando mi madre nos sorprendía dentro, nos desalojaba, porque teníamos prohibido entrar. Si quien nos sorprendía era él, miraba hacia otro lado, dándonos tiempo para la huida.

Estaba por aquel tiempo pluriempleado en varios destinos. Se conoce que con el dinero que lograba reunir en aquellos lugares en los que asistía espiritualmente a las almas no le daba para mantener su cuerpo flaco, de modo que además de ser capellán del hospicio, empezó a dar clases en el Seminario y consiguió que la Diputación le cediera la capellanía de la Maternidad.

Era esta un edificio nuevo que levantaron sobre un viejo cementerio. No estaba lejos de donde vivíamos nosotros. Yo me recuerdo de niño jugando en aquel cementerio del que las tapias se habían ido desmoronando. Buscábamos entre las tumbas calaveras y restos de féretros, asas de metal y cosas por el estilo, de latón y de bronce, que vendíamos en un chatarrero, y con lo que nos daba comprábamos golosinas a una mujer monstruosa de Bembibre que tenía puesto de golosinas y palos de regaliz, una mujerona con un gran bigotazo y dos o tres pavorosas verrugas, en las que crecían también cerdas largas y temibles. Luego volvíamos y seguíamos la búsqueda, apartando con el pie las tibias y amontonando los despojos con indiferencia ejemplar. En casa nos tenían prohibido ir a jugar allí, pero nos escapábamos y entrábamos en el cementerio. De vez en cuando se asomaba un viejo y nos echaba gritando, pero volvíamos siempre, como gorriones al trigo.

Desde el primer momento el tío cura se sirvió de la cantera casera para prepararse monaguillos que le ayudaran en la misa y en los bautizos abundantes que tenían lugar en aquella institución.

Cada uno de mis hermanos y yo mismo le servimos durante un tiempo, unos más y otros menos. Yo le cogí afición a aquello, no sé muy bien por qué.

Mi tío pagaba una peseta por tales menesteres. El día de paga era el domingo, tras la misa, estipendio que venía a sumarse a lo obtenido de las propinas de los bautizos, sumado todo lo cual permitía al ayudante una solvencia financiera que estaban muy lejos de disfrutar los otros chicos de la calle, sin contar con que nos dejaba beber el vino sobrante de las vinajeras, que él apenas probaba porque no le sentaba bien en ayunas.

Las misas tenían lugar a una hora temprana, antes del colegio, a las ocho. Yo creo haberle ayudado de los ocho a los diez años. Él solía levantarse, como he dicho, muy temprano. Lo hacía de una manera sigilosa, se metía en el cuarto de baño y permanecía en él por espacio de una hora. No supimos nunca a qué dedicaba tanto tiempo, porque apenas metía ruido ninguno que lo hiciera suponer. Ducharse a diario no se duchaba ni él ni nadie, porque no había agua caliente. Se lavaría por partes. Luego, cuando salía del cuarto de baño venía a la habitación donde yo dormía. Venía con la sotana desabrochada, me susurraba un «ya es la hora», y terminaba de vestirse en su cuarto, dejando un olor pastoso y dulzón a Varón Dandy.

A mí por lo general no me daba tiempo a despertarme, lavarme y vestirme en tan poco tiempo, por lo que normalmente salía él primero y yo le seguía a los pocos minutos, a la carrera, subiendo por la muy empinada calle de la Cuesta.

León entonces, y en especial aquel barrio de San Esteban, el trozo de ciudad que tenía que recorrer, era un pueblo viejo, espectral, de muy humildes casas, que ya no era de campo, pero que tampoco era de ciudad. Tenían todas un aspecto ferroviario, como las que levantaban cerca de la estación de vía estrecha, casas de dos o tres pisos, de color gris, con las puertas pintadas de color marrón, llenas de desolladuras en los muros a causa no tanto de los hielos y los rigores, que también, sino de los carros y las bestias.

Hoy si se viera a un niño de ocho años por la calle solo a las ocho de la mañana, en invierno, de noche aún, la gente llamaría a la policía. Entonces no había ningún peligro, y todos los que estaban a esa hora en la calle era por alguna razón de peso. No obstante a mí, al principio, me daba miedo ir solo, y procuraba darme prisa para poder salir en compañía de mi tío o seguir de cerca su estela.

En mi casa, desde chicos, se nos inculcó como el más sagrado de los principios el de la responsabilidad, de modo que no recuerdo haber faltado nunca a aquellas misas, durante dos años, de los ocho a los diez, todos los días, y luego, de los diez a los trece o los catorce, durante los veranos.

Por las tardes había que volver a la Maternidad, para asistirle en los bautizos. También tenían lugar a diario, incluidos los domingos.

A aquel lugar iban a dar a luz las mujeres de la vida y otras que habían tenido la desgracia de quedarse embarazadas siendo solteras, cosa que era bastante frecuente. Esos bautizos eran bien tristes, sin padrinos, sin nadie, la madre con el niño en brazos, mi tío y yo, sosteniendo la palmatoria. Eran niños que llevaban los apellidos de la madre. Después de la ceremonia mi tío, en la sacristía, levantaba acta

en un impreso, pero al llegar a la parte donde había que preguntar por el nombre y apellido del padre lo pasaba por alto, con una gran delicadeza. A veces no se daba cuenta y las chicas se echaban a llorar. Yo no entendía muy bien por qué, pero me apenaba ver a aquellas madres tan jóvenes, a veces de trece o quince años, llorar silenciosas, con violenta desesperación. En esos bautizos de pobreza absoluta, donde no había padrinos, me ponía a mí como testigo de la ceremonia, porque para que fuese todo legal eso lo tenía que poner, de manera que hoy andarán muchos cuyas vidas están unidas a la mía por ese vínculo sutil.

Otros bautizos, en cambio, eran alegres, estaba todo el mundo contento, venían vestidos con tiros largos y velas rizadas. Los padrinos entonces eran rumbosos y cuando querían soltarle sus buenas propinas, mi tío se excusaba, no se mostraba ofendido, pero sí mostraba una gran dignidad, que no daba lugar a más forcejeos. Es la única vez que he visto a un cura rechazar dinero, porque se consideraba bien pagado por la Diputación. Muchos padrinos encontraban aquel rechazo casi ofensivo y pasaban a ofrecerle habanos. Entonces le ponían delante los puros que él aceptaba con una sonrisa, pero podía haberlos rechazado igualmente, porque él, que fumaba dos o tres cajetillas de bisontes, jamás se fumó un puro. Los llevaba a casa y los guardaba en un cajón de su escritorio. Llegaba a reunir cincuenta o sesenta. Nosotros nos metíamos a escondidas y mirábamos aquellos puros en sus fundas de cedro, de cristal, de cinc, con sus vitolas. Los contábamos, los olíamos. Nos parecían un mundo distinto, que nos hablaba de tierras lejanísimas. Cuando creía reunida una buena cantidad, se los metía en una cartera y se iba al asilo, donde los repartía entre los viejos.

Un día, recuerdo, cayó sobre León una gran nevada. Era invierno. El silencio era total. Mi tío y yo salimos juntos ese día. En la puerta nos esperaba medio metro de nieve en la que nadie había puesto un pie. Tampoco en la calzada, porque no había coches que circularan. Empezamos a subir la calle de la Cuesta. Íbamos los dos en silencio. No teníamos nada que hablar. Marchaba delante mi tío, abriendo la senda. Yo le seguía detrás. Hacía muchísimo frío, como solo puede llegar a hacerlo en León, en Soria, en Teruel, no sé, diez o doce grados bajo cero.

El silencio de la nieve era universal. Creo que fue una de las mañanas más completas de mi vida, si por eso entendemos un absoluto de la conciencia. Yo percibí entonces, o así lo he recordado todos estos años desde entonces, como lo más admirable que podría sobrevenirle no solo a un muchacho como yo, sino al mismo mundo.

En verdad, como decía Gaya, la nieve es gótica, algo de la Edad Media. La luz de las farolas caía sobre la capa blanca con desánimo amarillento y fúnebre. Vimos de lejos una sombra que ponía toda su atención al andar en no caerse. Quizá fuese una vieja o un viejo, difícil saberlo. Solo era una sombra, con trapos envolviéndole la cabeza, para impedir que las orejas se le congelasen y tuviera luego que partirlas en trocitos y tirarlas para que las comieran los gatos.

Cuántas cosas, cuántos recuerdos nos restituye un muerto. Cuánto tiempo hacía que no volvía a estos corrales. Un recuerdo es siempre la casa de uno, con la llave en la puerta, esa llave que nadie se ha molestado en quitar. Vuelve uno a esa vieja ciudad, y aunque nadie nos reconozca, reconocemos a todos. Ni siquiera echamos en falta a los que se han ido yendo.

A mí me ha pasado todos estos años, al volver a León. Iba por la calle y reconocía los rostros de la gente, que, sin embargo, ni siquiera me miraban, porque mi rostro ya no les decía nada.

No sé cómo ni por qué conductos dio mi tío en asuntos de apariciones marianas.

Fue algo en lo que creyó con fuerza desde el primer momento, estaba al tanto de todos los lugares del mundo donde se producían fenómenos de esta índole, y cuando ocurrían en España, incluso se desplazaba allí.

Hacía 1973, quizá antes, hubo en Portugal una famosa vidente, que se llamaba María, en un pueblo, Ladeira do Pinheiro, al que había rebautizado como «dos espinhos e dos sufrimentos». Se contaban de esta vidente cosas fabulosas, fenómenos extraordinarios.

Un día mi tío reunió una punta de peregrinos y organizó una expedición. A mí me dijo:

—Si quieres, vienes; yo te invito.

Yo hacía muchos años que ya no andaba en esas cosas del culto, estudiaba en la universidad de Valladolid y me ufanaba de ser gran partidario de Demócrito. La invitación se me cursó el mes de agosto, y en el mes de abril se había producido la famosa «Revolución de los claveles», de modo que a mí me convino meterme en aquel autobús, tanto por ver de cerca el fenómeno de una revolución como por novelería de lo otro.

El autocar partió de León a última hora de la tarde, para evitarnos el calor tanto como el gasto de alojamiento, y estuvo en marcha toda la noche, hasta llegar a aquel pequeño lugar, al norte de Lisboa, a no muchos kilómetros de Fátima.

La gente me caló enseguida y me dejaron tranquilo, por temor a que en el contacto pudiera contagiarles algo malo.

Durante dos días, mientras yo leía en el asiento trasero prensa comunista comprada en Portugal, el resto desgranó al menos treinta o cuarenta rosarios y entonó sin cesar canciones pías.

La vidente resultó una pobre trastornada, un verdadero monstruo de gordura y vulgaridad, sucia, con greñas de loca y unas manos hinchadas por la grasa de cerdo y la porquería, y para colmo una megalómana de tal naturaleza que resultaba patético ver a cinco mil peregrinos que se habían congregado alrededor de ella, algunos incluso gentes eminentes en la vida civil, médicos, ingenieros, empresarios, histerizados por el fenómeno, con la vista puesta en el sol abrasador de agosto quemándose la retina convencidos de que el astro se iba a poner a dar vueltecitas como los ventiladores.

Lo cierto es que el sol no se movió de su sitio, pero sí que hubo una multiplicación de panes y de peces, para dar de comer a tantísimo peregrino, si bien no eran exactamente peces, sino un arroz con chirlas del que, al parecer, comieron y se saciaron todos.

Mi tío creía con candor en todas aquellas apariciones y fenómenos, y se entregaba a ellas con entusiasmo y alegría casi infantiles. Le parecía que aquellas eran fantasías de gran fundamento, como en su día había creído verdaderas las aventuras de sus Tiburcio y Cogollo.

Hace unos años se hizo célebre a cuenta de otro de aquellos milagros que a él le llenaban de entusiasmo. Venían de vuelta de una de aquellas apariciones, no de la tal vidente, que, creo, se descarrió por la soberbia y fue tentada por el diablo, de modo que pasó de ver a la Virgen a ver a Satanás, con una toca azul y maquillado de tal manera que era imposible distinguirlo de la Virgen, aunque justamente todos los que jamás habían visto a la una determinaron que se trataba del otro, por las cosas absurdas que empezó a hacer la mujer, los humos que se daba y las pretensiones que le entraron, como que le compraran un buen piso en el pueblo para ella, para el marido, que estaba en el paro, y para cinco o seis hijos, muy contentos del negocio que les había salido al paso.

Esa vidente, pues, cayó en desgracia, y apareció otra. La noticia corrió como la pólvora y los partidarios no tuvieron más que cambiar de carretera. Venían, pues, de uno de aquellos encuentros en la tercera fase. Iban como siempre en autocar, y de noche, porque eran feligreses pobres que hacían la excursión con sacrificios enormes, durmiendo siempre en los asientos, sin poder pisar un hotel o una pensión. La mayor parte del pasaje venía durmiendo. La carretera era, al parecer, peligrosa, estrecha y llena de curvas. El chófer debía también de estar extenuado de aquel maratón mariano y se durmió sobre el volante. Fue entonces cuando el arcángel san Miguel tomó personalmente el

mando y mientras el conductor dormía, el autocar, a más de cien por hora, enfilaba las curvas unas detrás de otras, como cosa de niños.

Entre quienes estaban despiertos, se contaba mi tío. Este despertó a algunos, y todos fueron testigos del prodigio que estaba sucediendo.

Según contó mi tío después a los periodistas, dijo que no había duda ninguna de la intervención sobrenatural, pues vieron de espaldas al ángel, pero que si esto no era suficiente, también podrían abundar diciendo que el autocar no solo marchó durante cinco o diez minutos a su aire, hasta que el chófer despertó, sino que lo hizo aún más dulcemente, pues las marchas entraban solas y el coche iba como la vaselina.

La noticia salió en todos los periódicos y en todas las televisiones. Nosotros estábamos comiendo un día desprevenidos, cuando lo vimos aparecer en el telediario. Al principio, como ese es el lugar donde menos esperaría uno encontrarse al tío cura, no prestamos atención. Nos quedamos admirados. Allí estaba él, con una sonrisa beatífica, explicando a un periodista guasón, y de la manera más natural, que el arcángel san Miguel les había hecho de Faetón.

A él le daba lo mismo el ridículo, y contaba lo sucedido con idéntica firmeza a la de aquel que acaba de ver un ovni; se dejaría cortar una mano por sostener ese testimonio.

Lo más curioso de todo esto es que creía en aquellas cosas sin salirse un ápice de la ortodoxia, con la que se mostraba escrupuloso, como buen cristiano que era.

Su vida al final se limitaba, según me decían, a ir a la catedral, de la cual era beneficiado, a cantar el oficio divino, a decir misa, a sus congregaciones piadosas, a mirar por la grey y a escribir poemas de corte místico.

La última vez que nos vimos, en una boda, se acercó a mí, y me dijo:

—Yo también escribo poemas, sobrino, como tú. He vuelto a hacerlo. Los escribí de joven, pero aquello era otra cosa.

Era verdad, porque lo que escribía tenía un aire provinciano, polvoriento y simbolista. Se conoce que había cambiado.

—Ahora escribo poesía seria. Algunos la han leído y la encuentran como la del *Cántico espiritual*.

Me dijo esto sin vanidad ninguna, como la cosa más natural del mundo. Se conoce que para él, si se tenía la llama del amor puro, escribir como san Juan de la Cruz era cosa fácil, porque lo importante es lo que se diga y no cómo se diga.

Meses después, en casa de mis padres, había un ejemplar del libro y leí algunas páginas. No están mal, mucho silencio, muchas noches

oscuras del alma, mucha trascendencia. Por menos le dieron a uno de Orense el Príncipe de Asturias hace unos años.

Me he quedado con la noticia no sé cómo. No estoy triste, no estoy apesarado ni compungido. Estoy suspenso. Supongo que le quería. Le debo la mayor parte de mis lecturas de niño, le debo aquel despacho suyo que era para nosotros una verdadera cueva llena de tesoros, sus dibujos, sus plumillas para dibujar, los libros del tío modernista. Los chicos del barrio le querían también. Era una figura familiar, siempre con su sotana negra, con la teja, en invierno, o sin ella en verano, con aquellas manos artísticas, de pianista, y los dedos teñidos de nicotina, oliendo a nicotina y a Varón Dandy.

Los chicos le veían de lejos, con la tonsura en el cogote, redonda como una hostia, se acercaban a besarle la mano y él metía la otra en el bolsillo de la sotana y les repartía los caramelos que los padrinos de los bautizos le regalaban.

Era una buena persona. Por la humanidad no se puede decir que hiciese mucho. Tampoco por la feligresía, no era uno de esos curas que reparte su capa con los pobres, al menos hasta donde yo sé. Era un cura para gentes como él, modestas, con cierta decorosa pobreza, un cura para empleados modestos.

Solo se le conocieron tres vicios, el tabaco, que le ha llevado a la tumba, los crucigramas, y la cecina dura y curada. Iba a que se la cortaran en Camilo de Blas, que era la tienda de víveres de lujo que había en León. Allí le hacían unas lonchas finas, casi transparentes. Él dejaba parte en la mesa de su despacho y la otra mitad las colocaba entre las páginas del breviario, como estampas, mezcladas con los crucigramas que recortaba de todos los periódicos en la redacción del *Diario de León*, del que era redactor y donde escribió unos bonitos artículos de viajes por los Picos de Europa, ilustrados por él, o de las cuevas de Valporquero, adonde entró, después de la guerra, cuando aún no estaban abiertas al público. Pero esa es otra historia, como decía la película.

Descanse en paz.

ES probable que una novela sea como una presa, una gran obra hidráulica de contención de caudales y administración de recursos. El poema, sin embargo, no debe ser más que una jarra de agua. Con sus proporciones justas, que no pese en exceso, que no derrame el contenido al servirla… Puede parecer sencillo, pero no cuando vemos lo difícil que es hallar una jarra de agua que esté bien hecha y sea bonita, guardando las proporciones de todos sus elementos, la boca, el

vientre, el asa, el pie, el color, la decoración…

EN literatura, y es de suponer que en todo lo demás, los jóvenes tienen que buscar al viejo. No al revés. Al revés siempre es una forma de pederastia.

ESTUVIMOS en muchas partes. Se le olvida a uno lo que fue su infancia. Pero un día regresa a la tierra en el momento adecuado, y todo rebrota, como los olmos viejos, como las paleras del río, como los chopos de estas riberas.

En el mes de junio León se llena de paisajes muy adecuados para Corot. Estaban ya pintados, las bardas de adobe, los tejados de tejas viejas, las casas de una planta con las paredes heroicamente derechas.

En un pueblo del Curueño vimos, junto al cementerio, uno de esos corrales de paredes encaladas y uno o dos cipreses, vimos, digo, unas colmenas.

No las colmenas modernas, pintadas de blanco, cuadradas, con algo feo de Le Corbusier. No. Aquellas viejas colmenas hechas en el tronco vacío de un árbol. Tres o cuatro. Todo el campo olía a polen y se oía el zumbido de las obreras en el aire dorado de la tarde.

Uno, que es poeta agropecuario como John Ford fue director de películas del Oeste, admiró el sentimiento de aquel paisaje. Volvían las vacas a recogerse en los establos. En León nadie tiene muchas vacas. Todo el mundo tiene cuatro o cinco. A veces nueve. Vienen despacio. Manchan la carretera de boñigas. El aire todo huele a boñigas. No es un olor desagradable, al contrario. Es un olor dulzón a heno seco. Ese olor se mezcla con el del campo florecido, con el olor del polen. Juan Ramón habló una vez de olor a establo y madre. Es verdad que son dos olores muy parecidos, complementarios. Quizá porque los establos huelen a leche. Quizá porque el olor de heno es envolvente y tibio, como los brazos de una madre.

G. y R. se pasaron la tarde del sábado pescando ranas. Una caña, un trozo de tela encarnada y a arrancar ranas a la charca. Al lado de la charca había un rosal silvestre que lo llenaba todo de un perfume de rosas del Corpus.

En cada pueblo había plantado un mayo, y las espadañas de las iglesias se remataban todas con el nido de las cigüeñas, donde los pájaros, muy contentos, armaban su tablao flamenco, crotorando las castañuelas.

Es el mes más completo y asombroso de ese país. Los inviernos en

mi pueblo duran tantos meses, que llega uno a olvidarse de que la primavera logrará romper la costra adversa de la tierra helada. Y así, un día, el aire que viene del sur detiene al que viene del norte, de la peña. Es un aire que arrastra todo el olor de los trigos que ya han madurado por Córdoba y la Mancha. Las orillas de los ríos se llenan de mosquitos, las truchas dejan el limo, libres de huevas, y suben veloces para escribir en la superficie del agua el contento de estar vivas. Hasta los juncos, que es una severa planta, no quieren dejar de florecer, ni la espadaña, ni los mimbrales. Es la brisa del sur que se templa con la brisa del norte la que mueve estos álamos de las riberas, los álamos con el envés del color de la plata. Entonces cada hoja parece una sonaja, y la música, una armonía convincente, la música secreta que pone el pie en los viejos romances de esta tierra. Así vuelven cada año la esperanza y la alegría a mi querido pueblo, y parece que habremos de vivir eternamente, porque todo, hasta los negros juncos de la orilla, dan su flor, que es poca cosa.

CUANDO tengo que trabajar mucho rato de tipógrafo, me consuelo con el título de un libro, que se publicó en Venecia, en 1525: *El modo de consolar las penas con los diversos tipos de letras.*

DESPUÉS de la abolición del Pcus se vuelve uno, sin querer, un poco filósofo. Ha caído el muro de Berlín. Tendrán que desmontar el mausoleo de Lenin y derribar todas las estatuas de Marx y de Lenin, que deben alcanzar una bonita suma, tendrán que cambiar el nombre al país y, de paso, el de unos millones de calles… No sé. Las vanguardias artísticas nacieron con las revoluciones, pero no creo que lleguemos a conocer la defenestración de los surrealistas, de los Duchamp, de los Rothko, de los Pollock y demás chusma, porque así como las revoluciones han empobrecido a todo el mundo, las vanguardias han enriquecido al menos a unos cuantos.

Tan solo hace veinticinco años X saludaba con entusiasmo las barricadas de mayo del 68, esa tontería de teatro hecha por unos burgueses con ganas de componer un poco la figura y hacerse la foto. Decía: esto es una maravilla, la historia se mueve hacia adelante. Se publicaron unas cartas donde cuenta todas esas agudas impresiones. Hoy que ha fracasado cualquier tipo de revolución de corte comunista, situacionista o consejista, dice: «Lo que ha demostrado el fracaso de la revolución es que las respuestas que se dieron a ciertas preguntas eran equivocadas. Pero esas preguntas que la humanidad se hizo subsisten».

Yo creo que el procedimiento de endosar a la humanidad los errores de uno es propio siempre de los rastacueros, con su vocecita melosa y sus blandoserías de capellán que frunce los labios cada vez que se le ocurre algo ingenioso y cada vez que toma una copita de mistela.

A mí me parece que la humanidad no se pregunta nada, como tampoco lo hacen la Biología o la Termodinámica, según mi criterio. ¿Por qué no? X ha sido diplomático y quizá haya tratado a la humanidad, aunque uno sigue pensando que las respuestas dadas por el comunismo en los últimos setentaicinco años no fueron buenas, porque las preguntas tampoco lo eran. Para empezar, la sociedad no está dividida en clases, sino en pobres y ricos, tontos y listos, guapos y feos, corruptos y decentes, etcétera. ¿Cómo puede uno abolir las clases? Desde el momento en que hay una mujer que es guapa, siempre tendrá más opciones que una fea, una inteligente más que una necia, y es posible que una necia pero guapa más que una inteligente pero fea; un hombre simpático o un intrigante suele tener más oportunidades que un misántropo, amante de la soledad, y el que era del Partido Comunista tenía más posibilidades de colocación que el que no era nada, lo mismo que aquí el que fue falangista medró más y mejor que el que había estado en la Institución Libre de Enseñanza, lo mismo que en la cultura medraba más el de izquierdas que el que miraba con antipatía la izquierda. La humanidad no entiende de grandes preguntas. X, es posible. Pero la humanidad, en absoluto. Las respuestas que han dado los comunistas en todos esos años, tres cuartos de siglo, tres generaciones aniquiladas moralmente y en buena parte exterminadas, han sido crueles. De una crueldad inusitada. *La enfermedad infantil del comunismo,* tituló Lenin uno de sus opúsculos (si no recuerdo mal), sin comprender que la enfermedad infantil era el mismo comunismo, con toda su secuela de crueldades sin cuento, como esos niños que se dedicaban con una cuchilla de afeitar a pelarle la piel a una lagartija viva, o a cortarle una a una las patas a una mosca. Los comunistas han hecho algo parecido al pueblo ruso, sus patitas morales, su pellejo moral, sus ojos, todo lo han despellejado, todo lo han vaciado. Los recalcitrantes dirán: el capitalismo también. De acuerdo: pero con anestesia.

El verdadero ridículo lo sienten ahora los comunistas e izquierdistas del mundo no tanto por haberse equivocado, sino por una razón social: ¿cómo se van a presentar en sociedad después de la plancha? No les molesta tanto que los principios marxistas aplicados a la vida social sean inviables como que Pío XII y la Virgen de Fátima se hayan salido con la suya: Rusia ha dejado de ser comunista. Eso y no otra

cosa es la que habían profetizado ante la carcajada general de todos los comités centrales. Ahora no les va a quedar sino salirse de cuadro durante las próximas escenas, y hacer un airoso mutis.

Podemos imaginárnoslos tratando de salvar la honrilla con análisis pintorescos y agudísimos para justificar lo injustificable, mientras queman documentos, falsean la historia, amañan los archivos y copan las páginas de los periódicos.

Va a ser una gran época la que se avecina. Veremos la contraofensiva.

Por otro lado, mientras se disolvía el Pcus esta misma mañana, vino, renqueante y tenebrista, la abuela del Lagar de las Mercedes, que es el lagar vecino del nuestro.

Venía la pobre mujer desencajada y pálida, hecha como se dice un manojo de nervios. Andaba a pasitos cortos, por temor a caerse y romperse una cadera. Se apoyaba en una caña seca. La habían dejado sola y venía a solicitar socorro: se le había escapado el cerdo y nos pedía que la ayudáramos a devolverlo a la cochiquera.

Como se ve, no paran de pasar cosas en el mundo. Salimos los tres hombres de la casa con paso decidido. Nos seguía la vieja, renqueante y sin decir palabra. Quizá tenga ochenta, quizá noventa años, quizá más. Esa bien pudo haber conocido a Lenin. Incluso, con un poco de mejor suerte, pudo habérsele aparecido la Virgen, como a los pastorcitos. Habría hecho una gran carrera, porque, lo mismo: no es igual un pastorcito que cuida de sus marranos que otro al que se le aparece la Virgen. Nuestro cerdo era un berraco negro, con cerdas duras como púas de alambre y dos colmillos afilados para recordar a los matarifes que procede del jabalí. Lo encontramos junto a una palmera, comiéndose los ladrillos de un alcorque.

Me llegué alegremente adonde estaba, dispuesto a seducirlo y reducirlo, pero en cuanto me vio pegó un bufido, escarbó en el suelo y se arrancó hacia a mí con un trotecillo indigno y peligroso. No tanto el conocido trotillo cochinero como una verdadera embestida miureña, de modo que tuve que retroceder con tanta celeridad como mermado honor. G., que lo miraba todo detrás de una empalizada, preguntaba:

—¿Por qué huyes, papá?

Yo en eso le di una respuesta muy comunista:

—¿Huyo, acaso huyo yo? ¡Observa bien que han cambiado las condiciones objetivas!

Era grande como un armario, sin capar, con dos pelotas pegadas debajo de un rabo enroscado, gordas cada una de ellas como su cabezota.

Nos costó una hora reintegrarle a la cochiquera, gracias a dos o tres

argucias propias de Ulises.

Esta mezcla de vida retirada y gran revolución rusa retransmitida en directo veo que se complementan bien. Y aunque pueda ponerse en duda, un hombre juicioso podría sacar tantas enseñanzas del episodio de esta mañana como de la ridícula prepotencia de Yeltsin el otro día en el Parlamento ruso, firmando decretos como un sátrapa, como los viejos zares, como un verdadero estalinista, metiendo a todo el mundo, pese a los trotecillos, en las viejas zahurdas del Kgb, que diría un estilista.

TRAS el triunfo absoluto de la Ciencia, se le ve a la Filosofía, aduladora y solícita, lisonjera y servicial, correr tras ella ofreciéndola lo único de que dispone: las imágenes y los símbolos poéticos más o menos inteligibles, en la estela de la caverna de Platón o de la paloma de Kant. Ni qué decir tiene que la Ciencia recibe tales presentes de su cautiva, los examina con detenimiento y a la primera de cambio los larga, como es frecuente hacer con los regalos de boda. Se los regala a su vez, por inservibles, a los periodistas, a los ecologistas, a los políticos, a los profesores universitarios y a los compradores de fascículos de divulgación científico-técnica. La Filosofía, despechada, se aparta tanto de la Ciencia como de la Poesía, y empieza a mascullar una jerga ininteligible, convencida de que ese es el único modo, propio de chamanes y de brujos, de arrebatar a la Ciencia el cetro que esta le ganó al póker hace cien años.

LA manera de salir de la niebla es entrar en un túnel.

EN Valladolid hay ahora dos o tres librerías de viejo. Cuando yo estudiaba allí solo había una, la de Pepe Relieve. De esa librería, a propósito de la obra del poeta Paco Pino, yo he escrito alguna cosa.

Es una librería bonita, cerca de los soportales de la plaza mayor, en el barrio con más carácter de ese pueblo. El ejemplar del *Rosario de sonetos líricos* viene de allí, lo mismo que la mayor parte de los libros del propio Pino, todos impresos en tiradas cortas de cincuenta o cien ejemplares. Cuando pasa uno por Valladolid, si le sobra algo de tiempo, suelo darme una vuelta por el único lugar de esa ciudad impar en el que he sido más o menos feliz. Que uno solo se lo haya pasado bien en una librería de viejo… ¡con eso ya está dicho todo! Cada vez está más decrépita y hundida, más vieja y cochambrosa, los libros son

restos de bibliotecas de seminario y manuales de Medicina y Derecho, pero el librero es un hombre simpático, medio anarquista. En aquellos tiempos él solía vender, de tapadillo, algunos libros prohibidos, de los poetas comunistas, mayormente, que nos facilitaba sin dejarse tentar por la especulación.

Hacía al menos diez o doce años que no había estado en ella, creo que desde que dejé de vivir en ese pueblo. La librería es pequeña, ténebre, poco ventilada. Todo en ella es de madera, el mostrador, las estanterías, unas maderas viejas que el tiempo y los rigores de Castilla han descuadrado y torcido. Están pintadas de gris, un gris naval. Siempre las recuerdo de ese color. Quizá no sean de ese color, sino pardas. Puede ser. Pero lo que sí sé decir es que tienen ya muchas manos de pintura. Se pintan, el polvo se apelmaza en ellas durante veinte años y se les vuelve a dar una mano de pintura sobre la mugre. Al final eso tiene una consistencia pétrea, que las hace invulnerables al tiempo, blindándolas para la desidia y las estaciones varadas, como a los buques.

La librería tiene un par de escaparates, de estilo hornacina, de los que tienen unas puertas que los cierran, aprovechadas también como expositores de libros. En ellos el librero Relieve suele poner lo más florido del establecimiento. Son libros que tampoco valen gran cosa, pero están lo bastante bien elegidos como para que alguien, conocedor del ramo, se haga la ilusión de que va a encontrar dentro algún tesoro. Siempre que va uno a la librería, el librero se excusa, sin embargo, con muy buenos modales por no tener nada que valga la pena, y habla siempre de dos o tres bibliófilos de la ciudad que se lo llevan todo, por los que uno siente, desde hace años, una fuerte antipatía, pese a no conocerlos ni saber de quiénes se trata. Es también un hombre de una paciencia infinita. Cada dos minutos se asoma a la puerta un estudiante preguntando por alguno de los libros que les obligan a leer en clase. Él nunca dice no de malos modos, sino con la resignación del que sabe que ya es viejo para torcer su destino.

Yo pensaba que no se acordaría de mí porque hacía eso, doce o trece años, que no iba por allí, pero en cuanto me vio, me dijo:

—No es verdad que yo sea un viejo. Ni la bombilla es de 40 vatios, sino de 200; los estantes no están vacíos y aquí no hay polvo.

Me dijo todo esto el hombre muy nervioso, con ese tartamudeo de las personas tímidas pero valientes. Al principio pensé que me lo decía en broma, pero noté que una venilla de la frente la tenía un poco hinchada y se le rebrincaba algo, así como que la coloración del rostro, vinácea, se encendía algo, empezando por el cogote, ocupando ambas orejas y extendiéndose por la muy despejada frente.

Yo no sabía a cuenta de qué me reprochaba aquellas cosas, y como se percató de mi ausencia, se encargó de repetirme la lista y citarme de paso el título del artículo donde había contado uno tales inexactitudes, y también el periódico donde había aparecido, y la fecha, todo en un tono igualmente desasosegado.

Entonces le dije:

—Pepe, la literatura es exagerar sin hacer daño a nadie.

Me parece que no lo entendió. Entonces tuvimos que entrar en el terreno de lo concreto, y hubo de reconocer que la librería estaba algo dejada a sus telarañas, lo mismo que la estampa de los estantes medio vacíos y el sotabanco que hacía de mostrador era desoladora, pero porfió diciendo que eso era algo reciente, no de cuando apareció aquel artículo. A los libreros de viejo hay que darles la razón siempre, y no me costó dársela a mi buen amigo, para pasar a hablar de otros asuntos más entretenidos.

Muchas veces la librería está cerrada. Pega en la puerta un cartel que dice: «Ahora vuelvo», se pone una gorra negra que tiene, muy barojiana, y se va a tomarse unos vinos con algún amigo que le saca. A veces vuelve, a veces no, como aquel boticario de Priego de Córdoba, al que los amigotes venían a buscar a la farmacia para malearlo, y que mandaba al mancebo a su casa con el recado de que le dijese a su mujer que si no llegaba para comer, tampoco le esperase para cenar.

Los estantes esta vez estaban aún más vacíos que hace doce años, y los pocos libros que quedaban, de entonces todavía, se amontonaban unos sobre otros con esa falta de modales que caracteriza a los borrachos cuando deciden dar por concluida la juerga y vuelven abrazados a casa entrelazándose por los hombros.

Uno se pregunta siempre: ¿de qué vivirá Relieve? No tiene libros, no los vende, y lleva sin embargo cuarenta años como librero. Tampoco parece ponerse nervioso. Es un hombre aniquilado ya por el medio, o resignado a él. Otros libreros le cuentan a uno la desesperación en la que viven por falta de dinero, por falta de género, o por falta de las dos cosas. Relieve, que es un hombre sabio, ha logrado que esas cosas le den perfectamente lo mismo. Abre la librería a una prudente hora, las diez o las diez y media, y a la una y media se va con los amigos a tomarse esos chatos de vino, sin contar el asueto de la media mañana para el café. Por la tarde llega a las cinco o las cinco y media y se marcha a las ocho. Es un misterio también dónde y a quién compra los libros. Da la impresión de que no compra bibliotecas como hace el resto de los libreros, sino que los libros se los compra de uno en uno a las viudas que van a vendérselos a primera

hora para llevar a casa la comida de ese día.

Así como puedo atestiguar de cómo es la librería, del librero todo lo que dijera sería una suposición. No sé por qué razón siempre creí que era un elemento anarquizante, pero es verdad que era amigo de muchos viejos comunistas, y puede que él fuese también simpatizante de los comunistas y no de los anarquistas. A lo mejor no lo es ni de los unos ni de los otros. También tengo la idea de que es un librepensador, pero en Valladolid las cosas no son como en las demás partes y los librepensadores pueden ir a misa todos los domingos, como el propio Pino. En fin. Mientras veía libros, es decir, nada, entró en la librería un conocido de Santander, de paso en Valladolid. También tenía una hora libre y se había pasado por allí. Me vi reflejado en él, y sentí una gran lástima por los dos.

Como no quedaba rincón ninguno que fisgar se formó una pequeña tertulia. Antes el librero sacó de la trastienda tenebrosa un botijo. Y digo tenebrosa sabiendo de lo que hablo, pues si la bombilla del comercio propiamente dicho es de 40 watios, la de dentro con suerte podrá alcanzar los 20. Y digo también botijo, aunque en realidad fue una de esas botellas de plástico transparente azulado, pero me parece que lo que tendría que haber salido de aquella cueva casticista tendría que haber sido un botijo y no una vulgar botella de agua mineral. El caso es que ninguno había pedido agua de beber, pero nos dijo que no era para beber, sino para lavarse las manos, que teníamos negras. Yo hice ademán de salir a la puerta y poner las manos debajo del chorro, pero el librero dijo que no hacía ninguna falta, que se podía hacer allí mismo. Cayó parte del agua en el suelo de la tienda, que la absorbió como si fuese de tierra, y la otra parte sobre unos montones informes de noveluchas del oeste, manoseadas y echadas a perder. Después de mojarnos las manos, nos informó que toalla en cambio no tenía, que ponía el agua, pero no la toalla, aunque nos sugirió que si éramos tan finos que no podíamos secarnos las manos en la culera de los pantalones arrancásemos las hojas de unos libracos y nos las restregáramos en ellas, aunque no lo aconsejaba, pues entonces nos las mancharíamos de tinta otra vez, y de polvo.

Hablamos durante una hora o así, de todo y de nada, de las cosas que se hablan en las librerías de viejo, luego nos invitó a salir, echó los cierres a la tienda, se puso su gorra y se fue. Esta vez no era una de esas gorras negras de pastor soriano, sino una más elegante, de tela escocesa a cuadros, como las que sacan los señoritos cuando van de caza. De modo, oh misterio, que el negocio va incluso mejor. Marchaba despacio, con muy buena planta. Habría podido parecer un boticario o algo mejor, pues en provincias, a diferencia de Madrid, los

libreros, a poco aseados que sean, al llegar a los cincuenta, adquieren todos un porte muy honorable. En Madrid, no se sabe por qué, ese porte no lo llega a tener casi nadie entre los del gremio. Podrían pasar por otras muy nobles profesiones, pero nunca por boticarios.

YO en cuanto me descuido me divierto.

VIDA literaria, o es vida o es literaria.

AYER nos entregaron en el colegio los resultados del test psicotécnico que le hicieron a G. Si no supiéramos que se trata de un niño de seis años, podría pensarse que se trataba del informe sobre un psicópata acusado de horribles crímenes.

Todo en él es negativo, su inteligencia, la percepción lógica y la inductiva muy inferiores a lo normal, sus tendencias de comportamiento, claramente disolventes y antisociales, sus instintos, torcidos y poco claros, y lo más sorprendente: su capacidad creativa e imaginativa, inexistente o atrofiada…

Era como si nos hablaran de otro chico. Mientras oíamos al psicólogo M. y yo, solos en el aula donde G. asiste a clase a diario, sentados en dos sillitas como de los siete enanitos, intercambiábamos fugaces miradas de fraternidad y desolación, porque no sabíamos si había que estar callados o rebatirle punto por punto al especialista.

Hace muchos años, cuando era niño, descubrí un día de modo casual en el despacho del director el informe confidencial de otro de esos psicólogos sobre unas pruebas que me habían hecho por aquellos días, parecidas a estas. Cómo y por cuánto tiempo me hirieron sus palabras. Según aquel informe yo era un chico medio tonto, con dificultades psicomotrices y mentales serias que me incapacitarían con seguridad para todo trabajo intelectual un poco complejo. Si en aquel momento me hubieran dicho que yo era un niño del hospicio, creo que no me habría puesto tan triste. Durante muchos años no pude hablar con nadie de aquello, porque habría sido como confesarle una terrible enfermedad de la que aún estaba por ver que hubiesen desaparecido todas las secuelas.

Al llegar a casa, G., que sabía que habíamos tenido una cita con el psicólogo, preguntaba ilusionado: «¿Qué tal?». Estaba convencido de que el test había sido como un examen y que lo había hecho muy bien y que los resultados habían supuesto una especie de regalo que nos

merecíamos los dos.

Tanto M. como yo sabíamos que un test en el que se aseguraba que G., que se pasa por propia voluntad tres horas al día haciendo collages, fabricando extrañas máquinas y pintando esos dibujos maravillosos que solo se pintan con seis años, un test que dice de un chico de esas características que no tiene sensibilidad ninguna creativa, es desde luego poco fiable. Pero lo cierto es que el test había hecho mella en nosotros, como cuando te rechazan una novela, porque aseguran que no se atiene a la verdad de los hechos. Incluso con el convencimiento de que el editor es un retrasado mental, tampoco puede uno dejar de dudar.

Me senté junto a él y me quedaba mirándole, como tratando de localizar las averías que me aseguraban habían descubierto en el sistema general. Habría querido desenvolverle, como un paquete, para estudiar su alma pequeña, entre las manos. Miraba el reloj y veía que cada vez me quedaba menos tiempo, porque tenía que salir a cenar. Pero no quería irme. Solo pensaba en estar a su lado, desembarazándole del envoltorio. No me habría separado de él en toda la noche, en un gesto de solidaridad contra la estupidez del siglo.

La cena no fue ni mal ni bien. Yo estaba triste. De vez en cuando me acordaba del psicólogo y me iba poniendo un poco más furioso, y me costaba no estar ausente de las cosas que se decían.

Cuando le dijimos que era un chico que pintaba tres o cuatro horas al día al llegar del colegio, nos respondió que no lo dudaba en absoluto, pero que una cosa era pasarse pintando tres horas y otra tener aptitudes creativas, que esto era absolutamente imposible, porque aquellos test tenían un porcentaje de error muy bajo, del 0.5 al 2 por ciento, dependiendo de las cuestiones. Cambiamos de tema y le pregunté en qué se basaba para decir que el chico tenía un conflicto grave con el padre. Lo buscó en su cartera con toda la parsimonia de la que fue capaz, preparándonos sin duda para el terrible choc psicológico que íbamos a recibir. No se daba ninguna prisa. Al fin nos mostró el dibujo que G. había hecho de toda la familia. Estábamos todos, R., M. y yo. Era un dibujo genial, como una caricatura picassiana. Estuvimos a punto de soltar la carcajada, porque verdaderamente la hoja tenía una gracia enorme. Me había pintado a mí el más grande, lo que era normal, nos informó el psicólogo. Eso demostraba el gran peso afectivo que el padre tenía en su vida. Ahora bien, se veía también que la relación con los padres era conflictiva y violenta en que… no había pintado ni uno solo de los botones ni de mi camisa ni del vestido de su madre.

Nos quedamos de piedra. Le preguntamos si estaba hablando en

serio. La conversación para entonces era ya tensa entre nosotros, porque debió de notarnos que estábamos pensando que no era más que uno de esos idiotas dañinos y pedantes que tendrían que encerrar en los manicomios y no soltarlos en las aulas de los colegios para desconcertar a todo el mundo. Yo le respondí entonces si era crítico de arte o psicólogo. Se ofendió mucho con la pregunta, cosa que yo también encuentro lógica, y nos mostró furioso media docena de dibujos de otros niños en los que había siempre botones.

A los diez minutos nos levantamos. Hablábamos a gritos. Yo le insulté sin rebozo, mientras M. me decía que lo dejara. El psicólogo salió hasta la puerta y nos amenazaba con el dedo, con el que disparaba solo una frase: «No digan que no se lo advertí. Tarde o temprano tendrán problemas con ese chico».

Más que un diagnóstico, sonaba a una maldición, una de esas terribles amenazas de las pitonisas homéricas. Yo le dije que se fuese a la mierda, porque era ya lo único que entendía. En realidad le dije otra cosa más fuerte, pero como creo que no lo oyó, dio lo mismo; no me atreví a decírselo a la cara, por el chico, porque él tendrá que volver a clase mañana, pero el caso es que durante la cena me repetía a mí mismo que tenía que haberle dicho lo que significaba aquella ciencia en unas manos como las suyas, lo mismo que si a Julio Iglesias le diera por psicoanalizar a la gente.

Al salir a la calle ya me había arrepentido de haberle dicho algunas cosas. Quién sabe. Y luego los ojos de G. mirándonos con toda la ilusión del mundo. Naturalmente le dijimos que era uno de los diez mejores tests de su clase. Lanzó un hurra al techo, pero le dijimos que no cantase victoria tan pronto, porque también nos había dicho que los test descubrían que era un chico con tendencia al desorden espacial, lo que traducido a su lenguaje significaba que se fuese a ordenar su cuarto.

Por eso me costaba tanto tiempo concentrarme en lo que se hablaba en la cena. Esta resultó no obstante agradable. Me había invitado un modisto a través de su ayudanta, que es amiga mía, porque me han encargado que escriba un par de folios sobre la colección que va a presentar. Yo les dije que no tenía la menor idea de moda, que no me gustaba la ropa, que por mí vestiría siempre de la misma manera por lo mismo que uso desde hace veinte años el mismo tipo de gafas, pero que por el dinero que pensaban darme escribiría lo que fuese menester, y cité a Mallarmé como un egregio antecedente en esa brega.

La cena era en Archy, que fue un local de moda hace dos o tres años, donde iba la gente más pija de Madrid, de chicos y chicas sobre

todo, modelos, mariquitas, moscones, en fin, eso. Las chicas y los chicos eran siempre esculturales, como recién traídos de un anuncio de yogures. Había siempre dos gorilas en la entrada diciendo tú sí tú no a la gente que venía de los barrios con la ilusión de ligar con alguna de esas bellezas esculturales. Lo mismo que en el club de las almendritas saladas que es la literatura, donde siempre hay un par de voluntarios que le van diciendo a los que vienen, tú pasas, tú te quedas ahí, tú ya veremos.

CUANDO dicen que escribes mucho es porque no pueden decir nada peor.

«SEGUIR a los grandes o morir». No creo que importe nada más en la vida. Y sin embargo uno se ve a menudo entregado a esa rara pasión que son los escritores menores. Uno aprende de los grandes o de los pequeños. De los medianos nunca.

ESTA mañana me telefonearon de Barcelona para decirme que tenían ya la gran idea para la cubierta de la novela. La verdad es que me dieron la noticia conforme a los cánones. Primero me prepararon un rato. Con el que hablé me confesó que él la novela no la había leído todavía, pero que la había leído una compañera suya a quien había gustado bastante. Ese bastante me desconcertó, porque con los bastante no sabe uno exactamente a qué atenerse ni si hay que dar las gracias por ellos. El caso es que siguió diciendo que se trataba de una idea genial, obtenida de lo que a juicio de los publicistas es la clave que sostiene toda la narración. Desde luego la idea le parecía mucho mejor que la novela, aunque no la hubiese leído.

Yo estaba muy asustado, porque si da miedo escuchar a un crítico cuando expone sus como teorías, piénsese lo que no produce oír a alguien que imita el lenguaje de los críticos, sin conocerlo siquiera. Solo al cabo de rodeos que duraron diez minutos, cuando se aseguró de que estaba sentado, logré que me dijera de qué se trataba.

Tuvo que repetírmelo dos o tres veces porque no terminaba de dar crédito a lo que oía. Al principio dije, bah, es una broma. Pero no, porque no se habrá visto a ningún catalán que bromee cuando habla de negocios. Yo creía haber encontrado ya una portada bastante bonita, un cuadro de Seurat, en el que se veía un río y detrás unas fábricas y un paisaje suburbano que podría aproximarse a alguno de

los parajes donde transcurre la novela, haciéndole, claro, un gran favor a Valladolid. A mí esa cubierta me parecía bonita, con su misterio y su poesía, pero me dijo que algo así era inviable porque los comerciales aseguraban que con una portada como esa la novela no vendería más que diez mil ejemplares.

A mí lo de los diez mil ejemplares me parecía magnífico, porque ni contando todos los ejemplares de los libros que he escrito o editado he vendido la mitad de esa cantidad, pero me aseguraron que a partir de ahora yo debía «pensar a lo grande». Eso me sonó un poco al lenguaje de los mafiosos que hemos visto en el cine, y no se me ocurrió responderle nada que estuviera a su altura, solo que me ratifiqué en que me negaba en absoluto a que la cubierta de una novela mía fuese la fotografía de un condón sobre un fondo no sé cómo. Al final me puse furioso y poco menos que he colgado el teléfono.

Me quedé sentado en el sofá, sin poder reaccionar, como si me hubieran comunicado una tragedia de difícil calibre, aniquilado y con un gran condón en mitad de los pensamientos, más grande cuanta menos importancia quería darle.

Quizá sea hora de comprender que cuando uno da unos pasos en determinadas direcciones, los siguientes son los demás los que los dan por uno, que vendría a ser una explicación del viejo refrán de que en el pecado llevamos la penitencia.

Podría, es verdad, encogerme de hombros que es la solución Baroja que mejores resultados da, pero no estoy seguro de que el desplante no se quedara en una mueca tristísima.

HAY algo siempre en la casa de nuestros amigos, un pequeño detalle, una lámpara, una mesa, un adorno, que nos causa verdadero espanto o que encaja mal con la idea que tenemos de él. Supongo que lo mismo ocurrirá con la casa de uno. Quizá por eso ha comprendido uno que ese amigo no haya querido jamás mostrarle dónde vive ni las cosas de las que se ha rodeado durante toda su vida, pues sabe que pese a todas las apariencias, eso tampoco es su vida. Más aún: eso, menos que nada, es su vida. ¿Cómo serían las habitaciones donde vivió Pessoa? ¿Habría en ellas algo bonito y acogedor? ¿No hemos visto donde vivía Machado en Segovia? En cierta ocasión leí que alguien había sentido una gran decepción al reparar en los calcetines que usaba el viejo y admirado poeta, el primer día que lo conoció. Y sin embargo, si verdaderamente conocía la poesía de ese hombre, debía saber de antemano que sus calcetines iban a ser de esa manera y no de otra. ¿Por qué escandalizarse de unos calcetines si todos

nosotros permanecemos unos instantes cada día en paños menores? Incluso, con un poco de suerte, sentados en el retrete. No sé qué me ha traído a todo esto. Quizá la súbita admiración redoblada hacia aquellos hombres a quienes ni la caspa ni las casas horribles ni los calcetines grises impiden llevar a cabo una obra llena de belleza, incontestable y pura.

DESPUÉS de que se nos acabaron los temas de conversación cuando ya era casi de noche, nos volvimos a la caseta. Allí estaba el poeta social. Es un poeta de aspecto triste y penoso, como si se hubiese salvado de unos fusilamientos, del que uno diría que tiene sesentaicinco años y apenas ha cumplido los cincuenta. Es el tipo de cínico español, que va mezclando el sarcasmo y la tristeza para no morir de amargura. Y sin embargo siente uno por él inconfesable afecto, quizá porque haya recorrido ya el camino que a uno le falta aún por andar en el sarcasmo, en la tristeza, en la amargura.

Para combatir a los socialistas votaba a los terroristas de Eta; sigue diciendo que es comunista, pero ha cambiado su voto hacia Ruiz Mateos, por ser este la persona según él que más daño podría hacerles a aquellos. Yo solo le veo en el Rastro o en la caseta de A., cuando viene a Madrid, dos veces al año. En el Rastro pasamos uno al lado del otro, extrañándonos, sin saludarnos. La proximidad de la caseta hace a veces inevitable la conversación, que sin llegar a la hostilidad nunca es amistosa. Está siempre a la defensiva, piensa que le han hecho daño, que le pueden hacer daño, que la gente llegará antes que él al libro viejo que ambicionaba, y entonces va solo, sin saber quién ha llegado antes a nada. Podría pensarse que está loco, pero no lo creo, porque de vez en cuando escribe unos poemas expresivos y bonitos. Cómo los hará, conociéndole a él, es cosa difícil de imaginar.

LA presentación de la novela por fin pasó ya. La hicieron en un piso modernista de Barcelona, que alquilan para comidas y cenas. Se trataba, creo, de uno de los lugares más escalofriantes que se hayan visto nunca. Era modernista todo en él, desde los picaportes y fallebas, hasta los interruptores de la luz, lámparas, mobiliario y menaje del hogar. Las paredes estaban pintadas de verde, y las ventanas con cristales emplomados de colores metían dentro una luz inquietante. Los techos, acupolados, parecían un vaciado de los cascos que usaron los mílites del ejército de Taras Bulba en la película del mismo nombre, llenos de incrustaciones de falsas joyas y orlados con falsas

escayolas, material que habían utilizado también para toda clase de molduras. Todo el mundo estaba yo creo anonadado con el lugar, con grandes temores. Alguien dijo que para los postres podríamos comer directamente de las columnas, como en la casita de chocolate.

En el almuerzo estábamos unos quince o veinte, contando periodistas y amigos. X dijo a los periodistas que aquello le recordaba a cuando él presentó *La verdad sobre el caso Savolta*. En aquella ocasión a él le presentó GH., y ahora era él quien pasaba los trastos de torear a un joven… Mientras hablaba teníamos los platos servidos, pero nadie se atrevía a empezar, por no causar una mala impresión. Aunque dijo cosas amables de la novela, yo creo que el libro le había gustado poco. Lo tenía a mi lado y podía observarle bien. Como no le conocía de antes para mí tenía el doble interés de ver cómo era. Hablaba con un tono bueno, de persona escéptica. Quizá fue lo que más me gustó de todo, su tono. Vestía a la manera de los ingleses, *tweed*, zapatos buenos, franelas aparentes… Luego observé que al hacer uso de los cubiertos de la mesa mostraba una seguridad que estaba por encima de la buena educación, propia de una persona ponderada y segura, indiferente a los juicios de los demás, no tanto porque infravalore al resto, como por haber tasado perfectamente sus propios quilates.

A los postres tiró de puro habano, que llevaba guardado en el bolsillo. Aunque se apresuró a romper la vitola, aún me dio tiempo a ver que se trataba de un Cohibas. Seguramente lo hizo por delicadeza, para que yo no sacase mis propias conclusiones y llegase a pensar que su literatura le daba para esa clase de puros que aquí solo fuman los presidentes del Gobierno o los aspirantes a presidentes del Gobierno, en contraste con todos los escritores a los que sus ganancias no dan más que para celtas cortos, si acaso. Fue un buen detalle, la verdad, ese de sustraer a mi mirada los signos de ostentación, que suelen decir los obispos.

Luego seguimos todos hablando. Era una comida agradable, y es verdad que aun no sintiéndome a gusto, mentiría si asegurase que me hallaba a disgusto. Al contrario. Siempre le agradeceré a X que quisiera presentar la novela, podía no hacerlo, y lo hizo. Y eso solo es suficiente.

A la comida vinieron también tres o cuatro escritores a los que conocí entonces. Fueron todos muy atentos. Yo me decía: esto es el club de las almendritas saladas; ya los has conocido. Ellos, que sí se conocían entre sí y de muy antiguo, se conducían con naturalidad, sin afectación, con eso que los novelistas decimonónicos llamaban una gran distinción. Yo, la verdad, creo que no. No es que no fuera

distinguido como ellos, sino que había algo que delataba que aquel no era mi lugar, y eso me hacía sufrir, porque me habría gustado ser como ellos, haber tenido la misma chaqueta, los mismos zapatos, los mismos editores, los mismos críticos, los mismos elogios que tienen ellos, incluso las mismas críticas, no haber desentonado. Estaba en el club de las almendritas saladas, desde luego, y bebía su whisky, pero me encontraba allí como está ese pariente pobre con el que todo el mundo quiere ser simpático, precisamente para que no se dé cuenta de que no pertenece a ese círculo social, para no herirlo demasiado, porque son eso, unos caballeros. De momento me han sentado con ellos, pero creo que en cuanto se nos acaben estas almendritas va a venir alguien diciendo que tienen que cerrar, saldremos todos, será de noche, nos despediremos y si por un casual quisiese venir al día siguiente, el portero no me dejaría entrar alegando que no me conocía, en lo que no le faltaría razón.

De modo que allí estaba yo, como un hombre acomplejado, con ese resentimiento que todos llevamos dentro, el pequeño provinciano que cuando va a entrar en algunos locales aún revista el estado de sus zapatos, tratando de disimular, tratando de que nadie le note los zapatos sucios, controlando sus maneras, procurando no destacar, dejando que los demás lleven las conversaciones, ni mejores ni peores que las que él podría sostener, sino suyas, seguras, despreocupadas. Hubo un momento en que sentí pánico. Habría querido salir corriendo, decir, basta, no puedo más. Es demasiado el esfuerzo. Pero al mismo tiempo sonreía, al mismo tiempo me conducía como si hubiese nacido allí e incluso me inclinaba un poco hacia delante, doblando un poco la espalda, para escuchar mejor frases como las mías, que no valían nada.

¿Se dio alguien cuenta de todo esto? Yo creo que sí, pero aunque no fuese así, me daba cuenta yo, y un sufrimiento como ese, tan banal, aumentaba un sufrimiento real, como cuando a una jovencita le mortifica el vestido que lleva puesto, porque piensa que le sienta mal, y cree sufrir por ello, para no tener que reconocer que es desdichada simplemente porque no es amada, y su pequeñez logra borrar todo el otro dolor universal, porque es su dolor el que la incumbe, y no el dolor del mundo. Algunas veces he pensado que si llego a resolver todos estos complejos sociales, seré una persona completa y libre. Pero esa es precisamente la clase de cosas que jamás se resuelven cuando no se tiene un lugar adonde ir. Es claro que ese club no será nunca el mío, pero a dónde volver, con quién, si nadie me espera en ninguna parte, si ni siquiera bebo, si ni siquiera me gustan las almendritas saladas ni lo que no fuera eso. Y es así como la soledad empieza a ser

algo más que esa palabra con la que los escritores juegan lanzándola al aire para hacerla describir airosas parábolas de diábolo, a fin de que la admiren bien quienes van a pujar por ella en la subasta pública. En cierta ocasión alguien me dijo que ellos sentían algo parecido, que nadie se siente cómodo en ese club, que también al entrar vigilaban sus manos, sus pies, el lugar donde ponían el brazo o la frase. Pero, entonces, ¿por qué seguir yendo por ahí? No lo creo. Las cosas existen mientras se necesitan. Pero lo que es patético es aspirar a algo que no se necesita o desdeñar lo que necesitamos. Esa inadecuación entre el deseo y la realidad nos hará infelices.

«LA queja siempre trae descrédito», decía Gracián en el *Oráculo manual.* Pero no aprende uno nunca.

EL perfume de una mandarina, la música de un tiovivo, el polvo sobre los zapatos de charol.

CUANTO más te alejes, antes vuelves.

AYER tuve también mi pequeño Viernes Santo. Han aparecido las dos primeras críticas de la novela, que son tremebundas. Había ido temprano a Madroñera a comprar los periódicos. El pueblo estaba vacío, como abandonado. Es uno de esos pueblos extremeños que tienen una calle principal muy ancha, a cada uno de cuyos lados hay casas bajitas, encaladas, como los que salen en algunas películas del oeste. Después de lo de Puerto Hurraco, siempre llego con la ilusión de entrar en el pueblo y ver venir a alguien con una escopeta pegando tiros. Desde luego los críticos de ayer vinieron como de Puerto Hurraco, de eso no hay duda. Las leí en el mismo coche, antes de volver a Las Viñas, con el motor encendido. Al principio no daba crédito a lo que veían mis ojos y me dio incluso un poco de risa. O sea, una de esas risas sincopadas que tienen muy poco de risa, y sí de cuajos hepáticos. Si alguien hubiese pasado en ese momento, viéndome con el periódico en la mano y riéndome, habría supuesto que estaba leyendo el chiste del día. Es cierto que habría sido más humillante si se me hubieran saltado las lágrimas, aunque solo hubiesen sido lágrimas mecánicas y reflejas, como cuando bajan las temperaturas y sopla un aire frío. «Habrán podido darte un premio,

pero nunca llegarás a novelista», es lo que suena en una y otra, un triunfal «por fortuna no es lo que nos temíamos. Quédate donde estás, esto te viene grande». En fin, los porteros del Club de las Almendritas Saladas han llegado por fin diciendo que si no soy socio abandone el lugar. Ni siquiera creo que se trate de unas críticas insinceras. No. En un caso solo es el veneno de alguien sordo, como las víboras. En el otro es lo de «hermafroditas como los piojos», que dijo JRJ para defenderse de unos y otros.

Por la tarde estuve hablando con RG., que me dijo que las críticas eran una buena señal, pero que no me hiciera ilusiones, porque tales estacazos solo les estaban reservadas a las obras maestras.

El resto del día fue un poco triste. Yo no quería estarlo, pero lo estaba, y eso me tuvo malhumorado, pues de alguna manera era como haber sucumbido a una debilidad, aunque quería olvidarme de mí mismo, pues eso, como decía la Tsvietáieva, me habría hecho olvidar la propia debilidad.

Esto lo leí a última hora en un ensayo sobre ella de Brodsky en el que decía algo que es un lugar común, pero que encontré muy adecuado a mi estado de ánimo: «Cuanto más a menudo un poeta dé el siguiente paso, más aislado se hallará».

Pero ayer yo no sabía si era ese poeta y si había dado el siguiente paso. Y hoy tampoco.

AYER cerró Mirto. Era la librería de viejo más bonita de Madrid. Era también una de las más bonitas de Europa. Estaba en una de las casas que dan al Botánico y al Museo. Ocupaba los bajos, siempre cerrados, un sótano o cueva, donde guardaba las existencias, y el primer piso, que era propiamente la librería, con ocho o nueve grandes balcones desde los que se veía la glorieta que separa el Jardín y el Prado y los cuatro magnolios centenarios. Hacía ya muchos años que no tenía grandes libros, porque el negocio había ido decayendo y la librera y su marido, que hablaban de jubilarse desde hacía lo menos diez o quince años, no renovaban las existencias y habían dejado de comprar libros. La librera era ella. El marido, hermano del arquitecto que hizo el Palacio de la Prensa de la Gran Vía y el Valle de los Caídos, era arquitecto también. Este era un hombre alto, fuerte, vascongado, de muy buen humor, a la antigua usanza, uno de esos caballeros para los que la palabra era ante todo el principio que había de regir las relaciones entre los hombres de honor.

Una vez me contó que fueron a visitar a cierto librero de Levante. Ese hombre tenía la mejor librería anticuaria de España, en cuanto a

fondos se refiere. En realidad ni siquiera era una librería, sino que tenía los libros en un chalet. La librera y su marido el arquitecto se veían con él para asuntos de negocios. En cierta ocasión estuvieron a visitarle. Entonces el librero levantino les mostró un libro valioso y raro en todos los sentidos, y para el que era difícil, por lo mismo, encontrar un comprador, de modo que les pidió que se lo llevaran a Madrid con el fin de venderlo en su librería. Acordaron para el libro el precio muy elevado, años sesenta, de cincuenta mil pesetas. En la tasación intervino desde luego el instinto, porque no tenían ni idea de lo que podía ser aquel libro, solo que por su aspecto, su conservación, la fecha de publicación y la materia tratada era raro.

Esa noche, en el tren, hojeando al azar el libro, el arquitecto descubrió en él algo que le hizo sospechar que podría tratarse de un libro mucho más importante de lo que habían juzgado en el primer momento.

Al llegar a Madrid llamó a una persona que podría estar interesada en ese libro, cliente de su librería, y se lo ofreció por quinientas mil pesetas, cantidad desorbitada para aquellos años, pues por esa suma se podía comprar en aquella fecha, por ejemplo, una finca de veinte hectáreas en Extremadura, con caserío incluido.

Telefoneó a continuación al antiguo propietario del libro y le comunicó que acababa de venderlo no en cincuenta sino en diez veces más. El librero levantino se azorró, y le libró la comisión también estipulada, un diez por ciento de la venta, pero no del precio en el que había logrado venderlo su colega, sino en el antiguo, de modo que le entregó cinco mil pesetas. Eso fue suficiente para que el arquitecto, que era todo un caballero, dejara de considerarle una persona seria. Y desde luego no por el dinero, del que él no precisaba para vivir. Ni siquiera se tomó la molestia de discutir sobre el particular. Tampoco rompieron las relaciones. Sencillamente lo colocó en su sitio, el de los comerciantes.

Los libreros cuentan siempre historias como esas, para las que tienen una gran memoria. Son como los cazadores. Pueden llegar a viejos, pero jamás confunden en qué lugar cobraron una pieza excepcional, ni las circunstancias que rodearon el lance.

Con motivo del cierre de Mirto, H., la librera, daba un té en la librería a los libreros de viejo, con los que por otra parte jamás se mezcló. No estuvo nunca en ninguna feria, no iba de librerías, en fin, era y no era una librera. De todos modos quería retirarse con un *beau geste*. No era una mujer mundana, en absoluto, pero le gustaba de pronto tener pequeños detalles de cierto sabor proustiano. Alguna vez he contado que era la única librería del mundo donde según a la hora

que llegaras, podían agasajarle a uno con una copa de jerez. Te sentaba en uno de los tresillos que había frente a la ventana, y la misma librera le servía al cliente un vino oloroso. Es verdad que la mayor parte de sus clientes eran, claro, viejas amistades de la casa, bibliófilos, estudiosos, historiadores, hispanistas. Incluso no era infrecuente llegar y encontrarse allí a viejos amigos. Al final a H. parecía serle indiferente vender libros, y en cambio ponía mucho interés en la tertulia y que le contaran cosas del mundo. Es la única persona a la que he oído llamar a Caro Baroja Julito, sin que a este le molestara, porque se conoce que eran buenos amigos desde hacía lo menos cincuenta años. Don Julio, incluso en los últimos años, ya enfermo, suele ir por allí y se queda sentado un rato, hablando o escuchándola. El día que se presentó *El gato encerrado* H. le telefoneó para que viniese, pero al cabo de unos minutos telefoneó él para preguntar si en la presentación iba a estar algún periodista. H. le dijo que sí, que era una presentación para que viniesen mayormente los periodistas. Entonces él se excusó de venir, porque no soportaba que los periodistas hubieran tomado la costumbre de preguntarle estupideces, en cuanto le tenían delante. Al final la presentación fue un fracaso completo, porque no vino ni un solo periodista. Estuvimos diez o quince amigos, pero periodistas no apareció ni uno solo, aunque todos habían confirmado su asistencia al editor. Fue una cosa cómica, de verdad, todos allí, en el altar, esperando, descompuestos y sin novia, que era la prensa. Yo pensaba todo el rato que habría podido venir don Julio, y habríamos hecho una tertulia, como en los tiempos del Lyon. Pero no. Se conoce que la vida está montada siempre sobre esta clase de actos *ratés,* un poco chuscos.

Cuando se murió su marido, hace cuatro o cinco años, H. dijo que iba a continuar, con ese coraje que ponemos en las decisiones que más nos cuesta tomar.

Yo llegué ayer antes que la mayoría de los libreros. Me enseñó un libro de firmas que le habían regalado sus colegas, que jamás han dejado de tratarla con un gran respeto, con un tratamiento de doña que en ese negocio es inusual.

Antes de irme me había envuelto en un papel el pequeño rótulo de la librería. Es un marquito dorado, una media caña de unos veinte centímetros de largo por diez de alto, enmarcando la palabra Mirto, rotulada en una letra romana muy bonita, de color rojo sangre de toro. El marco, dorado con panes de oro viejo, está saltado en algunas partes, y eso le da aún mayor carácter. Era el rótulo que estuvo en la puerta durante todos estos años. Me contó que lo hizo personalmente su marido, cuando se trasladaron a ese piso.

Al llegar a casa lo coloqué en uno de los estantes de la biblioteca. Destaca mucho porque es el único objeto en ella que no es un libro. Siempre me figuré que esa media caña dorada con la palabra Mirto pudiese ser el nombre de un viejo barco, clavada en el armario del ron del camarote del capitán. Era un nombre precioso para una librería, pero también lo sería para una goleta.

Como nunca tendrá uno un barco, ahí se quedará para siempre. Me recordará viejos tiempos, y sobre todo travesías jamás emprendidas, pero cuya memoria me servirá de consuelo cuando la mente confusa y fatigada crea sucedidos hechos nunca realizados, e inexistentes hechos que fatalmente hicieron de nosotros lo que somos.

SOLO el que haya vivido en el campo y visto lo asustadizos que son los gorriones, que hasta los espantapájaros logran ahuyentarlos, podrá valorar el hecho extraordinario de ver cómo se posaban en los hombros de san Francisco. Seguramente no es más que una leyenda. Pero es una imagen bellísima para significar la mansedumbre y bondad de un hombre.

MUCHAS veces pienso que quien ha escrito estos diarios se parece muy poco a mí. AT somos todos. Y X ni te cuento.

LAS piezas del ajedrez no se pierden. Abandonan por la noche la caja donde se las guarda, pasan por la cocina, recogen un poco de comida, dejan sigilosamente la casa y se lanzan a recorrer el mundo.

CUANDO esperaba en la carnicería de Trujillo a que me despacharan, estuve hablando con un desconocido y con el carnicero. Era muy temprano, las 8, y se conoce que a esa hora las mujeres están todavía en la cama o haciéndola. El viejo contaba cosas de sus tiempos, cuando trabajaban de sol a sol. «Comíamos», y a eso vengo, «un gazpacho fresco, y yo le migaba en taquitos un buen tasajo de tocino crudo». Por la cara con que recordaba aquel tocino, se diría la madalena de Proust.

El carnicero, que le escuchaba, había dejado de cortar los filetes y apoyando la cuchilla en el tajo, levantaba la cabeza como tratando de recordar también los tiempos viejos.

«Y bien rico que estaría», reconoció por fin tras un hondo suspiro.

Luego el viejo añadió: «Por aquel entonces, tu padre tenía que vender muchas hojas de tocino». No llegaba ni siquiera a preguntarlo, era como un gran arco de la memoria, que tensado hasta el límite disparara la flecha.

Y eso era bonito, llamarle hoja a toda la plancha del tocino. Una cosa como esa, es curioso, a veces justifica todo un día, como el arqueólogo cuya alcotana, tras unas jornadas desesperantes y estériles, tropieza con un pequeño fragmento de vasija.

Y salí de allí contento, aunque es muy probable que jamás pueda yo utilizar esa expresión, hoja de tocino, porque ya no hay hojas de tocino y porque ya nadie come tocino.

CUANDO quise darme cuenta, se me había hecho tarde. Corrí hacia el hotel para para recoger mi equipaje e ir al aeropuerto, pero de pronto, de manera inesperada, me tropecé con X, el restaurador de catedrales, que me contó que llevaba tres días restaurando el Pórtico de la Gloria. Le dije que lo sabía porque les había oído hablar por la noche, aunque yo creo que no me creyó. También le dije de una manera atropellada que no podía entretenerme ni un solo minuto porque iba con el tiempo justo. Entonces él se negó en redondo a que tomara ese avión, me llevó a una oficina de Iberia y allí mismo hizo que cambiaran mi vuelo. A los dos, solos en aquel pueblo, nos había producido el encuentro la euforia de toda alegría inesperada.

Fue desde luego una de las decisiones más providenciales, y no porque el avión que iba a ser el mío se estrellara, sino por lo que vino a suceder en las horas siguientes.

Me llevó de nuevo a la catedral. Los dos guardias municipales que estaban en la puerta le saludaron como hacen en las capitales de provincia a las autoridades. Aquel saludo me llenó de contento, porque de haberme marchado no habría sabido lo que se siente cuando le saludan a uno dos guardias gallegos, aunque soy consciente de que el saludo no me lo hacían a mí. Pero sentí también la alegría de ser el alférez de un hombre importante y comprendí de golpe por qué todos los que salen en los telediarios, un paso por detrás de primeros ministros, presidentes, ministros o gobernadores, tienen todos esa cara de felicidad y la alegría con la que corren a recoger el abrigo que se quita su jefe o a llevarles las pesadas carteras.

Me hizo pasar mi amigo entre los cortinajes de plástico y los tubos de los andamios para mirar el Pórtico. Se encontraban allí dos mujeres con batas blancas y un bisturí en una mano y una lupa en la otra. Se acercaban a la piedra como al hígado de un paciente, lo raspaban

incluso con más delicadeza, y guardaban esos granitos de piedra en unos sobres de color crema. Estaban sacando pruebas de las encarnaduras. El Pórtico estaba encofrado por completo con andamios, de modo que pude subirme a uno de ellos y mirar de cerca aquellas figuras agrestes y rudas, con Santiago, el Pantocrator y toda la corte celestial. Eran figuras como talladas por alguien solo con el oficio a medias, y tomadas una a una, aisladas, producirían escasa impresión o una impresión penosa, ya que no eran más que trozos inexpresivos de piedra. Muchas esculturas del románico es lo que no tienen, su barbarie, su carácter elemental, como esas figurillas que se venden para hacer los belenes. Como a las figuritas de belén no se les podía pedir a aquellas esculturas del Pórtico emociones, sentimientos, ni siquiera la belleza del cuerpo. Casi se diría que no tienen alma. Ahora, juntas, formaban un conjunto admirable, como esas polifonías antiguas que se sostienen únicamente en la voz. Emocionaba de ellas saberlas depositarias de una fe y unas vidas extraordinarias, las de todos los peregrinos que han llegado hasta ellas desde los confines de la cristiandad.

Imaginaba lo que sería un lugar como ese hace solo ochenta años, antes del *boom* del turismo. Un día de lluvia, un corto día de invierno, los soportales de techo tan bajo, las calles estrechas, los comercios angostos y profundos, las bombillas avaras de los curas. Cuando se ven las fotografías en blanco y negro en las guías antiguas de Otero Pedrayo, en la de Castroviejo, en los libros de Cunqueiro, se le encoge el corazón a cualquiera, del tenebrismo levítico de la localidad. Y escuchar la lluvia perpetua sobre las losas que empedran las calles, todo el día, lenta y suave, interrumpida cada hora por las campanadas graves de las iglesias y los conventos, y así un día y otro día… Dejémoslo ya porque me estoy deprimiendo yo solo.

Luego me preguntó mi amigo si quería subir y ver los tejados de la iglesia. Me mostraba encantado, como si me fuesen sacando postre tras postre. Yo jamás había visto el techo de una catedral y no sé si eso sirve para nada, pero me dispuse a no dejar un rincón sin escudriñar, porque no sabe uno nunca si no va a escribir uno alguna vez una novela, en la que al final alguien suba a una iglesia y se tire desde el campanario, como esa película de Alfred Hitchcock que tanto les gusta a los cinéfilos, esa tragedia que es de risa, y que no se sabe si les gusta porque es tema de iglesia o por qué otra razón.

El caso es que tuvimos que salir de allí para buscar al sacristán que tenía las llaves en unas dependencias anejas. Lo encontramos al fin en una especie de sacristía abandonada. Era un hombre de mala catadura, que olía a incontinencia urinaria todo él, como si fuese

prostático y se le manchasen los pantalones cada media hora.

La sacristía era en realidad una lonja de cincuenta o sesenta metros de largo, en una de cuyas paredes había, corrido, un armario de eso, de cincuenta metros de largo, con todas las puertas abiertas de par en par, como las ventanas que tenían enfrente, y los cajones sacados, y de los cajones puestas como a secar las más variopintas vestiduras y objetos. El hedor de aquel lugar era tan grande que producía mareos, y la humedad alta y sofocante, como de país del trópico, y no celta. Nos contó el viejo que aquello tenía que hacerlo una vez al año, por orden del canónigo responsable, pues de lo contrario, de no orear el patrimonio, todos aquellos damascos y brocados, casullas y mitras, se terminarían pudriendo. Comprendimos que lo que le había puesto de mal humor era la orden del canónigo y tener que trabajar.

Tenía mucho el lugar de una guardarropía de teatro, donde se conservaran los trajes entre bolas de naftalina. Así vimos en uno de los cajones unas chinelas rojas bordadas con pedrería y perlas pequeñas, de las llamadas de río. También vimos otra clase de zapatos, en raso blanco, en raso morado, en raso negro, deformes por el tiempo, pero no ajados. El olor a orines, superior al de la naftalina, era tan intenso que solo se podía concluir una cosa, y era esta, que el prostático debía de serlo no solo el sacristán, sino los curas de las últimas cuatro o cinco generaciones. Cuando obtuvimos las llaves comenzamos la ascensión a las cubiertas. Había que subir por la torre. La escalera era pina pero no estrecha. De vez en cuando dejábamos atrás pequeñas puertas cerradas. Entraba el aire no se sabía por dónde, pero se formaban grandes corrientes que terminaron ventilándonos de la pituitaria el olor dulzón que traíamos de la vieja sacristía. Cuando creímos haber llegado, X abrió por equivocación una de esas pequeñas puertas y lo que encontramos fue prodigioso. No era muy grande la habitación, quizá de dos metros por dos. Toda ella estaba llena de los excrementos de las palomas que tienen en la torre sus nidos. Allí estaban amontonados hasta la altura de un metro todos los tubos originales del órgano de la catedral que desmontó en los años sesenta Amezúa. Eran tubos barrocos, en perfecto estado, algunos abollados por el maltrato, pero perfectamente reparables. Cambió estos por unos tubos nuevos, y los viejos, abollados, monumentales como colmillos de elefante y diminutos como silbatos, estaban allí cubiertos de polvo y guano, y estaba claro que esperaban la camioneta del chamarilero.

Cuando estábamos absortados en esa visión fantástica oímos un ruido agudo que nos sobresaltó. Guardamos silencio y nos pusimos a la escucha. Pensamos que el sacristán nos había seguido los pasos. Pero no venía nadie. Volvió a sonar la misma nota en uno de los

tubos, junto a una ventana, por donde entraba el viento. El misterio era ese, entra el viento y se mete en los tubos, de los que arranca una nota. En un día de temporal seguramente el viento arrancará de aquel montón de despojos unas admirables melodías como para un relato de Castroviejo o Cunqueiro. Abandonamos aquella cámara y seguimos nuestra incursión, con el firme propósito de no abrir más puertas, convencidos de que terminaríamos encontrándonos el esqueleto de alguno que hubiese muerto del susto.

Las cubiertas eran en verdad algo por encima de toda ponderación, hechas de grandes losas de granito, desafiando las leyes de la gravedad. Desde lo alto, junto a las campanas, echamos una ojeada al panorama de montes y casas dispersas. Allí arriba el viento soplaba con fuerza y al pasar rozando las campanas descomunales sacaba de ella un como gemido lejanísimo, teniéndolas al lado mismo, no sé, como si el viento afilase en ellas un sable. Creo que fue ese uno de los momentos más completos que he vivido nunca, en la altura, viendo el mundo desde aquella cúspide, allá abajo la vida, las figuras pequeñitas cruzando la plaza, las nubes a la altura de nuestros ojos, la aves agoreras, chovas y cornejas volando a nuestro lado, y luego aquel sonido ultraterreno del viento corriendo entre las campanas, blandiendo sus hojas de acero.

Después de comer en una taberna, precisamente en la que tenía un pulpo pintado fuera, volvimos al Obradoiro. Mientras mi amigo analizaba las muestras de piedra en un microscopio y yo tomaba las primeras notas de este viaje, escribiéndolo allí mismo, a un paso del Pantocrator, sobre una mesa de campaña, a la luz de una lámpara, sintiéndome un arqueólogo, oímos a lo lejos una música celestial.

Yo dije que se iba a tratar del músico de la zampoña que había visto por la mañana. Las ayudantes de mi amigo también lo habían visto. La música cesó. Debían de ser las siete o las ocho de la noche. La catedral, como el día anterior, estaba vacía. Entonces se sintieron unos golpes muy fuertes en una tabla que hacía las veces de puerta. Desde lo alto del andamio preguntaron quién era. Pero no respondió nadie. Volvieron a oírse los golpes y tuvo que bajar uno de los aparejadores. Al cabo de un rato volvió a subir para informar que abajo estaba el músico, pero que no sabía lo que quería, porque no le entendía. Entonces X dijo que ya había venido ayer, porque quería ver el Pórtico, pero que las órdenes eran estrictas y no se podía enseñar a nadie, pero yo dije que no era justo hacer eso con alguien que era tan perseverante, y que se le podía hacer pasar. Los demás se sumaron tímidamente a mi petición, pero sin perder de vista a su jefe, por si este decía que no, decir ellos también que no. Pero mi amigo

consideró que por un amigo se podían saltar las normativas, y lo mandó llamar. Bajó de nuevo el aparejador y vino seguido del pelirrojo. Vimos también cómo dejaba este su macuto al pie del andamio, pero no la zampoña, que cuidó de no golpear con los hierros, mientras trepaba por ellos. Cuando estuvo con nosotros, en la plataforma de madera, frente a todo el Pórtico, se quedó anonadado. Echó una ojeada al conjunto. Era un hombre tímido, educado y ceremonioso, luego nos brindó a los presentes una generosa pero discreta sonrisa y tres o cuatro reverencias, sin pronunciar una palabra, como si fuera mudo. Tenía unas manos grandes como remos, fuertes, llenas de pecas también. Mi amigo le preguntó qué quería, porque el Pórtico estaba cerrado al publico. Solo hablaba alemán y un poco de inglés. Era austríaco. Se tomó un tiempo para decir algo. Seguía temiendo que no le dejaran quedarse allí ni siquiera un momento. Entonces empezó a decir, muy despacio, en voz muy baja, que había hecho tres mil kilómetros para ver aquello, que no era un hombre rico, que se volvía a su país al día siguiente y que no se podía marchar de vacío, y también que se había pasado los dos últimos años construyendo aquella zampoña como la que se veía tañer a uno de los músicos del Pórtico, que era una réplica como la que había tallado en la piedra el maestro Alemán. La acercó a la que en efecto sostenía uno de los músicos de la fachada y pudimos comprobar que era exacta. Nos quedamos todos en silencio, comprendimos que quizá el único que tenía derecho a estar en aquel momento ante la gloria de piedra era él. Mi amigo cambió enteramente de actitud, un poco avergonzado de haberle negado la entrada el día anterior y haber estado a punto de negársela en ese momento, y le rogó que se tomara cuanto tiempo quisiera para admirarlo a sus anchas, y que no solo iba a ver el Pórtico como se había visto siempre sino como muy pocas personas habían podido verlo en toda su historia, subido a un andamio, pudiendo tocar con sus manos todas y cada una de esas figuras. El joven pelirrojo agradeció todo con una nueva sonrisa, sobrecogido por el lugar y retraído por las batas blancas de los científicos, y le dejamos allí un buen rato. Quizá se pasó un cuarto de hora. Lo miraba todo atenta, religiosamente, centímetro a centímetro. Yo le observaba, hacía como que escribía en mi libreta de hule negro, pero en realidad no le perdía de vista, a la luz del camping gas. Entonces, cuando se iba a ir, vimos que quería decir algo, pero que no se atrevía. A lo último se decidió y le pidió permiso a mi amigo para tocar una pieza en su zampoña, en homenaje a sus colegas románicos. Dejamos cada cual de hacer lo que estábamos haciendo, las chicas dejaron sus bisturís, mi amigo levantó la vista de su microscopio, yo cerré mi libreta, y el músico-luthier

empezó a darle vueltas al manubrio de la zampoña. Sonaron unos aires celtas admirables y conmovedores, llegados de la alta Edad Media, temblorosos como una corza, pegadizos y elementales, y de pronto a nuestro amigo empezaron a rebosarle unos lagrimones como uvas, que le rodaban hasta las barbas, donde desaparecían. No pestañeaba siquiera, solo lloraba abundante y silencioso un llanto que no parecía tener fin, sin dejar de maniobrar en la manivela, música y lloro, música y lloro. Creo que se nos hizo a todos un nudo en la garganta. Sabíamos que el corazón de aquel hombre apenas podía contener el hondo gozo de estar allí con sus santos de piedra, a la misma altura que ellos, como ellos mismos, como jamás había soñado estar, parte él mismo viviente del mismo pórtico. Cuando terminó, se secó las lágrimas con la manga sin volverse, para que no le viéramos, se sorbió los mocos, volvió a dar una cabezada delante de cada uno de nosotros, a modo de despedida, se colgó la zampoña a la espalda, bajó por el andamio y salió de nuestras vidas para siempre. Si alguien nos hubiera asegurado que aquel personaje era de ficción lo habríamos creído. Si alguien nos hubiese dicho que no era más que el personaje de una de las fábulas o leyendas de Bécquer, también, o de una saga celta, recordada otra vez por Castroviejo o Cunqueiro, lo mismo.

En el eco de cada una de aquellas notas quedó flotando todo el sentimiento de la vieja ciudad de Compostela, sus soportales, la lluvia, el olor húmedo de la piedra, las calles vacías de la madrugada, las sombras de los clérigos y el cine espectral. Todo en una melodía que había venido a buscarnos desde unas tierras que hace siete siglos aún estaban en poder de los magiares.

«MI mano me sorprende siempre» (Joan Miró).

A LOS demás creo que también.

AVILÉS es un pueblo bonito. Uno tenía la idea de que Avilés sería un lugar sombrío, lleno de chimeneas, astilleros, minerías, con una permanente nube tóxica encima de los tejados negros, porque del otro Avilés nadie le había hablado a uno, los soportales, las caserones viejos, los palacios rancios de piedra en la que no puede crecer ni siquiera musgo, pues lo arranca la lluvia constante, y de ahí que las piedras del pueblo solo lleguen a tener un color verdinegro.

Se ve que como pueblo tiene mucho carácter con esas sidrerías

viejas y esos comercios de hace cien años, como esa ferretería, una de las más admirables que le deben de quedar a España, que es grande y donde se encuentran toda clase de herramientas y aperos de labranza, muchos ya desaparecidos de la faz de la Tierra desde los tiempos romanos.

Las cosas se producen siempre de la misma manera. Hace seis meses telefoneó un hombre a casa: «Le hemos dado a usted un premio, el premio tal. De mi librería». «¿Y eso qué es?», preguntó uno tímidamente, pues tampoco sabía si estaba siendo descortés con esa persona por no conocer ese premio que decían haberle concedido ni por qué razón se lo habían concedido. Entonces le contó que se lo habían dado ya otros años, a este, al otro, al de más allá, «gente toda puntera», recuerdo que dijo. Y en efecto, desgranó cuatro o cinco nombres de esos que ponen de acuerdo a las listas de ventas y a los críticos, que si Martín Gaite, que si Sampedro, en fin, y dos o tres más cuyo nombre he olvidado.

Yo creo que ese fue el origen de todo el error, haber tenido la ingenuidad de que esa combinación aseguraba algo.

La cosa consistía en reunirse en una cena en la que le daban a uno al final una estatuilla de bronce, con una placa debajo, como los trofeos de caza. Como no mencionó en ningún momento dinero, uno comprendió que en el premio solo le iban a dar la estatuita y la cena, y que luego le mandarían a uno de vuelta a su casa.

Lo peor de todo eso era que resultaba peliagudo decir que no. ¿Cómo se le dice no a un premio sin que parezca uno un soberbio? Eso, claro, lo saben a la perfección los que parecen haber venido a esta vida a darlos. Por eso es siempre mejor un insulto que un elogio. Del insulto puede uno defenderse, pero ¿cómo defenderse del elogio sin exponerte, al final, al insulto? De modo que cuando ya había dicho que sí, estaba furioso por haber dicho que sí. No obstante siempre piensa uno que algo de todo ello podrá resultar simpático, quizá el viaje, quizá la ciudad, quizá uno o dos lectores que tengan la ilusión de decirle a uno un par de frases atentas, en fin, algo a lo que agarrarse para no desesperar y hundirse para dos semanas en un negro pozo de misantropía.

Nos vino a recoger el hombre. Tenía un aspecto incluso simpático. Pero no llevábamos con él ni cinco minutos cuando nos dimos cuenta del disparate que iba a resultar todo aquello. Sin necesidad de mirarnos M. y yo, sin atrevernos ni siquiera a ello por no leer en la mirada la película absurda en la que nos habíamos embarcado por nuestro propio pie, supimos cómo habría de ser el final.

Nuestro personaje, dueño de la librería, tendría unos cuarenta o

cuarentaicinco años. No había leído ni uno solo de mis libros, ni sabía quién era yo, sino muy vagamente, ni siquiera la novela por la que se suponía que su librería me había dado ese premio. La literatura tampoco le interesaba de manera especial, por lo que se veía, y a lo único que llegaba era a meter algunos nombres de escritores en la conversación «por lo que sonaban» en los periódicos locales. Por otro lado estoy convencido de que hizo esa confesión sin malicia, pensando quizá que puesto que la novela por la que me daba el premio estaba en la lista de libros más vendidos desde hacía unos meses, no me importaría no tener un lector más, aunque me prometía que tenía ganas de leerla, «en cuanto tuviera un poco de tiempo». Ya sabes, me dijo, dándome con el codo en las costillas, y queriendo establecer un lenguaje de complicidad, los negocios, la vida, en fin, no hay tiempo para nada. Por otro lado, venía a decirme, yo te doy un premio a cambio de darme a mí mismo otro premio: el de no leer aquello que premio.

Creo que fue entonces cuando aquel individuo empezó a producirnos cierta lástima, cuando yo mismo empecé también a ponerme furioso con él y, sobre todo, con nosotros, por haber picado. Calumnia, y algo queda; adula, y alguien pica. Y así el sentimiento de espanto de sospecharse una mala persona por no ser lo bastante agradecido dio paso a algo hasta entonces no sospechado por mí, que fue la placentera sensación de saberse una persona malísima e intrínsecamente desagradecida, y empezar a pensar que aquel hombre no era más que un imbécil sin solución. Y ya solo quería oírle una nueva necedad, para poder despreciarle aún un poco más y cruzar, sin recato, miradas con M., para cerciorarnos de que lo que estábamos oyendo era cierto y no una alucinación. Y así empecé a preguntarle y a hacer que hablase, porque, en efecto, no era más que un pobre mentecato, y nosotros más, por seguir con él. ¿Se comprende, pues, el baile de sentimientos? Fue cuando tomé la determinación: de perdidos, al río.

Fuimos a su librería, en un barrio de Avilés bastante apartado del centro. No hacía más que hablar de ella, y tenía mucho interés en que antes de comer echáramos una ojeada al negocio gracias a al cual yo tenía un premio más en mi palmaré (lo llamó de esa manera, o sea, pensé, que palmaré) y al que debería presentar armas. Creo que la sorpresa fue una de las más grandes que hemos tenido en nuestra vida. No era una librería como el resto de librerías del mundo, donde se venden libros, sino una papelería donde se expendían cuadernos, sacapuntas, lápices de colores, cuentos para los niños, patrones para la costura y muestras de escayola, flores, payasos e inmaculadas, para

que las señoras hagan con ellos unos bonitos objetos con los que decorar su hogar, y en un rincón media docena de baldas con *bestsellers* y dos de esos expositores de libros de bolsillo que dan vueltas y distribuyen las propias editoriales. Sí, una papelería de barrio, de las que se ponen enfrente de los parvularios, y además no muy grande, pues estábamos cuatro personas dentro y apenas podíamos desenvolvernos.

Hubo un momento en que pensamos que todo aquello era una broma, una de esas bromas que hacen en las televisiones, con una cámara oculta, y por esa razón, en un descuido, le dije a M. que estuviese precavida, que en algún momento iba a salir alguien de debajo del mostrador con un ramo de flores, porque nada de todo aquello podía ser verdad.

A mí, por otro lado, estaba a punto de darme la risa, pues pensaba que era una cosa que contada no podría creerla nadie, lo cual era también una pequeña faena porque cuando ocurre algo como eso lo mejor es poder contarlo, como hizo el torero Dominguín con Ava Gardner.

Luego el gran hombre nos llevó a comer a M. y a mí a un bar de carretera, pequeño, en el que habían sembrado una capa de serrín para paliar los efectos de la lluvia. Cada minuto era más delirante todo. En la papelería estaba su mujer, una mujer teñida de rubio platino, pero con un corte de pelo hecho por la peluquera del barrio, aunque seguramente llevaba mucho más dignamente aquel negocio que el de su marido, que todavía no sabíamos exactamente a qué se dedicaba, aparte de llamar por teléfono para dar premios. Desde luego visto el negocio de la librería, era imposible que aquello diera no ya un sueldo digno, sino trabajo a dos personas. Por un momento pensamos que quizá viniera la mujer también a la comida, pero la mandó a comer a casa, para evitar que los gastos se le disparasen.

Éramos los únicos en un comedor de mesas de formica, manteles de papel y una mampara de cristales de color ámbar, que le separaba del bar propiamente dicho.

Lo más seguro es que en esa ocasión no lográramos dominar nuestra sorpresa al entrar en aquel chigre desolador, y entonces el hombre se apresuró a asegurar que en ese lugar, aunque no pudiéramos creerlo, se comían las mejores angulas de Asturias, si acaso no de Europa.

Yo respondí gentil entonces que a esas alturas nos creíamos hasta Caperucita, aunque he de decir que no fue en absoluto ensañamiento, pues el gran hombre no captó en absoluto el pequeño matiz irónico de la frase.

Como he declarado hace un momento, en el bar no se encontraba nadie más que un viejo que atendía el mostrador, donde tampoco había ni un solo cliente. Preguntó entonces nuestro anfitrión si podíamos comer y el viejo dijo que sí, que nos sentáramos, mientras él desaparecía por una puerta trasera que debía de conducir a la cocina. Pasaron al menos cinco minutos y ni el viejo salía ni entraba en el bar nadie. Afuera lloviznaba de una manera continua y triste y la humedad, el cielo encapotado y sombrío y el serrín llenaban el lugar de un olor a serrería y tienda de carbones al mismo tiempo.

Nuestro anfitrión, hay que reconocerlo en su honor, empezó a ponerse un poco nervioso, porque ya no sabía de qué hablarnos para distraernos. Pero su nerviosismo desapareció cuando al fin vio salir al viejo. Venía lentamente hacia donde estábamos sentados, cojeando, mientras nuestro hombre, con la expresión risueña, empezó a frotarse las manos, dispuesto a ponerse las botas. Empezó pidiendo él. Angulas para los tres. El viejo se rascó el cogote, y se echó la boina negra hacia los ojos, y dijo que tenía que volver a la cocina a preguntar si quedaban angulas.

Regresó al cabo de otros cinco minutos con la triste noticia de que solo disponían en ese momento de una ración de ellas y dos besuguitos de ración. Lo de «en ese momento» no supimos bien lo que significaba, que podían traerlas al poco rato, o que podían salir a pescarlas. Eso era todo. Repartimos la ración de angulas entre los tres, a veinte angulillas cada uno, que habría sido mejor haber guardado de recuerdo, nosotros nos comimos los peces, que calentaron en el microondas y al librero le llenaron un plato de unas patatas con carne pastosas y guisadas del día anterior.

Aunque nuestro hombre hacía esfuerzos para amenizarnos la comida, yo creo que ni M. ni yo estábamos ya dispuestos a despegar los labios, de un humor cada vez más negro, como el día, aunque no por lo de la comida, sino por toda la puesta en escena. Nos hablaba de unos y de otros. Creo que nos dijo que había sido también concejal, y que la política le había decepcionado mucho, mucho. Nos lo dijo como si hubiese querido hacernos una confesión dolorosa, y puso una cara de funebrismo que no tenía nada que envidiar a la de Nixon cuando anunció que abandonaba la Casa Blanca. De pronto, también, podía decir de alguien que «tenía la casa llena de cuadros, que eran una virguería». El viejo, apoyado en el mostrador, miraba las noticias de la televisión, ajeno al mundo. Cuando hubo que llamarle para que repusiera algo de pan y un poco de gaseosa, pues hay que decir que bebimos vino con gaseosa, lo único, por cierto, notable, había que levantarse y pedírselo, pues estaba sordo, según dijo, del oído que

daba a nuestras mesas, y que por el otro estaba con las noticias de la televisión.

Llegó la hora de la cuenta, el viejo desapareció de nuevo en la cocina, y volvió diciendo que eran quince mil pesetas. No traía nota ni nada, sino que lo dijo de viva voz, como en los tratos de mercado. Yo creo que a mí me volvió a salir la maldad repudiable del cuerpo, porque estuve a punto, al oír que por aquello le estaban soplando quince mil pesetas, de espurrear a todos con los granos de un arroz con leche al que aún no había conseguido dar término, de las ganas de reír que me entraron.

Y fue entonces el momento álgido, aquel en el que sacó su cartera para pagar. Estaba compungido. Yo pensé que me iba a pedir dinero. Pero no. Me dijo que si no me importaba ir a firmar ejemplares de la novela después de comer a su librería, para que le compensara de lo de la comida, el hotel y el viaje. Así me lo dijo. Aunque no me atreví a responderle que para que le resarciera de todos los gastos tendría que firmar yo unos mil quinientos libros más o menos.

Dejamos a M. en el hotel y nosotros nos fuimos a la librería. Serían las cuatro y media de la tarde, caía una lluvia sin peso, pero constante, y la brea del suelo y el cielo eran del mismo color. Prácticamente no se veía a nadie por la calle, alguna vieja con el paraguas andando con precaución por miedo a resbalar y matarse. Los guardias urbanos se guarecían de la lluvia pegados a las paredes, con las manos en los bolsillos, fumando, como los golfos. Llegamos a la librería y tuve que ayudarle a levantar la trapa metálica para entrar. Estaba todo a oscuras, encendió las luces y buscó por allí un cubo con serrín que sembró como pudo a voleo. Dentro no había un solo lugar donde sentarse, porque apenas cabían cuatro personas, y todas de pie. Al poco rato llegó su mujer, que quería darme también conversación. Llevábamos media hora y no había entrado nadie. El hombre empecé yo a notar que cada vez estaba de peor humor, y me miraba de manera atravesada, quizá porque se había hecho la ilusión de que los escritores llegan a una librería y se forma una cola que le hace ganar a él trescientas mil pesetas en una hora. Yo le pregunté si a los anteriores premiados les había traído a firmar, y me confirmó que no, que los años anteriores el premio contaba con alguna subvención y que no hacía falta, pero que le habían quitado las ayudas y que todos teníamos que arrimar el hombro. A la media hora entró una mujer que pidió un libro de repostería, que no tenían, y al poco rato un viejo a hacerse una fotocopia del carnet de identidad. «El comercio se sostiene con las fotocopias», reconoció tristemente el ama. «Hay que tocar todos los palos», se disculpó su marido, encogiéndose de

hombros. «Claro, claro», asentí.

Cuando empezaron a entrar los niños que salían de los colegios a comprar barras de plastilina y calcomanías, me pareció que como broma aquello ya había durado lo suyo, y diciéndole que nos veríamos en la cena salí de allí sin darle ninguna opción a réplica.

A las dos horas llegó X desde Castrourdiales. Solo lo conocíamos por unas cartas, no sabíamos qué aspecto tendría, si iba a resultar bien o mal, nada. Había hecho seis horas de autobús para estar con nosotros una, camino de Oviedo. Fue él quien nos enseñó la parte vieja del pueblo. Eso estuvo bien. Quizá haya sido lo único de todo ese viaje. Era un chico muy tímido, yo creo que un poco impresionado, preocupado por causarnos una impresión agradable. Uno también estaba en eso, pero es difícil hacerle creer a un poeta de veinte años que el poeta de cuarenta siente y piensa y teme las mismas cosas que él. Paseamos por aquí y por allá, bajo los paraguas, bajo los soportales, bajo la noche. Se le estaba haciendo tarde y le acompañamos a tomar el último autobús para Oviedo. Nos pareció un chico encantador, pero quién sabe, quién puede decir lo que las cosas duran. Cuando uno tiene veinte años se entrega a la amistad con un ímpetu envidiable. Y en eso consiste la madurez, hace uno conocimiento de nuevas gentes, y se retrae un poco, se guarece uno más y más contra sus propias y viejas paredes, como los guardias urbanos.

Y en esto llegó el momento culmen: la cena.

A mí me pusieron en la mesa, con los otros «galardonados», poetas en bable, un filólogo, un pedagogo y no sé quiénes más. Aunque traté por todos los medios de que al menos M. y yo pudiéramos estar la cena juntos, el protocolo de Avilés era tan rígido como el de la Casa Blanca, y no hubo manera, porque todos los años se hacía ya de la otra manera.

Fue ese el camino por el que me encontré toda la cena al lado del que fue durante ocho años presidente del Principado de Asturias, un hombre muy importante en la región. En España, en cuanto a uno le dan un premio, lo normal es que empiece a conocer a los presidentes de todas las generalidades y juntas. A él el premio se lo daban por un tomito de artículos. X me había dicho que era también poeta, pero muy malo. Se habría dicho que también estaba en aquel lugar a disgusto, aunque seguramente por otras razones, quizá porque pensase que él merecía mucho más que eso. Los camareros le decían a todas horas don Fulano para acá, don Fulano para allá, dando grandes cabezadas. Estaba en silencio, sentado con un gran empaque, esperando que alguien le sacara temas de conversación de su agrado.

Entonces tomaba la palabra y hablaba con esa firmeza de los que saben que ha de escucháreseles, quieran o no. Para alguien como él, que ha dado los premios Príncipes de Asturias a grandes peces gordos del mundo, los de esa mesa le debíamos de parecer pescadillas. Creo que no me dirigió en toda la cena una sola vez la palabra. Podría pensarse que estaba agraviado conmigo por alguna razón, pero eso habría sido posible si me hubiese conocido de algo, porque en eso estaba en el mismo lugar que nuestro librero. Quizá pensara que se habría merecido otro escritor de más lustre para la foto en los periódicos. Quién sabe. Su mujer, en cambio, era simpática. Hablaba mal del Psoe, que es el partido del marido, y así se fue pasando la cena, hasta que se llegó a las estatuillas. Yo salí en último lugar por la mía.

La estatuilla era increíble, de unos dos o tres kilos de peso, en bronce macizo, y muy peligrosa, pues queriendo representar un acebo, esa planta de hojas pequeñas y espinosas llena de puntas agudas, la habían llenado de afiladas aristas por todos lados, medio abstracta, medio realista. A las consortes les regalaron media docena de claveles, envueltos en papel de celofán con un lazo rosa.

Alguien quiso llevarnos después de cenar a festejarlo por ahí en un cabaré, pero con el pretexto de que teníamos que salir temprano en el avión, logramos huir hacia el hotel. Puede decirse que era el primer momento en todo el día en que lográbamos estar los dos juntos a solas, y quizá por eso nos acometió un ataque de risa, porque no nos creíamos nada de todo aquello, que en cualquier momento tenía visos de que se deshiciera como un malentendido.

Al día siguiente, al hacer la maleta, apenas con el tiempo justo para tomar el avión, el trofeo desgarró con una de aquellas esquinas como cuchillos el camisón de M., un siete irreparable. Yo dije entonces que lo mejor era dejar olvidado el premio en el hotel, en la papelera, para no contribuir a la contaminación, pero M. con buen acuerdo reparó en que Avilés era un pueblo, y que podría hacerse un pequeño escándalo, cuando lo descubriera la camarera. Eso no habría sido así, porque la placa que había debajo, con mi nombre, se había despegado ya, y con guardármela en el bolsillo estaba todo arreglado, pero M. dijo que sacarían el nombre por el número de habitación. Así que tuvimos que cargar con ella en un bolso de mano.

Pero entonces sucedió lo peor. Al pasarlo por el detector del aeropuerto saltaron todas las alarmas de una manera peligrosa. En dos segundos se pusieron alertas todos los guardias civiles de la región militar, que montaron las armas, y me hicieron abrir el bolso a punta de metralleta. Yo me sentí muerto más de vergüenza que de miedo.

Examinaron el objeto sin entender de qué podría tratarse, y bastó que uno de los guardias insinuara que aquello era algo muy peligroso, para que yo se lo regalara. Le sugerí: por mí se lo puede usted quedar. El guardia, desconfiado, se ofendió mucho y manifestó que él no quería para nada una cosa así, estando sobre todo de servicio. Entonces el ofendido fui yo, porque le aseguré que se trataba de una escultura moderna de un importantísimo escultor de Asturias, si acaso no de Europa. Se formó un pequeño corro alrededor de aquel objeto, que iba pasando de mano en mano. La gente lo sopesaba, y algunos decían, coño, pesa. Serían como las siete de la mañana. Algunos de los viajeros querían pararse y cotillear también lo que les había detenido un poco el paso, pero uno de los guardias decía circulen, pasen, no es nada. Al final los guardias civiles repitieron que no podían aceptar ningún regalo en acto de servicio, ni siquiera de la parte como quien dice más perjudicada, y tuvo que ser una de las mujeres de la limpieza, que se había acercado a ver qué pasaba, la que dijo que ella misma se lo quedaba, arrebatándoselo al brigada. Vimos cómo se alejaba dándole vueltas en las manos para ver qué era aquello, quizá buscando la manera de no herirse con los cuchillos del acebo, quizá tratando de abrirlo por la mitad, para buscar dentro un alijo de droga.

UNA de las cosas que más pena dan es una bombilla fundida. Estaba escribiendo sin ganas, he movido no sé cómo la cabeza y me he oído por dentro los huesecillos del oído lo mismo que filamentos carbonizados.

OÍA tejer a las arañas (...). El haikú: los dos primeros hilos de una tela de araña.

CUANDO iba esta mañana a Correos, emparejé en el semáforo de Cibeles con X. Volví a casa impresionado.

Este hombre fue hace años director de una galería de arte moderno muy rumbosa. La galería estaba en Conde de Xiquena, esquina con Prim. Al principio, en las primeras inauguraciones, los *vernissages* eran apoteósicos y neoyorquinos, gente joven, extravagante, pintores artísticos, escritores, parásitos de toda condición, sexo y belleza. Venían camareros con chaquetillas blancas que paseaban cada dos minutos bandejas llenas de vasos tubulares con toda clase de alcoholes sobre los que se lanzaba el público. No siempre la galería, con ser

grande y tener dos pisos, podía contener a tanto partidario del arte moderno y del destilado, y se desbordaba, de manera que se formaban en la calle grandes corrillos de diletantes que hablaban con el vaso en la mano. Enfrente estaban los muchachos del Cuartel General del Ejército, en la puerta, con el arma montada, asombrados de que el mundo fuese tan variado y reservase para ellos tantos secretos. Yo a veces pensaba, a uno de estos chorchis le acometerá la locura y querrá hacer arte vivo, un *happening,* como se les llamaba, y empezará a disparar contra los artistas. Si hubiese leído a André Breton es lo que tendrían que haber hecho no una ni dos, sino muchas veces, pero por suerte el pueblo llano, siempre tan sencillo, todavía no ha pasado de Julio Romero de Torres.

Parece ser que la galería la había montado X con el dinero de una herencia fastuosa. Luego la galería quebró, por incompetencia y despilfarro, y durante unos años supimos que su antiguo propietario se dedicaba a correr cuadros, lo que hacía desde su propia casa.

Era gay, escandaloso, como una de esas coristas del cabaré que se ponen plumas de avestruz en el trasero. Tenía, como muchas locas, una lengua peligrosa, pero al mismo tiempo una gracia enorme para el comentario, siempre que uno no fuese el centro del comentario. Al principio creo que me tenía una gran ojeriza, no sé por qué razón. Quizá porque me mostrara reservado sabiendo que él era gay, y al principio ni con los gays ni con las mujeres, aunque por motivos opuestos, ha sabido uno ser natural. No era más que esto, timidez. Después, la reserva desaparecía y bromeaba con ellos, pero esto fue origen de dos o tres malentendidos absurdos, porque alguno pensó Dios sabe qué, con esa propensión a creer que en el mundo el que no es gay es porque o no lo sabe o no se atreve. El caso es que aclaradas esas iniciales asperezas, nos llevábamos bien, nos reíamos de cosas; a veces, raramente, hablábamos solos, pero si nos veíamos por la calle, nos saludábamos sin detenernos, con cordialidad, con demasiada cordialidad diría, contentos los dos de no tener que pararse a echar ninguna parrafada.

Pero durante unos años dejamos de verle. Siempre que pasábamos por delante de la antigua galería, convertida después en una tienda de lujo de bolsos y peleterías exóticas, nos preguntábamos, ¿qué habrá sido de fulano?

Hoy tenía buen aspecto. Hubo un detalle que me llamó poderosamente la atención. Seguía vistiendo bien, desde luego, ropa buena, pero se notaba que la camisa estaba sucia, de no habérsela cambiado en muchos días. Como coincidía la dirección hacia donde caminábamos los dos, marchamos juntos unos minutos, emparejados.

No sabíamos de qué hablar. Nos dimos cuenta de que habían pasado muchos años, así que, ¿por dónde empezar? Como si uno de nosotros le preguntara al otro, veamos, ¿dónde nos quedamos la última vez que nos vimos?

De pronto, cruzando el semáforo de Recoletos metió la mano sin venir a cuento en una bolsa de plástico que llevaba, sacó dos o tres libros, me los mostró y me dijo que los llevaba a vender a la Cuesta de Moyano. Eran ediciones baratas, de bolsillo, sin ningún interés, un libro de Virginia Woolf, otro de Mailer, otro de un amigo nuestro... También me enseñó una cajita de latón de las que se compran en los bazares marroquíes. Dijo que iba a pedir por ella quinientas pesetas. Luego caí en la cuenta de que me estaba insinuando que se las pagara yo, y así no tendría que hacer todo el camino hasta Moyano. Pero como no me pidió nada, yo tampoco le dije nada. Afortunadamente llegamos en ese momento a la puerta de Correos y yo me colé por ella apresuradamente. Hubo algo vergonzoso en esa huida. No sé qué me parecía más comedia humana, si verle vender unos libros o si que me lo contara a mí. Le dejé riéndose, en realidad no dejó de reírse un solo instante desde que nos encontramos, supongo que componiendo el tipo. Guardó los libros en la bolsa, y con la cajita en la mano, mostrándola en alto, se alejó diciendo: «Yo soy así, yo soy así», como si quisiera hacerme creer que todo ello lo hacía por *hobby*, como una extravagancia de millonario, por el gusto del esnobismo, de la misma manera que otros por gusto se engolfan con putas tiradas o necesitan del escarnio o dan volatines cuando se lo mandan.

Pero luego en casa he ido deprimiéndome poco a poco. Era yo el que iba hacia Moyano, arrastraba una bolsa de plástico, dos o tres libros, y de vez en cuando la realidad y la muerte, me decían, venga, ahora da unos saltos, así, ale hop.

GAYA le oyó decir a Valle, en una discusión con otro ateneísta: «Eso que me va usted a decir es mentira».

ELLA no sabe que muchas mañanas, cuando me quedo en casa solo, reparo en las cosas de las que se ha ocupado en las pasadas horas o en los últimos instantes antes de irse... Hoy, esas flores que puso ayer en una jarra. O me levanto, y paso la palma de mi mano por la cama que ella acaba de hacer, como si quisiera quitarle a la colcha una arruga que no tiene. Y entonces siento un amor más violento aún del que siento cuando está aquí, como si pudiese morir en ese mismo instante.

Me llevaría eso, digo. Y vuelve uno más tranquilo a la mesa, y siente, en la nuca, la mirada de las flores, y en el perfil izquierdo la sonrisa y la complicidad de la colcha blanca. Y así, entre esos objetos y yo mismo, pasamos la mañana, y nos hacemos compañía en esa nuestra orfandad, que a veces siento tan definitiva que estoy tentado de hacer conmigo mismo alguna caridad.

SI la gente supiera cómo contar la historia de su familia, tendría, sin proponérselo, una gran novela. Seríamos todos autores de una única novela, pero esta sería una maravilla y para ello valdría cualquier familia y cualquier novelista.

HAY una regla de oro de la literatura, que al escritor joven le cuesta entender: el lector da crédito mucho antes a la maldad que a la bondad. El éxito de la calumnia está basado en el mismo principio. Y sin embargo solo las grandes obras responden a un enunciado de verdad y de belleza convencional, aristotélico diríamos. Por lo demás todo eso de «viaje a los infiernos», «al final de la noche», a las «pestíferas sentinas de la conciencia», en fin, la llamada literatura del mal no suele ser más que una deposición en una bacinilla. Eso sí, de Sèvres y a ser posible con el prurito de haber pertenecido al Divino Marqués.

AYER pasé como cada noche por el cuarto de los niños a darles un beso. Entraba la luz del pasillo. R. duerme siempre boca arriba, con la cabeza echada hacia atrás y la frente despejada. A mí esa postura me ha inquietado en más de una ocasión, porque viéndole la cabeza así, hundida en la almohada, con la nariz levantada y cortante, se aprensiona uno. La poca luz del pasillo se posó sobre él de refilón y se le vio con un ligero bozo negro sobre el labio. Fue como si el niño hubiera desaparecido de golpe, y durmiera ya un hombre. El cuarto olía como todas las noches, a esa mezcla de goma de borrar, galletas María y colonia de baño.

Luego, cuando estaba en la cama leyendo, llegó M. Me dijo, R. se ha hecho mayor. Le pregunté por qué lo decía. No supo contestarme. Le dije que había sentido algo parecido unos minutos antes. No dijimos nada más. Cada uno leyó en su propio libro, pero se diría que ninguno de los dos prestaba demasiada atención a lo que estaba leyendo. Luego apagamos la luz y tratamos de dormir. Al cabo de un

rato, mientras tenía abrazada su espalda, en voz baja, me preguntó, ¿estás dormido? Sí, dije en voz baja. ¿Y tú? También, y los dos corregimos levemente la postura, como para facilitar un poco más la entrada al sueño, que aún tardó en venir, para ella y para mí, muchos minutos, mientras cada uno en lo suyo volvía hacia atrás, hacía todos estos años en los que R. era niño y de los que nada ha quedado, fuera de su oso de peluche, que ha heredado G., y algunos cromos pegados a las paredes de su cuarto, que las han destrozado.

AYER, día 20 de abril, me convocó X en la parrilla del Palace Hotel con una invitación formal para comer. De primero, espárragos naturales, gordos, cortos, blandos y un poco obscenos, y de segundo, un solomillo, cuya ternura era en sí misma una inquietante insinuación. A los postres, que no hubo, se abordó un tema delicado. Yo sabía que había sido llamado para algo, porque los editores no invitan al Palace para perder el tiempo, aunque no acertaba a saber de qué se trataba mientras dábamos cuenta de los espárragos y el solomillo.

X es una persona seria. Creo que no sonrió una sola vez mientras duró el almuerzo. Permanecía sentado con la espalda derecha, tan delgado, con esas manos huesudas y largas, un poco inservibles para otro trabajo que no sea el de pasar las hojas de un libro. Hablamos de esto y de lo otro. En realidad parecíamos nosotros, por lo serios, los camareros, pasándonos con corrección el salero, inclinando la cabeza, diciendo, «di, di tú», para no interrumpirnos el uno al otro la frase que acabábamos de empezar. Así que cuando llegó a los postres se me quedó mirando. No diré que asomó a sus labios una sonrisa, pero quise leer en su mirada ese brillo que solo ha debido de brillar en la mirada de Fausto. A continuación me preguntó, con una educación exquisita, qué me parecería ganar un premio de ensayo que dan en su editorial. Se interpuso entre ambos el silencio de los estrategas. Me le quedé mirando. Él me miraba de una manera significativa, como diciéndome con la pupila, lee aquí, porque no voy ni puedo decir una palabra más. Yo le contesté también con las pupilas, aunque ayudándome un poco con las pestañas, como novato que era en esas lides, si bien me pareció responderle a plena satisfacción, aunque más telegráficamente: captado el mensaje, le dije.

Desde ese punto, empezaron a abordarse los pequeños detalles, tan importantes para todo. No me prometía un chanchullo, no. En absoluto rozaba lo escabroso. Se interesaba únicamente por conocer mi opinión en el caso de que yo ganara un premio. Ni siquiera estaba

hablando de que me lo dieran. La verdad es que yo no esperaba una cosa así. La esperaba y no la esperaba. Es como cuando se va al médico y oye uno el diagnóstico. Siempre es lo que uno esperaba, pero al mismo tiempo tiene poco que ver con lo que creía que era. Ni siquiera esta vez fue como la primera. Esta vez ni siquiera había libro. Era todo como un problema especulativo, como matemática abstracta en el campo de los proyectos, hipótesis de laboratorio. Después de lo de las pupilas, de palabra no dije nada. X me estudiaba, aunque de una manera rutinaria y con evidente cansancio, porque seguramente ha pasado por este mismo trago, que para mí era nuevo, muchas veces. Debe estar harto de jugar y juzgar las ilusiones, bastante pequeñas por lo demás, de unos seres tan ilusorios como los escritores. Creo que lo tomé en serio, más por estar a la altura de las circunstancias que por el ofrecimiento en sí, de modo que le pedí un tiempo para responder, bebí un poco de agua, y como si fuera gallego, le pedí algunos detalles más. A mí me interesaba sobre todo saber lo que me pagarían, pero no me atrevía a abordar ese tema. Eso nos pasa a los pobres, y ellos lo saben. En realidad a uno lo del premio le da lo mismo, pero gracias al otro, estuve un año escribiendo la vida de Cervantes, gracias a este, escribiré una novela. La cosa parece que viene así. Pero no. Después de pensarlo unos momentos le dije que no, pero que, no obstante, le daría una contestación en firme hoy mismo. Los escritores en la guerra civil, otra vez hablando de lo mismo, fascistas, comunistas, no, demasiado expuesto, le dije, para nada. No he parado de darle vueltas. Los trenes pasan y se toman o no. Dentro de un rato le llamaré para decirle sí.

LE llaman a uno, y cree que es porque existe algún interés por las cosas que ha escrito, para interesarse por lo que hace. Y eso es verdad a medias. Como todo. Lo quieren a uno para decirle: «Mira lo que hacemos aquí, lo que escribimos aquí, los libros que tenemos aquí, las casas en las que vivimos (…) háganos caso una tarde».

LLEGARÁ el tiempo en que se escriban aforismos de una palabra, como balas de plata.

ESTA mañana amaneció cubierto. El cielo estaba negro y por los olivares bajaba, tapándose como una partida de guerrilleros, una niebla lenta y taimada. Bajaba como si se escondiesen detrás de cada

uno de los olivos, para tomar al asalto nuestra casa, solo que a menos de veinte metros se detenía, estudiando el momento de hacerlo. Desde detrás del cristal podría parecer una mañana de enero, pero al salir de casa el aire olía a azucenas, a rosas, al azahar, a la hierba verde y al rocío. Fue un golpe inesperado, como para compensarnos del golpe recibido hace tres días al entrar en la habitación donde estaba M. Todos esos perfumes venían juntos, pero se distinguían cada uno de los otros, como ocurre con esas sogas que forman otras cuerdas de menor calibre, enroscándose unas en otras, pero sin perder la forma original. No me cansaba de aspirar aquel aire de la mañana, como si pudiera emborracharme con él, pues notaba que en verdad embriagaba, las azucenas, las rosas, el azahar, la hierba segada ayer...

Luego fuimos a Trujillo de compras. Soplaba un poco de viento, pero era suave y aterciopelado, con todo el perfume de las flores cosido en sus faldas. Empezamos a dar nuestro paseo habitual por la Villa. No había ni un turista, seguramente porque la amenaza de lluvia los había espantado como a mosquitos.

Hasta para los paseos uno tiene sus manías y costumbres. Lo empieza uno siempre por un sitio y lo acaba por otro. Es como los cuentos de los niños, quieren que se les cuenten los mismos cuentos, en el mismo orden y sin alterar uno solo de los episodios, se diría incluso que sin tocar una sola de sus palabras. Es un hecho estudiado. También para pasearnos por la Villa tenemos nuestro ritual. Muchos viajeros, cuando regresan a una ciudad en la que ya han estado, repiten el mismo itinerario de la primera vez, porque en la fijación de un tránsito hay el reconocimiento de una eternidad imposible. Piensa uno que yendo a visitar las mismas cosas, podrá volver a aquel tiempo en que realizó esas visitas cuando era más joven.

Hoy sin embargo no sé por qué decidimos hacer uno nuevo. Es gracioso que en un pueblo pequeño como ese queden paseos por hacer. Al llegar al pie de la muralla descubrimos una vereda que empezamos a seguir.

Hasta hace dos años este paraje era intransitable porque lo frecuentaban todos los cagones de Trujillo y Huertas de Ánimas, que llegaban a él para dejar la firma. Olía el paraje a cien metros, lleno de los efluvios dulzones y pestilentes de la descomposición. También venía la gente a tirar basura, por el gusto que debe de dar tirar la basura donde no se puede. Hace un año terminaron de arreglar todos esos confines, metieron unas palas mecánicas, la porquería se la llevaron o la esparcieron y la sepultaron, y aquello volvió a quedar como hace cien años. Solo quedan, vestigio de la Edad Media, unas cuantas misérrimas zahúrdas adosadas a la muralla, como esas capillas

que les salen a las naves laterales de las catedrales. El olor de los cerdos no es tampoco agradable, pero con todo es mucho más soportable que el otro.

Ahora la vista es de un furioso romanticismo, con las ruinas de la muralla a un lado, las zarzas creciendo en las poternas, los cipreses de dos o tres jardines cerrados que sobresalen por encima de los altos muros de piedra, aupándose a los cipreses del cementerio, congregados como un grupo de penitentes. Fuimos bordeando la muralla por una especie de sendero que la circunda. A la izquierda veíamos todo el berrocal y al fondo la lejanía azul que a cincuenta kilómetros nos llevaría hasta Cáceres, y a nuestra espalda la Villa de Trujillo quieta, como el forillo de un escenario. Las cornejas salían de los agujeros de la muralla y pasaban por encima de nosotros. Hubiéramos podido cogerlas con la mano. Se asustaban al vernos, porque seguramente hacía más de sesenta o setenta años que nadie las molestaba en sus retiros. Al pie de la vieja iglesia de la Coria había tres vacas que pastaban entre piedras góticas y los arcos ojivales de piedra.

Cada paso que dábamos era un paso que nos alejaba del presente. No era difícil acordarse de Verhaeren y de Regoyos, pero la mañana tenía muy poco de sombría, lo mismo que aquel rincón tenía poco de negro. Al contrario, todo en él era luminoso y armónico. No duró ni siquiera una hora, y sin embargo lo que allí se representaba venía sucediéndose desde hacía más de dos siglos. Nos sentamos en unas piedras. A lo lejos a dos o tres kilómetros, abajo del todo, se veía brillar como una culebra la carretera de Cáceres y los coches que iban y venían. Estábamos tan lejos que ni siquiera se oían sus motores, solo el chillar de las cornejas y el de los gorriones. Es muy difícil ser nacionalista de nada, pero creo que en aquel momento nosotros lo fuimos de ese momento, de una ciudad que no existía, detrás de nosotros, y una carretera por la que circulaban coches conducidos por gentes que no veíamos, como si fuesen esos muñecos mecánicos de los belenes de navidad, que se mueven a ciegas.

BUSCANDO un dato para el libro sobre Cervantes, he abierto hoy un tomo de las obras completas de Unamuno. Son ocho, en cuarto, con una tipografía menuda y apretada, del 9 al 11, quizá, con 1500 páginas cada uno. Apabullan como una gran ciudad, hoy devorada por la selva. ¿Quién leerá su *Vida de don Quijote,* quién sus *Andanzas* maravillosas?

Era una raza superior de hombres y escritores. Unamuno tuvo ocho

o nueve hijos, dio clases toda su vida, iba al Casino de Salamanca a perder el tiempo y a hablar de política municipal, venía al Ateneo de Madrid, epistolaba con medio mundo. Se le tenía por el hombre más leído y culto de Europa, de vez en cuando le nombraban rector o le destituían, y de vez en cuando le mandaban cinco o seis años al destierro, estaba al tanto de lo que publicaba la prensa italiana, francesa, alemana e inglesa, encontraba tiempo para pasear por la carretera vieja de Zamora y escribir, durante los últimos diez años de su vida, un poema diario, sin desatender naturalmente los compromisos con los periódicos nacionales y americanos. Encuentra uno esta tarde especialmente dulces muchas de esas páginas. Venía para una consulta de unos minutos, y me he quedado tres horas. Como cuando sale uno a comprar una aguja a la mercería de la esquina, baja, y la vida lo lleva por ahí, de un lado para otro, como el trozo de corcho de un naufragio a lomos de las olas. Mi amado Unamuno, tan imperfecto, tan discutible e intratable, tan distinto de todos, incluso, naturalmente, de uno mismo, pero siempre tan disponible. Ni siquiera le reprocha uno que no tuviera sentido del humor. De haberlo tenido habría sido como Chesterton. Pero era un hombre triste. Por eso hoy, casi sesenta años después de su muerte, aún puede conmovernos, tanto o más que su inteligencia, su talante melancólico y solitario.

TIENDE uno a olvidar que un diario nunca ha sido un reflejo exacto de la vida, sino una elaboración literaria (o sea, moral) de ella, donde lo eludido es tan o más significativo que lo reflejado

TENDRÍAMOS que formalizar el gremio de novelistas y poetas, como los hubo de plateros, de curtidores o de zurradores, con estrictos estatutos y ordenanzas, cuya infracción traía emparejadas severísimas penas, que se hacían cumplir por el buen nombre del oficio y la honra de los otros oficiales. Así, por ejemplo: al novelista que sacara a un personaje con pistola, amonestación como mínimo. Si es reincidente, sanción del cinco por ciento de los ingresos que percibiera por esa novela. Si quien saca la pistola es una mujer joven que se quita el sujetador sin haberse desabrochado la blusa y se apunta en el corazón con la pistola de su padre, que en ese momento estaba en el salón con unos amigos (se supone que el padre, no la pistola), degradación del autor a corrector de pruebas, si acaso satisface un examen gramático, en cuyo defecto se le puede encarrilar al honorable oficio de saltimbanqui y volatinero, para hacer el payaso y provocar la risa,

cosa de la que también está muy necesitada la comunidad. Otro caso: las palabras infamia, oprobio, desolación, ignominia, claudicación y otras montadas en el mismo tono y engastadas con adjetivos campanudos como ominoso, inconsútil o vindicto, penalización de quinientas mil pesetas por la reincidencia y paseo sambenitado por las calles de la República de las Letras si se apreciare empecinamiento o alevosía ominosa. Los poetas que hablen del poema que están escribiendo o piensan escribir o quieren escribir mientras lo están escribiendo, tres días a pan y agua. Si reinciden, un viaje a Méjico en compañía de PG. para visitar la redacción de *Vuelta*, o en su defecto a las islas Canarias para buscar el último número de *Syntaxis*. Y así con todo.

LA carrera de escritor no es, como se cree, una carrera de obstáculos, sino de galgos, con una liebre mecánica a la que nunca se da alcance.

ALGUNA vez dijo uno que no hay vida mala, sino mal contada. Yo ahora creo que si la vida ha sido mala, no hay manera de contarla bien.

ESTABA trabajando normalmente cuando sonó el teléfono. En el mes de julio es cosa ya muy rara. Con el calor que hace, uno no espera más que un pretexto para charlar un rato, o mejor, para que lo saquen de casa. Era la secretaria de la joyera, que me llamaba de parte de ella para una reunión de trabajo, para hablar del anagrama comercial, el logotipo de sus cartas, en fin, cosa tipográfica.

¿Por qué habrá tenido que llamar a través de la secretaria y no ella? Al fin y al cabo, ella está en la casa de al lado. Yo solo tengo que bajar cuatro pisos, y meterme en su joyería. ¿Era necesaria una secretaria?

He subido de allí hace un rato. Cuando bajé eran las cinco y media de la tarde. Están haciendo días de mucho calor. Mueve uno la cabeza de un lado al otro, y ya está sudando, baja uno las manos, y en menos de un minuto, estas se hinchan, y a poco que se mueva uno algo más, se marcan dos vergonzosas mediaslunas en las axilas de la camisa.

Me estaba esperando. La secretaria estaba también con ella. Las dos son jóvenes muy hermosas, aunque basta verlas juntas para saber en un golpe de vista quién es la que tiene el dinero y quién no, quién es la que manda y quién la que obedece.

La joyera, la alemana, es rubia. La secretaria, la española, es morena. Una debe de tener unos treintaitrés o treintaicuatro años, la otra, si acaso dos menos. Se saben las dos muy guapas, y sin querer compiten entre ellas, porque por muy millonaria que sea la jefa no las tiene todas consigo. Cuando estábamos allí entró uno de esos hombres de entre cuarenta a cincuenta años que, pese a ser atendido por la dueña en persona, no quitó los ojos de la empleada, quizá solo porque el camino le parecía más expedito. De eso se dio cuenta la empleada, que se movía para arriba y para abajo como diciéndole a su jefa, «chúpate esa».

La secretaria es un relato de Balzac. La dueña, uno de Stendhal. Esta mide uno setenta o uno setentaicinco, hombros estrechos, rubia, con el pelo más tirando a largo que a corto, en una melena que le llega un poco más abajo de la nuca. Lo tenía recogido en una cola alta, que le dejaba la nuca a la vista, con todos esos pelillos medio blancos que parecen el plumón de un ave del paraíso. Llevaba puestas dos joyas de las que ella misma vende en su tienda, una en el cuello, como un collar de diez sartas de diminutas perlas naturales, sin pulir, como trenzadas entre sí, algo así como un cordal de perlas. Este detalle de lucir las joyas del establecimiento yo no lo encontré de demasiado buen gusto. Lo que tampoco sé si era de buen o mal gusto, o sencillamente una manifestación de esnobismo, fue que iba descalza por la tienda, como si esta fuese el salón de su casa. Unos pies preciosos, perfectos, con las uñas de los pies con un esmalte transparente, que parecían caramelos y que daban ganas de meterlos en la boca, porque el suelo además era de tarimas nuevas de maderas tropicales, brillantes y rojizas. Además, cuando una mujer anda descalza, aunque esté perfectamente vestida, lo hace como si saliera del baño y solo llevara encima una toalla. No sé, las mujeres guapas no tendrían necesidad de jugar todas las cartas, deberían reservarse algunas. Allí en la tienda yo creo que los hombres, al encontrársela con los pies descalzos, tendrán pensamientos impuros, y mientras solo sean pensamientos estará bien, pero los pensamientos impuros le hacen a uno decir y cometer un gran número de estupideces.

Pese al calor de la siesta, yo no tenía demasiado calor, pero así, de pronto, creo que empecé a sudar algo, y cuando la saludé sentí un poco de vergüenza, porque me noté la mano sudada. Más que humillado: mis manos ni siquiera estaban a la altura de sus pies, y hasta para mí mismo cualquiera de sus pies valía mucho más, así de presencia, que mis dos manos.

Nos pusimos a hablar. Es una mujer fría, acostumbrada a que los hombres pierdan por ella su fortuna, sus títulos, su vida. Conmigo

hablaba como si fuese el repartidor de pizzas o el tapicero. Parece que a otros hombres eso les excita y les enardece. A mí eso ni me molestaba ni me dejaba de molestar. Únicamente me decepcionaba un poco. Tampoco la culpo, porque los hombres a los que debe de estar acostumbrada son de otra especie.

Yo he visto siempre a la puerta de su tienda grandes coches deportivos, descapotables rojos, o coches de mucho vestir. Sus dueños, que vienen a buscarla al final de la tarde, parecen personas muy seguras. No son guapos ni feos, jóvenes ni viejos, altos ni bajos. Son como un prototipo. Visten ropas caras y zapatos caros. Solo por cómo llevan desabrochado el botón de la camisa se puede adivinar la clase de colonia que usan. Son de esa clase de tipos que acaban de comprar esa mañana una fábrica de maquinaria pesada en Hannover y de vender, por la tarde, dos hoteles en Montecarlo. Hombres ricos que hacen al año treinta viajes transoceánicos o transcontinentales, y se acuestan con cinco mujeres diferente al mes, de pago o voluntarias, o sea, gentes cuya conversación tendría que ser muy entretenida, pero que finalmente acaba por ser muy aburrida.

Nos sentamos para trabajar en una mesa que no era la de su despacho. Me puse a su lado. El calor iba en aumento y ella llevaba un chaleco de tela vaquera con los brazos bronceados y desnudos al aire. Debajo del chaleco no llevaba nada, solo eso. El vello del brazo era casi albino también, pelusilla de melocotón. Trajo un montón de catálogos para mostrármelos. Al hacerlo, tenía que acercarse a mí. Al principio me pregunté si me habría o no abandonado el desodorante, porque estas tardes de julio son muy traicioneras. Al inclinarse hacia mí el escote se le abría un poco y, situado yo como estaba, con solo levantar treinta grados la vista, la veía la teta derecha, pequeña, torneada, algo respinga, entre sombras, como una breva un poco verde aún. Me decía: ¿no te parece a ti mejor este tipo de letra o este otro? Yo respondía, no sé, no sé, y aquello duraba un poco más, con el pezón en negrita, un poco bastardillo. Sacaba otro catálogo, se inclinaba hacia mí, y volvía a tener la tetita delante, daban ganas de preguntarle, me dejas tocar un poco, nada, por saber cómo es, lo que ocuparía de la mano. Yo respondía, oh, sí, creo que tienes razón. Eso se repitió varias veces. ¿Debería haberle dicho, por favor se te están viendo las tetas, ponte a este otro lado, y asunto concluido?

Me parecía que no debía levantar la vista, pero lo hice a menudo, siempre que quise. También pensaba, ella en un momento va a levantar la vista de los catálogos y se va a dar cuenta de que le estás mirando las tetas. Entonces, todo habrá terminado, y me echará de la tienda por pervertido. Pero yo se las miré cuantas veces quise, hasta

que ya me harté. No me excitaba ni nada. Era solo como entrar a robar en una casa y salir con las manos en el bolsillo, significando que nada de lo que en ella se guardaba valía la pena. Tampoco quiero decir que no valiera la pena, porque dos cuerpos más o menos jóvenes, desnudos, en una cama, a poco que sepan comportarse, algo valdrán la pena. Digo yo. Me sentí como ese chico que entra a robar manzanas al huerto de la casa de los ricos del pueblo, donde está una niña rubia. Luego se hacen mayores, y se cuentan esas pequeñas aventuras. Uno en cambio jamás podrá contar nada parecido a esto, porque lo normal es que pensara que yo era un psicópata.

Lo que se me hace más raro es que ella, conmigo o con otro, no se diera cuenta de que el escote del chaleco se le abre y se le ven los pechos, sin sujetador y sin nada.

Nos despedimos hasta septiembre. He subido a casa. Aún están echadas las persianas para preservar la casa del aire sofocante. Pienso en el encuentro de hace un rato. Es todo muy lejano. Es como la princesa de un cuento, una de esas muchachas de los poemas de Rubén. Paradójicamente ella no es nada poética. Su conversación solo se animaba cuando hablaba de dinero.

AL principio yo creía que quería llevar un diario porque era la manera más fácil de escribir la novela que se me resistía. Pensaba que un diario era entrar en la novela por su puerta falsa. Creía también que serviría para conocerme mejor, y, de paso, para hacerme mejor, de lo que me beneficiaría yo mismo y los que comparten mi vida. Incluso llegué a creer, horror, que quería hacer literatura con ellos. Cualquiera de esos fines, un poco innobles, me deja ahora indiferente. No sé por qué los escribo, no sé tampoco por qué razón son cada vez más largos. También llegué a creer que eran como una vieja casa, el salón de los pasos perdidos. Pero ya no, no creo eso. Pienso en una casa nueva, vacía, deshabitada, que huele todavía a yeso, con manchas de escayola en el suelo, con los enchufes destripados y los cables del techo hechos un nudo, como ahorcados. Algún día, quiero imaginar, alguien vendrá aquí, la limpiará, la hará habitable, acomodándola a su gusto. En estos momentos yo mismo soy un fantasma de este salón. Ya el nombre le gusta poco a uno. Uno no ha sido jamás un hombre de salón, pero se conoce que cuando era joven quería elegantizarse.

UNO cree que ha terminado un libro, pero se equivoca siempre. Vienen las rectificaciones de última hora, las enmiendas, los añadidos

que cree de capital importancia, la corrección de pruebas. Lo vive uno todo con una angustia incalificable, entre la ansiedad y el espanto, entre la ilusión y el miedo. Conoce uno el fenómeno, pero no puede evitarlo. Puede predecirlo, pero es incapaz de invalidar las consecuencias. Es como la gota fría. Llevo tres días levantándome a las seis y acostándome a las dos. El *Cervantes* no estaba terminado. Ya lo está. Hoy sale para Barcelona. A mí se me ha partido hoy un diente por la raíz, se ha roto como un terrón de azúcar, y me ha dejado un hueco negro muy decorativo que se ve en cuanto abro la boca. Se ha venido abajo con su funda y todo. Ha caído como la torre del homenaje de mi boca. Cualquiera de estos quebrantos resulta de una humillación inexplicable para quien no los haya padecido. El de hoy ha sido muy oportuno, porque esta tarde doy una conferencia sobre Ramón Gómez de la Serna en el Círculo de Bellas Artes.

EN medio de estas grandes fincas se veía aquí y allá un tractor solo, viejo, parado en medio de la inmensidad examinándose de metafísica ante el encapotado tribunal del horizonte.

ME he pasado más de dos horas hablando con Manuel de los pájaros que se ven por el país: herrerillos, colorines, pinzones, ruiseñores, pájaros carpinteros, alondras. Me contaba cómo de joven cazaban alondras con maula, poniéndolas en la besana de los sembrados. Sabía qué era una maula, pero no qué era la besana. Se lo he preguntado, me ha explicado eso y muchas más cosas. Cuenta cosas como de hace cien años. ¿Qué ocurrirá cuando estos hombres falten? Es triste que desaparezcan los botijeros o los carboneros, pero ¿qué ocurrirá cuando enmudezca la memoria y las palabras se agosten? Las arrancaremos, haremos un haz de leña y las prenderemos fuego.

Por eso yo me pego horas y horas a este hombre, que va contando cosas. No todos los hombres del campo son como él. Al contrario, la mayoría resulta de una vulgaridad sorprendente. Ni siquiera saben de lo suyo, del campo, de la naturaleza, de los animales. Están ajenos a todo lo que les rodea y muy atentos a la televisión, de donde extraen unas enseñanzas peregrinas. En cierta ocasión un hombre viejo trató de resumirme una de las telenovelas que seguía apasionadamente. Resultaba cómico verle interesado en una historia de venezolanas descerebradas.

NI moderno ni clásico. No hay que ser nada. A lo sumo, si se puede, hay que ser joven, cuando se es joven, y viejo, cuando se es viejo. Todo lo que se salga de eso es una ficción.

ESTABAN las dos, a las doce de la mañana, en la calle de la Cruz esquina con la calle de la Victoria. Eran en verdad monstruosas, como las de Solana, de dos mil pesetas el servicio, hinchadas y deformes. Llevaba una de ellas una contradicción por indumentaria, pues la parte principal de ella era una minifalda hecha de lana, tejida a mano con la ilusión de paliar en algo, ¡tan poco!, el frío de estas mañanas de invierno, tricotada como las bufandas y los calcetines, y cortísima, salida de las agujas quién sabe si en esa misma calle, esperando a los clientes. Era de color amarillo rabioso, y aunque estaba sobre aquellos muslos, el amarillo tenía algo floral y bonito. Al lado de esa prenda las botas altas de charol blanco, ajadas y sucias, llenas de estrías negras por la roña, no eran sino un acorde en quinta sobre la misma melodía, en el mismo compás; a su compañera hubiéramos podido verla en una iglesia, pues en nada era diferente a una de esas beatas que cumplen con su novena. Vestía incluso unas ropas decentes y usaba unas de esas gafas de montura negra y cristales abultados. Eran las dos de pareja edad indefinida, quizá treinta años, quizá cincuenta, troncos al fin y al cabo sobre los que ha descargado demasiado fuerte el hacha. La mujer que parecía una terciaria estaba llorando y se secaba las lágrimas con un pañuelo sucio y arrugado. Se secaba las lágrimas y se sonaba los mocos, con lo que no parecía sino que se llevaba los mocos a los ojos y las lágrimas a la nariz. La otra la tenía cogida de la mano no se puede decir con cuánta ternura. Le decía, mujer, no te preocupes, ya se arreglará, a lo que la otra decía, no, yo sé que eso ya no tiene remedio. Yo oí bien estas dos frases porque en ese momento pasaba a su lado. Si seguí andando por la misma acera pensé que quizá me perdería algo que no debería perderme, de modo que de una manera inmeditada crucé de acera y me quedé en la otra esquina, observando la escena, con aire distraído. La de la minifalda, sin soltarle la mano, le acariciaba también el pelo, con el mismo mimo que emplean las niñas con sus muñecas, por viejas y destrozadas que estén, antes de ponerlas en sus cunitas de juguete, para que duerman. Entonces oí que alguien me hablaba por detrás, muy cerca de la nuca. Era otra de las chicas de la vida. Esta era muy joven, horriblemente fea y con las manos huesudas llenas de manchas rojas. Me lanzó en el aliento dos millones de gonococos y dijo que la invitara a un café, porque hacía frío. Como no supe si eso significaba que me la llevase a

la pensión de enfrente para la cópula, dije que no podía, que estaba esperando a un amigo. Ella se encogió de hombros, pero se quedó junto a mí, mirando hacia otra parte. Hubiéramos podido seguir hablando, pero no lo hicimos. Al final me tuve que ir. Entonces, cuando me iba yendo, la otra me preguntó si tendría un cigarrillo. Le dije que no, y sin saber por qué razón, le dije también que si quería tomar ese café, yo la convidaba. Nos metimos en un bar que había allí mismo, en la misma calle de la Victoria, uno de esos que están todos forrados con carteles de toros y entradas antiguas. Le pregunté si conocía a las otras dos, porque era lo único que me importaba saber, pero me dijo que no, que ella era de Cartagena y llevaba poco en Madrid, que le parecía que las otras dos eran amigas y que vivían en la calle del Limón. No hablamos más. El camarero me miraba de soslayo, como pensando el cuajo que tenía que tener para echarle un polvo a una como aquella. Antes de pagar, sin embargo, se nos acabó la conversación a los dos, y me despedí allí mismo de ella, diciendo que hasta la próxima, y el camarero como que cambió la expresión, de admiración, pues creyó que veníamos, no que íbamos.

Jamás sabré por qué lloraba la mujer de aquella manera, sin poder abandonar ni por un momento su puesto de trabajo. Era, desde luego, algo muy de verdad, porque nadie que sufriese de esa manera se expondría a que en cualquier momento se la llevara un cliente para hacer un servicio.

Bajé por Victoria, pero luego me arrepentí, desanduve los pasos y seguí por Cruz, solo para mirar por última vez la escena, juntas las dos, ya en silencio. La otra estaba hablando con el camarero. Quizá se estuvieran citando para después del trabajo.

Las otras dos, en cambio, habrían merecido que en vez de mí hubiese pasado por allí un pintor sensible, atento a ese dolor, para levantar sobre sus magullados y deformes cuerpos un pequeño testimonio de amor puro.

ME ha dicho, a su vuelta de Roma: «Me gustaría que no lo tuvieses que escribir». Se refiere al libro este que ando escribiendo sobre los escritores en la guerra civil. A mí también me gustaría no tener que escribirlo, pero ¿qué voy a hacer? No tengo otro sitio donde ganarlo, como dicen los jornaleros. Después me dio un consejo muy sabio, de oro: «Lo mejor sería que te lavaras las manos. Es todavía demasiado pronto». M. me aconseja lo mismo. P., el otro día, igual: «Ve con cuidado, te pueden acribillar...».

Si puedo, haré una faena de alivio. Yo no soy valiente. Para contar

que Alberti es más o menos como Pemán, y que los Machado habrían cambiado los papeles si las circunstancias se hubieran cambiado, habrá tiempo. Seguramente. Pero si no se va a ser libre, ¿para qué está uno escribiendo? La teoría general es más o menos esta: no hubo dos, sino tres Españas. Una minoritaria, fascista, otra, minoritaria también, comunista, y una mayoritaria, que habría transigido. Entre las dos pequeñas Españas intransigentes, acabaron con la transigente. Como teoría, me han dicho, es muy bonita, pero no auguran nada bueno por parte de los restos de esas dos *españas,* aún muy poderosos. Etcétera.

¿POR qué se las llamará perdidas sin son las únicas mujeres a las que se encuentra siempre en la misma esquina?... Y «hacer carrera, hacer la carrera» (CPujol).

SI las religiones no pueden hacerse con el humor, es porque el dogma es la base del chiste.

SI Cristo además de contar parábolas hubiera contado chistes habría tenido muchos más adeptos.

HICE en el jardín una hoguera con las hojas secas, y luego otra y otra, y lo llené todo de fogatas que daban humo azul y espeso que subía a fundirse en el gris del cielo.

Luego pasé la mañana montando con los niños el belén. Estaba metido en una caja de galletas, entre virutas y papeles de periódicos viejos de hace un año, y vi que mi vida eran también papeles de hace un año, que envolvían uno de esos misterios donde nada guarda escala, donde el castillo de Herodes es más pequeño que el establo, y que hay unos cochinos del tamaño de los caballos de los Reyes Magos y ángeles como centuriones y ángeles como ocas, y pastores con la nariz rota y lavanderas mancas, que las terracotas sufren y sufren también el paso de los meses, pues nada como la inmovilidad mutila tanto.

Y G., entusiasmado, quería disponer todo a su antojo, y su hermano le arreaba coscorrones y yo pacificaba sus riñas, mientras espolvoreaba de harina los oteros y alcores de corcho y desplegaba al fondo un ciclorama azul cuajado de estrellas y centellas divinas.

Mi vida, nuestras vidas, las veo yo un poco así, con un trajín

parecido, algo mutiladas, pero representando, mal que bien, la propia vida, con nuestras narices rotas y nuestra falta de escala, valorando unas cosas más que otras y repartiéndonos fraternalmente los papeles de pastores, sanjoseses, guardias, vírgenes...

ESTAS dos clases de personas. Las que solo se acercan a quienes el dinero, el poder o la celebridad acompaña. Son los mitómanos del triunfo, y no dejan de formar una cofradía penosa. Pero existen también los mitómanos del fracaso, que se sienten atraídos, sobre todo, por las desgracias de aquellos a quienes tratan. Detectan calamidades, conflictos y miserias de la gente como los hombres santos. Sin embargo, en cuanto tales penalidades empiezan a desaparecer, o mejor, en cuanto parecen disolverse en una corriente favorable y feliz, cobran por los afortunados que han visto cambiar su suerte un odio fiero. Se les creería afrentados, como si hubieran sido desleales para con él, desleales para la misma desgracia que les dio entidad, acaso como si solo pudiesen ser algo en la miseria.

AVANZAN *Las armas y las letras*. Dicho de esta manera tiene la cosa un timbre de cantar de gesta, con atambores y chirimías. Al menos hago como que yo mismo lo tomo con interés y profesionalidad, palabra esta la más detestable. La erudición es aburridísima, pero reconfortante, como hacer ganchillo. Va uno metiendo el hocico de las agujas, dos del derecho, uno del revés, y sale un precioso pañito de *crochet,* que es un primor *cum laude*. Por eso hay tantísimos eruditos, porque si se hace dos del derecho y uno del revés, sale siempre. Aunque seguro que les sale a todos, menos a mí.

POR la tarde, hoy que es domingo, los niños me arrastraron al Retiro. Hacía dos grados bajo cero y todo Madrid estaba paralizado y quieto por una niebla espesa. El estanque estaba sin gente y alquilamos una barca. Remamos durante una hora nosotros y dos barcas más. Era impresionante ver caer la noche en aquella laguna, en medio de aquella soledad. En el Paseo de Coches solo estaba, agazapado, aplastado por la baja temperatura y con las manos metidas en su anorak, el hombre que vende barquillos. De lejos se le veía a él, junto a la sombra roja del bombo rojo donde guarda sus frágiles obleas. Tanto él como aquel artilugio eran dos pinceladas en medio de la niebla, dos manchas coloradas entre grises y negros invernales, como

un cuadro de Fattori, así, a lo largo, sin contornos precisos, como un rescoldo entre cenizas fías.

Al contrario que otras veces en que el bullicio de la gente no le deja a uno percibir ningún sonido, oíamos el ruido de los remos en el agua y el canto de los pájaros. Sonaban como el agua de Venecia en los escalones de mármol, con el mismo monótono y cansino ritmo. Los pájaros lo mismo agrupaban todos sus cánticos en unos segundos, como que callaban súbitamente o lo echaban a rodar entre las ramas desnudas; parecían esperar una respuesta, que no se producía, y entonces de nuevo irrumpían en el aire apelmazado y tenebroso.

Resultaba el ambiente idóneo para que se cometiera un asesinato. Si hubiéramos estado en Londres lo más seguro es que en ese mismo momento se estaría cometiendo un crimen, un pervertido apuñalando a una prostituta o dos villanos pataleando a un mendigo para quedarse con su dinero. En Inglaterra quién sabe, quizá el barquillero fuese de Scotland Yard, puesto allí por consejo de Chesterton para vigilar la marcha del mundo.

Hubo cambio de remos en la marinería y la poca pericia de G. en llevar la marcha aumentó el ruido inarmónico de esta sobre el agua, dejamos de estar en Venecia y nos trasladamos a bordo de la Kon-Tiki mientras un mirlo subrayaba con tenacidad la belleza del atardecer de invierno.

De pronto el barquillero, para entrar en calor o para no sentirse tan solo, empezó a gritarle a nadie, porque no se veía ni un alma, canturreando: «Barquillos de canela y limón, a cada cual mejor».

Sus palabras se tropezaban con la niebla y no lograban avanzar, como si tuvieran que chapotear con el agua a medio cuerpo.

G. se cansó de remar y nos quedamos en medio del estanque en silencio. Levantó los remos y estos goteaban. Oíamos el ruido de las gotas al caer en la superficie muerta. Bastante lejos de nosotros se oía la sirga de las otras dos barcas, pero la niebla acolchaba también el ruido de su derrota. Por minutos nos íbamos quedando sin luz y la que quedaba era de un color plateado y sucio, como las piezas de esa cubertería que uno hereda un buen día y que llevaba más de cincuenta años sin salir de sus cajas.

Así era la luz de la tarde. Íbamos bien abrigados. Escuchad, les dije, el mirlo.

Prestaron atención para descubrirlo ellos también. Sí, reconoció R. alborozado, allí. Sí, se sumó G., pero era evidente que no sabía dónde cantaba porque miró hacia otro lado, aunque persistió en su afirmación porque le parecía importante sumarse a nuestro descubrimiento.

Yo les dije entonces, chicos, ¿podréis recordar este instante? Mirad los árboles desnudos, vuestra nariz colorada, vuestras manos amoratadas sobre los remos y nuestras risas, tenaces también como el parloteo del mirlo. Lo de tenaces no lo dije ni lo del parloteo. Eso es una licencia que me tomo ahora. Pero lo demás es más o menos exacto. No lo olvidéis, añadí. Tendréis tardes, días atroces, conoceréis de cerca tragos amargos, pero habréis tenido una tarde como esta. Por favor, cuando tengáis mi edad, recordad a vuestro padre aquí, con vosotros, en medio del estanque vacío, en esta barca, esta tarde de invierno.

Los dos me miraron con una gran dosis de escepticismo, aunque sin alarmarse, porque saben que después de esas efusiones recobro de nuevo el control sobre mí y sobre la situación. Aprovecharon entonces el momento, como grandes estrategas que son, para que les prometiese que le iba a comprar castañas asadas a la castañera que vimos en la Puerta de Alcalá al entrar, sabedores de que por trescientas pesetas no iba a tirar a la basura un momento como aquel.

Luego, ya de noche, con todo El Retiro a oscuras, y la helada cayéndonos a los pies, nos fuimos. Los barqueros habían encendido un fuego junto al embarcadero, una fogata que se reflejaba en el agua; el barquillero vimos que se echó el bombo a la espalda, y para nadie seguía tarareando su cantinela, iba solo por el Paseo de Coches, encorvado, con la gorra de chulo echada hacia la nuca y la cabeza caída, y los niños, que alcanzaron el paseo de la entrada antes que yo, corriendo de estatua a estatua, iban llenando con sus voces el crepúsculo: Sancho IV, Doña Berenguela. ¿Papá, quién era Dª Berenguela? Doña Urraca ¿qué era? ¿Bruja?

Que nadie venga a pedirte aceite esta noche porque se ha quedado sin su provisión. Es solo para ti y para los tuyos, y habrás de guardarla.

EN toda ciudad hay un lugar a la medida de tu corazón, por pequeña que sea, por perdida que esté. A ella se acostumbra como el gorrión a un alfeizar. No olvides nunca que todo corazón tiene alas. No hay pájaros sedentarios. En toda ciudad estás tú, incluso cuando no estás y deseas partir. Si no fuese por eso, creo que morirías, porque todo al final es demasiado angosto y está demasiado lejos.

HOY, 16 de diciembre, a las 6 de la tarde, acabo de hacer un paquete con el original para enviárselo al editor.

Miro todos los libros que me han ayudado durante estas semanas a escribirlo, quizá sean cincuenta o sesenta, todos tirados por el suelo. Para llegar a la cama, hay que saltar por encima. Durante estos tres meses M. no me ha dicho nada, pero sé que mañana lo primero que haré será retirarlos. No se puede vivir en este desorden. Me dan ganas de hacer como los cadetes de las academias militares, antes de la guerra, que, cada vez que superaban un examen, clavaban el libro con una navaja en una pared, juramento de que jamás volverían a abrirlo. Por eso los militares españoles se han distinguido siempre por su cultura humanista. Empecé el 19 de octubre. Son por tanto, dos meses, menos tres días. 350 páginas. Aunque solo sea por eso, me siento orgulloso. No son los cincuentaicinco días de Stendhal ni lo que le ha salido a uno es la *Cartuja,* pero... En fin, tres hurras por mí mismo.

El premio fue ir a oír a Victoria de los Ángeles con los G. Empezó con unas canciones italianas muy bonitas y poco a poco, con la voz más caliente, cantó una de Schumann, *Der Nussbaum* (El nogal) y otra de Strauss, *Morgen* (Mañana: «Callados nos miraremos a los ojos y el silencio de la dicha caerá sobre nosotros»).

RG. apenas podía contener sus lágrimas, y la emoción de oír esa voz, como de otro mundo, angélica de verdad, y ver las lágrimas de ese hombre ya mayor, una agitación que se contagiaba en nosotros, fue algo que difícilmente podrá uno olvidar.

En el descanso, ya más tranquilo, R. definió a su amiga con muchísima gracia: «¡Qué mujer…!», dijo, «te dice hola, y eso es música».

Después de Victoria de los Ángeles, lo de Alicia de la Rocha no fue casi nada, como un trasto, una pianola a la que sobraban dos tercios de su sonido. Me recordó a esos pasteles españoles, del tamaño de los adoquines.

Después del concierto, RG. quiso pasar un momento a saludar a su amiga. Bajamos. Había en el pasillo, frente a su camerino, más de treinta personas, esa gente que después de los conciertos va a saludar, unos de manera justificada y otros por si les cae algún confite, un apretón de manos, en fin, algo, esas gentes que están entre el parásito y el adorador, si acaso estas dos especies no tienen algo en común.

Como había tantas gentes que rodeaban a VdelosÁ., RG. permaneció apartado, esperando que aquello se clareara un poco, pero también, me pareció ver a mí, para no mezclarse en esa ceremonia un poco social del final de concierto. Y si RG. estaba apartado, nosotros, respecto de él, lo estábamos aún un poco más, para no ser también nosotros parásito de él.

Yo observaba toda la escena. Me gustaba. De pronto, entre las

manos que se le tendían a la cantante, y los abrazos, por un resquicio, entre las cabezas de aquellas gentes, vislumbró a su amigo. Desatendió a todos los que le decían cosas amables, y se lanzó en medio de la gente, que no comprendía lo que quería hacer. Le abrieron paso al fin. Todos se volvieron a mirar a RG. Seguramente pocos le reconocieron. Los dos artistas se fundieron en un abrazo de hermanos. El tumulto bajó de volumen. La gente se preguntaba qué podía significar aquel abrazo. Ninguno de los dos se separaba. No se decían nada, se miraban risueños, felices, como si fuesen novios. Apartaban la cabeza un poco hacia atrás, para mirarse mejor, como si no acabasen de creer que eran ellos los que vivían aquella escena, y se volvían a abrazar. Antes de separarse, se quedaron cogidos de las manos, sin soltarse. «Ahora», le dijo por fin V., «ahora podremos hablar. Ahora ya no te tengo... miedo». RG., que estaba muy colorado, porque esas escenas le producen como ataques de timidez, le decía, sin perder la sonrisa, a punto de reventar de felicidad: «Yo ya no te digo nada, porque te lo he dicho todo».

Después de eso, volvieron a darse un beso, y se despidieron. Yo estaba orgulloso de haber visto una escena como esta, y creo que experimenté el gusto del parasitismo, porque aunque de la escena apenas me incumbía en lo personal nada, como parte del género humano estaba pletórico de constatar que la felicidad brota a veces con tanta fuerza. Era como si entre aquellos dos artistas resultara todo muy fácil, muy sencillo. En el reconocimiento hay facilidad, y en la facilidad felicidad.

La escena yo creo que ni siquiera duró diez minutos.

Todavía ahora me parecen oír las notas de los *lieder* de Schumann. Estoy liberado de todo. Sin el manuscrito en casa, parezco un hombre nuevo. Pasear, remar, volver a la poesía... Creo que soy el hombre más feliz de la Tierra, aunque dure esto únicamente unas horas, y lo proclamo aquí, porque este es el minuto de las confidencias. Podría pensarse que es el del cacareo, después de haber puesto el huevo, pero no se crea. A uno el huevo, propiamente, ya no le interesa. Solo piensa en saltar las bardas de su corral.

HASTA los veinticinco años he tenido ideas erráticas en todo. He pedido, de joven, la dictadura del proletariado a gritos por la calle, ante unos pocos transeúntes boquiabiertos, y me parecía que había que dinamitar el orden social, político y artístico.

Mis padres y parientes cercanos, todos de una grey muy clerical, estaban asustados y me advertían:

—Eso es ahora. La vida te va a dar muchos golpes. Escarmentarás y cambiarás.

Se les veía por la sonrisa con que me lo decían, que hubieran pagado por estar presentes en el momento del batacazo.

El tiempo les ha dado la razón, porque he cambiado.

Hay tardes que quemaría toda la Tierra, si tuviera una lata de gasolina lo bastante grande. Con proletarios y obispos dentro, socialistas y banqueros, comunistas y caudillistas, señoritos y jornaleros. Todos en un bonito fuego.

Se me dirá:

¿Qué te ha hecho la humanidad?

—Nada. Por eso.

ME he pasado el día con el teléfono al lado, esperando que sonase. No me concentraba en la lectura. Me levantaba, me sentaba, iba hasta la nevera, la abría, echaba una ojeada dentro, miraba el aspecto desolador que ofrecía, cerraba, volvía, seguía leyendo. Con cuánta obstinación enterraba mi teléfono su cabeza, como los avestruces.

Muchos días tiene uno la fantasía de que una llamada de teléfono le cambiaría a uno la vida. No grandes cambios. Algo así como: «Le llamo del Aula de Poesía Antonio Machado de tal sitio. Nos interesaría mucho contar con usted para un ciclo», etcétera, etcétera.

«Pagamos veinte mil pesetas (o «no podemos pagar nada, aunque nos gustaría mucho hacerlo»), el hotel y el viaje, y nos gustaría mucho contar con usted», etcétera, etcétera...

Estas ensoñaciones me abren la sed de una manera brutal: no sé si quiero un whisky o un vaso de leche. Vuelta a levantarse, recorrer el pasillo, abrir la nevera... Bebo la leche. El alcohol para los problemas de orden improductivo es un obstructor y creo que me conviene tener la cabeza despejada por si me llamara alguien. Si me llamara y me encontrara borracho, se llevaría una mala impresión... Ahora que lo pienso, quizá las cosas marchen como marchan a consecuencia justamente de la leche, es decir, por beber leche. Llevo treintaicinco años bebiendo leche. A partir de mañana, whisky, aguardiente o anís Machaquito.

EN el tren camino de Sevilla. Así que de pronto, con el traqueteo se van cayendo al suelo todos los afanes de estos días y se me esponja el alma en cuanto veo los arrabales de Madrid, y luego los campos arados de la Mancha, y esas viñas desnudas, con las cepas negras y

escuetas. Recuerdo aquellas máquinas que separaban el grano de la paja, que se ponían en las eras de los pueblos. Hay algo en mí, como dos bandejas con un cedazo que se mueven en sentido contrario, cribándome por dentro, aventándome los pesares.

Al poco rato me noto ya en paz conmigo. La ilusión de viajar. Incluso han ido desapareciendo los motivos objetivos de inquietud. Cada día que pasa descubro uno o dos errores graves en el libro. Me despierto a media noche con la certidumbre de que en tal pasaje hay algo que no es exacto, me levanto, lo compruebo y admito espantado la realidad del error. Eso, lejos de tranquilizarme, me inquieta más aún. Me reprocho: ¿qué habría ocurrido de no haberme despertado? ¿Cuántos errores quedarán todavía en él solo porque yo no he podido despertarme a tiempo? ¿Y cómo voy a despertarme si llevo trabajando cuatro meses, durmiendo cuatro horas al día y trabajando el resto? Había metido en la cárcel a los dos hermanos Panero, y a Lorca lo maté un día después, junto a otros cuatro infortunados, y no tres, como fue en realidad. Si el libro lo fuesen a leer personas como Cirilo el panadero, no importaría que a Lorca lo hubieran matado el 19, el 20 o el 21 de agosto. Es cierto que son pequeños errores, pero bastarían media docena de ellos para desacreditar a un autor y a su obra, y arrojarles a ambos a los cocodrilos.

Por otro lado, ¿cómo han podido pasar las cribas de mis cinco amigos? Claro que nunca podría defenderme diciendo: lo han leído cinco de las personas que más saben de este asunto en el mundo. Conozco además el procedimiento de cierta clase de crítica. Señala media docena de errores y extiende la duda sobre el resto de la obra. Honradamente tendrían que decir: en ese libro hay unos veinte mil datos, noticias, fechas, títulos, nombres, apellidos; el autor se ha equivocado en seis, por tanto hablamos de un libro extraordinariamente exacto. Pero no, suele ser al revés: a falta de tiempo y espacio para señalar más, ahí tienen ustedes esos seis errores gravísimos; cuántos no habrá camuflados y qué poca credibilidad tiene el conjunto.

Pero bastó con alejarme del escenario del crimen para que todos esos problemillas se fuesen diluyendo en el aire invernal y fosco de la mañana.

Amanecía sobre Atocha. Era una claridad de color ámbar y el cielo, azul nocturno todavía, se contagiaba del temblor de todos los cables que tienden sobre las vías y los andenes muertos su tejido de araña.

EN cuanto llegué a Sevilla, tomé un taxi y me fui a Renacimiento,

donde me estaba esperando A. Pasé todo el tiempo, la mañana y la tarde, en ese menester de ver libros, y luego en su casa, apartando revistas y más libros para fotografiar sus cubiertas, que servirán como ilustración del mío.

Normalmente no piensa uno. Sin embargo, en un momento preciso, le asalta a uno la gran duda: ¿seremos idiotas? ¿Por qué no estará haciendo este trabajo el editor? Y de la misma manera que llegó la duda, con un golpe de viento, vuelve a irse. Mi duda es, pues, como la bofetada de un duelo. Si lo acepto, no veo a nadie, y tengo que pensar en un fantasma. Si no lo acepto, aún me sentiría más envilecido en la secuencia de estas últimas semanas.

ME tropiezo con esta cita de Schopenhauer, para mí enteramente nueva, como si acabara de descubrirla: «Cuanto más pertenece un hombre a la posteridad, es decir, a la humanidad en su conjunto, más desconocido es de sus contemporáneos… La gente reconoce más fácilmente al hombre que sirve a las circunstancias o al humor del instante al que pertenece y en que vive y muere». Es una hermosa cita, esperanzadora, porque uno no se reconoce en ella del instante en el que vive y muere, sino de otro. Supongo que en buena medida es verdad. Me gustaría creer que tiene razón, siquiera fuese para salvar lo que de incomprendido siento en mí…

NO he dormido en toda la noche. Hacia las 3,30 de la madrugada me desperté con esa certidumbre atroz de sabernos en manos del insomnio. Yo creo que nunca me había sucedido nada parecido. Ayer fui objeto de una de las más humillantes y desagradables escenas de mi vida de escritor. Volví a casa como noqueado. No entendía bien lo que había pasado. Moralmente estaba hundido no tanto por lo que había hecho como por no saber lo que debería haber hecho, y aún ahora tampoco sé lo que tendría que hacer, si es que hay algo que pueda hacerse todavía.

Me había citado con el editor en el Palace a las cinco de la tarde con el manuscrito delante, que él ya había leído.

El hecho de que ya lo hubieran leído A., CP., AMS. y JM. me tranquilizaba algo, y aunque acudí a esa cita sobreavisado, no me esperaba tanto. Esto fue por la tarde. Por la mañana, me telefoneó desde Barcelona para concertar la cita. Uno, que ya tiene mundo, sospechó que algo no marchaba bien, cuando antes incluso de decirme lo que le había parecido el libro, me decía muy secamente: «Esta tarde

a tal hora en el Palace». Como un profesional. En ese momento le pregunté qué le había parecido el libro, pero me dijo, el teléfono está para dar recados, ya hablaremos.

Llegué al Palace a la hora en punto. Acudí un poco nervioso, como quien espera una reprimenda por algo que ha hecho mal, aunque sin saber exactamente qué. Lo encontré sentado en una mesa, delante de su Coca-Cola. Ya solo por la cara me di cuenta de que allí se mascaba la tragedia, como se decía en aquel viejo anuncio de la tele. Su cara, habitualmente inexpresiva, parecía no ya la del secretario de Felipe II, sino la de uno de los ajusticiados por él. Se me quedó mirando. Yo sonreí como pude. Me fulminó con la mirada. Se veía que estaba deseando empezar, pero se contuvo, y hasta que no tuve delante otra Coca-Cola no despegó los labios. Así que allí estábamos uno delante del otro, esperando a que un camarero acabara su trabajo, para que él pudiera empezar el suyo y acabara, de paso, conmigo.

Apenas pude disfrutar del primer sorbo. Estaba furioso, convencido de que yo le había estafado. Según él, habíamos pactado un libro de historia y yo le daba un montón de cuartillas con «divagaciones poéticas», que no valían «absolutamente nada», que eran menos que nada. Para mayor desgracia el manuscrito contiene media docena de errores históricos graves, es decir, que donde se dice abril de 1933 es marzo de 1934, y que donde pone que era Gil Robles no es sino Vega Latapié. Creo que eso hizo que yo reaccionara, porque me pareció el colmo de la estupidez. Naturalmente que no le había entregado un libro de historia. Cuando acepté el encargo le dije que yo no era historiador, y que él lo supervisaría personalmente. Él es el historiador, él es el que sabe de la guerra civil. Lo mío son las divagaciones poéticas. Lo sabía desde el primer momento. Jamás le engañé en eso. Ese fue el compromiso. ¿Cuándo se ha visto que se hagan libros de historia en tres meses? Le pregunté, ¿lo recuerdas? Daba igual, porque no quería recordar nada. Volvía a decirme que el libro entero era para tirarlo a la basura, pero que la mayor desgracia es que a las alturas que estamos y por el compromiso del premio, ya no podemos tirar a la basura nada, aunque me aseguró que en la vida volvería a contratarme un libro a ciegas.

Yo tragaba quina. La mayoría de sus groserías se quedaron sin una contestación. A cada minuto que pasaba la escena se hacía más y más insostenible, hasta el extremo de que ni siquiera nos mirábamos a los ojos. Mi desolación fue completa cuando comprendí que lo único verdaderamente digno era levantarse y salir de allí. Quiero pensar que me retuvo sentado en el sillón saber que ese hombre tiene que corregirme los errores del libro. Es decir, me retuvo mi libro, lo que yo

uno le debe a él. La obra, y no la persona. Por otro lado, él está tan comprometido en ese libro como lo estoy yo. Tampoco le sirvió que le dijera que el libro lo habían leído ya otros cuatro amigos, y a estos les había parecido bien. Insistía: no vale nada.

Al salir del Palace iba furioso, y lanzaba denuestos a diestra y siniestra. Debía de ir hablando solo, porque por dos veces se volvieron algunos a mirarme. Me preguntaba, ¿quién se ha creído para hablarme así? El libro, por otra parte, es lo que es. Ya no va a cambiar. Sin embargo, al llegar a casa, y contarle a M. toda la vejatoria escena, me ha preguntado con esa sinceridad que solo gastan los de la familia para con los de la familia: ¿Y es tan malo como él dice?

La angustia es que no lo sé. Malo, me digo, no puede ser. No porque lo haya escrito yo, sino porque es imposible hacer un cesto malo con esos mimbres. Pero, también me digo, ¿y si tuviera razón? Sin embargo aquí lo que importa no es ya el fondo de la cuestión, sino la forma, esa mirada suya despótica, esa superioridad al hablarme como si fuese un criado sorprendido en falta, y, ay, el no haberme yo levantado en el mismo instante y haberle mandado al cuerno, y decirle que si tanto sabía de ese asunto, lo escribiera él, porque da la casualidad que hace más de cincuenta años que ha terminado la guerra y es la primera vez que se escribe un libro parecido. ¿Qué quería, escándalo? ¿Un libro como el del año pasado con la calumnia sobre Alberti y las chekas? ¿Quería un *best seller?* Para eso, en efecto, tendría que haber contratado a otro, porque uno, como se está viendo, por más esfuerzos que hace, no logra hacer nada para el público. Y desde luego él, ayer, representaba mejor que nadie al público.

LAS vírgenes, las madres y las frígidas tienen pechos, ¡incluso senos! Las tetas son cosa de las mujeres.

NO está escrita aún una historia de los hijos, como la que Lorenz escribió de sus ocas. He pensado a menudo que en vez de este diario, debería llevar uno en el que solo hablase de ellos. Cómo entran y salen de clase, los deberes que hacen, el comportamiento ante el dolor, en qué cifran sus alegrías, algo descrito no de una manera sumaria, sino con el mismo amor que los etólogos ponen en sus estudios. Ellos están en muchas de las anotaciones de estos cuadernos, pero entre una y otra han pasado a veces semanas, meses, y ni yo mismo les reconozco. Así que echo en falta un diario de ellos, puesto que son lo que más nos importa en esta vida. Ellos son mucho más que literatura, pero la

literatura podía quedar salvada en ellos. A veces, como hoy, tarde de domingo, estamos los cuatro en casa, sin salir, apurando todos y cada uno de los minutos. Todos nos parecen pocos. Ni siquiera estamos en la misma habitación, pero sabemos que nos tenemos los unos a los otros. Pero un vago temor planea siempre sobre nuestras vidas, pues no llegamos a saber si estamos solos porque al fin somo fuertes o si, por el contrario, es porque somos todavía demasiado frágiles.

NOS esperaba la casa helada, con los muros anchos rezumando humedad y friura. Nada más llegar encendimos todas las estufas y chimenea. Ya arden los fuegos, y aunque tardará unas horas, si no días, en quitarse todo este helor, me dispongo a leer una biografía de Mercedes Rodoreda y otro libro sobre los escritores catalanes en la guerra civil. Sigue uno en eso. Mañana nos habían invitado a cenar en Buenavista y en San Juan. No iremos a ninguno de los dos sitios. Yo no tengo humor. Después de nochebuena, quiere uno cierta tranquilidad y silencio. Ni siquiera nos interesan las noticias. Por ejemplo, ha quebrado Banesto y Mario Conde, con todo el aspecto del conde Ciano, asoma cariacontecido a los papeles, con el pelo engominado como un actor de teatro a quien acabaran de despedir de la compañía. Ha querido también jugar a la lotería, pero no le ha salido. Va a ser muy difícil que pueda leer nada. Hasta que se haga de noche me quedaré mirando por los cristales del balcón, desde este sillón viejo. No hay pájaros que canten. De vez en cuando llega de muy lejos un ruido, no sé de dónde. Siempre es un ruido fúnebre y penoso, como si estuviesen clavando un ataúd. Son horas de una gran tristeza, las tardes tan cortas, la noche tan larga. Por las mañanas aún se ocupa uno en actividades distraídas. Pero las tardes, cuánta opresión por todos los rincones. Si me gustara beber podría beber algo, para entonarme. Un whisky en la mano me elegantizaría, bastaría para decorarme un poco. Pero uno ni siquiera bebe. Los que andan por la casa dejan tras de sí unos ruidos secos y desangelados. El silencio que hay por las habitaciones vacías es inhóspito, y uno se arrima al fuego. Buscaría uno a M., para pegarse a sus faldas. Debe de estar en el jardín. Quizá escarbe los rosales. Ya no debe de ver. Hace tiempo que el sol ha traspuesto ese monte y la luz, tan escasa, es azul, como la piel de los ahogados. No tiene uno fuerzas para salir y escarbar los rosales. Ah, te dices, si ella adivinara al menos que estás deseando que venga aquí, a tu lado. Si tuvieras fuerzas también para decirla que venga. Pero no. Aquí, quieto, junto al fuego, espero que venga. Dice uno, cuánto tarda, qué hará, por qué no dejará eso para

mañana. Solo son rosales. Sería fácil llamarla desde aquí, pero la tristeza tiene eso, nos deja reducidos, nos acoquina. Todo está detenido, igual que en los belenes, nada parece moverse, incluso nosotros parece que esperáramos que alguien venga a movernos un poco cada día, acercándonos cada día más a nuestro destino, como se hace con los Reyes Magos. Alguien que nos hiciera avanzar cada día unos centímetros. Y al final, la Revelación, la presentación de regalos, y vuelta a casa, a lomos de otro cometa. Pero no. No viene nadie. Es de noche. ¿Cómo verá con esa luz? Sabe que son rosas. Y quiero pensar que ella está pensando en el día que habrá de cortarlas, porque sé que la primera de todas un día se abrirá sobre mi mesa.

(...) M. está terminando de arreglarse un poco, para hacer más civilizado este breve encuentro en San Juan. Luego vendremos a casa, y cenaremos solos. Si por mí fuera, cenaríamos como cada tarde, nos vendríamos después junto a la chimenea, oiríamos un poco de música y un poco antes de la medianoche, nos marcharíamos a acostarnos. Creo que ese no hacer lo que hace todo el mundo, tan viejo, haría que nos sintiéramos nuevos.

Bien, cumplamos con el rito. Qué más da, venga uvas y campanadas y esa imagen desoladora de la Puerta del Sol con gentes histerizadas por el champán y el frío, y luego esos cómicos con los que apenas lograremos sonreír un poco con esfuerzo. Pero estamos los cuatro. Eso es lo que cuenta. Los cuatro. Nadie más. Que la noche golpee contra sus clavos fúnebres y que los clavos sean igual que las estrellas.

Me llaman. Ya voy. Pero sabed que una mano nos mueve cada día y nos hace avanzar un poco en el sendero, que todo es símbolo, el número, el serrín, el papel de estaño de ese río, el barro de mis estribos, vuestra sonrisa de guirlache. Es hora ya. Lo sé. Hemos salido juntos de un extremo del mundo. Es mucho pedir llegar al otro, pero no lo es que el trecho que tengamos asignado lo hagamos como hasta hoy, siguiendo un cometa en este libro que alguien volverá a ver dentro de miles de años.

Libro 2

¿Qué sucederá el día en que los personajes de estos diarios quieran salir de aquí y marcharse a las novelas, y los de las novelas venir aquí, para ser personajes de un diario y tener un poco más de realidad de la que tienen? Suponiendo que todo diario es el camino hacia la novela de una vida, el camino de la novela no debería ser otro que el que la conduzca a un diario, es decir, hacia la vida.

El medio prólogo

HACE años, cuando pensaba en estos diarios, me los imaginaba de muchas maneras, pero no podía suponer que acabasen siendo «esto».

Me decía: «Serán como una casa, una casa grande, vieja, solitaria; quizá precise de reparaciones y retejamientos, pero será hospitalaria y confortable». Pensaba también: «En esa casa habrá un sillón y una lámpara, y una terraza para los días calurosos de verano desde la que se vea el mundo, un *colle dell'infinito* quizá». Fantaseaba imaginando que yo estaría allí leyendo estos mismos tomos cuando empezara a flojearme la cabeza.

«Volverán con ellos», me decía, «los buenos días ya vividos, me estorbarán la memoria de los malos, y será como si no hubiese pasado el tiempo, y me pareceré en algo a uno de esos héroes de Homero a los que una diosa joven protege de venablos enemigos». La diosa era, en mi sueño nietzscheano, la risa.

¿No sería una inexpugnable carcajada contra las inclemencias del tiempo este centón de libros? Y si no una carcajada, al menos una sonrisa; eso serían, una maliciosa sonrisa volteriana contra todo lo que se lleva por delante la vida, me decía.

Pensaba con presunción que acabarían convirtiéndose en un laberinto ameno, un laberinto hecho de boj donde pudieran perderse los caballeros ociosos, las damiselas soñadoras, la humanidad galante. Soñaba que fueran los míos como libros de estampas desfilando lentamente ante mis ojos, criaturas de un antiguo paraíso que regresaran de los años perdidos... imaginaba, soñaba, aspiraba a que, mejorados cómo no por el paso del tiempo, pudieran ser todas esas cosas a la vez...

Se han convertido, sin embargo, en algo inabarcable, incluso para mí y a pesar mío. Cada vez que concluyo uno de estos volúmenes, raramente vuelvo a entrar en él, como raramente entramos en el desván en el que duermen las orinecidas armas de las batallas mal libradas.

Me hacía la ilusión de que algún día se descubriera la armonía de todo este desorden, pero no, ese armónico sentido yo no lo veo ahora por ninguna parte, y es poco probable que vaya a haber nadie, ante

esta inelegante profusión de páginas, que tenga curiosidad por descubrirlo dentro de unos años, como no sea algún curioso, algún laborioso investigador, de la misma manera que nadie lee ya por gusto, uno detrás de otro, sin saltarse página, una colección de periódicos de hace cien años.

Y sin embargo no se resigna uno nunca a la fatalidad. Me acuerdo ahora de aquel hombre que labrando su campo se olvidó de todo, y arando arando, llegó hasta el mar. Un solo surco son estos libros. Tal vez un día alguien, como en aquel poema memorable, viendo este surco tan solo, señero y sin propósito, se arranque su corazón y lo entierre en él, como semilla... de donde nacerán los buenos días ya vividos, como si no hubiese pasado el tiempo, y nos pareceremos todos a uno de aquellos héroes de Homero a los que una diosa joven protegía de los venablos enemigos...

OCURRIÓ mientras se habían ido a Trujillo a hacer algunas compras de última hora. El pueblo se encuentra a unas quince verstas, por una carretera estrecha, pero no del todo intransitable. Lo pone uno en verstas y no en kilómetros porque el tiempo invernal así lo sugiere. Si estuviéramos en otoño y los caminos aparecieran cubiertos de hojas muertas y amarillas y la brisa fuese templada, podría hablarse de millas galesas. En agosto, bajo el sol abrasador y los infinitos campos cosechados y secos, estaría justificado emplear las leguas de Cervantes. Pero con este tiempo frío y desapacible, con la calleja llena de charcos y los portillos de piedra cubiertos de aterciopelado musgo y rezumando agua, parece más oportuno, creo, hablar en verstas, sobre todo por lo que a continuación iba a suceder.

Me había quedado solo en la casa y esta se había llenado de esos sonidos que únicamente aparecen cuando nos vamos de algún lugar. Debieron de suponer que yo también había salido, pero lo cierto es que me había quedado agazapado en mi estudio, orillado en mi trabajo y desplazado de todo. Así que, al principio con timidez, como esos ratones caseros que asoman el hocico y lo menean como un periscopio para husmear el panorama, abandonaron sus escondrijos los más ingenuos de entre aquellos ruidos extraños.

El primero no lo era del todo, porque se le reconocía al momento en la chubesqui. Pensé, qué animado esta tarde el coloquio de las llamas en la estufa, qué melodioso es el viento en el tubo de latón. Incluso me pareció que se descaraba un tanto. Hasta ahora yo creía que el aire frío impulsaba al aire caliente, que este se atornillaba humero arriba, como una turbonada, y que de ahí procedía su doliente alarido, la quejumbrosa y apagada lamentación con la que lloraba de continuo.

Desde luego ese ruido, oído tantas veces, no podía serle extraño a uno, pero sí lo fue, cuando el propio ruido creyó que no quedaba nadie en la casa. Entonces debió de determinar que podía hacer a su antojo de las suyas, sin atender a las leyes físicas, y empezó a entonar una canción, como si aquello fuese un cuento de los hermanos Grimm. Era una canción alemana, de eso no había la menor duda, aunque en realidad no tuviera letra, pero se nota a la legua si una canción es o no alemana, porque al poco rato uno se siente solo con un desconsuelo muy grande y quiere morir al pie de un gran tilo, mientras ese triste ululeo va tiñéndose de un aire schubertiano, muy austríaco, frontero

de lo ruso. Vino hasta allí, en aquellas notas, un sombrío bosque que llenó de su recóndito perfume de savias encantadas el estudio, y las sombras que empezaron a tenderse a mis pies, con la mansedumbre de los mastines viejos, eran en realidad sombras de árboles centenarios.

Entretanto, ese ruido empezaba a producirme sueño, porque pese a sentirlo al lado mismo sonaba muy lejos, en una vida remota, en el pasado, en la infancia. Cuando te mueres por monóxido de carbono, de una mala combustión, la sensación, dicen, es parecida, indistinguible, convincente, seductora.

Y a todo esto, me pregunté, ¿mi corazón qué dice?, pues empezaba a notar su peso en un costado.

No decía nada, sino que asentía, desde su rincón, un poco asustado, y lamentando que el año se acabara.

Y sí, encontró, no muy lejos de donde él se hallaba, otro de los ruidos que campaba a sus anchas por la casa, convencido de que la habíamos dejado sola.

Se trataba de un ruido casi humano. Procedía de unas vigas de madera. Una de las viejas, recias, firmes vigas de madera. Estos atlantes de anchas espaldas, en colaboración con la tenaz carcoma, logran artistizarse sin que los cosquilleos minen su fortaleza, y acaban llenos de largas y profundas galerías, que en nada envidian a los corredores y salones de Versalles. Pero a diferencia de estos, en los que es preciso meter unos músicos para que hagan sonar el minué y la gavota, las vigas son un perfecto instrumento musical, como no lo fabricaría el más habilidoso luthier de Cremona. Las mismas galerías vienen a hacer de caja de resonancia y, apenas la humedad o la sequedad del ambiente las afectan un poco, le hacen saber al mundo sus penurias o sus júbilos.

—¿Estás ahí? —se oyó decir a la viga mayor en la que descansan todas las demás.

Era una pregunta absurda, no porque no me la hiciese a mí, sino porque estaba dirigida a otra viga, su vecina, quien a su vez contestó, sí, aquí sigo.

Notando la conversación, la jácena del caballete, que parte en dos las aguas del tejado de mi estudio, se animó, y quiso terciar en la cháchara.

—Ay.

Ninguna de las otras dos se dignó preguntar a qué venía esa queja, lo que me dio a entender que no tenían por ella la menor estima o no se la tenían a su dolor, razón por la cual me puse de su lado, porque aunque lo que sufre, sufre solo, no deja de ser consolador juntar dos soledades, por lo mismo que dos penas sumadas restan penar. Es uno

de esos casos que se estudian como excepción, en el que lo que suma resta, y lo que resta, suma.

Se oyó después el diálogo de un grifo mal cerrado. Cada gota de agua parecía una de esas comadres que se ponen a pegar la hebra y ni siquiera atienden a su interlocutora. Una gota decía una cosa, y otra otra, sin darse apenas tiempo para escucharse. En un minuto que presté atención, repasaron el mundo, como suele decirse. No hubo tema que no abordaran, la vida que hacemos en esta casa, si somos así o asá, los defectos de todos y cada uno, llegaban incluso a imitar nuestras voces cuando querían ridiculizarnos. De vez en cuando decía una, ¿qué se habrán creído? ¿Quiénes creerán que son?, le atajaba la otra. ¿Y has visto al idiota del diario? ¡Se creerá que le pasan cosas interesantes! A nosotras sí que nos pasan cosas. Anda que no conocemos mundo...

Nos pusieron lo que se dice pingandito, ellas precisamente, pingando sin cesar. Me dieron ganas de bajar y cerrarlo de una vez por todas, pero luego pensé que tampoco estaban haciendo algo que de una u otra manera no hagamos los demás en un momento determinado, en una conversación privada, y, así, todo lo que decidí fue dejar de atender a su cotorrería, porque entre otras razones fue entonces cuando se oyó en alguna parte como un lamento...

Si hubiéramos estado en 1896, sin duda se hubiera tratado de un recién nacido que alguien había abandonado a la puerta de casa, de tal manera se parecía al llanto de un niño. Cuando estaba tratando de reconocerlo, se interrumpió de manera súbita. En ese momento no se oía nada. Hasta las gotas del grifo se sujetaron, la carcoma de las vigas y las mismas vigas dejaron sus coloquios, la estufa enfrió sus ardores. Nada, todo silencio, acaso un fondo de mar en el oído, en el laberinto, como el que se oye en las caracolas. Pero a los pocos segundos volvió ese llanto. Era un pájaro, sin lugar a dudas, pero no identifiqué de qué familia. No era el cárabo ni la lechuza ni el mochuelo, que me habrían sonado familiares, sino algo distinto, desvanecido, roto, sin brillo. Quizá se tratase de uno de esos pájaros que se han desorientado en las colosales migraciones que emprenden desde el norte. No es infrecuente que queden descolgados algunos ejemplares y traten de adaptarse a la región, pasando inadvertidos o subiéndose a los lomos de los bueyes, en un acomodo para el que no fueron creados, como las garcillas boyeras, o tratando de imitar a las cigüeñas, para suplantarlas en los nidos vacíos de las iglesias. Como si fuesen inmigrantes. Uhhh, uhhh, insistía en su dolor. Tenía que ser un pájaro extranjero; uhhh, uhhh, lloraba trágico.

No se sabía si se acordaba de la tierra de donde procedía o añoraba

aquella a la que se dirigía cuando se perdió. En eso era un pájaro enteramente poético y adolescente. El lloro se producía en ruso, de esto no había duda. ¿Cuántas verstas habría recorrido él? En ese momento no podía saberlo, porque nadie hubiera podido adivinar el encuentro que estaba a punto de suceder cinco minutos después, pero ahora, cuando hago la crónica de ayer, ya no me puede caber la menor duda al respecto: se trataba, dicho con toda modestia, de un heraldo.

En efecto, cinco minutos más tarde se oyeron en el portalón de la entrada tres claros, fuertes, tres secos aldabonazos. Tras, tras, tras.

Los ruidos se asustaron lo suyo. Y yo mismo, desde luego. Fue cómico verlos correr despavoridos a todos. Al principio recordaron un poco al juego de las sillas o al de las esquinas, en el que pierde quien se queda sin silla o sin esquina.

El que había llevado la voz cantante durante más de media hora y se había mostrado más insolente, el mismo que no se dignó responder al «ay» de su sufrida comadre, el ruido de la jácena, se equivocó y quiso guardarse en la viga que había estado quejándose sin que la hicieran caso. Se hubiese pensado que la viga desatendida obraría con rencor, pero, al contrario, en cuanto vio que necesitaban de ella, se le pasó la pena y se apartó un poco para que el ruido de la viga principal cupiese con ella. Y el otro no solo logró acomodarse allí, sino que desplazó sin consideraciones al ruido de la viga hospitalaria, y este ni siquiera se resintió, al contrario, se quedó allí feliz, al borde mismo, a punto de venirse al suelo y romperse algo, cayendo desde esa altura.

En ese momento se produjeron en la bombilla unas pequeñas oscilaciones de voltaje, como una respiración asmática de la luz que llenó el zaguán de momentáneas y fibrosas penumbras.

Podía tratarse de alguno de nuestros amigos. Pensé también que sería Manuel, el lagarero. Por la mañana había dejado dicho que bajaría un poco de prueba de la matanza.

Volvieron a sonar en la puerta otros dos golpes, tras, tras, esta vez con mayor nitidez, cortos, capitulares y categóricos. Los aldabonazos, a esa hora, hicieron la casa más grande y misteriosa, la vetusta mansión de gruesos muros e inalcanzables techos que aparece en los sueños cuando estos están a punto de trasmutarse en pesadillas. Esta segunda vez la casa se hundía ya en completo silencio. Por callar, calló hasta la obcecada carcoma del pequeño mueble donde se apandan las bebidas, un terco animalito alcoholizado por los vapores que allí respira. Salí de mi estudio. Se había hecho completamente de noche. En una ciudad los ruidos tienen todos una explicación, y en caso dudoso se avisa a la policía. En el campo resultan la mayor parte

de ellos difíciles de explicar, y la Guardia Civil queda siempre tan a trasmano que, cuando llega a un sitio, suele venir ya con el juez para el levantamiento de los cadáveres. Nuestra casa está apartada de todo, en medio de cerros vírgenes, olivos y soledades más umbrías a medida que se mete la noche encima, y aunque no se tienen noticias por la comarca de hechos criminosos ni tropelías, en todo siempre se encontrará una primera vez.

Tras, tras. Volvieron los ruidos de la puerta. Los del resto de la casa, replegados y hoscos, se apretaron aún más contra lo intrínseco de su miedo, tiritando.

—Voy —dije levantando la voz, para tranquilizar a quien fuese, y para tranquilizarme a mí, pero lo cierto es que de pronto perdí mi aplomo, y me empezó a latir con fuerza el corazón. En un segundo comprendí que M. y los niños llevaban ya mucho tiempo fuera de casa, deduje que tenían que haber estado de vuelta hacía rato y supe, con absoluta certidumbre, que algo les había sucedido, algo malo, desde luego, y que allí estaban para comunicármelo. Quizá la Guardia Civil. Pero la Guardia Civil hubiera gritado, hubiera dicho, ¡somos la Guardia Civil! Bajé las escaleras de dos en dos y abrí la puerta de un solo y brusco movimiento, nervioso, lleno de angustia y funestos presentimientos, dispuesto a enfrentarme a la verdad de un golpe, sin comprender muy bien lo que estaba sucediendo, todo lo que a partir de ese momento vendría a suceder.

Me encontré con tres jóvenes. No lo eran del todo, quizá anduvieran alrededor de los treinta años. Los dos varones eran más bien altos, morenos, flacos. Uno era bastante guapo, se parecía un poco a Gary Cooper en aquellas películas primeras suyas. Miraba igual que él, de abajo arriba, con la cabeza un poco ladeada y abatida, tanto por timidez como por vergüenza, disimulando su estatura. Eso le hacía encantador. El otro era un muchacho moreno, con gafas de concha, con el pelo mal cortado y negro, lleno de ondas que le caían sobre la frente, y una barba de dos o tres días, no muy tupida. Como barba no valía mucho, parecía más bien que se hubiera tiznado la cara con un corcho quemado. Llevaba un jersey portugués de cuello vuelto, uno de esos jerseys de lana que esparcen en el pecho dibujos vagamente geométricos de aves y figuraciones extrañas, en hilos de color rojo y negro. Aquellos pelos en la cara, que no lograban borrarle la expresión infantil del rostro, las gafas de concha, la palidez y el jersey le daban un aspecto de romántico nórdico, un poco tísico. Y la muchacha, morena también, no muy alta, bellísima, con el pelo cortado por debajo de la nuca, una melenita de sufragista que la hacía muy graciosa, pantalones vaqueros bastante ceñidos, botos salmantinos de

anca de potro y un abrigo de piel vuelta, de tres cuartos, como un caftán, con el cuello aborregado lleno de rizos blancos. Bastante delgada. Debía de tener una figura muy hermosa también, porque no mostraba el menor interés en destacarla, al igual que sus pechos, que se adivinaban abarcables, sin complejos. Tenía unos ojos preciosos, negros, llenos de brillos angélicos, que lo mismo podían ser diabólicos que de los otros.

El que habló primero fue el de las gafas de concha. Al hacerlo se puso colorado. El otro, el que se parecía a Gary Cooper, y la muchacha ni siquiera intentaron abrir la boca, como si estuvieran acostumbrados a que hablara siempre su amigo.

Me pidió perdón en primer lugar por presentarse de esa manera, y señaló con la cabeza a sus amigos, dando a entender que la decisión de presentarse en nuestra casa era colegiada, y que en caso de que hubiera que asumir responsabilidades lo harían mancomunadamente. Creo que empezaban a arrepentirse de haber venido.

Habían preguntado en El Pago, contó, dónde vivíamos, se les había echado la noche encima y se habían perdido por estas callejas. Cuando habían dado con la casa, era ya muy tarde, y dudaron si llamar o no. Eran de Madrid, Fulano y Zutana, presentó, y yo, Mengano.

Habían decidido pasar el año viejo en Trujillo. Estaban alojados en el parador y, bajando la voz, por si me molestaba la confidencia, aseguraron que eran lectores de estos diarios. Se vio que el portavoz ponía en esa última confesión la esperanza de que por ello les fuese perdonada la audacia de su intromisión; los otros dos, con los brazos caídos, esperaban un veredicto con aspecto resignado, un indulto quizá.

Creo que todos sentimos esas fantasías alguna vez, que vamos a conocer a un escritor y que acabaremos convirtiéndonos en personajes literarios, al revés que los de Pirandello, que eran literarios y querían convertirse en reales.

Yo me quedé sin decir nada; tampoco se me ocurría qué hacer. No me gustaba nada aquello y me parece que torcí el gesto. No va a saltar uno de alegría con la exclamación, ah, ¿os gustan estos diarios? Pues, venga, vamos a descorchar unas botellas de champán. Si hubieran dicho que no les gustaban, uno hubiera sugerido de inmediato, pasad, vamos a discutirlo. Pero como uno no tiene la costumbre del elogio, se queda en el incómodo pasmo buscando la puerta de salida. Lo ha pensado otras veces: del ataque es fácil defenderse, pero cómo defenderse de un elogio; si lo rechazas pareces presumido, y si lo aceptas, un vanidoso. Los elogios para el que los recibe son mala cosa, porque hay que ser con ellos mucho más humilde. Un ataque justifica

que uno sea orgulloso, pero un elogio exige que se sea sencillo; el orgullo se tolera, pero la humildad, ¿dónde se aprende?

No dije nada. Me les quedé mirando. Siguieron unos segundos interminables e incómodos para todo el mundo. Debió de ponérseme la cara de ¿y ahora qué?

A sus espaldas se cerraba en toda su grandeza la más inhóspita de las noches. Estaba empezando a helar, y allí, con la puerta abierta, el aire fosco empujaba hacia la casa todo aquel frío, amenazando con enfriar en cinco minutos lo que había costado entonar todo el día. Podía oírse incluso cómo se templaba sobre la hierba el acero de la helada, esas afiladas cruces y espadas que la hacen inexpugnable.

Estábamos en esto cuando, como un recurso providencial de teatro, apareció Mora, la mastina, que se puso al lado de la mujer, y procedió a olerle esas partes que las perras les huelen a las mujeres.

Me puse colorado, como si fuese responsable de tantas cosas al mismo tiempo: de que mi perra no estuviera satisfecha sexualmente, de que la perra no fuera macho y, sobre todo, de que la mujer no fuese perro. Todos los papeles cambiados, como nuestra misma escena.

Nos sonreímos de una manera nerviosa los cuatro, y para cambiar de tema lo más rápido que pude, les informé de que M. y los niños estaban a punto de llegar en cualquier momento, y que solo íbamos a poder charlar unos minutos.

El que se parecía a Gary Cooper hizo un vago ademán, que le incluía a él y a los otros dos, y corroboró que tendrían que marcharse, si no querían que se les hiciera demasiado tarde.

¿Tarde para qué? Era una manera de hablar. Con esa nueva confesión de que querían irse de inmediato, a mí me entraron unas ganas súbitas de invitarles a pasar.

Subimos los cuatro las escaleras en silencio. Yo abría la marcha. Ellos levantaban la cabeza y no perdían detalle, los muros, los muebles, las diferentes puertas, pensando seguramente no ya en dónde se habían metido, sino en cómo iban a salir. Les traje directamente a este cuarto, en el que ahora estoy.

Nos recibió el crepitar de la chubesqui, su calor seco y la luz confortable del flexo, una luz confitada. Solo estaba adecuadamente iluminada la mesa de trabajo. Lo demás permanecía en una penumbra de caramelo.

Me gustaba que fuesen los tres tan tímidos y tan unánimes. Se veía que estaban deseando escapar de allí como fuese. Los tres tomaron asiento con la espalda recta y las mandíbulas apretadas. Yo pensaba: dentro de un rato van a empezar a dolerles las vértebras del cuello o los riñones. Me decía: esto sí que es extraño, y no lo de los ruidos.

Quién me iba a decir hace un momento que aquí, en Las Viñas, iban a venir estas gentes, cómo iba a sospechar que esa muchacha iba a estar tan cerca para recordarme que juventud y belleza no han de hacer ningún esfuerzo para ser naturales. Casi no me enteraba de lo que me estaba contando su amigo, y no porque pensara, como Yeats en el poema sobre la guerra civil en España, que quería abrazarla. Yo no quería abrazarla. En realidad solo deseaba que M. apareciera pronto; podría verla como yo la veía. M. tiende a creer que uno alucina en lo tocante a las mujeres, que las describo siempre con un exceso de imaginación. Por eso solo quería que apareciese, por que la viese y me dijese luego si exageraba o no. La muchacha no despegaba los labios. Les miraba a ellos cuando hablaban, aunque de vez en cuando se desentendía y me echaba una ojeada, para saber qué cara ponía yo. Entonces yo variaba de inmediato la visual y aparentaba estar pendiente de lo que decían sus amigos, pero en cuanto la chica volvía la vista hacia ellos, yo volvía a espiarla. Tenía una nariz pequeña, labios finos y unas facciones ligeramente marcadas, pero eran sobre todo sus ojos lo que uno no podía dejar de registrar. No eran ni grandes ni pequeños, no estaban más altos o más bajos situados en la cara, ni más juntos ni más separados: únicamente percibía uno que eran preciosos, muy profundos, negros, con un fulgor vernáculo y patente, de traducción difícil, pues no sabía uno nunca si te estaban diciendo adelante o adiós. Llevaba el pelo suelto y de vez en cuando hacía un gesto mecánico con los dedos y se colocaba un mechón por detrás de las orejas, finas y bien proporcionadas, con una perla en cada una de ellas. Lo hacía precisamente por eso, para que se vieran las perlas, y se había puesto las perlas para exaltar las orejas, pequeñas y muy bonitas. Quizá pensara, como Nietzsche, que unas orejas pequeñas y bonitas son el laberinto que conduce a
Dionisos.

El de las gafas siguió hablando un poco más. Tenía una voz sin timbre, evaporada entre nieblas metálicas. La chica había cruzado las piernas y se sujetaba la rodilla con las manos, pero seguía manteniendo la espalda erguida, pegada al respaldo. No se había quitado su caftán de piel vuelta. De vez en cuando giraba levemente la cabeza, escuchaba con atención, y no rompía nunca la expresión de seriedad. Cuando volvía la cabeza, yo miraba a otra parte, como un colegial, porque no quería que me sorprendiese estudiándola.

Por preguntar algo, quise saber a qué se dedicaban. El que llevaba la voz cantante había trabajado de periodista, aquí y allá. Malo, pensé. Ahora estaba en el paro. Bien, me dije, quizá se arregle. Miré al compañero del parlamentario, y me informó, mucho más vagamente,

de que no había hecho demasiadas cosas en la vida, pero pensaba pedir algún dinero y empezar a editar. No van a tener remedio, concluí de nuevo tristemente. Qué clase de libros, pregunté por cortesía, por alargar la conversación. El muchacho bajó la cabeza, un poco avergonzado de lo que tenía que decirme, y con un hilo de voz añadió, no sé, Leopardi, Fitzgerald, Goethe, James, Conrad, las cosas que me gustan. Bien, aplacé de nuevo, quizá no todo esté perdido.

La chica era la única que tenía un buen trabajo, desde hacía años, de secretaria, un trabajo burocrático que no le interesaba lo más mínimo, pero que le permitía leer y hacer otras cosas.

Cuando el tema de conversación de los empleos, que duró unos treinta segundos, quedó agotado, les pregunté cómo era que habían venido a pasar el fin del año en Trujillo, pregunta completamente idiota porque había sido lo primero que me habían dicho en el mismo umbral, antes de franquearlo.

Se hizo otro silencio. Me levanté, retiré las arandelas de la chubesqui y arrojé un leño en la estufa.

Les había gustado mucho Las Viñas, lo que la luz de la tarde les había permitido ver, al menos.

—Al venir observamos un pájaro muy extraño, sobre uno de los cables del tendido eléctrico. Era precioso, se asustó al vernos, y salió volando. Muy despacio, como a cámara lenta.

Fue la chica quien habló. Tenía una voz bonita, fina, sin demasiado cuerpo, pero con destellos de *mezzo*, y como sus ojos, poco difusos y seguros.

Sería un milano, les dije. No, contestó el de las gafas de concha. No era un milano ni una lechuza ni un mochuelo. Él entendía algo de pájaros, confesó sin modestia, y no era de ninguna de esas especies. Les pregunté si le habían oído llorar, uuuh, uuuh o con acento, uhhh, uhhh. Los tres, sin ponerse de acuerdo antes, concertaron que el alarido había sido claramente el segundo y no el primero, uhhh, y no uuuh. Yo les informé de que podía ser un pájaro ruso, que tenía el lloro como el de los niños, y que se había quedado descolgado de su bandada, en la migración. Se lo dije, pero mientras se lo estaba diciendo sentía ya una gran vergüenza, por estar engañándoles con aquella fantasía mía. Podía haberles contado también lo que me acababa de ocurrir con los ruidos extraños de la casa, pero eso, que era real, no se lo hubieran creído sin embargo, y por eso me contuve, por temor a que pensaran que trataba de encopetarme delante de ellos como un escritor de esos a los que les encanta que las mujeres salgan volando por los aires, o que logran que los muertos vuelvan a los pueblos polvorientos de Tijuana.

Cambió una vez más la conversación, que no había modo de armonizar: ellos querían hablar de mí, y yo quería saber de ellos. Aunque en realidad de ellos yo no sabía nada. Habría querido preguntarles si estaban enamorados, qué música escuchaban, cuáles eran sus alegrías y qué cosas les apenaban. El pequeño editor, que debía de ser un sentimental, me dijo: «No creíamos que pudiéramos verte», y a continuación hizo amago de levantarse para irse. Me fijé en él por primera vez de una manera concienzuda. Tenía unas manos muy chopinianas, como para ponerlas en un teclado y empezar con los nocturnos. No dejó de fumar un solo instante. Sostenía el cigarrillo entre los dedos de una manera muy femenina, pero a la vez era muy viril. Tenía los ojos un poco hinchados y rasgados. A lo mejor por sus venas corrían unas gotas de sangre oriental. No dejó de sonreír durante el tiempo que estuvieron allí, siempre con una sonrisa significativa, del que sabe más cosas de las que va a decir. Por ejemplo, sabía perfectamente todo lo que me había contrariado la visita al principio, todo lo que me gustaba luego y lo solo y desesperado que debía de estar en el fondo como para haberme enrollado con unos desconocidos, y también conocía lo mucho que me gustaba la chica y el hecho de que no le hubiera quitado los ojos de encima...

Como la conversación languidecía, pregunté directamente, por la curiosidad súbita que me entró de saber algo más de sus vidas, si estaban casados.

Fue la primera vez que la chica se soltó las manos de las rodillas, descruzó las piernas, irguió el cuello y miró desconcertada, un poco a la defensiva.

No lo estaban, pero ella esperaba un hijo, y señaló un poco azorada al muchacho de las gafas, dando a entender que él era el padre.

Sentí que no debía haber preguntado eso, y el que se parecía a Gary Cooper, que se dio cuenta de ello, trató de quitarle importancia y aseguró que él tenía peor suerte con las mujeres, y que no le quería ninguna. Se rió en sordina, seguramente porque será todo lo contrario, que las mujeres le acosan, porque era muy guapo.

Nadie hubiera dicho que la muchacha estaba embarazada.

Se hizo otro silencio.

Se habló todavía de algunas bagatelas más, pero la reunión había llegado a su final.

Fue la chica la primera que se puso de pie. Sentí una enorme tristeza de que se fuera. Creo que sí, me habría gustado abrazarla, como Yeats a aquella muchacha del mitin. Me habría gustado besarla también. Permanecimos de pie los cuatro sin decidirnos a la acción.

Todo el campo estaría cubriéndose con los cuchillos afilados de la escarcha. ¿Qué iban a poder hacer esos muchachos en Trujillo? Tendrían que compartir la estruendosa charanga de las gentes que celebraran la nochevieja. No, no iban a celebrar nada. Me miraban como diciendo: «estas despedidas son así de tontas. Todos nosotros somos un poco iguales, por eso nos entendemos. Dentro de unos minutos cada uno pensará en lo que dijo y en lo que no dijo, y le mortificarán las cosas que creyó que eran una tontería, y le escocerán dentro todavía, como si le abrasaran, aquellas otras que no se atrevió a decir. Al fin y al cabo, ¿qué puede hacer un solitario sino buscar a otro, reconocerse y comprenderse? Olerse como los perros».

Lo lógico es que se quedaran aquí esta noche, pensé. Si yo hubiera sido Tolstói, si el Lagar del Corazón hubiese sido Yasnaia Poliana, las cosas hubieran sucedido así. Habríamos llamado a los criados, habríamos enviado una troika al pueblo a recoger su equipaje, y habrían sido instalados en una de las habitaciones de la segunda planta. Pero uno no es Tolstói, en esta casa no hay sitio para más y El Pago no es Rusia.

Y de no quedarse en casa, me hubiera gustado seguirles, saber cómo iban a pasar la noche, lo que dirían del encuentro, lo que la vida les reservaba...

El de las gafas y las ondas sobre la frente, el novio de la muchacha embarazada, debió de leerme el pensamiento, porque antes de alcanzar la puerta del estudio me dijo: «Es curioso lo que sucede en la vida de las gentes. En realidad este encuentro ha sido poco significativo, no se han dicho grandes cosas en él, pero acaso para alguno de nosotros sea imborrable. ¿No es extraño?».

Era una pregunta un tanto aparatosa para responder allí, junto a la puerta del estudio, de pie, y di otra ambigua cabezada de comendador, igual que al principio, como diciendo «quién sabe».

Les tendí la mano a ellos y cuando iba a hacer lo mismo con ella, esta acercó su cara para que la besara. No sé por qué supe desde el primer momento que lo de leer mis diarios iba con todos menos con ella, y sin embargo me pareció que me miraba como una mujer que se reía un poco de todo aquello. Un algo así como: «Bueno, tú serás escritor, pero me he dado cuenta de cómo me has estado mirando. No he leído una sola línea de las que has escrito y a lo mejor ahora me animo, pero lo importante en este segundo es que yo sé que tú sabes lo que yo sé, y al revés, sabes muy bien que sé lo que tú sabes». No sé muy bien a qué podía estar refiriéndose, pero di por buenas todas las conjeturas. Al acercarse me rozó el pelo tan negro, y me pareció húmedo, como si no se lo hubiera secado, y olía a brea y a agua de

colonia. Me pareció un perfume muy exótico. Le besé una mejilla y luego otra. Al pasarme el pelo por las narices, aproveché para aspirarlo todo lo que pude, por si luego quería recordarlo.

Su partida me producía una tristeza muy real. Aquella visita dejaba en lo más hondo del alma sus posos de café turco, pero cuando iban a abrir la puerta para irse, sucedió algo todavía más extraño. M. la abrió desde fuera. No me había enterado de que habían llegado. Echó una mirada al cuarto, como buscando a alguien, y comentó:

—Me pareció que había alguien contigo. ¿Estabas hablando solo? Mira la estufa, se te ha debido de apagar. Se ha quedado fría la habitación.

Y añadió, ¿ha estado alguien aquí? Huele la habitación como si hubiera estado alguien fumando.

Levanté la cabeza de este cuaderno y vi a M. Me estaba sonriendo, parecía pensar: no me importa que te vuelvas loco, con tal de que envejezcamos juntos. Tampoco me importa que fumes a escondidas.

—Lo siento —añadió a continuación, cuando se dio cuenta de que estaba trabajando. Me miró unos instantes más sin soltar el picaporte de la puerta, sonrió y la cerró con suavidad, para salir más que de una habitación, de un sueño que no queremos desbaratar.

Solo entonces comprendí que quienes habían estado a verme éramos M., yo y V., hace veinte años.

Quizá fuese este quien, desde su muerte, nos recogiese en alguna parte. Me dije, ¿cómo no comprendiste que éramos nosotros? ¿Tanto hemos cambiado que no los reconocí ni me reconocí? ¿Dónde han quedado, muertos, los que fuimos, dónde están olvidados? Sentí un inmenso amor por aquellos días. Pobre V., ¿y tú? Aparte de muerto en tu pequeño cementerio de San Justo, ¿dónde estás esta tarde de San Silvestre? Se me había olvidado lo bellísima que era aquella muchacha acaso porque no he dejado de vivir con ella un solo día desde entonces. V. llegó a ser editor, pero murió hace seis años. Uno mismo ha escrito algunos libros, pero no ha podido dejar los periódicos y siente su vida tan insegura y provisional como entonces y, desde luego, tan solitaria. Ella sigue trabajando en lo mismo. A veces me pregunta: ¿algún día me retirarás? ¿Me quitarás de esto? Me gusta, por fantasía, que me lo pregunte como una de la vida. Y yo le respondo, sin convicción ninguna: algún día. El niño del que estaba embarazada nació hace quince años, ha crecido, empieza a vivir su propia vida. Dentro de siete tendrá los mismos que teníamos nosotros en esa escena que acaba de representarse hace un instante. Ha venido incluso al mundo otro niño, al que ahora siento, sí, asustando con sus juegos y voces, sin quererlo, a todos los ruidos de la casa.

Tengo oído que Eugenio d'Ors acostumbraba a quemar la noche de año nuevo una página inédita, «la más bella», aseguraba, y veía en ello una forma de sacrificio a sus manes particulares.

Quizá debería uno quemar estas páginas con las que comienzo el año, diezmo de las que llenarán nuestros graneros, si lo quieren los dioses. No son especialmente bonitas, pero llegaron ayer mientras estaba solo, esperando que M. y los niños volvieran de Trujillo a armar por dentro esta casa y a mantener a raya tanto ruido extraño, no siempre pacífico, sobre todo cuando logran emerger del famoso laberinto, como ahogados que devuelve el mar, con inquietantes augurios de soledad, de enfermedad, de muerte.

A continuación, cerré este cuaderno y salí a reunirme con ellos. Cenamos los cuatro solos. R. me dijo, papá, estás cogiendo la costumbre de hablar solo, y además creo que has vuelto a fumar. No, les dije, lo que oís son ruidos que se os meten en el oído sin que os déis cuenta; es esta casa. De lo del cigarrillo no me atreví a contarles que había estado visitándonos V., y su madre y yo mismo, cuando éramos jóvenes, cuando uno de los dos estaba en camino y el otro ni siquiera en proyecto. Y nos reímos un poco todos de muy buena gana de que empiece uno ya a tener manías, porque no son manías que sean especialmente molestas para nadie, y G., como siempre, fue quien puso la nota extraña, preguntando: ¿y las cosas que hablas solo son cosas que sabes o que no sabes?

Mientras esperábamos las doce campanadas y veíamos en la televisión a unos que hacían y decían cosas más raras todavía que las nuestras, con una excitación poco convincente y tanto más incomprensible cuanto que las veíamos con el volumen del televisor quitado, nos pusimos a jugar al parchís.

QUÉ siglos tan maravillosos aquellos en que llegaba un viajero y hacía relatos extraordinarios de las tierras visitadas, en las que aseguraba haber visto hombres con un solo ojo en la frente… y le creían.

Llegamos a casa a las once y media. G. se mostraba malhumorado con sus combates interiores: aseguraba, con sorna no desprovista de amargura, que le había visto una oreja blanca a Baltasar. La explicación que P. les había dado a él y a sus dos hijos pequeños, que a los negros cuando tienen gripe se les suele quedar una oreja sin melanina, no le convencía lo más mínimo, ni siquiera la autoridad de esa palabra que desconoce le ha impresionado. Vive como el año

pasado unas horas de pánico: piensa que si no cree, no habrá juguetes. El mecanismo es elemental, pero ha dado lugar a muy diferentes consideraciones filosóficas, la última que yo conozco de Wittgenstein: la creencia es imprescindible para generar realidad. Y a la inversa: una falta de creencia puede llegar a eliminar mundos perfectamente reales. Así que ahí tenemos a nuestro G. en el mismo punto que nuestro querido Pascal, dándole carta de naturaleza al Paraíso en razón de su miedo a la muerte, que es, como se sabe, una falta de creencia en la vida.

HABÍA pensado que cuando terminase el libro iba a consignarlo aquí como si fuese el último parte de guerra, pero lo he terminado, he hecho un paquete, lo he atado con una cuerda y lo he enviado al editor, ya sin ilusión ninguna. Para [el editor] el libro es un fiasco, una pequeña estafa, y para mí lo mismo, aunque por razones muy diferentes. Comparado con la mayor parte de los libros que ese editor publica del mismo asunto, este son *Las Siete Partidas*. Hoy por hoy, el único objetivo es que pase inadvertido, cosa difícil si le dan el premio (hoy mismo he firmado, con fecha del 15 de noviembre pasado, un papel por el que acepto presentarlo a ese premio. La fecha es la misma que la del contrato). Si hubiese que escoger algo en mi vida que ilustrase los vanos afanes del hombre, serían estos últimos meses. ¿Qué has conseguido? ¿Qué sabes hoy que no supieses entonces? Debes ser indulgente contigo mismo, de lo contrario nunca llegarás a hacer nada valioso, pero no podrás leer jamás ni una sola línea de este libro que pueda sorprenderte como si la hubiese escrito otra persona. Lo mejor de nosotros siempre lo ha hecho otro, y hoy por hoy este libro es enteramente mío. Así que no hay lugar para las celebraciones ni para los desfiles de la victoria. 17 de enero de 1994. Hoy, a las 10,45, tras una noche que se prolongó hasta las siete de la madrugada, rotas y cautivas, han sido entregadas *Las armas y las letras* a su propio albur. A partir de ahora, etcétera.

PARA mí el Rastro ha sido lo que para un huérfano sin amparo pueda ser la calle.

UN error muy extendido es creer que la verdad, cuanto más amarga y desagradable, más verdadera y valiosa es. Es absurdo, pero ha sido una de las reglas del juego. En literatura y arte este siglo ha pensado

algo parecido, cuando ha creído que los asuntos dramáticos o pestilentes eran más artísticos: genocidios, locura, inmundicia. Ha creído más importante el grito que el silencio o la voz apagada, lo turbio más que la corriente clara, la fealdad monstruosa mejor que la belleza. En el fondo encuentra superior la versión del papa Inocencio de Velázquez realizada por Bacon, que el original. O por lo menos, pareja, lo cual lo dice todo.

ES curioso: la experiencia le dice a uno que los diarios suelen irritar sobre todo a los que no tienen la costumbre de leerlos.

NADIE es capaz de reconocer en él mismo el pecado de la envidia por tratarse de uno de esos pecados de los que no puede obtenerse ningún beneficio. En la ira, en la lascivia, en la soberbia, en la gula podemos hallar un placer, incluso, según las circunstancias, un gran placer. Ahora, ¿en la envida? Confesarse, «soy envidioso» es como confesarse, «soy idiota».

ES un hecho comprobado que cuando se habla de la envidia, hay alguien que quiere matizar y nos habla de «una envidia sana». No hagáis caso. El que sostiene sentir una sana envidia, es porque también conoce la insania de la envidia a secas. Se empieza por la envidia sana, y se sigue por la otra.

ACABA de telefonear JM. para proporcionarme un dato que seguramente deberíamos considerar trascendente. Creo que aún tengo acelerado el pulso. La vida de los investigadores se ve que está jalonada con estos sustos, que le dan aliciente y expectativas. Estoy a tiempo de incluirlo, si quisiera. Pero creo que no voy a querer.

Hace años compré una mañana un montón de periódicos del *Abc* de la época de la guerra, de Madrid, y otros pocos más, nacionales, del *Abc* de Sevilla, también de esas fechas. Uno compra las cosas y las deja ahí, esperando que le sirvan un día, aunque eso no despeja la duda fundamental: ¿qué habría ocurrido de haber aparecido otros periódicos, y no esos? Lo digo, porque suelo escribir estos libros con lo que tengo a mano. Quizá si tuviese otras fuentes los libros saldrían de otra manera. Me acuerdo de X, una asistenta que nos hacía la comida. Su especialidad eran unas suculentas lentejas estofadas. Se quejaba de

que tuviera que hacerlas con lo que había en casa, que era nada, así que solo podía añadir a su guiso un tomate, un pimiento, unos ajos, una cebolla. Se quejaba la mujer de que aquello no tuviera «otras cosas», haciéndonos imaginar lo que podrían ser unas lentejas cocinadas con tantos ingredientes como ella juzgase necesarios para un guiso maestro. Un día le preparamos todo lo que nos pidió, chorizo, morros y oreja de cerdo, morcilla... No se podían comer, estaban indigestas, liposaturadas hasta cotas inadmisibles. Después de aquel experimento, volvimos a nuestras lentejas vegetarianas. Los ensayos de literatura hay que escribirlos antes con pocos que con muchos libros, con menos, antes que con demasiados. Claro que soy de esta opinión porque aunque hubiese querido escribirlo con demasiados tampoco hubiera podido, porque solo tenía unos pocos. Pero es obligación de un escritor hacer de necesidad virtud. Para empezar, tendría que haberlo escrito en mucho más tiempo, con más fichas y lecturas, y sobre todo consultando hemerotecas y bibliotecas públicas, pero uno no es un animal de biblioteca pública, y prefiere trabajar en su propia casa con lo que tiene a mano, y hacer libros vegetarianos de digestión ligera.

A lo que íbamos. Cuando lo empecé, repasé las colecciones de periódicos que he ido guardando durante estos años. En el *Abc* de Madrid encontré algunas cosas curiosas, entre ellas una entrevista con Rafael Alberti. Acababa este de escaparse de Ibiza, donde le sorprendió el levantamiento militar. Ibiza cayó pronto en poder de los nacionales, pero Alberti y su mujer, con ayuda de algunos camaradas, lograron salir de allí y regresar a Madrid.

En la entrevista, de septiembre, se ve a un hombre optimista no solo porque cree que ganarán la guerra, sino porque está convencido de que se ha iniciado en España la verdadera revolución bolchevique, para la que él llevaba trabajando de manera muy activa unos cuantos años, con viaje incluido a la Unión Soviética.

En la *interview* el reportero le pregunta por las actividades de la recién creada Alianza de Intelectuales Antifascistas, que tenía su sede en el palacio de los marqueses de Heredia Spínola, a quienes naturalmente se les había confiscado, y Alberti responde, para ilustrar la perfidia intrínsecamente perversa de los aristócratas recién expoliados, que habían encontrado en las habitaciones privadas de los antiguos dueños «libros de El Caballero Audaz y de Martínez de la Riva, elementos monarquizantes».

El Caballero Audaz era un periodista célebre, que acabó siendo un apologista vulgar de todos los valores fascistas. Su prosa es la de un facineroso sanguinario y repulsivo, empedrada de coces y salidas de

tono de pésimo gusto. En cuanto a Martínez de la Riva era desde luego mucho más moderado y de ninguna manera un periodista célebre. Ejercía, me parece, la crítica de cine en el propio *Abc* y había escrito también algunos libros políticos, como fueron frecuentes en la época de la República. Yo sabía que a Martínez de la Riva le habían fusilado al comienzo de la guerra, pero no la fecha exacta. Cuando leí la entrevista de Alberti, del 16 de septiembre, le comenté a JM. que era una lástima no conocer la fecha del asesinato de Martínez de la Riva, y bromeamos los dos un poco ingenuamente, como esos chicos que, pasado el tiempo, se encuentran una granada enterrada, con la que se ponen a jugar.

Todo el mundo recuerda el escándalo que se organizó el año pasado con el libro, que fue premio Espejo de España también, de Torcuato Luca de Tena, en el que este aseguró que Alberti había firmado sentencias de muerte en la desdichadamente célebre cheka de Bellas Artes, de Madrid.

La respuesta de Alberti no se hizo esperar, lo negó todo, exigió pruebas firmes, y amenazó, de lo contrario, con llevarle a los tribunales. No sé en qué acabó la cosa, creo que en la segunda edición se quitó esa alusión, y Alberti retiró la denuncia, si acaso la había llegado a presentar.

Tampoco sabemos si Alberti firmó o no sentencias de muerte, pero un prólogo como el de Bergamín en el libro *Espionaje en España* desató, es bien sabido, no pocas ejecuciones, venganzas y persecuciones contra «los elementos trotskistizantes» que combatían como buenos republicanos en el frente. Y aunque no las firmara personalmente, estuvo de acuerdo con los que lo hicieron, desde el momento en que jamás denunció tales abusos. De hecho jamás ha criticado la cheka generalizada en que Stalin convirtió la Unión Soviética durante su mandato, con millones de muertos y deportados, ni renunciado a los honores que le tributó Stalin, sino muy al contrario. Cuando se vino abajo el muro de Berlín y se disolvió la Unión Soviética, Alberti comentó a un periodista: «Para mí la Unión Soviética es eterna, siempre seguirá viva en mi corazón». Si se sustituye Unión Soviética por «España de Franco», la frase es muy parecida a la que soltaba a todas horas Girón de Velasco a la muerte del dictador, juzgando el desmantelamiento de la dictadura. Así que no tiene nada de extraño que alguien pensara que Alberti tuviera que ver con muertes irregulares en 1936, cuando tantas muertes irregulares había por toda España. Recuérdese a JRJ huyendo de una muerte irregular a las pocas semanas de empezada la guerra, salvado in extremis de comparecer en un tribunal de facinerosos por una

casualidad: la de no tener ningún diente de oro. Lo cuenta el poeta en su poema «Espacio».

Hace un momento me ha llamado JM. para comunicarme que buscando un dato para su *Diccionario de las vanguardias* se ha tropezado por casualidad en un folleto con la fecha del asesinato de Martínez de la Riva. He ido al periódico a consultar la fecha de la entrevista, porque se me había olvidado, y nos hemos quedado mudos. La entrevista es del 16 de septiembre, y la muerte del 23, una semana después.

Es fácil reconstruir la peripecia de los últimos días de Martínez de la Riva y de su muerte.

Martínez de la Riva trabajaba, como he dicho, en el *Abc*, y era monárquico, como su periódico. Al estallar la guerra, se formó, como en el resto de periódicos y revistas de Madrid, un comité, integrado por los obreros de los talleres y los periodistas, que nombraban a un camarada director. Ese comité fue en *Abc*, desde el principio, de orientación revolucionaria. Cuenta Chaves Nogales procedimientos análogos en el prólogo de *A sangre y fuego*. Seguramente Martínez de la Riva cometió la ingenuidad de ir al periódico el mismo día 18 de julio, porque lo que sabemos es que le encarcelaron en una improvisada celda o cheka que se habilitó en los sótanos del mismo periódico, a la que fueron a parar alguno de los periodistas. Quizá le detuvieran en otra parte, y le llevaran allí, pero el hecho de que permaneciera en aquella cheka quiere decir que de alguna manera sus antiguos compañeros pensaban juzgarle o, al menos, disponer de su suerte.

Durante cinco o seis días nadie repara en el pobre hombre, que se pudre en los sótanos. Uno de esos días también alguien, a la vuelta de Alberti a Madrid, decide entrevistar al camarada. El asesinato de Lorca, amigo íntimo de Alberti, había tenido lugar hacía ya un mes. Alberti habla y cita a esos dos escritores, Carretero y Martínez de la Riva. La revista *El mono azul*, que dirigirá el propio Alberti, se abrirá con una sección que se titulará precisamente «A paseo», dedicada a uno o a dos escritores a los que se sabe o se supone fascistas o reaccionarios (no se librará de aparecer en ella, por ejemplo, Unamuno), invitando a los lectores a que les manden a paseo, o los localicen y delaten, si están en Madrid (las menciones a Giménez Caballero, Montes o Sánchez-Mazas son un «busca y captura» en toda regla), en un momento en que todos sabían perfectamente lo que significaba esa palabra. Ese era el clima. De modo que imaginamos esa mañana en la que los obreros comunistas del *Abc* leyendo la entrevista a su camarada, un hombre célebre y uno de los intelectuales más

importantes en ese momento, se topan con el nombre de Martínez de la Riva. ¡Cómo!, dirían, ¿no es este el mismo que tenemos abajo? Si el camarada Alberti declara para nuestro periódico que ese elemento monarquizante es tan pernicioso como para que hayan tenido que quemar sus libros, ¿cómo es que sigue vivo?

AYER, cuando llegamos a Cuchilleros, nos encontramos a RG. sentado junto a la ventana. Miraba pasar la gente por debajo, de un lado a otro de la plaza. «Aquí estoy», nos confesó, «me han sacado al solecito». Quería darse un poco de pena, porque no ha nacido nadie, que sepamos, que pueda sacarle a él al solecito. Pero como quería deprimirse un poco por todo este invierno crudo, coquetea con su tristeza. Y a continuación nos hizo una agudísima observación. Si los moralistas miraran más por la ventana, serían mucho más útiles a la comunidad. Nos dijo que él había observado viendo caminar a la gente por la plaza que las personas que iban con abrigo o gabán marchaban encogidas, muertas de frío; en cambio, las que iban con jersey, incluso en mangas de camisa, marchaban tan campantes y orondas, con una sonrisa saludable. De un hecho así vale la pena sacar una moraleja.

QUÉ rara y diabólica flor es el miedo, echando sus raíces en el aire, como las orquídeas.

DURANTE un buen rato estuvimos cavilando qué hacer con ese dato. Yo desde luego no voy a incluirlo, y alinearme con el insigne Luca de Tena (interesante: el *Abc* de ahora se pondría de mi lado), pero JM. cree que sí debería darlo, y relacionarlo con la entrevista. A eso le llamo yo disparar con pólvora ajena. Le he confesado que no tenía ninguna gana de que me fusilaran a mí de paso. Al final, para tranquilizar mi conciencia de historiador honrado y veraz, he ideado una argucia que no servirá de nada, porque parece como pensada por un jesuita. Como cuando los escritores creían burlar la censura franquista con criptogramas y frases herméticas de sibilina interpretación. Hela aquí. En el prólogo citaré la entrevista de Alberti, y pondré la fecha en que se publicó, pero me limitaré a decir que a Martínez de la Riva le asesinaron «por esas fechas». Solo en el *Dramatis personae* vendrá la fecha exacta de su muerte. Si alguien quiere tender un puente entre una y otra, podrá hacerlo, pero tendrá

cuatrocientas páginas que saltarse. O sea, se hila muy fino.

Tuve que telefonear a X a la editorial, para hacer estos menudos cambios de última hora.

Apenas me lo pasó su secretaria, y antes de que yo dijera nada, me soltó un «sé breve» impertinente y tajante, del que se siente importunado por un criado estúpido. Podría escribir aquí que me entraron deseos de estrangularle, cosa que no sería en absoluto inexacta, pero a renglón seguido tendría que poner cómo guardé silencio, impotente, sintiendo sobre mis lomos su espuela de capataz, y esa humillación me escoció mucho más por mí que por el libro. ¿Acaso escribirlo no le ha enseñado a uno nada? El hombre lucha siempre por un principio noble: nadie es más que nadie, y sin embargo, como hoy, tiene uno que bajar la cabeza. Es fácil hacer literatura con los principios de hace cincuenta años, incluso en el momento, siempre y cuando sean grandiosos, con fusiles y banderas revolucionarias. Pero el mal se encarna en un superior jerárquico y la batalla se solventa en el centímetro cuadrado de una conversación, y uno claudica de modo ominoso, ignominioso y espantoso. Al transcribir todo me sonrío y me compadezco un poco, pero no creo que esté preparado aún para mirarme en el espejo. Me echaría a llorar.

Lo peor de todo es que tendría que haberme tomado mi tiempo para contarle todo eso de Alberti y Martínez de la Riva, pero me puse nervioso. Le imaginaba al otro lado del teléfono haciendo muecas de impaciencia, tal vez echando fuego por los ojos en dirección a su secretaria, que es la que al fin y al cabo le pasó mi llamada, quizá garabateando en un papel, distraído e impaciente.

Nuestras conversaciones son cada vez más cortas. Sabemos que cuanto menos duren, menos posibilidades existen de que todo estalle en una pelea de consecuencias imprevisibles, con daños irreparables. Yo me digo, has llegado hasta aquí, aguanta. Su posición es, no obstante, mucho más fuerte que la mía. Él calcula que mientras no me desembolsen la otra mitad del dinero, y eso llegará con el premio, yo tragaré quina y lo que sea menester. Pero está asustado, porque teme que actúe a la desesperada, como un animal acosado.

La conversación se ha resuelto de un modo penoso, atropelladamente. Ha colgado él y yo seguía con el auricular en la mano, sin saber qué hacer. Si fuese lagartija, buscaría una grieta en la roca, para perderme en ella, muy cerca de los difuntos.

HAY que desconfiar siempre de la gente que dice las cosas por nuestro

bien.

EN esto nuestro no hay hijos ni padres. En esto nuestro todos somos huérfanos y, con un poco de suerte, hermanos.

ESTA mañana al pasar por la calle Libertad entré, por casualidad, en una tienda que venden tarjetas postales antiguas y mil cachivaches de coleccionistas. Pedí que me enseñaran manuscritos, si tenían algunos. Compré un dibujito de Barradas sobre Catalina Bárcenas, y una carta de la mujer de Rubén Darío dirigida a este, que se encontraba a la sazón en París. Esta especialmente es emocionante. Como todo el mundo sabe, esa segunda mujer del poeta, con la que no se llegó a casar nunca, porque la suya legítima vivía aún, era hija de un guarda de la Casa de Campo. El poeta la enseñó a leer y a escribir. Él, un hombre importante, ministro plenipotenciario, cónsul, embajador, alguien que había tratado a las grandes glorias literarias del fin del siglo en París, el mayor poeta de América y uno de los más importantes del mundo entonces, se va a fijar en una mujer de baja condición. Son historias que solo parecen posibles entonces. La mujer, agradecida hacia su príncipe, le fue fiel toda la vida. La carta está llena de faltas de ortografía y la letra es irregular e insegura. Le da noticias de su pequeño hijo, que acaba de nacer. Es la carta de una mujer enamorada. Son jóvenes todavía. Ninguno de los dos puede prever el final triste que le espera al poeta. Al contrario, este está en lo más alto de la celebridad y el respeto internacionales, aunque eso no significa que sea rico ni que sea feliz. Al contrario. A menudo se ve obligado a trabajar duro para obtener algunos francos. Con frecuencia la deja aquí, en casa de su padre, y él se marcha solo, allá, por la necesidad de correr la vida y respirar aire libre. Se duele la mujer en esa carta de que a Darío no le haya gustado el nombre que le ha puesto a su hijo, Feliz, cuando Feliz era el santo del día. Lo que extraña es la distancia en la que vivían entonces las parejas, como en mundos diferentes, uno en un sitio y otro en otro, sin hablarse de cosas elementales como del nombre de un hijo...

Y más extraño aún ha sido el camino que ha recorrido hasta llegar a aquí.

Volví a casa con la tarjeta en la mano. La miraba. Trataba de adivinar cuál era el mensaje que traía hasta mí, ya que todas las cosas llegan a este mundo con precisos y secretas confidencias para cada uno de aquellos con los que se tropezarán. Y no logré oír su queda

voz.

Ahora está frente a mí, sobre mi mesa. Y me entran como ganas de llorar, y lloraría si con ello no pareciese que me daba importancia. Pero, sí, siento ternura hacia esa mujer, hacia ese hijo Feliz, hacia el abrazo del que nació, lágrimas por los fúnebres ramos y los viejos racimos.

A FALTA de quince días para el premio ha vuelto a producirse un nuevo y harto desagradable incidente con X. Está desquiciado e irritable, dominado por una histeria de la que desconozco la razón, a menos que sea la vieja razón, magnificada, digamos que elevada a una presión mayor en la caldera de los malos humores, un como si dijéramos cabreo exponencial, convencido de que me llevo algo que no me pertenece. Estoy seguro de que cree que yo he hecho un desfalco en su empresa, pero no me puede denunciar porque él es de alguna manera no solo cómplice, sino el inductor, y es tarde para dar marcha atrás. Así que toda su irritación debería ser para con él mismo, y a mí dejarme en paz. Me trata a patadas, como el capataz de una plantación de algodón. No siempre se pone al teléfono y cuando lo hace principia por un «sé breve, tengo muchas cosas que hacer», de una grosería como yo no creía que pudiese existir. Lo extraño es que él se rebaje a ser tan vulgar. Yo mismo creo que me estoy convirtiendo en uno de esos empleados neuróticos que no pueden dejar de hablar de su jefe, en cuanto salen de la oficina, o uno de esos hombres que después de haber hecho la mili no encuentran otro tema mejor de conversación que ese durante los restantes años de su vida.

Me encuentro cada día que pasa más y más deprimido, con una anemia moral que apenas me deja capacidad alguna de maniobra. No debería hacer esta clase de confesiones. Aquí al menos no. Este es un recinto sagrado. Pero, dónde, si no puedo hablar de «esto» a mi entera satisfacción. Se supone que uno escribe diarios para quejarse un poco.

Pienso a menudo en todo esto, y trato de hacerlo de una manera honrada, limpia, interesándome de veras en las razones por las cuales ha sucedido todo. Me interesa de verdad, quiero decir, aquí se ha producido algo que es real, y en la medida que me interesa la realidad, quiero saber qué ha sucedido, pero desgraciadamente no logro dar con una razón de peso que lo explique, aunque sé muy bien que nunca hay una razón, sino varias. Creo que se siente humillado por haberse equivocado al haberme elegido para escribir este libro, considera que se le ha estafado, y naturalmente lo ha hecho alguien «inferior» a él, y esto una persona soberbia no puede sufrirlo. Sé que

buscaría a otro para hacerle el mismo ofrecimiento que me hizo a mí, pero es ya demasiado tarde. Se pueden escribir libros en tres meses, pero no en quince días... Bueno, también se puede escribir libros en quince días, pero él ya no puede pedírselo a la persona que podría hacerlo...

Insisto, porque esto me hace bien. Me lo repito, para no volverme loco: me encargó un libro de doscientas páginas y le he entregado uno de quinientas, con índices, biografías y bibliografías, además de un número importantísimo de ilustraciones, muchas de las cuales eran inéditas... ¿Qué más quiere? Tendrá un buen libro y un premio mejor que la mayoría de los que ha dado otros años, ¿qué más podía pedir?

No siempre todo es así de sórdido. Puede serlo más. A menudo discutimos, y siempre a voces, lo que aprovecha para decirme algo que me enfurece más todavía: «Haz el favor de no gritarme». Yo entonces le grito más aún, le digo, «grito lo que me da la gana, y además yo no grito».

Cuando colgué me entraron unas ganas incontenibles de llorar, pero no de furia, como hacen en las películas las señoritas consentidas a las que se ha contrariado, que se encierran en su cuarto, se arrojan sobre la cama y hunden su cabeza en la almohada y sollozan con rabia. En uno es por lo contrario, porque no le consienten. Mis ganas de llorar son de aniquilación, me dejan inane, me siento pisoteado, ni siquiera me atrevo a confesarme cómo han sucedido las cosas, y no me derrumbo por respeto hacia mí. Mañana esto se volverá a repetir. Estoy convencido de que tratará de destruirme como sea. En honor de la verdad, he de confesar que en esto no busca placer, no es un sádico, le repugna tanto como a mí, pero lo hará, si puede, quizá porque también querría destruirse a sí mismo, y no acaba de conseguirlo. A la inseguridad que me produce un libro de esta naturaleza, del que todo el mundo se creerá con derecho a opinar, pues en España quién no tiene una idea inamovible sobre la guerra civil, a eso, se suma esta situación insostenible.

A continuación he telefoneado a C., que está al corriente de todo, y que conoce bien a X. Me dice: Puedes estar contento, tú tienes un libro, es lo que cuenta, y además tienes el premio. Olvídate de todo lo demás. Es cierto, pero no sé si llegaré mañana a mi ración de «sé breve».

Y eso es lo que hice después de hablar con C. Salí a la calle. Al pasar frente al 17 de Conde de Xiquena, la portera hacía como de costumbre tertulia con la del 19. Hablaban en voz alta las dos, aunque estaban una al lado de la otra, una apoyada en un quicio de la puerta y la otra en el otro. Parecía que estuviesen sobre un escenario, pues no

tenían ninguna necesidad de levantar tanto el tono, teniéndose al lado como se tenían, de no ser que pensaran que podían de paso informar a la vecindad. La del 17 le decía sin apelación posible:

—Ese es un cacho cabrón, Dios me perdone y amén.

No sé a quién se refería. Pensé que podría valer para el mío, y eso hizo que me aflorara una sonrisa muy limpia de alguna parte. Todo el mal humor que me había lanzado a ruar la calle se metabolizó de golpe en algo zarzuelero. Sí, Dios me perdone y amén.

A UNA semana del fallo, se acaban de llevar las pruebas corregidas. Me siento aliviado, lo cual no sé si lo afirmo desde la posición del que se ha muerto del todo, o de aquel al que han dado el alta.

Leo por el gusto de leer, y ese placer me emborracha agradablemente, como el oso que come madroños en el campo y da tumbos un poco cómicos, con la cabeza ida. Son cosas conocidas. No sé si mi constitución de ahora le permitiría meterse a uno en jardines más intrincados. Los diarios de Stendhal. Es un paseo agradable, llano. Todo lo que no fuese esto, lo recibiría como ese convaleciente al que se aconsejara para su restablecimiento montar a caballo, una dieta a base de chorizo picante y vino de Cacabelos y bruscos saltos en pos del zorro.

OBSERVAR con detenimiento a esos tipos que en los conciertos se adelantan unos segundos a todos los demás en aplaudir, no tanto movidos por el entusiasmo como para dejarle claro al auditorio que ellos conocían a la perfección la pieza y que tal silencio era el final y no pausa entre movimientos. Estudiarlos bien, mirar a esas mujeres y esos hombres a la cara. Son los mismos que en el colegio estaban todo el día con el brazo levantado, las mismas que le llevaban el breviario a la monja, los mismos que en la mili le hacían la pelota al sargento, los mismos que en un momento determinado irían a la policía a delatarte, ellos, tan melómanos, tan sensibles.

ACABABA de hablar con X, que me llamaba para infundirme ánimos. El premio, me confirmó, será solo un trámite. Me adelantó el nombre del que creía iba a ser finalista. No me pareció ni bien ni mal. Pero no habían pasado cinco minutos cuando me telefoneó mi agente. No habrá premio. Le ha llamado el editor para comunicárselo. Al parecer este me llamó antes a mí, para darme la noticia personalmente, pero

estaba comunicando. Es posible. No ha querido decirle quién será el ganador. Por el misterio, supongo que el finalista. Cuando me lo estaba contando, no acababa de creérmelo. Quiero decir, sabía que era verdad lo que estaba oyendo, pero no me parecía verosímil, aunque algo me decía también que eso tenía que ocurrir tarde o temprano. Y ha ocurrido. Le he preguntado si nos abonarán la diferencia de dinero que hay entre el adelanto y el monto que cubre el premio. No lo sabía. Cree que no. Casi me ha dado la risa, me he sentido como ese al que acaban de dar el viejo timo de la estampita. He pedido únicamente que no me dejen de finalista, cosa a la que se han avenido. Más lo pienso, y menos lo creo. En el fondo hay algo que me alegra. No es la zorra que dice qué verdes están las uvas. En el fondo creo que será mejor para un libro como este, al que un premio iba a echarle encima demasiados focos. Mejor, quizá, que salga a escena en una discreta penumbra. Si disparan, y dispararán, será más fácil escurrir el bulto.

ME desvelé hacia las cinco de la madrugada. Pensaba en todas esas cosas. M. es de mi misma opinión y dice que en el fondo se le ha quitado un peso de encima. Le parece todo más claro así, más limpio. Yo he escrito un libro, dice, solo cuenta eso. Todo lo demás acaba por olvidarse. Seguramente, pero a la fuerza ahorcan, le dije por victimarme un poco. Durante el tiempo que permanecía en la cama sin moverme, por no despertarla, iba pensando. Así es como me vi, como uno de esos personajes de Fritz Lang abocados a cometer una mala acción por un imperativo de naturaleza vital y de supervivencia, matar a un hombre, robarle, huir, suicidarse... Lo de este premio era como una acción si no mala, sí medio mala, sobreentendidos, medias palabras... Es muy probable que para ganarlo ni siquiera hubieran hecho falta los acuerdos previos, que acaban de romperse. Hubiera podido ganar limpiamente. A última hora ha intervenido un ángel, que me ha apartado del mal camino. Lo miro así, tan cinematográficamente, porque cree uno habérselo ganado a pulso, después de todos estos meses trabajando dieciséis horas diarias. Y cosa curiosa, a las cinco y media me volví a dormir, como solo ocurre cuando se tiene la conciencia tranquila.

CONVERSACIÓN con el editor. La refriega, quiero decir, ha sido breve y desagradable. Naturalmente no le he dicho que me siento mejor, puesto que hacia él mi papel es el de sentirme mucho peor. Y he aprovechado para soltarle, Dios me perdone, para gritarle, cómo me

he sentido durante estos tres últimos meses, maltratado por él, vilmente postergado, humillado y vejado... Creo que he usado todas las palabras del repertorio, ominoso, villanía, oprobio, vileza, ruindad... Le he llamado cobarde, tunante, estafador, lacayo, mezquino, canalla, pillo, jayán. Incluso he ensayado un acceso de cólera homérica cuando intentó deslizar la teoría de que el jurado había encontrado mejor el libro del que finalmente ha resultado el vencedor. Si en contra de su inteligencia hay que decir que hizo mal en pensar que yo me iba a creer una patraña como esa, conviene añadir a renglón seguido, en honor de su honradez, que apenas mantuvo ese argumento unos segundos, reculando de inmediato, pero se negó a contarme la verdad de lo ocurrido, y cuando cerré mi turno con la frase de Foxá al Caudillo, se refugió en un silencio honorable: «Me temo, amigo —le dije—, que te han dado una patada en mi trasero».

En los periódicos sale la noticia destacada. El ganador ha dicho que agradecía al jurado que le hubiesen premiado «habida cuenta de que se habían presentado otras obras indudablemente mejores». Sea o no cierto esto último, solo yo he podido leer esas líneas sabiendo de lo que hablaba. Pero él, el ganador, ¿cómo se habrá enterado de los libros que se presentaban y de si eran buenos o malos?

TUVE que hacer a última hora tres llamadas para atar algunos cabos sueltos del libro. Hablo con alguien de la editorial, un subalterno muy amable. Me intriga saber si sabe la razón por la cual ahora despacho con él y no con su jefe. Después de la conversación con el editor no creo que nos volvamos a hablar nunca más.

Las correcciones las dicté también por teléfono. Hablé con LF. para preguntarle un par de fechas en relación con el encarcelamiento y ejecución de Sánchez-Mazas. Me respondió una moribunda. No entendía nada de lo que le preguntaba. Cuando al fin lo entendió, no comprendió por qué quería saber ese par de detalles de la vida de su marido que para ella no tenían el menor sentido ni ninguna importancia. Parecía cansarle tener que sostener esa conversación, pero la buena educación le impedía cortarla por lo sano. Me despedí de ella de una manera precipitada, entre las grietas de los formulismos de urbanidad. Cuando colgué estaba exactamente en el mismo lugar, sin saber las fechas por las que le preguntaba.

A FGdelosR. le pregunté la fecha de nacimiento de Mauricio Amster. Me pidió que le volviera a telefonear al cabo de una hora, pues tenía que buscarla. Estaba apesadumbrado. Acababa de salir del

hospital con una cadera de platino, me cuenta, y un corazón de hojalata. Tosía mucho. Al volver a hablar con él, me confesó con alegría que le había hecho pasar una hora deliciosa entre sus viejos papeles. Recordamos los días en que nos veíamos en Madrid. Siempre volvemos a esos días. Todavía era un hombre joven. Acaba de jubilarse. Bebía sus buenas ginebras con tónica y sus buenos whiskies. Todo eso había desaparecido, me contó. Se echó a llorar. No sabía cómo consolarle. Le hablé de sus proyectos. Pensaba que cuando se instalara en Nerja iba a comprar un chibalete y una minerva de segunda mano, y allí iba a imprimir sus poemas y los de los amigos, como Altolaguirre. Es el sueño de todo poeta-tipógrafo. No compró jamás ni los chibaletes ni los tipos ni la minerva. Apenas escribía. Ha vendido su biblioteca al Centro del 27 de Málaga con un acuerdo conveniente: que no sacarán ningún libro mientras viva. En realidad es hasta que él no muera. Esos artículos están escritos de una manera, pero si se les da la vuelta, se les ve las costuras funéreas. Largos silencios. Seguía llorando. Deduje que se acercaba su mujer por donde él estaba hablando, porque hizo un esfuerzo por tragarse las lágrimas. Son vidas que se van diluyendo, como la sal de las propias lágrimas.

RCh., en cambio, estaba de lo más animosa. Se acordaba perfectamente del año del nacimiento y muerte de Máximo José Khan. No precisó ni siquiera consultarlo. Estaba eufórica. No se cree haber llegado a los noventaicinco años sin que le duela nada, asunto que celebra cada tarde con dos cubalibres o gintonics, aunque recordó los versos de Machado: «Ya no bebo lo que dicen que bebía».

Son tres vidas. Las tres están al final de su trayecto, y en las palabras de esos tres amigos, el crespón de las despedidas. No en las de RCh. En las suyas se ven aún los ramos de mayo de su tierra castellana, las notas claras de un arroyo, el gorjeo impulsivo de un gorrión que acaba de saltar del nido.

COMPRÉ en la Cuesta el tomo en piel de las obras de Valle, en la edición de Ribadeneyra, la que lleva ese grabado de Castroviejo con la efigie del escritor y abajo la leyenda de «El que más vale no vale lo que vale Valle». Olé. Para amortizar las veinticinco mil pesetas que me pidieron, he releído *La corte de los milagros* y he empezado *Las guerras carlistas*. O sea, que el disgusto ha sido doble. Es un caso extraordinario, pues no interesando absolutamente nada, asiste uno a esa prosa de taracea en maderas perfumadas de oriente (sándalo, alcanfor, palo de rosa), página tras página, sin poder apartar los ojos de ella, como nos ocurre a veces con un charlatán callejero

especialmente dotado para su oficio. Todo el mundo sabe que eso que vende no es un gran qué, pero forman un gran grupo alrededor, lo escuchan con atención, incluso con arrobo, y cuando se cansan, se van, la mayoría sin haberle comprado el abrelatas que al mismo tiempo tiene otros diez usos utilísimos y muy necesarios en el hogar moderno. Han pasado oyéndole media hora. Si alguien les preguntara:

—Y ese, ¿qué vende?

Tendrían que responder:

—Ah, yo no sé.

A VALLE-INCLÁN se le va la fuerza por las barbas.

SIEMPRE hay un peldaño más bajo que nos espera, un lugar del que es difícil volver y en el que la única medicina de probada eficacia es leer a los estoicos, a Leopardi, a Nietzsche, aquel que decía que «hablar mucho de sí mismo es también una manera de ocultarse».

SALE en el periódico de hoy la esquela de Liliana Ferlosio Vitale, y el corazón, al leer ese nombre, se ha estremecido con un vago dolor, de extraña naturaleza, sin que acabemos de saber el porcentaje que hay en ello de pena y desolación y el de sorpresa. Cuando hablamos la última vez, no hace ni siquiera un mes, ya me anunció que se encontraba mal. Uno, mitad por no darle importancia, mitad para no tener que dársela, le dijo en cambio que por la voz se la notaba animosa y saludable. Pero ella decía no, no; no exactamente con irritación o pena, sino con impaciencia, como si tuviera ganas de acabar de una vez por todas con un trámite tan ingrato.

Siempre me preguntaba por mi hijo R., quizá porque lo llevé cuatro o cinco veces en mis visitas, tal vez porque teniendo ella también un hijo que se llama Rafael, se acordara de su nombre. La guardería a la que iba estaba también en El Viso, a dos pasos de su casa. Le recogía y me pasaba por allí, en los tiempos en que preparaba la edición de *Rosa Krüger,* y luego todo lo demás que fui editando, *Las aguas de Arbeloa,* los poemas...

Tenía unas grandes dotes de narradora. Contaba historias de su familia, de su padre banquero, de sus tíos, algunas, menos, de su marido, casi ninguna de sus hijos, salvo de uno, que se le murió tuberculoso en la posguerra.

Tenía este dos o tres años, si no recuerdo mal, quizá alguno más.

Fue recién terminaba la guerra. Los médicos le habían aconsejado que tomase el aire libre y puro, y por esa razón se mudaron a El Viso, que entonces eran las afueras de la ciudad, al norte de Madrid, donde siempre soplan unos sempiternos y muy saludables cierzos. En aquellos paseos que hacían juntos la madre y el niño, este se hizo amigo de una cabra que pastaba por allí, atada con una cuerda y la cuerda sujeta en una estaca clavada al suelo. El niño se murió una madrugada y esa noche la cabra se soltó de la cuerda y vino hasta quedarse debajo de la ventana, y allí se puso a balar de una manera lastimosa. Mientras velaban al niño, la cabra balaba. La madre tuvo que mandar que se la llevasen lejos, porque se le rompía el corazón. Tal suceso, ocurrido hacía más de cuarenta años, le hacía sollozar de una manera dramática y tenía que esconder la cara entre las manos. A mí, cuando me lo contó, se me saltaron las lágrimas. Mi hijo nos miraba asombrado sin comprender por qué su padre lloraba en compañía de una desconocida. «¿Pero no es abuela nuestra?», me preguntó al salir. No, no lo es, le dije. Cuando le sobrevenían recuerdos tan lastimosos, no se entregaba en absoluto a la voluptuosidad de su sufrir, sino que lo atajaba en uno o dos segundos, se enjugaba las lágrimas y volvía de nuevo a su elegancia natural, fría y aristocrática.

Era una mujer dura, había sufrido golpes secos y certeros en la vida, y eso le había tallado el corazón a cincel.

Naturalmente era consciente del valor literario de la obra de su marido, aunque tenía presentes, al mismo tiempo, sus limitaciones, pero su relación con él había sido tan tormentosa, que le resultaba chocante una admiración que no se contrapesara, como sucedía en ella, con las facetas humanas. Tal vez por esa razón quiso que supiera algunas historias truculentas y terribles de aquel hombre que materialmente la arrancó de casa de sus padres, cuando apenas tenía diecisiete años. Me regaló una foto suya de aquel tiempo. Era una muchacha bellísima, con el pelo brillante y onduloso, que le caía sobre los hombros. Hubiera podido pasar por una muchacha hebrea. En esa fotografía ella tiene un gato, también de negro pelo brillante, que apoya su cabeza en su hombro, y al que ella acaricia. Sánchez-Mazas era ya entonces un hombre maduro, que trabajaba como corresponsal del *Abc* en Roma, en los años veinte. La conoció en un museo. Ella estaba con su hermana, y el joven escritor y periodista se les acercó. Para este el encuentro fue significativo como la aparición de la Laura de Petrarca, y lo recordó siempre con esa óptica literaria. Al principio las hermanas se rieron de aquel español que jugaba al galanteador, pero este no cejó en su empeño y primero redujo la resistencia de la

muchacha y a continuación convenció a los padres de esta, de la buena sociedad romana, de que era un óptimo partido y que haría feliz a su hija, pese a la diferencia de edad. Se casaron y los recién casados se instalaron en Madrid.

Luego vino la fundación de Falange, la guerra, la posguerra... Sánchez-Mazas heredó las propiedades del doctor Camisón en Coria, el palacio, las fincas, los rebaños... Fue un hombre prudentemente rico. Pero la relación entre el matrimonio, y entre el padre y los hijos, no fue buena. González-Ruano contó en cierta ocasión a alguien al que se encontró en la calle, en el momento en que salía de hacer una visita a Sánchez-Mazas en su casa: «Qué familia tan rara, todos hablan mal de todos, y todos llevan razón».

Poseía Liliana el don de contar las cosas. Yo la instaba a que escribiera sus memorias, le propuse, para animarla, que también podríamos editarlas. Un día me confesó que tenía ya redactados algunos episodios significativos. Me leyó uno. Estaba bien, desde luego, pero toda la gracia que tenía contando, escribiendo se desdibujaba un poco, quería hacer algo perdurable, una obra literaria, quién sabe si para no ser indigna de la obra de su marido y de su hijo. No sé si siguió escribiendo aquellos recuerdos lejanos de su vida. No creo. Estaría bien buscar en sus cajones y encontrar esas memorias, que estarían llenas de lances singulares, porque tenía sobre todo un gran ojo para esos sucesos únicos y extraordinarios de los que están llenas las familias.

Su padre había sido banquero del Vaticano, o había prestado dinero al Vaticano. No me acuerdo ya, ese pormenor lo tengo confuso. Sé que había por medio una cruz de brillantes que en un momento sacó a la familia, con su venta, de apuros, durante la Segunda Guerra Mundial. A ese propósito tenía muchas historias también, que sonaban todas con su timbre stendhaliano.

Tenía el defecto del orgullo, que no podía evitar, y se disgustaba a menudo con las personas que la rodeaban. Había sido mucho. Era inteligente, había sido también muy bella, se casó con un hombre igualmente inteligente que además llegó a ser poderoso, conspirador e influyente..., pero la vida fue lastrándole con recuerdos inservibles.

Tenía una o dos partidas de cartas por semana, con otras señoras, mujeres de eminentes intelectuales y políticos de su época, con apellidos ilustres. Venían a jugar a su casa. Esta estaba puesta con un gusto singular y notable, con pocos y muy escogidos muebles antiguos, y alguno que otro moderno, dos gobelinos, dos pequeñas y bellísimas tablas flamencas, una o dos pinturas de Benjamín Palencia, que fue el pintor de todos ellos, y una litografía preciosa de Arteta en

la que se veían, vestidos con levitas y sombreros de copa, según la moda romántica, a Mourlane Michelena y al propio Sánchez-Mazas, como dos jóvenes ilustrados bilbaínos. Ese cartel, muy en la línea de los que se publicaban en España, a dos o tres tintas planas, sirvió como anuncio de una revista literaria que nunca se llegó a hacer, según me contó.

Cuando empezamos a vernos, era ya una mujer triste. La vida le había arrebatado a dos o tres nietos, a uno o dos hijos, a hermanos... y entre los que quedaban con vida también creía que había perdido el afecto de algunos de los más queridos. Siempre que iba a visitarla me estaba esperando sentada en un sillón, muy derecha, sin nada en las manos, sin un libro ni un periódico cerca, mirando por el ventanal que daba al jardín de la casa, rumiando sus penas. Me decía, con mi hijo tal hace ya más de año y medio que no hablo. ¿Qué sucedió?, preguntaba uno por cortesía y por acompañarla un poco, pero sacudía la cabeza con tristeza y guardaba silencio.

En cierta ocasión, alguien, que sabía que nos veíamos con frecuencia, me advirtió: «Es una mujer difícil, todo un carácter». Lo era, pero también era una mujer solitaria y frágil.

Todo el tiempo que se despreocupó de las obras de su marido, pareció querer recuperarlo al final. Confesaba que no se había portado bien con él, y que quizá debería, hacía ya años, haberse ocupado de que las reimprimieran y editaran. Pero trataba de explicar que las propias llagas de esa relación le habían impedido hacerlo.

Al empezar a preparar la edición de los poemas, se ilusionó de veras. Se sabía de memoria muchos de ellos y de otros podía citar largos pasajes. Le emocionaban, como un sueño de juventud no desvanecido aún. Le consideraba sobre todo un poeta. Detestaba el *Pedrito de Andía*. Fue ella la que decía que Pedro de Andía era esa clase de niños que les gusta mucho a las tías y poco a las madres. Creía que era un hipócrita y un interesado, en parte como el propio Rafael Sánchez-Mazas. De *Rosa Krüger* recordaba con gusto algunos pasajes, los amores del protagonista y Angélica, el amor oscuro. El otro, el amor hacia Rosa, le parecía también almibarado y ridículo. Encontraba simpáticos los *Lances de boda* y algunos artículos le parecían bien también. Pero eran sobre todo los poemas los que reputaba mejores. A medida que se acercaba la fecha de la publicación, vivía con más y más ilusión la aparición del libro. Me llamaba para preguntarme en qué estadio se encontraba este, y cuánto faltaba para el final.

Sobre una cómoda antigua tenía una maqueta de barco. Se trataba de una fragata o de un bergantín, un barco grande, de tres o más

palos, fabricado con absoluta meticulosidad, las velas, las jarcias, los cabestrantes, parecía mentira que todo eso pudiera haberse hecho tan pequeño y de una manera tan fiel. En la base había una etiqueta pegada en la que estaba escrita la historia de aquel barco, la firma del modelista y la fecha en que lo había realizado, hacia 1820 o 1840, la memoria me juega una mala pasada. Era en todo caso una maqueta romántica. Cuando apenas quedaban unas semanas para que apareciera el libro, me dijo: «El día que salga, te llevas el barco; está lleno de polvo y tendrás que restaurarlo, pero él le tenía mucho aprecio».

Le llevé el libro, con el grabadito de un barco también en la cubierta, y no me atreví a pedírselo, y ella tampoco quiso dármelo, quizá ni se acordó de aquella promesa. Lo siento de verdad. Me habría gustado tenerlo, porque era un barco precioso, y por haber sido su dueño un escritor del que tanto ha aprendido uno en unos años y a quien tanto ha admirado. Sentiría que fuese a parar a una almoneda, o que en el traslado de casa se le caiga encima la cómoda, porque esas cosas suceden, y tiren las astillas al cubo de la basura.

Creo que nuestra relación era desigual, pero a mí no me importaba en absoluto. Ella estaba por encima de muchas cosas. Para ella yo no creo que significase nada más que un chico que quiere editar las obras de su marido. Fue así desde el primer momento. Así me trataba, hasta que un día discutimos. Sí, era una mujer difícil. ¿Cómo puede interesar a una mujer de ochenta años alguien que aparece por primera vez en su vida? Demasiado mayor para entregarse a la pasión de hablar libre y gustosamente con nadie nuevo, cuando los desengaños viejos le pesan a uno tanto. Fue más libre con mi hijo R. Qué contento al verle, le tomaba de la mano, le sentaba en un sillón, y le veía tan seriecito... Le preguntaba: «¿Quieres algo de merendar?», y R. le contestaba siempre: «No, ¿qué tienes?», y eso la seducía por completo.

Así quiero recordarla ahora, al atardecer, ella sentada a un lado, mi hijo sentado en un gran butacón, sin que le llegaran los pies al suelo, y yo. Se iba haciendo de noche muy deprisa, pero tardaba en encender las luces. Al atardecer, la dejábamos allí sola. Alguna vez, desde los altos del Hipódromo, bajábamos R. y yo de la mano, despacio, una caminata de más de una hora calle Serrano abajo hasta nuestra casa, pero para entonces habíamos olvidado ya a aquella mujer solitaria con su pasado a cuestas, y mirábamos con ilusión únicamente nuestro presente.

VINIERON unos hombres de Cáceres con unos artefactos no sé si para medir las ondas o buscarlas, con el fin de instalar un teléfono. Como esto está muy hundido, en un hontanar, no pillaban nada. Salieron al olivar. En la casita de los perros y las gallinas, distante unos cien metros, ladera arriba, se captaban perfectamente. Nos daban como solución instalarlo allí. La gente que se dedica a las cosas técnicas, con la ciencia en sus manos, piensa uno que serán personas con la cabeza bien armada, pero no, hay entre ellos locos como en todas partes. Cuando al fin les convencimos que era absurdo poner un teléfono en el gallinero, siguieron buscando por todos los rincones de la casa un lugar donde izar la antena. Al cabo de dos horas, entre muestras de alegría, creyeron encontrarlo, en medio de la pared principal de nuestra sala grande. Ahí es donde emplazarían ellos la caja con la tecnología, como la llaman. Consiste en un cajón blanco, que lleva dentro lo necesario para una telefonía sin hilos, de carácter radial, con sus botones, sus pilotos verdes, sus pilotitos azules, sus interruptores, sus etiquetas de fabricación y de uso, con advertencias muy necesarias... Fue entonces cuando les di un pequeño disgusto al comunicarles que renunciábamos al teléfono si para ello teníamos que apechar con un cajón colgado en mitad de nuestro salón. Eso les extrañó mucho.

—¿Qué tiene de malo este cajón? Es precioso —advirtió uno de ellos, mientras lo miraba con lástima, como si al mismo tiempo que amparaba a un desvalido, este se lo desagradeciera.

Solo el amor propio y tener que declararse derrotados les llevó a escudriñar aún más, hasta encontrar un pequeño rincón en el que esa arqueta puede pasar inadvertida.

Vamos a tener teléfono. Hemos vivido diez años sin él. No sé cómo la vida le impulsa a uno a tener unas cosas, y cuando las tiene, empieza a sentir una nostalgia de cuando no se tenían.

DECÍA Gómez de la Serna que los menudillos son las greguerías del pollo. Los aforismos son los menudillos de la filosofía.

SILENCIO rima con todo.

HE aquí la cosa más inaudita que pudiera suceder. Me ha telefoneado X. Después de todo lo ocurrido en los últimos tres meses, después de lo del premio, tras las cosas que me dijo y, sobre todo, que le he dicho

hace diez días, y contra todo pronóstico, cuando nada en absoluto le obligaba a hablar conmigo, oigo su voz al otro lado del teléfono. Esta vez ni siquiera lo ha hecho a través de su secretaria, ha marcado personalmente.

Sonó su voz con dejes para mí desconocidos de humanidad oculta, como quien propone el borrón y cuenta nueva. Y solo eso me ha parecido de muchísima calidad, de un gran señor, porque las cosas que le dije ni él ni nadie tenía por qué aguantarlas, aunque todas ellas fuesen verdad en ese momento y todas tuviera uno derecho a decírselas, dichas sobre todo a la cara, o sea a la oreja, puesto que fueron dichas por teléfono.

Era la llamada que menos esperaba, pero la que más alegría ha traído a esta mañana, pues de una manera indirecta pone a mi alcance la posibilidad de hablar como dos amigos, donde pueda disculparme y donde, quizá, él me cuente la verdad de lo sucedido. En realidad todo el estallido de cólera no fue tanto porque me sintiera robado, como por sentirme engañado. Con la verdad por delante, ¿contra quién hubiera podido molestarme?

Me traía el libro, que ha salido ya, y me invitaba a almorzar en el Palace, como siempre. Sin embargo me ha parecido que después de la pifia que la editorial ha perpetrado contra mi humilde persona quedaba mucho mejor yo haciendo de este encuentro algo personal, al margen de la editorial, como un asunto entre amigos. Así que le he dicho que invitaría yo y lejos de ese odioso hotel, escenario de todos nuestros crímenes. Hemos quedado a las dos en Edelweiss.

La comida con X no empezó de la mejor manera. Yo había quedado en el Palace, para que se viera que uno tampoco era un escrupuloso ni un desconfiado. Le recogería ahí y nos iríamos a Edelweiss, pero cuando llegué, X estaba hablando con un exministro de la Ucd, paisano mío.

Tuve que esperar media hora larga. Al ver que estaba con ese hombre, me dirigí directamente a la barra del bar, no sin antes pasar por delante de su mesa para que se apercibiera de que había llegado. Le saludé levantando las cejas, sin detenerme. Estaría lo más probable proponiéndole escribir un libro con los secretos de la transición, u otro contando cómo se encontró el ministerio del Interior cuando se hizo cargo de él, con todo el aparato represor del franquismo intacto, o uno con la verdad intrínseca de su amigo Adolfo Suárez. Qué sé yo...

El tramo que nos separaba del Palace hasta Edelweiss, subiendo la carrera de San Jerónimo, lo hicimos sin hablarnos, o lo imprescindible, caminando uno al lado del otro, evitando entrar en ninguna conversación seria, centrando nuestra atención en cruzar la

calle, mirar los coches, o sea, en los prólogos.

Creo que no le gustó nada que le invitara yo, debió de tomarlo como una manifestación innecesaria de orgullo, en lo que creo llevaba razón, por lo que para vengarse pidió, con la carta en la mano, lo más caro, empezando por unas ostras, y aunque él no bebe alcohol, eligió para mí un vino cosechado personalmente por Noé o uno de sus yernos, a juzgar por el precio. Yo hice lo mismo, pedí ostras y dejé en la botella sin beber tres cuartas partes del contenido.

En cuanto el camarero nos dejó las ostras delante y se retiró, X abordó la conversación por uno de los más agudos vértices. Hay que añadir en honor de la verdad que de su tono había desaparecido por completo aquella antipatía y borderío de los dos o tres últimos meses, cuando se rompieron las hostilidades. Fue más el comentario de un amigo, a quien una acción nuestra le ha dolido especialmente, y en el hecho de admitir tal daño admitía una debilidad, cosa nueva en nuestra relación. Siempre le había visto como alguien por encima del bien y del mal, arrogante y displicente. Me reprochó:

—Lo que has hecho en los agradecimientos del libro no me lo esperaba de ti ni ha sido un gesto noble por tu parte.

Me quedé de una pieza, porque esperaba una comida de conveniencia, con comentarios un poco banales sobre todas las cosas, no pensé que empezaría de una manera tan fuerte. Pero el tono era una invitación a entenderse. Me tomé un tiempo para darle una respuesta. Tenía razón, y se lo dije. El caso es que después de todas las marrullerías de última hora yo modifiqué la primera versión de la dedicatoria, en la que mencionaba de una manera señalada a X, reconociéndole su aportación especialísima a un libro del que solo él tuvo la primera idea. Pero después de que me apalearon por todos lados, especialmente el suyo, me parecía que era hacer el idiota mantener una dedicatoria tan efusiva, así que suprimí esta y añadí su nombre, sin más distinción, al de otros amigos que leyeron el manuscrito y también me ayudaron en mayor o menor grado. Sí, era verdad. Lo correcto, lo aristocrático, lo regio, habría sido mantener la dedicatoria, precisamente después de lo ocurrido, pero el quitarla, le confesé, me había proporcionado una modesta y muy plebeya satisfacción a la que por nada hubiera renunciado, en un momento además en el que ni por asomo iba a suponer que estaríamos un mes después almorzando en Edelweiss. Tampoco tenía muy claro si, conservándola, él no habría pensado de mí cosas mucho peores que las que ya pensaba por entonces. Quizá el mostrar, aunque a última hora, un rasgo de carácter nos había permitido sentarnos en una mesa.

Creo que también entendió mis razones, y a partir de ahí la comida

resultó cortés, y poco a poco cordial. Por primera vez la relación entre los dos parecía de completa igualdad. Tenía el libro delante, en el lugar de los invitados de piedra. Yo estaba contento con mi libro, y él estaba contento con mi alegría.

Por su parte dijo que todas las discusiones sobre el libro habían perseguido la excelencia del mismo. Le recordé que a él la primera vez le había parecido una porquería. Lo negó, y yo acepté que lo negase. ¿No tenemos todos derecho a cambiar? ¿Incluso, cuando cambiamos, no tenemos derecho a no recordar lo que pensábamos antes?

De vuelta al hotel, adonde me proponía acompañarle dando un paseo, me dijo que tomaría un taxi para marcharse al aeropuerto. Me confesó entonces que había tomado únicamente ese avión para traerme personalmente el primer ejemplar del libro, hecho lo cual, se volvía a casa. Al exministro de la Ucd se lo había encontrado por casualidad en el Palace. Guardé silencio. Lo guardamos los dos. Paró un taxi y se metió en él. Nos dimos la mano como siempre, fríamente, pero yo volví a casa conmovido. Regresé a pie, despacio, llevaba en la mano un ejemplar de *Las armas y las letras,* y sentía que en ese momento, en medio de la ciudad, era el único distinto a todos, ni mejor ni peor que ellos, distinto con un libro que solo yo podía tener en esa hora, como un padre a quien acaban de poner en los brazos por primera vez a su hijo recién nacido.

POR lo mismo que solo nos dan lo que ya teníamos o lo que no pedimos, solo se busca lo que ya hemos encontrado (El Rastro).

PROSA, realidad visible. Poesía, realidad visible e invisible.

TIENES las dos mesas de trabajo revueltas, llenas de papeles, cartas abiertas y sin contestar, las libretas de hule, algún libro a medio leer o ya leído y no retirado, bolígrafos, plumas, un clip descoyuntado mientras hablabas por teléfono, el teléfono, el fax, unas gafas de sol que dejaron de usarse en el último mes de septiembre y presumiblemente no volverán a ser útiles hasta mayo, el reloj, el cuaderno de las cuentas, la gamuza para limpiar la pantalla del ordenador y tus otras gafas, un recibo del banco en el que has ido pintando un monigote después de haberte cansado de retorcer el alambre del clip, un clínex limpio y otro medio limpio, dos recortes de periódico... Así que cuando le conminé a G. que ordenara su mesa de

trabajo y me dijo que yo la tenía mucho más desordenada que la suya, me pareció cómico que no se me ocurriera otra cosa que decirle que mi desorden era un desorden activo, en tanto que el suyo es un desorden pasivo. El mío, seguí diciéndole a gritos, es un desorden que nace del trabajo, mientras que el tuyo sale del ocio y de la holgazanería. Se puso a ordenar su mesa, es cierto que de mala gana, porque le habían persuadido los gritos, no ese razonamiento vergonzoso que ha sido finalmente el que me ha llevado a escape a la mía propia para ordenarla. Cuando finalmente vino a llamarme para que revistara la suya, no se le escapó en absoluto que yo había estado ordenando también mi propio caos, y se sonrió entendiendo perfectamente de qué va la vida, acaso como solo un padre y un hijo pueden llegar a entenderse ese día en el que coincidan en la escalera del burdel.

EL secreto por el cual todos siguen encontrando cosas en el Rastro, pese a las lamentaciones de que «ya no es como antes» y de que todo escasea, estriba en que cada uno de nosotros solo ve aquello que venía buscando, es decir, solo se produce el hallazgo en el reconocimiento de aquello que de alguna manera ya había encontrado. De ahí el desconcierto de muchos vendedores a los que les llega un género del que no saben nada, que no pueden tasar. Algo parecido, aplicado a la lectura, encuentro hoy en *Ecce Homo:* «En última instancia nadie puede escuchar en las cosas, incluidos los libros, más de lo que ya sabe. Se carece de oídos para escuchar aquello a lo cual no se tiene acceso desde la vivencia».

ES increíble la manera cómo nos las hemos ingeniado todos para que a los terroristas de Eta y de Hb en vez de llamarles lo que son, a saber, estalinistas y bolcheviques, se les llame fascistas. De este modo el estalinismo y el comunismo de corte leninista quedan una vez más a salvo. Incluso cuando se les llama «los violentos» se percibe un matiz cariñoso o cuando menos doméstico, como al decir de un niño que es revoltoso, cuando sería más exacto empezar a hablar de «los siniestros».

EL Olimbo.

UN pelibro.

LOS aforismos tienen mucho de pistoleros del *Far West*, por lo rápido que la sacan.

HOY, en un momento, y para descargar la tristeza por la muerte de la hermana de M., alguien contaba lo sucedido en la primera habitación donde la pusieron con otras seis enfermas. Así, el humor viene a recordarnos de una manera finísima y cervantina que la vida sigue, como el propio Cervantes nos dejó dicho en aquel prodigio de prólogo al *Persiles*, con el pie en el estribo y cuatro días antes de su muerte.

Una de las seis enfermas era una mujer de edad, quizá setenta u ochenta años, a la que trajeron a media mañana después de haberle trepanado el cráneo y sacarle un tumor del cerebro. A la mujer esa yo la vi: era tímida de aspecto, delicada, flaca, quebradiza y floja, nada, como un pajarito. Con un poco de maña se la habría podido esconder en una caja de zapatos. Tenía el aspecto de ser una flor que se hubiera ido secando poco a poco. Cuando la mujer empezó a salir de la anestesia comenzó a divagar y a decir cosas incomprensibles, como si la manipulación de que había sido objeto en los circuitos mentales hubiera desgobernado por completo sus entendederas. Pero lo raro fue que, ya enteramente consciente, siguió disparatando como esos locos que saca Cervantes en sus libros.

A las demás enfermas, que al principio se mostraron comprensivas, las tenía mareadas con tanta cháchara.

Cuando llegó la noche, se fueron las visitas y permanecieron con las enfermas únicamente aquellas personas que habían de velarlas, y con la vieja se quedó su marido, un hombre igualmente tímido, asustado, en el tipo de peón jubilado.

A medianoche, en medio de ese silencio absoluto que los enfermos aprovechan para conciliar el sueño y olvidarse de su calvario, la trepanada empezó a gritar sin venir a cuento:

—¡Me duele el culo! ¡Me duele el culo!

Las otras enfermas, pacientes de sus propios males y más comprensivas que nadie, trataban de tranquilizarla e infundirle valor, al tiempo que le rogaban que no gritara tanto.

—Abuela, calle un poco —acabaron suplicando.

—¿Cómo que calle? ¡Si callo, no lo cuento!

Y volvía una y otra vez a que le dolían las posaderas.

Su marido, en voz baja, a su lado, teniéndola de la mano, le

suplicaba en un susurro, como si quisiera dormir a un niño, con cuánto cariño y dulzura:

—Paqui, calla, cariño, que estamos molestando.

Qué maravilla ese plural en el que el hombre, al que no se le sentía respirar, decidía correr con los gastos de aquellos gritos, como hace un padre al que le piden el importe del cristal roto por una pedrada del hijo.

—Paqui, anda, calla.

Pero la enferma lejos de serenarse, se enfrentaba con el marido:

—Cállate tú, Lorenzo, que eres un mariconazo.

El marido en absoluto perdía la paciencia con esas salidas de tono, ni dejaba de acariciarle la mano y pedirle paciencia. Al fin, un poco entre todos, la hicieron callar y la sala vivió de nuevo unos minutos de tranquilidad. El silencio, segado de manera tan drástica, volvió a prosperar como la hierba, y enfermos y veladores aún lo oyeron crecer. Pero fue entonces cuando aquella viejecita de aspecto tan lilial, tan delicado y tímido, dijo la frase más memorable de la noche. Había cambiado de tono. Adoptó uno coloquial, humanizado y mínimo. Ya no se acordaba de su pobre trasero. Quizá pensara que estaban solos en la salita de su casa.

—Lorenzo, ¿sabes lo que te digo? Nos vamos a ir a Talavera. Me han dicho que allí se vive de cojones.

Y al día siguiente, cuando se la llevaron a otra habitación, las otras cinco enfermas, acordándose de los coloquios de la abuelilla, se reían de buena gana olvidándose de su propia muerte.

EL perfume de las mandarinas gira como los carruseles, solo que sin música, como en sueños.

ALMENDROS y estrellas crecen al mismo tiempo. Almendros y estrellas pierden la flor la misma noche.

LA Asociación de Libreros de Viejo es una de tantas asociaciones, como las de vecinos, la de regantes, la de plateros y joyeros... El carácter gremial les da un carácter jerárquico, y en ellas siempre hay dos clases de personas, las que mangonean y aquellas otras a las que no importa que les mangoneen, grupo este que se divide a su vez en otros dos: los que acatan la autoridad y las decisiones de los colegas con vivas protestas y críticas, y los que se encogen de hombros. De

entre estos, los primeros, los protestatarios, son mangoneadores en potencia y normalmente querrían quitar del medio a los jerarcas para ponerse ellos en su lugar.

La de los Libreros de Viejo es aún más particular que otras, pues congrega a un grupo reducido de socios, quizá treinta o cuarenta en todo Madrid, casi todos de un modesto pasar, lo cual hace aún más fantasiosa esa congregación, porque si no les va a sacar de pobres, ¿para qué reunirse con nadie? No se entiende en gentes tan individualistas como ellos, que no tienen jefes, que compran todo bajo cuerda y en dinero negro, muchas veces la mercancía es robada, otras se la arrancan a una viuda a la que mienten sobre su valor real, no respetan nada, se engañan unos a otros sobre la procedencia del género y el dinero que han pagado por él, abren o no sus tiendas, según les convenga, sus negocios no están sujetos a ninguna norma... Es como si leyéramos un día en el periódico que los vagabundos quieren formar un sindicato y ponerse horarios para vagar y turnos para hacerlo.

Un gran número de estos libreros, sobre todo los más viejos, empezaron en el negocio del papel en unos años en que la frontera entre el ropavejero y comprador de papel viejo a peso y el librero de viejo era una frontera estrecha y permeable. A veces el papelero de viejo hacía de librero, y el librero de papelero de viejo.

La mayoría son bastante ignorantes y desconocen en un cien por cien el género que venden. Yo podría citar aquí ahora una docena de libreros de viejo que no han leído un solo libro en su vida. Esto no se da en ningún otro negocio. El pellejero sabe si una piel es de conejo o de cordero, y el modo para conservarlas y venderlas mejor. El albañil levanta paredes que no se le caen, el tonelero sabe qué hacer con las duelas y los aros de hierro. Salvo distinguir un libro de un adoquín, a muchos libreros no se les puede exigir más. A partir de ahí el mérito que tienen es mucho mayor que el de la mayoría de los artesanos, pues así como estos cobran por algo que hacen en función del tiempo que han empleado en realizarlo y el coste de los materiales, en el caso de los libreros de viejo todo es tan relativo que a muchos el oficio ha acabado por desquiciarles por completo.

Su ignorancia les ha llevado a tener que comprar por cantidades irrisorias los libros que quieren vender, ya que no sabiendo si son o no valiosos, ni en qué grado lo sean, han de procurar que no valgan demasiado, si acaso tuvieran que vendérselos de nuevo al papelero de viejo.

Esa es la razón por la cual la mayoría de ellos se conduce en su oficio con un gran instinto, dejándose llevar por él a pequeñas

triquiñuelas instructivas, que siguen con religiosa prontitud. Así por ejemplo pueden llegar a saber que un libro incunable se vende mejor que otro del siglo XIX, y uno encuadernado en magnífica pasta española mejor que uno en rústica, por lo mismo que uno con estampas al aguafuerte es más valioso que otro cuyos grabados sean al acero; o que la poesía puede llegar a ser más valiosa que la prosa, por cuanto los libros de versos tenían más cortas tiradas que los de prosa; o que ciertos libros referidos a pequeñas comunidades nacionales o profesionales son también más valiosos que otros de carácter general, que un libro de Medicina del siglo XVII, con sus grabados y su buen papel de hilo es mejor que uno del siglo XIX, etcétera. Han llegado a comprender también que si los clientes buscan con insistencia una clase de libros y deja en cambio otros procurarán poner los primeros más caros que los demás. Pero el hecho de que sea también un oficio en el que las excepciones son tan numerosas y más significativas que las reglas acaba por desmantelar la cabeza a quien aún la conservare en su sano juicio, ya que un incunable puede valer menos que un libro del XIX, y un libro encuadernado en pasta española menos que otro en rústica, y que los grabados magníficos de este apenas alcanzan la décima parte del precio de ese pequeño y raro folleto para el que probablemente no haya en todo el mundo más que seis compradores, aunque estos estarían dispuestos a vender su casa con la familia dentro para conseguirlo...

Con el tiempo, y a base de llevar años en el negocio, los libreros acaban aprendiendo algunas cosas, y eso les vuelve orgullosos, hasta el punto de creer que se las saben todas. Pero lo cierto es que de estos libreros hay pocos en España, quizá una o dos docenas, gentes que han logrado hacerse más o menos ricos. El resto es una medianía dolorosa, llegan a viejos con la salud quebrantada de haber tenido que cargar con tanto peso y respirar el aire insalubre de los sótanos donde van acumulando los libros, y le dejan a la viuda una más o menos buena biblioteca personal, en el caso de que fuesen aficionados a leer libros, y dos o tres almacenes llenos de ellos que la buena y desconcertada mujer no sabrá clasificar, cuantificar, valorar ni tasar en ningún caso. Al final la mujer llamará a los amigos del finado, otros libreros de viejo, y estos acabarán por repartirse unos despojos que serán puestos de nuevo en circulación, en la famosa rueda de la vida.

El hecho de tener que ganarse la vida con los frutos más eximios y preclaros del género humano les vuelve un poco arrogantes, y no hay librero de viejo que no se tenga por un viejo amigo íntimo de Cervantes o de Galdós, aunque jamás hayan leído ni uno solo de los libros que escribieron.

Los viejos libreros se han ido muriendo. De los que hablaba Baroja no queda ya casi ninguno. Los tiempos han soplado bien para ellos y si no han sucumbido, la fortuna les ha levantado por encima de muchos otros, y ya nadie se acuerda del origen trotamundesco y pordiosero de muchos de ellos. Los jóvenes libreros suelen ser ya licenciados en Filosofía y Letras, y en su mayor parte son gentes que se han metido en esto por su amor a los libros, de modo que tienen más de lectores que de comerciantes.

En la Asociación de Libreros de Viejo de Madrid se conservan no obstante muchos de la antigua escuela. Por otro lado, los dos o tres grandes libreros del reino, comerciantes de las grandes piezas del libro antiguo, no se mezclan jamás con estos más modestos. Hablando en términos cinegéticos, se podría decir de aquellos que son los grandes monteros; el resto no pasan de furtivos que les disparan a conejos y codornices.

Los libreros del menudeo suelen ser sucios, porque no pueden ser limpios, se les encuentra a todas horas moviendo libros de un lado para otro, parecen castores que fabricaran presas que les permitieran sortear los diferentes temporales. Y se quejan. Es el gremio más elegíaco de la creación, todo son cantos al pasado glorioso. Recuerdan todos ellos la enorme cantidad de libros que pasaron por sus manos en la lejana juventud.

Esta Asociación organiza desde hace veinte años una Feria de Libros Viejos en el Paseo de Recoletos. Es su gran fiesta. Viene el alcalde de Madrid a inaugurarla, con los maceros y una banda de música, así como diversas autoridades municipales y ministeriales. En la sección local de los periódicos publican cada año el mismo artículo en el que hacen una entrevista al presidente de la Asociación y donde publican las mismas cosas, que si se expondrán trecientos mil libros, y que entre estos los más valiosos son tal *Quijote* de Ibarra, tal libro de oraciones del XVI o tal otra cosa, que se pueden comprar libros desde veinte duros hasta dos millones de pesetas. Etcétera. Es algo enternecedor, como las navidades, donde nada se deja al albur ni la improvisación: mazapanes, turrones, figuritas de belén...

El cometido de esta Asociación es que las cosas salgan lo mejor posible. Contratan a un pregonero, que suele ser, por lo general, un escritor o profesor ilustre, y una semana antes de que empiece la feria se congregan los asociados con él, el alcalde y algunos invitados, y les llevan a todos a comer a un restaurante típico.

Era la primera vez que nos invitaban a JM. y a mí, aunque no fue porque llevemos veinte años comprándoles libros, sino porque el pregonero de este año es el padre de mi amigo.

El restaurante típico es, nos dijeron, siempre el mismo, uno de la calle Cervantes, con el rótulo escrito en letras góticas, un mesón de los llamados castellanos. Pese a una decoración exhaustiva de porquerías raciales colgadas por las paredes, había algo en el restaurante que no podía disimular, no sé, algo como de la contrarreforma.

JM. y yo llegamos a la hora que nos habían indicado. Los libreros de viejo, que nos conocen de sobra, se extrañaron de vernos aparecer en la comida. No tenemos una santa fama en el gremio, consideran que hemos sido depredadores inmisericordes, que se aprovechaban de su buena fe, de su ignorancia y de su falta de estudios, lo cual es y no exacto. Uno ha comprado baratos los libros porque era pobre. Si hubiese sido rico, los hubiese comprado por correo, sin moverse de casa, en los catálogos prestigiosos. Quién sabe, quizá esperaban que un día, al vendernos un libro de treinta mil pesetas en cuarenta duros, les aleccionáramos:

—Buen hombre, se llama usted a engaño, porque este libro que cree que vale cien pesetas vale en el mercado veinte mil duros. Mire usted, es de Juan R. Jiménez, que fue un gran poeta, el del burrito; se lo decimos para que la próxima vez esté usted más atento, y si le sale uno del mismo autor no se le vaya a escapar al mismo precio que ahora. Así que aquí tiene usted cien mil pesetas, y hasta la próxima vez. Póngame a los pies de su señora. Ha sido un placer.

Como eso no suele ocurrir, reaccionan de forma atravesada y criando en su alma un rencor comparable en tamaño al hígado de las ocas del Périgord.

También es verdad que ya nos suelen pedir por los libros que les compramos diez veces más de lo que le pedirían a un desconocido, como curándose en salud. Pero uno, si encuentra el precio excesivo, lo deja, y si le conviene, lo compra. Y es en este punto en el que se fragua un rencor vesicular de muy difícil resolución. «Me han cazado», piensan, y consideran que tendrían que haberle pedido a uno diez veces más todavía.

Al vernos aparecer en el restaurante se produjeron algunos comentarios en sordina, que no hacían presagiar nada bueno, y vimos cómo algunos se volvían nerviosos hacia donde nos encontrábamos y nos brindaban sus gruñidos más inamistosos. En vista de lo cual nos quedamos en un rincón, intentando pasar inadvertidos. En todo caso, nos hacía gracia ver a algunos sin su guardapolvo de dril azul, sin las manos sucias, como buenos ciudadanos dispuestos a atracarse en una opípara comida.

Al cabo de unos minutos nos llevaron a todos a un sótano, una larga habitación sofocante de techos bajos en la que había metidas dos

largas mesas, como para treinta personas cada una, y al fondo, uniendo estas dos hileras refectorias, la presidencial, adonde llevaron al pregonero, flanqueado por el alcalde, el presidente de la Asociación y algunos hombres principales. Yo creo que quedaba en el ambiente un eco de tugurio inquisitorial, las bóvedas de una cámara de las torturas. En realidad el alcalde no había llegado todavía, lo hizo un poco más tarde, cuando estábamos acomodados. Fue aparecer él y todo el mundo se puso de pie como un cohete, pareció que hubiera entrado el Jefe Provincial del Movimiento. Entre una hilera de mesas y la otra apenas quedaba un estrecho pasillo, por lo cual el alcalde y su comitiva tardaron al menos un cuarto de hora en ganar la presidencia. «Qué alegría más sincera, alcalde», le decían, y la gente no se podía mover de sus asientos para darle la mano, de modo que se la extendían por encima del hombro o debajo de la axila, y el alcalde les palpaba las puntas de los dedos y les daba unos pequeños tirones a modo de saludo, como si se los ordeñara. No habíamos acabado de sentarnos, y la gente ya estaba sudando. Los más campechanos se despojaron de las chaquetas y aún antes de que sirvieran los entremeses ya estaban trasegando las botellas de vino rojo de la tierra, que vaciaban en los vasos cogiéndolas por el pescuezo o gollete, como si fuesen las mismas ocas del Périgord mentadas más arriba.

Al fin alcanzó el señor alcalde la presidencia de la mesa y no había tenido tiempo de asentar sus posaderas en una sólida silla de estilo castellano cuando llegaron todavía dos o tres aduladores que le hicieron un poco la pelota. El alcalde sonreía de una manera seráfica, pero con una gran habilidad y sin necesidad de mirar dónde se encontraba el plato de los entremeses, iba atracándose de jamón, ya que era tarde y tenía hambre.

A uno de estos pelmas que le impedían comer tranquilo, el alcalde le hizo un gran desaire. Primero le dedicó una amplia sonrisa, aunque se veía que no estaba escuchando nada de lo que decía, y luego volvió la cabeza hacia otra parte y le dejó con la palabra en la boca. El adulador se quedó corrido. Miró a uno y otro lado para ver si alguien había sido testigo de la escena vejatoria. Y no se le ocurrió otra cosa para salir de la situación que llamar a uno de los camareros, y allí mismo le echó un chorreo fenomenal, porque aún no le había servido vino... al señor alcalde. Eso, y echar el aire por las narices en dos o tres bufidos, le dejó más conforme.

Como allí nadie nos había dicho nada, JM. yo nos sentamos buenamente donde pudimos. Delante teníamos al humorista Mingote, pero a los dos minutos vino el presidente de la Feria, y nos lo arrebató para llevárselo a la mesa de la presidencia, juzgando con muy buen

criterio que era un desdoro tenerlo entre unos pringados.

Fue una pena, y creo que mi amigo y yo sentimos sinceramente aquel rapto, pues a uno le habría gustado conversar con un hombre al que el alcalde llamó, en su discurso de los postres, un artista genial de nuestro tiempo y un gran filósofo.

En cambio, nos quedamos al lado de X, Medalla de Oro de la Villa, Cronista Oficial y columnista de *Abc*. Parecía un viejo encantador, con los mismos años que el periódico en el que trabaja y una dentadura peligrosa que se contentaba apenas con quedarse encerrada en su boca bailando unas fúnebres bulerías maragatas y buscaba a cada paso, en cambio, salir de ella y lanzarse a conocer mundo. Al lado de este había otro Cronista Oficial, con un bigotito y una insignia de oro en la solapa de la americana, y sobre los hombros, vencidos por las fatigas del tiempo, una tenue, lírica y cuidada nevada de caspa. A mi lado en cambio se encontraba un tipo pintoresco. Con trazas balzacquianas. Gordo, risueño, saludable, ocurrente y culto. Tendría unos cincuentaicinco años. Era aficionado a los toros, por lo que dijo, y coleccionista de muchas cosas. Le hemos visto a menudo en el Rastro. Compra de todo, aunque se ha especializado en la militaria, o sea, uniformes militares, armas, bayonetas, capotes, ros, tricornios, banderas, banderines, estandartes... Contó que su mujer, una norteamericana, le acababa de dejar, después de llevar casados veinticinco años, por no haber podido vencer a sus otras amantes, los toros, el Rastro y no sé cuál otra dijo. Al salir, alguien, que me había visto que había estado comiendo a su lado, me dijo que era el nuevo amante de una mujer conocida en la vida pública. Es posible. Al sentarnos se le cayó al suelo un fax con el logotipo oficial del ministerio. Al devolvérselo, leí involuntariamente un final que ponía: «Besos. Ladrón». Quizá fuese de ella. En todo caso, gracias a él la comida resultó aún mucho más divertida de lo que hubiéramos podido imaginar diez minutos antes.

Bien por efecto del calor, del vino, de la claustrofobia o de la morcilla que sirvieron en los entremeses, a los veinte minutos todo el mundo pegaba gritos, los camareros se abrían paso a codazos como podían, la gente los llamaba a voces, levantando el brazo o lanzándoles mendrugos de pan. Los pobres apenas daban abasto a atender a tanta humanidad hambrienta y sedienta, y se les veía correr de un lado a otro, con las bandejas en alto y esquivando los proyectiles que les pasaban silbando las orejas.

Antes ya de que empezaran a servir el rancho, muchos estaban al borde de la congestión, solo con los entremeses de morcilla genuina y chistorra bañada en grasa roja de cochino serrano. Pero los que creían

haberlo visto todo hubieron de desengañarse. Faltaba lo mejor. De primero: una merluza rellena con un filete de panceta de cerdo del grosor de un dedo, nadando todo ello en una salsa amarillenta, cenagosa y espesa a la que solo faltaban los anófeles para ser palúdica. Esta audaz combinación gastronómica fue recibida por la mayoría, sin embargo, con grandes muestras de una sincera alegría, incluso por aquellos a los que minutos más tarde hubo que reanimar obligándoles a ingerir un poco más de vino. No habían pasado veinte minutos y el ruido era ensordecedor, enardecidos como estábamos todos.

Enfrente y a mi flanco derecho se encontraban sendos libreros, a los cuales solo conocía de vista. Eran los dos ya viejos, seguramente doblaban el cabo de los sesenta años. Estaban los dos muy desmejorados, en los huesos, cubiertos estos con un cuero lleno de pelos largos, duros, ralos y negros. Uno tenía una uña larga en el meñique. En cierta ocasión escribió uno algo de ese asunto primordial de la uña larga en el meñique de los libreros de viejo, y algunos de estos se enfadaron y lo tomaron por un infundio que perseguía contaminar con infamias al gremio, pero lo cierto es que uno ya ha conocido a media docena con ese apéndice artístico. Verdad o mentira, de uno de ellos se decía que lo usaba para raspar las menciones de segundas o terceras ediciones de los libros de Juan Ramón Jiménez, que hacía pasar por primeras. No supe si era verdad, porque jamás se lo vi a hacer, aunque puedo asegurar que la uña, que llevó larga muchos años, acabó cortándosela cuando se desprestigió como detalle estetizante.

El librero que tenía enfrente, en cambio, tenía el hombre las uñas cortas, pero con un luto innegable y repulsivo.

Ninguno de los dos habló nada durante el almuerzo, metieron la cabeza en el plato y, desmintiendo su poco saludable aspecto, devoraron los víveres con una asombrosa celeridad, tanta que luego no sabían qué hacer, porque los camareros, escasos para tanta tropa, no lograban atendernos a todos como nos habría gustado. Así que allí podía vérseles a ellos dos esperando, con los puños cerrados sobre la mesa, aferrados al tenedor y al cuchillo como a los barrotes de una oscura mazmorra, símbolos vivos de la condición humana en tránsito hacia la otra vida.

Intenté darles algo de conversación, por aquello de que en la mesa se civilizan las naciones, pero no tuve la menor fortuna, visto lo cual me dediqué a observar el decorado de las paredes, llenas de espadas toledanas colgadas en aspa por todas partes, y panoplias de madera de chopo oscurecida con nogalina, con todo el aspecto de habérselas alquilado a una empresa de atrezos.

Mi vecino taurino en cambio, como era muy simpático y debía de conocer a los dos tímidos tarugos que teníamos al lado y delante, respectivamente, inició un diálogo con uno de ellos, con el que tenía enfrente, el de la uña en el meñique:

—A mí la mujer me ha salido bien —se excusó el viejo, con un brillo extraño en los ojos, que lo mismo podía ser de emoción conyugal o efecto del jumilla rojo.

Se hizo un corto silencio, el cual, en medio de la galerna de voces, no significó ni siquiera una tregua.

—Me deja incluso —continuó explicando con la misma seriedad cadenciosa— hablar con una amiga, una medio novia, que es viuda de militar.

En cuanto oyó la palabra militar, el vecino alargó el cuello, interesado en la dirección tomada por la charla.

El vejete lo contó como lo hubiera podido contar ante el relator de un consejo de guerra, con la misma tristeza circunstanciada.

—¿Pero es un amor platónico —quiso saber el bienhumorado taurino—, o te la estás tirando?

El librero se sorprendió de que sin haber dicho más, el otro hubiera sido tan agudo, de modo que decidió sincerarse con él, y de paso con todos:

—No, no, de ninguna manera —estábamos todos pendientes de sus palabras—. Ahora, hablamos por teléfono... Qué conversaciones, son pornografía, nos decimos de todo, de todo... Y a mi mujer no le importa.

Se ve que a la gente los restaurantes le excitan sobremanera, y en cuanto se les da pie comienzan las confidencias lúbricas, aunque en esta ocasión no había peligro de que el camarero pudiese oír nada.

Vimos entonces cómo aquel soñador lanzaba la cabeza con la imaginación a esas conversaciones telefónicas, a esos minutos de felicidad escamoteada a la paz conyugal. Ya como un eco de sí mismo, le oímos claramente, aunque en medio de un gemebundo y apagado hilo de voz: «todo, todo», y su mano esquelética y pulcra se elevaba temblando a la altura de los ojos y allí la movía simulando una pandereta o quién sabe si dando a entender que en aquel «todo, todo» se escondía la gayola donde él perdía justamente el sentido y se le nublaba la vista.

El taurino se levantó un poco del asiento, se adelantó sobre las botellas, para hablar confidencialmente, y le preguntó en voz baja, aunque no tan baja que no pudiéramos oírle:

—Pero, dime, ¿te corres o no?

Las voces impedían que se le oyese, así que tuvo que hacer la

misma pregunta tres veces, cada vez más alto, hasta que ya la última la gritó con verdadera autoridad militar:

—Pero dilo de una vez, ¿sí o no?

El vejete nos miraba con una expresión de pánico. No sabía muy bien cómo se había dejado acorralar. Le sonrió primero con los ojos, bajó la mano temblorosa como una claudicación y la abandonó sobre el mantel. Un temblor juguetón le estremeció el bigotillo fascista. Nos miró a todos, uno por uno, parecía estar buscando las últimas palabras antes de abandonar este mundo, y al fin respondió:

—Pues de eso habría mucho que hablar.

Ah, Cervantes no lo hubiera imaginado mejor. Es deplorable que no se pueda trasladar a la literatura una conversación como aquella, en primer lugar, porque en absoluto es verosímil, siendo absolutamente verdadera, y en segundo lugar, porque los matices, lo que hacía de ella algo absurdo, se perdería en el trasvase de la realidad al papel, lo mismo que las palabras del alcalde.

Fueron estas memorables. Se había puesto de pie. Después de referirse a los comensales más eminentes, la mayor parte de los cuales procedían del Sindicato Vertical, el *Arriba*, Radio Nacional y Nodo, cuando se hubo referido al humorista genial y filósofo y a alguno más (la estampa de Palomino, el encuadernador nonagenario, con cuatro dientes amarillentos y sucios y un jersey lleno de pegotes de engrudo, era inolvidable) labró, ante todos nosotros, una bella pieza oratoria: «Hoy para mí ha sido un día pleno, lleno de significados, uno de esos días que justifican la vida de un hombre...».

Las expectativas que un discurso como este levantaba hizo que los del fondo, esos que siguen hablando durante los discursos, también guardaran silencio.

«Empezó el día», continuó diciendo en cuando se calmaron los primeros suspiros de la concurrencia, «con la visita de un gran político, Boris Yeltsin, un político que representa hoy aquí el entendimiento entre los pueblos, la solidaridad entre las gentes y las naciones...». El silencio creado se abismó aún más, formó alrededor una alta, pulida y circular pared, como un macarrón por el que todos fuésemos a precipitarnos, tal y como lo describe Lewis Carroll.

Los mismos camareros servían, en aquel silencio, litúrgica y calladamente, los cafés y las copas de coñac....

«Luego nos cupo el inmenso honor de acudir a la presentación de un libro... ¡Siempre los libros!».

Se volvió de medio lado al Presidente de la Feria, al que sonrió de una manera beatífica, como al niño a quien se quiere dormir cantándole una nana; luego miró a la concurrencia, por primera vez,

con el propósito de arrullarla también. Hasta ese momento, al hablar, había estado mirando al techo y a las espadas toledanas, fuente de su inspiración. La parroquia le correspondió con una sonrisa angelical, semejante a aquella con la que los bebés rubrican una plácida y dulce micción...

«Un libro importante, necesario, que ha venido a llenar un hueco delator en la historia de nuestra ciudad: la *Historia de la Beneficiencia de Madrid,* una institución tan entrañable, tan nuestra, tan popular... Y de nuevo la solidaridad, el entendimiento... A continuación fuimos al Ropero Diocesano donde nos esperaba una realidad entrañable también... ¡Enviarles ropa a los niños abandonados del Perú! ¡Qué cosa tan bonita ayudar a los demás a ser útiles, es decir, a entenderse con la gente, ser solidarios con ella... Y ahora... esto».

El público empezó a inquietarse porque no sabía dónde iba a parar toda esa montaña rusa oratoria que se iniciaba en Yeltsin, seguía por el Ropero y terminaba en el Perú, y empezaron a oírse por los fondos, por los bajos fondos, esos primeros cuchicheos que advierten a cualquier orador que ha de abreviar la faena antes de escuchar el segundo aviso. Y así lo entendió él, pues después de cuatro frases infames sobre los libros con letras negras, entró a matar, aunque sin haber renunciado a cortarle las orejas al toro ganándose el favor del público: «Yo, como sabéis, soy andaluz, pero lo que de verdad de verdad me siento es...»

Estos tres puntos suspensivos los puso en su sitio, como los tres momentos en la técnica del volapié, cuadrar, perfilar y entrar a matar: «Lo que soy en lo más hondo de mi corazón es... ¡madrileño!».

Nos quedamos todos inauditamente sorprendimos. No sabíamos si era cuando había que aplaudir o lanzarle las botellas de agua a la cabeza.

Y aún insistió: «¡Madrileño! ¡Madrileño!».

Ganamos la calle como pudimos. El aire fresco metió en nuestra cabeza un poco de oxígeno, y en cuanto cobré fuerzas, salí corriendo. ¿Adónde?

A casa, para contarlo, como el otro con la Gardner.

EN los cuatro días en que no he escrito en este diario: a) se ha fugado el director general de la Guardia Civil con quinientos millones de pesetas (la Guardia Civil lo busca sin éxito); b) han dimitido dos ministros socialistas y otros dos hablan de hacerse el harakiri (la gente pide más: la dimisión del presidente del Gobierno); c) han metido en la cárcel al exgobernador del Banco de España y al exsíndico de la

Bolsa de Madrid, por mangantes. Cada minuto que pasa ocurren nuevas cosas que mantienen a la población en vilo, y muchos temen que pueda hundirse la democracia española, y con ella el país entero. Son hechos gravísimos, pero uno ha tenido que ocuparse, mientras tanto, en a) escribir un artículo contestando el del crítico del *Abc;* b) replicar al crítico del *Abc;* c) contestar al director del *Abc,* que me ha enviado una carta negándose a publicar la réplica, y d) darle las gracias a X, que salió en defensa del libro desde su periódico, el *Abc,* lo que le ha valido un capón de su director, en forma de editorial.

Unos y otros no son hechos, en absoluto, comparables. Y eso es precisamente lo más grotesco y penoso: Alemania ha declarado la guerra, y por la tarde me voy a nadar.

GUARDAR silencio es una de esas expresiones afortunadas de una lengua. Guardarlo, pastorearlo, esconderlo, como un tesoro.

NOS contaba X que estaba haciendo la mudanza de su casa. Los mozos de cuerda subían y bajaban. Sufría viéndolos arrastrar los pesados muebles, tirando de las sogas a pulso, rompiéndose los riñones. Se cruzó en las escaleras con uno de esos hombres. Cargaba con una gran banasta de mimbre blanco, llena de libros hasta los topes. Siempre que hay de por medio libros y operarios, parece que fuese a suceder un chiste de almanaque.

Al verle tan sudoroso, tan congestionado por el peso de los libros, nuestro amigo le pidió disculpas, no como si fuese culpable de que aquello pesase tanto, sino de haber contribuido a que en el mundo hubiera algunos libros más, para desdicha de los hombres de carga. Así que le dijo:

—Lo siento.

—Nada, en absoluto.

El estibador era un muchachote grande como un armario, con el cuello de un toro y la cara de un niño. El que le dijera que lo sentía debió de tomarlo como una entrada en la conversación. Se detuvo, tiró de la canasta hacia arriba, como si le fuese liviana, y dijo con alegría, de muy buen humor, confidencia por confidencia:

—Peor usted, que habrá tenido que leérselos.

POR la noche nos encontramos con una carta de G., que enviaba desde el campamento de verano adonde le llevamos: es la primera que

escribe en su vida. Lo está a lápiz, es muy corta, en un trozo de papel que ha cortado de cualquier manera. Parece el mensaje del conde de Montecristo. «Papá», terminaba, «todos mis compañeros se van a quedar tres semanas. Llama a los del King College y diles que solo quiero quedarme tres semanas, y que no quiero quedarme dos semanas más yo solo aquí. Perdón por molestaros». Y firmaba. Se nos encogió el corazón, hubiéramos ido en ese momento a recogerlo. Sus siete años se nos clavaron en el pecho como los siete puñales de la Dolorosa. Y, sobre todo, este «perdón por molestaros». Seguramente pensaba que yo me iba a enfadar sorprendiendo que no era lo bastante fuerte.

NADIE está loco solo de una cosa. Antes yo creía que el que está loco de una cosa, lo está de varias. Y sí, puede ser. Pero también hay muchos que están locos de ninguna, que se les ha quedado la calavera hueca, como una calabaza, y ya no saben ni siquiera por qué la llevan así de capaz y ventilada.

LOS días en Roma parecen multiplicarse y llega uno a perder la noción de las cosas que ha estado haciendo. Si no se anotaran en un cuaderno, desaparecerían para siempre. Así que uno se muestra como esos arqueólogos que van montando pacientemente sus vasijas de trozos amorfos, sin saber nunca qué forma persiguen.

Quizá la imagen viene sugerida por la visita que hicimos ayer a Villa Giulia y al museo de los etruscos, a donde RG. quiso especialmente llevarnos.

Es un lugar extraordinariamente hermoso, una casa romana pasada por el Renacimiento, y que despierta en uno sentimientos diferentes, quizá complementarios. Por un lado, uno es feliz conociendo algo así. Pero por el hecho de conocerlo, se ve uno comprometido con esa misma belleza. No puede seguir viviendo de la misma manera. El ideal le obliga a uno a muchas cosas, la belleza lo mismo. Es difícil que ninguno de nosotros llegue a vivir jamás en una casa parecida, eso está fuera de toda duda (y los que son millonarios, tampoco tienen ningún interés, por lo general, en vivir en una casa como esa, ya que son millonarios, casi siempre, porque han estado alejados de esa manera de creer que el ideal es la Villa Giulia), pero después de haberla visto, debería llegar uno a la suya, pobre, en cualquier rincón del mundo, y tratar de que, en lo que es, se acerque lo más posible a su propio canon.

Vivir en Roma tiene además esa cotidianeidad con lo que es excepcional. Llega a ser una parte de la rutina. Todo es hermoso, llega a creer uno. Y a medida que pasan los días va encontrando uno su rutina, que es la única fértil. El paseo matutino, el callejeo, la visita a tal iglesia o museo, el almuerzo en La Carbonara o el Alfredo (ayer, sin embargo, esa rutina se rompió, y fuimos, como despedida, al Otelo, una tratoría popular en la Via de la Croce, en una especie de patio de vecindad, hay que meterse por un pasaje y sale uno a ese patio en el que está la tratoría escondida entre cristaleras y bajo una espesa parra, con media docena de camareros que atienden las mesas con una elocuencia ruidosa y llena de aparato, como si trataran de salvarle la vida a un acusado de asesinato ante la Corte Suprema), quizá, después de comer, una breve parada en el Greco, para tomar café y hablar un poco del reino de Valencia con el camarero forofo de la paella y de España *(«Roma, sarà anche Roma... ma Javea è tutta un'altra cosa...»)* las horas de la tarde en la casa, leyendo, trabajando algo incluso, y al atardecer el paseo hasta la plaza Navona para tomarse un helado en Tre Scalini, mientras se ve pasar a la gente y se novela un poco con este y aquel personaje...

Luego pasa la vida y todas estas escenas que nos parecen rutinarias, en la memoria las encontramos extraordinarias e irrepetibles, querríamos volver de alguna manera a los mismos escenarios, con las mismas personas, a probar los mismos platos, a encontrarnos con los mismos viejos camareros en las tratorías y restaurantes, a comprarle las flores a la misma mujer del Campo de' Fiori...

Así que mientras podemos, tratamos de convertir la vida en un rito, en una costumbre. La memoria lo agradece y la voluntad, tensada de continuo ante lo imprevisible, obtiene un minuto de respiro. Lo que ha hecho duraderas las religiones no es tanto que sean verdaderas, como que se hayan fijado en esos ritos. Sin la misa, el cristianismo habría desaparecido hace mil quinientos años. Contrariamente a lo que se piensa, los que viven cada día de una forma distinta viven menos que aquellos otros que hacen cada día las mismas cosas, si acaso saben vivirlas adecuadamente.

Así que pensamos, ¿durante cuántos años podremos venir a Roma? ¿Hasta cuándo viajaremos a París, a Venecia? Pero en realidad no preguntamos esto, sino ¿hasta cuándo la vida será una aliada y no un enemigo?

A la rutina de Roma sigue la rutina de Madrid. Hoy, leyendo un libro de pirotecnia, me entero de que aquellas piedras bañadas en una sustancia hecha de fósforo y pólvora y que arrojábamos contra el suelo para hacerlas restallar llevan el nombre de *Piedras del diablo*.

Una vez más, serviría para título de un libro de Bergamín.

IBA buscando en el tomo de 1940 del *Journal Littéraire* uno de esos datos que hacen que nos sintamos más seguros en esta casera erudición nuestra. Pero lo que me encontré, al azar, fue esta frase: «Le llevé esta mañana 6 francos de rosas. Ni su almuerzo ni ella los valían». No creo que alguien capaz de encanallarse en una frase tan cínica y vulgar como esa, de una grosería criminal, pueda decir nada interesante sobre nada. Lo sorprendente en ella no es tanto que Léautaud, casi septuagenario, crea que se puede comprar con flores a una mujer, sino que el dinero, incluido el suyo, pueda comprar ninguna flor, y menos unas rosas.

AYER viajamos X, su mujer y yo a Valladolid, al entierro de RCh. Estaba bien, había salido del peligro, incluso el rey había ido a visitarla, todo hacía pensar que por esta vez había esquivado la segureta, y en unos días todo se complica, hospitales de nuevo, médicos, y el viejo corazón que se resiste a seguir latiendo.

La familia de RCh. ha nombrado a mi amigo portavoz, o algo parecido.

Fuimos en un coche que le han puesto los de la radio y que le lleva a todas partes, con chófer. ¿Cómo se habrán tomado sus muy numerosos enemigos políticos esa designación? Muchos se habrán quedado desconcertados. X es hoy una persona de derechas, amigo de personas importantes de la política y enemigo de personas importantes de la política. Si ganan las derechas seguramente será más importante, y si pierden otra vez, tampoco dejará de serlo. Por eso tiene un coche con chófer.

Pero era, sobre todo, amigo de la propia RCh. desde hace veinte años. Se entendían y X la admiraba de verdad, era una escritora muy para él, aristada, fría, para quien el estilo en literatura es sobre todo la inteligencia.

IR a firmar libros en la Feria del Libro es como ir a fregar escaleras. Y digo lo que las mujeres del pueblo: yo iría si me hiciese falta para comer.

NINGUNA vida, contada en primaveras, es demasiado larga.

NOS encontramos en la plaza de París, como sucede a veces algunas mañanas de domingo. Sabiéndonos desamparados (M. está en el festival de cine de San Sebastián y G. con un amigo en la sierra), nos invitaron a comer en su casa. Esperaban también a un hermano del caritativo anfitrión, físico como él, solo que hace unos años abandonó la física por la informática. Se habló mucho de eso. Todos están conectados a algo que les tiene comunicados permanentemente, y a eso lo llaman www, world wide web, la tela de araña del mundo. Es precioso eso, tan shakespeariano. Únicamente se les ocurre poner nombres tan bonitos a los anglosajones, lo titulan todo bien, empezando por los pubs y las posadas de los caminos. Y así, una vez más, en el lugar más desprotegido de ella, nace la poesía como esas formas vegetales que incluso en la tundra desafían la nieve, el hielo, los abrasadores vientos polares.

HAY amistades que al romperse quedan en el corazón como cascotes de una porcelana.

CIERTO: los tomos de este *Spp* se escriben solos. Pero hay que corregirlos cinco o seis veces.

«DI toda la verdad, pero sesgada», debería figurar al frente de una obra como esta, pero ¿y el placer vulgar de entrar y salir de los cuartos dando portazos, avasallando?

ME han encargado un prólogo para la *Vida de don Quijote y Sancho*. Lo necesitan para el día 15 de septiembre, lo que quiere decir que se lo habían encargado a otro, que les ha fallado. La persona que me estaba haciendo el encargo se empezó a hacer un gracioso lío con las razones por las cuales me localiza un 4 de agosto para pedir un prólogo que ha de estar dentro de un mes. Yo, claro, sabía que no era posible que lo encargaran con tan poco tiempo, de modo que me divirtió, antes de darles un sí que en mi fuero interno había dado desde el comienzo, me divirtió, digo, preguntarle cinco veces la razón por la cual no habían llamado antes.

Eso fue por la mañana. Por la tarde estuve en la calle Grijalba, 10, la casa de Paco Vighi. En el número 12 vivió el pintor Eduardo Vicente con su segunda mujer, antes de separarse de ella para irse a la

buhardilla de la calle Leganitos. A mí me contaron que los amigos un día se le encontraron colgado de una viga. Falso. Se lo encontraron, es verdad, cuando lo echaron de menos en la tertulia. Llevaba dos días muerto. Había muerto de repente. Pero a algunos esa muerte triste les parecía poco, y lo adornaron con el suicidio. Vighi y él eran como hermanos. La vida de Vicente fue muy desdichada. RG. siempre dice que era un pintor extraordinario antes de la guerra. Vino la guerra y ese pintor se malogró. ¿Cómo? La vida, que le jugó innúmeras pasadas. Después de la guerra estuvo escondido mucho tiempo, desaparecido, temeroso de que le reconocieran y le hicieran pagar su colaboración activa con la República, como cartelista y en la pintura de propaganda. Ilustró algunos libros durante la guerra, hizo carteles, colaboró en casi todas las revistas con sus dibujos de milicianos y escenas de la guerra. Un día se lo encontró Eugenio d'Ors por la calle, vestido de pintor de brocha gorda, con su escalera y su cubo de pintura. Le paró y le dijo, Vicente, ¿pero qué hace usted? Este le pidió que no le delatara ni relatara aquel encuentro fortuito a nadie. D'Ors, que era un jerarca, abordó aquella empresa como algo personal y logró ir normalizando su situación con la policía, que a tenor de lo desquiciado de aquellos años, lo mismo ni lo buscaba o, por el contrario, lo hubiesen metido en la cárcel con un bonito par de penas de muerte. Antes de que d'Ors lo encontrase, se ganaba la vida como pintor de brocha gorda y con otros oficios, y gracias a d'Ors volvió a pintar en lo suyo. Tenía una visión barojiana de la realidad y una poesía especial para el tipo madrileño de pobre, de vagabundo, de organillero. Se fijaba en los arrabales, en las casuchas del río, en los puestos del Rastro y en los borrachines. También en las mujeres del pueblo, laboriosas y dicheras, de caderas anchas, muñecas fuertes y pantorrillas potentes. Pero hay algo en él de debilidad, quizá le pueda la caricatura, más que la pintura, y la caricatura está siempre, se quiera o no, un paso por detrás de la realidad. Por esa razón los caricaturistas en la pintura o en la literatura tienen mucho más éxito que los escritores y los pintores de la realidad, porque la gente les comprende antes. Fue el caso de Sert (caricatura de Tiépolo), de Zabaleta (caricatura de Picasso), de Palencia (caricatura de la vanguardia). Les bastan los rasgos elementales. Vicente es un pintor elemental, pero no despojado. No es lo mismo un pintor esencial que elemental.

Poco a poco el pintor fue recuperando sus viejas amistades, las que quedaban en Madrid, al menos. Ilustró la primera edición de los *Versos viejos* de Vighi, que le editaron a este en la *Revista de Occidente* por deseo de Ortega. Y así, en unos años, se hizo un pintor de moda, con

un éxito razonable en todos los ambientes. Todo el mundo quería cuadros suyos, los escritores, los intelectuales, los actores, las cupletistas, los burgueses... Sale en la película *Tarde de toros* de Vajda, es el pintor que aparece en la barrera de Las Ventas, haciendo dibujos del natural. Al final, por lo que se ve, nada de toda esa popularidad le ayudó a seguir adelante, y acabó de la manera que se ha dicho.

En la casa de Vighi conservan aún el ejemplar manuscrito de los poemas de *Versos viejos*, con los dibujos originales que hizo para la edición el pintor. Los dibujos son los característicos, estilizados, a plumilla, tipos de Madrid, arrabales, desmontes, una desolación poética.

Los poemas no son nunca tan sórdidamente dramáticos. Tienen otro colorido siempre. Vighi es un poeta especial, de corte humorístico. Yo no creo que eso suyo sea poesía, pero lo que sea, es muy bueno. No se podría traducir a ninguna otra lengua, porque la gracia desaparecería con el idioma. Le faltó un poco de genio para ser Apollinaire, pero en París Vighi habría hecho un buen papel. Es como un Satie de la poesía castiza. La gente desprecia esa poesía, pero tiene mucha gracia, como las melodías de un acordeón. Pero es difícil convencer al partidario de lo sinfónico de que un acordeón es un instrumento noble.

Ahora vamos a editar sus poemas completos, o lo más completos que se pueda.

La viuda de Vighi vive en esa casa de la calle Grijalba, en una casita con su jardín y sus árboles. Es una casa modesta, solo que en una zona que se ha convertido en lujosa. En el jardín hay un paraguayo lleno de paraguayas, eso hace muy raro y exótico, lo mismo que si criaran cacatúas de colores y las tuvieran colocadas por las ramas. Y una morera que plantó el propio Vighi cuando se vinieron a vivir a este barrio, después de la guerra y tras las suaves depuraciones políticas de las que fue objeto.

De estas cosas me habló su hijo, de su detención, de la gente que salió valedora de él en la cárcel de Valladolid, Mola, Queipo de Llano y el obispo de Burgos, y otras cosas más, cuando se fueron a vivir a Málaga. Era amigo de Queipo de antes de la guerra, y eso le valió.

Al cabo de un rato de conversación, el hijo me condujo al cuarto donde estaba su madre, la famosa Julia de los poemas, a la que me quería presentar. Estaba en el salón de la casa, sentada en un sillón. Al verla me quedé de una pieza, porque yo a esa señora la he estado viendo durante años en el Rastro con la viuda de Claudio de la Torre, vendiendo unas antigüedades finísimas. Si esto fuese una novela, tendría que poner que yo en ese momento proferí un «¡arrea!», y pegué un saltó hacia atrás. En el Rastro se conocía a las dos mujeres

como las marquesas. Otros las llamaban las inglesas. Parecía que fuesen dos hermanas a las que la pensión como huérfanas de militar no llegara para vivir y estuvieran sacando con cuentagotas las cosas de la casa para venderlas, un cepillo de marfil, un marquito de plata, un monedero de malla de plata, unos catalejos de teatro, hechos en nácar... Pero no, todo eso eran suposiciones noveladas de uno. La realidad superaba una vez más cualquier ficción.

Llevaban una vitrinita pequeña, que se podía portear debajo del brazo, y dos sillas de tijera, y allí se ponían ellas dos, una al lado de la otra, como dos gallinas que quisieran darse un poco de calor. Las recuerdo en invierno, muertas de frío, con mitones en las manos y esa clase de cazuelas de lana para que no se les helaran las orejas. A los pies ponían un termo. Cualquiera hubiera creído que el termo estaba lleno de legítimo e hirviente *earl grey tea*. Pero tampoco.

Al principio no me atreví a preguntarle nada al hijo sobre el particular, por si eso de ir a vender cosas al Rastro formaba parte del lado más triste y sombrío de la familia.

El hijo es eso que se decía antes de algunos hombres, un señor, muy castellano, como un prototipo para una obra de Calderón. Quizá es porque no tiene nada que ver con el mundo de la literatura ni de los literatos. Es ingeniero como su padre, pero no se ha movido nunca entre escritores, los admira mucho y recuerda con nostalgia cuando venían a su casa y hacían tertulia con su padre, pero eso pasó. Sabe lo que valía su padre y lo que valen sus versos, a él le gustan mucho, pero no quiere hacer negocio con ellos ni darse una importancia que no necesita para vivir ni para prestigiarse. Él es ingeniero, da clases en la Escuela de Ingenieros, tiene unas hijas que ya han terminado sus carreras, él mismo está enfilando la edad de las jubilaciones... Solo le preocupa la madre, que tiene noventa años.

Estaba sentada en un sillón, ya digo, junto a una mesa camilla, sentada en un flotador. Se me quedó mirando y me tendió la mano, pero con absoluto desinterés. Yo creo que no me veía. Llevaba unas gafas de cristales gordos que le aumentaban los ojos hasta la exageración. Me pareció que llevaba los cristales sucios, como esa gente que los tocas con los dedos y deja en ellos las huellas grasientas. Me dijo el hijo que no veía nada, y meneó la cabeza con tristeza dando a entender que la de su madre andaba un poco perdida. Pero está fuerte, goza de buena salud, incluso, me explicó después, tiene el ánimo levantisco y es difícil someterla, porque ha sido una mujer de rompe y rasga toda la vida, con un gran carácter.

A todo esto, la mujer asistía a nuestra conversación sin entender nada, hasta que se lanzó al ruedo, y sí, desgraciadamente se veía que

tenía la cabeza como una olla de grillos.

Yo no quería molestar a la buena señora, pero pude ver los libros de la biblioteca, que quedaban a su espalda. Había algunos raros, *Urbe* de Arconada y *Hampa,* de José del Río, y otros más de Bacarisse, de Diego y de poetas y literatos de Pombo. Casi todo Ramón Gómez de la Serna, también *Entrando en fuego*, que yo veía por primera vez. Cuando llevaba dos minutos curioseando los lomos, la madre se me quedó mirando sin verme y me preguntó si podía saberse qué estaba haciendo.

El hijo estaba pasando un mal rato y levantó las cejas para pedir disculpas. Nos corrimos de nuevo a su despacho y allí me atreví a preguntarle, con una perífrasis versallesca, si acaso su madre no había acompañado alguna vez a una amiga al Rastro.

Al hijo se le iluminó la cara, como si esa historia lejos de resultar penosa significase para él algo que le hacía sentirse orgulloso de su madre.

Ella y la viuda de Claudio de la Torre compraban todas aquellas pequeñas antigüedades en Londres, en efecto, y las vendían aquí. Eso les permitía viajar un poco y entretenerse los domingos. En invierno llevaban un termo colorado. Ya lo he dicho. Se lo ponía una entre las piernas, como un perrillo que pudiese salir corriendo. No contenía té, hubiera sido lo lógico. Pero no. No hay que fiarse de las apariencias, y menos en el Rastro, el teatro real de las apariencias. Lo llenaba de sopa de cocido, que le sobraba de los sábados, día en el que se ponía cocido en su casa. Con las ganancias obtenidas invitaban a los hijos a comer ese día en un restaurante, o a sus amigas. Tuvieron durante años abierto aquel puesto. Eran muy célebres en la plaza de Vara del Rey, donde lo tenían, y la gente se paraba siempre a mirar la vitrinita, extrañados de ver a dos señoras perfectamente trajeadas en medio de la inmundicia y la costra.

Resultó una tarde muy agradable. La historia de Vighi, pero sobre todo la de su mujer, la tomé como el final aplazado de una pequeña novela, que la vida hubiese querido poner a mi alcance.

Cuando me fui, estaba anocheciendo. El hijo, que vive en el piso superior de la casa, me acompañó a la puerta del jardín. Cantaba un grillo cerca. ¡Un grillo! Cuánto tienen ya de juanramonianos los grillos de Madrid, a él, que tanto le insomnizaban.

Y aquel canto, camino de la Castellana, me seguía como una canica de cristal que hubiese surgido de un remoto sumidero, con todos sus brillos genuinos y su pulida superficie.

UN novelista ensueña sus personajes. En cambio sus personajes deben tener visiones de lo real. Un novelista se pierde en lo imaginado y en sus personajes, para no perderse él mismo como parte de otra ficción. En cambio los personajes han de ser firmes, mucho más firmes como realidad que el propio novelista. La realidad del novelista es cosa de filfa que interesa a los profesores, a los periodistas y a uno que yo me sé, que me estará leyendo.

PUEDE haber más verdad en una caricatura buena que en un retrato malo.

EL pensar piensa sentado o echado. Pero para presumir puede decir que de pie.

APENAS consintieron en quedarse tres días y medio. El viaje desde León se les hizo largo, aunque no lo confesaron, porque se educaron y nos educaron en no subrayar las dificultades y sacrificios, y los casi ochenta años de él, llevados saludablemente, parecían impedirle, sin embargo, que dejara de pensar un solo minuto en esos ochenta años, en la decadencia y en un final que intuye próximo, acaso como si pensara: «He enterrado ya mi a padre, he enterrado a mi madre, ¿qué me queda esperar?». Un día, en la mesa, dijo: tengo la misma edad en la que mi padre empezó a notar que perdía memoria. Y guardó silencio, uno de esos silencios elocuentes que solo pueden significar una cosa, habida cuenta que todos conocíamos los últimos años de aquel hombre al que se le fue la cabeza por completo y vagaba por la casa como por el limbo, repitiendo de memoria, palabra por palabra, el discurso que echó desde el balcón del consistorio de su pueblo el 18 de julio del 39. «¿Qué será de mí, qué va a ser de nosotros, de vosotros, cuando ese día llegue?». La madre, curada de esas venenosas melancolías, reaccionó con esa violencia popular hacia las enfermedades imaginarias o a las desgracias presentidas: «¿Qué tonterías estás diciendo, chaval?». Pero él sacudió la cabeza, sin despegar los labios, gesto que quiso levantarse en medio como un mojón recordativo: «No digáis que no os lo advertí».

Resultó imposible escribir mientras estuvieron en casa. Trataba de concentrarme y aislarme, pero vivía en medio de una excitación que impedía todo lo que no fuese estar a su lado, acompañarles, darles conversación, seguir las suyas. Le intrigaban a uno él y ella, padre y

madre, y sin que se dieran cuenta se los quedaba mirando a hurtadillas, como si les espiase, en el fondo como a seres extraños en los que nos reconocemos de una forma oscura e inevitable.

Contaban cosas de allá, de León, de su juventud, de la guerra, del maquis, de la Vega, de los parientes muertos. En todas las conversaciones acababan por aparecer gentes de las que ni siquiera había oído hablar o cuyos nombres me sonaban vagamente, con un eco que despertaba en el oído y en el corazón muy ancestrales recuerdos. Yo, una de las noches, mientras mirábamos los cuatro las estrellas en silencio, hice mis cálculos: de vuestra vida de adultos, ¿cuántos días como estos habéis pasado juntos? Así, de esa manera, lejos ellos de su medio y de su predio, sin defensa, y en el nuestro nosotros, estos tres días y antes, hace once años, aquellos dos, también aquí, en las Viñas. Hasta los diez años, en su casa. Luego el internado, siete años, de los cuales solo los dos meses de verano se compartían, y unas horas por mes, de los otros diez meses restantes. En total catorce meses. Y a partir de entonces, hasta hoy, ¿cuántos más? ¿Cinco, seis, diez meses más en el cómputo total, con todas las navidades incluidas y visitas esporádicas? ¿Eso es todo lo que al fin y al cabo habéis vivido juntos? No es, en efecto, mucho para una vida de cuarenta y tres años.

También se preguntaba uno: ¿soy yo el que sabe poco de sus sentimientos, de sus preocupaciones más hondas, de aquello que les ha hecho sufrir, o son ellos los que lo ignoran también? La vida ha sido para ellos como un discurrir ajeno, en el que nunca, o nunca con uno, se ha hablado de nada que creciera de la piel para dentro, por miedo a las llagas, al dolor, a lo desconocido. Pero a su manera, algo habrán tenido que contarse entre ellos. ¿Cómo habrán hablado de uno, de lo que le desconocen? ¿Qué impresiones habrán sacado? No hay alma que pueda vivir sola mucho tiempo, me decía. Pero todo era un enigma, mi enigma, y así, a ráfagas, empecé a sugestionarme con su muerte: ¿y si en efecto él se va y se lleva su enigma, mi enigma?

Cuando me hacía consideraciones de esta naturaleza, el arranque primero, en cuanto volvía a estar a su lado, era mostrar afectos muy remotos, por sacarlos de debajo de la piel, de lo desconocido, pero qué difícil dárselos a quien se los ha negado siempre a sí mismo, por la lucha tan dura de su vida. Así que uno, por temor a que no los reconocieran, se los guardaba, como había ocurrido siempre. No sé, me pareció que dárselos así, de modo tan intempestivo, hubiera sido una desconsideración, como regalarles un artilugio del que ignoraran el manejo. Sí, qué extrañas le son las palabras, sobre todo algunas, a quien ha sobrevivido sin ellas. No sería fácil hacer adictos al vino entre los bereberes del desierto, no porque son mahometanos, sino porque han amado siempre tanto el agua que no pueden sospechar para qué pueda servir el vino.

Y sin embargo el padre, que había visto esta casa una vez, en invierno, cuando apenas se había terminado la obra, estaba asombrado de que la hubiéramos levantado como quien dice de una ruina, y no paraba de alabarle la tarea a M., dando por supuesto que esa tarea había sido principalmente de ella, porque en ciertas gentes del pasado, el modo de mostrar su afecto es, primero, mostrar admiración, asombro y respeto. Es algo tan castellano, que parece sacado de un viejo romance medieval. ¿Cómo apreciar y querer a quien no es respetable, a quien no admiramos, a quien no nos asombra? Y más tolerable (diría más castellano, más hidalgo) mostrárselo a una nuera, extraña a la familia, al fin y al cabo, que a un hijo.

La vida de aquí les recordaba a los dos la vida de allí, la de Manzaneda, la de su juventud, la vida que ya no existe, la pasada, la vida muerta, cuando eran fuertes y el trabajar de sol a sol les rendía de cansancio, pero no tanto como para impedirles concebir y criar nueve hijos. Cada cosa, la mastina, los grillos, las estrellas, los olores, los sabores, la leña, todo tenía su correspondencia con aquel rincón

suyo del mundo, y lo que en nada se parecía, por nacer en otra tierra y de otras costumbres, también les recordaba, por contraste, las suyas.

En realidad el motivo de ese viaje era uno bien preciso y práctico, como ocurre en personas que nunca han viajado y que se negarían a hacerlo si no fuese para algo concreto y necesario. Lo recordaban los dos: nunca habían disfrutado de unas vacaciones, ni dos ni cinco ni diez días en sesenta y cinco años de trabajo. Y luego tampoco: siempre había que hacer algo, cuidar de un enfermo, enterrar a alguien, velar por algo.

Solo con la añagaza de que la madre nos enseñara a hacer pan, se avinieron a emprender ese viaje que para ellos era como al nuevo mundo.

Mientras amasaba los nuevos, recordó ella todos los antiguos panes que salieron de su mano, las veintiuna hogazas que amasaba y metía en el horno cada semana, durante diez años. Hice también cuentas. Cuando no se pueden hablar las cosas íntimas, las operaciones de aritmética son socorridas: más de diez mil panes, de dos kilos cada uno, veinte mil kilos de harina, veinte toneladas. Así se le fue parte de una vida, que recordaba con cuánta nostalgia. En aquella casa, acosados por los maquis, aislados por la nieve en invierno, con un hilo eléctrico que les suministraba el escaso voltaje para media docena de bombillas y que a menudo se rompía a consecuencia del viento y de los temporales... Pero no cambiarían aquellos diez años por los otros setenta.

En el momento en que quedaron metidos en el horno nuestros tres panes, para su cocción, le vinieron a los labios, de manera natural, impensadas, unas palabras que no pronunciaba hacía cuarenta años, los mismos que llevaba sin amasar. Hubieran podido olvidársele, pero allí estaban como esas aguas que brotan de nuevo de la tierra, después de haberse hundido unos kilómetros atrás: «Dios con todos y el pan en el horno, un padrenuestro por las benditas almas del purgatorio». Por la seriedad y sentimiento con que lo rezó, se hubiera dicho que las ánimas del purgatorio eran todas de la familia. Yo recuerdo, de niño, que en Ruiforco, la señora Honorina también rezaba por los difuntos de su familia cuando se hacía el pan. ¿No eran las mismas palabras? Así nos lo confirmó la madre, no había otras, y en todos los hornos en los que se iba a cocer el pan se decían, esa era la tradición, y nadie se la saltaba. Mientras esperamos a que se hiciera el pan no se volvió a rezar más, pero allí, sentados en 1948, volvieron a salir en la conversación muchos nombres de gentes, parientes de los que uno quizá tuviera que haber oído hablar, muertos que estaban tan próximos en su memoria, que se creían con derecho a quedarse entre

nosotros.

(...)

Cuando se fueron, se fue también con ellos el enigma y ese no reconocerse, que tanto nos intriga, y quedó en el ambiente el extraño poso, como cuando se despierta de un sueño y no sabe uno dónde se halla, con ser ese sitio el de todos los días, meses y años, el mismo, como sigue siendo uno el mismo, y tampoco sabe quién es.

HA pasado todo, pero no la angustia y el miedo. Nos temblaban las manos y sentíamos, así nos lo confesamos luego, un vacío espantoso en el estómago, como solo se siente en las pesadillas. Pero aquella sabíamos que era real.

Llegó la hora de la comida y ni G. ni su amigo E. aparecían. Es una combinación letal. Cuando G. y ese muchacho se juntan, los milicianos de Septiembre Negro quedan reducidos a simples camilleros de la Cruz Roja. Cada minuto que pasan juntos, la humanidad eleva, en su conjunto, vítores de alegría por seguir incólume.

Ahora estoy contento, y hago bromas, pero hace unas horas corría desesperado por todo el campo gritando su nombre, llamándoles entre las encinas, mirando en los pozos, subiendo al Cancho de la Zorra, por si se había despeñado, como en el cuento de Garbancito, pensando también que se lo había tragado una vaca.

Íbamos a empezar a comer. Solo esperábamos que llegaran. Habían salido con sus bicicletas. Justamente porque apenas tienen nueve años, sabíamos que no podían irse muy lejos. Estos caminos llenos de piedras picudas y cuestas violentas no están hechos para andar en bici. El esfuerzo que hay que hacer para mantenerse sobre la bicicleta es tan grande y penoso, que pensamos se darían la vuelta a la media hora. Eran las cuatro de la tarde, y no habían aparecido. Es curiosa la cantidad de argumentos que encuentra uno al paso para no inquietarse. Los plazos que se va dando. Dice, aparecerán dentro de diez minutos. Pasan los diez minutos, y se dice, bien, dentro de un cuarto de hora tienen que haber llegado, no deben de estar lejos. Nos ponemos a comer, y seguro que en ese momento aparece. Sucede así siempre. Cuando esos pequeños plazos se han agotado, surgen por arte de magia un sinfín de razones para la inquietud, y sus contrarias. Se habrán caído a un pozo, nos decíamos. Imposible, nos rebatíamos sin quedarnos un solo segundo junto a esa terrorífica posibilidad; no puede ser, está acostumbrado a ver los pozos de estos campos, sabe que son peligrosos. Un silencio. A ninguno de nosotros nos gustaba esa posibilidad, pero tampoco nos convencía la manera demasiado

superficial con que la habíamos descartado. No se van a haber caído los dos, decía alguien. No, quizá se haya caído uno solo. ¿E. sabe nadar? Nosotros estábamos tranquilos por ese lado, porque G. sí sabe. En ese caso, quizá esté agarrado a las piedras del pozo. Son pozos que están empedrados con pizarra de abajo arriba, uno podría caerse y agarrarse a las piedras. De acuerdo, pero si se ha caído uno, ¿por qué no ha venido el otro a pedir ayuda? Tal vez se haya tirado para ayudarle... ¡Basta!

Así durante dos horas. No sabíamos qué hacer. Pensamos telefonear a la Guardia Civil. Antes lo habíamos hecho a los diferentes vecinos. Tampoco queríamos alarmarles. Por otro lado, todos nos tranquilizaban: no será nada, decían; se les habrá hecho tarde. La gente tiene una gran calma con los hijos y el dinero de los demás. Pierde uno la cartera, y todos le dicen: ya aparecerá.

Para entonces ya habíamos recorrido la sierra tres veces en todas las direcciones, metiéndonos en todas las callejas, con peligro de dejar los bajos del coche en la mayoría de ellas, intransitables e intransitadas desde 1940.

Íbamos en el coche R. y yo. M. se quedó en casa, por si se presentaban. Dios mío, ¡si se presentasen!

En la primera hora uno piensa que, cuando lleguen, serán objeto de una muy severa reprimenda, seguida de un castigo ejemplar, para que jamás olviden que esa tortura no tienen derecho a hacérsela a nadie. Sin embargo, en la segunda hora uno transige en su fuero interno y se dice que daría por zanjado todo el episodio, con tal de que aparecieran. En la tercera hora uno solo pide al cielo con lágrimas en los ojos que aparezcan como sea, pero que aparezcan, y se olvida de todo lo demás.

Hacia las cinco llegamos al lagar de unos amigos. Es un lagar retirado, solitario, en medio de los montes. No había nadie. Estaba todo cerrado, casa, cuadras, la vivienda de los lagareros. Tampoco vimos al encargado. Gritamos el nombre de los chicos. Estábamos cansados de gritarlo por todas partes por las que pasábamos. Allí no había nadie. No sentimos ni siquiera a los perros. Las ventanas de la casa tenían los postigos echados. Cuando íbamos a meternos de nuevo en el coche, les vimos salir detrás de unas bardas.

Lo hicieron tímidamente, como esos toreros avisados que no saben la clase de bestia que tendrán que lidiar. Pero estaban tranquilos. El verles allí, en aquella casa, sin que pareciera que hubiesen corrido el menor peligro, hizo que olvidara al punto todos los pactos interiores que hasta ese momento eran cosa firme, y allí mismo les rocié con la más violenta y furibunda reprimenda. Las voces fueron aún más

fuertes que las que minutos antes lanzaba para buscarles.

Conscientes de merecer la andanada, ni siquiera intentaron, como otras veces, interrumpirla, sino que esperaron a que me fuese tranquilizando. Cuando al fin se consideraron a salvo, nos confesaron que se habían perdido.

Abrí los ojos desmesuradamente y di un paso hacia atrás, porque si era como contaban, mis voces habían sido no solo ociosas, sino injustas.

Su relato era fabuloso. Habían montado, en efecto, en sus bicicletas.

—¿Dónde están las bicicletas, por cierto? —les pregunté.

—A eso vamos —contestó G., que había decidido asumir el papel de narrador. El otro se había quedado detrás, como escudándose en él, quizá porque pensara, juzgando por su propio padre, que podría escapársele a alguien una bofetada, y en ese caso querría poder ponerse a buen recaudo. G. estaba ya más tranquilo, dueño de la situación, sabiendo que a esas alturas no corría nadie el menor riesgo.

En una bifurcación del camino, habían tomado el equivocado. No sabían dónde estaban. Y cuanto más andaban, más se alejaban. Atravesaron una de las dehesas de ganado bravo. A medida que iban contando todo esto, yo me iba quedando mudo de espanto. No sabía si tenía que dar gracias al cielo o sacudirle como a una estera. Gracias a su astucia, me confirmó G., a que se bajaron de las bicicletas y pasaron despacio, muy despacio junto a las vacas bravas, salieron de ese trance sin menoscabo. Pero para entonces no tenían la menor idea de dónde podían encontrarse. Se metieron por el monte. Ya no había caminos. Cada uno arrastraba tras de sí su bicicleta. Tenían la esperanza de que detrás de una colina apareciera algo conocido. Pero una colina les llevaba a otra. Llegó un momento que el sotomonte, las carrascas y lentiscos les impedía avanzar con la bicicleta. Así que tuvieron que abandonarlas.

—¿Abandonarlas?... ¿¡Sois idiotas!?

Lo preguntaba y lo afirmaba al mismo tiempo. Les hubiese roto el tímpano, de no tenerlo aún tan tierno.

Para paliar los efectos de la furia, ambos me mostraron al unísono brazos y piernas heridos y ensangrentados, que probaban lo muy verídico de su relato y la pena que a cualquier otro padre menos desnaturalizado le producirían.

Cuando les comuniqué que no nos marcharíamos de allí sin haber recuperado las bicicletas, se derrumbaron. No sabían dónde las habían dejado. Era una tarea propia de héroes, me dieron a entender. Imposible, repetían una y otra vez, y me señalaron la extensa mancha

de encinas, de unas doscientas hectáreas.

Dije que no quería saber nada y que empezaran a andar delante de mí. Lo hicieron sin rechistar.

Al final no estaban tan lejos, quizá a uno o dos kilómetros, en un lugar que se conoce como Los Carpios, vecino de otro que llaman Las Carboneras, por ser este el lugar en el que los piconeros suelen hacer carbón.

G. iba poco conforme con que pensase que era idiota, y no hacía sino insultar a su amigo, por una parte del plan del que al parecer había sido autor este, y que consistía en abandonar momentáneamente las bicicletas para proseguir más cómodamente la búsqueda del camino, y volver a por ellas en cuanto lo hubieran encontrado. Solo que cuando avistaron a lo lejos, en medio de la colina, el lagar de Buenavista, y quisieron volver atrás, no las encontraron, y por miedo a terminar perdiéndose ellos de nuevo, dieron por perdidas definitivamente las bicis.

Encontramos a M. en la calleja. Estaba desesperada y con el rostro desencajado de haber estado llorando. No sabía qué podía habernos pasado, puesto que hacía más de dos horas que habíamos salido en su búsqueda, y aún no habíamos vuelto. Al vernos llegar, como que hubiera querido desplomarse, pero se habría roto la cabeza con las piedras de la calleja. Por un lado quería llorar, y por otro no hacía más que abrazar a su hijo. En cambio al otro chico no le abrazaba nadie, y yo tampoco tenía ganas de hacerlo; era injusto, desde luego, y demostraba una vez más la teoría según la cual los padres creen que los causantes de los males de sus hijos provienen de las malas compañías.

Pasamos a casa. A ellos les esperaba la comida fría, de la que dieron cuenta sin rechistar. Un plato, otro, el postre, todo el pan. En ese momento, con tal de no provocar nuevas iras, habrían hecho cualquier cosa, incluso una ingeniería.

ES una lástima que la mayor parte de los personajes célebres desperdicien la oportunidad de entrar en la historia y en la literatura cuando redactan sus memorias. Bastaría con que contaran la verdad por la cual alcanzaron la celebridad. Pero no. Suele ser lo contrario. Escriben sus memorias para que la verdad no llegue a saberse nunca.

VINIERON en brazos con un cachorro de mastín. Se abrazaban a él pidiendo clemencia para su vida, como si lo estuvieran rescatando de

una muerte segura. Es una hembra, y es preciosa. Toda la familia sigue embobada sus evoluciones y tropiezos. Rueda escaleras abajo, deja por todas partes rastros de orina, en pequeños charcos dorados, mete el hocico en el plato de la leche y mira como sabiendo que es el actor de una obra feliz. Es una bola de pelo. Al hundir los dedos entre esas guedejas limpias, recién arrebatadas al cuidado de su madre, se apresa el calor de la vida que empieza, y se perciben con fuerza sus latidos. Estos llegan incluso a asustar. No sabemos si vamos a estar a su altura. Nos mordisquea las manos y levanta la cabeza para rozar su fría nariz contra la nuestra, como los esquimales.

HEMOS llegado a asociar Las Viñas con penosos trabajos de restauración y mantenimiento de muros, tejados, instalación eléctrica, suelos en contacto demasiado estrecho con la humedad de la tierra... Antes pensaba que esto era una pérdida de tiempo. Se decía uno, si lo dedicara a escribir o a leer, ahora habría escrito tanto y leído tanto. Pero no. ¿Cuándo, si no, podría hablar con un electricista, con un pintor, con la mujer que viene a limpiar? Todos ellos traen sus historias sin contar, aparte de la historia que la propia vida se entretiene en tejer con ellos y con nosotros sobre la marcha. Así que me quedé más de una hora junto a un electricista que pelaba cables con suma delicadeza, como si fueran percebes, hablando de esto o de lo otro, o de ese pintor que cuenta los días para que al fin se abra la veda de la pesca. Esas cosas van sedimentando en uno lenta, imperceptiblemente. Es como traer un camino a casa. Desfilan por ella tipos insólitos y uno marcha con ellos un buen trecho. De la sustancia de sus relatos va formándose nuestra propia carne narrativa, y en el encofrado de su alma la nuestra va levantando su casa.

EN cuanto llegué y dejé el equipaje en el hotel, salí a buen paso hacia el Museo Picasso. Eran ya las dos menos cuarto. Sigue uno viajando como cuando era un muchacho, con el temor de que todas esas calles, cafés, edificios que han estado sin necesitarnos durante años, van a desaparecer por el hecho de haber desembarcado nosotros en la ciudad. Así que sentimos una ingenua impaciencia, y corremos con ansiedad de un lugar a otro, cerciorándonos de que todo sigue en su lugar.

En Barcelona siente uno algo muy parecido a la felicidad, y a la vez contradictorio, al igual que cuando se llega, no sé, a París. Por un lado aprecia uno lo mejor de lo que le rodea, aquello que no tiene en su

propia ciudad y que encuentra más excelente que en ella: calles anchas, buenas casas, un olor peculiar (en Barcelona es olor a repostería y azúcar quemado y, en otros barrios, a marisco a punto de echarse a perder), y al mismo tiempo, naciéndole de lo más hondo, percibimos como una libertad inexplicable, parecida a la que sentimos cuando nos hemos librado del equipaje: vamos a poder irnos, no es la ciudad en la que tendremos que quedarnos. Esto nos hace estar de un humor excelente. Si en la ciudad quedara una persona amada, probablemente las cosas variarían de forma radical.

Al deshacer el equipaje me di cuenta de que no había puesto en la maleta ni un solo calzoncillo, así que al pasar frente al comercio de Bonet i fill, camisero de las Ramblas, me acordé de ese asunto, y entré, guiado por la casualidad, pues dos segundos antes no tenía la menor noticia de ese Bonet ni de su hijo tampoco.

Era un establecimiento como tantos de antes de la guerra: pequeño, con los estantes y el mostrador de madera de ennoblecido color nogal y el género metido en cajas de cartón. Desde fuera podría parecer una instalación de arte conceptual. La dueña era una mujer de unos cincuentaicinco años, de armas tomar. Parecía más bien la viuda del dueño, que tuvo que ponerse al frente del negocio a la muerte de este. Le asistía un viejo, de esos que parecen haber nacido en la trastienda. Este tenía una mano estropeada, en la que faltaban la mitad de los dedos, como si se los hubieran quitado de un hachazo o la hubiera metido en el volante de una máquina. Le quedaban dos apéndices que usaba, a modo de pinzas, como los bogavantes.

La tienda estaba vacía. Esperaban los dos, con los brazos caídos, a que entrara alguien. En cuanto me vieron cruzar la puerta, cambiaron la cara, y pintaron, de resorte, una sonrisa de netol que iba de lado a lado.

—Naturalmente, caballero, que tenemos calsonsillos de algodón.

Lo dijo un poco ofendida, como si hubiera habido alguien que lo pusiera en duda.

—¿Son de algodón puro?

—¡No han de serlo! Aunque dise usted bien, porque los tenemos del sien por sien algodón y del noventa por sien. Como son retales de nuestras camisas, sabe, son de toda confiansa, y además que tienen, vea, la forma aquí en el... —y señaló la culera, donde había una pieza añadida—, como los de antes, que han de serle a usted muy cómodos.

Al mismo tiempo que hablaba, extendió uno sobre el mostrador lustroso de madera, y para subrayar que se trataba de un gran algodón, metió la mano por uno de ellos, acarició la tela como si lo planchara y asomó por la portañuela la mano, cuatro pollas con las

uñas pintadas.

—Vea, vea, un gran algodón —y meneaba los dedos con sedosos tijeretazos, arriba y abajo, a través de la bragueta.

Pedí que me envolviera tres y, cuando iba ya a ganar la puerta, se despidió:

—Ya ha de quedar usted contento. Nosotros tenemos clientes que llevan con nosotros cincuenta y sesenta años —me pareció que agitaba esta frase como un estandarte victorioso—. Siempre que venga a Barselona venga a vernos, porque no es usted de Barselona, ¿verdad?

—No, señora, no lo soy.

Sonrió satisfecha de su perspicacia, más contenta aún por haber derrotado a Madrid en un metro cuadrado, como quien dice.

Durante todo ese tiempo el empleado, que se parecía mucho al tío Cornejo de Solana, permaneció mudo a un lado, abriendo y cerrando su pinza de bogavante, mientras el ama peroraba conmigo.

Esta escena, que en otro momento me habría deprimido (me habría imaginado lo que significaba una vida como aquella, la rutina de cada día, el tío Cornejo teniendo que aguantar a la mujer de la permanente teñida, y esta teniendo que aguantar al tío Cornejo, vendiendo calzoncillos, explicando lo del cien por cien y lo del noventa por cien, ¡tener que soportar a los mismos clientes de hace medio siglo, con lo impertinentes que vuelve esto a los clientes!), en ese momento, en cambio, me puso de un magnífico humor y me dirigí con tres calzoncillos diseñados directamente por el rey Jaime Primero debajo del brazo al museo de la calle Moncada.

SOLO valen la pena los recuerdos que se pueden guardar en una caja de zapatos.

LO difícil para un escritor no es convencer y seducir a un lector desconocido, remoto e ideal, sino convencer, seducir y emocionar precisamente a aquellos lectores cercanos a su vida, que le han visto ser mezquino, vulgar, injusto o ridículo, y que saben, mejor que nadie, que cuando no está escribiendo es un ser insignificante. Lo difícil no es hacerse querer por quien no le conoce a uno, sino por el que nos conoce demasiado bien.

M. TENÍA que coser unos cojines, así que me pidió que le leyese en voz alta. Por suerte no estaba presente la modernidad, porque de

haberlo estado nos habría desprestigiado para los restos por escena tan decimonónica. Desde Mallarmé no se cose. Ni siquiera se borda. Todo lo más a lo que se llega es a poner unos versos de tracería o blonda en el abanico de una dama. Pero nada hay más moderno que zurcir. El *collage* es una manera de chafallo y todo Schwitters es un zurcido. Zurcir es pura vanguardia. Y uno hace eso en estos cuadernos, un zurcido.

(…) No tenía nada más que levantar la voz. Seguía con los relatos de *Dublineses*, en realidad *Gente de Dublín*, como viene traducido en el título. Ninguna de las historias tratadas en él es extraordinaria, pero todas ejemplifican algo, una pasión inútil, algo sórdido y triste, un encuentro inoportuno y casual... Los finales son siempre parecidos, abruptos y sin retórica, como sucede la mayor parte de las veces, que la literatura solo tiene fin en la literatura, y entonces no vale gran cosa.

M. cosía de espaldas a la ventana y recogía la poca luz que iba quedando, de modo que atardecía ella en un contraluz, y pese a que anochecía deprisa, había en todo cierta lentitud que daba a la escena ese aire primitivo que la confundía con otra parecida, de ámbito antiguo, quizá con una pintura de Vuillard.

Le dije, creo que más que leer estos relatos, debería estar escribiendo el nuestro propio. También breve. ¿Qué vida, en cinco páginas, dejaría de ser interesante? Pongamos por caso que yo tuviese que contar una vida en diez folios. La mía misma, por ejemplo. La brevedad le conferiría cierto halo poético, y lo novelesco vendría determinado por cierta unidad temporal, a la que no renunciaría. Por ejemplo, podría empezarse así el relato de la vida de una tal señora C., le dije a M.

¿Me vas a contar un cuento?, me preguntó. Yo le dije que sí. Nunca me has contado un cuento mientras cosía, exclamó de pronto con el entusiasmo de una niña que va a acometer por vez primera una experiencia nueva y prometedora. «La señora Cornelia miró hacia su derecha, en dirección a la puerta, en el momento en que entraba el coronel Ambrosius Donovan, con la pipa en la boca y andando de aquella manera peculiar, las manos enlazadas por la espalda e impulsándose en los talones...». ¿Te haces una idea de la escena? ¿Has ido de la señora Cornelia al señor Donovan, y en este has pasado de fijarte en la pipa a reparar en el modo en el que metía los talones en el suelo?

¿Vas a contarme así todo el cuento?, me preguntó decepcionada. Lo dejamos ahí. Pero ahora pienso que del mismo modo podía intentar el relato de estas horas. Pero uno se dice, ¿para qué? Ya está la vida

llena de vidas tristes, como para llenarla todavía más con algunas ficticias, pero no menos tristes.

Dentro de unos años, cuando muera, cuando muramos todos nosotros, podremos ser vidas tristes, pero no ficticias. Quizá por eso es posible que alguien las encuentre mejores de lo que fueron. Si ocurriera así, querría que ese alguien supiese que nos alegrábamos en el presente y fuimos ya felices presuponiéndolo, y que en la gloria póstuma nunca dejamos de trabajar por la dicha presente, y que, si acaso, los muertos conocen las alegrías que pueden darles los vivos ficticios a los muertos reales, o sea, a los vivos pero no ficticios. Yo me entiendo.

«DEMASIADOS libros para un solo hombre», le dijeron los milicianos que entraron a registrar la casa de López-Picó durante la guerra. Se equivocaban: nunca son demasiados los libros de un hombre solo.

ME encontré un ramillete de violetas junto al teclado del ordenador. Y empecé a trabajar sin darme cuenta de que estaban allí, puestas en silencio por una mano silenciosa también. Laboré toda la mañana sin verlas, pero ellas me veían a mí. Y cuando las descubrí, me di cuenta de que ella llevaba más de cinco horas fuera de casa. Se ha ido, pues, sin una palabra mía de gratitud ni de alegría. Son unas violetas preciosas. Y me duele en el corazón no haber vivido esas cinco horas con ella y con ellas, siendo la de esas flores una vida no menos corta que la nuestra.

POR cierto, ayer mi nuevo amigo me decía en el avión: «Yo no voy nunca a ninguna parte». Pero estaba allí conmigo. Y me quedé espantado porque esa frase, que me parecía el colmo de la hipocresía, es la que yo suelo decir también. De modo que a partir de ahora habré de cambiarla por una más exacta: «En realidad acabo yendo donde me llaman». A mi amigo le conté la verdad: «Yo, a donde me invitan, voy, pero no suelo ir, porque no me invitan».

HA de creer uno en cierto orden secreto y poético de la realidad, porque después de lo ocurrido no debe ser tenido como tropiezo casual hallar las *Meditaciones* de Marco Aurelio, cuando buscaba otro libro, atravesado en su estante. ¿Quién las habrá sacado de su sitio?

Dentro de los hechos nimios pero extraordinarios de una casa, uno es ese de que hayan aparecido las *Meditaciones* de Marco Aurelio fuera de su sitio, precisamente hoy, después de la muerte del tío V. Abierto al azar, he estado una hora leyendo. Le entusiasmaba Marco Aurelio. También lo conocía pormenorizadamente, capítulo por capítulo, máxima a máxima. Era un libro que parece haber sido escrito a su medida por un hombre que, al igual que él, no rehuyó los compromisos que la vida le puso delante. Un emperador que, en medio de unos bosques sombríos, mientras combate a los bárbaros, acude a un diario personal que titula *A sí mismo,* escrito en griego, una lengua que no era la suya, aunque sí la de aquellos hombres a los que más quería. ¿Y de qué habla? De la brevedad de los días, de lo efímero de todo nombre y de toda posteridad, de la virtud y del modo en que un hombre puede ser feliz, siéndole fiel a los dioses y a su propia naturaleza.

Al principio, con las viejas lecturas ocurre, pulsa uno esas palabras desde una óptica facultativa, queriendo saber si aún responden al antiguo entusiasmo que sentimos durante su descubrimiento. Entramos en ellas como en esa vieja ciudad a la que hace mucho tiempo que no hemos vuelto. Y la respuesta es inequívoca cuando a los diez minutos hemos olvidado ya que leemos para corroborar o licenciar un juicio antiguo, y lo estamos haciendo arrastrados por la emoción de unas palabras que siguen siendo balsámicas. Me decía, estas páginas fueron escritas hace mil novecientos años por un hombre que fue emperador del imperio más grande de su tiempo. No alguien que celebrara con delectación su propio fin y se recreara en él, sino uno que combatió a los bárbaros en prolongadas campañas bélicas, que duraron años, en las vastas y heladas regiones del norte de Europa, de clima hostil y lejos de la benigna luz mediterránea; que participó en las luchas políticas; que trató de educar a sus hijos como mejor supo... Un hombre, en definitiva, austero y desengañado que arrastró allá a donde iba los libros de sus amados maestros los filósofos griegos y que, contrariamente a lo que su pesimismo natural auspiciaba, consiguió vencer al olvido para el que todo hombre trabaja, y amparar la obra de muchos hombres valiosos que vendrían después. ¿Se podría comprender el «qué se hicieron» de nuestro Manrique, o el elegíaco tono de Leopardi sin Marco Aurelio? ¿No recuerda el lamento que Manrique hizo recordando al rey don Juan y a los infantes de Aragón, al que hace el propio Marco Aurelio recordando las cortes de Filipo, de Alejandro, de Antonino o de Creso? «Considera sin cesar cuántos médicos han muerto después de haber fruncido el ceño repetidas veces sobre sus enfermos; cuántos

astrólogos, después de haber vaticinado, como hecho sobresaliente, la muerte de otros; cuántos filósofos, después de haber sostenido innumerables discusiones sobre la muerte o la inmortalidad; cuántos jefes, después de haber dado muerte a muchos; cuántos tiranos, tras haber abusado, como si fuesen inmortales, con tremenda arrogancia, de su poder sobre vidas ajenas»... Pero pese a todo, no deja de recomendar: «Recorre este pequeñísimo lapso de tiempo obediente a la naturaleza y acaba tu vida alegremente, como la aceituna que, llegada a la sazón, caería elogiando a la tierra que la llevó a la vida y dando gracias al árbol que la produjo».

Al rato de leer le brotaba al alma una serena gratitud. ¿De dónde procedía? Quizá del lugar mismo de donde nace el azar. Marco Aurelio se había convertido en ese remedio natural que logra traer al espíritu una paz que medicamentos más sofisticados y a mano no habían conseguido. Como si habláramos de la victoria de los tiempos oscuros de los clásicos sobre la poderosa fábrica de los tiempos modernos. El alma sintió ese bálsamo que ya no estaba ni siquiera hecho de palabras, sino de aceite de oliva, de hierbas del monte, de leche de cabra. Sí, estas *Meditaciones* no son filosofía, no son literatura, sino un ungüento, un bálsamo, como el de Fierabrás. Si hubiera habido en esta casa, como en las romanas, un pequeño altar para los dioses manes, les hubiera hecho una ofrenda de incienso y habría rezado, lleno de gratitud, por enseñarnos mediante el azar que la muerte no es más que un semitono en la melodía completa de nuestra vida.

HAY días en que la misantropía de uno le hace creer que la vida no es más que esto: por la noche, un rincón, y por el día, la esquina.

A PRIMERA hora de la mañana había quedado en la editorial Planeta. El tener una cosa que hacer en una ciudad que no es la nuestra contribuye enormemente a que uno se sienta importante. A un turista no se le ocurre decir: «Tuve que pasarme por el Museo del Prado a tal hora» o «a tal otra no tuve más remedio que sentarme en una terraza a tomarme un helado y ver pasar la gente». En cambio yo me levanté de bastante buen humor. Había logrado olvidar lo de la conferencia, incluso lo que me habían contado de JLP. Solo estábamos mi destino y yo, frente a frente: «Tengo que pasarme a primera hora por Planeta». Me sentí importante, quizá como Antonio Gala, como Vázquez Montalbán, como Terenci Moix. El editor de no ficción, un hombre

encantador que siempre que ha podido le ha favorecido a uno, salió a recibirme con los brazos abiertos, como se dice. Y no solo él, sino mucha más gente que me fue presentada. Parecían estar encantados con tenerme allí, en vista de lo cual, y para contribuir a la euforia, pedí el estadillo de ventas de mis libros, convencido de que la buena marcha del negocio nos pondría a todos en mejor disposición aún de gozar de este día. Al cabo de un rato me trajo un contable, al que solo faltaban los manguitos, una hoja escrita a mano, como hubiera podido ocurrir en 1900. Al parecer sus ordenadores estaban estropeados. Las cifras eran desoladoras. Les debía dinero por todos los lados. Ninguno de los libros había dado beneficio ni lo darán jamás. Encajé aquello con una sonrisa de estudiada indiferencia, como si en realidad no hubiese pasado de ser la mala racha de la ruleta para la fortuna de un millonario. Y si todos los libros que me han publicado dan pérdidas, ¿por qué serán tan amables queriéndome publicar más y aumentando los anticipos? Mi amor por estos editores se redobló, aunque en el primer descuido salí corriendo a la calle, por si empezaban a cambiar de opinión. Salté a continuación hasta Plaza y Janés, que está a la vuelta de la esquina. Tenía yo algo en esa mañana del administrador de fincas urbanas que se pasa a cobrar los alquileres. Por suerte en P&J no estaba a quien iba buscando, de manera que no pudo darme otra alegría como la anterior.

LA lencería es cosa de viejos, más o menos impotentes, con el deseo dormido o aletargado. Es raro que dos jóvenes, para irse a la cama, precisen de puntillas y bragas de raso. En el estilo literario, lo mismo.

A LA salida estaba X despidiéndose de unos y de otros. Iba con un poco de prisa. Como marchábamos en la misma dirección, nos emparejamos, viajeros que se encuentran en el camino real y deciden hacer juntos parte de la jornada. Ya era de noche. En realidad íbamos en la misma dirección unos cincuenta metros. Yo tendría que haberme desviado al llegar a Conde de Xiquena, pero hice como que seguía no sabía hacia dónde o sí, precisamente, hacia donde iba él.

Hablamos mucho rato. Hablaba sobre todo él, y a mí no me importaba en absoluto escucharle. Es un hombre simpático. Y cuántos anillos lleva, con aspecto de baratijas, aunque no lo fuesen. Qué raro. Es de los hombres más inteligentes de España, pero lleva las manos cargadas de bisutería. Yo es la primera vez que estaba a solas con él y quería agradarle, aunque también temía que las cosas que supiera de

mí no le gustaran. A veces, como hablaba tanto y necesitaba tomarse un respiro, se paraba para dar énfasis a una frase. Entonces no miraba a su interlocutor, sino que miraba directamente al firmamento, como si quisiera bajar de allí sus ideas brillantes. Nunca mira a los ojos, mira siempre un poco más arriba, a la frente o a los pelos. O quizá solo es efecto de la marcada bizquera que hace que un ojo mire hacia una parte y otro hacia otro, y al moverlos al mismo tiempo se le mueven como los de los lagartos, cada uno a su antojo. Sabiéndolo, no importa en absoluto que no te mire al hablar. Tal vez escudándose en la bizquera, por timidez, lleva de manera deliberada la vista hacia lo alto. Quizá los anillos respondan a la misma estrategia. Mueve las manos y la gente le mira ahí, y no a los ojos. No sé.

Si se han cumplido ya cuarenta años es muy difícil decirle a alguien al que se acaba de conocer que nos gustan mucho sus libros, sus artículos, lo que él es y lo que representa, porque parece que le van a preguntar a uno: ¿y qué has hecho estos años sin decir una sola palabra?

También pensaba: se lo habrán dicho muchas veces. Todo el mundo le habrá dicho que es muy inteligente, por las mismas razones que a una mujer con unos ojos muy bonitos todo el mundo acaba diciéndole lo bonitos que tiene los ojos.

Es mejor que X tenga esos ojos. Si tuviera los ojos bonitos, sería algo empalagoso.

Estaba muy contento de estar con él. Es como si de pronto el jefe de la pandilla se hubiera dignado hablar conmigo. Yo pensaba: estaría bien que me vieran ahora los demás, quizá me respetarían. Creo que no: lo más probable es que en cuanto le vieran solo, le dijeran, ¿y qué hacías con ese imbécil? Algunos de mis mejores enemigos son sus mejores amigos, así que no tiene uno demasiado que hacer a su lado. Pero en esos instantes, mientras marchábamos juntos, mientras aquel hombre hablaba para mí solo (en realidad supongo que hablaba para él solo) yo estaba contento de vivir en una ciudad en la que tales encuentros son posibles.

A veces, mientras le veía gesticular con las manos, no podía apartar la vista de las sortijas. Pero ese detalle, que encontraría de pésimo gusto en otra persona, quedaba anulado por la fuerza de su inteligencia, incluso me parecía que fuese un adorno, una extravagancia, como la orquídea que le nace en mitad del poderoso tronco al árbol tropical... y nada me importaba, porque ya me había decidido a admirarle por otras razones.

Los artículos de X en el periódico son como el oráculo. Nos dicen: hay que pensar por aquí, por allá, y casi siempre aciertan. Le enseñan

a uno atajos inauditos, pero sobre todo abren en la maraña del bosque caminos inéditos que ellos solos, a fuerza de machete, hacen transitables para el resto de sus contemporáneos. Ha ocurrido así con los artículos de Unamuno y con los de Ortega, y ocurre ahora con los de él. En ellos hay algo feliz siempre, y como en los de sus maestros es más lo que uno recibe que lo que uno les aporta. Son siempre como una buena faena. El toro es malo, bueno o regular; no importa: uno sabe que el torero estará siempre bien. Es de esa clase de ensayistas que piensan claro, de manera que el que los lee llega acaso a creerse más inteligente de lo que en realidad es, solo porque entiende aquello que lee y no le resulta penoso seguir el laberinto de unos razonamientos no por lógicos menos amenos y sorprendentes.

Íbamos camino de El Bierzo. Este es un restorancejo de la calle Libertad. Es lo que antes se llamaba una casa de comidas. Se dan comidas a menos de mil pesetas el cubierto. Está lleno a todas horas, operarios y empleados del barrio, bohemios, intelectuales que encuentran simpático el lugar.

X me confesó que había quedado allí con una persona a las diez de la noche, pero que no era seguro que apareciera. ¿Quién puede haberse citado con X sin haberle asegurado que podría aparecer? Dicho de otro modo, ¿quién hay en España que puede darle plantón? Aunque eso también nos habla mucho de la naturaleza del propio X, a quien no se le cae ninguno de sus múltiples anillos por quedar citado con quien seguramente vale menos que él para tener, finalmente, que cenar a toda prisa solo, para volverse a casa.

Como no quería desaprovechar la ocasión de permanecer con él, me ofrecí a acompañarle hasta que llegara su amigo. Pasaba el tiempo y no venía. Me quedé a cenar en su compañía. Al rato aparecieron por allí unos conocidos míos, y acabamos en la misma mesa. Hubiera preferido que fuesen unos conocidos suyos, aunque lo agradecí igualmente, porque ya no me quedaba mucha conversación con él. Yo le preguntaba muchas cosas de su trabajo, de sus ideas, de su vida, pero a él mi trabajo, mis ideas o mi vida no le interesaban nada, lo cual es muy comprensible, pero así es muy difícil principiar una amistad. Y sin embargo siempre es más grato escuchar que hablar y no nos hacemos una idea de lo mucho que a la gente le gusta que hablen de ella o que le pregunten por su vida. Esa era la norma de oro de un libro que nos leían durante las comidas en el refectorio del internado, escrito por un norteamericano. *Cómo triunfar en los negocios*, me parece que se titulaba, publicado por las ediciones del Reader's Digest. Yo me preguntaba, si vamos a ser frailes, ¿para qué querrán enseñarnos a triunfar en los negocios? Eran cosas muy elementales, de

una psicología conductista muy burda. La primera ley era esa, cómo ganarse al cliente, al jefe, al compañero: dejarle que hable de sí mismo, y preguntarle, con interés, afabilidad y discreción, sobre su vida.

X, nuestro amigo, hablaba de sí mismo, pero mayormente de las cosas que le preocupaban desde un punto de vista intelectual. No exponía sus opiniones esperando una réplica. En eso parecía como su maestro Unamuno: una partida de pelota en el frontón. Podría quedarse uno en partidario, pero para eso es mejor ir a la plaza, presenciar la corrida y admirarle a distancia, cada mañana, en el periódico. En toda amistad hay un punto de inflexión sentimental. Si no se produce, la cosa no pasa de ser una convención social. Entre los cuatro, la cena se pasó agradablemente.

Cuando nos despedimos, de la noche apenas quedó nada, como un polvillo de yeso muerto. Las estrellas relucientes de hacía dos horas se habían convertido en virutas insignificantes y apagadas. Creo que me habría gustado que ese hombre me hubiera dicho: tenemos que vernos otra vez, o mándame tu libro, o no me esperaba que fueses así. No. Se fue hablando, como llegó, en la armadura de su inteligencia, blindado para todos los combates, de los que a buen seguro saldrá victorioso. También me habría gustado saber si la armadura se le puede quitar o no, o si esa clase de hombres nacen con ella. ¿Dormirá con armadura, dormirá con anillos?

Bienhumorado, feliz en el fondo, como un filósofo que ha encontrado que la salsa de la vida es un poco de aceite de oliva, un poco de vinagre y una pizca de sal, y que esa salsa sirve para todo, si el aderezo se prepara debajo de un emparrado. Lo mismo para una ensalada, para broncearte o para curarse las magulladuras de la batalla.

LOS pensamientos peregrinos, el aforismo sorprendente, tal o cual imagen, las chispas y ocurrencias que no se anotan en el momento, se pierden para siempre, como liebre que salta y sale indemne de los perdigones, y ya no vuelven jamás a la memoria, como esos cosmonautas rusos a los que se les rompió el cordón umbilical y vagan por el espacio infinito con los brazos abiertos, flotando a uno y otro lado, un poco lelos por tanta fatalidad como la suya, incorruptos, no obstante, hasta el día del juicio.

DURANTE muchos años, sin trabajo y con recursos escasos, envidiaba

la suerte de aquellos colegas a los que invitaban aquí y allá a leer sus conferencias, sus versos, o que iban como jurados de premios sustanciosos. Me decía, ha de ser agradable tener una o dos cosas de estas al mes, y vivir tranquilo el resto. Un poco como la vida del rentista o del que tiene un par de consejos de administración. Lo decía como puede decirlo alguien que no ve que su futuro se mejore. Viajar, ver mundo, correr una aventura... No sé, pertenecer a ese pequeño funcionariado de la literatura que se mueve como pez en el agua en concursos, cajas de ahorro, ministerios de Cultura, pregones de la Feria del Libro, organismos autónomos...

Los años, la rueda del escalafón moviéndose lenta pero inexorablemente, la ascensión de los funcionarios superiores a la clase aristocrática ha ido permitiendo que a uno le vayan llamando, bien por méritos propios, bien para cubrir las bajas en tales frentes de batalla.

Pero lo cierto es que le habría gustado que entre los libros que le dieron para que los juzgara, hubiera habido al menos uno que justificara el viaje, el mundo, la aventura...

¿Y nuestro desdén al juzgarlos en la mesa de esa sala de juntas del hotel? En la mesa, recién barnizada, había toda clase de bebidas surtidas. Con cuánta suficiencia hablábamos de este, del otro libro. Reíamos con buen humor, preguntábamos por nuestras respectivas vidas, éramos crueles con aquel montón de originales. Habíamos hecho un pequeño salón del *faubourg*. Cada cinco minutos entraba un camarero, preguntándonos si deseábamos tomar tal o cual cosa, si ponía más baja o más alta la calefacción. Y le despachábamos casi sin darnos cuenta de que habíamos estado hablando con él, sin apartar la atención de las cosas graciosas que nos estábamos contando. Oh, sí, nada valía nada. Otra vez el camarero. Qué fastidio. Algunos le miraban con cara de estar diciendo: no moleste usted más, ¿no ve que estamos ocupados? Hubiera podido pensarse que éramos aristócratas que no saben cómo entretener su aburrimiento, aunque lo cierto es que, de tener que pagarlo de nuestro bolsillo, no nos llegaría ni para hacernos cargo de las almendritas saladas que acompañaban los refrescos y los whiskies. Al fin ha llegado el momento de las votaciones. Alguien ha preguntado con estudiada indiferencia: ¿de cuánto está dotado el premio? Ni siquiera se ha tomado la molestia de leer las bases. ¿Tres millones, cuatro millones, cinco millones? La constatación de esta cifra ha despertado momentáneamente de su sopor a los reunidos. Se diría que ha habido un brote de estupor, quién sabe si de indignación. La pregunta atraviesa todas las cabezas: ¿cómo le daremos a nada de esto ese disparate de dinero? ¡Adónde

vamos a llegar! Y un secreto deseo, de naturaleza volátil como ciertos gases nobles, nubla pasajeramente algunas miradas: ¡quién los pillara! Pero nadie está dispuesto a dejarse amargar el whisky que espera con sus brillos más fastuosos entre los hielos del vaso, y nos sacudimos la infiltrada codicia con el pensamiento de que vamos a ser generosos con quien no lo merece.

Luego, a solas, en la habitación, sin mundo, sin aventura, sin millones, se dice uno, completamente desolado: ¿era esto con lo que yo soñaba hace años? ¿Qué tiene que ver esto con la literatura? Piensa uno en el ganador. Era un escritor conocido, es una buena persona, no era una buena novela. Trata con la suma de los atenuantes de hacer un ungüento para untarnos con él las heridas. En medio de todo, pensamos, no ha estado mal... El ganador estará contento. Quizá nunca sepa que ha escrito una mala novela. La cortina de humo de este premio se lo estorbará. Entre todos habremos impedido que llegue a su verdad, y la suya era la nuestra. Entre todos seremos un poco peor. Y apaga uno pronto la luz, para hundir la cabeza en la almohada, con la esperanza de que el sueño le venza cuanto antes y disipe las abruptas y afiladas aristas de tales preguntas.

A la conferencia acudieron unas quince o veinte personas. Al final se presentó un muchachote gordo, del tipo pícnico, de caderas anchas y desfondadas nalgas, con cara bovina y unas gafas de montura negra que tenía que empujarse con un dedo continuamente hacia arriba, porque se le deslizaban por la nariz, corta e incorrupta. Muy despierto, con esa listeza de los que vienen a este mundo sin padrinos. Fue él quien lidió por mí cuando en el coloquio se armaron los rifirrafes sobre la guerra civil. Pegó cuchilladas a uno y otro lado y dejó despejado el campo.

Tendría que llevarse uno a las conferencias un matasiete así. Al final, cuando salió todo el mundo, se acercó a la mesa. Parecía nervioso, y por eso sudaba, digo yo. Y como sudaba, las gafas se le caían. Sin importarle que MB. estuviese delante, cebó el incensario y me juró, embarcado en el turiferio, que no solamente yo era su ídolo completo, sino uno de los escritores más grandes que hay en España en el momento actual, y aun del siglo y de Europa. Cuando a uno le dicen esas cosas, también se le deslizan las gafas hacia la punta de la nariz, y la mandíbula se le descuelga, como a los paletos. Habló unos minutos. Lo hacía con una seriedad sin concesiones, que resultaba raro en un chico tan joven. Se había leído *Las armas y las letras* y parecía no solo sabérselo de memoria, sino haberse leído a muchos de los

autores de los que se citan en él, y de los otros hablaba igual con idéntico aplomo. Lo que de todos modos cuadra mal es que el libro que ha prometido enviarme ¿se titula?, pregunté yo completamente entregado ya a su causa...

—Se titula *Coños*.

—¡Coñó!

—No, *Coños,* para completar el de Ramón Gómez de la Serna, *Senos* —corrigió muy serio, sin entrar en bromas.

—Ah, igual que *Tetas,* del mismo Ramón —le dije de guasa.

—No, *Senos*… —volvió a corregirme con seriedad.

El gran misterio estriba ahora en conocer las razones por las cuales un muchacho que jura admirarle a uno hasta el extremo de llamarle maestro, y que asegura conocer al dedillo la literatura que le gusta a uno, le ha puesto a su primer libro ese título, que ninguno de esos autores que dice admirar habría tenido el cuajo de ponerle. Es a lo que yo llamo entrar en la sociedad literaria lanzando una buena estocada. Naturalmente me acordé de inmediato de X, cuando llegó de Málaga. Dijo lo mismo: te admiro mucho. Entonces se da uno la vuelta y al rato empieza a tener ciertas molestias en la espalda. Se ausculta como puede esa región, y sus manos tropiezan con el puñal que le han clavado hasta la empuñadura en el espacio intercostal. Así es que lo mejor será no perderle la cara, y en cuanto a los oídos, tapárselos uno con cera, como Ulises.

Y hagan juego, señores.

HAY una alegría elemental de ciertas mujeres del pueblo cuando blanquean sus casas, o cuando las limpian, o cuando se entregan a lavar ropa. Es como si la desdicha solo les hubiera dejado intacto y puro ese pequeño trozo de vida, fuera del cual nada es blanco ni nada podría encalarse.

«QUIÉN sabe si dos líneas paralelas no se encuentran en el horizonte cuando las perdemos de vista» (Pessoa), y «quién sabe si cuando salimos de una habitación y cerramos la puerta, no desaparece la silla» (Wittgenstein) son dos ejemplos muy interesantes de la misma manera de perder el tiempo en el salón de madame Metaphysique, condesa des Plaisanteries, y de demostrar que hasta los hombres inteligentes no están a salvo del jesuitismo.

ACABAN de heredar un viejo caserón en Trujillo, una de esas casas de cuatrocientos o quinientos metros cuadrados y un jardín trasero en el que se podrían montar unas pistas de tenis, como en aquellas casas que sacaba Bassani en su jardín de los Finzi-Contini.

Me pidió mi amigo que viera los libros de la biblioteca. Han de arrostrar aún algunos repartos entre primos y hermanos. Tenía una idea aproximada de lo que era, pero quería confirmarlo. Alguien de la familia, una de esas jóvenes que acaban de terminar su carrera de Filología y están en el paro, había confeccionado un primer inventario con los volúmenes existentes. No eran muchos, cabían en una habitación pequeña, en dos o tres muebles. Era como debían de ser las bibliotecas en España, cuando las había.

En esa se encontraban primeras ediciones de Gracián y otras de Mena, de Feijoo o de Saavedra Fajardo, que sin serlo, no dejaban de prestar al conjunto un aura de honorabilidad infrecuente en los rancios hidalgos de Trujillo. Había también, apilados de cualquier modo y destrozados por el uso, unas docenas de libros de Galdós.

Pedía mi amigo una impresión sobre aquellos libros, una impresión, se entiende, crematística, puesto que probablemente, según el acuerdo familiar, venderán la biblioteca y repartirán el dinero. Pero para tal clase de libros pude serle de escasa utilidad, aunque los cien millones que pretenden obtener de ellos me pareció de un quimerismo mayor aún que lo de las cien mil del chamarilero del otro día. Se conoce que la fascinación que ejerce el número cien en la gente, noble o plebeya, es grande. Cuando una cosa vale ocho y piden diez, aún puede discutirse. Cuando una cosa vale diez y piden un millón, toda discusión sale sobrando, y más cuando, como ahora, tienen cierta prisa en cerrar un negocio que a partir de ahora precisará como mínimo media docena de expertos que les vayan desengañando, aunque yo, por prudencia, les aconsejé que no repitieran esa cifra en alto, por si a alguien, con menos educación, le acometían unas carcajadas ofensivas.

Aunque no vaya a ser para uno, el oficio de buscador de tesoros acaba siendo excitante, y no se entiende bien por qué razón.

Por la tarde llevamos a nuestro amigo y a su mujer a San Juan, para mostrarles el precioso jardín romántico. Y antes habían venido a visitarnos T. y su marido, así que a las nueve, cuando nos quedamos solos, llegamos a las playas de la vida cotidiana como unos pobres náufragos que han escapado de milagro con vida. Y es el caso que toda la tarde fue agradable, también porque los amigos son nuevos y espera uno quizá hallar en ellos igualmente el tesoro.

Pero quedarnos solos fue como volver a Ítaca sin necesidad de

ensartar a los pretendientes, porque los únicos pretendientes éramos nosotros dos, de aquel silencio.

Nos pusimos a hacer la cena. Manuel nos había traído un gran manojo de espárragos trigueros recogidos en estas callejas, eran espárragos, como quien dice, de la familia. Como las transiciones hacia el silencio, después de una jornada ruidosa y parlera, han de hacerse con cuidado, por respeto a las despresurizaciones sentimentales, pusimos, con muy poco volumen, la radio. Empezaba a sonar el «Stabat Mater» de Pergolesi, para recordarnos que aún seguíamos en Viernes Santo. Yo batía unos huevos para hacer la tortilla. Los niños, extenuados de sus correrías, se hallaban cansados también, y leían en silencio sus tebeos. M. troceaba y lavaba los espárragos. La música parecía descender a las simas más profundas del dolor humano, y nosotros parecíamos ascender a un cielo muy próximo al séptimo, y paradójicamente ninguna de estas dos cosas resultaba incompatible. Aquella música la había escrito un hombre con lágrimas en los ojos, y allí había, sin embargo, cuatro seres que no habrían encontrado palabras suficientes para agradecerle a la vida el sencillo hecho de dejarse vivir sin otra finalidad que la de ser vivida. «Una vida sin sentido», como decía Ortega parafraseando a Nietzsche, es la única vida plena, aquella que no necesita mayor trascendencia, ni religiosa ni estética, que la de vivirse hacia afuera. Y allí estábamos nosotros sirviéndonos de la vida religiosa y estética de un antepasado para desnudarnos de ambas, en la mayor simplicidad. En la cocina, entre los pucheros, que decía nuestra santa.

En los años del internado los días de la Semana Santa se vivían con verdadero rigor. Nos retiraban el derecho de hablar el Jueves Santo por la tarde y no volvían a concedérnoslo, y de manera muy limitada, hasta la noche del Sábado de Gloria. Era de ver a cientos de muchachos de entre diez y dieciséis años en silencio, solos, sueltos por aquellos áridos campos de deporte, por los pasillos, en el refectorio, sin que se oyera una palabra. Como si el mismo Dios hubiese bajado el volumen de la Creación, tal aparato de radio. Debía causar la misma extrañeza que entrar en una pajarería en la que todos los animales hubiesen llegado a este mundo con las cuerdas vocales cortadas.

Aquellos retiros estaban impuestos con el propósito de que pensáramos en el misterio de la Pasión, pero lo cierto es que a las dos horas ocupábamos nuestra cabeza únicamente en superar aquella prueba, de la misma manera que un novicio en el arte del yoga a quien se recomienda poner la mente en blanco solo consigue pensar que tiene que poner la mente en blanco, desesperado de comprobar que mientras piense que la tiene que poner en blanco es porque no

está en blanco. Siempre se piensa algo, reflexiona desesperado. Y así nosotros hacíamos toda clase de gestos y de mímica, que finalmente nos servían lo mismo para comunicarnos, aunque sin romper el precepto.

Pero había momentos estelares, como cuando se cantaba el Oficio Divino con los himnos y salmos gregorianos, y aquello, hasta a los internos menos tiernecitos, les causaba una gran impresión.

Ese mismo «Stabat Mater» que sonaba en la radio lo cantábamos nosotros. Por un momento me pareció que volvía a aquellos años remotos, a los silencios, a las luces a las que apenas llegaba un fluido agónico y cuaresmal, al chisporroteo de los cirios.

Nada de lo que pensaba entonces aquel niño podía dejar adivinar al hombre que allí, con una mujer, con dos hijos, se entregaba concienzudamente a la tarea de batir unos huevos y hacer una tortilla de espárragos, como se hubiera entregado entonces a la noble y generosa tarea de desclavar al pobre Redentor de su madero.

En ese fluido viaje de atrás hacia adelante, y de aquí para allá, se me habrían saltado las lágrimas, y no solo por efecto de estar picando una cebolla. Pero en unos segundos el «Stabat Mater» llegó a su amén y le siguió el del padre Soler. Todo aquel ámbito de misterio se evaporó como por ensalmo. El dolor y las lágrimas del padre Soler seguramente no fueron de menor cuantía que los de Pergolesi, pero resultaron funestos, porque en unos segundos nuestra cocina descendió a la carrera de su cielo, y los espárragos, trasunto de los clavos de Cristo, no fueron más que modestos, aunque suculentos, espárragos. Aquella música no era más que notas de escuela, acordes de un académico. Cuando vinieron otros «Stabat Mater» a sucederle, hasta llegar al hermosísimo de Schubert, ya era tarde, pero sin darnos cuenta estábamos los cuatro reconciliados con nuestro propio silencio. Nos sentamos a la mesa, partimos el pan y comimos como una familia de cuáqueros que tienen todavía por delante la conquista del Oeste.

EN las noches de estío, cuando uno está en la cama, los mosquitos vuelan siempre muy cerca de las orejas, porque han aprendido del hombre que antes de atacarle conviene, dentro de lo que llamamos guerra psicológica, una bien calculada desmoralización.

CUÁNTA desesperación, cuánto despecho hay en el zumbido de un mosquito.

SI los mosquitos fuesen inteligentes, se conducirían con más sigilo.

AL llegar a casa, estaban esperando dos noticias. El ministerio de Cultura le invita a uno, por primera vez en veinte años, a un viaje al extranjero, a Cuba en este caso, en septiembre. A JMB. le han nombrado director del Ivam. Estamos haciéndonos viejos. El escalafón se mueve. Esto es el éxito.

Alguna vez había pensado que cuando ocurriera algo así, diría muy dignamente que no, como esas figuras de teatro que salen de escena con la barbilla levantada y señalando el foro, camino de Abisinia y de la venta de armas. Pero eso, se ve, eran solo fantasías. Ya no tiene uno fuerzas, y es agradable que, pese a la prostatitis y el deterioro que traen los años al rostro, le saquen a uno a bailar. Y uno, ah, sin darse cuenta, pone todo su esmero, en medio de sus achaques, por llevar el compás, no dar un pisotón a su pareja y circular con garbo.

Ya solo falta un premio nacional, una academia, una condecoración y el Nobel, distinciones de las que uno, naturalmente, no es en modo alguno merecedor... y bla, bla, bla.

AYER en Trujillo tuve que ir al guarnicionero en busca de un collar para la mastina. Acababan de abrir la tienda y era una hora tranquila. El dueño no encontró, entre los fabricados, ninguno que me conviniera, por demasiado pequeño. Y aunque él era el propietario del negocio, contó que en realidad no trabajaba allí. Él era maestro de escuela, si bien conocía el oficio a las mil maravillas, por haberlo aprendido de chico.

Me preguntó si me corría prisa el collar. Le respondí que sí, porque la perra ha tomado la costumbre de escaparse por los contornos, y en una tierra ganadera como aquella podría ocurrir que alguien, viéndola tan joven, fuerte, sana, bien cuidada y de buen carácter, la codiciara para guardar unas ovejas.

El guarnicionero encontró lo que yo decía muy razonable y se lo tomó con la misma seriedad. En estos pequeños matices del comercio es en lo que nota uno que ya no está en Madrid. En Madrid, para empezar, no hay guarnicioneros, y si al fin encuentra uno a alguien que todavía trabaja el cuero, jamás le preguntará a uno si le acucia o no el encargo. Se limitan a decir, mire, no tenemos, y ha de volverse uno por donde vino.

Pero en un pueblo como Trujillo la gente todavía es capaz de sentir como propios los problemas de los demás. Me invitó a pasar al taller,

franqueándome la puerta que, detrás del comercio, comunicaba este con aquel, en la trastienda. Había allí un buen número de monturas de caballo, unas ya hechas, otras a medio hacer y otras, viejas, reparándose, y diversas guarniciones y correajes para las caballerías, así como un gran montón de pieles nuevas de potro o de vacuno, recién traídas de las tenerías.

Allí dentro olía maravillosamente bien, un perfume que no se cansaría uno nunca de oler, a cuero nuevo y a ceras de abeja y grasas perfumadas.

Tomó el dueño una de las piezas de cuero y con un tranchete de los llamados de media luna cortó una buena tira, que luego fue adornando con diferentes muescas sirviéndose de una rayadera.

Yo le iba preguntando sobre los trebejos que iba usando. Me contó que ahora las rayaderas se hacen de madera de chopo, pero que siempre se habían hecho de la única manera con la que debería estar permitido industriar una rayadera como Dios manda, que es con madera de limonero. Todo lo que se salga de eso, decía, es dar un rodeo innecesario en un oficio en el que está todo inventado desde hace tres mil años.

Había dejado la puerta del taller abierta por si entraba alguien a la tienda, pero durante la hora que estuve allí nadie nos interrumpió. Viendo el vals de aquel pacífico negocio, se comprendía que hubiera tenido que buscarse otra cosa para sobrevivir.

Mientras trabajaba hablábamos de esto, de lo otro, de lo de más allá, de cómo era aquel trabajo, de cómo había sido en el pasado, de lo que sería en el futuro. Era como ir haciendo entre los dos una elegía viva de la vida. El último encargo que se le había encomendado había sido el de restaurar dieciséis monturas del siglo XVI para un restaurante de Alcalá de Henares. Quién les iba a decir a los talabarteros que las industriaron que acabarían en una posada y no a lomos de unas caballerías, precisamente, sino como adorno. Pero la vida cervantina tiene sobre todo esas salidas de madre del río de la realidad, tan naturales en lo suyo como los cursos previstos.

Y así se fue pasando el rato. El collar es precioso. Cuando se lo puse a Mora, no sé por qué razón me figuré que lo agradecería algo, como persona. Pero al contrario, en cuanto lo tuvo alrededor del cuello, extrañándolo, trató de sacudírselo de encima con dos bruscas cabezadas. Al ver que no conseguía nada, se olvidó, y con paso cansino se alejó unos metros para echarse, tal la esfinge, y como esfinge se quedó mirándome. Parecía preguntar, como en una fábula: bueno, y ahora que ya se ha hecho público que tengo amo, ¿qué?

HOY toda España está horrorizada con la historia del secuestro de un muchacho vasco y con el ultimátum que ha dado Eta de matarlo antes de cuarenta y ocho horas si no reagrupan a los presos vascos en cárceles del País Vasco. Todos saben que esa petición es una excusa y que el secuestro responde a la venganza mafiosa por la desarticulación del comando que tenía secuestrado a un oficial de prisiones desde hace dos años, y liberado hace diez días. Veníamos de dejar en su autobús a G., muy temprano, cuando oímos la noticia de la liberación en la radio del coche. Pocas veces una noticia pudo darle a uno tanta alegría. Luego todo el mundo vio unas escenas escalofriantes. El liberado parecía uno de aquellos concentrados de los campos de exterminio nazis. Había adelgazado lo menos cuarenta kilos, estaba en los huesos, no se podía mover, no podía andar, lo hacía con extremada lentitud, en un estado de completa debilidad, se apoyaba en el brazo de su mujer, en los de los guardias civiles que lo habían sacado del zulo en el que había pasado dos años. Tenía una barba larga, de capuchino, miraba despistado a todas partes, le aturdía y amedrentaba la gente que le rodeaba, parecía uno de esos locos a los que se les saca de vez en cuando al patio del frenopático a que les dé un poco el sol, mientras da vueltas. En la operación detuvieron a los guardianes. También los vimos. Unos bandidos increíbles, de unos cuarenta y cinco años, lustrosos, con una sangre fría y un cinismo insultantes. Tenían el zulo en un taller con maquinaria semipesada. Un soplo alertó a la Guardia Civil, que convocó a los dueños de aquel taller. Alguien había visto entradas y salidas sospechosas, deshoradas. Los dueños se presentaron tan tranquilos, vestidos con su chándal, su tripita cervecera, fumando, muy ternes. La Guardia Civil inspeccionó concienzudamente el local. Había seis máquinas, para trabajar el hierro, moles de varias toneladas cada una. La Guardia Civil registró junta por junta, ladrillo por ladrillo para descubrir la entrada falsa. Pero no dio con nada. Llevaban dos horas de escrutinio. Los matones estaban allí, al lado, las manos en los bolsillos y con media sonrisa en la boca, viendo trabajar inútilmente a los guardias. Cuando estos iban a dar por concluida la inspección, a uno se le ocurrió acercarse a una máquina. Era imposible moverla, porque pesaba más de mil kilos. Concurrieron algunos a ayudar, y la psicología, que es una gran aliada de la novelística y de la policía, si acaso ambas cosas no son lo mismo, vino a auxiliar a los buscadores. Al ver que se disponían a mover la máquina, uno de los etarras empalideció. Tal vez, ante la imposibilidad de moverla, hubieran desistido, pero ese pequeño detalle fue observado por alguien, y la búsqueda prosiguió. Lograron desplazarla, y apareció el hueco. Lo que encontraron fue tristísimo: un

hombre al borde de la muerte, recluido en un cuarto de un metro de ancho por dos de largo y uno ochenta de alto, sin ninguna ventilación y con una bombilla colgando de un cable. El secuestrado se asustó al ver a los guardias, y se sentó en el camastro. Creyó que lo sacaban para matarlo. Le tranquilizaron y lo subieron a la vida. A los carceleros se les heló la sonrisa. A uno de ellos, muy valiente hasta ese momento, se le doblaban las piernas. Luego confirmaron a la policía que pensaban dejarle morir de inanición dentro, cuando empezaron a sospechar que se vigilaba aquel local. En las entrevistas que hicieron a los vecinos del barrio, todos coincidían en que nada les parecía anormal. Hay un local cerrado siempre, en el que entra y sale gente a horas rarísimas durante dos años, y ninguno de los vecinos que vivían pegados allí mismo había visto nada, y lo que habían visto les parecía normal.

Como quiera que sea, el secuestro de ese muchacho es una respuesta al desmantelamiento de ese Auschwitz.

Estamos en Las Viñas, es sábado, hace un gran día soleado y limpio, es un día precioso, pero encendimos a mediodía la televisión para ver la manifestación que habían convocado en Bilbao para pedir la libertad del chico. Todos piensan que el chico ya está muerto. No hay aquí posibilidad alguna para la improvisación, para el azar. La conciencia de fatalidad está tan presente en el corazón de todos, que a la gente le asusta saber que va a ocurrir algo terrible, como si temiesen no errar en el vaticinio, algo, por otro lado, que ya ha ocurrido. Le quedan cuatro horas de vida, y sin embargo ni siquiera tiene esas cuatro horas, porque todo el mundo sabe que el muchacho ya ha muerto.

(...) Nos fuimos a dar un paseo. Estaba todo precioso. A la vuelta yo me subí a una escalera y empecé a coger peras. La cosecha de este año es muy buena. Al desgajar cada fruto del árbol, se llena el aire de un perfume muy especial, el de una naturaleza pródiga. Y fue entonces cuando sonó el teléfono. Era RG., desde Valencia. Se hallaba al borde del llanto, asustado, apenadísimo, como ante un acontecimiento gravísimo que sin duda habrá de recordarle otros parecidos anteriores a la guerra civil, cuando todos los españoles sabían que aquello solo podía terminar en una guerra. Y fue él quien nos dijo que habían asesinado al chico. Ahora yo escribo estas líneas. No le devolverán la vida, pero de alguna manera nos lo mantendrán aún unas horas entre nosotros. Y encendemos el televisor. El país paralizado. Nadie sabe cómo ha podido ocurrir, pues han llegado a creer también que nada de lo que sucedía era «anormal». Y sin embargo no es difícil imaginar a doscientas mil personas en este momento, mirando por televisión el

cadáver del chico, con su chandalito, con su cigarrillo rubio, mientras beben un cubata y del rincón de la boca se les escapa una sonrisa siniestra, pavorosa, y dicen lo que suelen decir siempre que ocurre algo así, y ocurre demasiado a menudo: «Que se joda».

EN La Habana todo el mundo está sentado. Sacan una silla a la puerta y se sientan, pero prefieren sentarse detrás de una mesa, lo que debe revestir esa molicie de cierta respetabilidad. Son mesitas pequeñas, veladores de madera. Allí está alguien sentado. No vende nada, no espera nada, no despacha, no expende. Ven únicamente pasar a la gente.

—¿Qué hace ese ahí sentado todo el día? —le pregunté a un transeúnte.

Se trata de un hombre joven, quizá cincuenta años, pero que parece viejo. Por la camisa desabotonada se le ven los bultos del esternón y las raspas de las costillas. Fuma un cigarro. Manos grandes, uñas grandes, con luto. Es mulato. El pelo blanco, cortado a cepillo. Ojos saltones. Los pantalones le vienen grandes también, no se sabe si porque son dos tallas mayores o porque él está en los huesos, de hambre. Al cruzar las piernas parece que lo que hay debajo del pantalón sea un par de palitroques nada más.

—¿Qué hace ahí todo el día?

—Nada. Es el jefe de casa. Espera que los vecinos le vengan con quejas, reivindicaciones, ideas de mejoras para el edificio.

—¿Y los vecinos le dicen algo?

—No.

—¿Y entonces?

—Entonces, nada.

Las delaciones también se las hacen a los jefes de casa. ¿Y qué delatan? Ya solo pueden delatar los malos pensamientos, que es lo único que les queda.

Y delante pasan esos turistas. El jefe de casa se les queda mirando, como un buen actor de documental. Y piensa que seguramente con lo que a estos les sobra podrían vivir él y su familia regaladamente. No suelta su cigarro, le da vueltas, como el zorro que busca una madriguera. Está a salvo con su cigarro. Solo tiene eso. Pero los cubanos son orgullosos y no mendigan. Se limitan a mirar. Lo primero que hacen es echar una ojeada a los zapatos de los que pasan. Antes incluso ya saben, por el aura, los que son de la isla y los que no. Como si la riqueza enviase por delante a sus heraldos.

A su lado hay algunos de pie, apoyados en la pared, con los brazos

cruzados, sin hacer nada.

—¿Y esos?

—Seguramente son vecinos.

—¿Por qué no protestan?

—No hay nada de que protestar. Todo está bien, compañero.

Sí. ¿Hay algo mejor que no hacer nada?

Sigue uno andando y se encuentra en otro portal a otro hombre sentado detrás de su mesita. Se imagina uno así a san Lucas, el recaudador de contribuciones. Estos no recaudan nada.

Cuando se cansan, se levantan y se llevan en una mano la silla y en la otra la mesa, porque de dejarlas sin guarda un minuto, desaparecerían, zas, en un segundo, como en la magia. La miseria tiene eso, todos acabamos de magos.

También se acercaban a mí diversas gentes, muchachos, jóvenes, viejos, después de mirarme los zapatos. Quizá les extrañase verme solo, aunque les desconcertaba que caminase no de la manera que suelen hacerlo los turistas, con la cabeza hacia arriba (y a este respecto resulta cómico observar cómo gentes que en su propia ciudad jamás se han molestado en saber qué pasaba por encima de los dos metros, en una ciudad extraña nada parece excitarles más la curiosidad que lo que sucede en las alturas), sino con la vista al frente, como si alguien me estuviese esperando en alguna parte (y también pudiera definirse al turista como «aquel que camina hacia ningún sitio, donde nadie le está esperando»). Sentía poner una cara seria y sacudir la cabeza, dando a entender que yo era de aquella ciudad, pero, cosa extraña, eso funcionaba, y me dejaban tranquilo.

LA Habana es una ciudad maravillosa. Bastaría contar lo que tiene de fascinante, a la vista de todo el mundo. Ni siquiera es necesario, como ocurre en otros lugares, indagar sus bellezas secretas. Están al alcance de cualquiera, como ocurre con Venecia o con Roma o con París. Pero su decadencia es parte de su atractivo, como lo es el estado ruinoso para la Acrópolis. Y esa decadencia es hija natural de la Revolución. La Habana, sin Revolución, no sería tan hermosa. Habrían hecho de ella algo parecido a Nueva Orleans o a Cartagena de Indias, en el mejor de los casos. No sería esta Habana, melancólica en grado sumo, como un sueño pesado, al borde de la vigilia. La pintura nueva habría anulado los matices que tienen aquí las paredes, en las que, como en un jaspe, conviven diez tonalidades diversas de azules, índigos, prusianos, ultramarinos. Así que toda ella es una ciudad preciosa, por lo que tiene de irisación continua. Es decir, habrían borrado la novela

del tiempo, y sus sucesivas sedimentaciones. Tampoco las gentes serían como son ahora. Con cualquiera que se ponga uno a hablar, tiene cien historias que contarle. Y quieren contarlas, necesitan hacerlo, para cerciorarse de que no es únicamente una pesadilla. Son historias de infortunio, de fracasos, de derrotas, de desilusiones. Cuentan para sobrevivir. Es el fundamento de la literatura. Cada uno de ellos se levanta sin saber verdaderamente cómo va a terminar el día, si acaso lo terminará. Y esto los ha vuelto, en medio de la engañosa pereza y desinterés en que viven, sumamente despiertos. Se verá cuando puedan sacudirse el yugo. En muy poco tiempo sacarán el país adelante, se arreglarán sus dentaduras (a la mayoría, joven o viejo, le falta una o más piezas visibles de la boca), y sus tres acuciantes problemas desaparecerán. Entonces, sin la tenaza del hambre, empezarán a recordar y conocerán un periodo de esplendor.

Así que esta ciudad es en parte lo que es porque ha sido sometida, porque la han degradado y, al menos durante un tiempo, en esa degradación ha encontrado providencialmente su salvación. El infierno comunista la ha preservado del infierno desarrollista que tuvimos en España. Para cuando salgan del primero es de desear que no caigan en el segundo.

Ocurre algo sumamente curioso ahora. La mayor parte de los que sostienen estar con el Comandante y la Revolución en nuestra expedición española, y que han venido ya muchas veces antes a Cuba, apenas salen del hotel, o si lo hacen es para ir corriendo al Floridita, a tomar daikiris. Sus citas, cuando las tienen con los escritores del Régimen, las montan en uno u otro sitio, en el hotel o en el bar. Ya no quieren más realidad. Uno de ellos me preguntaba ayer:

—¿Y tú para que te pasas el día paseando por ahí, si lo encuentras horrible?

Querría que me quedara en el hotel. Temen que levante uno demasiadas actas de lo que ve, y dé testimonio de ello. Aquí, de momento, solo puede uno ser testigo.

—No, no lo encuentro horrible. Al contrario, la ciudad es bellísima, porque no le falta nada. Le sobra, desde luego, un poco de miseria para poder disfrutarlo libremente, sin congojas. No quiero estar sentado en una terraza bebiendo una botella de agua mineral mientras veo que hay tres personas que rondan disimuladamente para llevarse la botella de plástico vacía en cuanto me levanto. Eso es lo que le sobra, y el Régimen que ha llevado este país al mismo punto en el que lo tomó, si no a uno peor: era el burdel de los Estados Unidos, y ahora es el burdel de Canadá, de Alemania, de Italia y de España. Le sobran putas y le sobran comunistas, lo mismo que a La Habana de Batista le

sobraban putas y le sobraban gánsteres. Antes, al menos, el dinero de las putas se lo quedaban ellas o sus chulos, ahora se lo queda el Estado, que lo necesita para comprar petróleo.

Ha habido ya, hasta la fecha, una o dos discusiones violentas en el hotel sobre tales asuntos. Así que procuramos no juntarnos ni siquiera en el comedor para los desayunos. La antipatía entre defensores y detractores, estos en minoría, es mutua y desagradable, aunque dura, no obstante, lo que dura el tiempo de tomarse un café. Luego, nosotros dos salimos huyendo hacia la ciudad, y dejamos atrás algo peor aún que la idea de la Revolución: la idea de la Revolución explicada por progres españoles que se hospedan en hoteles de cuatro estrellas, a cargo del presupuesto. Y se dicen de izquierda. ¿En base a qué? Solo hay una prueba: lo aseguran ellos. Afirman: somos de izquierda, y les parece suficiente. Pero también yo me siento de izquierdas, y a uno no le gusta esto; por esa razón está rabioso, al constatar que le ha hecho más daño a la izquierda Fidel Castro, que todos los Estados Unidos juntos, por la misma razón que el fracaso de la URSS ha averiado el ideal comunista para unos cuantos años. Y como los progres son inefables, no disimulan sus muecas de repugnancia cuando hablan con uno, convencidos de que pese a todo, «ha valido la pena». Dicen, por ejemplo, «en Haití están mucho peor. Eso sí que es miseria». Entonces uno responde: «Pero La Habana de 1959 también estaba diez veces mejor que Haití y que toda América Latina». «Cuba está a la cabeza de América Latina en todo, educación, investigación, medicina». «Es lo que dicen las autoridades», responde uno; «veremos lo que ocurre cuando se pueda saber cómo está el Régimen de veras. Decían lo mismo de la URSS, y en la URSS no queda nada, ni uranio, que venden de estraperlo como si fuesen pilas alcalinas, ni urinarios, que han arrancado de las paredes; eso lo sabe todo el mundo».

Son discusiones infantiles que pueden durar horas. No llevan a ninguna parte. Alguien viene de una comisaría de denunciar un robo, y el castrista de turno asegura: «Es raro. En Cuba no hay ladrones». Etcétera. Así que en cuanto podemos nos escapamos al aire de la ciudad que nos espera cada día con más y nunca vistas maravillas.

LO contaban a la hora del desayuno en la mesa, cuando llegamos nosotros. Aun antes de dejar la bandeja con nuestros cascos de papaya y queso fresco, ya habíamos adivinado el resto del relato. Habían pasado la noche con unas mulatas, qué mulatas. A uno le había llevado la suya a su casa. Vivía con su abuela. No sé, muy lejos, un piso diminuto, miserable. Hostia, tú, qué cuadro. La abuela estaba

enferma en un camastro. No se podía levantar de la cama. Colgó una manta de una cuerda, a modo de forillo, para dividir en dos la habitación, y, joder tío, qué ibas a hacer, ya que estabas allí, pues te la follas. ¿Y tú también?, le preguntó alguien al otro. No jodas, la mía era cojonuda, vivía en un piso con su hijo pequeño. Y quien contó esto se puso colorado. Le daba vergüenza hablar de aquello. Quizá le daba vergüenza hablar de aquello solo delante de desconocidos. MB. y yo para él somos desconocidos. Tampoco parece que le gustara que su amigo contara aquellas cosas, porque aunque estamos muy lejos de España, nunca se sabe. Hostias, por favor, de esto ni una palabra. No jodáis, que yo ya me he separado una vez. Y el otro, que de pronto cayó en la cuenta de que seguía casado, lo corroboró, hostias, sí, si se entera la mía, me mata.

Los colorados ahora éramos MB. y yo. Negamos con la cabeza, con esa difícil sonrisa de la humillación, como dos niños a quienes dos adultos piden la complicidad en una fechoría en la que ellos ni siquiera han querido participar.

Y no es la doble moral, el hecho de que estén casados, de que se consideren socialistas y partidarios de los cien años de honradez (Pablo Iglesias, ¿dónde estás?), de que no hayan dejado de proclamar a los cuatro vientos desde el mismo avión en el que vinimos que este régimen es también cojonudo, como las mulatas. No. A ninguno de los dos se les ha pasado por la cabeza que no se han acostado con una mulata, sino con la miseria, y que nadie que no sea un canalla a lo Pedro Luis de Gálvez se puede tirar a una muchacha delante de su abuela enferma. Podríamos suponer incluso que esa muchacha lo estaba haciendo para comprarle medicinas a la enferma, o sea, la versión palacio-valdés, pero no es necesario ni siquiera tirar por ese lado. Es decir, claro, se puede acostar uno con quien le dé la gana, puta, putilla o putón; lo que no está resuelto es que a nadie decente se le pueda poner dura en aquel sitio y en aquella circunstancia. O incluso vayamos más lejos aún. Alguien puede tirarse lo que quiera delante del cadáver de su abuela, del papa, o de su madre (y Proust lo hacía delante del retrato de la suya), pero no puede contarlo como quien acaba de volver del África con un trofeo singular. Aunque aún podíamos ir más lejos: naturalmente se puede contar. Todo puede contarse. Ya se ha citado a Proust. Pero lo que no puede contarse es a la mañana siguiente, en el comedor del hotel, a los amiguetes y a dos saludados como nosotros.

Y cuando nos levantamos para irnos, nos fue fácil imaginar lo que dirían entre ellos, ese hostias, tú, no tenías que haberlo contado delante de esos dos. Y el otro, para quitarle importancia tanto como

para tranquilizarse, diciendo, no te preocupes, esos dos son tíos majos, no van a decir nada.

Y es verdad que no vamos a decir nada. Ni siquiera volvimos MB. y yo a hablar del asunto. Y ponerlo en este cuaderno es como no contarlo. Al contrario, esto es algo que hemos de olvidar cuanto antes, porque a esas personas seguiremos viéndolas aquí y hablaremos con ellas, incluso la vida puede que nos reserve tramos comunes. Y es cosa manifiesta que si tuviéramos presente esa conversación, no podríamos estar tranquilamente a su lado. Porque sabemos, y porque saber es ya desconfianza. Si alguien es capaz de acostarse con una muchacha delante de su abuela enferma, en un chamizo pestilente y lleno de mierda, ¿de qué no sería capaz?

HOY nos ha sucedido una cosa bien chistosa. Habíamos recalado MB. y yo en el Floridita a beber nuestra cerveza, al mediodía, después de la visita que hacemos cada día a los libreros de la Plaza de Armas. Lo hemos convertido en nuestra costumbre particular. Vemos libros, compramos algunos, vamos con las bolsas al bar, nos sentamos, bebemos una cerveza fría o un daikiri, revistamos las compras, hojeamos algún libro en particular, alguna revista vieja...

A esa hora del mediodía el bar está vacío, como ocurre con nuestro Chicote en Madrid. Más tarde no se puede entrar, pero a esa hora aquel remanso es como el Villa Adriana de las coctelerías, y aunque nos sabemos de memoria los discos que ponen, descansamos allí del tráfago mundano, porque también es de los pocos lugares de La Habana que disfruta de aire acondicionado. Además, lo dicho: nada como ser un capitalista en un país comunista, porque se pasa todo el día uno dándoles gracias a los dioses por habernos metido en esta parte del reparto y no en la otra.

Estábamos disfrutando del refrigerio, de la conversación y de la literatura recién mercada, cuando vimos que entraban tres de nuestros colegas. Llevamos una buena relación con ellos, aunque uno, llegado el caso de la Revolución, buscaría seguramente una cierta distancia con alguno en particular.

—¿Qué, os vais convenciendo de que Cuba es el país más cojonudo que existe?

No creo que hubiera ninguna provocación en la pregunta, porque estaba hecha en un tono amistoso y distendido, pero como uno no quiere desaprovechar las ocasiones en que le tienden la pipa de la paz, dijo:

—Sí, si no fuera por las ratas muertas que hay en la calle.

Cuando habíamos subido MB. y yo por la calle del Obispo habíamos visto tres, como papeles secos ya, una en mitad de la calle, otra junto a la boca de una alcantarilla y otra un poco más allá, donde jugaban unos niños a la pelota.

—Eso es mentira.

No le había gustado aquella contestación y torció el morro, como diciendo, quieres guerra, tendrás guerra.

—No me llames mentiroso.

—Eso es mentira. He venido aquí ya cinco veces y nunca he visto una rata en La Habana, ni viva ni muerta.

—Nosotros acabamos de ver tres, ahí fuera, en la calle del Obispo.

—En la calle del Obispo aún menos. ¿Cómo van a dejar ratas muertas en la calle por donde pasan más turistas en La Habana? Eso es mentira.

—No, no es mentira —dijo MB. muy serio.

Ahí se acabó la conversación. Comprendieron que había sido un error sentarse con nosotros, pero no sabían cómo dar término a aquella situación incómoda.

Nos levantamos todos al mismo tiempo. No queríamos ni siquiera despedirnos.

En la puerta comprendimos que íbamos los cinco en la misma dirección... por la calle del Obispo.

Pasamos delante de la primera rata.

—Fulano— le dije—, la primera.

El hombre pegó un salto, como si no diera crédito a lo que veían sus ojos.

—¡Hostias!

Unos metros más adelante pasamos junto a la de la alcantarilla.

—La segunda.

Esta vez no dijo nada, amostazó la cara y miró el pellejo seco del animalejo con rencor, como si le hubiera hecho perder una apuesta.

Cuando pasamos ante la última, le señalé:

—La tercera.

No hubo más palabras que esas. Tampoco un aire de triunfo. Se trataba solo de ratas.

Entonces él, furioso, como un resorte, se plantó delante de mí y me increpó:

—Joder, Fulano, ¡tú solo ves ratas!

Nos separamos allí mismo, porque ellos iban hacia la Plaza de Armas y nosotros volvíamos. Le vimos que iba diciéndole a sus amigos:

—Pues yo llevo viniendo aquí desde el año 82, no, 84, no, 82, y no

he visto nunca una rata. Desde el año 84, no, 82, y jamás, en fin, las jodías ratas...

COSAS sueltas que he ido viendo por ahí o experiencias personales. No están dentro de un discurso. Si le han permitido a Godard hacer bodrios con esos collages cinematográficos, también se los consentirán a uno.

Los perros con los que nos cruzamos están tiñosos. Se les cae el pelo. Van sin collar por las calles. Comen basuras en las esquinas. No parecen tener dueño. De lejos recuerdan a las hienas. Hay muchos.

La gente joven, muy guapa en general, mantiene tipos de una gran esbeltez sin problema. Apenas tienen que comer y han de ir andando a todas partes o en bicicleta. Hay pocos gordos.

Las tres ratas de la calle del Obispo.

La mayor parte de los portales tiene un montón de escombros dentro.

La gente entra en las casas con la bicicleta al hombro, y la sube a la azotea. Como en las películas neorrealistas italianas. Quizá hagan lo mismo con los coches, porque tampoco se ven aparcados.

El suelo de la Plaza empedrada con conchas fósiles.

La pestilencia, Dios, la pestilencia en una ciudad en la que se diría que se han cegado todas sus cloacas.

La dependienta aquella de la librería de la calle San Rafael durmiendo sobre la caja registradora. Ni siquiera levantó la cabeza cuando entramos. Se limitó a abrir un ojo, como los perros soñolientos. Tampoco la levantó cuando salimos. Salimos y volvió a cerrar el ojo. De no verla tan saludable y feliz con su sueñecito, se hubiera podido temer que le habían clavado un puñal en la espalda y se había derrumbado sobre la caja.

Contó la historia de los guerrilleros palestinos que desvalijaron los bancos beirutíes en la guerra del 82. Sacaron las joyas y las divisas por valija diplomática a La Habana, y de aquí salieron, para su blanqueo, hacia Praga y otros países socialistas. Un negocio de mil millones de dólares. Internacionalismo comunista. Es tan novelesco, que solo puede ser verdad.

Y nuestro buen amigo X, atrincherado en el hotel, encebollado en su propia salsa, con su enésimo mojito, furioso por haber comprobado que todo lo que ha estado publicitando durante treinta años es esto, pero más furioso todavía por tener que defenderlo... aquí. *Noblesse oblige,* dice tontamente. Llegaba yo con unas bolsas de libros. Se me quedó mirando, y me soltó con inédita antipatía: «Unos con las

jineteras; otros con los libros. La depredación es la misma». Y no, amigo X, no es la misma. «Ayer te vi comprando unos libros de Austral en la Plaza de Armas», le respondí, para molestarle más que para defenderme. Y nos sonreímos con tristeza y dolor. Acaso teníamos ante nosotros por primera vez los cascotes de una amistad deshecha hace ya años y que a mí, al menos, no me importaría recomponer pacientemente, como se hace con un jarrón roto, porque el jarrón, creo, era valioso.

Dos niños en el Capitolio:

—¿Qué os dan de comer en el colegio?

—Frijoles y arroz.

—¿Todos los días?

—Sí, señor.

—¿Todos?

—Todos.

—Frijoles cómo.

—Con agua.

—Y qué más.

—Más nada. Solo eso.

—No —interviene su amiguito, que había estado callado—. El año pasado nos dieron un día pollo, cuando vino el inspector a hacer revista. ¿No te acuerdas?

—Es verdad.

ME levanto y experimento una alegría imprevisible antes: no estoy allí, no he tenido que quedarme en Cuba.

AYER leí este trozo de los *Zibaldone*, providencial sin duda, pues en él se explica la razón por la cual la desdicha de alguien puede contribuir a nuestra propia dicha, y el sufrir de un alma, abolir de la nuestra nuestro propio sufrir: «Esto tienen de propio las obras de genio, que incluso cuando representan a lo vivo la nulidad de las cosas, incluso cuando demuestran de manera evidente y hacen sentir la inevitable infelicidad de la vida, incluso cuando expresan la más terrible desesperación, aunque sea un alma grande que se encuentra incluso en un estado de extremo abatimiento, desengaño, aniquilación, tedio y desesperación de la vida, o en las más acerbas y mortíferas desgracias (bien a causa de altas y graves pasiones, bien por cualquier otra cosa); incluso así, sirven siempre de consuelo, despiertan el entusiasmo y no tratando ni representando otra cosa que la muerte, restituyen, al

menos momentáneamente, esa vida que tenía perdida».

VOLVÍ a El Escorial con un gran flemón. Allí me esperaba la hermana de M., que es nuestra dentista. Es chistosa la manera festiva con la que mira todo el mundo un flemón, cuando este ha crecido en la cara de otro, y más cuando se está de vacaciones. No es Auschwitz, desde luego, pero qué gran vejación, porque un flemón saca de donde estaba escondido el zoquete que uno lleva dentro, el hombre sin luces, el paleto, el tonto, el embrutecido. Yo estaba tan deprimido que ni siquiera quería hablar con X y su marido, que acababan de llegar de París, y a los que íbamos, de paso, a enseñar el Monasterio.

Nos esperaba mi cuñada con la cureta en la mano. Ni siquiera se ahorró unas pequeñas bromas, como les gusta a los médicos con aquellas dolencias que no han de llevarnos necesariamente a la tumba y si estas se encarnan en un hombre que creen sano, y puesto que no tenía a mano su sillón de dentista, instaló una silla en medio del jardín, como un vulgar sacamuelas de pueblo, y me hizo sentar en ella. Alrededor había lo menos ocho o diez criaturas que revoloteaban alborozadas por la novedad, niños que habían salido no sé de dónde y que le pedían a gritos que me sacara la muela, solo por el hecho de que era algo que no habían visto hacer.

Y allá estaba uno, con la boca abierta, sosteniendo sobre los muslos el instrumental de su propia tortura, compungido y queriendo llevar con humor una situación tan humillante. Por suerte para todos, no podía intervenir de ninguna manera hasta que la infección no remitiera, y tuve que seguir con «mi» cara de idiota y esa expresión que se le pone a todo el mundo al ver un flemón, entre pena y risa.

Estas cosas las escribo de memoria, porque sucedieron hace quince días. Me había olvidado este cuaderno en Madrid, y ya estamos en Las Viñas. Así que ha pasado de diario a unas memorias. Hace uno memorias a veces de la semana anterior. Y nunca se sabe para qué. La experiencia le dice a uno que la mayor parte de las anotaciones luego no le sirven para nada, y no obstante persiste en escribirlas. ¿No es raro? Incluso estas debería ahorrármelas. ¿No veo cómo, transcribiendo el diario de hace cinco años, hay más de dos tercios inservibles? Acaso un diario sea como un pequeño huerto.

LA esencia de las personas cotillas es esta: todas ellas se creen las últimas en enterarse de algo, lo que a su juicio les da derecho a ser las primeras en propalarlo.

LA lluvia habla todos los idiomas.

LOS primeros días de agosto se los lleva siempre la intendencia y esa sensación de que habremos de ir restando días al paraíso, como otros, inversamente, se los restan a sus prisiones. De modo que así se fue el día por un sumidero, limpiando leñeras, cuartos trasteros, la cocina del horno, con frecuentes viajes al basurero. Eso le pone a uno de un humor de perros, de modo que si alguien quiere hablarle entonces, lo natural es que uno ladre. Cuando al fin logramos abandonar la vorágine, me encerré en mi estudio con el propósito de no pensar en nada, leer algo, egoistear un poco. G., que había mantenido conmigo todo el día una lucha feroz a causa de su tendencia natural al escaqueo, vino entonces a hacerme un poco la rosca. Se aburría. ¿Puedo?, llamó a la puerta. Creyó que escribía en este cuaderno. No lo hacía. Lo había abierto, pero me servía de apoyo para unas notas, pasadas en otro papelito. Pensó que estaba en esa tarea que ya le es familiar. Últimamente le intriga mucho lo que pueda o no consignar en él. No sabe exactamente para qué sirve, acaso intuye que será para él, más adelante, como el cuaderno de bitácora que le permita reconstruir la travesía de esos años que de otra manera serían más confusos. Y sin embargo acaso nada de lo que a él le ataña lo halle aquí.

—¿Qué escribes en el diario? ¿Que hemos estado limpiando?

—No estaba escribiendo en el diario.

Le mostré la hoja suelta, como una prueba pericial.

—Pero ¿lo harás?

—No creo.

—¿Por qué?

—No creo que sea muy interesante hablar de la leña que hemos cortado y apilado, de los trastos viejos que hemos tirado a la basura, de las porquerías que los albañiles habían sembrado por todas partes, del papel de plata que envolvía sus bocadillos y de las latas de cerveza vacías... No valdría la pena. ¿Tú les contarías eso a tus amigos?

—Si estuvieran aquí, sí. Y entonces, ¿tú qué escribes en el diario? ¿Son cosas como «el sol está muy bonito?».

—Tampoco.

—Podrías poner que se me ha caído la botella de vino y que tú te pusiste como una fiera, y que me gritaste si estaba bobo, antes de saber cómo se me había caído.

—¿Quieres que ponga eso?

Me miró con una sonrisa aviesa, y los ojos negros se le llenaron de

destellos luciferinos. Parecía llegada la hora de la venganza.

—Seguro que tú ahí cuentas lo que te da la gana.

—Sí. Pero tú podrías contar también lo que quisieras. Tú, por ejemplo, ¿pondrías que antes de que se te cayera la botella de vino, te advertí de que se te iba a caer?

—Yo no. Yo hablaría de la botella de vino a mi manera.

Pues eso es lo que hace uno con el diario que lleva. Y le acerqué a la ventana de mi estudio. Estaba anocheciendo. Antes de que entrara él, había estado diez minutos observando a las golondrinas.

Bajan a beber de la piscina en cuanto el calor remite. Descienden muy bruscamente sobre el agua, pero al llegar a ella refrenan el vuelo por completo. Y entonces se produce algo precioso. El agua se refleja en su delantalito blanco y lo tiñe de un azul turquesa. ¿Ves el pecho de las golondrinas? Sí, me respondió G. bajando la voz, como si se tratara de una confidencia importante. ¿De qué color es? Sin pensarlo mucho me dijo, blanco, es blanco. Obsérvalo bien, cuando rozan con él la superficie del agua; ¿de qué color es? Verde, me dijo, azul, se corrigió a continuación, verde y azul. Como las turquesas, le dije.

¿Y qué es una turquesa?, me preguntó...

Y todo eso explicaba por sí solo lo que podía ser un diario íntimo, mientras la intimidad del padre y la del hijo dure, que no durará siempre.

TENDRÍA uno a estas alturas que ser un completo estoico, alguien indiferente a las acometidas furiosas del presente. Es verdad, pero, ¿qué se quiere? Yo estaba tranquilamente en casa leyendo el periódico y, de pronto, siente uno la lanzada en el costado. Se pregunta, y a ese centurión quién le ha dado vela en este entierro. Muchos dicen, lo mejor es no contestar. Si se tiene sangre para eso, y se puede, es lo mejor, desde luego.

De momento no se pudo. Iba a Badajoz, y aprovechando que el tren llegaba con retraso (dos horas), allí, en un andén saturado de borborigmos, comprendí la razón por la cual muchos de los pecados capitales son pecados, sobre todo el de la ira y su fruto más dulce: la venganza. pero la realidad le desmentía a uno incluso ese pequeño placer.

Es difícil sentirse cosmopolita si uno espera, me decía, un tren para Badajoz. A qué irá uno a Badajoz. Si pudiera no ir uno a los badajoces del mundo, no iría, dicho sea sin menosprecio de nadie. Me quedaría en casa y anotaría en este mismo cuaderno: «Ayer, en la rue Bonaparte...». Hemos llegado a un punto en el que todo el mundo se lo

cree todo, y los lectores agradecerían mucho más, hoy por hoy, me parece, que yo dijera que iba a París, yendo como iba a Badajoz. ¿Quién se iba a enterar? ¿Cómo se iba a notar?

Mientras pergeñaba las líneas maestras del ataque, me entraba sueño y quería dormir, pero no me atrevía a abandonarme a esos sopores deprimentes, porque me robarían el bolso de viaje. Dentro no había nada que valiera tanto la pena. Llevaba una camisa (vieja, de hace tres o cuatro años, y con los puños ligeramente desollados), unos calzoncillos, un cepillo de dientes, una maquinilla de afeitar de plástico. Eso era lo que le mantenía a uno despierto. Injusto, si el bolso no fuese una valiosa imagen de la vida.

Hacía mucho frío, un verdadero frío, apenas sentía la punta de los dedos de las manos, y de la punta de los pies mejor ni hablar. La gente que esperaba conmigo, encogida y enemistada, no tenía ganas ni siquiera de mirar alrededor, y dejaban fijos los ojos en una pared chorreada de oxidaciones. Era todo triste y penoso, sobre todo uno mismo, afilando el lapicero para responder en el periódico al tipo que ha salido llamándole a uno no sé qué, con muy mala intención. Era lo más deprimente de todo, la vida literaria vista desde el subsuelo. En el mismo andén, en la misma vía por la que iba a pasar el tren de Badajoz, estacionó uno, con destino a El Escorial. Era fácil hacer una constatación dolorosa y deprimente: subían en él muchas chicas, muchachas y mujeres muy guapas. Cuánto mejor sería seguirlas, me decía. No eres capaz, me retaba por dentro. Deja Badajoz, al diablo con él. Ponte a seguir a una de esas chicas. Siempre te llevarán a alguna parte más prometedora. Me lo decía para infundirme ánimos y comprobar que la juventud no ha pasado del todo, para hacer literatura barata y mitomanirme conforme lo quiere la época. La mayoría parecían estudiantes. O profesoras recién casadas. Lo probable es que fueran de la docencia, por la hora. Eran las 15,25, tiempo de irse a clase. Esto de hacer constar las 15,25 es por decirlo a la manera ferroviaria. Eran muy jóvenes, al menos con una juventud inversamente proporcional a este sentimiento de afasia que le acompaña a uno. Llegaban sonriendo para colarse en el vagón como si fuera el metro. Del andén al vagón daban un rebrinco airoso, un pasito corto, respingando la popa. Esa veleidad acababa por hacerlas olvidar lo ingrato de la hora, lo apurado del tránsito, lo tedioso de la perspectiva. Tenían todas el aire de las náyades, aunque bien mirado esto no son más que ganas de rozarse un poco con los clásicos, porque la verdad es que llegaban también con la cara entumecida y la expresión cansada. En cambio, las mujeres que se quedaban en el andén, esperando como yo el tren de Badajoz, eran todas, Dios me

perdone, mujeres deplorables, más tristes aún que las estaciones de tren, que los ferroviarios, que los huérfanos de los ferroviarios, que todos los huérfanos que tenían, como yo, que tomar hoy un tren para Badajoz. Por si no fuese bastante, de vez en cuando se colaba de algún túnel maloliente y húmedo una ráfaga de viento ártico que dejaba las rodillas como piedras frías.

A Badajoz solo va gente de más de cuarenta años, deduje. No sé por qué. Al poco rato se sentó a mi lado una mujer en quien no reparé al principio porque estaba enfrascado en el artículo. Y qué depresión esa pasión puesta en desbaratarle al enemigo los mismos intestinos. Me los imaginaba esparcidos por la arena del circo y yo encima, aclamado por la turba. La sola palabra es deprimente: polémica. Me he dado cuenta ahora, cuando ya había perdido tres horas escribiendo el artículo que finalmente he tirado a la papelera, tras el desahogo. ¿No habría otra manera de desahogarse, no le enseñará a uno nada el estoicismo? La vida y la literatura, como se ve, no son compatibles. Cuando por fin levanté los ojos, me llevé un gran susto, porque esa mujer tenía un parecido asombroso con la Pasionaria. Creo que se dio cuenta del bote que me levantó del asiento, y me empezó a mirar con desconfianza, y se abrazó a su bolso, pensando que podría birlárselo en un descuido.

La realidad de una estación de tren tiene mucho de alucinación y anomalía.

¿Nos volveremos todos locos un poco sin darnos cuenta? ¿Es así como suceden las cosas? ¿Es así como nos hacemos maniáticos? De vez en cuando levantaba la mirada del papel y me quedaba contemplando la profundidad del túnel, no tanto para comprobar si llegaba de una vez nuestro tren, como por ver si por allí asomaba la inspiración.

Sentía la humillación de tener que cruzar la pluma con un idiota, que me había obligado a subir al tren de la responsabilidad: responderle y enredarme en una verdad minúscula, todo para dejarle como el idiota que es. Deja al idiota, me decía también, sigue otra estela. Pero no. Para apearse en marcha, hay que haber conocido la golfería desde chico, y esa, por desgracia, no la ha conocido uno. Pues no, el atorrante acaba siendo uno, sin darse cuenta.

No había salido de Madrid y parecía que ya había vuelto, a juzgar por el desánimo que se iba apoderando de mí.

No obstante, en cuanto el tren se alejó de los hangares sombríos de Atocha y embocó las primeras labranzas de Navalcarnero, el alma fue despojándose de su varia y pesarosa impedimenta, porque basta con que a cualquiera le pongan delante de la ventanilla de un tren para

que sin darse cuenta acabe siendo a la media hora mucho mejor de lo que era media hora antes, y por lo mismo que existe la hidroterapia, los médicos deberían abundar en la carriloterapia, o arte de disipar los humores negros aireándolos en un tren. Desde un tren los paisajes son todos bonitos, unos porque no los esperamos, otros porque se van, muchos porque se quedan para siempre dentro. Aquellos, con tantas lluvias, estaban preciosos, verdes, con los olivos plateados, con las encinas negras, con los caminos vacíos y encharcados.

En la estación me esperaba el poeta de Badajoz. A este poeta uno le conoce y no le conoce. Creo que es una buena persona, pero claro, eso son cosas que es difícil afirmarlas sin mucho conocimiento. En cambio parece un poeta delicado, demostración de que la fisiognómica es una ciencia de pacotilla. Su cara asusta un poco, ancha, grandota, llena de bultos, de color ladrillo para los momentos volutivos, y de color teja para los involutivos, con su matiz. Si uno creyera en la fisiognómica, a la hora del trato debería tener cuidado con él, pero esa ciencia no vale nada.

El poeta de provincias tiende a pensar en el poeta de Madrid como en alguien inquieto, marrullero, ambicioso y serpentino. Él en cambio se ve como un hombre más cerca del retiro agropecuario, silencioso, paciente y libre de ambiciones. Al principio no había apenas temas de conversación y la cena, mano a mano él y yo, se llenaba de silencios. El restaurante (muebles tiroleses, papel pintado años setenta en las paredes, estampados de flores carnívoras en las cortinas, a juego con las servilletas, y unas lámparas a medio camino entre op y pop, de las que se ahorcará de vez en cuando un camarero tras servir las cenas), el restaurante, como era razonablemente lógico, estaba vacío. Vacío quiere decir que estábamos mi poeta, el camarero y yo, lo cual le ponía a cada bocado una inquietud y una sospecha: ¿nos envenenarán? Todo, incluidos los postres caseros, tenía un sospechoso sabor a trucha y a bacon, que uno, sin dotes para la gastronomía, encontraba inclasificable, enconado, jabonoso.

Y como un viejo matrimonio, juntaba cada uno de nosotros dos las miguitas del pan con la punta del dedo, para aliviar la trama de la vida. Al fin se animó. Se acercaba el momento de las efusiones. Se hizo preceder de una subitánea coloración de la cara, que enrojeció por completo por el *côté* ladrillo, y se me quedó mirando fijamente a los ojos, con sonrisa irrebatible de aquel a quien la muerte ha sorprendido en gracia de Dios: «Yo ya no estoy por poetas; ni siquiera por libros; ni siquiera por poemas; para mí ya lo único que cuentan son tal o tal verso».

Las miguitas, con la impresión, se me desmandaron, y

hormigueaban otra vez sueltas, de modo que con humildad admirable la punta de mi dedo fue trayéndolas de una en una al aprisco, junto a la servilleta.

Creo que estaba dicho con la mejor voluntad, como una atención especial.

Me entró curiosidad por saber cuáles de los míos habían logrado salvarse del escrutinio severo, pero no dije nada, por si no se acordaba en ese momento y le hacía con ello pasar un mal rato.

Resuelto por la acogida entusiasta que había tenido la exposición de sus ideas sobre la poesía, pasó a confesarme a continuación que a los poetas actuales, mayormente de Madrid, Oviedo y Sevilla, nos ve a todos un poco fanáticos y un poco agitados por situarnos en un escalafón que para él no tiene ningún interés. Ese descarrile nuestro le produce mucha pena, cosa lógica. Creo que después de decirlo se quedó más tranquilo, porque en algún rincón de su alma la conciencia le exigía ese inaplazable apostolado, y denunciado el hecho tomó aire, apuró la copa para pasar el trago y chascó la lengua. Él, en cambio, en Badajoz, podía llevar una vida tranquila.

Nos quedamos los dos en silencio. No sabíamos qué decirnos. Creo que temió haberme herido, pero tampoco acertaba a pedirme disculpas. Por hacer algo de conversación, le pregunté cuántos poetas pasaban por allí al cabo del año. Algunos, me respondió, cinco o seis. Lo menos habían pasado ya veinte en todos los años en que funcionaba el tinglado. Los iba a esperar a todos, los llevaba a cenar, los acompañaba al hotel. Estaba la plana mayor de la poesía española, viejos y jóvenes. Piensa uno que los generales nunca van a descender a las trincheras, pero eso no ocurre en la poesía, donde la tradición de morir en combate está, desde Garcilaso, muy arraigada.

NUNCA será lo mismo no tener porque se ha perdido, que no tener porque no se ha tenido. En un caso podemos desembocar en la nostalgia, en el otro, en el resentimiento, y sin embargo solo sabemos que esos dos hombres son iguales: no tienen nada, están igualmente desposeídos, pero jamás podrán entenderse ni siquiera sobre ese particular que podría unirles.

«*¡HISTORIA abscondita!* Todo gran hombre posee una fuerza de efectos retroactivos. Gracias a él toda historia se pone de nuevo en la balanza y miles de secretos saldrán arrastrándose de sus escondrijos, hasta alcanzar su sol. No se puede prever todo lo que será historia alguna

vez. ¡Tal vez el pasado sigue todavía esencialmente sin descubrir! ¡Necesita aún tantas fuerzas retroactivas!». Iba pensando en esta cita preciosa que M. había encontrado una hora antes en *La gaya ciencia*, pensando en mi sempiterno libro del Rastro, cuando vi que salía de un portal una camilla, y en ella, con la espalda casi recta, una anciana. Esperaba la ambulancia en medio de la calle, interrumpiendo el tráfico. Todo se hacía con cierta lentitud, pero nadie se impacientaba; solo uno de los coches, cuyo conductor no comprendía la razón de la espera, porque se hallaba alejado de la escena, hizo sonar su claxon. La anciana, primorosamente peinada y aseada, llevaba una mañanita de color celeste. A su lado una mujer muy distinguida, de unos sesenta años, le decía de lo más amorosa: «Mamá, no te preocupes por nada; serán solo dos días». Cómo le sonrió, con qué dulzura, sin soltar la mano de su hija. No dijo nada, pero antes de que el enfermero la metiera en la ambulancia esparció su mirada alrededor. Lentamente y a la vez sin detenerse en nada; abarcó casas, tiendas, cielo, transeúntes, yo entre ellos. Sin dejar de sonreír, sin soltar la mano de su hija. Cuánto amor a la vida en un instante. Un largo adiós fue su mirada. La historia, una historia de amor, saliendo de aquel portal, empezaba a escribirse en una mañana soleada; el oscuro pasado y sus secretos, allí, delante de todos, presente para quien quisiera descubrirlo y dar testimonio de la vida. De la vida, que nunca se interrumpe.

OVIEDO es una ciudad preciosa, con posibilidades de todo punto y simbolismos complejos. Hubiera podido ser nuestra Brujas.

Al llegar, los dos amigos que llegaban de Jerez y yo, nos reunimos con el poeta de Oviedo, y nos fuimos los cuatro a almorzar. El poeta de Oviedo no es como el poeta de Badajoz, es un gran poeta, no idealiza el agro y tiene la convicción de que Avilés y Nueva York nacieron del mismo óvulo. Sin salir de su pueblo, ha vuelto siempre de Nueva York, como esos gemelos que sufren a distancia lo que les pasa a cada uno de ellos, cuando están separados. Es una lástima que le afee la persona su inclinación innata al enredo. Como guardagujas habría disfrutado haciendo descarrilar todos los trenes, por el placer de verlos chocar estrepitosamente unos con otros o salirse de las vías. Como poeta, en cambio, la tendencia es de una serenidad chocante, lírica y silenciosa, y sus logros son muy notables.

Allí estábamos, pues, los cuatro. Cuatro mosqueteros dispuestos a no dejarse pisar el terreno son cosa de ver. ¿Dónde había quedado la tristeza de la separación? ¿No echaba uno en falta, en el trayecto de

casa al aeropuerto, la normalidad silenciosa? Pero allí, con los amigos, todo se había disipado, con los floretes, chas, chas, pinchando al vuelo las moscas del ingenio. Toma, y uno le cortaba a la mosca limpiamente el ala. Eso no es nada, decía otro de nosotros, y la segunda ala caía al suelo, lenta, alabeada, en un zigzag armónico de hoja de acacia. Y allí quedaba la pobre mosca en el aire, haciendo esfuerzos colosales, braceando y pataleando desesperadamente como un ahogado, hasta que, zas, en un ataque limpio en cuarta la punta de otro florete la ensartaba por la barriga, y acababa poniéndola sobre la mesa. Qué asco, decía alguno, retira eso de ahí. Y así siguió la comida en la que los cuatro acabamos con harta fatiga neuronal.

Por la tarde era la presentación de la revista que veníamos a presentar. Nos llevaron a una de esas aulas modernas de cultura hecha por un arquitecto canalla, con columnitas de estuco y ojos de buey en los muros, a modo de ventanas, pero del tamaño de un duro. Los suelos, como esa clase de rehabilitaciones arquitectónicas se pagan con partidas presupuestarias a cargo de la hacienda pública, eran de mármoles brillantes traídos seguramente de Italia (que a su vez los compran en Portugal, para vendérselos a los arquitectos horteras que creen que a ser Palladio se empieza por los pavimentos), y tenían todos una característica común: eran resbalosos y estaban en rampa, no tanto, como cabría suponer, para facilitar el acceso de minusválidos en sillas de ruedas, sino para que la gente se caiga con las piernas abiertas por la mitad y se rompa la pelvis, con el fin de sentarla en una silla de ruedas para justificar el hecho de que se hayan hecho en rampa.

Había venido muchísima gente, como para un acto electoral, y un gran número de políticos, que no desaprovecharon la ocasión para decirnos unas palabritas, recordándonos a todos quién pagaba aquello. A continuación nos llevaron a tomar una cerveza en un bar tenebroso, uno de esos bodegones típicos en los que todos nos mostramos eufóricos de haber terminado el acto cultural propiamente dicho.

Por allí andaba el presidente de la Fundación Príncipe de Asturias, que es, además, el capitalista de la editorial que corre con los gastos de la revista presentada.

Era un tipo gracioso, campechano, de origen modesto a juzgar por algunos indicios. Andará por los cincuenta y algunos años, alto, corpulento, seguro de sí mismo, y con un anillo en el dedo meñique, como el que lleva Su Majestad.

Se mostró una persona locuaz, simpática, extrovertida, entusiasmada con el hecho de ser asturiano, sin duda pensando que, pudiendo ser asturiano, para qué se va a ser otra cosa. Rubianco,

como muchos de esta tierra, y ojos claros, la cara, un tanto abotagada, estaba metida en una retícula de venillas rojas, estalladas sin duda en el fragor de las muchas batallas libradas a lo largo de su vida en defensa de la noble institución del principado que preside. Nos llamaba «la juventud», y pronunciaba esa palabra con dejos de soñador, acaso de manera muy parecida a como Rodrigo de Triana gritó desde lo alto del mastelero: «¡Tierra a la vista!».

Por lo demás ponía en todo lo que hacía y en lo que decía tanta ilusión como seriedad, de modo que al oír aquella pregunta, ni me entró la risa ni me atraganté con la cerveza, sino que la aquilaté como uno de esos joyeros de Ámsterdam a los que se les lleva un gran diamante en bruto, para su tasa:

—¿Tú tendrías inconveniente en escribir en algún momento los discursos del príncipe?

En media hora que llevábamos en el figón no le había dado tiempo a nadie a emborracharse, de modo que consideré que la pregunta era perfectamente admisible. Estaba, lo confieso ahora, un poco decepcionado, porque uno creía que esas preguntas se formulaban con otro misterio. En eso uno es muy femenino, y espera que la flor se la pidan de una manera delicada, no con un «¿quieres chingar conmigo?».

En un primer segundo pensé: si el príncipe quiere discursos, que se los haga él mismo; no tiene otra cosa que hacer en todo el día. O su padre, que tampoco. Pero eso no fue más que un rasgo de soberbia, envanecido como estaba por el hecho de que le hubieran ofrecido a uno algo tan singular y señalado. Porque al segundo siguiente, como republicano, alcancé a abrir el abanico de posibilidades que eso le ofrecía a una causa como la nuestra, tan decorativa y extemporánea. Imaginaba usando las palabras con sus cargas de profundidad, conceptos ambiguos y argumentos diabólicamente seductores, como los de la culebra del árbol del bien y del mal, adjetivos de espoleta retardada, verbos minados, sustantivos fulminantes; me dije, este es el gran momento del republicanismo español. Era como infiltrar a un artillero en la sala de máquinas del buque enemigo. Lo hundiría en menos que canta un gallo.

—¿Cuándo hay que empezar?

Mi interlocutor se sonrió condescendiente, complacido de mis bríos juveniles. Debió de verme como un matasiete con ganas de medrar en la Corte de Su Majestad. Pareció aconsejarme, tranquilidad, amigo, temple (y el Rey nos perdone a todos por comparación tan ordinaria), como hace la mujer de la vida ante los ímpetus del primerizo. Y ni siquiera me había puesto a redactar el primer discurso cuando allí,

sobre la marcha, nos preguntó a X y a mí cómo veíamos los premios Príncipe de Asturias, y si creíamos que eran mejorables. Ese punto se lo tomó uno un poco más en serio. Pensé en X. Me dije: si se lo dan, llevaría su obra a gentes que todavía no han oído hablar de él, y así fue como le respondí que ese premio no estaría completo hasta que no se lo dieran a X. Puso una cara muy rara, como si acabase de morder un limón. No sabía quién era. Se tomó unos instantes para pensarlo, y nuestro buen hombre sacudió la cabeza con su circunspección de chambelán prudente, habituado a tratar con el príncipe asuntos de suma gravedad. Es posible que se estuviera haciendo viejo ya, y para eso está una juventud como la nuestra, para mostrarle a su buen juicio caminos que valga la pena recorrer. Calibró al fin lo que iba a decir:

—¿Tú querrías formar parte del Jurado del premio y defender en él la candidatura de...? ¿Cómo has dicho que se llama?

Por esa causa, pensé, estaría incluso dispuesto a dejar de ser republicano.

De hecho ya empiezo a ver las cosas de la monarquía de otro color, no sé, más humanas, más lógicas.

Tras la cena y un conato de orearnos por un cabaret local, donde estaban citados treinta o cuarenta poetas de la localidad, los forasteros logramos esquivar la hospitalidad y salir, camino del hotel, a las doce de la noche, como cenicientas de lujo.

LO más cómico de todo es que los críticos, de arte, de literatura, de música, de toros, de lo que sea, actúan como si fueran las Fuerzas de Seguridad de la Literatura, del Arte, etcétera. De ahí que no deben sorprendernos sus maneras policiales, delatoras y represivas.

X ES un viejo conocido nuestro que lleva buscando libros como nosotros veinte años. En el Rastro y en Moyano, mayormente. Es también un artista de la instalación mental. Se hace imprimir sus propias obras en imprentas modestas, y luego reparte esos opúsculos entre las amistades y la comunidad artística conceptual. No es propiamente un amigo, porque únicamente nos hablamos en esos breves encuentros de la busca libresca. Los que compran libros viejos de repente pueden llegar a sentir impulsos de llevarse uno sin pagar. La leyenda se refiere únicamente a los grandes bibliófilos, capaces del asesinato por conseguir un raro ejemplar. Todos los horteras que quieren sacar en una novela un bibliófilo pintan a uno de estos que buscan códices e incunables. Pero lo normal es que por un bibliófilo

de esta clase haya cien de los otros, pobres tipos que atropan los despojos de unos librejos sin demasiado valor, folletos de hace cuarenta años, papeles sin uso preciso. es más o menos lo que busca nuestro amigo, rara literatura, por llamarla de alguna manera, a la que acabará dando salida en alguno de sus proyectos artísticos.

Por lo que se ha visto ahora, este hombre se llevaba sin pagar la mitad de las compras que hacía en la caseta de R. Es muy difícil el control sobre las mercancías que allí se depositan al revoltillo, porque entre otras cosas la congregación suele ascender a quince o veinte personas amontonándose sobre un caladero que es angosto. Cada cual pesca lo que puede y a continuación es él mismo quien le informa al librero: me llevo tanto, y le paga la compra por piezas. Si el comprador viene de otras casetas con algunos libros más, el librero no podría saber cuáles proceden de sus tabancos y cuáles no, así que la palabra del comprador en ese negocio es primordial.

Ha escrito alguno otras veces de la curiosa parroquia del librero R. No es infrecuente que mientras este abre sus paquetes y arroja los frutos en las bateas, los compradores, ociosos, se queden allí parados sin saber qué hacer. Con los años se han combinado allí algunas amistades, pero otros se quedan sin hacer nada, espiando a sus competidores, estudiando los movimientos del librero o defendiendo el lugar privilegiado que les permitirá llegar mucho más fácilmente al libro liberto, ya que las capturas han de hacerse a veces en unas fracciones de segundo y compitiendo con otras quince o veinte manos que tratarán de hacerse con las presas al mismo tiempo.

Como era costumbre, ese día X separó unos cuantos libros, de los cuales abonó unos y escamoteó otros, pegándolos a aquellos, y cuando se iba a marchar, en un descuido del librero, también se le llevó uno por el que este pedía un poco más que por el resto, dos mil pesetas. Un libro de... ¡Vicente Medina! Hay que estar un poco chiflado para llevarse un libro de Vicente Medina (Juan Ramón, todavía en 1953, encontraba su «Cansera» una obra maestra). X lo tomó limpiamente de la estantería, lo mezcló con los otros, de veinte duros la pieza, le dijo, son cinco, quinientas pesetas, se dio media vuelta y salió en dirección al Retiro, andando con toda la tranquilidad que le da a uno la veteranía en el descuido. Cuando el librero llegó de su coche, de donde estaba sacando unos paquetes, otro de los habituales, el poeta social, se acercó y le dijo: aquel se ha llevado ese libro sin pagar.

Al librero no le quedaba más remedio que hacer una cosa: salir corriendo detrás del escamoteador. Lo encontró un poco más arriba, se lanzó sobre él como una fiera, le arrancó el libro de las manos, lo llenó de insultos y se volvió a su predio embargado por la ira.

La gente se arremolinó. En quince segundos todos se habían enterado de lo ocurrido. Los más noveleros quedaron un poco decepcionados, porque les hubiera gustado que corriera un poco de sangre. Los crímenes en los que andan de por medio libros de viejo son muy literarios y están mejor atendidos en la prensa que los otros. Cuando vieron regresar al librero con aire de triunfo, algunos se atrevieron a preguntarle:

—Y él, ¿qué ha hecho?

—¿Qué ha hecho? —repetía retóricamente la pregunta—. ¿Me pregunta usted qué ha hecho?

Lo hacía para enfatizar la respuesta y para dejar claro la clase de sinvergüenza que era:

—Nada, no ha hecho nada... y a saber los libros que ha estado robándome todos estos años.

El delator, el poeta social, estaba allí al lado, con su aspecto siniestro. Je, je. Lo de Roma no paga a traidores es muy exacto, porque el librero tampoco tenía muchas ganas de agradecerle su bella acción. Algunos se acercaron al chivato y le decían, y tú ¿por qué has dicho nada? En general los libros que pone a la venta nuestro amigo R. en el tablero son de cien o doscientas pesetas. Quizá lo decían porque no vale la pena delatar a nadie por veinte duros, si el librero tampoco es un amigo íntimo de uno. Quizá fuese preferible decírselo al ladrón, llamarle a un aparte y advertirle de que no sea tan caradura. Pero todas estas consideraciones al poeta triste le daban igual, y a la gente que le preguntaba por qué lo había hecho, le respondía lo mismo:

—Je, je; un competidor menos. Así tocaremos a más.

Se reía de una manera siniestra y significativa, como quien ha llevado a cabo una heroicidad. Le parecía también que el gremio de compradores le debía estar agradecido y quizá ponerle una medalla.

Este poeta se hizo bibliófilo cuando ya tenía más de cincuenta años y desde entonces, con el fanatismo de los conversos, no perdona un día sin ir a la Cuesta de Moyano ni un domingo al Rastro. Le dedica a esa locura suya tres y cuatro horas diarias. A la Cuesta llega en cuanto da su clase de literatura en el instituto, se dirige directamente a la caseta de R. y monta allí la guardia hasta la hora del almuerzo, esperando que el librero abra cada paquete. Se queda de pie, a un lado, sin hablar con nadie, serio, triste, inquisitivo, sin perder, como se ha visto, un solo movimiento de nadie. La asociación de libreros de lance tendría que darle un banquete y nombrarle el Beria del libro viejo.

Un amigo del ladrón creo que le ha preguntado a este, y tú, Fulano,

¿cómo es que has podido hacer una cosa así? Y él, indiferente, se ha encogido de hombros, y ha dicho con cinismo que estaba cansado del puesto, que el librero le parecía un fascista y que además hacía ya muchos años que no encontraba allí los libros que encontraba al principio, y no le parecía en absoluto grave llevarse sin pagar unos libros, acaso por el viejo resabio de que robar libros es mucho menos grave que robar en una tienda o en un banco, y que la cultura es de todos, en fin, ensayando la pirueta para dejar las tablas de una manera garbosa.

POCAS cosas hay comparables a esas tardes en las que uno se dedica, con una voluptuosidad difícil de describir, a revisar con atención los papeles comprados con alguna precipitación en el Rastro. Fueron en esta ocasión unos centenares de *Los Lunes del Imparcial*. Debió de coleccionarlos un hombre meticuloso y ordenado. Son de hace cien años. Los dobló con esmero, de modo que esa hoja, de tamaño tabloide, queda reducida a menos de lo que ocupa un sobre de carta. Así que la operación de leer cada una de ellas conlleva una cierta liturgia, desdoblando los cinco o seis terminantes pliegues, hacia un lado, hacia otro, para arriba, para abajo, todo hecho como si se manejara frágiles papiros, porque lo cierto es que el papel, pajizo y de mala calidad, se quebraría al menor descuido en el momento que fuese manipulado con desatención. Así que después de tardar medio minuto en abrir la hoja, el ritmo de la lectura es igualmente sosegado. Quizá su anterior propietario pensara en eso. Es muy probable que tales hojas no hubieran sido desplegadas desde que ese hombre decidió guardarlas con intención de volver sobre ellas. Las primeras son del año doce y las últimas del año dieciocho. Están cuajadas de colaboraciones de Unamuno, Valle-Inclán y Pérez de Ayala, así como de poemas de Icaza, Cansinos o Villaespesa. Juan Ramón Jiménez publicó en ellas alrededor de 1914 una gran parte de los que más adelante compondrían sus *Sonetos espirituales*. Y junto a estos poemas bellísimos, también de JRJ, otros medianos o malogrados.

La impresión que recibe uno de tales colaboraciones es, en cierto modo, muy diferente a la que obtenemos de esos mismos textos en libro y, no digamos ya, a la que nos produce en una reedición actual.

Así ocurrió cuando le salió al paso a uno el extraordinario soneto que tituló «Octubre», y que nos sabemos en casa de memoria: «Estaba echado yo en la tierra, enfrente / del infinito campo de Castilla...», y que termina con aquel «...el árbol puro del amor eterno». Fue una emoción enorme, la ilusión de que quizá fuese uno lector suyo de

entonces, que podría, si quisiera, acercarse a ver al poeta a su casa, y por lo mismo, no parecía sino que lo tenía allí mismo, tumbado en el sofá, sin hacer nada, mirando por la ventana los olivares de Las Viñas. Resultaron horas de extraordinaria sugestión, el fuego, los papeles viejos, el silencio, la demorada lectura de unos artículos viejos que llegaban cargados de ideas y palabras muy vivas aún, como camellos extraviados de una caravana, con sus presentes, sus mercancías exóticas, sus providenciales provisiones, tan necesarias ahora que se están acopiando para *Los nietos del Cid*. Y yo allí, tomando notas como un geógrafo que se adentra por primera vez en unas tierras vírgenes, sin saber aún qué forma tiene el país del que está levantando el mapa.

Cuando nos cansamos de leer, salimos al que pensábamos iba a ser el último paseo, el más largo de todos, apurando la raya del atardecer, contra la luz del horizonte. Los caminos estaban flanqueados de espinos en flor, las charcas, abundantes por las muchas lluvias, ponían con sus rebrillos de última hora una alianza en las praderas y berrocales, y muchas, florecidas también, se tapizaban con un tupido mantel de margaritas blancas, que invadían las suaves lomas de los encinares. Respirar se convirtió en algo tan balsámico y goloso, que al hacerlo no parecía sino que estuviésemos drogándonos con algo muy dulce y suave al mismo tiempo.

Llegamos de noche a casa. Al salir no tuvimos la previsión de encender ningún farol, de modo que el regreso fue como si lo hiciéramos a una casa del siglo pasado, antes de la invención de la luz eléctrica.

A veces echa uno de menos aquellos meses en los que la casa la gobernábamos con candiles de aceite y con velas. Y ya no volveremos a conocerlo. Estaba en nuestra mano vivir así, pero metimos la electricidad en casa, y todo aquel mundo a lo Francis Jammes retrocedió para siempre, a su rincón misantrópico, donde acaso nos espera.

El paseo de ayer fue tan completo que hoy, poco antes de regresar a Madrid, lo repetimos, para que no se nos olvidara en mucho tiempo: las charcas florecidas, las laderas cuajadas de florecillas moradas, los mosquitos tejiendo sus coronas en el aire limpio, el fondo nevado de la sierra de Gredos japonesando el infinito...

Quizá fuesen esas cumbres nevadas las que nos sedujeron como Dido a Eneas, porque dejamos la carretera nacional y nos dirigimos a Plasencia, con el fin de ver este año los cerezos floridos. Siempre nos decíamos: un año iremos. Lo tenemos al lado, pero nunca se emparejaban las circunstancias. Es algo que ya lo dan en las noticias de los telediarios, y eso sin duda le quita atractivo, porque parece

sumarse uno a un espectáculo vulgar y superficial, pero un millón de árboles desbordantes de flor le hacen olvidar a uno incluso el márketing. No deberíamos emplear esta palabra para eso. No era un espectáculo, sino un acontecimiento de naturaleza prodigiosa. Los cerezos, que crecen en las orillas mismas del Jerte, suben por los bancales hasta las faldas de la cordillera de Gredos, como si fuesen sus enaguas. El encaje de las flores se interrumpe solo cuando empieza el lino de la nieve, y de ese modo uno no sabe qué atender antes, si a la alegría que le produce algo tan imprevisto o a la tristeza que se anuncia en los millones de pétalos que cubren el pie de los árboles, anunciando un fin cuando todavía no se ha cumplido su principio.

Recorrimos el valle despacio, sin bajar del coche, y cuando llegamos al final, nos dimos la vuelta, y para entonces la mitad de los cerezos ya habían dejado caer sus flores, y de eso nos dimos cuenta todos, de manera que salimos de allí deprisa, como quien huye de un lugar en el que sospecha que la indiscriminación de la muerte le va a pillar a uno en medio, en un voraz remolino, como el buque que se hunde.

La entrada en Madrid fue penosa. Nadie quería decir una palabra. Cada uno rumiaba sus propias ilusiones perdidas. Acabamos el día frente al televisor, viendo *La torre de los siete jorobados*, que es muy mala, pese a la moda que asegura lo contrario. Pero aparece en ella un Madrid que ya no existe, viejo, con caserones vetustos y entradas cocheras, con faroles de gas afilando su lengua contra la noche fría y chisperos que llevaban sus pértigas al hombro («ganaderos de estrellas», habría dicho Ramón), llenándolo todo de penosas sombras en busca del alma que no tenían; un Madrid sin coches, con gentes que se mueven de un lado a otro andando, vistiendo las galas del día y perdiéndolas a las pocas horas, como los cerezos del Jerte, en menos de lo que se dice aquí, en un suspiro.

UNA avispa en un bote. (Oído en el Pago para describir a un niño de cinco años).

EL ingenio está tan desprestigiado entre los hombres de genio, porque desconfían de una llave que pueda abrir tantas puertas.

NO se puede leer sin entusiasmo, por lo mismo que no se puede escribir sin escepticismo, suele repetir uno; pero de la misma manera

que podemos escribir con desasosiego, no podríamos leer sin tranquilidad y reposo.

SIEMPRE se acordará uno de aquello que decía Clarín de Galdós, y lo ve uno como un ideal de santidad inalcanzable. Decía Clarín, «Galdós hasta del arroyo Abroñigal ha tenido que decir algo bueno».

RECORDABA a un viejo limpiabotas de Granada, a cuyo salón acudía él de niño. El hombre era una institución en la ciudad. Sentaba al cliente y antes de proceder al cepillado, iniciaba el siguiente e invariable diálogo.

—¿Quiere usted conversación o lectura?

—Conversación.

—¿A favor o en contra?

QUÉ alegría tan nueva, tan limpia, produce que le sorprenda a uno la aurora trabajando, viniendo no desde el fin de la noche, sino arrancando desde el manantial de la mañana, frescos, enteros, reparados por el sueño. La ventana va llenándose de una lechosa claridad azul, que recuerda ese velo que se les pone a los lactantes en los ojos, y empiezan a despertar los pájaros, y la luz de nuestra lámpara, que amparaba la cuartilla y nuestras manos, va diluyéndose, perdiendo sus contrastes. Los pájaros van despertándose unos a otros, rozándose en el hombro, y en menos de un cuarto de hora parecen haberse reunido todos en un congreso para elegir una junta de accionistas: todos tienen razones y ninguno se escucha. Solo los gallos desentonan, siendo los únicos que tienen voz por derecho propio en la asamblea. La razón que pudiera asistirles la pierden con esos gritos degollados y ridículos que dan. Amanece tan deprisa que cuando uno levanta la cabeza de nuevo de su tarea, se asombra de que los duendes de la noche hayan enrollado el oscuro tapiz del cielo y se lo hayan llevado a otra parte.

LA única crítica legítima es aquella que pueda leerse a los cincuenta años de ser escrita, incluso cuando se haya olvidado aquello, libro, cuadro, sonata, que justificó que se escribiera. O sea, cuando ya no sirve para lo que fue escrita, sino para otra cosa.

AYER, que era domingo, se marchó M. a Cannes. Luego, desde Antibes, donde había ido a cenar, telefoneó un rato. Decía que era muy bonito aquello. Lo extraño es que aquí no está uno bien, pero tampoco querría uno estar allí. Con los años a uno se le van templando las ansias de viajar a según qué sitios. No hace mucho le pregunté a un tipo que había pasado un mes entero en China: ¿cómo es aquello? Había estado en Pekín, en Shanghái, los habían llevado a ciudades del interior, les habían subido al desierto del Gobi y enseñado todas las maravillas conocidas, la muralla, los palacios de la ciudad prohibida, los guerreros de terracota, los museos que no había destruido la revolución cultural, en fin, cosas como para estar contando un año. Pero no, todo su resumen se limitó a una frase:

—En China no hay moscas.

La observación es, sin la menor duda, interesante. Visitaron muchos mercados, donde había carne, pulardas, pollos, verduras pudriéndose, pero no vieron nunca una mosca. Quién sabe, quizá los chinos las cazan y se las echan a los rollitos de primavera; ahora, haber recorrido miles de kilómetros y empeñado un mes de la corta vida de uno para llegar a una conclusión parecida es asombroso.

M. me contó cosas de ese pueblo de Francia, en el que probablemente no ponga uno los pies nunca.

Un amigo me preguntó si la tristeza que me entraba cuando M. se iba de viaje era tristeza de viajar. No, es tristeza de quedarse solo. Aunque la mayor parte de las veces la tristeza de la soledad inmóvil es más llevadera que la alegría de la compañía ambulante, tan melancólica y sombría.

Si M. no estuviera en Antibes para trabajar, acaso uno podía estar allí con ella. Pero finalmente estará ocupada en lo suyo, y tendría uno que pasarse todo el día solo. Y para estar solo, mejor en lo que conoce uno, que por ahí, dando vueltas.

Acababa de llegar de Zaragoza. Subió a casa con la bolsa, camino de Zamora. Su vida ahora transcurre entre coches de línea. Zaragoza también tiene lo suyo. Se paga él mismo las presentaciones de su novela, que acaba de publicar. Telefonea antes a alguna de las glorias literarias del municipio. Por el periódico consigue los teléfonos. A la mayoría ni siquiera les conoce más que de nombre. Empieza de más a menos importante. A todos los llama maestro. Maestro para arriba y maestro para abajo, a cada uno asegura deberle más que a nadie en el

mundo, incluidos Cervantes y Homero. Es una treta elemental y vieja, pero la gente la pasa por buena. En algunas plazas le atiende el comandante, en otras ha de contentarse con un capitán o un teniente del escalafón literario. Si la cosa no da más que para sargento, sargento. Cuando tiene concertada una presentación en los lugares más variopintos, por lo general librerías o aulas culturales de cajas de ahorro, se monta en un autobús y se presenta en la localidad. Allí, desde la pensión, telefonea a los periódicos locales y los persuade de una u otra manera para que le den los bombos. El argumento más convincente que tiene para que se presten a sus planes son los bombos que ha obtenido en las plazas precedentes, en las que ha cosechado también grandes éxitos. Dice «cosechar», «galardón», «carrera literaria». Después de esa presentación se vuelve a la pensión, pernocta, y al día siguiente mete pijama y cepillo de dientes en una bolseja de viaje y se larga a la estación de autobuses después de hacer acopio de los periódicos locales. Busca con ansiedad la página de cultura y en ella la entrevista, gaceta o nota de la presentación, «cualquier cosa en la que se hagan eco». Recorta el eco con cuidado de no deteriorar ni una sola palabra de las que allí se digan de su persona, dobla cuidadosamente el despojo, lo apila con otros ya en salmuera, tira el resto del periódico sin haberlo leído, se acerca a la taquilla de los billetes y saca uno, barato, que le lleve al siguiente pueblo de más de treinta mil habitantes en el que haya, como mínimo, periódico para los bombos y los ecos, y librería para los porcentajes.

Venía con su hatillo. No es un bohemio, porque quiere llegar. Y llegará. Se lo imagina uno cada noche delante del espejo, mirándose con seriedad y atención, diciéndose: voy a triunfar. Su juventud nos hace viejos a todos. También se lo imagina uno por la mañana, recién levantado, de nuevo ante el espejo, diciéndose: voy a triunfar o llevaré luto por mí. No sabemos adónde, pero que llega es cosa segura. Qué tipo, cuánta energía, sin desmayo, sin que nadie le note en la cara un pensamiento, una idea, sobrado con dos o tres ocurrencias, con un instinto asombroso para reconocer al que le puede favorecer. Contaba anécdotas de los distintos cosos en los que ha toreado. A todo el mundo le trata como si él fuese general. Hace un año iba de recluta. En un año desfila de coronel. Está trabajándose su leyenda. Dentro de unos años hablará de estos tiempos como si hubiesen sido heroicos. Cuando se iba a ir, se quedó mirando la biblioteca y como una broma preguntó cuál de todos los que había robado era el más valioso. Ha aprendido en un tiempo récord a moverse con desparpajo, descarándose sin complejo, amparado en su paletería. Pregunta cosas así por instinto, que desconciertan al primer momento. Luego se ríe de

buena gana y borra la mala impresión que la pregunta ha causado llamándole a uno también maestro. Pensamos: qué deprisa aprende. Pero quizá no aprenda. No hay nadie que sepa lo que puede sucederle a un escritor que es joven, que es ambicioso y trabajador, que tiene maña y a quien no le entorpecerá el inconveniente serio de no tener buen gusto, sin escrúpulos, amoral, que escribiría en el periódico A artículos a, y en el B, artículos b. Cuenta con todas las prendas para acabar en la Academia, donde hallará almas gemelas a la suya. Y pronto, porque además tiene prisa.

CREO que es de las cosas más maravillosas e inexplicables, esa de llevar a un niño dormido en brazos, y cambiarle, mientras duerme, de mundo y de escenario, y ponerle sobre la cama con todo el cuidado para que no se despierte. El día en que dejan de llevarnos de un sitio a otro dormidos, hemos dejado de ser niños.

LOS Rastros de estos últimos meses tienen, añadido, el aliciente de que nos encontraremos al poeta social. Antes no eran tan divertidos ni inesperados. Ahora, al principiar la jornada, nos preguntamos todos, ¿dónde se habrá metido, nos morderá, nos silbará?

Habitualmente es lo que hace. Nos ve, se pega a nuestra espalda y principia, silbando, una canción, por lo general la misma que modula el malo en la película de *El vampiro de Düsseldorf*. Y ayer así procedió. Nos descubrió mientras mirábamos un montón de librejos. Nos siguió durante veinte minutos. Hiciéramos lo que hiciéramos, lo teníamos detrás, a menos de un metro, con esa silba obsesiva, pegadiza, agorera. Nos parábamos, y se paraba él. Emprendíamos la marcha, y él se ponía en movimiento. A veces pegaba una pequeña carrerilla, o dos zancadas, nos desbordaba por el flanco y se quedaba a un metro de nosotros. Esto es lo que más le gusta hacer, tanto para recordarnos que sigue alerta como para advertirnos de que vayamos adonde vayamos él ha llegado antes. En ese caso se produce el encuentro desagradable y, sí, la sensación de que lo tenemos delante a todas horas, viniendo detrás. Es una cosa bien rara que un poeta lírico como él, tan sensible, se haya vuelto loco por una tontería. Podríamos ensayar entonces una rápida retirada, para intentar despistarle y perderle de vista, pero sigue entonces todos nuestros movimientos con el rabillo del ojo, para salir pitando en pos nuestro, en el caso de que llevemos la delantera. Dan ganas de llegarse a un guardia y denunciarle, mire usted, este señor, que no conocemos de nada, nos lleva siguiendo media hora y

no sabemos si es que quiere robarnos o la sodomía. JM., tan en el orden siempre, le hace desistir a uno, porque ese sería, arguye, el gran éxito de nuestro perseguidor.

Confesado por él a los libreros con los que aún tiene trato, viene de su casa con dos o tres primeras ediciones, que pasea debajo del brazo, para darnos envidia. A JM. le irrita mucho más que a mí, que lo encuentro gracioso. El otro domingo al pintor JC. se le ocurrió que podríamos traernos nosotros también una primera edición de alguien, un ejemplar bien llamativo, no sé, de Lorca, de Machado, de Juan Ramón, un libro de más de veinte mil duros; haríamos un agujero en el libro con una lezna, pasaríamos por el agujero un sedal de nylon y lo dejaríamos en el montón de libros, bien visible el señuelo; cuando ese hombre se lanzase en plancha a por él, tiraríamos del hilo, y se quedaría con tres palmos de narices. Estaría bien, desde luego, pero eso solo se puede hacer cuando uno se ha vuelto loco también. Sin estar loco, y una vez que se ha contado, debe de ser bastante deprimente.

Después de seguirnos durante media hora, desaparece. No sabemos cómo lo consigue. Parece fundirse con el éter, como los extraterrestres, y esfumarse hasta el domingo siguiente. Nos han dicho que empalma con el Rastro de Tetuán de las Victorias, adonde va corriendo. Es un caso extraordinario. Creo que valdría la pena escribir un relato sobre él. Sin duda.

AYER, a través de *El País,* me llegó la carta de un lector. Incluía en ella una lista con todas las erratas advertidas por él en *Los caballeros del punto fijo*.

Ese de las erratas es un capítulo que no sabe cerrar uno nunca. Con las erratas, supongo, ha de convivirse igual que con las ratas, aunque no en la misma habitación. Tratar de mantenerlas a raya, en sótanos y tejados. Oírlas galopar de un lado para otro. Así que siente uno un arranque de gratitud para quien se toma la molestia de anotarlas. Salen muchas, ciertamente, en estos libros. Los corrijo yo, los corrigen en la editorial y dos o tres amigos, y siempre acaban apareciendo unas cuantas. Al principio eso me mortificaba mucho, y ahora también, pero no deja de ver uno en ellas como esos granos cutáneos que el adolescente estudia en un espejo, sin saber cómo hacerlos desaparecer definitivamente. Es verdad que podría volverme loco y entonces los libros saldrían sin ninguna errata, pero sospecho que en ese caso solo serían eso, libros sin erratas, pero sin vida, la manía sin el soporte, y de momento hace uno lo que puede, llega hasta donde puede, y que

las erratas hagan el resto.

El lector se toma incluso alguna de esas confianzas que le hacen sentirse a uno incómodo, quizá porque vea que lleva razón, tal vez porque se contagia del tono de sinceridad y franqueza que halla en estas mismas páginas. «Es lo mejor que he leído en muchos años», me dice. Y añade: «Quizá su libro no sea tan bueno, pero es el que necesitaba leer». Y uno acaba sintiendo que quizá no necesitaba saber lo primero, pero tampoco lo segundo.

A veces esas cartas vienen a ser como el bicarbonato, que acaso no sea la panacea, pero si se tiene ardor de estómago es lo mejor del mundo. No resucita a nadie, no cura el cáncer, pero arregla unas pequeñas disfunciones digestivas.

A todos los escritores les escriben los lectores cartas de amor, contándoles cosas increíbles, diciéndoles cuánto les deben. Sería bonito recibir cartas de esas, mucho mejor que leer las críticas de los periódicos. Pero se conoce que los lectores de uno leen antes las críticas de los periódicos. Luego los escritores se las cuentan unos a otros, como si en una junta de confesores cada uno de ellos relatara lo que se les ha contado en el cajón de la penitencia. A mí, sin embargo, no me escriben muchos lectores, quizá porque no los tengo, quizá por lo que he dicho, porque leen antes las críticas. También, supongo, porque leen los libros de uno, en los que se deja poco margen para el compadreo. Si confieso alguna vez que, en comparación con otros colegas, no tiene uno muchos lectores, suelen tomárselo como un arranque de vanidad imperdonable, y me dicen que no presuma.

Pero a veces tiene uno, como otros escritores, la carta de un lector. Se distinguen de todas las demás en que aparecen en el buzón con sobres con la dirección escrita a mano o con máquinas viejas de escribir. Cuando descubro una de esas cartas entre las del banco y la propaganda, yo, que soy un hombre ingenuo y prescindible, me siento importante y necesario, como un alcalde de pueblo. Subo a casa y dejo esa carta para el último momento, una vez que he abierto todas las demás, como quien desea tener por delante todo el tiempo para paladear los peteretes en un clima de sinceridad y cordialidad.

A menudo son cartas de lectores que confiesan que esa es la primera vez que escriben a un escritor, y piden disculpas por hacerlo. A veces me pregunto cómo y dónde habrán conseguido la dirección. Otras, llegan las cartas a través de un periódico o de una editorial.

Uno, a ese lector anónimo que escribe en un arranque de simpatía y cordialidad, le estará siempre agradecido, pero no sabría qué contarle. A veces le contesta uno, pero otras muchas veces no, dependiendo de no sé qué, del humor, del trabajo que tenga, de la pequeña chiribita

que haya visto deslumbrar en una de sus palabras...

Con frecuencia el tono de sinceridad de las cartas es mortificante también. Puesto que dicen leerle a uno como si estuviese escrito especialmente para ellos, las cosas que le dicen a uno son también como si se las dijesen a sí mismos con esa franqueza que solo tienen para con uno los enemigos. Y uno, inerme, ha de permanecer un rato ante el desconocido que le dice todo lo que le gusta y todo lo que le disgusta de un libro, sin duda porque él lo habría querido mejor. Pero eso ya no tiene remedio. Es como si delante de alguien le dijéramos que es una lástima que no tuviese unos centímetros más de estatura u otra complexión. Si se limitase todo a las erratas, sería llevadero, incluso considerando las erratas como caspa. Se la sacude uno en la siguiente edición, y listo. Pero ¿y de lo demás?

Le entregué a MB. la lista de las erratas. El libro, según hicimos recuento, pasó por seis personas, la última de las cuales es un cualificado corrector de pruebas profesional. Fue entonces cuando se le ocurrió a MB. Que, ya que el hombre parecía bien dispuesto, podríamos pedirle que corrija él las pruebas de mis libros, y principalmente del que tenemos ahora entre manos, cuya entrega a la imprenta nos urge a todos.

De modo que le telefoneé al número que acompañaba su misiva. Estaba intrigado. No conoce uno a sus lectores, a los anónimos, quiero decir. ¿Viejo, joven, loco, cuerdo, desdichado, feliz, iluso?, se pregunta uno. No estaba en casa, y dejé un mensaje en su contestador. Una voz muy rara. No sé. Muchas películas de terror empiezan de esa manera: un lector envía a un escritor al que dice admirar una lista de erratas. El escritor encuentra muy simpática esa iniciativa y le llama para darle las gracias y pedirle que, puesto que se cree tan hábil y más listo que seis correctores juntos, corrija él solo el siguiente libro. Entra de ese modo en la vida del escritor, al que intentará asesinar hasta cinco minutos antes de que termine la película, justamente cuando el escritor, que había comprendido ya que su amigo era un psicópata, en terrible lucha cuerpo a cuerpo, lo arroja al vacío por el hueco del ascensor.

Me devolvió la llamada a las doce y media de la noche. Malo. Si no sabe que no se puede telefonear a un desconocido a esa hora, aquí como mínimo hay caso. Estaba muy nervioso, no le salían las palabras, tartamudeaba de continuo y no hacía más que excusarse por cada frase que decía, como si no la encontrara digna de su genio, o del mío. De su voz rasposa lo único que pude deducir es que era alguien entre treintaicinco y cincuenta años, azotado por la vida nocturna, el tabaco y el alcohol. Hablamos de todo un poco, por encima, después de que

yo le diera las gracias. No creía que su carta fuese respondida de modo ninguno, y menos aún con una llamada de teléfono. Creía que los escritores no hacían esas cosas. No me lo creí. Estaba seguro de que yo lo haría, por eso lo hizo. Ahora la cosa está en saber cuándo piensa asesinarme y de qué modo. Me contó también que era concertista de guitarra. O sea, que además de loco tiene pretensiones artísticas. Me asesinará con la cuerda de una guitarra. Hablaba con una voz tonante, excitado, de una manera atropellada. De vez en cuando algo le provocaba una risotada formidable, que me dejaba los tímpanos bailando. Parecía celebrar ya mi próxima muerte. Pero al mismo tiempo la ansiedad apenas le dejaba terminar una frase y yo le notaba la boca seca, esa sequedad que se les pone a los tímidos y a las almas puras. M. debió de notar algo en mi cara, porque se acercó y me preguntó asordinando la voz y por gestos qué ocurría, si había muerto alguien o sucedido otra desgracia. No, no, le decía yo moviendo la cabeza para tranquilizarla. Mientras mi interlocutor aseguraba estar muy alegre por esa llamada, yo me recriminaba y me decía, quién te mandará meterte en estos líos, cuando lo correcto habría sido poner cuatro letras.

A los cinco minutos estábamos hablando ya como dos viejos amigos, pero yo algo inquieto. Me preguntaba cosas increíbles. Lo hacía con una gran naturalidad, y por eso se las respondía. El loco lo parecí yo entonces, y él el loquero. Preguntas casi íntimas, ¿te gusta escribir? ¿A tu mujer le gusta que escribas? ¿A tus hijos no les importa que su padre sea escritor? Yo se las respondía con la verdad, convencido de que si hubiese mentido lo habría notado, y no sabía en este caso qué consecuencias podrían haber tenido mis pobres andróminas.

Pensé en uno de esos inquilinos de frenopático a los que la visión de un postre en la mesa, el día del santo del director, los excita a tal punto que luego hay que administrarle, duplicada, la dosis de los calmantes. Ya no sabía si el loco era yo o él. Un día con ansiolíticos, y otro con estimulantes.

Hablamos de música, también. Eso me tranquilizó en un primer momento. Entendía mucho de música, y fue lo que me hizo pensar que no me había mentido al confesarme que era concertista de guitarra. Aunque también hay muchas películas en las que el asesino es un concertista. Quizá no exactamente de guitarra, pero sí un violinista o un contrabajista.

Por la conversación, parecía vivir para la música, con verdadera pasión. Se pasa el día, me confesó, estudiando y leyendo. Insistía mucho también en decir que la guitarra eran muchas cosas, tanto

tocarla como no tocarla, y que a veces no tocando la guitarra se aprende tanto como tocándola y que eso, a los cuarenta años, es algo muy importante. Y de ese modo inferido se enteró uno de su edad. Lo del hacer sin hacer lo ha oído uno mucho también en la literatura, donde siempre hay alguien que asegura que tan importante como una palabra es el silencio que esa palabra lleva consigo, de modo que tan legítimo y artístico es escribirla en un papel como dejar de hacerlo en el espacio/tiempo. Y lo dicen así, con una barra en medio.

Y aquí viene lo más difícil de explicar, pues algo que en idea podía haber resultado practicable, de pronto, en la realidad, se puso delante como una montaña. ¿Cómo decirle que le había telefoneado para pedirle que corrigiera unas pruebas de imprenta? ¿Cómo se le pide eso a un desconocido?

Se quedó mudo. Me confesó que no sabía que los escritores podían proponer esas cosas, y le desengañé, asegurándole que los escritores están deseando que cualquiera les corrija las pruebas de imprenta, mejorándoselas si puede ser.

Acogió la sugerencia con jubilosas exclamaciones de entusiasmo y gratitud.

Las pruebas acaban de salir para La Coruña, que es donde vive. Hoy es jueves, recibirá el paquete mañana viernes, se ha comprometido a corregir las trescientas páginas de *Solo eran sombras* el fin de semana, y el lunes enviará de nuevo las pruebas corregidas. Dice que no le importa, que de ese modo tendrá algo que hacer este fin de semana y que jamás pensó que iba a tener la suerte de hablar con uno.

TODAS las tardes de domingo se parecen, pero ni un solo sábado es igual a otro.

HABÍA quedado en que el lector anónimo gallego devolviera las pruebas ayer lunes. Llegarían a Madrid hoy martes. Y muy temprano, hacia las diez, sonó el teléfono. Fue una charla extraña al principio. Contó lo que el libro le había parecido y lamentó que el interés de algunas páginas le hubiese distraído tanto como para querer leer antes que corregir. Le di las gracias por todo y cuando quise cerciorarme de que lo había enviado por un mensajero, me dijo que no, no lo había hecho.

Me dio un gran vuelco al corazón, porque pensé que la cosa no iba de asesinato, sino solo de secuestro, y que en ese momento pediría por la pobre criatura, aún en pañales, un rescate. Pasaron unos segundos

de angustia. Noté que estaba el hombre muy nervioso, quizá arrepentido de algo, como quien sabe que ha obrado mal. Se rehizo y me dijo que no lo había puesto en el correo... porque había venido él personalmente a traerme el libro.

Se me hundió el mundo, porque de nuevo la cosa pasaba de secuestro a asesinato. Me dijo, convencido de que entraba al fin en mi intimidad, estoy debajo de tu casa, si quieres te subo el libro. ¿Y cómo decirle a alguien que acaba de pasarse los últimos días leyendo las galeradas de un libro que seguramente no le habrá interesado nada, que ha recorrido, a sus expensas, más de seiscientos kilómetros para traerlo, y que habrá de correr con los gastos de su alojamiento, cómo decirle que se vuelva a La Coruña sin haberle echado a uno ni siquiera un vistazo?

Estaba yo solo en casa. No había venido todavía L., la mujer que se ocupa de la limpieza. Repasé a la carrera y mentalmente las estadísticas de crímenes de escritores a las diez de la mañana a manos de un lector desconocido, y no eran alarmantes. Así que le dije, sube.

A los tres minutos tenía frente a mí a un hombre alto, corpulento, bien barbado, sin recortes ni afeites, pelirrojo, con una cara redonda y la nariz ancha, de un parecido asombroso con Orson Welles.

La fatiga de subir cuatro pisos a pie, que le había congestionado la cara, le sirvió para abrir, medio en broma, la conversación. Traía debajo del brazo una carpeta azul.

Yo estaba serio o quería estarlo, pero tampoco tanto que pareciese un hombre insensible a los gestos bizarros.

Le esperaba en el descansillo de la escalera. Resoplaba como Moby Dick. En cuando lo tuve delante comprendí que aquí podría ocurrir de todo. Era un hombre que pesaría unos cien kilos, más alto que yo, con barba de lobo de mar. Me dio la mano sin dejar de mirarme a los ojos de una manera franca. En los suyos, azules, algo pequeños, brillaba una contradictoria y desconcertante inocencia.

Logró dominar los nervios y el timbre tonante de sus palabras y se condujo como un tímido patológico. Comprendí que la pigmentación roja de la cara se debía no tanto al esfuerzo de subir cuatro pisos andando, como a la famosa eritrofobia que sufren no pocos seres superiores.

No quiso dar demasiadas explicaciones para justificar su presencia aquí, y se limitó a decir que llevaba ya tiempo queriendo traerle a su luthier la guitarra, a la que le habían salido no sé qué achaques. Hablamos de su guitarra. Me contó que era una gran guitarra. Hablaba de ella como lo haría un rey de su caballo. Pero había que cuidarla. Agotado el tema de la guitarra, hablamos del tema de la música. Yo

quería saber de él, de su vida, pero eludía esos desfiladeros y de la misma manera que los calamares y otros gasterópodos se camuflan en una nube de tinta, él hacía lo propio con sus erubescencias, que trasparecían y desaparecían del semblante.

Saqué en limpio algunas cosas. Había nacido en el País Vasco, de familia gallega. Ya me lo había dicho. Su padre y su tío eran o habían sido unos pequeños armadores de pesca gallegos, y se había trasladado a su tierra natal por razones laborales. Estaban ya jubilados. Ahora viven todos ellos en Galicia. No le he preguntado si trabajaba ni en qué. Estaba estudiando Arquitectura en Valladolid, cuando sintió la llamada de la guitarra. Yo pensaba, mientras le iba escuchando, qué raro todo. La vocación del arte le llevó por toda España, en busca de un maestro. Quería a alguien que hubiese estudiado con Andrés Segovia. Visitó a tres o cuatro discípulos del gran músico. Al fin dio con uno que vivía, ya viejo, por Levante. Convenció a ese hombre de que le tomara como alumno, a pesar de que iba a empezar a tocar la guitarra con bastantes años. Se trasladó a vivir a ese pueblo y estuvo allí unos años, tomando lecciones con él. Cuando a los dos o tres años había aprendido todo lo que ese hombre podía enseñarle, se marchó a Italia con una beca. Estuvo un año por allí, y en tres o cuatro años más ganó todos los premios importantes de guitarra, entre ellos el que lleva el nombre de Andrés Segovia, lo que le facilitó una beca Wardwell. Desgranaba el hombre ese currículum porque yo se lo había pedido, pero con un profundo tedio, descreído de su propia vida. Después, también en Alemania, le coronaron cum laude en un sitio muy importante, que no consigo ahora recordar, y cuando parecía que se abría ante él una carrera brillantísima de guitarra por todo el mundo... se desinteresó de la guitarra. La dejó, la metió en su funda, y con funda y todo la guardó en un armario. Para mí, me confesó, era como algo pasado, muerto.

Yo iba confirmando mis peores sospechas, pero había observado en su mano derecha que llevaba largas las uñas, y le pregunté. Sí, me dijo, ruborizándose otra vez, he vuelto; las cosas, admitió, suceden así.

Yo tampoco quería preguntar mucho por si le violentaba demasiado. No estaba cómodo hablando de sí mismo. De vez en cuando trataba de escabullirse, y preguntaba cosas sobre nuestra vida. Le recordaba entonces que no había contestado del todo una pregunta y volvía con docilidad al tema central.

Sí, diez años sin tocar nada. ¿Qué hizo esos años? Ayudó algo en la empresa de su padre, asentando los barcos, cuando llegaban a puerto. No, de eso no quería hablar. Aquel, vino a decirme, había sido un trabajo como el de todo el mundo, y si estaba aquí, conmigo, no había

sido por haber sido asentador de barcos, ni siquiera por haber tocado la guitarra, sino como lector.

A uno, en cambio, nacido tierra adentro, los barcos le fascinan, y le intrigaba cómo podía alguien que había tenido una vocación tan fuerte, abandonarlo todo. Pero ese tema se evidenció súbitamente doloroso. La jovialidad de su rostro, aquellas risotadas que habían aflorado el otro día en la conversación por teléfono, desaparecieron por completo. Estaba serio. Bajó la voz. Quizá supuso que lo que yo buscaba era cierto pintoresquismo, y me lo proporcionó. Dijo de pronto, dejé la guitarra por el ajedrez. En realidad, matizó, no fue una cosa por otra, sino que se sucedieron también de modo natural. La aurora no es un cambalache por la noche; la sucede, eso es todo.

Creí que me estaba tomando el pelo. No. Durante años lo único que le ha interesado ha sido el ajedrez. Incluso ha escrito sobre ese asunto y publicado las crónicas de algún campeonato. Me contó la tarde en la que le hizo tablas, en una simultánea celebrada en Madrid, a Kasparov, y cómo le pidió a este que por favor le firmara la planilla con la partida anotada, reconociendo que había hecho tablas con él, porque de no tener un documento jamás le creería nadie, y que el maestro ruso accedió con mucho gusto, pese al malhumor que le había producido aquella partida simultánea en la que, por contrato, se especificaba que no podían participar profesionales. El guitarrista le confirmó que no era un profesional, pero Kasparov no quedó muy convencido y en cuanto garrapateó su firma, se marchó de allí a un despacho, en el que increpó a todo el mundo. Mi amigo se largó también, pero como en Madrid no tenía a nadie a quien referirle la hazaña, paró un taxi y le enseñó el papel al taxista, a quien le pareció aquella una cosa muy natural y corriente, pues es bien sabido que los taxistas de Madrid profesan todos en una escuela filosófica, muy pitagórica, conocida con el nombre de AMMLVAC. Y eso fue lo que le dijo el taxista, «a mí me lo vas a contar». Sí, seguía estudiando ajedrez, pero ahora lo que se le había quedado corto era el ajedrez. Había vuelto a la música como el hijo pródigo.

No sabremos si está o no loco, pero a medida que transcurría el tiempo y dominaba la situación, la naturalidad era la nota preponderante de su comportamiento. En cuanto a su carácter seguía siendo el de un hombre reservado, tímido, celosísimo de su intimidad, y muy inteligente y despierto, con una cultura tan vasta, curiosa y destartalada como genuina, de primera mano siempre, contrastada con criterios personales interesantes y abrevada en los cuatro o cinco idiomas que le son familiares.

Yo habría querido haber seguido aquella conversación toda la

mañana, pero de pronto, como había llegado, se levantó y se despidió. Por decir algo amable, ya en la puerta, le deseé todo lo mejor, aunque no sabía si decirle que se lo deseaba como ajedrecista o como guitarrista, y por decir algo añadí que esperaba poder oírle alguna vez tocar la guitarra.

Le resplandeció el semblante, como si se lo hubiese iluminado por dentro una luz sagrada. Por primera vez en todo el tiempo que habíamos estado juntos vio la posibilidad de corresponderme con lo que sin duda tenía por más valioso suyo, así que, con la mayor naturalidad me preguntó si quería oírle, si lo decía en serio, porque la guitarra ya había pasado la consulta de su luthier y aguardaba en la pensión. Pensé que me preguntaba si quería que se fuese a la pensión en ese mismo momento a rescatar la guitarra, así que le dije, para diferir el compromiso, que a M. le habría gustado escucharle también.

Así es como hemos quedado con este desconocido el próximo viernes en casa. ¿Qué hará? ¿Llegará, sacará la guitarra, tocará un poco y se irá para siempre, como vino, tal y como sucede en un relato de Isak Dinesen?

Durante una media hora larga he tenido la impresión de que bordeábamos un abismo que podía terminar de cualquier manera. Y sin embargo ahora tengo la certeza de que las cosas ya solo podrán suceder de una sola manera.

DEBERÍAMOS creer en Dios (y en Proust) para darle las gracias a alguien del que no esperamos nada.

Y QUÉ maravilla ese día en que una de las olas de la playa, cansada de una vida holgazana y vagabunda, se pasa a hacernos una confidencia enteramente inédita.

AYER era el día del concierto casero. ¿Cómo es?, me preguntaban con curiosidad los chicos y M. Y yo decía, no sé. En un momento la vida da un quiebro y...

Llegó puntual, con un aire de fatalidad, tal vez arrepentido de haberse metido en un jardín y de haberse metido en él con todos nosotros. La presencia de M. y de los chicos lo cohibía. Se puso colorado como la grana, cuando tendió la mano a M., y se quedó indeciso ante dos chicos a los que no sabía si darles también la mano o un beso.

Miraba a una y otra parte como si no reconociera la casa en la que había estado hacía tres días. Quizá fuese que no había tenido entonces ni tiempo ni sosiego para percibir los detalles. Llevábamos esperando un rato y no sabíamos tampoco cuál iba a ser el mejor modo de acomodar al concertista. Dijo, con enorme sencillez, me vale cualquier silla. Se sentó en una. Abrió el estuche. Lo hizo como el arqueólogo a quien el destino ha reservado la ocasión para abrir un sarcófago egipcio cuyos sellos no se han roto en tres mil años. Vimos entonces la guitarra. Brilló con los oros apagados de la mascarilla de Tutankamón. Se veía, por los destellos matizados y oleosos, que se trataba de un magnífico instrumento. Cerró a continuación el estuche vacío y lo puso en el suelo, a modo de escabel, debajo del pie. Abrazado a su guitarra se decidió al fin a levantar la cabeza. Hasta ese momento todo lo había hecho de una manera mecánica, tratando de dilatar aquellas pequeñas operaciones. Cuando ya no le quedaba ningún preparativo por rematar, se quedó mirándonos. No se atrevía a tocar, sin hablar un poco antes, y lo hizo de la guitarra. Equivalía, como tema, a hablar de un animal muy querido, y como a criatura viva la trataba. Nos contó cómo se la construyó el mejor violero del mundo, después de que le recomendase a él su maestro, y cómo ese luthier no le hacía esa guitarra a todos los que se la pedían, sino a unos cuantos elegidos. También nos contó la vida que tenía una guitarra y los cuidados que había que prodigarle, todos muy sutiles y más propios de un agüista de balneario que de un instrumento. R. había traído a un amigo suyo del colegio y nosotros se lo habíamos dicho a J. Todo tenía el aire de una schubertiada en la que unos cuantos diletantes se reúnen para hacer música o para oír la que hacen los amigos. El ambiente era un tanto rígido, de formalidades ceremoniosas, pues, descontándonos a él y a mí, era la primera vez que se veían todos.

Chocaba ver a un hombre tan corpulento, con esa expresión de Falstaff redivivo, acariciar la guitarra con la delicadeza con la que un ajedrecista aproxima la reina a su rey para defenderlo. Entre sus brazos, contra su tórax potente y abombado, se diría que podría romperse en pequeñas astillas. Hubo unos minutos en los que nadie sabía cómo se resolvería todo. Ni él se atrevía a tocar ni nosotros a pedirle que lo hiciera. Allí estaba con su pelambre y las barbas de color cobre, sus ojos pequeños y claros, de normando, y sus manos regordetas, esperando no se sabía qué.

(…) Al fin su mano izquierda, almohadillada y de dedos cortos, presionó las cuerdas y se levantó un acorde armónico que antes de disiparse quedó flotando, como ese aro que lanza al aire un fumador experimentado. Y se produjo el milagro.

Empezó a tocar unas canciones de Ponce. (…)

Fue desgranando las notas de Ponce, de Villa-Lobos, de Ginastera... Él se escondía detrás de la música. Ni siquiera hacía un movimiento que pudiera distraernos de la música, ni un gesto, como es habitual en tantos intérpretes, que nos trajera de la creación al intérprete. Hasta que él, como intérprete, acabó desapareciendo también, y quedó la música a solas.

Tocó durante media hora y se detuvo. Nos había dicho, entre pieza y pieza, de lo que se trataba, pero sin más comentario. Cuando consideró que era llegado el momento de un descanso, dijo, vamos a darnos un respiro. Nosotros debíamos de estar mirándole con arrobamiento, como a un dios que hubiese llegado de vete a saber qué sitio y se hubiese quedado entre nosotros.

COMO siempre sucede, los viajes empiezan a revivir en nosotros al cabo de unos días, ya de vuelta; cuando han concluido es precisamente cuando toman cuerpo. Y es entonces, al quedarnos de nuevo solos en nuestra casa, cuando las cosas emergen por sí solas, las impresiones se hacen más vivas y definitivas, en cuanto nos obligamos a relatar a los demás, amigos y parientes, las jornadas hechas. También como los cadáveres que el mar devuelve. Cadáveres vivos, digamos para entendernos.

La primera etapa de ese viaje fue pues la crónica que le hice a JM., empezando, claro, por los libros comprados en el Brassens, en las Pulgas, en el 22 de la rue de Savoie. Los libros de Rodenbach, los de Verlaine en el Brassens, los de Toulet, los de Verhaeren, el episodio de la calle Bonaparte, con el manuscrito comprado por LA.

Y entonces me acordé de algo sucedido el otro día en un pequeño restaurante, bastante vulgar, pretencioso, posmoderno, cuya sola virtud para nosotros era que se encontraba próximo al Colegio de España. Habíamos cenado ya y apenas quedaba gente. Estábamos a gusto. Fue uno de los raros momentos en que coincidimos los cuatro participantes en la lectura de poesía. Entre los cuatro fluía esa corriente de simpatía que jamás llega a desembocar en el mar abierto de una amistad comprometida, bien por falta de tiempo, de atención o de interés. Poetas afines hasta cierto punto, pero cada cual con sus propios círculos de amigos y, sobre todo, con su peculiar visión de la poesía española, estábamos todos esperando tal vez ese instante en el que las vidas quedan selladas ya para siempre, porque se dejan a un lado las visiones, y, sobre todo, la poesía española, o sea, cuando puede aparecer la poesía desnuda, que diría el maestro.

LA. nos mostraba un anillo que se acababa de comprar ese día en una tienda muy chic. No le hacía falta, desde luego, porque si algo hay inútil en esta vida es un anillo, pero allí estaba él extendiendo la mano. Era un anillo grande como un imperio, una aparatosa tumbaga con una piedra de color caramelo. Extendida, su mano parecía la de Calígula. Se le habían posado en ella lo menos ocho o nueve anillos a cual más historiado. Nos explicó la procedencia de cada una de aquellas alhajas, la del escarabajo egipcíaco, regalada por un amigo, la sortija que él tenía en más estima, una que había pertenecido a Sarah Bernhardt, el otro, de oro, anillo comprado a un joyero judío de Budapest, el que había pertenecido a un amante de Bowles... Y al mostrárnoslos movía los dedos como imitando las ondas del río Tajo en la égloga tercera, dejando en alto la muñeca, el mentón levantado y echado hacia atrás el hombro derecho, como si el espíritu de la propia Sarah Bernhardt se hubiese apoderado de él y se dispusiese en ese momento a hacer la entrada en escena en el papel de lady Macbeth.

La representación que nos hacía era algo exagerada, quizá, porque hubiese advertido que Z, el único de nosotros que no le conocía bien, estaba un poco escandalizado con aquella *mise en scène* de quien no se recataba en absoluto de declararse nieto de Byron y sobrino de Oscar Wilde, con atuendos y complementos que se encargaban de corroborarlo.

Veamos, si no, cómo iba vestido aquella noche. Llevaba puesto su abrigo de terciopelo de color vino, unas gafas de montura azul celeste, una camisa de seda con un estampado que recordaba cuando menos una naumaquia de amebas y, para subrayarlo todo, aquellas manos en las que ocho o diez sortijas se disputaban el honor de ser la favorita, como hubiesen procedido las huríes del serrallo.

Z es lo contrario, es catalán, un hombre tradicional, discreto, empresario, de otra edad, quizá alrededor de los sesenta años, marido bien casado y feliz y padre ejemplar, serio, convencido, como arquitecto, de las sólidas construcciones y de que las casas perdurables han de fundarse en buenos cimientos.

Toda aquella ornamentación se veía que le parecía cosa de un minuto, perendengues de guardarropía, gorgoritos de una cigarra que acabaría llevándose la primera ventolera, ajeno acaso al fondo dramático y verdadero de la poesía de nuestro amigo. El número de LA., que tanto F. como yo habíamos visto y celebrado tantas veces, no sin producirnos siempre enorme contento y gusto, tenía un poco asombrado a Z. Y no digo escandalizado, porque un catalán no se escandaliza de nada, como no sea del Mediterráneo, que siempre

encuentra, como mar, demasiado expuesto a los descubrimientos. Pero como hombre emprendedor y probo no quería acostarse sin un poco de seriedad, sin algo de trascendencia que llevarse al reposo nocturno. Pero tampoco tenía demasiada confianza como para ensayar la confidencia.

LA., crecido por la expresión de asombro de Z, empezó a abultar las historias de los anillos y a mover las manos delante de sus ojos incrédulos como Sherezade, haciendo con aquellos diez dedos una danza que muchas bailarinas expertas serían incapaces de emular ni siquiera con el vientre.

F. y yo hacíamos en la escena el papel de público, pero también el de gancho de verosimilitud. Contribuíamos a que aquel relato y aquella puesta en escena le pareciese a Z más que real, increíble y, peor aún, inverosímil, o sea, muy verdadera.

En el momento en el que el verbo de LA. era más florido, Z no pudo más y se arrancó con unas palabras que sonaron con desesperación.

—LA., ¿puedo hacer una pregunta?

El tono de seriedad con que la hizo y el hilo de voz apenas audible cortaron de cuajo la zambra de las sortijas.

Nuestro amigo Z es una persona excelente, incapaz de ironías y por ello mismo alguien a quien la inocencia de su corazón hace más estimable. Él mismo nos había contado minutos antes que París era para él algo más que para cualquiera: la ciudad a la que había traído a su mujer en viaje de novios, y cuando nos hizo esta confidencia, y por la forma en que nos la había hecho, cualquier broma al respecto hubiese sido una canallada.

LA. se le quedó mirando con seriedad, y trató de llevar a su rostro, sin transición alguna, parte de la gravedad que sospechaba que venía implícita en esa pregunta.

—¿No te importa que te pregunte una cosa?

Trató Z de imprimir a esa reiteración un tono de despreocupación que no tenía, para no romper el aire de frivolidad que había teñido hasta entonces la conversación.

—Yo creo —empezó confesando Z, a quien de pronto parecía habérsele secado la boca—, yo creo que todo esto que estás haciendo no es más que un número...

Vaya, pensamos todos. Vamos al drama.

Nos miró para saber si estaba o no en lo cierto, para saber si debía o no continuar con lo que iba a decir, que todo aquello no podía ir en serio, que nada de aquello podía ser real, y para saber el alcance de sus sospechas y conocer si era el único que pensaba una cosa así, o los demás estábamos con él. Pero ni LA. ni F. ni yo pusimos cara de nada,

como no fuese de que continuase...

—Comprendo, desde luego, todo eso, los bellos gestos, la vida elegante, el lujo, la voluptuosidad, el dispendio, las máscaras, pero habrá algún momento, qué caray, en que todo eso se vendrá abajo...

Había una como desesperación en sus palabras, algo parecido a un «no puede ser que tú lleves esa vida de placeres superficiales y los demás la vida que llevamos, y que, encima, lleves tú razón»...

—Pero tú eres una persona inteligente —siguió diciendo—, eres alguien que no puede engañarse. Y la pregunta es esta: tú, cuando llegas a casa por las noches y te vas quitando las máscaras, y te despojas de todos esos papeles que haces de hombre frívolo, y te quitas los anillos de las manos y te quedas desnudo y te miras en el espejo, ¿qué ves? Tiene que haber medio minuto, un minuto en que veas cara a cara a la verdad, la verdad desnuda. Un instante en que, ¡zas! —y abría los brazos en un gesto de absoluta desolación, como quien trata de explicar con un chasquido de dedos la desaparición del conejo en el sombrero de copa—, un momento en que todo eso se te caerá al suelo, en que se evaporará, y te quedarás frente al espejo, sin nada, desnudo.

Sonaba «desnudo» como si dijera «muerto para siempre».

Sí, la pregunta era una de esas preguntas que en otra persona hubiera parecido una impertinencia. En Z era algo desprovisto de malicia. En realidad lo que quería decir es si por la noche podía dormir con la conciencia tranquila, perdiendo como pierde el tiempo, desde su punto de vista, en todas esas locuras...

Lo que vino a continuación duró un solo segundo, mucho menos de lo que se tarda en contarlo, pero fue... sublime. No creo, francamente, que Oscar Wilde hubiera podido mejorarlo.

LA. le sonrío con la mayor ternura. Se le vio enternecido por aquel arranque de sinceridad de su amigo, pero apenado por lo que le debió parecer una falta de *esprit*, de conocimiento de la vida, empezó en el mismo tono de sinceridad y gravedad que Z.

—¿Desnudo? Nunca. Mira, en ese momento, cuando me quito la máscara como tú la llamas y los anillos y me quedo desnudo —y los dedos temblotearon de nuevo como las aguas del río Tajo o unas faralaes flamenquistas—, me pongo una bata magnífica, es una bata preciosa, de seda roja, larga, con cola, llena de flores, que me sienta divinamente, y unas babuchas de piel rusa, con dos pompones así —y sus dedos cambiaron de movimiento y empezaron a temblotear delante de los atónitos ojos de Z como unas medusas—, y un pijama de raso, ah qué pijamas tengo, no te los puedes imaginar, y sábanas de raso rosa, ah... es magnífico.

Habría querido decir, *c'est magnifique*. Pero no se atrevió. Nos reímos todos de buena gana, incluido Z, que lo hizo tal vez para no quedarse demasiado solo en su perplejidad, desolado como se quedó, con la duda terrible de si la vida estaba en esa parte del río o en la suya. Él no tenía ganas de reír, pero al vernos reír a los demás, se sumó al festejo para no quedarse más solo todavía.

«TODA obra de verdadera confesión es obra de robusta originalidad siempre, sea quien fuere el que se confiese» (Unamuno).

HAY que procurar que las restas sumen.

LLEGAMOS al Rastro antes de que amaneciera. Empezaban a colocarse los primeros puestos. Es el momento más bonito del Rastro, las casas no parecen tan feas, nosotros no parecemos tan pobres, los pobres no parecen tan viejos. En las calles vacías los rastreros se movían con lentitud, como enteleridos, sin haber salido aún de sus propios sueños. La luz anaranjada de las farolas caía sobre el suelo con turbia contumacia y se quedaba sobre la acera llenando de manchas confusas los objetos y cachivaches que iban saliendo de fardos y maletas.

Antes de que lleguen los municipales viene a esta calle de Mira el Río una tropa de desharrapados, cartoneros, vencidos, rateros, viejos que han de sacar dinero para pagarse la pensión de ese día, drogadictos que venden toda piltrafa que puedan traducir en dosis adulteradas, mujeres a las que la prostitución no les da suficiente para vivir. Actúan con celeridad, antes de que salga el sol. La calle, en unos minutos, queda convertida en un larvario. Individuos que de uno en uno, en una calle más iluminada que Mira el Río, darían miedo, allí, en grupo, no causan la menor inquietud, al contrario, son la humanidad arropadora, la razón de todas las revoluciones pendientes.

A algunos los conocemos de hace veinte años. Otros son de paso. Está el que vende pilas alcalinas, circulando entre los grupillos, mostrándolas en la mano, como si fuesen sabonetas de oro. Están los tres moros, con sus balandranes, mercando zapatos usados. Está el viejo arropado en estrazas, inquilino en su insomnio. Está el que ha limpiado un contenedor y saca esas miserias sobre una colcha, en las que parece haber menstruado una perra. Están los que han robado en una obra y tratan de deshacerse a toda prisa de paletas, alcotanas, plomadas y cortafríos; los ganguistas, los albañiles cabreados que han

venido a ver si encuentran las herramientas que les han robado, los bandidos, los confesos, los convictos, los expresidiarios con las botargas, los golfos de una noche, los ilusos, los inocentes, los soñadores, los quimeristas...

Al lado de estos hallamos a los gitanos trajeados. Ellos no temen a los municipales. Ellos tienen sus papeles en regla. Cuando vean aparecer a los guardias mirarán tranquilos, sin inmutarse, a sus colegas pobres recoger sus latones sucios y porquerías y salir corriendo. Pero mientras eso ocurre, cohabitan como quimas de un mismo árbol, una rama, la suya, florida y saneada, y la otra comida por la epidemia y la roña.

Parecía ayer como que no quería clarear, y todo seguía bajo la luz anaranjada de las farolas. Los gitanos habían traído sus cuadros, esos cuadros que viven, en esa hora de la indefinición, su mejor momento. Parecen todos robados de un museo, parte de esa famosa Escuela Española de la que se alardea en las subastas. Parecen todos pintados con sangre, pero de morcilla. Los habían dejado en el suelo, apoyados contra la pared. Delante habían extendido su batería de bibelots, abanicos, talaveras y demás objetos escogidos con pícara ciencia. Le separan de los cuadros al que quiere mirarlos un par de metros. Lo hace desde el bordillo. Las sombras de la noche convierten en obras maestras todas las pinturas, y por esa razón los gitanos, catedráticos del trato, quieren cerrar los suyos antes de que amanezca.

Entre las pinturas vimos un precioso ¿Modesto Urgel? ¿Regoyos? ¿Solana? ¿Baroja? Tenía un tamaño pequeño y estaba muy mal enmarcado. En el Rastro los buenos cuadros llegan en malos marcos, y a la inversa, hay que desconfiar de las pinturas que llegan montadas en marcos buenos, como en carroza. Se adivinaba el motivo, más que se veía. La puerta de un cementerio. Detrás, unos cipreses. En primer plano, dos mujeres vestidas de negro hasta los pies, yendo a alguna parte. Al fondo, una calle de pueblo. Todo con mucho carácter, una estampa de la España profunda.

Y al lado de esos cuadros, uno de esos vendedores improvisados, con su mantelito y la media docena de cosas que Dios sabe de dónde habría sacado: una de esas bombas manuales para hinchar ruedas de coche, que solían vender los moros; una Barbie despelujada, rubia oxigenada, desnuda, tirada sobre la acera con las piernas abiertas desmesuradamente como si la hubiesen violado los dos Madelman que tenía al lado, llenos de mugre y mutilados uno de un brazo y otro de un pie, como veteranos de Vietnam. Y en primer plano, tres paquetes envueltos en celofán, de galletas María. ¿Quién se querrá comer unas galletas compradas en el Rastro a un tipo como aquel? Eso era todo el

patrimonio de aquel hombre, que lo vigilaba sentado en la acera, con la espalda apoyada en la pared y los brazos alrededor de las rodillas.

Y junto a este hombre una mujer que, nerviosa y apurada, se acuciaba en desplegar su género: chaquetas usadas, colchas, pantalones repescados en un saldo y toda clase de chafallos. Se hubiera dicho que se había quedado dormida y llegaba tarde.

El hombre tendría unos cincuenta años. Vestía pantalón vaquero, y llevaba puesta una de esas cazadoras yanquis que bordan en la espalda el nombre de un equipo de béisbol. Calzaba unos zapatos viejos y rebultados y cortos de empeine, en la moda de hace quince años. Se le veían unos calcetines blancos, sucios, de tenista, con sus cenefas roja y azul. Debajo de la cazadora llevaba camisa y corbata, una camisa rosa y una corbata de color rata. Todo sucio, arrugado, maloliente. Se recogía el pelo, cuajado de hebras canas, en una coleta. Por fantasía portaba unas gafas de sol, levantadas y dejadas sobre la frente, como hacen los soldadores en los recesos. Las mangas de la cazadora, también por fantasía, porque no hacía calor, se las había subido hasta el codo.

La mujer tendría unos treinta años. Morena, aviejada, menuda y despierta, pura fibra. Tenía cara de malas pulgas. Una nariz afilada y pequeña y las piernas estevadas, como un paréntesis.

El hombre, en vista de que nadie se interesaba por el género expuesto, hablaba a su vecina sin parar. La mujer ni siquiera parecía entenderle, nerviosa incluso de que no le dejase terminar su tarea de orear la mercancía.

Pasamos una vez frente a ellos. Allí estaban. Él hablaba y ella no se atrevía a decirle que no la mareara más. La segunda vez que pasamos pudimos fijarnos en sus ojos. Eran pequeños, negros, hundidos, los movía a todas partes, como las nécoras. Los de la mujer eran grandes y dulces. Contrastaban con su aspecto bravo. Ya había colocado la ropa, mientras el otro le contaba no sé qué batallas, y voceaba sus reclamos sin consideración a esas batallas.

Y fue en la tercera ronda cuando oímos la frase del día. Para entonces había ya clareado y se había extinguido el fluido hepático de las farolas. Al resplandor amarillento le había remplazado otro azul y frío. Los guardias tardaban en llegar. La calle se había ido llenando de gente. Era difícil saber quiénes compraban y quiénes vendían.

La pintura que había quedado reposada resultó, a la luz del día, decepcionante. El tema era el entrevisto, en efecto, pero había desaparecido de él el misterio, la poesía, el sentimiento. El cielo que a la luz naranja parecía crepuscular, delicadamente opalescente, a la luz azulada del alba se había vuelto de color calabaza vieja.

Mientras estudiaba con el cuadro en la mano la metamorfosis, oí que el hombre de la coleta y las gafas de sol sobre la frente le decía a la aljabibe, como quien ya no tiene más remedio que recurrir a los blasones de la familia:

—Yo en realidad, ¿sabes?, no me dedico a esto.

Creo que a la otra le daba lo mismo lo que fuese o no ese hombre que seguramente solo perseguía llevársela a la cama.

Pero este no se desanimó, y terminó la frase:

—En realidad yo soy... decorador.

Me volví, con el cuadro entre las manos, para observar mejor la escena. La mujer se había tirado en el montón de prendas y trataba de meterlas a toda velocidad en un saco blanco, indiferente a la confesión del vecino. Este, más tranquilo se levantó, juntó las cuatro puntas de su pañolón, y se marchó sin despedirse de aquella joven a la que había tratado de ligarse entre las siete y media y las ocho de la mañana de un día bastante apacible del mes de octubre. Los guardias municipales bajaban por Mira el Río causando la desbandada, y si Galdós decía que los niños recuerdan a la salida de la escuela una bandada de gorriones, ahora estaríamos hablando de un rebaño de bellísimos cuervos que levantaron el vuelo haciendo sonar pesadamente las alas.

SI a un aforismo se le da la vuelta y sigue sirviendo, ojo con él, es solo un calcetín.

M. SE ha ido a Puerto Rico. Hablamos por teléfono en conversaciones de una hora. Me dice, no te preocupes, aquí el teléfono es muy barato. Sabido esto, el romanticismo echa alas y remonta el vuelo. Hablaba y la oigo como si estuviera aquí al lado. En casa, le digo, todo está muy raro. Me desperté en medio de la noche y me quedé desvelado, sin pensar en nada, vacío, con muchísima angustia, pensando que en cualquier momento la angina me cortaría el raquis.

LO malo de las greguerías es que todas pagan *royalties* a Ramón.

YO me imagino las greguerías de Gómez de la Serna como esas bandejas de hojalata con pastas que salen del horno de un pastelero, todas tan bien recortaditas, doradas, en filas muy derechas. Al principio, embriagados por el perfume que viene con ellas, cálido y

dulce, de tostada costra y limones calientes, uno piensa: me las comeré todas. Empieza uno por un extremo y cuando lleva cinco o seis dice, mañana seguiré. Y mañana no está uno para pastas.

LLEGA hoy el primer ejemplar de *Todo es menos* a las nueve de la mañana. Y qué alegría esos mensajeros madrugadores. Pero traía el libro una errata en la solapa, que es tanto como decir que venía con una salpicadura de grasa en medio de la corbata. El título, que está tomado de un aforismo de JRJ, vela otro, también de JRJ, que decía lo contrario, *Todo es más*, que acuñó al final de su vida, pensando en aquel *todo es menos*. Con el lamparón, el libro no necesitará más años, y lo menos se le convierte en más. Y qué más nos da ya el menos. También JR. dijo, al final de su vida, cuando tenía que hacerse la cama y pelar zanahorias en la cocina, aquello de «he aprendido a ser sucio, y me parece bien», más refinado aún que cuando no era más que limpio y fino. Así que, con errata, empieza el libro donde terminó Juan Ramón su enseñanza, y se le verá con ese sol de grasa en la solapa, dándole vida a todo lo que empieza de bacteria y acaba en Duomo.

EL retrato de RG. ha quedado terminado en pocas sesiones. Mientras un pintor se dedica a su tarea, el modelo tiene tiempo de sobra para observarle. RG. miraba, claro, hacia donde yo estaba, pero no podría decir que me viera a mí, sino que parecía observar con atención algo que incluso a mí podría serme ajeno. La atención, la concentración, el aire vagamente difuso que adoptaba su rostro en el viaje de mi cara a la paleta, de la paleta al lienzo y de este, de nuevo, al rostro, producía una inquietante triangulación no del todo completa, igual que si se nos hubiera dado contemplar por una ranura un hecho extraordinario demasiado importante como para no desbordarse en ese angosto margen. Claro que uno no es ningún hecho extraordinario, pero sí que, no siéndolo, haya sido elegido para perdurar en un trozo de tela.

EL mundo es más triste desde que, viajes al confín al que viajes, siempre llegas al mismo aeropuerto.

CADA vez que pienso en mí me estoy perdiendo algo.

TEMES ese día en que al quedarte sin madre te quedes sin lengua materna.

ME habría gustado empezar este cuaderno de otra manera. En realidad sabemos que es un *continuum*, pero nos queda la fantasía escolar de que podemos dividirlo en porciones, y eso es lo que ocurre cuando uno estrena un cuaderno nuevo o cualquier bagatela, como unos zapatos. Va por la calle, y se disgusta si alguien le da un pisotón inadvertidamente, y se los ensucia. Pone uno al principio de lo nuevo un esmero que los días van gastando, y a las tres o cuatro semanas lo nuevo tiene el aspecto triste y usado de todas las demás cosas de uno, las mismas trazas incluso que uno mismo.

Decía que fue aciago. Claro que más se perdió en Cuba, y volvieron cantando: se me rompieron las gafas, se me rompió el ordenador, dejando en la procela un sinfín de mercancías que habrán encontrado vete tú a saber en qué playas y, para ratificar que las desgracias no vienen solas, tenía que ir a leer poemas a algo que se llama los «Miércoles de la Poesía».

Creo que trata uno de no flagelarse en las cosas que cuenta, en la medida en que ya se siente desmenuzado por los acontecimientos, troceado por ellos a la manera de esas piedras que se vierten en la tolva de uno de esos bocartes estrepitosos.

Dirige tales miércoles desde hace ciento doce años una señora marquesa viuda de Montezuma del Cazo o de Cazabamba del Moro Muza o algo así. Es una dama a quien sus incalculables años han ido jibarizando de tal modo que podríamos esconderla en una caja de puros, pero su vitalidad inaudita y su entusiasmo no solo no han sufrido merma, como su persona, sino que parecen haber ido en aumento con la edad, lo cual es insólito, pues no hay cosa más desconcertante que un viejo entusiasta ni cosa menos justificable que un joven pesimista.

Durante dos años había telefoneado sistemáticamente un par de veces al mes para persuadirle a uno de que un poeta en España no puede hacer nada mejor un miércoles que acudir a los «Miércoles de la Poesía». Uno, al principio, se defendía. No le gusta a uno leer en público. En privado, a los amigos, nada puede serle tan grato. Ahora, en público, no.

—Anda —me preguntaba—, ¿qué te cuesta?

Y parecía que tales negativas formasen parte de un misterioso cortejo que acabaría en apareamiento. Como así ha ocurrido.

Nos suceden cosas que en el momento nos irritan lo indecible. Al

rato o a los pocos días, pasado el sofoco primero, descubrimos en ellas su lado grotesco, lo cual nos puede llegar a causar incluso risa, pero sobre todo un daño larvado que Dios sabe cuándo lanzará al mundo su negra mariposa. Al cabo de los años son esas cosas precisamente las que van sedimentándose en el alma y dejando en ella un poso de tristeza como los que duermen en el fondo de una botella de oporto.

Estoy abochornado de todo lo que ha ocurrido, abochornado de mí mismo y del mundo. Y el crimen se ha cometido en nombre de los miércoles, en el de Mercurio y en el de la Poesía.

Para convencerme, esa mujer recurría a la adulación más rastrera, casi ofensiva. Al principio decía: «Tu poesía es que es una maravilla, lo mejor que se está haciendo en España». Pero a la segunda o tercera llamada comprendía uno que lo único que había leído de uno era el número de teléfono. Tales frases, idénticas, sin variación de comas, las repetía cada vez que telefoneaba, y en vista de que ella no renovaba su repertorio, tampoco renovaba uno el suyo en lo referente a las excusas, que seguían siendo las mismas desde el primer día; pero llegó a parecerme que no podía insistir en una nota, y di un colorido nuevo a todos mis noes. No se desanimaba nunca, dejaba mensajes en el contestador a los que no respondí, y otras veces, estando en casa, mandaba decir que le dijesen que ni estaba ni se me esperaba en mucho tiempo.

La mujer jamás se desalentó, porque la edad se ve que le ha hecho comprender que, si la fortuna es de los audaces, el mundo pertenece a los tenaces.

A los doce o catorce meses la táctica cambió. Si me sorprendía en el teléfono, el argumento era ya de otra naturaleza. Decía, por ejemplo, ¿quién te podría presentar? Porque sabrás, añadía, que en los «Miércoles de la Poesía» a los poetas los presentan otros dos poetas. ¿Quién podría presentarte a ti? Yo le respondía, mujer, déjelo usted ya, no me va a presentar nadie, porque no pienso ir. Una vez le dije: además, no creo que haya nadie en Madrid que quisiera presentarme. ¡En buena hora se me ocurrió una cosa así! ¡No, no, no, no me digas eso!, exclamó la anciana entre sollozos desgarradores. No, si a mí no me importa tampoco, le dije, para tratar de calmarla. No sé, fue como sugerirle que me iba a morir en cualquier momento. ¡No, no, no!, repetía consternada, ¡cómo puedes decir eso! Hubiera podido parecer, para quien no conociera los antecedentes, que en vista de mi orfandad ella estaría dispuesta a adoptarme.

De modo que sin consultarme habló con dos amigos míos y a ellos les dijo que yo estaba pasando un malísimo momento, porque no conseguía encontrar a dos personas que quisieran presentarme en una

lectura de poemas, porque fuera de ellos dos no querría que nadie lo hiciera. Mis amigos, conmovidos sin duda tanto por mi depauperación poética como por el rasgo que los distinguía, obraron con generosidad, y se mostraron conformes con la degollina mercuriana. A los pocos días me telefoneó de nuevo y me dijo, he hablado con Fulano y Mengano y los dos estarán encantados de presentarte; ya no podrás negarte. No sé de dónde provendrá cierta fama de fantasioso que le persigue a uno, pero puedo asegurar que nada de lo relatado hasta este momento, ni lo que seguirá, se desvía un ápice de la realidad de los hechos; es más, si acaso, la narración, por consideraciones piadosas, se quedará corta.

Creo que entonces, cuando me informó de que había llamado usando mi nombre a esos dos amigos, habría sido el momento más adecuado para faltarle al respeto. Pero deja uno pasar una oportunidad y nunca jamás vuelve a presentársele, impidiendo de ese modo que el curso de las cosas siga su senda natural. Esa es la manera en que los monstruos liantes acaban haciéndose con la gobernación del mundo.

Todo parecía concebido por una mente enferma, por algún psicópata que no quería dejar ningún detalle al azar, y esta mujer lo había ideado de forma escalonada para que no tuviese escapatoria ninguna, y solo entonces fue cuando quiso participarme la buena nueva: además pagaban cuarenta mil pesetas.

Cuarenta mil pesetas es, por leer unos poemas, una cantidad, desde cualquier punto de vista, fabulosa y desproporcionada. Ahora, si los poemas han de leerse a disgusto, resulta una cantidad ridícula. Tener una aventura con la Melibea soñada puede ser algo por lo que uno incluso esté dispuesto a empeñar su casa, pero si la aventura se nos obliga a tenerla con la vieja Celestina, ni todo el oro del mundo sería suficiente. Y no se había hablado de dinero hasta ese momento, porque en ningún momento creí que se fuese a llegar tan lejos. Vi el cielo abierto y la manera de zanjar de una vez por todas una cuestión penosa que venía arrastrándose desde hacía dos años. Con el tono más resuelto y decidido de voz le informé que aquello no podía ser de ninguna manera. ¿Cómo es posible?, respondió desolada otra vez, como si al final esa frase fuese la preferida de su repertorio. Y en ese punto fue donde cometí el error que me encadenó a sus malditos miércoles de la triste poesía. Fue cuando creí que, inflando la cifra hasta límites cómicos, me libraría de ella, ya que si no era capaz de comprender las razones que me llevaban a decirle que no se plegaría ante la evidencia de no poder pagarle a uno, así que le comuniqué que por menos de doscientas mil pesetas jamás podría leer poemas. Creí

que mi argucia sería suficiente. Como una niña caprichosa, obstinada y rabiosa, fue aún más rápida y lanzó sobre el tapete un triunfo que parecía haber guardado durante todo ese tiempo en su manga, y añadió que el dinero no sería nunca un problema entre nosotros, no obstante recordarle a uno que por aquellos Miércoles de la Poesía habían pasado todos, todos, recalcó, Dámaso Alonso, Alberti, Hierro y Paco Brines, y todos, todos, insistió, habían cobrado cuarenta mil pesetas. Y recitó a continuación una lista con los últimos cuarenta poetas que habían pasado por allí. Así, de aquella manera sesgada, se enteró uno del puesto exacto en el escalafón de su dulce anfitriona. Todos esos poetas grandísimos han venido por cuarenta mil pesetas, insinuaba sin rebujos, y tú, que eres un pelagatos, te descuelgas pidiendo cinco veces más. Sin duda esperaba que yo me avergonzara de querer ascender al generalato con mis galones, pero le dije que esto no eran unos almacenes de saldo y que cada cual pedía lo que creía que valía y que, por ejemplo, en algunos de los que acaba de citarme, cuarenta mil era el doble de lo que valían. Silencio. Y que otros de esa misma lista, seguí diciendo, hubieran tenido que pagar por haber ido. Más silencio, del que salió triunfante con una de las mejores frases que le hayan dicho a uno: en fin, concluyó con pesadumbre y resignación, yo pondré de mi bolsillo el resto.

Resultaba maravilloso verle gastar ciento sesenta mil pesetas del marquesado de Atahualpa del Cotolengo. Quizá pensara que me iba a compadecer de ella, pero lo único que lamenté fue no haberle dicho que uno, en Madrid, en una cosa organizada por el alcalde Manzano, por menos de dos millones de pesetas no lee ni una redondilla. Y la ira, uno de los pecados capitales más dulces, se iba apoderando de mi maltratado orgullo, y le resarcía a uno de toda aquella vejación sistemática, y me deleitaba ya con la imagen de la vieja marquesa buscando en su monedero, hasta juntar la cantidad para satisfacer a un proxeneta insaciable y empedernido. ¡Y lo que no hubiese dado por dejarla en la miseria y teniendo que alimentarse durante tres meses, por el dispendio, a base de pescuezos de gallina y menudillos de pollo!

Así que añadí, por si no hubiese quedado claro, que me daba lo mismo de dónde salía el dinero, del ayuntamiento o de sus maltrechas economías de viuda, pero que las cosas estaban de esa manera, y que desde mi punto de vista era mucho mejor para todos olvidarnos de una vez de aquel despropósito.

Y la mujer empezó a rezongar y a lamentar que yo fuese un «hueso» tan duro de roer, pero tampoco ella podía echarse atrás. Me llamó cariñosamente «hueso» desde sus ilustres mantecas, como si dijera, «¡Ay este Andrés, cómo me ha salido de rebelde!». Y como no había

otro final para la historia, añadí secamente que o me pagaba lo que le había pedido o que no iba de ninguna de las maneras.

Este tipo de trato, por teléfono, es aún más humillante si cabe que si se hubiera mantenido en una entrevista personal, porque en este caso siempre puede uno levantarse de la silla, clavarle un cortaplumas en la garganta, robarle las joyas para simular un crimen de ratería y desaparecer o, sin llegar a esos extremos, levantarse y salir de la habitación sin decir una sola palabra.

«Bueno», fue la palabra que selló con heroísmo la resignación de tener que pagarle a uno la diferencia de su bolsillo. Y así quedó todo.

Uno piensa que la mayor parte de esas historias se abortan por el camino, y que la gente se olvida de ellas. Yo, desde luego, me olvidé del asunto, y pensé que, en frío, esa mujer maldeciría mi estrella y jamás volvería a telefonearme. Estábamos, pues, donde yo quería desde un primer momento, solo que después de haber participado en media docena de escenas vergonzosas en las que nadie tiene derecho a meterle a nadie.

Al mes tenía en el teléfono su voz aguda y estridente. Siempre empezaba riñéndole a uno: «Tú, que no me quieres. Tú, que no has querido venir aquí, donde han estado Dámaso Alonso, Alberti, José Hierro y Paco Brines...». Quizá esperaba también que uno, siquiera por educación, protestase con un «¿cómo no voy a quererla? ¡Qué cosas dice!», tan de su repertorio, pero bastaba con que dijera eso, para que uno guardara un silencio obstinado.

Traía, me confesó con no fingido entusiasmo, una que ella consideraba buena nueva grandísima, anunciada, a falta de trompetas, con un agudo timbre que le puso a rebato a la campanilla: había conseguido una arpista.

¿Una arpista?, pregunté esperanzado. Había conseguido una arpista, pensé, para llevarla en mi lugar.

Y como había hecho el propósito de enmienda, traté de sumarme a su alegría y le dije que yo mismo me alegraba por ello, pero que me alegraría más aún si me contaba para qué quería ella una arpista. Yo no, me dijo, el que la quieres eres tú; la arpista tocará en tu honor. No, señora, por qué me hace usted esto, exclamé desolado. El paso del tú al usted quizá la asustó al principio, pero decidió no darse por enterada. No y no, por ahí no paso, tú tendrás tu arpista como todos los demás han tenido su músico. ¿Cómo no ibas tú a tener el tuyo?

Era como una película de los hermanos Marx escrita por Kafka, en la que esa anciana fuese los cuatro hermanos a la vez.

¿Cómo?, me dijo decepcionada. ¿No te gusta la música? Y tuve que decírselo a gritos: sí, señora, precisamente por eso, porque me gusta

mucho, nada de arpas ni de arpegios ni de arpistas si quiere verme por allí.

Es privativo de los seres que han sobrepasado los ciento ochenta años años usar tal privilegio a su antojo, de modo que unas veces no oyen, si les conviene, otras no entienden, cuando no entender les defiende de lo que consideran una ventaja o un privilegio, o se escudan en su fragilidad y su salud para hacer a continuación cosas que romperían a un toro o pondrían en serio peligro la vida de personas diez veces más jóvenes. Así que cuando yo le grité por teléfono que no me trajera una arpista a la lectura de poemas, hizo como que no oía, con esa obcecación de los que han conseguido una vida que ni siquiera los más listos han tenido a su alcance.

Llegó al fin el día señalado, como los hechos aciagos que hubiesen sido vaticinados con mucha antelación por sibilas implacables.

Minutos antes de que comenzara escruté al público de aquellos famosos miércoles, celebrados en el Centro de la Villa de Madrid, uno de esos lugares a los que solo les falta un verdadero crimen para prestigiarlos. Las circunstancias lo presentaban todo de manera inmejorable, desde luego.

Y como en las desgracias, hubo también su pequeño paréntesis. Me presentaron, minutos antes de que empezara el Miércoles de Dolores propiamente dicho, a las sobrinas de Antonio Machado. Eran dos mujeres mayores, encantadoras, con un aspecto muy... «machadiano». Desde las primeras frases denotaban tener un respeto religioso por la poesía, el que no conocía ni de lejos la organizadora de todo aquel desastre, a quien también conocí personalmente por primera vez en ese momento.

Corría saludando a unos y otros entre las piernas de la gente, pero gracias a su permanente azul, de dos o tres pisos, se la podía distinguir fácilmente, evitando de ese modo que alguien la atropellara y pisoteara inadvertidamente.

El peso de las alhajas que llevaba, el verdadero tesoro de Montezuma, tiraba de ella hacia la tierra que se nos habrá de comer a todos, y pese a que se había puesto alzas en los zapatos comprendí que no era tanto por coquetería sino porque la mujer de niña había padecido una poliomelitis y se le había quedado una pierna más corta que otra.

Ella misma me proporcionó ese dato cuando leyó en mi rostro cierta sorpresa. Quizá esperaba que me compadeciera, pero creo que no me compadecí mucho, y para vengarse interrumpió la conversación con las sobrinas de Machado quince veces, furiosa de ver que les hacía más caso que a ella, la verdadera reina de la fiesta. Al comprender que

no iba a poder hablar con aquellas dos buenas señoras a gusto, huí hacia ninguna parte.

Habían empezado a venir algunas gentes, cazadas a lazo, supongo, como me habían dado caza a mí, gentes también de entre noventa y ciento sesenta años, señoras con todas las alhajas del Monte de Piedad encima, y caballeros taciturnos, bien por haber enviudado ya, bien por estar en ese crítico momento de tener que dejar viudas a sus mujeres. En medio del vergel, como amapolas silvestres, media docena de jóvenes, que esperaban, cada uno acompañado de su propia timidez, el momento de acercarse al poeta para confesarle, con voz evaporada, que ellos también eran poetas.

Yo estaba malhumorado porque se me hubieran roto las gafas y el ordenador, pero al fin y al cabo, de ello no tenían la culpa ni los que habían ido a oír unos poemas ni los propios poemas.

Al fin pasamos al salón de actos. La anfitriona no me había mentido. Por la gente del vestíbulo no se podía apreciar la enorme aceptación de los «Miércoles de la Poesía». Dentro nos esperaban unas doscientas mujeres que parecían todas clonadas de la propia anfitriona, con sus permanentes azules, sus trajes verdes, sus alhajas y pulseras y sus postizos en los zapatos. En aquel tropel los señores viudos o difuntos en ciernes y los jóvenes pasaban inadvertidos.

El ambiente se había saturado con el olor a laca y a perfumes exóticos, como si acabaran de pintar las paredes esa misma mañana, y si alguien hubiese cometido la imprudencia de encender un fósforo creo que habríamos saltado todos por los aires.

Nos sentamos. Ella en el centro, como no hubiera podido ser de otro modo, a un lado el poeta y a los extremos los presentadores, mis amigos, a quienes en su día ella había persuadido de que hicieran una obra de caridad con un pobre indigente poético.

Todo parecía estar calculado al milímetro. En la silla de la anfitriona habían colocado un gran cojín de terciopelo y cretona, que la levantaba lo menos treinta centímetros y la dejaba a una distancia prudencial del micrófono, y sobre todo la mostraba al público, que sin la prótesis cojinil hubiera tenido que conformarse con su cardado.

Al fin dio comienzo aquello. Sacó la anfitriona de su bolso un rimero de cuartillas escritas con unas letras del tamaño cada una de una nuez, con el fin de no poner obstáculos a su presbicia y poder leerlas con comodidad.

Comprendí al punto que las cuartillas eran para todos los poetas las mismas, después de cambiar en ellas el nombre, algunos datos biográficos y el título de los libros. Para no sucumbir después a los estragos de la fantasía, siempre traidora, me entretuve en copiar

algunas frases, por si más adelante me servían de eximente en un juicio. No sé, nunca se sabe adónde irán a parar ni nuestros actos ni nuestras palabras: «Esta poesía, tan sensible, nos hace sentir en lo más hondo del ser humano», fue, textual, una de las memorables frases. Las novelas le permitieron un más señero vuelo: «Destacan de ellas sus ágiles diálogos y sus bellas descripciones».

Pero como soy un hombre bueno, sencillo y humilde, no dije nada. Aquella tortura no tenía fin y mientras pensaba en otras cosas para distraerme, comprendí que en realidad en aquellos miércoles no se homenajeaba a ningún poeta, sino que esa señora, con dinero del alcalde y la anuencia de los poetas, se homenajeaba a sí misma sin el menor recato.

Las presentaciones de mis amigos fueron las dos muy cariñosas. El primero dijo que a uno unos lo ven de izquierdas y otros de derechas, que es lo que suelen decir de uno cuando se quiere recordar, en una sociedad cultural estructurada y controlada por la izquierda, que pese a las apariencias esa persona sigue siendo de derechas, o cuando menos sospechoso de serlo. Si bien, añadió, todos esos prejuicios se desvanecían en cuanto se leían mis libros, y que el hecho de que a uno le gusten los libros viejos y escriba diarios ya le ha dado una pequeña leyenda literaria, como un perfil definido, y que eso es mejor tenerlo que no tenerlo.

Todo eso estaba dicho con la mejor intención, pero empecé a deprimirme. Me dije, después de esta tarde, seré un hombre nuevo. Ni de izquierdas ni de derechas. Renunciaré a los libros viejos y dejaré de llevar un diario. De mí no quedará rastro.

La presentación del otro amigo fue más fría. Repasó los diferentes momentos en los que habíamos coincidido en los últimos quince años, y me dio un poco de pena verle en aquel compromiso de tener que decir algo agradable sin que lo sintiese en absoluto en el fondo del ser humano. Incluso se permitió hacer algún distingo interesante: «A A. le gusta lo viejo y a mí me gusta lo antiguo». No lo había pensado. Creo que a mí no me gusta lo viejo por viejo, aunque es probable que a él lo antiguo solo le guste por antiguo.

No se puede tener este carácter, hubiera dicho uno muy cernudianamente. Me llegó el turno. La suspensión de los perfumes y las lacas se solidificó un poco más. Tardaron mis palabras en salir unos instantes que a la gente se le hicieron eternos. Debieron de pensar que me encontraba mal. Y era eso. M. y MB., en la primera fila, me vigilaban empavorecidos. Por fin me arranqué y apenas llevaba diez minutos, cuando sucedió uno de esos momentos únicos, extraordinarios, que solo llegan a cristalizar una vez en la vida de un

ser humano, y aun en la de la mayoría ni siquiera se insinúan. Estaba leyendo los poemas cuando noté algo en la pierna. La aparté pensando que había rozado sin querer el famoso cojín de terciopelo verde sobre el que reinaba la anfitriona, pero aquella presencia extraña seguía allí.

Es difícil explicar lo que se siente en Madrid cuando se está leyendo en público ante doscientas personas inocentes y nota uno algo que repta por su muslo. He dado el dato de Madrid, porque en Nairobi podría tratarse de una serpiente pitón, y eso entraría dentro de las cosas lógicas o esperables que pudieran acontecerles a los conferenciantes y poetas en ejercicio. Ahora, ¿en Madrid? Era un tacto titubeante y temblón que no remitió por más que yo aparté la pierna y la llevé tan lejos como pude de aquello que solo podía ser algo terrible, disimulando y sin interrumpir la lectura. Al fin noté la mano de mi anfitriona, buscando desesperada no sé qué. ¿La portañuela? ¿El bolsillo del pantalón? No entendía nada en absoluto. Pensé suspender la lectura y allí mismo organizar un escándalo. Ponerme de pie y gritarle:

—¿Me está usted metiendo mano, señora?

Delante de doscientas personas habría sido un gesto magnífico. Fue un alivio descartar la portañuela, cuando noté que quería meterse en el bolsillo del pantalón, pero le salió al paso un gran obstáculo: el pedrusco de una de sus sortijas. Desde luego ninguna de aquellas doscientas personas podía figurarse lo que estaba sucediendo mientras yo les estaba hablando de crepúsculos y sentimientos puros y nobles, ansias de eternidad y anhelos de belleza. Seguí leyendo como pude. Notaba el roce áspero de las largas uñas esmaltadas de la anciana y el del brillante. Al fin este logró salvar el pliegue que lo había frenado y noté que la mano dejaba en la parte más tibia de mi persona una caricia maliciosa, para retirarse a continuación, no sin antes cerciorarse de que allí quedaba el recuerdo de su amor por la poesía. La cabeza me daba vueltas y no sabía lo que estaba ocurriendo.

De todo lo que transcurrió después no me acuerdo. Yo estaba flotando en una nube, hasta que oí una salva de aplausos, dando por terminada la lectura. Reuní fuerzas para mirarla. Estaba feliz. Ella misma aplaudía. La visión de sus manos, con las uñas pintadas, largas y encorvadas como las de un cernícalo, y la impresión no borrada aún de que habían estado hurgando hacía un rato en mi pantalón, me llenaron de espanto. Sonriente, sin dejar de aplaudir, se me acercó y por instinto aparté receloso la cabeza.

Te he metido en el bolsillo del pantalón el cheque, me susurró cuando todavía no se habían extinguido los aplausos, con la satisfacción del deber cumplido y como si de esa manera, terminado el

último poema, ella hubiese cumplido igualmente su parte de trato.

Me llevé la mano al bolsillo y, en efecto, allí noté un trozo de papel. Me avergoncé de haber pensado mal, aunque ha de reconocerse que es difícil creer que a nadie le hayan pagado nunca de ese modo.

Y a continuación vino la parte musical de la velada. Salió una venezolana y se echó encima del arpa con ansias mal disimuladas. Era un arpa del tamaño de un cadalso, pintada toda ella de color café con leche. Puso los dedos en las cuerdas después de hacérselos crujir doblándoselos hacia atrás, unos contra otros, como si quisiera a continuación estrangular a alguien, y comenzó a evolucionar, arriba y abajo. Tocaba con una soltura envidiable, zas, zas, con aquellos finos dedos que parecían las patas de una araña. Apenas enjaretó la melodía, olvidándose de los primeros arpegios abstractos, me apercibí de que la señora marquesa se acercaba de nuevo a mi rostro, con movimientos ágiles de golondrina, de ida y vuelta, de paso y retira, al compás de una habanera. No podía controlar la melodía que le valsaba el corazón y llevaba el compás con la permanente azul, estilo nido, de aquella manera tan ostentosa. Me asusté porque pensé que moviéndose de ese modo iba a no poder sostenerse en el cojín, acabaría cayéndose al suelo y terminaría por romperse la cadera. Yo, más que del espectáculo de la arpista, inefable, estaba pendiente de la anfitriona, por si había de recogerla del suelo. Había cerrado los ojos y levantado la cabeza, como para cazar al vuelo hasta la última de las garrapateas, y se le había pintado en la boca una de esas muecas que nos arrancan únicamente las yemas de San Leandro. La arpista se llamaba Zoraida Ávila e interpretó en primer lugar a Paganini, ante el entusiasmo del público. Entre pieza y pieza, abandonaba el arpa, daba un paso al frente y nos comunicaba el título y el autor de la que ejecutaría a continuación. Tras la segunda ejecución se extendió un poco más y nos contó una historia muy bonita. Nos dijo que el músico mejicano Ponce había compuesto una pieza solo para la mano izquierda, para darle ánimos a su amigo el gran pintor mejicano Orozco, que había perdido la mano derecha, y llamó a su composición *A pesar de todo*. La explicación fue acogida con un «ooohhh» unánime y llenó de admiración al auditorio. Ponce es un buen músico, sin duda, pero habría sido mejor que, tratándose del gran Orozco, hubiese compuesto algo para los muñones, un *A pesar de todo. Rondó en si mayor para muñón de la mano derecha*. Eso sí hubiese sido amistad. Y obligar a los arpistas a cortarse una mano para interpretarla.

Terminó el suplicio una hora después. Los nervios, las emociones y el marco incomparable le habían llenado a uno la vejiga, que fue necesario evacuar en cuanto salimos al vestíbulo. Allí, en los urinarios,

saqué el talón del bolsillo para liberarlo del sobre y guardarlo en la cartera, y en ese momento se me cayeron los ojos sobre las manos. Cuarenta mil pesetas era la cantidad que figuraba en él. Me enfurecí de tal modo, que con las ideas confusas, corrí a buscarla. Ante lo que consideraba la mayor tomadura de pelo de mi vida, podía ocurrir cualquier cosa.

No había pasado más que uno o dos minutos, pero los ujieres me informaron de que la señora marquesa de Cozochungo del Bazo había salido a la carrera, sin dejar ninguna dirección, como los timadores profesionales.

Acabó la velada en un restaurante de mariachis al que nos llevaron unos amigos.

AYER se presentaba la antología *Treinta años de poesía en España*, de JLGM., en la Residencia de Estudiantes. (...) A continuación bajamos todos, caminando, hacia el bar Hispano, donde nos esperaba la cena. Era de noche. Las adelfas, los romeros y los árboles de la Residencia olían a limpio, después de la lluvia que había estado cayendo. El agua corría por aquellas pendientes como por los canalillos del Generalife, y llenaba la noche de murmurios y confidencias. Caminábamos lentamente, mirando el cielo, que se había puesto de un color refractario y opalino. Éramos unos quince o veinte poetas, con acompañamiento de mujeres en algunos casos, en grupos, cada vez más contentos viendo que ya quedaba menos para el final.

Algunos de los antologados habían venido de la provincia, el ambiente era bueno, se bebía con moderación, se intercambiaban noticias de nuestras vidas. Las vidas de los poetas dan todas un poco de lástima, si se las compara con las de los novelistas. Estos, al menos, suelen hablar de los miles de ejemplares que venden, dónde se les ha traducido y las universidades americanas donde se explican sus novelas y preparan tesis sobre ellas. La modestia de la poesía nos reviste a los poetas de una costra bien penosa, que acaba uno rascándose con una teja. Pero para dos horas nadie quiere sobresalir ni presumir ni prorrumpir en recuentos penosos de lástimas, así que acaba prevaleciendo el buen sentido, y se termina pasando una velada agradable.

Nos habían puesto en una mesa larga, en medio del comedor, y antes de acabar el primer plato se hablaba casi a voces, espoleados por el moderado trasiego de vino. Los de las mesas de alrededor nos miraban con esa mezcla de fastidio y envidia que suscita la alegría ajena en los restaurantes. Algunos, sin que por ello se libraran del

fastidio ni de la envidia, reconocían a dos o tres de los escritores famosos del grupo, y cuchicheaban entre sí, aunque de manera que no pareciesen provincianos encantados por haber reconocido a una celebridad. Por otro lado en el bar Hispano hay a todas horas tantos escritores, ebrios y sobrios, que sería de tontos sorprenderse de verlos allí. En el ramo de la hostelería el bar Hispano es lo que será Trujillo dentro de poco, como no se remedie, o Cuenca o Cadaqués, en el ramo de la *agitprop*.

Y precisamente como en ese lugar pululan tantos escritores y periodistas, una clase de escritores, digamos, una clase de periodistas, aquellos que aspiran a ingresar un día en el famoso Cas (Club de las Almendritas Saladas), que allí se expenden recién fritas también, como abundan los del gremio, decía, no resultó en absoluto insólito ver aparecer por un extremo a X, que tiene en ese lugar, según dijeron, una especie de Cuartel General. Conocía a muchos de los presentes, a los más famosos al menos, y a todos los saludaba con efusivos apretones de manos, gestos y voces de contento, a veces lanzando el brazo por encima de la cabeza de un comensal con el objeto de estrechar la mano que se le tendía enfrente, de modo que mientras daba la mano a alguien, miraba fijamente no a quien saludaba en ese momento, sino al de al lado, para saber si lo conocía o no, en cuyo caso se le veía calibrar si ese desconocido era desconocido porque no era más que un maldito desconocido, o bien porque él no se estaba dando cuenta y quizá estuviera cometiendo el error de no reconocer a alguien que podía no ser un desconocido, o a alguien que estaba llamado a dejar de serlo en cualquier momento.

Yo creo que hacía lo menos tres o cuatro años que ni siquiera le saludaba, así que viendo cómo avanzaba hacia el extremo de la mesa donde nos encontrábamos, y teniendo en cuenta que durante el tiempo que dirigió las colaboraciones de su periódico yo tuve que emigrar a otro, la única preocupación de uno era saber si a mí me saludaría o no, y qué haría uno en cualquiera de esos dos casos, y las dos posibilidades llenaron de vacilaciones el corazón de alguien que no dejará nunca de ser un triste desplazado. ¿Quién, si no, escribiría diarios? ¿Y a quién, de no ser de ese modo, le preocuparía que le saludara alguien o no?

No se sabe muy bien, en nuestro mundo, por qué razón dos personas se caen mal, incluso sin haberse tratado demasiado. A veces la antipatía personal se sustenta en cierto desagrado literario, pero no hay desagrado literario que justifique creo yo, una rabiosa antipatía personal, como prueba el hecho de que la mayor parte de los escritores son amigos, y a veces buenos amigos, de colegas cuyas obras

desdeñan o no valoran en absoluto.

Ayer X saludaba a unos y a otros, decía, pero yo me preguntaba con curiosidad y una vaga inquietud si al llegar a donde yo me encontraba sentado, me tendería su mano o haría lo posible para no verme, como ha venido haciendo durante quince años. Yo solo quería en ese momento que pasara el trago, y que pasara lo más inadvertidamente para todos, incluido uno mismo. De ambas posibilidades, y de poder escoger, no había duda cuál de las dos me seducía más, y si por un lado prefería no tener que darle la mano, me causaba tanto azoramiento la posibilidad de violentar las buenas maneras, que determiné en mi fuero interno que le saludaría sin la menor reserva. Estas son las pequeñeces que desprestigian no solo el género de los diarios, sino la más berroqueña reputación.

Recordé en ese momento, desde luego, que hacía una semana, en una de sus columnas periodísticas, arremetía contra todos aquellos que, abominando de la literatura del yo, tienen un yo inconmensurable. Creo, modestamente, que se refería a uno, pero creo también que no lee en absoluto estos diarios, aunque sin duda los espiará o hará que se los espíen, de modo que no se entiende muy bien qué puede molestarle a él del yo de uno. Y cuando las alusiones son tan directas, lo mejor siempre es no darse por enterado, ya que de lo contrario andaría uno como D'Artagnan enredado en duelos a florete cada media hora, de modo que allí, sobre la marcha, me dije, sí, le tenderé la mano en cuanto llegue a mi jurisdicción, y miraré a otra parte, como veía que iba haciendo él entre sus efusiones.

Y entonces sucedió. Cambió de semblante, de uno risueño que traía a otro serio, y sin mirarme a los ojos, sino unos centímetros por encima de las cejas, a voces, empezó a insultarme, insultos de repertorio, de los tipificados en el Código Penal con su correspondiente sanción y abundante jurisprudencia para cada uno de ellos. Empezó diciendo: Tú te crees que eres Dios, y no eres nadie.

Dios y nadie son palabras que juntas en la misma frase causan un gran efecto.

A unos se les cayó el cubierto sobre el plato, a otros se les descolgó la mandíbula, otros, desconociendo los antecedentes, creyeron, conforme contaron después, que se trataba de una broma. Se hizo un gran silencio y los más prudentes empezaron a arbitrar en su cabeza un modo honorable de salir de aquel atolladero.

Ni yo ni nadie pudimos comprender a qué venía la agresión.

No sé. Y ahora que empiezo a contar esto, me entra un gran desaliento. Yo sé cómo terminó todo, y si yo lo sé, ¿a quién lo cuento?

También hay que decir, en honor a la verdad, que después de que

sucediera, algunos de los presentes se frotaban las manos, y le decían a uno, esto, claro, lo contarás en el diario. Yo les decía, no, no lo contaré. Pero ¿cómo no contarlo? La verdad es que ese hombre tenía razón en su artículo: es absurdo llevar un diario y ser tan poco partidario del yo, pero gracias a eso puede uno ocuparse del tú, en este caso del suyo.

Lo había dejado insultándome de pie, frente a mí, al otro lado de la mesa, durante diez minutos. Había apoyado una mano en el respaldo de la silla del que tenía enfrente, como hacen los cantaores cuando se van a arrancar con el quejío. Me miró a la frente, atravesado, no miraba los ojos, fingió una sonrisa, también él estaba nervioso, meneó el cuello, como para que la voz le saliera más clara, en su flautismo, y menudeó insultos gravísimos y desagradables. Repetía su frase primera como ese *ritornello* necesario en una melodía. Dios, nadie. Nadie, Dios.

Ahora que transcribo la frase no sé si dijo Dios con mayúscula o dios con minúscula. De lo que no tuve la menor duda es de que nadie lo dijo siempre con minúscula. Te crees un Dios, repitió hasta tres veces, pero no eres nada. Nada, nada, nada. También lo repitió tres veces.

A esas alturas, todos los presentes comprendieron que aquello iba a terminar en una trifulca de taberna. Su voz, aguda y de falsete, percutía ya en todos los tímpanos. Nadie sabía qué hacer. Yo tampoco. Estaba él furioso, aunque nadie ni yo mismo alcanzaba a comprender qué podía haber hecho yo o qué podían haberle dicho a él que había dicho o hecho uno para haberle disgustado tanto. Resultó todo muy violento. Me dijo también, te voy a destruir, te voy a quitar de en medio; no eres nadie, repetía una y otra vez.

Había caras largas por todos lados. Los vecinos dejaron también de comer, y los que se sentaban de espaldas a nuestra mesa, para apreciar mejor la escena, voltearon las sillas y se acomodaron a su sabor, como cuando se siguen los discursos de los banquetes.

El chorro de injurias, insultos e infamias era indecente. Por mucho menos Valle-Inclán perdió el brazo y Manuel Bueno la generación del 98. Creo que la mayor parte de los presentes estaban decepcionados. Los que me conocían, porque habrían deseado que me levantara de mi silla, me lanzase hacia él y le abofeteara, cosa que hubiera podido hacer con ciertas garantías de éxito. Y los que no me conocían, no comprendían por qué razón yo no me defendía.

Yo aparentaba una tranquilidad que estaba muy lejos de sentir. El corazón me golpeaba con fuerza en el pecho, hasta hacerme daño, y movía nervioso una de las piernas por debajo del mantel. No dejaba

de mirarle a los ojos, con la cabeza echada hacia atrás y una mueca que trataba de pasar por indiferencia.

Pero a los diez minutos la situación empezó a tornarse peligrosa. Arreciaron aún más los insultos. Por reloj, aquello debía de durar ya unos diez o doce minutos. Nadie sabe lo que son diez minutos de insultos seguidos, en un restaurante, a voces, hasta que no terminan. Borracho, ni lo estaba ni lo parecía. Quizá hubiera tomado alguna sustancia estimulante. Puede ser. O una combinación explosiva de medicamentos y alcohol. Quién sabe. Todo ello era anormal. Me lanzaba el dedo de las catilinarias por encima de la cabeza de los comensales. No sé si porque todo el restaurante, y cuando digo todo, es todo, estaba silenciado, o porque él se había crecido, o por ambas cosas al mismo tiempo, la escena era de las que hacen época. Ni siquiera los camareros se decidían a mediar, pero tampoco a alejarse de allí, por si tenían que defender el mobiliario y la vajilla. Estaban de pie, muy serios, entre las mesas, parados. Hasta los cocineros, que debieron encontrar muy extraño el silencio que se había hecho en el restaurante, asomaron sus gorros por la puerta batiente de la cocina, y tampoco se decidían a marcharse.

Yo para entonces casi no le escuchaba, porque no hacía más que repetir dos o tres frases. No le había dicho tampoco nada. Hubiera podido preguntarle, ¿qué dices? ¿A qué viene esta escena?, o un simple déjame en paz. Pero no. Me había quedado mudo. Le miraba con seriedad, como a ese loco que se cuela en un vagón de metro y empieza a dar voces. Decía él también, como un gran reproche, has conseguido publicar en todos los periódicos, estás en todas partes, todo el mundo te tiene miedo, pero yo no te tengo miedo. Lo primero lo decía con rencor, lo segundo con extrañeza, lo tercero con arrogancia. Pero ninguna de las tres cosas se entendía. La primera, porque uno publica donde le dejan, que no es mucho; la segunda, porque no creo que nadie le tenga miedo a quien no tiene otro poder que unos libros que se venden mal; y la tercera, porque él estaba temblando de miedo, con la propia violencia de una escena que únicamente él había originado y que acaso tampoco sabía cómo terminar.

Cambiaría uno todas sus pequeñas chapuzas por un trabajo estable en ese periódico donde él trabaja, un lugar privilegiado que da derecho a llamarle Gabo a García Márquez, Mario a Vargas Llosa y Federico a Lorca, que en paz descanse. En cuanto a lo del miedo, debe de ser una ilusión solo suya, porque un hombre temido es poderoso, pero ¿quién teme a uno que no lo es? Quizá teman la posteridad de estos diarios, de la misma manera que uno los ama, en presente.

A esas alturas uno trataba solo de oír una voz interior que le indicara cómo debía conducirse en tan inaudita comedia. Uno de sus amigos, sentado entre nosotros, le dijo, oye, te has pasado mucho y te estás poniendo en evidencia, déjalo. Los demás estaban consternados, abochornados por la escena y acobardados. Se lo dijo de buenas maneras, como a ese amigo borracho que empieza a ponerse patoso. Pero él, al contrario, viéndole a uno echado hacia atrás (me apoyaba por completo en el respaldo de la silla, con la cabeza ladeada y una triste mueca que no debía de ser nada), lo interpretó como una arrogancia o una chulería, y se excitó aún más. Yo me decía, ya que no tienes un arranque gallardo, por lo menos adopta una pose de cinismo. Pero seguramente la actitud de uno era penosa, porque resultaba evidente que algo tenía que decir o hacer; no servía quedarse parado escuchando todo aquello.

Los presentes, al menos los más conspicuos, estaban esperando un desenlace literario, una bofetada, una estocada, en fin, algo para contarles a las generaciones futuras. Pero yo seguía sin abrir la boca. Por fin la muchacha que le acompañaba, y que se había quedado a un lado, azarada también, se acercó y le tiró de la manga de la chaqueta para llevárselo. Lo que no habían logrado sus amigos no iba a conseguirlo una mujer, y menos en presencia de media Poesía española, así que siguió salpicándome de basura. La muchacha era muy guapa. Yo me dije, es increíble, la muchacha es bellísima. Solo pensé en eso, en el contraste vivo de ellos dos.

Al cabo de un rato de porfía, entre unos y otros lograron arrancarle de allí.

Volvió poco a poco la normalidad al establecimiento. Los camareros comenzaron a circular de nuevo, como si les hubieran vuelto a dar cuerda, pero las conversaciones no recobraron la anterior animación. Los amigos más próximos, los que habían logrado que se fuera de allí, mostraron su solidaridad, y me consolaban. Decían, has hecho bien, has hecho lo único que debías hacer, no hacer nada, no decir nada. M. estaba dos o tres sillas más allá. La miré furtivamente cuando hubo acabado todo. Leí en su rostro el sufrimiento que aquella escena le había causado, algo así como un vámonos ya. Pero no supe por su mirada si yo había obrado bien o no. Solo un gran dolor, una enorme pena. El mismo dolor y la misma pena que empezaba a sentir yo también. Mis compañeros de mesa seguían tratando de consolarme: no hagas caso, decían unos, ese es idiota; otros, amigos de X o más cautos, no querían tampoco significarse demasiado, y bajaban la cabeza sin comentarios.

Algunos querían saber: vamos, hombre, indagaban, algo le habrás

hecho. ¿Le has sacado en los diarios?

Yo apenas tenía fuerza para negar como los niños, con movimientos de cabeza, de un humor sombrío. Se me habían quitado las ganas de hablar y de seguir cenando.

Me disculpaba, y decía en un susurro, mirando migas y regojos: no, no recuerdo.

Lo que pienso de él lo pienso, más o menos, desde hace veinte años, sabe él que lo pienso y lo saben todos, lo mismo que sé yo lo que piensa de mí, y todos aquellos a los que él les habla de mí. Pero ahí se quedaba todo. Si nos veíamos, no nos saludábamos, y si no podíamos evitarlo, lo hacíamos con frialdad. Hoy ha sido el día que más tiempo hemos permanecido juntos uno al lado del otro, quince minutos, y qué quince minutos.

Alguien apuntó entonces que quizá se tratara del artículo mío que se había publicado en su propio periódico esta misma mañana, o sea, ayer, a propósito de otro de JM., también canario y amigo de X. Glosaba uno en el suyo el artículo de JM. en el que este aseguraba que la hija de Franco había sido como un ángel de la guarda devolviendo los diarios de Azaña.

¿Pero cómo le ha podido molestar? Lo que decía era bastante sensato. Alguien dijo, no, lo que en el fondo le molesta es que te lo hayan publicado en «su» periódico.

Eso, quizá, podría ser. La mayoría de los amigos, viendo el papel tan desairado que había hecho uno, no levantaban los ojos del plato y se entretenían en dibujar en los restos de los helados y postres, con la punta de la cucharilla, extraños jeroglíficos en los que quedaba cifrada la merma que había sufrido mi honor.

La cena acabó pues de una manera precipitada, y escapamos todos de allí como pudimos, sin llamar demasiado la atención, un poco avergonzados. En una Edad de Oro, y aun de Plata, aquello se hubiera resuelto con un par de tiros, una estocada o como mínimo una pelea de puños.

El único escollo que quedaba por sortear antes de dejar el establecimiento era que habíamos de pasar de todas todas por delante de la mesa adonde había ido a sentarse ese sujeto. Yo me preguntaba, ¿tendré que escupirle, levantaré muy digno la cabeza, refrenaré el paso cuando pase a su lado?

Empezamos a desfilar de uno en uno. Los otros parroquianos, al pasar nosotros, bajaban la voz o guardaban silencio significativa y temerosamente, como cuando la policía se lleva a un alborotador o a un perturbado, y nadie mueve una pestaña por temor a que todo vuelva a revolverse y agitarse en peligroso fuego de rescoldo.

Al pasar por su mesa fue él, sin embargo, el que me interpeló. Parecía ya más tranquilo, chis, me llamó, como a los perros. Instintivamente volví la cabeza y pensé, ahora es cuando me toca a mí decir algo. Pero no sabía qué decirle, porque no tenía nada para él, no se me ocurría nada. Este es el escritor del que tan mal te he hablado siempre, le dijo a la chica guapa que llevaba a su lado, y añadió: mañana escribiré un artículo en el periódico, yo también sé ponerme estupendo. La chica guardaba silencio, estaba como tonta, me miraba asustada, quizá pensaba, bebe y calla. A mi lado estaba M., que me había esperado para salir juntos, y detrás de ella, otros dos amigos. Creo que todos estaban pendientes de aquella salida, a todos se les había pasado también por la cabeza que podría suceder algo. Y entonces a mí se me ocurrió decirle algo, no sé como. Le dije, mira, Fulano, te lo digo delante de esta chica, escribe ese artículo y publícalo, porque digas lo que digas, jamás te contestaré, nunca; es tu oportunidad.

Creo de todos modos que la frase no salió tan limpia como la pongo aquí, sino que apareció por algún lado la palabra mierda, aunque no lo podría asegurar, tan nervioso estaba.

Ya afuera, la noche era una de esas noches en las que suelen acabar los capítulos de las novelas; el viento de Toledo había levantado los toldos del cielo y se veían algunas estrellas, pocas, las que las luces de Madrid dejan ver.

Subimos lentamente por la calle Pinar hacia la Residencia de Estudiantes, donde algunos habíamos dejado los coches. Otros paraban taxis y se colaban en ellos sin despedirse, para evitar los pésames. Algunos, de nuevo decepcionados porque no le había roto la cabeza con el paraguas, me decían maliciosos: a ver cómo cuentas todo esto en el diario. ¿Lo contarás? Solo parecía preocuparles la literatura. De la vida, nada.

Cuando nos quedamos solos, M. me dijo que había sido todo penosísimo. No había ni que disimular ni que ensayar sonrisas cínicas ni frases más o menos ingeniosas. Allí estábamos los dos metidos en el coche, sin decirnos nada. Ha sido todo bochornoso, repitió.

—¿Tú crees que tenía que haberle sacudido? Me temo que he quedado como un cobarde.

—No —me decía ella—, has hecho bien.

¿Lo dices para consolarme?, le pregunté yo. No, me respondió, lo digo porque lo pienso; has hecho lo que tenías que hacer; quien ha quedado mal es ese hombre, y todos tus amigos. Es una vergüenza que ninguno te defendiera.

—No —dije yo—, Fulano y Mengano le pidieron que se marchara.

—Sí, pero no era suficiente. Alguien debería haberle dicho a X que no puede uno ir por la vida así, y haberlo puesto en su sitio. Lo digo porque la humillación fue para todo el mundo más que para ti. En ese caso tú no podías defenderte, ni yo, como tu mujer, tampoco podía. Tenía que haber sido alguno de los que estaban en la cena, que se levantara y le dijera, lárgate de aquí, vete, y deja en paz a nuestro amigo. Pero no, todo el mundo se achicó ante un hombre que es poderoso, que tiene detrás el periódico más influyente de España y una de las editoriales más importantes, que conoce a todo el mundo y que está metido en todas partes. Eso es lo que ha ocurrido, que todos han sopesado unas cosas y otras, y han visto que valías tú menos que lo que pudieran sacar de él.

No, le respondí. No se le puede pedir a todo el mundo que tenga el arrojo de los húsares o de los mosqueteros. Y aunque reconocí que algunos seguramente no lo habían hecho porque ese hombre es quien es, otros me constaba que habían sufrido de veras viéndome en aquel disparadero. Por mí y por ellos, pues cuando se nos hace testigos de una escena como esa, en cierto modo se nos hace protagonistas de ella.

Bueno, llegamos a casa con un humor ceniciento. Tampoco teníamos más ganas de seguir hablando de ello. Subimos las escaleras en silencio y todo lo que siguió a continuación, abluciones, desnudarse, empijamarse y meterse en la cama, lo hicimos sin decir nada, con la excusa de que estábamos cansados y teníamos sueño. Apagamos la luz. Los dos sabíamos que estábamos despiertos, y que seguíamos pensando en el episodio.

Creo, dije yo al fin, que es la escena más mortificante en la que me han metido nunca.

Estaba tristísimo. Dije también, no sé cómo defenderme de esto. Me hace un daño horrible.

M. no decía nada. Me dejaba decir a mí, por si necesitaba hablar para enfriarme. Quizá pensó que un poco de humor contribuiría a ello. Amagó como un sonlloro. Imaginé que sonreía. Fue un gemido alegre. ¿De qué te has acordado?, le pregunté. Cuando X estaba insultándote, me dijo, yo, claro, no podía salir a defenderte, hacer ese papel horrible de tu mujer; así que le dije al que tenía al lado que era una vergüenza que nadie dijera nada, que nadie te defendiera. Entonces ese se volvió para mirarme, me estudió como a un bicho raro, torció la boca en un gesto de incredulidad y me miró por encima de las gafas. No me había dirigido la palabra en toda la cena. Se encogió de hombros y dijo que eso no era asunto suyo ni mío. Y añadió: además, ¿qué tienes tú que ver con AT.?

M. me dijo que le contestó furiosa. ¿Cómo que qué tengo que ver con AT.?, le dije; soy su mujer. El que estaba a su lado no sabía que era tu mujer, y masculló unas disculpas, se lanzó al vaso de agua, lo apuró para ayudarse a tragar la metedura de pata y ya no despegó los labios.

Al acordarse, a M. le hizo gracia. Me la hizo incluso a mí.

¿Quién era?, pregunté a continuación. No, no te lo voy a decir; uno, me respondió, un amigo tuyo.

Y empezamos a reírnos un poco por dentro, y el sueño nos copió el humor excelente y nos lanzó, rodando, por esas simas en las que no pasa nada, y cuando pasa, no importa.

ESTOY muy orgulloso de la educación esmerada que les estamos dando a nuestros hijos. Ya son bilingües. Se les llama y nunca vienen, como los gatos.

DOS apuntes, de esta misma mañana, para el *Tratado extraño de la vida*. El primero, al salir de la tienda de la esquina, muy temprano. Hacía mucho frío. Al respirar se quedaban en el aire como bolas de algodón. El repartidor de los panes de molde y de los donuts se afanaba en descargar la mercancía. Había aparcado un cochecito con bateas en la acera y metía el género dentro, para lo cual había dejado la puerta abierta, y se colaba el frío. Desde el fondo de la tienda, el abacero le gritó: «Cierra ya esa puerta, que le huele el aliento». El barroco español, del que Gómez de la Serna aprendió tanto, no morirá jamás. El otro, un libro recibido hace un rato, de no sé quién. Le acompaña un tarjetón: «Como no me diste acuse de recibo negativo del que te envié hace un año, entiendo que puedo enviarte ahora este». Se me heló el corazón. No sé qué puerta ha dejado alguien abierta en él. Ahora ya no podré decirle nada, a menos que quisiera que dejara de enviarlos. He ganado un amigo extraño para toda la vida.

LUEGO me fui a Alianza Editorial para trabajar en la edición conmemorativa de sus treinta años y en los álbumes. Por eso tenía que hacer la compra a primera hora. Aquel es un trabajo mecánico, pesado. No se puede trabajar con gentes que tienen ideas brillantes en todo. Son incapaces de hacer por sí mismos una cubierta o elegir una tipografía, pero cuando les das dos docenas, las encuentran todas

malas. Uno siempre está tentado de preguntar entonces para qué le han contratado. Pero así es el trabajo del tipógrafo asalariado. He observado que de gustos entiende todo el mundo mucho: basta con creerse en posesión de uno solo.

Acabábamos de llegar de visitar a POdeA., biógrafo de Galdós.

El caso es que cuando llegamos, una de las secretarias del director me dijo, delante de este, que había llamado... X, protagonista de la bochornosa escena de ayer; quería que le llamase con la mayor urgencia.

—Usa mi teléfono.

No sabía qué hacer. No podía decirle, no, va a ser algo desagradable, entre otras cosas porque no sabía si se conocían entre ellos. Este es un mundo muy pequeño. Me vio titubear. Insistió, usa mi teléfono, si quieres nos salimos del despacho. Oh, no, respondí yo; va a ser un momento.

Cuando me levanté por la mañana estaba tristísimo. Todo lo de la noche anterior me había hecho un daño espantoso, no me atrevía ni siquiera a afeitarme por no ver mi cara en el espejo. M. lo adivinó y se acercó cariñosa, no te apures, se te pasará, te olvidarás de todo, ya ha pasado. Yo iba a decirle, no, esas cosas no se pasan nunca, queda una herida, como una de esas manchas de petróleo que tiznan una roca de la playa. Por eso no quería hablar con ese hombre. Lo mismo me indignaba que me compadecía de él, quizá porque me indignaba en el mismo grado extremo conmigo mismo, y en ese mismo grado me compadecía. Y no fueron tanto las cosas horribles que hubimos de escuchar, como la pregunta mortificante: ¿y qué pensará que le da derecho a decirlas? No qué se creerá para decirlas, sino quién creerá que es uno para tener que oírlas, allí, delante de todo el mundo, como si se tratase de la vieja escena, ante la mirada atónita o cómplice de tantos, apurando el vaso con el aceite de ricino.

El despacho del director de Alianza es amplio, en una planta alta de un edificio moderno. Desde los despejados ventanales se ve media provincia de Madrid, en su orientación levantina. Ya es pleno campo: polígonos industriales entre labores de cereal, los aviones de Barajas, las autopistas, las nubes arremolinadas. En un extremo de ese despacho tiene él su mesa particular, en el otro, una mesa de juntas. Todo aquel espacio está forrado de estanterías llenas de libros.

Había llamado a casa, allí le dijeron que me encontraba en Alianza y que allí estaría toda la mañana, y no sé cómo allí estaba yo, en aquel despacho y entre gentes extrañas, en presencia del director, de la subdirectora y de A., con un teléfono en la mano en el que una secretaria me decía: espere un momento, le paso con X.

Me pidió perdón de muchas maneras. Me dijo, estoy abochornado de lo que ocurrió ayer. Me decía: tú sabes que no soy así. Yo le dejaba hablar, pero pensaba, ¿y yo qué sé cómo eres tú si jamás has querido ni tenido la menor intención de hacérselo saber a uno? Le habría gustado a uno decirle que siempre me había sido indiferente y que indiferente seguiría siendo quizá, y que no entendía que se hubiese tomado el trabajo de insultarme, el más pesado de los trabajos, y que en cierto modo sus insultos eran una forma de elogio, la única manera a su alcance para distinguirme. Pero habría sido incapaz de decir nada. Porque también me consolaba que hubiera llamado, y yo, lector de folletines, sucumbía a la fatalidad de los sentimientos. Pasaban, mientras le escuchaba, de irritarme más las excusas de la mañana que las ofensas de la noche; también, me decía, le habrá costado mucho hacer esta llamada. ¿La hará por cálculo? ¿Por arrepentimiento, por conveniencia? ¿Pensará acaso en este diario, él, que seguramente no lo habrá leído nunca ni lo leerá nunca? Hubiera preferido quizá que no se disculpase. De ese modo estaría cada cual en su territorio. Sí, le decía cortante, no te preocupes, ya está todo olvidado. No me parecía justo que pidiera disculpas en privado por ofensas públicas. Me confesó que lo hizo todo por su amigo el canario. Bien, me había insultado en defensa de un hombre que podía defenderse solo y a quien de todos modos yo no había insultado. Esa era su razón. Balbucí esas frases corteses e insinceras que la educación nos enseña a dirigir a quien nos acaba de pisar el callo. Solo quería que terminara aquella conversación. Los amigos de Alianza que esperaban que finalizase para proseguir nuestro trabajo parecían querer enterarse por las medias palabras de las otras medias. Oí que decía que su amigo, el que había llamado a Carmencita Franco Polo «ángel de la guarda», era ya un hombre viejo, al margen de todo, que no iba a defenderse, que era un hombre débil. Tú, en cambio, continuó, eres un hombre poderoso...

¿Cómo desengañarlo, y para qué?

«Yo no soy así.» Y uno hubiese querido creerle, y no sabía lo que había en esa confesión de gusto, de vergüenza o de desolación. El monólogo no terminaba. Ayer era el monólogo de las ofensas, y hoy el de las excusas. No obstante todavía me hizo un ruego, que encontré si cabe más desproporcionado e improcedente. Me dijo, por favor, ¿podrías hablar con los amigos que estaban ayer en la cena y decirles que te he llamado para pedirte disculpas y que no soy como pareció que era? Ah, comprendí de nuevo, es eso. Como compensación, supongo, prometió no escribir nada sobre mí en el periódico. Le di las gracias y le dije que si quería llamar él, podía hacerlo, pero que no siendo yo un secretario suyo, lo encontraba un poco raro. Nos

despedimos de manera atropellada, con mis gruñidos de fondo. Supongo que a partir de ahora habrá de contar uno con un enemigo mucho más peligroso. Quizá no, quizá sea el principio de una gran amistad, aunque el guión de esa película habría que encargárselo no ya a Frank Capra, sino al mismísimo Curtiz.

SUCEDIÓ algo verdaderamente raro en el Rastro. Estábamos mirando un montón de libros que unos gitanos habían colocado en el suelo detrás de unos bibelots. Todo en el puesto era abigarramiento y no había espacio libre donde pudiera caber una moneda: cajitas, porcelanas viejas, ya desportilladas, sabonetas, ventalles desalados en la acera y cuadros apoyados en la pared.

No era fácil acceder a los libros, de los que nos separaba más de un metro. Logré al fin meter un pie entre la almonedería, sin derribar nada, otro lo dejé en el bordillo, y mientras las yemas de los dedos de la mano izquierda sostenían el peso del cuerpo, conseguía a duras penas con la derecha remejer los libros. Pero ocurrió algo bastante previsible, el leve soplo de la brisa me desequilibró y fui cayendo, a cámara lenta, sobre el costado izquierdo, como si la muerte hubiera vencido al fin al cuerpo, una muerte muy dulce. Se oyó un estrépito de cosas rotas. Había caído sobre un cuadro y al lado de unas porcelanas y de un Sagrado Corazón, en el que por lo que se ve no se puede confiar mucho. Pero en ese punto, y de manera instintiva, la mano derecha trató de contrarrestar el golpe y sin ver dónde la ponía, fue a apoyarse encima de un cuadro que también estaba sobre la acera. El cristal se rompió en mil pedazos, en forma de estrella. La gente, alarmada, se arremolinó en torno mío. Pensaban que me había dado un tantarantán. Lo cierto es que ni yo mismo me explicaba qué estaba ocurriendo, solo que me veía enterrado entre antigüedades y despojos de chamarileros. En el fondo nadie se extraña de nada en el Rastro, donde los desvanecimientos por causa del hambre, la fatiga o la enfermedad son habituales. De hecho se puede uno morir en el Rastro, y acto seguido llegar otro que compra cadáveres y se te lleva a casa para hacer experimentos como el doctor Frankenstein. Yo estaba preocupado por el estropicio que había causado. En el Rastro hay una regla que suele cumplirse por lo general, y es que las cosas que se rompen, se rompen por fatalidad, y es el dueño quien corre con los gastos, aunque haya sido un cliente a quien se le hayan roto. Pero yo sabía que la culpa había sido mía. En ese momento surgieron los dos o tres líderes que aparecen en los momentos críticos, en las encrucijadas de la Historia, trayendo un poco de cordura: ¡Calma, calma!, gritaban

a los que ya estaban pidiendo una ambulancia y la presencia de los guardias. ¿Qué ha sido todo? Eran los patriarcas gitanos los que trataban de poner en claro las cosas. ¿Se encuentra usted bien?, me preguntaron, en cuanto me puse en pie. Un poco aturdido dije que sí, y pregunté por lo que se había roto... ¡Olvídese de eso ahora! El gitano al que le había roto el cristal sentenciaba: ¡no se preocupe usted por el cristal! ¡El cristal es solo cristal! Aquella metafísica era incontestable. Pero yo sabía que no se había tratado de un desvanecimiento ni de un vahído, sino de algo mecánico: no se puede poner el pie izquierdo a un metro y medio del derecho, y la mano izquierda a la misma distancia de metro y medio de la derecha, aportando a las yemas de los dedos ochenta kilos, sin que a los dos minutos la mole se venga abajo. Pero parecían todos bastante más ilusionados con que aquello hubiese sido un mareo genuino, de origen oscuro.

Por suerte me sangraba algo la mano, a consecuencia de los cortes del cristal. La sangre les hizo empalidecer a la mayoría, incluido a mí. ¡Una ambulancia!, gritaba alguien; aquí al lado hay una Casa de Socorro. ¿Qué Casa de Socorro?, preguntó otro. El primero dijo, la de Vara del Rey. La gente se indignó con él y le respondieron dos o tres al mismo tiempo, airados, como si hubiese querido cometer conmigo un crimen premeditado: esa, señor, está cerrada desde hace lo menos diez años, y olvidándose del herido se pusieron a discutir cómo, cuándo y quién había clausurado aquel dispensario. El que había pedido la ambulancia, y lo había hecho el hombre con la mejor voluntad, bajó la cabeza y dejó la primera fila de los curiosos, retrocediendo hacia el anonimato. JC., que estaba a mi lado, me tendió un pañuelo.

Oí que la gente susurraba a mi lado: se ha quedado blanco como la pared. Los últimos en llegar, atraídos por el tumulto, preguntaban en voz alta. ¿Qué ha pasado? Oí que decían, un señor, que se ha desmayado. Oír que me llamaban con aquel inconcreto «un señor», sin nombre, me pareció que era como si dijeran, «uno que murió, y después ya no escribió más nada». Y debí de empalidecer más aún.

La decadencia de Occidente empezó el día en que la gente dejó de hacer ayuno para hacer régimen.

LOS libros empiezan a vivir su vida diez o doce años después de que se hayan escrito o que los hayan premiado. Y con o sin premio, lo que sean, varía poco.

LA gente pregunta con curiosidad morbosa por las peleas y trifulcas literarias, creyendo que a los escritores les roe la envidia por dentro. Cuando trata uno de explicar que eso ocurre en todas partes con idéntica virulencia, le sonríen a uno significativamente, como poniendo cara de «qué nos vas a decir». Pero lo cierto es que el tribalismo se practica entre los médicos, entre los catedráticos, en las academias, en las cofradías de pescadores, en las peñas taurinas. Una vez se celebraban elecciones para la directiva de la Organización Nacional de Ciegos, que tiene la sede en la calle de Prim, y vimos cómo se armó una gran gresca en la que los ciegos que vendían la lotería, divididos en dos facciones, se combatían con fiereza, a bastonazos, y quedó vencedor el bando en el que había más tuertos y gente con visión menos estropeada. Así que cuando alguien pregunta por qué razón uno tiene algunos enemigos, contraataca y pregunta a su vez: ¿y tú te llevas bien con todos tus hermanos, con tus primos, con tus tíos, con tus padres? ¿No crees que algunos son unos zopencos, no has mandado alguna vez al infierno a algunos de ellos porque te parecen estúpidos? Es infalible, y la gente guarda silencio, como en aquello de la mujer adúltera que se cuenta en el Evangelio. Se pone uno a escribir con el dedo en la tierra, y la gente se va yendo por el foro, con su mutis. De modo que finalmente queda uno solo, como esquinaria, y diciéndose: ¿nadie me acusa?; pues me voy a casa, y procurará uno pecar lo justo.

SE refería Manuel a cierto gato que había tenido hace años, muy fiero y cazador, y recordaba un trance especial, que él presenció, en el que el gato se enfrentó con una rata. Había cometido esta la imprudencia de dejarse ver y salir a su ronda, cuando el gato la descubrió. Era una rata enorme, al parecer. Las manos de Manuel se separaron del cuerpo para representar su tamaño, y hubiera podido creerse que hablaba de una liebre. Se entabló entre los dos animales singular y cruentísimo combate. El caso es que la rata se insolentó con el gato de una manera salvaje, le enseñaba los dientes y le lanzaba terribles viajes al gato, que la tenía arrinconada contra una pared. Finalmente el gato se hizo con ella, pero lo singular de la historia era ver la indignación que sentía Manuel por la sublevación de la rata, por su porfiado afán de vivir y por no comportarse como una rata, sino de aquella manera limpia y gallarda, impropia de alimaña tan desprestigiada. Decía, «la muy sinvergüenza no crea usted que se daba por vencida, no; vendió muy caro el pellejo, pero no le sirvió de nada porque aquel gato la dio pal pelo», y ya con esta última frase parecía quedarse Manuel mucho

más conforme con un mundo en el que, por un momento, pareció que se iban a subvertir todos los valores.

AH, qué felicidad tener que hacer algo todos los días, algo, por decirlo de esta manera, necesario, cumplir un horario establecido, algo real. Se pasa uno todo el día metido en casa con sus irrealidades más o menos fantásticas. Se levanta uno, pasa por la cocina y el cuarto de baño, se desayuna un poco, se ducha y se pone a escribir. En eso ha empleado una media hora, y luego se sienta frente al ordenador. El tiempo empleado de la cama a la mesa de trabajo se puede contar en segundos, cuatro o cinco segundos. Como la luz en recorrer dos mil kilómetros, la distancia que hay entre el suelo y la realidad. Es muy difícil creerse todos los días un dios con este trabajo, no es posible tener todos los días ni las facultades ni la escapatoria de la luz. Y eso es lo que le ocurre a uno casi siempre. Cuando G. era chico, le preguntaban en la escuela, niño, tus padres a qué se dedican, y respondía indefectiblemente, mi madre trabaja y mi padre está en casa. En la casa las cosas que suceden no dejan de ser domésticas e irrelevantes, eso lo sabe hasta un niño. El mundo empieza de veras a suceder del portal hacia afuera. Por eso lleva uno cuatro días de una felicidad que pocos podrían igualar. Al fin tiene uno un trabajo serio, fijo, de tener que ir todos los días a una hora y cumplir con un horario. Cierto que es un trabajo para el que nadie le ha contratado ni le pagan por él, porque ha sido uno mismo el que se ha dicho, he de hacer esto y lo otro. Pero es un trabajo para el que tiene uno que salir de casa temprano, caminar durante veinte minutos, sentarse allí todo el día, y un poco antes de comer, salir. Llevo también una carterilla, con mis cuartillas y mis libros. Sería feliz si me atreviera a llevar también un bocadillo o una manzana. Todos allí paran un rato para almorzar, y mientras los demás se comen esa golosina, yo hago como que me concentro más en el escrutinio, aunque las glándulas salivares me dejan la boca llena de agua, y es un momento de crisis. Si algún día cobro yo confianza con mis nuevos compañeros de fatigas, traeré mi propio almuerzo y quizá me dejen tomármelo en su compañía.

Y qué feliz va uno también por la calle, mirando a todo el mundo. Me gustaría parar a los transeúntes y preguntarles: ¿a que no tiene usted la menor idea de adónde voy ahora? Nadie lo podría ni sospechar. M. incluso debe comprender la ilusión que me hace esta nueva actividad, porque ya desde la víspera me está preguntando, y lo hace con la menor excusa, A., ¿mañana también tienes que ir a la Fundación Pablo Iglesias? Yo pongo entonces una cara de resignación

y responsabilidad, como quien sabe que ha de cumplir con la condena del Padre Dios a nuestro Padre Adán, así que me quedo sin palabras y le respondo únicamente con una cabezada que expresa resignación, responsabilidad... y orgullo.

También me habría gustado que esa fundación tuviera otro aspecto, no sé, como unas verdaderas oficinas, pero no se puede disfrutar la dicha completa en esta vida. Tienen metida esa fundación en una gran casa de los años cincuenta, creo yo, en dos pisos, uno, por lo que han contado, es un piso suntuoso y principal donde están los gerifaltes, y otro, en el que han puesto la biblioteca. A este es al que va uno a cumplir con sus obligaciones de escritor concienzudo.

Al principal se accede por un portal plagado de mármoles y lámparas muy aparatosas de la calle Zurbano. El primer día yo entré en ese por equivocación, pero salió corriendo un portero detrás de mí y me preguntó, eh, ¿adónde va usted?, y me remitió al otro portal, como a los repartidores del abarrote. A la biblioteca, aun siendo del mismo edificio, ha de entrarse por un portalillo de la calle perpendicular a Zurbano. Se trata de un portalillo angosto, de servicio. La casa es, como las de esa época, una casa de solventes materiales y proporciones un tanto imperiales, con mucho ladrillo visto combinado con una piedra muy moderna, de la que en los años cincuenta y sesenta se empleaba para darle mucha gloria al fascismo y a la noble burguesía que le servía, quizá un mármol poroso de las canteras madrileñas.

En el portalillo por donde uno entra, el zaquizamí de la portería está siempre vacío. Uno esperaría que en una sede del Partido Socialista fueran por lo menos a destacar unos guardias, para la prevención de los petardistas, pero no.

Se conoce que en la casa ya no hay dinero para tantos sueldos, y al portero se lo han llevado al portal de los señores. Allí, supongo, estará el retén que monte la guardia. En cuanto al ascensor es uno de esos ascensores metálicos y estrechos, como un ataúd, con las paredes de chapa, en los que únicamente caben dos personas. Está lleno de inscripciones hechas con la punta de una navaja o de una llave. La gente aprovecha cualquier rincón para escribir. Vivimos en un país en que no se lee; ahora, la afición por la literatura y el arte es muy grande, y en cuanto se la deja y se le ponen los medios adecuados, la gente está ansiosa por comunicar donde sea su experiencia y pintar una polla y los dídimos. Son inscripciones un tanto lilas, de una gran inocencia. Podría pensarse que se trata de nombres de mujeres o de hombre, pero no, son el título de novelas que seguramente están aún por escribir o que ya se han escrito, Lola, Caraculo, Carmina, te

quiero, Socialistas ladrones, Si quieres follar llama al 4194430.

El ascensor le deja a uno en un descansillo no mucho más grande que él, ante una puerta en la que no consta por ninguna parte que aquello sea ni una fundación ni una biblioteca.

Han adaptado, como han podido, la vivienda para biblioteca. Al lugar todavía no se le ha ido ese aire de casa particular, en la que han tratado de adecuar, como han podido, el mobiliario, para darle un aspecto de lugar dedicado al saber y a la investigación. No cuentan tampoco con medios copiosos. Los libros los han acabalado por aquí y por allá, en donaciones y en libreros de lance, con cuatro perras, y casi todos los muebles son viejos y destartalados, seguramente se los habrán prestado o los habrán comprado en una almoneda. No hay casi nada bonito, ni las sillas ni las mesas ni los ficheros. Nada. Eso a uno le conviene mucho, porque al responderle a M., cuando pregunta por la noche si ha de volver uno a la Fundación Pablo Iglesias, no tiene ni siquiera que fingir y la cara de vago pesar es de una sinceridad consecuente. En las paredes han colgado unos retratos de Pablo Iglesias de los que solo puede decirse eso, que los han colgado. Uno de ellos está realizado sobre una plancha de metal pulimentada. Dan ganas de revolucionarse viéndole, tanto por él como por el socialismo español. Las luces de los pupitres no funcionan, pero como hay una buena luz que entra por el costado, no se echan tampoco a faltar. Desde las ventanas de ese tercer piso se ve el Instituto Alemán y los jardines del instituto, así que la luz tiene algo de acogedora y botánica. Desde nuestro pisito el Instituto Alemán resulta faraónico y lujoso, y le nacen a uno incluso ínfulas de hacerse alemán.

Trabajamos en la biblioteca, hoy por hoy, tres sabios. Dos chinas tesinandas y yo. Las chinas son dos chinas genuinas pero tristísimas, con la sonrisa desflorada y con el cuerpo a medio medrar y consunto. Una, sin embargo, tiene un pandero considerable, de toda la ciencia que ha acumulado en su vida, pese a su juventud, como el que se le ha puesto a uno desde hace veinte años. Visten ambas ropa vieja, de almoneda también, ropillas usadas, rozadas y bisuntas, que parecen haberles sido enviadas de una cooperativa maoísta. No se sabe lo que están investigando. Por la manera en que cogen el bolígrafo y pasan las páginas de los libros que consultan, se ve que ninguna de las dos es un genio, sino más bien concienzudas trabajadoras que están apuntalando, implacables y desapasionadas, alguna importante tesis revolucionaria. En los cuatro días que he ido han venido uno o dos hombres también. Estos parecen tener más claras las cosas, llegan, dejan su cartera en un pupitre, hablan con la bibliotecaria, esta les saca el libro a los dos minutos, se sientan, lo consultan durante un

cuarto de hora, devuelven el libro, meten los papeles en la cartera y se largan. Parecen más que investigadores, eruditos por horas, como las asistentas que van a las casas. En cierto modo están cortados por el mismo patrón, son tipos de entre cuarentaicinco y cincuenta años, con barbas entrecanas, pantalones viejos y abollados y unos jerséis proletarios llenos de pelotillas, que da pena vérselos. A la honorabilidad de su porte han añadido la audacia de los negocios, pues se diría que de esos datos van a obtener un beneficio real. Quizá son empleados de una gestoría o habilitados de clases pasivas, que consultan esos archivos para poder solicitar una pensión de sus representados. Recuerdan algo a los vendedores de productos farmacéuticos, se comportan igual, cualquiera diría que han probado ya todos los remedios que proponen.

Tanto las chinas como los oriundos despliegan, sin embargo, unas dosis incubicables de entusiasmo, porque la erudición, como el ganchillo, es enormemente agradecida. Empieza uno por una punta y metiendo el hocico de las agujas aquí y allá, aquí y allá, haciendo equis, y antes de que se dé uno cuenta, tiene ya una colcha, las faldas de una mesa camilla o un tapetito para el coche. Como la calceta también. Empiezan por un extremo del archivo y hasta que no lo peinan por completo, no cejan. Lo que sacarán probablemente será algo de una gran consistencia, impenetrable, como la mayor parte de los libros que metemos en las bibliotecas, pero eso no será el problema, pues habremos contribuido a que la vida resulte inamovible, como los espigones que nos abrigan del proceloso mar. Sí, la erudición es un trabajo que tiene que ver con hacer una colección de cromos, solo que inacabable, porque a medida que vamos culminándola, a la colección vuelven a salirle unos cuantos cromos más.

Uno también mira fichas y cosas que le traen, pero como no tengo el hábito de la ciencia, me distraigo a menudo y me quedo mirando por la ventana o a las chinas. Cada una de ellas mirotea libros distintos, pero deben estar trabajando en la misma tesis. Las bibliotecarias creo que me observan con desconfianza, porque se debe notar que uno viene aquí a otra cosa, como los pobres que se meten en las iglesias cuando tienen frío. Hasta los sacristanes advierten que no es precisamente la devoción la que les retiene durante un par de horas tragándose todas las misas. Pero yo no he declarado nada, por si acaso.

EL hombre bueno es el hombre justo. El hombre justo es el que ante la

injusticia no calla. El hombre malo, el hombre corrompido, es el que administra su silencio a su conveniencia, amparándose en la palabra oportunidad. Una forma de injusticia, o sea, de desorden, es siempre la estupidez o la inmoralidad. Incluso la amoralidad suele presentarse como una forma de injusticia. Restablecer el orden es allanar el camino entre la injusticia y el orden o, si se prefiere, entre el desorden y la injusticia. Por eso el hombre bueno ha de ser siempre un poco malvado, es decir, intempestivo, inoportuno. Un hombre bueno no calla jamás, no otorga, no transige. El hombre bueno desgraciadamente es siempre intransigente. El único que transige, el que hace la vista gorda, el que se reserva, es el hombre malo. Ayer un periodista me dijo que yo tenía fama de ser un hombre intransigente. No sé cómo salí del paso. Solo ahora, doce horas después, se me ha ocurrido una contestación que de todos modos no hubiera podido darle, porque nadie habla así, salvo los que quieran prepararse un camino hacia alguna parte, es decir, los hombres calculadores.

ESTÁBAMOS comiendo, como todos los días, bromeábamos sobre esto y lo otro. Se habló luego de lo mucho que a él le había costado siempre escribir, mientras que pintar había sido como respirar, algo natural y fluido. En realidad, dijo de pronto, cada minuto que pasa me cuesta más todo. Lo dijo con una tristeza grandísima, y nos angustió a los presentes no tanto lo mucho que le costaba, sino ese «cada minuto que pasa» que para él acaso pasa mucho más deprisa. Y añadió que lo peor es que veía que todo lo que había hecho en esta vida no era sino la mitad de lo que tendría que haber escrito o pintado, y que ni siquiera de cosas que le importaban mucho, como Velázquez, había dicho lo fundamental.

Tratamos entre todos de consolarle un poco, porque de ese consuelo vivimos también quienes le rodeamos, y se lo aplica cada cual como puede.

(…) Luego se habló de Galdós, y RG. dijo una cosa preciosa del Santa Cruz de *Fortunata*. Dijo, lo grande de Galdós es que pudiendo haberle puesto a ese señorito de vuelta y media, porque se ve que es un pollo un poco basurita, se haya desentendido de él, sin juzgarle. Y todo porque no quiere pedirle en una novela a alguien lo que tampoco querría que pudieran pedirle a él en la vida, llevando la suya el hombre como pudo, a trancas y barrancas con las mujeres.

Y NO querría uno volver otra vez sobre ello. Hace dos días se ha

muerto Jünger con ciento dos años. Tiene uno la sensación de que esa longevidad es aún más meritoria y admirable que su obra, o le conmueve a uno casi más el hecho de que haya vivido esos años, en las condiciones personales e históricas en que lo ha hecho, que las decenas de libros que nos ha dejado escritos. Dicen de él hoy los periódicos: era un polígrafo. Ah, qué miedo da que le llamen a uno algo así, o que le digan prolífico. Cierto que cuando dicen de alguno de nosotros que escribe mucho es porque no pueden decir nada peor. Pero también lo dicen en este caso, porque seguramente *no* quieren decir nada mejor, ya que no tienen nada mejor que decir, por miedo a tener que desdecirse un día. Publican con ese motivo de la muerte una selección de sus diarios últimos. Son fragmentos sin otro interés que el estar escritos por un hombre centenario. Habla de sí mismo como si estuviese haciendo una tesis sobre su humilde persona, en este estilo: «En tal libro ya abordé yo el problema principal de la comunicación del sujeto...» o «todo cuanto pienso de tan gravísimo asunto queda suficientemente explícito en tal libro de 1952 y en otro, titulado así y asá, de 1969, textos que bastarán por sí solos para demostrar unas posiciones en absoluto ambiguas...». Ya sabe ahora uno quién es el modelo de Julián Marías o de don Pedro Laín.

Uno, que no cree en el estilo, ha de reconocer que el estilo es extremadamente útil para desenmascarar la retórica de una idea y de su inanidad profunda. Claro que esto en absoluto lo compartirán todos aquellos que viven de la casuística escolástica.

Y EN ese clima de misterio, mientras iba podando las ramas del glicino, se oían los chasquidos de las tijeras, chas, chas, pero casi no podía ver mi mano cortando, tan espesa era la niebla, solo esos chasquidos acolchados en el aire grávido y frío de la mañana. Al rato yo mismo me sugestioné en ese laboreo, y di en pensar que el ruido que la podadera hacía se parecía mucho a los latidos de un corazón, el corazón de la niebla. Y para quitarme el miedo le iba contando un cuento a la mastina Mora, que se había echado a los pies del árbol, esperando que terminara, acaso ella misma allí echada por miedo a esa hora. No movía ni las orejas, me miraba únicamente. La niebla era algo tangible que reptaba por el suelo, a ráfagas, y al llegar a donde estaba echada, la cubría como una manta, como ese chal que las viejas se ponen sobre los hombros para detener los relentes traidores.

En un momento todo a mi alrededor pareció contagiarse de ese temor general propiciado por la niebla, y de la misma manera que Mora, fue llegándose adonde yo estaba todo lo creado. Se diría incluso

que la casa se movió unos cincuenta metros porque no soportaba estar tan sola, y los árboles, y los pájaros, y el camino incluso se desvió para que le hiciera compañía. Todos querían saber qué estaba pasando, con aquel chas, chas, chas, a los pájaros, pobres, no les salía más que un hilillo de voz, y los olivos vinieron también y me rodearon, como un grupo de escolares que esperan el reparto de algo. Quizá solo eran turbas que aguardaban mis bienaventuranzas, o el milagro de los panes y los peces, porque en Extremadura los olivos y los pájaros están acostumbrados a los subsidios agrarios también. Yo no tenía muchas ganas de hablar, y respondía a todo con monosílabos. Y llegó un momento en el que también me sobraban las preguntas del campo. Porque después de haber escrito sin desmayo durante semanas, llega uno a sentirse vacío, y se mira por dentro y no ve más que bodegas esquilmadas.

La niebla se levantó al fin, pero no sin que antes intercediera yo y la convenciera de que no era prudente despertar tanto miedo en las cosas creadas, porque esas son fuerzas que erupcionan pero que nadie puede luego someter. De modo que con mucho trabajo, como el que desaloja del cielo un rebaño entero de amontonadas nubes, fue la niebla deshilándose, y los jirones se marcharon luego cada cual a su guarida.

EL día de Jueves Santo caía nieve sobre los lilos florecidos. Y los ramos de lilas parecían un postre. Y caía también la nieve en mi espalda, en mis hombros, en la cabeza, en las manos, mientras cortaba leña. La nieve había tapado ya los troncos de encina, como esas mantas que se ponen por encima de los caballos, cuando han terminado de correr. Me acuerdo, ahora que todo eso ha pasado, para poder decir yo también, ¿dónde están las nieves de antaño? Es como decir, ¿qué fueron de aquellos días felices en los que ni siquiera sabíamos que éramos felices?

Y hay días que se completan apenas con esfuerzo, y son preciosos. Vino un coche a recogerle a uno por la tarde y se lo llevó a la conferencia, que era, en esta ocasión, en un pueblo que de no ser por la cultura y esto de lo que vivimos, no habría conocido uno nunca. Como cuando se es torero o se trabaja en una compañía de cómicos. Villanueva de Alcardete. ¿Quién hubiera decidido, sin haber sido coaccionado, esta tarde me voy a llegar a Villanueva de Alcardete? Y era un pueblo... entre la fantasmagoría cervantina y la razón sonámbula. Todo lo que sucedió parecía inverosímil y todo parecía tener allí mucha más realidad que uno mismo.

Es un pueblo manchego del que podría decirse lo que de todas nuestras obras, lo que de las suyas decía el bueno del pintor Solana, tan sincero, o sea, un pueblo a medio conseguir. No era feo, desde luego, pero distaba mucho de ser bonito, incluso podríamos decir que mirado con según qué ojos, podría ser humanamente hermoso. Era bonito por partes. Unas seducían y otras, no. Esta parte sí, esta calle también, la calle entera no, esta y esta casa quizá, lo demás, destruido... Aquella iglesia, el convento aquel al que robaron una esquina para hacer una Caja de Ahorros... y todo así. El pueblo, la población, en este caso, seguía dividido en dos bandos, como en la guerra civil. Durante la guerra fue de los rojos, que cometieron innumerables tropelías, inimaginables y retorcidas. Entre ellas la de asesinar a una joven de buena familia a la que cortaron los pechos. Habría que enterarse de cómo fue eso. La gente cuenta cosas que luego tienen muy poco que ver con lo sucedido. Se acabó la guerra, entraron los fascistas y con más sostenida y amparada vesania llevaron adelante los más salvajes atropellos con todos los que habían sido republicanos, hubieran o no tenido que ver con los antiguos desmanes. El pueblo, irredento, quedó dividido en dos para los siguientes tres o cuatro siglos. Con los años fue saliendo la gente de la cárcel. En vez de emigrar a otro país, a otra ciudad, los penados volvían allí. ¿Adónde, si no, emigrar? Era aquel el lugar donde habían nacido, donde habían nacido sus padres, los padres de los padres, el lugar donde también vivían los asesinos de sus padres, de sus tíos, los hijos, los parientes de los asesinos, el lugar en el que unos y otros tenían enterrados los muertos. ¿Dónde hubieran estado mejor? Hay hoy, y todos recuerdan aún aquellos viejos tiempos, historias sombrías que van y vienen por las calles vacías y que al doblar las esquinas dejan tras de sí sus vedijas de lana sucia. Te las hilan aún, bajando un poco la voz, mirando torvamente a uno y otro lado, por si alguien cerca pudiera meterles un cuchillo entre las costillas.

Hacía uno de esos días tristones de La Mancha, con el tendal del cielo negro, que parecía que se iba a caer por el peso y aplastarnos a todos. Había estado lloviendo y las calles se habían llenado de charcos. Nos daba tiempo, media hora, para recorrer andando las cuatro calles y la plaza. Los que le acompañaban a uno no quisieron engañarle. Se ve que era un pueblo de opiniones radicales no solo en política. «Aquí no hay nada que ver.» ¿La iglesia no es bonita? Sí, la iglesia, gustando, es bonita, admitió uno con mucho escepticismo. Vamos allá, dije yo. Al entrar en el pueblo, habíamos dejado atrás una iglesia imponente, de piedra, como una fortaleza medieval, con una torre. Al lado tenía unos cuantos árboles con las ramas desnudas. La

visión era de cierto carácter, como para que la pintara Regoyos o Solana. Entramos. Un día de diario, martes, a las ocho de la tarde, y verla llena, impresionaba. ¿Se ha muerto alguien?, pregunté yo en voz baja al que tenía al lado. No, que yo sepa. ¿Siempre está tan llena? A ver, en un pueblo como este, ¿qué se va a hacer por la tarde? Era, sí, como si siguiéramos en el siglo XIX. No cabía un alma. Rezaban el rosario. No podía verse nada. Las beatas que estaban al lado de la puerta se distrajeron con nuestra entrada y nos observaban con curiosidad, mucho más interesadas en nosotros que en la salvación de sus almas. Los acompañantes, por lo que se veía, gentes poco o nada de iglesia, estaban incómodos allí, y salimos.

¿Y cuántos habitantes tiene el pueblo? Yo preguntaba cosas como si fuese Galdós o Baroja, para una novela. ¿Ahora?, preguntó otro de los acompañantes. Íbamos tres, dos del pueblo y yo. Se miraron los aborígenes y se intercambiaron una mirada de inteligencia, como si quisieran ponerse de acuerdo antes de responder, por si se llevaba uno una opinión desfavorable del elemento humano, desinteresados de las cosas del municipio. Tres mil quinientos, igual. Al otro le pareció bien, y asintió con la cabeza. De la media hora que teníamos libre habíamos gastado cinco minutos en ver la iglesia, nos quedaban veinticinco y no muchas más cosas de las que hablar.

¿Tomamos algo? Al lado había un barejo, que había sido café y casino. Y algo de todo eso quedaba aún en su aspecto, no sé, quizá algunas columnas de hierro colado, el tufo de los viejos caciques y la compra de votos y quién sabe si el espectro de algún tribunal popular. Había unos viejos jugando a la baraja, estaba la televisión puesta, algunos chiquillos trasegaban sus chucherías, corrían por allí, salían y entraban chillando como cornejas. Dentro olía a cebolla, y picaba un poco en los ojos, más que en la nariz. La baraja era vieja también, mugrienta, con las puntas alabeadas. Los viejos, antes de arrojar la carta al centro de la mesa, la tenían guardada en la mano y doblada hacia dentro, como una teja, para que nadie la viera. Sus manos eran como garras, sarmentosas, deformadas por la artrosis. Todos llevaban las uñas largas, llenas de porquería, mal cortadas. Uñas amarillas, anchas y fuertes, como pezuñas. Al soltar la carta, aprovechaban y descargaban un tremendo puñetazo sobre la mesa, que sonaba como una coz. Aunque la gente próxima estaba habituada a esos golpes, a veces algunos resultaban tan violentos que los desadvertidos se volvían sobresaltados, con el terror pintado en el rostro, como si pensaran: ¡ay, Dios, ya se han matado, ha vuelto el 36!

Amaban su pueblo. Cincuenta millones de kilos de uva recolectaban al año, y de ellos rezumaban los treinta millones de litros de vino que

se producían. Este es un pueblo rico, reconoció la autoridad municipal, y en el fondo no se sabía si esto era bueno o malo para su gestión, si era preferible que hubiesen sido más pobres y más gobernables. Pero... Se sabía que en ese «pero» vendría alguna pequeña mortificación. ¿Qué población no la tiene? Buena parte del vino se lo llevan fuera, a Alemania, a Italia. Y de allí retorna con la etiqueta de los vinos del Rin, de la Padania, de la Alsacia, de Suiza. ¿Ha oído usted hablar de los vinos suizos? Son todos de Villanueva, reveló el hombre con trágico énfasis. Y los del Rin, la mitad, de Villanueva... Se encogió de hombros y bebió el chato de vino que le habían puesto en el casino-bar.

Quedaban aún otros quince minutos, y los temas se iban agotando. El pueblo es precioso, les dije de corazón. ¿Se lo parece?, preguntaron. En el semblante, sin embargo, se les pintó la figura de los que habían sido ya engañados muchas veces con declaraciones oportunistas e insinceras, como mujeres a las que reiteradas promesas incumplidas de matrimonio hubieran llevado no menos veces a la deshonra. Sí, les tranquilicé, le gustan a uno mucho estos pueblos secos, manchegos, metafísicos, cervantinos. Hay algo en ellos muy serio, muy triste, sublimado, acaso los cielos inabarcables, las ventas abandonadas, los caserones cerrados desde hace una eternidad. Quizá lo que es triste en ellos sea la eternidad...

—No —admitieron al fin ellos mismos, afirmativos, bajando la cabeza, por si pudiera tomárseles por una presunción—, el pueblo, gustando, es bonito. Pero aquí la vida es dura.

Y nos quedamos callados los tres, esperando apurar los vasos y que las manecillas del reloj corrieran un poco más.

Desde donde nos encontrábamos se podía ver escorada la iglesia de Santiago, donde habíamos entrado. Empezaron a salir los parroquianos que habían rezado el rosario y la novena. Se diría, por la animación que había adentro, que la romería proseguiría afuera. Pero no. Se destilaban de las frías bodegas sagradas en silencio, de uno en uno, de dos en dos, como figuras encorvadas y de luto, y en menos de un minuto quedó todo otra vez vacío, despejándole el camino a los entierros.

—¿Irá mucha gente a la conferencia? —pregunta uno por pasar el rato.

La pregunta les alarmó mucho, se diría, incluso, que les quitó toda la melancólica soñarrera que les cerraba los ojos y se los dejaba entre el sueño y las ilusiones no atendidas. ¿Quién sabe?, respondieron al unísono, con acordadas fatalidades. Uno de ellos, el que se había mostrado incómodo e impaciente en la visita al templo, se permitió

una pequeña broma: seguro que menos que a la iglesia.

Y llegó la hora. Salimos de allí como tres verdugos que han de ir a cumplir con su misión. El local de los actos propiamente no estaba demasiado lejos, pero sí lo bastante como para tener que subir a un coche. Las calles, anchas, las casas de uno o dos pisos, con las ventanas cerradas, los comercios con las luces apagadas o a punto de cerrar, el asfalto mojado y con eternos lavajos, las aceras espaciosas, todo era una invitación a la fuga, pero no, seguimos con determinación y sangre fría camino de un salón inhóspito y espacioso en el que esperaban dos docenas de curiosos, sentados aquí y allá, sin hablarse.

Al acabar se acercó el alcalde y, con un cheque y una placa, me hizo entrega de un gran queso manchego y tres botellas de vino, supervivientes de las razias alemanas, suizas, francesas. La placa conmemorativa era de alpaca, con mi nombre, y estaba clavada a un trozo de madera, como Cristo a la Vera Cruz, y barnizada como los ataúdes, con uno de esos maques a prueba de bala.

Cuarenta millones de litros de vino salieron este año, confirmó el alcalde de nuevo, sin venir muy a cuento. ¿No eran treinta? Miró uno con paternal reconvención a sus cicerones, como si no estuvieran al tanto de las cosas importantes de este mundo. Cuarenta millones. Sacudieron los otros la cabeza, porque a ellos mismos les parecía inaudita la injusticia sostenida que se cometía con el pueblo. Se formó un corro con los aficionados oyentes que no querían volverse a casa después de la conferencia. Y se armó en un momento una tertulia. Yo seguía preguntando cosas, por ilustrarme y por curiosidad, por si alguna vez se me ocurre hacer un libro de este pueblo. Conocían todos ellos su historia al dedillo. El primer jesuita que llegó a Corea era de allí, y se mostraba la población, pía o apóstata, muy agradecida por la gesta, así como agraviados estaban todos ellos con Cervantes. Había sacado este en el *Quijote* a El Toboso, que solo dista de Villanueva quince kilómetros. ¡Qué le hubiera costado haberle traído a Villanueva de Alcardete, estando a un tiro de piedra de El Toboso! ¡Las cosas que habrían cambiado en el pueblo de haber sido así! De ser uno, a ser otro, de tener que someterse a los trasiegos inmundos de vinateros piratas, a admirársele hoy como una gloria del mundo; y de no recibir un céntimo, a recibir de la Administración todo el dinero que recibe El Toboso para programas turísticos y culturales. Ay.

Llegué a casa a las doce de la noche. Venía muy contento, sobre todo por el queso y el vino. La placa es indestructible, como las urnas de las incineraciones, y no sabe uno para qué emplearla. Si tuviera una *boiserie*, podría ponerla allí, como perifollo. En cuanto al talón,

discretamente abultado, no puede compararse al queso y a las tres botellas de vino. Me sentía como en los tiempos del trueque. Mi vida por un queso, podríamos decir. Si uno, abriendo el queso por la mitad, y descorchando la botella, dijera a M. y a los niños, tomad y comed, este es mi cuerpo, tomad y bebed, esta es mi sangre, podría sonar a una blasfemia, pero se acercaría bastante a la verdad de lo que siente uno.

M. me esperaba despierta, en la cama, leyendo, y recibió los presentes lo mismo que mi madre cuando entraba mi padre en la cocina, de noche, después de un día de caza o de pesca, con la percha de codornices o el fardel con las truchas. Me preguntó, ¿qué tal todo? Yo dije, bien. ¿Y el pueblo? Precioso. ¿Lo dices en serio? Lo digo en serio, me ha gustado, y las gentes también. Le pregunté si quería un poco de queso y un vaso de vino, pero me respondió que era ya tarde, y uno, en medio de todo, y a diferencia de otras veces, con el queso delante y las tres botellas de vino, no se sintió un completo inútil.

EL día de mañana está muy sobrevalorado, porque el día de mañana, no hay que engañarse, no va a llegar nunca (Zenón de Elea).

EN el Rastro, esta mañana, una escena preciosísima. En la calle del Carnero tiene el puesto un payo casado con una gitana, creo. Quizá sea paya también. Parece gitana. Era guapísima. En diez años le ha dado nueve hijos. Se casó con él cuando todavía era una chica de dieciocho o veinte años. Antes de los treinta ya tenía nueve hijos. Lo raro es que es la segunda mujer de ese hombre, que tuvo otra, con la que también ha tenido otros nueve o diez hijos. A la primera nosotros no la conocimos. Pero a la prole de la segunda la hemos visto crecer estos años. No ha dejado la mujer de venir ni un solo domingo al Rastro, ni cuando las criaturas eran pequeñas. Vencida la cuarentena, allá la encontrábamos, sentada en alguna de las sillas viejas que vendía, dándole el pecho al recién nacido, mientras los otros, de distintos tamaños, se le derramaban alrededor. A veces en pleno invierno, le caían los copos de nieve en el pecho desnudo, y se le fundían allí. Para ser tan pequeños, la verdad es que los niños han sido muy formales y seriecitos. Y si por cualquier porfía se enciende en ellos la llama de la pendencia, la madre los mete en cintura y si ella no se basta para apagar ese fuego, pide ayuda al padre, que hasta ese momento ni siquiera suele prestar atención a lo que ocurre, y él, entonces, ruge como un león y la camada se aplaca como por ensalmo.

Se ve que el hombre se hace respetar, y los hijos le respetan. No se ha entendido muy bien cómo esa mujer hacía ese sacrificio de acompañar a su marido en esas frías mañanas, ni para qué, puesto que allí, sentada, ocupándose de la prole, no podía serle de gran ayuda ni en la colocación y recogida del puesto, ni en la venta de las piltrafas que suele vender. Pero allí, puntual, fiel, estaba ella siempre. A las gitanillas las hemos visto espigarse, como a las amapolas de los trigales. Algunas, las mayores, son ya preciosas, más incluso que la madre, que con tanto parto se ha desdichado y marchito prematuramente. Ellas son como esas figurillas que saca Cervantes, trigueñas, de cintura graciosa y una mirada llena de destellos negros y misteriosos. Ayer uno de los gitanillos más pequeños, quizá como de tres o cuatro años, se había sentado en el bordillo. Para estar en el Rastro a esa hora han de madrugar mucho, una o dos horas antes de que salga el sol, después de haberse acostado tarde, dejando la furgoneta cargada. Los hermanos mayores ayudaban a su padre en la colocación del puesto y en el desembalaje del género, pero el pequeño se había sentado en el bordillo, se había abrazado las rodillas y había dejado sobre ellas, de lado, como en una almohada, su cabecita, y así, en aquella posición, se había quedado profundamente dormido. Ni voces ni trajines le despertaban. Los hermanillos respetaban el sueño profundo del hermano menor, y lo miraban de vez en cuando con enorme ternura, como al paraíso del que ellos habían sido expulsados cuando ni siquiera sabían que a aquello, a descabezar un sueño, podía llamársele paraíso, el último acaso que hollarán sus puras almas.

LO del curso de Úbeda era una variación sobre lo que suelen ser los ciclos de charlistas. Ha dicho uno muchas veces lo mismo, y lo ha contado todo, pero llega a una plaza nueva y se da cuenta de que el titereo es diferente, y se dice, con resignación, qué le va a hacer uno, y se aplica a ello como ese empleado de un registro que ha de pasar a limpio un viejo informe.

Vino un hombre a recogerme a la estación. Nos apeamos unos pocos. Todos teníamos pinta de pobres seres que iban a participar en un curso de literatura. Me preguntó, al llegar al pueblo, si quería entrar en la conferencia que estaría dando otro. Eran poco más de las doce. Le dije que no, pero de una manera que no se ofendiera, como el otro día al banquero solanista. Le pedí que me llevara a ver el pueblo. Empezamos a hablar. A las dos o tres frases comprendí que el hombre, que había organizado el congresillo, creía que yo era también un profesor de universidad o de instituto. No sabía que era escritor. Y yo

no sabía cómo desengañarle, por si pensaba que yo quería presumir y hacerle de menos a él, que sí era profesor. Supuse que alguien le había dado un nombre y un número de teléfono, y siendo profesor, no tenía por qué pensar que uno no fuese de esa cofradía también. ¿Dónde se ha visto que un escritor como Dios manda hubiera querido ir a Úbeda en aquellas condiciones? El, según contó, lo era de instituto, de literatura.

Sí, seguramente le habrán invitado a uno por una de esas razones, o por una combinación de todas ellas. Primera, es muy probable que les fallara alguien a última hora, teniendo en cuenta la poca antelación con que avisaron, y de hecho, en cuanto hubo entre nosotros una corriente de infinita simpatía, acabó revelando de una manera confusa el nombre de las dos o tres personas a las que parece habían invitado antes que a uno. Y segunda, alguien, como he apuntado, le habrá dado en un papel el nombre, y habrá supuesto lo demás.

Nos marchamos a andar por el pueblo. Es hermosísimo, con mucho carácter, como para vivir en él, si se pudiera vivir en una de esas casas nobles que hay allí por todas partes. Imagina uno que serán casas para que las describa Azorín, con patios, naranjos, huertos y jardines traseros, salas espaciosas, silenciosas, aljimofradas, puertas de cuarterones, pozos de brocal renacentista.

Le pregunté, ¿hay aquí algún aljabibe, algún almonedista, algún chatarrero? No, me respondió, pero sí un anticuario. ¿Anticuario doctorado? No es lo mismo encontrar algo en la almoneda, que descubrirla, diez veces más cara, en el anticuario. Pero allá fuimos. No tenía nada de interés. ¿Libros? No, señor. Pero señaló un montón de números de *Ahora* y *Crónica*, de los años veinte y treinta. Mientras miraba esos papeles viejos sin mucho valor, el anticuario le comentaba al acompañante, que había sido profesor de literatura de su hija, que en su casa tenía ejecutorias y libros muy buenos, encuadernados en pergamino. Por llevarme algo, me llevé dos números de 1936, uno con fotos de la Alianza de Intelectuales Antifascistas, de Bergamín y, creo, de Prados, y otro en cuya portada se veía una gran fotografía de Durruti, metida en una orla de laureles.

Cuando le pregunté el precio, el anticuario dijo que no, que eso, en atención al profesor de su hija, podía llevárselo uno gratis. Nos estaban esperando los participantes en aquel curso, todos ellos profesores de instituto de entre cuarenta y los sesenta años, algunos con sus mujeres, otros con sus esposas, otros con sus señoras y otros, en fin, con sus compañeras sentimentales, con los diferentes rangos de relación que comportan esas categorías. Había, creo, un par de mujeres solas.

El que estaba a mi lado resultó muy atento y solícito y parecía muy buena persona. Quien tenía enfrente mostraba gustos ortodoxos en todo, desde la comida a la literatura, pero de una manera caótica y desordenada, y quien, una o dos horas después, iba a presentar mi intervención, cuando estábamos en los postres, me tendió un trozo de papel en blanco y un bolígrafo y me instó:

—Escribe ahí la presentación.

Se refería a que pusiera en esa hoja unos pocos datos de mi pobre vida, dónde había nacido y algunos libros significativos, así como unas cuantas loas, para leerlas él cuando tuviera que hacer el papel de faraute.

Lo pidió con mucha naturalidad, pero era evidente que tampoco sabía quién era uno o a qué se dedicaba. Al contrario que a MA., a quien le molestaba que en España nadie conociera «el santo de mi nombre», yo estaba bastante contento con todo eso, porque me hacía sentirme muy español, y como en casa. Por otra parte, el almuerzo discurrió de una manera harto cordial. Los amigos catedráticos me han contado que los tribunales de universidad, para otorgar las cátedras, son muy parecidos a eso también, sínodo de gentes heteróclitas que con la excusa de huir una o dos veces al año de sus pueblos, se reúnen en ciudades exóticas como Úbeda, se dedican a beber y a comer, nadie pregunta por nada personal, por si acaso, y se vuelven a casa. El que tiene alguna inquietud, visita los monumentos, museos e iglesias de la localidad, y el que no, que es la mayoría, con el mesoneo y el trato tiene de sobra.

Se me ocurrió de pronto hacer algo en aquella cuartilla en blanco. Fue cuando comprendí que yo no era una persona tan buena y sencilla como me creía hasta ese momento, sino que estaba un poco herido en mi vanidad, ya que la idea era en verdad diabólica. Creo que ha sido la primera vez en mi vida que hubiera podido dar otra biografía, no sé, nacerme no en Manzaneda de Torío, que es un pueblo que tantos achaques parece que le trae a uno, sino en cualquier otro sitio. A mí me gusta mucho Roma, hubiera puesto que había nacido en la via Giulia; y en vez de poner los pobres libros de uno, habría puesto otros, *El Aleph*, por ejemplo, o cualquier otro, buscando siempre la discreción, para que la codicia no rompiera el saco. Podía también haberle puesto allí la vida y el currículum del pijo volatinero. Pero no, volví a ser muy humilde, y hasta estuve tentado de escribir en vez de Trapiello, tan italiano, Trapero, para ser mucho más humilde aún.

Como la conferencia era a las cuatro y media, y tal cosa en Úbeda, por estas fechas, significa unos sesenta grados al sol, y teniendo en cuenta que era un sábado, se encontraban en la sala unas veinte

personas, muy bien contadas. El que me presentaba leyó la hojita que yo le había escrito, tres líneas, la fecha de nacimiento, el lugar, y tres o cuatro títulos. Para no alargarle mucho, le había puesto uno de cada. Así que empezó diciendo que «tenemos con nosotros a una persona de todos conocida, Andrés Trapa...i...ello, que nació en Manzaneda de Torio». El acento de mi pueblo, mal puesto, le produce a uno siempre una impresión de salvajismo. Con el nombre del pueblo, pues, no tuvo suerte, y se trabucó un poco en el nombre propio, pero al final lo dijo bien. «Autor de cuatro libros.» Los citó como pudo, y remató la faena con un gentil «le cedo la palabra».

Hace un rato que eché la conferencia. Creo que me escapé a la hora justa. De nuevo estoy en el tren. Esta vida de viajante sería bastante tónica si no hubiera que conferenciar, si no hubiera que tratar con nadie. Llegar a los sitios, verlos solo, con el sosiego que da la soledad, y marcharse cuando a uno le entrara la gana. Nada de cultura, nada de cursos ni autoridades. Bueno, ahora ya no quiero pensar en todo eso. A estas alturas de la vida sabe uno que de tales viajes no sale indemne, pero sabe que esas heridas no son de arma blanca, sino infecciosas, y necesitan como todas las infecciones un tiempo de incubación. Así que aprovechemos, antes de que dentro de tres o cuatro días quiera colgarme de una viga por la vida que llevo y por no quedarme en casa.

«UN hombre que camina por el campo, / y ve extendido entre dos troncos verdes / un hilillo de araña blanquecino / balanceándose un poco al aire leve. // Y levanta el bastón para romperlo, / y ya lo va a romper, y se detiene». Es este un poema que encuentro en un libro del argentino Fernández Moreno. Lo ha titulado: «El poeta», y no creo que haya podido ser explicado mejor de qué está hecho un poeta.

EL silencio lo hablamos todos, sin distinción de razas, edades, clases. El silencio es lo que tenemos en común los hombres con el árbol y el aire, con el fuego y el agua, nuestro idioma común. En el silencio se han escrito las obras más hermosas.

SI yo fuese marino, no sé si podría sobrellevar la nostalgia de amanecer en alta mar sin oír el canto del gallo.

CASI todas las palabras relacionadas con la navegación están rodeadas de una poesía innegable, y eso es lo que hace en parte tan atractivas las novelas de Stevenson, Verne, Salgari. Pero de todas esas palabras es la más hermosa y la más poética la que llama derrota a la travesía.

VOLVIMOS a la Casa Museo de don Benito. Nos esperaba allí la directora, a la que conocimos en ese momento. Ya he hablado antes de ella, porque uno mezcla las cosas. En realidad la conocimos veinte horas más tarde. Pero lo dejo así, para demostrar que en los diarios puede hacer uno lo que le dé la gana, sin que esto modifique o altere sustancialmente los contenidos, no tratándose de un crimen. Ahora, si la directora de la Casa Museo hubiera aparecido asesinada, ese desfase hubiera tenido su importancia, o si yo me hubiera muerto... Si me hubiera muerto yo habría sido en una buena fecha. Ayer cumplió uno cuarentaicinco años, se murió y sí que todavía escribió un poco más, no como la Brontë, que se murió y ya no escribió más nada. Hubieran podido decir, qué casualidad, murió el mismo día que los cumplía, pero supo morir como sus eximios maestros: siguió escribiendo. Esta clase de coincidencias y hechos extraordinarios son muy populares entre la afición. Claro que siempre puede uno morir hoy, al día siguiente, y la gente seguirá viendo en eso una coincidencia, formulada de otra manera. Dirán, qué extraño, se murió justo el día después de cumplir los cuarentaicinco.

SABEMOS que Cristo lloró en tres ocasiones al menos. Lo raro es que hablando tanto de la alegría, nadie sepa que riera nunca de nada; por ejemplo, ¿a quién multiplicando cinco panes y dos peces no le entraría una risa loca de incredulidad ante el prodigio? Andar sobre las aguas no tiene el menor mérito ni misterio. Lo difícil habría sido patinar, correr, saltar como en la cama elástica, pasárselo bien sobre las aguas. Para andar únicamente, no había valido la pena el milagro.

LA religión es incompatible con el humor. En todas las religiones hay, no obstante, santos bien humorados, pero las religiones son tristes. Por lo mismo, el humor será siempre mucho más perdurable que la religión. Lo último que se oiga el día del Juicio final será la carcajada de alguien que viene borracho de una fiesta y aún no se ha enterado de nada o que al oír las trompetas crea que la juerga siga aún en otro sitio.

VAMOS a hacer algún turismo por la isla. Dicen que es bonita. Hemos alquilado un coche para movernos libremente. Lo visto hasta ahora le desconcierta a uno. Mientras permanece en un sitio sin moverse, el viajero se convence de que le ha merecido la pena el esfuerzo y las adversidades de viaje, tiene tiempo para rumiarlo y va, poco a poco, asimilándolo a su sistema sanguíneo. Pero un viajero no es enteramente libre, sino un ser sujeto a su voltario humor. El viaje, como el psicoanálisis, resulta mucho más eficaz si ya se ha pagado. Uno entonces tiende a encontrar las cosas mucho mejores, a poco optimista que sea. Pero si fuese enteramente libre, si juzgara como juzga su propia ciudad, sin sentirse en la obligación de ser cortés con las bellezas naturales de la plaza, sería, qué duda cabe, mucho menos parsimonioso. Así pues, lo visto ayer en La Laguna era muy bonito, pero algunas horas pasadas en Astorga o en La Guardia o en Trujillo pedían su homenaje comparable. Incluso algunas ciudades como Matanzas, Cuba, exigían ser recordadas también, mientras íbamos paseando por La Laguna.

Y hoy haremos turismo. Hemos procurado desocupar la cabeza de ideas preconcebidas. No tenemos por delante otra cosa que esa de hacer turismo. Cierto que de no venir a visitar al hermano del padre de M., a quien ella no ve desde hace treinta años, no habríamos arribado nunca a estas costas. Pero esto es lo que hay, hasta que esta tarde nos reunamos con esa parte de la familia: turismo. Turismo y familia es una combinación bastante deprimente. Por otro lado uno tampoco suele viajar al otro extremo del mundo a ver plataneras, playas, barrancos de exótica vegetación. Esas cosas ha de encontrárselas uno yendo hacia otra parte por alguna otra razón o acabará convirtiéndose en un gran partidario del Monasterio de Piedra y de Disneylandia.

A las Canarias, dicho sea de una manera drástica y que Dios nos perdone a todos, o viene uno desterrado como Unamuno o tiene uno que marcharse, como Galdós. Y ojalá los amigos Torón, Alonso Quesada, Izquierdo o Morales le comprendan a uno y no le echen nunca en cara esta extremosidad. Y en cierto modo lo comprenderán mejor que ninguno, pues casi todos ellos murieron jóvenes, pues estas islas solo engañosamente son afortunadas. Confiemos también en que el querido X, que le presentó el otro día a uno en Las Palmas, le pase por alto esa frase y siga encontrando en este *Salón* un rincón hospitalario. Saludos. Ay. Las Hespérides o el Jardín de las Hespérides o el Elíseo, como se les nombra de continuo en las guías, no lo son tanto. Aquí, por muchos alisios que vengan y fecunden las nubes, despreñándolas de lluvias, el aliento africano, seco y volcánico, lo ha

abrasado todo. Y todo se completa con ese ritmo lento, desacompasado y mareante de las camellas.

En otro tiempo los buques debían de hacer bonitos y poéticos estos puertos, con sus mástiles, sus jarcias, cabrestantes y sus velas, sobre todo los barcos ingleses que venían haciendo la ruta de Madeira, para llevarse los vinos de las Azores y de la isla del Hierro a la triste y sombría Inglaterra, tan necesitados de ellos. Ahora las flotas que recalan aquí se asemejan un poco a pequeñas factorías flotantes, con idénticas grúas y un color gris muy doloroso, gobernadas por pequeños asiáticos de semblante fiero, bisunto y embrutecido que no hablan sino por monosílabos abruptos y disuasorios. Ah, cuando los marinos contaban fabulosas historias románticas, y bebían en las tabernas de los puertos hasta el amanecer sin repudiar su desdicha... Ayer, el mozo del restaurante, al oírnos hablar en un castellano de Castilla, se acercó alborozado para cantarnos las loas de esta tierra. «Solo por poder llevar manga corta todo el año, merecería la pena vivir aquí.» Él había olvidado ya los rigores de la península, de donde había llegado hacía treinta años. O sea, que se confirma lo del torero: hay gente «pa tó». Añora uno, sin embargo, los días fríos, las brumas, las noches largas y esas tardes de invierno lluviosas que nos meten en una espelunca de la que no salimos sino cuatro meses después, en plena primavera.

(...) Atroz. Ha sido un día atroz. Aunque el encuentro con ese hombre, de ochentaiséis años, resultó, en medio de todo, bastante conmovedor. A M. le recordaba mucho, física y temperamentalmente a su padre, y solo por eso hubiera valido la pena aparecer, además de por lo de las mangas cortas. Y sí, el padre de M. y él no podían desmentir que no hubieran salido de un mismo molde.

Ciertamente se veía a este hombre y se recordaba al otro, ya muerto, hace unos años, y se diría que era una nota de diapasón vibrada por afinidad. Se esperaría incluso que fuésemos a ver aparecer al padre de M. en cualquier momento, allí, de la manera más natural.

Era extraño permanecer ante él. Los dos hermanos habían estado prácticamente sin verse durante los últimos cincuenta años, salvo de manera esporádica algunos muy distanciados veranos, y sin embargo, aquel hombre hablaba de la misma manera, con los mismos ademanes y la misma voz. Incluso el parecido físico era patente, pero lo era aún mayor, como a veces ocurre, no tanto con el hermano, sino con un hijo de este, un sobrino. No llegaba uno a comprender cómo los gestos de esas dos personas no hubieron evolucionado hacia otra parte, sino que incluso esos temblores o titubeos de la vejez habían acabado siendo idénticos en uno y en otro, mediando entre ambos tanta

distancia.

Contó, claro, algunas cosas de su vida, de la guerra, de sus primeros años en las Canarias. Éramos en cierto modo dos desconocidos para él, gentes a las que no había dedicado ni dos segundos de su vida en los últimos treinta años, pero que le escuchaban con atención unas historias que tampoco les eran del todo ajenas.

Y nos dio algunos consejos encarecidos, esos que se dan al forastero, como quien revela unos atajos y unas secretas maravillas que se le pasarían a uno de no ser por tales advertencias. Nos pidió, por ejemplo, que visitáramos el Puerto de la Cruz, unas urbanizaciones y unos lagos artificiales, obra de un yerno, casado con una prima de M. por tanto, así como una cosa que se llama Loro Park, propiedad de unos amigos suyos, algo único, nos aseguró, en el mundo.

Salimos de la casa con aquellos consejos encima como si fuesen órdenes perentorias, teniendo en cuenta que al volver a verle por la noche, lo probable es que nos interrogara acerca de todos esos deberes que se nos habían puesto, y de los cuales, de una u otra manera, habría que dar cuenta.

¿No pensarás, le decía a M. con tono amenazante, que vayamos a nada que se llama Loro Park?

M. sacaba de su repertorio el semblante más triste y desolado, descolgaba los párpados y con una mirada de tristeza infinita le bastaba para convencerle a uno de que en la vida de toda persona hay a veces que arrostrar sacrificios grandísimos y absurdos. Ni siquiera tenía que dar una razón convincente, que no existía, sino mencionar únicamente la única llave que le iba a franquear los deseos. Tenemos que hacerlo por mi padre; adoraba a su hermano..., argüía, y uno volvía avergonzado la vista hacia la parte necrosada de su cínico corazón.

A lo del Loro Park creo que nadie en su sano juicio le daría crédito. Claro que, estando ya en las Canarias, no se le podría desterrar a ninguna otra parte. De entrada, tuvimos que pagar cada uno dos mil quinientas pesetas, como si fuese una ópera, solo que allí íbamos a encontrarnos unos dos o tres mil loros procedentes de todas las partes del mundo, animales a los que hacían coro unos delfines, unas orquídeas y unas focas. Puede decir uno dos o tres mil loros alegremente, pero hay que vérselos todos uno con otro para hacerse cabal cuenta de lo variada que ha sido la Creación.

Había ya un gentío en la puerta, esperando, haciendo cola, como en la Alhambra, cientos de turistas alemanes a los que habían llevado allí en majestuosos autocares. La fila avanzaba con lentitud. M., sintiéndose culpable, miraba de reojo mi aborrascado entrecejo, y decía, aparentando levedad, como para sí misma, quién sabe, A., a lo mejor está bien; mira cuánta gente viene a verlo; yo he leído en alguna parte que es algo único en el mundo.

Hay que desconfiar mucho de todo lo que se le presenta a uno como algo «único en el mundo». De la Alhambra, por ejemplo, no se dice eso. En cambio, sí del Taj Majal. De las pirámides de Egipto, tampoco; pero sí del Monasterio de Piedra.

Yo entonces, por distraerme un poco, me ocupé en observar a los ancianos que admiraban el elenco loril. Muchos se parecían enormemente a los bichejos, tanto ellos como ellas, algunas de ellas quizá más, porque orlaban con maquillajes inverosímiles los ojos en un cerco azul, amarillo, rojo. Fue el momento en que M. empezó a mostrarse disgustada con uno, me decía, esto no te da derecho a reírte

de la gente. No, no me río, me defendía, observo únicamente con el famoso espejo del camino. Se hubiera pensado que todo eso entusiasmaría a los niños, pero el precio, disuasorio para ellos, los mantenía lejos de allí, y dejaba a los más viejos libres para hacer delante de los loros las tonterías que solo en los niños excusamos, y no en todos, normalmente solo cuando son los nuestros.

Vámonos de aquí, le musité al oído, empiezo a marearme, quizá sea algo de la tensión; sería horrible que las esquelas de mañana dijeran: Manzaneda de Torío (1953) - Loro Park (1998). Se giró hacía mí con viveza, para saber si estaba haciendo una broma, si la broma era una broma seria o si sencillamente no era más que desesperación sarcástica. Ayer M. me dijo: no me encuentro bien. Entramos en una farmacia y se tomó la tensión: 6 / 10. Y me dijo, tú deberías tomártela también, en tu familia sois todos hipertensos. Me puso de los nervios, lo de la familia y por mi hipocondria: 10 / 17. Me creí morir. Me hundí. Se lo decía lleno de rencor: ha sido tu culpa. Yo estaba bien. Ha sido por los nervios. Y todo el día con un humor sombrío. Empecé a notarme fatal, por los loros, o por el recuerdo del 10 / 17. Convencido de que me iba a sobrevenir el síncope, la angina de pecho, el derrame cerebral. Estábamos por otro lado en un punto crítico. Aquello es tan grande como la provincia de Badajoz, y nos encontrábamos a mitad del recorrido; para salir, tanto nos daba seguir hacia adelante que darnos la vuelta. Decidimos, pues, proseguir, por repertoriar nuestra furia con nuevos argumentos. A medida que avanzábamos nos tropezábamos, orillados en las veredas, a viejos y viejas derrengados, que no podían ya continuar, sentados junto a las jaulas de los loros, con la misma cara de hieratismo de los animales. Otros, ya aburridos, en el mismo dilema que nosotros, arrastraban su angustia por aquellas simuladas selvas tropicales, mientras no pocas de las parejas que estaban allí en viaje de novios, a los que era perfectamente fácil identificar, se sacaban fotografías delante de todas y cada una de las parejas de loros. Nunca hemos visto tampoco tantas parejas de novios en un solo día. Se les ve el pueblo, la provincia en la cara. Con frecuencia se les sorprende callados, sin nada que decirse, cogidos de la mano, mirándolo todo un poco asustados. En esos casos es difícil adivinar si el susto es consecuencia de las circunstancias, que les desbordan, o del paso que acaban de dar, que les arredra y llena su intimidad de agoreros temores.

Cuando llegamos al focario era demasiado tarde para salir, ya que ese anfiteatro náutico forma parte de la senda, y sin quererlo, le hacen presenciar a uno las evoluciones de las focas. Los visitantes, extenuados de ver tantos pájaros, agradecen ese cambio temático, se

despabilan un poco y aplauden con frenesí las proezas de los obuses náuticos.

Cuando ganamos la salida nos parecía mentira todo lo que nos había sucedido. Era como una pesadilla, y lo era sobre todo aquella entrada en maderas talladas y policromadas con loros del tamaño de búfalos.

A la Orotava, propusimos, como quien tiene a mano un antídoto, aunque vivamente impresionados como quedamos, pasamos a llamarla ya para siempre la Lorotava. Hasta llegar a ese paraje había que atravesar decenas de miles de pequeñas casas suburbiales, como cajas de zapatos, con unos metros de tierra alrededor donde crecían malas hierbas, plataneras y lavadoras viejas, dejadas allí por sus dueños para que se ennoblecieran algo con el óxido. En esos pequeños huertos y jardinillos picoteaban de vez en cuando algunas gallinas, lo que llenaba por lo mismo aquello de algo de realidad, al tiempo que podíamos admirar hasta dónde la imaginación humana es capaz de llegar en materia de portillos y cancelas, ya que a muchos de esos minúsculos cubículos se accedía por un somier viejo, al que se había dotado de bisagras, o por el cabecero de una cama de hierro, o una reja de ventana, allí acoplada, o la hojalata de un reclamo publicitario, o una no menos inservible muestra de un neón ya muerto...

Al ascender por la estrecha carreterita, esos extensos suburbios iban quedando abajo, cada vez más puntillistas, a uno y otro lado, medio enterrados en sus sophoras de hojas gordas, sus helechos y sus ficus de carnosas insinuaciones... Cajas de zapatos. Oh, no, creo que uno procede a veces con ligereza en las comparaciones, y se excede. Hablamos de una mixtura de cajetillas de cigarrillos y cajitas de fósforos. Y al ascender por la montaña, bajó la niebla a recibirnos, y todo aquello quedó convertido en un arrabal de Lugo. Y seguimos subiendo hacia el Teide, y la escombrera que dejamos atrás se convirtió en un escorial. El paisaje marcial impresionaba, ya a pleno sol. Atrás habían quedado las brumas, y las tierras de color rojo y negro acentuaban la desolación de no ver por allí creciendo ni una hierba. Soplaba un viento torrefacto que nos agrietaba los labios y los dejaba como terracotas mal cocidas. No se veía ni un alma, pese a ser un paraje genuinamente turístico. La carreterita estaba intransitada. Hablábamos en voz baja por temor a incomodar a algún dios local, que pudiese convertirnos en estatuas de sal o vomitar piedras volcánicas.

Y dimos al fin con cierto restorantejo que nos había sido igualmente recomendado, y que justamente por ello tratamos de dejar

atrás, pero allí, a dos mil metros sobre el nivel del mar, era, según se nos informó, el único abierto.

Se encontraba al pie del volcán. M. y yo, mientras nos traían un guisote apocalíptico, nos mirábamos con ternura y mucha pena, como dos novios tan efusivos como mudos, sin atrevernos a hacer en voz alta las vermiculares preguntas que nos comían el corazón, y que se podrían haber resumido en una sola, de naturaleza metafísica: ¿qué hacemos aquí?

SE diría que a veces se ha deslizado un poeta en el desabrido hangar de la Ciencia, como ese que habló del «cielo de la boca» al referirse al paladar.

¿POR qué será que abre uno un libro, y al encontrarse en las primeras páginas la cita, pongamos por caso, de unos versos de los primitivos indios de la tribu de los cafres o de una civilización extinguida, desconfía? Debería ser lo contrario, deberíamos pensar: el autor es un hombre minucioso que ha tenido que irse lejísimos a encontrar esas palabras que le parecerán cruciales para que el lector advierta el tono del libro. Pero no, ve uno la cita del chamán malayo y desconfía, como desconfiaríamos del malayo que únicamente encontrara solución a sus problemas, viviendo en la Malasia, en el folklore popular de la Sobarriba.

LA Gran Vía es magnífica. Se pasaría uno la vida de arriba abajo, de abajo arriba, terminaría en una punta y comenzaría por la otra, como hace Ferlosio con Plutarco. En esa calle está todo lo que un hombre debe saber de la vida. Como en tantas otras calles y cafés, cambia su público según la hora. Por la tarde, que es cuando uno suele recorrerla, camino del estudio de A., el personal es heteróclito. Hay mucho gandul, estudiantes que se han fumado las clases, hombres de negocio que están en Madrid de paso y que han terminado su jornada laboral, y que salen a ver qué pescan, las putas que aprovechan dos o tres horas de luz para hacer sus compras antes de enterrarse en los clubes cercanos, los turistas, en general turistas de poca monta, que se hospedan en hoteles de dos y tres estrellas, jóvenes americanas muy tetonas, que van en grupos, sin enterarse muy bien de nada, macarras muy bien cepillados, con fantasías de todo tipo, tumbagas fules, pañuelos de seda al cuello, gomina en las sienes, jóvenes magrebíes

que caminan mirando a todos lados como palurdos... y, claro, tipógrafos por fantasía. Ayer había un músico concertante en la calle, tocando su violín, al que había conectado un amplificador. El sonido aberrante era, con todo, cautivador. Por el aspecto, parecía del Este. Era un virtuoso, y la gente, sensible a su destreza, se paraba, interrumpiendo el tránsito. Tocaba un repertorio sentimental. Muchos le arrojaban monedas, que él agradecía con un movimiento de cabeza que no se sabía muy bien si era explícito o una inflexión sugerida por la melodía. También se ve a muchos hombres casados con mujeres más jóvenes, viviendo aventuras clandestinas que parecen llenarles de ilusión, buscando con la cabeza levantada el rótulo de una pensión barata, para meterse cuanto antes en el fornicio. Hay muchos amerindios, con su indigenismo incaico o amazónico, haciendo cola en los locutorios telefónicos o en las oficinas de envío de dinero. Permanecen en silencio, sin hablarse, por temor a ser robados en un descuido. Las carteleras de los cines, de proporciones colosalistas, impregnan la calle de una irrealidad más bien triste, porque a menudo la belleza de las estrellas de Hollywood contrasta con nuestros cejos oscuros y cerrados. Madrid, sin la Gran Vía, sería peor que las Canarias, pero si la Gran Vía fuese un poco mejor, y más cosmopolita y vistosa, se convertiría en Las Ramblas de Barcelona. Por eso hay que plantarse, como en las siete y media, y no aspirar a más, ni conformarse con menos. En Las Ramblas se siente uno parte de esa maravilla. La Gran Vía tiene la ventaja de que uno nunca cree formar parte de ella. Es lo más transitorio y transitivo que existe hoy por hoy en Madrid. Hasta los pobres de la Gran Vía comprenden la suerte que es pedir limosna allí, porque creen también que su estrechez no va con ellos. Es lo más humano que hay en el mundo, lo más parecido a la vida que haya industriado el hombre, porque en la Gran Vía todo el mundo sabe que está de paso, y mejor que ninguno ese tipo que ayer caminaba sin levantar la vista del suelo, con una cartera de fontanero; iba hablando solo, como un vencido, y movía la frente hundida como si necesitara despejarse el camino con su misantropía.

CUANDO ocurrió, ella era todavía una niña. Su abuelo tenía un criado, un espolique, que quería ser torero, pero le hacía falta un toro o un novillo para torear. Le mareaba de continuo, le decía, don Vicente, si usted quisiera y me comprara un toro, sería la gran oportunidad, triunfaría y ya le devolvería lo que le costara; sería fabuloso, y no hay nadie que me gane a afición. Y era verdad. Solo vivía para el toro y para el mundo del toro y de los toreros. No tenía

más conversación que esa. Podía empezarse a hablar de cualquier cosa, pero conducía hábilmente la conversación a esos terrenos, para él tan queridos.

Insistió tanto el chiquillo que don Vicente le compró un novillo para que lo lidiara en la Feria de Julio, en la plaza de Valencia. Eso era cosa que entonces podía hacerse, porque todo estaba muy poco reglamentado. Primero se abría el festejo con una charlotada, y a continuación llegaba el espectáculo prócer, con el novillo. Hubo que vestirle de luces. Alquilaron un traje, buscaron unos estoques, los llevaron a un vaciador que los afiló, le encontraron también un bonito capote de paseo y una muleta, compraron las banderillas y apalabraron a una cuadrilla, también de buenos aficionados. Se iba acercando el día señalado y todos en la familia vivían aquello como un gran acontecimiento, con nerviosismo y solemnidad. Incluso el fervor del muchacho contagió no solo a don Vicente, sino a la familia de este, y un hijo del protector se puso como mozo de espadas y apoderado, pues se suponía que después de aquella corrida iban a lloverle los contratos. A medida que iban pasando los días, el chico crecía como figura del toreo más y más a los ojos de los conocidos y de la gente del pueblo. Cuando le vistieron para llevárselo a la plaza de toros, bajó toda la familia a admirar su porte heroico y a despedirlo. El chico, cuando puso los pies en la calle, se santiguó. Para él el paseíllo empezaba allí mismo y no en la puerta de chiqueros. Iba muy enfático, llevando a la espalda la responsabilidad de aquella gran oportunidad que se le brindaba. Todos estaban orgullosos de haber contribuido al nacimiento de una gran figura del toreo, y todos vivían aquel momento también emocionados. Se diría que nadie perdía ripio, para recordar los detalles por si tenían que relatar algún día a las generaciones futuras el momento histórico y único. Al ir a montar en el coche, una mujer, que tuvo un súbito presentimiento, se acercó corriendo al coche, y le preguntó angustiada:

—¿Llevas una medalla de la Virgen de los Desamparados?

Al muchacho le entró el pánico, pensando que aquello era un pésimo augurio, y dijo, no.

Hubo que buscar una a toda prisa. La tenía una niña, se la quitaron, se la pusieron al chico y pudieron irse todos más tranquilos a la plaza.

El paseíllo resultó vistosísimo, magnífico. El muchacho estuvo gallardo, clavó las zapatillas en la arena con un aplomo envidiable. Al fin soltaron el novillo que le había comprado don Vicente. Bien presentado, con trapío, bravo, muy bien armado. Se acercó al burladero con un trotecillo alegre, con el morro tremolante y el belfo suelto, resopló otro poco y se adentró en los medios, miró de nuevo el

burladero, como si hubiera comprendido que allí se escondía su enemigo, y se arrancó, se acercó y remató en tablas con estrépito, dando fe de su casta.

Don Vicente estaba en el callejón, al lado de su pupilo. Este se viró indignado hacia su amo y le dijo:

—Pero oiga, ¿qué novillo le han vendido a usted? Esto yo no lo toreo ni harto de vino.

Se formó un gran escándalo en la plaza, porque se supo que el misacantano se negaba a torearlo. Pero el chico, erre que erre, dijo que se iba para su casa. Don Vicente, por la vergüenza que le estaba haciendo pasar, le decía, mira que como no salgas te quito la piel a tiras. No diga usted cosas, porque yo no salgo.

Al final tuvo que hacerse cargo del novillo la gente de la cuadrilla que eran todos poco más o menos como el maestro, y mataron al novillo desde el burladero, clavándole los estoques por los ijares. La gente pitaba y exigía un escarmiento a la autoridad, que se inhibía. Después de ese martirio salvaje en el que lo machetearon de una manera indecente, al toro se lo llevaron y el chico se volvió a casa.

Lo gracioso es que eso al chico no le arredró. Cierto que jamás volvió a tener la fantasía de torear, pero nunca perdió la afición a los toros y trabajó lo indecible para no apartarse de ese mundo, que sentía como suyo. Se hizo picador y terminó de monosabio en la plaza de Valencia. Las aficiones suelen ser siempre violentas e irracionales.

SERÍA bonito para la literatura que las putas llevaran diarios como los nuestros. Se vería que tampoco hay tanta diferencia.

ESTABA M. leyendo *Beatriz* de Balzac, después de haberse leído ya de Balzac treinta o cuarenta novelas más. Me dijo, mira, esto es para ti, y me puso delante esta cita, como si acabara de cortar una de esas raras flores, como una caléndula o un clavel chino, de áspero aroma: «Las tonalidades plúmbeas dominan en su tez fatigada, sin que nadie sepa cuáles puedan ser las fatigas de ese joven aviejado quizá por una soledad amarga y el abuso del análisis. Escucha el pensamiento ajeno sin frialdad ni sistema. La piqueta de su crítica no hace nada más que demoler, sin nada construir. Así que su cansancio es el del peón de albañil, no el del arquitecto». ¿A quién te recuerda? Y la verdad es que hemos empezado a sacar nombres, y salían unos cuantos, y lo que podía entristecer la constatación, nos alegraba la agudeza de un retrato antiguo que puede infatigablemente realizarse, encarnarse,

acomodarse a un rostro moderno.

SE estaba haciendo el remolón en la cama más de lo razonable. Era la quinta vez que M. o yo habíamos acudido a su cuarto, con el propósito de traerle a la vida consciente. Desde la cocina le lanzamos una voz perentoria para que bajase a desayunar. Ni siquiera respondía. Al fin tuvo que subir uno, hecho una furia, resuelto a arrancarle las sábanas del cuerpo y a meterle los pies en las zapatillas y bajarle a la fuerza, si era preciso. Me lo encontré plácidamente rebozado en la tibieza de la mañana, paladeando los últimos momentos de la dormida. Era evidente que no había oído ninguno de los trenos, porque de otra manera no le hubiera recibido a uno con aquel semblante angelical. Le conminé a que se levantara en ese mismo momento, pero sin abrir los ojos y con una sonrisa seráfica, me respondió, musitando:

—Papá, déjame que lo sueñe.

Aprovechó ese esfuerzo para regostarse aún más en el hueco del colchón. Pedía, pues, poder soñarse, hacerse a la idea, digamos, de que se estaba levantando, quizá que ya había bajado y que desayunaba entre nosotros, como luego lo confirmó; tal vez quería solo que le dejáramos soñar la vida. No una vida excepcional, fantástica y heroica, sino la de todos los días, la más corriente, aquella para la que de todos modos se preparaba.

Si fuese uno Unamuno, escribiría ahora uno una página sobre ese asunto. Pero no tiene uno a *La Nación* de Buenos Aires esperándolo ni *El Sol*, en Madrid, y para ensayarlo en este cuaderno, es demasiado tarde, y he de soñar también yo lo mío propio, esta misma página que nunca se escribirá.

VISTO en el estanco de Madroñera: «Se hacen lápidas (por encargo)».

CUANDO a un escritor no se sabe lo que llamarle, se le dice prosista. Y cuando se dice de alguien que es un gran prosista, y no digamos cuando se le llama «estilista», está perdido, porque quiere decir que no tiene lectores y los críticos le perdonan la vida. Por otra parte ser prosista es nada. Ni las novelas ni los artículos ni los ensayos se escriben con la prosa ni con el estilo.

HABÍA sido un día glorioso. Sevilla estaba como de primavera, con ese

cielo azul que sacan en las latas de carne de membrillo, tan nacional. Hasta el libro al que dieron un premio, en la librería de Abelardo Linares, estaba bien, era bonito, con media docena de hermosos poemas. Luego almorzaron todos los amigos juntos, y era también gratísimo, como si la vida, esa vida tan anómala que llevaba a veces, en la trashumancia perpetua, fuese la verdadera. Y allí, en esas sobremesas un poco ruidosas de los restaurantes económicos, estuvieron haciendo tiempo un rato muy largo para poder ir a una exposición de Zurbarán. Caminaron hasta el museo, tranquilamente, como ociosos rentistas, y hacía tan buen tiempo que la gente paseaba despacio, en manga corta, y se notaba en el ambiente la secreta alegría de quien se ha hecho con el día, o sea con la batalla, poniendo en ella muy poco hierro, y todas las cosas, cada una con sus razones, parecían estar gritando: el día ha sido nuestro. Shakespeare, de nuevo. Podría ser el título de otro libro: *El día ha sido nuestro*. El sol de la tarde ponía todo su oro viejo en el oro nuevo de las naranjas, que empezaban a madurar en los árboles como bolas de navidad.

Cuando salió de la exposición, su padre se estaba muriendo, si acaso no se había muerto ya. No lo sabía entonces el hijo, no lo supo hasta cuatro horas después. Mientras callejeaba solo, de vuelta a la calle de Mateos Gago, a la librería Renacimiento, su padre estaba a merced de un infarto. Pero entonces no podía el hijo pensar en la muerte ni en que eso ocurría. No. Estaba viviendo una de las tardes más hermosas de los últimos meses, algo que le resarcía de algunas tristísimas jornadas en el norte, de una existencia tan barata. El sur es siempre más amable con uno, se decía, así debiera ser siempre la vida. Y luego, cuando al fin hubo de enfrentarse a ello, todo le pareció lejanísimo. Aún se lo parece, dice, mi padre ha muerto, y de una manera confusa se amontonan en la memoria las cosas en las que estaba trabado en ese mismo instante, sin saberlo, mientras él moría. No se culpaba de tal inconsciencia, de haber sido feliz mientras su padre vivía el más grave minuto de su vida, aunque un eco hondísimo del alma parece sugerir que si acaso hubiera podido estar vigilante en ese trago, quizá hubiera podido su padre pasarlo más dulcemente. Se preguntaba cómo, en el tren, mientras leía aquellos trozos de la novela de Torquemada, en los que ese personaje empedernido, a quien la muerte del hijo desenterró tiernísimos sentimientos, cómo, se repetía una y otra vez, no sintió algo, como otras veces había sentido. En los últimos meses, a veces, cuando sonaba el teléfono a horas desusadas, el corazón le daba un vuelco y pensaba, le ha ocurrido algo a mi padre, y ese presentimiento era tan fuerte que llegaba incluso con su opresiva angustia, tanto, que si a continuación le hubieran confirmado

que su padre acababa de morir, hubiera podido asegurar que segundos antes lo había presentido en lo más hondo de la manera más irrebatible. Pero no, no fue así como ocurrió, porque nunca suceden las cosas que se temen como uno se había hecho a la idea.

Llegó con el ánimo ligero, feliz de sumarse al fin a la costumbre doméstica, tras los días de abejeo por el mundo. Quería abrazar a su mujer, bromear con los chicos. Llevaba en la mano, envuelto como si fuesen joyas, el presente que traía de Sevilla, comprado en la misma estación de Santa Justa, esas yemas de San Leandro que a ella tanto le gustan y que le producen, al comérselas, el delicioso sentimiento de estar cometiendo un pequeño y secreto crimen contra su dieta, solo justificado por el grado de sublime exquisitez de ese confite.

Subió el último tramo de las escaleras, como solía hacerlo a veces, cuando trataba de sorprenderlos, procurando no hacer ruido, acolchando sus pasos, como un trasgo, como un gato taimado. Introdujo con sigilo la llave en la puerta, y de un rápido movimiento la abrió. Quería ser el Santa Claus de esa tarde. Llevaba en el semblante la expresión de la felicidad y levantó la mano, con el paquete de yemas, que puso por delante, como si fuese un heraldo. Pero su mujer y sus hijos, en cuanto sintieron la puerta, salieron en tropel al pasillo, como si no hubieran estado haciendo otra cosa que esperarle. Y todos ellos, los cuatro, se quedaron parados en cuanto se vieron, allí, sin atreverse a moverse. Comprendió al fin que algo grave, muy grave había ocurrido, cuando vio que ninguno de los tres se atrevía a dar un paso para abrazarlo todavía. Por su mente pasó que aquello tan grave no lo era al fin tanto, puesto que los tres seres que más quería en esta vida estaban allí, sanos, mirándole. Luego ese sentimiento lo encontraría él sumamente triste, por demasiado humano. Le extrañó también, antes que nada acaso lo que percibió en esos primeros segundos de extrañeza, el silencio en que estaba sumida la casa. A esa hora, las diez de la noche, solía estar la televisión encendida, y ese sonido lo llenaba todo; quizá, del cuarto de alguno de sus hijos llegara también un poco de música, y por el pasillo solía, con el trajín de las cenas, a esas horas, florecer un animado trasiego, en el que era, sin la menor duda, el momento más dichoso para todos de la jornada, en el que todos estaban juntos después de haberla pasado cada cual en su viña. Vino hacia él M. Había estado llorando. Notó sus ojos enrojecidos. Dejó él el bolsón de viaje en el suelo, en realidad se cayó por su peso de la mano, y no se atrevía a apartar sus ojos de los suyos, por si leía en ellos algo, un adelanto, pero no sabía qué hacer con el paquete de las yemas. Comprendió que le estorbaba y recordó que la muerte suele sorprenderle a uno siempre descompuesto, en

inadecuados escorzos. Y aquel silencio, aquel semblante de la mujer que amaba y que venía hacia él con tristísimo paso, el de sus hijos, que se quedaron un poco atrás, sin apartar de él los ojos, nunca podría, pensó ya entonces, olvidarlos. Y así, allí mismo comprendió, por sus miradas, que la desgracia le incumbía sobre todo a él mismo, una desgracia a la que ellos asistían en primera fila pero que en realidad solo a él concernía de esa manera única.

M. sollozó y tal vez hubiera querido llorar, para evitar tener que acudir a unas palabras que iban a sonarle a ella misma a convencionales y penosas fórmulas de trámite, pero no consiguió llorar en ese momento, y se abrazó a él. Y entonces, antes de oír nada, lo supo, y dijo él mismo no, no dando crédito a esa noticia. Dijo, no es verdad, pero era solo una frase, como para ganar tiempo. ¿Verdad qué? ¿Tiempo de qué? No lo sabía muy bien, pues supo entonces que toda la relación con su padre iba a tener que medirse, desde ese mismo momento, en términos de eternidad. Después de que le abrazara M., llegaron los chicos, y le dieron un abrazo. Estaban ellos conmovidos en realidad por el dolor del padre, más que por la pérdida del abuelo, para ellos un ser lejano, apenas tratado, casi nunca con intimidad ni complicidad. Así que al mismo tiempo que ellos observaban al padre, cuantificando los daños afectivos que una noticia como esa podía estar causando en su corazón, parecían estudiarse a sí mismos, cada cual a su modo, para saber en qué medida eran ellos también, cuánto y cómo, parte de esa noticia tristísima e inesperada y, sin saberlo, ensayando tal vez el momento en el que algún día a ellos les dieran una noticia parecida.

¿Y él? Sintió una pena hondísima, pero no lloró. También habría deseado llorar, y sin embargo hubiera sido un actor si se hubiese provocado el llanto. Se sentaron los cuatro en la pequeña sala de la televisión, la más próxima a la puerta. En realidad se dejó caer en el sofá, como antes se le había desplomado su bolsa de viaje, mientras que su mujer y su hijo lo hicieron en los sillones que había enfrente, como si no quisieran dejar de mirarle un solo segundo, por si en ese segundo necesitaba de ellos. Y de la misma manera que hacía unos instantes le estorbaba aquella pequeña caja de dulces, ahora, sentado, le estorbaba el cajón fúnebre, negro, muerto, de la televisión apagada. Sintió que era un intruso en aquel momento, lo habría sacado de allí, le molestaba su presencia, con todas aquellas estridencias y colorines dentro, dispuestos a desbordarse y arrollarlos a todos en aquel momento tan penoso solo con pulsar un botón, y esa posibilidad la halló igualmente fuera de lugar. Y así, en silencio, con los brazos caídos, en el mayor abatimiento, transcurrieron diez minutos en los

que nadie se atrevía a hablar. Por su cabeza pasaron mil imágenes. Se acordó, en primer lugar, de la última vez que había hablado con su padre. Nada hacía presagiar, desde luego, que estuviera mal. Cierto que le había expresado temores de salud, pero ninguno de ellos era enteramente novedoso para él, ya que llevaba cuatro o cinco años en esa rutina sombría. ¿Cuándo, en esos últimos años, no le había manifestado barruntos alarmantes de un final atroz? Y se acordó de la penúltima vez significativa que habló con él, cuando desde el hotel de Teruel le telefoneó. Se acordó, en ese momento, del folleto que sobre la batalla de Teruel le había comprado para llevárselo en navidades como regalo, idéntico al que él también se compró para sí, y sintió una enorme tristeza, porque en ese momento ya no sabría qué hacer con dos ejemplares del mismo folleto. Le estorbaba también ese recuerdo. Y se le vino a la memoria su rostro, la triste mirada de su padre, aquella indefensión suya de los últimos años, y aunque esos recuerdos en ese momento eran sumamente dolorosos, tampoco le arrancaron las lágrimas. Y vio a su padre de muchas maneras, viejo, en su edad viril, de muchacho, cuando ni siquiera le conocía, recordándolo por las fotografías, cazando, en las colmenas, trabajando, cantando en el coche. Afluían a él en catarata miles de imágenes muy rápidas y con cada una de ellas parecía estar cerrando una y otra vez el libro de la vida, pese a que cada nuevo recuerdo quería abrirlo con esa misma imagen.

Y entonces advirtió que M. le había tomado la mano desde el primer momento y que descansaba entre las suyas inane, sin sensibilidad, hasta que en un susurro le dijo, como para no sobresaltarle en esa pesadilla y despertarle poco a poco de tan mal sueño, dijo, tendrás que llamar a tu madre. Y fue entonces, cuando oyó llorar a su madre al otro lado del teléfono, cuando comprendió al fin, cabalmente, que su padre acababa de morir. Se lo dijo en aquellas desbordadas lágrimas el amor de su madre hacia su padre, de naturaleza más completa que el suyo, únicamente filial. Y no sabía cómo consolar a su madre de algo así, tan lejos, por teléfono. Nadie, pensó, nos enseña a morir ni a hacerse a la idea de la muerte de las personas que amamos. Digamos que eso es un aprendizaje que hemos de hacer todos sobre la marcha, sin maestros, por nuestra cuenta, a ciegas. Ensayos y estreno en una misma velada.

Su madre apenas sabía lo que estaba diciendo, cansada de repetir esa historia en las últimas seis horas a cada uno de sus nueve hijos, a sus hermanos, a los cuñados, a todos aquellos que, prendidos en ese fuego de la penosa noticia, rápidamente expandido, querían saber, con la esperanza de que en el saber pudieran encontrar algo de alivio,

como si la muerte pudiese ser explicada con algo.

Y de vez en cuando la mujer parecía tomar un respiro en su dolor y entraba entonces en pequeños detalles que a ella misma parecían confortarle. Y así le contó cómo había ido «tu padre», y esa expresión tan suya, siempre que les hablaba de su marido a los hijos, se le volvió al hijo extrañísima, como si ya nada nombrase, cómo había ido, siguió contando, con su hijo mayor a San Isidoro a las cinco, porque ahora con el frío prefería hacer su turno de la Adoración Nocturna por la tarde, en vez de por la noche. Y que habían oído misa y que al volver, a la altura de tal casa, en El Espolón, le dijo al hijo que le acompañaba, que se detuviera, porque no podía dar un paso, con un dolor que le cruzaba el pecho desde la espalda, pasando por la axila hasta el esternón, como ya le había ocurrido un par de veces en los últimos dos meses, y que por eso había estado visitando ya a varios cardiólogos y que ninguno de ellos, con las pruebas y electros que le habían hecho, había visto nada. Así que había llegado a casa y le dijo, Laurita, me ha pasado esto, y que ella, sin darle importancia, para acompañarle en esa inquietud, le hizo ver que quizá no fuese sino cosa del frío, porque ya a esa hora en León las temperaturas descienden inmisericorde y extremadamente. Y le dijo, siéntate en el sofá y ahora voy por tus zapatillas, y que cuando salió de esa habitación oyó como un agudo quejido, que exhaló lleno de dolor, y que asustada volvió sobre sus pasos, pensando que acaso fuese uno de los habituales ataques epilépticos del hijo, nunca pensó que fuese a encontrarse aquello, y que lo halló con la cabeza echada hacia atrás y la boca abierta, pero sin vida, y cómo entonces avisaron a otro de los hijos, que llegó a los pocos minutos, antes que la ambulancia, y cómo «cuando llegaron los de la ambulancia, tu padre ya había muerto».

La oía relatar todo eso e ignoraba si saberlo le hacía bien o mal, pero sintió que necesitaba saberlo, para estar al menos presente en el relato ya que, mientras paseaba por Sevilla, no había podido estar junto a él en su súbita agonía.

Y como consuelo, porque tales detalles a ella le consolaban aún más que otros, y le ayudaban a pasar el trago, decía, y murió después de haber comulgado, en gracia de Dios, y para ella eso era como un pequeño don que a pocos hombres se les concede, lo mismo que haber muerto sin sufrir, en su casa, en un segundo, cuando ya había vivido una larga y fructífera vida de ochenta y un años. Pero al mismo tiempo, justamente por eso, porque nunca había estado enfermo, porque no sufrió, porque la muerte se había presentado sin aviso y porque era un buen hombre, encontraba algo injusta esa muerte, sin atreverse, desde luego, a reclamar nada de las altísimas instancias

celestiales, que tanto sentido dan a su vida.

Y así, poco a poco, el relato de lo sucedido fue al hijo poniéndole en la tierra, y empezó a desgranar unas palabras convencionales de afecto, le decía, madre, ha sido una muerte maravillosa, él lo estaba pasando ya mal, tenía miedo a la vejez, y se ha ido como le hubiera gustado irse, y si viviera le diría ahora que era esa la manera que hubiese deseado para dejarnos. Sí, sí, admitía la madre, pero ninguna de esas palabras le servía de consuelo, y dejaba que corriesen, porque quizá al hijo le servían de algo también. Luego añadió, os quería a todos, a todos, todo el día pensando en uno, en otro, erais para él lo más importante, aunque él, por la manera de ser que tenía, nunca supiera decirlo, expresarlo, pero así era, a todas horas, me decía, Laurita, y ese hijo, y el otro, ¿qué va a ser de ellos? ¿Y qué harán este o el otro? Llama tú, decía, a ver si están bien, si necesitan algo. ¿Les hará falta algo, lo estarán pasando mal? Siempre preocupado por todos...

Y pasó entonces la madre, presa otra vez del llanto más agónico, cuando más serena estaba, a decir, yo estoy bien hijo, bien, muy bien, y más y más lloraba, o, decía, tu padre se ha quedado en el tanatorio, y lo mejor es así, mañana será un día muy largo, pero sin comprender acaso del todo que no pudiera velársele como se les ha velado siempre a los muertos, en intimidad, y no en un tanatorio, entre otros diez duelos, y que para eso quizá fuese mejor dejarlo solo en el tanatorio, y descansar, y al día siguiente irse, pero sin acabar de entender por qué razón no le habían dejado esa noche quedarse a su lado, rezando con él, por él, despidiéndose.

Y pensó el hijo en el trago de esa noche, su madre sola en su cama, después de cincuenta y tantos años de casados, en la misma casa donde murió, sentada en el mismo sofá en el que unas horas antes había expirado sin haber podido ni siquiera pronunciar unas palabras de despedida, solo ese gemido, y que estaría en ese momento hablando con él por teléfono sentada en el mismo sofá en el que había muerto su padre seis horas antes, el hombre al que ella se había entregado en cuerpo y alma durante cincuentaitrés, al que le había dado nueve hijos...

Guardaron madre e hijo silencio también por teléfono, sin hablarse. En la habitación en la que estaba, M. y los chicos le miraban en silencio, sin perder una sola palabra de lo que decía, y tratando de reconstruir la conversación completa, lo que en el otro extremo se le decía.

Y al final la madre, arropándolo como cuando era niño, le dio unos consejos prácticos, esos que nos hacen olvidar la muerte, algo que nos

une de nuevo a la vida. Le dijo, no, hijo, vosotros no vengáis hasta mañana, de ninguna manera. Cómo váis a salir ahora de noche, por Dios, un accidente. Tu padre está en el tanatorio y mañana por la mañana iremos nosotros, tu hermano llegará de Valencia mañana también, tu hermano J. ya está aquí y aquí estamos todos, así que como el entierro no es hasta pasado mañana, vosotros venís después de comer, y que no vengan los chicos, para qué van a venir, para qué van a pasarlo mal...

Y entonces el hijo le ordenó, cariñosamente, como a una niña muy pequeña, que no hablara más, que no se preocupara de nada y que al día siguiente saldrían para León, sí, y que se pasarían directamente por el tanatorio, y su madre le dijo, sí, allí estaremos, como quien acaba de perderlo todo y se encuentra en mitad de la calle y dice, aquí estoy.

Cuando colgó el teléfono eran cerca de las once. Querían saber. Les contó alguno de esos detalles que le había contado su madre, y acordaron irse a la cama.

Esa noche se despertó a las cuatro de la madrugada. Estaba llorando lo que no había podido llorar antes. No sabía dónde estaba, solo que estaba llorando, y ya no logró dormirse. No pensaba en nada. Las cosas le pensaban a él. Se acordaba, claro, de su padre, de algunas escenas, de los días remotos. En la mayor parte de esos recuerdos estaban él y su padre a solas, o hacían referencia a cuestiones personales entre él o su padre, cosa no sencilla, porque cuando se son nueve hermanos lo normal es tener que compartir el padre en algún momento con otros. Se dice, tal día padre y yo, y no, por allí había también algún hermano que seguramente tendrá de ese mismo momento su propio recuerdo, su visión matizada o diferente. Recordó cuando le operaron con cuatro años de apendicitis y las dieciséis noches que su padre pasó con él en la habitación del Sanatorio de Sáez, de la calle República Argentina, en el mes de enero, y cómo llegaba cada día su madre a las seis de la mañana, andando desde la otra punta de León, y había de lanzar una piedrecita en el cristal para que bajase a abrirle la puerta, o silbaba, porque la puerta del sanatorio estaba cerrada y eran años en los que hasta los sanatorios se parecían a una casa normal, y no había celadores de noche ni enfermeras de guardia. Se recreó en esas imágenes y recordó cómo desde entonces siempre le decían que había estado en las puertas de la muerte, y que a todo el mundo entristecía mucho ver a un niño de cuatro años tan gravemente enfermo, a punto de haber tenido una peritonitis y, luego, una septicemia. Y pensó que ahora el muerto era su padre, y ese pensamiento funesto le llevó a imaginarse el tanatorio y a su padre

solo ahora en él, en su caja de muerto, sin que nadie acudiera en la madrugada, sin que nadie arrojase en el vidrio de su sueño una piedrecita para despertarle, sin que nadie le trajese un termo con el café con leche caliente, y volvió a llorar en silencio, y notó la almohada fría y mojada.

Antes de dormirse esa noche aún habló mucho con M. Ella asistía en silencio a ese dolor, poniendo sobre él todo su amor, como un emplasto, pero él no parecía sentir sino aquella herida que de pronto se le había abierto en el corazón. Le dijo a ella, parece que uno está preparado para algo así, y no es verdad, y como ella había perdido a su padre hacía cinco años también, sabía de qué estaba hablando, de modo que el dolor de una muerte le llevó al dolor de la otra, y así estuvieron consolándose un buen rato, metidos en la cama, como dos animales del monte que esperan el alimento de alguien que ya no ha de volver, preso en los cepos más negros.

Y cosa rara, entonces recordó que aquel folleto sobre la batalla de Teruel no estaba en su casa, y sí, se lo llegó a enviar por correo. Sintió una gran alegría. ¿Cómo pudo olvidar hacía un rato algo tan importante? Se lo puso en el correo porque sabía que estaba deprimido, y cuando hacía cuatro días, únicamente cuatro antes de que muriera, hablaron por teléfono de él, le confesó que ya lo había leído, y que allí se mencionaba la Segunda Bandera de Falange de León y el Tabor de Regulares con el que esta avanzaba sobre las posiciones, y eso, ver que había sido objeto de los historiadores, le dejaba indiferente. ¿Cómo, cómo pudo haber olvidado que hacía tan solo cuatro días habían estado hablando de ello?

Pero ya no le interesaba hablar de Teruel. Quería hablar de su dolencia de corazón, pese a que los médicos, cuatro cardiólogos, le dijo, que había visitado, cuatro, no dos, en los dos últimos meses, dos, no cuatro, le habían asegurado que no encontraban nada, y que por tanto debía de sentirse bien, y que todo eso que creía que le dolía, no eran sino telarañas de la melancólica edad, de la fría vejez. Y que hacía unos días, paseando, había tenido un gran dolor en el pecho, que luego le pasó. Y recordó el hijo en la cama lo que su madre le había dicho, ya muerto él.

Se extrañaba el hijo de cómo iban saliendo los recuerdos y cómo se registraban las palabras de unos y de otros en tales circunstancias, siempre de una manera desordenada. Recordó que su madre le contó que cuando llegó de la Adoración Nocturna y le dijo que sentía frío, le tomó el pulso y se lo encontró bien, que salió del cuarto y que volvió con las zapatillas, que le había calentado encima de un radiador, y que llegó a ponerle una, pero que cuando fue a ponerle la segunda,

echó la cabeza hacia atrás y expiró. O sea, que no le sorprendió un gemido cuando estaba en el pasillo. En realidad las palabras que usó su madre le resultaron mucho más humanas, las que se usan en León, para esos casos, dijo, y después, «tu padre ya no conoció», dando a entender con ellas mucho más de lo que acaso imaginaría, a saber, que la vida es únicamente conocimiento y que no hay conocimiento posible sin reconocimiento, pues en ese «conocer» están metidos todos esos significados, el de conocer, el de conocerse, el de reconocer y el de reconocerse. Así fue como ocurrió todo. Y el hijo, en la cama, pensó en las razones de la primera versión, que su madre le había dado hacía unas horas. ¿Por qué nos confundimos con engañosas palabras cuando más sufrimos, con equívocos recuerdos? Y entonces supo que quizá la primera versión fuese su mujer quien se la diera, un poco por encima, cuando llegó de viaje, y que en poco variaba de la segunda, o que él creyera entender eso, aturdido como estaba por la primera impresión, pero, sin embargo, conservó la versión buena como si fuese una joya de ley, y desechó la otra como una imitación.

Y algunos pequeños detalles que le habían pasado inadvertidos, como que le rasgaron la camisa por detrás, con unas tijeras, para no entretenerse en desabotonarla, o que le quitaron la cadena de oro que llevaba, con una cruz, también de oro, una cruz sencilla, sin crucifijo.

Y no quería dar vueltas en la cama por no despertar a M. Le volvieron a la memoria las palabras de su madre cuando horas antes había hablado con ella por teléfono. Se hubiera dicho que hasta que no pasaba un tiempo, no eran aún las palabras exactas, la exacta realidad de todo, que demasiado cerca de palabras y hechos, ellas y ellos conservan aún el calor de la nacencia, como el calor de la madre que las concibe, la madre Historia, la madre Lengua, y que son como panes calientes que hacen daño, y que hay que dejar asentar. Y así recordó que lo que su madre entre sollozos le dijo fue, hijo, os llevaba a todos en el corazón, aunque no supiera expresarlo...

Y el hijo ante esas palabras rompió de nuevo a llorar, no porque las encontrara especialmente conmovedoras o inopinadas, sino porque comprendió que en cuarentaicinco años de vida esa había sido la confesión más íntima que su madre le hubiera hecho nunca de su padre, y que si lo pensaba bien, de la intimidad de sus padres no conocía nada, de sus sentimientos, de sus tribulaciones, de sus tristezas, de sus sueños y deseos, de sus temores. (...) Y los minutos, mientras pensaba uno todas esas cosas en la cama, parecían haberse detenido, y no llegaba nunca la aurora. Durante toda su vida había creído que jamás su padre le había tenido en brazos, y hubiera jurado que así era. Pero de pronto se recordó muy niño, apretando con su

dedo de niño la cicatriz que tenía el padre en la mano, o preguntándole si aquel trozo de metralla que aún conservaba debajo de la piel no le dolía, o jugando con él a aquel juego tan inocente en el que uno extiende la mano sobre la mesa y el otro ha de descargar un golpe sobre ella, y las risas que ese juego les provocaba, y fue entonces cuando, por primera vez desde que había muerto, se sintió sonreír sin pena, porque oía las risas de su padre y de él, y la desesperación de aquel niño al ver que su padre siempre le ganaba en ese juego, incluso sin prestar atención a él, mientras hablaba con su madre de otras cosas, que, en sus recuerdos, siempre estaba preparando la cena, y la desesperación de ese niño, pensaba, le llenaba de una vaga esperanza para después de aquella muerte, la de su padre, y la suya propia cuando llegara.

Y ya iba a dormirse de nuevo, cuando las palabras de su madre resonaron como un eco no extinguido del todo en su corazón. Y sintió que lo paradójico era que él había amado a su padre como a pocos seres en esta vida, aunque jamás hubiera podido decírselo nunca, por la misma clase de trabas que le impidieron a él expresar aquello que sentía por sus hijos, y eso le arrancó un sollozo tan hondo que le dolió el corazón, pues sintió que los minutos de intimidad con su padre se limitaban a unos pocos, siempre demasiado breves, porque a los dos les había tocado vivir un tiempo en que, para sobrevivir, como en la guerra que para él no terminó nunca, las personas no dejan su corazón a la intemperie ni se exponen, en medio de la noche, a encender ni siquiera un cigarrillo por temor a las balas arteras.

LAS moscas de ciudad aún tienen un cometido en esta vida, posarse en los cristales, aprovechar un grano de azúcar que se cayó de la cucharilla, posarse en la calva, pero, ¿y las moscas de campo? De ningún otro ser cabría preguntarse con más propiedad de dónde vienen, a dónde van.

NINGUNA visión tan descorazonadora como la de esas tres gallinas colgadas del pescuezo en la barra de la pollería. Céreas, con la cresta gris y la piel pegada a los huesos. Solo las patas ponían una nota cómica a la estampa siniestra: dedos rígidos y largos en el aire como un gran arpegio: dedos de señorita profesora de piano, soltera, virgen, sexagenaria.

SE ve bien que es un moscardón joven: no se sabe contra qué zumba.

LA veterinaria que viene a vacunar a la perra nos ha dejado como regalo otro mastín, que ha nacido en una finca cercana. Dijo, viene de la casa de Fulano, y es un mastín de pura raza. Son verdad las dos cosas, que Fulano es rico y que el mastín, como no podía ser menos, está a tono con su antiguo dueño. Mora es una perra bastarda, pero nos aseguran que el nuevo es de un linaje muy distinguido, como el de su antiguo dueño. Se trata de un banquero de Madrid que tiene cerca de aquí una gran finca con caballos; en cuanto al mastín, basta mirarle para darse cuenta de que es el marqués de los mastines. Este pequeño detalle de la procedencia nos ha dejado muy tranquilos, porque se ve que la tontería de la alcurnia nos afecta a todos por igual y se hace extensible a los animales de guarda. Nos parece mejor que sea de pura raza, aunque todos sepamos que los perros que caminan debajo de los carros de los gitanos son los más listos, los que son capaces de multiplicar a base de ladridos o de trinchar un pollo sin mancharse las pezuñas.

El cachorro es la atracción de estos días, como una bola de pelo que rueda escaleras abajo cuando intenta bajarlas. Todos queremos tenerlo en brazos y hablarle como a un recién nacido, y a todos nos hacen indecible gracia sus monerías. Al ser redondo y negro como una trufa, se ha quedado con el nombre de Trufo. Habría sido mejor un nombre de perro cervantino, Gavilán, Montiel, Cipión, pero esa moción fue inmediatamente derrotada en cuanto se presentó al concurso de la asamblea. Es mucho más difícil titular un animal que un libro. En el campo lo hacen con enorme naturalidad. Manuel, a quien se le da titular perros como a nadie, hace unos años le puso a uno Roldán, cuando todo aquel asunto del Roldán socialista, director de la Guardia Civil, ladrón y sinvergüenza. No lo hizo por escarnecer al pobre hombre, que ya estaba en la cárcel, sino para homenajear a la actualidad, de la misma manera que el cantero de Trujillo, a falta de imaginación, durante la restauración de Santa María esculpió en uno de los capiteles el escudo del Athletic de Bilbao. Los puristas se echaron las manos a la cabeza por aquel sacrílego acto de incuria, pero si se compara la belleza de los otros capiteles góticos con el futbolístico, allá se andan. Fue todo una imprevisión. El arquitecto de la obra dijo al cantero que esculpiera «lo que quisiera», y él, hincha de ese equipo, preparó la broma. No dijo nada, se colocó el capitel en la columna y la columna en su sitio y, pasados uno o dos años, alguien lo descubrió. Ahora ese capitel es la mayor atracción de la iglesia. Todo

muy medieval, como se ve. Dentro de quinientos años no se sabrá si ese era el escudo de un equipo de fútbol o el de los estirados duques del Archinabo de la Tiesa. Trufo no es un nombre apropiado ni feliz, porque cuando se lo hemos dicho a Manuel, no entendía qué quería decir y le costaba pronunciarlo. Trufo, repetía, meneando la cabeza, como diciendo: no sé si me voy a acordar de él. En cambio, ¿quién se va a olvidar de Roldán?

Ahora el cachorro corretea por la casa, jubiloso de los incontables pises que va dejando por todos lados, a los que entristece abandonar sin antes haber puesto en ellos sus cuatro patas, anchas y fuertes ya como los tampones de una oficina de recaudación, para estamparlos como sellos reales por todos los suelos y baldosas.

Al tenerlo en brazos jugamos con su boca. Nos divierte que sus dientecillos quieran mordisquear nuestros dedos, pero no tiene fuerza para hacerlo y apenas logra succionarlos, como si aún echase de menos la lactancia. Dentro de unos meses esa boca podrá partirle en dos la pierna a un hombre, pero ahora no deja de ser una criatura indefensa, a la que uno acaricia como acariciaríamos nuestra infancia, si pudiésemos hacerlo, con una mezcla de piedad, amor y lástima.

SE dice que los cuadros de los museos son los que más tonterías escuchan. No se crea. Nadie oye tantas tonterías como alguien famoso que se acaba de morir, aunque es verdad que la mayoría de estos difuntos, incluso muertos, siguen creyéndoselas.

Me senté en un banco de la plaza de Santa Bárbara, y las palomas, tomándome por la loca de los molidos panes, bajaron a por su ración. Rodearon mis pies como si los hubiera metido en un barreño, pero no tenía nada que darles. Palabras del periódico les hubiera echado. Se agitaban inquietas, algunas incluso, furiosas, picoteaban mis tobillos. Picotazos que percutían el hueso con muy mala intención. Para ser palomas resultaban harto belicosas. Eran muy agradables, sin embargo, aquellos alfilerazos, como un picor gaseoso de agua de sifón. Cuando al fin comprendieron que no había comida para ellas, no supieron qué hacer. Si hubiera tenido una flauta me las habría llevado de calle, como el flautista de Hamelín. Por suerte llegó al rato la lunática genuina, con sus bolsas llenas de migas. Se conoce que esa era la hora en que suele hacerlo, y por eso las palomas se desconcertaron un poco. Acudieron como locas al banquete. La loca les hablaba a las palomas como si hubiese regresado a su infancia y

hablara con sus muñecas. Cuando acabó, la mujer sacudió las últimas migas sobre las cabezas de las palomas, que se las quitaron del copete con una sacudida de caderas, y a continuación se llevó la bolsa de plástico a la boca y la infló con su aliento. Cuando la tuvo lista como un balón y bien sujeta con la mano izquierda, le propinó con la derecha un formidable manotazo. El ruido al estallar me asustó incluso a mí, y las palomas emprendieron la huida en tropel. Se oyó en el aire el unánime roce de las alas. A unos dos o tres metros del suelo, para no toparse con los árboles, imprimieron un brusco y ágil vuelco a su vuelo. Fue como si pasaran la página de un periódico, un latigazo. La loca, risueña, soltó una única carcajada, cavernosa y terrible, y yo, que lo había visto todo, no me atreví ni siquiera a sonreírme, por si venía a donde yo estaba y me clavaba el cuchillo con el que había hecho las migas. Se levantó, se sacudió el abrigo de las blancas virutas que se lo habían moteado y al pasar a mi lado me echó una mirada, pero no pude sostenérsela, tan inocente.

A veces creo que, fuera de los periódicos, de los papeles viejos, de los libros de almoneda, ya no tiene uno vida. Sería tristísimo que fuese así, y la sospecha anonada, extermina. Me eché a la calle por si me pasaba algo. Iba caminando. Delante se paseaban dos amigas, jóvenes, mirando los escaparates. Cada una llevaba dos o tres bolsas grandes con la muestra del establecimiento impresa en el papel. Gran diseño, lo más neoyorquino de Albacete. Eran muy guapas las dos, muy bien vestidas y perfumadas, pero tan jóvenes que solo tenían ojos para los escaparates. Una morena y otra con el pelo de color barroco, me refiero a esos rubios un tanto tostados. Solo las veía de espaldas, así que cuando he dicho que eran guapas me refería a eso, a que eran guapas de espaldas, en su aspecto litúrgico, diría, los andares, la cintura, en fin, el oro y el incienso de sus cabellos. Yo concentraba toda mi fuerza magnética y les lanzaba un rayo de mi poder mental a la misma nuca, donde los monosabios, en el ganado bravo, meten el verduguillo, si no para quitarles la vida, para dármela yo y comprobar si de frente eran tan guapas como de espaldas. Pero el fluido debía de ser escaso o poco potente, porque no mostraban la menor alteración. Yo me decía, si al menos una de ellas volviese la cabeza, sería una señal. ¿Una señal de qué? No sé. Las seguí durante tres manzanas, hasta la calle Augusto Figueroa. Se encontraron en la puerta de una zapatería con otra amiga, con la que estaban citadas. Las mujeres más guapas de Madrid se pasan la vida probándose zapatos. Allí las dejé y me dediqué a ir dirigiendo mis poderes hipnóticos al colodrillo de la

gente, pero no se me volvían ni las porteras viejas de la calle Gravina.

Luego me fui fijando en los coches, en la matrícula. Me decía, ahí viene uno, si su matrícula fuese capicúa, sería una buena señal. Pero aunque conté lo menos cincuenta coches, no vino a mi encuentro ninguno con matrícula capicúa.

Hice la última prueba, la que uno reserva para los casos de aguda desesperación. Sería una buena señal, una buenísima señal, si a la primera persona a la que preguntara la hora me la dijera, y pudiera volverme a casa. Todo el mundo tiene hoy día reloj. Esta es una prueba que viene de cuando era niño. Entonces no llevaban reloj a diario más que algunos, oficinistas o comerciantes, y las mujeres que iban al médico, para no retrasarse en la consulta. Hoy en cambio todo el mundo tiene dos o tres relojes. Los regalan en la tienda de ultramarinos al llevarse un paquete de cuatro yogures. Y sin embargo, qué cuestión tan peliaguda acertar a la primera. No admite esta prueba el ensayo. Se atina o no, no valen enmiendas.

Por fin vi venir hacia mí a una mujer de edad imprecisa. Caminaba deprisa. Me dije, tiene reloj, porque teme estar llegando tarde. ¿Médico, teatro? Pero si le pregunto, me dije, viendo que eso la retrasará, quizá me diga que no lleva hora. En las ciudades hay muchísima gente con pésimos sentimientos, con un resentimiento incomprensible. Pero algo me echó en sus brazos. Todas estas cosas de la vida cotidiana transcurren en muy pocos segundos. Caminaba demasiado animosa para haber salido del trabajo en ese momento. Es seguro que mi pregunta la va a impacientar lo suyo, me dije, pero decidí arriesgarme. Era como suele decirse mi último cartucho.

Dos o tres metros antes de que se produjera el encuentro, clavé en ella mis ojos, para ir preparándola, que viese que yo iba a preguntarle algo. Ella debió de observarlo, aunque lo interpretó mal o iba distraída y de una manera mecánica fue desviando su derrota para librar el escollo, cuando llegara el momento. Así que cuando le dije, por favor, me puede decir...

Ni siquiera me dio tiempo a decir más. Se amilanó un poco, no mucho, porque había gente por todas partes. Creo que me miró con asombro, como si le hubiese sucedido algo verdaderamente inesperado, sin entender cómo de todos los viandantes me iba a fijar precisamente en ella que tenía tanta prisa. Pero era una mujer encantadora. Es probable que ni siquiera tuviese los treinta años, quizá treintaidós.

—¿Sí? Dígame...

Fue tan amable, que me azaré al hacerle de nuevo la pregunta. Y me gustó mucho, en un primer momento, que me tratara de usted y no

de tú como sucede en toda España desde que gobernó la Falange.

—Por favor, me puede decir si voy bien por aquí a Atocha.

Creo que estuvo a punto de echarse a reír. Se le pasaría por la cabeza en un segundo el cálculo para llegar desde allí hasta Atocha andando. Verla risueña me gustó muchísimo, y me dejó tranquilo. No sé por qué se me ocurrió lo de Atocha, sabiendo que estaba en la otra punta de Madrid, en medio de callejuelas que acabarían engullendo al más experto ruante.

Puso a continuación una cara de desánimo completo, como si la que se hubiese perdido hubiese sido ella y no yo. Empecé a sentirme incómodo, porque notaba que ella tenía prisa. Hubiera sido más sencillo si le hubiese pedido que me explicase el principio de indeterminación. Además si le hubiera preguntado la hora me la habría dicho, porque observé que llevaba reloj. Meneó la cabeza, cavilosa, como diciendo, a ver, por dónde empezamos. Llegó a la convicción de que yo era un forastero, y como estaba acuciada, me dijo con esa resolución de las mujeres de acción:

—Sígame. Yo voy a Atocha.

Al principio no teníamos nada que decirnos. Caminaba muy deprisa y driblaba con soltura a los que venían de frente. Llevaba, además del bolso personal, una bolsa de cartón, con asas, con algo dentro. No me atreví a decirle si quería que le llevase la bolsa, por temor a que desconfiara y pensara que yo iba a salir corriendo como un tironero. Llegamos a Recoletos, a la parada de autobús. Para que no me tomara por un pardillo completo, al salir a Recoletos, exclamé un fuerte ah, ya, como si al fin hubiera logrado ubicarme. ¡Ya sé dónde estamos!, exclamé con aire triunfal. Me sentía un poco canalla con toda aquella farsa. Celebró mi alegría, como una madre a un niño pequeño su primera palabra. La circulación estaba cargada en uno de esos formidables atascos de las nueve de la noche. Yo me dije, bien, novelaremos un poco, habrá tiempo.

Como debía parecerle una descortesía haber caminado juntos diez minutos sin decir palabra, y como tardaba en venir el autobús, quiso saber si yo era de Madrid. Le dije que no, en lo cual no mentí, y me sentí un poco mejor en medio de mis embustes. ¿Y le gusta?, siguió preguntando. Esa vez, en cambio, me hirió mucho el usteo, porque consideré que ya había transcurrido tiempo suficiente para la intimidad, y antes de responderle, le pedí que me tuteara. Y así empezamos a hablar. Le conté que estaba citado con mi mujer en el hotel. Eso vi yo que la tranquilizaba mucho. Le pregunté si andando se tardaría mucho, en vista de que aquello parecía completamente congestionado. Me dijo que no, que unos veinte minutos, y vi que

titubeaba. Iba a despedirme de ella, abordar un par de manzanas, dar un rodeo y caminar de vuelta, pero entonces surgió lo inesperado, me dijo, te acompaño. Creo que en esa decisión medió mi confesión de que tenía una mujer esperándome. Empezamos a caminar juntos. Le pregunté qué hacía, a qué se dedicaba. Trabajaba en una empresa de radiadores, llevando las cuentas. Estaba soltera. Tenía un novio. Vivía en Vallecas. El trabajo le gustaba mucho, se trata a mucha gente, me dijo, se aprende todos los días algo. El novio era delineante y trabajaba en el pueblo de Fuencarral, y se veían solo los fines de semana. Llevaban poco de relaciones y ninguno de los dos pensaba en nada serio, porque después de haber pensado en cosas muy serias cada uno de ellos con parejas anteriores las cosas habían salido mal. Pero de esa seriedad el novio al menos se había quedado con el piso que había estado destinado a su vida con la novia anterior. Es donde pasaban el fin de semana. ¿Sus padres? No decían nada. ¿Qué iban a decir? ¡a mis años!, dijo ella muy orgullosa de sus treintaidós.

Era una chica morena. Parecía muy despierta y viva, perfecta para el papel de Agustina de Aragón. Bastante guapa. Yo creo que si no hubiese sido guapa no se la vería tan segura de sí misma. Las feas en general son más desconfiadas con los desconocidos. Claro que si no hubiese sido tan guapa lo probable es que yo no le hubiese preguntado dónde quedaba Atocha. Le gustaba leer. Me dijo que llevaba un libro para los trayectos de autobús. No quise saber qué libro era, para no llevarme una desilusión. Seguramente a JM. Leía siempre que podía. Insistía en hablar de eso, quizá animada por mis gafas. Y de pronto me confesó que estaba leyendo *Ana Karenina*. Me preguntó si la había leído. Le mentí, un poco azorado y le dije que no, solo por oír cómo me resumía el libro. Habló de él con entusiasmo, como si fuese una historia que le estuviese sucediendo a ella. Pero lo más increíble fue la confesión que siguió a esta, me dijo, «y con estar bien y gustándome mucho, no se puede comparar con *Guerra y paz*». A las mujeres suelen gustarles mucho las historias de mujeres; en cambio ven la palabra guerra, y eso las asusta. ¿La has leído?, me preguntó. No tenía mucho donde elegir. Si decía que no, iba a sacar un pésimo concepto de mí, y si le decía que sí y me preguntaba qué me parecía, quizá percibiría pronto algo raro, no sé, la pedantería que se le pone al hombre de letras hablando de literatura. Le dije que sí, que yo también había leído *Guerra y paz,* pero hacía tantos años que apenas la recordaba; solo algunos episodios con el príncipe Andrei y Pierre, sobre todo la batalla final, así como cuando enviuda el príncipe. Mencioné esas pequeñas peripecias para que viese que no me estaba tirando un farol. Me pareció que esa hermandad le gustaba, y me contagió su alegría,

tanto que me pareció llegado el momento para ofrecerme a llevarle la bolsa. Rechazó el ofrecimiento una vez, pero cuando le insistí, me largó la bolsa con un gran alivio, y lo comprendí, porque pesaba como cincuenta kilos. No me atreví a preguntar qué había metido en ella, y me porté como un caballero, haciendo como si aún pensara en Tolstói.

Llegamos al fin a la glorieta de Atocha, esquina con la calle Atocha. Era el momento de las despedidas. Habíamos tardado media hora y seguía ese atasco. Había en la calle Atocha una manifestación. Las pancartas cruzaban la calle y los dirigentes hacían sonar los silbatos, mientras la gente coreaba las consignas. Conocer la causa del atasco pareció tranquilizarla, al considerar que no había tirado por la borda media hora de su devoradora vida.

En ese momento columbré a mi amigo el librero X, que venía del Reina Sofía. Por nada del mundo quería que me descubriera, porque le había dicho a mi acompañante hacía un cuarto de hora que no conocía a nadie en Madrid. Venía hacia nosotros. Yo me puse de espaldas y, dije, bueno, si me reconoce, diré, «¡caramba qué casualidad!», me despediré de la chica precipitadamente y saldré de allí, como si aquel encuentro me hubiese parecido de lo más portentoso. No quería por nada del mundo que la chica pensara que aquel encuentro no era fruto del azar, como fue el azar el que cambió para siempre la vida de Ana Karenina. Pasó X a mi lado, me rozó incluso el brazo, pero no me vio, iba pensando en sus cosas. Yo me había ofrecido a esperar con ella su autobús. Llegó al fin uno. Le pasé con alivio su bolsón. Nos miramos por última vez. Había sido uno de esos encuentros preciosos que te brinda una ciudad como Madrid. La muchacha era guapísima y encantadora. Su novio ha salido ganando, seguro, comparándola con la anterior. Todo en ella era limpio, transparente, sano, las ganas de aprender hablando de radiadores, leyendo a Tolstói, queriendo acompañar a un turista errático. Me dieron ganas de explicarle en el último momento que todo aquello había sido una pequeña ficción, dentro de una realidad que aspiraba a su pequeña verdad, en medio de todo. Era real y verdadera mi tristeza esa tarde, era real mi soledad y no tener a nadie con quien hablar ni amigos a los que ver ni un café en el que sentarme con otros escritores a criticar a los colegas ni librerías de viejo a donde ir, porque ya ha leído uno todos los libros y está empachado de ser literatura de sí mismo. Era real mi deseo de hablar con alguien real, de carne y hueso, que trabaja en una empresa que se dedica a poner radiadores, y que lee *Ana Karenina*. Era real la necesidad perentoria de oír cosas reales y verdaderas sobre literatura, sobre Ana Karenina, alguien que dijera que las cosas que le sucedían a Ana Karenina no eran del todo reales

ni verdaderas. «Yo la hubiese puesto a trabajar en mi oficina, y se le habrían arreglado todos los males», dijo ella muy graciosa.

Me sonrió, y en el momento en que le pasé la bolsa, en esa proximidad, se acercó y me dio dos besos. Diría mejor, galdosianamente, que me plantó dos besos, uno en cada mejilla, amplios, rotundos, sonoros. Sentí su piel como algo muy suave, terso, cálido. Dijo: «Dale recuerdos a tu esposa, y pasadlo bien en Madrid». Me hizo sonreír por dentro aquella manera de llamar a mi mujer, esposa, como en una notaría, de manera tan convencional, tan... planchada, tan de Galdós.

Por poetizarme un poco esperé a que subiera. Vi que se sentaba junto a la ventanilla. Seguía sonriendo, hacía gestos, más infantiles de los que podía esperarse de ella, como si pensara, qué casualidad todo, quién sabe qué saldrá de todo esto, quién le iba a decir a Karenina las cosas que iban a sucederle la primera vez que vio a Oblonski en la estación. Se puso el semáforo en verde, el autobús dio una brusca sacudida, se meció, e inició la marcha. Esquició el definitivo adiós con la mano, como si borrara del cristal el vaho de un transitorio sueño, y en aquel gesto acaso quedara borrado yo mismo.

Al volver a casa le di a M. recuerdos de esa mujer. Pensó en un primer momento que le tomaba el pelo; luego, acaso con preocupación, sopesando el daño del casco, me miró como a un barco viejo que vuelve a un astillero. «Estaba leyendo a Tolstói», le dije, a modo de disculpa. Esas son las peores, admitió de muy buen humor, optimista, risueña, despreocupada al fin.

M. cree que se inventa uno todas estas cosas como el niño que fantasea con compañeros de juego imaginarios, para hacer menos penosa su soledad. Esta vez ha sido real, le digo un poco triste, porque le parece a uno que no acaba de creérselo del todo. Cuando al fin M. preguntó cómo era esa mujer, «además de bellísima», y quiso saber a quién se parecía, me quedé pensando y le dije que se parecía un poco a ella, a la propia M. Se lo tomó como una galantería que buscaba hacerse perdonar el escarceo. No, le aseguré entonces, era un poco como tú misma. Y caigo de pronto en la cuenta de que podía ella estar haciendo algo parecido con los desconocidos, haciéndose acompañar por ellos, hablando de su intimidad, o sea, de la nuestra, y me quedo lívido, y allí mismo, prometiéndole amor eterno, hago que me jure que jamás acompañará a nadie a ninguna parte ni a responder preguntas comprometedoras... ni siquiera a decir la hora a quien se lo pregunte, sobre todo si es un hombre solo, entre los cuarenta y los cincuenta años. Y yo mismo que creía haber vuelto tan ganancioso a casa un momento antes, empecé a ver cómo se había abierto en el

casco una vía de agua que llenaba en tromba las bodegas y amenazaba con hundir ese viejo buque en la misma dársena del astillero.

Y SUELE suceder al revés, que a mayor talento y reconocimiento, menos interés tiene nadie de hablar de sí mismo. Así que no tiene precio encontrar a alguien que vuelve a relatar las cosas como los viajeros antiguos, a hablar de ciudades, de personas, de costumbres... es decir, literatura del tú.

HUBIERA sido una grata y pacífica mañana de no haber venido a empañarla *El Cultural* de *La Razón*. Hace una semana fue en Santiago donde esperaba emboscado, en una entrevista de X con X. Allí X, el primero, el segundo, qué más da, le llamaba a uno «maltrapillo». Hoy insiste con lo mismo. Qué manía le ha dado con este pobre apellido de uno. En estos siete meses, desde que apareció el último tomo del diario, X le ha llamado públicamente a uno «traperillo, sinvergüenza, trapillo, trapero, maltrapillo, inepto, ininteligente». Ininteligente... ay, madre, ¿pero es que nadie le va a enseñar a ese hombre que hay que insultar mejor, es que no podrá dejar de ser cursi ni cuando insulta, córcholis? Si dice ininteligente, muchos, con las prisas, leerán inteligente, y el insultador habrá hecho un pan como unas tortas; por otro lado ese es un insulto que remite a inteligente, y eso como insulto no es bueno. Sería mucho más eficaz si fuera al grano y dijera: cretino, memo, ceporro, lelo. Va a tener uno que enseñarle incluso a mantener una gresca literaria de altura. Ese hombre, y quien ahora le da resonancia en su periódico, no acaba de comprender que cada vez que insultamos a alguien no solo nos descalificamos nosotros, sino que constituimos al otro en el Otro ineludible. Y todo eso sin tener en consideración que para insultar, o se tiene el don del insulto o es mejor tener la boca cerrada. Llamarle Mamona a una mujer que se llama Ramona es patético, o cambiar Pla por Plano, o Pío Baroja por Impío Baroja, como el fraile que nos daba literatura, es como para echarse a llorar. Llamarle a uno trapero o trapillo descubre la medida exacta del talento literario y monjil de alguien, sin entrar en otras consideraciones morales, como esa manía cuartelaria de manosearle a uno el apellido, mamoneándoselo de paso.

Y por mucho que se le llame ahora a uno trapero, no le servirá de nada. Por otro lado uno, en el Rastro, muchos domingos se ve como un trapero, y le gusta, le parece bien. Con los insultos hay que atinar a la primera, o todo se va en salvas. Ya se lo decía aquella mujer a X, en

Méjico: «Usted y yo tenemos el don del insulto». Es un don, qué duda cabe, cuando tiene gracia. Valle-Inclán tenía ese don luciferino. Uno no, uno no lo tiene de esa manera tan refinada. Hasta donde yo recuerdo, no creo haber faltado nunca al respeto a X, pero está empezando a hacer cosas para que se le falte. Y si la gente se ha reído con la caricatura, será porque no se lo tenía a él.

Una vez me preguntó un amigo, ¿suprimirías ese relato famoso del viaje a Toledo, aparecido en un librito del que se han vendido mil ejemplares, a cambio de una tregua, a cambio de que te deje de llamar todos los días trapero, traperillo, trapiejo y todo lo demás en periódicos que leen cientos de miles de personas? No sé, no lo había pensado hasta ahora... déjame pensarlo un poco, le dije...

No. No lo cambiaría, concluí, porque el relato ese le gustaba a uno bastante. No he vuelto a leerlo, pero creo que yo mismo me reiría, como Chaplin cuando veía sus películas de Charlot, si volviese a leerlo, y uno, qué diantres (como diría el querido académico), se debe al arte. Además es, del repertorio, una de las piezas clásicas, esas que le celebran a uno los lectores, y el artista, además de al arte, se debe también a su público.

El humor es lo que menos pueden soportar los tipos solemnes, porque es gente muy pagada de su propia estatua. Yo creo que temen que si la gente empieza a coger la costumbre de ir a orinarles los pies, los pies, de barro, acabarán dando con el tinglado en el suelo. La estatua pasa por que le caguen las palomas y le decoren el pecho; ahora, que los golfos, los anarquistas y los artistas modernos vayamos a mearles el pedestal, lo hallarán una insolencia intolerable y llamarán a voces a los guardias que anden por allí cerca, porque además son cobardes.

A MENUDO el escritor siente nostalgia de un oficio, y uno cava su huerta, otro poda sus rosales, otro se fabrica sus propios muebles, otro compone relojes, otro acude a las imprentas con su cuentahílos, aquella escritora corta y confecciona la ropa que se pone y aquella otra borda, aquel embalsama el cuerpo exánime de los pájaros... En todos ellos hay un deseo de imaginar lo que habría sido su vida de no haber llevado la vida del escritor, y comprobar que de sus manos pueden salir criaturas reales, y útiles, pues no acaban de creer que haya realidad en todas las quimeras que revolotean por sus papeles….

YO tenía pensado un título para un librillo de aforismos y sentencias,

que sería el de *Parajitos fritos*. Pero ninguno como ese de *Oráculo manual,* uno de los grandes títulos de la historia de la literatura.

EL campo estaba precioso, con muchas praderas tapizadas con flores amarillas y blancas. Esas praderas en las que florecen las margaritas y maganzas resultan medievales, como las cuadernas de micer Berceo. El aire era tónico y se perfumaba con las mimosas que crecen silvestres o asilvestradas, después de haber adornado jardines que han acabado por arruinarse, y unos almendros que nadie cosecha desde hace medio siglo. Estos almendros especialmente, florecidos en las laderas y ribazos, tenían en la distancia un aspecto muy delicado, como esas joyas charras de filigrana de plata. Cortamos al paso algunas ramas de almendro florecido, y lo mismo hicimos con las violetas del jardín, con la esperanza de traernos a Madrid algo de todo eso. Para quien apenas tiene vida social, la conservación artificial de la naturaleza en un florero no solo es una muestra de refinamiento más o menos circunstanciado, sino el modo más seguro de supervivencia espiritual. Mientras esas flores resistan, parecen estar aleccionándonos sobre nuestra propia vida.

Se llenó el coche también de ese perfume agreste, y durante el viaje vinimos hablando de todo ello a ratos. Hasta que, a la entrada de Madrid, en el punto en que se bifurca la autovía en la M-30 y la salida hacia la M-40 nos vimos involucrados en un múltiple accidente de tráfico. Todo sucedió en menos de quince segundos. Nos percatamos de que un conductor trataba de pasarse de un carril a otro, sin entender muy bien qué se proponía hacer. La circulación, fluida todavía, empezaba a espesarse de modo acelerado, como ocurre en esas entradas. Ese conductor temerario, un chico joven pudimos observar, nos adelantó, cambiándose de carril, dos o tres veces. Lo mismo podía tratarse de un impaciente que de alguien a quien su propia indecisión ponía nervioso. No se sabía si quería tomar la M-30 o la M-40, y los que conducen saben que tan necesario es, para seguir vivo, estar pendiente de tu propio coche como del de los demás. Se cruzó como una exhalación, inopinadamente, de izquierda a derecha, y el coche que venía a nuestra derecha, a unos ochenta o noventa kilómetros por hora, no lo vio y se lo llevó por delante. Nosotros escapamos de la colisión por un milagro. Quiero decir, que podríamos estar ahora en el hospital o en el depósito. Este es también el verdadero argumento de la obra: seguimos vivos. Brusca, instintivamente, enterré el pie en el pedal del freno. Mi preocupación en ese momento fue que no me alcanzaran los colisionados por mi

izquierda, ni estrellarme contra la mediana, y di un volantazo a la derecha, tratando de evitar que los que venían por la derecha nos arrollaran. En el espejo retrovisor vi los choques en cadena. Eran choques secos, precisos, que duraban nada, dos, tres segundos, y luego todo concluía, como golpes fortuitos de carambola. Y ese ruido, seco, excesivo de las colisiones, como cuando uno no ha medido bien su fuerza y deshace en pedacitos una nuez que pretendía abrir con cuidado. Saltaban por los aires parachoques, cristales, faros, intermitentes. En un minuto al menos veinte o treinta coches quedaron afectados. Pudimos estacionar el nuestro un poco más adelante, justo en la intersección de las dos autovías. Éramos los únicos a los que no les había sucedido nada, ni un rasguño. Todo se detuvo. Empezaron a aparecer conductores y acompañantes. Todos ellos con las manos en la cabeza. Abandonaban aturdidos los coches como el que ha escapado de la muerte. Había gritos. La frase más repetida por todo el mundo era: ¡lo he visto todo! Quizá se tratara de gente con experiencia en esta clase de accidentes. Tal vez decían eso porque lo normal es que uno se mate y ni siquiera llegue a ver de dónde le ha venido la muerte, como una bala perdida. Al momento todos empezaron a señalarnos a nosotros como los que podíamos dar una versión objetiva de los hechos, puesto que habiendo sido las principales víctimas del conductor temerario o suicida, habíamos salido indemnes. Les parecía mentira que siguiéramos vivos.

Como estábamos cerca de Alcorcón, llegaron una ambulancia y tres o cuatro grúas en unos diez minutos. Allí nadie quería moverse. El chico que había provocado todo aquel cafarnaúm, pálido pero ileso, contemplaba, de pie, la magnitud de su temeridad. Su coche, estrellado contra la valla protectora, parecía una lata de cerveza vacía y papirofléxica. El hombre que lo había embestido quería arrojársele al cuello, pero el estado de histerismo de su señora, una mujer de colosales proporciones, se lo impedía, entre otras razones porque al haber quedado el coche muy arrugado no había modo de extraerla de su asiento. La buena mujer no acertaba a decir sino que se encontraba mal y que se iba a morir, aunque no se veía ni una gota de sangre por ninguna parte, y ella aspeaba los brazuelos como un hipopótamo panza arriba. El suelo de la carretera estaba sembrado de cristalitos blancos, rojos y ambarinos y trozos triturados de parachoques. La gente, alarmada por los alaridos de la mujer, rodeó su coche. Le preguntaban, ¿está usted bien?, pero ella no acertaba sino a respirar con dificultad, y a decir, ay, que me muero. La impresión general, que se extendió rápido entre los concurrentes, fue que la mujer se encontraba perfectamente desde un punto de vista óseo y orgánico,

pero que en cualquier momento le sobrevendría un infarto y se quedaría allí, y los avezados discutían porque no sabían si la cosa se arreglaba con una bofetada para matar el histerismo o si, por el contrario, la bofetada acabaría rematándola. Esa zozobra la tenía duplicada el marido, a quien correspondía propinarle el bofetón, aunque tampoco se decidía a ello ni a acogotar al causante del estropicio. Los demás accidentados evaluaban los desperfectos y analizaban contrariados y furiosos el estado de sus coches, mientras empezaban a buscar en carpetillas de plástico los papeles del seguro para formalizar el atestado. Al responsable de todo, al muchacho, lo habían dejado de lado. Este daba unos pasitos cortos de preocupación, como si eso le ayudara a pensar. Quizá pensaba en lo que diría cuando llegara la policía. Le vimos descompuesto, aunque no se hubiera podido determinar si la causa era el alcohol o la consternación por haberle destrozado el coche a su padre. Solo acertaba a decir, mi padre me va a matar. Algunos samaritanos se acercaron por fin a él, y aun sabiéndolo culpable de todo aquello, lo tranquilizaban, le decían, chaval, esto nos pasa a cualquiera, tranquilo. A medida que transcurrían los minutos el chico se mostraba más y más alborotado, con temblequera incluida. Quizá era real, o solo una escapatoria escenificada.

En eso, algunos empezaban a reclamar a voces la presencia de la Guardia Civil, como si sus imprecaciones pudieran ser oídas por alguien en medio de aquel atasco colosal, animado por dos mil cláxones que exigían paso franco, sin saber en muchos casos lo que había ocurrido. Algo cómico también fue observar a los que venían en dirección contraria. Nos observaban con reserva, risueños en muchos casos por no ser ellos los implicados en el accidente, e irritados algunos también al deducir por la tranquilidad y locuacidad de las gentes que el accidente no se había cobrado ninguna vida humana.

Y en eso andábamos cuando llegó la primera pareja motorizada de la Guardia Civil. Los vimos llegar silenciosamente, sobre las motos pero echando cada poco el pie a tierra, sorteando los coches que allí seguían atravesados como en un parque de coches de choque al que se le hubiera ido el fluido eléctrico.

En cuanto vieron que los heridos eran leves o nerviosos, se despreocuparon del conglomerado. La gente les rodeaba y les hablaban todos a la vez. Ni siquiera les dieron tiempo de que se quitaran los cascos. Meneaban la cabezota como si fuesen extraterrestres, mientras desmontaban y anclaban la moto sobre el pie metálico. Al fin, con su experiencia, lograron entender que los que tenían más nítida visión del asunto éramos nosotros.

Vimos venir hacia donde estábamos a uno de los guardias. Llegaba tratando de despojarse del casco. Cuando nos tuvo delante, y antes de mediar una palabra, echó la cabeza hacia atrás, como para mirarme mejor, y dijo:

—¿Juanjo Millás?

Era un guardia de unos treintaicinco o cuarenta años, de aspecto aseado y facciones finas. El otro guardia se entretuvo con un grupo, escuchando lo que le decían.

Me pareció que aquella confusión recordaba a las que suelen producirse a veces cuando le llaman a uno por teléfono para convocarle a alguna cosa, y las telefonistas tiran de listas y leen nombres, vacíos para ellas de todo contenido personal o literario.

—No, soy AT. —dije con timidez.

M. y los chicos estaban tan asombrados como yo.

En cuanto oyó mi nombre el guardia empezó a golpear el suelo con su bota reglamentaria y, al tiempo, con inopinado desconcierto y la palma de la mano abierta, el casco, que no se había quitado todavía. Eran manotazos de quien se cree víctima de la mala suerte, como el que comprobando los premios de la lotería descubre que su número no es el del gordo por un solo guarismo.

—¡Lo sabía, lo sabía! —gimió exultante, y volvía a repetir, una y otra vez, como si tampoco acabara de creérselo—, ¡lo sabía!, AT., ¡claro, claro...!

Al ver al guardia propinándose aquellos manotazos en el casco, se nos acercaron tres o cuatro personas más. No entendían la escena y creían que el guardia se sacudía la cabezota porque se había quedado atascada dentro de su celada futurista y no salía.

En cuanto volvió a mostrar férreo control sobre sus emociones, y después de declararse lector de literatura española, de la que se surtía en la biblioteca de Móstoles, donde vivía, nos llevó a un aparte. La escena tenía algo de fabulosa. Cincuenta coches despanzurrados, una mujer histérica de medidas cetáceas a la que trataban de embutir en una ambulancia, cien personas que tenían una visión confusa de lo sucedido y querían contárselo a voces al que tenían al lado y un guardia civil que pretendía hablarle a uno de literatura española. Con enorme seriedad, gustoso, como confesó, de servir a la literatura en unos momentos para él de muy suprema dicha, nos libró de los enojosos trámites de los atestados, y como el que quiere colarte en un cine sin despertar la ira de los que llevan esperando una hora, dijo, con mucha discreción, por lo bajinis, dejadlo todo de mi cuenta... Y oíamos que seguía diciendo entre dientes, como si no pudiera creérselo, ya más sereno, «AT., quién me lo iba a decir», y eso le hacía

sonreír y sacudir la cabeza como ante un hecho milagroso. Yo estaba muy hueco, porque jamás me había sucedido una cosa así y menos delante de mis seres queridos, a los que el hecho había impresionado sobremanera, constatando de paso la celebridad de alguien que en su casa lava los platos como cualquier humano. Cuando el compañero vio que nos íbamos a marchar, corrió hacia nosotros pensando que nos dábamos a la fuga y quiso intervenir, pero nuestro protector le detuvo, y sin mover la lengua, con solo un gesto de cabeza, mientras agitaba una mano a la altura de su rodilla, como una aleta, le dio a entender que todo estaba bajo control y que, acaso, más tarde le explicaría de lo que se trataba. El otro captó aquel sobrentendido y nos dejó marchar, mientras impedía que otros, que advirtieron cómo nos montábamos en el coche para irnos, hicieran lo mismo. A estos, les ordenó con inapelable mando: «Ustedes no se me mueven de aquí».

Y los pobres allí se quedaron con cara de no comprender nada de nada.

LO único que un artista quiere, como cuando se está enamorado de veras, es no ser libre, y que le manden, y oír esa voz, y poner la mano, como un pobre, para que se le dé algo, el arte, que nunca será suyo, sino en préstamo. ¿Cómo ser libre con algo que no es nuestro? Las obras que tienen algún valor vienen siempre de muy lejos, llevan una firma, pero en realidad no dan fe de una autoría, sino de un testimonio. El hombre que crea algo, o sea, el que está lejos de la modalidad abstractiva o de la mágica, solo es un testigo…

HOY es un día bien triste para los patriotas de Conde de Xiquena. Los nacionalistas del barrio de las Salesas, llamado también de Justicia, nos hubimos de enfrentar a un hecho tristísimo, que destruía de un solo golpe la bien trabada tradición mesonera de los que un día fueron frondosos arrabales: los responsables del bar La Estrella de Campos, que eran a un tiempo arrendatarios del negocio y camareros, han colocado sobre su puerta uno de esos estrechos paneles electrónicos en los que se da información en tiempo real de todo lo que se trajina en la cocina. Las letras rojas, hechas de puntos luminosos, circulan a gran velocidad de izquierda a derecha. Emergen por la izquierda y avanzan imparables, como cotizaciones en Bolsa, hasta que desaparecen por la derecha. Hay que ser muy habilidoso para que no se escape una palabra. Se diría que son como esos figurantes de ópera que salen por un forillo a escena cantando, en los coros de *Aida* por ejemplo, la

atraviesan, desaparecen por el forillo contrario, y corren detrás del escenario para volver a salir por la izquierda cantando con nuevos bríos. La pantalla, negra, resalta, qué duda cabe, las letras electrónicas. El cartel, en escala reducida, es semejante a los que se ven en los rascacielos de Nueva York anunciando las bombas que los marines han arrojado sobre la ciudad que en ese momento estén bombardeando los Estados Unidos, o las subidas de Bolsa o la muerte de un antiguo presidente de la nación. Bien porque el cartel es más estrecho, bien porque es más corto, el caso es que las letras salen disparadas de un rincón a velocidad endiablada y no se detienen hasta que el rincón opuesto las devora. «Desayunos: chocolate con churros, bollería, porras... Aperitivos: tortilla española, ensaladilla, raciones. Comidas: menú económico y a la carta...».

El luminoso no descansa, se lo encuentra uno encendido mientras el bar permanece abierto, durante doce horas seguidas. No obstante, en su rutinaria y alocada carrera se detiene de vez en cuando bruscamente, y como por arte de magia desparecen las letras, la pantalla se queda en negro y al cabo de unos segundos, como si trasparecieran del fondo, quiero decir, que esta vez no salen por la izquierda, aparece la hora y los grados centígrados de la temperatura que hay en ese instante.

Nadie contaba con esto. Era una calle más o menos pacífica y más o menos bonita. Ya acusó un durísimo golpe cuando el relojero que hay cerca de la calle Prim decidió conectar el reloj que le servía de reclamo a un sistema de megafonía que nos da desde entonces puntualmente las horas con la sonería del Big Ben. Los días de diario, con el ruido de los coches y el clamor humano pidiendo justicia, esa fantasía relojera no se oye. Ahora bien, los domingos, en esas desiertas e interminables tardes, las campanadas electrónicas retumban como llamadas del fin del mundo y melancolizan el barrio lo indecible y nos hacen pensar en el relojero y su relojería vacía, con todos los tictacs de los cien relojes que tiene colgados de las paredes y en el escaparate hablando al mismo tiempo, como en una asamblea de naciones. El bar no tiene el empaque de la relojería, es más bien feo, estrecho, con el suelo alfombrado por los huesos de aceitunas, las camisas rojas de las gambas y las innumerables pelotas sucias de papel, de todas las servilletas que los parroquianos tratan de encestar en la papelera, sin lograrlo. Concurren en él los operarios que por la zona trabajan, pintores, fontaneros, albañiles, que se mezclan con algunos oficinistas modestos a los que no les importa codearse con la clase trabajadora. De vez en cuando aparecen también algunos peces gordos de la judicatura, demasiado golosos y sensibles a la cocina casera y a las

tapas o demasiado nostálgicos de sus orígenes sociales, y allí se están tomando el café de media mañana mojando la porra o espumando sus severos bigotes con una caña de cerveza después de trabajar, mientras a sus espaldas la máquina tragaperras llena de estruendo metálico las conversaciones. Ciertamente no era un bar que mereciera la redención, pero representaba el bastión de los patriotas de esta calle que nos habíamos ya acostumbrado, con él, a nuestra dosis de fealdad años sesenta. Hoy, sin que lo hubiéramos pedido, hemos de sumar algo más de la fealdad de los noventa.

HAY que insistir en esto, porque los demás insisten en lo suyo. Este final de siglo ha conocido una suerte de escritores que por menos de un Sarajevo o un genocidio no se molestan en abrir la boca. Suelen ser los mismos que crían en su casa, como periquitos, las palabras oprobio, ominoso o infamia, a las que cruzan entre sí, para la proceración: una infamia ominosa, un oprobio infamante, una oprobiosa ignominia, una ignominia infame, etcétera.

NOS han convocado en la Academia de Bellas Artes de San Fernando como tribunal de admisión de candidatos para la academia de España en Roma.

Es una sala grande. Tal vez la de juntas de sus sesiones académicas. Hay una mesa larga y estrecha, con un micrófono delante, y enfrente otra mesa más, presidencial, corta e historiada, con patas tan sólidas como la institución. Los miembros del tribunal, unas veinte personas representantes de las diversas disciplinas artísticas, que van de la restauración de monumentos y arquitectura a la historiografía, la pintura y la literatura, se sientan en la mesa larga y estrecha. la que está enfrente se deja desocupada. Entre ambas han colocado un pupitre donde se abanquilla al aspirante, que ha de sentirse en verdad como un culpado.

Han empezado a desfilar los candidatos, previamente seleccionados entre abultados expedientes. Escribo en este papel con el propósito de pasarlo luego al cuaderno. Hago, pues, una vez más, trabajo de corresponsal de guerra. Es esta de formar parte de tan alto tribunal una de las atribuciones de los miembros del patronato de la Academia de España en Roma, a donde uno ha llegado de manera difusa. Un diplomático, amigo de la hermana de M., acordándose de que esa tenía un cuñado que entendía algo de letras, me llamó en el último momento para cubrir la vacante de la persona que en el patronato se

ocupa de las becas que llevan el nombre de don Ramón María del Valle-Inclán, que fue, como es sabido, director de esa Academia nombrado por su amigo don Manuel Azaña, cuando a este, llegada la República, le solicitó empleo público el ilustre manco. Desde hace un tiempo se acordó que, a los tradicionales becarios de una Academia que lleva funcionando ciento cincuenta años, se sumase una beca literaria. El cargo de patrono no comporta más cargas al Estado ni otras retribuciones que las palmadas preceptivas que, a modo de castañetas, le propinan a uno en la espalda cada vez que el patronato se reúne, cosa que ocurre una o dos veces al año, una de ellas en sesión ordinaria y otra, extraordinaria y maratoniana en la que se deciden los aspirantes que la nación española enviará a Roma, para que allí ensanchen conocimientos y templen, cual acero, entre las brasas de la antigüedad, sus ardientes temperamentos artísticos, proporcionándole a la susodicha nación lustre inmarcesible. La jornada se rompe a mediodía, momento en el que llevan en triunfal procesión al patronato al completo, desde la calle de Alcalá a un al parecer magnífico comedor de cierto palacio propincuo al de Santa Cruz, donde tiene su sede el ministerio de Asuntos Exteriores, de quien la Academia depende, con el objeto de obsequiar a tan conspicuos jueces con un muy cuidado y protocolario almuerzo, al que asiste, ya que no el ministro del ramo, ocupado en cosas más importantes, sí alguno de sus secretarios de Estado, quien, aunque no de manera vinculante, sino con carácter discrecional, irá sumando en las espaldas de los patronos otras dos palmaditas, con el fin de que estos den por bien empleados el tiempo y los esfuerzos que en el cometido de sus funciones fuesen dispendiando. He dicho.

Nos han convocado a las nueve de la mañana, pues se sabe que el jubileo de los candidatos podrá alargarse hasta la puesta del sol. Cuando llegué estaba ya formado el tribunal, y cada cual ocupaba su asiento. Advertí de un vistazo que todos, profesores, músicos, pintores, arquitectos y autoridades políticas, habían venido muy trajeados, con corbata y camisas de cuello duro, pese a que el calor era ya abusivo desde las ocho de la mañana. Yo estoy ahora muerto de vergüenza, y querría meter los codos por las mangas cortas y tapar mis brazos al aire. Si hubiera venido vestido con una de esas camisas caribeñas floreadas y exuberantes no hubiese llamado más la atención, porque cuando me lancé al único lugar de la mesa que quedaba libre noté flechándome las miradas reprobatorias de la mitad del tribunal, señores a quienes les parece una frivolidad eso de venir a un tribunal tan serio de la misma manera que si fuéramos a la playa. Estoy por levantarme, decir ahora vuelvo, marcharme a casa, cambiarme de

ropa, y volver con corbata. Pero el remedio es acaso peor que la enfermedad. Por lo menos una chaqueta... mi reino por una chaqueta. ¿Pero cómo vamos a aguantar aquí metidos doce horas a cuarenta grados?

Los candidatos, en cambio, parecen que trabajan todos en orquestillas de salsa, salvo cuando son muy modernos, que vienen vestidos de negro existencialista, aunque ninguno se ha puesto una chaqueta ni corbata. Las chicas vienen en cambio muy compuestas y maquilladas, incluso aquellas que en su fuero interno han calculado que para obtener la beca sería mejor pasar por discretas, causándole al jurado una buena impresión de aplicación, decoro y seriedad. Resulta entretenido adivinar las razones por las cuales todos y cada uno de los candidatos se ha vestido de la manera en que van, con muchos y pequeños indicios que delatan su forma de ser y sus composiciones de lugar. Los hay muy horteras, muy modernos, muy vulgares, muy elegantes, con ropas baratas (los más) o con ropas de marca, pero se ve que todos ellos han extremado lo que son de una manera concienzuda, queriendo anunciar lo mejor de sí mismos como si aún viviésemos en la España del Siglo de Oro.

Cierto que algunos de los candidatos han venido también en manga corta, como con manga corta viene la totalidad de las chicas, para las que el problema principal ha sido saber con precisión cuánta cantidad de carne exhibir a un jurado íntegramente compuesto por hombres. Ni siquiera me atrevo a adelantar la cabeza y mirar a uno y otro lado, por si descubro a una mujer sentada entre tantos varones. No me lo ha parecido al entrar. No, no hay ninguna mujer; si la hay su aspecto es enteramente el de una virago, o se habrá mimetizado con el medio.

Van hablando los primeros aspirantes. Escribo en este papel para que mis colegas vean mi aplicación. Quizá, si lo advierten, se tomen mi laboriosidad por celo profesional, y logre hacerme perdonar el hecho de estar en esta sagrada junta de la Academia como un tarambana. Es tristísimo sentirse un inadaptado. Querría uno asomarse, siquiera por curiosidad, al Cas (Club de las Almendritas Saladas); al fin le franquean la entrada, y lo hace vestido como un macarra. Estoy por escribir en dos trocitos de papel la marca de mi camisa, de mis pantalones y de mis zapatos, incluso de los calzoncillos, y pasarlos a uno y otro lado a la voz de «pásalo», para que los honorables compañeros adviertan que todos ellos, pese a su carácter sportivo e informal, son de las mejores casas del ramo y fueron adquiridos en comercios muy solventes y contrastados de los barrios más respetables.

Enfrente, tras la mesa vacía donde debe sentarse la junta directiva

de la Academia, y justo encima de los sillonazos de talla frailuna que recuerda la de los confesonarios, hay sendos retratos de Álvaro Delgado, académico de esta casa. Son dos retratos del rey y de la reina, él parece un vendedor de coches y ella se diría que está en camisón. Son dos castañas de pinturas risibles y dan ganas de traer huevos y tirárselos, no tanto por hacer el surrealista, como por mejorarlos algo, aunque desde un punto de vista práctico, yo los encuentro muy oportunos y deberían difundirse, porque no se encontrarían dos retratos mejores para reclutar adeptos republicanos.

Comprendo que estoy escribiendo de este modo movido por el resentimiento, por la mala suerte de haber venido vestido como un plebeyo descamisado, y lo del retrato del rey no debiera haberlo escrito, pues, sinceramente, nada me gustaría en este momento tanto como tener incluso la chaqueta que él lleva en la pintura.

Yo oigo a los candidatos como se oye llover. Estaría bien que lloviera aquí dentro, para que refrescara un poco. No atiendo sus exposiciones porque no son del negociado de uno, y supongo que daría igual lo que uno dijera. entran y se sientan en el pupitre, y empiezan a hablar. En un rincón de esta sala espaciosa se han habilitado dos espaciosas mesas. En una han puesto tazas de café, platos con pastas, vasos de cristal, botellitas de agua y jarras con zumo de un amarillo químico. En la otra mesa hay un rimero con las memorias y documentaciones presentadas por los candidatos. A mí se me va la vista a las pastas, y miro reiteradamente el reloj, para calcular lo que falta todavía para el recreo. En un folio escrito que había en mi sitio, junto a otros en blanco y un bolígrafo, que se han mostrado muy útiles para escribir estas líneas, pues aquí me presenté no solo en manga corta y con un pantalón claro, sino con las manos en los bolsillos, en ese folio, decía, figura el orden del día, y según este para el receso faltan aún más de tres horas. Sigo escribiendo.

Hablan los candidatos, los oye uno como el traqueteo de un tren. Son artistas pintores. Las cosas que cuentan son increíbles. Uno de los académicos ha propuesto que para hacernos una idea de lo que dicen, se ponga en circulación la memoria y las fotografías de sus trabajos, presentados con otra documentación. Alguien se levanta y trae a la mesa un rimero de expedientes. Empiezan a circular en uno y otro sentido esos dosieres. Yo aprovecho y pienso que podría meter entre las hojas los papelitos declarando la marca de mi camisa de manga corta. Los cuadros que vemos son todos como para morirse del susto. No se entiende para qué quieren ir a Roma pintando eso, aunque no hay que precipitarse en los juicios, porque tal vez esperen de Roma un milagro como cuando los tullidos, enfermos y tarados van a Lourdes a

buscar un arreglo definitivo al dengue, al paralís, al zaratán. Quizá en Roma se curaran de toda la tontería, pero no creo, porque se ve que en ellos esa modernidad que llevan es terminal. Los responsables de darles la beca les hacen a veces algunas preguntas inauditas e improvisadas. A alguno de estos habría que mandarlos a Roma o a Lourdes también. Yo sigo, pues, de reportero de mí mismo, en la trinchera.

Como los candidatos son muy modernos y provocadores, a juzgar por sus atuendos y tocados, espera uno al Duchamp de turno, o a Breton, y que en un movimiento impensado se saque del pecho un par de cócteles molotov y los arroje contra los retratos del señor Delgado. O que empiece a insultarnos y a llamarnos mierdas académicas y cosas que hoy día se ponderan mucho en los libros de texto y en los museos de arte contemporáneo. Estaría bonito, es lo que se dice matar dos pájaros de un tiro, se saldarían las cuentas con la monarquía y con el arte, con la modernidad y con la Academia. Ninguno de mis apacibles colegas, viéndole a uno tan aplicado, puede pensar que le consume el ardor revolucionario y las ansias de las reparaciones artísticas, espoleadas por las ganas de empezar ya con las pastas.

—Ahora utilizo materiales nuevos —oigo que está diciendo un bendito, de quien hace un rato desfilaron por delante de nuestros ojos sus delictivas ocurrencias plásticas.

Uno piensa piadoso por dentro que tenía que gritar: «Si le gustan tanto los derribos y los materiales nuevos, mandémosle a hacer carreteras». Con lo de los materiales nuevos se refiere a que mete pedruscos en unas cajas de madera antiguas, de las que se usaban hace cincuenta años para los repartos de las botellas de Coca-Cola. En la fotografía se veía el anagrama de esa marca, pero en vez de botellas los pedruscos. eso me ha despertado una sed rabiosa de Coca-Cola, que no veo en el servicio del bufé. Pensándolo bien, podríamos darle también una beca al camarero, porque ha hecho de esa mesa una verdadera instalación. las tazas y los vasos están todos bocabajo, para que no los manoseen las moscas, pero él podía decir que la intencionalidad es otra, como el sujeto de la caja de Coca-Cola, y decorarse aduciendo que hay en ello un significado simbólico.

Este aspirante ha salido, y ha entrado otro:

—A mi pintura le hace falta una ciudad como Roma —asegura intempestivo, y se calla, como si ese fuese un argumento definitivo.

Hemos visto las fotos: unos monigotes indignos, como amebas informes y unos como gatos, que parecen muertos o muy desasistidos. Alguien debería responderle que si solo le hiciese falta Roma, se le podría enviar. Pero nadie dice nada. Cuando sale, y antes de que pase

el siguiente, los señores académicos y demás responsables ponderan a este candidato. Hay algo en él que les ha caído en gracia. Dan ganas de correr detrás de él y soplarle al oído que ha causado una gran sensación. Debe de tener algún apoyo que desconozco, porque tres o cuatro se han apresurado a mostrarle su favor, pese a que la porquería que presentaba como obra era exactamente igual a la que presenta el siguiente, que balbucea unas explicaciones que causan una gran compasión. Viéndolo tan débil, uno de los cabrones del tribunal le pregunta a bocajarro. Digo lo de cabrones de una manera artística, sin acritud, que decía Felipe González, por espíritu lúdico, para homenajear a los surrealistas, que hablaban siempre de ese modo, porque por lo demás ese señor académico tiene un aspecto de lo más burgués y honorable. Fue él quien preguntó a un desconcertado pintor:

—¿Para usted qué es el arte?

Creo que si yo hubiese sido el candidato, le habría dicho, eso no me lo pregunta usted a mí; si quiere, se lo contesto, pero en la calle. Habráse visto, un sujeto que acababa de decir que los gatos muertos eran «muy interesantes». ¿Qué derecho tiene él de preguntar a nadie qué es el arte?

Pero me he contenido, porque ni siquiera he levantado la cabeza para saber quién ha formulado la pregunta. Los que entran y salen no sé si por instinto o porque han circulado entre ellos fotografías del tribunal, saben a quién dirigirse, como si supieran que son ellos los que decidirán su suerte. A los que estamos en el extremo de la mesa ni se molestan en mirarnos.

El desgraciado que preguntando ¿qué es el arte? parecía querer dárselas de Ortega y Gasset, y en vista de la buena acogida que ha tenido una pregunta tan inteligente entre los de su corporación, ha insistido con una pobre chica:

—¿Qué piensa usted del dibujo, de su importancia?

La candidata sabe que tiene un minuto parar responder, y que va a depender de lo que diga el que la enviemos o no a Roma. Podría dibujar como Rafael, pero si tartamudeara lo tendría difícil. Sabe, sin embargo, que aquella pregunta y toda esa ceremonia es una humillación continua para ellos y en cierto modo para quienes asistimos a preguntas formuladas por un pobre desgraciado que como académico será una eminencia, pero como pintor, que es por lo que en la Academia figura, es una porquería, aunque en su fuero interno se considere con derecho a decidir quién habrá de ocupar las habitaciones que en su día ocupó Eduardo Rosales.

—A mí el arte me ha interesado desde *chiquiyiyo* —dice otro,

convencido de que tal confesión es suficiente mérito para aspirar a una beca.

Este en cambio sí le ha hecho a uno levantar la vista de este folio. Le he observado. Es un tipo entre risueño y triste. Su acento granadino le ha delatado como un hombre con buenas intenciones. Yo a ese le mandaba a Roma sin ponderar ni siquiera su currículum y su trabajo, y digo sin ponderar, porque lo probable es que, de ponderarlos, tuviera que preguntarle por qué razón si le gusta el arte desde *chiquiyiyo,* no le ha cundido algo más.

—¿Conoce usted Roma? —pregunta uno de esos tontos solemnes que deben de pensar que de la respuesta a esa pregunta podría inferirse algo.

—Oh —responde el candidato con súbita alegría, como si hubiese acertado a responder una pregunta dificilísima—. Es una ciudad fascinante.

—¿Cuánto tiempo estuvo usted en ella? —insiste la autoridad.

—Bueno, en realidad no la conozco —y notamos todos en ese momento algo impreciso de calificar. No sabemos si es alegría o tristeza por no haber estado en Roma, porque vemos que el hombre en un segundo ha tenido que escoger entre decir la verdad o la mentira, como si pensara: «Si digo que sí, pensarán que puesto que ya la conozco, es mejor dejarme aquí, y en cambio si les digo que no, me admitirán, aunque también si digo que no, puede que lo encuentren una falta de interés absoluta, porque hoy día el viajar a Roma está al alcance de cualquiera, si hay ganas».

No tienen malicia los pobres. Si me la hubieran hecho a mí, hubiera dicho sin dudar: Sí, señores, he vivido en Roma doce años, mi padre era abogado y mi madre sobrina nieta de Pascoli. Y ya verías tú como a los de la mesa se les hubieran quitado las ganas de preguntar más tonterías. Se habrían quedado corridos, y sin más me hubiesen dado la beca. Pero estos pobres chicos, aparte de ser un desastre como artistas, no saben mentir. Quizá sean tan malos en lo suyo porque aún no han aprendido a ser buenos filoneístas como ellos, buenos fingidores y cuentistas.

Una de las chicas que ha entrado me ha mirado al salir de la sala. La verdad es que fue mirando uno a uno a todo el mundo.

Yo pensaba, va a abrir la boca, se va a humedecer los labios con la punta de la lengua y va a empezar a moverla con frenesí. Se veía que era una descarriada. Se ha ido lentamente, mirando a los ojos a sus jueces y contoneando las caderas. Su artimaña ha surtido efecto, porque todos la han encontrado muy simpática, y van a darla la beca, acaso con el secreto propósito de volver a encontrarla en Roma,

cuando vayan allí por alguna razón.

—Yo busco un dinamismo matriz entre el surrealismo y el realismo —acaba de decir un chico temible, corto de cuello, con unas patillazas de carnicero que asustan y el entrecejo poblado.

Uno de los catedráticos, indiferente a la inconcordancia que acaba de oír, le pregunta:

—¿Qué es lo que usted quiere transmitir en su obra?

Y el pobre hombre, allá se las ve y se las desea para contar algo convincente.

Pasa el tiempo, pero no muy deprisa. Han transcurrido ya tres horas. No veo el modo de que el reloj avance. Leo para entretenerme la lista de los jurados. Viene, junto a nuestro nombre, el cargo que ocupa cada cual en la sociedad. Únicamente junto al mío figura lo que soy, escritor; junto al de los demás figura lo que han llegado a ser, académicos, catedráticos, directores generales, secretarios de la Academia...

Según tengo entendido, el año que viene me echarán, aunque parece que esto dura tres años.

No he hecho todavía ninguna pregunta a ninguno de los candidatos. A los pintores yo les hubiera preguntado cosas sencillas, de respuestas inmediata. Una, dígame usted qué clase de pájaros cantan en junio, y, dos, enumere cinco pintores del Trecento.

Y los que no pudieran satisfacerlas, a Vallecas, a experimentar con nuevos materiales.

(...)

Llegó y pasó la hora del recreo. Las pastas eran de esas que llevan en el centro una guinda en almíbar, partida por la mitad, como un gran rubí en la corona de un rey godo. Parecía una guinda de atrezo. Los académicos, sobre todo los prostáticos, corrieron en desbandada al cuarto de baño. Los demás nos aliviamos al estirar las piernas, aunque había que refrenarlas un poco, porque se hubieran puesto a correr en dirección al refrigerio.

Yo no conocía más que a dos o tres de mis colegas, a los que saludé, porque al llegar con retraso no había tenido ocasión. Otros que no me conocían se acercaron a hacerlo, cosa que agradecí sinceramente. Ya casi me había olvidado de las mangas de mi camisa, cuando uno, que no conocía de nada, se me acercó y me dijo, «oye, creo que has venido, en fin... demasiado ligerito. El año que viene será mejor que te pongas un traje».

Tuvo el santo cuajo de decirlo delante de todo el mundo. Se hizo un gran silencio, y muchos, viendo que me atacaba un golpe de erubescencia y que me ponía colorado hasta las orejas, debieron de

sentir por mí grandísima lástima. Yo estaba un poco perplejo, y por poco tiro al suelo la taza, que sostenía hasta ese momento con británica flema tratando de hacer pasar inadvertidas mis mangas cortas. Me temblaron las manos y la taza castañueleó un poco en el plato. Fueron dos o tres segundos. Comprendí que tenía que improvisar una frase, en cierto modo todos esperaban que sucediera algo, porque lo normal es que si viene un tipo y te arrima una coz entre las piernas, uno haga o diga algo. Pero sabido es que raramente alguien, no siendo ingenioso, acierta con la respuesta adecuada, que o no llega a tiempo o llega de una manera insuficiente o desdichada. Esbocé una sonrisa que debió de salir como un churro y en vez de decirle que era una indecencia decir a nadie cómo ha de vestir, si no se es un rastacueros, le respondí que era natural que él llevara traje y corbata, porque era un gran catedrático y un académico, y si lo habían llamado a ese jurado había sido por catedrático y académico, pero que si había leído la lista donde venían nuestros nombres, vería que junto al mío solo ponía que era «escritor», y que a los escritores y demás artistas, de Mick Jagger a Juanito Valderrama, se nos permitía vestir como nos salga de los güevos, ya que los artistas tienen ese salero de pasarse la etiqueta por los mismos cojones también, extravagancia y exotismo que la sociedad agradece en sus artistas, dando algo de colorido a las reuniones que apestan a rancio. Las palabras «cojones» y «güevos», pronunciadas con inconfundible resentimiento social y contumacia, hicieron castañuelar a su vez todas las demás tazas de la reunión, incluidas las que aún seguían bocabajo sobre la mesa, que se estremeció con la zambra. Dos o tres de los presentes, creyendo que a continuación iba a faltarle al respeto, se lanzaron sobre mí y empezaron a palmearme la espalda con gran camaradería, como si me dieran la bienvenida a un club de mafiosos, tranquilizándome y asegurando que naturalmente yo podía ir como quisiera, y que no era tan importante ponerse de ese modo por el largo de las mangas de una camisa. Entonces me di cuenta de que el que se había ruborizado, pero de ira, era el otro tipejo, que se dio media vuelta y me dejó allí mirándolo con odio.

(...) Ahora que ya ha pasado todo, me dan ganas de levantarme de la silla, donde seguimos la inquisición, y decirle a ese hombre que mucha mierda de vanguardia, mucho arte nuevo y mucha transgresión, y al final lo único que le importa es que si en la Academia se lleva o no redingote o si uno tiene colgando del pescuezo una corbata. «Sapo cabrón», que diría Gutiérrez Solana.

SI no salen redondos, como la luna llena, los haikús no sirven para nada.

PERO antes los haikús deben abrirse como los abanicos.

NO sé con qué fundamento puede decirse una cosa así, pero estoy casi seguro de que Confucio transmigró a una rana.

AMANECE el día con un pequeño cataclismo: publicaba el periódico una andanada de Junior, el pijo volatinero, contra EHT., a propósito de cierto artículo de este en el periódico *Arriba* en 1945. Le reprochaba Junior a HT. que se arrodillara ante el tirano, y HT. le responde que más vale vivir de rodillas que morir de pie. Junior no se arredra y vuelve hoy con aladas palabras: «Muchos murieron» para no tener que escribir lo que escribió HT. «¡Hay que tener dignidad!» son las palabras que se sobrentienden en las esquinas de su escrito, y Junior tiene razón, y acaso, porque él sabe lo que es la dignidad, pasó su juventud dando volatines, que no es exactamente un vivir de rodillas ni un morir de pie, sino una cosa intermedia, en el aire, viviendo del aire. Franco, el gran timonel, ordenaba a HT., alehop, y HT. caía de rodillas. X, el gran novelista, decía alehop, y Junior pijoteaba volatinando. Se dirá que no son comparables el gran timonel y el gran novelista; cierto, pero la vida quiere que algunas actitudes se crucen en el camino, en una especie de grado cero del autoritarismo, ese lugar en el que la gente podía intercambiar sus atuendos y de época y de circunstancias, y no diferenciarse unos de otros.

BUENO, definitivamente el tiempo de este agosto se va a llevar la medalla del protagonismo, porque ayer se pasó el día lloviendo, mañana, tarde y noche. Es tan anormal que la gente, más que escandalizada, como a veces ocurre con las personas que viven en la superchería, ha empezado a mostrarse preocupada, que es peculiaridad de la gente de campo. Las nubes, amplias, hinchadas y amenazantes se pasean sacando el pecho, y se han apoderado de todo, como una pandilla de camorristas que fingen por momentos. Todos vamos acobardados, abrigados con jerseys por temor a los resfriados, y apenas nos atrevemos a salir de casa, por no cruzárnoslas. A veces se llegan taimadas, con movimientos envolventes, y en un descuido

descargan tal cantidad de agua que dan ganas de abandonar la ciencia y aferrarse a la superchería, pidiendo a la bendita santa Bárbara que nos ponga a salvo. A este ambiente golgotiano vino a sumarse luego un eclipse parcial de Sol, entre las doce y las dos, eclipse que en algunos puntos de Europa, según han contado en las noticias, fue completo. A España le correspondía un cuarenta por ciento, y bien porque el verano no prodiga noticias, bien porque los eclipses salen baratos, la gente lleva una semana ahumando cristales y preparando catalejos especiales para la observación empírica, entusiasmados de que el padre Sol haya querido agraciarnos con una pirueta que no ejecuta sino cada cuarenta años, por todo ello, decía, las noticias acogen destacadamente este fenómeno. Y seguramente muchos, como Jünger a propósito del paso de cierto cometa, recordando cómo su padre se llevó a todos los hijos y pronosticó que quizá únicamente el menor de todos ellos, que entonces tenía cuatro o cinco años, volvería a verlo pasar cerca de la Tierra ochenta o noventa después, sin suponer que no fue precisamente el menor, sino él, Ernst, quien se enfrentó por segunda vez al paso de ese negro vaticinio que le llegaba con su estela de recuerdos tristes, al igual que él, decía, muchos habrán pensado hoy que acaso no vuelvan a ver algo semejante nunca, y han levantado el rostro hacia el Sol, desafiándolo con las córneas.

Salimos nosotros también con nuestros humildes artilugios, el más ingenioso de todos era un espejo. Tomábamos la imagen del sol, y proyectándola sobre una pared, y sin temor a herirnos los ojos, veíamos cómodamente las fases del eclipse.

Estábamos todos menos R., más mi hermano L., su mujer A., con mi madre y el hermano mayor, venidos desde León. Diríamos que como L. es filósofo le tocó en suerte fabricar los cristales ahumados, que usamos por turno, en fila, como en una caseta de feria.

Era bien bonito ver el Sol con su media cara tapada. Lo admiramos detenidamente, y aunque nadie se había puesto de acuerdo en este detalle, todos y cada uno, al término de la contemplación, decíamos, ah, y pasábamos el artilugio al siguiente en la cola. Y aun más que maravillarnos el hecho de que la luz se atenuara notablemente, como un Viernes Santo, nos asombró que la temperatura descendiera tanto, como en el cuerpo de un hombre que acabara de morir.

R., que lo vio desde Madrid, dijo, fue como una luz muerta que se posara sobre las cosas, como la luz, dijo exactamente, de una pintura mala, de un cuadro mal pintado. La sombra de las hojas de los olivos parecía falta de definición, y al moverse se diría que se desdoblaban, como si su alma las quisiera dejar y salir volando.

Madre, a un tiempo extraña y feliz, miraba sobre todo a sus hijos,

risueña, sin atreverse acaso a la felicidad completa, sin creerse del todo con derecho a ella. Y, claro, a todos se nos hace extraño verla a ella por primera vez lejos de casa sin tener a padre a su lado, pero son cosas estas de las que no hablamos. Las percibimos todos, sabemos que quizá debiéramos decir, me acuerdo de mi padre, o a padre le habría gustado estar ahora aquí con nosotros, pero no lo decimos, tal vez porque en los últimos tiempos ya no quería estar él en ninguna otra parte que en su tristeza, que en esa trágica soledad que llevaba el hombre por dentro al final de su vida, tal vez, creo yo, porque jamás en esta familia se han expresado los sentimientos de cierta intimidad.

Al mismo tiempo madre entraba y salía, animosa, saludable, iba de casa a la cocina del horno, que es, yo diría, su lugar preferido, el que a ella más la acerca no ya a la vida, sino a los años de su juventud, a los primeros de su matrimonio, a los más felices de su memoria. Le recuerda el horno, viéndolo, aquellas noches en las que ella había de amasar y cocer veintiuna hogazas con las que comían ellos, los criados y los abuelos de León, que pasaban cada siete días a recoger el pan para toda la semana, subiendo en el tren hullero desde León. Y ya la otra vez estableció su jurisdicción sobre esa parte de la casa, en la que ella quería reinar, y la barrió, la limpió a conciencia, la organizó a su modo, como si realmente le estuviese esperando a ella, y únicamente a ella, desde la última vez que en la casa estuvo, y como si ella y solo ella fuese capaz de entender el horno y todo lo que a su alrededor se podía orbitar. Tras acabar con su tarea, feliz de que todos le rogáramos que dejara de trajinar, barrer, fregotear trapos, pasar bayetas, y feliz de no hacernos caso y ordenarnos que la dejáramos tranquila, sacó una sillita de enea, como aquellas que las mujeres llevaban a la iglesia, en Matueca, en Ruiforco, en el santuario de Manzaneda, y se puso a hacer labor a la sombra de un olivo, algo para el aderezo de «su» cocina, estrazas de una sábana vieja, o a tejer unas puntillas para coserlas a los bajos de un visillo. Y entonces, viéndola en ese momento, con la extravagancia de ese sombrero que se ha puesto para protegerse de las monedas de sol que se cuelan entre las ramas, parecía la misma felicidad, si no supiéramos que ha de tener por dentro abierta herida por todo lo que tras la muerte de padre se le ha venido encima.

A su lado, el hermano mayor, personaje dostoievskiano, retraído, contrariado eternamente. Con cuánta severidad hemos juzgado su cejo fruncido, su cabeza ladeada o hundida en el pecho, su incapacidad congénita de hacer salir de sus labios una palabra amable o agradecida. Así le recordamos desde niños, atormentado por la idea cruel de haber sido él y no ninguno de nosotros el marcado por la

fatalidad de una enfermedad, desasistido en su pobre indefensión y con el único consuelo de unas devociones religiosas que, practicadas por él casi con fanática desesperación, lejos de haber arrimado a su alma un poco de consuelo, como debieran, se diría que se la han desollado más aún, dejándosela en un vivo resentimiento. Y cómo nos han pedido siempre los padres un poco de piedad para él, en voz baja, como si tratáramos con la culpa, como si nadie tuviera derecho a exigirle al menos un poco de simpatía puesto que ellos, que lo habían traído al mundo, tampoco lo hacían. Y cuántas veces les decíamos que su desgracia, como él la llama, siéndolo y grande, no ha estorbado en cientos que como él la han sufrido y la sufren, una condición más dulce de carácter, y ve uno a su padre en este punto asintiendo para acabar diciendo, sí, pero no. Allí estaba, a tres o cuatro metros de ella, bajo la sombra de otro olivo, en silencio, sin acompañarla siquiera en la conversación, de pie. La observaba sin comprender del todo esa alegría, no le decía nada, en silencio, siempre en silencio, aguardando Dios sabe qué, que termine de coser, para cambiar de escenario e irse unos pasos más allá, para seguir observándola, haciendo tiempo, por decir algo, para la hora de cenar, o la de almorzar, o la del rosario, o la del paseo, esperando siempre esos hitos cotidianos que no son para él sino piedras en medio de un río que lleva atravesando desde hace casi sesenta años sin columbrar la orilla.

PODRÍAMOS dividir a la gente en cuatro grandes grupos: los que no necesitan nada de nadie (los misántropos, los locos y una clase de tontos); los que lo necesitan todo de todos (los políticos y las estrellas del espectáculo). Estos dos grupos son, con todo, minoritarios en relación a los dos siguientes: uno, en el que están los que necesitan mucho de unos pocos (grupo compuesto básicamente por neurasténicos, siempre infelices), y los que necesitan poco de muchos (los únicos felices de toda la creación). En los cuatro casos la enfermedad es incurable y la tendencia no se corrige jamás.

HABÍA que podar una pita. Cogí la motosierra y me dispuse a la tarea. Las pencas carnosas de la pita eran casi del tamaño de un hombre. Estaba en bañador y camiseta. Al meter los dientes mecánicos, la pita destilaba una abundante leche y una virutilla blanca que cubrió manos y piernas. Al instante, no fueron precisos ni dos minutos, aquel baño de savia y de serrín empezó a abrasarme la piel, como si me rociaran con un ácido, y un minuto después tuve la sensación de que todo yo

me quemaba como un bonzo en seco, como si fuera una bola de fuego sin llama. Arrojé a un lado la motosierra y me lancé, vestido como estaba, sin tiempo a quitarme los zapatos, en la piscina. Empecé a rascarme por todo el cuerpo, me quería arrancar la piel con las uñas, por el dolor de ver que aquel fuego no remitía ni con el agua fría.

Acudió todo el mundo alarmado a mis gritos. Manuel, que estaba por allí, confirmó que era una reacción alérgica, y recordó que con aquella lejía que surtía la planta solían tratar las mataduras y ciertas heridas de las caballerías.

A las pocas horas me salió en todas las partes que estuvieron en contacto con aquel mejunje unas manchas carmesíes, un sarpullido muy tupido. En la farmacia me vendieron una espuma gel de hidrocortisona que me apliqué, pero dos horas después me sentí febriculoso, sensación que a duras penas lograron paliar las aspirinas. Antes de dormir volví a untarme con el ungüento famoso y a las tres de la mañana me desperté con la sensación de que me moría de fiebre. M., asustada, buscó un termómetro y me trajo otra aspirina. Apagamos la luz. En la oscuridad todo parecía cobrar vida. Al rato me sentía bañado en sudor, en medio de los pensamientos más negros, con un abatimiento de ánimo incalificable. La aurora se burlaba de mí. Ladraba un perro, le contestaba otro cerca del horizonte. Tardaba en hacerse de día. Los pájaros se resistían a salir del nido, los gallos parecían en su día de huelga.

La enfermedad aquí, en el campo, alcanza cotas de tragedia, y las dolencias vuelven a tener esos nombres medievales que se llevaban a la gente por delante en un abrir y cerrar de ojos. Debía de estar delirando, porque M. me aseguró que cerca de las cinco de la mañana, bañado en sudor, le dije: esto va a ser o paludismo o tercianas.

Por la mañana hizo uno un somero recuento de su vida, la imprevisión en la que vivimos. Todo lo que se quedaría a medio hacer, los gallos no pagados a Esculapio. Para empezar, si me pasara algo, estos cuadernos habría que llevarlos a la chimenea, porque tal como están no valen nada, menos que el salvado de la pita. Me acordé de R. Saberlo lejos, en Madrid, me llenó el alma de una tristeza urticante. No dramatices, me decía hace un rato M., cuando empecé a desgranarle las disposiciones testamentarias, y sin que me prestara más atención que la que se presta a un grillo una noche de agosto.

SOLO confío en que pueda uno quitarse de las quejas como nos quitamos de fumar cuando notamos saturados los bronquios. Aunque se recaiga, nunca vuelve a ser lo mismo. En relación a como era antes,

estas líneas, por ejemplo, apenas deben contabilizarse más que como una calada, y ahora apago todo el párrafo en este punto.

Para conmemorar la ilustre efeméride de pasar del año 1999 al 2000 ha fabricado uno un recordatorio, como un díptico hecho artesanalmente. Va en el frontispicio un grabadito a la manera de los que hacía Max Elskamp con un taco de boj, solo que a falta de boj se ha tenido que preparar en una goma de borrar, de la que, a punta de cúter, ha ido emergiendo un pequeño ruiseñor posado sobre una rama desnuda. Estampado en tinta roja parece el sello de un mandarín. Por dentro, y sobre una viñeta vagamente jammesiana, en la que se ve un trozo de esta casa pintada a la acuarela, un poemilla. Cuando estaba haciendo las copias, una para cada uno de los invitados, tenía la impresión de ser uno de esos monjes rusos que manufacturan iconos, solo que esto era mucho más modesto, unas hojillas plegadas en dos, como arrancadas a un libro de horas:

> Un ruiseñor extraño
> se vio en enero
> sobre desnuda rama.
> Silencio y sueño.

Silencio y sueño, y el ruiseñor muy extraño, en verdad, porque no los hay en mes tan frío. Silencio y sueño. He ahí las aspiraciones de toda vida consciente. Nada supera la felicidad de tal programa. Silencio y sueño. Va cayendo la tarde. Se tienden las sombras a la par que las sombras envuelven el horizonte en un hatillo, y se lo llevan un poco más lejos, como un aduar. Los pájaros comunes van dejando caer sus últimas notas, que ruedan por el suelo como perlas de un collar roto. Silencio. El cansancio de las tareas, la vigilia, la promesa de que habrá un cielo para aquellos que hayan sabido barrer un suelo humilde, pesa sobre los párpados que se van cerrando lentamente. Sueño de cielo. Cielo en el suelo. Le cuesta a uno escribir estas últimas líneas. Llegarán en cualquier momento los amigos. Acaso estaría bien descabezar un sueñecito. Así, con la cabeza de lado sobre la oreja derecha del sillón. La casa está en completo silencio. No sabe uno si los pájaros han dejado de cantar o si han dejado sencillamente de vivir, a manos de perdigones ciegos. R. estudia en su cuarto y a G. ya no se le oye. M. ha vuelto a leer su libro. Ella es ahora la vigía de este sueño. Lucha uno por no dormirse también. Por no dormir. Por no cerrar los párpados para seguir soñando. Yo creo que esto se está escribiendo solo, porque yo, ahora sí, llevo durmiendo un buen rato,

quién sabe si todo un año.

NO sabemos aún si el mundo civilizado se ha acabado al entrar en el nuevo milenio, como auguraban algunas personas razonablemente preocupadas, por el «efecto 2000». Ni siquiera si se han reventado los sistemas informáticos y cuantas industrias, instituciones y servicios dependían de ellos, como centrales nucleares, hospitales, relojes turrianos. El hecho de que muchos ordenadores y computadoras, fabricados con anterioridad a 1992, no estuvieran preparados para un cambio automático de los cuatro dígitos, hizo temer apocalípticas cancelaciones y estallidos sin cuento en un sistema todavía demasiado provisional. Hubo quien llegó a decir, quizá basándose en Nostradamus, que los aviones que en el momento de pasar el fielato de la noche de San Silvestre a la aurora del Salvador estuviesen volando, se precipitarían sin escapatoria, con todos los aerostatos del salpicadero rotando como agujas imantadas por el polo Norte. Otros pronosticaban prodigios fulgurantes, como que los montes parirían pozos artesianos, secando las viejas fuentes, y que los templos, podridos en sus cimientos por creencias supersticiosas, se vendrían abajo, levantándose en su lugar luminosas logias donde se cantara la fraternidad universal de los masones.

Aquí, de momento, las cosas siguen más o menos como las dejamos ayer: las copas con restos retestinados de champán en la mesa, la bandeja de los turrones más o menos aceitosos, los platitos de las uvas vacíos, los ceniceros llenos...

SI hay una cosa repulsiva es la codicia, la avaricia y la mezquindad que florece, como el moho, en muchas mentes eruditas. Sí, raro es el erudito que no acaba administrando su parcela del saber como ese empleado galdosiano y siniestro que se pasaba cada mes cobrando los alquileres por las corralas.

SE han ido los tres al Corte Inglés y por cortesía, como corresponde, les preguntó uno si querían que les acompañara, y los dos gritaron al unísono que no. M. sonrió compasiva, comprensiva. He empezado a ser para ellos ese padre del que necesitan descansar de vez en cuando, unas horas al día. Por nada del mundo toleraría que se les aguara ese momento tan placentero para ellos de las compras. Esa ilusión de comprar se va desvaneciendo con la edad, cuando comprende uno que

no necesita nada, que tiene de todo lo preciso. Conocíamos a un hombre rico, amante del arte, que cada vez que se sentía deprimido corría a Barajas, se montaba en un avión y desembarcaba en Basilea, Londres o París, donde le esperaban en dos o tres galerías con género surtido, y el Bonnard o el grabado de Rembrandt que volvían con él en su maleta le resarcían de esa ansiedad melancólica que mana de la insatisfacción vital. El Estupiñá galdosiano, que hace cada mañana la ronda en los comercios del barrio de Pontejos, logró ser feliz comprando para otros, puesto que él poco necesitaba. Aprendemos a comprar en el tabanco de las chucherías, dejando allí unas monedas que no nos hacen falta a cambio de unas golosinas que no necesitamos, pero ese viaje, de la moneda al dulce, qué lleno de promesas se presenta, cuánta novedad e ilusión, qué expectativa en el cambio de pobre a rico. Así que la vida es la conquista de esos momentos de autonomía, donde alguien espera encontrarse mejor solo o con otros de su elección. Es sábado por la tarde y el silencio es tan extenso como un desierto de nadie. ¿Yo escribo? No, miro al techo con la cabeza debajo de las manos, como un fakir.

EL primer síntoma de la vanidad es siempre el sentirse envidiado.

UNO puede envidiar, y ese, como todo vicio solitario, es feo y, aunque escasamente placentero, comprensible; ahora, sentirse envidiado es de tontos, porque ¿a quién podríamos engañar?

SE presentó el calefactor para hacer la instalación de los radiadores. Hemos vivido en esta casa casi un cuarto de siglo pasando frío. Eso tuvo que impresionarle el otro día a X, cuando vino a casa, porque en dos horas que duró la entrevista no se quitó el abrigo, como en las casas de la posguerra. Quizá eso le decidirá a buscarse otra editorial para su correspondencia con el escritor mallorquín.

El frío era el eslabón que nos mantenía unidos en casa con el romanticismo y la bohemia, lo que nos hacía frecuentar y cautivar a nuestros queridos muertos, que tanto frío pasaron los pobrecitos. Unamuno, con aquella alfombrilla de la que habló Pla en su visita al rector de Salamanca, fina «como oreja de gato», incapaz de evitar que los pies se le quedasen congelados; Machado intoxicándose en su pensión de la Calle de los Desamparados en Segovia con el humo de aquella vieja estufa de petróleo o de benceno, y Baroja, arrugado

siempre como un gato friolento en su propia casa, escribiendo en su estudio con la boina puesta, con una bufanda anudada al pescuezo y bajo el peso de su gabán, con el carbón racionado. Pasaba uno frío, y decía: el camino de los clásicos. Todo eso va a desaparecer. Primero corregimos las ventanas, aquel afilado cierzo que se metía por el rasero de las carpinterías y que liofilizaba los tobillos a friuras industriales, y ahora, al fin, la calefacción. ¿Se resentirá a partir de ahora el estilo literario que tenga uno? ¿Nos saldrán los poemas más prosaicos y burgueses? ¿Se le quitarán a nuestra prosa los sabañones? ¿Hablarán los artículos de las ineludibles conquistas del confort? Llenó la casa de artefactos y tubos. Era un hombre joven, fuerte y alto, de complexión atlética. Llevaba una barba de tres días, como ha visto que hacen también los deportistas de élite, los rockeros, los actores de cine fuera de la pantalla. El muchacho habría tenido un aspecto inmejorable, de no haber sido porque tenía los dientes negros, como si acabara de comerse un paté de carbonilla. Eso, en cambio, no le retraía, al contrario, se pasa el día sonriendo de una manera franca. Tiene el pelo largo, rizado, crespo, de los llamados fritos por recordar los encajes de un huevo frito, y se lo recoge en una coleta. Lleva también una gorra negra de béisbol, con la visera hacia atrás. El mono de trabajo es también negro, viejo y astroso. Parece más que un calefactor un gasolinero que vendiera crudo sin refinar, al que de vez en cuando propina un bocado. Me dijo que yo podía continuar con mi trabajo, y me aseguró que no me molestaría. Me pidió, eso sí, una radio, porque me confesó, como una debilidad en hombre tan atlético y poderoso, que le gustaba oírla mientras trabajaba. Por amabilidad le pregunté, al llevarle el transistor, si tenía predilección por alguna emisora en especial, por localizársela: ya se había puesto con el soplete, y aplicaba su llama sibilante y azul sobre un codo de cobre. Accionó la llave del gas, la llama pasó a posición de descanso, levantó la cabeza para verme mejor, y me dijo que encontraba juiciosísima mi pregunta. Me dijo, por favor, sintonice usted en el dial el 91.4, en Radio Intereconomía. Me quedé profundamente impresionado, no tanto porque imaginaba que fuese a pedirle a uno Radiolé, como porque no conozco a nadie en el mundo que quiera sintonizar con una emisora que se pasa el día transmitiendo datos económicos, inversiones, finanzas, índices bursátiles... y desde luego a nadie que es un peón calefactor. No dije nada, y allí le dejé en su laboreo de trabajador solitario.

A las dos horas me levanté a beber un poco de agua. Me lo encontré en la cocina, sentado en el suelo, entre más de doscientos pequeños codos de cobre. Parecía habérsele roto la bolsa de los

macarrones. Se afanaba en acoplar algunos de estos codos en una estructura rígida de tubos. Y seguía escuchando Radio Intereconomía. Era como la puesta en escena de un monólogo teatral. ¿Quién hubiera podido resistirse a preguntar? Por suerte, parecía uno de esos personajes cervantinos que tienen ganas de pegar la hebra, y me confesó que en realidad a él lo que de veras le gustaba era jugar a la bolsa, enterarse y mover su dinero, de un lado a otro, con la fe que tiene el pastor en llevar sus rebaños a siempre más verdes y cremosos pastos. Me contaba todo esto con suma seriedad. Hacía tres días había ganado ciento sesentaicinco mil pesetas en cierta inversión ventajosa. «Todo está en la información», concluyó de una manera demasiado sentenciosa para sus pocos años. No obstante, acabó reconociendo con cierta preocupación, como si en absoluto estuviera satisfecho de su conducta, que era un inversor conservador e indeciso, a diferencia de su mejor amigo, que obtenía unos beneficios superiores con suerte, riesgo y audacia. Quería a su amigo, pero la mácula de la envidia empañaba un poco el cielo despejado de su amistad, como una nube inconsecuente.

Resultaba muy difícil aceptar que ese hombre que no llegaba a los treinta años estuviera hablando de todo eso con tanta ponderación.

—Mi problema —acabó aclarando— es que me gusta ganar dinero, pero nunca me gustó estudiar. Seguramente nadie me enseñó a estudiar con gusto.

Y empezó a contar su pequeña historia. Se había puesto a trabajar con su padre, también calefactor, a los quince años, y aprendió de él y bien el oficio, pero la afición por la banca y la bolsa en realidad procedía de un hombre para el que trabajó como guardaespaldas.

El chico iba soltando esas pequeñas revelaciones con la mayor naturalidad y, desde luego, sin ninguna pretensión ni dominio de los efectos especiales.

—En realidad lo que yo hago para ganarme la vida es trabajar de guardaespaldas. A mí ser calefactor no me gusta en absoluto, pero cuando me quedo sin trabajo de lo otro, vengo a esto. En ese sentido tengo que estarle agradecido a mi padre, que me enseñó un oficio honrado.

Le pregunté entonces si ganaba menos en una parte que en otra, y me respondió que salía más o menos igual en las dos, si acaso no mejor en la calefacción. El tinglado de la seguridad, en cambio, lo encuentra con mayor picante.

Trabajaba para un hombre que tenía el despacho en Puerta de Hierro. Él solo se dedicaba a la bolsa. Le hizo de chófer y de guardaespaldas durante dos años. Cuando le llevaba en coche solía

decirle, tú invierte en esto, va a subir. Se ve que ese hombre no era como Rockefeller; le preguntaron cuál era el secreto de ganar tanto dinero, y respondió que él vendía en la bolsa cuando su chófer compraba. Su jefe, continuó diciendo el calefactor, le avisaba; tenía información privilegiada. A menudo le telefoneaban amigos suyos empresarios, mientras lo llevaba en el coche, y oía cómo le decían: «Invierte en lo nuestro», y su jefe ponía en esa combinación trescientos o cuatrocientos millones de golpe, las acciones subían un cinco por ciento, aguantaba unos días, y vendía. Cuando alguien le habla a uno de trescientos o cuatrocientos millones no ha de ponerlo en duda, porque la gente se pone susceptible si se la llama mentirosa.

Fue ese jefe quien le enganchó al sueño financiero.

—Era un buen hombre —concluyó volviendo a accionar la rueda del gas. La llama se afiló de nuevo con su agudo ruido azul.

—Y entonces, ¿por qué le dejaste?

Las cosas de la vida, me reconoció con fatalidad. Tenía que estar con él todo el día, pero sobre todo, por la noche, cuando ese hombre salía de juerga, a sus fiestas.

—Era, ¿sabe usted?, homosexual. Y… lo que pasa.

Daban ganas de preguntarlo en estilo Azorín, «no, no sé nada; dime tú qué pasaba». Pero no tuve que preguntar nada, porque al rato ya estaba hilvanando otra vez sus recuerdos. Al parecer su jefe no le entró nunca por ese lado abiertamente, pero dejaba sus indirectas en el espejo retrovisor abanicándole con las pestañas, y muchas, sin cejar, como pensando, este caerá tarde o temprano.

—Y claro, antes de tener que decirle que a mí ese rollo no me iba, pues un día lo dejé.

Aunque en realidad fue él quien le despidió, como aclaró a continuación. Le pidió que le acompañase, trabajando de mecánico para él, a un viaje por Egipto que es a donde los gays llevan a sus parejas indecisas. Les dicen, tú hazte la momia, y no te preocupes de más. El chico se olió la tostada, y le dijo que no. El financiero le prometió que le llamaría a la vuelta, y no le llamó.

Llevaba ya un buen rato hablando sin levantar los ojos de su trabajo, como si más que soldar estuviera haciendo bolillos. Sus manos trabajaban deprisa, sus dedos ejecutaban movimientos precisos y sin yerro.

Y siguió contando que después de ese jefe, tuvo otro, con el que pasó otros dos años, hasta hace tres meses. Ese se arruinó. Era un constructor, con amantes y putas detrás de cada ladrillo que pasaba por sus manos.

Ahora trabaja los fines de semana como jefe de seguridad en la

discoteca que hay en los bajos de Argüelles. Al decir «jefe de seguridad» se le ha hinchado el pecho de satisfacción. Levantó la cabeza para mirarme y comprobar el efecto causado por una noticia como esa. Su mujer trabaja en la misma discoteca, en el ropero. «Para vigilarme», aclara, y se ríe mostrando esa pena de dientes negros, pero sanos.

Por seguir la conversación y no tener que ponerme a trabajar, le digo que ese trabajo de matón de discoteca tiene que ser desagradable, pero lo desmiente.

—No, en absoluto. Las artes marciales te dan gran seguridad, sobre todo en el trato.

Y añade que en esa profesión, como la llama, si se tiene aguante ya se tiene mucho, y dice que no tiene uno tampoco que pegarse con la gente tanto como se cree. Hay mucha leyenda sobre eso, reconoce con resignación. Él, por ejemplo, aclara, como quien añade en unas oposiciones una muestra de méritos, llevaba ya tres o cuatro semanas sin tener que arrearle a nadie.

En fin. Ha sido la primera mañana, y asegura que tardará siete días en dejarlo todo instalado. Si sigue contando historias de aquí y de allá, de su pasado y su presente, habrá que proponerle escribir una novela juntos.

HAY erratas que vienen con ángel dentro, con su pepita de oro: «mononótono», «literarto»...

HOY empieza R. a ir a la universidad. Los pasos que va a ir dando ahora son parecidos a aquellos otros de su infancia, cuando dijo la primera palabra o recorrió caminando su primer metro o se le cayó el primer diente. Solo que ahora de estos pasos él es consciente y los vive con una alegría y expectación sin límites. Apenas nos hemos enterado de lo que sucediera en Ámsterdam y París. En París él y su amigo conocieron a dos hermanas italianas. La que le tocó en suerte era siete años mayor que él, y es obrera, parece que en una fábrica o en algo parecido. Desde entonces las llamadas telefónicas a Pesaro menudean, y habla de ella con verdadero arrobamiento. Sus opiniones actuales y sus gustos pasan ahora antes por lo que le ha parecido o no a su amiga. Y sobre ese asunto todo quedó reducido de principio, hace meses, a una conversación sobre las considerables ventajas del preservativo, que quedó, naturalmente, abortada antes de concluir la primera frase con un «por favor, papá». Así que hoy todo son

conjeturas. Empieza la universidad y sin embargo todo resulta muchísimo más incierto que hace un año.

HEMOS pasado todo el puente de la Almudena en Las Viñas y no ha anotado uno en este cuaderno una sola línea. ¿En qué estamos perdiendo la vida?; ayer, al despertarnos y adivinar a través del ventanuco el día que iba a hacer, entonó su *carpe diem*: tómalo así, no habrá muchos más como este. Imaginemos que nos dan todavía otros cuarenta años. Seríamos con ellos ya muy privilegiados. Nos quedarían cuarenta días como este en el supuesto, demasiado generoso, de que el resto de los otoños fuesen tan hermosos, benignos y templados como el de ahora. Pero no, con todas estas cosas tiene uno revuelta el alma, la pisan tantos y se la pisa uno tanto también, como les ocurre a las novias con el vestido que llevan, que está el nuestro con todos los bajos llenos de barro. Ni siquiera disfrutó uno del largo paseo que dimos entre los olivares. A veces, por instinto, como los enfermos que han aprendido a mejorarse solos y conocen su medicina, buscó uno los poemas de Emily Dickinson, también como ese pobre animal que sabe cuándo le falta cal, y lame una pared, o sal, y la busca en el suelo, o hierbas para purgarse.

Y fueron dos días sin ver a nadie, pero aún tenía uno ganas de ver a menos. ¿No es extraño? Ser como el cuco en junio, que todos oyen y nadie tiene en cuenta. Esto lo dice alguien en una de las tragedias de Shakespeare. ¿Será uno ese cuco?

NO se entiende por qué razón las bellas artes han girado alrededor, principalmente, de dos sentidos, el oído y la vista. La pintura, la música, la literatura, el teatro o la danza se inician en el oído o en la vista. Solo la escultura convoca de lejos al tacto. En cuanto al gusto, aunque su capacidad desencadenante sea poderosa (como quedó probado en el famoso episodio de la magdalena proustiana), parece haberse quedado para placeres sensuales efímeros, si bien intensos. Del olfato, la cenicienta de los otros cuatro sentidos, podemos decir que ha de conformarse con el lugar de los segundones. Y sin embargo, difícilmente se le podría privar del privilegio de poseer, como ningún otro, la llave del pasado. Acaso porque es un sentido ciego, mudo y sin tacto, todo ha de fiarlo a su memoria. Si uno tuviera una oficina de patentes de ideas, como el padre de aquel amigo mejicano, que inventó los palillos de dientes con diferentes sabores, trataría de patentar la conservación y difusión de algunos olores. Por ejemplo, el

de algunos guisos caseros que nos hicieron felices en nuestra infancia; el del mar; el del humo de leña una mañana de invierno; el de un pinar, asociado a la brisa marina. Y creo que sería un gran adelanto el que los cuadros pudieran difundir sus perfumes: el campo de amapolas, la naturaleza muerta de unas manzanas, los frutos del huerto, el vaso con jazmines... Hoy mismo, al doblar la esquina de Conde de Xiquena con Piamonte, me vino un perfume inefable, el de una muchacha a la que solo pudo ver uno de espaldas; llevaba el pelo mojado todavía, señal de que no hacía aún ni una hora que había salido del baño, olía a champú, a gel y a agua de colonia. Y esos olores, que puede uno adquirir por unas pocas pesetas en la droguería, se trascendían a sí mismos. Olían así, en su combinación particular, en aquel cuerpo joven. En ningún otro cuerpo habrían olido igual. En realidad, era el perfume de la juventud. Enlataría uno... la juventud. Y en tardes melancólicas, abriría un bote y esparciría por mi estudio esa prestancia, y soñaría con los días pasados definitivamente, y me creería que en ese cendal vagaría flotando, mudo y ciego, por mi pasado.

AYER vimos en la televisión a Michael Caine saliendo a recoger su Oscar al mejor actor de reparto, o sea, secundario, y lo que dijo fue emocionante. Sabemos poco de los actores, creyendo saberlo todo porque les vemos cada año con distintas galas en otras tantas películas y, a veces, eventualmente, en las páginas de las revistas, en los magazines de la televisión. Y raramente consigue uno de esos actores, sin sus ropas de teatro y sin el guión que les hayan escrito, resultar convincentes. La mayor parte, cuando han de presentarse con sus propias ropas y sus palabras, resultan decepcionantes, por su insignificancia o su soberbia o su vulgaridad, y al percibirlo nos duele en lo más hondo, pues a muchos los hemos visto y nos han acompañado desde niños y los consideramos de la familia. A menudo, cuando no son ellos mismos acaso quienes los han provocado, forman parte de nuestros sueños. ¿Quién no habría querido acompañar en sus andanzas a los protagonistas de *El hombre que pudo reinar?* ¿Quién no ha pasado una noche en brazos de su actriz imperante? No sabemos si los actores han tenido o no una vida feliz. No sabemos a ciencia cierta si Michael Caine lo ha sido o no. Si ha estado casado y cuántas veces. Si tiene hijos. De haberlos tenido, han de ser mayores ya, seguramente, y acaso haya tenido con ellos conflictos graves. No es sencillo tener un padre famoso, rico, que se pasa el día fuera de casa, entre gentes que llevan una vida parecida y actores que por lo general

mantienen una aventura por rodaje, «para sentirse seguros». ¿Se habrá separado, como tan frecuente es en su medio, y se habrá ido con una mujer joven? Tampoco sabemos dónde está su casa, y si tiene más de una, a la que volverá tras de los rodajes en cualquier parte del mundo. Vivirá en América e Inglaterra y tal vez donde viva lleve una vida tranquila, orillada y mohosa, y habrá en esos lugares gentes que lo hayan visto un día sin afeitar, mal peinado, malhumorado quizá, o feliz, conduciendo su propio coche. Para admirarlo tanto, nada sabemos. ¿Cómo será donde viva? ¿Qué cuadros tendrá colgados en las paredes? Una vez vimos un reportaje sobre Sean Connery, su compañero en *El hombre que pudo reinar*. Pasaba una temporada en una casa que tenían él y su mujer en Marbella. Se le veía a él enamorado de ella hasta la médula. Su señora era artista. Habían llenado las paredes de unos cuadros pintados por ella que causaban una indecible pena. No había nada en aquella casa que pudiera hacerle pensar a nadie que no vivía allí alguien vulgar, siendo Sean Connery también un buen actor. Pero parecía la casa del presidente de un club de fútbol. ¿Serán amigos los dos actores, como lo eran en aquella memorable película? La montura de las gafas de Michael Caine es fea, metálica, como de una moda de hace treinta años, y los cristales de color ámbar.

Ayer, cuando salió a recoger su Oscar, estaba nervioso. Nos asusta siempre asistir a ese momento en que un actor por el que sentimos admiración ha de pronunciar unas palabras que nadie ha escrito para él, sino que ha de arrancárselas al corazón. Agradeció en primer lugar a la Academia que hubiera cambiado la fórmula según la cual se conceden los premios. Antes se decía: «El ganador es...», y ahora se dice «El premio es para tal o cual». Porque, continuó, él no se sentía ganador. Hizo un elogio de los que estaban nominados con él: «Tú», y se refirió al actor de *Ripley,* mirándole desde el escenario, como si no estuvieran presentes otras mil personas, como si estuvieran juntos en una habitación pequeña, «tú llegarás a cualquier sitio, hagas lo que hagas; en cuanto a ti», y giró la cabeza para hablarle a un actor negro desconocido para nosotros, «es asombroso que nadie te conociera, porque eres fantástico, y en cuanto a ti», y le habló al único que acaso hubiera podido arrebatarle el premio, el más célebre de todos ellos, el que más cobra por película hoy día, «y en cuanto a ti... es mejor que no te hayan dado este premio porque tu cachet bajaría mucho... ¿Saben cuánto cobra un actor de reparto?»... Era una pregunta hecha en serio, dramática, a lo Chaplin, pero la gente rompió a reír de buena gana, porque Michael Caine así lo quiso, por ese don que tiene de moldear los sentimientos de la gente... Seguía, no obstante, nervioso.

Volvió a ponerse serio. Solo le quedaba mencionar al último de los nominados, un niño que trabaja en una película de aparecidos y muertos. Todos dicen que es un genio, y se hizo un grandísimo silencio, porque la gente comprende que lo que le decimos a un niño en según qué circunstancias podría cambiar su vida... «Te veo y me veo a mí hace muchos años...». De él no dijo más, pero se notaba que en la garganta de muchas de aquellas personas que estaban allí se había hecho un nudo. «Bien», concluyó, «aquí estoy. Os represento a todos... Algún día seréis como yo mismo, con un poco de suerte; lo que yo soy... un superviviente. Gracias».

La verdad es que sus palabras exactas fueron más hermosas que esta transcripción, y la entonación y todo lo demás, su mirada, sus gestos, todo estaba dicho con una emoción y una naturalidad extraordinarias. ¿Por qué diría que él es un superviviente? Le ha ido muy bien en la vida, o eso creemos, aunque no hayamos conocido su casa, ni hayamos visto sus calcetines ni lo que come ni la ropa que guarda en sus armarios. ¿A qué se referiría cuando dijo que se ha convertido en un superviviente?

Quizá se haya dado cuenta de la vanidad de todo aquello, de lo corta que es la vida, y más la de un actor, que puede contemplar al final con abrir un baúl, todos los disfraces que han ido cayéndosele de la piel como mudas de serpiente, mantos reales, jubones de arlequín, ropas fraileras, y con ellos, sus almas únicas y nobles.

La gente, puesta en pie, aplaudía conmovida, con ese respeto que solo otorgamos a quienes creemos superiores. Nadie se reía. Quizá no fuera más que un golpe ensayado de elocuencia, quizá fuese una actuación suprema como lo han sido otras muchas de su carrera, porque los grandes actores parecen no ser nada si no actúan... Quién sabe. Pero allí estábamos nosotros, como en el teatro de la vida, para dejarnos persuadir. Luego salieron, fugaces y confusas, unas imágenes en las que, envuelto entre otras gentes, en la aglomeración de una fiesta multitudinaria, se le veía celebrando ese premio. Estaba sonriente, con la estatuilla en la mano, sin saber qué hacer con ella.

Yo he venido a contar todo esto contagiado por la melancolía que se le desbordaba a la escena en aquel teatro, lleno de tanto resplandeciente mundo, allí representado con sus fastos, talentos y favores. No tiene ningún valor, aunque en cierto modo haya sido uno testigo directo de lo que ocurrió.

Convencer a las multitudes solo está al alcance de los dictadores o los santos. Y sí, el pequeño parlamento de ese actor, allí, en voz baja para mil millones de personas que vieron la ceremonia de la entrega de premios en directo, resultó emocionante, y poco importa ya que

fuese o no insincero, si los sentimientos que arrancó a la gente fueron de ley.

CUANDO va uno con C. por la calle se nos acercan los mendigos, los punkis, los apaches más feroces. Le piden fuego, un cigarrillo, una moneda. Como viste como ellos y va sin afeitar y lleva los pelos mal peinados, llenos de bultos, piensan que es uno de los suyos y que también él habrá pasado por el trago de mendigar un cigarrillo y una moneda. Quizá le descubren en la mirada toda la bondad franciscana que almacena en sus ojos. Tiene ojos negros, muy expresivos, llenos de brillos un poco luciferinos, y limpios y risueños como los de un chico. Hay algo infantil en su porte, no sé, como si no se le hubiera caído todavía del bolsillo del pantalón el tirachinas. Los mendigos, los aventureros, los rastas le ven, le reconocen, y en cuanto lo avistan dejan de hacer lo que están haciendo y corren a pedirle algo, como a un santo. Es una maravilla ver cómo los trata mi amigo a todos ellos. No se asusta nunca, aunque el que venga a pedirle una cosa traiga cara de asesino y la contrariedad de los desposeídos. A todos les llama de tú, aunque sean viejos, pero con muchísimo respeto. Por ejemplo, si le vienen a pedir fuego, saca el mechero y se lo da, para que se enciendan el cigarrillo a su gusto, tomándose el tiempo que quieran. Les dice, enciéndetelo tú. Es una manera de decir, todo lo mío es tuyo. Claro que se trata únicamente de un mechero que cuesta cien pesetas, pero es todo un gesto. Y mientras el pobre enciende su cigarrillo, C., delante de él, espera pacientemente. Si le piden dinero, porque estamos sentados en una terraza, se echa mano de las monedas, y dice: toma veinte duros, pero no nos molestes más, que estoy hablando con este amigo, y el yonki, que es una persona solícita y obsequiosa, hace cortesanas reverencias al recibir la moneda, y le asegura, dándole las gracias, que no se va a ir muy lejos por si se le ocurre a algún colega venir a interferir la conversación, y que se encargará de mantenernos libres de los pedigüeños.

Asiste uno encandilado a esos encuentros. C. sabe el trato que hay que darles, tiene ese don natural, el de estar como entre amigos con los más zurrados. Por eso, creo yo, se ha ido a fijar en el desecho humano de la guerra civil. No se imagina uno a los grandes popes que se han ocupado de la guerra, mirando esas zonas costrosas de la vida. No, ellos van directamente a los generales, a los casos de gobernación notorios, a los políticos de campanillas. De Sandoval solo podría haberse ocupado alguien como él. La guerra civil ha sido como una de esas concesiones auríferas que sacaban en las películas, en las que los

mineros canadienses o norteamericanos defendían con el rifle en la mano el palmo de río o de terreno que les concedía el Gobierno para su explotación. Los listos se reservaban lo que parecía más productivo, pero siempre llegaba alguien a quien dejaban el rabo del mundo, y era el que obtenía la gran veta.

FUIMOS a la toma de posesión de JM. en el Reina Sofía. Creo que nunca habíamos estado en un acto parecido. A mí, de chico, me llevaron en la catedral de León a la toma de posesión de la benefactura de mi tío, una especie de canonjía inferior. Luego también nos dieron allí un poco de mistela y unas pastas. En la de nuestro amigo lo menos había doscientas personas. De las que no le saludaban a él hacía ocho años había unas cuantas, buscándolo entre el gentío para encerrarlo entre sus brazos y hacer sonar unas contundentes palmadas. Algunos, impacientes, por si le cesan dentro de dos meses, le estaban ya vendiendo allí cuadros, exposiciones y proyectos, queriendo cerrar los tratos con precipitación. Todos querían acercarse a donde se encontraba, los que querían estafarle, apuñalarle por la espalda, salir con él en una foto, el amigo sincero, el peligroso...

Nos presentaron a la ministra que es, como se decía antiguamente, de nuestro tiempo, o sea, ya no joven. Amable, pero no simpática, quizá porque todavía no acaba de creerse que la hayan nombrado ministra. Todos dicen que es una mujer inteligente y debe de ser cierto, porque ni se precipita al hablar ni deja de hacerlo, cuando quiere. Mira siempre a los ojos del interlocutor. Un poco aturdida también, porque a ella había gentes que también le estaban vendiendo el mundo. Iba vestida de Peter Pan, y eso le daba un aire curioso, tanto como saber que un día fue comunista. Esos son los pasados que intrigan y seducen a los poderosos. El futuro siempre ha sido de los conversos.

Nos preguntó por la casa de Trujillo, donde ella ha comprado una hace poco, y quiso hablar de ese asunto, que se ve que le hace ilusión, pero era imposible hablar de nada, porque la gente se le acercaba también a ella para darle la enhorabuena, estafarla, clavarle el cuchillo y todos los demás ritos.

Le acompañaban todos los amigos que se han colocado en el Gobierno. Se tenía la sensación de que la lotería había caído en una misma familia, y que todo el mundo llevaba participaciones. Y aunque uno no haya jugado nunca a la lotería, me sentía feliz, como cuando mi padre, por navidad, viendo que la lotería ese año había caído en un barrio humilde y muy repartida, decía sin el menor asomo de envida:

me alegro de verdad, porque lo necesitaban mucho.

¿POR qué razón siendo Ortega un intelectual tan valioso y encontrando en sus libros silos colmados de semillas germinadoras, al final de todo tiene uno con él una sensación de profunda insatisfacción? Ortega es algo así como un embalse, el más grande de cuantos ha habido en España de los de su clase, pero cuando tiene que ser solo un vaso de agua, para saciarnos la sed de ese instante, una sed perentoria, acuciante, inaplazable, sed de agua sola que solo puede desaparecer con un vaso de agua limpia, fresca y sabrosa, se nos antoja insuficiente, y vemos cómo el agua de todo su pantano se trueca, con la habilidad de su birladora prosa barroca, en coñá, en vermú, en limonada, en sangría, en bálsamo de Fierabrás incluso, en aceite de hígado de bacalao, tan nutritivo, o en cualquier otra bebida, pero no en agua, ni siquiera en agüita corriente, del grifo, que tanta falta hace en las casas.

ME estaban esperando en la estación de autobuses. No es lo mismo que una estación de trenes, donde todo adquiere una impostación tolstoiana, pero también hace ilusión. Allí estaban los amigos que le han traído a uno a las jornadas literarias. Saludos, presentaciones, timidez por todas partes, y la sospecha de que le miran a uno intentando encajar en el que ven la persona que a través de sus libros se han figurado que es, para ver si todo resulta armónico o hay algo que chirría. También se advierte que algunos se conducen con reserva, como si ya en ese momento estuvieran saliendo en este diario, como los faxes, que los ve uno en Logroño, y al mismo tiempo salen en Madrid, en mi casa, una hoja con la cara que han puesto y las frases que han dicho. Como uno lo sabe, trata de quitarle importancia a esos primeros minutos. Les diría que al principio uno siempre hace pruebas y bocetos, como los pintores. Y que normalmente salen mal, y en ese caso hay que arrugar esas probaturas y tirarlas a la papelera, con gran desesperación de la Pmd (Policía Montada de los Diarios), que emplea su ronda rebuscando en las papeleras y basureros para comparar los primeros esquicios y los, para ellos, desquicios definitivos. Pero como esos bocetos no existen, porque el diarista suele comérselos por hambre, entran en juego las suposiciones, entregándose al ejercicio más querido de la Pmd, que es la hípica filológica y psicológica.

Uno de los amigos, venciendo al fin la timidez, reconoció haber leído estos diarios y las muchas páginas que se dedican en ellos a los

viajes como este y a actos parecidos, y declarándolo parecía estar pidiendo paz, piedad, perdón. Y uno, que tiene su pequeño corazón, sonríe de una manera un poco estúpida y les asegura que en general si salen a veces un poco caricaturas no es por malicia suya, sino porque no domina todavía el arte supremo de los retratos. No se quedan muy convencidos, pero poco a poco va entrando la franqueza en el trato, y se olvidan de la literatura, como tiene que ser. En mi casa, por ejemplo, nadie se acuerda nunca, ni falta que hace, de que lleva uno este diario.

ESTUVE ayer haciendo una visita a H., la librera. Me telefoneó el viernes y no sé por qué razón, pensé que quería despedirse. Tuvo una caída hace poco. Se ocasionó un hematoma, y al día siguiente volvió a caerse en su casa, y quedó tirada en el suelo sin conocimiento. Su hermana, que es tan viejecita como ella, pasó momentos de angustia. Gracias a la sangre que derramó, evitó, según le dijeron, la embolia. Contaba esa desgracia con la ilusión que ponemos en relatar todo aquello de gravedad a lo que hemos dado esquinazo. Oyéndola relatar lo que le había sucedido, o mejor, todo lo que no le había sucedido, pudiendo haber sucedido, se hubiera llegado a creer que estaba contenta de su accidente. De que su accidente se hubiera quedado en un susto.

Me la encontré en su casa, caminando más torpemente y un poco más viejecita. La casa, un piso magnífico de la calle Espalter, frente al Botánico, estaba como el de muchas personas mayores, que se han ido abandonando sin darse cuenta. Las paredes, que parecían no haberse pintado en los últimos veinte años, estaban grises y sucias, sobre todo en las esquinas y en la intersección del techo y las paredes, donde sube el calorcillo de los radiadores y lo ponen todo negro, como si fuese carbonilla de una locomotora. Creo que eso tampoco les importa mucho, y aunque en otro tiempo su librería de viejo, Mirto, fuera la más bonita de todas las librerías de nuevo o de viejo de España, tan blanca, tan ideada por un arquitecto racionalista como su marido, tan funcional y despejada, la vida a todos nos va haciendo lo que a los ríos, que sin darnos cuenta se nos llenan los fondos de fango y las riberas de maleza, y llegamos a pensar que siempre fuimos tan asalvajados. Estaba todo revuelto, cartas del banco, postales de amigos y parientes que quisieron en el pasado verano recordarla desde algún paraje amable, recortes de periódico, curiosidades, libros, y así, junto a bargueños maravillosos del siglo XVII y XVIII, tallas napolitanas del XVIII (un belén prodigioso, con los vestidos originales de seda, un poco

ajada ya, pero resistiendo firme el paso del tiempo) y algún que otro cuadrito de Regoyos, mezclado todo eso con unos peluches estridentes comprados en las tiendas de todo a cien, y crismas de las últimas navidades escritos por una pariente monja.

Estuvo simpatiquísima. Siempre recuerda a su marido. No tuvieron hijos, y eso les hizo acaso vivir mucho más apretadamente. Desde luego ambos habían sido de derechas. Se conocieron en la Junta de Defensa del Patrimonio que se formó después de la guerra para rescatar y seguir la pista a las obras de arte que sucumbieron al expolio de la revolución. No sé cuánto les duraría el derechismo. El hermano del marido, que era arquitecto también, fue quien proyectó el Valle de los Caídos (y antes el Palacio de la Prensa en la Gran Vía). El marido, que durante la guerra ayudó desde Inglaterra, donde la pasó, a sacar del país a bastante gente que estaba en peligro, llegó a ser con el tiempo el arquitecto que se ocupaba de las obras del Prado. Los dos tenían un aire muy británico y liberal, y recordaban, no sé por qué, a ese tipo de figuras a lo don Alberto Jiménez Fraud, incluso a lo JRJ y Zenobia. Tenían una elegancia rara en la España franquista. Su librería, que estaba en la esquina de Espalter y Moreto, ocupaba dos plantas enteras, la de la calle y un primer piso, más un sótano. La planta noble, ese primer piso, tenía no sé cuántos balcones a la plaza del Botánico. Estaba uno mirando libros y veía los magnolios y la entrada meridional del Museo. Las jardineras de sus balcones estaban llenas siempre de geranios en flor, como si estuviésemos en Ginebra. Hubiera merecido haber tenido un estatuto diplomático, para poder pedir allí asilo en los malos tragos. En la librería había también unos sofás, una mesa baja, unos sillones, y a la una, si quien estaba allí era un amigo, H. disponía en un momento un aperitivo con vino español y unas patatas fritas, todo servido primorosamente, quiero decir, con una cordialidad y ausencia de énfasis inusitadas. Casi nunca había nadie, solo ella y un mozo de cuerda que llevaba con ella veinte años y que al final, mal aconsejado por su mujer, a quien también metió H. a trabajar allí por caridad, se portó perramente con ella, y la denunció con calumnias laborales, con el único propósito de obtener una indemnización mejor cuando cerró la librería. H., que no podía comprender aquel despropósito, le preguntaba, pero, hombre, T., ¿tú por qué haces esto, por qué cuentas mentiras? Y el hombre, que no había sido nunca mala persona, se ruborizaba y bajaba la cabeza abochornado, dando a entender que desaprobaba todo aquello urdido en gananciales. Lo desaprobaría pero no lo impidió. H. se llevó un pequeño disgusto, no tanto por el dinero, como por la decepción que suponía haberlo defendido siempre, siendo como era un hombre de

tan cortísimas luces.

Así que cuando, a la vista de aquel desorden que parece acompañar a tantos ancianos que viven solos (ella lo hace ahora con su hermana, después de haberlo hecho antes con su marido, muerto hace diez años, y su madre, que murió casi centenaria hace siete), a la vista de ese pequeño desmoronamiento sutil, pero visible (y no he mencionado ese reguero de medicamentos que parece seguir las evoluciones de un anciano por la casa, esas cajas con pastillas, los frascos con gotas, los jarabes, que unas veces se agrupan en mesillas como inquietantes maquetas urbanísticas, y otras se dispersan por la casa en un orden caprichoso, como si alguien hubiera decidido vaciar el botiquín y sembrar de gasas, jeringuillas, penicilinas todos los rincones), cuando ocurre todo eso en quien encarnó lo mejor de un tiempo, lo único valioso de un tiempo, diríamos, se entristece uno lo indecible.

Recuerdo que H. era amiga de conocidos hispanistas e historiadores de arte que establecían en Mirto la parada obligatoria a sus andanzas madrileñas, desde el director de la Hispanic Society de Nueva York, hasta los de los clubs más exclusivos del hispanismo anglosajón...

Creo que quería despedirse de mí, muy delicadamente, porque nunca ha sido, como buena vasca, aunque hubiera nacido en Pontevedra (me parece que su padre era militar), nunca ha sido, decía, una mujer melindrosa ni gesticulante ni amiga de ventilar las íntimas emociones.

Es, desde luego, una mujer de carácter. Hablamos mucho de don JCB., que vivía ahí mismo, en Alfonso XII. Creo que era la única persona que llamaba a don J. por el nombre de pila, con un diminutivo, Julito, y él se dejaba llamar por ese nombre como si lo hiciese una hermana. Cierto día coincidimos los tres en la librería, y H. le ofreció cierto papel raro a don J., una proclama de 1902, en forma de manifiesto y tamaño de cartel, reivindicando a Larra, firmada por su tío Pío, Azorín, Bargiela y algunos más. Don J. le preguntó qué valía, y ella le dijo, cuatro mil quinientas pesetas. Era un precio ridículo, pero lo encontró desorbitado, y lo rechazó. Debió de pensar que por un papel insignificante como aquel no se podía pagar tanto. En cambio H. le había apartado cierto *Viaje por España* de un romántico inglés desconocido, con algunos bonitos grabados al acero, y por ese sacó el talonario de cheques y le extendió una cantidad astronómica. Esperé a que don J. se fuera para quedarme yo el pasquín de Larra. Tampoco era cosa de desairarle, porque basta que alguien aprecie lo que uno acaba de desdeñar, para que interprete ese gesto de una manera desviada. Y así, hablando de don J., del nacionalismo, de las habilidosas navegaciones del erudito vasco entre

el nacionalismo vasco y el nacionalismo navarro, y de otros ilustres amigos del pasado que ella y su marido trataron en la librería, se fue pasando la tarde.

La hermana aparecía de vez en cuando por nuestra habitación. Es un ser angelical, una de esas ancianas que salen en las películas inglesas de época, con toquillas, dijes románticos en el pecho y unas manos tan blancas que no han servido para otra cosa en este mundo que para tocar a Chopin y hacer pastas de jengibre.

Pasan la mayor parte del día solas. De vez en cuando llaman a algún viejo amigo como yo para emplear la tarde en algo, pero por lo general esperan allí; por la mañana, a que llegue la tarde; por la tarde, a que llegue la noche, y por la noche, a que llegue el día siguiente. Tienen algunos sobrinos y un sinfín de primos, pero están solas casi siempre, porque nadie tiene veinticuatro primos por treinta, que son las horas de un día y los días de un mes.

Ahora, me contaba, se entretenía abriendo y cerrando carpetas y remirando papeles. Cuando liquidó su librería, se trajo a su casa, a un pasillo, aquellos libros que más le convenía quedarse, quizá para hacerse la ilusión de que la vida no había terminado del todo para ella. Me mostró un portafolios con documentos importantes de los siglos XVI y XVII, cédulas y ordenanzas reales, con sus sellos aparatosos y las firmas del Rey y de los validos. Decía que quería ir vendiendo esas cosas poco a poco. Creo que lo decía no porque necesite el dinero, sino porque la venta la mantendría aún unida a sus antiguos clientes, y a través de ellos a los recuerdos de cuando era joven, y quién sabe si a la juventud.

En un momento determinado se levantó y dijo que iba a buscar algo. En realidad fue lo que hizo durante toda la tarde. Vino con una fotografía de la sepultura de sus padres, donde también está enterrado su marido. Me dijo, mira mi pisito, ¿es mono, no? Sonaba a broma macabra, pero no lo era. Recuerdo que en cierta ocasión, a su marido le dio un grave tantarantán y se lo llevaron al hospital. Tenía entonces ochenta años, si no más. Estuvo el hombre muy enfermo, si se iba o no. Cuando se puso bueno, lo encontré un día en la librería, y al interesarme por su salud me dijo muy alegre: demonios, estuve media hora en el otro barrio, y quiá, todavía no quiero marcharme. A mí, que era joven entonces, me entró un escalofrío por esa manera tan desenvuelta de referirse a la muerte. Ahora, su mujer, hablaba del mismo modo, quitándole importancia. Cuando murió su marido, ella estaba desarbolada, y aunque no ponía ningún énfasis en ello, decía, «no tengo ningún miedo a morirme; primero quiero vivir para cuidar de mi madre, y cuando mi madre falte, hala, corriendo a reunirme con

J.», que era su marido.

Pasé un rato muy bueno con ellas. Eran ya como dos niñas. Me enseñaron algunos recortes de periódico, con artículos de uno, coleccionados por ella como si fuera una tía mía. Habían preparado unos canapés... Yo sabía que cuando era más jóven daba para las amigas todos los jueves una un té-merienda en su casa, y ella hacía los bollos y las pastas en su horno, y se encargaba de los mantelitos y servilletas de hilo, como una de aquellas mujeres de los clubs femeninos de la República.

Ese gran mundo institucionista al que pertenecían ella y J. se desvanece. Son los últimos testigos de aquello. Y aquel desorden, las cartas, los papeles, los peluches eléctricos, las cajitas mal cerradas con las medicinas a medio meter en ellas por causa de prospectos mal doblados...

Salieron a la puerta a despedirme. Me recordaban un poco a aquellas monjas de clausura que se agarraban a los barrotes de la reja del locutorio cuando la visita se marchaba. Diríase que se les desgarraba el corazón con todo lo que les esperaba dentro. En la mesa castellana donde tenían puesto el maravilloso belén napolitano, la figura del niño, sonriente, levantaba los brazos al cielo, como espantándose una mosca. Y era el espíritu puro de aquellas dos hermanas que viven ahora como niñas, mimándose, sin una mala palabra, pidiéndose perdón por las tonterías más pequeñas, tratando de darse gusto en todo (no te levantes, hermana, ya voy yo», y al rato la otra, «¿Quieres, hermana, que te traiga algo de la cocina, un zumo, agua, cualquier cosa?»). Las dos sonrientes, espantándose de la cara el espantoso zumbido de la muerte. Se dirigían, siempre, llamándose «hermana». A la madre la decían siempre «madre», nunca mamá o amá.

Ya en la calle me acarició el aire fresco de la tarde de verano y pedí a esa inconcreción de la conciencia que les diera mucha y larga vida, porque mientras existan dos seres como ellas aquí, aun orilladas del mundo con sus valiosos recuerdos, el mundo será mucho mejor.

G. se pasa el día contándonos cosas de su familia americana, donde ha pasado el mes de julio. Lo llevaban a pescar, comían unas hamburguesas fabulosas, los bosques eran imponentes. Los peces que prendían en los anzuelos eran tan grandes como para alojar a Jonás, las hamburguesas, en su relato, adquieren proporciones homéricas, y cuando recuerda aquellos árboles, mira a nuestras encinas y sacude la cabeza con fatalidad de publicista, a lo Joaquín Costa, con desolación

ruralista, a lo Macías Picavea. Pone tanto énfasis en cantar las excelencias de lo que ha visto y vivido, que más de una vez dan ganas de preguntarle si querría que escribiéramos a los americanos proponiéndoles la adopción. Impresiona por lo demás advertir que son ya experiencias solo suyas. Hasta ahora todo lo había compartido con nosotros, salvo las horas del colegio. Ahora no. Ha estado en lugares a donde no hemos ido ni iremos nunca, y conocido a personas que jamás conoceremos.

DONDE esté una novela, lo demás se puede quitar de en medio. En la novela uno levanta de la pura nada a un personaje, lo pone a hablar y, sobre todo, lo pone a sentir, hasta que habla y siente por sí mismo. En un diario, por el contrario, tiene uno que estar con uno mismo en perpetua discusión. Cuando uno empieza una novela, está todo por hacer. Cuando uno llega al diario, es porque está todo perdido…

HASTA este momento en que ha venido uno a contar el viaje que esta mañana hicimos Manuel y yo al macromercado de Don Benito, buscando una escalera de aluminio que en Trujillo venden a precios que se nos antojaron de fantasía.

(…) Manuel iba contando cosas relativas a los pueblos por donde pasábamos. Se admira uno de ver que un hombre que apenas ha salido del término de su lugar conozca de memoria todo lo concerniente al país. De todos aquellos pueblos conocía a alguien, un aperador, un almazarero, un mecánico, un recuero, un carretero, un merchán, bien porque lo hubiese tratado, bien porque había llegado a sus oídos alguna historia. También había tratado a bastantes que como él, teniendo cuatro yugadas yermas, vieron cómo se convertían en un edén de tierras momias, como las llamó, o sea, sin piedra, tierras mullidas, negras, oxigenadas en las que todo era fondo. Los mencionaba con un dejo de fatalidad, acaso de desánimo, sin acabar de comprender cómo la fortuna les había mejorado a unos de modo tan inesperado, dejándoles a otros tan previsiblemente en la misma miseria que conocían desde hacía cien generaciones... Así que haciendo el recuento de las fortunas tan rápidamente amasadas se iba quedando un poco mustio, quizá considerando cómo habría sido su vida si, con el mismo trabajo, se le hubiera multiplicado la cosecha por mil.

Es un hombre muy expresivo, que tiene el don de la lengua. Cuando uno lleva media hora hablando con él, se lamenta no tener a

mano la libreta o una grabadora para quedarse con todas las expresiones que empedran su conversación y que, aunque sean a veces un poco pomposas, en él suenan con la naturalidad del Covarrubias, como cuando ayer, refiriéndose a los árboles que habíamos plantado este invierno, dijo que todos estaban presos, es decir, prendidos; «quedaron presos la mitad», fue lo que dijo.

Le gusta mucho hablar de la historia de las fincas. Tiene un don prodigioso para hilarla, y, claro, una memoria sin confines, y el gusto de contarla. Como se ve, los artistas no lo son nunca de una sola cosa, sino de varias al mismo tiempo. Y aunque no conozca a los dueños sino someramente, habla de ellos como si los conociera, de sus parentelas, de sus testamentos, de los avatares de esas familias... Tan embelesado iba a la vuelta con sus relatos, que nos pasamos el desvío hacia nuestra sierra, y hubo que dar la vuelta cuando se pudo.

AYER domingo ciertamente hizo un día muy revuelto, pero muy nuevo, si le está permitido decirlo a este diarista de viejo. Entraban por un rincón del cielo las nubes, y se iban por otro, como si estorbaran y las expulsaran de mala manera. Las temperaturas habían descendido lo menos veinte grados en un día. Estaban en treinta y tantos, y ahora estamos en dieciocho. Nos encontrábamos los cuatro, con los *pretextos,* que habían querido reposar unos días de la Feria del Libro. Tenía que ir a Trujillo a hacer la compra, y mirando aquella nubosidad variable, recordé a la amiga X. Qué será de ella. Ni siquiera fue un presentimiento. Sabía que estaba enferma, claro, pero no fue nada. Así que cuando vimos la noticia en la televisión, imaginé que había una secreta galería que comunicaba su muerte con el modo inquieto y atípico para estas fechas en que se movían las nubes. La conmoción fue enorme, porque pensábamos que X era eterna. Siempre tenía la misma edad, de la misma manera que siempre la conocimos, desde hace veinte años, con el mismo pelo blanco, con las mismas boinas multicolores y aquellos zapatos de color púrpura que se compraba en Italia y que combinaba con medias moradas o... verdes, a juego con faldas un tanto modernistas o de mujer fatal...

La mayor parte de los artículos que hoy salen en los periódicos sobre ella son de naturaleza contraria a los que aparecían el otro día sobre X, el poeta orensano. Qué extraño es todo. Eran los dos gallegos, habían sido muy amigos y recibieron juntos el premio Príncipe de Asturias. No creo que a su partener le gustara tener que compartirlo. En los artículos del otro día, todos denostaban a la persona y salvaban, si acaso, la obra. Ahora es al revés, todos recuerdan a la persona y su

amor por la literatura, y su entrega a ella, y poco sus libros. Algunos dicen también eso de que era «una gran trabajadora» y, con ese lenguaje irredento de los periodistas, alguien la llama «todoterreno», y aludían una y otra vez a su coraje. No parecían las necrológicas de alguien que hubiera escrito libros, sino de una alpinista o una corredora de maratón.

(...) Así que cuando llegamos de Las Viñas, aún tuvo uno tiempo de escribir su pequeña cuartilla, para ocuparse en ella de lo que fue toda su obsesión como escritora, y acaso como persona: la búsqueda desesperada de un interlocutor, que no tuvo, creo, nunca, ni en la literatura ni en la vida. Acaso su hija, pero su hija murió joven, desamparándola aún más.

Y por la tarde acudimos a El Boalo, donde iba a tener lugar el entierro. Íbamos R. y yo. Llegamos minutos antes de que sacaran el féretro del Ayuntamiento del pueblo. La plaza de enfrente estaba llena de amigos y curiosos. Y, claro, al ver el féretro, volvió uno a acordarse del entierro de su hija, hace más de diez años, también en El Boalo.

Cuando quisimos entrar en la habitación donde la habían puesto, nos sorprendió una oleada de cámaras de televisión y fotógrafos, que seguían al director de cine A. Empezaba a parecerse aquello más a unos Oscar que a un entierro. Desistimos, y nos quedamos fuera. Cuando sacaron la caja, se pusieron en movimiento las turbas, como una espesa comitiva. Había, no sé, quizá trescientas, cuatrocientas personas. Caminábamos todos lentamente. Los que se conocían, llegaban, se saludaban, y empezaban a hablar de sus cosas, sin recatar la voz, como en la procesión del pueblo. Nosotros dos nos quedamos al final, para no tener ni que ver ni que saludar a nadie. Delante de nosotros iba F. Llevaba chaqueta, pero la camisa la llevaba por fuera del pantalón y se había anudado al cuello una corbata negra que parecía el banderín de un barco pirata, como un guiñapo que le caía por el pecho. Ni siquiera se la había anudado de una manera decorosa. Caminaba renqueante, apoyándose en una garrota y en el brazo de su mujer. No nos vieron porque no nos dejamos ver, quedándonos a su estela, a solo unos pasos. Caminaban tranquilamente, como unos veraneantes, mientras hablaban entre sí y con dos amigos que los acompañaban. Les explicaba F. lo que era aquel pueblo, al que él venía cuando estaba casado con la difunta, hacía cuarenta años. A veces señalaba con la contera del bastón un cerro o un paraje que se columbraba desde donde estábamos, y les decía, allí no había nada, allí había tal cosa, por allí hubo un frente, en la guerra y por allí se iba a... Y de ese modo, mirando a un lado y a otro, seguíamos nuestro lento cortejo.

Al llegar a la iglesia, esta, que era pequeña, se había llenado de gente y no cabía un alma más. Permanecimos fuera. Pasaba el tiempo y allí no hablaba nadie ni se movía nadie. Quizá en la iglesia algún cura estaría rezando un responso en voz baja. La gente que esperaba fuera tampoco decía nada, todo el mundo guardaba en silencio, a la expectativa. Era difícil adivinar qué ocurriría, porque la multitud impedía la visión de todo. F., sonriendo, le dijo a un sobrino que estaba allí, a su lado: «Tú que eres alto, mira que está pasando». El sobrino se puso de puntillas y estiró el pescuezo, pero a los pocos segundos se cansó, y dijo, no se ve nada. F. se encogió de hombros, pero no se movió.

En estas, el editor de X y del propio F. divisó a este de lejos, entre la multitud, y se acercó a saludarlo. Como F. llevaba divorciado de X bastantes años, y muchos más separado, y estaba allí en compañía de la mujer por la que abandonó a X, la gente no sabía si tenía que darle el pésame o qué, y lo dejaban todo a una mueca de conformidad, como el que juega una ficha en un casino. Hablaron un momento el editor y F. del libro que este preparaba, mientras de la iglesia empezó a llegar el rumor de unos rezos.

Allí todo el mundo parecía disfrutar con algo, unos de los rezos, otros de la conversación, y otros, como nosotros, de la buena temperatura, habida cuenta que el ambiente general en aquella ceremonia fúnebre no era en absoluto desgarrador. A todo el mundo le apenaba aquella muerte, desde luego, pero no había inconsolables sollozos ni patetismo de ninguna clase. La frase que parecía flotar en el ambiente era la de: «Así es la vida; en fin, qué le vamos a hacer», al contrario de lo que ocurrió en el entierro de su hija, que todos lo vivimos con una grandísima congoja.

El pueblo sería muy bonito hace cuarenta años, como oíamos que les decía F. a sus amigos, pero en la actualidad lo han destruido por completo con hotelitos y chalets tristísimos y de una vulgaridad inconsciente, sin el menor carácter, parecidos a los que puede uno encontrar en cualquier parte del mundo.

De allí los de la turbamulta nos fuimos al cementerio. Pensé que había sido un error habernos querido despedir de nuestra amiga de aquella manera. Habría estado mejor ir otro día, pasada la ceremonia y el verbeneo, a llevarle unas flores al cementerio. Vimos que F. se dio media vuelta también, en sentido contrario al que caminábamos, y desapareció. Quizá conociera un atajo para llegar antes al cementerio y acomodarse en un buen observatorio, porque cuando llegamos nosotros ya había mucha gente entre las tumbas, subidos a ellas, encaramados en las tapias, para no perderse nada de lo que sucediera

entre el cura, los enterradores y el féretro. Nosotros dos nos quedamos fuera y lo oteábamos todo desde una loma, como esos espectadores que en los estadios de fútbol de los pueblos, por no pagar la entrada, siguen los partidos desde lejos, subidos a un cerro.

Desde aquella eminencia se divisaba todo bien, pero las figuras se veían pequeñitas. Estábamos al lado de una cerca donde había unos potros, y aunque eran las ocho de la tarde, se oía cantar a los gallos. Aquella parte del pueblo, sin casas, con las dehesas de robles, era, sin duda, muy bonita. El sereno de la hora contribuía a esa majestad. El cielo seguía confuso. Y es probable que mañana algún cronista titule su gacetilla: *Nubosidad variable*. Y de pronto entraron unas nubes por encima de las peñas viejas, secas y peladas. Todo se ensombreció. La gente empezó a mirar con preocupación el cielo y calculaba si la tormenta empezaría antes de que terminaran los responsos. Los periodistas de televisión lo captaban todo en sus cámaras subidos a las tapias del cementerio, en planos picados, que les habrán quedado muy expresionistas. Se hicieron notar, sobre todo, media docena de escritoras, manifiestamente compungidas. Se diría que esa muerte había sido crudelísima para ellas, y que las había llenado de opresión, aunque ninguna de ellas había sido íntima de X, de ahí que también les resultara difícil disimular la ilusión que asomaba a sus semblantes: se diría que cada una heredaría el cetro que acababa de dejar X para las mujeres literatas.

(...) Sale en *El País* el artículo que envié. Al principio le dijeron a uno: sesenta líneas. Cuando ya estaba escrito, volvieron a llamar. Solo treinta. Al principio uno se dice, ¿pero cómo lo van a cortar? ¿Es que esa mujer no se merecía sesenta? Si hubieran sido de otro, quizá sí, quién sabe. Se publican también algunas fotos del entierro, una de F., por ejemplo, pero en las fotos desaparece lo real, que este iba en la cola del cortejo, que llevaba la camisa por encima del pantalón, suelta, como un blusón, el cuello sin abotonar y la corbata mal anudada y floja, que se sentó en el bordillo de la acera, al lado de la iglesia, con la cayada entre las piernas, como un feriante, garabateando con la contera en el camino polvoriento misterios criptogramas, mientras atendía las conversaciones apacibles de sus amigos.

En el periódico le adjudican el papel de deudo, quizá de viudo, pero no fue así. X, descontada la muerte de su hija (por cierto, en circunstancias parecidas a la muerte del hijo de su amigo el poeta; otro paralelismo trágico), X, decía, no tuvo en su vida más viva herida que su separación de F. El día en que este se casó con su mujer actual, X llamó a casa, y me dijo, R. se ha casado, pero no me importa, y habló de ello durante media hora. Creo que había bebido un poco,

para ahogar la pena. Antes de que muriera su hija, su casa era un santuario lleno de fotos de R. por todos los rincones. Ella decía, las conservo porque son también las fotos de su padre. Era como entrar en un adoratorio. Cuando tras la muerte de su hija se metió en reformas, se impuso la iconoclastia, y las fotos desaparecieron, y podía respirarse en la casa un aire más puro.

Dentro de un rato vendrán a buscarle a uno para cierto programa de la televisión. No, no podrá uno decir la mitad de las cosas que se escriben en este cuaderno. La oportunidad también tiene sus tributos. Me limitaré a mencionar únicamente las virtudes, como corresponde. Tenía de la literatura en cierto modo un gusto parecido al que tenía para la ropa y para la casa, una mezcla de devoción por los visillos con puntillas y los colores audaces, eléctricos, estridentes. Le gustaban los clásicos del XIX, incluso cuando sostener eso significó ir a contracorriente, y escritores contemporáneos en los que creía descubrir el espíritu del pasado. Aunque era muy difícil saber qué cosas le gustaban y cuáles no, siendo muy errática en esos gustos, y cambiante. Creo que le gustaban las figuras de los escritores heroicos en su fracaso, y en cierto modo eso perseguía ella misma, ser un mito sin ser idiota. Quizá no era más convencional porque no se atrevía, por prurito. Decía, por ejemplo, a las frecuentes proposiciones que le hicieron de ser académica, «entraré en la Academia cuando entre F.». Uno se preguntaba, ¿y qué más te dará si está o no está ese o cualquiera, si quieres entrar tanto como si no? Entendía muy bien, de la literatura, la manera de dirigirse al otro, de prenderle con sus señuelos narrativos. Lo mismo cuando contaba cosas. Las contaba muy bien, si no le daba por cantar.

Creo que sufría también por muchos de los admiradores que tenía. Le hacían feliz, desde luego, todas esas colas que se le formaban en la Feria del Libro, pero no le hacían olvidar que acaso nunca tuvo la admiración sincera, rendida, de aquellos a los que ella respetaba más. De su generación ninguno la admiró de verdad, ni su marido ni nadie. Y eso lo llevaba ella como una espina clavada. Por eso, de todos los que fueron sus amigos y compañeros, acabó hablando solo del único que se murió joven, treinta años atrás, el único, por tanto, que nunca llegó a saber todo lo que ella misma escribiría y que estaba por tanto excusado de haber emitido un juicio sobre su obra.

Un día me contó que, siendo niña, yendo con su padre, en Salamanca, conoció a don Miguel de Unamuno. Y eso me impresionó. No recordaba nada de él que no lo hubiera aprendido de los libros. De los muchos regalos que me hizo, hay algunos que estimo en especial. La primera edición de *Soledades, galerías y otros poemas*, ornada

incluso con unos puntitos negros, recuerdos de la mosca machadiana; el ejemplar de *La hora romántica*, dedicado por Fortún a su padre y, sobre todo, un pequeño abrecartas, que había pertenecido a él, en el que se ve a un atlante llevando sobre los hombros la bola del mundo. La bola es de una piedra semipreciosa llamada venturina. Así he titulado el artículo del periódico: «Un mundo de venturina». El suyo estaba hecho de cosas del pueblo, porque tenía un oído muy fino para los dichos y la lengua popular. Era muy dichera y en bastantes cosas hilaba finísimo, porque era muy inteligente. Debería haber tenido, no sé, más talento o más fortuna para la literatura, amándola como la amó. La que ella escribió, incluso cuando eran ensayos históricos, sabía traerla a sus preocupaciones personales y a su propia biografía. Y aunque ella tenía siempre que animarse y jalearse, quizá comprendía sus limitaciones. Si cada vez que terminaba un libro decía aquello de «se me han puesto en fila las nueve musas con este libro», se te quedaba mirando para saber si lo creía por lo menos alguien, pero ella no.

EL pobre más pobre de todos es el que pide atención, y ni se la dan ni se la prestan.

QUE no te vean comiendo un chuletón de buey: pensarán que no tienes vida interior.

CUANDO alguien llega a comprender que su talento es insuficiente y empieza a cultivar su ingenio, acaba pareciéndose a ese que trata de disimular su falta de higiene con el abuso de perfumes.

Vino una periodista a hacerle a uno una entrevista. Era guapísima, inocente, una criatura. Pensaba, quince años más, y acabarán mandándola a un burdel con la excusa de hacer un reportaje. Me dijo, me llamo Monte. Le dije, hasta el nombre es bonito. ¿Hay una Virgen del Monte? No, respondió ella, viene de Montemayor; dígame, ¿qué libros escribe usted? Me había quedado en el Monte, y no sé cómo me cruzó la frente el monte de Venus, fantasía que desbaraté de un manotazo. Llevaba tres meses trabajando de periodista, y solo por eso me dio un poco de vergüenza responderle. Comprende uno que los periodistas tienen mucho trabajo y no pueden leer libros, pero les

deberían al menos enseñar en la escuela a formular las preguntas de otra manera. Le respondí preguntando, como los gallegos: ¿cuántos años tienes? Era tan inocente que ni siquiera captó la ironía y respondió con una docilidad y aplicación enternecedoras, dijo, como se lo habría dicho a uno de sus profesores, tengo veintidós. Y se ruborizó. Es probable que maliciara alguna razón oculta, que no existía, para aquella pregunta. Cuando se es tan guapa, suelen estar de vuelta cuando uno va hacia ellas, y sin la menor duda pueden leer el pensamiento de los hombres, incluso con los ojos cerrados, si los tienen a menos de un metro. Solo por la temperatura. No sé, como pensamientos térmicos.

Fue contestando uno sus preguntas con una conformidad cada vez más mortecina, mientras pensaba en este triste despropósito nuestro de cada día. Con esta muchacha, ¿no sería mejor hablar de otras cosas? ¿No sería mejor que nos hablase ella de lo suyo conocido, que nosotros, a ella, de lo nuestro desconocido y sin interés? Por modestos que fueran sus sueños, no dejarían de ser sueños; por ambiciosos que sean los de uno, para ella serán hojas secas. Y, claro, no le molesta a uno el que no le conozcan, como aquel pobre Aub que vagaba como un fantasma por la Barcelona de los años sesenta, rabioso y afrentado porque nadie en la España de entonces reconociera «el santo de mi nombre». Que no hubieran leído sus libros, que su nombre no dijera a nadie nada. ¿Pero es que acaso se leían sus libros en Méjico, en América, acaso «el santo de su nombre» les decía algo a los lectores mejicanos que no encontraban humor para agotar sus ediciones de quinientos ejemplares? Vino a buscar a España una razón para su amargura y su resentimiento, pero hubiese podido encontrarla en cualquier parte. No siendo uno de esos escritores que forman parte de los Cas de todos los países, es un absurdo sentirse desplazado ni resentido por ello. Si juntaran en una gran cena a todos los premios Nobel del mundo, los cien o doscientos que seguramente viven, es probable que uno no conociera más que a uno o dos, y esos por pertenecer al gremio de los escritores. El de la notoriedad y la fama es, en un mundo en el que no resulta por lo demás difícil alcanzarla, el más relativo y caduco de los afanes humanos. No, ante esa muchacha, sintió uno únicamente no oír de sus labios palabras que a ella le importaran algo más, y, tal vez, no sé, fantasear un rato con sus ojos, su sonrisa, sus manos, oler sus cabellos, convidarla a almorzar en una tranquila casa de comidas, para que fuera hablando de sus cosas, mientras uno la escuchaba. Se marchó al rato llevándose su misterio. Acaso un día alguien estará lo bastante cerca de él para conocerlo. Y solo por ello yo la vi partir lleno de esperanza. Qué suerte, me decía,

haber estado tan cerca de una criatura tan bella, de haber podido hablar un rato con ella, aunque fuera de modo tan penoso... ¡de uno mismo! Pero pude soñar limpiamente con ella delante y con los ojos abiertos, mientras hablaba «del santo de mi nombre», tan aburrido. Me dije, qué bendición del cielo que haya sido esa chica la que haya venido hasta mí, y no al revés. De no haber mediado esa apariencia laboral, jamás una criatura así habría tenido el menor interés en hablar contigo, me decía, y solo por eso ya fui feliz. Si hubiera sido Stendhal, habría corrido tras ella con el metro de las hipérboles, pero desgraciadamente uno no puede ser Stendhal, y se tuvo que conformar con ser Petrarca, dicho con la modestia aubiana.

El encuentro con aquella joven le puso a uno de buen humor. Con no leer lo que mañana publique en su periódico, mantendrá uno la ilusión de la armónica naturaleza. Unas horas después se cerró el día de un modo muy stendhaliano también. Mis amigos le habían conseguido a uno una entrada para ver *I puritani*. El teatro, una de esas construcciónes contemporáneas monstruosas que solo pueden encontrar justificación en el provincianismo, estaba lleno hasta los topes, y la excitación de los encuentros, las conversaciones y el pavoneo eran tan elevados que gracias a ellos la gente no reparaba en la arquitectura, evitándose de ese modo tener que prenderle fuego. En la representación, bellísima, faltó únicamente haber llorado un poco, tiernamente, en un palco, mirando con gemelos a las doncellas del patio de butacas, observando en sus escotes románticos el agitado pulso de sus sentimientos. Sobre todo al llegar al pasaje ese del *Lasciame morire,* que arranca las lágrimas a las mismas peñas. Las de los cantantes no eran persuasivas voces y no parecían ellos tampoco unas estrellas deslumbrantes; incluso la escenografía y los decorados eran feos (todo, como la moda actual lo pide, en tonos grises, y negros sucios, color rata), pero la música se sobreponía a estos inconvenientes y calamidades, como ya en su día logró hacerlo al antiguo y demencial libreto. Hubiera deseado uno que aquello durara toda la vida, tan dulce era.

Si hay cielo, lo más seguro es que la música se la hayan encargado a Bellini.

EL otro día la policía desalojó la casa de enfrente, después de siete años litigando sus dueños en los tribunales. Es una de esas consistentes y vistosas casas de este barrio burgués, levantada a finales del siglo XIX. Los dueños, que esperan hace años vaciarla para proceder a las transformaciones especulativas en su interior, han ido

desalojando, mediante indemnizaciones, a los pocos vecinos que aún quedaban viviendo en ella e impidiendo a los remisos cualquier tipo de obra o reforma, con el propósito de hacerla inhabitable. Quedaba únicamente en ella, en el segundo piso, una residencia de ancianos. El nombre de Residencia resulta, no obstante, demasiado pomposo para un piso en el que debían de vivir siete u ocho ancianos, y las dos o tres personas que cuidaban de ellos. Y resistía, cerrada la panadería hace un tiempo, por baja del panadero, que la atendió personalmente hasta la bien avanzada edad de noventa años, el Estrella de Campos. En cambio este nombre parecía que se lo hubiera puesto uno de esos poetas rurales del 27, como Hinojosa. Era un bar singular, de los últimos que quedaban abiertos en los contornos. Preparaban un menú económico, casero y suculento, que hermanaba en un par de habitaciones interiores lo mejor de la judicatura, la abogacía y los menestrales ambulantes de la zona.

El local del bar lo tenía arrendado un hombre que, cuando se aproximó a la edad de su jubilación, acabó subarrendándoselo a los camareros, quienes, con sus mujeres, llevaban un negocio que era notoriamente próspero. Todos ellos formaban una pequeña familia, dueños y subarrendados. Estos, que tenían viviendas en uno de esos barrios de la periferia de Madrid, se turnaban en ocupar la habitaciones propincuas, y de ese modo un año se quedaba una familia a vivir en la trastienda, y otro año, la otra. Esas horas que se ahorraban de coche o de autobús se ve que, cuando se está esclavizado con jornadas laborales de doce y trece horas, eran preciosas. Lo abrían muy temprano, hacia las siete de la mañana y no lo cerraban hasta las diez de la noche. Eso arroja la espantable cantidad de quince horas diarias de trabajo. Siempre estaba lleno de gente, pese a ser muy pequeño, y la parroquia era en su mayor parte fija. Durante un tiempo venía el Fiscal General del Estado, un viejo muy conocido, a jugar cada día su partida de dominó, y dejaba a la puerta el coche oficial con los escoltas. La jugaba entre otros con el siniestro poeta social que nos tropezamos cada domingo en el Rastro. Yo creo que terminó aquella partida y empezó a ir al Rastro. Si lleváramos una mejor relación con él, le preguntaría ahora algunos detalles de esas partidas, pero eso habrá que dejarlo para mejor ocasión.

Durante el desalojo de la policía bajaron numerosos vecinos y parroquianos a la calle, para mirotear. Estaban el arrendatario, los camareros con sus familias y otras gentes, todos en silencio, presas del más insalvable abatimiento. No tenían ni siquiera humor de gritar ni alarmar a nadie. A uno de los camareros, un hombre pequeñito, estaban a punto de saltársele las lágrimas. Llevaba trabajando en ese

bar desde que tenía quince años, hace treintaisiete. El otro trabajaba allí desde hace treintaiuno. Pierden todo, sobre todo una clientela muy buena, fija, de obreros, de oficinistas, de empleados. El hijo de uno de los camareros iba a un buen colegio ya, lo veíamos con su vistoso uniforme, con su escudo bordado en la chaqueta azul, y un aspecto muy británico. El panadero hacía un año que lo había dejado. Algunos comentaban que por lo menos a él, que llevaba en la panadería desde los años veinte, se le había evitado ese disgusto del desalojo, que lo hubiera matado. Pregunté por él en los corrillos que se formaron, con el interés que ha de tomar un novelista por sus criaturas más pacientes. Tiene ya, me contaron, noventaiocho años, pero no marcha bien. Le han operado. Y ahí se paraba todo lo que la gente sabía. Ochenta años en un lugar, trato diario con él durante treinta, transcurre un año, y todo lo que podemos reunir de su vida son un par de frases. Es desolador. Los camareros le compraban a diario el pan que se consumía en el bar, casi cuarenta años de trato estrecho, pero ya no saben tampoco cómo le van las cosas.

El desalojo fue noticia en los informativos de la radio local. Gracias a la radio nos hemos enterado de que los dueños que han forzado ese desalojo eran los marqueses de Torremilano. Con ese nombre se diría que no necesitaban tanta saña, pero quién sabe, quizá se trate de unos pobretes que llevan lampando toda la vida, estirando las rentas antiguas de la única propiedad que les quedaba. O no, y son, en efecto, unos perros codiciosos e insaciables. En cualquier caso, acabarán con la vida que en esa casa había, la transformarán por dentro y dejarán la historia que había entre sus paredes reducida a escombros. Los políticos y legisladores, vendidos a los especuladores, creerán haber salvado el expediente prohibiendo reformas que afecten al aspecto exterior de las casas del casco viejo de las ciudades. Pero con las técnicas modernas de la construcción, eso ya no es ningún obstáculo. Se apuntalan las fachadas, se vacían las casas, se reestructuran, y ya está perpetrado el crimen. Proceden como los taxidermistas, y las rellenan con serrín. Los vecinos lo sentían sobre todo por las abuelicas de la residencia de ancianos, que estaban habituadas a este barrio, y que ahora se llevarán a morir a un lugar extraño y seguramente tan nuevo como inhóspito para ellas. La que aún tenía algún pariente, ha esperado en la calle que la recogieran y se la llevaran; las que no, han venido con una furgoneta y se las han llevado como refugiadas a algún asilo de la Comunidad.

En la calle el ambiente era de gran desolación. Los coches que pasaban, dándose cuenta de la tragedia, respetaban el dolor, y no se atrevían ni siquiera a hacer sonar el claxon.

LOS libros que nos han cambiado la vida o los que pueden cambiárnosla se compran todos por trescientas pesetas en cualquier tablero de saldo. Se lo acabo de oír a un amigo que también anda en la pesquisa de viejo. El día en que olvides estos dos preceptos, habrás caído en la secta de los bibliófilos, y podrá esperarse de tu locura cualquier cosa. Hasta ahora el decálogo se resumía en un solo precepto: libro que no has leer, déjalo correr, al que ha de añadirse este otro: los libros que te cambian la vida, valen todos trescientas pesetas.

HE visto esta tarde con mis propios ojos, viniendo de Las Vistillas, cómo se suicidaba un gato. A diferencia de las ballenas, no se tiene noticia de que los gatos puedan querer su muerte. Y a diferencia de Roma, donde abundan los gatos callejeros, indolentes, perezosos, redondeados como una frase de Cicerón, es raro ver en Madrid sueltos, por la calle, ni gatos ni perros. Volvía de dar un paseo por la morería. Hacía una tarde preciosa y se estaba poniendo el sol. Desde ese lugar la sierra del Guadarrama a esa hora se viste sus ropas de cardenal melancólico y parece mirarle a uno, mano en mejilla. Así posaba, con jirones plateados, azules, rosas, bermejos. El gato, un animal atigrado, cruzó desesperado entre los coches de la calle. Algunos frenaron para no atropellarlo, y escapó de milagro. El chirrido de los neumáticos en el asfalto hizo que varios viandantes volviéramos la cabeza, y algunos detuvimos momentáneamente la marcha. Al comprobar que era un gato, la gente continuó su camino, como los coches. El gato se coló a continuación por debajo de las mamparas de metacrilato del puente, y de un salto gracioso se colocó en el pretil. Parecía admirar como yo la puesta de sol. Era un gato precioso, indiferente al mundo. No parecía ni mucho menos un gato viejo, diría incluso que se trataba de un ejemplar joven. Compuso su figura de esfinge y envolvió sus patas traseras con el rabo como hacen los pianistas con los faldones del frac para empezar el concierto. Cuando yo mismo iba a seguir mi paseo, el gato se volvió, y bajó de su mirador. Yo pensaba que se colaría otra vez por debajo de la mampara y que continuaría él también su cazcaleo. Pero no. Inesperadamente volvió grupas, dio un brusco salto para subirse de nuevo al pretil y en vez de detenerse allí, se apoyó en la piedra para cobrar impulso, y saltó al vacío. Me quedé espantado e inmóvil, y todo el estómago se me subió a la garganta. Sentí muchísima angustia. No sabía lo que había ocurrido. No creo que se tratara de una imprevisión o error de cálculo, no había sido una confusión, no había saltado tras de un pájaro. Había sido un suicidio

en toda regla. Salvo de las ballenas, que, según he oído, se varan en las playas para morir sin que nadie explique esa pulsión, yo no había oído que los animales y menos los gatos se suicidaran. Al contrario, había oído como todo el mundo que su amor a la vida es tanto, que nacen con siete vidas. No había oído ningún ruido ni frenazos allá abajo, tampoco podía asomarme para ver lo que había ocurrido, pero pensé que seguramente el gato habría caído de pie y se habría salvado. Corrí hacia la cuesta de Bailén para bajar al pie del Viaducto. Digamos que, si había sucedido delante de mí, aquello me incumbía. Apresuré el paso, convencido de que si llegaba pronto salvaría una vida. No pensaba en nada, era todo confuso, y me imaginé que no encontraría a nadie, que no había sido más que una alucinación. Pero no, cuando llegué, me encontré al animal muerto, desmadejado, como un muñeco de trapo. Solo un hilillo de sangre salía de la boca. Los coches, que lo advertían tirado, lo evitaban más que por piedad, por no mancharse las ruedas. Un camión de reparto, en cambio, le pasó por encima, pero no le reventó ni nada, como si su cuerpo fuera de goma. Me di la vuelta y me fui, lo dejé allí. Daba grandísima tristeza verlo muerto, tanto como gusto, minutos antes, vivo, sobre el puente, admirando el mundo. Sentí el estómago revuelto. De vuelta a casa iba dándole vueltas al suceso. Yo creo que intentó primero suicidarse cruzando entre los coches, pero no pudo vencer el instinto de conservación y acabó sorteándolos. Luego se fue al puente, se subió y lo estuvo meditando. Debió de titubear, quizá flaqueó en el último momento y cuando se iba a marchar, sacó de alguna parte fuerzas, dio aquel formidable brinco y desapareció en el vacío. El tiempo que estuvo ante mis ojos suspendido contra el cielo debieron de ser uno o dos segundos, pero la imagen está fijada a mi memoria como una de esas fotos que la Muerte nos deja antes de cosechar sus frutos diarios.

CUANDO una pieza del ajedrez se pierde, las demás se quedan huérfanas y tristísimas. No sabemos lo mal que las hemos tratado hasta que una de ellas nos deja.

LA mayor parte de las piezas del ajedrez sueñan con hacer un viaje a Persia, como los mahometanos a la Meca, pero se sabe que muchas de ellas caen en manos de los bandidos.

PERO un día vuelve la fugitiva. La vemos merodear debajo de los

almohadones y cojines del sofá, o debajo de la estantería de los libros, o entre los hojaldres de los periódicos. Viene cambiada, eso es algo que salta a la vista. Se nos queda mirando, pero no quiere decirnos por qué se fue de casa ni por qué lugares anduvo. Nosotros respetamos su silencio. Festejamos su vuelta. Decimos: lo importante es que hayas vuelto, y ese día dejamos que haga lo que quiere, que se meriende al rey o lo que a ella más le apetezca.

LO he visto esta noche en un sueño: las góndolas las construyen los luthiers.

AYER estaba en el supermercado de Trujillo, y entró el ciego del pueblo que vende los cupones. Es un hombre muy popular. Se quedó ciego cuando ya estaba casado, con hijos... Un día amaneció con un glaucoma, y perdió completamente la vista, y no encontró otro modo de encauzar su vida y velar por el sustento de su familia que el de vender cupones de lotería. El suceso de la pérdida de la visión, al contrario que a otros, no le sumió más que en las tinieblas exteriores, porque por dentro al menos encajó aquel golpe de una manera animosa. Esa alegría se la debía de contagiar incluso a sus hijos. Aún recuerdo cuando el hijo de unos amigos nuestros era todavía pequeño. Era amigo del hijo de ese hombre, y jugaban «a los ciegos» detrás de él, mientras caminaba todavía con dificultad por las pinas calles del pueblo, lego todavía en el uso del bastón. Los chicos lo seguían por todo el pueblo, con los ojos cerrados, divertidos, haciendo risas. Viendo la escena podría pensarse que los chicos burlaban de aquel hombre, como malvados lazarillos, pero no, sencillamente celebraban esa novedad como un don de la fortuna. La gente del pueblo, a quien aquella tragedia conmocionó por inesperada e inapelable, le infundió ánimos, y él lo agradeció con su perenne buen humor.

Venía a vender su lotería. En cuanto le vio la cajera, una muchacha joven, guapetona, a la que sin duda el ciego podía recordar de cuando no había perdido aún la visión, le dijo, Paco, qué bien te veo. Se lo dijo como una galantería, como una de esas flores que saben echar las mujeres con tanta galanura cuando saben que no van a seguirse de ellas mayores compromisos. Vibró en el aire el contento de la muchacha, y entonces el ciego, con una seriedad fingida, le respondió esta lindeza: «¡Qué pelo tan bonito tienes! ¿Qué te has hecho en él?». Había algo en esa frase muy en serio, un «si tú quisieras». La muchacha tardó dos segundos en advertir aquella quimera, y dijo,

mejor humorada aún, es decir, con una seriedad parecida a la de su amigo: «Estás bobo, lo tengo igual». Y el ciego, que no se quería dejar arredrar ni rendirse, cosechó de la escena hasta la caña de las espigas, y dijo: «Pues hoy me parece más bonito, no sé, como si te hubieran hecho una permanente». Y todo aquel coloquio no era sino una manera suavísima de rememorar los viejos, los buenos tiempos en los que él veía y el pelo de las muchachas era el paraíso.

Lo ha dicho uno tantas veces que ahora, en el avión, a pocas horas de una muerte segura, lo ve con una claridad escalofriante. Estos libros de uno, ese *Do Fuir,* que queda atrás como espuma de una ola, este que ahora voy escribiendo aquí, en el avión, a modo de testamento, han sido el mayor fracaso literario de un escritor. Algunos amigos consideran que estas ideas son una coquetería, como hacen los viejos moviendo en su conversación los años que dicen tener o no tener. Pero no; qué más quisiera que estos libros hubiesen conocido mejor suerte. Ha llegado la hora de las confesiones generales. En ningún lugar puede uno ser más sincero que en un avión. Cada año, exhausto, se promete uno no volver a escribirlos, habida cuenta del eco escaso que han tenido siempre. Los colegas escritores, excepto cuando son amigos, no los leen; tampoco los críticos, excepto cuando son amigos; desde luego no los facultativos, salvo si son amigos y dicen frases ingeniosas como esa de que «no tiene nada que decir y lo repite incansablemente». Ah, pero tienen un puñado de lectores, eso sí. Todos ellos mucho más afortunados que yo por dos razones: por no tener que ir a Méjico ahora y por no tener que escribirlos. Cuando aquella mujer, con patente desdén, inapreciaba estos libros y los llamaba profesionales, no podía ni siquiera sospechar qué errada iba. Me parece que se refería a que todo en ellos era fruto de un cálculo, por haber sido escritos pensando en su publicación y por publicarse cinco años después de haber sido escritos, convencida de que cinco años son coraza de algo. Si fuese por la Pmd (Policía Montada de los Diarios), por los ordenancistas de la literatura, los escritores españoles escribirían aún en jarchas. Tampoco han entendido que se puede hacer un diario y una novela al mismo tiempo. ¿No existe el baciyelmo? ¿No hay acaso salchichas de Frankfurt que llevan queso por dentro? Bien, señora catedrática: dígame, si puede deslindar lo real de lo ficticio, la verdad de la mentira, ¿estas líneas que escribo están siendo escritas en el avión que me lleva a Méjico o en mi casa, dentro de cinco años, cuando corrija este cuaderno para darlo a la imprenta? Puesto que sabe tanto, para desdeñarlo, deberá tener esa

certeza. En otro caso, deberá usted inhibirse, como los jueces ante causas que exceden sus luces, sus competencias o sus atribuciones. Podrá decir, no los comprendo, son libros bizarros para mi gusto, como las salchichas híbridas, pero desde luego que no podrá negar que no sea una verdadera salchicha. Todo lo que es, es mestizo, lo mismo que todo lo que avanza, avanza por mestizaje. A la literatura, como a los linajes, la consanguinidad y la pureza la vuelven tonta o hemofílica.

Quería venir al Rastro, y le llamé, no sin antes cerciorarme de que no estaba lloviendo. Bajamos las escaleras en silencio. Sus once años las bajaron además dormidos. En el momento de dejar atrás la angostura sombría del portal y poner los pies en la calle, empezó a nevar. En realidad era un copioso aguanieve. Permanecimos durante cinco minutos sin saber qué hacer junto a la puerta, resguardados por la cornisa. El cielo tenía el color de los desguaces navales. Cuando la luz de los faroles dejó de delatar la rayada presencia de la lluvia nevada, decidimos seguir adelante con el plan inicial. En realidad G. solo quería mirar unos prismáticos en la armería.

No los encontramos ni en esa armería ni en otros lugares donde buscamos. En cambio vimos cruzar a un hombre borracho. Era joven todavía, quizá treintaicinco o treintaiocho años. Fuerte. Un obrero, sin duda. Arrastraba una de esas enormes y pesadas tijeras para cortar cadenas de hierro, que tienen los brazos muy largos. Se paró en la calle del Carnero esquina con Mira el Río Baja, y se puso a cantar villancicos de bonísimo humor. Tenía una preciosa voz de barítono, con cuerpo y aterciopelada, y con ella llenaba los modestos alrededores. «Campana sobre campana»... En él sonaba de modo diferente, con muchísima poesía, que la tiene. Cuando terminó el villancico había lo menos diez o doce personas, todas un poco aquí y allá, sin atreverse a acercase a él, no tanto porque diera miedo el hombre con aquella herramienta en la mano, que su borrachera podía convertir inopinadamente en un arma peligrosa, sino para no deshacer el encanto de su voz, por respeto hacia él, por no interrumpir ese milagro. Los guardias municipales, que siempre están por allí para molestar, debieron de divisar algo anormal, con toda aquella gente parada, y se acercaron. Antes de que llegaran hasta donde se encontraba él, fue este quien salió a su encuentro. Les dijo: «No hago mal a nadie, estoy cantando, es navidad. ¿No hay que estar contentos? Pues yo estoy contento».

Solo por esto habría valido la pena su discurso. La gente, animada

por la presencia de los guardias o el talante pacífico y bienhumorado del hombre, perdió el temor y se iba acercando al espontáneo y por los gestos que hacían con la cabeza se veía que estaban a favor de él y en contra de los guardias, que una vez más se metían donde nadie les llamaba. Pero hubo algo más, una de esas frases que hubieran podido ser pronunciadas por Nietzsche. ¿Quién nos decía que no fuera alguien parecido a él, como una reencarnación? ¿Quiénes, de los que vieron al filósofo abrazado al caballo en Turín, llorando, reconocieron en él al hombre que habría de cambiar la filosofía del siglo XX? ¿Cómo íbamos nosotros a saber que aquel hombre que arrastraba aquella cizalla no era un ser superior? Porque esto fue lo que le dijo a continuación al guardia en el tono más persuasivo: «En la vida tiene que haber de todo, gente normal y...». Aquí hizo una pequeña pausa para enfatizar lo que venía, cosa que consiguió con creces. «Gente normal...», repitió, «y sobresaliente. Yo soy un sobresaliente».

La gente se sonrió, porque los borrachos simpáticos y con salero, si son jóvenes, le caen bien a todo el mundo. En cambio no hay borrachos viejos que le caigan simpáticos a nadie. Detrás de un borracho viejo hay ya demasiados dramas. Ahora, la borrachera de un hombre joven, todo el mundo parece comprenderla y disculparla. En la borrachera de un borracho alegre nadie quiere ver un drama, sino la alegría que le ha llevado a beber.

Después de decir lo de sobresaliente, sin dejar a los guardias lugar para la intervención, se dio media vuelta y siguió su camino, con la llave de hierro al hombro, como una azada. Se me había olvidado decir: llevaba solo un jersey. Con el mucho frío que hacía, con el aguanieve que había caído. En cuanto a lo de la cizalla, supongo que acababa de comprarla, porque la necesitaba para su trabajo. O que venía a venderla. Le vimos caminar por la calle del Carnero. Si hubiese sido el final de una película de Chaplin habríamos visto cómo se cerraba sobre él, lentamente, el objetivo de la cámara. Pero aún nos estaba reservado el estrambote. No había caminado ni media docena de pasos, cuando, sin que nadie lo esperase, se volvió hacia todos nosotros, tomó aire, llenó los pulmones y se arrancó en una copla flamenca. Ya no había ninguna broma, y a todos se nos heló la sonrisa, porque aquella voz y aquella copla eran bellísimas, muy serias. Ya no cantaba para un auditorio. No quería hacerse tampoco el gracioso. Fue como si hubiese sido poseído por el famoso duende. Recordaba a uno de esos obreros que cantan en la fragua sin cuidar si les escucha alguien o no. Ahora era mucha más gente la que prestaba atención. De una casa cercana abrieron dos ventanas y se asomaron, en una, una vieja y, en otra, un viejo con la chaqueta del pijama.

Empezó a nevar. Los copos fueron posándose sobre sus hombros, sin osar deshacerse, por seguir escuchándole. Nadie se movía. Se interrumpieron todas las conversaciones, se aplazaron los tratos. Los que estaban en cuclillas mirando los despojos del suelo dejaron lo que miraban y se incorporaron. El hombre cantaba con los ojos cerrados, para ver más claros los vericuetos del cante por los que quería llevar la voz, y ni siquiera se percató de los viejos que había en la ventana. Los tres guardias se adelantaron unos pasos, con ánimo no de intervenir, sino de presenciarlo mejor, porque se habían quedado un poco al margen y ya no eran guardias, sino personas igualmente tocadas por la divinidad, seres humanizados. Desde luego no eran los cánticos de un borracho. Y, sí, todos comprendieron que aquello era... sobresaliente. Y en medio de todo, de todos, tampoco se daba tanta importancia, porque era como el niño-dios, pues que se había anunciado a nosotros, los más pobres de esa hora, los más pobres de Madrid. Ya nadie sonreía. G. lo miraba todo sin soltarse de la mano, con un poco de miedo, igual que si se le estuviera apareciendo la Virgen. Revoloteaban sobre su cabeza aquellos copos, pocos, como mariposas polares. Muchos, si hubiéramos llevado sombrero, nos habríamos descubierto la cabeza, como al entrar en un templo. Y eso fue lo que hizo un viejo que vendía piezas de grifería. Cuando el borracho acabó su copla y abrió los ojos, se sorprendió de ver delante tanta gente congregada, incluso se diría que se asustó un poco, y entonces el viejo de los repuestos fontaneros dio dos pasos hacia él, hizo ademán de que se quitaba el sombrero y dio una solemne cabezada, gesto correspondido por el borracho con otro igual. Se llevó la mano a la cabeza, hizo como que se destocaba el sombrero y hacía una reverencia. La gente inició un aplauso feliz, que no fue cerrado por miedo al énfasis.

Luego se alejó, esta vez definitivamente. De vez en cuando y sin volverse, dándonos la espalda, levantaba la mano y la agitaba en alto suavemente, en gesto mínimo de despedida, como un gran divo que abandona la escena sin volver la cabeza, con el pensamiento puesto ya solo en el próximo tren, en otro teatro, en diferentes rostros...

Creo que se podría tomar por una de las despedidas más bellas que pudiera uno imaginar para este año.

UNO le cambia todos los nombres a *Guerra y paz* y no pasa absolutamente nada. A don Quijote lo llamamos Belmonte, y tampoco. Ahora, a estas novelitas medio pornográficas se les cambia el nombre y se vienen abajo. ¿Por qué? Porque en ellas es el lector el que lo pone

todo…

MAÑANA es San Silvestre, pero deberían adelantarlo a hoy, porque no creo que se pudiera encontrar un día mejor para cerrar el año. Hubiera sido hermoso que el día de San Silvestre fuera hoy, el de los preparativos, la víspera de todo.

Le encantaría a uno promover la costumbre de celebrar las vísperas y los sábados, en honor de Leopardi y del sentido común. Todo el mundo es más feliz el día de antes que el mismo día, así que confeccionaríamos un calendario de vísperas. Las fiestas y los domingos serían declarados días de tregua o tierra de nadie.

No obstante, a primera hora llegó A. con una noticia bien triste. El hombre que mató hace tres meses a su nieto con el coche, viniendo de una capea, se suicidó el otro día, tomando un bote de pastillas. Y ese suceso, que la apenaba porque volvía a traer a su memoria la vida de un niño que no hubiera merecido morir, venía a completar la tragedia que están viviendo en su casa. Cuando sucedió todo, en su desesperación, habrían insultado, golpeado, rabiado sobre ese hombre que, al parecer borracho, después de haber estado en una de las capeas de las fiestas, había embestido con su todoterreno a los dos muchachos. Ni siquiera entonces se atrevían a saber nada de él, acaso para no alimentar una locura que les llevaría a cometer otra. Si se lo hubieran puesto delante del padre o de la madre del chico, solo Dios sabe qué habría ocurrido. Ahora ha sido el hombre quien no ha podido soportar la culpa, y el hecho de que seguramente en ese pequeño pueblo de Huertas de Ánimas viera en todas las miradas acusaciones insoslayables, le ha llevado a matarse, quitándose de en medio. Pero ahora parece A., quizá, quien se ha quedado asustada al ver que se había cumplido un secreto, turbio e inconfesable deseo de venganza. ¿No hemos deseado a veces, de un modo abstracto, la muerte de aquellos que han causado un daño irreparable y atroz? Así que decía la pobre mujer, con un sentimiento de piedad, «tampoco queríamos eso, porque esa muerte, a nosotros ¿qué nos arregla…?». Pero al mismo tiempo podía vérsela un poco más avenida con la fatalidad. La palabra tranquilidad no expresa bien lo que acaso esté sintiendo, ya que el desasosiego en que ha sumido esa desgracia a todos es cada día mayor, teniendo en cuenta que el hueco que la muerte del niño va abriendo, parece ir en aumento. Pero se diría que hay en ella una conciencia de justicia poética, comprende que la expiación de un hombre borracho que se lleva por delante a dos niños no puede quedar resuelta con unas sanciones administrativas, una

retirada de carné y un acuerdo entre compañías de seguros y abogados. Así que le parece que esa muerte no es sino el justo y esperable corolario a algo fuera de toda humanidad.

Y aunque esta nueva tragedia, la del suicidio del asesino, porque por asesino lo tienen, ya que iba borracho, es tragedia igualmente, en absoluto podrán equipararla a la infinitamente superior tragedia de haber perdido a un niño que ninguna culpa tenía ni conocía las depresiones, ni los antidepresivos, ni la mezcla de estos con el alcohol. Y así es posible que vean en esta muerte como una discreta intervención de la Providencia, cobrándole a ese desventurado su vida, en pago de la que él arrebató.

Naturalmente de ninguno de estos supuestos se habló con la abuela del niño, que se propuso dar la noticia como quien cierra el finiquito de una vieja cuenta, sin dejar de asombrarse ella misma de los misteriosos caminos del azar, encogiéndose de hombros ante lo inescrutable y dando a entender que de todos modos no sería ella quien modificaría un centímetro los últimos acontecimientos, si estuviera de su mano. Se ha limitado a decir, no sin causticidad, que de haber muerto antes el hoy suicida, nada de lo ocurrido habría sucedido, y su nieto seguiría con vida. Si se hubiera suicidado antes, ha pensado en voz alta, habría evitado todo el dolor que ha causado.

De ese modo tan triste empezaba un día lleno de presagios funestos, y en bastantes momentos, mientras estaba A. en casa, sin mencionarlo, pensábamos en la tristeza que se vivirá este año en esa casa, las primeras navidades sin el chico. Y la sola idea nos llenaba de tristeza, y ni siquiera sabíamos si teníamos que telefonear o no a su madre, cosa que al final hizo M., hablando con ella media hora.

Y fue un pequeño milagro que el día fuera hacia su fin apacible, suavemente, después de tanto desasistimiento.

Tras comer (la mañana se fue en hacer las compras en Trujillo, preparar la cena, la conversación telefónica), nos subimos a la sala de arriba, a leer un poco junto a la chimenea, buscando una rara conformidad con la vida.

Solo se oían estas tres cosas: el agua corriendo por los regatos, las llamas enredándose con su aire en la chimenea y los golpes secos de los vareadores que recogían aceitunas no muy lejos de la casa. Yo mismo me asomé a la terraza por ver si los descubría. Después de la serenidad de la mañana, el viento parecía querer amotinarse de nuevo, y se le podía ver por aquí y por allá, entre los olivos, con las encinas de la cuerda, con tres o cuatro pinos romanos de los vecinos, juntando sus partidas para levantarse en armas. Ese mismo viento había limpiado de miasmas el aire, y en ese momento, en el que salí a

la terraza para ver en qué olivar estaban los aceituneros, no creo que se pudiera respirar un aire más limpio, puro y fresco en toda Europa. Sabía el aire a la sal del océano y a la lluvia triste de Portugal, que es de donde venía con sus fados y laúdes.

Hacia las seis, poco antes de que se hiciera de noche, salí a quemar los ramones de olivo, y una hora después R. y G., que cogieron el coche para irse a Trujillo, nos dejaron solos. La inquietud de verles partir, el estado calamitoso de las callejas, el hecho de estar en fiestas navideñas y de saber que estas carreteras llenas de borrachos locales son las que presentan mayor índice de siniestros, nos dejó un rato suspensos, en manos de la fatalidad. ¿Qué se puede hacer? Ya vuelan solos, me dijo M. con tanta resignación como esperanza, recordando cuando aún hacía unos minutos era aquí donde querían permanecer. Y se quedó un rato conmigo, al lado de las fogatas.

Al poco, la Providencia o nuestros dioses tutelares, compadecidos de la angustia de saberlos por ahí sorteando quién sabe qué clase de peligros, quisieron venir en nuestra ayuda a disipar, aun pasajeramente, nuestras congojas, y en menos de cinco minutos armó una colosal columna de fuego que parecía salir de lo más oscuro de la tierra, llenando el cielo de estrellas. Era precioso ver cómo aquellas pavesas se elevaban y quedaban, por celeste alquimia, convertidas en puro fuego blanco, allá arriba. Pocas veces se habrán visto más estrellas juntas en un cielo que ha sido siempre pródigo de ellas.

Los perros se echaron al lado de las brasas sobre la hierba que hospitalaria acogía la escarcha, indiferentes a nada que no fuese su propia esfinge. Era subyugante seguir la trayectoria de las centellas que subían al cielo a rimarse con las estrellas. Subían en fila, unas detrás de las otras, como las burbujas del champán. Y como sucede en las gotas del champán, no se sabía cuál era su fuente, de dónde manaban, porque parecían formarse como por encanto. El cielo se había puesto de un color azul morado muy oscuro, con ecos, eso sí, remotísimos, de un resol dorado. Cuando finalmente pudimos hablar, era de noche y nosotros dos éramos nada más que sombras sin contorno claro, y allí solo quedaban por librar dos batallas: la del regato y la del fuego. Y se daban la réplica las llamas y las aguas rompiéndose en las piedras, como diálogo de una égloga.

Y de pronto uno de esos pequeños y poco útiles milagros. Mientras nos movíamos, ya francamente a ciegas, por el olivar, descubrimos a lo lejos la única luz de nuestro jardín, una pobre bombilla bajo el emparrado desnudo. Desde allí lanzaba sus haces, que rompían diversos sarmientos, y se expandía en la noche como el chorro de un proyector de cine. El viento movía de vez en cuando los sarmientos, y

los haces de luz se movían también, y parecía que estuviera alguien proyectando en la negra pantalla de la noche una gran película de la que formábamos parte todos, el olivar, la casa, los montes y nosotros, como sombras también protagonistas. Y al llegar aquellos haces de luz, extenuados ya, a donde yo estaba, volvían a llenarse de un poco de vida, y por el humo de la fogata subían a envolverse en ese resplandor, cobrando voluptuosas formas, como si en ese pase privado de la película no pudieran faltar quienes, sentados en el patio de las butacas, fumaran plácidamente. Sí, nosotros dos, las sombras, los perros, la fogata formábamos parte de una película que alguien estaba proyectando... para nosotros mismos, cine dentro del cine, pero sin truco, sin la pedantería cinéfila de la metaliteratura.

Al poco rato salió la luna, quizá proyectada desde otro cine de invierno. Tal vez llevara ya un rato allí, porque estaba bastante alta, apagada. Pero al hacerse de noche, fue cosa asombrosa constatar cómo siendo apenas una fina uña de gato, alumbraba tanto. Empezó a distinguirse el ramón cortado junto a los árboles, de fosco perfil. Y su luz plateada iba fundiéndose, en un hermanamiento razonable, con las hojas de los olivos. No con las vivas, oscuras y negras hojas vivas de los olivos, en sus ramas vivas, sino con las otras, las hojas muertas de las ramas cortadas, tiradas al pie de los árboles. La luna sacaba del haz de esas hojas destellos coleantes y de nuevo cuño, que podían pasar, a su vez, por estrellas caídas en desgracia, o el tesoro de alguien a quien se hubiera roto la bolsa, zequíes y florines recién hechos.

Cuando entré en casa llevaba M. ya un buen rato con los preparativos de la cena. A mí me tocaba encender el horno. No me importaba en absoluto, porque era una manera de estar yendo y viniendo de la casa a la hornera, bajo el cielo, cada vez más estrellado, con todos los astros que iban incorporándose con esa alegría de los remplazos. En un momento quedó armada una milicia, y los veteranos se abrían ya con la alegría de los que esperan ser licenciados: rosas heladas. Pocas veces fue nadie, rosas, estrellas, nosotros, felices con tan poco.

Y cada vez que aparecía en la cocina me alcanzaban las notas de *La flauta mágica* que un alma grande decidió programar en Radio Clásica para los cocineros errantes. Y antes de partir para saber en qué momento de su batalla estaban los troncos que había encendido para arrojar el horno, veía cómo M., atareada, preparaba al mismo tiempo dos o tres platos. La casa, sin los chicos, estaba inusitadamente en silencio. Quizá ese silencio solo sea un ensayo de silencios mayores, cuando ya se hayan ido para siempre. Y salía afuera, y volvía con unas cuantas estrellas en la mano, por si M. quería trufar con ellas algo o

escarchar frutas. Dejaba a Papageno en el Liceo de Barcelona, y corría a reunirme con los astros errabundos y los melancólicos gorjeos del arroyo. Un autillo a lo lejos, otro le respondía, daban entre los dos puntadas en el manto nocturno. Donde quiera que pusiera el pie, en casa, olivar u hornera, el silencio corruscaba, recién hecho.

Duraron aquellas tareas unas dos horas. Y luego me senté para escribir un poco.

Libro 3

Sin ánimo de ofender a nadie, yo
soy como todo el mundo.

Prólogo

ALGUNA vez ha contado cómo se siente uno escribiendo estos libros al tiempo que corrige y reescribe los antiguos para su publicación: me acuerdo de ese chino de circo que sale a la pista con cincuenta platos y unas varillas parecidas a las que llevan los cohetes...

Allí le espera una mesa estrecha y larga, de las que les ponen a los pobres en sus cotarros. Tiene la mesa unos agujeritos donde encajan unas al lado de otras esa guías o cañas, como las llaman en Valencia, país de la pólvora. El chino va vestido como los mandarines, con aparatoso balandrán de seda roja y dragones bordados, anchas mangas y un bonete en la cabeza con su botón y su coleta negra. Coloca un plato en el vértice de la caña imprimiendo en él un enérgico y seco giro, y cuando lo tiene bailando, mete la varilla en el orificio de la mesa, y pasa al siguiente, con el que procede del mismo modo. A medida que va poniendo en movimiento unos, los otros en la mesa, sobre la caña, giran y giran. Ha de obrar con precisión y celeridad si quiere ponerlos en danza todos. Cuando los primeros desfallecen, deja su tarea y corre hacia el otro extremo, y allí, con un golpe experto, imprime nuevos bríos a los desfallecientes. Al final, el ir y venir adelante y atrás es frenético, y no sabe ya a qué atender, si a poner en movimiento unos o a mantener danzando los demás. Nuestros ojos van involuntariamente a veces a ese plato que empieza a alabearse amenazando con pararse y caer. Se diría que intentáramos con la mirada sostenerle en su penoso equilibrio, y gritamos advirtiéndoselo al malabarista como los niños que, en el teatro de títeres, tratan con sus chillidos de descubrirle a la princesa la presencia del rufián. Al pobre chino mandarín esos socorros ya no le sirven de mucho, porque el peligro lo tiene en todos los frentes, en todos los flancos, y sus carreras y sus descoyuntados aspavientos se hacen angustiosos. Su semblante, sin embargo, sigue risueño y no solo no deja de mirar al público, sino que le sonríe con las cejas exageradamente levantadas, indiferente a la formidable epopeya que se trae entre manos. Parecería incluso que tenerlo contento y distraído es para él mucho más importante que los platos, a los que vigila no obstante con el rabillo de sus ojos rasgados de pega, porque se nos había pasado por alto: no

suele ser ni chino. Nosotros, en cambio, tememos que en cualquier momento sobrevenga el desastre. Bastaría con que uno solo de esos platos se viniera abajo, por muy pimpantes que se quedaran los otros cuarentainueve en su cimera, para que el alarde quedara sin más aplauso que uno triste y de consolación. Pero no, ahí sigue él, con una fe absoluta en sus habilidades. Todo acaba cuando clava en la mesa la varilla con el plato número cincuenta. El público, conquistado, estalla en una apretada ovación, pero el malabarista apenas tiene tiempo de disfrutar las mieles del éxito: el plato uno, entre estertores, agoniza como mareado y a punto está de venirse al suelo, lo mismo que todos los de ese sector. El chino, que lo ha advertido, corre desalado allí sin dejar de mirar al público ni sonreírle con las cejas levantadas ni dejar de dar cabezadas para agradecer la ovación, y con un habilidosísimo golpe en la caña lanza el plato por los aires y lo recoge acto seguido con destreza. El hombre de la batería acompaña ese brusco final con un baquetazo en los platillos. Lo mismo ocurrirá con los cuarentainueve restantes, propulsados uno detrás de otro a las alturas y recogidos a continuación limpiamente a velocidad de vértigo, mientras el estrépito metálico de la música subraya la proeza, cerrada con un acorde apoteósico y la locura transitoria del de la batería, que ataca a la vez, como un poseso, todos los bombos, platillos y tambores que tiene a su alcance. En ese momento, el público, enardecido, aclama al artista, sin saber muy bien de qué naturaleza ha sido ese Mdt (más difícil todavía), el efímero prodigio que acaba de presenciar.

Si quitamos a la escena los aplausos, la orquesta y el público, se ve uno como un hombre que ha decidido poner en danza su vida en estos libros. A estas alturas, quedan atrás más o menos girando miles de páginas. Ya no sé bien lo que era de ayer o de hoy, solo estoy seguro de que ha sucedido. Y que mientras sucedió iba girando, al principio resueltamente y luego, poco a poco, como todo lo que se desgasta, con pausado giro.

Tampoco sé cuántos platos más me quedan, y cada año uno es más viejo. Ya no tengo las piernas del joven ni puede uno correr como antes de un lado para otro, aunque cuando se cae mi vida al suelo, tampoco pasa nada. Si es de plástico, la recojo y vuelvo a ponerla en danza sobre su caña. Si era de barro, trato de componerla como puedo, juntando los fragmentos con ilusión, gran pegamento. Nadie me mira. Estoy solo, como en un ensayo que al mismo tiempo es el estreno mundial; no otra cosa es la vida.

Me habría gustado ser pintor. Ahora tendría una buena suma de cuadros con escenas de gente, retratos, naturalezas muertas y paisajes. El trabajo de hacerlos habría sido, quizá, el mismo, si no mayor, pero

a la gente no le llevaría mucho tiempo mirarlos. Hemos visto exposiciones de doscientos cuadros en una hora, museos enteros en una mañana. Cuando pienso que el lector de estos libros tendrá que quedarse entre sus páginas tanto tiempo, siento hacia él una profunda gratitud, y por eso me gustaría que las historias, retratos, viajes y estampas domésticas que se le dan aquí fuesen, cuando menos, airosos y mecánicos como los platos giratorios.

Soy un hombre melancólico. Se parece uno en eso a los funambulistas, a los domadores, a los enanos y demás paisanos de la nación circense. Como en los melancólicos, mi lengua es la ironía, y nada me consuela más de mi destino que ese lector que asegura haberse reído leyendo algo con lo que he escrito. Es bueno, me digo, que «el melancólico se mueva a risa». Hay quienes piensan que el humor es una debilidad. Quién sabe. La vida de por sí, teniendo que acabarse, es la mayor de las debilidades. Ultimo este prólogo después de haber visto una extraordinaria exposición de Van Gogh. Por eso me he acordado de la pintura. En diez años realizó mil cien dibujos y pintó novecientos cuadros. Teniendo en cuenta que de esos diez años pasó mucho tiempo en hospitales, viajes y conversaciones con las gentes humildes, su obra tuvo que hacerse necesariamente en raptos increíbles. La exaltación en que me dejaron sus pinturas me ha traído a la lectura de sus conocidas cartas a Théo, recogidas en tres apretados volúmenes, donde leo: «Mi querido hermano: lo mejor de esta vida quizá sea ridiculizar nuestras pequeñas miserias y acaso también un poco las grandes. Actúa como hombre y camina derecho hacia tu meta. Nosotros, artistas en la sociedad actual, no somos más que cántaros rotos».

Siempre he creído que los diarios del hombre moderno no eran sino fragmentos de un cántaro roto que intenta uno recomponer de mil maneras. Un trabajo de chinos, en efecto. Claro que en otra de las cartas parece glosar el pintor una de las sentencias de Gracián, tantas veces traída a estas páginas: «¿Qué quieres? Sufrir sin quejarse es la única lección que hay que aprender en esta vida». La queja, sí, trae descrédito.

Aquí se presenta ante ti, amigo mío, otro año más, este chino leonés, con sus platos y sus cañas, su balandrán rojo, su gorrito mandarín y su coleta, y una vida hecha pedazos que a su manera giran también quién sabe sobre qué vértice.

VAMOS a empezar el año bien, contándolo por el principio.

Nos levantamos, avivé los fuegos y corrimos a darnos un largo paseo. Hacía un sol radiante, en absoluto hacía frío, y los olivares estaban cubiertos de hierba y de flores como ningún año. Millones de florecillas amarillas que los cubren como un manto, las llamadas aquí pan y quesillo, y unas como margaritas de pétalos igualmente amarillos que se conocen como giraldas, porque son de las que siguen con la cabeza al sol.

Íbamos los cuatro. Hacía mucho que no paseábamos como corporación.

Antes habíamos encandelado el horno y puesto en él un lechazo.

Por eso seguramente G. no podía estar malo aún, porque fue el que más habló del cordero, y de cómo estaría dorándose y churruscándose lentamente en el horno, mientras nos tropezábamos con algunos contemporáneos del nuestro que pastaban aquí y allá en distintos rebaños. De haber tenido el estómago mal ya entonces, no habría hablado con tanto colorido. O sea, que cuando se puso malo no fue por la mañana sino por la tarde. Es posible que se levantara con molestias, pero sin pensar que eso iría a más.

Al ser primero de año no nos cruzamos a nadie. Otros años teníamos la suerte de tropezarnos con algún cazador. Se conoce que ya han matado todo lo que tenían que matar y que antes de dispararse unos a otros se lo están pensando.

Y así se pasó el día. Pero no del todo. Por la tarde G. fue el primero que dio la voz de alarma: algo le había sentado mal. Ahora lo recuerdo bien. Echamos la culpa al cordero, que era lo último que había entrado en nuestro estómago, y sobre todo en el suyo, de vikingo. Nadie pensaba en las ostras aún, que eran historia. Le siguieron R. y M. Si no es uno capaz de hacer la crónica de los hechos que él ha vivido la víspera, ¿qué podemos esperar de los historiadores, que se ocupan de los sucedidos hace siglos?

Dejé en casa abatidos a los tres en el sofá, sin fuerzas, mirando el fuego, y yo salí a buscar en alguna farmacia de guardia los remedios, porque los que teníamos en casa habían caducado hacía diez años. No fue necesario ir a Trujillo, en Madroñera había una abierta.

A la vuelta estaba anocheciendo. Ahora anochece muy pronto, como si la noche viniera en un saco y alguien se encargara de volcarlo de golpe sobre la Tierra. Esa fue la razón de que yo circulara sin luces,

se me había olvidado encenderlas y pensaba que aún se veía. Pero lo cierto es que no se veía ya casi, y aunque circulaba despacio, estuve a punto de atropellarla. Tuve reflejos suficientes para pisar el freno hasta el fondo y detener el coche en seco. A esa hora suelen pasear por la carreterita que va desde El Pago al cruce con la carretera de Guadalupe algunos jubilados. Apenas son unos cuatrocientos o quinientos metros. Si son hombres suelen pasear solos, con paso vivo, si son mujeres, de dos en dos, a veces del brazo, parsimoniosas, como ocas. También lo hacen algunas monjas de un centro de espiritualidad que hay cerca, pequeñitas, casi enanas, con tocas que les llegan al suelo y gafas de pasta pasadas de moda, contundentes, insoslayables. Este centro era antes un colegio que recogía en régimen de internado a los niños de la comarca cuyos padres vivían en las aldeas, cortijos y dehesas. Pero el transporte público y los recortes presupuestarios acabaron con el colegio y las monjas lo destinaron a casa de ejercicios espirituales. Sucedió, pues, junto al caminito que va al cementerio. Yo creo que venía de él. A las liebres les gustan, dicen, las hierbas que nacen entre las tumbas. Se quedó quieta a un metro, como si posase para una lámina.

A la hora a la que volvía, ya no quedaba nadie paseando, solo la liebre y yo.

Con el chasquido de la frenada lo normal es que la liebre se hubiese asustado y salido corriendo, pero ni se inmutó. Encendí las luces, y tampoco, al contrario, eso debió de gustarle, porque se levantó sobre las patas traseras, me miró fijamente, se dio media vuelta y echó a andar con un trotecillo cochinero camino adelante, hilándolo, como si dijéramos. Puse en marcha el coche muy despacio, siguiéndola. Pensé, cuando llegue a las casas del Pago, desaparecerá. Pero no, siguió adelante, cien, doscientos, trescientos metros. Empezaba ya a ser cosa insólita. Yo estaba feliz, porque ver una liebre de cerca, viva, es de las cosas más hermosas que hay, expresión pura de la alegría. Verla muerta, en cambio, en el zurrón de un cazador, produce siempre una gran tristeza, porque nos recuerda que no somos nada y que cualquier día acabaremos nosotros también en el zurrón del destino. A veces se detenía en medio de la calleja, y se volvía para mirarme, parecía decirme, «vamos, es para hoy, no tengo toda la tarde».

Tras las casas del Pago el camino se parte en dos, como los brazos de una T, de modo que llegados a ese punto o intersección hay que tener las ideas muy claras o acaba uno yéndose en la dirección equivocada. Detuve la marcha. Quedaban en el cielo los rescoldos del crepúsculo entre las ramas de unos pinos altos, como si fuesen los cristales de un vitral gótico, amarillos, azules, verdes, rojos... Parece

que la liebre y yo nos estuviéramos preguntando: ¿qué vamos a hacer ahora? Y lo que hizo la liebre fue tomar el camino del Lagar del Corazón, el acertado. No lo dudó un instante, ni la menor vacilación. Yo estaba deseando llegar a casa para contar eso que ya tenía por extraordinario. Me puse muy contento, porque en el momento en que la liebre torció a mano izquierda comprendí que la historia que veinticuatro horas antes no tenía estaba sucediéndome al fin. Les diría a R. y G. también: «¿Conque no iba a tener historia? Ja». Y además una liebre, el tótem de la alegría. Es como si alguien me hubiera oído formular los propósitos de ser un hombre animoso y jovial. Algunos no encontrarán extraordinario este suceso, pero cualquiera que tenga unas mínimas nociones agropecuarias sabe que una liebre no recorre quinientos o seiscientos metros delante de un coche al trote, ni se detiene para mirar al conductor, antes de proseguir su camino. Fuimos la liebre y yo muy despacio. De no ser por los faros ya no se vería nada. Recorrimos los quinientos metros del brazo izquierdo de la T, o sea, desde el cruce del Lagar del Recuero, pasando por el de Dueñas y el de Las Mercedes, hasta el punto en que el camino, proa del Lagar del Corazón, se bifurca otra vez en dos ramales, como una V. En medio de esa V está nuestra casa. Durante años tuvimos la entrada por el brazo derecho de la V, pero esa calleja es, cuando llueve, «el albañal del cielo», y abrimos otra entrada por el ramal izquierdo. ¿Qué haría la liebre? ¿Desaparecería al fin, o subiría el repecho que hay desde el vértice de la V hasta la entrada? Cuando hizo esto último, prorrumpí en exclamaciones de asombro, pero sofoqué como pude mi delirio, porque aunque no era probable que la liebre oyera mis arrebatos, no quería que se asustara. Corrió la liebre, dejó atrás una puerta estrecha de entrada para personas y llegó hasta la entrada principal. En este punto hay que bajarse del coche y apartar de ella a los perros, que siempre están deseando escaparse y darse un oreo por la sierra. Para ello los perros han de verle a uno agacharse, coger una piedra y amagar el lanzamiento, para que se aparten corriendo, mientras uno abre la cancela, se monta de nuevo en el coche, lo mete dentro, se baja y cierra la cancela con la mayor celeridad, pues a esas alturas los perros habrán intentado volver y escaparse aprovechando que uno no puede estorbárselo. Al oír el coche, acudieron y se pusieron de patas en la cancela, ladrando como locos: habían descubierto a la liebre. Esta al principio se anonadó, encogida bajo los faros, entre el coche y la puerta. A esas alturas a mí ya no me extrañaba nada, pero no dejaba de estar intrigado: ¿pero qué está haciendo este animal, por qué no sale huyendo, no le dan miedo los perros? Estos le ladraban fuera de sí. Tuna, que es muy lista, apenas podía sujetarse a ladrarle

en el mismo lugar y salía como loca buscando en la cerca un agujero por el que escaparse para acabar con la liebre, pero como no lo encontraba, volvía desalada a la puerta. Hacía una noche magnífica, serena, el cielo se había cuajado de estrellas que brillaban como diamantes. Me bajé del coche. El ruido de la puerta tampoco la asustó ni calmó a los perros. Me acerqué a ella, pensé, está enferma. Los perros daban descomunales dentelladas a los barrotes de hierro. La liebre levantó la cabeza hacia a mí, indiferente a los mastines. Parecía saber que estos no podrían hacerle nada mientras la separasen de ellos aquellos barrotes y yo estuviese delante. Cuando llegué a su lado, me agaché muy despacio evitando cualquier movimiento brusco. Durante unos instantes permanecí allí en cuclillas, apoyados los brazos en los muslos, sin saber qué hacer. La liebre me miraba con sus ojos de asombro y las orejas tiesas, dos orejas muy graciosas, como de papel. Era una liebre vieja, crasa, con el pelo casi blanco. Yo me decía, que me aspen si esto que me está pasando es real. Entonces le acerqué mi mano. Al ver que mi mano avanzaba hacia ella, metió la cabeza en las paletillas y bajó las orejas, se acurrucó y se hizo un ovillo contra el suelo. El movimiento de mi mano fue a cámara no lenta, lentísima. La liebre parecía estar esperando esa caricia, y se dejó hacer. Y yo: hostias, esto no me está pasando a mí, y además hoy, precisamente hoy; ¿por qué no otro día del año? Dejó que mi mano descendiera por su lomo. Había empezado a posarse en su pelo la escarcha de la noche, pero era fácil sentir debajo de ella el calor de la vida, incluso los aldabonazos de su corazón, un poco acelerados. Mientras la acariciaba, ella hacía con el hocico las muecas más graciosas, como si tuviera un tic, y aunque no era fácil oír nada por la escandalera de los perros, no me atrevía a mandarlos callar por si la asustaba mi voz. Como se habituó a mis caricias, decidí dar un paso más. Presioné ligeramente mi mano sobre su lomo, a la altura del pescuezo, para cogerla. Tuvo que notar la presión de mis dedos, pero ni se inmutó, y así se dejó coger. Sin ponerme de pie, la coloqué en el regazo. Los perros debían de considerar todo eso una gran injusticia, porque estaban a punto de echar los sesos por la boca, de la violencia de los ladridos. Pero la liebre, nada, como si fuese una liebre zen, se acomodó, dispuesta a pasar la noche en mi regazo. Yo pensaba, ¿qué voy a hacer con ella, meterla en el coche? En ese caso, ¿cómo la sacaría de él? Necesitaría ayuda; en cuanto los perros me vieran con ella en brazos pegarían un salto y acabaría en sus fauces, de eso no tenía duda. Se veía que la querían escabechar. Pero tampoco podía dar aviso a nadie en la casa; no me oirían. Demasiado lejos. Estando en eso, la liebre se desembarazó de mis caricias y dio un salto. Sentí el

resorte seco y gimnástico de sus patas traseras en mi vientre. No tuvo que hacer un gran esfuerzo, fue visto y no visto. Saltó y corrió a toda velocidad cinco o seis metros, en dirección al lagar de Manuel, se detuvo un momento, se volvió a mirarme de nuevo, y emprendió su loca carrera en zigzag, de lo más alegre, dando botes como una pelota de goma.

Los perros, que vieron que se iba, salieron corriendo tras ella, ladrando, solo que al otro lado de la valla, momento que aproveché para abrir la cancela, meter el coche y volver a cerrarla. Si unos minutos antes estaba deseando llegar a casa y contarlo, en ese momento me hallaba confuso. Casi prefería que no hubiese ocurrido.

Me encontré a los tres frente a la chimenea, hablando, languidecientes.

—¿Tuviste que ir a Trujillo? —me preguntó M.

—No. Había una abierta en Madroñera.

—Entonces, ¿cómo has tardado tanto?

—Veréis...

Les conté todo lo que acababa de sucederme. Los ojos de los tres estaban fijos en mí, como antes estuvieron los de la liebre. Yo pensaba: no se están creyendo nada. Cuando terminé, R. me dijo:

—A G. y a mí nos salió anteayer, en el mismo sitio más o menos, cerca del cementerio. Una liebre grande, de pelo casi blanco.

M. contó que también a ella la había asaltado la víspera, a la altura del Lagar del Sacramento.

Les dije que creía que la liebre hizo el papel de los ciervos que se les aparecían a los caballeros de la Edad Media, que unas veces hablaban, y otras no, limitándose a mirar al cazador y a adentrarse en el bosque a paso tranquilo para que pudieran seguirlos, hasta que en algún momento se sustanciaba entre las cuernas la cruz iluminada o cualquier otra imagen fluorescente. Yo creo, les dije, que la liebre ha venido a decirnos algo. Incluso podría asegurar que se lo oí decir.

Guardaron silencio pensando en lo que yo les estaba contando, y acaso no porque lo creyeran, sino por la ilusión de creerlo, fue R. quien preguntó lo que estaban pensando los tres:

—Y según tú, padre, ¿qué dices que te dijo la liebre?

Comprendí que ya no había tanta unanimidad como al principio. Les respondí que no lo sabía exactamente, y que mentiría si dijera que oí de sus labios leporinos palabra articulada, pero que sentí algo que iba del corazón valiente de la liebre a mi corazón medroso, como cuando se envía un celec o correo electrónico, sin transición, de forma instantánea: «Ánimo, amigo, no te encojas. Díselo también a los tuyos». Estas fueron las palabras que oí articuladas dentro de mí, les

aseguré, y así lo declararía ante un juez, si me ordenara decírselo.

Me favoreció la intoxicación que padecían y su extrema debilidad, porque no me rebatieron como acostumbran. De nuevo nos quedamos en silencio, pensando estas palabras, hasta que G. lo rompió de nuevo:

—La verdad: sería algo extraordinario que para decirte una chorrada como esa mandaran a una liebre. Además, yo no he visto que tú te encojas mucho. A mí me parece que es igual de tonto presumir de mucho que presumir de poco.

Traté de decirles que no solo eran las palabras, sino que había notado que el ánimo se me esponjaba y que por un momento no sentí miedo ninguno, y que todos nosotros, cada cual el suyo, tiene su miedo propio, íntimo, inarticulado también, como la perla las ostras. Que si la liebre, siendo el animal más medroso de la Tierra, no lo había tenido ni de las ruedas del coche ni de mí ni de los perros, ninguno de nosotros debería sentirlo de las ruedas del mundo ni de nuestros semejantes ni de los perros de la vida. Les conté también que antes de entrar en casa me había quedado en el olivar, mirando las estrellas, leyendo en el silencio el pespunte del mochuelo, las síncopas del autillo, el eco lejano de otros perros, enardecidos por los nuestros, el de aquellos pulsos parecidos al roce de la hoja de un libro que se pasa. Hacía frío, sí, notaba yo también la escarcha sobre mi pelo y en mi frente la luz de las estrellas. Llegaron los perros, a los que se les habían pasado ya las ansias de caza, y me lamieron las manos por si se sustanciaba en ellas algo de sabor a liebre. Y en ese momento me acordé de ellos tres, que estarían esperando mi llegada y me sentí ufano de volver con la historia de la liebre, y que podrían creerla o no, pero que si miraban mi jersey verían algunos pelos suyos. G. se inclinó sobre mí sin levantarse del sofá e inspeccionó mi pecho:

—Podrían ser de los perros... —dijo antes de volver a tumbarse.

—Yo te creo —me confió M. en un tono que no la comprometía a nada.

La creyeran o no, todo resultó más fácil cuando cada cual empezó a hablar de sus temores más íntimos, y al rato se diría que los habíamos conjurado y que estos ardían en la chimenea y que nos calentábamos con ellos. Creo que nunca habíamos hablado tanto tiempo de ese modo. Ha sido uno de los momentos más importantes en la vida de nosotros cuatro: habían pasado de ser hijos a ser amigos, y nosotros de ser padres a colegas. Por la noche, M., antes de dormirse, dijo como para sí misma:

—Se han hecho mayores. Ese es el verdadero milagro. Tengo sueño, voy a dormir, pero por favor, desconecta eso, no me saques dormida.

PROPÓSITOS para el año entrante. Te paras a meditar en aquellas cosas que te gustaría hacer el año que empieza. Admites que algunas te gustaría que se realizaran solas, por arte de magia.

Como has hecho tantas listas en tu vida que se han quedado en papel mojado, esta la meditas bien.

Querría uno escribir otros poemas, novelas, diarios, de modo que antes no habrá más remedio que cambiar de vida. Pero... ¿a estas alturas? No está el alcacel para zampoñas, o dicho de otro modo: a la vejez, *vihuelas*.

Convendría no ser tan ambicioso. Empecemos por poco: jugar a la lotería. Es la única manera de que pueda tocar un día y llevar otra vida, y así, escribir otros diarios, poemas, novelas, etcétera.

Nunca ha entendido uno la frase «Si me tocaran doscientos mil euros a la lotería...». ¿Por qué doscientos mil y no veinte millones?

¿Por qué ponerle coto a la fantasía? En los propósitos conviene, sin embargo, medir muy bien nuestras posibilidades, pues al contrario de lo que sucede con los ensueños (tan frustrante puede ser que no nos toquen doscientos mil euros como veinte millones), los propósitos incumplidos pueden hacer de nosotros unos pobres hombres.

1. Vive de tal modo que tu muerte sea una injusticia.

2. No quejarse, ni siquiera cuando se va pasando la anestesia.

3. No dejar pasar ninguna luna llena sin saludarla.

4. Mirar a los ojos si quieres que te vean (luna incluida).

5. Escribir al menos un libro inconsútil, de modo que no pueda dividirse y tengan que echarlo a suertes, en la hora de las alabanzas.

Y otro de hoja perenne y a muy bajas temperaturas, como los abetos que prefieren los luthiers.

6. Los mejores libros, no obstante, son de hoja caduca. Con cada lector tienen su primavera. Y ningún instrumento iguala a la voz humana.

7. En no siendo brahmán ni entomólogo, despreocuparse, al caminar, de las hormigas.

8. Procurar estar cerca de un niño. Son los únicos que enseñan algo. (Más que aquel «dejad que los niños se acerquen a mí», el que tiene que acercarse es uno a ellos; los niños tienen cosas más importantes que hacer que acercarse a los adultos).

9. Al contemplar las estrellas en agosto, contarlas todas.

10. Jamás hagas recuento de tus amigos. Raramente salen las cuentas. Dependiendo de tu estado de ánimo, salen de menos o de más, y eso desasosiega o abruma.

11. Dar más limosna de la que te puedes permitir; solo así deja de ser limosna.

12. Recuerda, si estás junto a un muerto: puede leer tu pensamiento. No le estropees su último minuto.

13. Haz cada día tus ejercicios de soledad si quieres estar en forma.

14. Busca la puerta principal de las gentes si piensas quedarte (la de atrás déjala a los ladrones), y las ventanas solo si estás enamorado.

15. Cultiva el musgo en ti, por dentro. Sabrás así dónde está el sur, y no te perderás nunca.

16. Enamorarse no depende de ti, pero seguir enamorado cada día de la misma persona, sí.

17. Cultiva el humor como los duelos de honor: déjalo a la primera sangre.

18. Resucita los pétalos que te encuentres en los libros de viejo.

19. Si te tropiezas a un escritor por la calle, cruza de acera, lo saludas, y luego vuelve a cruzarla para seguir por tu camino. Si eres ermitaño, haz de vez en cuando una visita a otro ermitaño.

20. Canta un poco todos los días, como los pájaros. Para todos, para ninguno.

21. Ni un día sin asombro.

22. Dales de comer a las palomas, a las gallinas, a un gato, a un perro, a un niño, a un pobre, a una planta. Alguien contigo hace lo mismo.

23. La historia es el verdadero opio de los pueblos. Al final no hay historia que no se adultere en mito.

24. Ten el corazón de un vagabundo. No te afanes: oficio de escritor es oficio de trapero.

25. No proponerse nada que sea fácilmente alcanzable, al igual que jamás sentirse superior a un tonto, porque ambas son cosas que degradan. Solo vale la pena intentar aquello que no está claro que vayamos a conseguir, y relacionarse con quienes son más grandes que nosotros. Compararte con quien mide dos metros tal vez no te hace más alto, pero desde luego te hace mucho más pequeño medirte con un enano.

26. Lanza tu moneda al aire: cara, experiencia; cruz, instinto.

Hay razones del instinto que la experiencia no comprende (y al revés).

27. *Ser otro* tiene muy buena prensa en la modernidad, pero no es suficiente. Lo difícil es crecer sin dejar de ser el mismo.

28. Recuerda: la envidia se presenta siempre con otro nombre, es muy astuta.

29. La distancia adecuada es aquella en la que desaparece el yo, porque ya no lo ves. Ni por exceso ni por defecto: ni te alabes ni te denigres. Eso que lo haga la cuadrilla.

30. Aprende a recibir los aplausos al final de la obra con humildad: nunca sabrás si son merecidos.

31. Olvídate de todo cada cierto tiempo.

32. Los mejores libros están hechos de detalles exactos e ideas generales. Si eres poeta, te sobra casi todo, y a lo que queda no sabrás darle un nombre por mucho que lo busques.

Llegado a este punto, no pude continuar. Me dije, con nostalgia de un imposible: ¡ay, si pudiera olvidarme de que soy escritor, si alguien me dijera: eres poeta...! Eso sería tan bueno como poder olvidarse de la salud cuando renquea.

Decía Unamuno (de quien es eso de «vivir de modo que la muerte sea una injusticia») que querría él que su posteridad no fuera en absoluto diferente de la vida que llevaba, con sus mismas costumbres, amigos, cafés, abrazos, dichas y desdichas. O sea, que lo que en realidad quería no es ser inmortal, sino seguir siendo mortal en la otra vida, finito en la infinitud, como quería en la finitud de la vida ser eterno. Si uno, me digo, pudiera quedar en este mundo como el sonido de una campana, oída a lo lejos, o el olor del heno en primavera, recién nacido o recién segado, o el sabor de las primeras frutas del verano, o la emoción de las primeras nieves, qué felicidad...

Y en estos asuntos he pasado la tarde, como quien labra un campo, sin saber si el trigo que he sembrado nacerá o no.

AHORA estamos en una suite del Hotel Ritz. ¿Haciendo qué? Buscando las condiciones de posibilidad de este proyecto. Para que no sea el de un romanticismo suicida.

La habitación es amplia y suntuosa, con techos altos y ventanas monumentales, indicadísimas para proclamar desde ella, por ejemplo, la república. Esta habitación excede nuestra idiosincrasia en mucho, así que la contemplamos como si estuviéramos dentro de una película. Recuerda a una lonja. Paseamos por ella los dos sin tropezarnos, personajes dieciochescos, duchos en salonear. Al cruzarnos, hacemos la reverencia muy serios, y seguimos adelante, con la nariz levantada. Súbitamente me detengo en seco: la sospecha de que haya una cámara oculta de televisión que nos esté grabando le paraliza a uno. ¿Qué sucedería si nos descubrieran haciendo la pantomima? Sin la menor duda le desposeerían a uno del premio: incluso para la vida de artista exigen una cierta estabilidad emocional. M., de buen humor, me dice, afirmándolo: estás contento... Debería estarlo, pero hasta la posibilidad de que sea así le resulta a uno deprimente. Me encojo de hombros y sonrío con fatalidad.

Se ha puesto en marcha el minucioso, invisible, tenaz mecanismo que mueve esta aparatosa puesta en escena. Algo en ella recuerda la tramoya de una ópera de la comedia del arte. Pasa por mi cabeza el recuerdo de dos o tres personas que esperaban lo mismo que yo espero y a quienes minutos antes del desenlace público se les comunicó que el jurado había cambiado de parecer. El jurado, que ahora estará reunido y cenando, me digo, debe de tener las cosas claras, porque de lo contrario ya le habrían avisado a uno. Le digo a M., ¿y si todo se desbarata en el último minuto?

He escrito en el papel del hotel unas palabras para dar las gracias. A Mengano, a Zutano, a Beltrano también les habían asegurado que las cosas sucederían tal y como finalmente no sucedieron. Seguro que llevaban en el bolsillo de la chaqueta un papel con unas palabras escritas, que acabarían haciendo pedacitos y comiéndoselos envueltos con el pastel del postre, que es más o menos cuando se anuncia el desenlace, a los postres.

Llevamos aquí metidos, sin hacer nada, cuatro horas.

En cuanto llegamos, nos condujeron a la habitación para que nadie, sobre todo periodistas, nos viera. Creo que lo hacen para sugestionarse y abordar con garantías la representación.

M. está tumbada en la cama, con la espalda apoyada en el cuadrante, leyendo. Le pregunto si cree que esto mismo que están haciendo con nosotros lo estarán haciendo con más, si en el hotel habrá tres o cuatro infelices teniendo que pasar este trago.

A R. y G. les revelamos por fin este mediodía, mientras almorzábamos los cuatro, lo que iba a suceder, si finalmente sucede. Hubo que repetírselo dos o tres veces, porque el nombre del premio les desconcertaba, convencidos ambos de que iba a Barcelona como jurado, no como concursante. Al principio confundieron el nombre del premio, y creyeron que era el Planeta. De ese premio les suenan los millones, claro, de modo que un poco avergonzado hube de desengañarles, y hablarles de la modesta dotación económica que tiene «el nuestro». Al ser hoy día de Reyes, puedo decir que la cara que pusieron fue la misma que cuando recibían de niños sus regalos, incluso les importó poco que no fuese el premio gordo. G. miraba a su hermano para leer en su rostro, como persona más avezada que él, si era una broma nuestra o si iba en serio, y únicamente cuando juzgó el efecto extraordinario que estaba haciendo en R. esa noticia, admitió que podía ser verdad. Fueron uno o dos minutos estupendos, R. con las manos en la cabeza y G. con las manos tapándose la boca, sin atreverse a publicar su contento. Semblantes luminosos. Yo le dije a M. que el premio, de darse, había sido ese instante, y que de lo demás

podíamos prescindir.

(...) Seguimos aquí, aislados, sin saber si el jurado se ha echado o no atrás. Yo, como reportero de mí mismo, y M., leyendo a Descartes para un trabajo suyo de la facultad. Hace un rato levantó su vista del libro, y me dijo: tengo la sensación de que esto ya lo he vivido. Le he preguntado si era capaz de leer, y me ha respondido, de lo más estoica, que qué podía impedírselo. Seguramente ha aprendido a hacerlo en las prácticas que tienen en la asignatura de estoicismo. Yo le pregunto si cree que esto servirá de algo, y me responde muy filosóficamente, sin levantar la mirada del libro, que no lo cree. Dicho lo cual ha vuelto a enfrascarse en el *Discurso del método*. Bien por entusiasmo, bien para distraerme, me lee de vez en cuando unos fragmentos, a los que asiento con solemnes movimientos de cabeza, como un perro de los que se ponían antiguamente en la trasera de los coches, por adorno.

(...) Hace un rato que M. dejó de leer, y se ha puesto su vestido para la fiesta. Pero aun así le ha sobrado tiempo, y volvió a su libro. Como no se nos ocurría nada de lo que hablar para acortar el tiempo, hicimos una lista de las personas que se alegrarán al conocer la noticia. Cuando la hemos concluido, pensamos en aquellos a los que acaso disgustará. Nos sale empate.

Por hacer tiempo, también hemos telefoneado a madres, hermanos, amigos. A unos les ha telefoneado M., a otros lo he hecho yo. A casi todos parecía que el premio se lo dieran a ellos. Un amigo me dijo que «ni yo ni mi obra», la ha llamado así, «necesitábamos en absoluto ese premio»... Le parecía una claudicación. No se puede vencer a gusto de todos. Los más entusiastas siguen siendo R. y G., que querían conocer a toda costa cómo es un hotel de lujo por dentro, los metros cuadrados de que disponíamos, el nombre del vino que nos estaba esperando (a G. le resultaba incomprensible que siendo «gratis total», como ha dicho, no hubiésemos dado aún cuenta de él, así como de todas y cada una de las frutas que envuelve el papel de celofán, y los distintos chocolates).

Hace un rato M. levantó los ojos del libro, y me encontró junto a la ventana, mirando la calle. Quiso saber qué pensaba. Le dije que seguía pensando en la carta de nuestro amigo. No me puedo creer que estés pensando en eso precisamente en este momento, me reprochó. Tampoco podía creer que fuese tan frágil, y que los libros escritos no me pusieran a resguardo de esas tempestades, y que me rompiera por tan poco. Yo le dije que unas veces uno se rompe él mismo, y otras le rompen los demás, a menudo con un golpe pequeño, porque en realidad venimos todos rotos de fábrica y el menor roce da con

nuestros pobres trozos en el suelo, o en la suite de un hotel de lujo.

(...) A las que siguen podría considerárselas unas memorias, aunque hayan transcurrido únicamente siete días desde que sucedió lo que estaba previsto que sucediera. Siete días, siete años, setenta, ¿importa ahora?

Cada día, al despertarnos, M. y yo decimos: al fin pasó.

HOMERO no leyó a Virgilio, ni siquiera a Sófocles ni a Esquilo. Virgilio no leyó a Dante ni a Petrarca. Petrarca no leyó a Garcilaso ni a John Donne. Cervantes y Shakespeare ni siquiera se leyeron entre ellos, siendo contemporáneos y pese a las suposiciones, y ninguno de los dos leyó a Tolstói o a Stendhal. A medida que transcurren los siglos, el pasado es tan abrumador, que acaso tenga el escritor que desandar el camino y olvidar parte del admirable legado que ha llegado a sus manos, su patrimonio, y aprender a ser pobre por los caminos como los vagabundos, como aquel poeta ciego que fue la suma de otros cien poetas vagabundos, ciegos también. «Una vez más soy pobre», decía Emily Dickinson. ¿Quién? Ya lo he olvidado. Y ante la imposibilidad de ser ciego como ellos, uno cierra los ojos.

A TODO esto, como los males nunca vienen solos, mi dentista preferida le ha programado a uno para hoy una cirugía violenta, o severa, como suele leerse también en las páginas deportivas a propósito de muchas cosas. A veces le digo a M., cuando me muera y hayas de dar testimonio a los amigos de esta pobre vida mía, diles mi verdad más íntima: que la estima que tenía uno por sus libros y el valor que les concedía procedía no tanto de los propios libros, sino de haber tenido que escribir la mayoría de ellos entre atroces, percutidos, insoportables dolores de muelas y con la boca como si hubiera masticado una bola de alambre de espino; y si es cierto que hoy se le extraerá a uno el raigón de una muela que se ha soldado al hueso del maxilar, tampoco es menos cierto que esa es hoy por hoy la única manera de estar más cerca de Cervantes, quien, según nos confesó él mismo, tenía cinco o seis desparejados dientes; sin contar, por contarlo ya todo, oh mísero cuerpo humano, que el dolor desconocido con el que fui atacado hace tres días de una manera inmisericorde ha sido final y felizmente diagnosticado médicamente como una hemorroide rabiosa y desatada que me impidió incluso conciliar el sueño. Y dice uno rabioso acordándose de esas graciosas pescadillas enroscadas de las que hablaba el simpático Galdós. Literalmente ve

uno sus propias almorranas que han hecho presa en salva sea la parte con afilados dientes. ¿Es que no podría ser atacado por dolencias un poco menos plebeyas? ¿No tenemos derecho a adornarnos con discretas enfermedades distinguidas, un asma, una gastritis, un soplo en el corazón, unas ausencias? Hay un anuncio en televisión muy penoso y cutre en el que una mujer se encara con la cámara y dice, muy circunspecta: yo también las he sufrido en secreto. Su rostro es apesarado, como quien ha sido atacada a traición por una humillación vergonzosa, pero súbitamente se ilumina su rostro y muestra radiante la pomada que ha destruido a la fiera, mientras proclama su triunfo: han desaparecido. En todo el anuncio la fiera, o sea, la almorrana, no es nombrada por su nombre, que es tabú. Hay otro anuncio parecido, en el que no se muestra tampoco aquello que se quiere hacer desaparecer, uno de cucarachas, a las que tampoco se cita por su nombre. Para mí ahora una almorrana y una cucaracha son como hermanas, y el hecho de imaginármelo hace que el nervio de la muela descargue un trallazo de dolor que me eriza el cabello. Quien no haya tomado un baño de asiento no sabe nada de la vida. Por un lado parece que uno vive en 1748, y por otro se deprime uno tanto, que anda por ahí con la cabeza metida en el pecho, de tener que sufrirlo todo en secreto. Por esa razón viene uno a este cuaderno a contar estas cuitas pepysianas en un momento tan delicado en el que ha de levantar un nuevo edificio, otro libro más, sin pensar que se le va a venir abajo por el sótano y por la buhardilla. Casi me sonrío: llamar sótano al recto y buhardilla a la boca es gongorino. Rebasados Cervantes y Galdós lo natural es acabar en brazos de Valle-Inclán, que es como se sabe la catedral del cante. ¿Por qué se melancolizará uno por tan poco? ¿Qué es escribir un libro en mes y medio, con la boca llena de llagas y el recto comido por cucarachas? Voy a pedir el ingreso en la Internacional Surrealista, por si me dieran puntos, canjeables si no por gloria sí por leyenda.

LA visita a un urólogo es un asunto que suele ir acompañado de toda clase de aprensiones. Siempre teme uno que por cualquiera de esos conductos podría entrarle a uno la decadencia más triste.

Iba lleno de miedos, inmovilizado por el pánico. En la sala de espera había dos o tres revistas del corazón de hacía lo menos seis meses. En una se hacía un gran despliegue de la muerte de un actor. Qué recordatorio más oportuno, pensé. Se me quitaron las ganas de leer nada. Era un urólogo nuevo. El que había hecho las prospecciones de rigor en anteriores ocasiones había dejado de figurar en el cuadro

de mi seguro médico. Caí en la cuenta de que desde la última revisión habían pasado cinco o seis años. El nuevo es un hombre joven y alto. El otro era comprimido y rechoncho, siempre con corbata. Parecía que los cuellos de la camisa le estuvieran pequeños y que iba a perecer asfixiado. El viejo nunca saludaba a los pacientes. Entraba directamente en la consulta y evacuaba sus preguntas a toda velocidad, como un jugador de ajedrez de partidas simultáneas. Tenía repartidos en diferentes habitaciones a sus pacientes con los pantalones caídos preparados para las prospecciones rectales, que ejecutaba como un virtuoso periodista de esos que escriben a máquina con un solo dedo. El nuevo era todo lo contrario. Al entrar yo se puso de pie y me tendió la mano por encima de la mesa. Era una mano muy grande, de dedos robustos y largos. Pensé que los tactos rectales serían dolorosos. Le expuse mi historial. Me escuchaba sin mirarme. Anotaba algunas cosas, mientras hablaba o posaba los ojos en algún objeto de su escribanía. Finalmente le conté que hasta entonces me veía el doctor Tal.

Al oír ese nombre pareció volver a este mundo, y dijo con consternación:

—El doctor Tal murió hace tres años.

Me quedé de una pieza, no porque le tuviera uno especial aprecio, sino porque piensa uno que sus médicos nunca morirán antes que uno. Parecía además una persona saludable, y como tema de conversación me pareció más interesante que hablar de la próstata. Siempre pensé que alguna vez, por hacer un alarde, iba a ensanchar el cuello y lanzaría el botón de la camisa por los aires, estallado, para mostrarme todo su vigor. La primera vez que le vi me dijo que el episodio que me había llevado allí era cosa frecuentísima y que la mayor parte de los hombres lo había padecido alguna vez. Como en su presencia estaba completamente trastornado, le pregunté con angustia si también le había sucedido a él algo parecido, y me miró sorprendido, como si fuese idiota, y cambió de conversación sin responderme la que consideró seguramente una impertinencia. Cada vez que me veía me trataba lo más secamente que podía, quizá porque temiera que le preguntase cuánto ganaba o si le era infiel a su mujer o si llevaba la cuenta de en cuántos rectos había hecho indagaciones su dedo. El mío lo inspeccionaba en un cuartucho destartalado, que había sido laboratorio hacía lo menos veinte o treinta años. Se veían las mesas forradas de baldosines blancos, con sus fregaderos de mármol también blanco. Colgaban sobre ellos unos grifos especiales, como de gancho. Quedaba en una esquina un microscopio junto a un flexo. En ese cuarto almacenaban cajas con todo tipo de impresos, de papel de

cartas y recambios de suministro doméstico, como bombillas y calderas que necesitaban la reparación. Nadie había vuelto a pintar las paredes y de los radiadores se levantaban los humeantes fantasmas de la desidia. Había colgadas aquí y allá unas láminas atroces, de propaganda de laboratorios farmacéuticos. Las últimas veces que nos vimos, yo iba directamente hacia ese cuarto destartalado, sin que me indicara nadie el camino, lo mismo que haría el borrego si le dieran la oportunidad de ir dos veces al matadero. Era un buen piso de la calle Padilla, algo que se llamaba Instituto Español de Urología. Había sido en su día el centro más importante de ese asunto. Era un piso con empaque, lleno de habitaciones y salones, pero en el que nadie, salvo en el laboratorio, había hecho la menor obra de adaptación para sus funciones. El despacho donde recibía aquel médico estaba forrado de madera oscura. Tenía un mueble feo, para libros, pero no había libros en él. Y colgada una foto de Ramón y Cajal, seguramente de las que regalaban también los laboratorios farmacéuticos. Le asistía una enfermera que andaba por los noventa años, con párkinson, muy restaurada con maquillaje, y testaruda. Al andar meneaba la cabeza, y hablaba a voces, porque se había quedado sorda. Las primeras veces iba delante de mí para indicarme el camino, aunque al mismo tiempo iba gritando: ¡ya sabes dónde es! ¡Vete quitándote los pantalones! Pasábamos por delante de algunas salas de espera donde aguardaban unos hombres sitiados por la angustia. Me encerraba en aquel cuarto en el que había dos sillas, una delante del microscopio y otra en medio de la habitación. En el respaldo de esta el paciente, de pie, apoyaba las manos, durante el reconocimiento. La primera vez me vio con los pantalones puestos. No me había atrevido a quitármelos, por si se agravaba mi dolencia con una corriente de aire frío. Le contrarió que no hubiese obedecido a la enfermera. Repitió la orden de una manera seca, al tiempo que me dio la espalda. Es de las cosas más humillantes que se le pueden decir a nadie. Mientras me desabrochaba el cinturón, se ponía él un guante de látex. Solo uno. Se ve que a esas alturas era ya un hombre escéptico, práctico y descreído de la profesión. Esa primera vez fui a desabrocharme los zapatos, lo advirtió y me atajó cortante: no hace falta. Dejé los pantalones hechos un guiñapo en el suelo, enrollados a los tobillos.

Él, de espaldas a mí, hablaba para sí mismo en voz alta:

—Vamos a ver cómo tenemos esa próstata.

Le hablaba en realidad a la próstata, pero como si fuese una pobre criatura sin demasiado juicio.

Cuando quise darme cuenta, lo tenía detrás de mí. Me ordenó inclinarme y apoyar las manos en el respaldo de la silla. Lo tenía todo

estudiado. Los pantalones enrollados en mis tobillos impedían que tratara de salir corriendo. Y antes de que pudiera imaginarme cómo iban a suceder las cosas, noté una punzada que me traspasó el duodeno, hasta el esófago. El hombre movía el dedo con grandísima soltura, como si tratara de encontrar una avería en alguna parte, a ciegas, o como si buscara algo que se le hubiera perdido allí. Al fin comprendí adónde iba ese hombre cuando hablando con él en su despacho, el de la foto de Cajal, desaparecía unos minutos.

A partir de entonces y cada uno o dos meses tuvimos nuestras citas secretas, y así durante unos años. Y como en los últimos seis uno se encontró lo bastante bien como para olvidarse de sus dolencias y no sentir nostalgia de aquel sórdido cuarto trastero, dejó de ir.

De modo que cuando su sucesor me informó que el hombre había muerto, sentí algo bien extraño. Pensé que ese médico me había llegado a conocer por dentro como nadie en este mundo, algo que solo con humor, y humor negro, podría ser relatado. Fueron sentimientos encontrados los que tuve. Pensé que quizá esa muerte diera más prolongación a mi vida, y me alegré de una manera mezquina, no por su muerte, sino porque mi vida se beneficiaba de una ridícula estadística: no creo que se hayan dado tantos casos de pacientes que en un breve plazo de tiempo hayan seguido a su viejo urólogo al otro barrio.

El nuevo era mucho más atento, y trató de tranquilizarme asegurándome que aunque se tratara de un cáncer, el cáncer de próstata no era ya lo que fue y su desarrollo es tan lento como para no morirse de eso hasta pasados veinticinco años. Eché mentalmente las cuentas, y quedé bastante conforme. Él decía, ánimo, esto no es nada. Y llenaba alegremente los volantes para el ecógrafo y el hematólogo. Cumplimentaba aquellas papeletas como si fuesen una quiniela. Todos los síntomas que tenía al entrar desaparecieron como por ensalmo al salir. Creo que el miedo es con toda probabilidad un eminente terapeuta en algunas dolencias menores.

Siguió a esa visita lo de las entrevistas con los periodistas, que se cerró con una cena ofrecida por la editorial a algunas personas con motivo de la publicación del libro de poemas. Se trataba de congregar a quienes pudieran favorecer la difusión del libro en los periódicos. Nos pusimos a hacer la lista y no salían más que cuatro o cinco, y hasta trece o catorce faltaban diez. Hubo que echar mano de los amigos, que completaron el cupo, y el resto quedó para algunos saludados. Y uno se sintió contento de ver allí reunidos a sus amigos, e incluso a los conocidos y a los saludados, cada uno llevando su papel muy airosamente. X leyó incluso uno de los poemas del libro a los

postres, después de decir que era el mejor libro de uno, aunque en ningún caso dijo que le gustara. Dijo que le «había interesado mucho», y yo le agradecí aún más que lo dijera. En esa tesitura uno se conduce siempre de un modo anómalo, quizá porque piensa que todo el mundo le dirá cosas agradables, y no. A la gente lo normal es que los libros de los demás no le parezcan casi nada, porque cada uno está muy ocupado con los suyos propios, excepto si se forma parte de la Sbm (Sociedad de Bombos Mutuos), donde la gente suele ser escrupulosamente cumplidora. Algunos de los presentes habían venido de lejos solo para esa cena, y lo agradeció uno tanto, que le hubiese gustado allí mismo pagarles ese esfuerzo con la inmortalidad.

Después nos fuimos al Cock donde nos aburrimos hasta las cuatro. Para levantarse a las siete: estaba citado en la editorial, una vez más, para ultimar la cubierta de *La noche de los Cuatro Caminos*. Me la mostraron. Era cosa patente que la había hecho un ceporro. M. dice que he de aprender a decir las cosas sin que se note que a uno le han disgustado, para obrar a continuación con habilidad con el fin de llevarse uno el agua a su molino. Esa solercia no está entre las que tiene uno, me temo. Luché todo lo posible para que no se me notara en la cara, al mostrármela. Hablar con quien la encargó era como estrellarse contra un muro. Era el tipo con el que he venido hablando todo este tiempo. Está convencido de que en ese negociado tipográfico es un maestro, porque lleva muchos años en él. Yo pensaba: este me está colmando la paciencia y voy a mandarle a la mierda en cualquier momento, con tanto perjuicio como de eso se derivará. ¿Y si le digo que si sabe de literatura lo que de tipografía no sabe una...? Eran tentaciones del maligno que me las agitaba en la mente. Intenté dar algún rodeo, pero aquel hombre tan cerril no cedía lo más mínimo. En un primer momento me pareció que lo hacía por convicciones tipográficas, pero al momento comprendí que lo hacía porque pensaba que darme la razón sería ceder poder a quien quizá ambicionaba en secreto ocupar su lugar. A su superiora no la he visto todavía. Creo que me rehúye, ella sabrá por qué, puesto que no la ha tratado uno en su vida.

Salí de allí maldiciendo mi perra suerte, porque para hacer un libro bien hecho se tarda igual y cuesta lo mismo que hacerlo mal.

EL Archivo Militar es un pozo sin fondo. Esta mañana vi el sumario de Miguel Hernández. Lo tenían dispuesto para un investigador. Vi en él su firma, al pie de las declaraciones que hizo, y en la sentencia. Y una carta del director del *Arriba*, que incluía un ejemplar de *La Voz* con la

página de su suplemento *El Mono Azul*. La aportaban como prueba contra Hernández. En ese número había una colaboración suya y otra de Vicente Aleixandre. Y sin embargo a Aleixandre no le molestaron. Claro que basta leer lo de Aleixandre para comprender el grado de compromiso de cada cual con la causa. Nadar y guardar la ropa es una expresión muy atinada para estos casos. Había algo en el conjunto que le ponía a uno un hueso en la garganta, difícil de pasar. En aquellos papeles se pesaba la vida de ese hombre. Causaba gran emoción tenerlos en la mano. Eran en verdad una reliquia. Estaban también allí los avales de José María de Cossío, pero también la carta del alcalde de Orihuela, que le inculpaba del mayor de los crímenes para él: ser comunista. Ese alcalde debía de ser un sujeto de cuidado, se ve por el tono repulsivo de la acusación, sin piedad ninguna. Define a Hernández, que era un alma noble, como «individuo incapaz para la acción y de cometer actos delictivos», pero que era «un peligroso elemento comunistoide y marxista». Toda la miseria española en solo dos líneas. Es algo asqueroso. ¿No acababa de admitir que era un ser incapaz de cometer ningún delito? ¿Entonces de qué le acusaba? ¿Del delito de no ser como él? Le entraba a uno un litúrgico respeto al tocar aquellos papeles, despojados, sin intermediación, sin el cristal de las vitrinas de los museos o la reproducción del libro, como si en realidad se tratara de despojos humanos, y en cierto modo lo eran, despojos de un sueño pisoteados burdamente por gentes de una zafiedad arrogante y aparatosa.

HA muerto Victoria de los Ángeles. 15 de enero. Había ingresado en una clínica el pasado 31 de diciembre con una bronquitis. Quince días ha tardado en morirse. Hemos pensado de inmediato: y RG., ¿cómo recibirá esa noticia, qué será de él sin su amiga? Nos dijimos, quizá a su edad la muerte se mire de otra manera. Y al momento: no, la muerte es siempre la muerte. Pasamos el día sin ganas de nada, abatidísimos, como si se nos hubiera muerto algo íntimo y nuestro solo. ¿Cómo viviremos nosotros sin su música?, nos preguntábamos también. Nos consolábamos pensando que nos quedan sus discos, de hecho han sido estos los que nos han acompañado estos últimos años, y no ella. Pero también se decía uno: si alguien pregunta un día, antes de destruir este planeta, si hay un justo, podríamos responder, VdelosÁ., ella es ese justo que buscas. Es sábado, y lo pasamos todo el día conectados a Radio Clásica. El sentimiento de orfandad es general. Todos parecen sentir lo mismo respecto de una persona que no solo era la encarnación de la música, sino algo especial, diferente a todos

los demás cantantes. Su manera de estar, de vivir su difícil vida, de sonreír. Tenía una mirada preciosa, más que humana, era una mirada animal, de las que lo dicen todo sin necesidad de la palabra. Con su propia melodía. Y la manera de bajar la cabeza, con esa humildad propia solo de los seres superiores que piensan: hago lo que puedo. Era la encarnación de la fuerza y de la delicadeza. Era... El empleo de este tiempo verbal nos deja abatidos, sin esperanza, en el mayor desvalimiento.

HA hecho uno hoy en Barcelona lo que un catalán suele hacer en Madrid: negocios. He estado en dos editoriales, en Destino y en Península. En la primera el aliciente lo ponía el azar: ¿se encontrará uno en el ascensor con Z o no? Este hecho nimio llenaba de expectativas la visita. Vamos a tener que ir por el mundo con los padrinos puestos, para los duelos, o con un paraván, como JRJ, o sin bajarse del aeroplano, como Baroja. Pero no hubo nada, y de ese modo se evita uno hoy tener que contar algo también desagradable, las fintas del ingenio y todo eso. Cuando no se es ingenioso, ni siquiera diez horas después, en un cuaderno como este, no tiene demasiado sentido intentarlo. Claro que por el lado pintoresco habría podido aparecer, y entonces yo habría sacado una estampa callejera, como quien retrata tipos. Cuando vimos que ese Z no aparecía, nos fuimos los amigos a tomar un café y a hablar de lo que hablan los jóvenes cuando les da por la literatura: lo mal que están los libros y lo mal que estamos los autores, principalmente en Barcelona, y, a continuación, preguntarse por quiénes dirigirán esta o la otra editorial. En Barcelona los editores se pasan la vida jugando al juego de las sillas, ese en el que hay una silla menos que jugadores. Corren todos de un lado para otro, y siempre hay alguien que se queda sin silla. Se pasan el día de cambios, ascendiendo y descendiendo, circulando en uno y otro sentido, y esos cambios les alborotan un poco, porque piensan que el mundo, lejos de esa silla, será bastante más triste. Decía mi amigo, quizá venga aquí Fulano a dirigirnos, quizá no. Si venía X, era mejor que si no venía. Pero no, decían los amigos meneando la cabeza, las cosas nunca suceden de modo feliz. Los editores son por naturaleza, como los labradores, filoneístas, y se pasan la vida con la vista puesta en el cielo, porque es de lo alto de donde suelen caerles la salvación o el pedrisco.

Dos minutos después tenía una cita con X, en Península, que le confirmaba a uno que sí, que dirigiría Destino. Acababa de decidirlo dos minutos antes. Y se alegró uno de verdad, porque le parecía que el

mundo si estaba al mando este X marcharía un poco más armoniosamente.

Aunque lo más enjundioso de la jornada sucedería luego, en el almuerzo, con otro editor. Pero ya no era un almuerzo de trabajo, porque este nuevo X es ya viejo, está retirado y es poco probable que vuelva a las andadas. Camino de su casa, yo me preguntaba: ¿quién iba a decirnos a los dos que después de las perrerías tan feas que nos dijimos fuéramos a tener este trato cordial?

Qué afanes los nuestros: media vida disputando y la otra media arreglando las cosas. Si al menos de esas porfías saliera algo, no sé, un caso Wagner, quizá valiera la pena. Tal vez cuando seamos viejos todos, nos llevemos bien, con el periodista del Hispano, con «prefiero-no-hacerlo», con este Z. Nos reuniremos en el parque, como los jubilados, a tomar el sol, a toser y a recordar estos tiempos penosos nuestros, para hacerles creer a los jóvenes que haya entonces que fueron tiempos míticos y portentosos, donde había colosales figuras en tecnicolor e ingenieros por todas partes.

Durante todo el día me acordaba de lo de ayer, y me decía: no me acuerdo de nada, haz como que no te acuerdas. Y forzaba el encogimiento de hombros y la sonrisa, y aireaba mis penas aligerando la marcha.

Llegaba ya tarde, y apreté los pasos. Hace muchos años ese X, a cuya casa iba caminando para almorzar, le convocó a uno a una de aquellas citas que tenía con los escritores en los salones del hotel Palace, y allí, como un monseñor, iba recibiendo, en fila, a unos y a otros. En uno de aquellos encuentros coincidió uno con el escritor ingeniero al que le habían presentado ya unas doscientas veces. Siempre hacía el mismo número. Cuando la persona que iba a presentarnos preguntaba si nos conocíamos, ambos, a la vez, decíamos, «sí» (yo) y «no» (él). Se lo hizo a uno lo menos las cuatrocientas veces que nos vimos. Alguna vez llegué a pensar que era una especie de pequeño escarnio, quizá por no poder ordenarle a uno dar volatines. Ahora creo que no era ese el problema; decía que no sinceramente, porque ninguna de las seiscientas veces anteriores había registrado los encuentros esporádicos con un joven insignificante. El último día que le vio uno fue precisamente en una de aquellas convocatorias turnadas del hotel Palace organizadas por el amigo X. Hizo este la pregunta, «¿os conocéis?», y volvieron a oírse un «sí» y un «no», solo que en esa ocasión el sí fue suyo y el no mío. No lo dije por desairarle, sino para coincidir en algo alguna vez, y que no quedara mal ninguno de los dos. Me miró el ingeniero con los ojos inyectados de sangre, por lo que consideraba una insolencia y una grosería. No

solo daba por supuesto que a él tenía que conocerle todo el mundo, sino que no se le pasaba por la cabeza que alguien al que le habían presentado ya unas ochocientas treinta veces tuviera la desvergüenza de negarlo de aquella manera.

A mí me pareció entonces más vanidoso que nunca, porque tenía la sospecha de que aquel «sí», que concedía sin duda a regañadientes, era para que su propia cotización no bajara en presencia de su contratante. Quiero decir que así es como suelen conducirse siempre los socios del Cas («Si está en el Club, naturalmente le conozco, y aunque no le conociera, haría como si le conociera; de eso depende tanto su prestigio como el mío propio; en este Club todos somos conocidos y todos nos conocemos; todos somos “de una familia muy conocida”, todos somos "de buena familia"»). X, trabajando en Planeta, tenía entonces un cargo relevante en la directiva del Cas. Por ejemplo, creo que él había tenido algo que ver en el finalismo del Premio Planeta que le dieron a una novela suya policiaca, que también pasó sin pena ni gloria, como suya. El Premio Planeta estaba entonces muy desprestigiado literariamente. Suele estarlo, pero cada cierto tiempo se echa mano de alguien para que enjugue sus pecados y lo dignifique, y a ello contribuyó el ingeniero, a quien, paradójicamente, no le importó prestarse a ser segundo, sin duda por estar íntimamente convencido de ser el primero, lo cual, dicho sea sinceramente, le honra.

Mientras caminaba por el paseo de Gracia arriba, iba pensando en esas cosas y otras, relativas a nuestra amistad. En aquella primera ocasión X le convocaba a uno al Palace para pedirle que escribiera algún libro de una colección de biografías de personajes ilustres, cuya característica más llamativa era que debían estar escritas en primera persona. Venía con el ofrecimiento él de tres proyectos de biografías: Catalina de Rusia, Ana Bolena y, si la memoria no le falla a uno, Agustina de Aragón.

No solo la posibilidad de ver la cubierta del libro con mi nombre y un «Yo, Ana Bolena» fue disuasoria, sino que ni sabía nada de esas mujeres ni tenía el menor interés en saberlo. Supongo que era una parte de la cuota. Me preguntó entonces qué biografías le gustaría a uno escribir. Le di tres nombres, sin dudarlo, como un resorte: Cervantes, Galdós y Stendhal. Se tomó un tiempo allí mismo para responderme. Por entonces ya solo bebía Coca-Cola, y dio un profundo y largo trago a su vaso, y al cabo de un minuto de meditación me respondió. Siempre era muy ponderado. Habría hecho muy buen papel en la cancillería de Felipe II. Físicamente da además el papel. Es muy alto, con el rostro de un caballero de El Greco, con la barba recortada

y unas ojeras de color mostaza, lo mismo que la tez es de color ceniza. Stendhal, me dijo al fin, es un personaje que en España no tiene ningún tirón popular; Galdós no lo veo, porque tuvo una vida en la que no pasó casi nada, y de Cervantes ya hay un escritor que está escribiendo la biografía. Permuté sobre la marcha Stendhal por Tolstói, pero tampoco lo veía, porque era ruso, y lo ruso aquí, en España, me dijo, no pegaba mucho. Estaba bien, concedió, pero no. Y Catalina de Rusia, pregunté con fingido candor, ¿no era rusa? Sí, admitió, pero ella era mujer. Yo lo comprendí, y dejamos en ese punto el trato. Al cabo del año, volvió a convocarle a uno a ese bufete ambulante que instalaba en el Palace. Me preguntó: ¿Aún te interesa escribir la biografía de Cervantes? El escritor a quien se la había encargado había estado un año intentando escribirla, pero se había atascado y no había podido con Cervantes. Le pregunté quién era mi colega, pero no quiso darme su nombre, por discreción hacia su empresa y para evitar la chufla. No pudo reprimir, no obstante, una sonrisita maliciosa, mefistofélica, pero no soltó prenda. Me lo dijo algunos años después, y en efecto, al saber que se trataba del de los volatines también, se sonrió uno de medio lado con un solo y mefistofélico «Je, je». La verdad es que me habría gustado salir también corriendo, como Dominguín para contar lo de Ava Gardner, pero a quién le habría interesado conocer que uno había salido airoso de un atolladero donde a otro no le habían salvado ni los volatines. Me imaginé lo que habría pensado al ver la misma biografía de Cervantes en la que él había fracasado, escrita por uno, y expectoré un nuevo «Je, je», porque al hombre, que diría Freud, le constituyen también estas pequeñas mezquindades. Entregué aquel libro, y X aceptó mi negativa a que se titulara «Yo, Cervantes», porque habría sido grotesco. A los dos años vino con una propuesta más audaz: el encargo de escribir un libro en el que se contara la peripecia de los escritores españoles en los dos bandos. No había tiempo para escribirlo, cierto, pero a cambio el adelanto era sustancioso. Para ello el libro tendría que ganar un premio que se llamaba Espejo de España dedicado a libros de Historia. A uno el premio le daba igual, si le respetaban sus regalías, y entregué el primer borrador a los tres meses. El libro le descontentó profundamente. No era lo que esperaba. No sé muy bien lo que esperaba, pero lo encontraba endeble, irregular y precipitado. Precipitado lo era, sin duda, porque lo escribí en tres meses. Me defendí, y le dije: ¿Y en tres meses qué esperabas? Discutimos entonces muy agriamente hasta el punto de romper toda relación, que solo se mantuvo a través de su secretaria. Entre medias se produjo un hecho significativo: fue nombrada directora de Planeta

una mujer que traía un candidato para ese premio y a quien se supone le había prometido las mismas cosas que X me había prometido a mí. Como en uno de esos periodos de la República romana, compartieron el poder unas semanas X y la nueva, y la dirección finalmente dio todo el poder a esa mujer, desbancándole a él, y como consecuencia, al libro que él presentaba, o sea, *Las armas y las letras*, que quedó orillado. De todo ello me enteré por él mismo dos días antes de que se fallara aquel premio. Le dije que no tenía ninguna importancia, siempre y cuando mantuviera la palabra respecto del adelanto. No podía hacer tal cosa, admitió oscuramente. La empresa no podía cubrir el resto del dinero si el libro no obtenía el premio, y el premio no se lo iban a dar a uno, porque él había perdido aquella batalla. Creo que nunca antes había insultado de forma tan poco civilizada a nadie ni con tantos gritos. El hombre aguantó el chaparrón como pudo. En su honor hay que decir que durante el tiempo que medió entre la entrega del primer manuscrito y aquel desenlace, unos dos meses, él siguió apoyando el libro firmemente, pese a no hallarlo de su gusto. Propuso incluso algunas correcciones y mejoras, y unas las admitió uno y otras no. Poco a poco fue conformándose con el libro, y acabó encontrándolo mejor de lo que había dicho, quizá cuando se convenció de que aquel no tenía por qué ser el libro que él hubiera escrito, sino el que uno quiso escribir. Terminamos muy mal. De todos modos, a mí el libro me gustaba y pensaba: acaban de darme un timo, pero el libro está escrito, y eso es lo que quedará. Le han pagado a uno dos millones, y le han robado otros dos, me consolaba; como diría un personaje cervantino: hemos partido la jornada. Tampoco ha sido demasiado grave, y en total han sido cinco meses, lo cual no ha sido perder demasiado tiempo. Pasó un mes más en el que no volví a tener noticias suyas. Mientras duraron las correcciones de imprenta habló uno con todos los de la editorial, menos con él. Un día, al mes, tuve una llamada suya. Estaba muy serio. Yo pensé que las cosas que le había llamado eran como para no volverle a dirigir a uno la palabra, y estaba muy avergonzado. Le hubiese pedido disculpas, de no haber sido tan orgulloso, y de no haber sido tan grande la bellaquería. Me preguntaba X si podía verme. Me llenó de alegría la llamada, porque le tenía afecto y lamentaba haber roto con él. Le dije que sí, pero en cualquier lugar menos en aquellos odiosos salones del Palace. Accedió. Almorzamos en Edelweiss. Viajaba desde Barcelona únicamente para traerle a uno el primer ejemplar del libro. Le pedí excusas por las formas y él me pidió excusas por el fondo del asunto, y quedamos como dos buenos amigos. De no haber sido por él no habría escrito ni *Las vidas de Miguel de Cervantes* ni *Las armas y las letras*.

De modo que cuando me dirigía a su casa, iba pensando en todas estas cosas, y en la de vueltas que da la vida.

Vive en un piso alto del Paseo de San Juan desde donde se divisa la avenida Diagonal y toda la ciudad, incluido el mar entre los tejados, y al fondo Nápoles, el puerto de Ostia y los días despejados, la costa africana, anunciada por cientos de gaviotas que al pasar rozan con sus alas blanquísimas los vidrios de aquellos ventanales, trayéndonos noticias de los baños de Argel. Es un piso grande y de postín. Más que nunca agradecía que quisiera admitirle a uno en su intimidad. El almuerzo formaba parte de ella. Estábamos él, su mujer y yo. Él ha almorzado con todos los escritores importantes y no importantes de este país desde hace cincuenta años, y el solo hecho de estar en aquella mesa era ya suficiente distinción.

Ahora es un hombre jubilado, dedicado a escribir sus memorias. Es un republicano convencido y una de las personas que mejor conoce las sentinas de la moderna monarquía borbónica y la historia reciente española. Es un hombre enigmático y en general le han molestado siempre las posturas exageradas que se ensayan más que para la vida para las fotografías y los cuadros escénicos de historia.

Cuando llegué y me hicieron pasar al salón, sobrevino un momento de cierta solemnidad. Su mujer no me conocía ni yo tampoco la conocía a ella, pero vi que me miraba como se le mira a alguien que encierra algún peligro. Puso uno cara de ser inofensivo, para que leyera en mis ojos que el mal que pude haberle hecho a su marido había sido involuntario o, como mucho, en el fragor de la batalla. La casa tiene un gran empaque burgués, cuadros, libros, sofás, plata, en fin, uno de esos pisos que son corrientes en Barcelona o en París, pero poco en Madrid, porque característica de ellos es el ver que la literatura no está reñida en absoluto con los negocios. Así lo probaban las bien nutridas estanterías con libros de toda clase. Yo trataba de observarlo atentamente todo, por servir a mi vocación de fotógrafo minutero. Había muchos y vistosos cuadros en las paredes, en su mayor parte de artistas catalanes de los años cincuenta y sesenta. En Cataluña son muy patriotas para la pintura, y les gusta ayudar a sus pintores locales. Me gustó ver incluso un Tàpies, pero solo porque se ve que tiene uno siempre un fondo de maliciosa superstición, y sin que lo advirtieran lo rocé varias veces disimuladamente con la manga por si pudiera remediarle a uno todos los pequeños desarreglos que tiene en la salud, pues es bien sabido que quisiera este gran pintor catalán quedar en la historia no como artista, sino como sanador, después de imponer sus cuadros como hacían antes los santos con las manos. En cambio la cabecita preciosa de Sorolla no remedió mis males

corporales, pero era bellísima.

En un momento determinado me dijo, espera, quiero hacerte un regalo. Entró y salió con dos descomunales mamotretos encuadernados de *La Estafeta Literaria,* la revista de los años cuarenta, a medio camino del periódico y el tebeo, porque está impresa en el mismo papel y a todo color, unos colores pajizos que dan justificada pena, lo mismo que los dibujos. Estaba profusamente ilustrada. Constituyó un intento de llevar la literatura a los grandes públicos, y abundaban en ella los temas sensacionalistas: los mejores y los peores versos de las *Canciones del suburbio* de Baroja, por ejemplo, y ahí opinaban todos un poco. Se ve que trataban de normalizar la literatura con lo que tenían a mano, que no era poco, como se ha creído. Guisos también caseros. Los garbanceros. Lo único escandaloso, a diferencia del *Correo Literario* que se hacía en Buenos Aires o *Las Españas* de Méjico, es que en estas revistas el nivel de discusión teórica y política era muy alta, en tanto en esta *Estafeta* se ocupaban únicamente de mantener los juegos florales. Y quizá por eso da una grandísima pena en ella el aire que tenía todo de colegio de frailes. Ahora, en cuestiones literarias, allá se andan. Esto último se ve a medida que va pasando el tiempo para todas ellas. Hace treinta años podía decir uno, llenándosele la boca: Emilio Prados. Ahora lo pone uno al lado de Gerardo Diego, y dice: son igual de malos, o igual de buenos. Para que eso suceda con Alberti y Pemán, y se admita la semejanza, falta todavía que pasen algunos años más, no demasiados.

No le pregunté por qué quería desprenderse de algo tan valioso, pero se ve que quería hacerme un regalo especial, y eso aún le conmovió a uno más.

Salí de aquella casa con el alma llena de gratitud hacia mis buenos amigos, que no son ni amigos ni conocidos ni saludados, porque ni nos vemos ni nos saludamos casi nunca, pero sí criaturas benditas puestas cerca unas de otras, para que pueda la vida ser de vez en cuando una celebración.

«NO tengo nada y la mitad me sobra». Frase del Rastro que representa muy bien el estoicismo tan español.

«DEMASIADA gafa para nada nuevo», gritaba la loca que vagaba por las calles del barrio.

LAS sonrisas son siempre indescifrables.

AYER me regaló C. una hoja mecanografiada, corregida y firmada por Azorín. En papel manila, muy tenue. Letra de máquina morada. La máquina debía de ser francesa, porque en ninguna de las preguntas había signo de apertura de interrogante, y ha tenido él que escribirlo a mano, en tinta negra. Respondía a un cuestionario que le formulaba el escritor y crítico Pérez Ferrero. Es una hoja preciosa. Con los años va uno apreciando más y más a Azorín, habiéndolo uno tenido siempre en mucho. Pero si de joven era uno más barojiano, con la edad se va haciendo uno más azoriniano. Es más poeta que Baroja. Azorín es a la literatura del novecientos lo que Murillo fue a la pintura del Siglo de Oro, tan grande como los más grandes. No sabe uno si lo que escribió en esa hoja se habrá o no recogido en alguna parte. Seguramente los investigadores científicos de Azorín sabrán dónde se publicó. O no. Porque les pasa a los investigadores científicos lo que a todo el mundo, que unas veces saben algo y otras nada. Vale la pena copiarlo, pues, aquí, por si fuese a quedar inédito. Así tendrá uno también la seguridad de que este libro mío contendrá algo de valor, algo que le indultará del destino incierto. Sirva también de homenaje al escritor más fino que ha dado la prosa española del siglo xx. Al pobre se le ha hecho pagar muy caro ese pasteleo político suyo que le tuvo enredado toda la vida con los más inútiles de la política española, desde Maura a Franco. Pero, en fin, tenía esa veleidad del cocinillas y ese dandismo un poco casposo que le hacía llevar una sortija. Cuando se quedaba a solas y se ponía a leer a los clásicos o a ensoñar su vida, sin embargo, era único, tan grande como los más grandes, desde Cervantes a Galdós, pasando por Larra y por cualquiera que se quiera traer en la biblioprudencia. Algunas de sus respuestas son memorables. Ilustra también esa hojilla la manera tan sutil en que se hacían los preguntorios. Eso se ha perdido. La gente se ponía delante del entrevistador como delante del fotógrafo. Hoy, como se ha multiplicado y facilitado la tarea de retratar, la gente le ha perdido el respeto a la cámara de fotos y sale todo el mundo como Dios le da a entender. Se ha ganado en naturalidad, pero quizá se haya perdido en hondura. Las posibilidades de ser naturales y profundos son cada vez más escasas. Con las entrevistas sucede lo mismo. Se ve en esta de Azorín. «1. ¿Cuál es su poeta preferido? Berceo en la Rioja. 2. ¿Cuál es el escritor contemporáneo que prefiere? Castelar por supuesto. 3. ¿Cuál es su ocupación predilecta? Releer. 4. ¿Y su diversión preferida? Dejar pasar el tiempo. 5. ¿Qué animal prefiere o le gusta más? El

pobre perro perdido. 6. ¿Qué animal le causa mayor horror? La carcoma en el libro. 7. ¿Qué figura histórica es la que más admira? Santa Teresa. 8. ¿Por qué figura histórica siente mayor aversión? Por Drouet, que hizo fracasar la fuga en Varennes. 9. ¿Cuál es el paisaje que está más cerca de su corazón? El gris suave. 10. ¿Cree que habrá guerra en 1949? Guerra hay siempre. 11. ¿En qué siglo le hubiera gustado nacer? En el XIV, con los Trastámaras. 12. ¿Cuál es la nota más saliente de su personalidad? La sensitividad. 13. ¿Cuál es su mayor defecto? El que quieran los demás. 14. ¿Cuál es su mayor ambición? No tenerla. 15. De no haber sido lo que es, ¿qué le hubiera gustado ser? Cartujo.» Escrito a máquina vine luego su nombre, Azorín, y escrita a mano su firma, Azorín. Y la máquina, o no tenía acentos, o Azorín no los escribió, ni siquiera en su nombre.

Y de su puño y letra ha escrito también el año, 1948. Son sus respuestas las de un sabio, como se ve, y todas, por una u otra razón, emocionantes, pero la que a mí me causa mayor admiración y emoción es esa en la que se le pregunta por su animal preferido. Azorín ha escrito primero: «El perro perdido». Luego ha vuelto atrás el carro de la máquina y lo ha girado un espacio, para poder escribir, entre líneas, la palabra «pobre», a la que ha envuelto más tarde a mano con una clave para emplazarla en su lugar exacto. La respuesta completa queda así: «El pobre perro perdido». Hay momentos también de un humorismo fino, como cuando menciona a la carcoma o su defecto principal o el hecho de ser cartujo. En realidad Azorín ya lo era entonces, un cartujo que iba al cine cada tarde y que llevaba un anillo con una piedra verde en el dedo índice.

EL escepticismo es óseo y el entusiasmo una víscera. Con el tiempo solo queda el esqueleto.

Hace unas semanas nuestro poeta social descubrió en el tablero de esta librera ese libro que le convenía, y no se atrevió naturalmente a tocarlo por no despertar en ella sus iras volcánicas, de modo que se limitó a preguntar su precio. La librera, al corriente de los plantones de ese hombre en la caseta de su amigo, como un don Tancredo, esperando la ganga, le dijo que no le podía decir el precio hasta que no lo viera cierto colega, para el que lo tenía reservado. Si esto lo dijo la librera con el genio vivo y ásperamente o, por el contrario, hecha una cortesana versallesca y en envueltas palabras, es algo que será difícil que podamos nunca dilucidar, porque no estábamos allí para

saberlo. Ahora, sí lo que el poeta le respondió todo lo irritado y desagradable que pudo, a saber, que estaba harto ya de que reservara libros a todo el mundo menos a él, que se pasaba el día en Moyano y le compraba como el que más.

La librera, que no es precisamente una mujer a quien las efusiones sentimentales conmuevan especialmente, ni siquiera le respondió y le dio tranquilamente la espalda, con anchísimo desdén. El poeta, que tampoco tiene en demasiado aprecio su dignidad, se quedó allí parado, de pie, montando la guardia, esperando sin duda la llegada del colega para ver cómo se resolvía ese negocio, ya que es, según confesión propia, de los que dicen llámame perro y échame pan, y no le duelen prendas.

Notó la librera la presencia de aquella figura inquietante, de pie, como una estantigua, y eso que su amigo el librero de unas casetas más abajo sufre casi siempre con estoicismo, arrancó de ella uno de sus inspiradísimos apartes de teatro. Lo soltó como si todo el patio de butacas lo estuviera esperando, aunque solo estaban en ese momento las quimas desnudas de las acacias y el testigo necesario.

—Hay que amolarse con el señor. Ahí, de pasmarote. Esperará que le den una medalla.

El señor poeta no se inmutó. Siguió allí otra media horita. Es preciso insistir en lo que puede llegar a ser media hora en un espacio de dos o tres metros cuadrados de acera, entre la caseta y el tablero correspondiente donde se exponen los libros. Una presencia, como dirían los novelistas de capa y espada, insoslayable, y en cierto modo lo que allí se estaba propiciando era una escena gallarda con estocada incluida en la que alguien acabaría tendido en el suelo en medio de un charco de sangre.

Al fin llegó el colega a quien la librera había reservado un montón de libros. El colega los miró atentamente, compró unos y desestimó otros, entre ellos el codiciado por el poeta social, pagó y se fue.

Cuando quedaron de nuevo solos la librera y nuestro héroe, aquella no sabía todavía cómo acabaría la pequeña cuita que le estaba amenizando la mañana.

—¿Puedo ya?

La librera, acaso compadecida de lo que solo podía ser una patología bien estudiada, se encogió de hombros y ese gesto fue todo lo que le dio por respuesta, mientras, advirtiendo que habían venido unos gorriones a posarse en la acacia propincua, se dirigió a esos con un tono confidencial, maternal y desventurado, haciéndoles cómplices de su desdicha mañanera:

—La cosa es molestar.

El poeta hojeó el libro, lo cerró, y le preguntó el precio una vez más. Se quedó mirándola de esa manera torva suya, por encima de las gafas, pero con la cabeza gacha. Tampoco sabremos nunca si el precio que le dio la librera fue tan abultado solo para obligar a que lo dejara y cargarse ella de razón o porque el libro lo valía. El caso es que el poeta tiró de cartera, sacó esas dos o tres mil pesetas, que en ese puesto es una cifra astronómica, se las dio, y en cuanto guardó la cartera abrió por la mitad el libro, y en un rapto de furia, lo rasgó de arriba abajo, como se rompe la factura de una deuda largamente aplazada. Destrozar un libro no es sencillo, y sería cosa digna de ver cómo lo hacía, tras, tras, en un sentido y en otro, luchando a brazo partido con él. La librera lo miraba atónita. Cuando el poeta social hubo socializado por completo el libro, arrojó los pedazos en el tablero y dijo algo que sonaba no muy poético, pero sí muy español: «Y ahora se mete usted ese libro por el culo».

Me recuerda esta salida, por lo airosa, a aquel cornudo que en tiempos de Cervantes, acogiéndose a la prerrogativa, dio muerte a estocadas a su burlador, en un cadalso, y cuando ya lo tenía muerto, se quitó el sombrero y lo lanzó a la multitud, que había presenciado la ejecución, al grito de: ¡fuera cuernos!

No esperó a ver la reacción de la librera, quizá porque, como tantos que solo pueden ser valientes en un arranque de desesperación o de despecho, terminó desluciendo la escena con la fuga Cuesta de Moyano abajo, hacia la caseta del amigo R.

Aquí se produce un salto de eje en la narración, pues si los testigos necesarios habían sido hasta ese momento un amigo y los gorriones en la última fase de la escena, a partir de ese momento era el amigo R.

«Acababa de discutir con X. Yo aún no sabía que había destrozado el libro y le había dicho todo eso de que se lo metiera por el culo. Solo lo veía allí delante. Se quedó en medio de la acera, ni cerca del tablero ni cerca de la caseta. Estuvo allí parado un buen rato, quizá un cuarto de hora. Estaba como ausente. La gente le pasaba a uno y otro lado, y él quieto allí, clavado. Parecía serio, sin decir una palabra, sin mirar nada. Al cabo de un tiempo dijo... Se lo dijo a nadie, a mí no, al aire, en voz alta».

Yo le insinué a mi amigo el librero que eso tenía que ser que los apartes de su amiga han creado escuela, y ya los imitaba hasta el poeta social. Eso debe ser, admitió él distraídamente, y prosiguió. «No miró a nadie cuando lo dijo». Aunque no le interrumpí esta vez, pensé que quizá se lo dijera a los gorriones también, que habían seguido una parte de la escena y ya no querían perderse el final, bajando igualmente de rama en rama, desde la acacia de arriba hasta aquella

otra.

«Dijo: “Me parece que voy a dejar de venir por aquí”...».

Quedaron flotando en aquellos puntos suspensivos una invitación a que alguien le diera la réplica, o árnica, pero no encontró a nadie que lo hiciera, tal vez porque nadie ha dotado a los gorriones de habla articulada, y la frase que se había quedado suspendida en el aire acabó por desvanecerse y desaparecer. Pero el poeta social siguió plantado en el mismo sitio, unos minutos, y finalmente le dio una fortísima patada al suelo, como si quisiera aplastar la cucaracha de su mala sombra, y profirió su cavernosa sentencia, como uno de los espadachines en un drama de Zorrilla:

—A la mierda. Se acabó. No vuelvo a venir aquí.

De esta manera tan graciosa se ha dado fin a una de las más obsesivas y perseverantes presencias en la Cuesta de Moyano, y es una lástima que se haya ido sin que le dieran una medalla, aunque dicho sea en honor de la verdad todo el mundo se ha quedado más tranquilo sin tener que soportar esa diaria comparecencia, pero no la literatura, en la que ha causado baja un pintoresco personaje. Y tampoco la realidad, que ha perdido para siempre una vida que en su día valía algo, dejando en su lugar ese montón de chatarra y neurosis.

HACÍA un buen día. Regresamos a casa a pie, disfrutando del atardecer, con esa rara sensación de haber hecho algo que no servirá para nada, pero con la conciencia tranquila por haberlo hecho. Y al llegar a casa, la noticia desagradable: un telegrama de los juzgados de Capitán Haya, donde le urgían a uno a una comparecencia. Se me salió el corazón por la boca, vivo, como un conejo sin piel que quisiera salir huyendo. Es la primera vez que recibe uno un telegrama como ese. De tráfico no podía ser, porque esas llegan por otro conducto. Se pasó uno la noche en vela, sin poder dormir, con taquicardias y pesadillas. Eso de los telegramas no está bien pensado. Tenían que decirle a uno, aunque fuera de manera sucinta, la causa: le han denunciado a usted por esto o por lo otro. Claro que seguramente lo hacen los señores jueces para suscitar en los ciudadanos los oportunos exámenes de conciencia generales, porque me pasé la noche haciendo un repaso de todas las acciones punibles que hubiera podido cometer.

M., a quien mis vueltas y revueltas en la cama despertaban de vez en cuando, me aconsejaba, como a un niño: duerme, no será nada. Yo le preguntaba: ¿no me habrás denunciado tú, verdad? No, yo no he sido. ¿Seguro? Seguro, me acordaría. ¿Ya no te acuerdas de lady Macbeth?, le preguntaba; ella me engañó bien. ¿Y los chicos? ¿Por qué

iban a denunciarte ellos?, me preguntaba aburrida. No sé, respondía yo; a G. cuando tenía seis años le di en una ocasión una colleja, me la recordó el otro día con mucho resentimiento. No, no creo que G. te haya denunciado por eso, respondía soñolienta, y en serio. Era ya muy tarde para telefonear a E., para averiguar de qué podía tratarse. Ahora he comprendido el sustrato humano de la prevaricación: le habría pedido que como él es magistrado en la Audiencia se encargara de traspapelar la denuncia. Lo primero que pensé es que algunos familiares de los maquis de quienes se habla en el libro, o la viuda de alguno de los policías torturadores, lo había hecho. En tal caso, volvía a preguntarle a M., despertándola, será la editorial quien corra con los gastos de los abogados, ¿no? ¿Te imaginas, decía yo al cabo de un rato, que alguna muchacha me pidiera la prueba de Adn para confirmar mi paternidad? De la época de Valladolid, alguna chica a la que dejara uno embarazada sin saberlo, y que ahora volviera del pasado. En las telenovelas, que son la copia fidedigna de lo que les sucede en la vida a las gentes normales, esa clase de sorpresas está a la orden del día. En ese caso, ¿qué haríamos? M. me decía, duerme, no tienes hijos secretos en ninguna parte, eso no es más que un telegrama, si hubiese sido algo grave habrían venido los guardias y te habrían llevado preso. Sí, pero ¿qué he hecho yo? No recuerdo haber matado a nadie ni haberlo atropellado. Hacia las cuatro de la mañana me desperté con una idea muy clara: la duquesa de *** había leído por fin el diario íntimo de su marido por el que se había enterado de las cosas que se decían de él en este mismo diario, y ahora que ha muerto, presentaba una denuncia para lavar su buen nombre. A todo ello se sumaba la inquietud que le habían producido a uno las indiscreciones de X en *La Razón* publicando literalmente los comentarios de la conversación telefónica que habíamos mantenido hacía unos días a propósito del poeta Z. El poeta Z no creo que pusiera la denuncia, porque no le hubiera dado tiempo al juez para haberla cursado ya. Al rato desperté a M. por enésima vez y le dije apesarado: con la aristocracia no podremos hacer nada, perderemos la casa, será nuestra ruina; esto presenta un cariz chejoviano, malo e irremediable.

Por la mañana no podía sujetarse uno en casa. Corrí a la oficina de A. a llevarle los bocetos de un catálogo nuevo de la galería de O. y de pasó compré *La Nueva España* porque sabía que me encontraría un artículo de X sobre el libro del maquis.

Es una reseña llena de objeciones y antipática, y se refiere a la facilidad de uno «casi circense» para abordar todos los temas de la literatura. Señala algunos de los que creía errores. Es siempre un hombre sutil en ese cometido, y por verle cortar pelos en tres merece

la pena observarle, con una cimitarra igualmente circense. Dice también cosas buenas. La balanza quedaría equilibrada, aunque es posible que al pasar el tiempo recuerde que el libro le gustaba más de lo que dijo. Como suele decirse, ha repartido de todo. Uno, sin embargo, la mente no la tenía en la crítica literaria esta mañana, desde luego, y por eso, en cuanto pude regresé a casa, donde esperaba la llamada de E. No había conseguido informarse en los juzgados de qué se trataba ni del nombre del demandante, pero sí del juez, que tampoco le decía gran cosa. Pues estamos buenos, le dije. Me pasé por los juzgados, y allí me dieron una copia de la demanda. Al principio no entendía nada, ni sabía por dónde empezar a leer, como los resultados de los análisis de hace unas semanas. Leí el nombre del demandante, pero no me decía nada en absoluto, únicamente al cabo de un rato caí en la cuenta de que se trataba de un sujeto con el que polemizó uno hace tiempo a propósito de Pío Baroja en la guerra civil. Hay años en los que mejor sería no salir de casa, no ver a nadie, y escribir poesía lírica. Tiene que ser alguien amigo del sobrino, porque las andanadas él las lanzó en todos los casos desde los prólogos de las obras de Baroja que se publicaron en la editorial familiar. ¿No le vetó ese sobrino a uno hace unos meses cierto prólogo para los libritos de *El Mundo,* como represalia por haber escrito la reseña de GB.? ¿No se negó a que se publicara en La Veleta las recopilación de aforismos de Baroja? Se nos olvidan las cosas, pero por fortuna siempre surgirán voluntarios que nos las recuerden. El objeto concreto de la demanda es haberle llamado en la réplica a uno de aquellos prólogos caroraggiles, en nota a pie de página, «completamente idiota». Telefoneé a E., y le informé de qué se trataba. Ah, me respondió, no sabía que por llamarle a alguien idiota podía demandársele. En la demanda se incluyen las fotocopias de los diplomas de licenciatura del demandante, que son, como es bien sabido, una prueba irrefutable de que nadie que los posea puede ser idiota.

Si no recuerdo mal, la secuencia más o menos es la siguiente. En *Las armas y las letras* se desvelan por primera vez algunas de las actuaciones torticeras de don Pío durante la guerra, y se dan a conocer algunas de las contundentes afirmaciones que don Pío escribió por entonces en los periódicos españoles e hispanoamericanos. Algunos de estos artículos estaban perdidos y otros publicados en un libro que se editó durante la guerra en Chile y que ni don Pío, primero, ni don Julio luego quisieron reeditar, con ser primordiales en la obra de don Pío y en la literatura comprometida del momento. En esos artículos don Pío queda como un cuco, alguien que no quiere olvidar quién fue pero que se pliega a los militares fascistas y jura por el Ángel Custodio

en Salamanca en 1938 lo que le ponen por delante. Esta clase de historias, así como el reclamo que se les hacía a sus herederos para que publicaran todos esos libros excluidos de sus obras completas o permitieran que otros lo hiciesen, molestaron sobremanera al hermano de don Julio, hermano que ya llevaba las riendas de los negocios familiares, ante la enfermedad de don Julio. Dos o tres libreros de la Cuesta de Moyano amigos míos así me lo confirmaron: «Ha pasado por aquí ese hombre y va diciendo que esta se la guardan a usted». No sabe uno cómo se la querrían guardar, pero lo cierto es que a los pocos años todos esos libros cuya publicación se reclamaba en *Las armas y las letras* fueron apareciendo, como había exigido uno. Con la publicidad que se les dio en *Las armas y las letras* y en algunos artículos, los libros de don Pío, supongo, se venderían mejor, pero el ser hombre práctico no le hizo olvidar al sobrino el ser vengativo, y en el prólogo del primero de esos libros, el prologuista, un anónimo profesor de instituto, desconocido en el ámbito de los barojianos, le lanzó a uno las primeras andanadas. No sé si lo hizo por indicación del patrono o sin ella, por su disponibilidad. Me molestó doblemente lo sinuoso de unos argumentos en los que trataban de reparar con filigranas los traspiés tan feos que don Pío había dado en ese rigodón de la guerra y de la posguerra, pero sobre todo le molestó a uno por hacerle perder el tiempo una vez más, y por esa razón, le respondí en un largo artículo, que acabó integrando uno de esos libros que uno va dedicando a la literatura española con el título de *Clásicos de traje gris*. Cuando este libro estaba en pruebas, decidí responder al prólogo del de los diplomas. Uno, que ha entrado a casi todos los trapos vistosos de este mundo, no desaprovechó la ocasión, y en una nota a pie de página reiteró sus argumentos y los afinó cuanto pudo. Y en ese contexto, decía que mis argumentos y mis pruebas, corregidas algunas imprecisiones superficiales, eran lo suficientemente claros para todo el mundo menos para mi contrincante, quien seguramente era..., y aquí se incluía el motivo de la querella, «completamente idiota». Si ese hombre hubiera leído a Cervantes, sabría que aparece en sus libros y en otros de la época mucha «gente idiota» o ignorante, y así estaba empleado. No debía de saberlo porque es idiota, o sea, ignaro, lo cual no es en absoluto grave ni, desde mi punto de vista, ningún insulto. Ni siquiera cuando se es en grado completo. Esa expresión fue, por cierto, respuesta a descalificaciones suyas de parecido calibre.

Después de leer la demanda, telefoneé a los editores y les conté lo que ocurría. Uno de ellos, JL., muy lacónico, repitió lo mismo que mi cuñado, o sea, que es... completamente idiota. Lo dijo sin ánimo de ofender a nadie, como el que zacea a una mosca insidiosa que ha

tomado la manía de ir a posarse en el mismo rincón de la cara, pese a que la ha espantado uno antes veinte veces. Le advertí, no obstante, que aquella debería ser la última vez que llamaba idiota al demandante ni a nadie, porque de lo contrario sería yo mismo quien le llevara ante la justicia por referirse a un prójimo nuestro de aquella manera tan poco considerada. Pasamos la tarde sin poder hacer otra cosa, planeando la estrategia.

No sospechamos qué podrá ocurrir, si nos llevarán a la cárcel, si pedirán que nos abracemos en público o por el contrario, si encontraremos un juez que le dé una colleja a ese hombre por enredar con bobadas.

A última hora se rompió la caldera de la calefacción. Le dije a M., me voy inmediatamente a ponerles una denuncia, porque esos han debido de pensar que somos completamente idiotas, ya que la han arreglado hace menos de dos meses. Tuve que arreglarla por teléfono. Y cuando lo hube logrado, porque se ve que no soy completamente idiota del todo, telefoneé a mi amigo, el juez de Granada. Se reía de mis temores. La gente, he comprobado, cuando se le cuenta la historia, y se la he contado lo menos a diez personas, se lo toma a chirigota. Les parece muy divertido que alguien me lleve a juicio por llamarle majadero, en medio de una discusión sobre Baroja. No le ve uno ninguna gracia, porque al final este pleito, y lo confirmaremos, nos costará un dinero. Y si no, al tiempo. Yo le decía, sí, es gracioso, pero ese hombre debe de ser menos tarugo de lo que pensamos, o está asesorado por alguien muy cuco, ya que le ha pedido a uno en concepto de indemnización cinco millones de pesetas. Cinco millones de pesetas no los vale ni Baroja, así llevara él cinco años en los baños de Argel. Algo que también hemos advertido a propósito de este caso es que los pleitos de uno los amigos los ven siempre ganados. El juez, después de reírse de mí un rato, me ha ordenado coger un lápiz y apuntar el nombre de un abogado muy bueno, el mejor que hay en Madrid para esos asuntos. Cuando se lo repetí a M., me mostró un tomazo que compró ella hace dos años y del que ese abogado es autor, lo más completo que existe en legislación sobre los derechos de autor y asuntos relacionados con el mundillo artístico y la justicia. Dirige una de las colecciones que publica Comares, editorial donde aparece también La Veleta. Somos como quien dice colegas. Podría no cobrarle a uno, por esa razón, como hacen los médicos entre sí. Le costó ese libro a M. veinticinco mil pesetas. A mí eso me pareció un disparate, y recuerdo que en su día ningún libro podía valer tanto, ni la primera edición de las *Partidas*. Así que si ese abogado está acostumbrado a vender libros por valor de veinticinco mil pesetas, habrá que ver cuál

es su minuta.

Y este ha sido el día. Después de haber interrumpido todos los trabajos para ocuparse de eso, he rodado por los rincones deprimido, irritado y perplejo. Pensamos, los tontos no le alcanzarán. Pero los tontos, por serlo, suelen también estar desocupados y nada les gusta tanto como arrastrarle a uno a su propia vorágine.

La visión de los juzgados, cuando fui a recoger la demanda, era desoladora, y las gentes parecían salidas todas del negocio de la chatarra, gorrinas y sudorosas. Había un gran número de mujeres, acaso más que de hombres, a los que representaban probablemente por tenerlos a ellos en la cárcel. En general eran tipos zafios y escandalosos, a los que la justicia no arredra demasiado. La mayor parte de los que aguardaban se habían quitado la ropa porque hacía mucho calor, y mostraban sus carnes lustrosas saliéndoseles por todas partes, como morcillas.

La oficina donde entregaban las demandas estaba abarrotada de gente. Había que pedir número como en la pescadería. No imaginaba uno que la gente demandara tanto. En los zócalos de las paredes había incontables patadas, raspones de la goma de los zapatos, producidos unos porque la gente, a falta de sillas y bancos suficientes donde aliviar las largas esperas, apoya la espalda en la pared y, sosteniéndose sobre un pie, pega la suela del otro en ese zócalo, y está así, a la pata coja, como los zancudos flamencos y las cigüeñas. Pero algunas otras de esas raspaduras eran más profundas y violentas y mi hipótesis es que fueron fruto de la cólera de los demandados al leer la demanda de sus «completamentes» particulares, y al no poder propinarle una patada al mentecato propiamente, la soltaron allí en la pared, mientras blasfemaban y le llamaban de todo lo peor.

Era una sala alargada y mezquina, con un mostrador y enfrente con un banco en el que no caben más que unos pocos. Los demás se quedan de pie en medio del mostrador y ese banco. Van llamando a la gente. Los funcionarios están hartos de recibir a la gente. Casi todo el mundo, al leer la demanda, protesta vivamente en ese mismo momento, y dice a voces, pero ¿por qué me han demandado a mí, si no he hecho nada? Los funcionarios, de haberlo repetido tantas veces tienen todos un tic gracioso, se encogen de un solo hombro y guiñan un ojo, como si quisieran sacudirse las pulgas de ese lado, mientras dicen: «¿Y a mí qué cuenta? ¿Qué culpa tengo yo?».

Me dieron mi papel, y allí, antes de dejar los juzgados, leí la demanda, con la misma avidez que si fuera una crítica literaria de los libros de uno, vista al pie mismo del kiosco. ¿Y qué cara tendrá ese tipo?, me preguntaba, para poder ponerle una y confirmar por la cara

si tenía o no derecho a llamarle idiota.

ESTOY en el notario, y he de bajar la voz, como esos cronistas de las Cortes que informan por televisión al mismo tiempo que hay un diputado perorando en la tribuna y no quieren interferir. Tampoco querría molestar a los que esperan conmigo. El público de las notarías no tiene que ver con ningún otro público de sala de espera. En las de los médicos se nota la preocupación, en las de las peluquerías la impaciencia, en las del tren o del autobús, el hastío, en la del notario lo que principalmente se nota es la codicia, salvo si ha ido uno a firmar el testamento, en cuyo caso lo que se percibe es un gran pesar, esa fatalidad que mana de los hechos incomprensibles: ¿por qué razón hemos de dejar en este mundo lo que tanto trabajo nos costó acopiar o conservar?

Hoy es el día de san Antonio, verbena del Manzanares. El pleito sigue su curso. B., el abogado, es un gran tipo, en verdad. Judío, pequeño, serio, muy inteligente; podría pasar por un músico de concierto, un violinista o un pianista: frente despejada y un pelo alborotado, en el que de vez en cuando, en forma de peine, mete los cuatro dedos de la mano, como un rastrillo que sacara de la cabeza las ideas. El otro día, cuando nos vimos por primera vez, me escuchó con atención. Antes de abrir la boca, se pensó lo que iba a decir. No es de esos abogados que se ponen a hablar sin saber muy bien lo que van a decir, fiados de que en el camino de decirlo se les irán ocurriendo las argucias. Fue directamente al grano. No le gustan los pleitos sobre el honor, me confesó, porque no se sabe nunca cómo pueden acabar. Gran verdad. Siempre va a depender del juez que tengamos delante y de lo que ese juez piense qué es o no el honor. Si también es idiota, me dijo, lo tendremos perdido. Y jueces idiotas y tarambanas, añadió, hay algunos, como en todas las profesiones. Se refrescó la memoria leyendo la demanda. Le preocupaba sobre todo el hecho de que si se desestimaba, ese hombre pudiera quedar en este mundo como «completamente idiota», lo que sin duda, herido como una alimaña, podría hacerle revolverse contra nosotros, y arremeter con los colmillos, como un jabalí. Así que le enconará la desestimación, y recurrirá. Si perdemos nosotros, recurriremos. Preveía un pleito largo, y eso le disgustaba.

X, el amigo novelista, me decía que eso podría venirle bien a uno, porque de ese modo conocería de cerca la justicia. Sí, le dije, como Dickens a los dieciocho años, solo que tiene uno treinta más y va a entrar en un juzgado no como pasante sino como demandado. Me

decía también para animarme que la justicia es lo más balzaquiano que tenemos todos. Hoy mismo el Tribunal de Conflictos reconoce al Gobierno la competencia para indultar a X, un juez convicto de prevaricación, solo que prevaricó en asuntos que favorecían la política de ese Gobierno. Así que qué va esperarse en un asunto mucho más banal.

CUANDO lleva uno sobredosis literarias, corre a la calle y empieza a dar vueltas por el barrio, viendo gente. A veces le pasa a uno como a Sonia, que tiene el alma en carne viva y cualquier roce le arranca un acorde lamentable. Qué nostalgia de la poesía. Siente uno que la poesía le haya abandonado, y se sienta en un banco, con peligro de quedarse frío, esperando que la poesía se compadezca y vuelva a buscarnos, para llevarnos con ella a la pensión. Mira las hojas de los árboles, ya muertas y amarillas, los montones de hojas que ha levantado el barrendero, y a los gorriones que se juegan la vida entre las ruedas de los coches. Con todo ello debería componer unos versos, de la misma manera que los venerables poetas japoneses componían los suyos, mirando una hormiga, un bambú, el ruidito que hace el gorrión que picotea obstinado el brazo metálico del banco donde estoy sentado. ¿Por qué será tan poco literaria la vida literaria?

Me acerqué a comprar unos nardos a la gitana de Alonso Martínez. Hacía tanto frío que se había refugiado en Viena Capellanes, que es un establecimiento repostero de vituallas finas. Pese a su aspecto y sus andrajos, como la conocen de toda la vida, le dejan que se quede allí, vigilando detrás de los cristales el género de su tabanco. Cuando llega algún cliente sale lentamente de su puesto de observación, y lo atiende. Camina con dificultad, meneando su colosal trasero como una oca, a uno y otro lado. Sus flores suelen ser de peor calidad y más caras que las de una floristería. Creo que se las venden de segunda mano en alguna parte. Es una mujer voluminosa y saludable, siempre sonriente. La obesidad le impide moverse o agacharse con soltura, y ha de hacerlo todo muy lentamente. Le dije, ante lo risueño de su semblante, está usted hoy como una flamenca. Ay, no, majo, gracias, me respondió agradeciendo el requiebro. En cuanto terminara la mañana, informó, había de acudir al «Grigorio» Marañón, porque tenía diálisis, de cuatro a nueve, tres días por semana. Dijo Gregorio en ruso también, «Grigorio». Lleva esperando un riñón desde hace dieciséis meses, pero eso no parece haberla atribulado, porque aún hay quienes están peor que ella. Por lo menos yo, dice, a modo de consuelo, puedo trabajar. Conoce a quienes llevan esperando tres años

un trasplante y quienes han de hacerse la diálisis a diario. Le pagué las flores, me dio las gracias con la misma sonrisa, le dije que de todos modos estaba muy guapa, y después de esas confidencias, me volví a casa, sin ganas de hablar con los gorriones ni con las hojas. Extiendo la sonrisa de esa mujer como si fuera un trébol de cuatro hojas, y la pongo entre las páginas de este cuaderno. Y no es un poema, pero acaso, cuando con el paso del tiempo sea una fina y seca lámina de vida, se lo recuerde a aquel que la encuentre.

«QUIEN quiera humillarte, no pueda. A quien puedas humillar, no quieras», se lee en la portadilla de *El cuarto de atrás*, de puño y letra de su autora, a modo de dedicatoria. He vuelto a leerla hace un rato, cuando buscando un libro se ha caído al suelo este otro; se ha quedado bocabajo, abierto por esa página. Me ha pasado ya con ese ejemplar algunas veces. En ocasiones sin tocarlo, cuando paso a su lado, sale del estante y se lanza a mis pies. No sé qué puede significar que se haya manifestado de ese modo. Acaso es solo un consejo suyo, desde el otro mundo. Pero en la proximidad con la sentencia, esas palabras tan nobles le dejan a uno por debajo de donde deberían haberle encontrado.

HOY se ha celebrado la vista del juicio que ya los abogados, M. y los chicos, los amigos y yo mismo conocemos como el proceso «completamente idiota».

Tenía gran curiosidad en ponerle cara al sujeto que nos ha hecho perder tanto tiempo y tanto dinero con una chorrada tan incalificable. No tenía la menor idea de cómo resultaría. Para empezar seguía sin retener su nombre y no sabía su edad. ¿Será un joven que quiere alguna notoriedad, o por el contrario alguien lo bastante viejo como para tomarla con quien piensa que siendo más joven no merece la menor consideración? ¿Flaco, gordo? Había muchas razones para suponer que fuera un ser consumido por sus atormentados complejos.

Finalmente resultó un tipo de unos cincuenta años, de estatura tirando a alta, con una cabezota llamativa por lo pétreo del hueso que se adivinaba en ella, con una expresión en el entrecejo de obstinación y turbulencia. Era flaco y cetrino, como sospechaba, una flacura un tanto mística, de habérsela hecho con penitencias de todo orden; las carnes justas y de un color malísimo, nuez moscada, no sé, o color gangrena, de quien ha empezado a pudrirse. El pelo de la cabeza era corto, duro y negro y le hacía el cráneo como de una talla de madera.

Tenía la frente huida hacia atrás, unas grandes entradas en las sienes y una mirada torva de pocos amigos. Ese atravesamiento se lo daban creo yo los ojos, que tenía oblicuos y pegados a las sienes, como los de los saurios, con brillos minerales. Podía haber pasado por uno de aquellos frailes de hace cincuenta años encabronados con el mundo por haber tenido que hacerse frailes para salir de la miseria. Llevaba un pantalón azul marino y una americana a cuadros clara, camisa azul y una corbata marrón. Todo él parecía uno de esos acordes un poco desafinados, sostenidos para hacerle reflexionar a la congregación. Claro que la fisiognómica, ciencia a la que tanto crédito concedió don Pío, falla a menudo. No obstante creo que don Pío se lo habría pasado muy bien con su secuaz, midiéndole el cráneo. No sé si en esta descripción hay materia delictiva, porque si decir idiota a alguien, por contumaz y mal avenido a los razonamientos, y que ha mostrado ser malencarado y obtuso, le ha llevado a uno a juicio, esto podría llevarle al demandante a presentar una denuncia en la Audiencia Nacional y a exigir una orden de alejamiento... intelectual.

Llegamos con puntualidad, como suele llegar la gente a los juzgados. Al final el titular del despacho ha preferido no ir. A mí me habría gustado verle actuar, como un Edward G. Robinson. Pero es de suponer que este asunto lo ha encontrado pueril desde el principio y se lo ha encomendado a uno de sus ayudantes, un muchacho inteligente, concienzudo y resuelto, con palpable solidez argumental, eso que en la jerga jurídica llamaríamos un hueso duro de roer. A la puerta de la sala que nos asignaron y donde iba a tener lugar la vista coincidimos el demandante y los demandados, el editor y yo mismo, y los abogados y procuradores de todos nosotros. Hay incontables salas, todas seguidas, como si se tratara de un tanatorio. No había motivo para la broma. En realidad a mí me daban ganas de acercarme al pobre desdichado y decirle: pero vamos a ver, hermano, ¿cómo eres tan ceporro? ¿No te das cuenta de que este por saco nos hará perder a todo el mundo mucho tiempo? ¿Qué quieres como reparación? ¿Que uno diga que eres alto y rubio como las espigas granadas? Cuenta con ello. ¿Que don Pío fue en la guerra, y luego, un hombre muy valiente y en absoluto torticero? Lo diremos. Claro que también le entraban a uno ganas, al mismo tiempo, de llegarse hasta él y darle una pequeña colleja y, al tiempo, un duro, y mandarle a la farmacia por espabilas. Cualquiera de las dos cosas me las desaconsejó el abogado. Me acerqué a este y le pregunté en un susurro: ¿y mirarle puedo? Mirarle sí. Fue entonces cuando me dediqué a estudiarle. Él rehuía las miradas. Nuestra suposición fue la de pensar que su abogado seguramente sería algún pariente, un cuñado, un primo, un amiguete

que no le cobraría nada. Yo trataba de lanzarle mensajes con los ojos, pero no era fácil de pescar, ya que se escabullía mirándose las puntas de los zapatos o las bombillas del techo. Mi abogado se percató de lo que le estaba diciendo con las miradas y me dijo, si vas a mirarle así, tampoco: esa mirada no se la lances, porque hasta yo he notado lo que le estás llamando. Me reporté y esperamos, dando cortos paseos enfrente de la puerta y sin poder hablar de nada, con la impaciencia de quien solo tiene ganas de que termine algo que ni siquiera ha empezado.

De haber sabido que ese «completamente idiota» iba a dar origen a todo este lío, creo que lo habría suprimido de la nota; claro que estaba escrito por la impaciencia que nos entra a todos de porfiar con alguien que o no se entera o no quiere enterarse, y máxime cuando nadie le había dado vela en este entierro, terciando en una polémica que mantuvo uno con el crítico C. sobre la actitud de Baroja en la guerra.

El juicio empezó media hora tarde. Nos habíamos sentado y su señoría había leído las actas de la anterior comparecencia. Yo estaba ya atornillado a la silla de las declaraciones. Esa silla solitaria, frente al juez, impresiona. Creo que le sucede a todo el mundo, y de la misma manera que es difícil pasar una aduana sin temer algo, parece que basta sentarse en ese banquillo para que todo el mundo, hasta los inocentes, empiecen a recelar de su propia inocencia y a escarbar en su conciencia en busca de algo que los convierta en culpables.

Fue entonces cuando el abogado de la parte contraria hizo notar que estábamos todos... menos el fiscal. El juez dijo, caramba, pues es verdad. Nos sacaron de allí y nos pusieron otra vez a esperar fuera. Al parecer a nuestro fiscal se le había olvidado ir y acabó enviando un fax donde justificaba su ausencia por razones de congestión judicial, algo que no entendimos ninguno. Se pusieron a buscar un fiscal por los pasillos y en el cuarto de banderas de los fiscales, por si querían echarnos una mano. Como pasa en el aeropuerto cuando se descabalan las tripulaciones.

Y a la media hora nos volvieron a meter en la sala. Fue entonces cuando nos leyeron el fax ese de la congestión judicial.

Y empezó todo. Me llamó el juez a declarar y me invitó a que me sentara de nuevo en aquella silla que tenía delante uno de esos micrófonos de brazo partido. Si me hubiesen traído la guitarra habría compuesto bien la figura de cantautor. Entonces el abogado contrario le pidió al juez que el otro demandado, el editor, saliera de la sala, para evitar con ello el conchabeo. Así lo concedió el juez, y el amigo X se levantó y salió de la sala. Solo entonces empezó el interrogatorio el abogado de la parte contraria: «¿Qué títulos universitarios tiene

usted?», me preguntó sin ningún preámbulo. Que me aspen si alguien se esperaba aquella pregunta. Estaba hecha con toda malicia. Naturalmente sabía que uno no terminó sus estudios en la universidad, en tanto su defendido seguramente es doctor o más, dando a entender con ello que para hablar de Baroja tienen más derecho y más solvencia los universitarios que los demás, como es cosa bien sabida por todo el mundo. Iba a responder tranquilamente que ninguno, pero el juez se lanzó sobre el micrófono y atajó sin concesiones diciendo: «Eso es improcedente». Sonó a un «eso es una impertinencia». Es lo que se llama un buen corte. El abogado titubeó, masculló algo inaudible, y formuló, desconcertado, su segunda pregunta como si acabaran de soltarle en mitad de la cara un buen crochet: «¿Qué estudios monográficos ha publicado usted sobre la obra de Pío Baroja?», preguntó de nuevo. Se me quedó una cara de lo más chaplinesca, como ese tirador al plato que no se esperaba que los platos fueran a salirle todos tan locos. Miré al juez con las cejas levantadas preguntando si había que responder también las bobadas, y el juez giró la cabeza como un rayo para estudiar detenidamente al sagaz abogado, y le dijo con hastío y sarcasmo: «Esto no es un juicio entre dos currículos». De nuevo el abogado amagó una justificación de sus preguntas, y el juez volvió a chistarle. Pareció insinuarle: esto no es una cuestión de *testítulos*, como sugería el hecho de que hubiesen puesto una demanda por tamaña fruslería. Así que procedió el abogado a la tercera de sus preguntas: «Usted ha afirmado haber sido el primero en hablar de *Ayer y hoy* de Baroja, pero ¿no es menos cierto que Eutimio Martínez lo había hecho ya en...». Yo no había oído hablar antes del señor Eutimio Martínez, Dios y Eutimio Martínez me perdonen, pero cada vez entendía menos lo que estaba ocurriendo allí. Miré al abogado y me dije: este va a ser igual que el demandante, tal para cual. El juez ni siquiera le dejó terminar su pregunta. Se le habían hinchado las narices, y se encaró con él de mala manera, le dijo: «Mire usted, letrado, vamos a ceñirnos al caso. No estamos haciendo crítica literaria».

Vimos al letrado revolver en sus papeles, pasar hojas y saltarse algunas preguntas que traía preparadas. Las tres primeras el juez se las había desestimado y ahora estaba lo bastante cansado como para llamarle él directamente idiota, así que el abogado se pensó muy mucho cuál habría de ser la cuarta pregunta, y se lanzó a ella con perceptible inseguridad en la voz, que hacía aguas por todas partes: «Para el propósito de crítica que usted perseguía al escribir el libro, ¿usted cree que era necesario llamar completamente idiota, recopilador hacendoso, obediente apologeta y vaticanista a mi

defendido?».

La verdad es que uno no cree nunca necesario casi nada. Así que pensé unos instantes antes de responder y dije que en todo caso eso no era menos grave que el haberle llamado el demandante al demandado ligero y superficial, y que todo se reduce a criterios valorativos. ¿Es peor llamarle idiota a uno o superficial? En todo caso dije que aquellas descalificaciones se habían producido en el curso de una polémica literaria mía con el crítico C. en la que nadie le había dado entrada al demandante, y que solo la impaciencia de tener que contender con alguien que parecía mostrarse remiso a entender cosas bastante claras le habían hecho a uno querer atajar la conversación con ese desplante, perdiendo la paciencia.

Mi respuesta en absoluto parecía convencerle, porque mientras estaba hablando, él buscaba entre sus papeles cuál iba a ser su siguiente pregunta, que fue: «¿Sabe usted que la palabra hacendoso la única acepción que tiene en el Drae es "solícito y diligente en las tareas domésticas"?».

Ni yo mismo imaginé que la cosa llegaría a tanto, porque estallé como un exaltado, y medio le grité: «No me enseñe usted a escribir. Llevo cuarenta años escribiendo para que venga usted a examinarme aquí».

El juez bajó la cabeza y se sonrió con un imperceptible je, je. Me pareció que estaba claramente a nuestro favor, y quizá por ello me envalentoné un poco, lo suficiente para añadir: «Y le diré más, le voy a responder con una anécdota: cuando alguien recriminó a Unamuno haber utilizado una palabra que no venía en el Drae, le dijo: "Ya vendrá". Eso sirve también para las acepciones».

El juez se volvió hacia el abogado, como diciéndole: chúpate esa, ¿y ahora qué?

El pobre abogado ya no sabía por dónde salir, así que volvió a pasar las hojas en sentido inverso, repescando alguna pregunta, y cometió la tontería de hacerla, porque fue lo que colmó el vaso de la paciencia del juez: «Usted escribió un artículo sobre la biografía de Baroja escrita por Gil Bera, artículo que tituló "Barojicidio", en el cual ...». Fue entonces cuando el juez le interrumpió una vez más: «¿Está usted defendiendo el honor del señor Trapiello...?». Cuando los cuchicheos de los abogados y del secretario le advirtieron de que se había equivocado de nombre, miró en los papeles para ver como se llamaba el demandante, y formuló de nuevo, rectificando, la pregunta: «Está aquí para defender el honor del señor X o el honor de los Barojas? Cíñase...».

Era una frase ingeniosa en la que el señor juez se gustó mucho y en

la que nos gustamos todos los presentes, menos los demandantes. Se ve que el juez se lo estaba pasando bastante bien, porque seguramente los casos que suele tener que juzgar, aunque sean de idiotas consumados, no serán tan demenciales.

El abogado contrario se contrarió lo suyo, y de una manera nebulosa farfulló un inesperado: «... No hay más preguntas». Había durado el interrogatorio unos treinta minutos, de los cuales consumiría yo unos veinticinco.

A continuación mi abogado me hizo dos o tres preguntas que habíamos ensayado media hora antes tomando café. Me preguntó si tenía algún tipo de participación económica o mando en la editorial donde se había publicado nuestro libro, y le respondí que no solo no lo tenía sino que ni siquiera había cobrado los derechos de autor, porque generalmente esa clase de libros no los generan. TOdo esto estaba planteado de ese modo para que el juez comprendiera que haber llamado idiota a uno en un libro de crítica literaria tiene menos difusión aún que hacerlo en el retrete de la casa particular. Y me hizo la última pregunta: quería saber cuántos libros propios había publicado, prólogos a libros ajenos y libros ajenos y artículos. Daba un poco de vergüenza tener que hablar de todo aquello, pero si uno va con vergüenza a un juicio, lo pierde. Hay que ser siempre un poco descarado. Le dije que los libros propios no los había contado. Entonces el juez me hizo un gesto con la cabeza, interesado en esa cuestión, como un «vamos, hombre, no tengas vergüenza, más o menos, aproximadamente». Les dije un poco abochornado que andarían alrededor de los cuarenta, los prólogos más o menos irían por los cien, y libros ajenos unos doscientos, así como miles de artículos, que contenían algunos de ellos cuestiones mucho más expuestas que la nota a pie de página causa de aquel proceso. En un primer momento no adiviné por qué me había preguntado eso, porque esa pregunta no estaba preparada. Incluso creí que el juez la desestimaría, ya que había desestimado la del currículum. Pero no. Se veía que estaba más de la parte de uno que de la del otro, o por lo menos, que parecía compartir conmigo lo que había dicho al principio de los interrogatorios, a saber, que entendía que los tribunales de justicia estaban para solventar cuestiones importantes y no chorradas. Después de decirle lo que había o no escrito, mi abogado me preguntó cuántas demandas había tenido. Ah, pensé yo, era por eso, y le respondí que ninguna. Y entonces pronunció él la frase de rigor: no hay más preguntas.

Hicieron entrar al amigo X, que había estado aburriéndose fuera. Este es un hombre con un aspecto muy característico. Tiene unos

cuarenta años, es soltero de los de la vieja escuela, o sea, muy barojiano, solitario y bastante misántropo, con novias esporádicas y en muchos puertos, como los marinos. Es de las personas menos rollistas que ha conocido uno en esto de la literatura. A él y a su socio les ha gustado la literatura de misterio, de Poe a Lovecraft, y otros libros más singulares, de tipos raros, bohemios y lunáticos, lo que no quita para que hayan editado lo que se ha llamado convencionalmente buena literatura. No han ido nunca de exquisitos, pero cuidan sus libros como los que más. Han querido llegar a un público amplio, y la tontería literaria no se les ha pegado. Llevan una vida al margen de casi todo el mundo, autores, críticos y colegas. Pretenden vivir de lo que editan, pero no les gusta en absoluto la vida literaria. Conocen el negocio y llevan veinte años haciéndolo. Son una pequeña editorial, pero muy solvente y saneada, entre otras razones porque son únicamente tres los que trabajan en ella.

Le mandaron sentar en la silla. X da una gran tranquilidad, quizá porque tiene los párpados caídos, como si estuviera hipnotizado o durmiendo. Habla de una manera pausada, sin perder nunca los estribos, cosa muy llamativa en un mundo que está lleno de histéricos y de grandes ofendidos, como saltaba a la vista. Su abogado le preguntó si era una pequeña editorial. Iba encaminada esa pregunta a favorecernos, claro, pero respondió de una manera muy graciosa, dando a entender, picado en la honrilla, que era pequeña, desde luego, pero tampoco tanto. Y cuando esperaba que le fuesen a hacer más preguntas, nadie quiso saber nada más, y llamaron al demandante.

Se puso en pie. Me pareció esta segunda vez más corpulento y alto que hacía un rato, cuando lo vimos de pie ante la puerta. Miraba alargando el cuello, como las tortugas. El cráneo parecía también coriáceo. Pies grandes y manos grandes, como suele pasarles a una especie de visionarios e iluminados.

Estaba ansioso por declarar. Se veía que llevaba mucho tiempo esperando ese momento de gloria y de reparación universal.

Empezó el turno mi abogado, y como había terminado mi interrogatorio hablando del número de libros que había escrito uno, empezó preguntándole lo mismo, solo que como no tenía libros publicados, ajustó la pregunta a su caso particular: «¿Nos puede decir cuántos prólogos a libros tiene usted?». El demandante arrugó el entrecejo y salió de él un puñadito de centellas, porque adivinó la secuencia. Y el hombre tan orgulloso de sus estudios y títulos universitarios, dijo «dos» de una manera inaudible, para el cuello de su camisa. «¿Y cuántos procesos ha tenido usted a causa de esos libros?». Aquí el demandante levantó un poco más la voz y dijo, como

ofendido: «Ninguno». Mi abogado le corrigió: «Este, ¿no?». «Ah, bueno, sí, este», concedió el demandante sacudiéndose los hombros como hacen las urracas cuando se quieren quitar de encima el agua de la lluvia o una hoja molesta. En realidad el abogado de uno hubiera podido haberle apretado un poco más las tuercas, porque cuando presentó la demanda solo había publicado un prólogo, de modo que hubiéramos podido ironizar diciendo que salía a demanda por prólogo. Pero... pelillos a la mar.

A continuación, mi abogado le preguntó si había tenido uno con él algún previo encontronazo. Era una pregunta para responder sí o no. Pero al hombre se le iluminó el semblante y dijo, acentuando las cejas: «El señor García Trapiello ha errado el tiro...», y empezó a enrollarse sobre cosas que era difícil comprender, como uno de esos que a fuerza de darle vueltas a un problema pasan a hablar de él como si todo el mundo lo conociese. Fue entonces cuando mi abogado le dijo que a él no le interesaba nada de todo eso, que la pregunta era para responder sí o no... Entonces el hombre tuvo el que a mi modo de ver fue el arranque más humano de todo el proceso, cuando masculló: «No, bueno, en fin, como él se ha extendido tanto en sus respuestas...»

Yo creo que le frustró bastante que mi abogado no quisiera saber más de él, y quedó el hombre tan desvalido, que su propio abogado se vio obligado a no desampararle en aquel duro trago. «Aparte de los dos prólogos a los libros de Baroja, ¿ha escrito usted algo más?» Qué ilimitado desconsuelo le embargaba la voz. «Bueno, sí», admitió, «mi tesis doctoral, que se valoró *magna cum laude* por unanimidad.» Y a partir de ese momento empezó a hablar de su carrera académica, y cómo recopiló los artículos de Baroja y cómo los ofreció él a la familia Baroja, y no a la inversa, como se había insinuado. Lo que no despejaba la sospecha, ya que pudo ser la familia Baroja quien malmetiera a posteriori contra uno. Se ve que el hombre no acababa de entender que quizá había sido en todo caso alguien de quien se había servido la familia Baroja, como probaba su declaración a su abogado sobre aquella «malquerencia». Sus explicaciones no obstante no estaban siendo ni siquiera razonables, diciendo incluso que en mi artículo sobre Baroja había muchos más errores de los que él había hecho notar y de los que había citado, porque no le había parecido procedente alargar la nota. «Podía haberlo hecho, pero yo no soy amigo de polémicas. Y diré en algún momento cuál ha sido el motivo de mi reacción. Si puedo decirlo ahora, lo digo: se me ha acusado de prostitución intelectual, es decir, de defender a la familia Baroja...»

La palabra prostitución es una de las más llamativas de nuestro idioma, y basta que alguien la pronuncie para que incluso los que

están un poco aburridos alarguen el cuello y digan: «¿Prostitución? ¿Dónde?». Mi abogado intervino entonces y dijo: «Con la venia, nadie le ha acusado de eso». Pero él insistía: «...de defender a la familia Baroja porque me habían ofrecido los archivos. ¡Pero así se hacen los prólogos, así se trabaja y así es fácil trabajar!». Creo que si hubiera tenido a mano una espada se habría puesto a escabechar odres de vino.

Fueron sus últimas palabras antes de que le mandaran retirarse.

Para mí todo esto era nuevo, y estaba bastante entretenido, como si no fuese a uno a quien estuvieran juzgándole. No me hubiera llamado más la atención un tren eléctrico, y me parecía todo lo que ocurría de lo más pintoresco. Y cuando pensé que ya nos iban a mandar a casa, vi que el abogado del demandante empezaba de nuevo a hablar. Dijo que nunca había dejado de reconocer que uno era un literato de reconocido prestigio... Al oír la palabra literato estuve a punto de preguntarle al abogado ese, al que tanto le gusta el diccionario de la Rae, que si no sabía que en esa palabra se encerraba lo peor de este triste oficio nuestro de palabristas, y que literato es a escritor lo que picapleitos a abogado, pero seguí escuchándole. Se quejó el hombre a continuación de que pese a ser un literato de reconocido prestigio no le hubieran dejado demostrar, «con el debido respeto a este tribunal», que «uno no era un investigador, en el sentido universitario, en el sentido científico, como el demandante».

Lo que siguió a todo eso fue bastante aburrido y afirmó que tras lo expuesto parecía acreditada toda su demanda, debido al tono de «mofa, burla, escarnio y malicia» con la que uno trataba al demandante, diciendo de él... Empezó a buscar en los papeles donde tenía la cita textual, y cuando la encontró, leyó: «Que lo había publicado después de una celosa tarea (olé)». Ese olé le parecía muy grave. Lo mismo que le llamara «irritable» a X o que me hubiese referido a la irritación que ese trabajo había producido entre algunos «fundamentalistas barojianos». También quedó probada, según él, la tergiversación de uno, porque donde decía «indeseada» yo había puesto «indeseable», y así media hora más.

El juez demostró una pulidísima paciencia, y en vez de mandarnos a todos a paseo, escuchó aquellas conclusiones con estoica indiferencia, haciendo tiempo para que llegara la hora del almuerzo.

No sabe uno en qué parará todo esto. La impresión que hemos sacado es buena, pero nunca se sabe. El abogado de la parte demandante era un chico joven, buen abogado, aunque se excediera en su defensa haciendo creer que uno era alguien que, prevaliéndose de su fama y notoriedad, quería machacar a su representado.

Si el juez nos diera la razón seguramente le condenarán a costas, en cuyo caso recurrirán. Si lo han hecho por razones de honor, lo lógico es que no les parezca menos vejatorio que un juez desatienda su deseo de que se condene a quien le llamó completamente idiota. Puede que le condenen a uno y tenga que pagar una multa de diez mil o veinte mil pesetas, en cuyo caso nos asombrará a todo el mundo lo barato que resulta llamar idiota a alguien. Nuestros abogados decían que si nos condenaran (hablan en plural, como los médicos ante los casos graves, para hacernos creer a todos que no lo son tanto) habría que recurrir, porque le asiste a uno la razón para llamar idiota a quien no debiera sentirse ofendido por ello. Se ve que el derecho es una cosa muy sutil.

Yo ahora estoy bastante contento, porque no habiéndole pasado a uno gran cosa en esta vida, un proceso judicial es algo que me adornará lo indecible, como el parche negro a un pirata. En España no ha habido escritor que se precie que no haya pasado por los juzgados, y aunque la experiencia no da para escribir el *Quijote,* se contentaría uno con que le fuera dado escribir un prologuillo al menos, por ejemplo el del *Persiles*.

HOY, como puede comprobarse, es el día después. Ha sido muy bonito a su manera: no ha parado de llover mañana y tarde, muy suavemente, con tanta mansedumbre que más que lluvia parecía una conversación de amigos. M. terminó de leer *Las inclemencias del tiempo;* me dijo, estos libros son el mismo y son diferentes, y cuando se acaban de leer ya no sabes si lo que leíste sucedió alguna vez o fue un sueño, son como la vida misma, echas la vista atrás, y todo se ha borrado. Protesté un poco, porque eso mismo se lo dice uno de vez en cuando, pero ella cree que no le quiero contar de qué va cada libro cuando lo termino, porque soy un perezoso. El descubrimiento la había puesto de muy buen humor. Y entonces entonó su pequeña elegía. Dice también: No tengo memoria, si no fuese por la tuya mi vida valdría poco, lo que un lazarillo a un ciego, así son tus recuerdos respecto a mi pasado, sé que pase lo que pase esto ya no lo moverá nadie, y yo podré volver aquí y quedarme; la verdadera casa es la de estos libros, más que esta del Lagar del Corazón o la de Conde de Xiquena. Pero sin estas casas, reales, los libros no valdrían nada, añade a continuación con timidez, por si se ha enredado en una paradoja.

Basta que se le halague a alguien de modo tan lisonjero para que se le suba un poco a la cabeza, de modo que le dije, como si quisiera

renunciar a todo, que la verdadera casa eran nuestros dos hijos. Se quedó pensando un rato para saber si merecía o no la pena llevarme la contraria, y acabó por asentir. Bueno, las dos cosas, no son excluyentes; estos libros son habitaciones de la misma casa. Luego añadió: ¿Vas a hablar de esto en el diario? Le dije que sí, porque un poco de metaliteratura no le viene mal a ningún libro, y los críticos lo valoran hoy día mucho, como los venecianos del siglo XIII las especias que traía Marco Polo de la China. Entonces me pidió que la sacara un poco mejor, porque tiende uno, en su opinión, a ponerla a ella en el papel deslucido de los diálogos platónicos, el de cualquier Cratilo, reservándome yo el de Sócrates. «¿No crees, Cratilo, que es más virtuoso el hombre cuanto más austero?». «Así lo creo, Sócrates». Me ha dicho que le gustaría hacer un rato el papel de Sócrates, y así se lo he prometido, y a la primera ocasión pondré en sus labios tales sabias sentencias que nos llevarán en volandas al cielo.

AL llegar a Madrid me esperaba una buena noticia: el juez desestimaba la demanda del «completamente» y le condenaba a pagar las costas del proceso. Bien, hoy creemos un poco en la justicia, pero no tanto en nuestro sistema judicial, porque a la media hora llamaba personalmente el jefe del despacho, el pope como si dijéramos. Había leído la sentencia, quizá había visto el vídeo... Nos han regalado un vídeo en el que puede verse el juicio, cómo entramos, cómo nos hacen sentar y cómo nos llaman y todas las preguntas. No es una gran película, pero es entretenida. Es todo un plano secuencia, como si dijéramos, captado por una cámara que el juez tiene clavada en la pared, justo encima de su coronilla. Cuando él se mueve puede llegar a vérsele la punta de la nariz, pero poco más. Mi abogado y el secretario y el fiscal quedan fuera de campo. Los que están sentados enfrente, en las sillas de los comparecientes o en el trono del declarante, en cambio, salen a la perfección.

Lo he vuelto a ver. Yo creo que no ha salido mal uno. El demandante tampoco desentona. Ahora que sé que le han desestimado la demanda, tampoco me cae demasiado mal, aunque esté uno furioso con él. Quién le habrá aconsejado tan inoportunamente. Ha debido de pensar que ya no le quedaban muchos más prólogos que escribir en esta vida, y se habrá dicho: o salto ahora a la fama o nunca, como cuando pasó por delante de Zorrilla el cadáver de Larra, que dijo, esta es la mía, y se arrancó con aquel panegírico que le hizo célebre.

Viendo el vídeo me daba un poco de lástima, por si en el instituto donde da clases le ponen un mote despiadado, que le atormente el

resto de su vida.

No obstante, B., el abogado, telefoneó con una proposición extraña. Dijo empleando la jerga de los abogados: ¿Qué te parece si descolgamos el teléfono y proponemos a su abogado el reparto de las costas si renuncian a recurrir la sentencia? A mí me daba un poco igual. Para ello tendría que dar por perdidas las trescientas mil pesetas de la minuta. Pensé durante unos instantes: ese hombre me está pidiendo que pague yo lo que el juez ha determinado que pague el demandante... y además no van a querer avenirse a ese arreglo, porque tratándose del honor, ¿cómo podrían no recurrir? Así que me pensé un poco la respuesta, y le dije que mejor no hiciera esa llamada, porque el demandante recelaría algo en aquel apaño, no sé, pensaría que tememos perder el pleito en el recurso cuando se vea en la Audiencia Provincial, o qué sé yo.

Vamos a esperar. Si recurren la sentencia, les ofrecemos ese pacto, y en caso de que no lo acepten, uno podría en todo caso escribir un artículo relatando este caso tan chusco. Lo titularíamos así: «Completamente idiota», y contaría uno la razón por la cual la justicia española está colapsada, no porque no haya suficientes funcionarios ni medios, sino porque el país está lleno de gentes que se pasan el día inventándose pleitos chorras.

El abogado es un hombre con larguísimo recorrido y me dejó hablar, me dijo, vale. Veremos. Y así ha quedado todo.

Uno, la verdad, ahora lo ve fácil, y más leyendo la sentencia, que tiene que haber sido para ese pobre un durísimo revés, porque en el fondo lo que se deduce de ella no es tanto el reconocimiento a que cada uno dirima sus diferencias literarias como le dé la gana, sino el redoblamiento del escarnio, ya que si en un primer momento había alguien que había dado origen a un malentendido con una frase pretendidamente punible, después de la sentencia parece haber ya dos, el demandado y el juez que le ha absuelto, que piensan de la misma manera.

DOS son las grandes virtudes de los escritores e intelectuales gallegos: son muy buenos en general, y no dan en absoluto el coñazo con su nacionalismo, como los catalanes y los vascos, solo un perfume vagamente regionalista.

LO previsible. El demandante, haciendo honor a su trayectoria, ha presentado un recurso, apelará la sentencia. Así lo ha confirmado B.,

que ha telefoneado. Aconsejaba poner en práctica el plan alternativo, proponerle un pacto, pagar cada cual sus respectivas costas si retira la apelación. Quizá, le he dicho un poco desanimado, el sueño de ese hombre es ir de tribunal en tribunal perdiendo sus apelaciones y haciéndose llamar en todos ellos «completamente idiota», puesto que esta expresión era el objeto de la demanda. En vez de no darle más cuartos al pregonero y estarse calladito en casa, prefiere vocearlo al mundo, hasta llegar, si cabe, al Tribunal Constitucional y quién sabe si a instancias aún superiores en Estrasburgo o La Haya. Resignado, el abogado también cree que eso es lo que sucederá, teniendo en cuenta que se insiste una y otra vez en que le ha movido a este pleito preservar su honor, y el honor solo podría lavárselo una sentencia favorable y, como consecuencia, la reparación económica. Retirarse con una desestimación es tanto, y lo sabe, como una derrota y supone darle carta blanca a que cualquiera pueda llamarle en lo sucesivo idiota o cosas peores.

Por esa razón B. le ha pedido a uno que vaya preparando un pequeño escrito para incluir en el recurso a propósito de las palabras que tasan o denotativas y las que valoran. Si ambas remiten a ámbitos morales, no todas son iguales: por un lado, las que no son sino constatación de realidades objetivas (ladrón, nepótico, tramposo, pederasta, estafador, plagiario) y aquellas otras que no son sino aproximaciones de valor a realidades no verdaderas sino verosímiles, algo así como un *si non è vero, è ben trovato* (necio, cerril, inútil, obcecado, siniestro, neurótico, idiota), muy diferentes en todo caso de las que son directamente insultos sin otro apoyo que en la ofensa y la afrenta (cabrón, hijoputa, baboso, payaso). Cierto que en algunos casos una palabra del grupo primero (puta, cornudo), que responde a un hecho constatable, puede formar parte igualmente del tercero, y no por ello está legitimado su uso, como tampoco lo está el uso de las del primer grupo si no hay una sentencia previa o un acuerdo común y aceptado (por ejemplo para ladrón o estafador o pederasta). Si el empleo de las palabras del primero y tercer grupo pueden ser objeto de delito, las del segundo han de quedar libres de toda cortapisa, por ofensivas que parezcan, primando en este caso la libertad sobre la posible interpretación. Algo así.

LLAMADA del abogado. Han aceptado el trato. No acaba uno de conocer al género humano. ¿Dónde habrán dejado lo del honor? Perdonándole el pago de las costas, se ha olvidado de la injuria y toda esa palabrería que soltaron en el juicio. Exigían que no figurase la

nota en próximas ediciones y se ofrecían a quitar por su parte lo que en el prólogo podía haber de ofensivo contra uno. ¿Y no podíamos haber empezado por ahí? Le hice notar que esta sería acaso la primera vez en la historia de la justicia en que se viera que el que había perdido un pleito pusiera condiciones, así que advirtió uno a su abogado que no se comprometiera a nada. Ya verá uno si retira la nota o si la alarga aún más. Se ve que ahora querría que nada de esto hubiera sucedido. Pero lleva uno gastadas ya quinientas mil pesetas, las cosas han sucedido y ha perdido uno mucho tiempo, como para aceptar que las cosas no hayan sucedido. Lo que no estaría de más es que nos aclararan si la sentencia, haciendo jurisprudencia, le da a uno derecho a llamarle completamente idiota a este o a todos los demás en el futuro, porque si es, como yo me figuro, esto último, habrá salido barato.

Y ASÍ se llegó al que sin duda será uno de los más memorables días de nuestra vida. Desde luego de la mía. Acaso también de la humanidad, si es que podemos hablar de esta manera.

Aprovechando que hacía tan buen tiempo y que el viento había oreado los despojos secos de las podas y toda la fusca que hemos ido juntando, zarzas y demás leña inservible, les prendí fuego. Este será siempre un momento sagrado. Me acompañaron como de costumbre los perros. Esa tarea la realicé yo solo, mientras se iba poniendo el sol. Se serenó todo de una manera majestuosa. El cielo azuleó hasta quedarse casi negro. Subían las pavesas encendidas haciendo en la noche una columna salomónica, porque su ascensión se formaba en tirabuzones; y cuando no quedaban más que cenizas, me metí en casa. Me senté junto a la chimenea y arrimé las puntas de las botas al fuego, para secarlas.

Salió de ellas vapor, como el vaho que desprende el cuero de los caballos. M. estaba entrando y saliendo de la casa, trasplantando algunos esquejes. Al rato llegó desalada. ¿Has quemado todo lo que había que quemar?, preguntó inquieta. Sí, respondí. Pues no debe de ser así, porque hay un gran resplandor en el olivar, detrás del gallinero. Yo he quemado la fusca antes de llegar al gallinero y cuando entré no quedaban más que las cenizas, la tranquilicé. ¿Y si fuese el loco de Trujillo, que ha encendido una hoguera? Quería que me informara. Yo, que ya no pensaba salir, trataba de rebatirle todos los argumentos por la lógica: ¿cómo va a querer venir el loco de Trujillo a pasar la noche junto a una hoguera, teniendo una cama en casa de su hermana? ¿Cómo se iba a haber prendido fuego el olivar estando

arado? Aquel resplandor no podía ser otra cosa que el espejismo de un fuego fatuo, y a los muertos hay que dejarlos a su aire.

Me arrancó de mi sillón con toda clase de súplicas, puso en mi mano un cuchillo de monte por si era menester, y salió a despedirme a la puerta de casa. Y allí se quedó ella, de pie, plantada, dando a entender que no entraría en la casa hasta que yo no volviera con las noticias que fuesen, buenas o malas. Y sí, en efecto, allí había un grandísimo resplandor. He de confesar que me asustó, porque se oía perfectamente el crepitar, como chasquidos de látigo.

(…) Se había hecho de noche muy deprisa. Por eso el resplandor llamaba tanto la atención. La chabola que hace de gallinero ocultaba lo que lo producía. Me acerqué dando un rodeo. Pensé que alguien había encendido un fuego contra la pared, a resguardo. Y que era «persona humana» lo inferí del hecho de oír una conversación, mejor dicho, un como ininterrumpido soliloquio unamunesco, del que solo llegué a comprender algunas palabras sueltas: *celemín, baldío, alma, fuente.* Me asusté y afirmé bien la hoz en mi mano.

(…) En medio de las llamas se formó una figura real, a la que tampoco las llamas afectaban lo más mínimo. No hacía falta ser un lince ni haber leído el Génesis para saber que aquel sujeto era Yahvé. Habría bastado haber visto *Los diez mandamientos*, *El Cid* o alguna otra película de Charlton Heston para saber que era precisamente aquello lo que estaba sucediendo en nuestro humilde rincón.

Pero, si ha de decirlo uno todo, había algunas diferencias con las películas, incluso con las apariciones acreditadas. En las películas Dios es siempre un anciano de casi dos metros, con el vientre potente, unas barbas que le llegan a la cintura y una melena partida en dos que le cae sobre los hombros. Viste una túnica y por lo general lleva un báculo, como los obispos, que se lo han copiado de eso. Al hablar lo hace en inglés con subtítulos o, si está doblado, en castellano, pero en cualquier caso con una voz profunda y pausada, y todo lo que sale de su boca es siempre juiciosísimo. Y lo que yo oía tenía un claro acento extremeño.

Acércate, me dijo. Su aspecto era muy diferente del de las películas. Era un homúnculo pequeño y feo, con una barba de quince o veinte días, con pelos como púas. Habrían servido para cardar lana. Calzaba una boina negra y pequeña encasquetada hasta las cejas, llena de mugre y rota por varios lados, y tenía dos orejas pequeñas, peludas y separadas, simiescas. En los pantalones lucía unos remiendos curiosos, y llevaba un perrillo al lado, cruce de murciélago y pequinés. A Yahvé no le representan nunca con ningún animal de compañía. Los perros, los asnos, los lobos, los leones o los jilgueros se los dejan a los santos.

¿Qué hace usted en este olivar?, se me ocurrió preguntar, aferrando bien la hoz, por si aquel embeleco resultaba una emboscada. La Virgen, si le hacen preguntas los pastorcitos, puede o no responder. Ahora, Dios, nunca. Dios da órdenes: acércate, escucha, degüella a tu hijo, haz esto, lo otro, vete.

Me dijo: no eres bueno.

Entraba en la conversación, por lo que vi, sin contemplaciones.

Contra lo que se cree, eso es no decir nada. Lo mismo que si hubiese dicho lo contrario. Dice uno de otro: no eres bueno, y acierta; lo contrario, y también.

—... En tus libros dices cosas de unos y de otros, y eso no está bien.

Me molestaba hablar de cosas tan íntimas como mis libros con un desconocido, pero por otro lado tampoco tiene uno tantas oportunidades de hacerlo, así que me alegré de proseguir aquella grata conversación.

—Pero son cosas siempre contrastadas, verdaderas.

—Verdaderas...

Lo dijo con un tonillo desagradable y nasal, como si pensara, ¿qué sabes tú de la verdad?

—De acuerdo —concedí sin ninguna convicción—. Pero ¿qué importancia tiene lo que uno diga de este o del de más allá, si a todos ellos les llamo X?

—Más a mi favor —dijo el hombrecillo-dios rascándose el cogote y echándose la boina roída sobre las cejas—. Multiplicas innecesariamente el pecado por cien. Basta que digas de una sola X que es un necio para que otros noventainueve crean que te has referido a ellos, llevando a su corazón la inquietud y el deseo de venganza, pagando justos por pecadores. Eres un sembrador de cizaña.

—Pero si hay noventainueve que lo han creído, será porque no eran demasiado listos.

Entonces se me iluminó la mente con un argumento definitivo. Fue como una chispa. Pensé, te tengo cogido, y eso, tratándose de Dios, le despierta a uno el atavismo luzbélico que a todos nos ha quedado dentro con un goce particular muy parecido a la jactancia, a la soberbia.

—Le pasa a uno como a tu hijo —le dije refiriéndome a Jesucristo —cuando los fariseos y demás consejeros del Sanedrín le trajeron a la ramera que querían lapidar. Él se puso entonces sin decir nada a escribir en el suelo. El evangelio no cuenta las cosas que allí escribió, hurtándonos, sea dicho de paso, una novela de lo más interesante, pero lo cierto es que todo el mundo, sintiéndose aludido con pecados aún mayores que los de la mujer, fueron dejándole en silencio. Es una

historia bien bonita. Cuando dejó de escribir, levantó la vista y vio que se habían ido todos menos la mujer. Entonces le dijo, ¿se han marchado todos, ya nadie te acusa? Pues yo tampoco te acusaré, vete a casa y no peques más. Jesucristo tenía un trato muy suave con las mujeres de la vida, y eso me gusta también de él. Yo hago lo mismo, y la gente acabará yéndose, dejándonos a la ramera y a mí solos.

La potencia de mis palabras enfrió un poco las llamas, que languidecieron. Creo que hasta yo podría haberme puesto entonces en medio sin quemarme. Tardaba Yahvé en decirme nada. Se ve que estaba pensando en lo que le había respondido.

¿Quién es la ramera?, preguntó al fin. ¿Quién va a ser?, respondí yo con orgullo: la vida. Dudé incluso si poner la Vida con mayúscula.

Pensé que me había equivocado llevando las cosas por donde no debía, y traté de sacar otro tema de conversación, como en los *tea parties*.

—¿Puedo preguntar una cosa, aunque no tenga que ver con lo que estábamos hablando?

—De acuerdo —me respondió de una manera distraída, como si le entretuviese aún la rumia que se traía.

—Yo siempre he visto en las estampas que Dios iba vestido con una túnica hasta los pies, como un camisón, o con una correa sujetándole los riñones, o un cíngulo como los que luego pusieron de moda las Siervas de Jesús, y el pelo partido en dos mitades cayéndole sobre la espalda, recién lavado; y tu aspecto, la verdad, con esa gorra roída por la mugre, la barba de quince días, los remiendos y soletas... Es difícil creer que seas quien dices ser.

—Yo no te he dicho quién soy. No hace falta. Yo soy el que soy. Pero voy a satisfacer tu curiosidad: para venir a Extremadura me he puesto el camuflaje —me dijo de una manera mecánica, pensando seguramente en lo que veníamos tratando antes.

Resultaba convincente.

Guardó silencio unos instantes y por fin se propinó con el dedo un par de toquecitos en la nariz, hacia arriba, como hacen los molineros para quitarse la harina del bigote.

—Mira, para empezar, tú no eres hijo mío propiamente. Quiero decir, en sentido figurado sí, en sentido figurado todos sois hijos míos, pero no querrás compararte con mi hijo de verdad, Jesucristo, que siendo tan grande y habiéndole sucedido las calamidades que le sucedieron, sin contar los milagros, lo escribió todo en el suelo. O sea, era bastante más conciso que tú. Y en segundo lugar, él podía hacerlo, porque conocía los más ocultos pensamientos y secretos de aquellos sepulcros blanqueados, y lo que estaba en juego era la vida de una

persona. ¿Te imaginas a Jesucristo llevando un diario, o peor aún, una novela? Hazme caso, se acabaron los sarcasmos, se terminaron las malicias y las memorias amargas. Fuera epigramas y sátiras. Adiós farsas y esperpentos. Refiere solo aquellos trances en los que puedas edificar con buenos ejemplos a tus paisanos, y deleita enseñando, y enseña deleitando, y no te hagas mala sangre con nada, porque agua pasada no mueve molino, y dentro de cien años, todos calvos. Sal al mundo y mira cuántos males: guerras, genocidios y holocaustos, infamias e ignominias por doquier, por no hablar de vejámenes, oprobios y corruptelas, de violencia y angustia, asco y nihilismo. ¿Por qué no haces como todos tus colegas? Basta de esa literatura con minúscula de zancadillas, capillitas y chascarrillos. ¿Cómo has podido perder hasta hoy el tiempo de ese modo? Cuánto provincianismo. ¿Bolos, Rastro, libros viejos, suplementos literarios? Todo eso se va a terminar. Lo sublime, amigo mío, lo sublime. Los Gases, me refiero a los Grandes Asuntos de Siempre Eternos y Sempiternos, requieren un gran altar mayor y, por supuesto, un estilo adecuado, con pegada. El pebetero del estilo. Y no olvides que ignominia, oprobio e infamia, y sus derivados, a saber, el oprobio de la ignominia y la ignominia del oprobio y la infamia de la ignominia y la ignominia de la infamia, son grandes condimentos, la sal y la pimienta, y van bien con todo, hables de lo que hables. A poco que hurgues encontrarás un poco de oprobio y otro de ignominia o de infamia. Échalos en tus libros con largueza, nunca cansan. ¿Quieres ser moderno? Haz como tus colegas, y no te quejes tanto. Te me vas a volver a casa, vas abrir ese dichoso diario y me escribirás una y mil veces: he de enmendarme, he de ser bueno y sencillo, y he de ocuparme de los Gases, y solo de los nobles. Si así lo hicieres, se te irán de tu lado los tábanos que hasta ahora te mordían el corazón, y en su lugar aparecerán los pájaros del campo que se te posarán en los hombros, piándote al oído una romanza y haciéndote cosquillas en la oreja con la punta del ala. Donde antes te hacías mala sangre por un quítame allá esos pijos, verás que te guardarán mariposas y luciérnagas, en dos turnos, de día y de noche. Y con todo harás tu jornada buenamente, siendo un hombre bueno en el buen sentido de la palabra bueno. En tu casa podrá no haber pan ni salud, y no lo quiera yo que eso suceda, pero si no hubiere más remedio, aquí te prometo solemnemente que jamás te faltarán la alegría y el buen humor, y cuando te mueras, todo el mundo en tu entierro entonará bonitos panegíricos, cantarán todos al unísono como los negros de las plantaciones de Alabama y el cortejo lo abrirán diez vírgenes soltando al aire globos de colores.

Casi me había convencido, porque eran todas cosas en las que

había ya pensado uno muchas veces. Estuve incluso a punto de cometer la tontería de decirle que lo que uno escribe no es novela ni diario, sino diarivela, como el baciyelmo de don Quijote.

—¿Y si no quisiera o no fuese capaz de algo así?

—Despídete de la gloria —me dijo con enigmático soniquete de sibila.

—¿De qué gloria hablamos, de la gloria eterna, de la sempiterna o de esta gloria terrenal nuestra de cada día?

Pero en eso la fogata se extinguió de súbito, como si hubiera estado quemando alcohol de llamas azuladas, y la visión desapareció. El viento había arrastrado lejos las nubes y brillaban en el firmamento un puñado de estrellas, como puntas de una pirita. Volví la cabeza a todas partes, empecé a dar nerviosos pasos en derredor buscando, tratando de apresar con mis manos la visión, pero mis manos solo palmoteaban el aire fosco de la noche.

Volví a casa apretando la marcha y muy preocupado. Iba diciéndome: ¿y ahora cómo les explico yo todo esto?

M. me vio con una cara extraña, y me preguntó:

—¿De dónde vienes?

Me había enviado ella hacía un rato, y ya lo había olvidado.

—¿He tardado mucho?

M. puso el semblante de no entender nada, y dijo:

—Ay, no me asustes. ¿Qué ha pasado?

—Tú dime el tiempo que ha transcurrido desde que viste el resplandor en el olivar y me mandaste a que echara un vistazo, hasta ahora.

—¿Qué resplandor? ¿Te refieres a la hoguera que has hecho con las zarzas?

Me di cuenta de que aquel podía ser un diálogo poco platónico y pasamos a la cocina. Abrí una botella de vino, le serví a ella un vaso y me puse otro.

—Acabo de tener una visión.

M. se puede extrañar por una hoguera pero no por las visiones, ya que desde el primer momento sabe que se ha casado con un vate, conoce a la perfección todo lo referente a esos fenómenos y está familiarizada con los vaticinios.

Me sonrió de una manera beatífica, porque sabe que mis visiones no suelen ser de naturaleza telúrica, sino más bien doméstica o agropecuaria. Bebió un poco de vino, y no dijo nada, dando a entender que esperaba mis palabras.

—Acabo de ver a Dios...

—¿Qué Dios?

—El verdadero.

—El verdadero...

—Sí, al Padre, al principal, al emperador, al carlomagno de los dioses, si se puede decir así. Al dios Dios.

—Al dios Dios...

Lo repitió todo con el mismo tonillo que el hombre de la gorra, pero en ella lo atribuí no a desdén, sino a sus estudios superiores de Filosofía, que la llevan sistemáticamente estos últimos meses a ponerlo todo en tela de juicio.

—Me ha pedido que sea bueno y sencillo en mis diarios. Que no vuelva a hablar mal de nadie.

—¿Y te parece bien?

—Creo que sí.

—Siempre tiene que venir alguien de fuera que te diga las cosas. Vengo diciéndote lo mismo hace quince años. Haces caso a todos antes que a mí. Pero me alegro. Aunque, la verdad, no creo que tú puedas quitarte del todo esa malicia que tienes. En el fondo te parece bien, y

te hace gracia. Tú eres capaz de vender tu alma al diablo por una buena historia.

—No es verdad. Las historias buenas vienen ya contadas en la vida. Lo único que ha hecho uno es copiarlas. En cuanto a lo demás, estate segura. No hablaré ya mal de nadie —le confirmé con cierta pena, como el niño que se ha comprometido a meter en un cajón sus juguetes predilectos—; ni de X ni de XX ni de XXX, por más que me citen de lejos enseñándome la muleta. Seré a partir de ahora un ser pastueño. Le he prometido también no ocuparme de los señores académicos ni de los críticos literarios. De los colegas, solo como Cervantes en el *Viaje del Parnaso:* con hipérboles de tal calibre que no puedan creérselas ni los aludidos. Todo cuanto salga de mi pluma habrá de ser suave y cosa ligera como la brisa que se pierde en risa, y liviano cual estival vilano, dulce como el arrope.

—Me parece bien. —Y repitió un poco dolida—: Lo he dicho siempre. Tiene que venir alguien de fuera para que le hagas caso.

Yo me he quedado un tanto preocupado. ¿Sabrá uno cumplir su palabra? ¿Llegaré a ser bueno y sencillo? Quizá sea ese el único camino; si no de sanar a los enfermos con mis escritos, sí de hacer con las piedras duras del camino tiernos molletes de pan y darle de comer a mi familia.

HABÍA venido a verles a Valencia, a él y al poeta X, un antiguo amigo de los dos, de la época de las Misiones Pedagógicas y, sobre todo, de *Hora de España*, de cuya redacción también formó parte con ellos. Este amigo se exilió en los Estados Unidos, donde fue profesor, y a la sazón estaba a punto de jubilarse en la última universidad donde había impartido sus clases, y les estaba dando la matraca a los dos amigos a todas horas de lo maravillosos que eran los Estados Unidos, y cómo él tenía un plan de pensiones, y que incluso ya tenía pagado el nicho en el cementerio y el entierro, porque allí, en los Estados Unidos, eran muy serios y previsores para esas cosas, y que si el nivel de vida era maravilloso, y que si había adelantos para todo, para exprimir limones y para coger los puntos de las medias, para el carburador de los coches y para prepararse los martinis... Así un día y otro, que si lo de allí comparado con lo de aquí, que si allí tanto, que si allí esto, que si allí lo otro... Los dos amigos estaban hasta el copete de tanta pedagogía, de modo que un día en que el profesor les sermoneaba con cierta suficiencia que no podía comprender cómo ellos dos podían vivir sin tener todas esas seguridades para afrontar la vejez y que no soportaba la pobreza que había en España, a RG. le entró una de esas

apoteosis que solían darle antes, cuando ya no podía sufrir por más tiempo la estupidez, se puso de pie, y de color púrpura por la ira, encarándose con él le dijo: «Sí, aquí somos pobres, pero pobres... de lujo».

A LOS barquitos de vela en la lejanía les pasa lo que a las mariposas, con muy poco que pongan de su parte ya son un haikú.

LA incertidumbre es la parte valiosa de la verdad.

POR despejarse uno de las brumas del día, salió a darse una vuelta a última hora de la tarde. Se había hecho de noche, y parecía que había menos gente por la calle que de costumbre. Lucía en lo más alto la luna. Qué extraña es la luna llena en Madrid, qué inesperada siempre. Se diría que es una intrusa en la ciudad, y por esa razón raramente llama la atención, como esos inmigrantes sin papeles que tratan de pasar inadvertidos y miran al suelo, si por una casualidad se cruzan sus miradas con las de las policías de inmigración. Solo que éramos nosotros los que parecíamos inmigrantes, extranjeros en nuestra propia ciudad, así caminaba la gente, mirando hacia el suelo, encogida, apresurada, friolenta. Llevaba sin hablar todo el día, y me hubiera costado hacerlo con alguien. Excepto con la luna. A la vuelta, dando un rodeo por Génova desde Alonso Martínez, me senté en uno de los bancos de la plaza de París. Allí, a un lado, tenía la luna, y al otro las ventanas de la casa de nuestro amigo, sin luz, con ese misterio que se les pone a todas las casas que sabemos cerradas, con sus dueños lejos. Pensé que acaso demasiado pronto ya nuestro amigo habrá partido, entrando en su fase de luna nueva. Di en recordar todas las veces que venía a su casa, las conversaciones con él, con su mujer, los almuerzos a menudo casi diarios, como si nos hubiesen adoptado. Y vi que todo a partir de ahora será una suave pendiente, y que se extinguirá su vida como la llama de una vela. Sabía que no tenía derecho a pensar nada así, puesto que aún lo tenemos a nuestro lado, pero era como si hubiera llegado antes de tiempo al muelle para verlo partir. Y yo mismo me iba entristeciendo sin poder disfrutar de esa hora en la que aún estábamos vivos los dos, aunque lejos uno del otro. Cuántas veces ha sucedido algo así, que los nubarrones de un presentimiento le impiden a uno entregarse al maravilloso momento presente, a una luna que raramente pasa por Madrid, sabiéndonos

siempre ella tan atareados.

Cuando me dolía el cuello de mirar al cielo, me levanté y volví a casa como siempre, con la cabeza hundida en el pecho, las manos a la espalda, caminando lentamente, absorbido en estos pensares sin pensamiento, en este sentir colapsado de sentimientos.

Sus dos últimos actos conscientes en esta vida mortal, como recuerdan los periódicos, fueron, uno, sus últimas palabras: «Marina, te quiero. ¡Viva Iria Flavia!» (¿Pero no habían asegurado hace solo dos días que fueron: «Sé bien que me estoy muriendo, pero no de vejez, sino de amor»?). «Viva Iria Flavia» fueron, pues, sus últimas tres palabras, y causan involuntaria risa, Dios nos perdone. Con toda probabilidad la señora Marina habrá sido quien habrá difundido esas últimas palabras, de acuerdo seguramente con el alcalde de Iria Flavia, presente en un tránsito tan transitado y trascendente. Se habrá dicho: seis palabras en total, tres para mí y las otras tres para el municipio donde se asentará la fundación que lleva el nombre de tan ilustre gallego. El otro acto consciente ha sido la ideación de la lápida de granito de Padrón con la que cerraron la sepultura, y en la que podrán leerse estas palabras tanto más chocantes por estar en la tumba de quien se supone entregó su vida a la literatura. Causa mayor perplejidad saber que se leerán ya para toda la eternidad: «Camilo José Cela. 1917-2002. Marqués de Iria Flavia».

LAS tímidas, las frágiles, las erubescentes amapolas, el descaro de los campos de heno, el rubor de las cunetas. Se diría que les ocurre a las praderas ahora como a esas adolescentes que se ruborizan contra su voluntad incluso por razones sin importancia y que ninguno de los presentes tomaría en consideración siquiera: cuanto más quisieran pasar inadvertidas, más delata su turbación la grana de su rostro, produciendo en nosotros una irrefrenable simpatía, ya que vemos en ese rubor una reminiscencia de la infancia, de la edad en que el niño aún no puede dominar sus impulsos más íntimos. Así le ha parecido a uno hoy ese campo de hierba verde cuajado de amapolas, en realidad una vuelta a la infancia, a aquellos otros campos que se veían desde nuestra casa en León, campos en los que hasta bien entrados los años sesenta aún se seguía trillando con macho y trillo.

ERAN dos, de once y trece años cada una, más o menos. De un tiempo

a esta parte se ha llenado el barrio de raterillas rumanas. Las dos morenas. Una con el pelo corto y la menor largo, sucio, recogido en una coleta, de la que habían quedado fuera unos mechones que le bailaban a su antojo por la cara. Primero fueron a distraer a V., nuestra kiosquera, que las ahuyentó como a las moscas, sin tomárselas demasiado en serio. Ellas se reían por todo, unas risas contagiosas que impedían que V. fuese más severa con ellas. Pero por si acaso no le quitaba el ojo a los periódicos, revistas y cedés del puesto, porque son habilidosísimas en el hurto.

Llegué a comprar el periódico, y sin cuidarse de ellas me dijo, estate atento, que estas te roban un riñón sin que te enteres, y luego lo venden. Volvieron a reírse las dos, a carcajadas. Eran preciosas, con unos ojos negros como para estar mirándoselos un buen rato, sin hacer otra cosa. Hala, dijo la mayor, ni que fuésemos el diablo. Parecía enojada de que pusieran sus habilidades tan por encima de la realidad. La prueba saltaba a la vista: de poder robar ellas un riñón, a buena hora estarían allí perdiendo el tiempo con ella. Iros por ahí, ordenaba V., que no tengo yo el día para risas. V. se gasta a veces muy malas pulgas, porque está muy disgustada con ese trabajo. No puede dejarlo nunca, desde las siete de la mañana hasta las cuatro o las cinco de la tarde, que se va. A veces consigue que uno de los pobres que piden en la iglesia le guarde el kiosco. Corre entonces a un bar cercano a tomarse un café y a pasar por el cuarto de baño. Cuando no encuentra al pobre, no sabemos qué hará. Seguramente recurrirá como los viejos libreros de la Cuesta de Moyano al bote, que verterá luego al pie de un árbol, como los perros.

Las rumanillas no estaban dispuestas a marcharse, pero finalmente tuvieron que hacerlo. Algunos días V. le cuenta a uno las cuitas del vecindario. Mientras hablaba de esto y de lo otro, vimos cómo las dos niñas avistaban a una de las beatas que salían de la iglesia, una mujer oronda, muy ataviada con toda clase de arreos de oro y la pechuga ensartada por tres o cuatro dijes y prendedores rutilantes. Las niñas se iban hacia ella como flechas. V., previendo lo que sucedería, sentenció con fatalismo: como se descuide, la robarán. Se pegaron las dos a la beata. Como era tan gorda apenas podía defenderse de una, cuando ya la otra estaba pegada a su falda con la mano extendida para que le diera una limosna. La mujer, una buena cristiana, no estaba para la caridad, y empujó a la menor de todas con brusquedad, temiendo ser robada. La niña estuvo a punto de venirse al suelo, y la otra salió en defensa de la que debía de ser su hermana, e insultó a la jamona en rumano. De la que se ha librado, sentenció la kiosquera. Pero a las niñas se les pasó el enfado de inmediato, y se empezaron a reír de

nuevo. Era un privilegio asistir en primera fila a su trabajo, ver con cuánto amor lo hacían, sin desmayo, lo bien que se lo pasaban. Se diría que estaban jugando en el agua, en la playa, y no robando. Aquellos pequeños contratiempos no eran sino olas. Se rompía una, y esperaban la siguiente. En vista de que no habían sacado nada, volvieron de nuevo al kiosco. V., mucho antes de que se acercaran, ya les estaba diciendo en voz alta que no pensaba darles nada, y que se fueran. Pero me miraron a mí, y debieron encontrar el modo de llegar a mi cartera. Saqué un billete de cinco euros y se lo di. V. se quedó con los ojos a cuadros, molesta en el fondo por tanta generosidad. ¿Sabes los periódicos que tengo que vender para ganar cinco euros?, me preguntó un poco rencorosa. La verdad es que a uno le va a salir cara la mendicidad. ¿Por qué lo has hecho?, me preguntó V. en cuanto las niñas se marcharon. Las vimos correr hacia la plaza de París. La pequeña, a quien había dado el billete, parecía querer ponerse a salvo de la mayor, que como mayor exigía custodiar las ganancias. Seguían gritando y riéndose. ¿Por qué les has dado tanto?, repitió V.; de ese modo conseguirás que no se vayan nunca de aquí.

Y en realidad esa fue la razón para darles los cinco euros. No fue una limosna, sino una inversión. La mendicidad no debería estar perseguida, sino subvencionada durante dos o tres años en la vida de cada mendigo. Una manera de mantener limpio el ecosistema. Gracias a ellas las beatas gordas se irán todas al infierno, los franquistas rabiarán pensando en la decadencia de todo y en cómo el país se ha ido al infierno, y nosotros podremos verlas a diario, contagiarnos algo de su alegría, oír sus risas. No parecían tener frío. Vestían unos anoraks mucho más grandes que ellas, arrancados a algún basurero, sucios, de colores vivos, para la nieve. Los llevaban abiertos. Debajo no tenían más que unas blusillas que les dejaban al aire el ombligo. Llevaban zapatos sin calcetines y el color de sus piernas era de caramelo. Y después de esos dos o tres años, a la escuela y a la universidad. Subvencionadas también, por supuesto, pero no a recibir clases, sino a darlas.

¡Y QUÉ prosa! Necesita para leerse un abrelatas.

ME cago en tu madre, aprende a escribir.

TERCER día de gripe. La garganta en carne viva. ¿Es que no podrá uno

hablar de otras cosas que de sus dolencias? La cabeza me duele de tal forma que la noto por dentro como un puchero de pez que borbotoneara pesadamente. Al tragar saliva el suplicio es de tal magnitud, que tardo casi un minuto en algo que cuando se está sano es un acto reflejo en el que apenas invertimos un segundo. Y sudo de tal modo que hasta yo mismo quedo espantado de un olor que me recuerda el de las leproserías, sin haber estado en ninguna. Con esto ya está dicho todo. En cuanto al humor, no podría ser más sombrío. Ayer, al lavarme los dientes, quiero decir, mientras curaba mis ensangrentadas encías, sostenía la dentadura en la mano izquierda delante del espejo. Me pareció gracioso, como una manera de empezar a hacer de Hamlet por un trozo solo de la calavera. Sale Hamlet a escena con una dentadura en la mano, y empieza a recitar el célebre monólogo. La dentadura le interrumpe chasqueando, y le responde, como los muñecos del ventrílocuo. Y así. Si fuese un escritor de la vanguardia, a lo Gómez de la Serna, prepararía un sainete con ese tema.

CUARTO día de gripe. Empieza a parecerse esto a las estaciones del Via Crucis. La noche del domingo al lunes fue la peor noche de toda mi vida. Creyó uno que aquello era una agonía en toda regla. De haber sucedido cien años atrás, habría pensado que no llegaría a ver la luz del día, claro que también me decía que nadie se muere por una simple gripe, al tiempo que me preguntaba con angustia: ¿y si no fuese una gripe? No hay muerte que no sea un poco tonta. Ya hacia las seis de la tarde empezó la fiebre a subir de tal modo que media hora después se fijó en 39,5, sin que lográramos bajarla, M. por su lado y yo por el mío. Se diría que luchábamos los dos con problemas distintos y que tarde o temprano la muerte se pondría entre nosotros como el cadáver en la clase de anatomía del hospital de San Carlos.

No soportaba estar en la cama ni un minuto, daba tantas vueltas como si hubiese entrado en mi cuerpo uno de esos demonios que gustan tanto a los exorcistas, y al toser el dolor que causaba a mis bronquios era tan intenso que parecía que estuviera despellejándome el esófago. Cada golpe de tos era, además, un golpe en la cabeza, donde percutía como un fino martillo de platero, con el extremo buido, tanto que me rodaban por las mejillas lágrimas de dolor.

Hacia las dos de la mañana la situación era tan desesperada que empezamos a considerar seriamente la posibilidad de irnos a un hospital. Solo entonces comprende uno lo dulce que es morir en la propia cama. Se dice: bien, aguantaré hasta que se haga de día, si

fuese tan grave, el propio cuerpo saldría corriendo de aquí para morirse allí, así que si todavía espera mejorarse en su propia cama, quiere decir que no está tan grave. Al mismo tiempo se me presentaba en la mente la posibilidad de que esperar al día siguiente fuese ya demasiado tarde. A las dos y media se levantó M. y me dio unas friegas de alcohol para bajarme la fiebre, y al no conseguirlo procedió a aplicarme en el cuerpo desnudo paños empapados de agua helada, que sacaba de una cubitera. Yo le decía, en medio del delirio, parece que estuviéramos brindando con la muerte, solo falta el champán, tenemos la cubitera. Luego le dije que morirse de esta manera iba a ser algo bien tonto, porque iba a tener que tirar la cubitera. ¿Qué vas a hacer con ella si me muero?, pregunté. Cada vez que saques una botella de champán de ella parecerá que estás brindando porque me haya muerto. M. me reñía y decía que no estaba para bromas, que eran las dos y media y que tendríamos que estar durmiendo los dos. Entonces se me ocurrió que podía utilizar la cubitera para las cenizas. Se ve que cuando uno delira se le ocurren diálogos para el guión de una serie de televisión. Empecé a recordar cosas de mi vida remota. Esto me asustó, porque sé que cuando uno está más cerca de su futuro, más nítido se le representa su pasado. Estaba realmente asustado. Me acordé del día en que tuve una congestión cerebral porque en nuestro colegio había un fraile nazi que nos obligaba a bañarnos en la piscina en el mes de enero, para lo cual había que romper el hielo. Le dije a M., que no sabía de qué estaba hablando: espero que haya infierno. Me respondió, no vas a morirte todavía. Eso me dejó pensativo, porque era una manera ambigua de decir las cosas. Le aclaré que no pensaba en mí sino en aquel Mengele de Caleruega. Solo por verle arder en el infierno hubiese valido la pena pedir el reingreso en el seno de la Iglesia. Creo que la que estaba asustada de veras era M. Le pedí que se fuera al sofá, porque de ese modo podría dormir ella algo, antes de irse a trabajar. Ella no quería. Temía que pasase algo si no dormía a mi lado. No me lo dijo, pero adiviné que se trataba de eso. Hoy tiene un examen de alemán y va a ser poco probable que lo pase, porque se dormirá sobre el papel, con el bolígrafo en la mano. El esfuerzo de seis meses malbaratado por una mala noche. Eso me entristecía mucho. Me decía, irse de este mundo dando la lata, no puede haber nada peor. Le recordarán a uno por sus últimas horas. Empecé a gritar muchas veces: «Te quiero mucho, M. ¡Viva Manzaneda de Torío!», por si alguna de esas veces era la última. Al mismo tiempo comprendí cabalmente el egoísmo brutal del enfermo. Toda mi obsesión era encontrar un resquicio de frescor en la almohada, algo fresco con lo que aliviar la calentura que padecían mis

mejillas y mis orejas, que ardían como pastas recién salidas del horno. Volteaba la almohada cada cinco minutos o la doblaba por la mitad para aprovechar el reverso, o metía la cabeza debajo, pero siempre era insuficiente para aplacar la abrasadora febrilidad que me traía loco. En ese momento ni siquiera estaba sudando. Todo mi deseo era romper a sudar, como el deseo del que va perdido por el desierto es ver aparecer a lo lejos un oasis. Pero no rompía a sudar. Si sudo, me curaré. La impaciencia hacía que me levantara, con lo cual a M., que acaso llevaba dormida dos minutos, volvía a despertarla. Parecía uno de esos animales que obran locamente y lo mismo van a un lado que al contrario, como los borregos atacados de modorra. Caminaba a lo largo del estrecho e interminable pasillo sin encender las luces, quince o veinte metros temiendo tropezarme con los muebles o las puertas... Hice lo menos tres de estos viajes sonámbulos, alucinado. Me llevaba a la cocina el instinto de beber algo de agua, pero la sola idea de hacerlo me llenaba de congoja ya que ni siquiera era capaz de tragar mi propia saliva sin causarme tanto dolor como si me estuvieran metiendo uno de los atizadores de la chimenea por la garganta. La boca la tenía por esa razón llena de un líquido calentorro y pastoso, era bastante repugnante. Si al menos fuese uno un científico, podría dar a estas anotaciones alguna dimensión interesante. Al llegar a la cocina me quedaba de pie, sin saber qué hacer. Solo estaba pendiente de la hora en que pudiera tomar mi dosis de paracetamol y de antibiótico, este último después de que decidiéramos M. y yo en consejo familiar lanzarnos a él para atajar la infección.

Hacia las seis me quedé dormido de agotamiento. Quince minutos, quizá media hora.

A las siete levantamos a G. para que fuese al colegio. Yo tenía todos los pelos de punta y al verme se asustó, porque sin duda temió encontrarse de nuevo en alguna de sus pesadillas. Tanto, que al irle a dar un beso de buenos días, me dijo aterrado: papá, no te acerques. Al momento comprendió que había sido muy brusco, y se disculpó diciendo que no quería contagiarse con la peste. Es gripe, le dije con una sonrisa tristísima. Pues los síntomas parecen de peste, dijo tranquilamente dándome la espalda y encerrándose en el cuarto de baño.

Con las primeras luces empezamos a cobrar esperanzas. Al dolor y quebrantamiento físico se sumaba la desesperación. Lo dicho: en el XVIII y XIX, noches como esta, si se superaban, eran seguidas por una tanda de misas que se encargaban en la parroquia más cercana, si acaso no peregrinaciones al santuario de Loreto, como acción de gracias.

No obstante llamamos al médico de urgencias, que se presentó a la media hora. Lo hicimos por si en vez de una gripe lo que tenía uno era una neumonía o cáncer de aliento. Vino un muchacho tan increíblemente joven que al principio pensamos si no sería un repartidor nuevo de la frutería. Y sorprendía tanto por su juventud como por su belleza. Era un tipo alto, de aspecto muy moderno, sin afeitar, como si se hubiese pasado la noche de marcha. Llevaba un pantalón de hechuras vanguardistas y una camisa entallada *op art,* años sesenta, y un abrigo corto, a lo Beatles, semejante a un redingote. Más que corto, parecía que le venía pequeño por haberlo comprado en un mercadillo de ropas de época. Escuchó con atención y respeto el relato de mis desventuras, y procedió a auscultarme, recomendándole a uno que cuando volviera a tener una fiebre tan alta me diera una ducha de agua templada. Yo miraba a M. por el rabillo del ojo, pues me molestaba que aquel tío fuese tan guapo y ella me viese a mí hecho un guiñapo, con aquellos pelos, unos de punta y otros pegados a mi calavera, como los de los que se guardan en los manicomios.

Dijo que todo estaba en orden y que corría por Madrid una gripe pésima. Esta última noticia nos tranquilizó lo indecible, porque saber que va a morirse uno en compañía de diez mil personas más resulta mucho más consolador que morirse solo. Se despidió dejándonos con la despreocupación de que si por una casualidad se llega uno a morir, M. podrá decir a todo el mundo que hasta el médico no vio indicios alarmantes.

¿Te has fijado en lo guapo que era ese médico?, le pregunté a M. en cuanto se fue. Sí, me respondió de una manera distraída. Seguramente, añadí, estará cansado de seducir a las enfermas; cuando le vean aparecer y empiece a meter su mano con el fonendo por debajo del camisón, se le rendirán... M. me dijo, creo que estás empezando a curarte.

No fue verdad. A medida que transcurría el día la cosa no mejoraba mucho. Se consiguió que desapareciera la fiebre, pero apenas logró uno descansar más que a trechos. Al final dedujimos que el estado de excitación de la noche lo había producido la codeína de un jarabe.

La tarde la pasó uno mirando en la televisión viajes exóticos y oyendo música de Bach; seguramente se trataba de una antesala del paraíso.

Hoy hemos dormido al fin. M. hizo su examen, y bien. Y aunque se haya evaporado la fiebre, le ha aparecido a uno un catarro remiso que le mantiene las narices rojas y los ojos llorosos. Cuando G. volvió del colegio se asomó y sin acercarse mucho, como si entrara en un lazareto, preguntó con un hilo de voz: ¿vas a curarte? Y en cuanto oyó

la palabra sí, se volvió alegre camino de su merienda, mientras le contaba a M. las cuitas del día.

MI madre me contó hace poco que un día, con cuatro o cinco años, volví llorando de la escuela porque un niño o varios me habían llamado «trapo viejo», parodiándole a uno el apellido. Yo no recordaba nada de eso, pero sí, en cambio, ha sabido uno desde esa edad que siempre han sido los más tontos del partido los que le han manoseado el apellido. Al llegar a casa encontré a mi madre en la de mi abuela paterna, que vivía un piso por debajo del nuestro. Era un mujer de corta estatura, cara redonda y labios finos y dos ojos pequeños, negros, duros, de córvida. Al oír mi queja, aquella mujer, que andaba entonces por los sesenta años y vestía de luto permanente hasta los tobillos, ministra plenipotenciaria ante la España negra, parece que trató de consolarme diciendo, delante de mi madre, de quien yo recibí el apellido Trapiello: «Eso te pasa por llamarte Trapiello; tú eres García, García, y olvídate de todo lo demás». Cuando me contó mi madre esto, me quedé pensativo, y hallé quizá la razón de la antipatía que siempre sentí por una mujer que paradójicamente se llamaba Amada, y la razón por la que tal vez jamás quiso uno saber nada del García fuera de la vida ordinaria y cotidiana donde quitárselo le habría traído a uno más inconvenientes que conservarlo, y tampoco lo habría hecho, por respeto y amor a mi padre, la primera víctima de aquella mujer que hizo tan desdichados a los que tenía más cerca, empezando por mi madre. Pues bien, de trapos viejos está hecho uno, desde su propio nombre, y de trapos viejos y desechos estarán hechos, con suerte, estos libros. Que no de trapos sucios.

CADA vez que se afila un lápiz, del sacapuntas sale una greguería con faralaes.

DICEN que la vejez se caracteriza por la falta de interés. Pero lo cierto es que ayer, leyendo unas páginas del Azorín octogenario, me quedé admirado. Y se ve que en medio de todos los honores que le tributaban, seguía siendo un hombre silencioso y solitario, que empezaba cada día su página como quien escribe no su última página, sino la primavera.

BEBER del agua de los charcos, como los perros. Aprende, animal de fondo.

LE entraron a uno ganas de orinar. El campo parece invitarle a uno a las micciones libres. Muchas mujeres les han envidiado a los hombres la facultad de poderlo hacer sin abandonar la apostura, mirando, si quieren, al horizonte, como Napoleón sus campos de batalla, y aquel era un lugar como otro cualquiera para hacerlo. Me alejé un tanto, por respeto a la zarza y a la visión, y procedí. Otra de las ventajas que ofrece el agro en esos momentos es la distracción. Sin querer se convierte uno en herborista o entomólogo. Y eso, en pocas palabras, fue lo que ocurrió: vi llegar una mariposa con uno de esos vuelos arrítmicos suyos, como volando a golpes, haciendo papiroflexia por el aire, y en el mismo momento en que todo fluía permanente, la mariposa se detuvo en mi maravillado pene. Al principio pensé lo que cualquier persona sensata pensaría: que se trataba de una equivocación, y que apenas posadas sus patitas en el prepucio, saltaría de nuevo al vacío. Ni siquiera la asustaba el ruido del trenzado torrente. Allí se quedó, viendo el salto prodigioso. Yo no me atrevía a dar voces a la familia para que acudiera a verla, pues ya está uno cansado de comprobar que cuantas cosas admirables le sucedan a uno en esta vida son sistemáticamente puestas en tela de juicio. El día que llegué a casa contando cómo había visto suicidarse a un gato en el Viaducto de la morería, nadie me creyó, hasta que vieron un reportaje en *National Geographic*, años después, dedicado a las muertes de aquellos especímenes que deciden, sin explicación científica ninguna, aniquilarse: las ballenas varadas, las tortugas australianas que se dejan caer desde lo alto de una duna con el único objeto de quedar boca arriba, los peces del restaurante chino del hotel Villamagna, que saltan de la pecera para suicidarse ahogándose o los gatos que inesperadamente se lanzan al vacío desde el Viaducto y otros lugares. Una mariposa en un pene cualquiera es desde luego algo admirable; que el pene fuese además uno tan cercano a mí me llenó de perplejidad. Pospuse para más tarde la elucidación del enigma, y me preocupé únicamente de recabar algún testigo. Acabó la micción, pero la mariposa seguía incólume, como si se le hubiera ido el santo al cielo, y no estoy insinuando que eso se debiese a la visión. No se iba, punto. Probé a moverme con ella encima, temiendo que despegara en cualquier momento. Pero no. Mi intención era llegar y mostrarle el prodigio siquiera a M. Como los piratas llevan su loro en el hombro, o los kazajos sus águilas en el brazo, así iba uno con la mariposa blanca

montada en la virilidad. Mi único temor, al acercarme a una de las puertas de la cerca, es que apareciera el lagarero y me viese caminar de ese modo, porque hay cosas que es mejor no airearlas demasiado y cualquier explicación posterior puede incluso empeorarlas.

Y por una vez quiso favorecerme la suerte: entonces apareció M. Corre, le grité nervioso sin levantar la voz, si puede decirse algo así, apagándola cuanto pude, por miedo a asustar a la mariposa. Verás qué cosa tan nunca vista, añadí. Me dijo, en un tono de broma, que ya lo había visto muchas veces y que tampoco era para llevarlo en procesión. Le dije que no me refería a lo que ella creía, y que se acercara. Y entonces la mariposa voló. Le pregunté furioso, ahora sí, gritando, si la había visto o no, mientras encerraba ya al atribulado vástago detrás de su portañuela. Me preguntó, ¿qué es lo que tenía que haber visto? La mariposa, le respondí con grandísimo enfado. Y la busqué con la vista, porque tenía que estar al lado mismo. Las mariposas vuelan lento. Había desaparecido. Y entonces le relaté lo sucedido y cómo eso estaba escrito que sucedería, porque ya me lo vaticinó en su día el hombre de la zarza: «Te guardarán mariposas y luciérnagas, en dos turnos, de día y de noche», fueron sus palabras exactas. M. me miró con mucho escepticismo. Vamos a la iglesia, le rogué, pide el más grande de sus cantorales, y allí, sobre él, juraré como don Rodrigo Díaz en Santa Gadea, que hace cinco minutos vino volando una mariposa blanca y que se me posó en el mismo capullo, y que si no fuese cierto, allí mismo me muriera.

M. se alejó meneando la cabeza y sonriendo, convencida de que esa había sido una gracia de uno, como de bufón que ha de entretener a la reina. Corrí tras de ella y volví a explicarle todo, y quería llevarla adonde la zarza, para que viese las huellas de la micción en la tierra.

Me preguntó entonces si le daba permiso para contarle esto a los chicos y a su hermana, prometiéndome no circularlo por fuera de la familia.

Aunque esté un poco extrapolada, yo no veo mucha diferencia entre que los pajarillos del campo se le posen a uno en los hombros, como a san Francisco de Asís, o que se le pose una mariposa de las llamadas aquí «blanquitas» en esa parte del cuerpo. Me parece incluso más prodigioso esto último, y más bonito sería también, si las mariposas trinaran.

Por la noche no se me había olvidado aún la historia, y cuando nos metimos en la cama, M. me dijo medio en broma si me lo había lavado, porque en las patas de esos animalitos puede haber de todo, posándose como se posan en cualquier parte, y que no fuese ella a contagiarse de alguna cosa mala. Le respondí que podía reírse cuanto

quisiera, y le repetí lo de san Francisco.

Y me respondió, antes de dormirse: «Sí, lo mismo».

LO más absurdo de los fuegos artificiales es la tonta e incorregible aspiración que arranca de todos los que los están mirando: siempre nos parecen poco y siempre nos parecen pocos.

SI son artificiales, ¿por qué no los hacen para que duren más?

EL verdadero falsificador ha de ser un creador, nunca un copista.

AL ser humano le cuesta mantener el rumbo, como a las moscas.

LLEGAMOS a la hora exacta, como cuando uno tiene cita con el médico. Nos abrió la puerta una doncella con uniforme negro y cuello de encaje blanco almidonado, como un postre de nata. Nos pasaron a un salón doble suntuoso, con las paredes literalmente congestionadas de pinturas y muchos muebles buenos por medio. Allí nos dejaron solos un rato. No había llegado nadie todavía. M. y yo no nos atrevíamos a mirarnos para no parecer indiscretos, quizá por temer que nos estuvieran espiando por un agujerito practicado en el ojo de alguno de aquellos retratos. Mirando cada uno a un rincón diferente, M. me reprochó, sin mover los labios, en un murmullo inaudible: «Tú y tu manía de la puntualidad». Cuando llevábamos cinco minutos, nos dijimos: «O se están peleando en el dormitorio, o quizá sería mejor irnos y volver dentro de un rato». «Teníamos que haber llegado un poco más tarde», volvió a suspirar con pesadumbre M. sin mover ni un solo músculo de la cara. Seguimos solos otro par de minutos. No nos hablábamos más que de aquella manera, como los espías. No funcionaba el aire acondicionado y estaban las ventanas cerradas. Empezamos a sudar a mares, y aunque no nos lo comunicamos, pensamos los dos lo mismo, por los gestos que hacíamos, ahuecando las axilas, como hacen las gallinas con las alas cuando se quieren dar importancia. Entonces apareció un camarero. El camarero era como el *pendant* de la doncella, porque vestía una chaquetilla blanca, y llevaba una pajarita negra torcida, como angustiada, y guantes blancos también. De algodón. Daban ganas de saludarlo y darle la mano, para

quitarnos el sudor. Por suerte, pensó uno, la ministra es mujer, y no habrá que estrecharle la mano sudorosa, y bastará con un par de besos. Pero también sudaba uno por la frente.

Para no ponernos nerviosos y no sudar más aún, nos centramos en contemplar las vistas, que eran increíbles. No queríamos distraernos con los cuadros. Uno ha pensado siempre, al pasear por esa calle, en los privilegiados que vivirían en estas casas, con todo el paseo de Rosales, la Casa de Campo y la sierra del Guadarrama para ellos solos. Se ve que uno piensa siempre en los demás. En Trujillo tienen la casa en la que pensábamos cuando paseábamos en las noches calurosas de verano. Vagábamos nosotros de un lado para otro para distraer el calor, y al pasar cerca de su casa, oíamos detrás de los altos muros el ruido de los chapoteos de su piscina y el de los dados de hielo en sus vasos de cristal. Podía distinguirse la clase de whisky que se estaban tomando solo por cómo sonaban los cubitos. De los muros sobresalía una tupida y umbrosa arboleda que aún hacía más fantástico aquel rincón. Esto sucedía antes de que compraran ellos aquella casa, cuando estábamos remendando nosotros la nuestra en Las Viñas. Y en Madrid lo mismo. Se ve que se han especializado en vivir casas codiciables.

La Casa de Campo y la sierra del Guadarrama eran extraordinariamente hermosas desde esa altura. A lo lejos, en la línea del horizonte, algunas luces que podían ser lo mismo de una bahía que de unos pescadores de bajura que estuviesen faenando, proporcionaban al paisaje un aire fantasmagórico y poético. Aquel panorama formidable no tenía límite ni se saciaba uno con él. Estaba atardeciendo, y por eso las luces que se veían parecían envueltas en esa bruma azul que empaña los atardeceres calimosos del verano marítimo. Aquello era algo magnífico, un privilegio. No nos apartábamos del cristal de la terraza, como si no pudiéramos saciarnos al mismo tiempo de tanto panorama. A un lado el seminario viejo, la Almudena, el Palacio y la cúpula de San Francisco, y por el otro, la sierra, y al frente la dehesa real hasta, como digo, Navalcarnero y Extremadura.

Si se detiene uno a mirar un cuadro, es comprometido. Pueden aparecer los dueños y preguntarle a uno qué le parece, y es casi seguro que tendrá uno que mentir. O puede que al observarlo tan detenidamente crean que lo está uno tasando. En cambio, admirar un paisaje es de lo menos comprometedor que haya, primero porque los paisajes, aunque los disfruten solo unos pocos, son de todos, y en segundo lugar porque la mayor parte de quienes disfrutan en exclusiva un paisaje creen que no vale mucho, porque lo tienen todos los días y

es de todos.

Se hizo de noche pronto, y aparecieron al fin. Era difícil saber si salían de una pelea matrimonial, porque traían en la cara una sonrisa de irreprochable gentileza. La verdad es que no les conoce uno mucho, de dos o tres veces, pero se mostraron tan simpáticos, que hicieron que nos sintiéramos al punto algo más distendidos, en cuanto besé a la ministra y palmeé estratégicamente la espalda del anfitrión antes de darle la mano.

Ella viste siempre unos trajes muy característicos, porque parece que va disfrazada de alguien de la pandilla de Peter Pan. Son, diríamos, su imagen corporativa. En esa ocasión llevaba un vestido medio hindú precioso, con una tela muy suntuosa, que no le habíamos visto nunca en televisión. Como sus trajes son tan originales y llamativos, se fija uno en ellos más que en los de las otras ministras, y por lo mismo, cuando no los varía, piensa uno que tendrá un vestuario limitado, porque el sueldo no le llegará para más.

Ella es una persona encantadora, inteligente y cariñosa. Cuando le conté a mi hermano, que es de Comisiones Obreras, sección Enseñanza, que iba a cenar con la ministra del ramo, me dijo que será encantadora, inteligente y cariñosa, pero que las leyes de la Enseñanza que ha propuesto son una vergüenza para este país, y que favorecerán una vez más a los colegios privados y a los colegios de curas. Otros no le perdonan que habiendo sido de izquierdas y habiendo militado en un partido comunista, esté ahora en un Gobierno de derechas, y apoyando la guerra de Irak con mucho énfasis. Yo les digo que tienen razón en todo eso, pero también que ha sido una buena ministra de Cultura, acaso una de las mejores hasta ahora. Quizá en Educación no lo haya sido en absoluto, pero en Cultura su mérito es innegable. Por primera vez desde 1982 hay al frente de ese ministerio personas que tienen que ver con la cultura, que no son unos improvisados. Unos son escritores, o historiadores, o poetas, o productores, y bien poco sectarios. La mayor parte de ellos lo ha confirmado de este modo porque han seguido dando las prebendas a los mismos que las obtenían del Partido Socialista, para no tenerlos descontentos. Cuando gobierna la izquierda, esta suele considerar que la cultura es algo de su propiedad, y cuando lo ha hecho la derecha ha solido darles la razón, por su dejadez, hasta ahora. Entre la izquierda ha habido algunas protestas, pero en sordina, porque de una u otra forma, han seguido comprobando que las subvenciones siguen cayendo de su lado. Algunos se extrañan de que uno, que no les ha votado nunca ni es probable que les vote jamás, vea con simpatía su gestión cultural. En lo que a uno concierne ni aquellos le han dado ninguna prebenda

ni se la darán estos. Cuando gobernaban los socialistas se organizó alrededor de la señora del presidente una pequeña corte de arribistas que la admitieron en sus salones y tertulias intelectuales. Jamás lo habrían hecho de no haber sido la señora del presidente, una profesora de instituto como tantas. ¿De cuándo acá la crema de la intelectualidad española, los pijos y señoritos de la izquierda española, tan elitistas, se habría rebajado con una profesora de instituto, desde su punto de vista, tan plebeya? Cuando su marido salió del Gobierno y entró la derecha, muchos pensaron que esa corte, en solidaridad con la tertuliana, querría saber poco del poder triunfante. Pero no, a los pocos meses estaban ya todos recolocados con las nuevas autoridades, haciéndose con ellos unas risas, como suele decirse, y diciendo que lo importante era estar de acuerdo en lo fundamental, o sea, en la buena literatura y el arte bueno, es decir, en las subvenciones, y estas siguieron llegando regularmente, y las invitaciones a los institutos Cervantes, las ayudas a la edición y a la traducción, las conferencias, las revistas pagadas, en fin, el pequeño festín. Hace tiempo alguien, que se había arrimado a ellos como antes había estado con los otros, le dijo a uno: «Ahora, con tus amigos en el poder, te hincharás a viajar por los institutos Cervantes»... No, le dije, ni antes ni ahora, pero está bien como está. Si viajara uno tanto, si estuviera uno pelando la pava con la señora del presidente de turno para camelársela y hacer que nos invitaran a las *«bodeguiyas* del mundo entero, uníos», no escribiría tanto como escribo, y el poeta gomero no podría escribir los libelos que escribe. En fin, se quebraría el bibliosistema.

De modo que aunque solo fuese por cortesía, uno agradece haber estado allí frente al magnífico paisaje madrileño. Después de treinta años viviendo en Madrid es la primera vez que hemos visto un panorama tan sublime, tan velazqueño, y quién sabe si volveremos a verlo nunca. Por otro lado no es tampoco demasiado grave contemplarlo desde el ventanal del apartamento de una ministra a la que no ha votado uno, interesada ella quizá en conocer la opinión de uno sobre las cosas de la cultura, cosa que ninguno de sus predecesores, a los que en cambio sí ha votado uno, quiso saber en su día. Claro que pensado en frío, se dice uno, humildemente: ¿y por qué iba a querer nadie conocer nuestra opinión? Cuando Ortega se ponía a escribir en los periódicos, empezaba siempre por una frase de este palo: «Me preocupa hondamente que los españoles formen de este asunto opinión equivocada, que paso a aclarar...» No es probable que España dependa de lo que uno pueda aclararles. Así que... ¡qué bonito estaba aquel paisaje que fuimos viendo ensombrecerse poco a poco, con aquella majestad de una gran carroza negra tirada por un tronco

de doce caballos, también negros!

No teníamos demasiada confianza con los anfitriones, y solo deseábamos que llegaran cuanto antes los demás, para diluir un poco la reunión. El director del Prado, el director de Bellas Artes, el amigo X, que acaso sea el futuro director de la Thyssen, el director del Reina Sofía... Nosotros veníamos como amigos de JM. En fin, su «equipo». Solo yo estaba allí en representación del «enemigo». Todo transcurría bastante agradablemente, porque los lugares comunes son a la conversación lo que la soda a las bebidas alcohólicas. Íbamos por el segundo plato. La ministra quiso sentarme a su lado, lo que el pequeño hombre de mundo que todos llevamos dentro valoró convenientemente. Como no éramos demasiados, unos diez o doce, se podía tener una sola conversación. Cuando la ministra hablaba, los demás callábamos, cosa que ocurría con bastante frecuencia, porque es una mujer con carácter y tiene opiniones formadas sobre muchas cosas, con infinitas reuniones sobre materialismo histórico y dialéctico a sus espaldas, para dejarse achantar por nadie. Y por esa razón cuando hizo la pregunta, yo noté en las tripas una violenta contracción de la que nadie se percató, por quedar bajo el mantel:

—¿Y tú por qué has apoyado la huelga general del 15J?

Miró a sus comensales complacida para ver cómo había sido recibida su pregunta, y estos la recibieron con jocunda felicidad, palmeando incluso la mesa, como cuando «la seño» da permiso al parvulario para lanzar pelotillas de papel. «Sí, sí, que lo explique».

La pregunta llevaba por debajo, como algunas piezas musicales, a modo de bordón, un moscardoneo oscuro pero inteligible: «¿Y cómo tú, que estás sentado a esta mesa comiéndote esta magnífica merluza, sufragada por un sueldo que paga el Gobierno, has apoyado la huelga general con la que la oposición trató de darnos por saco el 15J?».

Lo que resultaba increíble es que se hubiese enterado, porque salió en una encuesta insignificante, que publicó un periódico de segunda fila. Se ve que los ministros tienen todos su policía, como Fouché, que los mantienen informados con pormenor.

Que eso se lo pregunte a uno un amiguete no significa lo mismo que se lo pregunte una de las ministras de un Gobierno al que uno querría ver fuera del poder, por eso yo creo que no era muy elegante hacerlo, estando uno en la mayor minoría, o en minoría absoluta, si se puede expresar una cosa así. Y con todo no, no era una impertinencia, aunque tuviera mucho de inconveniente.

Se hizo un grandísimo silencio. Nunca creí que fuese a añorar no haber recibido muchas más lecciones de materialismo dialéctico e histórico. Todos estaban pendientes de lo que fuese a decir. Cómo le

habría gustado a uno ser sutil y haberles envuelto de tal manera en los razonamientos, que, después de eso, la ministra y su equipo corrieran a la cercana Moncloa a presentar su dimisión. Hay siempre tantas razones para hacer una huelga general...

Carraspeé como los malos oradores, tomé impulso y ya sabía yo que no era una buena frase incluso antes de soltarla allí, pero procuró uno que saliera en buen plan, con sonrisas y buen rollito: «La verdad», les dije al fin, «es que todos vosotros sabéis para qué sirve una huelga general, porque todos habéis sido de izquierdas antes de haceros de derechas. Yo la he apoyado porque hay que estar con los que tienen menos, con razón o sin ella. Luego, si no la tienen en absoluto, ya se verá. Ahora, lo que no se habrá visto nunca es que las huelgas generales las hagan los capitalistas...».

Esta palabra, Dios mío, no se me tenía que haber ocurrido, porque su uso denigratorio está ya completamente desprestigiado y desaconsejado.

Algunos miraban al plato porque aunque había buen rollito podía torcerse la cosa, y creo que temieron una salida de tono. Lo estaban sintiendo por mí, pero la mayoría miró a la ministra como los que dejaban hace cuarenta años a su excelencia que tirara sobre el faisán que salía fácil, aunque algún otro la miraba para que me indultara como a los toros bravos.

La ministra tomó la palabra. En realidad, como me tenía al lado, puso su mano sobre la mía. Yo respiré un poco más tranquilo, porque vi que lo nuestro podía ir de amor, y entonces dijo, sin levantar su mano de la mía, apresada contra el mantel, que lo de la huelga era una cosa ya muy antigua, del siglo XIX. En realidad no es que buscara amor amor, porque notaba su mano sobre la mía como la habría notado un panecillo, pero agradecí aquella muestra de cariño delante de todos sus colaboradores. Pensaba, de acuerdo, seréis su equipo, pero aquí el único que está hablando de política con la señora ministra soy yo, y ella, aunque sea incluso delante de M., me tiene cogido de la mano, y a vosotros no.

A la concurrencia le pareció un argumento incontestable lo del siglo XIX, y lo aprobó con ruidosos palmoteos y asentimientos, como pasa en el parlamento inglés cuando habla el jefe de filas, que inmediatamente hay por allí media docena de pelotas que menean la cabeza diciendo, «Eso, bravo, así se habla, muy bien, dale cera, caña al mono».

En cambio, mientras los demás pensaban en el siglo XIX, yo solo pensaba, muy siglo XIX también, en cómo retirar mi mano delicadamente de debajo de la suya, sin que aquello pareciese una

grosería, porque no estaba muy bien aquel flirteo, aunque fuese político, delante de mi señora.

Entonces tuvo uno una iluminación. Parecía un cambio inesperado y radical en los terrenos de la lidia. «¿Cómo se llaman esos que estuvieron acampados durante un año en la Castellana, como una tribu de gitanos, protestando de la estafa laboral que la empresa quería hacerles?», pregunté deslizando mi mano por el mantel y deshaciendo nuestro vínculo.

Nadie comprendió al principio qué podían tener que ver los señores obreros de Sintel con nuestra cena, con la ministra y con su mano y la mía sobre el mantel, que había caído de nuevo, no sé cómo, bajo su amoroso dominio.

Varios contestaron a coro la palabra Sintel, como si se tratara del coro de una zarzuela: Sintel, Sintel, Sintel. «Bien», les dije yo. «Se pasaron un año metidos en tiendas de campaña y barracas improvisadas porque cerraron la empresa. La policía trató de desalojarles cincuenta veces, hasta que la presión social fue lo bastante fuerte como para impedírselo. Dormían allí, hacían sus necesidades allí, se lavaban delante de la gente, las mujeres iban a llevarles la comida y a los hijos, para que los vieran un rato. Todo como en el siglo XIX. Solo cuando les concedieron lo que pedían se fueron a sus casas, no antes. De no haber luchado de aquella manera, tan decimonónica, como los mineros de Gales del siglo XIX, la patronal, la policía y el Gobierno les habrían robado la mitad de lo que era suyo...».

Incluso a mí me dieron ganas de ponerme en pie y terminar el mitin como Dios manda, inflamando el verbo y pidiendo ir corriendo a las barricadas, a las barricadas, por el triunfo de la Confederación, pero el calorcillo de aquella mano me retuvo sentado y mirando, ahora sí, a todo el mundo, con una sonrisa de comprensible complacencia, y de triunfo.

Se hizo un silencio incómodo para todos menos para uno y para M. Busqué de inmediato su mirada. Leí en sus ojos, en las chiribitas que se le desbordaban, que había estado muy bien y que contaba con su camaradería y su confederación. Me sonrió como las princesas que salían a los balcones a echarles flores a los héroes de las ínclitas razas ubérrimas que volvían de donde fuera, y creo que, como yo, se habría puesto de pie y hubiese empezado a aplaudir como una loca si hubiese habido allí un poco más de confianza. Ni siquiera le importaba ya qué hacía mi mano con la de la ministra.

En unos instantes las fuerzas aguerridas de la ministra se pusieron en pie de guerra, esperaban algo más, y eso llegó.

—Bueno, bueno, pero de todos modos te queremos igual... —y le dio un par de cachetitos a mi mano, antes de dejarla sobre el mantel como a una pura doncella que, pese a todos los ardides, había sido capaz de resistir las acometidas a su virtud—. ¿No es así, chicos?

Les llamó chicos, porque entre los colaboradores presentes de la ministra no había ninguna chica, y las consortes debían de contar, pero menos.

Nos lanzamos todos al tobogán de las risas, y olvidamos las procelas de la política en las que habíamos estado a punto de zozobrar. Por suerte para todos se cambió de tema. Yo creo que lo que acababa de suceder era de todos modos mucho más importante para uno que para los demás, y como en un salón donde se valsan los concertados y aparatosos bailes de sociedad, cada cual cambió a un tiempo de cháchara y de pareja con quien sostenerla.

En la sobremesa se ponderaron mucho las pinturas de la casa, pero por suerte nadie en esa ocasión nos pidió nuestra opinión, lo cual nos habría puesto en otro compromiso, ya que habían desaparecido los maravillosos paisajes de la Casa de Campo de los grandes ventanales del salón, y de arte cada cual tiene sus propias ideas.

Tomando café salieron muchos pequeños asuntos de Estado a colación. La ministra contó, por ejemplo, cómo esa misma tarde se había entrevistado con CH., antiguo aspirante a la Corona de España, como jefe de las mesnadas carlistas. La mayor parte de los presentes pensaba que ese señor ya había muerto. De hecho murió cuando abdicó en su primo el rey. Quizá antes, cuando se convirtió al marxismo leninismo sin renunciar a la corona, allá por los años sesenta. Le dieron entonces también muchos seminarios de materialismo dialéctico, porque del histórico estaban al cabo de la calle desde la traición de Vergara. En el colegio circulaban cada año unos calendarios con su efigie, que traían los alumnos navarros. Allí era muy popular. Ahora quiere hacer entrega al Estado de todos los archivos de los que dispone su casa real. Cuántas novelas en esos legajos, pero quizá pasen cinco o seis siglos hasta que vuelvan a ponerse de moda las novelas de tema carlista, como tardaron cinco siglos en ponerse de moda las novelas de asunto medieval. La ministra contaba bien los pormenores de ese asunto y de otros. A la salida M. decía, «me cae bien esa mujer, ¿cómo se habrá hecho ministra?». Una pregunta como esa no tiene una respuesta sencilla nunca. Es comprensible que alguien que tiene un proyecto concreto de mejora del país quiera llegar al cargo desde el que pueda aplicarlo; lo más extraño serán de todos modos las alianzas que tendrá que hacer para llegar a él, y una vez allí instalada, las lealtades que se le exigirán

sobre asuntos que sin duda ni son de su incumbencia ni son de su creencia, empezando por el trono y el altar, y acabando por los cuarteles.

Nos despedimos como buenos amigos. En el portal habían instalado una mesilla con un flexo y un transistor donde montaba la guardia un policía. Eran las doce de la noche. A las doce menos cinco todo el mundo se puso en pie, y nos retiramos. Caminamos a lo largo del paseo de Rosales, acompañando a JM. y M. hasta su casa. Hacía una noche templada y la brisa nos acariciaba la nuca. De las colinas cercanas nos llegaba el frescor de la hierba y el abaniqueo que nos enviaban las hojas de los árboles. Nos cruzamos con dos o tres noctámbulos que sacaban a esa hora a pasear a sus perros. Cuando apenas llevábamos andados unos metros, nos sorprendió un ejército de cucarachas, que corrían despavoridas de todas partes. Se diría que volvían de una misa negra, y nos ocurrió a nosotros lo que a nuestra buena amiga X con las palomas, y así fuimos dando saltos hasta la casa de JM., sin levantar los ojos del pavimento, cuando había tantas estrellas en lo oscuro.

EN realidad de lo que tenía que estar hablando ahora es de la calle, y de lo que en el tramo que hay entre la casa de RG. y C. y la nuestra sucedió.

Estaban paseando los policías un precioso perro lobo, un ejemplar joven y bien cuidado, entre los coches aparcados por la zona, en busca de explosivos. La verdad es que la escena inquietaba, porque uno no puede dejar de preguntarse: ¿Llegaré a casa para tomarme un té, o me llevarán directamente al Instituto Anatómico Forense, tras la explosión? El perro hacía animoso su trabajo, contento. Los dos o tres policías que iban con él, igualmente jóvenes, disfrutaban con el animal tanto como este con los explosivos.

No dejaban ni un rincón sin escrutar. Cuando estaban en esa pesquisa, pasó cerca del perro una chica joven, seguramente una de las secretarias o funcionarias que trabajan en alguno de los juzgados que hay alrededor de la plaza de París. Entonces el perro detuvo su olfateo y se acercó zalamero a la joven, empeñado en olerle debajo de las faldas, quizá porque tuviera el periodo. Fueron unos segundos muy embarazosos para todos. Cuando el guardia que llevaba de la correa al perro lo advirtió, tiró de ella y le riñó, y él y la chica, más o menos de la misma edad, se pusieron colorados, y se rieron, y uno de los dos, no recuerdo quién, dijo: «¡Ay, estos perros!». Ella era una chica menuda, con el pelo corto, y una figura muy bonita, igual que su cara, no creo

que llegara a los treinta años. Y él, uno de esos policías altos y fuertes que sacan en los anuncios de policías y bomberos. Hubo entre los dos una corriente eléctrica, como un chispazo, que les hizo llegar mucho más lejos de donde hubieran podido imaginar un segundo antes. Y entonces, cuando la chica, un poco asustada aún por la intromisión canina, se disponía a seguir su camino, el policía le dijo: «A *Rocky* solo le gustan las mujeres guapas... Como a mí». Y esa frase, que la chica aceptó con una sonrisa maravillosa, fue al lenguaje lo que los primeros botones de los castaños a la primavera.

NOS contaba el hijo del estridentista hojalatero mejicano cómo conoció él a Picasso. Este, que había tratado mucho a su padre, le había dado hora a mediodía, y para hacer tiempo, se pasó por las Pulgas. Allí encontró por casualidad un gran maniquí de hojalata de su padre, que había trabajado como figurinista del teatro de vanguardia en París, antes de la guerra. El hijo reconoció, claro, el trabajo de su padre, y lo compró por unos *sous*. Se volvió loco de alegría. Era la cabeza de un caballo, de gran tamaño, para que un actor se la pusiera sobre los hombros. El problema que surgió a continuación es que no le daba tiempo a pasarse por el hotel para dejar la cabeza y marchar a continuación a casa de Picasso. Solo pensaba: qué gran día ha sido este, he comprado una obra de mi padre, y Picasso me va a recibir.

El muchacho le llevaba al pintor saludos de su padre y de otros artistas mejicanos que habían hecho la parisada con él, en los felices veinte y treinta.

El chico iba pensando que cuando llegara a casa de Picasso, le abriría una criada o algún secretario. Entonces le entregaría la cabeza y le pediría que se la guardara hasta que volviera a marcharse.

Sin embargo, cuando llegó al taller de les Grands Augustins y llamó a la puerta le salió a abrir el pintor en persona, y al ver al chico con la cabeza de hojalata, exclamó lleno de alegría:

—Qué maravilla, una escultura de tu padre. Con las ganas que he tenido siempre de tener una.

Al chico no le dio tiempo a decir que no era para él, pero cómo se le podía decir a Picasso algo así.

Picasso, que era un hombre muy largo, debió de notar algo extraño en aquello, y antes de que terminara la visita cogió tres o cuatro cartulinas grandes, y allí, sobre la marcha, improvisó eso, tres o cuatro picassadas, que le entregó como compensación al decomiso, y le dijo:

—Toma, con esto tendrás para arreglarte en Europa una

temporada.

Y así fue, nos dijo. Vino a Europa para quedarse un mes, y aquellos papeles le alargaron la estancia un año.

La anécdota no sabemos si estará o no un poco exagerada. Fuesen tres, cuatro o una solo las obras que le dio, lo que es muy bonito es poder ser como los monederos falsos, que guardan en el desván o en el sótano la máquina de hacer billetes. Esa posibilidad la siguen teniendo algunos pintores. Y esa capacidad de improvisar, como los volatineros, decirle a alguien, espérese ahí un momento, verá qué cabriolas más bonitas me verá usted hacer. La verdad es que para Picasso fue una gran bendición haber nacido en el único siglo en el que dar vueltas en el aire se ha considerado una de las grandes obras de arte. Y qué presunción. Sinceramente ve uno menos humillante, y desde luego más digno para su propia obra, que hubiese ido a su dormitorio o donde demonios guardara el dinero y hubiese vuelto con un montón de billetes, y regalárselos. Pues si a Gómez de la Serna le tocó en suerte una época en la que perder el tiempo gratis era una obra de arte, a Picasso le tocó la misma, aunque administrada en otra ventanilla, aquella en la que se cobraba por perderlo, y desde luego no le cabe a uno la menor duda de que esos dibujos, improvisados así, no eran más que garabatos de virtuoso, como quien arranca de un piano vertiginosas escalas sin sentido, únicamente para asombrar a los paletos y contribuir a la propagación de una leyenda. Y desde luego que en toda leyenda de esta índole hay algo bonito, como en los cuentos de hadas o en los del rey que le da unas monedas de oro a un pobre desconocido.

ESTO no es, como creíamos, ni un diario ni una novela. Ni siquiera una dianovela o un novelario. Esto, señores, no es más que un vidario, el lugar en el que concurren los sueños y las vidas de las gentes, de modo que podríamos también apodar a su autor como «el soñabundo».

LOS hombres levantaron catedrales y Bach escribió sus cantatas porque tenían fe. Si la gente canta ahora en las iglesias esos remedos yeyés es porque han empezado a tener serias dudas sobre la existencia de Dios. Y ni que decir tiene que cada vez que oímos a Bach o entramos en una catedral con cierta disposición de ánimo, Dios resucita.

ES maravilloso. Desde que hay emigrantes colombianos, ecuatorianos, bolivianos en España, ha vuelto un trocito de la verdadera lengua de Cervantes. Esta mañana, por el telefonillo, oímos que alguien decía: «Traigo una encomienda para el señor Andrés». Me entraron ganas de calarme la celada y meterme en el peto, llamar a mi amigo y pedirle una de sus cornetas para recibir a tan feliz mensajero con los máximos honores militares, tal y como le habría gustado al señor Miguel que se recibiese a un héroe de Lepanto.

LO tiene uno comprobado, pasan semanas y meses sin que nada haya alterado nuestra vida diaria, y de pronto se agolpan en un día acontecimientos que podrían darnos recuerdos para un año. Recuerdos poco memorables, de todos modos, teniendo en cuenta que la vida de uno se desarrolla en los arrabales de la historia. Lo ha dicho uno otras veces: siendo trapero, ¿quién querrá oírnos contar nuestras peripecias? Cuando después de haberse uno declarado trapero de la historia llegaron a nosotros los escritos de Benjamin acerca de la filosofía del trapero, qué contento se llevó uno, sobre todo aquel Andrés Trapillo de doce o trece años que escribía en una carpeta azul ese su verdadero nombre. Trapo Viejo. Me habría gustado presentarles ese escrito de Benjamin a todos cuantos hasta ese momento le había llamado trapero por hacer burla del apellido. Les habría dicho, eh, hermanos bobos, conmigo podréis muy bien meteros, ¿pero os atreveríais a hacerlo con Benjamin? Como son cobardes por naturaleza, habrían hecho sus mohínes taimados, mientras maquinaban ya un nuevo escarnio.

Eso es lo que ha hecho uno toda la vida, cuando lo piensa bien: recoger en sus márgenes lo que la vida y sus amos desecharon, en el Rastro, en la literatura. Incluso los amigos los ha ido uno a escoger entre aquellos que están lejos de los poderosos, lo mismo se trate de escritores, poetas, músicos, pintores, lagareros o libreros de viejo. Lo hemos hecho algunos con los que llamaban escritores menores, con los libros de viejo, con los muebles viejos. Al pasar junto a un contenedor, la mayor parte de la gente se aparta o pasa de largo, para no mancharse; otros, sin embargo, miran, o se meten en ellos. Porque eso de lo que otros se desprenden es tanto o más valioso que aquello que nos llega de nuevo. Cuando nosotros empezamos nuestra jornada, la literatura había tirado en los contenedores a escritores como Galdós o Juan Ramón Jiménez o Azorín o Unamuno o Manuel Machado. Eran los muebles buenos que una generación encontraba ya anticuados, y querían cambiarlos por otros infinitamente peores, cromados y de formica, más rutilantes, lo mismo que hicieron con sus casas viejas del

centro de las ciudades para irse a las funcionales urbanizaciones de las afueras, o cambiaron sus decrépitos caserones del campo por apartamentos horteras en una playa. Y qué cómico, luego, ver a estos árbitros de la elegancia tratando de recuperar a escondidas todo aquello que un día tiraron por la ventana, para hacerle creer a todo el mundo que en realidad lo conservaban en un guardamuebles, si acaso no tienen la desvergüenza de afirmar que jamás se desprendieron de ello, cuando lo cierto es que a menudo tienen que pagar precios fabulosos para mantener esa ficción. Y así vemos cómo están volviendo a JRJ, a Galdós, a Baroja, a Azorín, a Unamuno, y no precisamente con la cabeza gacha, sino como si fuesen los administradores únicos de esas fincas. Pero lo cierto es que adonde vuelven es a nombres, no a obras, ya que estas no han perdido ni perderán su naturaleza orillada, su radical marginación. Alguien me preguntó una vez: ¿No te molesta compartir tu admiración por JRJ con Fulano? No, le dije, es difícil compartir a JRJ con él, porque Fulano quiere a JRJ para otra cosa. Y aun así ha de gustarnos que Fulano haya vuelto a JRJ, porque a alguien se lo descubrirá.

El propio Benjamin era un trapero, un filósofo que todos orillaron en su momento a los márgenes de la universidad, de la filosofía, y finalmente de la vida. Tuvo incluso que morir en un pueblecito también apartado de todo. Y lo mismo, es bueno que la gente se acerque a Benjamin, y a los muebles viejos, y a las casas decrépitas del campo, y al campo.

HAN sido tres de los más inolvidables días que hayamos pasado aquí nunca. Si fuésemos rusos estaríamos ahora encendiéndole velas a un icono y dándole gracias a Nuestra Señora de las Batallas de Kiev por haber recibido tantos dones de la vida. Y si uno fuese un escritor mejor, me dejaría barbas, como Tolstoi, y escribiría en estos cuadernos las más dulces páginas en honor de los amigos del alma, que acaban de irse. Son, como si dijéramos, amigos del alma rusa, que es el grado supremo de las almas.

Imaginemos la alegría corporeizada, y sabremos de qué estamos hablando. No hay alegría elevada que no sobrevuele una melancolía de fondo, una tristeza propia, que viene a ser en la conducta de cada uno de ellos como los campos esos de que hablaba Tolstói en *Ana Karenina*, y que el propio Tolstói gustaba segar personalmente cuando llegaba el buen tiempo tanto para someter con el ejercicio físico sus pasiones desatadas como para desatarlas con alguna de las siervas que vivían en sus predios. Y eso fue su llegada, la tromba de la alegría

entrando en casa. Y aunque la tristeza queda abajo, podía vérsela de vez en cuando, como la hilera de un hormiguero que de pronto se deshace, con patente desconcierto de la formación.

Llegaron el Jueves Santo a media tarde. Venían riéndose desde Murcia, como escolares que han decidido hacer pellas y a los que no hay cosa de las que emprendan, mientras están en la infracción, que no les llene de entusiasmo. Hasta perderse en estas callejas, antes de dar con la casa, les llenó de un infinito jolgorio, como si no llevaran en la carretera más de ocho horas.

Sabiendo que llegaban de tan lejos la verdad es que deberíamos haberles esperado en la puerta con un pan y un platito con sal, vestidos con pollera y zahones y cantando regionales, porque el mérito suyo de haber llegado sanos desde tan lejos nos llenó de admiración y gratitud.

Solo alcanzamos a tenerles preparada una cena con productos extremeños escogidos, de los que dimos cuenta pegados al fuego de la chimenea de la cocina. P. y E. ya habían estado aquí una vez.

(…) LA novedad ahora eran E. y su mujer M. Y donde esté el amigo E. se paraliza la vida y se pone a su servicio como si fuese el emperador de China. El agro, el mundo pecuario, los estamentos minerales, en fin, los tres reinos de la naturaleza reconocen de ese modo, echando una rodilla en tierra, la admiración que les causa fenómeno tan extraordinario nacido de su propio seno. Como cuando en un pueblo cualquiera nacía un gigante a quien no había otra que reconocer sus descomunales virtudes.

R. y G. nunca habían visto juntos a E. y P. tanto tiempo ni en temporada alta, quiero decir, tan ingeniosos, con tantas o.p.m. (ocurrencias por minuto). Porque dijeran ellos lo que dijeran, observaran lo que observaran, todo parecía tocado de la gracia divina, con esa finura murciana, país lejano fino donde los haya. Polvoriento tal vez, pero tan fino, como observaba Gaya, que a finura no hay ningún otro que lo gane. E. y M., las mujeres de P. y E., asistían a los alardes de sus maridos complacidas, y nos miraban a nosotros más que a ellos, por tenerlos acaso más vistos y estar habituadas ya al repertorio, pero incluso a ellas, que disfrutaban viéndonos como esas madres que miran complacidas cómo otros disfrutan de los guisos que han preparado más que comiéndoselos ellas mismas, incluso a ellas les sorprendían las cosas que E. y P. decían, quizá porque el hecho de tener un auditorio tan entregado y virgen les avivó el ingenio de modo que se superaban a sí mismos sin esfuerzo. Estaban, como suele decirse, sembrados. Y en cierto modo para E. y M., sus mujeres, era como una pequeña compensación a tantos días de ensayo a lo largo de

la vida, un estreno en una plaza agradecida como la nuestra, que aplaudía todos y cada uno de los alardes, todos y cada uno de los juegos de palabras y enormidades inspiradísimas.

De pronto R. dio con el quid del asunto: «Sois Walter Matthau y Jack Lemmon».

(…) AL día siguiente, o sea, antesdeayer, Viernes Santo, habíamos preparado una excursión por el desfiladero de Monfragüe para ver los buitres. A cuenta de los buitres hiló P. unas cuantas frases hilarantes, debidamente replicadas por su amigo E. Se turnan en sus papeles con mucha versatilidad, y unas veces el de la vis cómica es uno y otras otro, y de ese modo ya ninguno de ellos sabe quién es, y pueden fingirlo todo, como esos actores que salen con que no quieren que se les encasille en ningún papel.

Salimos por la mañana y pronto nos sumamos a una caravana de coches de todas clases. Se habría dicho que todo el mundo había tenido la misma idea de ver buitres. Era un jubileo constante, y marchaban en fila nuestros dos coches entre otros cientos. Cuando llegamos al lugar desde el que se suelen ver las ruedas de los buitres, nos bajamos y caminamos con suma precaución por el arcén, por temor a ser arrollados en aquella carretera estrecha, inadecuada para admitir a cientos de curiosos de toda España como nosotros. Y eso es lo que debían de intuir ya los buitres, a saber, que a alguien le atropellarían o se caería por el barranco, porque de otra manera, ¿a qué santo van a pasarse el día sobre aquel lugar dando vueltas y vueltas, si no por esperar a los turistas que allí pierden la vida atropellados y que seguramente les servirán de almuerzo?

El campo estaba precioso y E. con la gran exaltación lírica que traía desde la víspera, desde que admiró en el cielo la luna de Parasceve y confesó que no había visto una luna como aquella desde los días remotos de su infancia, en aquella casa del campo que tantas veces ha recordado en sus poemas. Así que cuando se encontró en medio de campos que están por estas fechas verdes y floridos como los versos de Berceo, su exaltación subió un punto, si acaso eso era posible. Se levantó con la majestad propia de los personajes de la mitología, extendió su mano sobre los campos y los bendijo, y no supimos si estaba interpretando a Jacob o a Homero.

Yo creo que iba con la hiperestesia lírica agudizada también esa misma mañana. Antes de salir de viaje lo llevé del brazo y lo coloqué debajo del membrillero y le dije que se estuviese quieto. Sacudí entonces su viejo tronco y cayó sobre él una nube de pétalos que le nevó las sienes. Me dio las gracias tan efusiva como silenciosamente, y a continuación hicimos lo propio con P., oficiando el propio E. como

testigo, tal y como se hace en el *Quijote* con la vela de las armas. Y partimos a nuestro borneo los tres artistas con esa corona de flores, sin sentir vergüenza, como los que entran y salen del paraíso lo mismo que de una sala de cine cuyo portero fuese amigo suyo.

Llegamos con el tiempo justo de almorzar en Plasencia, aunque aún nos sobró algo para pasear por el pueblo. La plaza de Plasencia es muy bonita, gustando las plazas provinciales y la provincia. A esa hora muchos placentinos salían de la misa, aunque resultaba extraño, pues si las cosas no han cambiado mucho, los Viernes y Sábado Santos no se celebran misas. Quizá saliesen de visitar el monumento.

La gente, muy endomingada, paseaba sin prisa, como si estuviesen haciendo tiempo para irse a comer. Los conocidos se saludaban con unas efusiones raras, inapetentes y distantes, de personas que están ya cansadas de verse a todas horas desde que son niños. Así que había en la vida social placentina de esa hora una especie de hemofilia sentimental, un cansancio que les ha dejado exhaustos desde hace lo menos treinta generaciones.

Se estaba muy a gusto mirando las piedras negras de la catedral y los soportales del pueblo, y cuando nos entró el hambre también a nosotros, nos metimos al azar en una casa de comidas cuyos cochinillos expuestos en el escaparate, entre ramos de perejil, tenían un aspecto convincente, académico, eclesial.

La idea era acercarnos a continuación al valle del Jerte para contemplar los cerezos en flor. Cada año en la televisión española dan la noticia de que la televisión japonesa da la noticia de que un millón y medio de cerezos de la lejana España han florecido ya, y en ese punto otro millón y medio de españoles se pone en movimiento para verlos, cerrándoles el paso a los japoneses que tuvieran la ocurrencia de querer ver los cerezos antes que los aborígenes.

Y así sucedió. Nos encontramos lo menos un millón de personas que querían ver lo mismo que nosotros. No era necesario ni siquiera salirse del coche, aunque tampoco habríamos podido, porque la caravana empujaba de tal modo, que hacía impensables las paradas. La carreterita discurre al lado del río. El río es de juguete, y cualquiera podría saltarlo de una orilla a otra tomando un poco de carrerilla, y es de aguas heladas, nacido de las comisuras risueñas de Gredos. Gredos es una cordillera muy famosa en esta región, una mole imponente que empieza a elevarse de la otra parte del río. Los días de bruma es una cremallera azul, que entusiasmaba a Unamuno. Este la cantó infinidad de veces, atraído siempre por sus señeras cumbres. A una y otra orilla del riíllo hay muchas casitas modestas de lugareños y, desde hace unos años, de gentes de las ciudades vecinas, que las tienen como

quintas de recreo. Estos últimos las han fabricado con un gusto más o menos alpino que le hace suspirar a uno siempre que pasamos a su lado. Los cerezos más viejos y monumentales están la mayoría al pie de las casas viejas y tradicionales, en los huertos cercanos. Se ve que fueron los primeros que plantaron. El resto de los cerezos los han ido plantando en estos últimos cuarenta años, cuando han visto el precio que alcanzan las cerezas en los mercados.

Los cerezos de porte grande, florecidos, sobrecogen a toda clase de personas, al necio y al sabio, al sensible y al empedernido, a los viejos y a los niños, a los hombres y a las mujeres. Ante un cerezo en flor nadie, salvo la mayor parte de los novelistas contemporáneos, de la escuela de Tarantino o Paul Auster, se avergüenza de manifestar sus emociones. Un cerezo en flor es comparable a una catedral gótica o al *cantabile* sutil de una sonata. Hay algo en él tan misterioso que se vuelve sagrado.

Embarcados en la ruta de los cerezos hubiésemos seguido kilómetros y kilómetros, como cuando se queda uno al lado del fuego mirando las llamas, o a la orilla del mar contando las olas de la playa solitaria. Es verdad que el conjunto de tantos miles de cerezos impresionaba, pero el conjunto no destruía ni mucho menos la singularidad de muchos de ellos. En eso se parecían también a las olas, como cuando uno trata de columbrar si están aún muy lejos de la playa y cuál será grande... Lo más bonito es que en la ladera de Gredos los cerezos ascendían florecidos hasta cotas inimaginables, fundiéndose en color con las nieves que habían quedado allí rezagadas del pasado invierno, y la blancura de sus pétalos parecían tomarla prestada directamente de la nieve, como las abejas el néctar de las flores...

HE aquí los tres grandes cantos del universo: el ruiseñor al amanecer, la rana en el crepúsculo, el grillo en las noches de estío. Los tres ruidos más armónicos, en su asimetría, son: el surtidor de la fuente, la sirena de un barco, el campanillo de una oveja.

NOS cruzamos como tantas veces, a dos o tres kilómetros de Trujillo, en la carretera de Guadalupe, con el pequeño ramito de flores de plástico, recuerdo del accidente de coche que tuvo lugar hace ya quince o dieciséis años y en el que perdió la vida una muchacha que entonces tenía esos mismos años y la tarea de cuidar de los niños de la familia para la que trabajaba. El coche en el que viajaban fue

embestido inopinadamente por uno de esos conductores temerarios que no tienen en nada su vida ni la de los demás. En la cuneta pelada y gris de guijos cortantes, en medio del invierno, brotó entonces aquel brochazo de flores estridentes. Indiferentes a los rigores del verano, a las inclemencias invernales, al sol o a la luna, allí están esas flores, en un pequeño florero, igualmente de plástico. Alguna vez he estado tentado de detener mi coche y ver de cerca a qué clase de flores tratan de imitar y cómo han sujetado el florero a la calzada para que siempre logre estar derecho, y que no se lo haya llevado el agua, o el viento, o el rebufo de los camiones. Más que derecho o firme diríamos que está enhiesto. Los colores de esas flores no han perdido un átomo de su pigmentación primigenia, al contrario, parecería que sus malvas, rojos, amarillos y blancos son aún más rabiosos que el primer día. Acaso sean flores fabricadas en algún país asiático, híbridos de difícil catalogación. Todas parecen tener un poco de pensamientos, otro poco de claveles, de rosas, de margaritas y acaso por esa razón hay algo en ellas que nos resulta profundamente desagradable, invasivo, extemporáneo. Se diría también que allí, en el camino que es de todos, ha quedado no un cuerpo, sino un recuerdo más o menos estereotipado. Si fuese un cuerpo, lo miraríamos con respeto. Pensaríamos piadosamente en él, como piensan en nosotros los muertos que están enterrados junto a los caminos, a tenor de lo que declaran sus epitafios: no hay uno solo de ellos que no diga antes o después «sigue tu camino». Pero lo que ha quedado en esa carreterita es solo el grito del dolor, la desesperación del instante mismo en que tuvo lugar el accidente, la del minuto en que, todavía con el corazón roto, alguien, un familiar, un amigo, clavó en el asfalto esas flores compradas acaso en un Todo a cien. Sabemos que el tiempo va curando las heridas, incluso las más hondas, y aunque dejen evidente cicatriz, acaban por cerrarse a su manera, que a menudo es cerrarse para abrirse y volver luego a cerrarse. Y eso era lo que encomendábamos a las flores naturales, cuando se llevaban a una tumba, a un lugar de significativo dolor, incluso al de una celebración. Cada cierto tiempo vemos, a los pies de la estatua de Valle-Inclán, en el paseo de Recoletos, un ramo de flores naturales. Las llevan allí anónimos admiradores de sus obras, a veces actrices que acaban de cosecharlas en algún teatro madrileño. Y esas flores se marchitan a sus pies y allí se quedan marchitas durante uno o dos meses, hasta que un buen día son sustituidas por otras flores frescas. Vemos en esa restauración como una resurrección de los afectos, una manera de vencer noblemente al olvido. En uno de los puentes que cruzan el Tíber, en Roma, existe una placa que recuerda el asesinato político, en

aquel mismo lugar y hace de eso ya treinta o cuarenta años, de unos jóvenes a los que alguien no ha olvidado todavía: marchitos o lozanos lo recuerdan ramos y coronas de flores que se marchitan y vuelven a renacer al menos una vez al año.

Al ver esas flores de plástico inalterables esta mañana, igual que hace dieciséis años, y que probablemente no le dirán ya nada a casi nadie, he sentido no la presencia de una joven muerta, alguien que nos dejó cuando empezaba a soñar, sino una idea, la idea de la muerte, y me he revuelto furioso, lo mismo que si hubiese visto sentada en alguna de aquellas moles de granito redondeadas del berrocal a una figura tenebrosa, cubierta de los pies a la cabeza con un ropón negro y llevando en alto una guadaña. Y me ha parecido injusto que de ese modo tan cómodo, como quien ha puesto su dolor a plazo fijo, nos hayan estado recordando todos estos años no *una* muerte concreta, sino *la* muerte, robándonos lo que aquella carreterita, flanqueada de retamas, cantuesos y lo que llaman por aquí lenguas de buey, tiene de vida, de alegre metáfora de la vida. Me he dicho, esas flores no me están dando a alguien vivo, aunque haya muerto, sino solo la idea de la muerte. Y ha estado uno a punto de bajarse del coche y desbaratar a patadas aquel monumento a la desesperación, un monumento que han querido indestructible, como parecía indestructible el derecho de los mercaderes a vender en el templo. Porque en ese monumento de las flores de plástico se comercia con un dolor al por mayor y para gentes que van de paso con sus propios muertos a cuestas. A continuación preguntaría dónde está enterrada esa pobre chica, y llevaríamos a su tumba un ramo de flores naturales, a las que tiene derecho para renacer de nuevo en ellas mientras se van marchitando noblemente.

EN Cádiz. Lo más bonito, como siempre, son las vistas desde el hotel Atlántico. Se pasaría uno la vida en esa habitación, viendo pasar los barcos, oyendo sus sirenas, siguiendo por la noche las luces de sus antenas, los puntos suspensivos de los camarotes iluminados... Cádiz es la ciudad más hermosa de España, quizá porque no parece española, siéndolo tanto; tan italiana, tan americana, tan alejada de todas partes, en el confín de Europa. Siente uno allí que podría estar en Nápoles, si está cerca de la Caleta, o en Parma, si pasea por alguna de las calles neoclásicas, o en Cartagena de Indias o en La Habana.

Le presentaba a uno X, el buen amigo. Pero uno tenía uno de esos días charlatanescos que le van vaciando sin que se dé cuenta, porque el alma se nos desangra siempre por la cháchara banal, y entonces

cómo llega uno a ese hotel, y ni los barcos quieren estar presentes en esa hora, y se diría que todos han huido a todas partes, dejándole a uno a solas ante la inmensidad del océano como ante la inmensidad oscura de su propio vacío, de su miseria. ¿Por qué habrá hablado uno tanto? ¿Qué culpa tenían los demás?, nos decimos. Y lleva uno mal esos momentos. Me acordé del poeta enfisémico y de su torbellino, y le comprendí perfectamente. ¿Quién nos dice que no acabaremos así un día, de ciudad en ciudad, pavoneándonos entre poetas jóvenes, haciéndoles números de circo, improvisando para ellos caricaturas como los pintores callejeros de Pigalle, sin demasiadas esperanzas ya?

Hasta llegar a la saturación verbosa hubo algunos momentos buenos, sin embargo. Nos cruzamos con muchos locos. En Cádiz hay muchos locos, quizá los mismos que en otras partes, pero aquí se circulan más por la calle, pues no sienten ningún temor, lo que quiere decir que la gente los comprende mejor que en otros lugares. Son de todos los tipos, vagabundos, borrachines, gandules, pescadores que no pescan ya nada, empleados a tiempo parcial en jornadas completas, quiero decir, esa clase de recaderos que van y vienen no se sabe en qué clase de comisiones y servicios a todas las horas del día y de la noche... Fuimos a ver a un librero de viejo. Los libros viejos que se venden en los puertos de mar deberían ser un poco más caros, porque huelen todos ellos, en cuanto se abren, a mar, a yodo y algas. Algunos incluso son como las caracolas, y si se los acerca uno a la oreja, se oyen en ellos las mareas que los han depositado en estas playas. El librero era un tipo muy corpulento, alto, con las manos grandes como palas y una barba de pope griego. La voz le acompañaba también en la estampa, la tenía grave y profunda, como de remero del Volga. No trataba a nadie ni de tú ni de usted, había encontrado una fórmula que le permitía conversar con todo el mundo de una manera respetuosa pero al mismo tiempo cordial: «¿Qué buscamos?», preguntaba, o «¿Nos gusta este libro, verdad?», o «Desde luego, preferimos este otro»...

Cuando salimos de allí sin haber comprado nada, porque nada «nos convenía», nos cruzamos con otro loco. Este era un hombre risueño. Arrastraba, atados con correas, dos cajones de cartón con dulces de Medina... Lo habían comisionado para ese menester sabiendo que no se los comería todos.

En Cádiz se celebra estos días una exposición de dulces de los conventos de la región, hechos por las monjas, a la que alguien ha titulado, supongo que con alta visión comercial, «¡Qué rico, Dios mío!».

Cuando llegó la hora del almuerzo, le llevaron a uno a un sitio que

había frente al mar. Como el día era soleado, todo parecía en verdad glorioso y completo. Las nubes dejaban muchos claros azules y el azul las hacía mucho más luminosas, agitadas y blancas. Desde los ventanales se veía la bahía de Cádiz hasta Rota. Y más barcos yendo y viniendo y pasando de largo. El restaurante era en realidad la escuela de hostelería de la ciudad, y lo de menos fue la comida, que tenía menos de comida que de trabajos de fin de curso, a juzgar por el grado de sofisticación con que había sido preparada. Más que comer parecía que estaba uno poniendo notas a los diferentes manjares, y digo manjares por lo exiguas que eran las raciones, inversamente proporcionales, como ya es sabido, al tamaño de los platos en los que venían. Algo las hacía parecer a dijes y camafeos fantásticos. Pero todo lo que no se alimentó uno por la boca, lo hizo con la insaciada mirada, contemplando el insaciable mar.

Al salir del restaurante, le llamaron a uno de *El País* con la noticia de que acababan de concederle el premio Cervantes a JL. Me alegré infinito, pero al rato me entristeció un poco, porque me hubiese gustado que hubieran dado con alguien más importante para celebrar ese acontecimiento feliz. Si me han llamado a mí, me dije, es porque no han encontrado a nadie del Club de las Almendritas que quiera hablar de ello, pero no dije nada, al contrario: esa alegría ya nadie me la podría arrebatar, incluso la de poder comunicársela al mundo.

Me llevaron a unas oficinas de no sé qué de no sé quién, y allí le pusieron a uno frente a un ordenador prestado, y así, en aquel ambiente de unos que entraban y otros que salían y hablaban en voz alta, escribió uno mal que bien su pequeña contribución a celebrar a uno de los escritores más hondos y verdaderos que viven hoy día entre nosotros y que a tantos disgusta solo porque es cristiano y quizá conservador. «Alcatifa para un escritor solitario», lo titulé. Y como no me dieron mucho tiempo en el periódico para escribirlo, deduje también que habían perdido mucho tiempo tratando de encontrar a alguien para escribir sobre él, pero me ajusté al tiempo y al espacio, como si se tratara de pulir una lente en un tabuco de Ámsterdam. Media hora más tarde estaba de nuevo en la calle. Y allí nos cruzamos con otro loco. El tercero, si no llevaba uno mal la cuenta.

Era un periodista de Algeciras. Había hecho dos horas de coche, desde Algeciras a Cádiz, después de hablar con los organizadores. Hacia las seis tenía delante a un hombre nervioso que me confesó que no era propiamente una entrevista lo que quería hacer, contra lo que los organizadores me habían hecho creer. Eso le contrarió a uno lo indecible, no que no hiciera la entrevista, sino que hubiera exigido la única hora que yo tenía libre para estar en mi habitación viendo

atardecer, pues se me había olvidado contar que también atardece delante del hotel, como un pase privado de la más grandiosa película de cinemascope. Y esa tarde el atardecer se anunciaba en los carteles como de una extraordinaria belleza, que invitaba a quedarse tranquilo, en silencio, viendo la única película del mundo que todos podemos ver en versión original y sin subtítulos. Todos resultaban grandiosos, incontestables, los tenues bajíos de la caleta, el faro un poco más lejos con su espigón, dibujando el mar, las luces de Rota, al otro lado, parpadeantes como estrellas cautivas en un campo de refugiados y, claro, los barquitos, que por la tarde aprovechan para levantar un poco la voz, su toc toc, inaudible por lo general a otras horas del día. Y desde luego alguien a quien pensaba uno dedicar unos minutos, pero no un loco.

Se sacó de una bolsa un libro mío y me pidió que se lo dedicara a una chica. En realidad se lo había regalado esa chica. Él no lo había leído, ni ese ni ningún otro de uno. Y aquí le colocó a uno la historia.

Yo iba a preguntarle si la historia era larga, porque estaba viendo que el sol se acababa en el horizonte, como las dinastías. Me daban ganas de decirle: aprende del sol, sé breve y rápido.

LO que se oye en una caracola son los despojos del mar.

LOS maestros no están vivos ni muertos: están presentes.

CRUZARON la calleja una perdiz y seis o siete perdigones detrás. Muy peripuestos, con la cabeza alta, como los alumnos repipis de la clase. Pequeñitos, no más grandes que alguno de esos cartuchos que les segarán la vida.

RESULTA penoso oír decir a un político (ayer al presidente de Gobierno) que va «a barrer la calle de pequeños delincuentes». En primer lugar, ¿qué sería de nosotros sin los pequeños delincuentes, los rateros, los pícaros de poca monta, los timadores de la estampita, los trileros, los descuideros, las gitanillas, los falsos cojos y tullidos, las mujeres que aprovechando que le echan a uno la buenaventura se las ingenian para hacer desaparecer de nuestra mano las alianzas odiosas, los carteristas? ¿Qué podríamos contar? Lo único memorable, quiero decir, lo único de lo que se acuerda la mayor parte de la gente es

justamente del día en que les robaron la cartera o les dieron el tirón o les engañaron... ¿No deberíamos estarles agradecidos a los «pequeños delincuentes»? Eso, sin entrar en otras consideraciones. ¿Qué habría sido de la literatura universal sin los pequeños delincuentes, de Cervantes, de Balzac, de Kipling? Se diría que su delincuencia queda redimida en el acto por su pequeñez. Pero lo repulsivo de esa declaración lo despierta ese verbo: «Barrer». En él está contenido todo el desprecio de ese señorito que no puede evitar una mueca de asco y de desprecio cuando a la salida de misa el mendigo le tiende una mano sucia y llena de costras. Es, diríamos, el inconsciente totalitario que ha burlado las defensas represivas. Además, el político que dice una cosa como esa no sabe algo elemental: no puede barrerse a los pequeños delincuentes hasta que no se ha barrido primero a los grandes, y a esos claro que tenemos la obligación de hacerlos desaparecer del mapa, a los estafadores y especuladores, a los banqueros usureros, a los curas que quieren meterse en la vida de la gente y a los que hablan de esa manera de los pequeños delincuentes. Probablemente estos no son más que un pobre reflejo de los grandes.

WALTER Benjamin dice que en la novela el lector no puede sino calentar su vida helada al calor de otras muertes. No se podría explicar mejor.

EN una mancha negra duerme siempre, colgado para abajo, un murciélago.

LAS manchas blancas son tristes, de yesista de cementerio.

«NI Quijote ni Sancho». Lo dijo un empleado de la ferretería al darle su compañero un trozo de cinta aislante más largo de lo que necesitaba, y a continuación, cuando protestó, uno demasiado pequeño. No tenía pinta de haber leído el *Quijote,* pero nadie hubiera formulado mejor el «ni tanto ni tan calvo».

EN el autobús. Una muchacha guapísima, distraída, contenta, como uno de esos pájaros que en primavera saltan de rama en rama, sin dejar de cantar. Veinte años, morena, ojos negros, como dos azabaches

en un arroyo claro. Subió en una parada un chico de su edad. Se le fueron los ojos tras él y, como si se hallase sola, se olvidó de dónde estaba y toda ella se iluminó por dentro. La felicidad fue eso. No obstante, comprendió que comportarse de ese modo *no estaba bien*, y, corregida ya la expresión, volvió su mirada a otro lado. Al rato se levantó para bajarse. Al pasar a su lado lo miró de soslayo, bajó la cabeza y volvió a sonreír. Se acordaba de lo que había sentido minutos antes. Al saltar a la acera se hubiera dicho que el autobús tembló como esa rama que libera el peso de un pájaro, y tembló también la Tierra cuando posó en ella sus pies ligeros.

NO se sabe el valor real de una cosa hasta que no se la ha visto en un cajón de mudanzas. Y en ese caso, siempre suele valer la mitad de lo que se creía.

LOS que verdaderamente sufren no se hacen plebe, no forman conjunto. Lo que sufre, sufre solo.

DECIDIMOS que fuese debajo del pino que crece en medio del olivar. Es un árbol extraño. Creció en ese lugar de modo azaroso hace ya muchos años, quizá sesenta o setenta, de uno de los piñones que se le cayó a un pájaro, quizá fue solo la semilla que acopió uno de los ratones que hacen su nido en todas partes. Es hermano de los pinos del lagar de Las Comendadoras, los más hermosos árboles de toda la región. Si alguna vez alcanza el porte de sus parientes, tendrá quince metros de alto y una copa compacta como un cúmulo. Dan a la panorámica que tenemos desde la terraza un aire romano. Son seis o siete. Sus troncos, rectos y poderosos, habrían servido, talados, como mástiles de una goleta. Esos tienen lo menos doscientos años, si no más, y surten de alimento a todos los pájaros y lirones de la sierra. Al nuestro, jamás cultivado, le hace falta una gran poda, porque la copa es desproporcionada en relación al tronco. Si este, recto, sano y fuerte, es solo de unos dos metros y medio de alto, la copa tendrá de circunferencia unos veinte metros y las ramas crecen hacia abajo, tanto, que parece un parasol, y en algunos sitios, por estar en una pendiente pronunciada del terreno, no se puede uno poner debajo del árbol sin bajar la cabeza.

Ese fue el lugar que elegimos para ella. Lo elegimos como lo hubiéramos elegido también para cualquiera de nosotros. Es el más

singular de toda la propiedad, que, en forma de corazón, se extiende hasta lo alto de una loma, con un desnivel desde la base donde está la casa hasta el vértice, marcado por una vieja encina, de unos cincuenta metros, suficientes para que desde lo alto se dominen, los días despejados, el puerto de Miravete y detrás, como una estampa japonesa, las cumbres nevadas de la sierra de Gredos. En aquel lugar cimero, bajo una encina, mandamos levantar un pequeño velador de pizarra y un banco igualmente de pizarra que se abraza al velador y en el que hemos pasado muchas, muchas horas, conversando o en silencio, mirando solo la lejanía y oyendo los pájaros, el único lenguaje articulado que llega a esas alturas, con el de las hojas y el viento. A veces M. y yo, un poco lúgubres, fantaseamos sobre el futuro, y decimos, con el pudor con el que nacen siempre esta clase de confidencias: me gustaría que dejaran aquí, a un lado, mis cenizas, sin importunar a los que vengan a este lugar a ver la lejanía, a escuchar los pájaros. Se ve que no puede uno despojarse de esa fantasía, y piensa en sí y en sus despojos, y quiere para ellos lo grato de un paraje como ese, el canto de los pájaros, el silencio confortable de la naturaleza. Pero quién sabe dónde acabará uno y qué les estará destinado a nuestras cenizas. El pino del que hablo se encuentra a medio camino de la ascensión, entre los olivos. Se ve bien desde todas partes, porque sobresale y su verde es oscuro y vigoroso. Ese fue el lugar que elegimos para Mora, y era, sí, como si lo hubiésemos escogido para uno de nosotros, y de ahí la seriedad con la que estuvimos buscándolo una hora, eligiendo unos y descartándolos luego. Concluimos, este es un lugar bonito, a la sombra de este pino estará a resguardo de los días malos, y los buenos podrá ver a lo lejos las nieves perpetuas, y más cerca, el campanario de la iglesia del Pago, oirá a los pájaros que sienten debilidad por la enramada del pino, tan abrigada y espesa, y oirá también las campanas.

En cuanto estuvo decidido, R. y yo cavamos un hoyo. A nuestro lado G. empezó a llorar, pese a todos sus esfuerzos para ahogar sus sollozos, cuando vio a Mora llegarse hasta nosotros. Venía con sus pasos cada vez más trabados y difíciles. Se echó a un lado, igual que cuando yo quemaba el ramón en el otoño. Como una pequeña esfinge. Nos miraba. Su respiración era fatigada y exhausta. Oímos a lo lejos el galope de un caballo en la calleja. En otro tiempo la perra, a quien la presencia de un caballo la trastornaba, se hubiera arrancado en una loca carrera y no habría dejado de ladrar sino hasta tenerlo muy lejos. Al oír al caballo, sin embargo, volvió, como nosotros, la cabeza en la dirección de donde procedía el ruido de los cascos, pero no se movió. La esfinge, se diría, era cada minuto que pasaba, más piedra. No

obstante su aspecto parecía normal, el de siempre. Al oír el caballo se limitó a ladrar sin fuerza, un par de ladridos de trámite, para cubrir el expediente como suele decirse. De no saberla gravemente enferma, podría creerse que solo era una perra tranquila. El movimiento de cabeza era incluso grácil, como la reina que atiende en una recepción las aburridas explicaciones de sus ministros y embajadores.

Al fin llegó la veterinaria. Oímos su coche allá abajo, y acudimos a reunirnos con ella. Mora se levantó con extrema dificultad, como esos viejos artrósicos que han permanecido en la misma postura demasiado tiempo. Al ver a la veterinaria G. desapareció, quizá porque no quería que le viese en los ojos el rastro del llanto. Yo me acerqué al macho y con engaño me lo llevé lejos, y allí quedó ajeno a todo. Como si temiésemos que no pudiera estar a la altura de las circunstancias, incapaz de comprender el misterio que estaba teniendo lugar, el tránsito de la vida a la muerte. M., que había querido mantenerse al margen de todos los preparativos, permaneció a nuestro lado, con los brazos cruzados sobre el pecho y una mano tapándole la boca, acaso por si tenía ella también que ahogar un sollozo.

Apareció de nuevo G., para quien la soledad era en todo caso más cruel que el enfrentarse a la muerte.

La veterinaria, con palabras cortadas, nos preguntó qué pensábamos hacer con el cuerpo. Aunque se veía que le daba igual todo aquello, comprendió que había que tomarse eso con alguna solemnidad, aunque solo fuese para conservar a sus clientes. Le indicamos el lugar, y ella dijo que lo mejor era poner la inyección allí mismo. Había que recorrer unos doscientos metros, subiendo la pendiente. Caminábamos en silencio. La veterinaria comprobó, abriendo su maletín, que no había olvidado nada. Hacía un día radiante, todo azul, sin una nube. Mora iba a nuestro lado, no se despegaba de mí, y levantaba su cabeza para mirarme. Si me preguntaran, juraría sobre la Biblia que el animal sabía perfectamente todo cuanto estaba sucediendo.

Llegamos al pie del árbol. Allí, apoyados en el tronco, estaban los azadones, y entonces, sin que nadie le dijera nada, la perra buscó el hoyo y se tendió a su lado, como acostumbrada, como si ya hubiese ensayado su propia muerte otras veces, mantuvo un momento la cabeza erguida y finalmente la acostó sobre la tierra, como si se dispusiese a dormir. Por el rostro de M. corrían las lágrimas, y el silencio era tal y de tanta gravedad que se hubiera dicho que se oía el deslizarse de las lágrimas por sus mejillas. La veterinaria se acuclilló junto a Mora. Esta, indiferente a ella, no apartaba los ojos de mí. Parecía decirme, si a ti te parece bien, a mí también. En un susurro, la

veterinaria dijo, es solo un calmante. Pinzó un poco del pellejo y le clavó la aguja. La perra ni se inmutó. Teníamos que esperar veinte minutos hasta que hiciera efecto. Nadie tenía el ánimo para hablar. R. la acariciaba, como si sus caricias ayudaran a repartir el sedante por todas las partes de su cuerpo.

Manuel y su yerno, que aparecieron al rato, se pusieron a conversar con la veterinaria de las cosas del campo. Para ellos la muerte de una perra, por buena que haya sido, no era ningún cataclismo. Hablaban del caballo que en Las Mercedes se había envenenado con una hierba que crece en lo alto del cerro. Manuel recordó que allí crecía, en efecto, esa yerba, y que acaso esa muerte se hubiese evitado si le hubieran preguntado a él.

Mora se iba durmiendo plácidamente. Lo hacía como ese niño al que se le cierran los ojos, contra su voluntad, porque querría seguir la conversación de los adultos, y así, cuando ya los tenía cerrados, lograba aún abrirlos un poco, para acto seguido volver a cerrarlos.

La veterinaria, con pesar, recordó, mirando impaciente su reloj, que estaba allí para acabar su trabajo y no para hablar de caballos, y comprobó el estado en el que se encontraba el animal y si el sedante había obrado su efecto. La segunda inyección, a diferencia de la primera, tenía que ser intravenosa. Le costó lo indecible encontrarle la vena, hasta tres veces, y acaso pensando en nosotros, se puso más y más nerviosa, como si temiera que el efecto del calmante se pudiera disipar. Decía, tiene las venas llenas de líquido, y por eso es más difícil. Al fin dio con la vía. La perra, sin abrir los ojos, emitió un tenue quejido, como si aquel pinchazo sí hubiera interrumpido el primer momento de bienestar y nirvana en mucho tiempo. Al fin la vía se llenó de sangre, señal de que había pinchado en vena, y con ello la tranquilidad de estar más cerca del final. La inyección epidural y la sobredosis de anestesia hicieron su efecto. Dos minutos más tarde su corazón dejaba de latir. Así lo certificó R., que había permanecido a su lado, en cuclillas, puesta su mano en los ijares, sobre su corazón. No se había movido de su lado mientras duró el proceso, desde el principio estuvo acariciándola, arrodillado, casi media hora. Fue él quien dijo: «Ya».

La tomamos él y yo por las patas y la dejamos con delicadeza en el hoyo, como si se tratara de un objeto muy frágil que pudiera quebrarse, pese a que su cuerpo, aún caliente, se dejaba moldear como el de alguien que durmiera profundamente.

Quedó su cabeza recogida sobre su pecho, como jamás la había tenido en vida. Y entonces algo extraño sucedió. A la perra, que durante todo ese tiempo había mantenido cerrados los ojos, ya

muerta, se le abrieron. R. se apresuró a cerrárselos, tal y como ha visto hacer con los humanos en las películas. M. lloraba vivamente. Manuel y su yerno, que se habían quedado a un lado, como si comprendieran que la primera línea era para los miembros de la familia, retrocedieron.

Nadie creía que todo aquello hubiera podido suceder tan rápido ni que al llegar a Las Viñas todo este drama tan triste nos estuviese esperando. Era un trozo de nuestra vida, acaso uno de los más felices. Nos acompañaba en todos los paseos. Siempre un paso por delante o uno por detrás. Si nos entreteníamos cogiendo moras o escuchando un pájaro, sabía esperarnos paciente.

La cubrimos de tierra. Al ver nuestra torpeza en manejar el azadón, el yerno de Manuel, albañil, tomó la iniciativa y terminó él solo el trabajo en uno o dos minutos. Lo hizo muy deprisa, como si supiera que cuanto antes desapareciera de nuestra vista, antes empezaría nuestro dolor a cicatrizar.

Recordaremos siempre ese último paseo, el primero que hizo en toda su vida a mi lado, ni delante ni detrás, hasta su propia fosa. Esta tenía un tamaño en el que hubiera cabido un hombre. En cierto modo son muchos hombres, muchas vidas humanas las que allí se enterraron con ella hace un rato.

Solo entonces, cuando todo hubo concluido, advertimos que el día no podía ser más luminoso ni más resplandeciente. Se veía a lo lejos Gredos como recién pintado por Patinir, quiero decir, que no había un solo cendal en la lejanía, sino que todos los perfiles parecían estar trazados con un buril, más que con pincel.

Cuando nos quedamos solos, pudimos hablar al fin. Dijimos: ha tenido la muerte que nos hubiera gustado tener a todos, aquí, en Las Viñas, un día como hoy, con este sol, rodeada de los seres a los que más quiso y que más la quisieron. Sin ruidos, sin hospitales, sin curiosos ni extraños. En la mayor intimidad. La muerte es lo más íntimo de la vida. Debiera serlo, al menos. Y solo ahora sabemos que estuvo esperándonos para morir a nuestro lado, que no quiso morir mientras estuviésemos en Madrid, su añorado Madrid, ciudad de su noviciado. Llevábamos sin venir más de un mes, y hubiéramos podido retrasarnos otro. Pero resistió. Al vernos, su dolor se desbordó, y nos hizo entrega de su muerte como su más preciado don.

Por la tarde subimos los cuatro hasta el pino, y ya sin testigos, bajamos al rato, en silencio, llorando. Juntos los cuatro y cada uno a su aire, uno allí, otro un poco más cerca, más lejos, solos, porque lo que sufre, sufre solo.

AGUAMARGA. Parece un nombre puesto por Yahvé después de un cabreo. Han bastado unas horas para cambiar de escenario, de tiempo, de familia, de intimidad. Ayer por la mañana despedíamos a la madre y al hermano mayor, y a L. y a A., que los llevaban de vuelta a León. Una hora más tarde emprendíamos nosotros un viaje de setecientos sesenta kilómetros.

Los últimos días resultaron preciosos. Incluso el hermano estaba animadísimo (lo está a medida que se acercan las despedidas que lo devolverán a su rutina y al monopolio de la madre). Cambió el tiempo de repente, se puso a llover y de los cuarenta grados que había habido todos los días, bajamos a diez. Con el frío, los cielos encapotados parecían de León. Después de que R. y G. se fueran, nos quedamos nosotros cuatro, y entonces madre empezó a desplegar una actividad incontenible y a vivir casi como cuando está sola con él. Me dijo incluso: ayer he reñido a tu hermano por blasfemar...

En esta familia se habla a veces como en las novelas de Dostoievski.

¿Pero qué blasfemia ha dicho?, le pregunté incrédulo, porque en esta familia, ahora como en las novelas de Galdós también, nadie, desde tiempos del viejo conde Luna, ha blasfemado.

Tras el ataque de ayer, parece que mi hermano le dijo: «¡Cuándo querrá Dios que se acabe este infierno!».

Al principio se me cerró la garganta con la impresión, sentí esas palabras en la nuez como el cuesco de un albaricoque, porque imaginé que con «infierno» se refería el hermano a la vida en general que él ha llevado, pero no, se refería solo a tener que estar allí, lejos de su casa, en la nuestra, y al saberlo casi me da la risa, pero madre le reprochó que fuera tan ingrato con nosotros, y yo le quité importancia.

Bien porque quedaran menos días para irse, bien porque se hubieran ido los chicos y quedaran menos personas con las que compartir a madre, desplegó en los dos últimos días un humor excelente, casi cordial. Y así permitió que pudiéramos estar a gusto en su compañía, ocupándonos de él, dándole conversación, y en mi caso proponiéndole incluso jugar al ajedrez... Y acaso porque lo agradeciera, o porque ya le quedaban solo dos días para volver a León, estuvo comunicativo y hasta obsequioso.

Y recibimos a L. y A. haciendo yo pan, y madre una gran torta y sequillos en el horno de leña. Cada vez que vamos a la cocina de leña yo sé que es como acercarse a los años de su juventud, cuando se sabía saludable y fuerte, amasando veintidós hogazas de pan grandes como ruedas de molino. Y le salían todas las palabras de entonces, que yo no había oído en siglos: el horno está muy caliente, decía, y se nos va a *aburar* el pan, que es palabra muy castellana y antigua, y cantaba una

medio copla: «¡Ay, que el pan no se me ha quemado, que se me ha aburado...!». Y luego, cuando llegaron L. y A., no sé cómo, empezamos a hablar de la guerra. Cuando vivía padre, solo hablaba de la guerra él. Ahora que él falta, a veces lo hace ella. El relato de la guerra, como la guerra misma, era propio casi únicamente de los varones, así que la perspectiva de una mujer suele ser diferente e interesante. Yo he anotado sus recuerdos en una libreta especial, que llevo hace tiempo, por si un día precisara de ellos.

Con una cantidad grande de detalles exactos, diminutos acaso, pero preciosos. Decía que padre le contaba muchas cosas de la guerra, que a ella le mareaban un poco, y a las que ya no atendía, por lo mucho que había llegado a aborrecer aquellos años. Cuando estalló la guerra, y madre, claro, no conocía todavía al que iba a ser su marido, estaban en Matueca, donde su padre era maestro. Vinieron a buscarlo. Pertenecía a una asociación ultracatólica que se negó a retirar el crucifijo de las escuelas cuando la República cursó aquella orden. Huyendo y escondiéndose llegó a Santovenia del Monte y de allí a Carbajosa, hasta llegar a León, en manos de los sublevados.

Se tiró unas cuantas semanas durmiendo al raso, escondido.

Cuando los revolucionarios vieron que se les había escapado, ordenaron a las mujeres, mi abuela, mi madre y sus hermanas, que salieran de la casa porque iban a quemarla. Era una de aquellas casas que tenían en la parte de abajo la escuela y en la de arriba la vivienda del maestro. Finalmente alguien les hizo comprender que quemar la escuela del pueblo solo porque el maestro era católico y de derechas era una gran estupidez, y no la quemaron. Entonces dijeron: pues volamos la iglesia. Los mineros que habían bajado de las cuencas mineras les habían surtido de dinamita. Se ve que tenían ganas del espectáculo pirotécnico. La hermana mayor de madre les convenció de que seguía siendo una estupidez, porque podían usar la iglesia como hospital, si la guerra se prolongaba. Y tampoco la volaron, lo que les frustró lo indecible, y se marcharon de pésimo humor río abajo, en dirección a Garrafe, donde no hubiera nadie que les argumentara de una manera tan prolija. Ellas se fueron un poco después andando desde Matueca a Garrafe, y fue entonces cuando vieron en la carretera preso al cura de Manzaneda. Los revolucionarios que le habían echado el guante, animadísimos; no así el cura, que estaba con el semblante aborrascado, taciturno, barruntando el desmán. Parecían estar esperando algo o a alguien.

Unos días después se supo que de allí a un rato mataron al cura, y tiraron su cuerpo al pozo de una mina abandonada. Madre recordaba aquella escena con un pesar especial. Creo que le remordía un poco la

conciencia, como a san Pedro después de que cantara el gallo, porque cuando pasaron a su lado hicieron como que no lo conocían, renegando de él.

Y contó muchas cosas de La Vega de Manzaneda. Cada una de ellas le devolvía un trozo de juventud, acaso de felicidad, aunque también, entre los pliegues de su relato, dejaba deslizar su infelicidad, debido al intervencionismo de los abuelos en sus vidas, en la suya y en la de su marido. Algunas de aquellas historias eran las mismas que conoce uno desde que era niño, pero entre ellas, muchas otras nuevas, inéditas. Entonces protesta uno, ¿y cómo no me había contado antes tal o cual otra? Y madre se encoge de hombros y dice, pues vaya cosa, creyendo que lo había contado mil veces y que tampoco tenía mayor interés.

Si escribiera aquí lo que contó esos días, habría para tres libros.

Había traído uno la máquina de fotos, pero se han pasado esos días y advierto que nos hemos quedado sin retratarla, y caigo en la cuenta de que no tenemos ni una sola foto con ella en Las Viñas, después de tantos años... ¿Por qué suceden estas cosas? ¿Por qué renunciamos a un recuerdo que podíamos haber tenido de una manera tan fácil? Nos decimos: las haremos el año que viene, dando por hecho que vendrá el año que viene, pero lo cierto es que han tardado cinco en venir desde la última vez. Decía: este será el último, y aunque señalaba al hermano como la causa que se lo impedirá, comprendimos todos que también ella se incluía en las ecuaciones dudosas.

Así que hemos de fijar en la memoria alguna estampa: subida a una escalera y recogiendo ciruelas claudias; atropando del suelo (el verbo que ella empleó) algunos higos, los más maduros, que tanto le gustan; cocinando un bacalao al que ha estado durante dos días cambiando el remojo, como una de las tareas importantes, sagradas, que se imponía; arreglándose especialmente para ir a misa el domingo...

Uno de los domingos quiso acompañarla M. No había misa en la iglesia del Pago, por lo que tuvieron que ir al antiguo colegio de las monjas, hoy un centro donde se hacen ejercicios espirituales y cosas de esas. Fue antiguamente una escuela estatal que tenía recogidos durante la semana a los niños de los contornos cuyos padres vivían en el campo, trabajando en cortijos o de pastores...

El sermón lo dio un cura de ochentaiún años, y según M., fue precioso. Versaba sobre las palabras «Yo soy el pan y la vida» y el fundamento de la Eucaristía. Y el cura de pueblo, tirando de ese hilo, dio en hablar de Edith Stein a la pagana grey, y les contó cómo esa mujer judía, discípula de Husserl, un día, estando con unos amigos, también filósofos, protestantes, encontró en la casa de uno de ellos la *Vida* de Santa Teresa, y la lectura de ese libro la conmovió e hizo que

se convirtiera al catolicismo. Y aquel cura, que ni siquiera les hurtó el nombre de Husserl y que lo mencionó con la mayor naturalidad, acabó hablando a la feligresía agropecuaria que sin duda nada entendería de aquello, acabó, digo, hablándoles de fenomenología, y M., que llevaba sin ir a misa cuarenta años, se hacía cruces por dentro y no acababa de creerse que ahora en las iglesias se hablara de Husserl. Y terminó el cura su historia contando cómo aquella muchacha acabó en Auschwitz. Y nosotros le preguntábamos en broma a M. si no iba ella a aprovechar también para convertirse, a lo que respondía del mejor humor que ella estaba ya muy convertida de siempre. ¿Y mi madre?, me preguntaba yo, ¿qué diría del sermón?, porque ella es experta en sermones.

Se lo pregunté. Me respondió: este cura parece que se enrolla un poco, ¿no? Aunque no lo expresó de este modo, porque ella tiene mucho respeto al clero en general, secular y regular, y lo considera mucho. En realidad sus palabras textuales fueron (y doy fe, nunca mejor dicho, de las comillas): «¡Ay, Dios, y cómo se le ha ido el santo al cielo a ese reverendo!». Le gusta también mucho, para que se vea qué tratos tan estrechos tiene ella con los ministros de la Iglesia, hablar con propiedad, y cuando vuelve de misa dice cosas como «sacó luego los corporales», o «dejó la muceta sobre la silla...».

Es su manera de dejar claro que domina la materia eclesiástica.

Fueron días estupendos. Cuando le dije, madre, tiene usted que venir el año que viene sin tantas pamplinas (porque este año se ha hecho de rogar cuatro o cinco meses), me respondió: «Sí, como le digo yo a don Carlos (su médico), no tengo ninguna gana de morirme».

Les despedimos, y antes de proseguir viaje, pasamos por Trujillo a recoger mi reloj. La relojera me aseguró que tendría reloj hasta aburrirme, y a la altura de Granada volvió a pararse, hasta hoy.

A la entrada de Málaga se había incendiado un camión y estuvimos embotellados tres horas, así que algunas entrevistas previstas se desbarataron, pero otras no.

Tenían lugar estas en el vestíbulo como si dijéramos del salón-restaurante del hotel donde nos alojábamos, al lado de otros salones donde había convenciones de perfumeros y de una marca de coches, en las que estaban aleccionando a sus vendedores. El vestíbulo era grande, pero el salón lo era más, como para mil comensales, lleno de mesas preparadas para acoger un gran convite, vacías todas.

Mientras hablaba con un periodista, cruzó en una silla de ruedas un anciano decrépito. La imagen sobrecogía. Pensaba uno, lo habrán

traído a morir al hotel, y sentí lástima por él, porque me parecía el nombre del hotel, Don Curro, poco apropiado para finar. No era más que un montón informe de huesos que alguien hubiese echado de cualquier manera en la silla de ruedas, el varillaje descacharrado de un paraguas, pero se le veía animoso, sin embargo. Se parecía asombrosamente al Azorín nonagenario que vemos en las fotografías. Se lo llevaron no sé adónde. Quizá a un balneario de formol. Yo hablaba mecánicamente de la novela a unos periodistas que preguntaban sin ningún interés. Al rato cruzó también por el salón una novia, vestida de blanco, con un escote escandaloso, que fue a sentarse a una mesa nupcial que habían preparado. Sus pechos, grandísimos, parecía que fuesen a salírsele, y que estaba muy orgullosa de ellos lo probaba el modo de mostrarlos. Incluso al periodista que estaba conmigo se le fueron los ojos detrás de aquel profundo canalillo. Creo que a los dos nos intrigó y queríamos saber si se verían o no las areolas, porque el modisto o quien fuese había recortado el vestido por esa parte con ese único propósito. Como iba sola, rectifiqué mi primera impresión, concluyendo que solo podía ser una actriz porno, de las que hacen películas en las habitaciones de los hoteles, en un receso del rodaje que aprovechaba para bajar a tomarse un café. Era rubia. Facciones eslavas muy pronunciadas, con ojos claros y rasgados bellísimos. Vimos aparecer al novio. Era un hombre de cortísima estatura, escuchimizado, cetrino y de aspecto enfermizo. La novia le sacaba lo menos dos palmos. Tendrían ambos alrededor de los treinta años. Al novio le seguían las amigas de la novia, también eslavas, una morena y otra rubia, muy vistosas, lozanas y sin complejos. Se hubiese dicho que habían trabajado las tres en algún club, y que el amor había surgido con aquel cliente aborigen, a quien acompañaba únicamente un hombre gordo hasta la exageración. Aquella era toda la comitiva nupcial. Resultaba patente que nadie de la familia del novio había querido ir a aquella boda, quizá el novio ni siquiera se había atrevido a invitarlos, solo al padrino, aquel hombrote un poco zafio que acababa de estrenar esa misma mañana un traje que parecía venirle grande, a juzgar por las mangas de la chaqueta de la que asomaban las puntas de los dedos como percebes. Las dos amigas de la novia parecían mirarla con ternura y un poco de envidia, como si supieran que todos los problemas que como emigrante había tenido hasta entonces habían desaparecido. El periodista, al ver que no tenía uno demasiado interés en hablar de la novela, teniendo aquella otra delante, se animó a hacerlo él, porque quería ser novelista, y empezó a contarme una novela que había escrito y otra que estaba escribiendo. No era difícil fingir que le escuchaba porque, tal y como estábamos

sentados, yo podía mirar el cuadro del fondo, los cinco personajes de aquella boda, acaso la más escasa que se haya celebrado en el hotel Don Curro. El traje del novio no era menos enternecedor que el del padrino, y lo había estrenado igualmente hacía unas horas. Era gris oscuro y el chaleco y la corbata de color gris perla, con irisaciones nacaradas muy convincentes.

Cuando ya no pude contener la curiosidad le pregunté al camarero por todo aquello. Antes de responder miró a los novios y se tomó su tiempo. Luego dijo, con cierta conmiseración: «Ese va a llevar cuernos desde el primer día». Nos confirmó luego que las tres mujeres eran ucranianas. La novia era hija de la mayor, que no llegaría a los cuarenta y que parecía incluso más joven que la hija. El hombre gordo, el de los sesenta años, que tomamos por padrino, era el marido de esta última, y por tanto padrastro de la novia. Los españoles apenas podían entenderse en castellano con las mujeres, que lo hablaban de una manera rudimentaria, prefiriendo hacerlo todo el tiempo en ucraniano, incluso con los hombres delante. Su español quedaba reducido, pues, a unos cuantos infinitivos, unos cuantos sustantivos y unos cuantos adjetivos elementales. La otra mujer, tanto o más guapa que la novia, pero igualmente estrepitosa, era su mejor amiga.

Los dejamos sentados en su mesa, y nos fuimos a almorzar. Cuando volvimos al hotel, a las siete y media... seguían los cinco donde los habíamos dejado, celebrando la boda. El novio y el suegro se habían aflojado ya las corbatas y estaban borrachos. Las mujeres también. Los hombres no hablaban apenas, y las tres mujeres lo hacían de continuo, en ucraniano, entre risas de bacanal, contagiosas y culminantes. Los hombres se lanzaban miradas de inteligencia, que lo mismo podían ser de audacia o de reserva, como diciéndose: buenas piezas hemos cobrado.

La escena, con todas las mesas vacías, aunque vestidas, o precisamente por ello, era monumental, abrumadora. Cada una de ellas con sus copas rutilantes, los cubiertos y las servilletas en forma de mitra sobre los platos. Y al fondo, la única mesa ocupada, aquel banquete nupcial, en el que los hombres, repantigados, con la espalda hacia atrás y los brazos enganchados al respaldo, la mirada vidriosa y la lengua gorda, parecían estar esperando a que alguien los sacara de allí a rastras. La pregunta era insoslayable: y los demás, ¿dónde estaban?

Seguía también el mismo camarero. Como nos había visto por la mañana con periodistas y fotógrafos, también él estaba intrigado, y quiso saber a qué nos dedicábamos. Le dijimos con la mayor humildad que éramos novelistas, y lo tuvo él eso por un rasgo de distinción, que

le animó a seguir contándonos, después de preguntarnos si todo lo que nos había adelantado ya nos serviría para una novela, y si le sacaríamos a él. D. dijo que él seguramente no, pero que yo lo más probable era que sí, en este diario. Hola, amigo.

Al parecer había habido otros invitados, pero los habían enviado a comer a un Burger King, y únicamente ellos habían venido a banquetearse a ese restaurante más caro. El gordo se había casado con la madre hacía tiempo. El camarero confesó haber oído esta efusión al gordo, que se la hacía al novio: «Tenía un amigo, y ahora tengo un hijo». Sin embargo daban ganas de llorar al comprobar que iban a quedarse sin la mujer y sin la hija, respectivamente, en poquísimo tiempo.

Como uno no sabe mirar con discreción y de ello se percató la novia pronto, empezó a lanzarme unas miradas muy misteriosas, aunque era difícil deducir nada de ellas. Cuando miraba no se andaba con rodeos, lo hacía al centro de los ojos, de pupila a pupila, como la rima de Bécquer. Mientras me miraba se dejaba sobar por el novio, que tampoco le prestaba demasiada atención, porque estaba hablando con el gordo, mientras su mano se enredaba distraída en la larga cabellera de su amada.

¿Y el de la silla de ruedas? El camarero se acercó a nosotros, bajó cuanto pudo la voz, y dijo: un vasco que vive aquí, huyendo de Eta.

Me hubiera quedado todo el tiempo en ese hotel, convencido de que las novelas vienen todas a los hoteles, pero había que ir a presentar la de D. y la mía, escritas a la intemperie.

LAS nubes por dentro, después de un rato, le hacen soñar a uno con las nubes por fuera.

EN cuanto llegué a Madrid, corrí al hospital. La hermana de M. se ha curado y todo el mundo está loco de alegría, repitiéndose una y otra vez un «no era nada, no era nada», para dar carta de naturaleza al nuevo estatuto de la realidad. Pero ¿qué realidad?

Nunca estuvo enferma del cáncer que le diagnosticaron dos oncólogos y que el Tac parecía haber detectado. El inhibidor de la tos que empezó a tomar para evitarle molestias a su marido en el viaje a Roma, le secó tanto las mucosas, que la mucosidad acabó solidificándose en los bronquios hasta aparecer en las imágenes como una gran mancha blanca. La intuición providencial de la enferma, que creyó que bebiendo agua de manera metódica y en cantidades

abundantes descongestionaría su sistema respiratorio, y el haber dejado de ingerir el inhibidor, ablandaron de nuevo las mucosidades solidificadas, que acabaron de modo gradual en un pañuelo, como sucede con cualquier resfriado. El terror aún no ha desaparecido del rostro de su marido, de su hermana, de todos. Las niñas han venido al fin a ver a su madre al hospital, porque ya no podrían descubrir una verdad terrible. Todo ha quedado en nada, y sin embargo... En un minuto que nos hemos quedado solos, la enferma, a la que ya han relatado todo aquello que le estuvieron ocultando durante estos días, por compartir con ella esa alegría, hace de pronto una confesión aterradora, con la mayor seriedad, en un susurro, avergonzada: «Hubo momentos de tal desesperación, que pensé tirarme por la ventana y acabar con todo». Al decirlo, miró en silencio hacia la ventana, como si la ventana conociese bien esa confidencia. Estábamos en un quinto piso, y se veía que aquello estaba dicho muy en serio. «No me veía con fuerzas para pasar de nuevo por el quirófano, la quimio, y todo lo demás. No lo hice por las niñas». De haberlo hecho, habría sido por tener mocos sólidos en la tráquea. Se ve que ha pensado en esto mismo con frecuencia en las últimas horas, como aquel a quien algo o alguien ha salvado providencialmente de una muerte segura apenas por un detalle minúsculo. Hay ya tanta alegría en su rostro y en el de todos, que nadie se acuerda no ya del dolor, sino de las pequeñas mentiras en las que quedamos prendidos todo ese tiempo, sin ganas de pedir responsabilidades a nadie por tantos días de angustia. Lo que ha llegado ha sido un indulto, y ¿quién querría empañar tanta alegría entristeciendo la vida de otro?

ENTREVISTA (por decir algo) con una redactora de *El Mundo* de Andalucía, mantenida hace media hora.

—Me vas a perdonar, pero no he leído la novela.

—No te preocupes, mujer.

—Llevamos un ritmo...

—Adelante.

—¿Cómo se titula?

—*Los amigos del crimen perfecto*.

—¿Puedes decirme de qué va?

Se lo cuento en cinco minutos. Cuando termino, abrocha:

—... Ya está. Ya he tomado nota. ¿Qué premio ha ganado con ella?

Al llegar a este punto estuve a un tris de echarlo todo a rodar. Pero había pasado al usted.

—Es probable que no te suene.

—En serio, dímelo, no pasa nada.

Volvíamos al cuerpo a cuerpo.

—El Nadal.

—Lo conozco. ¿Y me decías que la novela va sobre la amistad?

Me quejé tímidamente:

—¿No sería mejor dejarlo?

Entonces adoptó un tono ronroneante, y fingió enfadarse conmigo, diciendo que ya me había advertido que no había leído la novela.

—Venga, tú, no seas malo.

Tuve al colgar el teléfono la sensación de que está uno haciendo de sí mismo un monstruo, como esas madres que explotan a sus hijas por los tablaos. Eso está haciendo uno con el niño que aún lleva dentro.

LA cosa consiste en esto: todos los libreros, editores y editoriales de Barcelona y de Cataluña y de España y aun del mundo, profesionales y amateurs, sacan a la calle unas borriquetas en las que extienden un tablero con libros, y en algunos casos unas sillas, en las que hacen sentar a algunos autores, profesionales o amateurs, que, anunciados por un cartel o un papel colocado sobre la mesa, ven desfilar a la gente, a disposición de quien les solicite la dedicatoria de un libro.

Antes de llegar a la Puerta del Ángel vimos entre el gentío a un artista callejero, con aspecto de mendigo, joven y delgado, que había montado en una de las aceras un tinglado de marionetas. Eran preciosas, de madera, y parecían muy antiguas, vestidas pobremente. Representaban a músicos callejeros. Eran, como si dijéramos, metamarionetas. Algunas de ellas eran iguales al que las manejaba, barbudas y flacas, y aunque los muñecos fuesen vestidos de frac, estos eran unos fracs viejos, abollados, polvorientos, que no se diferenciaban demasiado de las ropejas que vestía su dueño. Las vi al paso, y me electrizaron, ellas y la música que interpretaban. Le rogué a P. que me dejara quedarme un rato mirándolo. Consultó el cronómetro y me dijo que podíamos demorarnos aún tres minutos, no más. Los músicos llevaban todos su instrumento en la mano, dos violinistas, un flautista, un trompetista, un contrabajo y un pianista. No se sabía cómo podía hacerlos moverse a todos de aquella manera. Al lado había puesto un magnetófono. Los músicos tenían una expresión muy triste. Casi todos eran calvos o tenían unas guedejas amarillentas o blancuzcas que les colgaban del cogote, como los viejos profesores de conservatorio que además han de tocar en los cafés, para poder llegar a fin de mes.

El pobre que movía las marionetas solo podía moverlas de dos en

dos, de modo que los otros cuatro músicos se limitaban a oír a sus compañeros, sentados en unas sillas, muy circunspectos y serios, esperando su turno delante de sus atriles, mientras aquellos tocaban.

Cuando nosotros llegamos, el que estaba interpretando era el pianista, con los faldones del frac colgándole detrás de la banqueta, acompañado del flautista. Era una sonata, de Mozart, preciosa. No sé cómo lograban hacerse oír en medio de la batahola estrepitosa de todas las megafonías que lanzaban al cielo de Cataluña una tras otra un repertorio de sardanas inimaginable. Aquella otra música, sin embargo, mínima, había logrado hacerse un nido en aquella espesura de ruidos, y resultaba pura y limpia, como destilada de un aristón. El titerero movía sutilmente los hilos, nada, imperceptiblemente, porque los músicos no eran de la escuela de Paganini ni de Liszt, histéricos y gesticulantes, sino que parecían ensimismados, como si ellos mismos estuviesen escuchando esa música dentro de sí mismos, y no quisieran hacer ruido ni ningún movimiento que les distrajera de eso. Fue un milagro. Parecían recordarnos a todos lo que éramos y lo que íbamos a ser durante todo un día, marionetas, pero no tan concertadas. Le entraban a uno ganas de sentarse en el bordillo de la acera y confesarles a aquellos muñecos de madera las cosas tan penosas que hemos de hacer en esta vida.

Lo más extraño es que la gente, indiferente, pasaba de largo. El titerero trabajaba concentrado en sus muñecos, pero se veía que también oía él la música por dentro, porque no se le despintaba de la boca una sonrisa seráfica. Y allí estábamos nosotros dos solos, ante él y ante aquellos dos músicos que interpretaban a Mozart para la punta de nuestros zapatos. Me pareció que había que recompensar aquel gesto heroico de unos músicos que a su manera habían desafiado a las sardanas, y dejé en la bandeja cuantas monedas llevaba encima. Lo hice con el mayor sigilo, para no interrumpirles, pero pese al cuidado con que las dejó uno, algo se oyeron. Y los transeúntes, que no oían a Mozart, en cuanto oyeron el sonido de los euros, volvieron la cabeza, quizá pensando que tenían un bolsillo roto. Pero, oh, milagro, ese sonido los detuvo. Debieron pensar que si alguien pagaba por ver aquello, algo valdría. Y poco a poco empezó la gente a arracimarse. Me habría gustado trabajar de gancho para el titerero. Cuando conseguimos congregarle diez o doce personas, nos fuimos. El de los hilos me dirigió una expresiva mirada de complicidad y agradecimiento, por el empujoncito, y el pianista levantó del teclado una mano y me dijo adiós, y nosotros nos fuimos con la música aquella maravillosa deshojándosenos en el alma.

La primera sorpresa fue ver a mis compañeros de firma. En esto

puede suceder de todo. Me habían puesto en medio de S., el filósofo, que no había llegado aún, y de S., el juglar. Pensé que no haría un buen papel junto a ninguno de los dos. Al filósofo le admira uno. Y al juglar también. Cada cual en lo suyo, lo que hacen no podrían hacerlo mejor. La cola que había delante de S., el juglar, para que les firmara un libro de poemas que ha escrito, era larguísima y trenzada, sobre todo, con fans, mujeres de entre los quince y los cuarenta. La cola que esperaba al filósofo, algo menor, era igualmente considerable. Delante de mí tres o cuatro personas deploraban que la suya no fuese tan larga como las otras, para pasar inadvertidos.

S., el músico, firmaba muchísimos libros. Los despachaba a una velocidad prodigiosa, como si quisiera alguien hacerle batir su propia marca. Era una cadena de montaje, le pasaban un libro, alguien le decía un nombre, y sin levantar la cabeza, lo firmaba, mientras uno de la organización agarraba del brazo a la persona a la que acababa de dedicárselo y de un tirón la sacaba de la fila, para dejar paso al siguiente. Algunos llevaban, no obstante, la determinación de decirle algo, y resistían a pie firme los empellones que querían apartarlos de su ídolo. La gente le decía cosas increíbles. Parece ser que todos estaban al tanto de los pormenores de su salud, y lo primero que le señalaban, viéndole fumar, es que no debía hacerlo. Lo reñían cariñosamente, como a alguien de la familia. Él, muy simpático, se encogía de hombros y decía una gracia un poco fúnebre y siniestra sobre su propia muerte. Fumaba y aunque eran las once estaba ya bebiendo una caña de cerveza. Tenía un gran número de fans pobres o analfabetas, que no tenían dinero para comprarle el libro o que no hubieran podido leerlo, chicas lozanas como manzanas y jocundas hasta la exageración, unas gorditas y otras no. Estas, a falta de libro, le traían una foto del Atlético de Madrid recortada del *Marca*, y al tiempo que le ofrecían sus escotes abrumadores y rubensianos poniéndoselos sobre el mostrador, le decían: «Tío, pon ahí “para Mariola, una cachonda de puta madre”». Como yo ya había firmado los libros a los cuatro que estaban esperando, pude atender a estos coloquios a mi sabor. Es un hombre simpatiquísimo, y me ha alegrado coincidir con él, porque me ha enseñado mucho de la vida. A las chicas que querían que les firmara en la camiseta, les firmaba con gracia canalla y desenvoltura, sin amilanarse por ello. Los guardias de seguridad que traía con él no permitían que se le acercaran más que de una en una, por si lo arrollaban. De vez en cuando me llegaba alguien, y me decía, señalando a mi compañero de la derecha: ¿y esto? Creo que trataban de compadecerme, porque les parecía un espectáculo chabacano y fuera de lugar. Pero se equivocaban. Yo le

veía su lado bonito. Lo que no daría uno por tener lectoras o partidarias como las suyas, jóvenes, sanas, «cachondas de puta madre». No es que se queje uno de las que tiene, pero lo otro también estaría bien. La mayor parte de las que venían a verlo, si mi amigo S. se hubiera quedado en la calle sin comer o sin un techo, se lo habrían llevado a sus casas, y lo hubieran sentado a su mesa y le hubiesen puesto un colchón en la salita, para que pasara la noche. Y esa es la verdadera poesía, la que hace de la vida algo más hospitalario. Una muchacha de las pobres le preguntó si no le importaría firmarle las bragas, y S., con acreditadas tablas, la vaciló un rato diciéndole que no pensaría quitárselas allí delante de todo el mundo. La vaciló porque la chica era guapísima. Debía de tener veinticinco o veintiséis años, y, sacándoselas del bolso, dijo que no, que estaban limpias, que las había traído de su casa. S. dijo entonces, vamos a ello. Quiero decir también que era estupendo ver cómo trataba a todo el mundo, pero sobre todo a las mujeres, fuesen jóvenes o viejas, guapas o feas. Lo hacía de una manera especial y próxima, como ese golfo que sabe tratar a todas y cada una de las mujeres como si fuesen su madre, su hermana y su novia al mismo tiempo, y de todas se hace perdonar las pifias. Cuando se las firmó por fin, la admiradora se sinceró, arrastrada por la efusividad, como si pensara, ahora o nunca, y quiso saber si le dejaría darle un beso. Los guardias de seguridad, tratándose de una chica tan guapa, no se atrevían a quitársela de delante. S. dijo que sí, que podía darle un beso. La muchacha, para poder besarle, tuvo que cargar su cuerpo sobre la mesa, le echó los brazos al cuello, en una mano llevaba todavía las braguitas, de color rosa, que no había tenido tiempo de guardarse en el bolso, y cuando todos esperábamos que fuese un beso en la mejilla, le pegó los labios en la boca y le enchufó la lengua hasta la tráquea, y así lo tuvo unos quince segundos, atornillándole. Los que esperaban detrás de ella y vieron la escena, lanzaron unos cuantos hurras, y cuando la chica dio por terminada la faena, le dijo con sincera y grave admiración, como una sumillera de besos, «tío, qué pasada, besas que te cagas». El otro le pegó un chupetón al cigarrillo, se metió en los bronquios un puñado de humo, tosió, y con esa voz cazallosa suya, le dijo con modestia que se hacía lo que se podía, una modestia que fingía que era fingida. Cuando la chica se fue, y mientras seguía firmando libros, yo le pregunté si le pasaban cosas como esa a menudo, y me dijo que a veces. Los que vinieron detrás de la chica guapa le sonreían con sorna, pero felices de que sucedieran esas cosas en el mundo, aunque fuese a otros, y en particular a S., lo que venía en cierto modo a abonar y justificar también su propia admiración por él. Pero no todos fueron

encuentros gratos. Entre tanta gente salía algún patoso, y a esos S. los mandaba «a tomar por culo» con mucha distinción también. Sucedió con uno que vino a decirle, «S., eres un capullo». Es increíble, pero alguien había hecho una hora de cola para decirle eso. S. entonces le dijo sin perder la compostura, «que te den, gilipollas», y como tenía a los guardias delante, estos le echaron el guante y se lo llevaron, mientras el espontáneo gritaba que se «cagaba en su puta madre».

En cuanto a la cola que se había formado para el filósofo, se deshizo también al rato. Se ve que la filosofía tampoco puede rivalizar con el mester de juglaría. Al desocuparnos, pudimos disfrutar algo más de nuestro vecino, que, cuando íbamos a despedirnos, se levantó y allí, frente a todos sus fans, se fundió en un gran abrazo conmigo, como si nos conociéramos de siempre y perteneciéramos a un mismo club, no ya al Club de las Almendritas Saladas, sino al verdadero y genuino Cpc o Club de las Peladillas Contadas, mucho más dulces.

CUANDO vuelven los primeros vencejos a Madrid, le entran a uno ganas de hablar con ellos.

DECAPAR el barniz viejo, arreglar una cerradura, armar el enchufe que hemos arrancado, salir a comprar, tomar el metro o el autobús para un trayecto en exceso largo nos pone a menudo de mal humor. Piensa uno que le está robando ese tiempo a la vida, y en realidad la vida está hecha también de esas cosas. Como el agua, como la materia, no se destruyen jamás ni nos destruyen. Falta saber aprovecharlas y transformarlas en una metáfora, un misterio, un relámpago, un paseo... Todo, si uno se lo propone, lleva a la rosa. Si se entendiera como es debido, *Un camino de rosas* sería una hermosa divisa, justa y nada cursi.

A lo largo de los años, ha visto uno aparecer y desaparecer en el Rastro muchos tipos curiosos. En realidad no aparecen o se van, porque han estado siempre en él, pero la luz de su estrella brilla únicamente unos momentos.

Hoy una de esas estrellas fugaces, un hombre de unos sesenta y tantos años, flaco, desmedrado, con aspecto de infeliz, vestido pobremente, con las manos deformadas tanto por la artrosis como por mil trabajos serviles, ha empezado a vender un trozo de la biblioteca de José María Alfaro. La vida le ha debido de zurrar lo suyo, porque

está siempre con la cabeza gacha. Es un hombre taciturno, habla en voz baja y oblicua. No tiene la menor aptitud como vendedor, pero ahí es adonde la vida le ha llevado, y trata de hacer lo mejor que puede su papel. Como no le adorna la facilidad de palabra ni la versatilidad del vendedor, se niega a los tratos sistemáticamente, sin argumentos, con una obcecación que parece las más de las veces cerrilismo. El cerrilismo ha hecho de él un hombre profundamente desconfiado, y es cosa comprensible, porque ha llegado a la conclusión, a la que por otro lado no le habrá costado llegar, de que cualquiera de las personas a las que va a vender esos libros sabe de ellos infinitamente más que él, y eso, como dicen en el argot, lo deja a uno «vendido». Para mayor desgracia, el hombre parece analfabeto, porque le cuesta leer los papeles que merca. Si alguien le pregunta por uno en especial, ha de señalárselo con el dedo, porque tarda en comprender de qué se le habla. Por ello se deja aconsejar de un zarracatín, gordo como un abad, que tiene el puesto a su vera. Comparado con este, el otro parece un pelagatos. Hasta hace dos o tres años este papelista no sabía demasiado del negocio, o lo sabía, como tantos, de oído, pero últimamente consulta mucho internet, que se ha convertido en el lazarillo de los inopes, y puede ilustrar a su vecino de la cotización en bolsa de los libros que va trayendo.

José María Alfaro, amigo de José Antonio, autor con otros de la letra del «Cara al sol», fue uno de aquellos falangistas que compartieron la vanguardia antes de la guerra con todos los demás poetas y prosistas del 27 y del 36. Se carteó con muchos de ellos, y, según se dijo, llegó a reunir una biblioteca muy importante con la literatura de ese tiempo, entre otras razones porque la que no pudo comprar aquí después de la guerra la compró fuera, donde desempeñó el cargo de embajador en países americanos.

Cómo han ido a parar a una mesa del Rastro esos libros dedicados a él por Montes, Manuel Machado, Ontañón, Azorín es, hoy por hoy, un misterio. Los últimos dos domingos el taimado ha llegado con su mesita de tijera, que abre con cierta cautela, como los trileros. No es mayor que la que estos usan en sus birlibirloques. Espera a que los guardias que vienen pidiendo las licencias se alejen, como esos que se encierran en el retrete de un vagón y no salen hasta que el revisor se ha alejado, y cuando están lejos, abre su mesita.

Hoy vimos unos cuantos libros, y en uno de ellos JM. encontró una carta manuscrita de Giménez Caballero. El libro no le interesaba, pero sí la carta. Le pidió precio por ella, y ese hombre, que había visto cómo había emergido ese papel, sin pararse a ver de qué se trataba, allí, delante de nosotros, la rompió en mil pedazos, hasta dejarlos del

tamaño de una uña. Nos quedamos atónitos, sin habla. Hubiera podido ser una carta de los Reyes Católicos a Napoleón, y la habría destruido con la misma acucia y saña, sin titubeo. Comprendimos al momento que lo que trataba de ocultar el Atila del Rastro, como ya le hemos bautizado, era precisamente la procedencia de esos libros, en un arranque tan desesperado como risible y tonto, porque en todos los libros figuraba el nombre de la persona a quien los autores los habían dedicado.

Cuando quisimos reaccionar ya era tarde. Le dijimos, pero hombre, ¿qué está usted haciendo? Nos miró con expresión estúpida. Nunca mira a los ojos, sino de una manera atravesada, agachando la cabeza o poniéndola de lado. Con disimulo, empezamos a mirar en todos los libros, por si encontrábamos más tesoros, y JM. volvió a toparse en otro libro otra carta, y aunque el libro tampoco le interesaba esta vez, le pidió precio por él, confiado en que podría encubrir la carta que iba dentro. Pero no. El hombre, con la mosca detrás de la oreja, no estaba dispuesto a dejar al azar ni un solo detalle, y de una manera concienzuda hojeó el libro, hasta dar con ella, la sacó y dijo: tanto. Como a JM. no le interesaba sin carta, porfió un rato con él. No hubo manera, no la iba a vender nos pusiéramos como nos pusiéramos. En ese momento salió de nosotros un sentimiento de desesperación, como le ocurrió a la madre que llevaron a presencia de Salomón, dispuestos a salvar a la criatura a toda costa. De acuerdo, le dijimos, pero no vaya usted a romperla como la otra. Era como decir, no podremos criarla, pero alguien la criará. El hombre, molesto con nosotros por haber metido las narices donde no nos llamaban, masculló una maldición de una manera desabrida.

Nos alejamos de allí indignados. Volvíamos de vez en cuando la cabeza y le lanzábamos en la mirada como rayos de supermán, para fulminarle. Él se nos quedaba mirando, sombrío y taciturno, pero imperturbable, sin moverse. Era tan cerril su actitud, que podría tomarse por arrogancia. Yo decía, vamos a llamar ahora mismo a un guardia que evite que ese desgraciado siga atentando contra el patrimonio cultural de este país. Sí, admitía JM., pero si lo hacemos, dejará de vendernos libros. Cuando el hombre creyó que ya no volveríamos la cabeza, cogió la carta, que había guardado delante de nosotros en el bolsillo de la chaqueta, y empezó a romperla como la anterior. Nos habíamos alejado ya unos quince o veinte metros, y volvimos una vez más la cabeza, y allí estaba aquel cafre rompiendo la carta en pedacitos, como la otra. Resultó muy violento. En ese momento a los que nos costó sostenerle la mirada fue a nosotros. Su mirada parecía decirnos, «sí, la rompo porque me sale de los

cojones...».

Apaciguarnos costó incontables subidas y bajadas por las pendientes aquellas, unas veces con ganas de correr a denunciarlo y otras sujetados por el cálculo, unas pensando, ¿y cómo le explicaremos a un guardia, que será poco más o menos como él, lo que acaba de suceder?, y otras diciendo, húndase España. Y así transcurrió la mañana. En una prolongación de la peor guerra civil, por otros medios. Los de la ignorancia.

NO podíamos creer que algo así nos sucediera precisamente a nosotros, después de haber agotado con creces los porcentajes estadísticos del ramo en lo concerniente a desdichas automovilísticas. Pensaría uno que habían llegado al final, pero después de esto hemos de pensar en mayores desgracias aún, y tratar de exorcizarlas.

Al trabajo de estas tres últimas semanas hubimos de añadir el de vender esos dos coches que ya no valían gran cosa, ya que el bueno ha sido preterido a la ignominiosa categoría de «siniestro total», y con el malo no ha tenido uno otra solución que encaminarlo, y no por sus propios pasos, desde luego, al cementerio de los desguaces adonde lo llevó la grúa, sin contar, claro, con el problema añadido de tener que comprar otro, para lo cual ha habido que hacer magia con el dinero, etcétera. En realidad este etcétera ha querido ser solo una fórmula cortés de no tener que seguir abordando ese asunto, ya que es un etcétera que se resumiría en el dinero para comprar un nuevo coche, matricularlo, y comprar, además, otro viejo que dejar en Las Viñas para que, cuando uno de nosotros se quede solo allí, pueda tener un medio de salir de aquellos parajes en caso de enfermedad, hambre o fallecimiento accidental. Explicar, pues, ambos etcéteras sería una tarea ingrata, de modo que vayamos a cosas más alegres.

El coche viejo que compramos era, claro, de quinta o sexta mano. Consumió uno todo el día de ayer en asegurarlo y poner los papeles en regla. Se trataba de un pequeño todoterreno, y hablamos en pasado cuando debiéramos hablar en presente. La verdad es que no fue demasiado caro. Mil ochocientos euros. De aspecto era bonito, de lata negra, muy brillante, quince años de vida y ciento treinta mil kilómetros que nos infundían una gran confianza, porque viéndole parecía imposible que hubiese recorrido ni la mitad. Lo primero que me dije fue: «Después de ciento treinta mil kilómetros, es capaz de recorrer otros ciento treinta mil».

En realidad nos dejamos aconsejar por un pariente, aunque todo haya que decirlo: es un pariente político.

Es un muchacho bonísimo que tiene metida en el cuerpo la diablura

de la mecánica. Considera una gran estupidez pagar los capitales que se pagan por los coches nuevos, de modo que acude al mercado de ocasión, y allí, con gran ojo y mayor arrojo, compra lo que le conviene. Acude a continuación a un gran almacén donde se venden repuestos para viejos modelos, desguazados de otros que como los nuestros han pasado a mejor vida, sustituye las piezas averiadas, viejas o defectuosas, y lo pone a punto.

Fue a él a quien llamamos. ¿Hubiéramos encontrado a alguien mejor que resolviera nuestro problema?

Es un chico solícito y afectuoso y nada le gustó más que probar su afecto por la familia política, y después de unas cuantas llamadas, telefoneó con una buena noticia. Todos estos locos de la mecánica son en realidad como los que buscan libros viejos, conocen al dedillo el mercado, los libros que valen y los que no y dónde se encuentran ejemplares disponibles. Un conocido suyo vendía un todoterreno adecuado a nuestras necesidades. Había visto incluso dos, pero uno lo había descartado su ojo experto. El vendedor le dio todas las garantías. Era un modelo viejo, pero, con irrebatible lógica de vendedor, me aseguraron que precisamente por tratarse de una mecánica elemental las probabilidades de estropearse eran menores. A continuación hicieron incluso un canto elegiaco y hablaron de las nieves de antaño, traducidas al futurismo: como los motores de antaño ya no se han vuelto a construir otros; serán mejores hoy, pero qué maravilla los antiguos...

Les vi extasiarse ante aquel motorcito de juguete como lo habría hecho un mecánico de fórmula uno ante un viejo motor de hace cien años, como un pintor actual ante los bisontes de Altamira.

Por supuesto, él nos daba todas las garantías, no garantías como las que le sellan a uno en la tienda, sino las verdaderas garantías de aquellos tiempos dorados en los que bastaba darse la mano para cerrar los tratos, sin que los hombres de palabra necesitaran de más.

Incluso las dos o tres piezas que estaban un poco fatigadas fueron sustituidas por otras semejantes que nuestro buen pariente adquirió en el famoso almacén a precio de ganga. No quería el hombre ahorrarse ni un detalle, incluso se pasó de más, como suele decirse, ya que algunos recambios fueron sustituidos no por su mal estado, sino sencillamente «porque no me gustaba su pinta; habrían podido aguantar, pero, en fin, estamos hablando de una pieza que vale doce euros...».

Bien hecho. Hasta ese momento nos habíamos movido únicamente en el terreno de las ideas, ya que era una temeridad probarlo sin los papeles en regla. El paso decisivo, el empírico, pudimos darlo ayer.

¿Habría problemas? Desde luego que no. «Te aburrirás de coche», nos aseguraba cruzado de brazos y contemplando el viejo modelo como si fuese el Titanic el día de su botadura. Yo le preguntaba si en su opinión resistiría el trayecto hasta Trujillo sin problemas, ya que uno, que no sabe de mecánica y que ha tenido otros coches parecidos y elementales de segunda mano, estaba un poco escamado. «¿A Trujillo?», me preguntó con un soniquete retórico de quien conoce muy bien la respuesta: «¿A Trujillo, dices? Este coche, si lo tratas bien, es capaz de ir a Pekín y volver». Yo le dije que no tenía intención de ir a Pekín, que uno se contentaría con que nos llevara hasta Las Viñas, y prometí darle el trato que se les da a las favoritas.

No obstante, antes de emprender la marcha le telefoneé una vez más para oír de él por última vez sus sabios consejos: ¿No se calentará?, le pregunté tímidamente. Su respuesta, la verdad, no fue del todo tranquilizadora: «Hombre», dijo, «estos coches suelen calentarse. Pero si le tratas con cuidado, no tiene por qué».

Lo cargamos con la impedimenta habitual, comida, ropa, trastos, libros, y partimos hacia Catay, quiero decir Trujillo.

Es verdad que emprendimos la marcha después de comer, con todo el sol azotando las pobres y endebles hojalatas del viejo Suzuki, que elevaban la temperatura dentro a unos cincuentaidós grados centígrados. Y ha de añadirse un factor: era el día de salida de las vacaciones de julio, y pese a que no encontramos todo el tráfico que temíamos, este hecho ha de tomarse en consideración, pues psicológicamente los motores responden de una u otra manera a según qué circunstancias nos refiramos.

El coche era muy ruidoso, como una lata que alguien hubiera atado al rabo de un perro. No; esta comparación se queda corta: como un montón de cubos vacíos de la basura pataleados de noche por un borracho. Esta imagen es bastante más exacta. Íbamos a ochenta o noventa, no podía ir más deprisa, pero el coche marchaba bien. Nos adelantaban todos, hasta los camiones pesados. Al hacerlo estos, le entraba a uno un poco de miedo, porque nuestro pequeño gran coche se estremecía tanto, que temíamos fuesen a saltársele los remaches, y quedáramos nosotros sentados sobre el chasis.

Por suerte íbamos solo M. y yo. Los chicos se habían quedado en Madrid, celebrando el hecho de perdernos de vista durante un fin de semana. Nosotros dos nos pusimos incluso románticos. Aquel calor, aquel ruido, aquella fatiga nos recordaron los tiempos de nuestro noviazgo, cuando montados en un dos caballos nos fuimos a Grecia y volvimos, y es verdad que hubiésemos llegado incluso a Pekín.

M. le daba a uno ánimos cada vez que nos adelantaba uno de esos

trailers internacionales. Algunos incluso tenían mala intención y al emparejarse con nosotros hacían sonar sus bocinas, lo cual me asustaba a veces tanto que tenía que corregir de inmediato el volantazo que de modo involuntario estaba a punto de hacernos zozobrar. M., en esos casos, para evitar que la honrilla me llevara a disputarles la carretera, me decía más dulce aún que cuando éramos novios: «Tú tranquilo, déjales que pasen. Qué prisa tenemos. Nosotros despacito, a nuestro paso».

A los ochenta kilómetros le advertí a M. de una pequeña anomalía. No quise asustarla, así que empecé por la mayéutica, que siempre da buenos resultados con ella, sobre todo desde que estudia a los filósofos antiguos: «¿Para qué crees que servirá la aguja de ese reloj que está en el panel delantero?». «¿Qué aguja?». «Esa», respondí yo señalándosela con la barbilla y sin dejar de mirar hacia delante ni al espejo retrovisor, por si se acercaba amenazante alguno de aquellos mastodontes mecánicos. «¿Por qué lo preguntas?», me respondió... A buena parte iba yo con la mayéutica. Parecía gallega. Le confesé que venía observándola desde el kilómetro cincuenta y que había en ella algo que no me gustaba. En realidad no podía decir nada concreto, sin levantar un falso testimonio, pero en su manera de moverse, con temblores secos y continuados, había algo, en mi modesta opinión, de anormal. *«¿Hot* sigue siendo caliente en inglés?», pregunté cinco minutos después, en el kilómetro ochentaicinco. «Sí», me respondió M. con una modestia y delicadeza cautivadoras. «¿Y *Cold* frío, no?». «Sí», volvió a corroborar. Noté en mi piel el golpe fresco y benefactor del aire que habían desplazado sus pestañas. «Bien», concluí, «pues la aguja esa del panel tiene tendencia a salir corriendo hacia el *Hot* en vez de quedarse junto al *Cold»,* y la invité a que observara su tembloteo. Ya no era un temblor normal, sino que daba tales sacudidas que parecía fuese a romperse descoyuntada.

En unos días se ha hecho uno especialista en detectar problemas con los radiadores. El coche que fundimos hace una semana en Talavera, fue por esa razón. Y en cuanto a coches: es uno de los temas más aburridos que cabe imaginar, pero basta que viajemos en uno que se va a estropear, para que se vuelva en verdad apasionante.

Nuestros planes eran razonables: llegar al desguace de Talavera, recoger la documentación del coche viejo para darlo de baja, y seguir viaje. Pero a esos planes estaba empeñada en oponerse la aguja del panel, cada minuto que pasaba más y más loca. Su ascensión hacia el *Hot* era paulatina pero inexorable, sus temblores más ostensibles. Por suerte nos dio tiempo a entrar en una gasolinera. Abrimos el capó no porque esperáramos ver algo que comprendiéramos, sino porque eso

es lo que suele hacerse en esos casos. No sabíamos gran cosa, pero no nos gustó nada en absoluto comprobar que la botella de un líquido rosado se había abierto y había derramado por todo el motor aquella viscosa sustancia. Me puse muy contento, porque sin ayuda de nadie deduje que se trataba del líquido refrigerante, y conocer el problema, como es notorio, es el primer paso hacia la solución. En realidad había perdido casi todo el líquido, y el que quedaba dentro borboteaba como un samovar. Compramos allí mismo más líquido, y a continuación dudé. No me decidía, si telefonear a nuestro pariente y gritarle antes, o después de echar el líquido rosa. M. trataba de calmarme, me decía muy cariñosa: «Pobre, ¿y él qué culpa tiene?».

En cuanto rellenamos el recipiente y el motor se enfrió un poco, seguimos camino, pendientes ambos ya de la aguja, que al principio pareció quedarse más tranquila. Pero eso duró exactamente quinientos metros. Recorridos estos, el coche empezó a temblar, el parabrisas se llenó de líquido rosa y nosotros apenas tuvimos tiempo de recorrer los diez o quince metros que nos separaban de uno de esos puentes que cruzan las autovías. Allí por lo menos estaríamos a la sombra, la única que veíamos en todos aquellos contornos. Dejamos el coche en el arcén, y con extremo cuidado salimos de él. Al hacerlo los pies se hundieron en la brea caliente que se pegaba a las suelas como chicle. En cuanto al clamor de la hinchada cigarrística, era tal, que quedamos un poco aturdidos. Ni siquiera el bramido de los camiones que pasaban a nuestro lado lograba acallar a las cigarras. Eran camiones, entonces los vimos mejor que cuando conducía yo, de entre ochenta mil y noventa mil toneladas, o más, y largos como una piscina olímpica, que pasaban a uno o dos centímetros de donde estábamos parados, y algunos insistían en hacer sonar sus poderosas bocinas cuando nos rebasaban. Nosotros, incluido en este pronombre el coche, M. y yo, nos quedábamos temblando como hojas secas en el arcén cada vez que eso ocurría.

Ni siquiera teníamos esos triángulos fluorescentes que son preceptivos, porque pensábamos rescatar los que estaban en el coche viejo. Se lo explicaríamos así a los guardias, en cuanto aparecieran.

Ni M. ni yo nos atrevíamos a hablar. Estábamos muy nerviosos porque sabíamos que el atropellarnos alguno de aquellos camiones iba a ser solo cosa de minutos. Y aunque no nos atropellaran a nosotros directamente, avasallarían al coche y este nos arrollaría, de modo que empezamos a alejarnos del cochecito como quien huye de un polvorín en el que se ha originado un pequeño fuego. Era solo cuestión de tiempo el que aquello saltara por los aires. En cuanto recorrimos dos pasos y salimos de la sombra que proyectaba el puente, nos

encontramos a pleno sol. Volvimos al coche y allí le pedí a M. que, a falta de señales triangulares de posición, cogiese una de las bolsas de pan duro que llevamos para los perros y la dejase en el arcén a modo de señalizador, con cuidado de no asomar mucho la cabeza, porque se la arrancaría cualquiera de los coches.

Fue absurdo. Al contrario, se hubiera dicho que esas bolsas de mendrugos de pan seco aún enfurecieron más a los de los camiones, que se pegaban al arcén, con el propósito de llevárselas por espíritu deportivo con el guardabarros, y así, al llegar a nuestro lado reducían la distancia de dos o tres centímetros a uno, y nos driblaban como hacen los que serpean en los grandes eslams del esquí. Uno lo ve ahora como la escena de una película de Buster Keaton, pero allí no tenía aquello nada de cine mudo. Al contrario, era abrumador, estrepitoso.

Mientras M. se jugaba la vida, uno se jugaba también la suya tratando de poner en su sitio la botella del líquido anticongelante, que por una impericia mía se había salido, al tiempo que también trataba de rellenarla con lo que había sobrado.

Al pasar los camiones con sus bocinazos, el capó, que estaba sobre mi cabeza, temblaba de tal modo que temía se me fuese a caer encima.

En unos momentos como esos, nadie tiene los pensamientos demasiado claros. Al contrario. Yo solo pensaba en todos aquellos que han perdido la vida en circunstancias parecidas, y ese pensamiento hacía mis movimientos mucho más nerviosos.

Empecé a gritar a M., para que se apartara lo más posible del arcén. Por su cuenta había estado sembrándolo, a lo largo de cien metros, con nuestros equipajes, mendrugos, comida y libros; y ella, a su vez, viéndome luchar con la botella de líquido rosa, me rogaba llorando que lo dejara, porque estábamos en un grandísimo peligro. Yo veía el peligro de ella y ella veía el mío.

Y entonces se produjo el milagro. Ha sido, creo, el primer gran milagro de nuestra vida, descontando el de la zarza, que no fue milagro sino epifenómeno, y este, además, solo me sucedió a mí. Apareció un ángel. Lo enviaba quien fuese, para salvarnos. Un ángel verdadero, de carne y hueso, como son los ángeles (los otros, espíritus evanescentes, ¿qué nos importan, cómo respetarlos si no se hacen respetar ellos mismos volviéndose contingente materia?). Ni siquiera me apercibí de que venía a nuestro encuentro. Llegó por la espalda, como los ángeles de la guarda, y sigiloso. Yo estaba tratando de ajustar la botella del líquido, con el capó abierto, metidas las manos entre las piezas de un motor que me había producido ya dos o tres

quemaduras. Miró él también el motor por encima de mi hombro. Era un ángel de unos cincuentaicinco años, con la barba entrecana sin afeitar. Esto le daba un aspecto de mendigo o vagabundo, aunque su expresión era tan bondadosa que tenía un parecido extraordinario con san José.

—Por Dios, hombre... —empezó diciendo, lo que nos hizo suponer que había sido enviado precisamente por Dios—. Quite usted de ahí el vehículo, porque va a haber una desgracia.

Al oírle la palabra vehículo, en cambio, supuse que era o guardia civil o alguien del gremio del automóvil. Guardia civil no podía ser porque no le hubieran dejado llevar esa barba ni las manos manchadas de grasa.

Traté de disculparme, como si obteniendo su perdón fuese a desaparecer el peligro.

Hablaba con muchísima tranquilidad, y daba órdenes como ese capitán de barco que dirige las operaciones de evacuación durante un naufragio sin perder los nervios.

—Rápido. Mueva el coche de debajo del puente. Con la sombra no se le ve a usted. El coche es negro y es imposible distinguir nada. Los camiones se le van a llevar por delante. Por Dios, déjeme a mí ocuparme del coche.

Declaró que iba hacia Talavera, pero que al vernos decidió parar y preguntar qué pasaba.

Corrí obediente a hacer lo que me ordenaba, M. corrió a su vez a rescatar los mendrugos de pan duro y nuestro equipaje, y san José se montó en la grúa del Race que conducía y que había dejado detrás, a modo de parapeto. Se había detenido sin que nadie se lo hubiese ordenado.

Cuando bajó a ocuparse del coche, en lugar más seguro, nos dijo sin asomo de broma que había aparecido para salvarnos la vida. «No habrían durado ahí ni cinco minutos, los habrían atropellado», sentenció. Echó una ojeada al motor, lo vio mal y le pedimos que nos llevara hasta Talavera. Nos dijo que no tenía el menor inconveniente.

Cuanto más le observaba, mayor era su parecido con san José. Únicamente le faltaba una vara de azucena en la mano, en vez de la llave inglesa. Creo que era la expresión del hombre bueno por antonomasia, ni alto ni bajo, más bien gordo, con las manos cuadradas y los dedos cortos y fuertes, los antebrazos musculosos y unos ojos limpios y claros, y la sonrisa que se les pone a los hombres buenos al hacer el bien, no tanto por hacerlo, sino por ver la sorpresa con la que son recibidas las buenas acciones, tan inesperadas por lo común.

En cuanto estuvo listo todo y cargó el coche, M. y yo nos subimos

con él a la cabina. Se estaba muy bien allí, con el aire refrigerado. Se puso en marcha. No nos atrevíamos a hablar, y con disimulo me acerqué a M. y le dije: ¿has observado cómo se parece a...? En ese momento me interrumpió, porque creyó que le hablaba a él.

—¿Cómo dice? —me preguntó.

Yo le respondí que estaba diciéndole a mi mujer lo mucho que me recordaba a un amigo nuestro del campo, con el que estuve este invierno quemando unas zarzas en nuestro olivar, y que me dio muy buenos consejos.

Siguió con sus manos sobre el volante, sin decir nada, como si sostuviera una gran paellera.

Al rato M. se acercó a mí y me susurró entre dientes que en efecto se parecía mucho a Dios.

Estuve por decirle, con aires de triunfo, cómo es que ella lo había reconocido, si hace seis meses no me creyó. Además estuvo riéndose de mis visiones muchos días. Esa era la prueba de que entonces hablaba en serio, pero no era el caso empezar allí delante de aquel hombre tan sereno una de esas discusiones matrimoniales tan desagradables para los extraños, como si los cónyuges esperasen a tener público para hacerles la representación.

Entonces empezamos a contarle nuestra triste historia, desde el día en que rompimos el cárter y gripamos un motor fundiendo la junta de la culata, y cómo cambiamos de coche, y volvimos a romper otro coche viejo en Talavera, y hasta llegar a aquel triste día en el que en menos de dos semanas nos habíamos cargado tres coches. Y que yo estaba desolado porque ya no sabíamos qué hacer.

San José dejaba sus brazos sobre el volante sin hacer fuerza, como si el camión se condujera solo, y solo de vez en cuando lo movía de un lado a otro, con movimientos suaves, como una criba. Era la suya una actitud muy paternal, que nos daba muchísima seguridad.

—Sí, esas cosas suceden —admitió sin asombrarse—. En todo caso, que todos los males sean esos.

Sonrió. No apartaba los ojos de la carretera, pero al mismo tiempo se veía que su mente no dejaba de trabajar.

A los dos o tres minutos se puso hablar por la radio de la grúa con la central, para inquirir cuánto nos llevaría por acercarnos a Trujillo. Habló en pesetas: cuarentaidós mil... Por ese dinero seguramente nuestro pariente hubiese comprado un gran coche en el mercado de los coche usados. A nosotros nos parecieron cuarentaidós mil euros.

San José advirtió al momento que aquella suma de dinero era un serio problema para nosotros, como diría Míster Pickwick, «en las presentes circunstancias», y trató de consolarnos. Creo que quien

empezó a creer que nosotros dos éramos san José y la Virgen camino de Belén, fue él. «No les duelan esas cuarentaidós mil pesetas. Que todos los males sean esos».

Y nos contó que la víspera tuvo que ir a recoger un coche en el que se habían matado la madre de treintaidós años y una niña pequeña. Habían sobrevivido el padre, que al parecer se quedó dormido mientras conducía, y dos hijos más. Al darse cuenta de que se había dormido, dio un volantazo y el coche salió despedido en una vuelta de campana. La mujer murió en el acto y el niño salió despedido por una ventanilla lo menos veinte metros, como la piedra de una honda, dijo. «Y lo que yo digo», añadió san José meciendo su volante como si fuese una cuna, «ese hombre ahora, cuando vaya a acostarse y vea la cama vacía, lo que no ha de pensar. ¿Cómo va a poder vivir? A él, no señor, no le pasó nada, ni un rasguño...» Era, por lo que se veía, un seguidor de las novelas de Thomas Hardy, porque no ponía la voz demasiado luctuosa en ese relato, sino que se limitaba a apagarla con la fatalidad...

Después de ese caso, y en vista del éxito que había cosechado, relató lo menos otros veinte o treinta en los que había tenido que intervenir directamente. Estábamos ya angustiados. Creo que es una técnica que les enseñan en las autoescuelas de las grúas, para que los clientes no sientan pena de tener que dar tanto dinero por hacer que le remolquen a uno. Tan angustiados seguíamos, que estuve a punto de decirle que le doblaba las cuarentaidós mil pesetas teniendo en cuenta lo bien librados que habíamos salido. Y lo habría hecho de no haber querido uno dar un giro copernicano a nuestra conversación.

—¿Sabe usted que se parece mucho a san José?

—Me lo han dicho mucho —admitió con una seriedad de carpintero de lo más convincente.

En aquel ambiente de hermandad que se había creado en la cabina de la grúa, se permitió incluso darnos algunos buenos consejos, lo que me reafirmó aún más en la idea de que el de las zarzas y él eran la misma persona o parientes por lo menos, parientes políticos, se entiende.

—Deben ustedes hacerse del Race. Si hubiesen sido del Race este viaje les hubiera salido gratis. Al no serlo, tendrán que pagar las cuarentaidós mil pesetas. Porque el Race asegura personas, no vehículos, y lo que a estas les pase en un coche corre de su cuenta, no es necesario que el coche en el que van sea suyo o de otro, de un amigo, de un familiar...

—No me hable usted de familiares —murmuré con resentimiento...

Al fin llegamos a Trujillo. Como habíamos telefoneado desde el

móvil, nos esperaban todos en el taller, a pesar de que ya se había pasado la hora del cierre. Nos esperaban, además, con el coche nuevo, que han traído de Burgos. La globalización tiene ya esas fantasías. Compra uno un coche en Trujillo y tienen que ir a buscarlo a Burgos o a cualquier otra ciudad donde tengan existencias. Los amigos del taller de Trujillo fueron los que mandaron a mejor vida el coche viejo, y no querían creerse que nos hubiera pasado lo que acababa de pasarnos. Y nos reíamos ya todos de muy buena gana. Ellos un poco más que nosotros quizá, porque ni pagaban la grúa ni la reparación del otro coche ni la del nuevo.

Volvimos a darle las gracias a san José, le dijimos que había sido providencial que al minuto de haberse averiado «el vehículo» hubiese aparecido él por allí, y todo lo que ya sabía. Y si el gruísta era san José, nuestros amigos los mecánicos de Trujillo podían pasar todos ellos por santos benditos. No se habrá visto a personas más desinteresadas y dispuestas. Recuerdan mucho a esa clase de médicos que no solo le curan a uno siempre, sino que además saben cómo confortarle con las palabras necesarias, como los antiguos barberos, dueños de la sofrología.

Yo les decía que de allí a dos días iban a aparecer R. y unos amigos, y que necesitarían el coche para hacer sus compras. Lo miraron por encima, y se sonrieron como si les hubieran puesto en las manos un juguete roto que hasta un niño sabría componer.

Nuestro mecánico fue incluso más lejos de lo que se le hubiera pedido a un buen amigo. Dijo: «Tranquilo, sin coche no te quedas. Mañana lo miro, pero a mí el motor me suena bien».

Hoy lo ha mirado, le ha limpiado el radiador, del que ha sacado lo menos cinco kilos de ácido, causante de la obstrucción, y asegura que no tiene nada. Garantizado. Tampoco quiso cobrarme nada. Me ha dicho que ellos cobran por la mecánica, no por la limpieza. Me habría gustado darles un fuerte abrazo, de haberse estilado eso en el mundo inabarcable de la mecánica.

Cuando estuvo listo, buscó con la mirada a un niño que tienen de aprendiz, y le llamó:

—Tú, vete con este señor y haz lo que él te mande.

Qué maravilla. Fue como volver a otro siglo, en el que los niños no sentían vergüenza de aprender obedeciendo, ni pasaban por los sindicatos, fiados solo de la bondad humana. Bendita edad de oro, que diría don Quijote.

LAS partidas de ajedrez con G. son ahora divertidísimas, sobre todo

para él: de diez, gana siete. Pese a poner uno toda la atención en cada partida, una concentración muy próxima ya a la obcecación, diría, no consigue uno grandes progresos, en tanto los de G. son palpables de partida a partida. Sucede así cada año. Al principio del verano, después de haber estado alejados del tablero once meses, se diría que se le ha olvidado el juego, y puede decirse que estamos más o menos igualados. Esto, por desgracia para uno, dura bien poco, unos tres o cuatro días, o lo que es lo mismo, unas diez o doce partidas. A partir de ahí, los progresos de G. son tan notables, que son para su padre, a un tiempo, motivo de orgullo y de humillación. El orgullo procede de un primer impulso: tengo un hijo muy inteligente; la humillación, sin embargo, viene inmediatamente después, con esta desoladora conclusión: además es más inteligente que yo. Él, con esa especie de deportividad de los jóvenes elásticos frente a un reumático, evoluciona también en sus consideraciones morales, y del «papá, eres un paquete» de los primeros días, ha pasado al «papá, esto no quiere decir nada; solo quiere decir que soy mejor jugando al ajedrez, no que sea más inteligente».

Para entonces ya está uno de pésimo humor. Ni siquiera me da tiempo a estudiar su semblante, pues nuestro modo de jugar es, después de cinco o diez minutos, cuando la partida ha entrado ya en una cierta complejidad, el siguiente: mueve pieza él (medio un segundo); muevo yo pieza (cinco minutos, durante los que él se distrae mirando la televisión o leyendo el periódico, sin dignarse perder el tiempo mirando el tablero y diciendo, de vez en cuando, como una cantinela: «Por favor, mueve ya, date prisa»). En cuanto oye que le digo «ya» y muevo, deja de mirar la tele o de hojear el periódico, y mueve él su pieza como esos maestros que juegan simultáneas, empleando en su decisión otro medio segundo... Y así hasta que el llega el mate.

M. me dice, con sorna, poniéndose claramente del lado de su hijo, que no comprende cómo va uno cada día al humilladero. Por su parte G., más pragmático, resume el estado de cosas con un despiadado «a mí, papá, el ajedrez me da igual; yo lo que quiero es ganar». Lo dice cuando yo trato de convencerle de que hay muchas maneras de ganar, y que ganar como consecuencia de un despiste o de una torpeza flagrante del contrincante es como robarle los caramelos a un niño. Él dice, de acuerdo, tienes razón, pero no te voy a dejar que rectifiques la jugada. Como las partidas duran entre veinte minutos y media hora, nos da tiempo a jugar tres o cuatro, que pueden aumentar si el derecho de revancha es consecuencia de que ese día uno de los dos (por lo general el padre) no ha conseguido ni una sola victoria. Así

que el campeonato se alarga hasta que el tenaz perdedor prueba las mieles de una solitaria victoria, lo que al otro, ahíto de triunfos, le produce un gran alivio, ya que a esas alturas solo quiere largarse y dejar a su humillado padre tratando de explicarse dónde y por qué ha cometido tantos errores, o peor aún, maquinando una venganza que jamás ha llevado a efecto, a saber: acudir en secreto en septiembre a alguna academia de ajedrez donde le enseñen media docena de trucos sucios con los que poder darle una lección a un jovenzuelo presuntuoso.

HA empezado uno la suya, *Al morir don Quijote*. Este sí que será un enlace. ¿Qué pensarán? Ocurrirá así: lo probable es que todos lo crean, a favor o en contra, una osadía incalificable, si no una falta de mesura y de cordura.

Para acompañarme en este viaje vino con uno *El pensamiento de Cervantes*, que lleva una dedicatoria autógrafa de su autor. Excepto las cuarenta primeras, todas las demás páginas seguían intonsas, sin duda porque la persona a la que se lo dedicó las encontró aburridas o se murió o perdió ese ejemplar o pensó leerlo en otro momento que nunca llegó..., hasta hoy, en que he ido abriéndolas yo, y al hacerlo el ruido del abrecartas que fue de V., desgarrando el papel, se diría que me llevaba a aquel lejano 1925, un 1925 que parecía estar esperándole a uno, a mí solo. También he leído algunas publicaciones recientes del cervantista M. de R., tan maravillosas y sensatas, tan sugerentes, tan juiciosas, tan contenidas. Y así, en su compañía, se ha lanzado uno a contar todo lo que sucedió tras la muerte de don Quijote, que acaso sea mi propia muerte como novelista.

EL libro sobre el traje en tiempos de don Quijote le llevó a uno a *El día de fiesta por la mañana y por la tarde*, de Juan de Zulueta, que pinta la vida corriente en el siglo XVII. Me prometía un libro feliz, como ciertos bodegones de ese tiempo, en el que todo, desde una cidra a un tarro de Talavera, está tocado con la mayor delicadeza. Pero no, todo él es un monumento a la mala follá española, ese desentono del que no encuentra nada a su gusto, en todos los órdenes de la naturaleza, mineral, vegetal o animal. Así que lo que habría podido ser un deleitoso paseo por la vida de otro tiempo acabó convertido en un calvario de la malaleche que cuajó, como en ningún otro lugar, con el cardo del conceptismo. Pues se diría que el conceptismo propicia una visión particularmente moralista y pesada, y no al revés, cosa

irritante. Y desde luego, abstracta. El conceptismo es cosa mental, frente al realismo, que tiende siempre, si no nace de ellos, a los afectos, incluso a los desafectos. Se podría pensar que aquello pasó, pero lo cierto es que tiene su continuidad, y seguirá teniéndola. Ahora se llama *La Fiera literaria,* cierto panfleto que tiene encebollados a una docena de escritores con poca fortuna, empeñados en medir el éxito de los demás con el rasero de su fracaso, encontrando injustos, naturalmente, los dos.

Se trata de una revista en cuarto, ciclostilada o impresa de modo casero. La hacen llegar puntualmente por correo, una o dos veces al mes, y gratis, desde luego. Esto, sin duda, habrá de melancolizarles más aún a la larga: insultar puede gustarle a alguien, y más de balde; podemos considerarlo una patología. Ahora, pagar para hacerlo tiene que acabar desquiciando.

Muchos de los que la firman parecen hacerlo con seudónimo, pero no otros. En ella se ocupan, de forma casi monográfica, de una docena de escritores famosos, en su mayor parte relacionados con *El País,* y de media docena de críticos literarios, en este caso jefes de fila de cada periódico, a todos los cuales, críticos y escritores, se les tilda de ignorantes, corruptos y ridículos, cornudos y reptiles, y esto no siempre en sentido figurado. La han tomado de forma especial con aquellos que obtienen algún tipo de reconocimiento ostensible y, sobre todo, apoyos mediáticos, lo que trastorna a estos libelistas. Podríamos conocer nuestra cotización en la bolsa literaria solo viendo si somos o no citados allí, así que más de uno estará deseando ser insultado, calumniado y vejado en compañía de tan ilustres colegas. Las víctimas de sus acosos han comprendido que es mejor no darles pábulo, de modo que los *fieros* se ven abocados cada día que pasa a subir el tono y la naturaleza de sus insultos con la esperanza de prenderlos en el engaño, como hacen los toreros, sin éxito, y cuentan, si es verdad lo que ellos mismos dicen, con el apoyo decidido del periodista Z, que ha acogido con simpatía lo que el panfleto, aseguran, tiene de liberador y revulsivo. Naturalmente este, responsable y sostenedor en su periódico de la relevancia literaria de algunos de los escritores y críticos vilipendiados, es respetado por la artillería, cuando no adulado sin rebozo.

En el número que llegó hoy reproducen una frase de «la irrepetible novela» de X.

Al autor de este libro lo escabechan periódicamente, sin pasarle una. Señalan los disparates de la prosa de ese X, y les irrita que los críticos hagan la vista gorda con él y no con otros; y el problema, a mi modo de ver, es que en vez de reírse de todo ello bramen e invoquen

al ángel exterminador para que lo expulse del paraíso en el que le han puesto sus valedores. Pero en eso, en mi opinión, se equivocan también. Si yo fuese panfletista y hubiese dado con una mina como la de X, estaría deseando que este publicase mucho y que vendiese sus libros a millares, para que todos leyeran frases como esta, que ellos citan: «Aún se entretuvo en la sección viril, ahora probó dos aromas en el envés de sendas manos». Claro que, al principio, piensa uno que lo de «la sección viril» o lo de «sendas manos» solo puede ser una parodia voluntaria, una franquicia, como si dijéramos, de la sección de los eventos consuetudinarios que acontecen en la rúa, y telefonea a W, lector de X, quien confirma apesarado la exactitud de la cita: «No sé en qué estaría pensando», le disculpa. Los de *La Fiera* citan también el monólogo interior de un personaje de no sé qué novela suya al que una mujer le está haciendo una felación: «Tienes mi polla en tu boca, pensó al tenerla». W, a quien he vuelto a llamar con el número de página, no responde esta vez tan solícito, porque pensó acaso que trataba de desmoralizarle, como cuando un hincha del Real Madrid telefonea a un amigo suyo hincha del Barça para recordarle cómo su equipo ha ganado al otro la víspera. Si eso sirviera para reírse un poco, bien. Ahora, tratar de restablecer la justicia universal a partir de ahí es tonto, porque lo normal es que si escribes mal tengas más lectores y más éxito que si escribes bien, porque hay mucha más gente que lee mal que la que lee bien, y eso es así, al menos en España, desde Cervantes, con las honrosas excepciones que conocemos todos. Por tanto, cinco minutos después de haberme divertido mirando esas cosas, el número de *La Fiera* se ha ido a la papelera.

GÓNDOLA, golondrina. También estoy seguro de que entre las dos palabras hay un corredor secreto, pero tampoco podría demostrarlo.

EL único compromiso del creador (el intelectual es otra cosa) es mantenerse todo lo más lejos que pueda del poder, tanto si le tienta para ejercerlo como si lo necesita para atacarlo.

LOS adjetivos son propios de los poetas, que los varían como trajes. Homero es ejemplo de ello. El pueblo, tantas veces poeta, gusta más de sustantivos, a menudo desnudos. Muchas palabras le debe uno a su madre, llegadas en la lengua materna, pero ninguna acaso como esta, *nidia*. Hablaba de la nieve que había caído en León y lo peligroso que

estaba el caminar por la calle, hasta llegar a lugar seco. Recordé en ese momento habérsela oído otras veces, en mi niñez, pero había olvidado su significado. Supuse que no pasaría de ser una palabra deformada, acaso inexistente o de circulación restringida al ámbito familiar o comarcal. Después de hablar con ella fui al diccionario como quien lleva en la mano un décimo de lotería. Y la alegría no fue menor que si le hubiera tocado a uno el gordo, pues ninguna otra podría haber sido más exacta, aun pudiendo significar dos cosas casi contrarias, ya que ahora no sé si la refería al tramo en que la nieve hacía peligroso el caminar o a la parte seca en la que el peligro desaparecía. En todo caso es para mí tan nueva como un manto de nieve recién extendido sobre la tierra.

ESTÁBAMOS mirando en la Tv a un cantantillo al que entrevistaban. No era bueno ni malo, solo joven, uno de esos chicos que tratan de salir adelante poniendo toda la ilusión del mundo, porque el fracaso les devolverá no ya a una vida de andamios, talleres o servidumbres, sino a un lugar lejos de la música que para ellos es su pasión. Decía: «Lo que más me emociona es cuando un niño me dice: quiero parecerme a ti; eso me hace pensar». Al contarlo el muchacho, que debe de andar por los veinte años, se quedó pensativo en verdad, como si esas palabras exigieran de él una gravísima responsabilidad. Creo que en realidad trataba de ponerse en el lugar de ese niño para el que él es un ídolo, acaso en sí mismo cuando era muchacho y quería ser como algún cantante de moda, en lo que se ha convertido. Le abismaba ese pensar abismado, del que emergió como Hamlet delante de su calavera (nadie se ha percatado de que la calavera que sostiene Hamlet es su propia calavera, solo así se justifica que le hable con tantísima confianza y sinceridad): «Sí, te hace pensar...». El muchacho se llevó el dedo a la altura de la sien y lo hizo girar lentamente en el aire, dando a entender que el mecanismo que rige el pensamiento humano es lento pero inexorable... «Te hace pensar», repitió como para sí mismo, «y lo primero que piensas es: ¿quién soy yo, para qué quiere parecerse a mí?»

Había algo muy bonito y quijotesco, como si hubiera de convivir con esa pregunta siempre, una de las pocas preguntas que no tienen respuesta (el «yo sé quién soy» de don Quijote lo damos por bueno, como damos por buena la esperanza, pero bien sabemos que don Quijote, dijera lo que dijera, eso lo sabía a medias, y por eso sale al mundo, a corroborar si él es quien cree que es, o no).

Lo preocupante es que el programa que lo lanzará probablemente a

la fama lleva el deleznable nombre de Operación Triunfo, que solo ese título tendría, sí, que hacernos pensar, porque no hay triunfo que no pase por la destrucción del ansia de conocer quiénes somos. Qué bien lo dijo nuestra abubilla de Amherst: «La fama es una abeja. Tiene un cantar. Y tiene un aguijón. Ah, y también tiene alas». Pensando en eso nuestro amigo C., que tan bien ha traducido sus poemas, escribió: «La fama tiene esas cosas, nunca tiene nada que ver con nada importante». El triunfador es el único que cree saber quién es (y que lo diga don Quijote, el mayor de los fracasados, nos enternece aún más), como aquel jugador del Real Madrid de mi infancia, que hablaba de sí mismo como de otro que fuese él mismo, quiero decir, que cuando un entrevistador de la tele le preguntó: «Y hoy Gento ¿cómo saltará al campo, de mediocampista o de delantero?», le respondió estas excelsas y aladas palabras: «A Gento le es inverosímil». Y como en los experimentos de un laboratorio, en los que un error lleva a la verdad, ese inverosímil, traído por indiferente, nos dejó a las puertas de la verdad, a saber, que el yo es siempre eso, inverosímil.

A DIOS pongo por testigo que no pensaba uno ocuparse del hecho de que este año, sucediendo en el trono a nuestro querido amigo RG., se le haya concedido el premio Velázquez a T. Pero ¿cómo dejar pasar para los venideros muestras tan decantadas (¿qué decíamos antes, de tirar la primera piedra?) de lo que hoy, 2003, se llamó cordura y academia? Y qué maravilla ver a ese T. aposentar su próstata en la Academia de San Fernando, adonde ha llegado ciscándose en la Academia de San Fernando y en todos los señores académicos de San Fernando.

El premio lo recogió un monaguillo de ese pintor, quien aprovechó para leer un discursito de su propia cosecha aderezado de Boscán y Villamediana, antes de dar lectura a las cuartillas del propio T. No sé por qué no habrá uno leído ya las obras completas de este hombre, porque tienen que ser interesantísimas, a tenor de lo que entrecomillan los periódicos hoy. De Velázquez dijo: «Su forma de tejer los colores, que dicen tanto con tan poco; sí, una especie de agitación del vacío, una intuición del antiguo sentido búdico no dual, hoy avalado por la física subatómica».

Yo iba leyendo el periódico con un júbilo diabólico, quiero decir, subatómico también, porque uno no debe alegrarse de ninguna tara. De esto a hacer milagros con sus cuadros, como querría, según confesó hace años, ha de haber solo un paso dual, avalado por la física búdica. Aunque lo mejor estaba por llegar: «A Velázquez se le entiende mejor

conociendo el manchismo de determinadas pinturas chinas o el tejido generalizado de Pollock». El periodista, que también ha estado visitando al pintor, le pide una glosa de sus palabras, y este «aconseja ver las pinceladas de Velázquez al natural y muy de cerca». ¿Cuánto de cerca?, le pregunta el periodista. Yo creo que el pintor tuvo que darse cuenta de que debía de estar vacilándole. «¿Cuánto de cerca? Lo que permitan las alarmas». ¿Qué pensarán de nosotros cuando hayamos muerto? El mismo periodista, que le acompañó en su visita al Prado, certificó que la exposición de Tiziano le arrancó una sola palabra, bisada, dual: «Caray, caray».

Conociendo al periodista, nos inclinamos a pensar que en la información de *El País* había un sutil cachondeo con lo del subatómico. Por cierto, el periódico le dedicaba la foto de portada y ¡en color! Aunque también podemos leerlo simbólicamente. El pintor, ¡sentado!, posa delante del cuadro del bufón Don Sebastián de Morra. Han ido a buscarle una silla y ha tenido el cuajo de sentarse. No tienen vergüenza. Delante de un bufón de Velázquez deberían arrodillarse hasta los reyes, no digamos ya la servidumbre, pero en atención a la discreción velazqueña, hubiera bastado con quedarse de pie.

LO llevamos su editor, Y., amiga y profesora de M., M. y yo a El Salvador, el restaurante taurino de la calle Barbieri.

Es un restaurante viejo metido en una casa modesta del siglo XVIII o XIX de dos pisos, a la que hace cien años convirtieron en restaurante sin preocuparse mucho de que no se notara la antigua disposición de las habitaciones, de modo que puede uno especular, mientras espera a que le traigan de comer, si le han acomodado en el dormitorio de la abuela o en el de la criada, porque aunque la casa fuese modesta, hace doscientos años bastaba ser un oficial de tercera en el sótano de un ministerio para tener criada.

Todas las paredes del restaurante, y son muchas, están consagradas enteramente al arte y mundo del toreo, cuadros, fotos, recortes de periódico, caricaturas, miles de estampas de toreros toreando, de paisano, posando, ganaderos y taurófilos ilustres y toda clase de interpretaciones artísticas de la fiesta que, por fortuna, en esa abigarrada decoración, pasan inadvertidas. Y las fotos antiguas acaban dándole a todo un gran ambiente, que piensa que va uno a encontrarse en el lavabo, codo con codo, en la micción contra la pared, con Bombita II.

Los camareros son igualmente del siglo XVIII, sobre todo uno, que

estaba en 1975, cuando yo entré allí por primera vez, igual que ahora, espigado y con una calva bruñida, y aunque seguramente el salario de todos no sea alto, su puesto está disputadísimo, porque se ha propalado por Madrid que trabajar en ese restaurante asegura si no la inmortalidad, sí la longevidad.

Todo el restaurante tiene una pátina sepia del humo de los cigarros que se ha ido posando sobre las cosas, paredes, mesas, cuadros, frascas, camareros, y muchísimo sabor y el encanto de las cosas que no pueden improvisarse. En las mesas, manteles de cuadraditos rojos y blancos, frascas de vidrio para el vino y vasos de culo gordo, y una carta de platos muy madrileños y españoles. Durante años ha tenido la mejor merluza a la romana de Madrid, difícil de ponderar más, y no sigo, porque podría pensarse que esta página está patrocinada por los dueños. Es cosa que ya se hace en el cine. James Bond se monta en un mercedes, y ya sabemos que la casa Mercedes ha pagado tanto. La actriz tal entra en Cartier, y lo mismo. Si yo fuese ahora con estas líneas al dueño de El Salvador, las carcajadas se oirían desde nuestra casa, si acaso no me denunciaba a la policía. *Los amigos del crimen perfecto* transcurre en parte en el café Comercial. No esperaba uno que lo hiciesen accionista de él, pero quién sabe, unas líneas del jefe de camareros o del encargado agradeciendo la atención habrían estado bien. De El Salvador uno no espera, si llegan a publicarse estas líneas, grandes efusiones, ni siquiera un par de huevos fritos, pero sería bonito que los poetas pobres pudiésemos vivir del trueque: odas por zapatos, por ropa, un sonetillo de nada por un abrigo, una novela por la calefacción de un año; la mención encomiástica de un bodeguero, vino de mesa garantizado para una temporada, o estas líneas, sin ir más lejos, por unas tajaditas de merluza a la romana.

Y con ese fin, para que probase el célebre rebozo, arrastramos al filósofo italiano a la calle Barbieri. Yo iba un poco apurado, porque viendo el chaleco de casmir que llevaba, y ese porte suyo tan espiritado, me decía: va a ser que nos hemos equivocado en la elección de restaurante. No sé, habíamos pensado que un restaurante así le gustaría, porque le gustaba mucho a Bergamín. X conoció a Bergamín no sé cómo, porque Bergamín acababa conociendo a todo el mundo, o todo el mundo acababa conociéndole a él, y a través de Bergamín o de una nuera de Bergamín, supongo, conoció a Ramón Gaya, que le prestó durante años el estudio que este tenía en el Callejón del Lirio, cerca de la plaza de la Encina, a dos pasos de la plaza Farnesio, en Roma.

Eso de llevarle a cenar estaba ya previsto por su editor y nosotros de antes de la conferencia. No sabemos qué habría ocurrido de

haberlo tenido que decidir después del acto propiamente.

Versaba esta sobre la naturaleza de las imágenes, y nos resultó a todos desconcertante, incluido el filósofo que le presentó, Z, que desapareció después de la conferencia como por arte de magia, sin dejar rastro, oliéndose la tostada, como suele decirse.

La conferencia tuvo de conferencia lo que tuvo de puesta en escena. Se veía de lejos que X es italiano por cómo vestía. En realidad se veía de cerca, por los zapatos, finos mocasines de ante que hacían de sus pies dos compases de minué. Además vestía de negro de los susodichos pies a la cabeza. No sé sabe por qué hoy en día visten de negro los arquitectos de moda, los cocineros de moda y la mayor parte de los filósofos de moda, lo que nos hace suponer que tiene que ver más con la moda que con la arquitectura, la gastronomía o la filosofía, ciencias a todas luces poco firmes. Que X está de moda en Europa, e incluso en los Estados Unidos, no tiene duda. Es filósofo de minorías, pero con gran predicamento en los seminarios de filosofía de las universidades. No sabe uno si esto lo sabrá, ni aun si se lo tendrá creído, pero de no recordar a un clérigo anglicano, con aquella camisa negra sin cuello, podría pensarse que era un sacerdote de Osiris, lo que subrayaba la solemnidad con la que caminaba y la majestad que imprimía a sus gestos, todos ellos ejecutados con convicción y ceremonia. Solo le faltaba levantar los brazos al cielo. El chaleco de color tostado, elegantísimo sobre la camisa negra, remitía a esos colores metafísicos de la corte de Felipe IV, negro y marrón, disimulando el rigor, al tiempo que lo recordaba.

Se sonreía de medio lado, lo justo, como si por prudencia no pudiera olvidarse de sus gravísimos pensamientos ni de sus tribulaciones. Le afeaba un poco la persona un orzuelo o llaga que le retraía el párpado y le encharcaba el ojo, enrojeciéndoselo por completo. Sin llegar a ser pitañoso, daba algún reparo mirarle, y no mirarle también, por si pensaba que no lo hacía uno por asco.

Como durante la conferencia, que la dio en español, sin mucha soltura pero correctamente, la gente tomaba muchísimas notas, yo hice lo mismo en el reverso de dos hojas ciclostiladas que se encontró todo el mundo en el asiento de su silla. Supusimos que tendrían que ver con aquello de lo que se nos hablaría, y así fue. En cada una de ellas había reproducidos muy malamente en blanco y negro quince o veinte cuadros, todos del tamaño de sellos. En algunos no se veía nada, como si la reproducción estuviese quemada. Sabemos que eran cuadros de Ghirlandaio y de otros pintores del Renacimiento, entre los que había el dibujo de una niña desnuda con un pito pequeño del tamaño de una bellota corriendo con los brazos abiertos. La

conferencia fue un tanto confusa, aunque siendo él un filósofo eminente, acaba uno pensando siempre que la confusa es la mente de uno.

He aquí la transcripción de las notas tomadas, porque puede que el mundo se acabe y se destruyan los originales de la conferencia, que X sea en lo venturo el filósofo de este siglo, y mis notas algo valiosísimo, como los apuntes de Averroes sobre Aristóteles. Entre los apuntes hay también un retrato que le hice al filósofo, porque se ve que se me iba el santo al cielo, y me distraía dibujando.

«Delgado, con la frente abombada y levantada hasta medio cráneo, quiero decir que tiene por lo menos una cuarta más de frente que los mortales. Viste camisa negra y chaleco de punto fino, color canela, de casmir».

Esto ya lo había puesto antes.

«Parece tímido. No mira nunca con reposo, sino que picotea al objeto o la persona mirada, como si hiciera con los ojos un poco de contrapunto. Voz atenuada. Simpático, aunque no lo parezca por mis descripciones. No es fácil sacar bien los parecidos. Piel roja, como si le gustara soplar, más whisky (quizá de malta) que vino. Empieza la conferencia con dos preguntas: «¿Dónde están las imágenes? ¿Dónde están las ninfas?». Es lo que yo me pregunto. Dice partir su disertación de cierto vídeo visto en el Paul Gueti Museum de no sé qué ciudad. Esto se me ha escapado, no lo entendí bien y habrá que revisar más tarde la ortografía. Gueti seguro que va con y y dos tes. Los vídeos eran de uno que se llama Viola. No sé si es con B o con V. Dice: «Me llamó la atención la naturaleza de aquellas imágenes, saturadas de tiempo, temblorosas». Al no haber visto ese vídeo, no sabe uno de qué está hablando, pero las películas cambian mucho de verlas a oírlas contar a otro, como las novelas. Cita también un tratado de baile antiguo en el que vienen las seis condiciones de la danza, la más saliente de las cuales es la *fantásmata*. Creo que ha dicho así: «Danzar por fantásmata». Dice también: «Solo quien puede recordar es capaz de saber qué es el tiempo, la memoria es una búsqueda entre fantasmas». Yo también lo veo así, y me alegra sumarme a esa opinión suya. No querría que esto pareciera la crónica de un filósofo hecha por Mr. Bean. Al decir «en las imágenes que les he dado», recorrió la sala un aleo de papeles, ya que todos sacaron los que se encontraron en los asientos de sus sillas. «Vean», prosiguió. No se puede ver mucho, porque son del tamaño de un sello y las imágenes parecen empastadas. Acaba de decir: «Las ninfas son tiempo». Lo afirmó en un tono categórico difícil de rebatir. Que lo trae muy pensado. Desde luego se ve que no sería fácil rebatírselo, ni aconsejable, porque no

parece que sea alguien al que le guste que le lleven la contraria. El filósofo español que lo presenta está a su lado, y por las caras que pone no parece que le convenza tampoco mucho, pero en su caso esa inconvicción parece con mayor fundamento que la mía.

»Seguramente está bien traído, pero no sé a cuento de qué acaba de citar a cierto fotógrafo que tuvo alquilado un estudio durante cuarenta años a un tipo extraño. Al morir este, el fotógrafo entró en su estudio y descubrió quince tupidos tomos encuadernados con miles de páginas de una novela que había titulado *En el reino de lo irreal*. Con ese título puede ser cualquier cosa, buena y mala. Entre las páginas halló también muchos dibujos del loco ese en los que se veía a muchas niñas con pene, y digo pene porque eran siempre del tamaño de una bellota. En la novela las protagonistas se llaman... La palabra que ha dicho no la he entendido bien. Por suerte no va a tener que examinarse uno de esta materia, porque a estas alturas no creo que llegáramos ni al aprobado raspado. En cambio sí me ha quedado claro que las protagonistas estaban hostigadas por unos «glandulinos» que las someten y vejan sin tasa. Al conferenciante le asombra que los dibujos de ese hombre estuviesen hechos en papel carbón, como si fuese el negativo de un dibujo, y más aún el hecho de que estas niñas se pareciesen a la ninfa renacentista. Y como el conferenciante alude a cada momento a alguna de las reproducciones que nos ha dado en las fotocopias, la gente la busca en ellas con frenesí sin encontrarla, porque no se ve nada, con lo cual en esta parte de la conferencia se ha llenado la sala de un ruido ensordecedor de papeles que pasan para atrás y delante, como el batir de alas de las palomas cuando levantan el vuelo. Palomas, ninfas. La blanca paloma. Las Vírgenes. Hmmm. Interesante. La filosofía es contagiosa. No te distraigas, A.

»No sé cómo hemos llegado a este punto. Se le va a uno el santo al cielo en un minuto, y cuando vuelve, parece que todo ha cambiado, el tema de la conferencia, el público, yo mismo. El filósofo está hablando en este momento del kinescopio, no sé a cuento de qué. Declara, con igual firmeza, que las imágenes del kinescopio duran un octavo de segundo. Habla de ese dibujo en el que aparece una jaula vacía y al lado un pájaro, pero al moverse en círculo uno y otro, el pájaro «entra» en la jaula. Ese experimento (aquí usó la palabra alemana porque seguramente en alemán significa experimento y algo más) consagró la pervivencia de las imágenes lumínicas. Se llaman dinamoramas. Si consigo retener esta palabra, quizá evite el suspenso. Este alivio dura poco, porque no sé si ha hablado del sujeto heroico o del sujeto histórico. Cada vez me cuesta más seguirle, y la imaginación se echa a volar. Cuando vuelvo, encuentro que está hablando de cosas

cada vez más raras. Las salas del Círculo tienen muy pésima acústica. Habría que protestar.

»No sé cómo ha desembarcado en Walter Benjamin, y recorre el auditorio un respiro de satisfacción: al fin tierra firme, conocida. «Hablemos», dice, «del concepto de imagen dialéctica». Hablemos, le secunda el auditorio, que le agradece esa fineza guardando silencio y dejando de arrastrar los pies. Se espera una revelación. Como siempre hay un provocador, el tipo que está a mi lado se levanta, deja en el asiento de la silla las fotocopias con ostensible desdén, y se larga, rompiendo la magia que se había conseguido después de media hora de mucho esfuerzo común. Un individualista y una verdadera pena. Esa primera deserción distrae al filósofo de lo que estaba diciendo, pero sigue diciéndolo, y tampoco se nota muy diferente de lo que estaba diciendo antes de la interrupción. Retoma el hilo al cabo de uno o dos minutos, hasta que da de nuevo en que «la imagen es una dialéctica inmóvil» unida, no sé cómo, al «danzare per fantásmata» del tratado del señor Doménico. Se ha producido entre el público un movimiento de alarma: ¿quién es este señor Doménico? Hasta el momento no se le había citado. Ha debido de comprenderlo el propio X, porque para atar corto los temores, o anclar su conferencia, ha vuelto a la pregunta del inicio, con lo que puede parecer que en realidad la conferencia ha sido un extenso poema: «¿De donde vienen las ninfas?», reitera como Villon sus «¿dónde están las nieves de antaño?» Barbour (comprobar grafía) asegura que la ninfa es un espíritu elemental, una diosa pagana en el exilio. A cada paso se ve obligado a recurrir a términos y palabras alemanas, que le dan una gran firmeza al discurso, como las almendras al turrón. Paracelso escribió un tratado sobre las ninfas. Según Paracelso no fueron creadas por Dios, como Adán, sino después. Eran iguales que los hombres, pero sin alma.

»Llegados a este punto empieza uno a sospechar que X, que tiene sesentaidós años, se ha enamorado de una alumna de dieciocho, que le ha dado calabazas, y no lo ha podido sufrir, y por eso dice que no tienen alma. Y por eso, porque no la tienen, han de aparearse con los hombres, porque ese es el único modo de llegar a tener una. O sea, que los hombres son imagen de Dios, y las ninfas, imagen de los hombres. Si un sujeto histórico (ahora ha dicho *histórico,* o sea, que antes no debía de ser *heroico*) asume las imágenes, llegará a vivir. Será imagen, y las ninfas serán la imagen de las imágenes, lo que nos llevaría a Averroes y a la imaginación, según su célebre teoría.

»Por último nos ha dicho que el intelecto del hombre es único, aunque el hombre no siempre piensa, y le define este no pensar tanto

como el pensar, o sea, que puede pensar solo por la imposibilidad de pensar, lo que es absolutamente verdad. Absolutamente lo ha subrayado, como si dijera: pueden discutirme todo lo anterior, pero no me hagan perder el tiempo explicando esto otra vez. Ha acabado diciendo que todo esto conducía a la poesía amorosa, en la que la unión de los fantasmas con la imagen es la inmoderación amorosa o pasión.

»Me temo que al público, extenuado, apenas le quedan fuerzas para aplaudir y yo no puedo aplaudir porque estoy haciendo la crónica por si el mundo se acaba, X es el gran filósofo moderno y lo único que vaya a quedar sean estos papeles».

Y hasta ahí. Fue entonces cuando Z, el presentador, aprovechó esos momentos de confusión y desconcertantes para desaparecer como Houdini o en fantásmata.

La gente estaba indignada. De haber pagado la entrada, habrían exigido que les devolvieran el importe. La fama del conferenciante en la modernidad mundial había congregado a muchos del gremio, profesores, filósofos. Algunos de estos, profesores de M., como su amiga V., especialista en Kant, consideraban lo oído una gran tomadura de pelo. Yo respiré tranquilo, porque gracias a su indignación me sentía menos idiota. Algunos se quedaron unos minutos más solo para el comentario y el desahogo. Nosotros nos preguntábamos, ¿y el presentador?, porque considerábamos un deber suyo quedarse y compartir la cena, pues son esas las cosas con las que hay que apechugar de modo solidario. Pero el presentador debió de considerar la cosa con filosofía y decirse, quiá, y allí nos tienes a su editor, a Y., M. y yo caminando desde el Círculo de Bellas Artes, de sublimados techos, hasta El Salvador, nombre poquísimo apropiado para la ocasión.

Antes de iniciar la peregrinación hacia el restaurante, su editor nos presentó a él. Se le veía entre decepcionado y contrariado con el pueblo español, quizá pensó que iba a sacarle en andas. O por lo menos a hombros. Nos echó una mirada de arriba abajo, pensando, «¿y estos quiénes son?». Creo que habría preferido irse él solo al hotel, y que nadie le diera la murga. Comenzamos la procesión, y aunque no se veían, había andas también, porque no hacíamos más que hacerle preguntas, sonreírle y ser amables. El tiempo era primaveral. El hecho de que hubiéramos sido amigos de amigos suyos, como B. y RG., tampoco facilitó las cosas ni le despertó la curiosidad, remiso a compartir con nosotros nada más allá de esa hora. Yo empezaba a pensar, ¿y qué hacemos aquí con este? Pero no se me notaba, como a veces siente uno que se le nota por cómo M. le afea a uno los

pensamientos valiéndose de la visual. En todo caso yo compartí con él unas habitas con jamón, por si nos unían. Tampoco hizo el menor comentario sobre el restaurante. No sé, yo soy extranjero, me llevan en Méjico a un restaurante lleno de fotos de sacrificios humanos y retratos de Moctezuma y de Cuauhtémoc dedicadas, con los sacerdotes llenos de sangre y las cabezas de los conquistadores colgadas de unas vigas, como melones, y algo diría. Llevas a alguien a un restaurante como El Salvador, y está claro que no esperas un nuevo sistema filosófico sobre la marcha, pero qué menos que un comentario sobre la nación española en general y el toreo en particular.

Nada, él sentado tieso en la mesa, con las muñecas apoyadas junto al plato, esperando que le hiciéramos también el gasto de la conversación. Como había estado enrollado tanto tiempo con el *ballo per fantásmata* de Doménico, le hablé del duende del cante hondo, del que habló Lorca, porque, si yo no había entendido mal, allá se iban los dos, el fantasma y el duende. Eso le hizo despertar ligeramente de su catalepsia, y recordó que Bergamín le hablaba del duende, pero ignoraba que Lorca se hubiese ocupado de eso, y acusó el asunto con un tic nervioso en el ojo, como si le jodiera que alguien se le hubiese adelantado, así que se dirigió a su editor, volviendo hacia él tronco y cabeza, gran esfuerzo, y le rogó que le hiciera llegar ese ensayo de Lorca, como se le ruega a una asistenta que limpie una mancha, muy amable, pero sin dar pie a ninguna conversación. Es obvio que el dato de Lorca lo incorporará a la conferencia, a poco exótica que encuentre esa fuente.

Dicho eso, el orzuelo volvió a cerrarle un poco el párpado y él volvió a su estado natural de soñolencia, apenas rota para demandar otra ración de habitas. Da gusto ver comer a un filósofo espiritado. Nos decimos esperanzados: quizá todo lo anterior fue consecuencia del hambre, y ahora cambiará. El restaurante estaba medio vacío. No sé cómo aguantarán abiertos. El filósofo no hizo ninguna pregunta, a pesar de que en la mesa tenía a una colega, ni a nosotros, ni siquiera a su editor, ni se interesó lo más mínimo por España o Madrid. En vista de que aquello no se animaba, estuve a punto de decirle al camarero que se sentara con nosotros y nos hablara un poco de su filosofía de la vida.

Al final le pregunté su opinión sobre el muro que están construyendo para confinar a los palestinos de la franja de Gaza. No sé por qué razón pensaba que X era judío, y aquello iba a ser una manera de averiguarlo. Me miró como si yo fuese un periodista sin muchos alcances haciendo esa clase de preguntas. Me pareció que encontraba la formulación de la pregunta un insulto a su inteligencia, y afirmó

que ese muro destruía y acababa... con la propia naturaleza judía, que era el éxodo, la diáspora, obligándoles a encerrarse. O sea, que no es que estuviera mal porque se confinaba a los palestinos, sino porque se aislaba a los judíos. Así que me dije, esa es la respuesta un poco chorra que daría un judío desde el lado judío, porque si tienes un aeropuerto al lado y dinero para comprar un billete no hay muros que valgan. Ahora, si tienes que pasar de un lado a otro en autobús, en furgoneta o en burro, como los palestinos, qué duda cabe que la estacada de hormigón es un estorbo. Con aviones y dinero pueden los judíos ser judíos hoy día. Partimos pelos en cuatro unos minutos más, pero ese tema de conversación se extinguió igualmente como el aceite del brazo séptimo del candelabro de los siete brazos.

Nos despedimos en la calle, y a mí seguía sin notárseme en la cara nada. Su hotel quedaba a unos cincuenta metros, y su editor, que es la persona más gentil del mundo, sugirió que podíamos sacar otra vez las andas, y llevarlo hasta la puerta, pero ahí ya se me debió de notar algo más el «verdes las han segado», y dije que nada nos gustaría tanto como escoltarlo, llevando incluso los bolígrafos a la funerala, pero que teníamos que acompañar a Y., que tenía el coche en un parqueadero más próximo aún. No obstante, antes de despedirse, volvió a girar todo el cuerpo, girándose hacia el editor sin dejar de mirarme a mí, y dijo que le dejara mis «coordenadas» a él, para que él se las mandara también, supongo que con «lo de Lorca», por si alguna vez coincidíamos en Roma o en Venecia. Ya. Empleó esa palabra, coordenadas, como los del espacio exterior. Le vimos alejarse. Caminaba con muchísima elegancia. Lo que decía Bergamín de Paula, aunque no toree, quiero decir, aunque no filosofe, verle únicamente el paseíllo ya valió la pena, con ese traje de luces de azabache, el chaleco de color gamuza y las zapatillas a tono, de ante.

LOS pájaros que vi en Burgos, en una especie de feria medieval que habían puesto junto a la de los libros, eran: el búho de Bengala, el halcón lanario, el gerifalte, el halcón sacre, el halcón peregrino, el águila de Harris y el águila escudada. Unos en alcándara, otros en alcahaz. Lástima no ser Valle-Inclán: los pondría a volar a todos ahora sobre esta página.

EN la muchedumbre de las estrellas no hay plebe. Cada una de ellas está sola, y cada una de ellas podría ponerse, si le gustara la plebe, al frente de una nueva religión.

DIOS como uno de esos pequeños tesoros que guarda un niño en una caja (una moneda, una bala, una peonza), algo cuyo último significado y sentido solo los tiene él.

DECÍAN que iba siempre con prisa de aquí para allá, cosa completamente falsa. Su paso era de paseo, distraído, absorto. Lo único que ocurría es que jamás se detuvo a hablar con ellos.

ERA el último día en que A. trabajaría en casa, después de cuántos años. Ya estaba en la casa de los padres de M. cuando M. nació. M. le había comprado un regalo y escrito una tarjeta en la que los cuatro pusimos unas palabras. Esta mañana tenía que entregárselo yo, sin que M., que estaba en el trabajo, ni los chicos, en clase, pudieran estar presentes. Al recibirlo, se echó a llorar, y telefoneé a M., para pasarle el aparato. A pesar de que por teléfono le resultaba menos embarazoso, le costaba lo indecible reprimir el llanto. De todos modos, me confesó luego, más serena, ella se quedaba en «retroguardia», por si la necesitábamos. Es muy expresiva, de una manera natural. Son cosas que se le ocurren. Creo que los filólogos podían trabajar con ella, porque seguramente es una de esas fuentes en las que se originan las portentosas transformaciones de la lengua. Ella sola habría sido capaz en el espacio de una vida de transformar una lengua como el latín en una romance como el castellano. Lo habría hecho sin esfuerzo. Ningún hallazgo, no obstante, como aquel *sanfiní*, sublimación de *sanseacabó* y *c'est fini,* que pronunció el día en que acabó de limpiar el polvo de los libros de nuestra biblioteca, tarea a la que venía dedicando el último tramo de su jornada laboral durante cierto tiempo.

Ha tenido una vida durísima, y pese a haber disfrutado de la salud de un yunque que le ha permitido trabajar de sol a sol y ahorrar y comprar el piso en el que vive con su familia y otro más en una playa de Levante, la esquizofrenia se cebó con los dos únicos hijos varones que tiene justo cuando más fuertes y sanos parecían, rebasados los veinte años.

Hoy, *sanfinada* su tarea, vino a mi escritorio a despedirse. Dejará esta y todas las casas en las que asistía. Empezó, recordó, siendo una niña, con la bisabuela de M. Ha estado siempre con personas de la familia, unos años con unos, otros con otros, requerida por todos. Siempre discreta, sin llevar chismes de unas casas a otras, ni siquiera adheridos de forma involuntaria a su ropa, polinizando así con

insidias, chismes o malentendidos las relaciones familiares. Como algunos miembros de la familia se le han ido muriendo con los años, amplió su círculo laboral. Hace meses nos contó que vio al dueño de una de las casas en las que trabaja, desconocido para nosotros, leyendo un libro mío, y no pudo resistirse a preguntarle qué leía. Le respondió que el libro de un hombre que estaba casado con una mujer muy rica, dueña de fincas por Extremadura o Andalucía. A. le dejó hablar, pero no lo desengañó. Podía haberle dicho, mire usted, trabajo para ellos hace tantos años, y a su mujer yo la vi nacer, y ni tienen fincas en Extremadura ni en Andalucía. ¿Por qué no se lo dijo? Porque sabe que a la gente no le gusta que le lleven la contraria, y menos un subalterno, y menos aún que insinúen que se inventa las cosas.

Antes de despedirse volvió a repetir que le parecía excesivo el regalo, y nos pidió perdón porque no se podría poner nunca esa cadenita. Se veía que había pasado la mañana dándole vueltas a cómo decirme una cosa así sin parecer desagradecida ni hipócrita: «Ya sabe usted que yo no voy a ninguna parte, y si no salgo, ¿cómo me la voy a poner?». Le dije que se la pusiera en casa para fregar los platos o planchar, que de ese modo se acordaría de nosotros. Se quedó la mujer pensando lo que le había dicho, y moviendo la cabeza, sentenció, como habría hecho Sancho, con una lengua incólume, recién hecha para ella: «Mal se lleva el guante con el alpargate», y aún pidió disculpas por lo que pensaba que sería una incorrección suya llamarle alpargate a la alpargata, y si le hubiera dicho que acababa de arrancarle a la lengua un ducado de oro, como hacen los arqueólogos, me habría dicho: «No me embrome usted, que no está bien tomarle el pelo a una ignorante como yo». Aprendió a leer hace solo unos cinco o seis años, y por eso se fijó en el libro que leía uno de sus empleadores, no por chismorreo, sino para practicar.

ENTRÓ en la cocina cuando estaba uno, de pie, picoteando algo antes de la cena. «Lo he dejado con mi novia». Me apresuré a tragar el bocado que tenía en la boca, porque hace muy mal efecto oír una confidencia como esta mientras uno está comiendo algo.

Traté de disimular que la noticia estaba lejos de desentonarle a uno tanto como le disgustaba él. Era desde luego una buena muchacha, muy guapa. Naturalmente sigue viva, pero basta que ya no sean novios, para que el tiempo pretérito se cuele en nuestra página como el viento helado a través de una ventana. Era difícil que se acoplaran. Eso es cosa que ve uno desde la altura de su tiempo, de su edad. ¡La experiencia!, eso con lo que los jóvenes suelen hacerse también

aviones de papel. M. me decía, no puede notarnos nada ni podemos decirle nosotros nada; bastaría que le aconsejáramos algo, para que él se empeñara en lo contrario.

M. no había vuelto aún de trabajar y G. estaba en su cuarto. Una hora antes de conocer el desenlace, en otra visita a la cocina, porque la hora de la cena empezaba a alargarse, pasé junto a la puerta del cuarto de R., que hablaba en voz confidencial por teléfono. Y una hora después, en la segunda visita a la cocina, seguía. Pensé, cosas de novios. Las conversaciones eran desde hace meses siempre en voz muy baja, pero demasiado vivas como para no sospechar que algo no iba bien. Una conversación en voz baja, pero tranquila: la cosa va bien; una conversación en voz baja, pero agitada: malo.

Oí que dejaba de hablar, que salía de su cuarto y que venía hacia la cocina. Entonces fue cuando me contó que habían roto. Se sentó y se quedó en silencio, mientras yo trataba de tragar, incluso sin masticar del todo, lo que tenía en la boca. «Lo hemos dejado», repitió, y apoyándose en las manos levantó su cuerpo hasta sentarlo en la encimera. Se me quedó mirando fijamente. Le colgaban las piernas. No sabía qué decirle, pensaba solo en que me había dicho dos frases que no significaban exactamente lo mismo: «Lo hemos dejado» y «lo he dejado». Dependiendo acaso de una u otra su estado anímico podía ser diferente. Su rostro era la expresión de una pena infinita y de pronto se desbordó una lágrima que recorrió su rostro lenta e inexorable. Pensé alarmado en otra posibilidad: «Le ha dejado». Comenzó a contar cómo se había llegado a esa situación y advertí a las primeras frases, viendo que «ella» apenas asomaba en sus recuerdos, que quizá fuese al revés, que él le había dejado a ella, y aquella lágrima no era sino la rúbrica de una pena honda, quizá la cicatriz. Sus razones eran un tanto oscuras, creo que en el fondo solo estaba asustado, y no sabía si había hecho bien o mal. Estaba cansado, confesó al fin, pero la decisión le aliviaba.

Traté de consolarle como se le consuela a un hijo en tales ocasiones, diciéndole esas cosas que ellos mismos esperan oír, para tranquilizarse, es decir, que es muy joven aún, que conocerá a otras muchachas antes acaso de la definitiva y que en cualquier caso había de conducirse siempre con el propósito noble de buscar sin hacerle daño a nadie ni hacérselo a sí mismo. Y estando en esto, apareció G., quien sin duda había oído desde su cuarto nuestros susurros, que no se quería perder. Al verlo entrar, interrumpí lo que estaba diciendo, por si R. no quería que se supiese, pero me hizo un gesto con la cabeza invitándome a continuar: G. ya lo sabe, me dijo. O sea, se lo había dicho en primer lugar a él. Me alegré infinito de que fuese así, que

tuvieran esa complicidad, porque un día no nos tendrán a nosotros para esas confidencias de naturaleza tan íntima, y habrán de buscarse el uno al otro para ellas.

G. trataba de consolarle a su manera. Le decía: «Nada, no te preocupes; yo tengo un amigo que llevaba saliendo tres años con una chica, y lo han dejado el otro día, y está contentísimo». R. se le quedaba mirando sin decir nada, pero como se le miraría a un marciano.

Después de hablar del asunto dos horas, llegó uno a la conclusión de que todo se reducía a una incompatibilidad de caracteres. Ella, encantadora, simpatiquísima y muy guapa, pero acaso convencional y de ideas conservadoras, y sin decirle nada, pensé que quizá la decisión de apuntarse al Psoe haya tenido que ver en la ruptura, como si tratara de forzar las cosas. Si ha sido así, será cosa de agradecérselo al socialismo. Y hablando de todo esto, R. mucho más tranquilo ya, llegó M., y al vernos a los tres reunidos en la cocina, donde suelen tener lugar algunos de los hechos más memorables en la vida de todas las familias, nos preguntó, ¿qué ha pasado?, sabiendo, claro, que algo importante había sucedido solo con ver a R. sentado en la encimera. Se le contó la novedad, pero ni ella ni yo nos atrevíamos a mirarnos por respeto a R. y para evitar que él leyese en nuestras miradas algo que temíamos y deseábamos al mismo tiempo.

Luego, ya solos M. y yo, nos alegramos por los dos, él y ella; habrán madurado, nos dijimos, pero acto seguido estábamos haciendo un repaso exhaustivo de las hijas inteligentes y guapas de nuestros amigos, con propósitos casamenteros.

TAN malo como resignarse es no aprender a resignarse.

CON trabajo, pero sin esfuerzo. Lo contrario que las hormigas.

NO des nunca a quien no pueda recibirlo. Jamás te lo perdonará.

NOS quedamos a solas y hablamos en voz baja, como los padres de Hansel y Gretel, agobiados por la decisión de llevarlos al bosque y abandonarlos allí. Como venga lo de Argentina, se lo quedarán todo los bancos, decía M., y preguntaba angustiada: ¿qué haremos? Deberíamos encontrar un lugar seguro donde poner nuestros ahorros,

aquí en Las Viñas será más fácil encontrarlo que en Madrid. Yo le decía: sí, estaría bien y es más fácil, pero ¿qué vamos a guardar, si no tenemos ahorros? Bueno, reconocía M., lo que tengamos.

Hace una semana hablamos con nuestro amigo X, de Granada. X es un hombre práctico, de empresa. Las crisis que han enviado a otros a la ruina le han sorprendido siempre con las cuentas saneadas y su empresa a punto, equilibrada en lo que se refiere al haber y deber. Su admiración por los alemanes y Alemania, donde trabajó como emigrante, es ilimitada. Me dijo, «A., lo que tengas mételo debajo de una baldosa; se lo cuentas a los chicos y a tu señora, por si te pasa algo. Nada de dólares; euros. Los euros son fuertes ahora y la inflación es poca».

Hemos juntado nuestros ahorros. Los hemos sacado del banco. Son de risa: no darían para vivir nosotros cuatro ni tres meses. Pero hemos experimentado, al tomar la decisión de esconderlos, un fenómeno curioso: tuvimos la impresión de que eran mucho más copiosos y relucientes de lo que en realidad son, solo por enterrarlos. Advertimos que el origen de los mitos es parecido, y el de la ficción: basta enterrar algo y quitarlo de la circulación, para que empiece a crecer en nuestra memoria. Durante estos días, para cargarnos de razón, nos hemos sorprendido diciendo de vez en cuando: si viene una guerra, si hay una crisis mundial, nosotros resistiríamos, quién sabe si ese dinero podría sacarnos del país a toda la familia y salvar nuestras vidas. G. no se muestra demasiado de acuerdo: «Si viene una guerra lo de menos serán los billetes, además es lo primero que se hace cuando hay guerra: poner fuera de circulación la moneda del enemigo; ahora, si os hace ilusión, a mí me parece bien».

Llegó el momento de encontrar un escondrijo idóneo donde ponerlo. Cada cual proponía uno, que era boicoteado de inmediato por los demás: ¿qué dices?, ese sería el primer lugar donde yo miraría. Si alguno de los lugares elegidos resistía las objeciones, a las dos horas le descubríamos una gran vulnerabilidad. Unas veces la hipótesis era un incendio. No ha habido nunca fuego en la casa, pero el tejado no es un buen lugar, recordaba alguien; además se lo comerían las ratas, añadía otro. Salió en el periódico el caso de una mujer que había puesto todos sus ahorros, una cantidad considerable, en no sé qué lugar, y cuando sus herederos los encontraron pasados cincuenta años, se encontraron con un bloque de papel compacto hecho con los billetes, debido a la humedad, imposible de despegarlos. Empezaron un litigio con el Banco de España, que se negaba a convertirlos en moneda de curso legal. Si no es el fuego, es el agua. Las inundaciones aquí no son frecuentes, y tras las obras de saneamiento confiemos en

que no vuelva a haberlas, pero hemos conocido ya aquí tres o cuatro en quince años. ¿Y en el olivar? Lo encontrarían los perros o se lo comerían las liebres. ¿Y los cacos? Les conminamos a los chicos: esto no puede saberlo nadie. Les hablábamos como se le habla a un niño de ocho años al que se trata de convencer para que no vaya contando por ahí un secreto de familia.

Al final hemos decidido llevar los ahorros de nuevo al banco, pero a cuenta de eso hemos pasado el tiempo como en una novela. No hemos llegado a ninguna parte, pero nos hemos paseado por cada uno de los rincones de nuestra imaginación. Todo ha resultado bastante cómico y triste. Es muy difícil comportarse adecuadamente con dinero en la mano. Por eso los ricos y los reyes procuran no llevarlo nunca encima, y menos aún el que han robado. Se lo dejan a alguien de su cortejo, que va por detrás pagando las facturas o las levas, al tiempo que aprovecha esas excursiones para seguir robando. A lo más que llega un rey es a dejar su efigie para que se estampe en el papel moneda o se acuñe.

Además es muy difícil esconder dinero y no parecer uno de esos avaros que salen en las comedias del siglo XVIII. Y comprende uno perfectamente a los ricos: lo primero que les inculcan a sus hijos es que hablar de dinero es una falta de educación, no hay modo de cogerlo sin que te manche un poco: bien porque no te ha costado nada ganarlo, lo que quiere decir que se lo has quitado a otro con engaño o por fuerza, bien porque te ha costado demasiado ganarlo, y en ese caso te has quitado a ti mismo algo que no se puede comprar con dinero: la vida.

AYER como consecuencia de una violenta discusión no bajé a almorzar. La situación era inaudita para mí. Si se hubiese uno alborotado otras veces de ese modo violento y me hubiese encerrado en mi estudio o me hubiese ido de casa, la situación no tendría el menor interés ya para mí. Me resultaba penoso sentarme a la mesa sin haber hecho las paces. ¿A qué nos habría sabido el pan? Así que me tiré a los caminos, arrebatado, como el conde Tolstói. Estaba ofuscadísimo y triste. La causa de la discusión ni siquiera era grave. Bien al contrario, cada minuto que pasaba mostraba lo pueril de aquel desentono, como lo llaman aquí. Era como si tuviéramos cada uno de nosotros dos que hacer nuestro papel en la tragedia doméstica, y quisiera bordarlo. Pero apenas llegué al viejo alcornoque del recodo, me di la vuelta. Nada, cien metros de cabreo. Comprendí que no tenía el menor objeto ir a esa hora solo por los caminos como los agitados,

pero sobre todo, sin haber escrito antes *Guerra y paz*, de modo que me volví a casa por si podía si no hacer las paces, al menos remediar esto último. A las tres horas oí unos pasos desde mi estudio, donde me había atrincherado tras la puerta. Agucé el oído para saber si eran pasos que se alejaban o venían, combate o parlamento. Cuando oí los tímidos golpecitos en la puerta, supe que era ella, y me sorprendió no haber previsto algo tan sencillo como eso ni qué decirle. Venía con un ofrecimiento de reconciliación, y al ser ella la primera en buscar el armisticio sabía, como sabía yo, que le estaba dando a uno la oportunidad de interpretar por unos minutos el papel de víctima ofendida a quien no se va a engatusar con unas carantoñas. Llegados a este punto las disputas conyugales pueden tomar dos caminos: o sirven para el rearme de uno o de ambos beligerantes, o para un acuciado armisticio tras la breve pantomima.

Las reconciliaciones tienen algo de agridulce, como las lágrimas tienen algo de salado, quiero decir que así como en las lágrimas su sabor salado puede distraerte momentáneamente de la causa que las originó, en la dulzura de una reconciliación sincera parece venir adherido siempre el recuerdo del origen de la disputa. La reconciliación no es otra cosa que una paz, y no es posible la paz sin el olvido, pero los motivos por los cuales los reconciliados se sintieron agraviados están aún tan cerca en su memoria, que han de hacer un esfuerzo a veces violento para borrarlos.

Nos fuimos juntos a dar un paseo, y al principio no queríamos hablar. Si uno de los dos decía, «tú dijiste», el otro dejaba pasar unos instantes para no replicar, «no, tú dijiste antes...». Ni árboles, ni flores, ni pájaros, ni perfumes. Nada existía a nuestro alrededor, solo los agujeros del resentimiento, horadando el alma como una catacumba. Al volver, nos decíamos, ya desde la misma orilla, ¿te das cuenta de que hemos tirado a la basura una tarde de nuestra vida, pero no una tarde cualquiera, sino una tarde maravillosa de Las Viñas?

DOS son las grandes virtudes de los escritores e intelectuales gallegos: son muy buenos en general, y no dan en absoluto el coñazo con su nacionalismo, como los catalanes y los vascos, solo un perfume vagamente regionalista.

SI los sinsabores son todos amargos, los desengaños acaban teniendo un retrogusto dulce.

EN la conocida máxima de Goethe, «es preferible la injusticia al desorden», la disyuntiva es falsa: la injusticia es el mayor desorden.

QUE en todo éxito haya algo plebeyo no quiere decir que en todo fracaso haya algo noble y aristocrático, como suponen sobre todo los fracasados. Pero nadie tiene derecho a sacar de ese error a nadie. Si a un fracasado le quitas esa ilusión, ¿qué le queda?

LAS novelas que ha escrito apenas le han gustado a nadie. Se molestaría por ello, si no fuese porque tampoco a él le gustaban las novelas que le gustaban tanto a casi todo el mundo.

SONÓ el teléfono. M. acababa de oír en la radio del coche que había habido un atentado en la estación de Atocha. Se barajaba ya la cifra de treinta muertos. Apenas podía hablar, angustiada, atenazada ante la idea de que cualquiera de nosotros podría haber sido una víctima, yo mismo suelo ir a esa hora y a esa estación una o dos veces al mes.

En dos minutos el cielo de Madrid se llenó del ulular de las sirenas de las ambulancias y de la policía. Habíamos bajado juntos a las ocho menos cuarto, ella para ir a trabajar y yo para comprar el periódico. Había llegado a su despacho de Tve y llamaba para ordenarles a los chicos que no cogieran el metro y pedirles que corrieran a donar sangre. Al minuto empezó a sonar el teléfono, amigos que habían visto la noticia en la televisión, hermanos, mi madre. MB., desde un hotel en Pamplona, asustado, quería saber si estábamos bien todos. Las posibilidades de que alguien conocido suyo estuviera en esa estación eran altas. Poco a poco tuve la impresión de que aquello había sido lo más parecido a un bombardeo indiscriminado. Un tren que venía desde Guadalajara ha estallado al entrar en Atocha.

Todo el día hipnotizados ante el televisor, con la radio puesta, pendientes del teléfono. Se multiplicaron las llamadas, todos querían saber si estábamos bien, juntos, a salvo. Las imágenes de la masacre son aterradoras. Al mismo tiempo, desolados viendo cómo el número de víctimas subía de minuto en minuto. Algunos supervivientes con la cara ensangrentada, sentados en el suelo, sin saber qué hacer. Alguien señaló un cadáver al que habían cubierto con una manta; debajo sonaba un móvil. Empezaron siendo diecisiete, veintidós, treintaicinco, setenta, noventa, ciento treinta, ciento noventa... En estos momentos se habla de que llegaremos a la escalofriante cifra de

doscientos treinta. Y en medio de esta tragedia, el oportunismo de algunos: «La mayor masacre de la historia de España desde Paracuellos».

Desperté a R. y G., y sin pensarlo siquiera y sin desayunar, por si acaso había que ir en ayunas, salieron de casa a las nueve a donar sangre, que se demandaba angustiosamente desde todos los hospitales. Volvieron taciturnos, impresionados, como si la onda expansiva hubiera llegado hasta ellos igualmente. Ni siquiera les habían sacado sangre; ya tenían suficiente, tal había sido la avalancha de donantes.

Están los dos aquí, mirando la televisión en silencio.

Por un momento hubiese querido continuar el trabajo diario, seguir escribiendo la novela, pero al rato empezaron a llamar de algunos periódicos pidiendo palabras, lo único que uno tiene. Y eso hice, escoger las que me parecieron mejores en este momento, como quien en un incendio forma parte de la cadena humana que lleva los calderos de agua, a sabiendas de lo poco que suponen ante fuego tan devastador, o el que llena sacos terreros o quien lleva flores a una tumba.

DÍA extrañísimo, esperando la hora de la manifestación a la que ha sido convocado el pueblo de Madrid y de toda España y, entretanto, escribiendo algunos artículos no menos extraños, ya que la autoría del atentado cambia cada media hora y no sabe uno a ciencia cierta a qué atenerse. La sospecha de que hayan sido terroristas de Al Qaeda lo llena todo de interrogantes acusatorios. El Gobierno está convencido, no obstante, de que el atentado, el modus operandi, las circunstancias (hallarnos en una campaña electoral) y la clase de explosivo señalan al terrorismo de Eta, cosa al fin y al cabo más conveniente para él. En el primer caso, los islamitas habrían decidido castigar en el pueblo español la decisión de su Gobierno de enviar tropas a combatir a los islamitas afganos. En el segundo, nos hallaríamos ante un atentado que, dada su enormidad, llevaría a Eta al borde de su suicidio militar y político. Y de ese modo, en apenas horas, se diría que las víctimas, aún insepultas, han dado paso a los debates políticos tanto más enconados cuanto que dentro de tres días hay unas elecciones generales que empiezan a verse alteradas por atentado tan anómalo. Incluso en casa las discusiones son desquiciadas, como no lo han sido jamás, por un lado porque M. está convencida de que el Gobierno miente, y por el otro yo, que pienso que entre la palabra de un Gobierno democrático y la que dé la dirección de Eta, que se desmarcó a las pocas horas del atentado y que ha mentido siempre

sistemáticamente sobre autorías y treguas, hemos de creer la del Gobierno. Los argumentos de M. están guiados por las dudas razonables y contrastados con las informaciones de la Bbc y Cnn, y los de uno se ajustan a la información local, aunque, como ella rebate, sea una información manipulada. Desde luego los periódicos gubernamentales encuentran «mejor» que se confirmara la autoría de Eta: 1) Por tratarse de un enemigo conocido (Al Qaeda es para nosotros un desconocido). 2) Sería el fin de Eta; y las palabras de su máximo responsable político, AO., son escalofriantes y su cinismo le llena a uno de dudas: «Jamás hemos creído que fuese Eta ni como hipótesis de trabajo». Acabar con la vida de alguien es pues, siempre, en esa organización, solo una «hipótesis de trabajo», confirmada luego o no. Como en el Holocausto o el gulag la muerte como trabajo y trabajar para la muerte. 3) De ser Al Qaeda tendríamos a partir de ahora dos grupos terroristas, cuando solo teníamos uno. La hipótesis de que haya sido Eta ha sido secundada en los sondeos por un gran número de españoles, más que la de los islamitas.

A diferencia del atentado de las Torres Gemelas, donde jamás se vieron los muertos, los muertos y heridos aquí son reales y ocupan las imágenes de la televisión y de los periódicos. Es muy difícil concentrarse en nada y ni los poemas del nuevo libro de X, tan consoladores, lograban interesarnos.

(...) La manifestación de ayer resultó impresionante. Desde la que siguió al asesinato de los abogados laboralistas, en 1977, solo había asistido a otras dos, la que siguió al asesinato de Miguel Ángel Blanco, el chico al que secuestraron y mataron a sangre fría precisamente los de Eta para acabar tirando su cadáver en cualquier parte, y la de hace un año, para protestar contra el Gobierno que había metido a España en la guerra de Oriente.

Íbamos M. y yo solos, porque los chicos iban por su cuenta, con sus amigos. En cuanto pusimos los pies en la calle advertimos que sería una manifestación de proporciones colosales, el gentío amazónico discurría poderoso, sin orillas, silencioso, como si acudiéramos a un entierro. Incluso una calle como la nuestra, desalojada habitualmente y distante unos doscientos metros del caudal de la manifestación, apenas podía contener a la muchedumbre.

Se había hecho ya de noche y el cielo jarreaba agua sin cesar sobre cientos de miles de paraguas. Algunos, ante la imposibilidad de mantenerlos abiertos, los llevaban cerrados y se cobijaban en el del vecino. Otros, principalmente los jóvenes, ni siquiera lo habían traído, y se defendían del agua bajo sus capuchas, y los más audaces dejaban que la lluvia empapara sus cabellos y sus caras. Y como eran muy

jóvenes, a veces se les olvidaba la razón que nos había reunido allí, y se reían y hacían algunas bromas entre ellos, pero en sordina, como cuando éramos chicos y asistíamos a la misa de la catequesis, que aprovechábamos para cambiar cromos. Era como si la vida tirara de ellos, o en realidad como si ellos tiraran de nosotros para sacarnos de aquella grandísima tristeza que nos tenía el corazón en un puño. Era imposible ver nada, porque los paraguas formaban una inmensa carpa que ocupaba la Castellana desde Colón hasta Atocha estribándose en Alcalá. La gente intentaba moverse debajo de ese gran toldo, pero nuestros pasos se medían en centímetros, más cortos aún que los de los costaleros. Era una enorme colmena, con el murmullo de su aleo. Nosotros caminamos a duras penas, por un lado, desde Recoletos a Cibeles, y allí nos dejamos engullir por la multitud, que nos llevó al centro de la plaza entre lentos movimientos espasmódicos. En algún momento el tremedal humano se detuvo, y esperamos durante una hora a que aquello se moviera hacia alguna parte, cuando al fin comprendimos que en realidad no podíamos desplazarnos a ningún sitio, porque la propia multitud se colapsaba a sí misma. Ninguna de las personas que teníamos alrededor sabía cuánto debería durar ni qué hacer ni a qué esperábamos. Al fin el sonido lejano de silbidos y abucheos nos hizo suponer que estaban llegando las autoridades del Gobierno. La gente estaba furiosa por el modo en que este está velando y manejando la información. Las comparecencias públicas del ministro de Interior, una especie de abate melifluo que habla como si llevara puesto un cilicio, son patéticas. Claro que todo lo que sabemos procede del Gobierno, porque lo demás no dejan de ser bulos o informaciones lanzadas con el único propósito de obtener de ellas algún beneficio electoral inmediato. Así que de pronto la gente, al principio en voz baja, y luego a todo pulmón, empezó a corear una única frase, rompiendo el silencio absoluto que se había mantenido hasta entonces: «¿Quién ha sido? ¿Quién ha sido? ¿Quién ha sido?» Impresionaba oír coreando aquello a más de un millón de personas.

Esta es la situación: el Gobierno insiste, con aplomo, el mismo que muestran los periódicos, radios y televisiones afines al Régimen *(Abc, La Razón* y *El Mundo,* la Cope, Tve o TeleMadrid con su cohorte de colaboradores, la mayor parte de los cuales ha cerrado filas en torno a esa tesis) en que ha sido Eta. El primer periódico en aventurar la hipótesis de que pudieran haber sido terroristas islamitas de Al Qaeda es *La Vanguardia,* cosa que le ha sido vagamente afeada por algunos de los colegas, no tanto porque crean que pueda estarse equivocando, sino porque de confirmarse esa hipótesis, ellos habrían hecho el ridículo. Se ve que a veinticuatro horas de las elecciones ya les

preocupa más esta posibilidad que la autoría propiamente. Es decir, veinticuatro horas después del atentado ya se han olvidado de él y solo les interesa como a un jugador de ajedrez el siguiente movimiento en su partida.

CAMINO de Murcia. Lo que ha ocurrido en estos días es tan extraordinario e inesperado que no hay quien deje de mostrar su asombro.

Lo más triste ha sucedido hace unos minutos, al llegar a la estación de Atocha, para coger el tren. Han llenado los corredores y pasillos de la estación de miles de candelas encendidas, unas rojas, otras pequeñitas, de las que se ven en las iglesias, y papeles, mensajes, objetos y muchísimos ramos de flores, ramitos pequeños, otros más grandes, en memoria de las víctimas, a veces amontonados a un lado como se hace con la nieve que se quita de los caminos para que la gente pueda caminar. El silencio con el que la gente iba por aquellos pasillos, el silencio de los andenes, el silencio de todo el mundo es impresionante. No ha oído uno nunca nada tan atronador como ese silencio. Creo que la mayor parte de los que estaban allí, gentes que normalmente pasamos por esta estación, pensábamos: yo podía haber sido una de las víctimas, podía haber muerto hace cuatro días, solo ha sido cuestión de suerte, el azar me ha respetado. La gente se detenía aquí y allá, delante de esas velas, e impresionaba verles de pie, un momento, con la cabeza gacha, tal vez musitando una oración. Muchos, hombres y mujeres de cualquier edad, lloraban en silencio, lágrimas verdaderas, sin teatro, porque no dejaban de ser lágrimas por ellos mismos. A mí se me formó un nudo en la garganta que me dolía incluso cuando ni siquiera tragaba saliva. Algunos, para evitar el llanto, fingían que leían lo que habían escrito en aquellos papeles amigos y familiares de las víctimas que se referían a ellas por su nombre, como quien le habla a un niño al que hemos visto dormirse.

Se repetían estos altares de candelas, flores y carteles por todas partes dentro de la estación, tanto arriba como abajo junto a las vías, pequeños enjambres de llamas vivas que recuerdan a las doscientas personas muertas, trabajadores, emigrantes, amas de casa, estudiantes...

Entre los objetos que la gente había depositado, un paraguas negro, abollado, abierto, con algunas varillas rotas, como el ala de un murciélago, sin duda el paraguas de alguien que viajaba en uno de esos trenes y que otro recogió de las vías.

Escribo estas líneas con el alma encogida, en el tren. En los vagones

nadie tiene el ánimo de hablar, y todos guardan silencio. Impresiona también. Yo no recuerdo tanto silencio en ningún tren, ni siquiera en los que se quedan para siempre en una vía muerta. Cuando pasa el revisor la gente le habla igualmente en voz baja, como si todos fuésemos de la misma familia, como hablamos al despertarnos, en el desayuno. De hecho así parece estar España, como si no se hubiese despertado aún de una terrible pesadilla.

Me habría gustado haber venido a este cuaderno para escribir la crónica de lo sucedido estos últimos cuatro días, hora por hora, pues acaso sea uno de los acontecimientos históricos más sobresalientes que lleguemos a vivir.

Hasta el sábado a las cuatro de la tarde, es decir, hasta el día siguiente de la manifestación, las discusiones en casa eran gritadas y ásperas. Nunca se había discutido así entre nosotros, porque en general hemos compartido ideas y opiniones sobre casi todo. ¿Qué había sucedido? Para M. no había la menor duda: el Gobierno mentía. Yo le respondía: ¿cómo vamos a creer al jefe de Eta, que ha mentido tantas otras veces, y no a nuestro ministro del Interior, por inepto y repelente que sea?; uno es un estalinista y un asesino y el otro, nos guste o no, es el ministro de un Gobierno democrático. M., guiada del instinto, decía, «sí, pero estos, que creían tener asegurado el triunfo en las elecciones por unas encuestas que les daban claramente como favoritos, las perderán si admiten que no ha sido Eta; necesitan únicamente un par de días, y si para ello tienen que mentir, mentirán. Cuando hayan ganado, reconocerán que ha sido Al Qaeda, y desde el poder se encargarán de destruir las pruebas que los incriminan como embusteros». Yo contraatacaba y le recordaba cómo en las elecciones anteriores, con manifestaciones contra la política del Gobierno y el 90% de la población en contra de la guerra de Irak, el Gobierno ganó por mayoría absoluta; las encuestas vuelven a darles la mayoría absoluta. A M. no se sabía qué la enfurecía más, si la postura del Gobierno o mi obstinación, pero mi determinación era firme: aunque no fueran los míos, eran mi Gobierno. «¿Pero no ves cómo nos están mintiendo? Quieren engañarnos.» Yo le preguntaba, ¿y cómo lo sabes, si las únicas informaciones que tienes son las mismas que tengo yo, y yo no concluyo como tú? «No son las mismas; yo he oído la Cnn y la Bbc, y tú no». Yo le decía, no, pero tú me las has contado, y para el caso es lo mismo. «Vale», insistía, «pero no sabemos más, no porque las informaciones que tienen puedan poner en peligro las investigaciones, como están asegurando en todos los telediarios, sino porque ponen en peligro su reelección». Yo le decía, tengo tantas ganas como tú de que pierda el Pp y gane el Psoe. G. zanjó de pronto:

pues no se nota, papá. Los chicos estaban presentes en todas esas discusiones. R., taciturno. Yo había adoptado la posición de un liberal: a la verdad no se llega con infundios y mixtificaciones. A las intoxicaciones del ministro del Interior no se las vence con otras de signo contrario. Lo decía porque desde primera hora del sábado habían empezado a circular a la mayor velocidad informaciones según las cuales Al Qaeda había reconocido su autoría en al menos cuatro medios diferentes del mundo. Yo preguntaba, ¿pero qué cuatro medios? Yo solo sé uno, pero da igual, me rebatía M., están mintiendo. Al final el medio que parecía haber reconocido el atentado era un grupo islamita de Londres, que lo desmintió, como el jefe de Eta, acto seguido. Incluso el Gobierno, argüía yo agotados mis argumentos, el ministro empieza también a admitir que podría haber otros implicados. Sí, reconocía M., como si eso le cargara de razón, porque ven que ya están a un paso de las elecciones, pero siguen diciendo que la vía prioritaria de investigación es Eta.

Esa fue nuestra mañana del sábado. Creo que toda España esperaba algo, tanto en Madrid como en el último rincón. Manteníamos encendidas al mismo tiempo la radio y la tele. Al mediodía M. recibió un mensaje de una amiga en su móvil: alguien la convocaba a las seis de la tarde a una concentración frente a la sede del Pp, en la calle Génova. Se hizo un silencio bastante tenso entre nosotros. ¿Vas a ir?, le pregunté. Es solo bajar y cruzar la plaza de París, me dijo conciliadora, como si la proximidad justificara su comparecencia y todo quedara reducido a algo doméstico, como ir a tomar el aperitivo.

Al llegar la hora ni siquiera me preguntó si quería acompañarla. G. dijo que él no podía hacerlo porque tenía otros planes con sus colegas, aunque nada le habría gustado más en esta vida, añadió, al tiempo que le brindaba aquel toro a su madre y al sol, y nos quedamos R. y yo en casa. Yo, de pésimo humor, convencido de que no había otro modo de ser demócrata que quedándose en casa a la espera de lo que quisiera contarnos el Gobierno, y R. esperando la llamada de su novia. Me defendí, mientras veía que se aprestaba a irse: no se puede estar todo el día en la calle; hoy es la jornada de reflexión y mañana son las elecciones, los Gobiernos los cambian las urnas, no las revueltas.

Bueno, sí, admitió con la decisión tomada, pero yo voy a ver. A los cinco minutos me llamó por el móvil. Se oía un gran tumulto, la algarada. Era difícil oír lo que decía. Hablaba a gritos. Gritaba: estamos todos, ven. Creo que quería vivir aquello conmigo; más que vivirlo, le parecía importante vivirlo juntos. Me acordé de que la primera vez que me dijo «anda, anímate, estamos todos» acabamos los dos en una cárcel de Grecia y al día siguiente en los juzgados de

Nauplia ante un fiscal guaperas que, al mismo tiempo que pedía para nosotros una multa homérica, no hacía más que guiñarle el ojo a M. En este caso ese «todos» eran los amigos. Pero ¿cuántos sois todos?, quise saber. Pocos, unas cien o doscientas personas. Se trataba de gentes del barrio a las que vemos a diario hacer la compra o con las que tomamos una cerveza de vez en cuando. Se la oía alegre y alborozada, también feliz ejerciendo su independencia, la insumisión. Me repetía jovial, están Fulano, Mengano, Beltrano, nombres que escogía cuidadosamente para persuadirme, y obviando los de otros que yo podía suponer que también estaban allí y que habrían sido disuasorios. Ven, insistía, están los hijos de Tal y Cual, y esto está de lo más tranquilo, ven un rato, estamos unos minutos y nos volvemos. Uno, con su autonomía también, no quería dar su brazo a torcer, pero la manzana era de lo más tentadora, sobre todo porque en casa yo solo no daba ya mucho más de mí. No sé, no sé, no creo que deba ir, decía, mientras estaba ya poniéndome la chaqueta y convenciéndome de que si no como demócrata, debería ir al menos como novelista a tomarle el pulso a la Historia en su lecho de muerte. Y en eso empezaron a oírse por el móvil unas sirenas, las mismas que oí también detrás de los cristales. «Ha llegado la policía», oí al otro lado, «nos desalojan, van a cargar, pero qué hacen...». Seguía la comunicación, pero solo se oían sirenas y voces. Al poco, oí de nuevo la respiración de M., con una agitación indecible: «¡Van a cargar contra nosotros!... La policía... ¿Adónde, adónde vamos, qué hacemos?» Hablaba conmigo y con los que tenía al lado, y a mí me costaba entender lo que quería decirme. Se podía sentir su miedo. Yo empecé a gritarle, sal de ahí, ten cuidado, métete en un portal, mientras estaba ya bajando las escaleras de dos en dos. Pero ella, «no, yo sigo aquí, no van a echarme de aquí». Yo estaba admirado. Me dije: he ahí otra Agustina de Aragón. En Conde de Xiquena, la gente que estaba de compras, viéndome caminar desalado y gritarle al móvil «cabrones, tranquila, voy para allá», debió de pensar: «Ha vuelto Miguel el loco». ¿Sí?, exclamó con júbilo. No acaba de creérselo. «¡Resiste!» Bien, bien, exclamó, y oí que prorrumpía a continuación en un «queremos la verdad / antes de votar» que me costó comprender que no me lo decía a mí, sino que era lo que empezaban a corear frente a la sede del Pp.

No sé cómo lograba hablar conmigo, enardecerse y enardecer a sus compañeros de barricada, al mismo tiempo que hacía frente a la policía y trabajaba por la verdad. ¿Pero carga la policía o no?, le preguntaba por el móvil a la altura de la iglesia de Santa Bárbara. No, no, no se van a atrever, confirmó entre orgullosa y jactanciosa... Llegué a los dos minutos. R. me había dicho que se uniría a nosotros

en cuanto dejara de hablar con su novia.

Cuando llegué, los cien o doscientos de unos minutos antes eran algunos más, quizá el doble. Estaban en Argensola esquina con Génova. La policía no dejaba ni cruzar esa calle ni ocuparla. Seguían circulando por ella los coches. Estaban, en efecto, muchos de nuestros amigos del barrio. MJ. y A. se habían untado las manos de cal y habían traído unos pasquines caseros, impresos, para aprovechar el papel, en la parte de atrás de unos apuntes de matemáticas ciclostilados, y, después de haberlos reducido a octavilla, los repartían entre los amigos con la mayor distinción, como si fuesen pastas de té. Decían: «El 5.º No matarás. El 8.º No levantarás falso testimonio ni mentirás». Como uno es muy papelista, guardé esa octavilla como recuerdo. En la parte de atrás se leen unas pocas palabras, impresas con una tinta anémica y entre muchos blancos. Parece un poema ultraísta: «es. / cartogrames, gràfics tempo- / pretaciò / itmétiques.»

En cuanto M. me vio aparecer (no se resignó a verme llegar por sorpresa, puesto que no habíamos interrumpido la conversación por el móvil desde que la habíamos iniciado antes de salir yo de casa, y había venido a mi encuentro, que se produjo a la altura de Niza), se le iluminó el semblante, como si recibiera en una secta en la que ella llevaba ya un tiempo a la oveja más descarriada de todas.

Me quedé a su lado. Se supone que no como un activista, sino en calidad de guardaespaldas, novelista y cronista de la Villa, satisfecho al fin y al cabo de que los guardias no hubiesen tenido una regresión atávica, cargando contra una manifestación democrática. En saludar y besar a los presentes se fueron quince minutos. Todos me daban la bienvenida, como si todos ellos hubiesen estado rezando con ahínco por mi conversión. Era lo más parecido a una boda, sobre todo después de advertir que los señores policías no iban a intervenir, por más que se gritara. La gente iba llegando de un modo exponencial, como un contagio. Se incorporaban a nuestro cogollo, algunos parecían venir gritando ya desde la boca del metro, como si vinieran calentando motores. La convocatoria de los móviles se había mostrado eficacísima. Uno hacía que no se encontraba en una algarada parecida desde los tiempos de Valladolid. Me costaba mucho gritar nada. Los que tenía al lado me miraban como diciendo: ¿y este por qué no gritará? ¿Será un infiltrado? Nuestra amiga MJ. que canta en un coro, me lo preguntó, ¿por qué no gritas? Es que desafino, me excusé. Era también por la falta de práctica revolucionaria, aunque más por estética, y no tanto porque es muy difícil mantener la dignidad gritando, sino porque le estaba prestando más atención a unas chicas jóvenes bellísimas que estaban allí al lado. Desconocidas, risueñas y

guapas hasta el delirio. Incluso M. se dio cuenta de mi interés por esa parte de la estética allí congregada, y me sonreía comprensiva, como si se tratara de una bonificación por haberme decidido a ir. Yo le repetí las palabras de JR: «Ya sabes, *Política estética*». Ya, me dijo, estás tú muy JR. Ellas en cambio, gritando y agitando la bandera de la Historia, siendo tan guapas, no tenían por qué preocuparse si quedaban mejor o peor desencajándose. Algunas me parece que me sonreían con complicidad y yo las sonreía también como podía, tratando de disimular mi falta de convicciones. Pensaba, si supieran que estoy aquí por accidente, como consorte, volverían la cabeza con desdén. Entre las mujeres de cuarenta y cuarentaicinco años las había igualmente bellísimas. Yo me decía, hace cuatro días han matado a doscientas personas, y aquí estamos como en una romería, porque la alegría es algo que prende muy rápidamente, como un fuego adolescente.

Una hora y media después seguíamos en el mismo punto, solo que teníamos por detrás un océano de personas y barruntábamos que al otro lado de Génova ocurría lo mismo, hasta la glorieta de Alonso Martínez.

Los guardias, que teníamos a un metro, no nos quitaban el ojo de encima, pero parecían aburridos. Eran corpulentos y con aspecto poco tranquilizador. Frente a la sede, a nuestro lado también, habían montado unos andamios y plataformas pensando en la noche electoral, y a ellas habían subido algunas televisiones independientes y extranjeras avisadas igualmente por los móviles. Lo habían hecho antes de que llegara la policía, que se lo habría impedido de haber estado allí, pero tampoco la policía sabía que se iba a formar aquella concentración espontánea en la que ya había miles de personas.

Vino R. al rato y junto a él un viejo. Era un viejo increíble. No lo habíamos visto nunca. R. dijo, este viene directamente de 1931. Era un anciano animoso y con un humor excelente. Traía una especie de costal de sembrador. Iba sacando de él unos papeles. En vez de octavillas, llevaba unos carteles de tamaño folio con la palabra Paz escrita en negro y rojo. Los iba repartiendo entre la gente y para que le dejaran paso se había enrollado alrededor del cráneo uno de ellos, a modo de sombrero de copa, y se lo sujetaba con una goma. Era un ser increíblemente flaco y desmedrado, como uno de esos charlatanes y vendedores de linimento que aparecen en las películas del Oeste.

De vez en cuando yo le preguntaba a M., como ese niño al que se le está haciendo algo larga la ceremonia: ¿qué, nos vamos yendo? M., que parecía encontrarse a gusto, me respondía lo que se le dice a un niño, sí, espera un poco más, y ya nos vamos. Así que me entretenía

en mirar las caras de la gente.

Esta improvisaba las consignas. Las había que eran graciosas y las que no. Los que querían destacar rumiaban durante unos minutos alguna, y la lanzaban, con la esperanza de que prosperara, y unas veces prosperaba y otras no. Casi siempre prosperaban las de unos, en tanto que las que lanzaban los más patosos las coreaban ellos y dos o tres allegados suyos por cortesía, pero se desentendían de ellas en cuanto las repetían dos o tres veces, como si le dijeran: «Ya has visto que lo hemos intentado, pero la gente es la que decide». Yo creo que allí ya nadie pensaba en Atocha ni en los atentados. «Que salga la Botella, con su doncella» fue una de las más coreadas. El resentimiento social busca resarcirse en la guillotina o en el humor, en los sainetes. Al que se le ocurrió esta sonrió complacido, satisfecho de la hilaridad que produjo, y levantó los brazos como un actor que recoge en el proscenio los vítores del público. No todas las consignas eran como esa. Las más jocundas se gritaban solo cuando la gente quería quitarle dramatismo a las más serias, eran, como si dijéramos, entremeses.

A nuestro lado había un grupo de cinco o seis amiguetes con sus novias. Eran de otro barrio, muy vallecanos y chelis. A estos no les importaba ser ingeniosos, sino pasárselo bien, como cuando gana el Atlético. Uno de ellos empezó a corear con la música de un aire popular: «Te va a votar, te va a votar, tu puta madre». Fue el mismo al que se le ocurrió otra: «Hay que echarle güevos / y no ser maricones». Entonces uno que estaba al lado, le dijo: oye tú, que yo soy maricón. El muchacho, alto y feo, fuerte y bruto, se deshizo en excusas: joder, tío, lo siento, yo no quería decir esto. El gay era también un tiarrón, como de cuarenta años y con cuatro horas diarias de gimnasio en el cuerpo, y empezó un martelo con él. Yo me dije, ahora este, aprovechando la fricación y las apreturas, se lo liga.

Llegaron al fin TeleMadrid, y al rato Tve, y los guardias las colaron y les ayudaron incluso a encaramarse a los practicables, por ser televisiones gubernamentales. M. se mostró muy sensible a la llegada de Tve, porque es la suya. Al ver las insignias de Tve la multitud empezó a gritar «Urdaci, mentiroso». Este U. es uno de esos periodistas que se pliega a las necesidades del patrón que le paga, y que no ha tenido el menor empacho en manipular sus telediarios hasta extremos cómicos.

La gente decía, nos da igual que saquen esta manifestación en el telediario, pero la dará la Cnn, la primera en llegar. Todo el mundo sabe que la información no solo recoge los hechos, sino que los propicia.

Entonces lo supimos, entonces empezó a circular la verdadera

noticia. Corría de grupo en grupo. Ya no era un rumor, ya no era un bulo: la Cnn y la Bbc daban por hecho que los autores de los atentados habían sido islamitas. Hablaban incluso de cintas de vídeo en las que estos se autoinculpaban, recogidas y escamoteadas por la policía española. Al rato X, que teníamos al lado, telefoneó a su hermana. Seguía esta en la redacción de *El País*. Confirmaba la noticia de las cintas y de la fecha en que la policía las encontró en una papelera al lado de la mezquita de la M30 y que acababan de detener a siete islamitas.

Me sentí como un completo idiota, como alguien al que acabaran de timar, pese a las advertencias de todo el mundo que estaba viendo los tejemanejes de los trileros, sus trapisondas.

La noticia de las detenciones corrió entre la multitud como reguero de pólvora, en todos los sentidos, en sucesivos y raudos zigzags.

¿Qué hacer? Llevábamos allí tres horas de pie. Antes de conocer esa última noticia ya pensamos en irnos, pero de pronto el que no tenía ganas de irse era yo, y empecé, por primera vez en toda la tarde, a ser el que más gritaba. No me acuerdo de las consignas, pero en sordina sonaban más o menos así: «Soy gilipollas / de consideración».

Compareció el ministro, al fin, reconociendo la detención: admitió que el Gobierno abandonaba la línea de investigación de Eta, para seguir la de Al Qaeda. A menos de doce horas de la apertura de las urnas. Todos comprendimos que el Gobierno había perdido esa carrera contrarreloj y que el logro había sido de aquella modesta manifestación que empezó a las cinco de la tarde con cien personas. Supimos que lo mismo que había sucedido en Madrid, se había repetido en otros cientos de pueblos y ciudades españolas. El motín de Esquilache. No habían tenido más remedio que reconocerlo, no pudieron ocultarlo por más tiempo. Lo que se presentaba por delante era incierto.

Volvimos a casa a reponernos. Aprovechamos para mirar internet. La portada del *NY Times* era una fotografía a tres columnas de la manifestación frente a Génova, «la nuestra», lo mismo que la de *Le Monde*. Impresiona comprobar que las cosas empiezan a conocerse en todos los rincones del mundo al mismo tiempo que están sucediendo. Encendimos el televisor. El telediario del mendaz abría con ella también. Dijimos: lo hemos conseguido. Yo me metí en el plural por la puerta de atrás, pero estaba contento por M. y por la verdad. Supimos, como lo supo todo el mundo en ese momento, que algo había cambiado, ese punto de inflexión que es a un tiempo un punto de no retorno. Después del mendaz, salió el secretario general del Pp. Apareció con el semblante desencajado y todo él víctima de un

desquicie profundo. Aseguró histérico que lo que acabábamos de hacer contravenía las normas democráticas de una jornada de reflexión y urgía a los partidos políticos, entiéndase Psoe, a desconvocar inmediatamente todas las manifestaciones que al parecer se estaban multiplicando igualmente en forma exponencial en todos los rincones de España, frente a las sedes del Pp.

Hasta hace dos días ese hombre aparecía en los mítines relajado y suficiente, con una arrogancia ridícula. Al verle así, con cara de loco y los ojos desmesuradamente abiertos por la incredulidad de lo que estaba viendo, supimos que perderían las elecciones. Su derrota se fraguó en un par de horas. La respuesta del jefe de campaña del Psoe fue magnífica, no porque fuese veraz, sino porque en política las cosas muchas veces no se dirimen en el terreno de la verdad, sino en el de la dialéctica. La contrarréplica del ministro pío resultó patética. De por sí pálido, compareció además con la boca seca y errático, como maniatado. Los golpes le venían de todas partes, y él los recibía sin defensa. Al poco supimos que el candidato del Psoe amenazó al del Pp con contar lo de las detenciones de los islamitas si no lo hacía este, lo que habría significado poco menos que provocar una oleada de indignación general. El del Pp lo comprendió, y finalmente decidió contar la verdad, inmolarse e inmolar a su partido.

Hacia las diez de la noche volvimos a salir a reunirnos con nuestros amigos A. y MJ., que viven en la misma calle Argensola. La concentración era ya multitudinaria. Nos costó llegar hasta su casa, donde íbamos a celebrar el cumpleaños de una hermana de MJ.

SALIMOS M. y yo a las once de la noche a hacer bulto con el siempre gimnástico pueblo de Madrid, enardecido con una iluminación psicodélica que le han puesto a la Cibeles y a Correos y a la Puerta de Alcalá, una especie de rayos láser de color chicle, de color ensalada, de color zarzuela de mariscos, de color potaje y, como guinda, de color pota.

Había lo menos en la calle un millón de madrileños arrasando los parterres y los jardinillos de Recoletos, recién plantados para la boda de los príncipes. Los más jóvenes se subían a las farolas acabadas de pintar y maquillar para que den bien en la Tv (seguimos en *Bienvenido, Mr. Marshall* con alcalde incluido. El nuestro, muy rumboso con el dinero de los demás, ha dicho: «A Madrid le saldrá muy barata la boda, porque la van a ver mil millones de seres humanos»).

Lo que no hubiera dado uno por haber sido invitado a esa boda. No entre los invitados. Tiene uno cuerpo de Bringas. Asistir a ella, como

aquel personaje memorable de Galdós, desde una de las claraboyas de los desvanes del Palacio Real. El coordinador de Izquierda Unida ha dicho que no irá, no tanto por ser republicano, como por tratarse de una ceremonia religiosa. La de ceremonias religiosas que ese hombre se habrá comido y las que se comerá, sin salirnos del ramo de la hostelería (bodas, comuniones y bautizos) y sin entrar en el de las postrimerías (entierros y funerales). ¿Qué ocurrirá si mañana su hijo se casa por la iglesia? ¿No irá a su boda?

Hacía muy buena noche. Todo el mundo excitadísimo con lo de los cañones lumínicos. Volvimos tranquilamente a casa cuando comprendimos que no daban para mucho más. En la Castellana y Recoletos un atasco formidable, pero estaban encantados porque acudían de los cuatro puntos cardinales por gusto, para ver el espectáculo horrísono. Ante estas verbenas solo caben dos actitudes antagónicas, atrincherarse en casa, o lanzarse como Galdós a la calle, para no perder ripio.

Un solo ejemplo. SS. hace pública la reseña del libro de Fulano. Fue este Fulano marido de la princesa, mientras estuvieron casados, que diría nuestro gran volatinero. Bien: ¡el crítico ni siquiera menciona el parentesco! Hace como que tal circunstancia no fuese con la crítica ni con la literatura. ¿Quién le iba a decir a ese hombre que acabaría publicando una novela en una editorial rutilante y que SS., «un profesional», se ocuparía de reseñarla?

Yo creo que la novela la tiene el ex y no la futura. Cómo imaginar que la vida iba a hacer delante de él esa cabriola. Ese sí que ha sido un volatín, y no aquellos otros. En su día el hombre confesó que no desaprovecharía esa circunstancia para vender sus libros. Si al menos hubiera dicho que la aprovecharía para escribirlos. A menudo los escritores se pasan la vida esperando un buen argumento. A este se le ha dado uno magnífico, y solo piensa en vender libros, no en escribirlos. La novela, informa SS. en su gacetilla, es «filosófica». Adulan incluso a las peanas. Solo habría necesitado contar su vida con la princesa, y hubiera tenido garantizada la inmortalidad, mucho más que los príncipes, cuyo futuro siempre será incierto. Acaso cuando vea que la plebe no compra sus novelas filosóficas, se decida al fin a contarnos *aquello*, el cotilleo. La buena literatura consiste en convertir en poesía el cotilleo: Proust. Pero para entonces puede que sea tarde y la gente haya dejado de tener la menor curiosidad por *aquello*. Es posible. Aunque en fin, viendo el fervor monárquico que ha despertado «el enlace», es posible que lleguemos al 2160 con los Borbón-Ortiz en el trono.

SE lanzó uno a la calle para ver el ambiente. Estaba el país en un sinvivir: la víspera se había tirado el día lloviendo a mares, una manta de agua de la mañana a la noche y el pueblo llevando huevos a Santa Clara, desde Sevilla a los más apartados rincones del reino en los que haya un convento de clarisas, para tratar de conjurar el maleficio de la lluvia.

Salí a primera hora. Madrid sin coches, Gran Vía sin coches, Alcalá sin coches... Parecía Madrid 1940. El cielo encapotado, negro, ceniza. Podía tocarse con los dedos. Me los habría manchado, como tocando papel simpático, papel carbón. Y seguía lloviendo. Se oía la lluvia en los charcos, eso que no se oye nunca en Madrid, sepultada esa salmodia por el ruido de los neumáticos de los pocos pero tenaces coches de la ronda secreta.

Yo caminaba como un reportero. *La Vanguardia* me había encargado una crónica. Está bien que las crónicas puedan hacerlas de vez en cuando los poetas. Las calles, engalanadas, estaban muy bonitas, pero sin gente; solo los policías, con sus perros. También estos parecían haber dormido en una carbonera, a juzgar por el color de su pelo, fosco y tiznado. Su aspecto era fiero, enseñados como los tienen a mostrarles los colmillos a la gente con aspecto de ser anarquistas con una bomba debajo del abrigo. A mí, por ejemplo.

A las 9 de la mañana me volvía a casa, para ver la boda en la tele. Una pantalla es lo más parecido a una claraboya. De hecho habían colgado una cámara en lo más alto de las bóvedas de la catedral, y se veía todo desde allá arriba, perfecta perspectiva Bringas.

Fue entretenido. M. y yo nos decíamos, mira ese, mira aquel, ¿pero qué hace ese en la boda? ¡Le han invitado! ¿Y aquellos? ¡Qué mala intención: los han puesto juntos, en el mismo banco! ¿Y ese no era republicano?

Si le hubiesen invitado a uno, le habrían puesto en un brete, porque no habría sabido qué hacer. Me habría gustado poder contar las dos cosas: «Yo estuve en la boda de los príncipes» y «Me invitaron, y no fui». Difícil elección. No habiéndole invitado a uno, es una bobada decir que de las dos me habría inclinado por esta última.

Nos fijamos en los rostros del rey y de la reina. Uno al lado de la otra, una al lado del otro (tanto monta), muy serios, sin mirarse, sin hablarse. El semblante renal, bovino del rey imponía, como si esa boda le jodiera. La reina no, sonreía de vez en cuando como es natural que sonrían las madres en las bodas de los hijos, de una manera feliz y un poco bobalicona, aunque no era propiamente una sonrisa, sino que se le descolgaba la mandíbula y la papada, como a uno de esos muñecos de los ventrílocuos. El rey parecía apopléjico, con el rostro

congestionado, coralino, con el don de la ebriedad. ¿Estará peneque?, nos preguntábamos; es muy temprano aún.

Por la tarde estuve hablando con X, que, sí, había estado allí. Nos contó los pequeños detalles. En efecto, a X y Z, enemigos furibundos cada mañana, en sus respectivos programas de radio, en los que se intercambian toda clase de insultos, los habían puesto uno al lado del otro, en representación de las ondas hertzianas, y al llegar el momento de darse la paz, se dieron la mano, y ya que no comulgar, por lo menos se comieron el sapo.

Hace un rato porfiábamos con todo eso en el Rastro, a propósito de la monarquía y lo demás. Yo le preguntaba: ¿Pero tú eres monárquico? ¿Puede serlo alguien? Quiero decir que se puede ser monárquico, pero como decía aquel: «Se puede llevar una corbata fea, pero sabiéndolo». Tenemos un rey, conformes, pero no hay por qué ser monárquico. Alguien me preguntó entonces: ¿o sea, que tú preferirías una República con Aznar como presidente? ¿Y por qué Aznar y no Azaña?, pregunté yo. Me encanta ver cómo incluso en los supuestos la gente hace trampas.

Es una lástima que haya que esperar cien años para saber algunas cosas de estos reyes. De los reyes que le tocan a uno, si se vive en una monarquía, no se sabe nada, y lo que se sabe no se puede circular. No es justo. Si les mantenemos en el trono, qué menos que conocer sus secretos, incluidos los de alcoba, siendo los de alcoba asuntos institucionales de capital importancia, pues sin cópula no hay monarquía que valga.

El otro día en la boda los reyes apenas se miraban. ¿Significará algo ese no mirarse tan sostenido? Dicen que él es muy simpático. Yo no lo creo. Le quitas lo de ser rey, y seguro que sus chistes son malos. Yo no le he oído nunca nada gracioso, sino cosas patosas que le ríen los cortesanos que lo rodean a todas horas. Esas gracias suyas, a pelo, en un gasolinero o en un mecánico, resultarían comunes. Como hombre común podría estar bien, pero eso no lo sabremos jamás, porque jamás ha sido común. Y qué desolador: jamás le hemos visto con un libro en la mano, ni hemos sabido que haya ido por su cuenta a ver tal o cual museo, ni citar una sola película buena ni un verso de nadie. Todo el día con las motos, con los barcos, con la caza, con el fútbol, como cualquier contratista de obras.

De esta boda quedarán algunas estampas bastante solanescas. En una se veía a Marichalar y a la infanta Elena, en el banco de la iglesia. Detrás se veía, con la cabeza vencida sobre su hombro, a la infanta Margarita, la ciega. Era un cuadro, porque el pobre consorte sigue con la mitad de la cara afectada por la hemiplejia, y ello hacía que se le

contrajera el rostro en un rictus de pasmo, mientras el de doña Elena era de una gran tristeza. Ella llevaba un vestido más que bonito, precioso, goyesco, uno de esos vestidos que si la mujer es guapa, la hace mucho más guapa a poco que lo sea, pero si no, parece subrayar lo contrario. Daba mucha pena verlos juntos, imaginar los veneros envenenados de los que estarán bebiendo a diario.

La palabra república sigue produciendo, por lo que uno ve, cierta inquietud. Dicen, es la caja de Pandora, y el fantasma del 36 parece blandir su guadaña por encima de nuestras cabezas. Añaden otros: esta monarquía tampoco es como la inglesa. Les replica uno, en efecto, porque nuestros periódicos, quisquillosos y tiquismiquis para tantos asuntos y escándalos, han decidido de común acuerdo blindar a la familia real. Que el príncipe Carlos de Inglaterra quiera ser el támpax de su amante, o que la mujer del príncipe se fugue con un faraón en un yate es algo que tiene derecho a saber todo el mundo; ahora, que nuestro rey, que llegó a España sin una perra, tenga treinta años después una fortuna de miles de millones de euros, eso no le interesa a nadie.

Se podría escribir una novela con la vida de todos ellos. Se titularía *Mi mundo no es de este reino* (Bergamín) o *Por la gracia de Dios*. No creo que dejaran una con *Me cago en el rey,* como la obra de uno que acaba de estrenar en el Círculo de Bellas Artes un *Me cago en Dios*. En España con Dios se puede; ahora, con el rey no es aconsejable.

Hemos tenido que enterarnos ayer mismo, por un periódico italiano, de las capitulaciones matrimoniales de los jóvenes esposos: en caso de divorcio, la madre pierde todo, bienes, dinero y la custodia de sus hijos. O sea, que por un lado se nos dice que es una pareja de su tiempo y que habrá que cambiar la Constitución si tienen una hija, y al mismo tiempo firman un acuerdo que va incluso contra derechos elementales y el código civil y la Constitución.

TODOS los ombligos son iguales y en ellos el yo gira siempre en el mismo sentido, como en los sumideros.

NADIE, absolutamente nadie, tiene la obligación de prestarnos atención, tampoco las higueras están obligadas a darnos sombra…

VENÍA caminando. De negro. De esa edad difícil de evaluar que va de los treintaicinco a los cuarentaicinco. Con un escote espectacular.

Resultaba difícil apartar los ojos de él, fingir que se miraba hacia otra parte. Al ir a cruzar Barquillo, que es una calle estrecha y congestionada por el tráfico y que se puede cruzar por cualquier parte ya que los coches están detenidos o circulan parados, me asaltó un pensamiento de una violencia inusitada por encima de todas las barreras de la corrección.

Cuando una mujer abre su escote de ese modo, como los salones de su mansión, ¿podría uno hacer otra cosa que ensayar una reverencia? Apenas si daba tiempo para calibrar si era o no guapa. Era como un reclamo perentorio. Me dije, ¿y qué pensará esa mujer si después de las molestias y la audacia de mostrarle al mundo el esplendor de sus pechos, el mundo girara su cabeza hacia otra parte? ¿No sería un desaire?

Y precisamente porque esa calle se puede cruzar por cualquier parte, me lancé a cruzarla sin esperar a llegar al paso de peatones, con el peligro de que algún coche me diera una tarascada. Fue, en mi modesta opinión, un arrebato hormonal. Me decía, si esa mujer vuelve la cabeza y me descubre mirándola de esta manera patética, ¿qué pensará? ¿Dirá, qué miras, so asqueroso o, por el contrario, me dará las gracias con un gentil alabeo de pestañas? Y qué bochorno si alguien conocido pudo verme en ese momento. Se me pasó por la cabeza la escena. Pensé, en una fracción de segundo, en un movimiento reflejo defensivo: diría que fue solo un acceso de locura transitoria.

Pero al llegar a mi altura, esa mujer, que iba con una amiga (hasta ese momento no había reparado ni siquiera en ello: ¿quién se fija en la amiga simpática de la amiga guapa?), se quitó las gafas de sol, y me abordó.

—A., ¡que soy yo!

Me quedé paralizado. En menos de una fracción de segundo mi cerebro empezó a enviar órdenes terminantes a todos y cada uno de los músculos faciales, cejas, boca, arrugas de la frente, para hacerle creer a aquella mujer a la que todavía no reconocía del todo, que mi interés por ella se había producido no tanto por su escote, como por resultarme familiar algo de ella, un, como si dijéramos, interés por los universales. Porque lo cierto es que me pilló buceando en su canalillo a menos de treinta centímetros.

Pero en ese momento surgió otro problema, no menos acuciante. Su nombre. Elevé una súplica a lo más alto, quiero decir, que en ese momento dejé de ser el hombre que apenas se acuerda de rezar, para implorar: Dios mío, ven en mi ayuda. Lo sabía, y sabía que lo sabía, pero la memoria juega a menudo malísimas pasadas.

Fue una de las muchachas más guapas de Valladolid. Si encontrara ahora otro modo más literario de decirlo, lo haría.

—No nos vemos nunca —me reprochó con un enfado fingido ante su amiga, que me miraba raro, acaso desairada.

—¿Y cómo terminó todo? ¿No fue en esa esquina donde te encontraste con *la zapatera?* —me atajó M., que quería abreviar el cuento.

Ese es el nombre que se le ha quedado en nuestro léxico familiar a cierta bellísima y prodigiosa joven a quien la vida puso en mi camino hace ya muchos años, mientras buscaba una zapatería de la calle Augusto Figueroa.

—No acabaríais de la misma manera..., espero. Porque ya empiezo a estar un poco cansadita de las esquinitas de la calle Barquillo...

M. me miraba atentamente, escrutando en mis ojos mis pensamientos como el jugador de cartas. Le sonreí del modo más enigmático que pude mientras elevaba mi gratitud a los dioses por suscitar celos a estas alturas. Y así lo entendió, pues sin dejar de escrutarme, por si se le había quedado algo en las costuras de mi mirada, me hizo el mejor regalo a ciertas edades:

—No me fío nada de ti.

ES bonito este barrio. En verano todos lo son, porque abrimos las ventanas y llegan de la calle los ruidos, las conversaciones, las disputas, las risas, el olor de los geranios, el zureo de las palomas, los chillidos de las urracas. Se oye también más a los niños, como se oye más a los pájaros. Yo me he pasado hoy casi una hora echado de pechos en el balcón, viendo pasar la vida, sin hacer nada. La mayor parte de la gente camina seriamente, abismada en sus pensamientos y preocupaciones. Los obreros de la casa de enfrente ya se habían ido. Cuando terminen la obra los voy a echar de menos, porque me han dado mucha compañía. A veces nos saludamos, cuando me ven. Deben de pensar: ahí está ese gandul, sin hacer nada. Quizá en una revolución vinieran a buscarme y me cortaran el cuello. Nos damos los buenos días solo por la mañana, si es temprano. Si nos vemos por la tarde, no decimos nada ni nos saludamos, porque a esa hora todas sus reservas de simpatía se han ido consumiendo, y solo están pensando en irse. Si fuese por mí, no saldría nunca de este barrio o de Las Viñas, con eso tendría suficiente. Empezaron a sonar las campanas de Santa Bárbara. No suelen tocarlas por nada. Habían llegado unos a casarse. La boda debía de ser de ricos, porque si no, los curas no hacen tocar las campanas. Pero la felicidad nunca es completa, pues aunque esta

casa esté bien, estaría mejor, sin salirse de la misma calle, tenerla frente a la iglesia, para ver de cerca a las novias y a los invitados. Tiene que ser bonito pasar por delante de la iglesia, cruzar una mirada con una de esas novias desconocidas y fugarse con ella. Lo cuentan de un surrealista francés. Yo lo creería, por francés, pero de los surrealistas no puede uno creerse nada. Nuestra calle lleva el nombre de un conde. Tendría que estar prohibido ponerles a las calles el nombre de militares, de alcaldes, de aristócratas, de polític*s, de reyes y reinas, de obispos y de escritor*s. Pasan treinta o cuarenta años y ya nadie sabe quién es ese del rótulo. A la nuestra yo la llamaría la Calle de las Novias, por el mucho trasiego de ellas que hay; eso es poético y alentador. El día que estuve yo solo paseando por la plaza de París estaba apesarado, pensaba que mi vida había llegado a un punto sin crecimiento, y del mundo tenía una opinión aborrascada. Hoy en cambio no. Soy igual de infeliz, pero todo me parece bien, lo que me ha llevado a concluir que la felicidad consiste en aceptar nuestra infelicidad endémica, como acepta y llega a olvidar un reumático sus pequeños dolores de huesos, vivir con ellos como con el aire que se respira. Cuando acabé de respirar mi dosis de estoicismo, dejé el balcón y me metí en casa. Fui hasta la cocina. Entonces oí las campanas de las Góngoras. Era una llamada alegre, un repique de la segundilla. Me pregunté entonces por quién doblarían las campanas, y supe que esta tarde repicaban por mí. Y así lo cuento.

QUIEN escribe un diario ha elegido el camino más largo para llegar a sí mismo.

«CADA paso ha de ser una meta sin dejar de ser un paso».

HABÍA en una de las entradas de la casa una pita. Con los años había ido creciendo y alguna de sus hojas, acabadas en puñales, amenazaba con sacarle un ojo a alguien. Se imponía cortarla. Lo hice con una motosierra que, por la acción del giro de la cadena, a medida que cortaba me iba bañando a mí en la savia de la planta. Estuvo a punto de matarme. Aquella leche, tóxica, me produjo una reacción alérgica que me dejó todo el cuerpo al rojo vivo, como una gamba. Así que cada vez que emprendo uno de esos trabajos hercúleos, M. sale a la puerta de casa y se despide de mí en toda regla, por si no vuelvo y me muero y no escribo ya más nada.

Hay en el olivar un pino que tendrá lo menos cien años, pero que nadie se ha tomado la molestia de podar nunca, por lo que ha crecido más a lo ancho que a lo alto. Recuerda mucho a la seta de las explosiones nucleares. Tendrá unos seis o siete metros de alto, pero algunas de sus ramas dan en el suelo. Para llegar al tronco hay que gatear, pero a su lado puede uno ponerse de pie. Es como estar bajo una bóveda o cueva. Por lo oscuro y lo agobiante. Llegué con la motosierra y la escalera. M. me había pedido encarecidamente que no lo hiciera, por si me rebanaba el brazo. Hacía todavía un calor infernal, pese a ser ya las siete de la tarde. En la radio oímos que algunos termómetros de Badajoz habían subido a los 43º a la sombra y a los 50º al sol. Pero el tesón es una de las características de los héroes homéricos, por mucho que los amantes de la sindéresis quieran llamarlo terquedad o cerrilismo.

Por si no hubiese ya bastantes aves agoreras en el firmamento, me tropecé con Manuel, que viéndome con la motosierra en una mano y la escalera al hombro, me recordó en diez minutos los cinco más célebres accidentes mortales con motosierra de los últimos treinta años, el último de ellos hacía no tanto, y en el que pese a la intervención de un helicóptero, que se llevó al herido a la capital, nada pudo hacerse por aquel pobre hombre.

El otro día, en la cola del súper de Trujillo, nos encontramos a X.

Había sido pintor, pero su vocación era la de mánager de artistas. Era presidente y factótum de una peña flamenca de su pueblo, de dos mil habitantes. Había traído a él, con las aportaciones del Ayuntamiento, a grandes cantaores. Incluso le daba, y no mal, a dos o tres palos. En tiempos había sido él mismo un mozo saludable y aparente. Como la brocha y el rodillo parecía que no iban a hacerle rico todo lo deprisa que quería, abrió una tienda de... ¡chucherías!, pese a que en el pueblo, con el índice más alto de paro de toda la provincia, no había más que unas docenas de niños. Le pregunté cómo le iban las cosas. Me respondió que mejor que nunca: había dado por terminado el negocio de la gominola y estaba a punto de abrir una planta de manipulados para discapacitados físicos y psíquicos del pueblo, subvencionada, claro está, por la Junta de Extremadura. ¿Pero tantos discapacitados hay en tu pueblo? «Suficientes. Censados, setentaicinco», declaró con orgullo. En estos pueblos, las motosierras, el andamio y la radial invalidan y estropean a muchos, no pocos de los cuales, en la inacción, acaban por desquiciarse, y el que empezó con una discapacidad física en un pueblo de esos, tiene todas las papeletas, como suele decirse, para acabar también con otra psíquica.

Cuando cogí la motosierra, tuve presente esa conversación. Un

hermano mío, cortando leña con una, se rebanó los tendones de los dedos del pie. Recuerdo que me dijo entonces: lo peor es que minutos antes de que me sucediera, sabía que iba a suceder; ya estaba muy cansado y mis reflejos estaban embotados, sabía que tenía que dejarlo, pero me quedaba muy poca leña, y me dije, bah, termino ahora...

Llegué al pino con la escalera, las sogas, la motosierra. Lo peligroso no era esta, sino la escalera, difícil de asentar en un terreno en pendiente.

Trabajar dentro de aquella campana resultó un infierno. Era un horno. A los cinco minutos estaba congestionado. Empecé a pensar: ¿Y si me diera el famoso golpe de calor? ¿O si, en un giro inesperado, me corto el cuello?

Mientras trabajaba, también me decía: déjalo, Andrés, aquí se está mascando la tragedia, y tú solo no puedes con este trabajo; aquí va a haber pronto otra defunción. La motosierra se quedaba a menudo agarrotada en las ramas más grandes, de veinte o treinta centímetros de grosor, que al ceder por el peso la entallaban e inmovilizaban. Tenía que forcejear con ella a brazo partido. Subido a la escalera era más peligroso aún, por inestable e insegura. Trabajaba con la motosierra por encima de mi cabeza. Me decía, haciendo violencia, en un tirón la motosierra saldrá despedida y... O, si no, me caeré de la escalera, la motosierra vendrá detrás y me cortará la pierna. Por otro lado, la maraña de ramas era tal, que no había modo de despejar el camino, trenzadas unas en esa labor de tracería que solo tienen algunos capiteles nazaríes. En cien años nadie había podado el árbol, y tenía miedo de que algunas de las ramas más grandes me arrastrasen al caer cortadas. Me veía obligado a subir y bajar de la escalera constantemente para poder trabajar, y la tarea se hacía penosa.

Cuando las ramas que caían eran tantas y estorbaban, había que dejar la motosierra, bajar de la escalera y arrastrarlas fuera del perímetro. Arrastrando una de las más grandes y pesadas, de tres metros de largo, me pisé el cordón deslazado de la bota, y me trastabillé. Caí al suelo de una manera violenta, y lo hice a un centímetro de otra rama que tenía una estaca afilada como una espada. Un poco más de su lado, y me habría atravesado el pecho de parte a parte. Lo vi a cámara lenta. Mientras caía vi esa estaca, y me dije, me la clavaré, no puedo evitarlo ya, soy hombre muerto, mira qué defunción más tonta. Porque caí no por mi peso, sino de una sacudida fatal. Me atravesaré el pulmón, me dije, y ahora sí que no voy a escribir más nada, ni nada de nada. Lo vi así. No sé cómo, en el último momento mi cerebro envió una orden extrema y mi cuerpo pegó en el aire un respingo seco, como hacen los gatos, suficiente para

apartar de la trayectoria esos diez centímetros vitales. Solo quedó en mi cuerpo la huella del arañazo terrible, como el zarpazo de un oso, el zarpazo de la muerte sin duda. Mis gafas, de la sacudida, salieron despedidas a dos o tres metros. Al principio no me di cuenta. Me levanté sin resuello. Hasta yo noté que toda la sangre congestionada un minuto antes en el rostro había desaparecido, y debía de hallarme palidísimo. Me tenté el costado, me dolía mucho la lanzada. Me levanté la camisa, y me tranquilizó ver que no sangraba demasiado. En vez de ir a curarme, me dije, he de volver a la tarea. Se ve que de la locura es de lo último que se sale. Me pareció que me mareaba o que no veía bien. No supe cuál de las dos cosas era, o si eran las dos. Pensé en un primer momento que se debía al susto. Solo al rato advertí que no llevaba las gafas puestas. Habían pasado ya lo menos cinco minutos. Dónde buscarlas. Tenía miedo de pisarlas. No veía nada. A mi lado un mar de ramas de pino de más de un metro de alto. Nadie que no sea miope sabrá lo difícil que le es a uno ver sin sus gafas. Entre la pinaza y las ramas, imposible. Me puse a cuatro patas para evitar pisarlas. Había pinaza, ramas, virutas y despojos de la poda por todas partes. La tarea era ardua. El calor que desprendía la tierra era tanto, que al momento volví a sentir que estaba buscando algo en unos altos hornos. Fui tentando con las palmas el terreno, con extremo cuidado, como si palpara minas. Las piedras me destrozaban las rodillas y las manos, lo mismo que las carrascas y cardos me arañaban la cara. Al fin, al cabo de unos minutos, pude encontrarlas. Solo entonces, al ponérmelas, advertí el tamaño de la estaca. Encendí de nuevo la motosierra y fue lo primero que hice, cortarla a cercén, con la misma saña que había mostrado ella minutos antes tratando de atravesarme el pecho, sin privarme de improperios y feas blasfemias.

Cuando M. me vio llegar de allí a una hora hecho un *ecce homo*, y a pesar de que venía congestionado, se asustó, supo que algo grave había sucedido. Yo no sabía si contárselo o no, porque ya nada podía remediarse y nada había sido finalmente grave. Sin decir nada, me levanté la camisa para mostrarle orgulloso la cornada, como el que dice: ¡dejadme solo! Vio la herida, y aunque la sangre estaba ya seca, se hizo de cruces, y mientras me curaba me hizo jurar que nunca jamás volvería a coger una motosierra. Estaba muy enfadada, aunque me pareció que también orgullosa. Los toreros gustan tanto a las mujeres, creo yo, más por la sangre seca que por otra cosa. Déjate de toreros, me decía levantando la voz: ¿es que no tienes cabeza? ¿Tienes que ponerte siempre al filo de la muerte? Sí, le dije un poco avergonzado, sabiendo que tendría que dejar la tauromaquia apenas me había iniciado con el primer bautismo de sangre. Y tiene que ser, o

el primer día de vacaciones, como el año en que te partiste la pierna, o el último, como el día que te tiraste a la piscina por broma sin poner los brazos delante, en plan obús, y estuviste a un tris de quedarte tretrapléjico. Me recordaba esos episodios sin dejar de pasar el algodón humedecido en agua oxigenada por la herida y la sangre seca. Yo veía las estrellas, pero no me pareció apropiado quejarme, y cuando me preguntó si me dolía, le dije con indiferencia de caballero legionario que ni lo notaba. Y cuando se distraía un poco de la herida, volvía a su monólogo: ¿y qué más te daba a ti el pino? Ha estado así cien años...

Poco a poco se fue recuperando del susto también ella, y me dijo: vete a dar un baño, pero, por favor, entra en la piscina por la escalera.

Al rato llegó Manuel, y le conté lo sucedido, lo que le dio pie para contarme otras quince desgracias que se le quedaron de antes, con tractor incluido (tractores que arando en pendientes vuelcan y atrapan debajo al tractorista). Y contó también otros cuantos accidentes suyos, en los que de milagro no murió.

Yo ahora entiendo que quieran hacer en ese pueblo una planta de manipulación para discapacitados.

CUANDO llegué a la casa estaban los dos solos. Me impresionó mucho verle. Hacía ocho meses que no lo veía, pero se diría que habían pasado por él más de ocho años.

Estaba sentado en un sillón articulado, novedad, aunque no enteramente. Porque después de haberse negado a tener en su casa ningún sillón ni sofá, en estos últimos años cedió y entró al fin un sillón en su casa, que acabó siendo su asiento preferido. El articulado fue comprado por indicación de los médicos, con el fin de mantener sus pies en alto.

Se me quedó mirando, extrañado, con una cara muy simpática, sin saber si sonreírme o mostrar extrañeza. ¿Sabes quién es?, le preguntó C. con ese tono un poco más alto que empleamos con las personas mayores, acaso para persuadirnos de que su problema es auditivo y no intelectivo. ¿Sabes quién es, lo conoces? Se lo preguntó como si formara parte de un juego de adivinanzas.

RG. hizo entonces un gesto elocuente, como diciendo: ¿cómo no lo voy a conocer?

Le invitó C. entonces a que dijera el nombre, tal y como suponemos que podría ser el ejercicio de un logopeda. RG., sonriente, no se decidía. Como si desconfiara de su propia memoria o, quizá, como si fuese una pregunta-trampa.

—Un...

Supimos que trataba de decir que yo era un poeta, porque en estos últimos tiempos recurría ya a esa estrategia: para no tener que abordar el escarpado monte de los nombres propios, recordaba su oficio, o su calidad, pues, como nos confirmó C., se le olvidan los sustantivos, pero no los adjetivos que los califican, y así dice que alguien, de quien no recuerda el nombre ni el oficio, es «menor» o «sensacional» o «estupendo» o «idiota».

Repitió tres o cuatro veces el «Un...» Pero como no le salía nada, C. decidió recurrir a la hipérbole bromística, como solemos hacer con él, y remató con un «... grandísimo poeta, R., eso es lo que quieres decir». Y entonces RG. liberó toda su atención, como si alguien le hubiese facilitado el resultado de un problema difícil, y se sumó a nuestras risas, y por un momento creímos los tres que estábamos de nuevo donde estábamos hace ahora apenas dos o tres años.

Me senté a su lado y le cogí la mano, y empezamos a hablar de esto y de lo otro, de nuestro viaje a Italia, de M., de los chicos, le contaba yo esas cosas y él me escuchaba con atención, sin dejar de sonreír, aunque no sé si entendía algo. Según C., todo. Cree que el problema que tiene es de él hacia afuera, no de afuera hacia él, como si el conducto que va de él hacia el exterior estuviese obturado, pero no el que va del exterior hacia él, nítido.

A medida que se acostumbraba a mi presencia, se fue relajando y se acomodó plácidamente en su sillón, pero apenas duró esa placidez media hora, hasta que un timbrazo de la puerta le puso de nuevo en guardia, y se alertó en su rostro la inquietud ante lo desconocido.

Al ver su habitación invadida por cuatro personas más, no sabía adónde ni a quién mirar, tanto que resultaba difícil determinar si el susto era real o fingido, aunque la alegría y efusiones de todos persiguieran hacerle comprender que no se trataba de cuatro personas más, sino de quienes han formado parte de su estrecha y reducida intimidad en los últimos veinticinco años. M. y E., las mujeres, se pusieron cada una al lado de RG. No hizo falta que nadie les dijera dónde habían de situarse; fue como si obedecieran a mandatos atávicos según los cuales el cuidado de los ancianos corresponde en primer lugar a las mujeres. Cada una le cogió una mano, y se las acariciaban con muchísimo amor, en tanto que sus maridos, E. y P., empezaron a desgranar su repertorio improvisado de bromas, que no cesaron en una hora, como en una hora ni M. ni E. dejaron de prodigarle toda clase de mimos. Y lo mismo que había sucedido conmigo, sucedió con ellos: que RG. al rato empezó a encontrarse bien y a despreocuparse de cualquier cosa, viviendo el minuto presente, y

cuando se dice el minuto, se dice esto mismo, ese minuto, y luego el siguiente, hasta completar la hora.

—¿R., quién es este? —le preguntaba C., pero no le daba tiempo a responder, y evitándole prolongar lo que acaso fuese para él una pequeña mortificación, añadía: —¿Te acuerdas de E. y de P.?

Y el propio E. quería contribuir a resolver aquel trámite, añadiendo de su cosecha:

—¿Pero cómo no va a saber quién soy? ¿Quién voy a ser? ¡E., el único, el más grande, eso no se le olvida a nadie!

Y nos reíamos, y R. se reía con nosotros, pero sin poder decir nada, y no sabíamos si se reía porque en efecto le hacían gracia aquellas bromas y las comprendía, o porque nos veía hacerlo a nosotros.

Le preguntábamos algunas cosas que en realidad no necesitaban respuesta, que bastaba con que asintiese o negase.

Hasta que alguien preguntó:

—Bueno, R., ¿te alegras de vernos o no?

Era una pregunta muy fácil para que pudiera acabar de decir:

—¡Cómo no!

Pero quiso añadir algo más y nos callamos todos. Cesaron las bromas. Comprendimos que quería decirnos algo. C., delante del propio RG., nos explicó que cuando se encuentra bien puede llegar a hilar alguna frase más compleja.

Vimos entonces a RG. hacer un esfuerzo grandísimo para reunir unas cuantas palabras en la cabeza y poder dárnoslas juntas, como aquel que va descubriendo violetas escondidas entre las piedras hasta formar un ramillete.

Resultaron unos instantes muy angustiosos, pues intuimos todos que si, como podía suceder, no lo conseguía, ese fracaso delante de sus amigos podría ser muy frustrante, y que se deprimiera un poco a consecuencia de ello.

Pero de pronto sucedió algo maravilloso. Se le iluminó el rostro, se le transfiguró por completo, como si asomase a él la felicidad plena de sus mejores años. Comprendimos que había dado caza con una red a unas palabras, truchas vivarachas y escurridizas, y que se sabía dueño de ellas, que no se le escaparían ya. Levantó la mano y sin esperar demasiado, no fuesen a soltársele y saltar con un movimiento inesperado y escurridizo a la corriente profunda de su mente:

—¡Qué contento estoy, coño!

Hay que aclarar de esta frase algo que la convierte en singular: RG. jamás, nunca, ha hablado apoyándose en tacos ni en muletillas salaces, ni siquiera en las más corrientes hoy entre todo el mundo. Si ha tenido que recurrir a una palabra gruesa, lo ha hecho sin remilgos, desde luego, y su uso excepcional la hacía más valiosa. Podía estar hablándose de alguien y nuestro amigo podía decir, sí, por ejemplo, que era un «cabronazo». Pero aun esto muy de año en año. No dejaba de ser en este uso un señor antiguo, de otra época, y lo mismo que cuidó por presentarse en público adecuadamente vestido, con ropa

escogida y bien cuidada, ha hablado sin empedrar sus frases con interjecciones que los más jóvenes no hemos dudado en usar cada dos por tres. Así que aquel inocente «¡coño!» parecía haberle llegado de muy lejos, acaso de una regresión a la época de su padre, obrero litógrafo... Fue como si a través de aquella palabra volviera a una alegría infantil, a los años en los que un niño es más que nunca feliz con la alegría de los mayores que le han permitido compartirla con ellos, el niño R. con sus amigos, padres suyos en ese momento para él.

Y es posible, así lo cree uno, que quisiera haber dicho algo más elaborado, solía hacerlo siempre, no se conformaba nunca con lo primero que se le ocurría, sino que trataba de darle a sus palabras una significación especial, pero ante la imposibilidad de hacerlo, decidió en el último momento tirar por el camino de en medio, y así le salió algo mucho más expresivo y primitivo, y diríamos incluso que algo más tosco que no se hubiese permitido nunca de haberlo podido evitar, pero que solo por eso, por ser lo último que podía decirnos, nos pareció a todos los más valioso, pues han sido, al fin y a la postre, las últimas palabras que acaso nos vaya a decir nuestro amigo, y ellas referidas al contento y a la alegría, lo cual, en alguien a quien la vida dio tantos motivos de tristeza, las avalora más.

ES domingo, estamos en Las Viñas. Son las siete de la tarde. Hoy hace exactamente tres semanas que tuvo lugar el accidente. Ni siquiera puedo decir que «me» rompiera el tobillo, sino que cada vez ve uno más claro que se rompió solo, por su cuenta. Hace tres semanas, cuando acabó de ocurrir, ni siquiera pensábamos que podríamos estar aquí de nuevo, en el mismo escenario. Apenas me he atrevido a echar una ojeada al lugar exacto donde ocurrió, por superchería. Como un gato escaldado. En veintiún días hemos estado en hospitales, yo he entrado en un quirófano y arrastro una pierna con metal suficiente como para hacer saltar las alarmas en todos los aeropuertos. Y la vida continúa. En todo este tiempo no he hecho las cosas que tenía que hacer y he hecho otras que me habrían resultado chocantes. He visto cientos de horas las olimpiadas, he leído cuatrocientas páginas de *El doctor Fausto* (que hoy he decidido abandonar definitivamente, persuadido por una traducción delictiva) y apenas he circulado el accidente a ningún amigo, hasta que no pase definitivamente el verano.

Mis movimientos en Las Viñas son extremadamente cautelosos, por temor a un nuevo percance por mi impericia en el manejo de las muletas o por no calibrar bien mis pasos. Me aterra imaginar las

consecuencias. Así que deambulo por la casa poniendo en cada metro los cinco sentidos, lo contrario de lo que sucedió la tarde infausta, consecuencia de la distracción en la que andaba mi cabeza mientras pasaba el limpiafondos.

El tiempo es magnífico, ni frío ni calor, y el cielo está completamente despejado. Y todo habría sido perfecto si lo que hemos conocido de nuestros amigos no hubiese sido verdad. Creía uno que era una relación que, como tantas, había llegado a su final por su propio peso, como ese regato que llega exhausto a una meseta, donde desaparece bajo una tierra seca y baldía. ¿Qué podemos hacer si emerge ahora como lodo mefítico? No mucho, supongo; alejarse a paso vivo, incluso con las muletas.

HOY he puesto el pie en la tierra y para mí ha sido más que si lo pusiera en la Luna, y tras mi primer balbuceo, he podido decir que ha sido un gran paso para la humanidad. Que al caminar se me claven mis ocho puñales no importa, porque he descubierto que el estoicismo está en el origen del masoquismo, ennobleciéndolo. Podríamos decir, sin ánimo blasfemo, que hoy por hoy es uno Nuestro Señor de los Dolores. Y por cierto, no llego a comprender por qué me decían que mejor un hombre que una mujer para lo de la rehabilitación. De la mía se ocupan, según turnos, tres muchachas jóvenes, guapas y poderosas como amazonas de las que lo normal sería enamorarse, principalmente porque se pasan la hora preguntándole a uno «¿le duele?», mientras te masajean el pie quebrado, pero con un tono tan dulce que suena a un «¿te gusta?» La que mejor lo dice de las tres es una atleta que habla en todo momento de sus logros con sus compañeras, que manipulan a otros tantos pacientes en camillas propincuas. Lo hace sin la menor presunción. Cualquiera, si quisiera, podría enamorarse de ella. Hablan también entre ellas de sus novios sin que parezca que haya extraños delante. Yo no he estado nunca en una peluquería de mujeres, pero no sé por qué me parece que ha de ser muy parecido. Jamás habría imaginado que me gustaría ir todas las mañanas a un lugar como ese. Los dos primeros días me llevó M. en coche, pero conoció uno allí a un compañero de infortunio, vecino nuestro, caballero mutilado de verdad, que se ofreció a traerme. Me recoge cada día a las siete y media de la mañana frente a la iglesia de Santa Bárbara. Me arrastro hasta allí con las muletas, con harta cautela, tanta que los policías que montan la guardia en el portal de los ministros me miraban al principio con desconfianza, pensando que la cojera era una añagaza. A mi compañero de infortunio su lesión no

le impide conducir. Es una persona afable y educada. Hablamos de todo un poco en el trayecto que va desde esa esquina hasta Doctor Esquerdo. Como si nos hubiese tocado la guerra en la misma trinchera. El momento de esperar su llegada, frente a la iglesia, de noche aún y con frío, es bonito. Me digo, si no me hubiese roto la pierna, no conocería esta hermosura de hora. Ni las conversaciones de esas muchachas tan fuertes y sanas que te meten las yemas de los dedos entre los ligamentos y músculos despertando ese dolor terapéutico que casi da gusto. Me digo, de tanto escribir, se le olvidan a uno las cosas buenas de la vida. Los primeros días nos tratábamos con mucho respeto y timidez, pero el roce hace el cariño y ahora aquello parece la verbena de la Paloma. Entre verbena y serrallo. Llegamos todos al mismo tiempo, las rehabilitadoras y nosotros dos, los primeros pacientes, y sabiendo que cada cual trae su alegría, en cuanto nos vemos, nos ponemos todos a hablar animadamente de cualquier cosa. Ellas nos dicen: sois muy majos, y nosotros les decimos también: ¡para majas, vosotras! En ese punto se ponen ellas a hablar de lo que hicieron con sus novios el fin de semana, soslayando cualquier martelo. Es como pelar la pava, pero en traumatología. Nos dicen también: es la mejor hora del día, vosotros dos sois los más animados de todos, luego lo que viene, viene más estropeado. Se refieren a que les llegan casos graves. A la hora nos despedimos hasta la mañana siguiente de las tres versiones de Fortunata, quiero decir que son tres modos de recordarnos que el dolor y las dificultades no están reñidas con la jovialidad y la gracia.

LOS milagros son inagotables, no terminan nunca de producirse, porque nunca terminamos de creérnoslos del todo.

ENCUENTRO en un libro, como cita, esta de Unamuno, para mí desconocida: «En Arte y Literatura lo que progresa realmente es la tradición». Qué no hubiese uno dado por estas palabras hace veinticinco años, cuando creía estar solo, a la intemperie, dando la batalla de *Las tradiciones*. La habría puesto al lado de esta de Benjamin: «Así en cada época es preciso intentar arrancar de nuevo la tradición al conformismo que siempre se halla a punto de avasallarla». Luego habría hecho, con las dos, las tablas de la ley.

CUÁN misterioso es el lenguaje. Decimos «desengaño», y habría de ser

motivo de alegría salir de él. Pero nadie quiere vivir en la verdad, si es dolorosa, ni hay un solo desengaño que no sea triste. Y aún más enternecedores que los niños que siguen creyendo en los Reyes Magos son todos aquellos, entre los ocho y once años, que aún *quieren seguir creyendo* y vivir engañados.

IBA camino del dentista con esa fatalidad que se le pone a uno en cuanto las muelas empiezan a venírsele abajo, cuando noté en el bolsillo la vibración del móvil.

Me hablaba un chino. Reconocí al viejo señor Hu, que le visitó a uno hace un año a cuenta de la novela que iban a publicarme allí. Convertía las erres en eles, como en las parodias que se hacen de los chinos, y aunque parecía hablar en castellano, estuve a punto de decirle que hablara en chino, porque le entendería mejor. Tras muchos esfuerzos, comprendí lo que quería decirme: a *Los amigos del crimen perfecto* acababan de darle en la República Popular China el premio a la mejor novela extranjera del siglo XXI. El señor Hu me puso en antecedentes y me dijo que era un premio que se lo habían dado antes a escritores cuyos nombres, la mayoría, oía por vez primera. Yo iba a preguntarle si no consideraba prematuro declarar la mejor del siglo XXI una novela publicada en el 2004, pero comprendí que ya no serviría de nada. Quizá, me dije, en el calendario chino cuentan de otra manera, al revés, tal vez estemos ya al final del siglo, y aquí no nos hemos enterado. Al rato, viendo que ni el señor Hu me entendía ni yo a él, concluí: estamos hablando mandarín.

Al llegar a casa me metí en internet para descartar que se tratara de una broma. El premio lo concede la Editora de Literatura Popular, leí en una página en inglés, aunque me inclino más bien a pensar que se trata de la Editora Popular de Literatura, dirigida, en cualquier caso, por miembros del Pcch.

En un primer momento no me atreví a preguntarle si ese premio estaba dotado, y de cuánto, por no darle la impresión al pueblo chino de ser un escritor materialista. El otro día oí en la Tv que son ya mil quinientos millones de chinos. Ah, fantaseó la lechera que todos llevamos dentro, si comprara el libro solo el 1% de los chinos... Y dígame, señor Hu, le pregunté, ¿este premio está pensionado? «No entendel pensionado», me dijo. Se lo expliqué. «No dotación, no dinelo, solo *medaya*». «I-Hon-La», añadió. Me costó un rato comprender que quería decir «Y honra». Inmediatamente le hice saber que me bastaba con la honra y la medalla, pero le pregunté si por casualidad habría que ir a China a recoger honra y medalla. «No, no»,

respondió taxativo, «medalla en embacada española Biguin: venil Madlid valica diplomática y entleglal usted».

Seguramente será una medalla bonita. Ya me la imagino. Como allí impera el realismo socialista, será del bronce de los cañones arrebatados a los japoneses, y en ella se verá, por una cara, a unos jóvenes enarbolando la bandera de la Revolución, una gran bandera tremolante, con unos cuantos pliegues, y a otros con el Libro Rojo en la mano, agitándolo en alto. Por la otra cara, ¿qué habrán puesto, la efigie de Mao, el emblema de la Editora Popular? ¿Cómo será ese emblema? Seguramente, al tratarse de una editorial, será un tractor cosechando en un trigal, o dos ruedas dentadas, y encima, a modo de lucero, la estrella de cinco puntas sobre tres fusiles marciales.

CUANDO me siento morir, a eso de las cinco o las seis de la sobretarde, anocheciendo, me pongo el abrigo y bajo despacio las escaleras, sin encender la luz. Se sabe uno de memoria la escalera de su casa, y porque también ella está muriendo, lo hago de puntillas, por no estorbarle esa hora corta de su agonía.

Salgo a la calle en el momento en que se empiezan a encender las luces de las farolas y los escaparates de los pequeños comercios. No quedan pájaros ya en el cielo y, recogidos en los árboles, mueren también muchos.

Me cruzo, hasta llegar a la plaza de las Salesas, con otras gentes que caminan sin hacer ruido. Todos van buscando su propia muerte. La ciudad está en silencio, y a los coches que pasan por la calle Bárbara de Braganza les han quitado el sonido. Circulan, pero no se les oye, por lo que hay que prestar mucha atención al cruzar, para que no te atropellen, y muera uno antes de tiempo.

Siempre quedan en los castaños que suben a la plaza de las Salesas algunas hojillas amarillas, que se resisten también a morir, aunque estén allí, sin vida, desde hace dos meses. Me conocen tanto como conozco yo la escalera de casa. Alguna de ellas, por pura amistad, se arranca de la rama y cae delante de mí con un airoso vuelco. Espero a que llegue al suelo, si acaso no la recojo en el aire, y la deposito al pie del árbol, como me gustaría que me recogieran a mí cuando llegue ese día.

Me siento entonces en la plaza y veo jugar a los niños que vuelven del colegio, principalmente a esos que aún sienten la necesidad de jugar en una plaza, de entre ocho y doce años, los de la suprema libertad, libres de sus padres, maestros y tutores.

Ellos me dan la vida, noto que la sangre de sus venas despierta en

las mías mis años infantiles, y cada una de sus voces y exaltaciones es escuchada por todos los presentes con más respeto que si asistiéramos a una gran ceremonia religiosa. Me fijo entonces en la casa de RG. y veo sus ventanas, foscas y sin vida, y me acuerdo de él. Me digo, se está muriendo lejos de aquí, y aquí, a mi lado, conmigo. Lo que me muero yo es la parte de su muerte en mí.

Cuando al fin se ha hecho completamente de noche, regreso a casa medio sonámbulo. Me despido sin detenerme de la hoja que he dejado al pie del árbol media hora antes; llego a casa, los coches han recuperado sus tubos de escape, y me dispongo a subir la escalera. Enciendo entonces la luz, porque la escalera tiene en la luz su propia savia, y no querría por nada del mundo darles un susto a mis vecinas, si por casualidad salieran de su casa en ese momento y nos tropezáramos en el descansillo.

Al llegar a casa, yo sé que ha tenido lugar una resurrección, pero no podría hablar de ella, así que la pongo aquí, entre las páginas de este cuaderno, como el pétalo de una flor, confiando encontrármelo dentro de muchos años, yo o cualquiera, cendal de una lejanía. Y lo escrito también sonámbulo, como todo lo que escribo aquí, para darlo al olvido.

«SIN pena ni gloria» debería ser nuestro lema, el de todos aquellos a los que la falta de gloria no causa pena.

AMANECE y se oye una esquila, lejos, cerca, dónde, y la niebla cobra vida. Su corazón, la esquila.

CUANDO un escritor escribe *domicilio* por *casa, fallecer* por *morir, esposa* por *mujer* y *rebeldes sin causa,* deberían quitarle la licencia de por vida.

CUANDO era el secretario general de Izquierda Unida y del Partido Comunista, apenas podía uno sufrirle, con esa suficiencia moral que parecía tener, no sabemos sacada de dónde, acaso, como tantos, del hecho de haber «perdido» una guerra civil en la que de todos modos tampoco combatieron. Pero acaba de perder un hijo que se fue a Afganistán, como reportero de guerra, una guerra que el padre condenó con todas sus fuerzas. Es imaginable el dolor que ha sentido

por las palabras que acaba uno de leer en una entrevista que le hacen en *La Vanguardia:* «Gracias a él no le temo a la muerte. No quiere decir ello que tenga un sentido trascendente de la vida ni que vaya a encontrarme con él. Pero si él ya ha dado ese paso, no me importará seguirle». Son las palabras de amor más hermosas que un padre puede decir de su hijo. Y así, ese hombre que nos resultaba tan ajeno, se diría que ha venido a quedarse a nuestro lado, como un hermano, como un amigo.

LLEGARON G. y R. Primero G. desde Milán, luego R. desde Roma. Les miramos un poco embobados, con envidia, también con un poco de resentimiento, como cuando los abuelos de la posguerra veían a sus nietos comiendo un helado: «¡Qué poco os cuesta!». Les ve uno ir y venir, viajar a países en los que uno no ha estado o a los que logró ir con enorme esfuerzo y sacrificios sin cuento, y hacerlo como quien se va en metro a un barrio de Madrid: G. por Austria, Suiza, Francia e Italia, doce días viendo arquitectura, especialmente Le Corbusier. Viene impresionado, y nos mira como a trogloditas; contra lo que ha oído en esta casa siempre, esa arquitectura también es bellísima y está muy bien. En Suiza se bañaron en unas termas que eran, aseguró, una de las cosas de arquitectura moderna que más le hayan impactado nunca. No paraba de hablar. Llegó sin un céntimo, literalmente. Tuvo que venir caminando desde Atocha a casa arrastrando la maleta porque no tenía ni para el autobús. Y a uno, que dos minutos antes pensaba que acaso estaba malcriando a sus hijos, le pareció excesivo que llevara hasta ese extremo la austeridad; aunque creo que era también una manera de informar de rondón: de acuerdo, he estado dando tumbos doce días por Europa, en buenos hoteles y demás, pero cuando me toca hacer el paria, puedo hacerlo con decoro, al tiempo que nos relataba cómo algunos compañeros suyos habían tomado la víspera un avión desde Milán, ante la perspectiva de volver en autocar, como estaba previsto y pagado.

La experiencia de R. en Roma, adonde se había ido con la novia, había sido, nos dijo, igualmente memorable. Quería mostrarle los lugares por los que él había estado hacía nueve años con nosotros, darle a ella algo de lo que él tenía en más valioso, una ciudad que era solo suya compartirla con quien más quería. Nos decía, era todo tal como lo recordaba, pero más grande aún y más bonito. La memoria, nos decía, empequeñece unas cosas, y otras las agranda, pero si estás a gusto, todo te parece mucho, más de lo que te mereces.

CHINCHILLA es precioso pueblo. Se acordó uno de Luys Santa Marina, que estuvo preso y condenado a muerte en el penal que hubo allí, durante la guerra. Santa Marina falseó su pasado para presumir de legionario, que al parecer nunca lo fue. Tampoco en Chinchilla hubo mucha guerra. Está el pueblo subido a un alcor, como águila sobre unas peñas. Tiene aún mucho carácter. Es todo él un pueblo de color caldero. Desde aquel collado se ve toda La Mancha y es un panorama excelso, aunque no creo que subieran a los presos a las almenas para que contemplaran los panoramas. Santa Marina publicó luego un libro que tituló *Primavera en Chinchilla*. Algunos de aquellos poemas tenían un aire popular, endechas, romances, albadas, entre Lope y los Machado. Otros eran pura Falange, luceros, impasible el ademán, los camaradas muertos, ¡presentes!, centinelas. ¿Quién recuerda ya todo eso? Las noches de un condenado a muerte. Tres penas de muerte, decía él con orgullo que había sorteado.

Las casas del pueblo tenían todas sus blasones de piedra roja. Y una calle, que pasaba debajo de un arco de piedra renacentista, con el bonito nombre de calle de Diablos y Ballesteros. Habrá un erudito local que podría decirnos la razón de este nombre curioso. Esas cosas que nos dicen a diario para que las olvidemos. Alguien nos cuenta que el ayuntamiento de este pueblo regalaba casas hace años, con la obligación de restaurarlas. Al principio piensa uno, qué bien, pero acto seguido se le pasa por la cabeza el frío que debe de hacer en este nido de águilas, y se le templa a uno el deseo de pasar aquí ni un fin de semana. Pero con todo, es buena cosa que vengan otros a restaurarlas, y nosotros a almorzar y darles las gracias por tener un pueblo tan bonito. Y que Santa Marina no debía de ser una mala persona está en el título que puso a su libro, porque el invierno en Chinchilla tiene que ser espeluznante. O el verano, asándose uno.

Al fin entramos en el restaurante de la plaza, después de esperar callejeando a que llegara el resto de los invitados a ese evento helliniano. Sí, ya habían llegado X, el ilustre escritor, y su señora. X se puso de pie para las presentaciones, pero no se notó nada, incluso yo diría que parecía más alto sentado que de pie. Y también sucedió algo extraño. Sentado tenía una cabeza como la de todo el mundo, pero de pie se le convertía en una calabaza de cartón, como las cabezotas de los cabezudos. Tenía algo también de uno de aquellos enanos cabezones que pintaba Zuloaga. Yo creo que a él, siendo un escritor surrealista, estos desajustes no solo no le importarán, sino que les estará agradecido por haber contribuido a su celebridad, como en el caso de Toulouse-Lautrec. Tenía unas manos pequeñas y de piel fina y blanca, deshuesadas y regordetas, sin un solo pelo en ellas, como de

vieja. La cabeza, en cambio, era un botijo con una barba cerradísima, unas barbas de dos semanas, con púas negras y canas.

Lo sorprendimos hablando cuando llegamos, y seguía hablando cuando nos levantamos de la mesa para seguir camino, dos horas después, sin que en todo aquel tiempo hubiera interrumpido su monólogo. Los comensales, seis, comíamos en silencio, como en el refectorio de un monasterio. Cómo lograba comer, acabar cada plato antes que los demás y seguir hablando, fue algo que no logré dilucidar en aquellas dos horas. Como cuando uno ve al prestímano hacer un juego de manos y le pedimos que nos lo repita, sin que lleguemos a descubrir el truco. Y a su lado la mujer. Siempre ha tenido uno, desde pequeño, la curiosidad de saber cómo sería la mujer de un surrealista. Esta era una anciana gentil, como una monja francesa. Apenas tenía barbilla y la boca era pequeña y estrecha, más aún que la ranura de una hucha. Llevaba el pelo cortado a lo Jeanne d'Arc, y tenía un tic característico, casi imperceptible. Ahora no sabría describirlo, porque no me atrevía a mirarla. De hecho descubrió una vez mi mirada y me entró miedo, por si le decía algo al marido. Por lo que he leído, este está deseando siempre que alguien le dé pie a una acción surrealista, para tirarle la sopa encima o ponerle el tapón de una gaseosa en el ojo, a modo de monóculo. El aspecto monjil de su mujer lo favorecía quizá un colgante con un signo esotérico que pendía de su cuello. Quizá fuera solo un crucifijo. No me atreví, ya digo, a fijarme más.

Cuando llegamos estaba contando X cómo era el señor Sartre, Jean-Paul Sartre, a quien, dijo, había conocido muy bien. Aunque no me atreví tampoco a preguntar a qué se refería, era obvio que se refería a las dos cosas, al sexo y al señor Sartre. «Era un comecoños consumado», informó con enorme seriedad, sabiendo que tenía como auditorio a seis desgraciados que en su vida habían podido ni imaginar que alguien, en Chinchilla, iba a contarles que Sartre era tal cosa. En realidad todo lo hablaba con marcada solemnidad y modulación estudiada y campanuda. Lo hablaba también en un tono bajo, nunca levantaba la voz, con lo que allí tenéis a seis cabezas adelantándose un palmo sobre la mesa para poder oírle mejor. Quizá lo hacía por eso. Hablaba como un francés que hubiera aprendido muy bien la lengua española, y se gustase oyéndosela hablar. Las manos le ayudaban mucho a ser expresivo, y no dejaban de moverse un solo instante, como si hiciesen constantemente magdalenas o mazapanes. Nos quedamos sin saber cómo se enteró de aquellas habilidades de Sartre, pero siguió: «Y entonces Simone de Beauvoir en el café solo se miraba en el espejo. A todas horas. Solo quería saber si estaba bien peinada. Era una de las mujeres en mi opinión menos inteligentes que

he conocido. Pero escribió una obra maestra cuando murió Sartre. Allí dice de él cosas *tegribles*...». «*Tegribles*», repitió desolado. Dedujimos que seguramente lo del comecoños lo había sacado de allí. Las cosas que contaba eran casi graciosas, viéndoselas referir a él, como si nos desvelara «tegribles» secretos de Estado sobre los que pivotan las leyes de la gravedad: que si Sartre tenía la picha pequeña, que si ella no era buena en la cama...

Y sí, parece que *coñocía* a todo el mundo el señor X. Hablaba de ellos como si lo hiciera de Pepito y Manolo: Breton, Man Ray, «que era el más adorable que he conocido»... Hablaba siempre como traducido literalmente del francés. Ionesco, Cioran... Esos eran para él los grandes hombres de la Francia, pero también de la Tierra. Cada uno de los que citaba había sido «el más» en algo, incluso el idiota era el más idiota. Quería decir con ello que no se relacionaba con gente común, sino descomunal y bien perfilada.

De vez en cuando la memoria le fallaba, normal en persona que había conocido a tantísimas gentes. En ese caso se volvía hacia la monja. No ponía en ella los ojos más que en esas ocasiones, cuando necesitaba algún dato preciso. La señalaba con la mirada, pero no llegaba a mirarla. Era bien curioso, como el amo con un perro bien amaestrado que estuviera con los ojos fijos en él para adivinarle el pensamiento. La monja no perdía ripio de lo que decía su marido, lo que sin duda tenía muchísimo mérito, porque se veía que eran anécdotas e historias que se había tragado la mujer ya un millón de veces, pero, con todo, las oía como la esfinge, sin mover un músculo de la cara ni mostrar impaciencia. Y cuando echaba mano de ella, ella acudía con presteza, pero sin perder nunca la compostura, a sacarlo del apuro. «Y entonces le comieron la polla los dos, uno se llamaba Alain, y el otro... ¿cómo se llamaba el otro?». Una ligerísima, atenuada torsión del cuello en dirección a la monja, la monja lo captaba, y apenas sin interrumpir el curso de la frase, como hacen los locutores de radio que van leyendo el guión, decía: «... Pierre». Y así X podía continuar el relato de la felación como si tal cosa, mientras los comensales dábamos cuenta de nuestros platos.

No sé por qué vericuetos, cuando se cansó de hablar de Sartre y de si se follaba y cómo a las alumnas de su mujer, pasó a hacerlo de cierto crimen célebre, que se conoció como «la Dalia Negra». No cambiaba nunca de tono, hablara de lo que hablara. Como aquel doblador de películas de quien se decía que ponía el mismo soniquete para decir «¡Oro, oro!», «¡Te quiero, amor mío! y «Se ha muerto mi madre».

Si alguno de los que estábamos allí le hacía una apostilla a lo que

acababa de contar, se volvía hacia él. Volvía no la cabeza, como con su señora, sino todo el cuerpo, se le quedaba mirando sin dejar de hablar, le radiografiaba con cara de loco, volvía a su antigua postura, y continuaba como si no hubiera oído nada. No le molestaba que le hubiera interrumpido, porque en realidad no le podía interrumpir ni el camarero cuando llegaba a decir si queríamos más vino o qué tomábamos de postre, porque él seguía hablando como si tal cosa, mientras los demás, en un susurro, le iban diciendo al camarero qué es lo que pensaban tomar, y cuando llegaba a hacerle la comanda a él, tampoco era ningún problema: «... Iba a los mercados a dejarse dar por culo, yo un flan de la casa, hasta que un día se lo follaron entre cinco...».

Entre aquel monólogo hormigonado y la comida, abrumadora y arriera, y que había uno dormido poco la víspera, fue entrándome un gran sopor y despertándoseme algunos mal disimulados bostezos. La culpa había sido mía, en parte, por haber querido probar los famosos gazpachos manchegos de los que se habla en mi novela, y que nada tienen que ver con el gazpacho que conocemos. La distinción se la debe uno a Azorín, hombre fino, aunque ahora, conociendo lo fino que era, no creo que haya probado los gazpachos manchegos en su vida.

Empecé a temer por mis bostezos, porque lo tenía delante. Se dará cuenta, me dije, será la primera vez que alguien se le haya quedado dormido mientras hablaba del coño de Simone de Beauvoir y del crimen de la puta dalia. Yo creo que se dio cuenta, porque nadie llega en Francia tan alto como él ha llegado sin ser también un fino psicólogo, y cambió entonces de tema, hablándonos de algo que supuso nos interesaría mucho más: cómo había sido «un niño prodigio desde pequeño».

No dudaba en absoluto de su talento, al contrario. Había en él algo muy francés, no sé, ese aire académico y burgués que tienen en Francia casi todos los escritores, donde jerarquizan, encorsetan y etiquetan cada movimiento literario y artístico. A veces decía: «Y Fulano, que no sabía quién era X, dijo tal cosa...». X era él, hablaba de sí mismo por el apellido, como Gento, el jugador del Real Madrid, cuando le preguntaban los periodistas: «¿Jugará hoy Gento de medio o de delantero?». Parece que se lo preguntaban siempre; y respondía: «Gento jugará hoy de delantero», o de media punta, en fin, lo que tocara, hasta que un día llegó la respuesta memorable, aquel «a Gento le es inverosímil». Era maravilloso oírle hablar de sí por su propio apellido, llamándose a sí mismo como supone que se dirigirá a él la posteridad: «En aquella ocasión X lo dijo bien claro...». Como si fuese

una marca registrada. No abusaba tampoco mucho del recurso, solo lo utilizaba cuando quería reforzar una opinión o un hecho, una manera de decir «X y yo».

A los postres, uno de los comensales sacó unos cuantos libros «de X y de Trapiello». Lo enuncio de este modo para no desentonar. La monja soltó un gritito extraño, porque no sabía ni podía sospechar que además de su marido pudiera haber en Chinchilla de Monte Aragón otro escritor. El Escritor me miró por encima de las gafas, que bien por el gritito de su señora, bien por el susto de ver que sus libros estaban al lado de los de otro, se le habían bajado hasta la punta de su nariz.

Decidió entonces pasar de la literatura universal a la local, creo que en atención a mí. Y el hombre que acababa de contarle al mundo (respondiendo al que le había preguntado: «X, ¿y el Nobel para cuándo?) que a él ese y todos los premios le importaban «una mierda», quiso recordarnos cómo le dieron el Nadal. «Fue todo culpa de esta y de su hija». Esta, la monja, lo confirmó con una distinguidísima y somera bisagra de cervicales. Ni una sonrisa, y bastante aburrida. Yo creo que el «atascaburras», como llamaron al aguardiente que nos pusieron sin haberlo pedido, también estaba haciendo en ella efecto. Aproveché unos segundos que se le cerraban los párpados para observarla mejor. Es increíble, porque era evidente que ella también se estaba durmiendo. Tenía un cutis extrañísimo, sin el menor asomo de vello, como si se lo hubieran trasplantado. Ahora que lo pienso, era la misma piel que la de las manos de él. Quizá se hayan hecho los dos un injerto en la misma clínica. Era una piel que daba un poco de miedo, parecía haber pasado por una quimioterapia. X seguía contando lo de su premio: «Culpa de las dos. Yo me fui a Nueva York, y estas cogieron unas cuartillas que había por casa y las mandaron al premio». Y soltó entonces la primera risa del almuerzo, una risita maliciosa, conejil, dando a entender que, 1.º, los premios él podía ganarlos con la gorra y sin necesidad de presentarse, y 2.º, que los miembros de aquel jurado eran unos panolis por haberse tragado que unas cuartillas como las suyas podían ser una novela. Claro que tratándose de X es una ventaja, porque como está en el surrealismo, todo lo que escriba será surrealista, y siendo surrealista, para qué se quiere más. El metepatas que hay siempre en toda reunión de más de cinco personas recordó entonces que también a mí me habían dado ese premio. Volvió bruscamente la cabeza para saber quién había dicho aquello y de quién, y las gafas se le cayeron en el plato, del que por suerte ya había desaparecido el flan de la casa. A mi modo de ver fue el momento más entrañable del almuerzo, y al menos para mí, uno

de los más importantes en mi carrera artística como cronista: X, que me tenía delante, a medio metro, separados por un jarro de vino, posó verdaderamente en mí sus ojos después de una hora y media. «¿Sí?». En realidad no lo preguntó, porque de haberlo hecho, habría esperado una respuesta, y lo que hizo fue dar por acabado en ese mismo instante el capítulo de los premios, con la excusa de centrarse en las dedicatorias que debía cumplimentar.

A Z, uno de los presentes en el almuerzo, se le despertó también el deseo de salir de aquel restaurante con una del célebre X, porque pensaba, con buenísimo criterio, que la oportunidad de tener por segunda vez al gran hombre en Chinchilla dedicándole un libro era algo que ni el surrealismo más sistémico podía augurar. Pero había un problema: Z no llevaba consigo ninguno de los libros de X, cuya obra completa custodiaba en Albacete, hecho este que, en asuntos concernientes a surrealismo, tampoco es manco.

Se le ocurrió entonces a Z pedir a otro de los presentes y amigo suyo, bastante más precavido, que le prestara uno de aquellos libros de X para que se lo dedicara el maestro, pero el que tenía los libros le dijo que le pidiera cualquier otro sacrificio, menos aquel.

Vimos a Z desolarse, y entonces ocurrió un verdadero milagro surrealista. Se le iluminó el semblante, salió despepitado del restaurante sin decir palabra y regresó con una vieja historia de la literatura latina escrita por un alemán y publicada a finales del XIX, y que al parecer tenía en el coche. Se la ofreció entonces a X, y le suplicó que pusiera algo en aquel libro, en fin, algo netamente surrealista.

¡Y cómo le gustó al bueno de X aquello! ¡Cuán surrealista debió de encontrarlo! Aquel semblante piloso se iluminó por primera vez y el grande hombre de nuestro tiempo entró en trance. La realidad por fin había estado a la altura de su genio. Tomó aquel libro zarrapastroso, lo miró y reclamó lápices de colores, sin levantar la vista del libro, como hacen los cirujanos cuando piden instrumental sin apartar la mirada del paciente que están operando. Lápices, rápido, urgía, como si eso, ir por la vida con lápices de colores, fuese la cosa más natural del mundo, y acaso, también, como si la inspiración que acababa de visitarlo, harta de esperar, se largara dejándole con las manos vacías. Aquel ¡lápices, lápices!, sí, sonaba a un ¡bisturí! o a un ¡sutura!, temiendo que el tumor se le marchara vivo a los corrales. No, no había lápices de colores en todo Chinchilla. «Agg», laringeó, como si le obligasen a apurar un amargo cáliz. Hubo de conformarse con un bolígrafo, con el que acribilló literalmente el nombre del pobre alemán hasta convertirlo en una piltrafa, al tiempo que añadía unos

cuantos remiendos de su cosecha, que encontraba jocosísimos e ingeniosísimos. Cuando acabó con la portada, se lió con la página anterior, en blanco, y la llenó con un mamarracho que quería figurar una estrella de mar, en una de cuyas puntas escribió «mar», en otras no sé qué, y en la última «yo». Pero no se resignaba a dejar aquella obra sin iluminación propia. Estoy convencido de que se lo estaba exigiendo la musa, porque en un rapto saturnino, metió los dedos en el jarro de vino y manchó el papel con aquella aguada rojiza, y acto seguido hizo lo propio con los restos del postre de chocolate que había pedido a un vecino, y untó con el dedo, aquí y allá, como con mierda, lo que mejor le pareció. Todos le alabamos muchísimo la faena, y que era un gran artista quedó acreditado por la sencillez con que recibió nuestros elogios, la humildad con que los encajó, ante la mirada complaciente de la monja, ya despabilada por completo. Antes de devolverle el libro al afortunado y separarse de su obra para toda la vida, lo tomó en sus manos y lo alejo de sí, para echar sobre ella esa última mirada. Definitivamente: estaba satisfecho. La sonrisa declaraba que podría haber hecho aquello incluso con un pincel en la boca, o entre los dedos de los pies. Sopló un buen rato sobre él, no tanto para secarlo, como para darle alma, como Yahvé a Adán, y se lo devolvió al ilusionado propietario.

Salimos por fin del restaurante, con la esperanza de que el aire libre echara una mano a la digestión, y con la tristeza de tener que separarse en aquel punto. La comitiva del surrealista seguía a Albacete, y la nuestra a Hellín. Chinchilla había sido solo una rara conjunción cósmica. No ha hecho uno el cálculo todavía, pero estoy completamente convencido de que no vuelve a pasar por Chinchilla un astro como X antes de seis mil quinientos años.

Ya solo quedaba un trámite. Al ser poco probable que nadie de las generaciones futuras llegue a creerse que X había pasado por allí, alguien propuso inmortalizar el momento con una fotografía. Y como la dedicatoria había destapado en el maestro el tarro de las esencias surrealistas, dijo exultante, ¡sí, gran idea, vamos a inmortalizar este momento! Comprendimos que se le había ocurrido otra idea genial, y empezamos a sonreír como benditos, como la madre que sienta a su hijo en la bacinilla y empieza a jalearle para que haga su caquita. Pidió silencio. Necesitaba un gran silencio. Como cuando en el circo lo reclaman para el funambulista. Estuve a punto de gritar: ¡peligra la vida del artista!, pero no venía a cuento. La foto la iba a tomar, quién si no, la monja, a la que el maestro encomendó la tarea. «Bien», zanjó entonces, «ahora nos vamos a coger todos la oreja con estos dos dedos». No quería decir que nos cogiéramos el pulpejo de la oreja con

sus dos dedos, sino que cada uno lo hiciera con los suyos propios. Lo entendimos todos perfectamente a la primera, pero por si alguien era un poco corto, lo ilustró pinzándose el lóbulo con los dedos índice y pulgar, quedando la oreja con un aro figurado. «Y a continuación, sin soltarnos la oreja, vamos a poner la otra mano así». Y con el índice y el pulgar de la otra mano hizo un monóculo que se llevó no al ojo, como habría hecho cualquier surrealista de chichinabo, no, a la sien. Y cuando ya todos estaban metidos en la performance, y había dado la orden a su señora de sacar la foto, paró en seco la operación: «¡Alto! Ese no está haciendo lo que se le manda». Ese era yo. Me miraron todos. Se volvieron hacia mí. Nunca he tenido suplicándome a seis hombres hechos y derechos pinzándose con una mano la oreja y con la otra pegándose un monóculo en la sien. «Venga», insistían, «¿qué te cuesta?». Lo gracioso es que mientras duró la porfía, ninguno se soltaba la oreja ni despegaba de la sien el monóculo. Pero entonces la musa, que se ve que tampoco le abandona a uno, me inspiró súbitamente, pegué un salto, salí del grupo, me abalancé sobre la monja, le arrebaté la cámara, hice que se incorporara al grupo, y cuando todos volvieron a componer la estampa, disparé, preso de un subidón de buen humor, porque raramente suele salir uno airoso de hacer el gilipollas.

El maestro, claro, se dio cuenta, como todo el mundo, de la treta, pero a diferencia de los demás, no parecía estar dispuesto a perdonarle a uno, y me lanzó una mirada como Supermán, que quería atravesarme, decidido a vengarse en el poco tiempo que les quedaba a nuestras vidas de permanecer juntas. ¿Cómo? Se metió en su coche sin despedirse de nadie. O sea, que final feliz.

Hace un rato le pregunté a A. si lo conocía de París. Me dijo, sí, «un fou sincère». Está bien visto, «un loco genuino», quiere decir que está loco de verdad, que no tiene que fingirlo. Ahora que ya está uno a salvo de toda esa tontería que es tomarse en serio, me hace más gracia desde un punto de vista pedagógico. En lo futuro se advertirá lo ridículo que era nuestro tiempo por el pábulo que se les dio a personajes como él. Lo más gracioso era cuando se producía algún roce con otras que él creía estrellas del firmamento contemporáneo, como cuando dijo: «El otro día me llamó un tal Ansón, quien seguramente ni siquiera sepa quién es Arrabal, para preguntarme si yo podía hablar con Kundera, porque a ellos les resultaba imposible contactarlo. Le dije que sí. Quería preguntarle si aceptaría el Premio Príncipe de Asturias y si vendría a recogerlo. Kundera es un hombre meticuloso. Me preguntó todos los detalles, si pagaban, cuánto, dónde estaba Asturias, y cuando le dije que había que recogerlo de manos del

príncipe, dijo que no». Ahora que caigo, no sé cómo, pero para no interesarle los premios, habló lo menos de media docena en la comida, hasta que llegó el Nadal.

MARAVILLOSO cajón de sastre, género al que pertenecen estos libros: cualquier cosa que vaya a ellos queda en su sitio. En el desorden todo queda ordenado.

A ÚLTIMA hora me habían pedido en la editorial si podía acompañar «a un autor excepcional, ajeno al mundo de los libros, que se sentía extraño en él». Como es uno curioso por naturaleza y está dispuesto a cambiar de opinión a cada instante, dije que sí, y en la editorial me cambiaron entonces el billete por uno de superclase.

Para explicarlo al lector de dentro de ochenta años: R. fue un singular cantante de música ligera, popularísimo en España y la América hispánica, cuya manera de cantar, hablar, contonearse, hacer molinetes con la mano y moverse en los escenarios era tan acusada, que le hizo objeto durante cincuenta años de toda clase de parodias e imitaciones por parte de cómicos profesionales y aficionados. Fue un caso también de apoteosis paranormales: salía al escenario, y las bombillas de las candilejas y los focos del escenario parpadeaban entusiasmados.

Me esperaba en la sala vip de Santa Justa, en compañía de una asistente. Me tendió la mano. Una mano fina, fría, pasteurizada, recién salida de la manicura. Los que estaban en la sala le miraban admirados, de lejos, sin atreverse a respirar por no incomodarle. En ese momento se acercó una azafata a comunicarle que el tren esperaba. En realidad le dijo: «R., el tren está servido». Nos levantamos y salimos al andén, a mezclarnos con el pueblo y la clase trabajadora. En el cortísimo trecho que había desde la sala vip al vagón de superclase, todo el mundo lo reconocía y volvía la cabeza para mirar a placer. Yo trataba de apartarme un poco, bastante cohibido. Solo entonces comprendí que no se debe juzgar a la gente precipitadamente, y me acordé del de las patillas, y la prevención que seguramente tenía de que le viera nadie hablando conmigo. De entre los que le reconocieron, camino nosotros del convoy, los hubo de dos clases: aquellos que no decían nada, pero a los que se les iluminó el semblante («al fin tengo algo que contar cuando vuelva a casa») y los que no podían evitar aclamarlo: «¡R., R.!», gritaban de todas partes. Él volvía la cabeza hacia donde oía su nombre, sonreía y levantaba la

mano a la altura del hombro, moviéndola suavemente, como si fileteara el aire. Tenía su jeribeque algo también de bendición episcopal. Además hablaba un poco como los obispos. En realidad, no; en realidad se movía y hablaba como Benedicto XVI. Caminaba a pasos muy cortos y muy despacio, como una persona delicada de salud. Llevaba puestas unas gafas de sol desmesuradas que le cubrían toda la cara. Eran gafas para no llamar la atención (se supone que quería guardar el incógnito), pero al mismo tiempo eran tan alarmantes, que los que no volvían la cabeza porque le habían reconocido a él, lo hacían para mirar las gafas, y entonces caían en la cuenta. Entre estos los había muy castizos, y no podían evitar la exclamación, cuando prácticamente se habían dado de bruces con él: «¡Hostias, si es R.!».

El hombre ha escrito un libro en el que ha contado su experiencia: le han trasplantado un hígado. De ello me puso al corriente en cinco minutos. Uno, que hasta ese momento se estaba tomando aquel encuentro como cosa festiva, al oír las palabras trasplante e hígado, noté en el mío un ligero pinchazo, y se me quitaron las ganas de chanzas. Ha estado a las puertas de la muerte, repitió jovial: «Huy, querido, creí que no lo contaba». Pero ha salido, y lo ha contado en un libro.

Habría estado también bien coincidir con El Lute. Igual mejor. Aunque R. resultó una persona simpática. Desde que nos sentamos tomó la palabra para hablar de él y de su circunstancia. Tres horas. Lo mismo podría vender la exclusiva al *Hola*. «En aquel momento yo ya era yo en el mundo entero», dijo muy orteguianamente para referirse a una época en la que ya era muy famoso, cuando apenas había dejado la pubertad y lo recibía el Caudillo, la gran circunstancia de entonces. «He tenido un sueño», reconoció con sencillez: «Mi vida ha sido un sueño».

Yo le preguntaba de todo, y él me respondía sin dudarlo, acaso como quien se sabe de memoria un relato oficial, autorizado. Aunque cinco minutos antes no supiera mi nombre y lo fuese a olvidar cinco minutos después de aquel encuentro, no había pregunta que quedara sin respuesta, haciéndola preceder de un «mi querido A.», «amigo A.», o, más habitualmente, «querido». Yo estaba temiendo que en algún momento se fatigara, y me preguntara algo de mi vida, por tomarse él un respiro. Pero por suerte no ocurrió así. Me habló de su padre, albañil, de cómo seguía trabajando a escondidas en el andamio, cuando su hijo ya había triunfado y le mandaba dinero, y de cómo adoraba a su madre. Me habló de sus tres hermanos. Con uno no se hablaba ya ni se veía. Ese vive en Londres. Otro de ellos fue su

representante hasta que se jubiló. Hablaba de ellos sin trabas y con naturalidad. Tenía uno la impresión de que aquel hombre habría podido ser normal cogido a tiempo. Su vida ha tenido que ser interesante. Pero como la ha contado ya tantas veces y a tantos desconocidos, al final se le ha estereotipado un poco, con más tipismo que vida. Relatada por él, desmerecía un poco, en mi opinión. Mientras le contaba a uno cómo se enamoró de su mujer, pensaba yo adónde no habrían llegado las confidencias si en vez de viajar en Ave lo hubiésemos hecho en el Transiberiano. Su mujer le telefoneó al móvil dos o tres veces. Se ve que estaba pendiente de él en todo momento, y eso era enternecedor, porque a esa edad y después de mil años de matrimonio esas cosas no se fingen ni se improvisan. Tampoco se preparan, y del hecho de ser testigo de ello también sacó uno su pequeña verdad. Contó cómo su suegro y su suegra, los marqueses, se oponían al noviazgo de su hija con aquel cantante tan famoso: «Hasta que me conoció. Hablé con él dos horas, y a las dos horas mi suegro era ya el mayor fan mío». Su suegra «vive ahora con nosotros», y con esa frase quería decirlo todo. No se sabía de qué estaba más orgulloso, si de haber sido el hijo de un albañil o de haberse casado con la hija de unos marqueses.

«A mi mujer la adoro», suspiró de pronto. En realidad, si lo pienso ahora, aquello parecía como un monólogo de teatro, con un solo actor, y aunque era de día y me tenía delante, hablaba como en un escenario, con todo apagado, notando solo la respiración del patio de butacas. «Ella es muy culta, no como yo», admitía orgullosísimo. En este caso, se ve que de ambas cosas estaba contento. Confesaba que a él los libros «le iban» menos porque lo que de verdad «le iba» era la música. «Ella», su mujer, reconocía de pronto, con la mayor admiración, «ha conocido a todo el mundo. Trató a Benavente, ¿no sabes? Porque su familia era tan importante que tenía entrada con todos. Benavente la adoraba. Mi mujer conoció también a Valle-Inclán, a Lorca...». Yo le decía: «Ah, qué maravilla, qué suerte haber conocido a Lorca y a Valle-Inclán, tenían que ser personas increíbles...». «Tú verás...», y animado por mis exclamaciones, fue añadiendo otros nombres: Picasso, Dalí... Sí, «era íntima amiga de Picasso».

El viaje resultó de lo más grato. Si alguna vez yo cuento, pasados unos años, a un desconocido en el tren, que conocí a R. en un viaje de Sevilla a Madrid, tampoco me creerá.

Tenía mucha gracia cuando hablaba de los compañeros y demás folclóricas, a los que despellejaba finísimamente. Decía, por ejemplo: «Doña Concha Piquer era una maravilla. No tenía voz, cantaba

poquito, pero era la mejor». «Lola Flores fue una de mis mejores amigas. No sabía bailar, no sabía cantar, pero era la que mejor se lo hacía. Era una catarata». También matizaba: «Yo vi una vez a doña Concha en Madrid, una de las últimas veces que cantó. Ella tuvo la inteligencia de retirarse a tiempo. Había dicho, cuando me salga un gallo en el escenario, lo dejo. Y eso hizo. Tenía una temporada llena de galas, pero a la segunda gala cantó fatal. Volvió al camerino, guardó sus cosas y se fue a su casa. En esa vez que la vi yo, después de cantar la gente la aplaudía rabiosa y la aclamaba. Ella recibía muy ceremoniosa los tributos, con inclinaciones así, muy someras, con los brazos abiertos y bajando muy poco la cabeza, al tiempo que abría la boca y hacía como que pronunciaba una palabra. La gente, que la veía mover los labios y no oía nada, pensaba que era por el ruido de los aplausos, y se preguntaba: ¿pero qué dice, qué dice?, y doña Concha decía: «Cabrones... cabrones... cabrones»...

Me acordé de lo que contaba RG. que le decía el limpia del café Varela, a propósito de la Piquer: «Don R., sin mala leche no hay arte».

Y así llegamos a Madrid. Exhaustos. Al llegar a Atocha, la acompañante del artista le entregó un ejemplar de su libro, para que me lo dedicara. La dedicatoria tiene su gracia: «Para A. Aquí un amigo, R.». Es una dedicatoria preciosa, para copiarla, porque resulta de una gran naturalidad, lo que me ha hecho pensar que quizá la afectación en él sea precisamente su naturalidad, como en Góngora; en este, su forma de ser sencillo es ser gongorino. En el libro hay fotos terribles, con pies de foto como para entregarse a los trasplantes.

ESTA mañana fueron los de la televisión al Rastro, para el documental que están haciendo, y se produjo un pequeño altercado con el poeta social.

No es fácil saber si está o no desquiciado, pero sí decir que le desquiciamos. Desde hace lo menos diez años no cruzamos una palabra con él, aunque de vez en cuando oímos que dice al amigo que lo acompaña, levantando la voz para que lo oigamos, pero como si formara parte de la conversación que se trae con él, frases del tipo «unos cabrones, te digo que son unos cabrones», para luego seguir la conversación en un susurro. A JM. se lo llevan los demonios, pero a mí me hace gracia esa especie de locura, aunque basta que esté él en un sitio para que nos vayamos lo más lejos posible. Así que hoy, cuando vio a los de la tele, decidió pegarse a nosotros, porque quería salir en todos los planos. Lo hacía de una manera descarada, como los tontos de pueblo que se ponen detrás de los presentadores de

televisión. Pero él, silbando. Se ponían a rodar, y empezaba a silbar. Como en uno de los tomos de este *Spp* se dice que silba lo que silba el vampiro de Düsseldorf, él lo mismo. Al principio tenía su gracia, y a mí me parecía que estaría bien que saliera, porque nos ha amenizado el Rastro estos últimos años. JM. no estaba demasiado convencido de ello. Me decía: «¿Y vas a tener que verlo siempre en este documental, alguien así va a tener una presencia tan... insoslayable?». Desde ese punto de vista, tenía razón. No dijimos nada. El acuerdo con los de la tele era que ellos nos seguirían a uno o dos metros, y rodarían lo que quisieran, pero sin hablarnos ni hablarles nosotros a ellos. Para no romper en lo posible el encanto que tienen esas mañanas. Los del equipo nos iban siguiendo, cámara en mano, y a la media hora se dieron cuenta de que había uno que siempre estaba asomando la cabezota. Se acercaron y nos preguntaron si le conocíamos. Les dijimos en voz alta, para que el poeta social nos oyera también, que no le echaran cuenta porque tenía alguna clase de falta, aunque les advertimos que tuvieran cuidado con él porque era pendenciero, y llevaba años provocándonos, pues, según había confesado a algunos amigos, tenía la ilusión de acabar en una comisaría con nosotros, jodiéndonos, si no la vida, sí lo que durara el pleito.

Quien no conozca a un eléctrico o a un cámara o a uno de producción de Tve no sabe lo que es alguien que se crece ante las dificultades. Se fueron a él dos o tres del equipo como flechas. El cámara, que era el más diplomático, le dijo: «Mira, ya nos hemos enterado de qué va esto; la próxima vez que te me metas en el plano te doy una hostia que van a tener que bajarte de Cascorro». Lo decía por la estatua. Al poeta social se le iluminó el semblante y puso cara de loco, como diciendo: «¡Al fin, esta es la mía!». Hubo empujones, voces, la gente empezaba a arremolinarse. JM. y yo nos desviamos, sin decir nada, sin intervenir. La discusión se sustanció en lo medular: «Yo salgo en los diarios de este señor», decía señalándome, «y tengo derecho a salir en su película». La verdad es que a mí me convence cualquiera. El cámara estaba con ganas de sacudirle, y se le echaba encima, y decía a los colegas, o me lo quitáis de delante o le sacudo una hostia que lo dejo tieso. Quería decir que, llegado el caso, los responsables serían sus compañeros por no haberlo evitado, después de habérselo advertido por activa y por pasiva. «Y tú quita de ahí, que te sacudo...». Llevaba la mano atrás y la lanzaba con violencia sobre la cara del poeta social, pero al llegarle a una cuarta la frenaba en seco y la dejaba delante, como diciendo, la próxima se me va a escapar, y la liamos. Aquello no se desliaba.

En vista de que el Ps no atendía a razones, y decía que era libre de

ponerse donde quisiera, el ayudante de cámara parlamentó con él en plan piquete, con los formalismos laborales de rigor: «Mire usted, no me está dejando desarrollar mi trabajo, y si no le sacude aquí el compañero, le voy a tener que sacudir yo». Aquello iba de mal en peor. JM. decía en voz alta, todo lo alto que podía, para que lo oyera, pero sin dirigir la frase a nadie en concreto: «¡Qué bochorno! ¡Esto es vergonzoso! ¿Pero es que no le quedará un poco de orgullo?». El Ps pareció avenirse al fin y se alejó unos pasos. Tiene razón AL., que lo ve siempre como uno de esos buitres que están metiendo el pico en la gacela, y cuando llega el león, se apartan uno o dos metros, pero cuando este se descuida, se acercan de nuevo con cautela con la intención de trincar un trozo de tripa, y se alejan con ella. Ya le habían sacado en dos o tres planos. Yo pensaba que me servirían para explicar lo de los locos que van al Rastro. De acuerdo, que salga en la película, le dije al director. Hace años, en la cuesta de Moyano, vio el Ps cómo alguien le robaba un libro a Riudavets. Se pasaban él y una docena de friquis más toda la mañana en la caseta de este librero, que los tenía a raya, como el león a las carroñeras. No sentía ningún aprecio por él. En esa caseta nadie se tiene aprecio, así que están tres o cuatro horas todos en silencio, esperando que el librero suelte la presa. Cuando ocurre, se arremolinan todos a una sobre ella. En la confusión, un pobre desgraciado se metió un libro de cien o doscientas pesetas debajo del abrigo, y se fue con él sin más. El Ps., que vio el hurto, le dijo al librero: «Aquel se larga sin pagar». Luego justificaba aquella delación no por respeto a la propiedad privada o al librero, sino porque se quitaba un competidor, y a la hora de apretarse en la rebatiña estaría con algo más de holgura.

JM., tan racionalista y francés, quería acabar con aquello de una manera municipal y ordenada, con la autoridad. Yo trataba de ver las cosas de un modo novelesco. Le decía, ¿y lo que nos reiremos cuando pasen unos años y pensemos en esta mañana? Lo extraño es que esto le suceda a alguien que una vez, hace años, escribiera esos poemas de amor tan bonitos y melancólicos, alguno en verdad hermoso, y que la vida le haya encabronado tanto, y que no le quede dentro nada de lo que tuvo.

AL diablo la literatura. Yo no quiero hacer literatura. La literatura es solo para los que no creen en la vida y sí, en cambio, en los suplementos literarios.

ESCRIBÍA AA. para contar que nada podrá hacer él, miembro del jurado del premio Rómulo Gallegos, por *Al morir don Quijote*. ¿Por qué habrá querido contármelo? No somos amigos, es algo que me da igual y además ni siquiera sabía que fuese la mía, como cuenta, una de las diez novelas en liza. El correo parecía cifrado, para sortear los espías, y como no acababa de entender del todo qué quería decir, le pedí un número de teléfono. Estaba en La Habana. La conversación resultó también bastante hermética, para burlar, supongo, las escuchas, pero aclaró algunas cosas. La primera: el premio, desde que Chávez está en el poder, se ha politizado, y lo deciden los correspondientes jerarcas... cubanos, no venezolanos. Me parece bien. Como decían en España los franquistas: «Hemos ganado la guerra para algo». La segunda: sor Lubianka, novelista española, lleva viviendo un mes en La Habana. Está con la perra de que el premio lo gane un amigo suyo, el de las patillas con el que me hermané en Sevilla. Para ello esa mujer ha visitado uno por uno a todos los miembros del jurado, afectos a la Revolución (o no tanto, como el propio AA.) y les ha informado de que soy un conocido fascista, y que ojito con sucumbir a los encantos de la literatura burguesa. Nada que hacer, concluye apesarado AA. Quería contarme, pues, eso, que por mucho que su novela preferida sea la mía, tendrá que votar la que le dicen; nada, concluye, puede hacerse para frenar el curso de la Historia. O sea, llamaba para que yo le diese la absolución. Traté de hacerle ver que todo eso me daba igual, incluido el celo de sor Lubianka. Le pedí que me lo confirmara: ¿Era tal y como lo había contado?

Qué ilusión me ha hecho: podré presumir, al fin: en La Habana se piensa mucho en mí. No es lo mismo que «en Méjico se piensa mucho en mí», pero por algo se empieza. *(Nota de* 2015. El premio se lo dieron, en efecto, a X, y también me alegré infinito; algo habrá contribuido a disipar aquel aire funéreo que yo le conocí).

LA inopinada, temible tormenta. En un minuto todo se inunda del perfume de lo esperado largamente. No hay nada ya que no parezca alcanzable. M., que estaba leyendo a Pascal, se levanta apresurada, en cuanto oye las primeras gotas, a retirar algunas cosas de la terraza, para que no se mojen con la lluvia. Son gotas del tamaño de puños, con veleidades pugilísticas. Golpean todo lo que encuentran a su paso con gran contundencia. Se ve que tienen la sangre caliente, es lluvia de agua caliente, casi serviría para poner el té. El aire agita con violencia los árboles, que, doliéndose del castigo, agitan sus espaldas violentamente en uno y otro sentido, llenándolo todo de gemidos. De

la luz que teníamos no queda ni gota, que dice mi madre. Siendo solo las siete de la tarde, parece que fuesen ya las diez, a punto de anochecer.

A menudo, cuando el estado de felicidad alcanza estas cotas, y eso que ni R. ni G. han podido acompañarnos, asoma por algún lado la muerte, que te dice: tú confíate. Siente uno entonces la brevedad de todo como si hubiésemos sido convocados a presencia de un tiranuelo que quisiera reírse de nosotros. M., ensimismada, suspira con nostalgia: «¡Ojalá creyera en Dios para poder darle las gracias!». Le parece que es una ocasión desaprovechada, de las rarísimas felices que nos concede la vida. Pero como si le hubiera oído el mismo Dios, aparece en el cielo un relámpago formidable. El rayo, al que ha seguido un trueno atronador, rocoso y apocalíptico, parece dar acuse de recibo al deseo de M. Ha caído muy cerca, susurramos. Yo le digo que una cosa es darle las gracias, y otra muy diferente que Él se tome estas confianzas. El rayo se ha llevado durante unos segundos la luz eléctrica, nada, unos instantes apenas, suficientes, lo que un parpadeo que ha puesto en movimiento, no sabemos por qué razón, el tocadiscos, que estaba apagado. Por muchísimo menos han canonizado a algunos.

NOS regaló JC. un bolsón precioso, de cuero. Pertenecía a su abuelo. La piel es magnífica. A pesar de haber dado tumbos por medio mundo, no ha perdido el tacto hospitalario que solo tienen la piel de ciertos animales y algunas maderas nobles. Había que reparar únicamente su cremallera. Es una lástima, porque era una cremallera original, de finales o principios de siglo, de hierro, y ya no las hacen así. Hay en la calle Gravina un pequeño taller especializado en esa clase de reparaciones de artículos de piel, bolsos, cinturones, maletas, carteras... Es un mechinal humilde, un taller pequeño y anodino. La muestra que hace de reclamo es del tamaño de un folio: «Se arreglan bolsos». Aunque da a la calle y haya uno pasado a su lado a diario, cada vez que tiene uno que ir allí ha de buscarlo con cierta atención, porque se desdibuja fácilmente, y acaba uno dejándolo detrás, como nos sucede con algunos clásicos de traje gris.

Tiene una puerta mezquina, de madera y cristales polvorientos, y un estrecho escaparate en el que llevan muertas un puñado de moscas desde el tiempo en que se inventó la cremallera. Nada más entrar, hay un recinto en el que no caben más de dos o tres personas. Ese recinto está tajado por un mostrador, que va de parte a parte. Para circular de una a otra, se levanta el trozo articulado del mostrador, como la tapa

de un libro. El recinto tendrá seis o siete metros cuadrados, el mostrador, uno de largo. A uno y otro lado del mostrador, y pegadas a las paredes, se levantan unas estanterías donde esperan los bolsos recibidos para reparar y los ya reparados. Todos tienen un aspecto tristísimo, pese a lo cual en todos se adivina el aprecio que tienen por ellos sus dueños, que han preferido repararlos en vez de tirarlos. Dentro huele bien, a cuero, a ceras, a tintes hechos con trementina y aceite de linaza y de palma.

Detrás del mostrador se abre otra puerta, de características semejantes a la de la calle, estrecha, de madera y cristales. Está permanentemente abierta, y permite ver una habitación muy solanesca: una mesa camilla, una lámpara de techo con una bombilla y una pareja de ancianos sentados, con las faldas de la camilla sobre sus rodillas. Sin hablarse. Unas veces cortan, o cosen. Otras miran lo que pasa por la tienda, atentos a lo que conversa la persona que atiende el negocio, presumiblemente su hijo. Uno hace tiempo que se ha hecho muy aficionado a ella, y me ofrezco voluntario cada vez que hay que llevar algo a reparar, o recogerlo.

Si no hay nadie que atender, están los ancianos y el hijo sentados en la mesa camilla trabajando, y si entra alguien tiene que esperar a que el que está trabajando termine lo que está haciendo.

Todo en ese lugar es viejo, deslucido, penoso. En las paredes donde no hay bolsos viejos, se ven dos o tres cuadros al óleo de vistas de ciudades copiados de fotografías. Los cuadros son como se imagina uno que será una dosis de heroína mal cortada.

Esta mañana, cuando llegué, había delante de mí una mujer mayor. Había dejado su bastón sobre el mostrador, como una vara de medir.

—Y esos cuadros tan bonitos, ¿de dónde son?

—De Segovia.

Quien le respondió lo hizo desde el cuarto de dentro, sin levantar la vista de su labor. Se lo dijo de muy buena gana, en el tono de jovialidad se sobreentendía un «me alegro de que me haga usted esa pregunta». El de dentro se ve que tenía ganas de empezar una gran conversación. Quien había respondido era el más joven. El viejo, como su hijo, hacía reparaciones del taller, y la madre tramaba ganchillo. Padre e hijo visten igual, con un guardapolvo de dril azul, esa tela que antes se llamaba mahón. A veces parece que los tres, con las cabezas hundidas en el pecho, estén rezando el rosario.

Suelen oír la radio, un aparato de la época de los grandes inventos, metido en un mueblecito en forma de capilla neogótica.

—¡Yo soy de Segovia! —declaró orgullosa la madre, sin levantar los ojos de la labor.

—¡Y yo! —la secundó su marido.

—¡Ya sabía yo que tenían que ser de un lugar bonitísimo! —proclamó la mujer del bastón.

De un cordel tienen colgados muchos bolsos negros, de viuda. Son los que llevan las mujeres cuando pierden a sus maridos, y mandan teñirlos de negro, para guardar el luto.

Fue lo que dijo la del bastón. Acababa de enterrar a su marido, y lo decía con resignación y pena, sí, pero sin desesperación, como si se le hubiera muerto el canario.

—Pobre, se fue apagando como un pajarito —suspiró, para confirmarlo.

Pese a lo luctuoso de aquella eventualidad, ninguna de aquellas personas dejó de hablar de la manera más animada.

Y AUNQUE nos lo habían advertido ya de todas las maneras, a cada uno de nosotros y a todos a la vez, no queríamos hablar de ello hasta no estar con él. A hechos consumados, como se dice. Nos lo habían advertido con la delicadeza que empleamos con aquellos seres a los que queremos como a nosotros mismos: «No hablará mucho». La radiación que ha recibido para extirpar una de esas manchas de piel que tuvo durante tantos años y que se volvieron agresivas le ha afectado esa parte de la sien, pero sigue mirando con la viveza de sus años mozos, hasta hacernos pensar: lo comprende todo, comprende la situación en que se encuentra, de ahí su tristeza, y sabe lo que estamos pensando... Nos habían dicho también, «no os hagáis ilusiones, ya no os reconocerá». No es verdad. Salimos de la visita con impresiones contradictorias y contrarias. Yo, por ejemplo, creo que sí nos reconoció a todos y a cada uno. A mí me miraba, o me lo parecía, con una seriedad intensa, con una insistencia significativa, como a veces miran los perros, desde ese fondo animal al que se refería JR. Es verdad que no podía articular una sola palabra, y cuando lo intentaba apenas era un balbuceo ininteligible y roto, de timbre oxidado, pero en su mirada estaba el amigo de siempre, el cordial, inteligente y burlón con el que tantísimos buenos momentos hemos compartido estos últimos veinticinco años. E., que salió apesarado, abrumado, como todos, decía sacudiendo la cabeza: «Qué sabemos nadie lo que queda en uno». Yo creo que por el interior de nuestro amigo sigue corriendo un arroyo impetuoso a su manera. Quiero decir, que todo lo que la vida le sigue dando a él, conversaciones, amigos, le llega limpiamente, fluyendo con naturalidad dentro de sí. Solo cuando trata de sacarlo no siempre lo consigue. Mientras preparábamos unos vasos

en la cocina, C., que está con él las veinticuatro horas, y lo cuida y lo mima y sabe de lo que habla, nos lo confirmó: «Ocupa el mismo lugar central que siempre, y no lo deja». Se refería a su sentir, a su alma, a su venero.

Permanecimos allí tres horas. Hablábamos todos, como siempre, aunque no a él, con él, y él estaba allí como el ser en la realidad, con toda su presencia. Como las campanadas de San Juan de la Cruz y otras iglesias y conventos cercanos que llegaban nidias, en su lengua vernácula y primitiva que no se ha pervertido ni gastado. También se oían tracas y petardos feroces de las bodas del día, trepidaciones que asustaban un poco a nuestro amigo al principio, pero luego le hacían sonreír, cuando advertía en nosotros que nos reíamos de su susto y del nuestro. La primera de todas aquellas tracas, de las que él solía decir en otros tiempos que metían más ruido que la guerra, nos asustó a todos de veras, porque era como que fuesen a venir luego los del Apocalipsis a recoger lo que quedara de nosotros. Pero al rato se metió por el balcón el eco y un olorcillo picante a pólvora, que tenía su lirismo épico. Pólvora de verbena y de caseta de feria con carabina. Y casi todo el tiempo lo pasamos hablando dos lenguas muy distintas, la que fingía la jovialidad y la que velaban nuestras miradas, alegres cuando R. nos miraba y sombrías y tristes cuando no nos veía. Ya en la calle, fuese cual fuese la impresión que cada cual sacó de la visita y del estado de salud de nuestro amigo, coincidimos en que aquella sería probablemente la última vez que lo viéramos con vida. Sentimos todos que acabábamos de decir adiós a uno de los hombres más grandes que hayamos conocido y al artista más puro.

«DE mayor me gustaría ser pequeño», suele decir Savater. Todos hemos sentido que la infancia es lo más valioso del ser humano, de acuerdo, pero quién renunciaría al amor de la juventud, a aquellos abrazos y aquellos besos de los que el niño ni siquiera sospecha que puedan existir.

FUE todo una idea de nuestro amigo JR., que es un joven admirable por el que sentimos, como otros, una debilidad solo hija de la admiración que nos producen sus obras y proyectos. Claro que algunos de esos proyectos se ve que no van a llevar a ningún sitio, y debería uno, incluso contrariándole, decirle que no. No pasaría nada. Pero advierte uno que acaso le ayude en algo nuestra colaboración en la comedia, y acaba dando su consentimiento a lo absurdo. Además,

¿cómo contrariar a un hombre bondadoso?

No sé cómo se le ocurrió convencer a media docena de libreros de Cáceres (más de los que hay en Cáceres, otro milagro de J.) para que le dieran a uno una placa homenaje coincidiendo con la Feria del Libro que se celebra estos días en el paseo de Cánovas de la ciudad.

El paseo de Cánovas es precioso, con su parte decimonónica y árboles majestuosos que lo sombrean todo a lo largo y a lo ancho. Mezclándose con ellos hay también infinidad de parterres y jardinillos que difunden al retortero los perfumes de todo lo que está en flor.

Los jubilados y las jóvenes madres lo han tomado al asalto y allí están todos los viejos y los niños de teta, unos con los ojos llorosos y otros discutiendo a gritos con los pájaros y también llorando. Allí llora casi todo el mundo. Algunos niños juegan ante la mirada de los adultos, que son los únicos que están sentados en la terraza, y los jubilados pasean arriba y abajo porque tampoco tienen dinero para costearse los refrescos. Por faltar no falta ni un gran kiosco de música, levantado con hierros a la moda de Eiffel. En ese kiosco, en lo alto, iba a tener lugar la ceremonia solemne de la entrega de la dichosa placa, que iba a consistir en unas palabras de presentación, otras de glosa y otras de uno, agradeciendo la distinción.

A la hora elegida, la una del mediodía, apretaba de firme el calor, tanto que resultaba imposible estarse más de un minuto al sol, sin sentir que se le reblandecían a uno los sesos. Donde suelen colocar las sillas de los profesores músicos habían dispuesto una mesa de plástico roja con el anagrama en blanco de la Coca-Cola, no porque esa industria financiara el acto, sino porque era la única que les había prestado el dueño de una terraza propincua. A la mesa, para evitarnos el síncope a los participantes, habían arrimado dos sombrillas, sendas rojas también y con idéntico anagrama, y enfrente doce sillas, doce, rojas, de plástico también, con su logo en blanco. Una de las sombrillas funcionaba, pero la otra no pudo abrirla nadie. Lo probamos todos los presentes sin lograrlo, lo que nos hizo sudar a mares.

Se hizo una pequeña cola para arreglarla. Esperaba cada uno turno para luchar con ella a brazo partido. Parecía la escena de una película de Tati. Así visto, la mesa, las sombrillas, una cerrada y otra abierta y las doce sillas vacías recordaban una instalación moderna. El mensaje lo daba el logotipo bien visible de Coca-Cola.

No nos resignamos a la sombrilla cerrada y la intentamos abrir de nuevo porque era preferible morir por el esfuerzo que de insolación, pero a los diez minutos abandonamos definitivamente, dejándola por imposible. La gente pacífica que paseaba por allí y que nos veía en

alto, forcejeando con la sombrilla, nos miraba con curiosidad, sin explicarse qué podía suceder de interés en una ciudad como Cáceres a la una de la tarde, dando todo el sol.

No se atrevían ni siquiera a acercarse a preguntar. Acaso pensaran que éramos una banda de ladrones que estábamos robando todo aquel ajuar. El Paseo estaba muy concurrido, pero allí, aparte de los organizadores (un representante por librería, en algunos casos ni el librero, que había destacado a un lugarteniente o persona de su entera confianza, o sea, cinco, y dos amigos; siete en total para doce sillas), no había nadie. Las siete personas obraron cabalmente. Al menos en el primer momento. Cogieron sus sillas y las pusieron frente a la mesa, pero viendo a los pocos minutos que allí se iban a morir de la insolación, pidieron permiso, se levantaron, cada cual cogió su silla y se alejó a una esquina de la plataforma, donde la voladiza copa de un árbol daba un poco de sombra. Se apiñaron allí como piojos en una costura. Era el lugar más alejado de la mesa, a unos diez o doce metros.

Como los males no vienen nunca solos, había megafonía. Contándome éramos, pues, nueve almas, por lo que se supone que la megafonía era ociosa. Un, dos, un, dos, prrrobando, pedorreó alguien pegándose el micro a la boca, y el altavoz lanzó un pitido tan agudo que no solo llamó la atención de los viandantes, sino que se pusieron a llorar a una los niños de pecho y a aullar los perros que habían sacado para sus ejercicios. Incluso los automovilistas se detuvieron a uno y otro lado del Paseo y preguntaban con las ventanillas bajadas si pasaba algo. Algunos creyendo que se trataba de algo festivo, hicieron sonar los cláxones como si celebrasen la victoria del equipo local de fútbol.

Creo firmemente, y así lo declararía ante un juez, que los organizadores provocaron aquel pitido con la intención de llamar la atención de los viandantes, para atraerlos al acto propiamente. Pero no surtió ningún efecto, los conductores metieron la cabezota dentro del coche y siguieron su marcha, y los que permanecían en el Paseo continuaron con lo que en ese momento traían entre manos, que era precisamente nada.

Empezó el presidente de la Feria. Hay en España dos grandes enigmas sin resolver: la afición que se tiene en este país a los sellos de caucho, que se estampan en toda clase de papeles, hasta el extremo de que muchos no los darían por válidos, aunque fueran timbrados, si no llevan ese sello, y, en segundo lugar, la debilidad que tiene todo el mundo por nombrar presidentes con cualquier excusa. El de la Feria del Libro lo era de modo eventual, como los de las comunidades de

vecinos. Dijo: «Es un honor tener hoy en Cáceres a una figura de reconocida importancia en España e incluso fuera de España». Como tenía una botella de agua y un vaso delante, hizo uso de ambos, no sabremos nunca si para aliviarse del calor o pasar el trago. Siguió así un buen rato girovagando, y la verdad es que aquello podría haber sucedido en Cáceres o Nueva York, porque la ventaja de que no estuviera nadie le permitió a uno fantasear a su gusto. Yo evitaba en lo posible cruzar la mirada con el amigo J., por si a alguno de los dos nos daba la risa o la consternación, y el acto se deslucía.

Los paseantes se detenían de vez en cuando, levantaban la cabeza para vernos a su sabor, y ponían cara de decir: ¿qué estarán haciendo? Junto a la escalerilla de acceso se había apostado un anciano decrépito, flaco, sin duda aborigen, con unas gafas de sol que resultaban atómicas por su aerodinámica línea y sus dimensiones, ejemplar modelo de una moda fracasada del que seguramente los fabricantes se habían deshecho enviándolo a una remota provincia con el único objeto de eludir responsabilidades civiles o penales en el caso de que el viejo muriese llevándolas o matase con ellas a alguien si le miraba fijamente llevándolas puestas. Y como estaba al pie de la escalerilla dos o tres personas le tomaron por el portero. Le preguntaban, ¿qué es esto? El hombre se encogía de hombros y de gafas al mismo tiempo, porque al hacerlo de hombros las gafas se movían por toda la cara, y decía: ah, yo no sé. El curioso, al comprender que era gratis, se daba media vuelta y desaparecía.

Habló el presidente un buen rato. La megafonía se empastaba dando a sus palabras gran solemnidad litúrgica, como las misas que rezan los obispos. Habían prometido minutos antes de empezar que aparecería en algún momento un concejal, algún periodista, quizá algún candidato a Cortes por el Tercio Familiar.

Pensaba, he aquí algo que es literatura en estado puro: sucede ante los ojos de la gente, pero la gente no acaba de reconocer en ello nada de lo que está sucediendo, siendo además algo muy vivo. Aunque hubiera resultado decorativo que hubiese habido un par de maceros y que la banda municipal interpretara el himno de la ciudad, no habrían hecho ninguna falta. Bastaba con lo que estaba siendo para componer un cuadro bonito.

Cuando terminó de hablar el compañero camarada presidente, le hizo a uno sendos regalos, que sacó de dos bolsillas de plástico blanco, como las que le dan a uno en la pescadería. De la primera extrajo la edición facsímil de un libro de quiromancia del siglo XVI, cuyos conocimientos procuraré aprovechar, para saber qué es lo que me depara lo venturo. Claro que a partir de ahora deberá uno llevar

cuidado para que no se vaya con los libros de los que uno se deshace periódicamente cuando ya le han ocupado todas las estanterías, ya que el librero que suele llevárselos forma parte de la Junta de Libreros de la localidad y ha sido, además, quien lo ha editado.

Tras ese regalo, que ponderé sinceramente, extrajo de la bolsa segunda una placa, pegada con silicona a un trozo de madera barnizada de modo primoroso, uno de esos barnices que dejan la superficie como si fuera cristal, tal y como vemos en los muebles bar y en los ataúdes. Los brillos de ese barniz vidriado e indestructible destellaron de tal forma que las tórtolas, no sé por qué las tórtolas y no otros pájaros, salieron volando de los árboles cercanos. La placa era como de plata, pero sin ser de plata. Con la placa en la mano, le reboté un rayo de sol a la cara de J., quien tuvo que volver la vista, para no dañarse la retina. La verdad es que no lo hice por vengarme, sino por juego, pero advertí al punto que podía malinterpretarlo, y la guardé de nuevo en su bolsilla de plástico blanco.

Duró todo, exactamente, unos cinco minutos, desde que empezó hasta que terminó, incluidos en esos cinco minutos el cambio de emplazamiento del aforo a la esquina y la entrega de trofeos. Yo me preguntaba: ¿y les compensará todo esto, mandar la placa al grabador, traer la megafonía, pedir prestadas a los de la Coca-Cola las sillas y la sombrilla? Así que en el turno que me correspondió les agradecí encarecidamente el detalle, y de allí nos fuimos todos en comitiva a un bar cercano donde la corporación librera en pleno se tomó unas cañas, antes de salir cada cual corriendo a sus respectivas casas, porque se estaba ya pasando la hora de la comida. Supongo que ellos no se harían muchas preguntas, por hambre y por tener la casa a dos pasos. Nos abrazamos J. y yo sin decirnos nada, en parte porque había testigos, y también porque en aquel silencio iban a un tiempo la gratitud, el afecto y la fatalidad que hace de nuestras vidas este descacharre. Pero como yo tenía que recorrer aún sesenta kilómetros hasta llegar a Las Viñas, puse la placa en el asiento del copiloto, y busqué la salida de la ciudad. Si en un semáforo aparece uno de esos chiquillos que limpian los parabrisas, se la regalaré. Si me sale un pobre, se la daré, le diré, mire si le dan algo por ella, y se lo gasta en vino. Ahora me alegro de que no sucediera nada de eso, y conservando la placa, la pondré ya que no en la vitrina de los palmarés, como el amigo X, sí en sitio bien visible, con el fin de que le recuerde a uno de dónde viene y adónde podrá volver, si no se le mejora la vida. Y siempre podré, rebotando en ella los fulgentes dardos del sol, ahuyentar a los rabúos y tordos que se comen la fruta.

VINIERON R. y su novia, y se produjo una escena comiquísima en el almuerzo, porque M. no sabía cómo decir a la muchacha que encontraba natural que durmieran juntos. Porque se ve que siempre hay una primera vez para abordar esos asuntos en los que la gente no acaba de saber lo que es natural. Y ellos dos mirándonos serios, y R. con cierta guasa en los ojos, pensando lo que piensan los hijos de los padres en tales circunstancias: ¡si vosotros supierais!

Y todo habría sido festivo en esa hora feliz de no ser porque en medio del almuerzo noté algo que, como dicen los periodistas, hizo saltar todas las alarmas. Supe lo ocurrido aun antes de enviar la punta de mi lengua al galope a hacer un reconocimiento a lo largo de la muralla de mis dientes. Una noble almena, bastión que se ha mantenido en pie, sitiada por tantos infortunios, rota de cuajo, se había venido abajo, concretamente aquella a la que los dentistas nombran con el número veintidós. Y en ese momento no supe qué era lo más apropiado, si tragarme la muela o ponerla con disimulo en el borde del plato, como los huesecillos de una manita de cerdo. Así que ahí me tienes hablando lo que quedaba del almuerzo con mi muela dándome vueltas por la boca, como aquel guijarro que hizo elocuente a Demóstenes. Todo porque la novia de R. era la primera vez que estaba en la casa, y no había mucha confianza con ella. Nadie que no haya ido viendo cómo caían una tras otra las piezas de su boca podrá saber hasta qué punto melancoliza eso. Es lo más parecido a desmoronarse por dentro, como un azucarillo.

G. NOS ha informado muy serio en la mesa, como si tal cosa, dejándolo caer: «He empezado a leer los diarios de papá». Estábamos comiendo unos espaguetis, que de la impresión cobraron vida y empezaron a rebullir solos en el plato, como anguilas. G. tiene un gran dominio de la escena. Ha leído el primer tomo y ha empezado el segundo, informó. Acto seguido guardó silencio. Esperamos a que añadiera algo, pero como temimos que ahí quedara todo, M. le preguntó qué le parecían. «Papá», empezó a decir después de tragar su bocado y beber un largo, sostenido, pautado vaso de agua, como los conferenciantes antes de soltar en la sala una revelación inaudita, «papá, eres mezquino con la gente que no te trata bien; me duele decírtelo».

Se hizo de nuevo un gran silencio en la mesa. Le indigna, dice, ver a su padre hacer o decir ciertas cosas. Me sentí avergonzado, mucho más que si me hubiera descubierto cometiendo una indignidad, en el caso de que uno las cometiera (sorprenderme en un burdel, robando

en el supermercado, dando puñetazos a una máquina tragaperras para obtener unas monedas, tonteando con una joven, revelando algo que se me confió en secreto...). Improvisó uno, balbuciéndolas, algunas excusas: entonces era un hombre bastante infeliz y muy joven, solitario y sin fortuna... Le conté que en aquellos años me pasaba mucho tiempo solo. Reconocí: no está uno muy orgulloso de su carácter. «Bueno», concluyó compasivo, «tampoco vayas a torturarte por eso; son cosas que pasan». Al rato, ya en la sala de arriba, donde todos leemos en la hora de la siesta, con el segundo tomo en las manos (hasta ahora lo ha leído en su cuarto), dice en voz alta, como para sí, pero también para mí: «Se ve que entonces estabas más a disgusto con el mundo. Ahora parece que estás más en paz con él». Y sigue leyendo. De vez en cuando rompe en una carcajada, pero nunca dice qué se la ha producido, sofoca sus risas, y sigue en silencio.

ESTABA esperando en el aeropuerto de La Coruña, sentado, entre unos pocos viajeros, y una llamada de teléfono vino a sacarme de la vida: Ramón Gaya había muerto.

Lo acabo de saber, pero escribo en pasado porque de ese modo me resulta más fácil vivir con ese dolor, creo que me hace menos daño.

De golpe han desaparecido todas las personas que están a mi alrededor, los ventanales, los aviones que se ven a través de los cristales, cielo, tierra, todo se ha fundido en un gran blanco...

No acertaba a decir nada... ¿Estás ahí?, oí que me preguntaban... Por pocas personas sentirá uno mayor gratitud y admiración, a pocos hemos querido tanto, pocos habrán dejado en nuestras vidas una huella tan honda, ninguno un magisterio tan silencioso y benéfico.

Ayer leía en *Miguel Espinosa, mi padre* uno de los testimonios más conmovedores que hijo ninguno pueda escribir de un padre. En ese pequeño aeropuerto de La Coruña sentí algo muy extraño... Durante muchos años RG. fue ante todo un amigo, uno de esos amigos que, contra toda lógica (era mucho mayor que nosotros, mayor incluso que mi padre o el de M., había pasado tres cuartas partes de su vida fuera de España, en el exilio, voluntariamente alejado de toda vida literaria y artística española, y le conocimos siendo ya él un anciano, con su vida casi cumplida y la nuestra solo en promesa), nos acercó la vida de una manera discreta y silenciosa... Como a nosotros, a otros pocos. De estos, algunos pasaron de largo, a otros nos cupo la suerte de ser admitidos a su lado, no como discípulos (como cabría suponer en quien tenía una obra descomunal que justificaba su magisterio), sino en un plano de igualdad. Luego, cuando ya lo tratamos y conocimos,

supimos que RG. no se hacía amigo sino de aquellos a los que, por una u otra razón, consideraba sus iguales, fuese un camarero, el dependiente de una casa de colores, o el más eximio de los poetas. Claro que, aunque él nos tratara como a iguales, ninguno de sus amigxs jóvenes podía tratarle como a un colega más, pues percibíamos que había alcanzado ese grado de excelencia, en vida y obra, que solo unos pocos, muy pocos, alcanzan, y del que los demás estábamos muy lejos. Sin embargo, no alimentó jamás diferencias de edad, de experiencia, de logros. Al contrario, a cada uno de nosotros nos hacía sentir que el trabajo, realizado de una manera cabal, seria, independientemente del logro, es ya un gran logro, como forma parte de la llegada el camino que conduce a ella. Y así, durante un cuarto de siglo tuvimos al lado a quien era, sobre todo, un amigo que sabía de nosotros tanto casi como nosotros mismos, aunque no tuviera necesidad para ello de saber más de lo que le contáramos, como llegamos a saber también de él mucho, sin que rompiera él los sellos de su intimidad (y cómo se extrañaban algunos al saber que RG., por ejemplo, apenas nos habló, en todo ese tiempo, de la guerra civil, especialmente cruel con él, ni de los campos de refugiados, ni del exilio en cuanto tal, ni de política, ni de aquello que tantos de sus camaradas de entonces pusieron a plazo fijo, para vivir después cómodamente de rentas, como rentistas del ideal, del falso ideal, consciente él de ser alguien único («yo sé quién soy», hubiera podido decir, como don Quijote), a los ojos de su siglo un marginado, pero jamás sintiéndose una víctima de la Historia, aunque lo fuera). Y así, el amigo pasó a ser para nosotros el amigo completo (¡perfecto e imperfecto!), como un hermano, un hermano mayor. Ese a quien puede uno contar las cosas que no se le cuentan más que a los amigos íntimos, a los que ni hace falta contar nada para que ellos sepan, comprendan y nos den buenos consejos, solo con vernos entrar por la puerta, leyendo en nuestro semblante.

Nunca vimos en él a un padre tampoco, sino, sí, al hermano mayor, figura maravillosa, pues tiene el hermano mayor lo mejor de un padre, y ninguno de sus inconvenientes. Pero al saber que había muerto ha sucedido algo extraño, se diría que en cierto modo el hermano mayor cede su lugar al padre, y siento que quien acaba de dejarnos lo había sido para nosotros durante tanto tiempo sin que jamás nos hiciera sentirlo así. Digamos que el pasar por hermano ha sido como una cortesía suya, como otra manifestación de su delicadeza.

PORQUE todo acaba sucediendo de una manera extraña. En el

aeropuerto de La Coruña, cuando telefoneó P. desde Murcia, estaba leyendo la reseña de JG. de *El jardín de la pólvora* en *EP*. Así que cuando oí a P. pensé que acaso llamaba él por esa razón, para hablar de ella, como hacen los amigos con los que se comparte lo mejor que nos sucede cada día, y lo menos bueno también, si es el caso. Y lo extraño es que llamó P. cuando mis ojos, en la reseña de JG., se posaban en el nombre de RG., que se cita en ella. Pero advertí al momento en el tono de voz de P., gran amigo de RG. también, que no llamaba para cosas de literatura, sino de la vida, quería saber si sabíamos, desde la víspera, algo más de RG., si habíamos hablado con C. Llevaba ya RG. bastantes semanas mal, apagándose poco a poco, y algo debió de oír P. dentro de sí, tal y como oía esas cosas Emily Dickinson, en el modo en que se llena de aire un visillo, en el que se anuncia el hervido del agua en una cacerola, en el que alguien llama a nuestra puerta aun sin haber llegado a ella. Y llamó aún sin saber, toda ciencia trascendiendo. Y yo telefoneé a PT., y ella me dijo.

Y a partir de ahí todo lo demás. Cuando dejé de hablar con la amiga PT., telefoneé a P. para confirmarle la noticia y pedirle que fuese él quien avisara a los amigos murcianos, que tanta y buena compañía dieron a RG., devolviéndole lo mejor de su Murcia natal, compartiendo con ellos recuerdos de una ciudad que con nadie mejor que ellos hubiera podido compartir en su vejez.

Y pensé, después de telefonear a M. y decírselo también, y quedarme solo en la sala de embarque del aeropuerto, en la última vez que había estado con RG., porque esa clase de detalles son preciosos, y los guarda uno como reliquias. Y así me veo hace un año, cuando quedamos citados en Valencia con E. y M., P. y E., y nosotros dos, para visitarlo. Ahora que lo pienso esa no fue la última, sino la penúltima. La última fue hace tres meses, pero esta vez comprendimos que en realidad nos habíamos despedido de él hacía ya un año. Entonces, hace un año, llegamos un poco antes que nuestros amigos, y estuvimos un tiempo solos con él, mientras C. entraba, salía, hacía cosas en la casa, volvía a entrar. Estaba sentado en un sillón. Le había tomado la mano porque apenas podía hablar ya. Había perdido bastante la facultad del habla, aunque la expresión de su semblante y su mirada trataran de decirnos, a su manera, más vaga cada vez, que comprendía aquello de lo que hablábamos, pidiendo excusas también de no poder intervenir en nuestra conversación. Y aquellos minutos, teniendo su mano entre las mías, él sonriendo con jovialidad al principio y luego con una tristeza infinita, sin dejar de estar alegre, fueron como un fractal de lo que fue su vida. Pues lo cumplido es exactamente eso, algo hecho de instantes cumplidos, uno a uno, como

si se tratara de un imperativo categórico llevado al sentimiento, que cada uno de nuestros sentimientos fuese tan puro como para sembrar la autenticidad de un sentir originario.

Volamos ya sobre el mar. El día es precioso, hecho de esos azules que campean por tantos cuadros suyos, entre mar y hoja de árbol. «Mira todo esto como él lo miraría», me digo, y de pronto oigo a mi lado la risa de dos muchachas que bromean con sus novios, ajenos ellos, claro, al desgarro que ha sufrido la vida en un lugar remoto.

Pasamos unos minutos entre las nubes, y luego de nuevo un sol radiante, recién creado en el origen de los tiempos. Decía RG. al final de aquel documental que hicimos que llegar a un final era siempre llegar a un principio, a un origen. Voy pensando sin pensamientos, aturdiéndome con esas cosas que urge hacer cuando sobreviene una muerte cercana, aplazar algunas de las tareas de ese día, llamar a algunos amigos y darles la noticia, para compartirla con ellos, no para repartir el dolor, sino para avivar el recuerdo, escribir acaso la necrológica en un periódico. Deberías, me digo de pronto, estar escribiendo uno de esos artículos que escriben los amigos de sus amigos muertos; es tu deber, te dices, como cerrarles los ojos. Pero no se me ocurre nada. Me digo: «¿Por dónde empezar?». Y adviertes de pronto que tu amigo era más, no de lo que pensabas, pues siempre pensaste que era muchísimo, sino de lo que podría decirse en un par de folios. Pues para el que ha sido algo de veras, dos folios no son nada. Y a continuación me digo (porque la muerte parece subrayar esas poquiterías) que ningún periódico admitirá una necrológica de más de dos folios, a tenor también de la importancia que esos periódicos le concedieron en vida. Y me sonrío con tristeza, a lomos de este Clavileño, entre las nubes, lleno de gratitud por haber compartido la vida y la obra, cuadros, dibujos, escritos, a menudo cuando estos se estaban realizando, de uno de los grandes, grande de veras, no como parece decirse de tantos precisamente en esos despliegues necrológicos que hacen los periódicos dos docenas de veces cada año con el propósito de hacernos creer a todos que vivimos en un mundo lleno de genios.

No tengo la menor duda de que de la misma manera que nos enseñó a algunos cómo ha de vivir alguien entregado a la tarea de escribir o pintar, sin distracciones, partiendo de la realidad pero sin quedarse nunca en ella, su obra enseñará a muchos que no lo conocían a vivir en el misterio de la vida sin destruirlo. Y aunque para uno esta muerte tiene mucho de irreal, de misteriosa, precisamente por no acabar de admitir que sea algo real, debería contar al mundo en esos dos folios todo cuanto nos enseñó a mirar, y a sentir. Y que él haya

logrado eso tan difícil en medio de las circunstancias personales más difíciles, en la mayor soledad y escasez de medios materiales durante la mayor parte de su vida... Un creador, decía él, como decía su maestro JRJ, no trabaja para el público, sino en nombre de un pueblo, entendiendo por pueblo lo mejor del hombre. Ese pueblo está hecho de criaturas únicas y originales.

Cuando sostenía que las vanguardias del siglo XX que siguieron al cubismo, entronizadas por críticos e historiadores dependientes del mercado, eran una suma de ocurrencias, de «sustos baratos», bendecidos por la Academia, los mercachifles y la prensa, y que no eran muy diferentes de las pinturas de los *pompiers* contra los que reaccionaron las vanguardias, decidió su suerte. Y sin aspavientos, sin queja, acatando su destino con una dignidad señera, ha transcurrido su vida sin desviarse un milímetro de su camino, cumpliéndola hasta el final. Y recuerdo que decía hace cuatro o cinco años: «Me harían falta aún tres o cuatro años más». Era, claro, un espejismo, porque él no podía engañarse, sabía muy bien que lo que busca un creador no está en un punto determinado. En cierto modo lo que buscamos, o lo encontramos a cada momento, o no lo encontraremos nunca. Van Gogh murió muy joven, pero no sabemos qué habría sucedido de haber muerto viejo, como Cézanne o Monet. ¿Habría llegado más lejos? Solo sabemos que durante los diez años que vivió como pintor llegó a muchos lugares a los que nadie, con más preparación, medios y años que él, había llegado nunca.

La vida es tan hermosa que aquí querríamos quedarnos todos, incluso los longevos como él, un poco más, no por avaricia, sino por pundonor, por creer que podremos saldar así con la vida la deuda que contraemos con ella a cada instante. Para pagar el gallo que le debemos a Esculapio.

Acaban de anunciar que aterrizaremos pronto en Barajas. Durante este tiempo ha estado uno más cerca del amigo muerto, entre las nubes.

LLEGAMOS a Espinardo, donde está el cementerio. Antiguamente era un pueblecito al lado de Murcia, hoy uno de sus barrios. A la puerta, algunos amigos, venidos de Valencia, de Madrid. Alguien preguntó si habría alguna «autoridad», no porque la echáramos en falta, sino porque vio venir al alcalde de Murcia vestido de paisano, no de alcalde. Y quien acababa de hablar añadió que no se echaba de menos a las autoridades, pero que esa era precisamente su obligación, no sé, añadió, alguien más del gobierno de la Comunidad, del ministerio de

Cultura, del Reina Sofía. Al oír este último nombre, alguien dijo: ja, no tienen allí ni un solo cuadro suyo, van a venir...

Había, sin embargo, bastantes periodistas locales, ocho o diez, agrupados todos, como gremio, y se produjeron entonces algunas de esas pequeñas escenas que en los entierros cobran un sentido vagamente cómico. No sé cómo se supo que acababan de llegar desde Lisboa la hija de RG. y dos de sus nietos, y dieron en creer que nuestra amiga E., a la que llevaban un buen rato mirando, era la hija, y corrieron de pronto todos hacia ella, como si pudiera escapárseles, como si fuera una actriz famosa del cinema.

A., su hija, estaba como ausente, sin emociones, vestida de negro, pero no un negro de ahora, sino de 1936. Una mujer con el dolor de entonces aún por dentro y por fuera, el suyo, el de su madre, que murió en el bombardeo de Figueras en 1939 cuando la tenía a ella en brazos, y el de su padre. Y su parecido con este, tan grande, nos recordaba a todos esa tragedia.

Esperamos durante media hora a que llegara el féretro y el cortejo desde Valencia, y cuando aparecieron y se detuvieron en la puerta, ninguno de nosotros supo qué hacer, si acercarse a dar un abrazo a C., si echarnos al hombro el féretro, si esperar retirados...

De unos a otros se fue corriendo la voz que nos ordenaba pasar y esperar junto a la que sería tumba de R., pero nadie sabía tampoco dónde estaba, así que seguimos a los que iban por delante, como estos seguían a su vez a otros. Lo hicimos por la avenida principal, con cipreses centenarios a uno y otro lado. A aquel corto camino oí que le decían la Avenida de los Afligidos. Caminábamos todos despacio, como ociosos paseantes que no se dan prisa, conversando, convencidos de que precisamente en aquel lugar lo del tiempo era lo de menos, hasta que alguien descubrió, a lo lejos, que ya estaban sacando el féretro, y entonces apretamos todos el paso, como si hubieran empezado a caer unas gotas de lluvia, pero sin que se notara que corríamos, lo que podía darle a la escena algo bufo, y nadie hubiera querido que eso pudiera ocurrir precisamente allí, en aquel momento. Pero lo cierto es que temimos que fueran a bajarlo a la fosa sin esperarnos, porque los de las funerarias llevan todos una idea sola en la cabeza, y les da lo mismo que la gente no haya llegado, y por eso queríamos correr, pero no nos autorizábamos a hacerlo. Seríamos acaso un centenar de personas, y empezamos a caminar a toda velocidad dando las zancadas lo más abiertas que podía el compás. Habían dejado el féretro al lado de la fosa, y al lado de la fosa vimos algunas personas vestidas de negro que no reconocimos, y un cura, vestido de civil con una estola blanca que le llegaba a los pies.

El día se había quedado gris, pero muy luminoso, con un temple otoñal, modulado, sedativo.

Llegados a un punto fue necesario dejar la avenida principal y recorrer el trecho que aún nos separaba entre las tumbas. Muchas de ellas no tenían lápida, pero la gente tampoco se atrevió a pasar por encima, por respeto.

E., P. y yo llegamos un poco antes, y aunque había ya algunas personas en primera fila, personas que yo no conocía, se apartaron discretamente y nos dejaron pasar, sabiendo que éramos nosotros los que habíamos de estar en aquel lugar, y por lo mismo alguien fue a buscar a A. y a sus hijos, y la llevó al pie mismo del féretro de su padre. Vimos entonces que A. llevaba en la mano un pequeño ramo de flores envuelto en papel de celofán, flores de esas que solo crecen en las floristerías. Enfrente, a tres o cuatro metros, estaba C. Pudimos verla por primera vez desde que llegó. Las gafas de sol no podían ocultar un semblante apenas con vida y desencajado por el dolor, que luchaba para no manifestarse.

El féretro era como todos los féretros, feo, barnizado, torneado como la barra de un mueble bar, de una irrealidad moderna, porque las funerarias están en manos de los abstractos. Yo me decía, ahí está nuestro amigo, ahí, con él, está una parte importante de nosotros.

Habían puesto una gran cruz de cobre encima. RG., que era creyente, lo era a su modo. Hasta sus ochenta años creía que su padre, anarquista, no le había bautizado. De hecho recordaba que su padre, a los siete años, le preguntó: «¿Quieres hacer la comunión o un traje nuevo?», y RG. respondió: «Un traje nuevo». Le preguntó eso porque si hacía la comunión el traje solo le serviría para esa ocasión, y RG. quería un traje con más usos, que le durara en todo caso más que la ilusión de hacer la primera comunión. O sea, que dio en creer que si no había hecho la comunión, tampoco lo habían bautizado. Pero buscando unos certificados de algo, el amigo PR. descubrió la partida de bautismo, y RG. fue el primero en quedarse atónito. Tampoco iba a la iglesia. En una ocasión, en el hospital, treinta años atrás, una de las monjas le ofreció un confesor para antes de la operación a la que le iban a someter, y RG. le dijo: «Eso más bien para ustedes; a mí, como creo en Dios, no me hace falta». Pues creyendo profundamente en Él, lo creía sobre todo silencio, «maravilloso silencio», propio, íntimo, secreto.

No se oían más que los pájaros. Por la mañana, en el mercadillo, pasamos por delante de un puesto de flores, y yo les pregunté a los amigos: «¿Llevamos algunas flores?». También se nos ocurrió que TS., que era el amigo más antiguo de RG., leyera su poema «De pintor a

pintor», pero P., que tiene siempre muy buen acuerdo para esos detalles, dijo: «Mejor el silencio, solo los pajarillos, y sin flores. A R. le habría gustado más así». Influyó también el que las flores fuesen todas transgénicas.

Y en silencio estábamos al lado del féretro, oyendo los pajarillos, cuando alguien se arrancó a leer un salmo. Era precioso: «Vuelve, alma mía, a tu reposo, porque Yahvé te ha hecho bien. Ha guardado mi alma de la muerte, mis ojos de las lágrimas y mis pies del mal paso». Más tarde supimos que la víspera, y de cuerpo presente nuestro amigo, alguien recordó cómo le gustaba ese salmo. C. había pensado también leer el pasaje del *Noli me tangere* que tantas veces pintó él, en referencia a la resurrección. El encargado de leerlo lo hizo de una manera precipitada, como si lo subastara.

TENÍA que ir a hacer la compra. Compruebo que no se me ha olvidado la vida cotidiana, esta vida hecha de casi nada. Es mi lengua materna. No obstante, llevaba todo apuntado en un papel, que se me perdió en la primera tienda que entré, la de ultramarinos de la plaza de las Salesas. Si no practicas, se te olvida. Debió de caérseme cuando fui a pagar. Decidí sentarme en uno de los bancos de la plaza, a la sombra sin sombra del ginkgo, y esperar a que me fuera viniendo a la memoria todo lo que faltaba. Quedaba frente a mí solo un mendigo, tumbado en otro banco, pero despierto. Puede decirse que se le habían pegado los cartones. Al poco rato se puso en pie y los recogió con mimo, como quien dobla sábanas, manta, colcha, y deja la cama deshecha, pero recogida. Puso encima sus pertenencias, metidas en dos grandes bolsas de rafia, astrosas, atadas con cordeles para que no reventaran, y se marchó hacia la plaza de París, sin importarle dejarlas desamparadas.

Estoy contento porque ya se han acabado todos los viajes por este año, descontado el de León, que es mi otra lengua materna. Estaba pensando en esto, cuando llegaron ellos. Cinco muchachos, tres chicos y dos chicas. Dos de ellos con violines metidos en sus fundas, y una de las chicas con un contrabajo que era más grande que ella. Pero cargaba con él con una determinación graciosísima. Era una preciosidad, pequeñita, con el pelo cortado como un chico, delgada, con un *piercing* en la nariz, una nariz muy pequeñita, como un pellizco en la cara, y otro *piercing* en el labio; tenía unos labios grandes, sensuales, de color papaya, y unas manos pequeñas, de dedos cortos, con las uñas mordidas. Yo no sé cómo sujetará el contrabajo ni trasteará en él. Dejaron los violines y el contrabajo en el murete de

piedra con el mismo mimo que el mendigo había dejado sus cartones, y se sentaron en uno de los bancos. Dos de los chicos fueron a buscar otro, que se había soltado de su anclaje, y lo arrastraron hasta ponerlo enfrente. No creo que tuvieran más de veinte años. Empezaron a hablar de lo más animados. Creo que lo hacían de un examen que iban a tener esa misma mañana en el conservatorio de la calle Amaniel. No me llegaban nítidas todas las palabras, algunas se las llevaba el tubo de escape de algún coche, y tampoco quería mirarles abiertamente, para no cortarles el rollo. Uno de ellos habló de cierto pasaje que se le resistía. La otra chica se ofreció a repasarlo. Y así, con una determinación que solo se tiene a esa edad, esta chica, con tres o cuatro aros a lo largo de la oreja, desenfundó su violín y un chico sacó de su mochila una flauta y un atril plegable de metal. Pusieron en él una partitura, pero antes otro de los chicos preguntó si no tenían hambre, y se ofreció a traerles algo. Desapareció en dirección Fernando VI, tras la colecta, y sus compañeros empezaron a tocar. Fue algo maravilloso. ¿Qué era aquella música? No parecía de este mundo. La interpretaban con un virtuosismo y sentimiento asombrosos, y con una seriedad enternecedora. No creo que la hubieran interpretado mejor para el Archiduque. La muchacha del contrabajo se puso al lado del de la flauta, para pasarle las hojas. Yo no sé dónde estaba aquel pasaje que decía el flautista que se le resistía, porque tocaban con una fluidez y precisión admirables.

Al principio pensaba en estas cosas, y me distraían los detalles, la muchacha del contrabajo que se levantaba del banco cuando le tocaba pasar la hoja, y solo por cómo movía la mano podía enamorar a cualquiera...

Pero al momento me olvidé incluso del milagro que era estar allí, presenciando aquello, y empecé a no pensar nada, a dejarme vivir como el mendigo, como los gorriones, como la gente que pasaba ajena a aquella música o la que volvía la cabeza, sin detener su paso. Pensé en mí sin ser yo quien pensaba o en quien pensaba, en M., en R. y G. Me habría gustado que hubieran estado allí, porque era aquel momento mucho más de lo que les haya podido regalar nunca. Pero eran pensamientos sin pensamientos, como hay romanzas sin palabras.

Comprendí entonces que mi vida, la real, era una vida como todas las vidas. Recordarlo me hizo muchísimo bien. Me acordé de RG. Ya no está. Pero tampoco estamos nosotros de la misma manera que estábamos. No hay vez que no cruce este jardín que no me acuerde de él, que vivía al lado. Decía, citando a Nietzsche: «Creo que no venimos a la vida a ser felices, sino a cumplir con nuestro deber, y podemos considerarnos dichosos si logramos hallar cuál es ese deber». Ese es el

extremoso deber del artista, el de aquellos chicos, el vuestro, M., R., G., el mío, el de todos aquellos que buscan su destino, para crearlo, o que lo están creando, al buscarlo.

Cuando me di cuenta estaba llorando. Últimamente lloro sin darme cuenta. Era gratitud y dolor al mismo tiempo, dicha y angustia. La dicha de vivir aquel instante y la angustia de perderlo cuando llegaba. La muchacha del contrabajo advirtió mi rumia melancólica, aunque no es posible que reparara en las lágrimas, porque estaba yo bastante lejos de ellos. Las gafas además disimulan mucho. Me dio muchísima vergüenza, como si me hubiera visto cualquiera de mis hijos. Me sonrió de un modo increíble, ajena incluso a la música y a sus amigos, de lo más risueña, como si todo aquello no fuera más que un juego que estaba saliendo bien. Me parece que quiso agradecerme, como hacen los que han de vivir del público, mi atención. Y yo la sonreí con gratitud también por tener de aquel momento solo nuestra alegría.

Llegó en ese momento el que se había ido por provisiones. Traía abrazados, contra el regazo, tres vasos grandes de café con leche y envueltos en un papel de estraza churros y porras. Recibieron al intendente con algazara. La perspectiva de los churros y el café con leche les hizo interrumpir el ensayo y guardar los instrumentos y el atril. Hicieron un sitio en el banco para los churros y los cafés, que compartieron. La bajista se acordó de mí, tomó una porra y la levantó mostrándomela, como si me convidara a ella, en premio a mi atención. Era la viva imagen de la felicidad. Los demás quisieron ver a quién le estaba brindando la porra. Se volvieron todos a una para mirarme. Me puse de pie, bastante colorado, saludé como hacen ellos después de la función, con una inclinación muy seria de espinazo, di cuatro o cinco palmadas, síntesis del aplauso, les sonreí, y me alejé sin darles la espalda nunca del todo, saludando con toques de cabeza, cada vez más esbozados. Y seguí a la compra, que hice de memoria. Quiero decir que compré cosas que no hacían falta y dejé de comprar otras muy necesarias.

UNA cuarta. Según Ortega hay dos clases de individuos: los que entienden y los que no entienden. Gaya fue un poco más lejos y añadió una tercera: los que, tal vez como el propio Ortega en ocasiones, entienden de lo que no comprenden. A la que habría que añadir hoy una cuarta, que se ha apoderado de los periódicos: la de todos aquellos que tratan de hacernos creer que comprenden incluso lo que ni siquiera entienden.

VOLVÍA muy animado: horas antes había recogido los análisis, que le tuvieron a uno una semana con el ánimo tenebroso. Los resultados fueron tan satisfactorios, que el camino hacia la consulta de la dentista me resultó tan florido como el de Caperucita. Iba incluso dispuesto a que me desenroscara cinco implantes y a ponerme a jugar a las tabas con las coronas.

A la vuelta las vi. Eran las cuatro de la tarde y el barrio estaba vacío. Una mujer de unos cincuenta años y de clase alta, a juzgar por su manera de vestir, al lado de una joven que no creo que llegara a los treinta, ciega y, no obstante, sin esas gafas negras que suelen llevar los ciegos, muy bien vestida también. La ciega caminaba muy lentamente, con grandes vacilaciones, sin que apenas le ayudara su bastón, manejado por ella con la misma impericia de un sordo al que se le hubiera puesto en las manos una batuta. Le costaba avanzar. Caminaban las dos en silencio. Se habría pensado que era su primer paseo de ciega. La mujer mayor, presumiblemente su madre, caminaba a su lado, pero sin rozarla, con los brazos extendidos y las manos abiertas por si tenía en algún momento que corregir un mal paso. Sí, estaba enseñándole sus primeros pasos. A veces la joven se desorientaba y variaba el sentido de la marcha, yéndose hacia la pared o hacia la calzada. La madre, pendiente de ella, un paso por detrás, la corregía paciente y amorosa llegado el caso. Coches aparcados, árboles, bolardos, papeleras... Se tropezaba con ocho de cada diez. Ni madre ni hija parecían tener prisa. Caminaban, claro, hacia la sede de la Once, en la calle Prim. Me quedé a un lado, sin ser visto, al menos diez minutos, caminando con ellas.

Cerré yo también los ojos, pero apenas era capaz de dar dos pasos sin abrirlos de nuevo. El rostro de la muchacha parecía haber envejecido en unos meses lo que solo se envejece en años. Se había pintado en él una tristeza hondísima, silenciosa, desoladora. Un hombre que caminaba por la acera contraria reparó en las dos mujeres, y bastó ver su expresión para advertir que se había percatado en un instante de lo que estaba sucediendo. Sacudió la cabeza con pesadumbre antes de proseguir su camino. La preocupación que yo había sentido los últimos siete días a cuenta de los análisis se desvaneció avergonzada, me entraron ganas de acercarme a aquella mujer y pedirle perdón, y estrecharla en mis brazos, antes de llegar a esta página en la que debiera brillar la luz que sin duda unía a madre e hija y las hacía caminar, al fin y al cabo hacia el mismo destino.

REPARÉ el otro día en la loca de la plaza de las Salesas, aquella que se

pasaba el día caminando en círculos, agitadísima, casi a la carrera, con la cabeza hundida en el pecho y alterándolo todo con sus gritos. Mostraba siempre el semblante enérgico, airado, y los músculos en tensión. Se tiraba el día, desde el amanecer hasta el anochecer, dando vueltas, yendo y viniendo, aceleradísima, sin descanso, horas enteras, como si le hubieran dado siete dosis de biodraminas, profiriendo alaridos, hablando para todos y para ninguno, que decía Nietzsche. Pensábamos: pero esa mujer, pobre, cómo no se romperá las cuerdas vocales. Eran unos gritos desgarradores, frente a la Audiencia Nacional, que mezclaban disparates, blasfemias, imprecaciones, procacidades, tacos... Los guardias la conocían y la trataban con cariño, le decían, venga, tranquila, déjalo ya, mujer, nos estás poniendo la cabeza como un bombo. Contaban, no sé si era o no verdad, que era la viuda de un policía nacional asesinado por Eta, al que habían matado cuando los dos eran muy jóvenes aún, y aquella muerte la había trastornado. También he oído decir que le había quedado una buena pensión. A saber. Las ficciones, en cuanto se despegan algo en origen, se elevan con celeridad a las alturas y empiezan allí a orbitar eternamente como los spútniks/sarcófagos, indestructibles. De no haber sido su estado tan lastimoso, los disparates que decía producirían risa. Como ha pasado uno tantas horas en esa plaza, desde que iba a pasear a la perra Mora y con los niños, la ha visto uno de todas las maneras. A RG. también le causaba esa mujer una gran curiosidad y respeto. Los locos tienen algo que nos admira a todos en lo más profundo, algo en lo que nos sentimos hermanados con ellos, por ridículos y desaforados que puedan parecernos, acaso el saber que todos tenemos la puerta de la locura ahí, y que si no la abrimos nosotros, vendrá alguien del otro lado, le pegará una patada y hará saltar por los aires la cerradura. También esto: los locos son los únicos que lo tienen todo ordenado en su cabeza, los únicos que pueden estructurar sus delirios, capaces de buscarle sentido a lo que no lo tiene; decidle a un Neptuno de la casa de locos que él no es quien dice ser y desgranará en un momento cincuenta datos y razones para sacaros de vuestro engaño, tal y como lo contaba el barbero amigo de don Quijote. RG. se quedaba en el balcón a veces mirando a nuestra loca, en silencio. Los policías no siempre eran indulgentes con ella, sobre todo cuando esperaban en la Audiencia o en el Tribunal Supremo la visita de algún gerifalte empresarial o terrorista. Entonces, como quien echa debajo de la alfombra lo barrido, se acercaban y le decían con mala cara: se terminó, C., ya está bien, ahora te vas a casa o dejas esta escandalera. Si no era suficiente, siempre había uno que le decía: «¿Sí? ¿Estas

tenemos? Mira, C., voy a tener que darte un guantazo que vas a ir rodando hasta la Puerta del Sol». La mujer se quedaba consternada y acababa yéndose sin decir nada, dolida, como un perro al que su amo le ha propinado una patada en el hocico, sin comprender cómo la misma persona que la trataba con delicadeza podía soltarle aquella coz. Unas veces digo, se alejaba de allí resignada, pero otras no había resignación que valiera, y mientras se marchaba iba gruñendo entre dientes, «cabrones, hijos de puta, me vais a decir a mí que no os sale de los cojones... A mí, a mí es a la que me sale de los cojones...».

Vestía y viste bien. Yo ya lo he contado aquí otras veces, porque aunque uno a veces la ve a diario, un día cualquiera, y sin saber por qué, le impresiona más, y viene a este cuaderno y lo cuenta de nuevo. Las mujeres caritativas del barrio le destinan los vestidos y abrigos y zapatos que ellas ya no se ponen, y como el barrio es burgués, esas ropas son de buena calidad y le dan bastante entono. De no gritar, uno nunca pensaría que es una loca; al contrario, la creería una más de sus damas protectoras. Lleva también, como la marquesa, viuda veinticinco años.

Al verla hoy ha caído uno en la cuenta de que hacía por lo menos diez años que no la veía, y al verla he sentido el silencio en el que nos tenía sumidos.

Se ha transfigurado. Nunca fue una mujer guapa. Su cara, en una cabeza especialmente pequeña, se le ha llenado de tal cantidad de arrugas, cortas, amontonadas y profundas, que su parecido con una nuez es asombroso. En cuanto a su esclerosis, que hacía que caminara con la cabeza inclinada, se ha agravado tanto, que se diría lleva la barbilla atornillada al esternón, lo que la obliga a mirar todo de abajo arriba o de lado. Iba yo camino del médico, y la vi venir hacia mí, como si fuese a embestirme, aunque llevaba los ojos fijos, mientras caminaba, en sus zapatos. Pensé: se está escorando, se pegará con la farola. Al pasar junto a ella, orzó convenientemente y salvó el escollo.

Ha engordado un poco. En realidad parecía hinchada. Antes era todo fibra, tostada por la intemperie. Ahora seguramente la inflan a medicamentos. Debe de andar ahora por los cincuenta años, quizá más. Pensé: morirá pronto. Al pasar a mi lado dejó el rastro de un perfume maravilloso, refinado, de altísima sofisticación, caridad acaso de alguna de sus benefactoras. El contraste entre la figurita contrahecha y aquel maravilloso perfume, digno de una mujer bellísima, era como para escribir, si no un tratado moral, sí uno de estética.

Por el rastro vivo de aquella fragancia, era patente que acababa de acicalarse. ¿Adónde iba? Siempre iba limpia y aseada, pero saltaba a

la vista y al olfato que en ese aspecto aún se esmera más.

Me detuve; cuando pasó me giré, sin resignarme a perderla. Se alejaba con paso sincopado pero decidido. En el aire quedaba el rastro mágico y errático de su travesía, ese errar en redondo, como el del asno en la noria, un errar, diríamos, clavado a un centro. Y aquel perfume, de pronto, sacó a la luz lo recóndito de su figura, la belleza de sus años mozos, anteriores a su locura, a su tragedia, cuando seguramente se acicalaba para ponerse guapa e ir al baile, al encuentro del hombre que le sería arrebatado, si son ciertas las leyendas que corren de ella. Sí, y aquel perfume persuasivo era un perfume virgen, incontaminado, de primavera.

(...) Y esta escena se acaba de completar dos días después, hace un momento. En Madroñera. Me encontraba en la cola del pequeño supermercado que tanto conserva aún de abarrote destartalado y tienda de ultramarinos. Delante de mí había una mujer joven, de unos treintaicinco años, de espaldas anchas y formas de saco de patatas. Debió de notar mi mirada en su nuca, y se volvió. Era de una fealdad consciente, la pobre sabía que era fea, y por esa razón la miré con enorme simpatía. Era ancha de cara y de tez oscura, pero de un tono ceniciento. Sus cejas, negras, grandes y rotundas, asustaban un poco, porque ni siquiera se había tomado la molestia de depilarse el entrecejo. La mandíbula era cuadrada y potente, lo mismo que su mentón, certificando que podría comerse crudo un pedazo de buey, como los soldados de Atila. Nada en su aspecto que invitara a pedirle refugio una noche de tempestad.

No llevaba cesto, solo, en la mano, un tarrito de crema facial, pero esperaba pacientemente su turno, viendo cómo las mujeres que nos precedían iban estibando sus carros abarrotados. Cuando llegó su turno depositó con delicadeza el tarro junto a la caja registradora. Se trataba de uno de esos productos de belleza que anuncian en las revistas esa clase de muchachas que necesitan cualquier cosa menos productos de belleza, ninfas divinas de piel nacarada, cabellos de oro y sonrisas afrutadas, limpias y saludables.

Con cuánta delicadeza dejó aquel potingue, mientras la cajera acababa de darle las vueltas a la predecesora. Me fijé en sus manos. Contrastaban con las del tarro, cartón satinado, letras de oro en relieve, tipografía parisién. Busqué en sus dedos el anillo de casada. No lo había. Se puso de perfil para pagar. El perfil tampoco mejoraba mucho su aspecto. Pero no era en absoluto tímida, y esto me agradó muchísimo. Habló con grandísimo desparpajo con la cajera, más joven (Madroñera es un pueblo de unos tres mil habitantes), y ella, sí, con un anillo de casada. París en Madroñera. La cajera le preguntó

entonces, con verdadera intimidad, si le constaba que la crema esa era eficaz, porque era una pesquisa que llevaba personalmente, sin que hasta la fecha nadie la hubiera sacado de dudas. Y la que se la llevaba le dijo que ella tampoco podía decirle gran cosa, solo un «me han dicho que está muy bien». Claro que aquel «me han dicho» lo dijo de una manera que tampoco la comprometía a nada. Se vio, no obstante, que todas sus reservas en absoluto mermaban la ilusión que había puesto en esa crema, soñando acaso en ponérsela por la noche y despertar al día siguiente convertida en cisne. ¿Lo hacía tal vez por tener un enamorado al que quería agradar? Quién sabe, alguien para el que ponerse hermosa, alguien a quien entregarle lo mejor de sí.

DESDE luego que M. no tenía ninguna intención de ver el fútbol. Encendí la tele, y me puse a mirar el partido, que todavía no había empezado. Yo, que jamás he pisado un estadio de fútbol, tampoco había visto nunca un partido solo por la tele. Viendo lo triste que era, me dije, en cuanto España vaya perdiendo dos cero, la apago, y subo a la terraza con M. Pero en ese momento apareció ella con dos cervezas y toda clase de deliciosos canapés y llamativos. Dijo: «R. y G. lo estarán viendo en Madrid, ¿no?; y este partido es lo más lejos a que hemos llegado en materia deportiva, ¿no?». Me hizo muchísima gracia ese «hemos llegado». Esperó a que yo respondiera, y lo hice como los taxistas: «Afirmativo». «Pues vamos a verlo juntos. Será como estar con ellos. Explícame por favor otra vez, antes de que empiece, lo del fuera de juego». Me hizo una ilusión grandísima aquello, y empecé a explicarle en qué consistía el fuera de juego, pero me atajó con cierta fatalidad: «No te esfuerces, no voy a comprenderlo nunca».

Empezó el partido. Desde la puerta cristalera veíamos a Manuel regar el jardín. Le preguntamos: «¿No está usted viendo el partido? Toda España lo está viendo». Se sonrió y dijo: «Es a lo que te acostumbras; aquí lo del fútbol no llegaba, y yo, desde los doce años andaba ya con una yunta de mulas». Pero para que no se viera que era un ser extraño, recordó a su nieto, que estaba viéndolo también, y a su yerno, y a todo el mundo. Y como buen español, dijo, sin dejar de llevar el chorro de la manguera a unas hortensias: «A ver si ganan, pero no sé, parece que los nuestros no ganan nunca...». Al regar el agua levantaba una nube de mosquitos, que con los últimos rayos del sol se realzaban como átomos de oro.

M., que de fútbol no entiende pero tiene muy desarrollado el instinto gremial, estalló de pronto: «Oye, esto no lo está retransmitiendo Tve... ¿Pero es que este partido no es de interés

general y la selección española no es algo que pagamos todos los españoles? ¡Qué vergüenza! Como siempre, aquí se han forrado las privadas...». Yo le dije: «No pienses en tu trabajo. Además tú estás ya casi prejubilada. Tómatelo por este lado: así no oiremos a los locutores de Tve...». Le convencía a medias.

Manuel parloteando tranquilamente de los años en que no levantaba un palmo del suelo («Me las veía y me las deseaba para ponerle los arreos a un caballo muy alto que teníamos...») y M. diciendo que era un latrocinio, allí se estaba haciendo cualquier cosa menos ver el fútbol, de modo que les dije que íbamos a concentrarnos todos con energías positivas, porque como no iba a ganar España era distrayéndonos. Y así fue: los otros metieron un gol, 0-1. «Me voy, que traigo mala suerte», dijo Manuel, y M., que vio el cielo abierto, aprovechó: «La de la mala suerte soy yo». No, tú te quedas, ordené; aquí apoyamos todos.

Al rato se produjo un hecho insólito: cada vez que cuajaba una jugada peligrosa o un chute que hubiera podido cambiar la suerte de los nuestros, ella se agitaba en su asiento, lo dejaba de un salto al grito de «¡huy!», para caer de nuevo desolada, se comía las uñas, increpaba al árbitro... España estaba jugando bien, pero encontraba preocupante que perdiera contra unos... «¿De dónde dices que son esos? ¿Tunecinos? ¿Y esos no eran malos?». Ella oye, como todo el mundo, las noticias en la tele, a unos y otros, y habrá oído que era un rival *asequible*...

El partido era correoso, y no había manera de que aquello se resolviera. M. al fin perdió la paciencia y me preguntó de lo más socrática: «¿Y esos por qué no chutan más dentro de la portería?». Los nuestros habían pasado a ser «esos», como los tunecinos, y me lo preguntaba a mí como si yo pudiera hacer algo.

Me acordaba de todas las veces que viéndonos en Madrid delante de la tele mirando un partido de fútbol, se apenaba por nosotros, como si fuésemos de una de las ramas malas de la cadena evolutiva. Pero al verla participar con tanto entusiasmo... A ti te gusta el fútbol, dije al fin. Me respondió de una manera tan distraída cuanto enigmática, sin apartar la mirada de la pantalla:

—Es que aquí nos jugamos mucho.

Lo dijo sin pensar, como quien lleva un gran negocio en la cabeza: no me distraigas. Pero lo explicó después sorprendida: le había emocionado escuchar en el estadio el himno español, cantado a gritos por todos los hinchas, sin distinción de ideas políticas, clases sociales, sexo... Claro que como nadie se sabía la letra, todo era un chunda, chunda, tachunda, chunda, chún, y M. vaticinó: «Hasta que España no

tenga un himno decente con una letra que podamos cantar todos, perderemos todas las batallas y no podremos ir por el mundo con la cabeza alta. Las guerras civiles son por eso, por no tener un himno nacional en condiciones que nos una. Yo adoptaría *La Marsellesa* para todo el mundo. Es el más bonito. Y se acabaron de un plumazo los nacionalismos y las guerras».

TENÍA que poner en marcha el viejo coche que aquí nos lleva por las pedregosas callejas. Por suerte advirtió uno a tiempo que los dos gatitos que había traído Manuel hace una semana y que se aclimatan en la cochera se habían refugiado en el motor.

Son dos animales sumamente esquivos, del tamaño de un guante. No se dejan acariciar ni observar, pues apenas sienten nuestros pasos, corren a esconderse. Han comprobado que el lugar más seguro es el motor del coche, al que acceden por los bajos.

Me tiré lo menos media hora tratando de desalojarlos. Imposible. Veía sus ojos como dos brasas del tamaño de los granos de una granada.

En Las Viñas todo está muy cerca de una tragedia del Peloponeso. Impaciente, se me ocurrió que poniendo en marcha el motor, apenas un segundo, el ruido los desalojaría.

Y así fue, en efecto, salieron como cohetes, despavoridos. Me felicité por la idea. Pero uno de ellos, en su carrera loca, no encontró un lugar a la medida de su miedo, se detuvo en seco, y volvió sobre sus pasos aún más deprisa, y de un salto se refugió de nuevo en el motor. Volví a darle a la llave de contacto. Fue horrible. Oí su aullido de dolor. El animalito se había ido a refugiar no en su guarida sino en el ventilador, como cuando, de niños, la voz del escondite nos sorprendía en un lugar inapropiado, e improvisábamos el primero que teníamos a mano, uno que con frecuencia nos dejaba expuestos a todos los peligros y al descubierto. Abrí el capó y lo encontré. Las aspas le habían partido una pata por completo y causado heridas en la otra. Estaba inconsciente. Me senté en el suelo, y lo acomodé en el regazo. Traté de recomponerle la pata, como si fuese un juguete que se hubiera roto, y el dolor le abrió los ojos. Las pulsaciones de su corazón, aceleradísimas, se me clavaban en la mano como púas. El mío, agitado también, trataba de romperme el pecho. Respiraba el gatito de una manera sobresaltada, con dificultad y sin compás, y yo también. Era la primera vez que lo acariciaba. Su cuerpo estaba en completo desmayo. Cerró de nuevo los ojos. De no ser por la respiración se habría creído que ya había muerto. Pensé en ese minuto

previo al accidente, como si pudiera echar marcha atrás, y evitar aquello. Le vi correr alborotado. Esto acaba de suceder, de qué me sirve pensar en ello. Me indigné con él, le grité, gato estúpido, por qué de todo el coche tuviste que meterte ahí, por qué no fuiste a tu refugio de siempre, detrás del carburador. También pensé que la hélice podía haberle respetado... Abrió de nuevo los ojos. Me miró con una pena infinita, como supongo que miraría una víctima inocente a su verdugo. Gimió de dolor. Al comprender que era yo quien le tenía en mi regazo, hizo un último esfuerzo para salir corriendo, pero no tenía fuerzas. Yo no era su enemigo, pero no me tenía por amigo.

Hice de una de las cajas de zapatos que M. guarda no se sabe para qué (sí, ahora ya lo sabemos), hice de ella una pequeña cuna, y salí corriendo a casa. Desperté a R. y le conté lo sucedido, como quien confiesa un crimen. Buscó un analgésico y lo mezcló con leche. Cuando fue a dárselo, el gatito hizo un ademán de incorporarse. Dijimos, se pondrá bien; hay que entablillarle; quizá sea solo una de las siete vidas que tiene la que se le ha ido. Pero exhaló un maullido lamentable, se derrumbó, y expiró.

LE han notificado que no le renovarán el contrato. Se irá al paro dentro de quince días. Nos llamó para contarnos algo que él se barruntaba hace ya dos o tres meses. […] Nos lo comunicó en una tasca de Malasaña, a M. y a mí. Estábamos solos nosotros tres. Habló durante dos horas. Necesitaba explayarse, verbalizarlo. Hablaba deprisa. Parecía hacerlo a la velocidad de sus pensamientos y de sus planes, para aclarárselos, para asegurarse de que esa decisión es la acertada. Más que excitado estaba, creo, apremiado y con miedo, necesitando oírse su propia voz, convencerse de que el cambio que en breve va a experimentar su vida será real. Un quemar las naves en toda regla. Como ese niño que, yendo solo, necesita oír su propia voz, y habla en voz alta para ahuyentar los fantasmas de la senda oscura por la que camina. Sí, parecía escucharse debajo de aquel torrente de palabras, como los niños de Las Viñas: «¿Verdad que este camino no da miedo?».[…]

Daban ganas de abrazarle como cuando era niño. Parecía el niño que nos devolvieron inconsciente después de operarse de vegetaciones, con dos o tres años. El que nos hizo llorar de emoción cuando los Reyes Magos le trajeron un tren eléctrico. Con cinco o seis. Entonces yo andaba sin trabajo y apenas teníamos para llegar a fin de mes. Un tren eléctrico era caro. Ahorramos. Fuimos a una tienda y compramos el más barato: parecía una miniatura, pero se movía con

la corriente. Lo guardamos en lo alto de un armario. Un talgo precioso, plateado, la máquina y tres o cuatro vagones. No creo que llegaran las vías a dos metros. En el suelo de una habitación era solo un poco mayor que una rosquilla. Del cero al infinito, porque nos pasamos él y yo después horas y horas viéndole dar vueltas. Los dos o tres meses antes de Reyes yo, fingiendo preocupación y reserva, le decía que no sabíamos si los Reyes podrían traerle el tren eléctrico, porque no habría trenes para todos los niños del mundo. R., a diario, en un momento u otro, nos decía: «Yo creo que sí me lo traerán, ¿sabes?, porque se lo he pedido y la mayoría de los niños de mi clase no saben todavía lo que van a pedir; creo que a mí me pondrán de los primeros». Así un día y otro. Daban ganas de variar la estrategia y dejarle alguna esperanza. Pero su padre tenía entonces inclinaciones sádicas y lejos de ello, a medida que se aproximaba el 6 de enero, iba agravando el semblante a la hora diaria de abordar el único asunto que nos preocupaba a la familia: el tren eléctrico; todo para que la alegría al recibirlo fuese inversamente proporcional al temor de quedarse sin él. Tanto que de vez en cuando M. me llevaba aparte y me decía: «Creo que deberías abrirle una lucecita al final del túnel, porque lo mismo se angustia mucho, y es peor». El caso es que llegó el momento. Llevamos con antelación los regalos a la casa de sus bisabuelos. Era una casa inmensa, con un pasillo estrecho y larguísimo que se quebraba en varios tramos. Acudíamos todos, hijos, hermanos, nietos, biznietos. Un lío. Más que una familia parecían aquello unos grandes almacenes, con una montaña de regalos envueltos, cada uno con el nombre del destinatario. Y era el día de nochebuena, Papa Noel. Le hicimos un sintoísmo con Papa Noel y los Reyes, diciéndole que eran los Reyes, pero la concesión del reparto estaba a cargo de Papá Noel. R. era un niño muy bueno, risueño y tranquilo, comunicativo y afectuoso. No le daba la lata a nadie, al contrario, era una compañía agradable, porque estaba acostumbrado a jugar solo y solo se lo pasaba bien, organizando sus coches y camiones, sus arquitecturas de madera... Esa noche estaba, no obstante, muy preocupado. Se ve que la locura de su padre en los dos últimos meses había hecho mella en él, y su fe empezaba a flaquear y él a creer que podría no tener su tren. Acompañaba a sus primos, todos algo mayores que él, pero en actitud de recogimiento y expectativa, a la espera. Cuando recibió su regalo, se apartó a un rincón a abrirlo.

M. y yo, claro, queríamos estar presentes en ese momento. El alboroto se había enmarañado lo indecible, exclamaciones, voces, carreras, pero nosotros tres conseguimos aislarnos, como si el entorno no existiera, como si el tiempo se hubiera quedado suspendido de un

silencio absoluto. La expresión de su cara al encontrarse con el tren fue tan luminosa, irradiaba tanta felicidad, que hubiera sido como para llorar de contento. No sé qué sucedió a continuación. Volvieron a nuestras vidas aquella algarabía, las carreras de los niños, los jaleos de los padres, la felicidad de todos. Cuando quise volver a mirar a R., este había desaparecido. Había dejado el tren en el suelo, en su caja, y había desaparecido. Me pareció raro, extraño que hubiese dejado allí el tren, a merced de sus primos, desprotegido. El salón donde estábamos era amplio y se comunicaba con un comedor aún mayor, así que tardé un rato en revisar los rincones. No estaba. Salí a buscarle por la casa. Todo el ruido que había en la parte principal, era paz y silencio en la otra, muchas puertas cerradas o abiertas, habitaciones a oscuras, el pasillo incluso estaba con la luz apagada. Solo llegaba a él un débil resplandor del salón. Busqué un interruptor para dar la luz, pero no lo encontré. Seguí medio a tiendas palpando las paredes. Mi vista se fue acostumbrando a la oscuridad, hasta que descubrí, al fondo, de pie, parado, a R. «¿Qué haces aquí? ¿Cómo no estás con todos? ¿No te ha gustado lo que te han traído los Reyes?». Por un momento me cruzó por la cabeza, nada, un aguijonazo doloroso, y pensé que igual esperaba un tren eléctrico en condiciones, una formación con su máquina, sus vagones de pasajeros, de mercancías, sus plataformas, con vías que se separaran y se juntaran, y sus agujas... Que aquel le parecía una birria de tren. Pero no. Me dijo, en realidad se lo estaba repitiendo a sí mismo: «Lo sabía, sabía que me lo traerían porque me lo merezco... Papá, ¡y tú creyendo que no! ¿Lo has visto, has visto cómo sí? Lo sabía, lo sabía...». Feliz y asustado al mismo tiempo, con ese vértigo que nos entra al borde del abismo de la dicha. Y así me lo repitió: «Te lo dije, papá, me lo iban a traer».

Hubiera podido añadir también: hombre de poca fe. Él lo sabía, y me reprochaba que no hubiera tenido uno la misma fe. Solo uno o dos días después supo explicarme por qué razón se había ido al pasillo oscuro y había dejado el tren en el suelo. No lo pensó, estaba tan contento que necesitaba estar solo para saber que era real. Más o menos así lo dijo, con sus palabras de niño. Aquello fue el mejor regalo de Reyes que hayamos tenido nunca en nuestra vida de adultos, pues aunque M. no estuvo presente en esa escena, se la conté tantas veces entonces y después, y después también al propio R., ya de mayor, que tiene un valor fundacional en nuestra familia. Uno de los momentos más felices de mi vida, apenas igualado por otros tres o cuatro de parecida intensidad. Creo que ayer en la tasca de Malasaña lo que R. experimentaba era bastante parecido a lo que conoció hace un cuarto de siglo: vértigo, el peso del vacío a sus pies. Pero también

la felicidad de dejar atrás una vida que no sentía como suya.

QUERRÍA uno haber conocido al periodista deportivo que llamó por primera vez al balón «el esférico». Era, seguro, un orteguiano.

AÚN pudimos descansar unas horas, antes de que llegaran nuestros amigos desde Valencia (el pobre MR., con un cólico nefrítico, y asombroso que no se quejara nada ni pensara que de aquello podría morirse, como me habría sucedido a mí).

Salimos a recibirlos a la nueva puerta que hemos tenido que hacer en la calleja alta, para evitar la calleja baja, que se destroza cada vez que las lluvias hacen correr por ella un regato impetuoso («el albañal del cielo», lo llama Manuel, que no ha oído jamás nombrar a Góngora). Hacía tanto frío, que mientras llegaban nos fuimos encogiendo hasta quedar convertidos en dos mujiks de aquellos que abrían las cancelas de los predios en el preciso momento en que llegaban los señores, por no hacer esperar a los trineos. Por suerte era un frío seco, y vimos que aún corría un poco el agua por la gavia, suficiente para que no se interrumpiera la canción del invierno. Sonidos como perlas, ensartadas en aquel hilillo melodioso.

LA madre patria: ¿y por qué no la padre matria? Muerto Unamuno, una paradoja más sin resolver.

LA vida con los P. y los *pretextos* transcurre tranquila, en esa tesitura de la que hablaba Unamuno: «Es evidente que los grandes placeres son los baratos».

Por la noche los P. nos pusieron la película, o documental más bien, de una mujer, vecina suya en un pueblo del Mayorazgo. La mujer tiene un nombre extraño, pero real, Humildad Monfort. Y una vez más, Unamuno: decía que lo que hace al hombre no son sus obras, sino su nombre. Que este es su verdadera estrella. Era una vieja de aspecto gótico, que caminaba encorvada. Vive en una aldea de la que ella es la última superviviente. Las casas se están viniendo abajo. Era un lugar fantasmagórico. Vestía de Edad Media: toda de negro. Frente a su casa, único compañero de su existencia, un perro, atado con una cadena. Atiende a su ganado, en casas que antes fueron viviendas humanas: en una guardaba unas seis o siete ovejas y algún cordero, en

otra unas gallinas, conejos. Donde vivieron hombres, ahora lo hacen animales. Calzaba unos zapatos viejos, deformados, de hombre, y calcetines. Las sayas no llegaban a cubrirle las canillas, que se veían como dos alambres, muy blancas. Entre sus cometidos diarios está el de recoger en un caldero los excrementos del perro. ¿Por qué lo tendrá atado? El perro la miraba de una manera humana, con indiferencia. Hay detalles bonitos, no obstante, que nos hacen pensar que si no humanidad, había en ellos un fondo animal en el que se comprendía el amor: al ir a echarle el agua, toma el recipiente donde bebe, tira el resto, echa una poca limpia, enjuaga el cacharro dándole vueltas, y la vierte. Solo entonces deja el cacharro en el suelo y lo llena de agua limpia, con una grandísima delicadeza, como si le estuviera haciendo el maniluvio a un gran señor. Llevaba un pañuelo en la cabeza, recuerdo de las tocas antiguas. La cámara la seguía todo el tiempo. Llegaba a una casa, y de allí salía, renqueante, a la de enfrente, y de allí volvía a la anterior, o a otra tarea. Un día desaparecerá, y se darán cuenta por los aullidos del perro, que se estará muriendo de sed. La película impresionaba, aunque no se pronunciara en ella una sola palabra. Solo los ruidos que ella hacía al caminar o los animales, a los que tampoco hablaba, ni para darse un poco de compañía.

Se terminó la película y ninguno se atrevía a decir nada. Para compensarlo, MB. dijo, esto no puede quedar así, y fue a buscar un regalo. Qué sería de nosotros sin nuestros maravillosos amigos...

Ahora estamos escuchando las canciones populares musicadas por Beethoven. MB. es como el flautista de Hamelín, siempre aparece con músicas maravillosas. Estas canciones... Con unas entran ganas de ponerse a bailar, y con otras uno se pone triste sin dejar de estar alegre. O son de amantes que se reencuentran, o son de amantes que se despiden. Ese es el eterno tema del arte, reencuentros y despedidas.

El día ha sido gris y frío, pero no tanto como para marchitar las flores que tapizan los olivares y han traído hasta nosotros una especie de adelanto de la primavera en el umbral del invierno.

De vez en cuando, como el perfume de las flores, como una racha de viento helado también, me viene el recuerdo de nuestro hermano, y su enfermedad, y de madre, que cuida de él, y de los demás hermanos. Me decía madre hace un rato que por mediación de nuestro hermano J., el fraile, ha conseguido que lo vele por la noche una de las Siervas de Jesús. ¡Siervas de Jesús! Y madre estaba muy triste. Me decía: ¡Es muy bueno!... Se refería a mi hermano enfermo; o: ¡Es muy buena!, y hablaba de sor Serafines, la monja. Encontraba en todo una cierta armonía, como si por primera vez hubiese comprendido sin dificultad las leyes que rigen el misterio de la vida: ha empezado una despedida.

Durante años pensó uno que no había ningún misterio en la vida de su hermano, pero ahora que advertimos también que se está extinguiendo de manera inexorable, todo le parece a uno misterioso en ella, precisamente cuando no habrá tiempo de indagar mucho más en sus pliegues.

Siguen sonando esas canciones, y hasta las tristes empiezan a parecer alegres, tanto las alegres de las tristes, como las tristes de las alegres, porque todas proceden de tiempos remotos, de una alegría primitiva y única, enterrada en nosotros como una semilla que solo germinará dentro de tres mil años, como esas que, según dicen, se encuentran a veces en las pirámides de Egipto, en su vasija de barro.

LA carta que hoy llegó entre las del banco y las otras del gas y de la luz era de un amigo, aunque, en el primer momento, por la letra, que no reconocí, me pareció la de un desconocido.

Dejé todas las demás sobre la mesa de la cocina y me llevé esa a mi estudio, con el raro presentimiento, confirmado al rato, de que lo que trataba, había de ser tratado en un lugar reservado. Cerré la puerta y únicamente cuando estuve solo introduje en el sobre un abrecartas de madera, con la hoja buida. Es un abrecartas de ébano, uno de esos objetos africanos que se compran a los topmanta. Este es estilizado, y su empuñadura representa a un rey zulú de expresión fiera, tocada su cabeza con una tiara alta. Recuerda por lo estilizado a las esculturas de Giacometti. Alrededor del cuello le han puesto tres vueltas de un alambre, simulando un collar. Son muy feos ambos, el rey y el abrecartas... Todo esto viene a cuento a medias, para no tener que afrontar de una vez por todas el contenido de la carta.

En un primer momento tomé la determinación de no contarle nada a M., y así llegamos al almuerzo. Me dije, precisamente ahora, y me noté el ánimo sombrío, como el de esos viejos misántropos que no saben cómo han llegado a serlo. Me dije también: si así son las cosas ahora, qué será cuando llegues al fracaso. Estaban todos de un humor excelente, hablando de las novedades del día. Solo entonces M. recordó la carta, y preguntó distraídamente de quién era. Aquí no pasan inadvertidas las cartas cuyos sobres están escritos a mano. Al conocer el nombre del amigo que la enviaba, dio por hecho que se trataría de una felicitación navideña, pero al punto advirtió que había sucedido algo importante. «Me sugiere que deje de escribir los diarios. Según él es una equivocación llevarlos adelante, porque todo cuanto tenía que decir en ellos ya está dicho. Son un error, me dice», resumí.

M. creyó al principio que era una broma mía, porque X los ha

elogiado siempre, incluso públicamente, por escrito. La última vez hace apenas un par de meses en *El País*. G., que tiene recursos para todo, sugirió que seguramente se trataba de una inocentada adelantada del día 28 de diciembre.

Estábamos acabando de comer. R. y G. recogieron la mesa, y yo subí al estudio y volví con la carta. Saqué las cuartillas del sobre, pero en el encabezamiento no figuraba ninguna fecha. Mira el matasellos, sugirió R. La carta ha sido expedida el 3 de diciembre de 2009. Ninguno de los cuatro supimos darle una explicación a este hecho. Todos quisieron verlo por sus propios ojos, y la carta circuló de mano en mano. M., que desde que estudia filosofía representa a la razón en nuestra casa, dijo que eso no podía ser, y que seguramente estábamos confundiendo el 3 con un 9. En unos segundos habíamos pasado de ocuparnos del contenido a hacerlo de otra cosa, como en las novelas policiacas: acaba importando más cómo se ha ejecutado un crimen o cómo se ha ocultado, que las razones por las que se ha cometido. R. se levantó a buscar una lupa. Se trata en realidad de una lente grande y potente que provenía de una máquina de proyecciones de cine que encontré en el Rastro. Comparamos el 3 del día con el 9 del año. Lo mismo podía ser un 3 que un 9, cierto. En esa parte el matasellos no era concluyente. Pero uno se inclina a creer que la carta ha sido escrita en 2009, aunque estemos aún en 2003. En la vida, entre dos cosas, siempre es más creíble la irracional. En literatura no; en literatura es al revés.

M. había permanecido en silencio, y al rato dijo, «definitivamente esta es una de tus bromas. Siempre suceden en Las Viñas y en navidad. Nunca en verano, nunca en Madrid. El año pasado, una aparición en una zarza, otro año fue aquella visita de unos amigos que resultamos ser según tú nosotros mismos, que veníamos del pasado, y este año una carta que viene desde el futuro».

Yo ni siquiera me tomé la molestia de rebatírselo. Dos personas discuten, una lleva razón y otra no: la gente cree al que no la lleva. Pero la carta estaba delante, y era bien real. «Léela, por lo menos», pidió al fin M., como si las conjeturas que nos habían distraído hasta ese momento no fuesen más que un puñado de confetis.

«Querido A.:»

R. echó un leño al fuego y se dispuso a avivarlo con el hurgón, en tanto M. empezó a abrir una tableta de chocolate, llenándolo todo de ruidos de papel de plata. Yo dije, casi grité, desabrido e irritado, que de ese modo no podría leer nada. Pidieron excusas, R. dejó el hurgón, M. aplacó su hipoglucemia, se hizo silencio, y pude proseguir. «Querido A.: He ido posponiendo esta carta como si no estuviese

suficientemente preparado para redactarla. Ningún momento era lo bastante bueno y ahora tampoco, pero quiero poner por escrito algo de lo que me inquieta como lector de una obra que has dejado de gobernar, siendo ella la que te gobierna a ti y que con inercia propia ha acabado imponiendo sus leyes de extensión y crecimiento inmoderado y complaciente. El proyecto está en una encrucijada en la que el valor de la invención genuina ha quedado sometido a la repetición. Si los primeros tomos constituyeron una suerte de espacio fronterizo que capitalizaba la forma del diario como mecanismo de narración, y eran algo nuevo y chispeante, ahora se han convertido en algo reiterado y previsible. La cristalización de ese proyecto fue heroica, pero se me antoja que puede descalificar lo que fue su gran acierto el hecho mismo de continuarlo. Lo que lograste entonces será un logro perdurable, a menos que tú mismo te encargues de desbaratarlo, de abaratarlo. La tentación de desarrollar excesivamente algunos episodios o la inclusión de relatos sobre cosas ajenas ha ido aumentando el grosor de los tomos que a la fuerza han perdido el encanto de las primeras entregas, el que tuvieron cuando empezaron a aparecer para desafiar casi todos los prejuicios y convenciones sobre lo que debían ser tanto los diarios como las novelas».

Solo se sentían las llamas de la chimenea. Así como yo tenía fijos los ojos en el papel, los tres tenían fijos los ojos en las llamas. Hice una pausa y bebí un poco de agua. Nadie quiso interrumpirme y aguardaron a que prosiguiera.

«Y no hagas caso a los lectores ya adictos del diario, ni en público ni en privado, porque (incluidos los amigos) les cuesta más oponer reparos que mantener la discreta conformidad (también rutinaria), mientras en casa y en soledad se preguntan mientras leen si era necesario (literariamente necesario) que el tomo creciese como ha crecido y se descubriesen impacientes por ver acabar un episodio demasiado extendido y a ratos se vean asaltados por un efecto de *déjà vu*, o tentados a comprobar cuántas páginas faltan para un nuevo doble espacio donde empiece una nueva entrada.

»Podrías intentar volver a los orígenes, cierto. De proponerle a un escritor vocacional una ruptura del código literario en el que estaba ya instalado solo pueden derivarse efectos positivos. La reducción del grosor de los tomos es solo el final o el resultado de un proceso de exigencia y selección, de liposucción de los materiales potencialmente novelables en el *Salón*, de manera que una ley como de ascetismo o timidez literaria impere de nuevo frente a la ley de ampliación y acumulación satisfecha de sí misma: para que brille más el lirismo a veces atosigado y a veces transparente, para que la acidez de un juicio

no sea solo parte de un magma ingobernable, para que la escena que pueda contarse en una página no se prolongue en quince, para que los recuerdos o las manías, siendo breves, vuelvan a recobrar la fuerza y la brillantez de lo nuevo e intenso, para que mande más la verticalidad intensa que la horizontalidad extensa. Podrías intentarlo, pero podrías también pensar en otras fórmulas.

»Los diarios que has publicado constituyen ya por sí mismos un corpus considerable, y un logro, supongo, de la literatura española actual: urge, pues, cerrar el proyecto para preservarlo. Los riesgos de continuarlo, aun refundado o vigorizado, no garantizan ni mucho menos lo logrado hasta hoy, y de seguir por ese camino esos libros se convertirán en la expresión de un romanticismo suicida.

»Creo que mi deber era decirte esto que acaso ningún otro amigo se atrevería a decirte, ya que me importa, y mucho, que ese proyecto no acabe desdibujándonos también a cuantos lectores creímos un día en él.

»Te deseo lo mejor para el año nuevo. Un abrazo, X».

Nadie se atrevió a decir nada. Se diría que se habían quedado hipnotizados por el fuego, acaso por el crepitar de aquellas palabras que resonaron en la cocina como una sentencia inapelable, como el diagnóstico de una enfermedad irreversible. Una mosca, una mosca en diciembre, llegó perezosa hasta la mesa. Por la lentitud con la que se movía era fácil deducir que estaba aletargada. Moví la mano para espantarla, y se cambió de sitio de una manera perezosa y pesada. Pensé en la mosca, y en su impertinencia de presentarse sin haber sido invitada, para no pensar en la carta, como hace un rato he pensado en el abrecartas o en la lupa. Pensé en mí también como aquella pobre mosca, sonado y aturdido.

Como esperaban que fuese yo el primero en decir algo, empecé recordándoles que X es un buen amigo, y que no tenía por qué haber dicho nada de todo aquello con segundas intenciones, aunque no acabara de entenderlo, precisamente cuando hace apenas unos meses ha publicado en el periódico todo lo contrario, así que había que concluir que lo que decía en la carta es lo que va a decir dentro de seis años, aunque no podía imaginar tampoco qué será lo que le llevará a decirlo, porque si se para uno a pensar, lo que ha publicado uno en 2002 no es en esencia muy diferente a lo que publiqué hace seis años, y aun doce, y que, por lo mismo, lo que publique en 2009 será más o menos lo mismo que lo de 2002.

Estaba triste y sin ganas de hablar, desentonado y con náuseas, como si se me hubiera cortado la digestión.

El primero en intervenir fue G., que preguntó airado quién era esa

porquería de amigo para decirme lo que debía o no escribir, y que buenos amigos tenía yo.

Le secundó R. con un «que escriba él los diarios».

M. nos oía en silencio. Se me quedó mirando sin pestañear, como si meditara bien lo que iba a decir. Comprendió que yo esperaba sobre todo sus palabras, y que iban a ser importantes.

—¿Y si tiene razón?

Fue un mazazo. Ninguno de los tres esperábamos nada parecido. Creo que ella misma se asustó de habérselo oído decir.

La miramos desconcertados, como si se hubiese pasado al enemigo.

—Quiero decir —añadió con voz apagada—, que esos libros pueden llegar a devorarte y a devorarnos también a nosotros.

—¿Tú estás de acuerdo, entonces, en que debería no volver a escribirlos? Y si es así, ¿desde cuándo debo dejar de publicarlos, desde este 2003 o desde el 2009, cuando los que haya escrito hayan dado lugar a esta carta? —y señalé con la barbilla las cuartillas de X, que estaban sobre la mesa entre las tazas de café. Trataba de contener la irritación provocada por aquella contrariedad, tanto como de desleír los grumos sombríos de mis palabras.

No, dijo M., bajando la voz. Parecía disponerse a ultimar una declaración en comisaría: pero quizá debieras reconsiderarlos. Y comenzó a hacer una recapitulación minuciosa que parecía traer rumiada de tiempo atrás. Son libros, añadió, que solo te traen problemas; el número de los agraviados aumenta cada día, y suelen ser personas más poderosas que tú, por esa inclinación tuya a la sátira de quien tiene más poder que tú. El humor, en literatura, es todavía más intolerable que el escándalo. Los partidarios somos un poco como tú también, personas anónimas e insignificantes que no sabemos ni podemos ayudarte en nada, porque nuestra capacidad de influencia y de neutralizar los ataques que puedan hacerte es nula. Muchas veces ni siquiera sabemos quiénes son tus enemigos; acuérdate de los *pretextos,* nos han confesado que están cansados de tener que defenderte cada dos por tres, incluso de gentes que crees amigos tuyos. Ni siquiera a mí me dicen quiénes son, para no disgustarnos ni preocuparnos más. Estoy de acuerdo con X, esos libros son el proyecto de un romanticismo suicida. Acabarás quedándote solo: unos querrán irse de tu lado, porque les dará miedo estar junto a alguien que puede contarlo todo, y no querrán compartir nada contigo, unas veces por temor a ser juzgados o simplemente narrados, y otras, por lo contrario, cansados ya de que hables de todos menos de ellos. Y ni siquiera se venden lo que te dicen que se venden; el tiempo que les dedicas podrías dedicarlo a escribir poesía, que es lo que en verdad

importa, o novelas, que al menos traerían un poco de dinero a casa... Desde luego me apenaría que esos libros dejaran de escribirse, porque son nuestra vida, la tuya, la de los chicos, la mía, y sabes cuánto me gustan, pero todas las cosas tocan a su fin. Lo que hayas escrito de la vida, vida será, y nadie podrá quitárnosla ni a ti ni a los que nos encontramos en ella... Busca en todo la atención extrema, y lo demás da igual.

Al hablar buscaba mis ojos, pero yo no me sentía con fuerza para sostenerle la mirada, y los tenía melancólicamente clavados en la mesa, y miraba a la mosca, que libaba en un grano de azúcar. Tenía ganas de llorar, y lo habría hecho si no hubiese tenido cuarentainueve años, si los chicos no hubiesen estado delante y si la carta no hubiese sido la causa.

La habíamos escuchado en silencio. Y de pronto, quizá asustada de un aplomo que estaba lejos de sentir, añadió aún con voz más apagada y titubeante que no estaba segura de lo que acababa de decir, que quizá fuese lo contrario, que la poesía estuviese también en estos libros, y la novela, y que nunca debería dejar de escribirlos, porque, repitió, ellos eran también los libros en los que estaba su vida, y que ella seguiría siempre a mi lado, decidiera lo que decidiera, y que los diarios fueran como yo quisiera, y que si un año eran largos, bien, y ya vendría otro en el que fueran cortos, y que si se publicaban cada otoño, bien, y que si se publicaban cada tres años, bien también... Y que era verdad que esos libros me habían granjeado notorias y belicosas enemistades, pero que sería injustísimo no recordar a todos aquellos que aquí y allá, desconocidos y solitarios como nosotros, han sentido en lo más hondo de ellos esperanzas de una vida mejor porque la vida peor que llevamos ha sido contada sin afectación, quienes cada año acuden, sin decirle nada a nadie, desde el rincón en el que se encuentren, a su cita anual con ellos, y que en algún momento, dada la notoriedad de los enemigos y el estar ellos en comunicación permanente en su Cas y hacer causa común, hayamos podido llegar a temer que son más numerosos de lo que son, cuando lo único que son es más visibles y célebres, solo eso, pero no mejores...

Al hablar se había animado. Ahora su voz ya no salía evaporada como al principio. Parecía el inicio de una soflama a lo Juana de Arco, a lo Frank Capra. Había comprendido que estaba hundido, a oscuras, en un túnel, acaso peor, en un pozo, y que no veía escapatoria. Y decidió llegada la hora de enardecerme para que partiera una vez más al asalto de la escarpada fortaleza de la vida.

Esbocé una sonrisa a medio camino de todas partes, parecía la media sonrisa del desánimo y la abdicación, cuando solo era esa

media sonrisa que es a la curación del alma lo que el dolor terapéutico a la mejoría definitiva.

Siguió hablando un rato. Más animada, empezaba a creer en su propia arenga. Hacía recuento M. de todo aquello que, puesto en el otro platillo de la balanza, nos diese a todos razones suficientes para seguir. La atención extrema, repitió, esa es la clave de todo. No es fácil mantenerla a lo largo de miles de páginas, excepto si logras escribirlas sin afectación. La naturalidad es ya una forma de extremismo en un mundo tan complaciente con el artificio...

Hablamos durante más de dos horas de todo ello sin movernos de la cocina y sin llegar a conclusión ninguna. Fue en realidad un trabajo de fortificación, como el de aquellos que emplean lo mejor de sí mismos en cavar trincheras y artillar los puntos estratégicos, adivinando batallas que habrán de ser decisivas. Habíamos pasado a ser nosotros la escarpada fortaleza de la vida.

R. y G., tras sus primeras exaltaciones, apenas intervenían, aunque comprendían la seriedad del momento. Cuando quisimos darnos cuenta se estaba haciendo de noche, así que nos apresuramos a dar un paseo por la sierra. Reparamos entonces en que el cielo se había abierto, y dejaba pasar un poco de sol. Dejamos también nosotros de hablar de ese asunto, como esos opositores que después de haberse sometido a un pugilato con su preparador sobre un tema concreto necesitan salir y despejarse la cabeza, cargada de ideas que parecen rebotar en las paredes del cráneo como las bolas de acero de una *pinball*.

Caminábamos los dos en silencio, extenuados por la conversación. Teníamos apenas fuerza para levantar la mirada de las piedras del camino, cada minuto que pasaba más y más oscuro. Yo estaba muy triste. No por la carta, claro. Bueno, sí. Pero me había invadido un temor grandísimo, como si se hubiese declarado un terremoto del que parecía inútil huir, porque estaba por todas partes.

Todo era precioso y misterioso a nuestro lado. Lleno de florecillas amarillas, a pesar de la estación. No oímos ni un pájaro, pero sí, a lo lejos, el rebaño que pastaba entre los olivos de Las Bóvedas. A unos doscientos metros, en la vaguada, descubrimos un montón de ovejas, clavadas como en el musgo de un belén. De la calleja por la que íbamos desciende una ladera hasta acabar, doscientos metros más allá y con un desnivel de cien o más metros, en un hondón desde el que nace otra pendiente aún más pronunciada que aquella donde estábamos. En esa era precisamente donde se hallaban las ovejas con sus latidos sonámbulos. Costaba distinguirlas, porque la lana se había mimetizado con el gris azulado de los olivos y de la pizarra. El son de

las esquilas nos llevó hasta ellas, a pesar de que la distancia parecía difuminarlo. Cuando llegamos a casa apenas se veía. El oro del cielo se había cambiado en monedas pequeñas, cobre negro y gastado, y el nácar se había hecho botones de madreperla con los que se abrochaba la oscura tierra al último resplandor del crepúsculo. Seguíamos en silencio, comentando solo cosas pequeñas, un «mira, allí, a lo lejos, aquella nube, parece que trae agua»; o un «¿has visto qué flor más extraña?, ¿qué será?». A punto de entrar en casa, M. me preguntó: ¿qué vas a hacer? Comprendimos los dos que habíamos pasado todo aquel tiempo pensando en lo mismo, sin decirnos nada. Le dije que respondería a su carta, desde luego. No, yo me refería a qué pensabas hacer con tus diarios, añadió.

Me tomé un buen rato antes de responder, y dije con un hilo de voz: no lo sé. Quizá tenga razón.

Y sin embargo aquí sigue uno contándolo. La vida sigue, y si la vida sigue, seguirán estos libros. Lo siento por mi posteridad, lamentaré desdibujar mi propia obra, acabar con ella, pero lo cierto es que uno cree poco en su posteridad y, si me apuran, menos en la obra. Cree uno en la vida, nada más. Y estos libros son solo una fe de vida.

Ánimo, A., me digo, nadie conoce como tú tu soledad, nadie hablará con tus mismas palabras. Ni siquiera son tuyas, son de todos. Si dejas de escribirlas, se las estás hurtando a alguien, a todos y a ninguno al mismo tiempo.

Hace años escribió un crítico una reseña del segundo de los tomos de este *Salón*, y decía no comprender por qué habiendo escrito ya uno anterior, excelente, aseguraba, después de haberse reservado esa opinión hasta entonces, naturalmente, cómo podía uno, decía, insistir en un segundo tomo, tan repetitivo que se hacía innecesario. Mi amigo X por el contrario nunca se ha reservado en público la buena opinión que le merecieron esos libros, y sugiere ahora en privado que lo deje en el decimosexto. La actitud de ambos es, claro, diametralmente opuesta, pero acaso los dos vienen a converger en un punto común, sin comprender tal vez que no hay aquí parte, sino un todo.

También X, en sus reseñas, suele decir: a esos diarios les sobran doscientas páginas. Quizá tenga razón también. Hoy todo el mundo me parece que lleva razón. No obstante, si algún día se publicaran con doscientas páginas menos, él dirá: no eran esas. Y esto me hace sonreír, lo que no es poco en las actuales circunstancias.

ALGUNA vez he pensado que podría escribirse una novela con la vida de todos ellos, pero se parecería tanto a la realidad que sería un grave

impedimento para la ficción.

SE encontró uno, pasando a limpio el tomo correspondiente, con el pasaje en el que se relata la falsificación de sus notas. Antes de hablar con él, lo reescribí, y fui a decírselo. Estábamos los dos solos en casa. En un primer momento le pareció mal. Me dijo: es mi vida. Yo le respondía, también la nuestra, pero si no quieres, lo suprimo; pero yo no lo veo tan grave como tú. Todos, menos san José, añadí, hemos hecho cosas parecidas en la vida cuando éramos muy jóvenes. Luego accedió a que se lo leyera. Se sentó detrás de mí, cara al ordenador, y fui leyéndoselo. Lo oía en silencio, sin hacer el menor comentario, y cuando pensé que aquel silencio era una reprobación, me volví, y me lo encontré emocionado, secándose con disimulo una lágrima. No había podido evitarlo, confesó. Hacía unos minutos estaba en el presente, ajeno a aquel pasado. Y le vinieron a la memoria todos aquellos años, los recuerdos del colegio...

Me dio las gracias por haberle devuelto a su mocedad, que él ve lejanísima, y a unos años remotos que sin embargo para nosotros son apenas los mismos que tiene ahora. Y en la euforia de los recuerdos, me preguntó si alguna vez me había contado que había falsificado las notas otras veces también, y yo, que no tenía la menor idea, le dije que mejor no quería saberlo, y él, por el contrario, se mostró orgullosísimo de la perfección con que había falsificado aquellas, y otras más. Qué vida aquella, decía, y había en sus palabras un deje de viejo lobo de mar. Buscó la carpeta donde M. guarda sus notas y las de su hermano, y vino con algunas de las falsificaciones, mirándolas al trasluz, como los monederos falsos, y las mostró con orgullo, y así, empezamos a hablar de aquellos años, en realidad habló él, y me contó el miedo que me tenía, y aquel día en que al ver que traía cinco suspensos, hice una pelota con las notas y se la arrojé a la cara. Yo no lo recordaba, pero me avergonzó tanto el haber hecho una cosa así como, peor, que pudiera haberlo olvidado. Y le pregunté si le había pedido perdón entonces, como sin duda debí hacer, y entonces fue él quien me dijo que no se acordaba si lo había hecho. Y nos quedamos los dos uno al lado del otro, cada uno en una orilla de la misma indefensión. Y contó también el horror que le producía aquel colegio, y yo le decía que podía contar aquellas historias, porque no pasaban de ser pequeñas pifias de adolescente, secuelas de la edad del pavo, en su caso especialmente erizada de conflictos. Y veíamos correr entre los dos el agua del pasado, sin atrevernos del todo aún a vadearla.

SE está poniendo el sol. M. y yo hablamos un poco de todo, junto a la chimenea. Del año que termina: «Te prometo que no habrá obras en casa en mucho tiempo», me asegura en voz muy baja para no distraer a nuestro amigo. «La zanja del zaguán no cuenta», añade al recordar que lo tenemos lleno de escombros. De esa nadie ha tenido la culpa, reconocen al unísono nuestras miradas. Nuestro amigo J. guarda silencio. Tiene un libro en las manos. Lee a medias en él, levanta la vista cada poco y se queda contemplando el fuego. A veces le da el sueño y dormita uno o dos minutos. Se despierta con una súbita y pequeña sacudida de cabeza, vuelve a mirar el fuego y a continuación busca la línea donde se quedó interrumpida su lectura. Son las primeras navidades sin su madre. Abajo, en la cocina, frente a otro fuego, R., A. y G. cantan sus canciones. En cuanto se juntan los tres y tienen un minuto por delante, cantan. Lo hacen bien, de manera acordada y armónica. Son baladas bonitas. Se dirían viajeros que aguardan en un albergo a que acabe la tormenta de nieve para seguir camino al sur. Es nuestro San Gotardo. Hay sol en sus notas.

«Ha sido un año extraño, de transición, quiero decir que no sé adónde ha ido a parar», les digo yo a las llamas, hablando solo. Nuestro amigo levanta una vez más los ojos del libro y nos hace compañía con su silencio. M. replica: «Todos los años son de paso y todos son llegada y en todos empieza algo». Yo sé que se estaba acordando de cuando hace cosa de dos años, por estas fechas, lo pasamos tan mal creyendo que tenía una enfermedad muy grave.

Pero no quiso decir nada más por no entristecer ese momento ni renovar la orfandad de nuestro amigo. También ella ha abierto un libro. La cena está ya hecha, solo hay que poner la mesa. Tenemos aún dos horas. Yo estoy escribiendo una vez más este último día del año para dar fe de una novela que es de todos nosotros, y que a su modo ya está hecha también, como la cena.

Al rato J. me pregunta: «¿No vas a escribir en tu diario como todos los años?». «Si vas a escribir algo, deberías no dejar pasar más tiempo, porque de aquí a un rato tenemos que bajar y prepararlo todo», le secundó M.

¡Pero si ya estoy escribiendo, si llevo ya más de una hora con mi cuaderno!, estoy a punto de decirles, pero no ven que lo esté haciendo. ¿Es posible que no me vean escribir? ¡Eh, ¿qué es esto?!, estoy a punto de decirles, mostrándoles este cuaderno por la página en la que escribo ahora, ahora mismo, estas mismas palabras.

Pero comprendo que es mejor no decir nada. ¿Y si al fin he conseguido escribir sin que se note? ¿Y si al fin ya no soy escritor? ¿Y si esto es un escribir como se vive? Ah, esta sería una buena noticia,

este, sí, sería el buen suceso, el gran alumbramiento, el eureka de todas las novelas: «¡Me estoy haciendo sola, y ya estoy hecha antes de hacerse!».

Epílogo

El paisaje infinito

La primera persona que me habló de *fractal* aplicado a este *Salón de pasos perdidos* fue Gabriel García Santos, su lector más atento y puntilloso. Cuando yo le preguntaba qué le parecía una nueva entrega, me respondía indefectiblemente: «Como siempre, ni mejor ni peor, igual». Ya ni pregunto. Y al advertir que me quedaba un poco chafado, añadía: «Es que no tiene que ser mejor ni peor».

Ahora es a lo que aspiro, que cada entrega sea como la anterior. Este anhelo es el que tengo también sobre mi vida, sabiendo que con los años vamos a menos.

Hubo un tiempo en que me proponían hacer antologías temáticas del *Spp*. Salvo en el pequeño *Capricho extremeño* que aviaron tres amigos cacereños, me he negado al troceo siempre, pensaba en dos totalidades: la de la novela en marcha en bloque y la de cada una de sus partes por separado.

En uno de los primeros tomos, *Las nubes por dentro*, se habla de un entretenimiento del siglo XVIII, «unos trocitos de papel, más pequeños que naipes, en cada uno de los cuales estaban representados una carroza o un lago o una senda con damas con polisón y caballeros con redingote, una cometa… Cada fragmento podía ser colocado en cualquier orden, yuxtapuesto con el anterior y posterior, y entre todos formaban siempre un paisaje moviente y apacible, porque la línea del horizonte era común… Todo casaba por más que fueran alternados y combinados de mil maneras aquellos fragmentos. El resultado era siempre el mismo, un único paisaje por el que discurría la vida bucólica y rousseauniana de los salvajes de la Ilustración».

Empecé entonces a pensar que se podría hacer con algunos fragmentos de estos libros algo parecido, un nuevo todo, y lo anuncié como *Paisaje infinito*. Fue cuando entró en danza la palabra *fractal* y conocimos a Nieves García, Ana Pérez Cid y Manuela Romero.

De no ser por estas tres amigas, que conocen el *Spp* infinitamente mejor que yo y se lo han trasteado de arriba abajo varias veces, este libro no se habría hecho, tanto por su ingente cantidad de páginas, como por la multitud de fragmentos y registros escritos a lo largo de casi treinta años.

Aquel primer paisaje infinito dieciochesco lo perdí y nuestra adorable Alice Déon, la editora francesa que alentó desde el principio este proyecto, me regaló otro miriorama *(Myriorama, Myriad landscape,* palabra inventada para significar una miríada de combinaciones). Compuesto por el poeta Jean-Pierre Brès en 1823, está formado por 28 naipes. Al preguntarle a una amiga matemática a cuántas combinaciones diferentes podrían dar lugar los veintiocho naipes, me respondió esto: «El número es grandísimo. Ni mi calculadora ni mi Excel pueden trabajar con tantas cifras. La respuesta más aproximada sería un número de treinta dígitos. O sea, si a un millón de millones le llamamos billón, a un millón de billones le llamamos trillón, etc… en este caso hablaríamos de cientos de miles de cuatrillones. Seguro que te acuerdas de la fábula persa del jugador de ajedrez que pidió al rey que pusiera un grano de trigo en el primer escaque, dos granos en el segundo, cuatro en el tercero, ocho en el cuarto, dieciséis en el quinto, treintaidós… A estas expresiones de multiplicar un número por todos los anteriores se le llama "factorial" y se escribe con ! Así, estaríamos hablando aquí de 28!». Fue exactamente lo que yo dije al leer su correo: «¡Coñó!».

Saber que las combinaciones de los fragmentos del *Spp* podrían alcanzar una cifra tan mareante me hizo estimar aún más el esfuerzo que habían hecho nuestras amigas gallegas para encontrar exactamente, entre tantas posibles, una que respetase el conjunto y que reproduciendo la cadencia habitual de cada uno de los tomos, hicieran el nuevo como sacado de una costilla del viejo cuerpo. Porque se me habían olvidado dos cosas: una, a diferencia de los mirioramas, la selección y el orden de los factores o fragmentos sí podía haber alterado el espíritu del *Spp*, y mucho. Y dos: porque tratándose de una novela, se vale el montaje, como en el cine; con un diario ortodoxo sería problemático. Yo estoy doblemente agradecido a las autoras de este *Fractal* por tener presente lo primero, respetando el espíritu del conjunto.

Las cosas que se cuentan aquí han sucedido todas, desde luego, pero no tan juntas ni resaltadas. Mis años, como saben los lectores del *Spp,* son bastante más tranquilos, la nota predominante en ellos no es alta y el tono tiende a apagado. Entre destellos hay mucha sombra, entre algún que otro alcor, páginas y páginas llanas, y metidos entre el humor, la sátira o la parodia, muchos soliloquios más sombríos y melancólicos de lo que me habría gustado. Soy una persona solitaria y de circulación restringida: Conde de Xiquena, el Rastro, Las Viñas... Aquí, sin embargo, puede uno dar la impresión de andar todo el día de un lado para otro, por medio mundo, que si con unos, que si con

otros… Igual me habría ido mejor pareciéndome más al que sale aquí por un efecto óptico, pero mi vida ha sido otra, tirando a aburrida.

Es posible que el lector que ya los conoce eche en falta tal o cual pasaje, y le sobren otros. Al fin y al cabo aquí está menos de un diez por ciento del conjunto. Habrá quienes prefieran las páginas urbanas a las agrarias, lo poético a lo novelesco, los pasajes de la vida literaria a los introspectivos, el fragmento corto al largo, o al revés. Este es un libro que no podría hacerse a gusto de todos, como tampoco los originales: se han pasado más de treinta años diciéndome que tenía que acortarlos, dejar de escribirlos, repertoriar los temas o modularme de otra manera y hacer así o asá.

A mí lo que han elegido nuestras tres amigas, con la intervención providencial de la editora Pilar Álvarez Sierra y Miriam Moreno Aguirre, mi mujer, al final, me parece bien.

Lo he leído con curiosidad, y me ha resultado como otro más de los veinticuatro tomos restantes, ni mejor ni peor, y los escasos *saltos de eje,* inevitables en un volumen tan lioso, no me importan. Bien al contrario, se diría que cumple un viejo sueño mío, porque parece que este *Fractal,* que tengo por enteramente mío, se hubiera escrito solo. Y eso es también lo que le diría al lector que ha entrado de nuevas aquí: se parece bastante a todo lo demás. Ahora, les pasa a estos fragmentos como a tantas criaturas. Fuera de su hábitat, o sea, lejos del tomo donde figuran, se comportan de manera un tanto diferente. No sé si pierden o ganan, creo que me miran con cierta sorna, como si me dijeran: «¡Adónde hemos venido a parar!». «¡Quién nos lo iba a decir!». Como en el paisaje infinito las variaciones descubren matices que igual antes dormían apagados, y me ilusiona saber que esta no es sino una cuatrillonésima posibilidad de combinación. Es una manera de decirte que te espero en cualquiera de las entregas ya publicadas o en la próxima, la vigésimoquinta, que lleva por título *Nada y menos,* al natural y a nuestro aire.

Gracias a todos los citados, a nuestro archivo de la cortesía Manuel Cañedo Gago y al insustituible tipógrafo Alfonso Meléndez; a cuantos lectores han sostenido en la semiclandestinidad este trabajo y a quienes públicamente lo han defendido de tantas asechanzas; y, en fin, a sus personajes principales (M., R. y G., entre otros) tanto como a los extras.

Y, principalísimamente, a los *pretextos*, nuestros queridos Manuel Borrás, Silvia Pratdesaba y Manuel Ramírez, editores de los primeros veintidós volúmenes de este *Spp*.

Postdata. Excepto la de Galdós primera, se han quedado fuera las citas que encabezaban todos y cada uno de los veinte libros. Aquí las pego, por orden; dicen ellas mucho y mejor, si no de este *Spp*, al menos de mis propósitos.

«Trobar un gat en una cambra negra, / quina dificultat! / I sobre tot si és que no hi és el gat», Josep Carner *(El gato encerrado);* «Es una locura –decía– esto que tengo; es una locura pensar en lo que no existe y desvanecerme y afanarme por lo que sólo es imaginario... Fuera, fuera tonterías, ilusiones vagas, diálogos mudos», Benito Pérez Galdós, *Gloria*, Parte I, cap. XII *(Locuras sin fundamento);* «Advierte que es desatí-, / siendo de vidrio el tejá-, / tomar piedras en la má-, / para tirar al vecí-.», *Quijote*, I, preliminares *(El tejado de vidrio);* «Soy como una historia que alguien hubiese contado y que, de tan bien contada, anduviese carnal, pero no mucho, en este mundo novela, en el principio de un capítulo: "en ese momento se podía ver a un hombre avanzar por la calle de…" ¿Qué tengo yo que ver con la vida?», Bernardo Soares, *Libro del desasosiego;* «Estas no son de las cosas cuya averiguación se ha de llevar hasta el cabo», don Quijote a la Duquesa, a propósito de Dulcinea, *Quijote*, II, XXXII. «Nulla finisce, o tutto, se tu, fólgore, lasci la nube», Eugenio Montale *(Las nubes por dentro);* «Je suis profondement convaincu que le seul antidote qui puisse faire oublier au lecteur les eternels *Je* que l'auteur va écrire, c'est une parfaite sincérité», Stendhal, *Souvenirs d'égotisme*. «Veinte y dos años ha que ando tras de hallar el punto fijo, y aquí lo dejo y allí lo tomo, y pareciéndome que ya lo he hallado y que no se me puede escapar de ninguna manera, cuando no me cato, me hallo tan lejos dél, que me admiro. Lo mismo me acaece con la cuadratura del círculo: que he llegado tan al remate de hallarla, que no sé ni puedo pensar cómo no la tengo ya en la faltriquera; y así, es mi pena semejante a la de Tántalo, que está cerca del fruto y muere de hambre, y propincuo al agua, y muere de sed», Miguel de Cervantes, *Coloquio de los perros (Los caballeros del punto fijo);* «Cuando todo sucede naturalmente las cosas son todavía más extrañas», RMRilke, *Cuadernos de Malte Laurids Brigge (Las cosas más extrañas);* «¿Es que soy algo más que frágil caña / por la que sopla el viento?», Miguel de Unamuno, *Rimas de dentro (Una caña que piensa);* «Espero que cuantos lean lo que escribo comprendan que si se habla mucho de mí en estas páginas, debe de ser forzosamente porque no tengo más remedio que intervenir en ellas, y que me es imposible permanecer al margen», Carlos Dickens, *Casa desolada*, IX *(Los hemisferios de Magdeburgo);* «Do fuir», Étienne-Maurice Gérard, *L'éclart de Gaston de Foix;* «Deberíamos hablar como encantados, como deslumbrados. Porque no hay hombre, por ínfima

cosa que nos represente, que no haya nacido en un instante de inspiración, reflejando algo de la luz infinita que engendró el mundo», Joan Maragall, *Elogio de la poesía (Do fuir);* «Había de bogar en las ocasiones como todos los más forzados; mi banco era el postrero y el de más trabajo a las inclemencias del tiempo; el verano por el calor y el invierno por el frío, por tener siempre la galera el pico al viento», Mateo Alemán, *Guzmán de Alfarache,* Parte II, libro III, capítulo IX. «Partida de tanto afán / nunca nadie partió así; / otros parten de do van, / yo triste parto de mí», *Cancionero de Urrea;* «Sólo al margen de la sociedad podemos llevar una existencia digna de un ser humano, y todo ello con humor, porque nos arriesgamos a ser lapidados o condenados a muerte», Hannah Arendt *(Las inclemencias del tiempo);* «Humano no es medirse con los demás, sino ocuparse de las cosas», Rafael Sánchez Ferlosio; «La tarea del novelista no es narrar grandes acontecimientos, sino hacer interesantes los pequeños», Schopenhauer, citado por Thomas Mann *(El fanal hialino);* «¿Qué hombre podría acabar su relato antes de que muriera?», *Odisea*, III *(Siete moderno);* «Toda obra de verdadera confesión es obra de robusta originalidad siempre, sea quien fuere el que se confiese», Miguel de Unamuno *(El jardín de la pólvora);* «Quand je mens, je m'ennui», Stendhal, *Journal*, II *(La cosa en sí);* «Basta con que tú existas. Si yo existo dejemos que sea algo incierto que quede entre nosotros», RMRilke *(La manía);* «Si nuestro Tomás hubiera consignado en un libro los sucesos que le habían acaecido durante la vida, este libro debería titularse Diario... de nada. De nada, y, sin embargo, de tanto», Azorín, *El licenciado Vidriera;* «Nadie muere tan pobre que no deje nada tras de sí», Pascal, citado por Walter Benjamin, *(Tropppo vero);* «Apenas sensitivo…», Rubén Darío, «Lo fatal» *(Apenas sensitivo);* «Y sé, por mi miseria, de qué parte / es esta fija luz, eran todas las luces / de otra parte», Juan Ramón Jiménez, *En el otro costado (Miseria y compañía);* «No veo más que una regla: ser claro. Si no soy claro, todo mi mundo desaparece», carta de Henri Beyle a Balzac a propósito de *La cartuja de Parma;* «Ah, ¿quiero la verdad? Voy a seguir con la novela...», Bernardo Soares, *Libro del desasosiego (Seré duda);* «Hechos, sólo hechos», Carlos Dickens, *Tiempos difíciles;* «Los métodos empleados en la búsqueda de la verdad histórica no son los métodos del fiscal, y los hombres que velan por los hechos no son los agentes de grupos de intereses –por muy legítimas que sean sus pretensiones–, sino los periodistas, los historiadores y, finalmente, los poetas», Hannah Arendt, *El formidable doctor Robinson;* «Hice de la fuerza de ánimo mi castillo y mi coraza; / no quiero disfrazarme de víctima de la injusticia. / Más que todos los hombres vale para mí / ese poquito que me permite no necesitar a

nadie. / Estando firmes mi religión y mi honor, / en nada tengo lo que se va de mi lado. / El ayer se fue, el mañana no sé si lo alcanzaré: / ¿por qué razón voy a apenarme?», Ibn Hazm, *El collar de la paloma (Sólo hechos)*.

En Madrid, el 30 de abril de 2024
Andrés Trapiello

Edición en formato digital: 2024

© Andrés Trapiello, 2024
Antología de los 20 primeros tomos de la obra *Salón de pasos perdidos,* de Andrés Trapiello, publicados en la editorial Pre-Textos de Valencia entre 1990 y 2016.
Edición de Pilar Álvarez a partir de la selección realizada por Nieves García, Ana Pérez Cid y Manuela Romero.
© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 2024
Calle Valentín Beato, 21
28037, Madrid
www.alianzaeditorial.es

ISBN ebook: 978-84-1148-761-0

Está prohibida la reproducción total o parcial de este libro electrónico, su transmisión, su descarga, su descompilación, su tratamiento informático, su almacenamiento o introducción en cualquier sistema de repositorio y recuperación, en cualquier forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, conocido o por inventar, sin el permiso expreso escrito de los titulares del Copyright.